MUNGUIA

SERMONES

BV4254
.2
M8

002616



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMONES

Y

ESCRITOS SUELTOS

DEL

ARZOBISPO DE MICHOACAN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMONES

DEL

ARZOBISPO DE MICHOACAN

DOCTOR

DON CLEMENTE DE JESUS MUNGUÍA,

SEGUIDOS

DE UNA COLECCION DE DOCUMENTOS RELATIVOS A LA DEFENSA CANÓNICA
DE LA SANTA IGLESIA, LOS CUALES NO FIGURAN

NI EN LA DEFENSA ECLESIASTICA DEL AUTOR,

NI EN NINGUNA OTRA COLECCION,
Y SE REUNEN
POR LA IMPORTANCIA DE SU OBJETO EN SEIS VOLUMES PARA UTILIDAD
DE LAS PERSONAS
INTERESADAS EN LOS PUNTOS A QUE SE REFIEREN.

MÉXICO
IMPRENTA DE MARIANO VILLANUEVA.
CALLE DE LA MARISCALA NUM. 9.

1864.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
40004

Los sermones contenidos en este volúmen son una propiedad que el autor se reserva, y por tanto, nadie puede reimprimirlos sin su expreso consentimiento.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

Aunque la mayor parte de los sermones y escritos sueltos que ahora publicamos reunidos en un solo volúmen, eran ya conocidos del público, pues á excepcion de nuestra *defensa* contra las aserciones calumniosas del Señor Aldham, que ahora sale á luz por la primera vez, y de nuestra protesta con motivo del allanamiento y despojo de Nuestra Santa Iglesia Catedral, mui poco circulada en 1858, porque tales eran las circunstancias de entónces, todos fuéron impresos en sus respectivos tiempos y difundidos considerablemente, creemos sin embargo mui oportuno hacer ahora algunas advertencias, que podrán ser útiles, ya que no deban juzgarse del todo necesarias.

Mira la primera de ellas á los sermones. Todos los que estén algo versados en esta clase de trabajos, comprenderán fácilmente que ninguno de ellos deja de recibir al publicarse ciertas correcciones y enmiendas, y por lo mismo debe haber considerables diferencias entre lo predicado y lo impreso. Mas nosotros, no contentos con eso hemos creido mui útil dar mayor desarrollo á nuestras pruebas en obsequio de la materia, y para mayor provecho espiritual de los lectores. Hé aquí por qué todos los sermones tienen una extension que ciertamente no hubieran permitido al recitarse de viva voz. Una vez dados á la prensa, ningun inconveniente habia en que tuviesen alguna mas extension, pues todos pueden suspender á su arbitrio la lectura de cada pieza, y continuarla despues hasta concluirla.

Esto, por otra parte, lo pedian en lo general los mismos planes de los sermones, ya por su fecundidad propia, ya por el interes universal, y de actualidad, que por su asunto inspiran algunos de ellos. Así, no hemos vacilado en ampliarnos un poco para desenvolver mejor el sistema de pruebas que cada uno abrazaba.

002616

Mira la segunda advertencia al opúsculo penúltimo de este volúmen, publicado hoi, como deciamos, por la primera vez. Fué escrito desde el año de 1860; pero, concluido cuando el órden de cosas de entónces estaba á punto de desaparecer, ya no fué prudente y casi ni posible publicarle. Mas como los puntos que toca el Señor Aldham son precisamente el tema de la *Revolucion*, el interes de nuestra defensa, con motivo de ellos, es mayor cada dia, y mui principalmente hoi que la prensa anticatólica de dentro y fuera del pais vuelve sin cesar á la carga, en su perseverante sistema de hostilidad contra la Iglesia de Jesucristo y su ministerio. Sin embargo, aunque publicado actualmente dicho opúsculo, no se ha innovado en él sino aquello que era indispensable para su método, claridad y correccion. Si ahora escribiésemos sobre los diversos puntos á que tal opúsculo se refiere, entrariamos en consideraciones del mayor interes por el cambio radical que en México se acaba de operar con la inauguracion del Imperio; mas hemos preferido reservarlas para un escrito que tenemos intencion de publicar mas tarde con tal motivo, y no mezclar en aquel cosas que pertenecen á épocas tan diversas.

¡Ojalá los escritos contenidos en este volúmen sirvan de algo para rectificar las ideas en materias de tan vital importancia! Tal ha sido á lo ménos nuestra intencion, persuadidos como estamos de que todos debemos cooperar á la grande obra de restauracion religiosa, moral y social, por que suspiran los buenos hijos de este pueblo, herido de muerte por el azote continuo de una revolucion que ya cuenta medio siglo.

SERMON DE EXEQUIAS.

SOBRE

LAS GRANDEZAS

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PREDICADO

EN LA PARROQUIA DE PATZCUARO EL VIERNES SANTO 25 DE MARZO DE 1842, A LAS NUEVE DE LA NOCHE.

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiæ, et veritatis.

Hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debia recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad. *S. Juan, cap. 1° v. 14.*

PARA desempeñar dignamente, señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el Universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un órden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. ¿Pero cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reune á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica cuyos débiles rayos apénas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza, esos monótonos y pausados conciertos que no ha mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorumpia el Profeta inconsolable á la vista de Jerusalen desolada; este silencio augusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del Santua-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mira la segunda advertencia al opúsculo penúltimo de este volúmen, publicado hoi, como deciamos, por la primera vez. Fué escrito desde el año de 1860; pero, concluido cuando el órden de cosas de entónces estaba á punto de desaparecer, ya no fué prudente y casi ni posible publicarle. Mas como los puntos que toca el Señor Aldham son precisamente el tema de la *Revolucion*, el interes de nuestra defensa, con motivo de ellos, es mayor cada dia, y mui principalmente hoi que la prensa anticatólica de dentro y fuera del pais vuelve sin cesar á la carga, en su perseverante sistema de hostilidad contra la Iglesia de Jesucristo y su ministerio. Sin embargo, aunque publicado actualmente dicho opúsculo, no se ha innovado en él sino aquello que era indispensable para su método, claridad y correccion. Si ahora escribiésemos sobre los diversos puntos á que tal opúsculo se refiere, entrariamos en consideraciones del mayor interes por el cambio radical que en México se acaba de operar con la inauguracion del Imperio; mas hemos preferido reservarlas para un escrito que tenemos intencion de publicar mas tarde con tal motivo, y no mezclar en aquel cosas que pertenecen á épocas tan diversas.

¡Ojalá los escritos contenidos en este volúmen sirvan de algo para rectificar las ideas en materias de tan vital importancia! Tal ha sido á lo ménos nuestra intencion, persuadidos como estamos de que todos debemos cooperar á la grande obra de restauracion religiosa, moral y social, por que suspiran los buenos hijos de este pueblo, herido de muerte por el azote continuo de una revolucion que ya cuenta medio siglo.

SERMON DE EXEQUIAS.

SOBRE

LAS GRANDEZAS

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PREDICADO

EN LA PARROQUIA DE PATZCUARO EL VIERNES SANTO 25 DE MARZO DE 1842, A LAS NUEVE DE LA NOCHE.

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiæ, et veritatis.

Hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debia recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad. *S. Juan, cap. 1° v. 14.*

PARA desempeñar dignamente, señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el Universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un órden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. ¿Pero cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reune á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica cuyos débiles rayos apénas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza, esos monótonos y pausados conciertos que no ha mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorumpia el Profeta inconsolable á la vista de Jerusalen desolada; este silencio augusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del Santua-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ric; ese monumento enlutado, esa urna venerable, custodiada por llorosos genios que cambian hoi la vestidura de luz por el luto de la tierra: todo nos anuncia la muerte del Hombre-Dios, todo manifiesta que celebramos el aniversario del Rey por esencia, las honras fúnebres de Jesucristo.

A la vista de tan grandes objetos, el corazon se siente oprimido, se apodera del alma una santa desolacion, los suspiros interrumpen de tiempo en tiempo este silencio religioso, y los ojos se inundan á cada paso en un torrente de lágrimas.

Pero, qué! ¿lágrimas y dolor exige de nosotros la vida y muerte del Redentor del mundo? ¡Ah! ¿Qué seria del hombre sin esa tumba? ¿Dónde estarian sin ella su consuelo, su esperanza y su felicidad? Si yo viniese aquí á ofrecer los últimos honores á un monarca de la tierra, pintaria su magnificencia y exaltaria sus glorias, á fin de que, viéndolas vosotros abandonarle para siempre en el sepulcro, comprendiéseis, á la luz del Evangelio, cuán triste es la inmortalidad que otorga el mundo á sus grandes. Mas no se trata, señores, de arrebatar la admiracion con la pintura de esa triste celebridad; no vengo aquí á sacar de la vanidad humana lecciones terribles y útiles desengaños: se trata de contemplar la única y sólida grandeza; vengo directamente á exponer á la veneracion pública la verdadera gloria, la gloria por excelencia, la gloria del Mesías, y para hablar con el Evangelista, la gloria que el Eterno Padre habia de comunicar á su Hijo unigénito: *gloriam quasi unigeniti á Patre.*

¿Cómo pintarla? Nuestros discursos tienen siempre un término; las grandezas de Jesucristo no le tienen. Mas qué! ¿no contamos por ventura con otros medios de celebrarlas que nuestros limitados pensamientos? Nuestro ministerio no está reducido á los mezquinos discursos de la razon: el orador cristiano cuenta siempre con esa profunda sabiduría que para la enseñanza y edificacion de su Iglesia, le ha dejado el Señor en el depósito de los Libros santos; y yo mismo, á pesar de toda mi pequeñez é indignidad, no necesito mas que abrir esas páginas venerables, para mostrar en ellas á mi auditorio la fuente inagotable de tanta grandeza y de tanta gloria.

Una y otra, señores, resplandecen altamente en aquella plenitud infinita que lo comprende todo: sabiduría, bondad, misericordia, poder; en aquella plenitud eterna de gracia y de verdad que admira el evangelista San Juan en la Persona del Mesías: *plenum gratiæ, et veritatis.* Estas dos palabras encierran maravillosamente los grandes atributos de Jesucristo. Plenitud de verdad que anuncia la sabiduría del Verbo; plenitud de gracia que anuncia las perfecciones infinitas y los méritos del Hombre-Dios; plenitud de que todos

hemos participado sin que padezca detrimento alguno en su fuente. Aquí reconoce nuestra razon que las glorias de Jesucristo no están reducidas á una porcion del espacio, ni sujetas al cómputo mezquino del tiempo; que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo; que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razon humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predicacion de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservacion de su Iglesia: hé aquí, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefables con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud, y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admiremos pues en esta noche, consagrada justamente á los mas santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condicion humana, una verdad que disipó las tinieblas del Universo, una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo mas sublime, un poder, en fin, que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error; hé aquí la doctrina de Jesucristo: plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud; hé aquí las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo: plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas, de verdad que dirige, y de gracia que ejecuta y conserva: hé aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos mios, sin postrarme ántes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con la Iglesia Santa. De tí penden hoi la esperanza y la inmortalidad: en tí se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia: tú eres la fuerza y la uncion de la palabra evangélica. Que descienda, pues, á mis lábios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: porque esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo. *¡Oh Crux, ave: &c!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE.

Siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pié de su Cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que mas admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, señores, que se lisongeaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número de verdades; la filosofía que en el silencio de una reserva misteriosa llegó á comprender la vanidad y aun el ridículo del culto que tributaba la supersticion á las divinidades del paganismo; la filosofía que mas de una vez habia ocupado el trono de los césares, apuró en vano sus recursos para extender y uniformar todas sus convicciones. Las creencias de los sabios, si es que alguna tenian, eran tan varias como los sistemas filosóficos; y la idea de trasmitirlas á los pueblos, y con mas razon la de reunirlos á todos en una sola creencia, fué ya un designio que traspasaba con mucho los límites de la posibilidad humana. Envueltos en las tinieblas mas densas, los pueblos todos hacian del error una profesion pública, tanto mas obstinada cuanto mas lisongeaba sus brutales pasiones. Condiciones únicas, condiciones incomunicables, condiciones incapaces de confundirse, eran absolutamente precisas en el grande y sublime Personaje que habia de bajar de los cielos con el fin de reunir en un punto las persuaciones y las creencias, disipando las tinieblas que envolvian á la tierra y regenerando el entendimiento de los hombres con la manifestacion de su verdad. Hé aquí, señores, el primero de los timbres que ofrecen á la veneracion del Universo la vida y las acciones gloriosas de Jesucristo Señor nuestro. ¡Mas cuáles fuéron las condiciones con que se hubo presentado á fin de realizar tan prodigioso designio? Los sabios no se atrevian á revelar á los ojos del pueblo la vanidad del paganismo, porque su autoridad habria sido desechada; mas Jesucristo presenta los títulos de su mision divina: las verdades que solian enseñar aquellos, se hallaban confundidas con un sin número de errores, no tenian enlace, no formaban sistema, no podian, en suma, mejorar la condicion del hombre; mas Jesucristo señala su doctrina con caractéres que subyugan irresistiblemente la razon humana.

En primer lugar, da testimonio de su mision divina. Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta historia, cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creacion del hombre, el orígen del mal y la promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduría, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los timbres del sacerdocio, la sabiduría de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, católicos, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo: Jesucristo ocupa todas sus páginas; él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel.

Recorred todas las épocas que la historia cuenta, desde la falta deplorable de la primera muger hasta el parto glorioso de la Vírgen Madre. ¿Dónde no encontráis á Jesucristo? En el Paraíso es prometido por Dios á la estirpe delincuente; en el Diluvio es representado en la Arca misteriosa. Abraham merece, como una recompensa de su fidelidad, la infalible promesa de que habrá de salir de su generacion aquel por cuyo medio habian de ser bendecidas todas las naciones. Moises baja de las cumbres del Sinaí las tablas de una ley que habia de recibir su complemento en la cima del Calvario. Mas tarde Salomon dedica al verdadero Dios aquel templo magnífico, donde todo representa dignamente al Redentor del género humano. El triste cautiverio de Babilonia y su gloriosa libertad son apénas una figura imperfectísima de la regeneracion que Jesucristo vino á producir en el Universo. Ved, señores, al Mesías en todas partes: vedle bajo la cuchilla sacrificadora de Abraham: ved su sacrificio incruento, su sacerdocio, su reinado y hasta su generacion misteriosa en la persona y en la oblacion augusta del gran sacerdote Melquisedech: reconocedle en el altar de los holocaustos, en la tribu sagrada de Leví: adoradle con el Salmista-Rey á la diestra de su Padre: ved, en fin, cómo vive en el corazon de los patriarcas, y con cuánta magnificencia es anunciado por la voz de los profetas.

¿Mas qué veo, señores, en la plenitud de los tiempos? Nuevos y solemnes testimonios de Jesucristo. El espíritu de Dios abre milagrosamente los labios de Zacarías, y de ellos se levanta hasta el cielo aquel himno profético de honor, de gratitud y bendicion, aquel himno en que canta la gran visita del Señor á su pueblo, la redencion por tantos siglos esperada, el advenimiento del Mesías, luz divina que habia de "iluminar á tantos pueblos sumergidos en las

tinieblas, en las sombras de la muerte." Impelido por una fuerza sobrenatural, el anciano Simeon penetra en el Templo; toma en sus brazos al niño; y á la vista de este Supremo Rey que habia traido la salud á las generaciones, y en la embriaguez dulcísima de un gozo puro y celestial, interrumpe la ceremonia religiosa con el cántico sublime de su muerte." En fin, Señor, exclama, llegó la hora feliz que aguardaba con impaciencia tu siervo: voi á morir en paz, porque mis ojos han visto al Salvador del mundo."

Una voz desconocida interrumpe el silencio del desierto. ¿Quién la ha pronunciado? El pueblo se sorprende á la vista de un personaje verdaderamente extraordinario. Su aspecto venerable, su vestidura humilde, el rigor de su penitencia, llaman fuertemente la atencion general. "¿Quién eres tú? le preguntan los enviados: ¿Elías acaso? ¿por ventura el Profeta?"—"No soi, les respondió, no soi si-" no la voz del que clama en el desierto "preparad el camino del Se-" ñor." "En medio de vosotros está uno á quien no conoceis, el que " ha de venir despues de mí, el que fué hecho ántes de mí, y á quien " yo no soi digno de desatar la cinta de su calzado."

¿Cómo resistir, católicos, al poder de tantos y tales testimonios? Lo pasado y lo presente, los hombres y los acontecimientos, las ceremonias y las leyes, todo se reune á fin de mostrar en Jesucristo al Hijo de Dios. Pero no es esto todo: visitad conmigo aquella montaña célebre donde Cristo se trasfigura. ¡Oh escena verdaderamente sublime! ¡Oh cuadro divino que pasmas la inteligencia y encadenas la admiracion! Jesucristo aparece revestido de magestad, cubierto con los rayos de su gloria: tiene á sus lados al grande Elías y al Gefe del antiguo pueblo: á sus piés caen los apóstoles, incapaces de sostener el esplendor de aquella magestad. ¿Qué misterio se encierra en este acontecimiento? ¿Por qué causa la gloria del Empíreo aparece á los hombres en la cumbre de esta montaña? Que cese vuestra duda, católicos: se trata de Jesucristo; y su Eterno Padre, no contento con verle de tantos modos figurado y predicho, quiere anunciarle por sí mismo y consagrar con su testimonio inmediato en el culto de las generaciones la nueva verdad que iba á ser anunciada por él á todo el Universo. "Este es, dice, mi Hijo mui amado, en quien me he complacido desde la eternidad: hombres, oidle."

¿Y qué diré de los testimonios que Jesucristo da de sí mismo? ¿Su Evangelio acaso será ménos recomendado por ellos, que lo habia sido por la voz de toda la antigüedad, por el anuncio de los profetas contemporaneos á su nacimiento, por su Precursor en el desierto y por su Eterno Padre en el Tabor? ¿Quién podria re-

ferirlos todos? ¿Dónde está la elocuencia que baste á ponderarlos? El alma se pierde, católicos, en ese abismo infinito de grandeza y de poder. Habla Jesucristo, y todo se rinde á su palabra: el cielo le escucha, la naturaleza le acata, el infierno le obedece, la tierra le admira. No se necesita mas que una palabra, ¿qué digo? un acto de su voluntad basta para que se realicen los mayores portentos. No me empeñaré, sin embargo, en seguirle con vosotros por la vasta carrera de sus milagros: ninguno los ignora, y todavía recordamos con trasporte los paralíticos que recobran el movimiento, los demonios que abandonan despavoridos el seno de sus víctimas, las tempestades que se sosiegan á la presencia del Rey de la naturaleza, los discípulos marchando por la superficie de las aguas, los ciegos de nacimiento sorprendidos repentinamente con el cuadro magnífico de la creacion, los mudos rompiendo con la palabra el silencio á que habian estado condenados toda su vida, los sordos escuchando, y los muertos, en fin, saliendo triunfantes del sepulcro.

¿Qué importa pues que haya desdeñado desde su cuna las vanas apariencias, el ornato fastuoso y la impotente fuerza de los grandes, para humillar con su palabra la razon altiva de los hombres, el que da tales muestras de su orígen divino, el que así comprueba la mision que ha traido desde el seno de su Eterno Padre? ¿Qué importan las pajas de Belen y los humildes paños que le cubren, cuando vemos descender al establo el ejército de las potestades del cielo, cuando los ángeles cantan allí "la gloria de Dios y la paz de los hombres," y cuando aparecen confundidos ante el hijo de María el concierto rústico de los pastores con el magnífico y humilde homenaje de los reyes? No debemos extrañar, pues, que la predicacion de Jesucristo haya condenado al silencio los vanos discursos de los filósofos y la voz impostora de los oráculos. Pero qué! ¿son estos acaso los motivos únicos que sometieron á la palabra del Señor el espíritu del Universo y la razon de los siglos? Entrad, católicos, en el fondo de su doctrina; abrid el Evangelio; recorred allí las altas verdades que contiene; subid á su orígen por la contemplacion de su naturaleza. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas: he aquí, los caractéres divinos con que se muestra y distingue la verdad de Jesucristo, para que el Universo todo reconozca y admire en ella la palabra infalible de la sabiduría del Hijo.

Sublime en sus misterios, esta divina verdad ilustra y ennoblece la razon humana, reemplazando con una luz purísima y eterna esas conjeturas de un dia, timbres de los mayores sabios y magníficas pruebas de nuestra limitacion y de nuestra nada. El dogma

sacrosanto de un Dios trino y uno, "el Verbo que existia desde el principio, que estaba en Dios y que era Dios" hecho carne en el vientre de una Vírgen por obra del Espíritu Santo, para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran dia en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del Cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos como una prenda de amor, en la cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fe con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesion de una misma fe, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantasen del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; "el tiempo que vuela presuroso á undirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad:" he aquí señores, un conjunto imponente, admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increible frenesí de buscar en sí misma el primer principio y el último término de todas las cosas.

¡Oh filósofos! Estos misterios profundos encienden la ira en vuestro pecho, arrancan de vuestros labios el grito de rebelion, y arman vuestra mano sacrílega con el impotente dardo que arrojáis furiosamente contra el cielo. Mas ¿qué importan estas alarmas impías? Nada podréis contra la verdad. Sostenida con la palabra infalible del Sér por esencia, ni espera ni teme nada de vosotros: y ántes bien, para colmo de vuestra infamia, fijará su trono en el entendimiento humilde, miéntras vosotros, espantosamente hundidos en el fango de vuestros pensamientos, siempre agitados y siempre infelices, os fatigaréis inútilmente por hallar una fuerza que os asegure contra las amenazas de la fe, no gustaréis nunca los encantos de la verdad, ni bajaréis al sepulcro precedidos de la esperanza.

¿Qué os diré, señores, de la perfeccion maravillosa que muestra en su economía el gran cuerpo de doctrina que abraza la predicacion de Jesucristo, Señor nuestro? El primer indicio del humano

saber es y ha sido siempre aquella insoportable mezcla de verdades y de errores, y mui particularmente la confusion de máximas, de principios y de sistemas, donde el entendimiento humano se extravia cuando parece mas seguro. Ni hai puntos de contacto, ni centro de reunion, ni el mas ligero indicio de unidad. Se habla mucho, y se dice mui poco; se abraza todo, y no se estrecha nada: he aquí la sabiduría del gentilílismo. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas donde cada uno imaginaba el haberlo hallado todo, y donde nada nos sorprende tanto como el conjunto de las imposturas y de los errores, los laberintos en que se extravió tantas veces el genio de la ciencia, y las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha de la razon humana? Solo Jesucristo, hermanos mios, ha podido comunicar á su doctrina el órden y unidad estupendas que no solamente ilustran y llenan de admiracion al verdadero cristiano, sino que han arrancado mil veces aun al incrédulo los mas cumplidos homenajes. Hé aquí por qué miéntras una parte del mundo adora á Jesucristo como un Dios, otra parte le reconoce y admira como un sabio.

Las ideas de Criador y criatura nos llevan hasta el orígen de la especie humana. En el acto mismo de presenciar la creacion vemos abrirse á nuestros piés el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitacion: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el orígen del sér y el manantial de la sabiduría; y ya desde entónces esperamos únicamente de Dios la verdad y la lei. En esta primera página del mundo se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad, y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los patriarcas, los profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa; y aun ántes de nacer el Salvador del mundo, atraviesa ya con magestad los muchos siglos interpuestos entre Eva y María. Jesucristo llega: es Dios y hombre: su palabra exige la negacion de nuestro entendimiento, su lei el holocausto de nuestra voluntad. A este doble sacrificio está unida una recompensa eterna, así como á la pertinacia del incrédulo y á la obstinacion del pecador corresponde una desgracia que no ha de tener fin. La negacion de sí mismo íntimamente unida con la felicidad verdadera, la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el órden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: he aquí un maravilloso sistema en que todo está unido á una idea capital, á la negacion de nosotros mismos.

Yo admiro, como es justo, hermanos mios, esta unidad perfecta y aquellos misterios sublimes; pero cuando paso á considerar la universalidad que tiene por su fácil inteligencia la doctrina de Jesucristo; cuando la veo tan sencilla como elevada, cuando las pruebas de una irrecusable experiencia me demuestran que este Divino Maestro se complace en prodigarla á los pequeños y sencillos, al paso que la rehusa severo á los sabios y prudentes del siglo, mi razon vencida sucumbe bajo el poder de este arcano. Recorred, si no, el inmenso campo del cristianismo; visitad con la imaginacion todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿á quién se oculta el superior designio que contienen? ¿quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! cuando busco la verdad y la lei, las reconozco igualmente en el idioma inculto del aldeano y en los labios balbucientes del niño.

¿Qué habia podido con su magnificencia y aparato la razon de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecian á la admiracion? ¿Qué habia sido la parte mas numerosa de la sociedad ántes que la Cruz de Jesucristo derramase aquella sabiduría profunda, á cuya única posesion aspiraba el apóstol de las gentes? Los sacerdotes en Egipto, los magos en Persia, los brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, decidme, sino arcas cerradas de ilusiones é imposturas? Parece que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenian la ciencia envuelta de continuo en las sombras del misterio, recelosos de una publicacion que hubiera comprometido su celebridad. El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á Vos, ¡oh Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole la inmensa copia de vuestra sabiduría, haciendo por este medio que en vuestra Persona reconociera el Universo con el Evangelista la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: Mas no nos detengamos aquí, porque es necesario considerar tambien esta doctrina en la santidad de su moral.

¿Quién otro que Jesucristo, pudo haber dado á sus preceptos un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo, sus leyes no están sujetas á las vicisitudes del tiempo, su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar al Espíritu Santo en el corazon, y la observancia de la lei es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra. Dios en el hombre, el hombre en Dios: he aquí la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra. El entendimiento se levanta sobre las alas de la fe en busca del grande objeto hácia donde le

impele sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evangelio se observa como la regla universal no hai sacrificio costoso, no hai empeño difícil; y desde el individuo que obedece hasta el caudillo que manda no se ve mas que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana, que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad.

Como la mision de Jesucristo fué restablecer á los hombres en los derechos á la felicidad, que habian perdido por el pecado original, el nuevo reino que fundó en el mundo se dirige nada ménos que á poner á todos los hombres en la posesion inamisible de Dios, que es la ventura celestial. Pero qué! ¿esta moral santa, cuyo inmediato objeto es la eternidad, no ha venido tambien á dar paz á los hombres dentro de los límites del tiempo? Antes de Jesucristo la historia de las instituciones humanas parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su lei el que sancionó la libertad de los pueblos, "borró la infame definicion de esclavo del código de las naciones," sentó los principios de la sociedad y dió una constitucion al Universo. "Sabéis, dijo á sus apóstoles, y en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, "sabéis que los príncipes "de las naciones dominan sobre ellas, y que los mas grandes ejer- "cen en ellas el poder. No será así entre vosotros; sino ántes bien, "el que quisiere ser mayor sea vuestro criado, y el que quisiere ser "el primero sea vuestro siervo: porque el Hijo del hombre no vino "para ser servido, sino para servir y dar su vida por la salud del "mundo."[1] ¡Lo habéis oido, hermanos mios! Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política, y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia y un objeto de la mas tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los puestos públicos, es servir á los súbditos con celo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quién ha establecido esta máxima? El mismo, católicos, que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra, entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres, el que, uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya

1 Math. cap. XX, vv. 26, et seq.

de humillante el título de súbdito, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol: "Todos están sometidos á las potestades supe-"riores: porque no hai autoridad que no venga de Dios, y él es "quien las ha ordenado. Así, pues, el que resiste á la potestad, re-"siste á la ordenación de Dios.... El príncipe es el ministro de "Dios para el bien.... Es pues, necesario que le estéis sometidos, "no solo por el temor del castigo, sino tambien por un deber de con-"ciencia." [1]

¿Pero cuál es, hermanos mios, esa fuerza superior que sostiene á los discípulos de Jesucristo en la práctica de unos deberes tan penosos, que á no verlos cumplidos con tan exacta fidelidad, nos veriamos tentados de creerlos incompatibles absolutamente con la naturaleza humana? Las altas y sublimes promesas. Vengamos pues á esta parte, la mas dulce y consoladora de la doctrina evangélica; vengamos á la verdad práctica, al destino de nuestra existencia, á los misterios del sepulcro, á esta esperanza divina que nos desprende de la tierra, que dulcifica todas las amarguras de la vida, que triunfa de la adversidad y trasforma en atractivo á los ojos del verdadero cristiano cuanto habia tenido hasta entónces de triste y desesperado la muerte. Trasladémonos con el espíritu á esa montaña para siempre célebre, lugar de cita para los grandes y los pequeños, desde la cual recuenta sus escogidos el Salvador del mundo, muestra su reino á todas las generaciones, y traza la única senda por donde puede llegar el hombre á incorporarse dentro de sus muros eternos. ¿Qué tiene de comun esta felicidad con la que el mundo prometia? Era ésta, señores, una deidad encantada, que inflamaba de continuo los deseos del hombre seducido, é incesantemente burlaba sus locas esperanzas. ¡Infeliz! ¡queria conciliar la dicha con el crímen, y descubrir tras el velo de las pasiones la imágen de la virtud y la paz inefable del corazon!

¡A vosotros estaba reservada esta ventura, hijos de la tribulacion, desechos del mundo, á vosotros todos, los que no teniais sobre la tierra sino una triste y miserable cabaña, los que anhelabais por la justicia sin embargo de la persecucion, los que disfrutabais la deliciosa paz de una conciencia pura, los que siempre habiais hecho sentir la benigna influencia de una mano amiga en el endurecido pecho de vuestros adversarios!

¡Bendito sea Dios, hermanos mios, que llegó el tiempo de ser sabios sin ser filósofos, de obtener á título de pobreza el reino celestial, y encadenar con la mansedumbre del alma todas las potestades de la tierra! "Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que padecen la persecucion." Consuélate ya, madre sin ventura, pues no tienes que mendigar de los hombres un pan de lágrimas, constantemente pedido y desdeñosamente negado. ¡Oh infelices! subid en multitud á las colinas de Sion, para anunciar vuestro reinado á los ricos de Babilonia: "Bienaventurados los que han hambre:" *Beati qui esuriunt.*

¡Admirable transformacion! ¿Quién hubiera imaginado que la felicidad estaba en tan diverso rumbo del que los hombres ávidamente recorrian, en el extremo opuesto de las riquezas que todo lo ganan, del poder que todo lo somete, de la guerra que todo lo humilla, de la venganza, en fin, colocada por el orgullo en el rango de los nobles sentimientos? ¿Qué te resta pues para tocar las cumbres de la dicha, familia inmensa que gimes bajo el insoportable yugo, sino asirte de tu propia desgracia, como de un puerto seguro de salvacion? Hombres de mérito á quienes desconoce la envidia, almas esclarecidas á quienes empaña el inmundo aliento de la calumnia, genios de la caridad á quienes persigue la ingratitud, no temáis: que ya se adelanta desde la diestra de su Padre á enjugar vuestras lágrimas el que interrumpió el llanto del infortunio con este grito de salvacion: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados." Llorad pues, almas escogidas; mas llorad con el consuelo inefable de que vuestro Padre celestial recoge en su seno vuestras lágrimas, las purifica, las ennoblece, y objeto son ellas á sus divinos ojos de una eterna predileccion.

¡Oh verdad! ¡hé aquí tus caractéres, hé aquí tus triunfos! ¡Oh soberana razon que todo lo ilustras y todo lo sometes! Te admiro en tu sublime sencillez, te adoro en tu santidad augusta. Hé aquí, católicos, una obra maravillosa. ¿Quién podria elogiarla bastantemente? ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! El mundo estaba sumergido en las tinieblas: crímenes contaba la historia en sus anales, errores é imposturas la filosofía en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelian á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores, y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado, sino solo con un soplo de vida como el que animó al primer habitante del Paraíso. Hé aquí la obra de Jesucristo: baja desde la gloria de su Padre, se

1 Ad Rom. cap. XIII, vv. 1º et seq.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aquí á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su precursor, abre sus labios, y la verdad invade al Universo, y el entendimiento queda regenerado.

Pero esto no es bastante, católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazon ante la severidad de la lei; pues si la verdad que la sostiene parece superior á la fuerza del hombre, Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien le practica; y si sus labios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza, y no sabe cómo, habiendo podido rescatar no uno, sino millares de mundos con la infinita eficacia de uno solo de sus suspiros, quiso pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la humanidad y ser combatido á un tiempo mismo por la ingratitud, por la envidia, por el zelo hipócrita y la estupenda crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando cuanto es posible nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal orígen de aquellas trasgresiones que mas deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuánto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este Padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su Evangelio, si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana, si sus labios no hubieran probado la hiel, si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas, si la perfidia y la ingratitud no hubieran contristado su pecho, si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre, y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras, ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿en qué punto de la tierra hubiera encontrado su lei un asilo? ¿en cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los inciensos de la virtud? Hai una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta

el corazon, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que la luz del Evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado la misma deplorable suerte que la legislacion de Moysés en el pueblo judío, y la lei eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era esta, católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino: visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener, no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, mas tambien dechados perfectísimos de virtudes que cultivar en su corazon. De esta manera la razon y la voluntad quedarian igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. He aquí por qué se hizo hombre Jesucristo: se hizo hombre para ser como nosotros, para experimentar los dolores de la naturaleza humana, para sentir como nosotros todas las penas y vicisitudes de la vida, y saber por experiencia propia, como se explica Isaías, las enfermedades del hombre: *scientem infirmitatem.* [1]

Era preciso, hermanos mios, que á causas opuestas correspondieran efectos tambien opuestos; que la inmolacion del orgullo pusiera término á las calamidades inauditas que trajo consigo la soberbia; que Jesucristo eligiera el extremo contrario del que escogió Adan: finalmente, que el que era Dios se hiciera hombre, para contener el torrente infinito de males y miserias que precipitó sobre todas las generaciones aquel mortal con haber pretendido levantarse desde su esfera de hombre hasta el rango excelso é infinito de un Dios. He aquí el primer paso de la carrera del Mesías y el fundamento de las virtudes que vino á instituir y multiplicar en la tierra. Este es el tema de su vida, y cada una de sus acciones es un testimonio santo, un ejemplo sublime con que ha querido consagrar la negacion de nosotros mismos en la admiracion de los ángeles y en el culto de los hombres. "Yo he bajado del cielo, decia, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió." [2] ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, á la vista de esta sujecion ilimitada, tendrá razones contra el Evangelio, pretextos contra la virtud, excusas finalmente, para sacudir

1 Isaias, cap. LIII, v. 3.—2 Joann. cap. VI, v. 38.

digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aquí á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su precursor, abre sus labios, y la verdad invade al Universo, y el entendimiento queda regenerado.

Pero esto no es bastante, católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazon ante la severidad de la lei; pues si la verdad que la sostiene parece superior á la fuerza del hombre, Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien le practica; y si sus labios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza, y no sabe cómo, habiendo podido rescatar no uno, sino millares de mundos con la infinita eficacia de uno solo de sus suspiros, quiso pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la humanidad y ser combatido á un tiempo mismo por la ingratitud, por la envidia, por el zelo hipócrita y la estupenda crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando cuanto es posible nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal orígen de aquellas trasgresiones que mas deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuánto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este Padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su Evangelio, si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana, si sus labios no hubieran probado la hiel, si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas, si la perfidia y la ingratitud no hubieran contristado su pecho, si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre, y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras, ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿en qué punto de la tierra hubiera encontrado su lei un asilo? ¿en cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los inciensos de la virtud? Hai una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta

el corazon, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que la luz del Evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado la misma deplorable suerte que la legislacion de Moysés en el pueblo judío, y la lei eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era esta, católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino: visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener, no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, mas tambien dechados perfectísimos de virtudes que cultivar en su corazon. De esta manera la razon y la voluntad quedarian igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. He aquí por qué se hizo hombre Jesucristo: se hizo hombre para ser como nosotros, para experimentar los dolores de la naturaleza humana, para sentir como nosotros todas las penas y vicisitudes de la vida, y saber por experiencia propia, como se explica Isaías, las enfermedades del hombre: *scientem infirmitatem.* [1]

Era preciso, hermanos mios, que á causas opuestas correspondieran efectos tambien opuestos; que la inmolacion del orgullo pusiera término á las calamidades inauditas que trajo consigo la soberbia; que Jesucristo eligiera el extremo contrario del que escogió Adan: finalmente, que el que era Dios se hiciera hombre, para contener el torrente infinito de males y miserias que precipitó sobre todas las generaciones aquel mortal con haber pretendido levantarse desde su esfera de hombre hasta el rango excelso é infinito de un Dios. He aquí el primer paso de la carrera del Mesías y el fundamento de las virtudes que vino á instituir y multiplicar en la tierra. Este es el tema de su vida, y cada una de sus acciones es un testimonio santo, un ejemplo sublime con que ha querido consagrar la negacion de nosotros mismos en la admiracion de los ángeles y en el culto de los hombres. "Yo he bajado del cielo, decia, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió." [2] ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, á la vista de esta sujecion ilimitada, tendrá razones contra el Evangelio, pretextos contra la virtud, excusas finalmente, para sacudir

1 Isaias, cap. LIII, v. 3.—2 Joann. cap. VI, v. 38.

la cerviz rebelde y arrojar léjos de sí el "yugo suave y la carga li-"gera?" "Niégate á tí mismo:" ¡qué respetable y augusto, cuán inviolable es este precepto, cuando Jesucristo nos presenta un dechado sublime de la mas perfecta abnegacion, sometiendo su entendimiento y su albedrío á la voluntad eterna de su Padre celestial!

"Niégate á tí mismo." "Esta palabra, hermanos mios, que no se hallaba en ninguna lengua, este precepto que no estaba consignado en ningun código, esta máxima que no se habia manifestado nunca en la doctrina ni en la conducta de ningun sabio; este mandato que espanta á la naturaleza, desconcierta la razon y hace desesperar al amor propio;" este holocausto que se mira y con razon como el fundamento de las virtudes cristianas, es precisamente la divisa de Jesucristo. ¡Qué de prodigios no ha realizado, estrechando suavemente á sus discípulos á imitarle en su abnegacion! ¡Qué grande aparece el verdadero cristiano, y qué contraste no presenta con todos aquellos que mas ardientemente habian aspirado á los homenajes de la virtud! ¡Oh fecundidad prodigiosa de Jesucristo! El último de sus innumerables hijos, tal vez un labrador ignorado, hace avergonzar á la culta Aténas y á la virtuosa Esparta. Poned, católicos junto á un cristiano fiel á cualquiera de aquellos hombres insignes y raros que toda la antigüedad presenta mas á la admiracion que á la imitacion del género humano como unos modelos perfectísimos de las mas heróicas virtudes. "Una vanidad insufrible era en estos últimos la menor de sus debilidades." La posteridad vuelve los ojos hácia aquellos siglos, y se fatiga inútilmente por encontrar en la fastuosa galería de sus sabios y de sus héroes "un hombre manso y humilde de corazon." Morirá Sócrates por la verdad, pueblos que no conocen las virtudes llamarán noble el suicidio de Caton y alabarán con entusiasmo la justicia de Arístides; pero siglos despues, una posteridad mejor instruida buscará sin fruto la humildad del primero, y pondrá en duda la continencia de los segundos. No faltarán panegiristas entusiastas al célebre Trajano; pero la historia le acusará siempre de haber hecho presentarse de una vez diez mil gladiadores en la misma arena donde condenó Tito á los prisioneros judíos á que se degollasen mutuamente.

A vos estaba reservado, Hombre-Dios, dar al mundo virtudes que no poseia, ser con vuestra doctrina y ejemplo el padre de una generacion de santos, y hacer caer de los ojos de la posteridad aquel velo densísimo que ocultando ciertos vicios, habia granjeado á los virtuosos de otras épocas una grande admiracion y aun cierta especie de culto entre los hombres.

Pero ¿cuál es, decidme, la fuente de estas acciones inmortales que han cubierto de rubor á toda la antigüedad gentílica? Convertíos á Jesucristo Señor nuestro, y ved en su Persona el tesoro infinito de perfeccion que tanto ha enriquecido al nuevo pueblo. ¿Quién otro que él pudo haber dicho jamas: "¿quién de vosotros me argüirá de pecado?" ¿Qué momento de su vida no es una leccion de santidad? ¿En cuál paso de su conducta no arrebata dulcemente la admiracion y el culto del Universo? Habéis temblado sin duda contemplando la inflexibilidad suma con que propone su doctrina: pasad ahora de su entendimiento á su corazon. ¡Qué indulgencia tan suave! ¡qué compasion tan tierna! "No acaba de romper una caña cascada, ni apaga la paveza que aun humea."[1] ¡Sublime leccion para confundir ese amargo celo que condena la fragilidad y hace morir la esperanza!

¿Quién hubiera podido imaginar que Jesucristo habia de ser el primero en consagrar con sus dolores y amarguras la penitencia, patrimonio exclusivo del pecador? Pero ¡ah! ni este la hubiera practicado espontaneamente jamas, ni sus obras de penitencia habrian tenido mérito ninguno. "La carne habia corrompido sus caminos:" leemos en el sagrado libro del Génesis:[2] era pues necesario que los desórdenes de los sentidos tuviesen la misma reparacion que los errores inumerables en que habia precipitado el orgullo al entendimiento humano. ¿Y podria volver la carne por sí sola á tomar el antiguo sendero? No, jamas. Si por una consecuencia forzosa del pecado el cuerpo ha traido siempre consigo el gérmen de la corrupcion y todos los elementos del dolor y de la muerte, no por esto sus penas representaban la penitencia, sino solo un castigo justamente merecido. Era pues indispensable, señores, una humanidad no contaminada que levantase al rango de virtudes todas las tribulaciones de la vida, y un Dios que, unido estrechamente á la naturaleza humana, santificara estas mismas virtudes, dándoles un precio infinito con su ejemplo. Hé aquí lo que hace Jesucristo: "verifica en su cuerpo aquella expiacion necesaria,"[3] y despues de haber predicado la Cruz, abre su marcha por sí mismo, y anuncia la penitencia con los ejemplos admirables de su vida.

Corre por sus venas la sangre de David, pero no quiere aparecer en los palacios; y ántes bien, en su nacimiento humilde, en su cuna despreciable, parece que, no satisfecho con vestirse de nuestra humanidad, quiere anunciarse, desde que aparece en el mundo, como el último de los hombres. Nacido en la pobreza, no quiere

1 Is. cap. XLII, v. 3. Math. cap. XII, v. 20.—2 Gén. cap. VI, v. 12.—3 La Mesn.

rehusar una sola de las privaciones innumerables que la acompañan; "entrado apénas en la carrera de la vida, deja caer unas gotas de su sangre pura, para dar testimonio á la antigua alianza: mas tarde la derramará toda, para salvar al hombre y sellar el nuevo pacto." [1] Pero entremos, católicos, en su carrera pública; procuremos contemplar algunos de los caractéres de perfeccion infinita que desenvolvia constantemente á fin de formar el corazon de sus escogidos y disponerlos para entrar en el reino de su Padre.

Emprende ya el camino de su mision; mas no da el primer paso ántes de haber estado cuarenta dias en el desierto en ayuno continuo, y otorgado el permiso al poder de las tinieblas para que viniese á tentarle. Concluida esta solemne preparacion, comienza su grande obra: elige en persona á sus ministros; mas tomándolos á todos de la clase mas humilde, y poniéndo á la cabeza de ellos á un pobre pescador, que como por acaso descubre en el mar de Galiléa, claramente nos muestra con su misma conducta, que no entran en sus planes ni la prudencia del sabio, ni los tesoros del rico, ni el valor de los héroes, ni la grandeza y poder de los monarcas. En todo ha de ser confundida la naturaleza humana, y del mismo caos de donde brotó la creacion, el Universo atónito verá salir una sabiduría, una fuerza, un poder, que habrán de sujetar á todos los pueblos sin mas filosofía que la fe, y sin otras armas que la humillacion, el sufrimiento y la paciencia de los discípulos de Jesus.

¡Oh fe divina! ¡Oh esperanza celestial! Hé aquí vuestras grandes obras. ¿Quién no pone á vuestros piés los mezquinos partos de la razon humana y las tristes ilusiones del mundo? ¿Quién no se abandona dulcemente en vuestros brazos, cuando anunciáis vuestros títulos sublimes, no solamente con las palabras, mas tambien con la conducta del Hombre-Dios, que os ha traido á la tierra? "Oid y creed, morid y esperad:" tal es la órden de Jesucristo. Pero ¿quién ha impuesto este precepto? el mismo que afirmó la fe con sus obras, y "anunció la esperanza la víspera de caminar á la muerte." [2]

¿Qué diré de su caridad? Está sedienta de dolor: "he deseado con deseo, dice á sus discípulos, comer esta pascua con vosotros." [3] Poseía con una igualdad absoluta las virtudes todas; mas no sé qué noble y tierna predileccion hácia la caridad descubro en todas las acciones de su vida. "Pasaba haciendo el bien." [4] "Honra con su presencia la mesa de los publicanos, lleva la salud al abandonado lecho del moribundo, es el amigo de los pobres. Benevolencia, dulzura, amor: hé aquí lo único que oponia al corazon manchado y á

1 y 2 La Menn.—3 Luc. cap. XXII, v. 15.—4 Act. cap. X, v. 38.

la voluntad rebelde." [1] "Amigo, ¿á qué veniste?" [2] hé aquí las únicas palabras que su corazon le permite dirigir al bárbaro discípulo que le entrega: una mirada tierna y expresiva; hé aquí el único reproche que hace á la infidelidad de Pedro. Sus labios no estuvieron animados por la sonrisa del placer; pero ¡cuántas veces corrió el llanto de sus ojos! ¡Ah! simpatizaba con el dolor, porque vivia entre los hombres y peregrinaba por un valle de lágrimas.

Infinito es su poder, pero nunca le emplea sino para llevar á cabo los maravillosos designios de su clemencia, de su misericordia y de su bondad. Huye á su voz una turba insolente y desenfrenada, y al instante mismo la muger adúltera respira, vuelve sus ojos á todas partes, y no descubre ya sino al Rey divino que le otorga el perdon mas generoso: multiplica los panes y los peces, y la hambre devoradora abandona luego el recinto que ocupa la prodigiosa multitud: suspende la borrasca que agita espantosamente los mares, y el discípulo escapa de un naufragio que miraba como infalible: detiénese algun tanto en el pozo de Samaría, y una muger del pueblo siente llegar á su corazon y va luego á difundir entre los suyos aquella luz divina que trajo la paz y la virtud á la tierra: hace estremecer con su voz á las potestades del infierno, y el hombre queda libre de la posesion tiránica de los demonios: en fin, el sepulcro le obedece, y al instante mismo se agota el manantial de lágrimas que inundaba las mejillas de Marta y de María.

¡Oh prodigio de fortaleza y de bondad! ¡Oh profundidad inmensa de misericordia! ¡Oh caridad, virtud sublime, hasta entónces ignorada! Pero qué, ¿no habia presentado el mundo almas benéficas á la admiracion de los hombres? ¿Antes del Evangelio no habia llegado nunca el opulento á derramar sus tesoros en el seno de la indigencia? ¡Ah! yo reconozco en tan raros ejemplos el desprecio de las riquezas, y tambien, si se quiere, los nobles impulsos de la beneficencia humana; mas busco inútilmente la caridad. No basta dejar todas las cosas: es necesario seguir á Jesucristo, es decir: abandonarlas con un espíritu cristiano, porque tal es el carácter distintivo de la verdadera caridad, "y lo que es peculiar y exclusivo de los apóstoles y creyentes." [3] No, señores: en la balanza de la eterna justicia no harán peso ninguno esas virtudes externas que el mundo admira, pero que no santifican el corazon. ¿Qué habrán de ser á los ojos del Santo de los santos la austeridad presuntuosa del estoico, la liberalidad astuta del político, la clemencia calculada del vencedor? producciones del orgullo, de la ambicion y la vanidad.

1 La Menn.—2 Math. cap. XVI, v. 50.—3 Hier. l. 3. in Math. c. 19.

"Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha:" [1] he aquí la máxima de Jesucristo, el sello de las virtudes cristianas. Con este ejemplo tan material ha querido este divino Maestro, no el privar á los hombres del inestimable bien que produce la publicidad de las buenas obras, sino solo empeñar á cuantos la practiquen á huir la vana recompensa de las alabanzas humanas, á rectificar siempre su intencion, y consagrarlo todo constantemente al Autor soberano de las virtudes. "Quiere que en el público aparezcan " nuestras obras con la misma pureza de intencion con que permanecen en el silencio de nuestra voluntad," como afirma San Gregorio. [2] Tal es la voluntad de Jesucristo, y por esto se adelanta él mismo á consagrarla con su ejemplo. Tan pronto en revelar su Omnipotencia, como en sofocar el grito de admiracion y suspender los movimientos del entusiasmo, apénas acaba de realizar un prodigio, cuando dice al mortal venturoso en cuyo beneficio ha empleado su poder: "No lo digáis á nadie."

Esto no impedia, sin embargo, que el reconocimiento público llevara por todas partes su nombre con los mas sinceros homenajes, y atrajese de contínuo á su Persona nuevos pecadores y nuevos necesitados. En estas circunstancias, católicos, parecia esmerarse en manifestar toda la dulzura de su carácter. El decaimiento de las fuerzas, la fatiga, el cansancio, la hambre, la sed, nada le detiene. Se le excita á que coma cuando acaba de instruir á la Samaritana; y él responde: "Yo tengo un manjar que vosotros no conocéis... Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado." [3] ¡Cuántas veces reprendió á sus discípulos á tiempo que detenian el paso á la multitud atribulada! ¿Os acordáis, hermanos mios, de aquella ternura paternal que le inspiró siempre la infancia? "Dejad á esos pequeñuelos, decia, dejad que vengan á mí." [4]

¡Quién al ver tales prodigios de bondad no vuela á incorporarse entre los vasallos de este Rey? Sin embargo, católicos, no le olvideis en aquellas situaciones imponentes en que, severo y revestido con toda la magestad, truena como el rayo para confundir las vanas y locas esperanzas del impenitente, reprimir la osadía temeraria del profanador, y tirar al suelo la máscara insolente del hipócrita. En la Sinagoga confunde la sabiduría de los doctores; en la corte prostituida burla la expectativa del magnate; en el palacio de Pilátes dice que el hombre no es dueño de su poder; reprime en el desierto la audacia del tentador; lanza ignominiosamente al profano mercader de la casa de su Padre; desconcierta y postra en Getzemaní á cuantos van á prenderle. ¡Ejemplo sublime que ha dejado Jesucristo á cuantos rigen los destinos de las naciones!

1 Math. cap. VI, v. 3.—2 Hom. 11. in Ev.—3 Joann. cap. IV, vv. 32, 34.
4 Math. cap. XIX, vv. 13, 14.

Este carácter de grandeza, que tanto se admira en la conducta soberana del Mesías, este imperio sobre las pasiones, esta magestad que anuncia por todas partes al Hombre-Dios, ¡qué contraste no forma con la escena tiernísima del Cenáculo! Trasladémonos, católicos, á la noche para siempre memorable, en que el Salvador celebra "su grande y eterno Testamento" con la institucion augusta de la Eucaristía. ¿Qué descubren allí nuestros ojos? ¡Oh abismo de bondad! ¡oh misterios impenetrables del amor divino! Es preciso dar tregua al llanto para escuchar las instrucciones que el buen Maestro dirige á sus discípulos la víspera de su Pasion. ¡Qué afectos tan bien sentidos! ¡qué idioma tan insinuante y tan dulce! ¡qué concordia tan feliz entre la magestad y la ternura! "Hijos mios, dice á sus apóstoles, dentro de poco no me veréis;... mas no se turbe con esto vuestro corazon:.... no os dejo huérfanos, volveré á estar con vosotros:.... en la casa de mi padre hai muchas mansiones, voi pues á preparar allí lugar para vosotros." [1] ¡Oh palabras de vida eterna! ¡qué imperio tan dulce no ejercéis en el corazon! Si de aquí pasamos á contemplar las acciones que Jesus verifica en el Cenáculo, nuestra alma queda absorta y ha menester de una fuerza divina que la sostenga en presencia de una institucion como la del Sacramento de su Cuerpo y Sangre. Mas permitidme que os detenga un momento en ese cuadro, en que el Hombre-Dios aparece descargando el último golpe sobre la soberbia. "Jesucristo se levanta de la mesa, se ciñe de una toalla, echa agua en una fuente, dobla su rodilla, inclina su frente, lava y enjuga los piés á sus discípulos... [2] ¡Espectáculo augusto de la humildad, el cielo respetuoso te contempla, la tierra atónita te admira!

"Basta, Señor, detenéos: ¿el orgullo del hombre no está ya sobradamente espiado y confundido?.... Católicos, hai todavía mucha distancia desde el Cenáculo hasta el Gólgota; y el amor infinito del Redentor del mundo no quedará satisfecho hasta morir por los hombres y dar la última consumacion á su grande y augusto sacrificio." [3] Se acerca, pues, el instante postrero en que van á tener su perfeccion y complemento los oráculos, las figuras, el sacerdocio y la ley; en que la sangre del justo, llevando al cabo el eterno designio que meditaba desde el seno de su Padre celestial, va por fin

1 Joann. cap. XIV, vv. 1, 2, 18.—2 Joan. cap. XIII, vv. 3, 5.
3 La Mesa. Indif. Extr.

á estrechar para siempre y con un vínculo infinito la prometida y suspirada alianza entre Dios y los hombres. Es llegado el momento de partir para Jerusalen: la última Pascua está ya celebrada: el Redentor del mundo emprende su camino, pasa el torrente Cedron y penetra en el bosque de las Olivas..... El sacrificio está aceptado: el Hijo del hombre va á morir.... ¡Poder de las tinieblas, sonó ya tu hora! La señal está dada, no con el ósculo del discípulo traidor, sino con la ofrenda sublime que acaba de hacer al Eterno Padre la víctima sin mancha. Llegad, pues, á consumar vuestro crímen, pontífice ambicioso, ministros infames; mas abatid ántes la orgullosa frente delante de vuestro Rei. No haréis vuestra voluntad contra la suya. Padece, porque lo ha querido así: "prended-le pues; mas aguardad que os lo mande." [1]

¿Qué imaginacion podrá seguir desde aquí los pasos de Jesucristo? ¿Qué dolor podrá representar sus tormentos? En un intervalo bien corto ha visto aparecer contra sí todos los crímenes, sufrido el embate cruel de todas las pasiones, agotado los innumerables recursos de la tiranía, sentido el inmenso peso de toda la crueldad. No han pasado mas que algunas horas, y durante un período tan reducido, ¡qué de ultrajes no ha sufrido esta víctima inocente! Un discípulo le entrega, reniega otro de su nombre, y todos generalmente le abandonan. Solo, en medio de sus verdugos, no tiene ya con quien partir sus dolores y sus penas. Un pontífice aconseja su muerte, un cobarde satélite de una corte corrompida le dispensa una compasion peor todavía que el último suplicio. Azotes, salivas, golpes crueles, sacrílegas burlas, comparaciones humillantes, la caña de ignominia, la púrpura de mofa, la corona de sangre, el insulto añadido al tormento, la rabia frenética mezclada con la insolente risa, el grito de crucifixion, el sendero que se abre desde el pretorio al patíbulo, el madero que oprime sus delicados hombros, las peñas que retardan y afligen su dolorosa marcha, la montaña que se eleva como el altar del sacrificio....¿donde está el entendimiento capaz de comprenderlo todo? ¿dónde está el corazon que pueda sentirlo todo? ¿dónde la palabra que baste á expresarlo todo? ¡Ay, hermanos mios! "el cuadro de la Pasion asunto es que hace desfallecer la elocuencia mas animada, y parece que el orador cristiano participa en estos lances del trastorno de la naturaleza." [2]

Hemos llegado por fin al Calvario. Presêntase Jesucristo clavado sobre la Cruz á la vista del cielo y de la tierra; pronuncia sus últimas palabras, bebe ya las heces del doloroso cáliz, explica en

1 Boulogne. Serm. de Pass. *Extr.*

fin su amor de la manera mas sublime. Esa sed insaciable que le devora, [1] símbolo es del amor infinito que tiene á su pueblo; esa plegaria que sale de sus labios y desarma el brazo de la justicia eterna, es una solemne invitacion de la misericordia al arrepentimiento. [2] Su madre es nuestra madre: [3] El va delante de todos los que se lloran desamparados, y la tribulacion queda santificada. [4] Todo avanza á su fin: aproxímase ya el desenlace de esta escena misteriosa: ábrense por la última vez los labios de Jesus.... ¿Qué va á decir? Venid, ¡oh pueblos! en multitud, ocupad todas las colinas y todos los valles, cercad esa montaña, mirad esa Víctima: que escuchen los cielos y la tierra. El Hombre-Dios abre sus labios por la última vez.... Oid.... atended.... No perdáis un solo acento: es la palabra salvadora que sanciona la libertad del mundo, el omnipotente grito que hace estremecer los infiernos y abrirse par en par á las generaciones las puertas de la inmortalidad...."¡¡Todo está consumado!!" *Consumatum est.* [5]

Sí, católicos, todo está consumado: la naturaleza que se trastorna, el pueblo que gime en la mas triste consternacion, el sol que niega su luz al Universo, el choque repentino de todos los elementos, el orbe que vacila, los sepulcros que se abren, el velo del antiguo templo que se rompe, son otros tantos ecos sublimes de esta palabra: "¡¡Todo está consumado.!!"

Jesucristo no trajo á la tierra mas designio que redimir al género humano, regenerar al hombre en la verdad y en la virtud. Todo lo ha establecido sólidamente, y desde que mira su obra consumada, no quiere vivir un instante mas. Anuncia pues el término de su mision divina, é inmediatamente encomienda su espíritu al Eterno Padre.... inclina su cabeza....

¡Ha muerto el Redentor del género humano! Mas en esta muerte católicos, cuyos caractéres singulares y únicos nos han hecho descubrir á la Divinidad por entre los dolores, tormentos y humillaciones que rodean á la Víctima del Calvario; en esta muerte donde acaban sus tormentos, empiezan sus victorias; en esta muerte veo destruido el trono de la muerte, roto y deshecho el viejo hereditario yugo que oprimia desde cuatro mil años atrás la cerviz abyecta de innumerables generaciones. Todo cambia en el mundo moral; las costumbres, la política, las instituciones, la filosofía. Esta pa-

1 Sitio. *Joann.* cap. XXIX, v. 28.
2 Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. *Luc.* cap. XXIII, v. 34.
3 Mulier, ecce filius tuus, &c. *Joann.* ibi. v. 26, 27.
4 Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me! Math. cap. XXVII, v. 46.
5 Joann. cap. XIX, v. 30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

labra de consumacion pronunciada por Jesucristo es un nuevo *fiat* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimiento de la ciudad eterna, esa Cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo, y reunirá en torno de sí á todas las naciones. Si el sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas, la tumba del Mesías será el punto desde donde empiece á levantarse magestuosamente su gloria. Tal debe ser, católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta pues haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos el mas cumplido modelo de todas las virtudes: es preciso hojear un tanto la historia de su Cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.

TERCERA PARTE.

Imaginaban los judíos haberse asegurado contra todo temor al consumar su crímen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la Cruz, caeria mui pronto el influjo de este grande acontecimiento, que miraban ellos con los ojos de su vanidad como un extraño delirio. ¿Pero qué sucedió? Apénas reciben el Espíritu Santo los apóstoles, cuando comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas. Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aquí no se ve otra cosa por donde quiera sino una serie continua de prodigios. Nada puede contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus piés se aplanan las montañas y las colinas; el mar parece inmóvil: ábrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres "sin mas armas ni riquezas que la Cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangélica, á cada paso rinden con su voz á gentiles y judíos; por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años han discurrido apénas, y ya casi no hai una ciudad en que no tremole magestuosamente la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, señores, el corazon de todos los enemigos del Salvador cuando conocieron la realidad magnífica de un poder que tan gloriosamente se habia ya inaugurado: desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil, y cayó la esperanza del pecho del judío. "Braman entónces á impulso de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridículos proyectos; se paran erguidos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. "Hagamos "caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionar- "nos, arrojemos léjos de nosotros el yugo vil que intentan imponer- "nos." [1] He aquí, señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba á excitar mui en breve contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaria nunca de tener crueles perseguidores; él mismo lo anunció á sus apóstoles en la noche de la cena de una manera tan precisa, que pueden reconocerse allí fielmente caracterizados todos los enemigos de su reino; pero tambien estaba dicho que éste habia de sostenerse con gloria, que habia de triunfar siempre, que habian de ser inútiles todos los embates, que la Iglesia estaba fundada sobre una roca inexpugnable y que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. [2] Esta perpetuidad, estos triunfos incesantes, esta accion poderosa y nunca interrumpida: hé aquí, señores, un monumento inmortal que Jesucristo ha levantado á su gloria. Ella resplandece igualmente en la inutilidad con que la Iglesia es combatida, y en las penas terribles con que sus enemigos son castigados.

¿Y quiénes son los enemigos que la persiguen? El gentilismo con la muerte, la herejía con el error, la prostitucion con los vicios, y la filosofía con todo género de armas. Mas ella triunfa: del primero, con la constancia de sus mártires; de la segunda, con la autoridad infalible de sus decisiones; de la tercera, con las virtudes de sus confesores; y de la última con todo género de victorias.

El gentilismo la persigue con la muerte. A la vista de una sociedad rápida y prodigiosamente multiplicada y extendida, sin embargo de proponer misterios incomprensibles á la razon y leyes austeras á la voluntad, la rabia se apodera del corazon de los príncipes, que desde la altura del trono arman á millares los brazos de los gentiles para extirpar de la tierra la sociedad santa que acababa de fundar Jesucristo con su muerte. Odio al Evangelio, fuego y sangre á los miembros de la Iglesia: hé aquí el primer legado que se trasmiten unos á otros aquellos monstruos, que para oprobio de la humanidad rigieron en la serie de algunos siglos el destino de las naciones. Circula por su corazon el veneno hereditario, y á pesar de las diferencias innumerables que caracterizaban el reinado

1 Ps. II, vv. 1, 2, 3.

1 Ps. II, vv. 1, 2, 3.—2 Math. cap. XVI, v. 18.

labra de consumacion pronunciada por Jesucristo es un nuevo *fiat* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimiento de la ciudad eterna, esa Cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo, y reunirá en torno de sí á todas las naciones. Si el sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas, la tumba del Mesías será el punto desde donde empiece á levantarse magestuosamente su gloria. Tal debe ser, católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta pues haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos el mas cumplido modelo de todas las virtudes: es preciso hojear un tanto la historia de su Cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.

TERCERA PARTE.

Imaginaban los judíos haberse asegurado contra todo temor al consumar su crímen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la Cruz, caeria mui pronto el influjo de este grande acontecimiento, que miraban ellos con los ojos de su vanidad como un extraño delirio. ¿Pero qué sucedió? Apénas reciben el Espíritu Santo los apóstoles, cuando comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas. Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aquí no se ve otra cosa por donde quiera sino una serie continua de prodigios. Nada puede contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus piés se aplanan las montañas y las colinas; el mar parece inmóvil: ábrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres "sin mas armas ni riquezas que la Cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangélica, á cada paso rinden con su voz á gentiles y judíos; por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años han discurrido apénas, y ya casi no hai una ciudad en que no tremole magestuosamente la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, señores, el corazon de todos los enemigos del Salvador cuando conocieron la realidad magnífica de un poder que tan gloriosamente se habia ya inaugurado: desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil, y cayó la esperanza del pecho del judío. "Braman entónces á impulso de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridículos proyectos; se paran erguidos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. "Hagamos "caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionar- "nos, arrojemos léjos de nosotros el yugo vil que intentan imponer- "nos." [1] He aquí, señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba á excitar mui en breve contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaria nunca de tener crueles perseguidores; él mismo lo anunció á sus apóstoles en la noche de la cena de una manera tan precisa, que pueden reconocerse allí fielmente caracterizados todos los enemigos de su reino; pero tambien estaba dicho que éste habia de sostenerse con gloria, que habia de triunfar siempre, que habian de ser inútiles todos los embates, que la Iglesia estaba fundada sobre una roca inexpugnable y que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. [2] Esta perpetuidad, estos triunfos incesantes, esta accion poderosa y nunca interrumpida: hé aquí, señores, un monumento inmortal que Jesucristo ha levantado á su gloria. Ella resplandece igualmente en la inutilidad con que la Iglesia es combatida, y en las penas terribles con que sus enemigos son castigados.

¿Y quiénes son los enemigos que la persiguen? El gentilismo con la muerte, la herejía con el error, la prostitucion con los vicios, y la filosofía con todo género de armas. Mas ella triunfa: del primero, con la constancia de sus mártires; de la segunda, con la autoridad infalible de sus decisiones; de la tercera, con las virtudes de sus confesores; y de la última con todo género de victorias.

El gentilismo la persigue con la muerte. A la vista de una sociedad rápida y prodigiosamente multiplicada y extendida, sin embargo de proponer misterios incomprensibles á la razon y leyes austeras á la voluntad, la rabia se apodera del corazon de los príncipes, que desde la altura del trono arman á millares los brazos de los gentiles para extirpar de la tierra la sociedad santa que acababa de fundar Jesucristo con su muerte. Odio al Evangelio, fuego y sangre á los miembros de la Iglesia: hé aquí el primer legado que se trasmiten unos á otros aquellos monstruos, que para oprobio de la humanidad rigieron en la serie de algunos siglos el destino de las naciones. Circula por su corazon el veneno hereditario, y á pesar de las diferencias innumerables que caracterizaban el reinado

1 Ps. II, vv. 1, 2, 3.

1 Ps. II, vv. 1, 2, 3.—2 Math. cap. XVI, v. 18.

de cada uno, todos ellos seguian uniformes por el camino de la persecucion, abierto por la mano de aquel monarca que pareció nacido para hacer estremecer á todo el género humano. ¡Quién pintará, señores, el horrible cuadro de aquella inicua persecucion que sufrió por tan largo curso de tiempo la innumerable familia que habia reunido á su rededor la Cruz de Jesucristo? Perseguidos como bestias feroces, los suplicios ordinarios parecian en extremo suaves para unos hombres universalmente vistos como los enemigos de los dioses y de la patria. "Se nos decapita, decia el mártir San Justi-"no, se nos clava en cruces, se nos expone á las fieras, se nos ator-"menta con las cadenas, con el fuego, con todos los suplicios mas "crueles." [1] "La hásta, añade San Cipriano, la cuchilla, el verdugo, "todo está dispuesto: el garfio arrancando la carne, el potro levan-"tado, la hoguera encendida, y para el cuerpo de un solo hombre "se apresta mayor número de suplicios que el de los miembros de "que consta." [2] El hijo se revuelve moribundo en la sangre de su padre, la hacha del verdugo no perdona ni al sexo débil ni á la edad temprana. Ni los instintos de la naturaleza, ni los clamores de la humanidad, ni las conexiones mas dulces de la vida, son parte á detener el ímpetu furioso de esta horrible persecucion. Multiplícanse los cadalsos con los edictos de los césares: cada emperador pretende señalar su advenimiento al trono con los excesos inauditos de nuevas crueldades: desde Neron hasta Diocleciano se mantiene fresca la sangre que inunda las calles y las plazas públicas; "por "siglos es necesario contar los padecimientos de la Iglesia, y du-"rante el curso de trescientos años no podemos seguirla sino por "las huellas sangrientas de sus mártires." [3]

¿Mas cuáles fuéron, decidme, los resultados de tan larga y sostenida persecucion? ¿No habian imaginado sus autores nulificar el Evangelio y hacer pedazos el yugo de Jesucristo? ¿No llevaron su frenesí hasta el extremo de afirmar que quedaba extinguido el nombre de los cristianos desde el Oriente hasta el Occidente, y abolida en todos los pueblos la religion de Jesucristo? [4] ¡Insensatos! Desde lo alto de su trono "el que reina en los cielos se reia de estos sangrientos desvaríos, se burlaba de sus empresas locas y de sus nombres vanos." [5]

Para confundir y anonadar el poder de los perseguidores no necesitaba por cierto de ocupar con legiones armadas el vasto campo que abarcaba su imperio: quiso triunfar de lo mas fuerte con lo mas

1 Dial. cum Triph.— 2 Ad. Donat. pág. 21, ed. de Paris. (1833.)
3 Bullet. Estab. del Crist. pág. 62.—4 Guill. Bibl. t. 1° Persec.—5 Ps. II. 4.

débil, y para llevar á cabo esta empresa divina le bastó prodigar al corazon de las víctimas aquella fortaleza espiritual que no teme la muerte. ¡Qué espectáculo el de un mártir al tiempo de espirar! Camina á la muerte sin la presuncion del orgullo, sin el terror de la debilidad: la virtud le precede, la gloria le sigue: sube al patíbulo con ademan tranquilo y con una especie de serenidad que no pertenece á la tierra: no insulta á su verdugo; alaba á Jesucristo: ve llegar la muerte, y la saluda con el himno de la victoria: no es un hombre que espira; es un navegante que ha sufrido todos los embates de los vientos, ve descollar las cumbres queridas de la patria y toca por fin en el puerto suspirado. La serenidad de su rostro es una visible prueba de la inmortalidad de su alma; la constancia con que resiste es la imágen mas viva de su fe; el deseo que tiene de morir es un trofeo sublime de la caridad. A la vista de un ejemplo tan heróico, de una magnanimidad hasta entónces desconocida, de este predominio sobre la tribulacion y la muerte, el mundo todo se convence de que los destinos de este nuevo pueblo no penderán jamas de la voluntad poderosa de los reyes. Llegando á este punto, hermanos mios, una perspectiva enteramente nueva arrebata las miradas de mi alma. Veo triunfar la causa de Jesucristo: veo que las victorias suceden á las victorias, que la misma tiranía sirve á los designios del Señor, que los límites del nuevo reino se van retirando á medida que se irrita y enfurece el genio de la crueldad. Cada víctima da nuevos atletas, "la sangre de los mártires es una semilla de justos," [1] y su constancia en padecer rinde por fin el brazo de los tiranos. Sonó pues la hora que habia de poner dique á este torrente de sangre; la Iglesia domina ya en todos los pueblos, es poseedora única de todos los homenajes; por donde quiera escucha las santas aclamaciones de su victoria; goza de una paz que espontaneamente le otorgan la conviccion y la gratitud; levanta su frente augusta delante del Universo; "apoya uno de sus brazos en la Cruz del Salvador, y descansa con el otro sobre el cetro tutelar de Constantino." [2]

Pero qué, ¿nuevas nubes no vendrán á eclipsar estos dias de santo regocijo? Católicos, los enemigos de Jesucristo, siempre tenaces, no descansarán jamas: á los embates de la crueldad inutilizados seguirán los golpes ménos sangrientos pero mas terribles del error y de la seduccion. A la sombra de un reinado pacífico nace y maquina incesantemente el genio de la herejía, dirige sus miradas atrevidas hácia todos los muros de la Iglesia, para minar paulatina

1 Tertul.—2 Manry. Paneg. de S. Ag.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente sus cimientos; acecha á los incautos, tendiéndoles una mano amiga; reune de todas partes prosélitos, y no pasa mucho tiempo sin que clame contra los dogmas y amenace á la creencia universal. Manés ataca la Unidad de Dios; Arrio la Divinidad de Jesucristo; Macedonio la del Espíritu Santo, Pelagio la gracia, Nestorio y Eutiquio la Encarnacion augusta y la Maternidad divina. ¿Cómo enumerar, señores, aquella multitud prodigiosa de prosélitos que reunieron bien pronto estos caudillos para repartirlos al punto por todo el territorio cristiano? ¿Cómo pintar la efervescencia que agitaba por todas partes á los hombres? ¿Cómo bosquejar aquí el cuadro lastimoso de aquellos cismas que hicieron derramar tantas lágrimas á la Esposa de Jesucristo? Escriben, hablan, obran con increible actividad los falsos profetas y los mentidos sabios: corren de todas y por todas partes nuevas y contradictorias doctrinas: los fieles huyen amedrentados: la Iglesia tiembla por la suerte de sus hijos, y volviendo atrás una mirada parece lamentarse de que ya no exista la sangrienta persecucion, y "echar ménos con sentimiento "amargo la lucha de sus antiguos verdugos." [1]

¿Cuál será la suerte de esta Esposa querida? No temáis: la Cruz de Jesucristo triunfa con la misma soberanía en el patíbulo de los mártires y en el campo de la controversia. Reúnense los pastores á la voz de la Iglesia, y del centro de aquellas augustas asambleas se lanza el rayo divino que postra y anonada la turba de herejes. ¿Quién puede recordar sin entusiasmo los nombres venerables y gloriosos de Nicéa, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Letran y Trento? Estos nombres están unidos á las memorias de aquellos Concejos augustos de la cristiandad, reunidos á la voz del Pontífice Supremo con el doble fin de ilustrar al creyente con la antorcha de la fe y herir al heresiarca con el anatema de la autoridad infalible. ¿Qué recuerdos excitan en vuestras almas, católicos, las costas desiertas de la Africa? ¡Ah! Se animarán constantemente á nuestra vista aquellos sitios tan fecundos en recuerdos, "donde las asambleas de los obispos eran tan numerosas como los concilios generales, y donde el monstruo de la herejía cayó reducido á polvo á los piés de Agustin." [2]

De este modo, católicos, veo resplandecer en la Iglesia del Señor aquella sabiduría que subyuga á la inteligencia y domina sin cesar en medio de todos los ataques que dirige contra ella el espíritu de error. Si este se agita con un movimiento que parece perdurable, la Iglesia resiste con inflexible constancia; si la herejía combate,

1 Maury. Paneg. de S. Aug.—2 Fenelon. Serm. de la Epif.

la Iglesia triunfa; si el infierno vomita sus monstruos, la Iglesia cria sus atletas; si las sectas murmuran, los concilios truenan; si el cisma se insinúa, el Vicario de Jesucristo se mantiene firme en la silla de Pedro: finalmente, si los caudillos de tantas doctrinas perversas hacen cundir por todas partes los errores, las herejías y el pestilente soplo de los vicios; la Iglesia se reviste de una magestad imponente, juzga sin apelacion, habla, y su victoria se anuncia con el rendido acatamiento de todo el orbe católico.

¿Y qué consiguió, decidme, qué consiguió la inmoralidad con todas las redes que tendia á la inocencia? Servir, señores, de una sombra que hizo resplandecer mas y mas la imágen celestial de la virtud. Huyen los justos á los sitios mas ignorados, crece incesantemente el culto santo de la castidad, la perfeccion evangélica multiplica sin cesar los mas ilustres ejemplos, las vírgenes y los confesores brillan por todas partes, los desiertos se trasforman en deliciosos jardines. No hai un rincon de la tierra donde no habiten aquellos ángeles de paz: desde las córtes hasta las aldeas se difunde el fuego de la caridad, y donde quiera se exhala el perfume de las virtudes. El alma se siente conmovida cuando registra la historia, sube al orígen de las instituciones monásticas, y descubre allí tantos y tan diversos caractéres de santidad; cuando mira al hombre tan superior á la naturaleza humana; cuando le ve inmolar en las aras de la religion todos los placeres de la carne y de la sangre, todos los prestigios del poder, toda la magnificencia y esplendor de la prosperidad, las voces halagüeñas de la fama, las ilusiones risueñas de la vida, todas las promesas, todas las esperanzas, todos los encantos y atractivos seductores del mundo.

¿Quién hubiera podido imaginar, hermanos mios, que despues de tantos combates inútiles, despues de tantos y tan bellos triunfos, como habia obtenido la Cruz de Jesucristo sobre los perseguidores crueles y los heresiarcas corrompidos que trabajaban infatigables por estirpar la Iglesia, habian de abrirse otra vez las puertas del abismo para vomitar nuevos monstruos y suscitar nuevas y mas empeñadas persecuciones? Pero ¡ay! no está léjos de nosotros ese siglo fatal, en que vinieron á reunirse el odio de todos los siglos, los errores de todas las épocas, la corrupcion de todos los tiempos, ese siglo ateo, que dejó muí atrás en impiedad y prostitucion aun á las épocas mas infames del paganismo. La filosofía, señores, en esa época fatal se erige en árbitra suprema, se arma con la pluma y la espada, y despliega una prodigiosa energía para destruir á un golpe todas las creencias y todas las instituciones. El corazon corrompe al entendimiento, y á un tiempo son atacados los dogmas

de la fe, las máximas de la moral y los principios de la política. Ya no se trata de combatir un dogma particular; es preciso borrar todas las creencias, arruinar todos los templos, sumergir en el caos todas las verdades, borrar hasta las últimas memorias del culto y sus ministros. Desde la existencia de Dios y la inmortalidad del alma hasta las mas lejanas consecuencias de la moral evangélica, todo se contradice con audacia, todo se ataca y persigue con furor. Deslúmbrase al pueblo con máximas seductoras de política, para descargar un golpe seguro sobre las antiguas instituciones: se le dice al hombre que es material, para que vea sin espanto al ídolo de la Razon usurpar el tabernáculo del Dios vivo. La incredulidad no consiente ni aun las mas lejanas memorias: bórrase la era de Jesucristo, sustituyen las fiestas revolucionarias á las solemnidades religiosas, los nombres de los brutos y de las plantas á los nombres de los santos; y ya desde entónces, las Iglesias que no fuéron demolidas, quedaron para servir de teatro á las mas inicuas profanaciones.

¿Qué crímen, señores, no tuvo entónces sus héroes? ¿qué sitio no fué testigo de los mas terribles atentados? Levántase el patíbulo del Monarca, y de él brota el manantial de sangre que habia de inundar la patria de San Luis: múrase la Iglesia despojada de su patrimonio, y mui pronto perecen á millares sus ministros. ¡Triste cuadro, católicos! "¡el órden social desquiciado, la rebelion abriendo brecha á la anarquía, la anarquía, mil veces peor que el despotismo, sedienta siempre de sangre, buscando sin tregua nuevas víctimas que devorar; los establecimientos mas útiles, obras preciosas de siglos de experiencia, destruidos en un solo instante de delirio; los monumentos mas gloriosos desmoronados por donde quiera; las piedras de los sepulcros despedazadas, y arrojadas al viento las cenizas de los muertos; la probidad, el honor, con las virtudes y los talentos, con el nacimiento y la fortuna, indeleblemente escritos en el gran registro de las públicas proscriciones; la Francia, en fin, trasformada repentinamente en un vasto cadalso, donde la sangre no deja de correr!" [1]

Entre tanto, señores, la Iglesia de Jesucristo aparece con igual esplendor. Nuevos mártires la glorifican, nuevos defensores se levantan y hacen avergonzar á la filosofía, la religion cristiana vuelve á reunir á su rededor cuanto hai de mas ilustre y mas grande; el genio se humilla en su presencia; la poesía le pide sus tesoros, y las mismas ciencias le ofrecen los mas humildes homenajes. ¿Dón-

1 Mac-carthy.

de están los trofeos á que aspiraba la soberbia incredulidad? ¿dónde los monumentos erigidos por la admiracion á sus triunfos? ¿dónde los orgullosos genios que se atrevieron contra la sabiduría de la Iglesia? ¿dónde los escrutadores curiosos de la ciencia mundana? ¿dónde aquellos insensatos que habian imaginado triunfar de la palabra eterna y arrancar del corazon las esperanzas del cielo? *Ubi sapiens? ubi scriba?* [1] "Yo confundiré la sabiduría del sabio, yo reprobaré la prudencia del prudente," [2] ha dicho el Señor, y esta palabra es infalible.

Pero no basta, señores, ver inutilizados los esfuerzos del gentilismo, de la herejía, de la inmoralidad y de la filosofía: es preciso volver atrás la vista, preguntar á la historia cuál ha sido la suerte de los hombres y de los pueblos que se han revelado contra la Cruz, y ver cómo la gloria de Jesucristo resplandece igualmente en las penas terribles con que son castigados los enemigos de su Iglesia. En vano busca la filosofía causas desconocidas para explicar el secreto de tantas revoluciones: una mano invisible dirige siempre el curso de los acontecimientos humanos, y parece que no hai entre ellos uno solo que no entre á la parte con Dios en los destinos de su Iglesia. Abrid, señores, las páginas de la historia: ¿qué reflexiones haceis, al descubrir allí el triste destino de tantos reyes y de tantos pueblos? ¿Quién ignora el trágico fin de los Nerones, Domicianos, Decios, Julianos y tantos otros? El alma se estremece al ver la rabia con que espira un Galerio-Maximiliano, inventor de tantos tormentos. Vedle, señores, devorado por los gusanos que salen de sus entrañas. Ved á ese Maximiano-Daya, todavía mas atroz, que no teniendo ya contra quien convertir su rabia, entra en un delirio espantoso producido por el veneno que toma él mismo para acelerar su muerte: ved cómo, rabioso por un fuego que le devora, exhala por fin su alma feroz entre alaridos de ira y desesperacion. [3] Cuando veo, católicos, á estos que disponian del mundo, abandonados á sí mismos, consumidos por el puñal del remordimiento, presa de los dolores mas crueles, arrastrarse á morir como reptiles miserables, desprovistos hasta del último recurso humano; cuando los veo espirar, maldiciendo su destino, entre los clamores de una desesperacion inútil, abandonados de Dios y de los hombres; cuando los veo, por fin, bajar al sepulcro sin que caiga una lágrima siquiera sobre sus infames restos, mi alma se estremece y confunde, adora en estos accidentes desastrosos el poder de la justicia eterna, y reconoce aquella "vara de hierro," que el Padre puso en las manos de Jesu-

1 I Corint. cap. I, v. 20.—2 Ibid. 19.— 3 Mac-carthy.

cristo, para que rigiese á los monarcas rebeldes, y "desbaratase como un vaso de tierra [1] á los perseguidores de su Iglesia.

¿Y qué diré de los pueblos que no quisieron reconocer á Jesucristo, y de aquellos que despues de haber recibido su Evangelio, tuvieron la desgracia de abandonarle? Millares de judíos quedan sepultados bajo las ruinas de Jerusalen, y los muros del antiguo pueblo desaparecen bajo los brazos fuertes de Tito y Vespasiano. Acabó desde entónces la nacion judía, y para oprobio de su deicidio, vagan errantes aún sus miserables restos al cabo de diez y ocho siglos, sin patria, sin hogar, universalmente despreciados: no parece sino que la ira del cielo está destilando gota á gota, con el fin de prolongar por toda la duracion del mundo los tormentos de este pueblo degenerado.

De las regiones salvages é inaccesibles del Norte brota una multitud inmensa que invade el Capitolio y hace caer el imperio de la ciudad eterna. No son casuales estos acontecimientos. Así será tratada, dice San Juan, "la ciudad que reina sobre los reyes de la tierra," [2] la ciudad levantada sobre "siete colinas," [3] porque es la madre de las abominaciones, y está "embriagada con la sangre de los santos y los mártires de Jesus." [4]

Despues de haber presenciado la destruccion de la antigua Roma, volved los ojos, hermanos mios, á esa muchedumbre de pueblos que, despues de haber militado gloriosamente bajo la enseña del Calvario, volvieron sus espaldas á la Cruz. Visitad con la imaginacion esas comarcas numerosas de la Asia, que fuéron otro tiempo los bellos timbres de la Iglesia y el ornamento de la religion. ¡Efeso, Antioquía, Cesaréa, Nicomedia: en vuestro seno vinieron á reunirse en una época todas las acciones inmortales de la virtud y todas las producciones magníficas de la sabiduría: al fecundo calor del Evangelio florecieron entre vosotras, no solamente las costumbres mas puras, sino tambien los talentos mas ilustres, las ciencias y las artes! ¿Dónde están ahora aquellos dechados perfectos de virtud, tantos caractéres de santidad, tantas obras insignes que presentabais á la admiracion del Universo? ¿Qué hicisteis de la inmensa gloria que os legaron con su nombre los Basilios, los Gregorios y los Crisóstomos?.... Mas apartad, católicos, vuestra vista de la Asia, fijadla por un instante en la extremidad de la Europa; visitad esos nuevos pueblos. ¿Dónde está la ciudad de Constantino? ¿No es esta la magnífica, la culta, la sábia ciudad, que mereció en otro siglo los gloriosos renombres de nueva Roma y de segunda

1 Ps. II, 9.— 2 Ap. XVII, 18.— 3 Ib. v. 9.— 4 Ib. v. 6. cit. por Fenelon.

Aténas? Dejad la Europa, penetrad en la Africa, recorred esos otros pueblos que fuéron la cuna de los Atanasios, Cirilos y Tertulianos, donde la sábia Grecia, animada otra vez con un soplo de vida que le comunicó el Evangelio, revivió toda y santamente depurada del contagio del paganismo en la célebre escuela de Alejandría, y donde los Cipriános y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona. ¿Qué fué, vuelvo á preguntar, qué fué de estas ciudades famosas, de su opulencia y de su gloria? Yo no veo, señores, sino campos desiertos, envueltos en las tinieblas de la ignorancia, presa de las supersticiones mas viles, sin libertad y casi sin patria, encorvados bajo el yugo de un despotismo feroz, espantosamente undidos en el inmundo fango de los errores y de los crímenes. Estaba, ¡oh Dios! en los derechos de vuestra justicia eterna que sucediese así: era preciso que la apostasía de los pueblos experimentase los efectos de vuestro furor, y que pudiera decirse á cada una de esas naciones infieles lo que á Israel prevaricador decia uno de vuestros profetas: "Sabe y confiesa que es mui terrible y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios."

Mas no concluyamos, hermanos mios, esta revista fúnebre de penas y castigos, sin volver todavía una última mirada sobre esa misma Francia, donde hemos presenciado no ha mucho el cuadro mas completo de todos los errores, de todas las crueldades, de todos los crímenes y abominaciones que pueden caber en la naturaleza corrompida. No me detendré á manifestaros la muerte horrible del filósofo de Ginebra y del patriarca de Fernéy, estos corifeos de la incredulidad y precursores de la desolacion y exterminio que sufrió el reino cristianísimo de Clodovéo y Carlo-Magno; no llamaré vuestra atencion hácia aquellos sacerdotes intrusos, heridos por el rayo del cielo en el instante mismo en que se aprestaban á la posesion de los honores del santuario; correré un velo sobre Marat y Robespierre: porque en esa multitud inmensa de criminales víctimas, es empresa difícil para el orador pasar individualmente la vista por el suplicio de cada una. Es necesario ver de un golpe todo el terrible conjunto, ver á estos malvados luchando inútilmente con su propio destino, perseguir en vano al cielo y á la tierra, y espirar casi á un tiempo mismo entre las maldiciones de Dios y las execraciones del hombre: es necesario verlos sumergidos bajo las ruinas de sus propias instituciones, de esas instituciones pasageras, levantadas sobre una arena movediza, y desmoronadas entre las manos de sus propios autores. ¡Gran Dios! ¡qué implacable y terrible fué vuestra cólera para con los autores de esta conflagracion impía, verdugos sacrílegos que se bañaron en la sangre de vuestros sacerdotes,

que profanaron y destruyeron vuestro tabernáculo augusto con el designio frenético de abolir la memoria de vuestro Cristo!... ¿Qué fué de los autores de esta famosa revolucion? Siglo atéo, ¿dónde están tus sabios y tus fuertes? ¿dónde los trofeos de tus victorias y los despojos de tus conquistas? ¡Dichosos ellos, hermanos mios, si semejantes á los soberbios de Babilonia, solo hubieran tenido que sufrir el humillante castigo de la confusion de las lenguas! Pero vedlos cómo espiran entre la oscuridad y la ignominia, cómo se despedazan y devoran mutuamente, y cómo representan casi todos en esta escena de sangre el doble papel de verdugos y de víctimas.

¡Oh pueblos, atended! esta leccion ha sido dictada para vosotros. Temed á la vista de estos estragos, temblad: la atmósfera que circunda al Universo no acaba de purificarse aún de este contagio maligno que afligió tánto á la religion de Jesucristo, y arrebató tantos hijos á la patria de Godofredo. Y vosotros, grandes de la tierra, aprended aquí lo que cuesta el abuso del poder: sabed que le tenéis prestado, y que para confundir y arruinar totalmente al insensato que se arma contra el cielo, no se necesita de otro impulso que el que bastó para sacar al mundo de la nada. Abrid los ojos y convertid á vuestro propio bien las lecciones que suministran estas catástrofes sangrientas: no sea que perezcáis entre los clamores desesperados de un tardío arrepentimiento, cuando el Hombre-Dios haya pronunciado el *hasta aquí* de su paciencia y hecho tronar sobre vuestras cabezas el tremendo rayo de su ira. *Nequando irascatur Dominus, et pereatis de via justa.*[1]

¡Qué grande y sublime se presenta, señores, á mi alma ese madero augusto, cuando le veo reunir á su rededor la sabiduría, la virtud, el poder, cuanto hai de mas admirable en los cielos y en la tierra! ¿Quién temerá por el reino que él preside, cuando repasa la serie infinita de sus victorias, y mira disiparse inevitablemente las negras tempestades que hace brotar el abismo? Ved, católicos, al nuevo reino presentando el modelo de todas las sociedades: ved esta sociedad en que la libertad evangélica, dulcemente abrazada con la fé, anuncia desde la Cruz de Jesucristo aquel "imperio sin fin," que no estaba prometido por cierto á los descendientes de César. ¿Qué política es ésta, señores, que tan maravillosamente combina los derechos y la autoridad, los intereses del súbdito con el poder del magistrado? ¿Qué Estado es éste, donde no se ha interrumpido jamas la sucesion de los soberanos, sin embargo de no contar con otra dinastía que los vínculos de la fé? Colocado en medio de todos

1 Ps. II, v. 12.

los reyes, el Vicario de Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes de la política, sin que vacile un instante su trono. ¿Quién contará, señores, todos los caractéres diversos que han venido presentando en la serie de los siglos la política, la legislacion, los principios del órden, el genio de los pueblos y la suerte de los gobiernos en las instituciones humanas?

¡Oh Iglesia de Jesucristo, sociedad única y verdadera, imperio por excelencia! Tú descubres en esa silla invulnerable, en esa luz indeficiente, en ese principio eterno, independiente de todas las vicisitudes humanas, en esa unidad exclusivamente tuya, en esa universalidad tanto mas duradera cuanto mas espontánea, que no perteneces al mundo, que eres la Esposa de Jesucristo, que no prevalecerán contra tí las puértas del infierno. Verás levantarse y abatirse todos los tronos, grandes y decadentes todas las sociedades, resplandecientes y oscurecidas todas las glorias, miéntras que tú, superior al tiempo y á la muerte, aparecerás inmune, como el arca misteriosa, entre las ruinas de cuanto existe; y como te vió el hombre, constante y fuerte en tu nacimiento, te verá tambien triunfante y gloriosa, "á la luz moribunda del Universo abrasado."[1]

No me sorprende ya, católicos, ver á Jesucristo anunciando tan anticipadamente las glorias de su Cruz, levantarse para ir á Jerusalen, diciendo que ha llegado la época en que va á ser glorificado el Hijo del Hombre. Ahora comprendo aquella gloria que vió el evangelista San Juan, aquella gloria suprema y única del Unigénito del Padre, esa verdad infalible que hizo caer el cetro del pensamiento de las manos del filósofo gentil, esa trasformacion que en el Universo producen las innumerables virtudes que corren con la sangre del Mesías, este reino invencible que nace de la Cruz: ahora comprendo esa plenitud de gracia y de verdad, que abre las puertas del cielo al Universo condenado, limpia y regenera la naturaleza humana, marchita y muerta por la primera culpa. Mi alma queda absorta en la contemplacion de tanta grandeza, dulcemente agobiada bajo el peso de tanta magestad y de tanta gloria: el nombre augusto de cristiano eleva mi corazon, y un enagenamiento sublime se apodera de mí, cuando veo la Cruz de Jesucristo en los brazos de los mártires, en el candor de las vírgenes, en la mano del apóstol, en los libros del sabio, en los dedos del niño, en el pecho del rústico y en la frente del monarca.

Desde esa colina donde le coloca la ingratitud de un pueblo rebelde, desde ese patíbulo que ha trasformado en un monumento de

1 Boulogne. Sermon sobre el juicio.

gloria, pasca sus miradas por todo el Universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoracion, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres, las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallaje de todas las generaciones. A su presencia huyen medrosas las tinieblas que habian cobijado la tierra, disipadas por el esplendor divino que sale de su Cruz; bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría, y descuellan los inexpugnables muros del nuevo templo: la figura cede el campo á la realidad, y sobre el antiguo pavimento de la sinagoga se levanta el Tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

Esa Cruz es el trono del mundo; esa corona de espinas es la única diadema; esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna Magestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. ¡Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano! ¡Cielos, inclináos á su presencia! ¡Postráos delante de él vosotros todos los que ocupáis la tierra! ¡Estremecéos al escuchar su nombre, potestades vencidas que habitáis en las eternas llamas! "Que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos."

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre-Dios, á vos pertenecen todos los homenajes: Dueño sois de todos los beneficios que el Universo disfruta; de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva: vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. ¡Bendicion, claridad, accion de gracias á Vos, honra y culto sin fin á Vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres! Que á vuestro nombre, pues, se postre el Universo; que todos los pueblos os escuchen como al Autor supremo de la verdad; que todos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud; que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de Vuestra Magestad; y que nosotros, ¡oh Jesus! permanezcamos firmes en la profesion de nuestra fe, que no aspiremos nunca sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra Cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalen la corona de inmortalidad que habéis prometido á la constancia heróica de los justos.

SERMON

SOBRE

LA PASION DEL SEÑOR

CONSIDERADA

COMO UN MISTERIO.

Nos autem prædicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.

Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles.

1 Cor. Cap. 1, v. 22.

Si la historia de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, hermanos mios, en clase de tal, tiene cuanta claridad pudiera apetecerse, pues los hechos que en ella se relatan son de aquellos que hablan altamente á los sentidos; el pensamiento simple á que se refiere toda, reducido á esta expresion: "Dios padeció y murió," es una cosa tan alta, tan superior á la razon humana, que desde el principio mismo de predicarse á los pueblos produjo una inmensa revolucion en la tierra. El mundo, demasiado torpe y carnal para elevarse desde luego hasta la altura de un designio tan sublime, mostró de mil maneras su incredulidad, su indiferencia y aun su encono hácia este dogma sagrado, que habia de ser el fundamento solidísimo de la religion católica, y la fuente única de la gracia. Hallábase compuesto, como sabéis, cuando Jesucristo apareció en él y desempeñó hasta consumarla su mision divina, de dos clases mui diversas relativamente al culto divino, conviene á saber: la de los gentiles y la del pueblo judío. Este, como depositario de las promesas, de las profecías y de las tradiciones verdaderas, cus-

gloria, pasca sus miradas por todo el Universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoracion, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres, las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallaje de todas las generaciones. A su presencia huyen medrosas las tinieblas que habian cobijado la tierra, disipadas por el esplendor divino que sale de su Cruz; bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría, y descuellan los inexpugnables muros del nuevo templo: la figura cede el campo á la realidad, y sobre el antiguo pavimento de la sinagoga se levanta el Tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

Esa Cruz es el trono del mundo; esa corona de espinas es la única diadema; esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna Magestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. ¡Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano! ¡Cielos, inclináos á su presencia! ¡Postráos delante de él vosotros todos los que ocupáis la tierra! ¡Estremecéos al escuchar su nombre, potestades vencidas que habitáis en las eternas llamas! "Que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos."

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre-Dios, á vos pertenecen todos los homenajes: Dueño sois de todos los beneficios que el Universo disfruta; de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva: vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. ¡Bendicion, claridad, accion de gracias á Vos, honra y culto sin fin á Vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres! Que á vuestro nombre, pues, se postre el Universo; que todos los pueblos os escuchen como al Autor supremo de la verdad; que todos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud; que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de Vuestra Magestad; y que nosotros, ¡oh Jesus! permanezcamos firmes en la profesion de nuestra fe, que no aspiremos nunca sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra Cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalen la corona de inmortalidad que habéis prometido á la constancia heróica de los justos.

SERMON

SOBRE

LA PASION DEL SEÑOR

CONSIDERADA

COMO UN MISTERIO.

Nos autem prædicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.

Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles.

1 Cor. Cap. 1, v. 22.

Si la historia de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, hermanos mios, en clase de tal, tiene cuanta claridad pudiera apetecerse, pues los hechos que en ella se relatan son de aquellos que hablan altamente á los sentidos; el pensamiento simple á que se refiere toda, reducido á esta expresion: "Dios padeció y murió," es una cosa tan alta, tan superior á la razon humana, que desde el principio mismo de predicarse á los pueblos produjo una inmensa revolucion en la tierra. El mundo, demasiado torpe y carnal para elevarse desde luego hasta la altura de un designio tan sublime, mostró de mil maneras su incredulidad, su indiferencia y aun su encono hácia este dogma sagrado, que habia de ser el fundamento solidísimo de la religion católica, y la fuente única de la gracia. Hallábase compuesto, como sabéis, cuando Jesucristo apareció en él y desempeñó hasta consumarla su mision divina, de dos clases mui diversas relativamente al culto divino, conviene á saber: la de los gentiles y la del pueblo judío. Este, como depositario de las promesas, de las profecías y de las tradiciones verdaderas, cus-

todio de los Libros Sagrados y ascendiente del Mesías segun la carne, se presentaba como el poseedor único de la revelacion, pues lo era en verdad; pero ciego y endurecido para reconocer en Jesucristo al Redentor que esperaba la humanidad, y moverse con la perfeccion de su doctrina, las maravillas de su poder y la santidad de su vida, no solo no quiso creer en él, sino que se adelantó á perseguirle, tramó su muerte y la obtuvo de un magistrado gentil. Como Jesus se habia manifestado bajo las apariencias mas humildes, pobre, desvalido, ignorado, y no con la pompa régia del siglo, que ellos aguardaban, le tuvieron desde luego como un impostor, y aquella Cruz consagrada con su cuerpo, y aquella Pasion dolorosa y santa, y aquella crucifixion que habia hecho estremecer á la misma naturaleza, fueron para él un objeto de escándalo. Entre tanto los gentiles, que no admitian otra luz que la de la razon, y cuyo culto era el de las pasiones y el de la idolatría, miraron el suceso del Calvario y la doctrina de la crucifixion como una extraña locura. Así respondieron entónces á nombre del mundo la hipocresía y la razon humana, proscribiendo á una, si bien con vário lenguaje, aquel grande acontecimiento que bajo el magisterio de los apóstoles habia de cambiar mui pronto la faz de la tierra. Mas los apóstoles, primeros operarios del Salvador, en vez de arredrarse con una repulsa tan universal condenando al silencio los apodos lanzados contra la Cruz, los pusieron al frente de sus discursos, como unas víctimas que habian de sucumbir bajo el poder irresistible de la predicacion evangélica. "Predicamos, decia Pablo, "predicamos á Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y extravagante locura para los gentiles." *Nos autem prædicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.*

Creyóse por de pronto estéril aquella predicacion misteriosa: persistió el judío en escandalizarse, miéntras el gentilismo, pasando del sarcasmo al odio, se encaró frenético á la Cruz, levantando para destruirla, su brazo armado con el poder de los césares. Una lucha de tres siglos, sostenida con la fuerza invisible de la gracia por parte de los fieles, que morian por la Divinidad de la Víctima del Calvario, proclamando el triunfo de su Resurreccion gloriosa, y por parte de los infieles, con todas las armas de las pasiones, de la inteligencia en sus extravíos, y del poder de los príncipes que habian jurado exterminar hasta los últimos recuerdos de la Cruz; esta lucha, digo, terminada con la conquista de los emperadores y de los sabios, rendidos ante las humillaciones de Jesucristo, puso á toda luz este dogma, reflejando hácia los hombres toda la sabiduría, toda la santidad y toda la bondad de un Dios. Voi, pues, católicos, á presentaros hoi este misterio como una prueba de ser todo él una obra divina: porque si estudiándole bien en su designio, en sus medios y en sus efectos, vemos aparecer los tres caractéres dichos, todos dirémos á una voz: "es un misterio, y debe serlo, porque la inteligencia humana es incapaz de sondear todo el pensamiento divino; pero en este misterio y al través de sus magestuosas tinieblas estamos viendo al Dios sabio que le concibe, al Dios santo que le ejecuta, al Dios bueno que le establece como una fuente perenne de virtud y de gloria." La Pasion de nuestro Señor Jesucristo, considerada en el pensamiento que la concibe, manifiesta la sabiduría infinita de un Dios: he aquí la primera verdad que voi á exponeros. La Pasion de nuestro Señor Jesucristo, considerada en sí misma, es decir: como un plan de reconciliacion entre Dios y los hombres ya ejecutado, manifiesta en su carácter toda la santidad de un Dios: he aquí lo segundo que me propongo demostraros. La Pasion de nuestro Señor Jesucristo considerada en sus efectos, nos manifiesta la bondad infinita de un Dios: tal es el punto que reservo para dar fin á este discurso.

Esto es de tal magnitud, católicos, ocupa un lugar tan elevado en la gerarquía de los dogmas, que puede ser visto como el fundamento de nuestra Religion. Nada pues, mas necesario, para conocerla en su fondo, que profundizar hasta donde lo permita nuestra limitacion tan importantes verdades. Mas, ántes de proceder á tan piadoso ejercicio, paguemos el tributo de nuestra creencia y adoracion á ese Madero santo, consagrado por el mismo Jesucristo, representante suyo en el culto de la piedad cristiana, balanza que pesa los destinos del mundo redimido, saludándole con la Santa Iglesia: *¡Oh Cruz ave, &c.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE.

He dicho, católicos, en primer lugar, que la Pasion de Cristo, en su pensamiento, en su designio, en sus causas, es un plan digno de la sabiduría de Dios, y agregaré ahora, para mayor fuerza, que es el mas digno que sin duda podia concebirse. ¿Por qué? por dos razones principales: primera, porque solo él podia concertar en la reconciliacion del hombre con su Dios todos los atributos divinos y todas las necesidades morales del género humano; segunda, porque esta Pasion y muerte de Jesucristo, Señor nuestro vino á dar toda su plenitud á la verdad. Si consideráis bien estos dos argumentos, veréis resplandecer la luz de la evidencia sobre el concepto que ellos prueban, y sin esfuerzo alguno tendréis que admirar en la Pasion del Señor la sabiduría de un Dios.

Nuestro manual catecismo provoca con dos de sus preguntas, dos respuestas que nos colocan con toda seguridad en el camino que ahora debemos recorrer. Como en el lenguaje de la fe puede y debe decirse que Dios padeció y murió, pregunta para ilustrar: "Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir?" Nada mas natural que esta pregunta en una razon que quiere ser dirigida por la fe: porque, teniendo aquella una evidencia de que Dios es impasible, ha menester de una luz sobrenatural para entender el dogma de un Dios que padece y muere. Esta luz resplandece toda en la siguiente respuesta de nuestro catecismo: "pórque junto con ser Dios era tambien hombre mortal." Hé aquí el dogma de la Encarnacion dando su luz á la razon humana. Pero no es esto bastante. La misma razon natural que ve la impasibilidad divina, conoce igualmente la Omnipotencia, se fija en su amplitud infinita de recursos y de medios, y no acertando á comprender, objeta: ¿cómo, pudiendo Dios llegar á su fin de salvar al hombre sin tan doloroso y extraño medio, quiso sin embargo de esto decidirse por él? El sabio catequista, formulando esta dificultad, pregunta, por lo mismo: "¿Pues sin morir no hubiera podido Dios hallar otro remedio?" y satisface á esta pregunta con esta sapientísima respuesta, en que se conciertan las luces de la ciencia con las tinieblas de la fe: "Sí; mas convínonos éste mas que otro ninguno." Hasta aquí nos deja nuestro catecismo; pero en un camino tan recto y plano, que para descubrir nuevos horizontes nos basta simplemente andarle. ¿Por qué, pues,

ha convenido este medio mas que otro ninguno? me diréis; y á esto os respondo: porque solo éste podia concertar perfectamente los atributos de Dios en su reconciliacion con la humanidad, y las necesidades de ésta en su carrera de lucha, perfeccion y merecimiento.

Sin perdernos con el pensamiento en las regiones insondables de la posibilidad divina, podrémos fácilmente fijarnos, hermanos mios, en tres casos posibles, cuyo conjunto, en el órden de la humana razon, parece mostrar mui claramente la integridad del todo. Dios podia reconciliarse con el hombre de tres modos: primero, perdonándole sin exigirle satisfaccion ninguna; segundo, contentándose, para otorgar esta gracia, con una satisfaccion insuficiente á todas luces; tercero, exigiéndole una satisfaccion plena y perfecta, para perdonarle el pecado y reconciliarse con él volviéndole á su gracia. Escoged ahora, católicos, entre los tres planes. ¿Se decidia el Señor por el primero? Ejercitaba su misericordia, pero dejaba enteramente desairada su justicia. ¿Se decidia por el segundo? Su justicia quedaria casi lo mismo, pues ante lo infinito parecen confundirse y en cierto modo identificarse la limitacion y la nada: una satisfaccion impura, pues no podia dar otra la humanidad contaminada, una satisfaccion indigna, pues no es digno de Dios lo que no es santo, una satisfaccion limitada, pues el hombre lo es en todo para el bien, era lo mismo que nada para pagar aquella deuda infinita. Luego ninguno de estos casos podia concertar, en la reconciliacion del hombre con Dios, la misericordia y la justicia de Su Majestad. Demos un paso adelante. Supuesta la necesidad que para tal concierto habia de una satisfaccion infinita, claro es que no podia darla sino solo Dios; mas como una satisfaccion por la culpa debe ser un castigo de la culpa, Dios estaba en la alternativa, ó de proporcionar un castigo de infinito merecimiento, ó de dejar á la humanidad que con una eterna pena pagase á su justicia la deuda de la culpa. Este último extremo habria satisfecho á su justicia, pero dejando, por decirlo así, desairada é inactiva su misericordia, y por lo mismo le dió de mano, buscando, para poder ejercer su misericordia infinita perdonando á la humanidad, una víctima pura, santa, inmaculada, cuyos padecimientos pudiesen merecer infinitamente. Esta víctima no podia ser, como ya os he dicho, la sola humanidad, porque es impura, maldita y limitada, ni la sola Divinidad porque es impasible. Dios, pues, descenderá del cielo por nosotros los hombres y por nuestra salud, encarnará por obra de su Divino Espíritu en las entrañas de una Vírgen, se hará hombre, padecerá en cuanto hombre y merecerá como Dios. Ved aquí, católicos, con qué caractéres tan espléndidos brilla en este plan toda

la sabiduría de un Dios. Jesucristo, muriendo por el hombre, inmoló en el altar del sacrificio á toda la humanidad, la inmoló sin la mas leve contaminacion, y con solo esto proporcionó una víctima que fuese humana sin la indignidad y contaminacion consiguiente al pecado. Ya sabéis que preparó á su Madre, eximiéndola del reato de la primera culpa. María, concebida en gracia desde el primer instante de su sér, nunca tocada por el yugo que pesaba sobre toda la humanidad, y ni un momento solo en la esclavitud del demonio, poseia ciertamente una carne purísima, una carne escogida, una carne preparada desde ántes de su sér, para que de ella pudiese tomar para sí el Verbo de Dios la naturaleza humana en su mas acrisolada limpieza y su mas alta perfeccion. Ved pues á toda la humanidad sin mancha en la Humanidad de Cristo, y pues que Cristo muere, ved en su sacrificio á toda la humanidad inocente, limpia y santa inmolada á la justicia del Padre por toda la humanidad pecadora, contaminada y maldita. Pero, aun con todo esto, si aquella humanidad no hubiera sido la de un Dios, la víctima no podria satisfacer á la Justicia divina, porque habria sido siempre una paga limitada de una deuda infinita; pero siendo la humanidad de un Dios, la paga es no solamente cumplida, sino á todas luces superabundante. ¿Por qué? porque, siendo la Santa Humanidad de Cristo capaz de un merecimiento infinito en todo, habríale bastado verter una sola lágrima, exhalar un solo suspiro de pena, para satisfacer á la Justicia divina la deuda infinita del pecado; y pues no quiso limitarse á esto, sino que se entregó á los horrores de la mas terrible pasion hasta morir en una cruz, claro es que su paga fué con usura, digámoslo así, superabundante y magnífica, digna perfectamente de un Dios. Hé aquí cómo la Pasion de Jesucristo nos ha dado á conocer la sabiduría infinita de Dios por el concierto que puso en todos sus atributos, especialmente en su justicia con su misericordia.

Pero si es cierto, como no cabe duda, que aun para satisfacer cumplidamente y concertar en la paga la justicia con la misericordia, bastaba que el Hombre-Dios hubiese vertido una gota de su sangre, una lágrima de sus ojos, y aun mostrado en un suspiro las penas de su corazon: ¡por qué quiso ser tan pródigo padeciendo tánto, sujetándose á la muerte, y una muerte de cruz? Si en el fondo de este misterio puedo, católicos, buscar alguna luz para daros á entender de algun modo el *por qué* de un sacrificio tan extremo y por otra parte no necesario para su principal objeto, que era el de satisfacer cumplidamente á la Justicia divina, os diré que en ello se interesaba toda la vida moral de la humanidad, como lo indiqué al

principio. Satisfaciendo Jesucristo por la culpa, no quiso eximirnos de pagar por nuestra parte; y por esto, preguntando nuestro manual catecismo: "¿Pues las penas de Jesucristo nuestro Señor no nos bastan?" responde: "Sí; mas quiere que satisfagamos con él nosotros." Esto supuesto, ya comprenderéis que la vida moral del cristiano es de abnegacion, de sacrificio y de virtud: por esto Jesucristo, señalando el camino que debiamos de andar para llegar á la posesion de su reino, dijo terminantemente: "Si alguno quiere venir en pos de "mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame." [1] Ahora bien: si Jesucristo Señor nuestro, limitándose á una satisfaccion que á nuestros sentidos hubiera parecido pasajera, no nos hubiese dado el ejemplo de todo lo que mandó practicar á los hombres, éstos le habrian opuesto mil dificultades á su doctrina, habrian creido impracticable su ley, se habrian formado una falsa conciencia y perdido casi todos á pesar de la Redencion. Mas, habiéndose sujetado Su Magestad á todas las penas terribilísimas é imponderables de su dolorosa Pasion; habiendo sido el primero en negarse á sí mismo, hasta el extremo de parecer el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe, como lo anunciaba el Profeta; el primero en carecer de todo amparo y socorro, trabajando desde niño con sus divinísimas manos en el taller de José para ganar el sustento; el primero en padecer desnudez y hambre; el primero en darse ántes de su Pasion á la mas rigurosa penitencia; el primero en dar el ejemplo, único en su género, de la tentacion que padeció; el primero en sufrir los desprecios, las burlas, y los ultrajes, en llorar lágrimas amargas, en sentir con los tormentos de su espíritu las agonías de la muerte ántes de comenzar su Pasion, y en el acto de ofrecerse á su Padre como víctima por el mundo, en aquel retirado huerto que dejó humedecido con su sangre; el primero en sufrir la traicion de un discípulo pérfido, la negacion de otro y el abandono de todos; el primero en ser el blanco de la sacrílega calumnia y la mas odiosa persecucion; el primero en oponer la mansedumbre del cordero al desenfreno de las turbas, á la rabia de los sacerdotes, á la iniquidad de sus jueces y al furor de sus verdugos: si Jesucristo, vuelvo á decir, se dejó abofetear, escupir, azotar, coronar como rei de burlas; si recibió en sus hombros y condujo hasta el Calvario en procesion dolorosa el instrumento de su suplicio; si permitió que le clavasen de piés y manos en él hasta hacerle morir, y aun despues de muerto, que la lanza de un verdugo abriese todavía su costado bendito . . . . ¿quién de todos los hombres hallará ni disculpas especiosas para el pecado,

1 Math. cap. XVI. v. 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que ha sido causa de tanto tormento, ni motivos contra la abnegacion mas completa, ni excusas para la cruz, ni razon alguna para no seguir su peregrinacion en el mundo andando el camino que el Redentor dejó señalado con sus dolorosos pasos? ¡Ah, católicos! es el hombre tan ciego, tan carnal, tan vendido á los placeres, tan propenso al delito, que habria sin duda esterilizado para sí mismo el beneficio infinito de su redencion, si ella no hubiera sido tan sangrienta. Por esto nuestro catecismo, declarando por qué, sin embargo de haber podido el Señor hallar otro camino para salvar al hombre, escogió el de morir, nos presenta semejante medio como el mas conveniente para nosotros, diciendo: "convínonos éste mas que otro ninguno." Si pues, tratándose de satisfacer á la Justicia divina, hubiera bastado un suspiro de Jesus; para que la humanidad entera pudiese aprovechar tan grande beneficio, era necesario el empleo de un remedio tan doloroso. Ahora bien, esta consecuencia práctica del sacrificio de Cristo en favor de los hombres muestra en alto grado á su sabiduría sirviendo con su plan de regeneracion á los designios de su misericordia.

Mas, no debemos detenernos aquí: porque esta Pasion y muerte nos demuestran la sabiduría infinita de un Dios, no solamente por el concierto de sus atributos divinos en la renovacion de su alianza con el hombre, y por su eficacia para afirmar los pasos de la humanidad en el camino de la virtud; sino tambien porque vino á dar toda su plenitud á la verdad.

Cuando Jesucristo, Señor nuestro, preguntado por Pilato si era rei, despues de haberle contestado afirmativamente, añadió: "Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad," derramó sobre nosotros una espléndida luz que nos hace mirar su Pasion como la verdad en toda su plenitud y en toda su gloria. Dió testimonio, católicos, á la verdad histórica, uniendo esta página de su Pasion y muerte con la que enseña la creacion del mundo, el orígen de la humanidad y la fuente del mal. Dió testimonio á la verdad religiosa, porque su sacrificio era el alma de la religion judía como lo es de la religion cristiana; pues por la fe en su venida y el anticipado mérito de su sacrificio se salvaron los justos de la Lei antigua, y por la fe de esta venida y la eficacia infinita de este sacrificio ya consumado se han salvado y salvarán todos los justos de la Lei nueva. Este sacrificio de Jesus era el figurado en el magnífico ceremonial de la Sinagoga; este sacrificio, que se renueva todos los dias en el altar cristiano, es la esencia del culto católico. Dió testimonio á la verdad moral, explicando con un hecho inmenso, cual fué su muerte en el Calvario, el orígen

y el remedio del mal: aquel sacrificio volvió una luz refleja sobre los cuarenta siglos de la historia que habia pasado, para mostrar la primera culpa en toda su deformidad y en la vasta carrera de sus consecuencias desastrosas, y se presentaba por sí como el único antídoto de aquel veneno, y un preservativo eficaz para que, despues de regenerados por el Bautismo, pudiésemos librarnos todos de tan funesto contagio. Dió testimonio á la verdad profética, pues habiéndosele anunciado mucho ántes como el varon de dolores que cargaba sobre sus hombros los pecados del mundo, para inmolarse como víctima á la justicia de su Padre, su Pasion era el hecho esperado para ver cumplidas las profecías. Dió testimonio á su doctrina, haciendo palpable con ella la abnegacion, la penitencia y la vida del espíritu. ¿Veis pues, católicos, cuánto brilla en este sacrificio doloroso la sabiduría de un Dios? ¡Véis cómo solo ella pudo concebir y su omnipotencia ejecutar un plan de regeneracion en que se concertasen maravillosamente la justicia y la misericordia para salvar al mundo? ¿Veis la superabundancia de perfeccion de este plan puesta de bulto en su eficacia para proveer á nuestra vida moral? ¿Veis, por último, cómo tal sacrificio conduce la verdad hasta su mayor plenitud? Pues no nos detengamos aquí: consideremos el misterio en sus relaciones con la santidad infinita del Señor, y veamos hasta dónde se interesaba este divino atributo en aquella carrera de dolores.

SEGUNDA PARTE.

He dicho en segundo lugar, que el designio de Dios para salvar al mundo hizo resplandecer, al ser ejecutado, su santidad infinita; y ahora debo añadir, que proveyó de la manera mas propia y eficaz á establecer y conservar las mas grandes virtudes en la tierra. ¿Cómo hizo resplandecer de la manera mas brillante su santidad infinita? castigando en su propio Hijo con un rigor inconcebible todos los pecados del mundo. ¿Cómo robusteció la esperanza, afirmó y extendió el reinado de la virtud en la tierra? con la cumplida satisfaccion que el sacrificio de su Hijo dió á su justicia, la espléndida gloria con que le pagó el infinito agravio del pecado, y el estímulo eficacísimo y constante que puso con sus merecimientos á su clemencia y misericordia.

Y á la verdad, católicos, ¿qué manifestacion mas espléndida pu-

do habernos hecho de su infinita santidad el Señor, ni qué pintura mas verdadera, viva y espantosa de toda la gravedad del pecado, que castigarle en su propio Hijo, en el objeto eterno de sus complacencias, en el esplendor de su sabiduría y la imágen de su sustancia, con tan inflexible rigor como se manifiesta en la dolorosa Pasion de Jesucristo? Si este padecer, único en su especie, este sufrir sin tipo ni imitacion, esta inocencia cargada con el terrible peso de los pecados del mundo, entregada sin piedad á todas las penas del espíritu, á todos los tormentos del cuerpo, á todo el furor de las pasiones desencadenadas, á todo el odio de los mas crueles é implacables enemigos, á todo el vilipendio y la ignominia que puede concebirse; si este Jesus, que es la santidad por esencia como verdadero Dios, el tipo de todas las virtudes como verdadero hombre, arrastrado vilmente por un sendero de tormentos inauditos desde el jardin de las olivas hasta las cumbres del Gólgota, clavado de piés y manos en la Cruz, muerto en medio de todos los baldones y rabiosa grita de sus verdugos, herido en su costado, aun despues de muerto, por la sed insaciable de sangre que devoraba á sus crueles enemigos; si esta víctima, sacrificada con tan inconcebible severidad, por solo haber aceptado como Redentor la deuda del pecado, no nos da una idea mas clara que cuanto vemos con nuestros ojos, un conocimiento mas perfecto que el de aquello que tocamos con nuestras propias manos, acerca de la santidad infinita del Sér por esencia, y de su horror inmenso, inexplicable y aun inconcebible al pecado, no veo, por cierto, católicos, ni en lo existente ni en lo posible nada que sea capaz de ilustrarnos acerca de ambas cosas.

Aunque todos los atributos divinos son, en verdad, absolutamente iguales en el hecho de ser todos infinitos, y no ser en la realidad sino el mismo Dios segun es considerado y le podemos contemplar nosotros con nuestra limitada mente, hai uno que podriamos llamar en cierto modo su atributo por excelencia: ¿cuál? su santidad. Este es el título con que quiere se le muestre en toda la majestad de su sér: este es el motivo que nos propone para inclinarnos á la virtud: esta es la razon altísima con que exige nuestras adoraciones. La santidad es la aureola de su imágen, el espíritu de su sér, el sello de sus obras, el motivo de su lei, el objeto de nuestra vocacion y el réquisito de la felicidad. "El Señor es magnífico en santidad," dice Isaías; "Ninguno es santo como el Señor," leemos en el primer libro de los Reyes: "adorad al Señor, porque es santo," nos inculca el Profeta; y el mismo Dios nos dice, como vemos en el Levítico: "Sed santos, porque yo soi santo." El rasgo característico de la imágen de Dios en el hombre fué la santidad, y por lo mismo esta

bella imágen se borró casi del todo con el pecado. No nos pide que nos le asemejemos en sabiduría, ni en poder tampoco; lo único en que quiere le representemos todos, es en santidad. Y á tánto llega su amor, predileccion y preferencia en este punto, que aun aquel himno de gloria que sus escogidos le cantan en las alturas, versa exclusivamente sobre la santidad. ¡Santo, Santo, Santo! hé aquí el concierto magnífico que hace resonar los cielos incesantemente, que complace sobre todo al Rey eterno, y embriaga de placer á todos sus escogidos. Para San Ambrosio, la santidad encierra todas las perfecciones divinas, pues que de ellas es la razon, la prueba y el ornato. "Dios es feliz, porque es santo; es soberanamente feliz, porque es la santidad misma; es inmortal, porque es santo; es infinitamente sabio, porque es santo. "De esta suerte, concluye un sabio Doctor, "de solo la santidad sale la prueba de todos sus demás atributos." Si pues el pecado, católicos, hirió con gravedad infinita cada uno de estos atributos soberanos, como bien lo sabéis, es claro que la víctima inmolada, no en sí, porque Dios es impasible; pero sí objetivamente, intencionalmente por el pecado, fué la santidad de todo un Dios. Ella pues, exigia una reparacion igual á la ofensa; y en verdad que solamente podia dársela el sacrificio de un Hombre-Dios. Habia hecho Su Magestad lo bastante para dar á conocer á los hombres su santidad esencial, pues todo la predica en la creacion: el órden y concierto de todos los objetos del Universo, la inalterable y perpetua docilidad con que la naturaleza obedece sus leyes, las condiciones de la felicidad y los atractivos inefables de la virtud. Las simples luces de la razon humana llegaron á descubrir por sí solas este divino atributo, puesto que donde quiera le veian figurar. Sin embargo, el hombre borró esta imágen de su corazon, y no tardó en desaparecer de su entendimiento. Un mundo entregado en su mayor parte á la idolatría con todas las abominaciones de su culto era una prueba de esta verdad: necesitaba Dios restablecer en la tierra el conocimiento de su santidad infinita, y restablecerle por medios tan eficaces, que produjesen por sí lo que ya no alcanzaba la razon, miserablemente hundida en las tinieblas, ni presentia el corazon de la humanidad, sumergida en el fango de los vicios y verdaderamente muerta. Hablaban las Sagradas Letras; pero no eran escuchadas: habian hablado los Profetas; pero fueron perseguidos: era necesario que hablase Dios con un lenguaje que fuese perfectamente escuchado, universalmente comprendido y capaz de contener á toda la humanidad en su carrera de perdicion. Habló Dios en efecto: ¿y cuál fué su lenguaje? el espectáculo divinamente significativo y perdu-

rablemente célebre de la Pasion y muerte de su Hijo Unigénito para pagar la deuda de la culpa.

"No perdonó á su propio Hijo, nos dice, ponderando la severidad de este castigo, para estimular nuestra confianza, el apóstol de las gentes: *Proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum.*[1] Detenéos aquí, católicos: poned en estas palabras toda vuestra atencion: meditadlas con la mas esmerada solicitud: no perdáis nada de ellas: contemplad la suprema energía del pensamiento que enuncian: "No perdonó á su propio Hijo." ¿Qué cosa es el perdon? Ya lo sabéis: un acto de la misericordia para no castigar al delincuente. ¿Cuál es la garantía mas grande con que cuenta el hombre para ser perdonado? La generosidad del amor. ¿Quién en la tierra se muestra como el tipo de este sentimiento, ejercitándole sin cansancio y aun sin esfuerzo? El padre. ¿Y podrá nunca el mas tierno, virtuoso y perfecto de todos los padres de la tierra, no digo exceder ó igualar, pero ni aun compararse siquiera con nuestro Padre que está en los cielos? ¡Ah! todo lo que hai de mas íntimo en las relaciones, de mas estrecho en los vínculos, de mas delicado en el carácter, de mas tierno en los sentimientos, de mas intenso en los afectos, de mas encendido y puro en el amor, se pierde como una imperceptible gota en aquella ternura inmensa, en aquel oceano de caridad. Y si esto decimos y podemos decir, considerando á Dios en sus relaciones con el hombre; ¿qué diremos considerando al Eterno Padre en sus relaciones con su Eterno y Unigénito Hijo? Nada, no, absolutamente nada: porque no es para el decir de la humana lengua, ni para el pensar del humano entendimiento aquel amor infinito, eterno, inmenso, aquella ternura única, incomparable y aun inconcebible del Padre celestial.

¿Y qué os diré de este Hijo? El Eterno le pone á su derecha, convierte á sus enemigos todos en escabel de sus piés: es el sacerdote de la eternidad figurado en el gran Melquisedec: engendrado ántes de la aurora, preside sin tiempo á todos los tiempos: por la virtud de su palabra nacieron los mundos, y tornarán de nuevo al caos cuando lo mande: es el Cristo de Dios revestido de nuestra humanidad, pero siempre divino: es el esplendor de la gloria del Padre: luz de luz, Dios de Dios, como le aclama al símbolo de Nicéa: es aquel sobre quien desciende y posa el Espíritu increado, á tiempo que la voz del Padre le anuncia desde los cielos como á su Hijo Unigénito en quien tiene todas sus complacencias: es aquel que, subiendo al Tabor, se trasfiguró á la faz de sus discípulos, apareciendo entre Moysés y Elías con un vestido de gloria, y cuya generacion eterna vuelve á proclamar el Padre, para darle á conocer como el objeto de su amor, y consagrar la infalibilidad de su palabra y la autoridad de su ministerio, diciendo en voz de trueno. "Este es mi Hijo mui amado, en quien tengo cifradas todas mis complacencias;" escuchadle: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite:*[1] Hijo verdadero, *Filius:* Hijo único, *Hic est Filius meus:* Hijo predilecto, *dilectus;* amado sobre todo amor, *in quo mihi benè complacui.* ¡Tal es el escogido por su mismo Padre para ser entregado á la muerte!

¿Cómo pues, me diréis, conciliar estos caractéres de perfeccion infinita de tal Padre y de tal Hijo con el castigo terrible que éste sufre por disposicion de aquel, y un tal exceso de ternura con tal extremo de severidad? Si un padre de la tierra es dominado siempre mas de la misericordia y dulzura que de la justicia y rigor para con sus propios hijos, aun cuando son delincuentes, ¿cómo entender esto de que el Padre celestial no quiso perdonar á su Unigénito? Es preciso, pues, ir mas adelante, y buscar en la historia de esta paternidad y filiacion eternas, con el delito del Hijo, el por qué del inflexible rigor con que le trata su Padre. Pero ¿qué digo? ¿Hijo de Dios y delito? ¿santidad por esencia y delito? ¿inocencia esencialísima y delito? No, católicos: ni aun en clase de meditacion y estudio pueden juntarse unas cosas tan opuestas. ¿Qué decir pues de este Hijo amado, para considerarle como una víctima que á su justicia inmola su propio Padre? Solo este Hijo tiene cabal y perfecta idea del sentimiento que aquí se busca; y por lo mismo el apóstol San Pablo no halló para el intento cosa mas adecuada que proponer á la consideracion de los fieles, sino el que procurasen aproximar su corazon al de Jesucristo en esta clase de sentimiento: "Sentid, les decia á los filipenses, sentid vosotros como sintió Jesucristo."[2] ¿Cómo sintió Jesucristo, católicos? Sintió el pecado como podia sentirle la santidad por esencia; sintió en sí mismo el dolor que castigaba el pecado, y juntamente su inocencia divina; se vió cubierto de la humanidad y gravado con todos los oprobios y afliciones en ella, con la luz eterna de su propia sustancia. Si pues Cristo padeció, no fué como culpable, pues ni lo era ni podia serlo, siendo como era verdadero Dios, y juzgándose igual á Dios no por usurpacion, como lo advierte San Pablo: padeció por todos los hombres, por nuestras culpas y pecados. Hé aquí por qué el mismo apóstol, despues de decir que el Padre no perdonó á su propio Hijo,

1 Rom. cap. VIII, v. 32.

1 Luc. cap. IX. v. 35.— 2 Philip. cap. II. v. 5.

añade: que por todos nosotros le entregó á la muerte: *sed pro nobis omnibus tradidit illum.* [1]

Ved, pues, católicos, quién es este Padre que castiga, quién es este Hijo castigado por su Padre, y cuál fué la causa de tan acerba Pasion é ignominiosa muerte. ¿Qué consecuencias inferiríais de aquí, si solo contaseis con la luz de la razon? ¿Qué diríais de la ejecucion de este decreto de castigo verificada por la justicia del Padre contra un Hijo único, predilecto, infinitamente amado y del todo inocente; de un Hijo que acrisola todavía mas su caridad con su designio de padecer por los hombres; de un Hijo cuyo único delito ha consistido en la generosidad de su amor? Que este crucificado es un escándalo, ó es una locura: os escandalizaríais con el celo hipócrita de los judíos, ú os reiríais con la insolente ligereza de los gentiles, como de la mayor extravagancia: *judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.* Pero, si esto podia explicarse cuando acababa de pasar la muerte de Jesucristo, ¿seria concebible hoi que su Cruz ha recorrido, con la majestad del triunfo, la vasta extension del Universo? ¿seria tolerable semejante pensar y un tal decir hoi que la historia ostenta en tantos genios esclarecidos, talentos colosales y sabios eminentes, el reflejo de aquella luz que despedia el Apóstol con estas palabras de altísimo sentido: "Yo no quiero saber otra "cosa que á Jesucristo crucificado?" [2] No, católicos: aquel oráculo: "Yo condenaré la sabiduría del sabio y reprobaré la prudencia del "prudente," [3] se ha cumplido ya: y entre el ateismo, que representa el caos, y la Cruz, donde se muestra en su zenit el Sol de la verdad, no encuentra la crítica sino ruines figuras, caprichosos y fugitivos meteoros en el teatro de los errores. Todo ó nada; ateismo ó Cruz: hé aquí la última sinópsis de la controversia religiosa, moral y social. No siendo ya, pues, tiempo de escandalizarse como el judío ni de reirse como el gentil, preciso es venerar el misterio y buscar en su espíritu la explicacion de esa severidad con que la justicia del Padre sacrifica en la Cruz la inocencia del Hijo. Pedid para ello, católicos, sus luces á la fe, y aplicándolas á este misterio, veréis resplandecer en él toda la santidad de un Dios.

Si examináis atentamente la odiosísima historia del pecado, para buscar aquellos puntos que mas dominan en tan deplorable ciencia, todo lo podréis resumir exactamente en tres palabras. Este desórden inmenso causado en toda la humanidad por la culpa, este ultraje infinito á la santidad de Dios, que rompió su antigua alianza con los hombres, empezó por la soberbia, medió por el placer de los

1 Rom. cap. VIII, v. 32.— 2 I Cor. cap. II, v. 2.— 3 Is. cap. XXIX, v. 14.

sentidos, y acabó en la muerte del alma. Comenzó el hombre por quererse encumbrar hasta el rango de un Dios, y esta fué la soberbia: continuó con regalar su paladar con una fruta que provocaba la vista y alhagaba el gusto, y acabó por escuchar aquella sentencia de muerte, digno castigo de su horrible prevaricacion. Debíase, pues, á la santidad infinita de un Dios una triple reparacion de estos tres estragos, y una reparacion igual en todo á la ruina; conviene á saber: un vasallaje correspondiente á la insurreccion del hombre, para espiar el crímen de la soberbia; un sacrificio que, castigando todos los desórdenes de los sentidos, restableciese en la tierra el primitivo imperio del espíritu sobre la carne; y por último, á sus derechos como Criador, la restitucion de su obra maestra, sin obstáculo ninguno, para que pudiese gozarla por toda lo eternidad. ¿Cómo conseguir estas tres cosas? Con un acto de humildad tan valioso para la restitucion como lo habia sido para la ofensa el de la soberbia; hé aquí lo primero: con una penitencia corporal superior en intensidad á la de todos los hombres juntos, y de un mérito infinito; hé aquí lo segundo: con una muerte temporal de valía tan inmensa, que bastase á destruir la muerte eterna: hé aquí lo tercero.

Ved ahora, católicos, con qué maravillosa exactitud pagó Jesucristo esta triple deuda. ¿Cuál es, decidme, aquel acto suyo que reparó dignamente la insubordinacion del primer hombre? El misterio admirable de su Encarnacion. Adan pecó seducido por una voz que le ofrecia elevarle hasta el rango de la Divinidad: he aquí el delito de un hombre que quiere hacerse Dios para vivir á su gusto. ¿Qué se necesita para reparar este ultraje? Que un Dios se haga hombre, solo para padecer. ¡Y será esto posible? ¡Dios mio! ántes de saber vuestros designios, ántes de leer vuestras promesas, mi pobre razon jamas habria columbrado tal remedio; y si por un milagro hubiese podido suponerle, habria desechado tal idea como la mas extravagante locura: pero vos le dispusisteis, vos le anunciásteis, vos le condujísteis hasta su última consumacion; y allí, donde mi entendimiento desesperara del remedio, vuestra fe le aparece, derramando desde el fondo de sus tinieblas una luz de sabiduría que forma la esperanza é instituye la caridad. Sí, católicos, un Dios se hace hombre, y haciéndose hombre, se anonada, dice el apóstol, tomando la forma de esclavo: *semetipsum exinanivit formam servi accipiens:* [1] he aquí el primer paso á la grande obra; la humillacion infinita de un Dios, que destruye el desórden de la soberbia del hombre. ¿Y para qué tomó la humanidad? ¿solo para engran-

1 Philip. cap. II, v. 7.

decerla? No: su inmediato y principal objeto fué cubrirla de ignominia, someterla sin límites al dolor, entregarla á la muerte. De hecho, esta Humanidad santa de un Dios se presenta en el mundo como el desecho del mundo: nace entre las pajas de un pesebre, habita la casa de un pobre artesano, no quiere llamar la atencion de nadie, se entrega á la penitencia, resiste la tentacion, oye la calumnia, es objeto del odio, atrae el desprecio, soporta el baldon, lleva una señal de ignominia, sufre agonías de muerte, es arrastrada con crueldad á la presencia de sacerdotes hipócritas, de envidiosos príncipes y magistrados inicuos, atraviesa por un camino de espinas y de sangre, sube á un patíbulo, espira en una Cruz.

El primer hombre codició los regalos espléndidos de la naturaleza; el Hijo de Dios tiene apénas con que vestirse, padece hambre y sed. El pecado trajo consigo al mundo el reinado de todas las pasiones y sepultó á la humanidad en el abismo de todos los vicios; Jesus, á fin de resuscitar este inmenso cadáver, sentido por sentido y parte por parte, porque todo él está gangrenado y muerto, recibirá en su cabeza bendita una corona de espinas ignominiosa y cruel, para pagar la deuda de tantos pensamientos sensuales, tantos designios soberbios, tantos planes ambiciosos y tantos proyectos inicuos; será puesto en espectáculo de burla con un cetro de caña y un retazo de púrpura, para castigar los desórdenes de la ambicion y el refinamiento del lujo; será escupido y abofeteado, para indemnizar á la justicia divina del ultraje de aquel rostro que se levantó contra el cielo, como para disputar la soberanía de Dios; será atado á una columna, y recibirá de mano de sus verdugos cruelísimos azotes, que desgarren su benditísimo cuerpo, á fin de pagar á la santidad infinita de Dios con tan vergonzoso y horrible tormento el agravio de la concupiscencia en su asquerosísima é inmensa fecundidad; clavaránse sus piés en una cruz, para contener á la humanidad en su carrera de perdicion, reincorporarla de nuevo en los caminos de la justicia y pagar con una pena, la mas dolorosa, las obras de iniquidad de todos los hombres.

Así es, católicos, como Jesus pagó la deuda de la soberbia con anonadarse hasta los extremos que habéis visto, los desórdenes del espíritu, con sufrir inconcebibles penas en su purísima alma, y los estragos de todas las pasiones y vicios, con entregar su cuerpo á los mas horribles tormentos. Pero no se contiene aquí: aun le falta poner término y consumacion á su grande obra, aun le falta que descargar un golpe de muerte sobre la muerte eterna, restaurar cumplidamente la imágen de Dios en el hombre, volverle á la gracia y abrirle paso para la gloria. Hé aquí por qué, no solo padece, sino

muere tambien: muere en medio de los mas terribles dolores, hecho un mar de amargura, convertido en el hombre del oprobio y la ignominia, maldito y burlado en su misma agonía, y exhalando entre dos delincuentes ajusticiados el último suspiro. ¡Tal es, católicos, y tan admirable y santo este misterio, considerado en su ejecucion, en los medios con que Dios le condujo á su plenitud! Ved cómo brilla su santidad infinita en esta carrera de dolores, y cuán alto habla, para dar á conocer y hacer detestar el pecado, ese Hijo divino á quien conduce con terrible severidad por una carrera de tormentos inauditos á una muerte ignominiosa. ¿Quién despues de esto hallaria excusas en las santas oscuridades de este dogma, no ya para dejar de creerle, sino aun para no detenerse, arrobado de asombro, ante la divina sabiduría del pensamiento que le concibe y la santidad infinita del poder que le ejecuta?

¿Cuál será, pues, hermanos mios, esta santidad infinita del Señor? ¿cuán delicada, cuán inviolable, cuán celosa, cuán severa, cuando el solo tener su mismo Unigénito en la santa Humanidad con que se reviste, las sombras y apariencias del pecado, basta para que se le deseche y repela como un objeto anatematizado por el mismo Dios? ¿Qué será, vuelvo á decir, esta santidad de Dios, pues lo mismo fué para Cristo el ofrecerse por nosotros, que aparecer maldito á los ojos de su Padre, como lo pondera San Pablo? [1] ¿Cuál será el ultraje que recibe Su Majestad con el pecado, si el haber tomado á su cargo el Divino Salvador satisfacer á la justicia divina por esta gravísima ofensa, léjos de mitigar el castigo con la dignidad infinita del responsable, con el hecho de ser el objeto de las complacencias eternas como el Unigénito del Padre, le aumentó hasta un extremo tal, que pudiendo redimir con solo un suspiro millares de mundos, fué condenado á padecer los mas horribles tormentos en su alma y en su cuerpo, como lo muestra la historia dolorosísima de su Pasion? ¿Cuánto pesará, pues, el pecado en la fidelísima balanza de la justicia divina? ¡Ah! si esto no os da una idea perfecta, ni os produce un sentimiento profundo, el mayor que cabe en la naturaleza humana, de lo que es la santidad de Dios, de su horror infinito al pecado, y del tamaño de la ofensa que con éste recibió Su Majestad Santísima, no encuentro ciertamente, ni en la naturaleza visible, ni en los esfuerzos de la razon, ni en las mismas páginas de los Sagrados Libros cosa alguna capaz de ilustraros y conmoveros.

Pero no nos detengamos aquí: si la Pasion y muerte de Jesucristo nos hace admirar la sabiduría de un Dios en su pensamiento, y

1 Galat. Cap. III, v. 13. *Deut.* Cap. XXI, v. 23.

la santidad de un Dios en sus medios de ejecucion; demos un paso más, y admirarémos igualmente el amor infinito de un Dios en la prodigiosa fecundidad de sus efectos.

TERCERA PARTE.

Hablar detenidamente, católicos, de los efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo, es incorporarse de lleno en la sabiduría, el poder y el amor infinito de todo un Dios; es recordar los maravillosos portentos de la regeneracion del hombre, mayores incomparablemente que los de su misma creacion, como lo cantaba el Poeta-Rei. Esta Pasion y muerte ocupaba desde la eternidad á todo un Dios, mantuvo arrobadas en su presencia todas las potestades angélicas; hacia palpitar por el deseo de su feliz llegada, durante el curso de cuarenta siglos, el corazon de todos los justos; dió su plenitud y magnífica ratificacion á todos los orâculos de la verdad, restableció la alianza entre Dios y los hombres; regeneró á la humanidad entera, cambiando la faz del mundo; derribó el poder de las tinieblas, cargándole de prisiones en los abismos, humillándole á cada paso en la tierra, y haciendo desaparecer sus obras, representadas en la idolatría cuyos sacrílegos templos fuéron anonadados, y en el error judáico cuyo castigo se ha perpetuado como un monumento superior al poder de los siglos. Las pasiones feroces, encadenadas por la mansedumbre, la vanidad mundana, humillada con la santa pobreza y sublime abnegacion; el sensualismo asqueroso y torpe, aniquilado con la severidad augusta de la penitencia: hé aquí los gloriosísimos troféos de Jesucristo muriendo por los hombres. Esa Cruz, á cuya presencia retrocede con el ademán del escándalo la hipocresía judaica, será el principio, el medio y la corona magnífica de la santidad: ese Hombre de dolores, clavado en ella para redimir al mundo, sobre quien lanzó una burlona y despreciativa mirada la vanidosa jactancia del gentil, será el verdadero sol de la inteligencia, el esplendor del talento, la riqueza de la sabiduría y la gloria del genio: ese madero, centro comun de todas las ignominias, cuya infamia no halló una expresion para darse á conocer en la lengua del orador romano, será de hoi mas el trono de la majestad, el centro del poder, el carácter de la grandeza y la aureola de la gloria: todo se reunirá en torno suyo, sometido al irresistible poder de esta palabra profética, que se escapa de los labios de la víctima poco

ántes de su Pasion: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, "todo lo he de atraer á mí mismo." *Et ego, si exaltatus fuero à terra, omnia trahàm ad me ipsum.* [1]

Seria imposible ciertamente dar cabo feliz á la taréa de ostentar en su inmensa latitud los magníficos, he dicho poco, los omnipotentes y divinos efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo. Hemos visto restaurada la verdad con este sacrificio, y manifiesta la sabiduría de un Dios en su plan de salvacion para el mundo; hemos visto admirablemente reparada la mancilla que nuestros pecados arrojaran hácia la santidad de Dios, con una expiacion universal é infinita, y restablecida su imágen en la tierra con la renovacion cristiana del hombre: veamos ahora una parte siquiera del inmenso cuadro, considerándole bajo el aspecto de los beneficios que ha traido á la humanidad la Pasion y muerte de Jesucristo.

Si yo pretendiese, católicos, para metodizar mi exposicion, reducir á una fórmula breve los beneficios que debe la humanidad al Sacrificio del Salvador, os diria que esta Pasion y muerte hizo caer de nuestra cerviz el hereditario yugo de la primera culpa, despedazando todas las cadenas con que nos aprisionaba el pecado, sancionó un decreto de libertad para todos los hombres, crió la esperanza, afirmó la virtud, instituyó la santidad, hizo reinar el amor y abrió par en par á todos los hombres las puertas de los cielos.

He dicho en primer lugar que Jesucristo Señor nuestro, con su acerbísima Pasion é ignominiosa muerte, nos libertó del pecado á impulsos de su amor hácia nosotros, quedando así borrado de la humanidad este antiguo sello de su ignominia. Ved cómo explican este maravilloso efecto de aquel sacrificio los primeros evangelizadores del mundo: "Nos amó, dice San Juan en su Apocalípsis, y nos "lavó de nuestros pecados en su sangre:" [2] "Os hizo vivir consigo, "decia el apóstol San Pablo, á los Colosenses, perdonándoos todos "vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que estaba con"tra nosotros, y la quitó de en medio clavándola en la cruz." [3] ¡Cómo encarecer debidamente, católicos, el tamaño de este beneficio? ¿Dónde hallar guarismo para expresar el valor de esta riqueza? ¡El hombre libre del pecado! ¡el hombre renovado en la Sangre de Cristo! ¡el hombre revestido de una pureza mayor todavía que la de Adan, por el valor que recibe del que la restauró en su corazon! ¡el enemigo de Dios hecho de nuevo amigo suyo! ¡el maldito del Paraíso encaminado al cielo! ¡el sentenciado á muerte restituido á la vida! ¡el pestilente abismo de corrupcion y de miseria trasformado

1 Joann. cap. XII, v. 32.— 2 Apoc. cap. I, v. 5.— 3 Coloss. cap. II, vv. 14, 15.

002616

la santidad de un Dios en sus medios de ejecucion; demos un paso más, y admirarémos igualmente el amor infinito de un Dios en la prodigiosa fecundidad de sus efectos.

TERCERA PARTE.

Hablar detenidamente, católicos, de los efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo, es incorporarse de lleno en la sabiduría, el poder y el amor infinito de todo un Dios; es recordar los maravillosos portentos de la regeneracion del hombre, mayores incomparablemente que los de su misma creacion, como lo cantaba el Poeta-Rei. Esta Pasion y muerte ocupaba desde la eternidad á todo un Dios, mantuvo arrobadas en su presencia todas las potestades angélicas; hacia palpitar por el deseo de su feliz llegada, durante el curso de cuarenta siglos, el corazon de todos los justos; dió su plenitud y magnífica ratificacion á todos los orâculos de la verdad, restableció la alianza entre Dios y los hombres; regeneró á la humanidad entera, cambiando la faz del mundo; derribó el poder de las tinieblas, cargándole de prisiones en los abismos, humillándole á cada paso en la tierra, y haciendo desaparecer sus obras, representadas en la idolatría cuyos sacrílegos templos fuéron anonadados, y en el error judáico cuyo castigo se ha perpetuado como un monumento superior al poder de los siglos. Las pasiones feroces, encadenadas por la mansedumbre, la vanidad mundana, humillada con la santa pobreza y sublime abnegacion; el sensualismo asqueroso y torpe, aniquilado con la severidad augusta de la penitencia: hé aquí los gloriosísimos troféos de Jesucristo muriendo por los hombres. Esa Cruz, á cuya presencia retrocede con el ademán del escándalo la hipocresía judaica, será el principio, el medio y la corona magnífica de la santidad: ese Hombre de dolores, clavado en ella para redimir al mundo, sobre quien lanzó una burlona y despreciativa mirada la vanidosa jactancia del gentil, será el verdadero sol de la inteligencia, el esplendor del talento, la riqueza de la sabiduría y la gloria del genio: ese madero, centro comun de todas las ignominias, cuya infamia no halló una expresion para darse á conocer en la lengua del orador romano, será de hoi mas el trono de la majestad, el centro del poder, el carácter de la grandeza y la aureola de la gloria: todo se reunirá en torno suyo, sometido al irresistible poder de esta palabra profética, que se escapa de los labios de la víctima poco

ántes de su Pasion: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, "todo lo he de atraer á mí mismo." *Et ego, si exaltatus fuero à terra, omnia trahàm ad me ipsum.* [1]

Seria imposible ciertamente dar cabo feliz á la taréa de ostentar en su inmensa latitud los magníficos, he dicho poco, los omnipotentes y divinos efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo. Hemos visto restaurada la verdad con este sacrificio, y manifiesta la sabiduría de un Dios en su plan de salvacion para el mundo; hemos visto admirablemente reparada la mancilla que nuestros pecados arrojaran hácia la santidad de Dios, con una expiacion universal é infinita, y restablecida su imágen en la tierra con la renovacion cristiana del hombre: veamos ahora una parte siquiera del inmenso cuadro, considerándole bajo el aspecto de los beneficios que ha traido á la humanidad la Pasion y muerte de Jesucristo.

Si yo pretendiese, católicos, para metodizar mi exposicion, reducir á una fórmula breve los beneficios que debe la humanidad al Sacrificio del Salvador, os diria que esta Pasion y muerte hizo caer de nuestra cerviz el hereditario yugo de la primera culpa, despedazando todas las cadenas con que nos aprisionaba el pecado, sancionó un decreto de libertad para todos los hombres, crió la esperanza, afirmó la virtud, instituyó la santidad, hizo reinar el amor y abrió par en par á todos los hombres las puertas de los cielos.

He dicho en primer lugar que Jesucristo Señor nuestro, con su acerbísima Pasion é ignominiosa muerte, nos libertó del pecado á impulsos de su amor hácia nosotros, quedando así borrado de la humanidad este antiguo sello de su ignominia. Ved cómo explican este maravilloso efecto de aquel sacrificio los primeros evangelizadores del mundo: "Nos amó, dice San Juan en su Apocalípsis, y nos "lavó de nuestros pecados en su sangre:" [2] "Os hizo vivir consigo, "decia el apóstol San Pablo, á los Colosenses, perdonándoos todos "vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que estaba con"tra nosotros, y la quitó de en medio clavándola en la cruz." [3] ¡Cómo encarecer debidamente, católicos, el tamaño de este beneficio? ¿Dónde hallar guarismo para expresar el valor de esta riqueza? ¡El hombre libre del pecado! ¡el hombre renovado en la Sangre de Cristo! ¡el hombre revestido de una pureza mayor todavía que la de Adan, por el valor que recibe del que la restauró en su corazon! ¡el enemigo de Dios hecho de nuevo amigo suyo! ¡el maldito del Paraíso encaminado al cielo! ¡el sentenciado á muerte restituido á la vida! ¡el pestilente abismo de corrupcion y de miseria trasformado

1 Joann. cap. XII, v. 32.— 2 Apoc. cap. I, v. 5.— 3 Coloss. cap. II, vv. 14, 15.

002616

en augusto santuario de todo un Dios! ¡Ah, católicos! quitado el pecado, desapareció el mal, y vino el bien; murió la muerte, y nació la vida; tornó á la nada la infamia, y apareció la gloria.

Pero no es esto solo: este sacrificio de Cristo fué, no solo una restauracion de inocencia, sino un decreto soberano de libertad; el hombre, bien lo sabéis, gemia terriblemente bajo la tiranía crudelísima del demonio: su entendimiento cerrado á la verdad, su voluntad envuelta en las pasiones, su cuerpo dominado por los vicios, todo él presentaba el aspecto de un réprobo atado de piés y manos y sojuzgado constantemente por el poder de las tinieblas. Mas Jesucristo muere, y con solo esto encadenó para siempre al príncipe de los demonios. "Ahora se llega," decia, refiriéndose á su próxima Pasion, "el juicio del mundo. Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera." [1] En efecto, católicos, el momento de aquella muerte fué la aurora de nuestra libertad: ya desde entónces el oprobio de nuestra esclavitud se trasformó en la grandeza de nuestra adopcion, las cadenas de nuestros enemigos cayeron de nuestros brazos; y donde ántes apareciera el sello de la sujecion al demonio, brilló la luz de una corona inmortal. "Los oprobios del Hijo de "Dios, decia San Gerónimo, borraron los nuestros; sus prisiones nos "hicieron libres; la corona de dolor que atormentó su cabeza, colo-"có sobre la nuestra la diadema de su reino; y sus llagas en fin "vinieron á darnos toda la salud." "Jesucristo, dice San Ambrosio, "quiso someterse á la muerte, ¡oh hombre! para librarte de la con-"denacion eterna." Desde que su Cruz fortalece nuestro corazon, no puede ser dominado por ningun linaje de asaltos. "La concupiscencia no puede reinar," decia San Gregorio, "donde se tiene presente la Pasion del Redentor." Ved pues aquí, hermanos mios, el segundo beneficio: el hombre libre de la esclavitud horrible del demonio, y afirmado contra todos sus enemigos, y árbitro contra todas las pasiones.

¿Qué os diré de la esperanza? Considerad por una parte la dignidad infinita del Hijo de Dios, recordad por otra el carácter é intensidad de sus padecimientos, y decidme si es posible que muera nunca tan consoladora virtud en un corazon verdaderamente cristiano. La esperanza, como bien sabéis, es el juicio seguro de que podemos, con solo quererlo eficazmente, alcanzar la vida eterna. Este bien infinito pide medios análogos infinitos tambien. El hombre no podria encontrarlos y servirse de ellos en solo su naturaleza; pero Jesucristo, tomando para sí esta naturaleza y entregándola toda

1 Joann. cap. XII, v. 31.

por el pecado á la muerte, hizo dos cosas, por explicarme así: dignificar la víctima, limpiándola de toda contaminacion, para que pudiera ser propicia, y sacrificarla universalmente. La muerte de Jesucristo es la inmolacion de la humanidad entera, de la humanidad sin mancha, de la humanidad absorbida en lo infinito: fué un sacrificio infinitamente puro, infinitamente doloroso, infinitamente santo é infinitamente meritorio. La deuda quedó pagada, y con tal superabundancia, que ni Dios podia exigir mas, ni la humanidad optar un medio de mayor eficacia para renovarse, dignificarse, é inmortalizarse en la gloria. Si cada pena interior, cada suspiro de Jesus bastaria para redimir al mundo, pues padeciendo en cuanto hombre, merecia como Dios, ¿qué será, decidme, aquel tormento del alma, para el cual no hallaba comparacion el profeta, y que le llama por fin "un mar de tribulacion?" [1] ¿Cómo ponderar todo lo que padeceria la Humanidad santísima del Verbo, cuando los profetas mismos, aun despues de agotar los recursos de la imaginacion y de la lengua, no lo dijeron todo? "El azote de vuestra cólera," decia David, representando proféticamente al Redentor, "ha descargado contra mí: to-"das las olas de tu furor echaste sobre mí." ¿Qué dirémos del desamparo y desolacion que padeció aquella gran Víctima? "A tu vista están, "exclamaba él mismo á este propósito, "todos los que me "atribulan: improperio aguardó mi corazon y miseria. Y esperé que "alguno se entristeciese conmigo, y no le hubo; y que alguno me "consolase, y no le hallé." ¿Cómo figurarse aquel infinito padecer: padecer en todo, padecer siempre, padecerlo todo, padecer sin interrupcion y padecer sin esperanza? "Me dieron hiel por comida, dice adelante, "y en mi sed me dieron á beber vinagre: sobre el dolor de mis llagas han acrecentado." "Por tu causa he sufrido afrenta," dice Jesus á su Eterno Padre en la persona de David: "cubrió la vergüenza mi "rostro: he sido hecho extraño á mis hermanos, y forastero á los hijos de mi madre. "Las afrentas de los que te zaherian recayeron sobre mí. Y "cubrí con ayuno mi alma, y se me convirtió en afrenta. Y me puse "silicio por vestido:" (como si dijera: me revestí de la humanidad "para padecer,) "y vine á ser fábula para ellos. Contra mí habla-"ban los que se sentaban en la puerta," es decir: los jueces y magistrados de Jerusalem, que tenian sus tribunales junto á las puertas de la ciudad,) "y tañian cantares de mí los que bebian vino," (es decir: conducido por el feroz ejemplo de los hombres de autoridad, el populacho, hasta el populacho mismo descargaba sobre mí todo el furor de su lengua,) "abatiéndome con la burla y despedazándo-

1 Jerem. Tren. cap. II, v. 13.

"me con el sarcasmo y el improperio."[1] Esta pintura profética, no solo igualada sino excedida por la dolorosísima realidad, basta ciertamente para comprender lo que fué la Pasion y muerte del Redentor del mundo para la humanidad en la cuestion vitalísima de su esperanza. Esta salió toda, inmensa, infinita y gloriosa, del sepulcro de Cristo, y desde entónces el cielo quedó brindando con sus infinitos goces á cuantos abrazasen la Cruz.

La naturaleza humana estaba enferma, y enferma de muerte: por algunos justos del pueblo escogido, que se salvaban del crímen por la fuerza que les daba su fe en el Mesías, el resto del mundo yacia hundido en el espeso caos de los errores, habia naufragado todo en el piélago de los vicios, agitado por los borrascosos y encontrados vientos de todas las pasiones. Era necesario que la virtud resucitara, se fecundara é hiciese brillar sus esplendores en toda la tierra: he aquí el inmenso *desideratum* de toda la humanidad. ¿Cómo realizarle por solo los esfuerzos de la naturaleza? ¡Imposible! La experiencia estaba hecha, y la imposibilidad humana probada con todos los criterios. ¿Qué demanda la virtud para existir? luz y fuerza. ¿Que supone? combate y victoria. Pues bien, católicos: dos linajes de habitadores vivian entónces en la tierra; los judíos y los gentiles. Ahora os pregunto: ¿habrian podido los primeros apetecer mayor luz y vigor, en su calidad de expectantes? La que despedian hácia ellos las Sagradas Letras, las tradiciones venerables, las instituciones sábias, los caractéres eminentes y los ejemplos ilustres de su historia, era sin duda alguna un oceano de esplendor. ¿Podian los segundos esperar ya de la razon y del carácter moral que ella forma, nada mas de lo que habian adquirido? Su historia es la de la filosofía en sus mas admirables esfuerzos, la de las letras en su mas espléndida magnificencia, la del heroismo en sus mayores portentos. Sin embargo, no hubo filósofo que supiera sobre Dios y la felicidad la mitad de lo que sabe el niño cristiano; no hubo orador que formara una sola virtud semejante á la del mas ignorado de los justos; no hubo poeta que produjese con las creaciones de su genio el arrobamiento y admiracion del héroe cristiano; no hubo conquistador que hubiera sido capaz de vencerse á sí mismo. ¿Veis esas fastuosas galerías de luces, bellezas, heroismo y magnificencia con que todavía tientan la admiracion, y aun quieren dominar á la edad moderna, los recuerdos mágicos del paganismo? pues no hallaréis un verdadero filósofo, un verdadero sabio, un verdadero héroe, un hombre manso y de humilde corazon.

1 Vease el salmo LXVIII desde el versículo 21.

Venid, empero, á Jesucristo, contemplad su dolorosa carrera, meditad sobre cada uno de sus tormentos, y veréis como con ellos instituyó, radicó y fecundó la virtud en la tierra.

La humanidad, católicos, que como ya os he dicho poco há, comenzó en el orgullo, medió en el placer y acabó en la muerte, tenia que desandar por sí misma este camino: el nuevo edificio habia de montar sobre la abnegacion, construirse con los materiales de la penitencia y decorarse con los ornatos augustos del espíritu. Pero si este plan, que hubiera sido siempre admirado, no habria podido ejecutarse si el hombre no hubiese tenido acerca de él sino un conocimiento teórico, fué mui practicable desde que pudo ser aprendido en Jesucristo, y sentirse con su espíritu los esfuerzos del combate y los placeres del triunfo. Este divino Maestro dió la bella leccion, señaló dos puntos, uno de partida y otro de término, y trazó con sus mismos pasos la línea que del uno al otro debiera recorrerse. "El "que quiera venir en pos de mí, decia, niéguese á sí mismo, tome "su cruz y sígame." Sin la abnegacion, católicos, no hai virtud posible, como sin los cimientos no hai edificio de concebible realidad. La abnegacion prepara, dispone y purifica tambien. Mas este sentimiento se trasforma en acto por el movimiento moral de la vida: nuestra humanidad, negándose ó envaneciéndose, camina desde que sale de la nada hasta que entra en el sepulcro. Jesucristo se niega á sí mismo al hacerse hombre, revistiéndose de nuestra naturaleza, y muestra su abnegacion en su cuna naciendo entre pajas. Mas quiere darnos el tema y el tipo de nuestra vida moral, y por esto añade que llevemos nuestra cruz. Esta cruz, emblema significativo de todos los trabajos y penalidades del hombre, le persigue desde que salió del Paraíso; mas habia sido para él un objeto de repulsa. La humanidad no podia vivir sin dolor, pues la sentencia estaba dada ya, ni el dolor podia dejar de perseguir al hombre, pues Dios le habia instituido en la tierra con la triste mision de castigar el pecado; pero el hombre le conjuraba con todo su pensamiento, con su libertad y con su conducta como el objeto mas detestable. Era necesario para su remedio que sustituyese el odio con el amor, la repulsa con la solicitud; que se abrazase con sus penas: en suma, no solo que viese, no solo que conociese, no solo que no pudiese destruir, sino que estrechase y llevase con amor la cruz de los trabajos. Esta cruz podia tener, no una existencia sino un carácter nuevo, desde que la humanidad la hubiese aceptado; mas para hacerlo dignamente, debia comenzar por la abnegacion y dar el paso consiguiente de beber el amargo cáliz. La nueva vida de la cruz exigia la espontaneidad y aun el amor, dos imposibles para la

humanidad, pero dos cosas prodigiosamente fáciles desde que padeció Jesucristo. El fué el primero en llevar esta cruz: despues de él habria sido vergonzoso rehusarla.

Mas aun con todo esto, católicos, el hombre no quedaba enteramente provisto: necesitaba, fuera del precepto y el ejemplo, un medio capaz de vencer las repugnancias de la naturaleza y poder acercarse á este modelo divino. Si la historia nos muestra hombres hechos á la hambre y á la sed, endurecidos en las fatigas de la guerra, y aun conserva los recuerdos del estoicismo, que puede considerarse como el último esfuerzo del orgullo humano; el criterio moral no mira en todo esto ciertamente sino estatuas magníficas, tiradas aquí y allá en el campo de los siglos, que comienzan fascinando y acaban descendiendo al olvido. Ni podia ser de otro modo, porque eran estatuas, figuras materiales, sin movimiento, sin vida, sin accion y sin porvenir. Esta estatua muerta de la virtud humana, como el cuerpo que formó Dios para preparar al hombre, necesitaba un soplo divino que la animase, necesitaba espíritu para tener vida. ¿Cuál podia ser el espíritu que animase la resignacion del hombre con sus propios trabajos? el de aquel que brilló en las tinieblas, el espíritu de Cristo. Por esta razon, despues de predicarnos que nos neguemos á nosotros mismos y tomemos nuestra cruz, añade que le sigamos. El seguimiento evangélico de Cristo tiene un punto de partida que es la abnegacion: *abneget semetipsum;* tiene un apresto para no desfallecer, y es la cruz: *tollat crucem suam;* tiene una forma estrictamente moral, y es el espíritu: *sequatur me.* ¡Qué leccion! ¡qué precepto! ¡qué poder sobre la virtud! Antes del Salvador todos los legisladores, comenzando por el eterno y supremo, que es Dios, habian dicho á la humanidad: "Haced lo que mando;" mas Jesucristo dió á la lei divina una sorprendente y misteriosa plenitud cuando redujo sus preceptos á su imitacion, diciéndónos á todos: "Haced lo que practico, seguidme."

Dicho esto, basta contemplar su vida para comprender la santidad: cada paso de su carrera es un monumento que queda erigido á una virtud sublime: su carrera toda es el glorioso panteon de la santidad. Llamad, católicos, una por una todas las virtudes imaginables, y á vuestra voz irán correspondiendo los pasos de esta dolorosa historia. ¿Queréis ver la abnegacion? No sorprenderé vuestras almas con la Encarnacion del Verbo, las pajas de Betlhem, la sangre de la Circuncision, el retiro y pobreza de Nazareth, el ayuno del desierto, la fuerza de la tentacion, el bautismo del Jordan, no: dejo atrás esta imponente serie de troféos, para llamaros al Cenáculo. ¿Véis esa reunion? Son los discípulos Jesus, los hombres oscuros, los pescadores de Galiléa; algo más, tambien los publicanos; infinitamente más, tambien el ingrato, el pérfido y traidor Júdas. ¿Véis ese personaje que se levanta de la mesa, toma un lebrillo con agua en sus manos, cuelga de su brazo una toalla y recorre de rodillas ese círculo de hombres miserables, poniéndose á á sus piés, para lavárselos? Es el Unigénito del Padre, el esplendor de su eterna sabiduría, la figura de su sustancia, el Verbo que es desde el principio, Dios hecho hombre; es el prometido á la estirpe delincuente, representado en lo mas ilustre y grande de la historia del pueblo escogido, anunciado con los suspiros de los patriarcas, la voz de los profetas, el carácter de los justos, las funciones del sacerdocio, la magnificencia del culto y todas las instituciones de Israel. ¿Buscáis aquel conjunto de virtudes que en sí contiene la contricion del alma, esto es: la detestacion del pecado, el horror infinito al pecado, la pena por el pecado, &c., &c.? Ved á Jesus en el huerto de Getzemaní desfalleciendo bajo la imágen de los crímenes, cuya responsabilidad ante la Justicia divina tenia aceptada. ¿Queréis ver la lucha de la naturaleza contra el dolor? Miradle alejar de sí con un primer impulso el cáliz que se le presenta. ¿Queréis considerar el triunfo sobre todas las repugnancias de la naturaleza? Escuchad esa voz que á nombre de la justicia eterna llama de nuevo á este cáliz mismo que acababa de repugnar: "Padre mio, no se haga mi voluntad, sino la tuya." Hé aquí á Jesucristo, que despues de repeler la cruz, para enseñarnos lo mucho que pesaba, la invoca, la espera, la recibe, la abraza, la acepta con toda la impetuosidad de su amor. ¿Queréis contemplar los primeros pasos de la carrera pública que hace con su cruz, observar los primeros efectos de la virtud con que la tiene aceptada? Vedle desfallecer en el huerto; vedle mojar aquel suelo con un sudor de sangre que provoca el inefable padecer de su espíritu. ¿Queréis un modelo de dulzura, de paciencia y de amor? Vedle recibiendo sobre sus mejillas adorables el ósculo de Júdas despues de haberle llamado con el dulce título de amigo, consentir en su prision, caminar sin quejarse arrastrado por sus verdugos, sufrir los denuestos de sus jueces y las insolencias de las turbas desenfrenadas: contempladle, finalmente, cuando vuelve á Pedro el extraviado, con una mirada que anima con toda la ternura de su amor, la paz, la gracia y la vida. ¿Queréis ver su justicia? Vedle anunciando la desgracia de Júdas, y condenando la conducta de sus jueces. ¿Queréis ver su misericordia, resumiendo, por decirlo así, y excediendo todo el amor que exige de nosotros para nuestros prójimos? Vedle llamando, con una discreta pregunta que hace al que le hiere, las pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siones desfogadas al tribunal de la razon, dando un objeto eminentemente moral á las lágrimas con que inundan sus mejillas las hijas de Jerusalen, y enviando al cielo poco ántes de morir una plegaria de perdon en favor de sus verdugos. No seguiré adelante: porque si me propusiese continuar hasta su fin esta manifestacion de las virtudes que formó Jesucristo en la escuela de su Pasion y muerte, me perderia ciertamente, no hai que dudarlo, en un oceano sin orilla y sin fondo.

Si despues de contemplar el tipo venimos á las copias, y de ver el manantial, seguimos el paso de las muchas corrientes que de allí bajan, tendremos necesidad á cada paso de tomar un respiro para no desfallecer á la vista de esta fecundidad inmensa que se reproduce de continuo sin agotarse en su fondo, de esas virtudes diversas y todas heróicas, hijas queridas de la Cruz. ¿Veis ese mundo, hundido en sangre bendita por espacio de tres siglos que duraron las primeras persecuciones de la Iglesia, reaparecer con todas las gracias purificado, ennoblecido y cubierto de gloría? Es el primer fruto de la Cruz del Salvador: en su costado nacieron aquel torrente de lágrimas y aquel torrente de sangre. ¿Veis esos desiertos, ántes habitados por serpientes y basiliscos, repentinamente convertidos en inmensos y deliciosos jardines donde se respira todo el aroma de las virtudes? Son las plantas que depositó en la tierra, y regó con su sangre, y conservó con su solicitud la Víctima santa del Calvario. ¿Veis esos muros elevadísimos que en el centro de las bulliciosas ciudades encierran como en una isla desierta coros de vírgenes, que han puesto su inocencia bajo la salvaguardia de su austeridad? Son la obra de la Cruz. ¿Veis esas lágrimas enjugadas por el amor, esas penas dulcificadas por la caridad, esas tribulaciones recogidas con placer en el corazon, esa pobreza voluntaria, ese desden hácia el siglo, esa muerte de los sentidos y nobilísima esclavitud de las potencias, que nos hace admirar la historia en la vida de los santos? Esta es la obra de la Pasion y muerte de Cristo. Una Cruz que descuella sobre las cumbres de las espesas montañas, ó junto á las márgenes de los tempestuosos mares, anuncia el asilo que los hijos de Jesucristo abren al extraviado viajero y al navegante náufrago. Una Cruz, mostrándose en las alturas de inmensos edificios, os invita para que visiteis á los enfermos que Cristo ha recogido en sus hospitales; á los huérfanos, ancianos, desvalidos, y generalmente á todos los pobres, familia suya, que ha reunido allí, para darles el pan del cuerpo y el pan del espíritu. ¿Veis esas comunidades religiosos esparcidas por todo el Universo? No escuchéis al siglo que las desprecia, sino acercáos á estudiarlas por vosotros

mismos. Allí están los que se reparten el mundo con su celo, para llevar las luces de la fe, los tesoros de la gracia y los consuelos del corazon á las bárbaras tribus: allí están los que se ofrecen bajo la cuchilla de la austeridad y en el fervor de la oracion, como otras tantas víctimas, para desarmar la justicia del Eterno: allí están los que se dedican á impartir á la doliente humanidad todos los socorros: allí están los que se dan á sí mismos por precio de aquellos que sufren la tiranía del cautiverio: allí están . . . . . ¿Pero á dónde voi, ni cuándo acabaria si continuase?

El hombre, católicos, aun despues de redimido, ha continuado enfermo; pero su enfermedad no es ya de muerte: bástale querer con eficacia, para conseguir una curacion radical. El mundo aun hoi está lleno de llagas, de miserias y de crímenes; mas contempladle por otro aspecto, y veréis cómo desplega todavía la magnificencia y la gloriosa pompa de la virtud. Hai en él, y son los más, séres desgraciados que quieren perderse; mas tambien existen caractéres venerables que perpetúan en la tierra, con los nobles atributos de la santidad, los mas bellos prodigios de la Cruz; y por esto dije que la Pasion y muerte de Jesucristo instituyó la santidad, hizo reinar el amor, y abrió al delincuente mundo las puertas de los cielos.

¿Qué puede importarnos pues, católicos, que la Pasion y muerte de Jesucristo encubra en su fondo un misterio inaccesible á la razon humana, si por otra parte despide tanta luz, comunica tanta fuerza y prodiga tantos bienes? No vemos el *cómo*, pero sabemos el *por qué* de este sacrificio, y sorprendemos en el pensamiento que le concibe, toda la sabiduría de un Dios. No podemos conciliar estos dos infinitos, el de un Sér divino y el de un Dios que padece en su santa Humanidad; pero á la vista de estos padecimientos, que nos hacen estremecer de terror y espanto, sentimos en el peso de la justicia misma la santidad de todo un Dios, y en la moral de la Cruz venimos á sorprender la virtualidad inmensa y el profundísimo secreto de la cristiana virtud y verdadera grandeza del hombre. Nos confundimos y anonadamos en cierto modo al recorrer las páginas de esa historia donde la humanidad pareció haberse excedido á sí misma en lo que tiene de mas atroz para perseguir á la inocencia; pero mui pronto salimos de este estado de confusion, que parecia tentar nuestra fe, al contemplar esa Cruz cambiando la faz de la tierra, atrayendo el homenaje de todos los hombres, recibiendo el tributo de todos los siglos, dominando todas las eminencias históricas, dando al entendimiento una luz que refleja, digámoslo así, los esplendores de la Sabiduría increada, á la voluntad una fuerza que reprime los ímpetus de las pasiones, á la libertad moral un po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

der superior á toda la naturaleza, para marchar, á paz y salvo de las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne, por los rectísimos senderos de la lei divina; y en fin, al corazon humano, siempre solícito de nuevas impresiones, á este mendigo perdurable de placeres y de afectos, un bien infinito capaz de llenar su inmensidad.

Contemplad pues, católicos, este misterio adorable como un cuadro de luz y de verdad, como un tesoro de gracia y de virtud, como una prenda infalible y tierna de amor y felicidad. Si vuestro entendimiento anhela por la ciencia, buscadla en él, diciendo con Pablo: "No quiero saber otra cosa que á Cristo crucificado," y conquistaréis con solo esto, dicho y cumplido, la verdadera sabiduría. Si el desaliento tienta vuestra esperanza con la pena consiguiente á las debilidades de la naturaleza y á las tribulaciones de la vida, decid con ese Doctor incomparable, considerando las tribulaciones como el fundamento de vuestra esperanza, y viéndolas consagradas por la Pasion de Cristo: "Yo traigo en mi cuerpo las señales de Jesus mi Señor." Si la vanidad os acomete, la ambicion os alhaga, los placeres y pompas del mundo extienden sus redes bajo vuestros piés para aprisionar vuestro espíritu, clamad con este maestro profundamente versado en la carrera de la abnegacion: "Léjos de mí el gloriarme en cosa alguna, que no sea la Cruz de "nuestro Señor Jesucristo. "Estrechâos en espíritu con este signo sagrado; llevadle con el intento mismo que Jesucristo le condujo; y cuando la vida os atraiga con un excesivo deseo de prolongarla, y la muerte os intimide con el imponente aparato de sus tinieblas, pronunciad con toda la fuerza de la esperanza y del amor estas palabras del Apóstol: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es una verdadera ganancia." Tened la vida presente como la mas resgosa peregrinacion: caminad siempre con la Pasion de Jesucristo en el pensamiento y en la conducta; y estad seguros de que, cuando la muerte llame á vuestra puerta, léjos de verter lágrimas de desconsuelo, dejaréis con todo gusto vuestro cuerpo, como el esclavo sus cadenas cuando suena la hora de su libertad, como una ligadura penosa que detiene los impulsos del amor, y no veréis el sepulcro como el resumidero de la vida y el abismo en que se hunde la grandeza, sino como el augusto, el majestuoso y sublime pórtico de aquella ciudad cuyas puertas no se cierran ni de dia ni de noche, ó para mejor decir: de aquella ciudad que no conoce las tinieblas, alumbrada como lo está por esplendor augusto del Sér increado por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL

DIA DE LA ASUNCION

SOBRE LAS GRANDEZAS

DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.

Respexit humilitatem ancillæ suæ.... ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Miró la bajeza de su esclava .... desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

S. Luc. cap. I v. 48.

A la vista de esa criatura escogida por el mismo Dios para Madre suya, que despues de haber llenado cumplidamente su augusta mision en la tierra, y pagado á la naturaleza el tributo de morir, es arrebatada por los ángeles y conducida en triunfo hasta los cielos para recibir de la Trinidad Santísima la corona de gloria que la estaba preparada, un sentimiento indefinible de admiracion y entusiasmo se apodera del alma, extasiada y como fuera de sí misma, incapaz de sostener el peso de tanta grandeza. Nada mas natural, hermanos mios: porque, si la historia de todos los personajes ilustres que han aparecido en el mundo fuera de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, nada presenta, no diré igual, pero ni aun comparable con los timbres de María, no cabe tampoco en la gerarquía de los sentimientos uno semejante al que nuestras almas experimentan al meditar el glorioso acontecimiento que hoi celebra la Iglesia nuestra Madre con toda la pompa de su culto.

La mayor gloria de María consiste sin duda en haber estado siem-

der superior á toda la naturaleza, para marchar, á paz y salvo de las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne, por los rectísimos senderos de la lei divina; y en fin, al corazon humano, siempre solícito de nuevas impresiones, á este mendigo perdurable de placeres y de afectos, un bien infinito capaz de llenar su inmensidad.

Contemplad pues, católicos, este misterio adorable como un cuadro de luz y de verdad, como un tesoro de gracia y de virtud, como una prenda infalible y tierna de amor y felicidad. Si vuestro entendimiento anhela por la ciencia, buscadla en él, diciendo con Pablo: "No quiero saber otra cosa que á Cristo crucificado," y conquistaréis con solo esto, dicho y cumplido, la verdadera sabiduría. Si el desaliento tienta vuestra esperanza con la pena consiguiente á las debilidades de la naturaleza y á las tribulaciones de la vida, decid con ese Doctor incomparable, considerando las tribulaciones como el fundamento de vuestra esperanza, y viéndolas consagradas por la Pasion de Cristo: "Yo traigo en mi cuerpo las señales de Jesus mi Señor." Si la vanidad os acomete, la ambicion os alhaga, los placeres y pompas del mundo extienden sus redes bajo vuestros piés para aprisionar vuestro espíritu, clamad con este maestro profundamente versado en la carrera de la abnegacion: "Léjos de mí el gloriarme en cosa alguna, que no sea la Cruz de "nuestro Señor Jesucristo. "Estrechâos en espíritu con este signo sagrado; llevadle con el intento mismo que Jesucristo le condujo; y cuando la vida os atraiga con un excesivo deseo de prolongarla, y la muerte os intimide con el imponente aparato de sus tinieblas, pronunciad con toda la fuerza de la esperanza y del amor estas palabras del Apóstol: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es una verdadera ganancia." Tened la vida presente como la mas resgosa peregrinacion: caminad siempre con la Pasion de Jesucristo en el pensamiento y en la conducta; y estad seguros de que, cuando la muerte llame á vuestra puerta, léjos de verter lágrimas de desconsuelo, dejaréis con todo gusto vuestro cuerpo, como el esclavo sus cadenas cuando suena la hora de su libertad, como una ligadura penosa que detiene los impulsos del amor, y no veréis el sepulcro como el resumidero de la vida y el abismo en que se hunde la grandeza, sino como el augusto, el majestuoso y sublime pórtico de aquella ciudad cuyas puertas no se cierran ni de dia ni de noche, ó para mejor decir: de aquella ciudad que no conoce las tinieblas, alumbrada como lo está por esplendor augusto del Sér increado por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL

DIA DE LA ASUNCION

SOBRE LAS GRANDEZAS

DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.

Respexit humilitatem ancillæ suæ.... ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Miró la bajeza de su esclava .... desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

S. Luc. cap. I v. 48.

A la vista de esa criatura escogida por el mismo Dios para Madre suya, que despues de haber llenado cumplidamente su augusta mision en la tierra, y pagado á la naturaleza el tributo de morir, es arrebatada por los ángeles y conducida en triunfo hasta los cielos para recibir de la Trinidad Santísima la corona de gloria que la estaba preparada, un sentimiento indefinible de admiracion y entusiasmo se apodera del alma, extasiada y como fuera de sí misma, incapaz de sostener el peso de tanta grandeza. Nada mas natural, hermanos mios: porque, si la historia de todos los personajes ilustres que han aparecido en el mundo fuera de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, nada presenta, no diré igual, pero ni aun comparable con los timbres de María, no cabe tampoco en la gerarquía de los sentimientos uno semejante al que nuestras almas experimentan al meditar el glorioso acontecimiento que hoi celebra la Iglesia nuestra Madre con toda la pompa de su culto.

La mayor gloria de María consiste sin duda en haber estado siem-

pre asociada de tal suerte á la de su Hijo, que haya vivido constantemente de su espíritu, participado en grado sumo de su Pasion y recibido la recompensa de sus glorias. Si el Hijo de Dios resuscita por sí mismo despues de haber aparecido en el mundo como el deshecho de los hombres, atraviesa los espacios inmensos, penetra en el cielo y se sienta magestuosamente á la diestra de su Padre; justo era que María, con el título de Madre suya, y sobre todo de Madre digna por su incomparable santidad, obtuviera entre todos los mortales el privilegio de ser resuscitada por la virtud omnipotente, conducida en cuerpo y alma por los ángeles, recibida en triunfo por toda la corte celestial, coronada reina por el mismo Dios y colocada en fin á la diestra de su Santísimo Hijo.

¿Qué os diré pues con motivo de esta solemnidad que no esté repetido mil veces por los oradores mas eminentes del cristianismo? ¿Qué conceptos pudiera vertir y sentimientos inspirar, en los cuales no me hayan prevenido vuestro espíritu y vuestro corazon? ¡Ah! este dia es por excelencia el del triunfo y la gloria de la Madre de Dios, pues en él tocó al término de su feliz carrera, penetró en el empíreo y recibió de las manos del mismo Dios el galardon infinito de todas sus virtudes. Este es el punto mas prominente que pudiera desear nuestro pensamiento para recorrer mayores distancias en los horizontes alumbrados por el esplendor de su gloria; esta es la festividad mas propia y adecuada para dilatar el pensamiento y el corazon contemplando las virtudes, las grandezas y la felicidad de María. En los momentos en que deja la tierra para subir al cielo, parece ostentarse á nuestra vista sin obstáculo ninguno á fin de que podamos, cuanto es dado á nuestra limitacion, contemplar íntegramente su grandeza. A este suceso se refieren sin duda todos los pasos de su preciosa vida: en él comienza la plenitud de su felicidad, y desde él corre por todos los siglos, atrayendo los tributos de las generaciones, toda su gloria.

Si la vida de los santos es una escuela de virtud y perfeccion, el Evangelio personificado en el hombre; la vida de María será por sí sola, mucho mas que la de todos, el espejo en que se reflejan las perfecciones de Dios, el resúmen de sus designios acerca del hombre, la manifestacion mas espléndida de la magnificencia con que recompensa las mas grandes virtudes.

Estos grandes atributos de la Madre de Dios se recogen maravillosamente, como todas las luces en un foco, en esas palabras altamente significativas que pronunció en la casa de Isabel con motivo de su salutacion. Vivamente conmovida con el sentimiento de los altos misterios que en ella se obraban, rompe el silencio abriendo sus labios, deja salir de su corazon un tributo de reconocimiento y alabanza, y elige de intento, para significar su grandeza y su ventura, las expresiones correspondientes al carácter de la mas perfecta virtud. Siéntese llena de todas las gracias, adornada con todos los dones, enriquecida cuanto una pura criatura podia serlo por la magnificencia infinita de su Criador; todo lo explica diciendo que el Señor ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava; y no necesita de otra cosa para profetizar infaliblemente su gloria en la carrera de los siglos y la voz de las generaciones: *Respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc Beatam me dicent omnes generationes.*

¿Qué significa, decidme, esa mirada tierna y solícita del Señor á María, sino la dispensacion de una gracia, la mayor con que han sido favorecidos los mortales? ¿Qué significa esta humildad de esclava con que se designa María, sino la recapitulacion magnífica de todas las virtudes en tal perfeccion y grado como no las habia tenido ni las tendrá jamas una pura criatura? ¿Qué significan estas aclamaciones de felicidad que pone María en la boca de las generaciones todas, sino el reflejo inmenso de gloria que ella misma despide, llenando con su esplendor los entónces pasados y futuros tiempos? ¿Qué significa todo el conjunto representado en sus palabras proféticas, sino la gloria mayor que ha disfrutado y disfrutar puede una pura criatura? ¿Y qué mas necesitaré yo, para decir las alabanzas de tan gran Reina, que pedir á las Sagradas Letras y á la historia de la Iglesia las pruebas magníficas del aserto de María?

Hoi pues, católicos, que reunidos todos en este templo, rodeamos el Trono en que la Iglesia coloca la sagrada Imágen de la Madre de Dios en el paso de su Asuncion gloriosa para tributarle sus cultos, repasemos, para el desahogo piadoso de nuestro amor á esta Vírgen predilecta, la magnífica historia de su predestinacion y de su carrera; recorramos los augustos títulos de la gerarquía que ocupa en el reino de los cielos; y para guiar nuestro pensamiento y nuestro discurso, tomemos por punto de partida las palabras que me han servido de texto. Ellas concuerdan de tal suerte con las que le dirigió Gabriel á tiempo de anunciarle su divina maternidad, que sin salir de unas y otras, podrémos, no diré hacer, pero sí meditar el mas digno elogio de tan gran Reina. Apellidada llena de gracia por el Mensajero celestial, como ella se reconoce objeto de las miradas del Altísimo, aparece á los ojos de nuestra fe con una primacía de gracia sobre todas las puras criaturas. Presentada en una sociedad tan íntima con Dios, como lo indican estas palabras: "El Señor es contigo," aparece investida del poder mayor que se conoce en la tierra, el poder supremo de la virtud: poder que deriva de la Omnipoten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, por lo cual esta misma Vírgen nos enseña que hizo en ella grandes cosas el que es Omnipotente. He aquí una primacía suprema en el rango de la virtud, la mayor despues de Dios y de Jesucristo Dios y Hombre, que ha existido en los cielos y en la tierra. Aclamada por el Arcángel Gabriel "Bendita entre todas las mugeres," como ella se anuncia saludada por todas las generaciones, aparece con una primacía de gloria tan suprema y tan inmensa como su gracia y su virtud.

He aquí, católicos, la triple aureola con que nuestra Madre la Santa Iglesia ve ceñidas las sienes de esa privilegiada criatura, el fundamento solidísimo con que la saluda Madre de la gracia divina, Reina de todas las virtudes, pues lo es de todos los santos, y poseedora de todas las glorias.

Voi pues á manifestaros aquí que las grandezas de María se fundan: primero, en una primacía de gracia con que Dios la favorece para que sea digna Madre de su Hijo Unigénito; segundo, en una primacía de virtud, con que corresponde á esta gracia suprema; y por último, en una primacía de gloria sobre todas las puras criaturas, con que Dios recompensa sus incomparables virtudes.

¡Oh María, objeto querido de las complacencias eternas, templo magnífico y suntuoso de santidad, que habitó en persona el Santo de los santos, Reina de los santos, Reina de los ángeles y de los hombres, perdurablemente alumbrada por los esplendores eternos de la gloria! dignáos dispensarnos á todos los que venimos aquí á celebrar vuestras grandezas con motivo de vuestra Asuncion gloriosa, gracias abundantísimas para conocer, admirar y aprovechar las vuestras, y á la palabra evangélica la uncion eficacísima que la hace fructificar en el corazon, para celebrar con la Iglesia vuestra gloria en desahogo de nuestra piadosa admiracion y para nuestro bien y felicidad. Os lo pedimos ardientemente, gran Reina, saludándoos con Gabriel llena de gracia. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La gracia, católicos, instrumento poderoso de que se ha servido en todos tiempos en su bondad y misericordia el Señor para favorecer al hombre; la gracia, que figura en primer término en la historia de todos los beneficios que ha recibido la humanidad; la gracia, que sirve de carácter y nombre al estado dichoso de la naturaleza primitiva; la gracia, que despues del pecado apareció con el anuncio de un Redentor, para que no muriese la esperanza; la gracia, que por los méritos de Jesucristo Señor nuestro nos ha rehabilitado, nos ha hecho renacer para la vida del espíritu, nos ha restablecido en el carácter de hijos de Dios y en los derechos consiguientes á esta filiacion divina; la gracia, primera é indispensable condicion de todo bien moral, pues nada podemos sin ella en el sentido de la satisfaccion y el merecimiento, al paso que con ella lo podemos todo; la gracia, que genera todas las virtudes, borra todos los pecados, produce la santidad y previene la bienaventuranza; léjos de ser una cosa singular, pertenece al órden comun que Dios ha establecido en la tierra, invita con sus beneficios á todos los hombres, se fecunda en todas las almas que debidamente le corresponden, y á ella reconocen como á su causa todos los triunfos de la virtud, todas las glorias de la santidad. Mas no por esto imagináis que la que decora el sér augusto y santo de María, se encuentre colocada en este órden comun y se distinga solo por haberla recibido en grado mayor. Esto seria bastante para establecer la incontestable superioridad de esta criatura sobre todas las demas; pero no es lo único que caracteriza la gracia singular que el Señor le hubo dispensado. María tiene sin duda la gracia que á todos fué concedida, y la tiene mayor que ninguno; pero además de esto posee gracias que nadie ha tenido, que nadie tendrá. María es por excelencia la realizacion magnífica de la imágen perfecta de la gracia, tal como Dios la concibe desde su eternidad en toda la expansion de su amor: María, por el carácter de gracia que recibe, aparece como una singularidad única en la historia del género humano: María, por el modo con que en ella reside la gracia, es la única entre todas las criaturas que la posee de esta manera. María, finalmente, por la manifestacion que se le ha hecho de la gracia que posee, no tiene cosa que le sea comparable siquiera en la hermosa galería de los escogidos. Predestinacion eterna de María para Madre de Dios; Concepcion inma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

culada de María para que ministrase al Verbo una sangre purísima con que revestirse de la humanidad; garantía concedida por Dios á María contra todo linaje de pecado; declaracion hecha por Gabriel á María de la gracia que le habia dispensado el Altísimo: hé aquí, católicos, los caractéres singulares y únicos que manifiestan la primacía de gracia otorgada por Dios á la Vírgen Madre.

Cuando la Sabiduría eterna, predica de sí misma, como leemos en el Libro de los Proverbios, que ha sido escogida y consagrada desde toda la eternidad ántes que hubiese sido hecha la tierra; cuando se muestra presente al Criador en los momentos mismos en que disponia los cielos, asociada con él en la grande obra, y regocijándose jugando en todo el orbe de la tierra; [1] cuando dice que salió de la misma boca del Altísimo y es primogénita ántes con mucho que todas las criaturas, [2] pinta rasgo por rasgo, digámoslo así, á esta Vírgen del misterio, que venida en el tiempo al mundo, preexistia singularmente ya en el pensamiento, en el designio, en el plan eterno de reconciliacion concebido por Dios mismo para salvar á todos los hombres. Asociada esta criatura en el pensamiento del Padre á los designios de su Verbo, tuvo, por explicarme de esta suerte, un lugar anticipado en las existencias eternas ántes con mucho de venir á la vida. María fué concebida, y desde entónces comenzó su existencia real; mas la existencia de su destino, de su vocacion, de la gracia que la previene, del pensamiento que la concibe, de la santidad que la consagra, del honor que la dignifica, del amor que la llena de felicidad, no comenzó jamas, hermanos mios: todo esto es eterno como Dios. Hé aquí por qué la Iglesia católica no ha vacilado nunca en aplicar á la Vírgen Madre los atributos de la sabiduría; hé aquí por qué todos esos rasgos magníficos con que este divino atributo se ostenta en los Sagrados Libros, han inspirado la elocuencia de los santos Padres cada vez que han dicho las alabanzas de María.

Yo bien sé que todas las existencias criadas tienen una residencia eterna en las regiones infinitas de la posibilidad; yo bien sé que ninguno de los ángeles ni de los hombres, ninguno de los objetos muchos que el Universo abraza, dejó nunca de estar presente al que todo lo ve desde su eternidad; pero sé tambien que no puede ni debe confundirse nada de esto con la preexistencia de María en la mente de Dios. Ella reside allí, no como uno de tantos séres posibles pendientes de un *fiat* en el turno de las existencias, sino como un objeto predilecto, como un objeto asociado en sus designios á la gran

1 Prov. cap. VII, vv. 23, 27, 13.— 2 Eccl. cap. XXIV, v. 5.

mision que su Verbo Eterno encarnado habia de cumplir en la tierra, para reparar las ruinas del Paraíso con la reforma y redencion de la humanidad. ¿Quién confundiria nunca con la posibilidad de un sér cualquiera el hecho de la Encarnacion del Verbo en el pensamiento de Dios? Nadie. Luego si esta Encarnacion exigia en el órden del tiempo la preexistencia de una sangre purísima donde verificarse, clarísimo es que María estuvo asociada siempre en el pensamiento de Dios á su Divino Hijo como Redentor del género humano; que su eleccion para existir tuvo motivos y objeto mui diversos de todos los séres; que se halló presente al Señor del cielo y de la tierra desde la eternidad, y que puede sin violencia ninguna decir ella lo mismo que la Sabiduría relativamente á su mision y destino: "Yo he sido criada desde el principio, mucho ántes que la tierra existiese: he salido de la boca del Altísimo primogénita ántes de todas las criaturas."

¡Qué rango tan supremo, católicos! ¡una eleccion y predestinacion eterna para ofrecer al Padre, como precio de la delincuente humanidad, al mismo Jesucristo, siendo por esto la primera que ejerció un ministerio sacerdotal en la tierra! ¡ser escogida por el mismo Dios con predileccion especialísima, para que fuese un modelo de la mas alta perfeccion y acrisolada santidad! ¡ser destinada para formar el ejército ilustre de todos los defensores de la fe, de todos los propagadores de la palabra, de todos los custodios de la virtud, de todas las legiones santas que son el baluarte y ornato de la Iglesia católica! ¡entrar por la virtud infinita de tal eleccion en la dinastía eterna de la Trinidad Augusta con el triple título de Hija, Madre y Esposa! ¡aparecer en la tierra como el íris bellísimo, precursor de Aquel por quien suspiraban los patriarcas y los profetas! ¡presentarse con el dulce y amable título de medianera entre Dios y la humanidad, destinada como estaba para dar á luz al Redentor del mundo; medianera delante del Padre con la oblacion de su mismo Hijo, medianera delante del Hijo con el título de Madre... ! ¡Ah católicos! ¡Qué rango! ¡qué orígen! ¡qué títulos! ¡qué ascendencia! ¡qué vocacion! ¡qué objeto! ¡que gracia sobre todo!

Pero sigamos la carrera de esta privilegiada criatura; demos el paso de la eternidad al tiempo, acerquémonos al instante precioso en que pasa de la posibilidad al sér. La hora de su concepcion ha sonado ya. ¿Cómo será concebida? Ella es hija de Adan y de Adan pecador; sale del comun tronco de toda la humanidad. Si ha de venir al mundo conforme al irrevocable decreto á que quedaron sujetos los hombres todos en consecuencia de la primera culpa; si en la sangre de sus venas ha de correr aquel contagio que trasmitió el

primer hombre á todos sus descendientes, María no podrá ministrar al Eterno la sangre purísima que requiere su Verbo para revestirse de nuestra humanidad, no iniciará dignamente la victoria completa sobre el dragon, porque algun tiempo le habrá estado sometida; su sér habrá vogado, á lo ménos por algun tiempo, en el inmundo y fangoso piélago de la culpa; la grande obra de restauracion para la naturaleza corrompida no será parte con su esplendente luz á borrar las primeras manchas de su orígen; y esta criatura, que ocupaba desde la eternidad el pensamiento de Dios, como la materia prima de la Encarnacion, digámoslo así, al ser ejecutada se resentirá de una imperfeccion de todo punto inevitable, si el mismo Dios no suspende para ella en todas sus partes los efectos de aquella justísima sentencia que pronunció contra Adan y toda su inmensa posteridad.

Y bien, católicos: ¿qué sucederá, vuelvo á preguntaros, con la concepcion de María? ¿Arribará como nosotros á la vida con la inmensa contaminacion de la primera culpa? ¿traerá en su sangre, destinada para la humanidad de Dios, el gérmen corrompido? ¿aparecerá, en los momentos de nacer, encorbada ya bajo el pesado yugo que humilla la cerviz de todos los hombres? ¿correrán sus lágrimas para llorar su esclavitud, aunque sea por algunos momentos, en las cadenas del demonio? ¿habrá menester de purificarse con el remedio comun aplicado por Dios á la estirpe delincuente? No, no, mil veces no. María, en los momentos de ser concebida, encuentra ya para sola ella una excepcion sublime de la lei á que está sujeta la humanidad entera: magnífica realizacion de la figura presentada por la Esposa de Asuero, será la Esther de todo el Universo: agraciada por el que reina en los cielos con la solemne declaracion de no estar comprendida en el castigo que provocó Adan contra todo el género humano, vendrá á la vida sin sujecion al pecado; vendrá mas pura que el soplo del céfiro, mas hermosa que la alba en los momentos de rasgar el velo que cubre el Universo, mas ricamente ataviada que esos espacios donde brillan á porfía todos los astros como puntos imperceptibles de luz arrojados en ellos por la mano del Eterno; vendrá tan limpia y pura como el aliento que se desprende de la boca de Dios para animar el cuerpo de barro con que sus manos hubieron preparado al primer hombre: será concebida sin la culpa original.

Ved aquí, hermanos mios, lo que hai de mas preciado sin duda en las gracias dispensadas por el Señor á María: ved aquí un privilegio que hasta lo infinito la encumbra sobre toda la humanidad: ved aquí un título con que habrá de presentarse á la faz de los hombres, ostentando toda la grandeza y ejerciendo un poder incomparable: ved aquí lo que propiamente hablando nos hace reconocer á esta criatura como la obra maestra del Artífice Supremo, como un objeto que abrazaban implícitamente los patriarcas en sus vehementísimos deseos, los profetas en sus predicciones sublimes, el pueblo de Israel en sus grandes instituciones, como una obra, digo, que parece reconcentrar en sí misma toda la sabiduría, toda la bondad y todo el poder del Altísimo.

Prevenida la santa Vírgen en su advenimiento al sér con este privilegio, único en la historia de la generacion humana, reside nueve meses en el vientre escogido para portarla, en el vientre de la esposa de Joaquin, de Anna, que la concibe cuando ya casi toca en su ocaso el sol de su existencia, sin duda alguna para que esta nueva maravilla contribuya tambien á su turno á señalar un acontecimiento que tenia suspensa la esperanza de cuarenta siglos. Llega empero el instante feliz; suena la hora en que este astro, mui mas esplendente que el sol, se levanta sobre su horizonte y despide sus primeros rayos hácia la tierra. ¿Veis aparecer á esta niña tierna en los brazos de su anciana madre? Inclináos respetuosos, y extasiados al mismo tiempo de regocijo, en su presencia: es la arca misteriosa que porta dentro de sí las esperanzas de toda la humanidad: es la aurora del bello dia esperado por todas las generaciones que preceden, saludado por todas las generaciones que siguen: es la precursora ilustre del gran Libertador de los mortales, del Fuerte, del Admirable, del Príncipe de la paz. No dará muchos pasos en su naciente carrera sin brindar en sus brazos á todo el género humano con el Deseado de las naciones. Al contemplar, católicos, la mision augusta y el gran destino de esta niña que acaba de nacer, me parece que invisiblemente bajan para rodear su cuna las potestades angélicas, y expresan su admiracion con estas dulces palabras que regalan el oido y embelesan el alma en el Sagrado Libro de los Cantares: "¿Quién es esta que se adelanta como la naciente aurora, hermosa como la luna, escógida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado!" [1] ¿Quién no exclama en presencia de esta criatura bendita, en los momentos en que acaba de nacer, como el ángel delante de los pastores con motivo del nacimiento del Salvador: "Os anuncio un acontecimiento glorioso, que llenará de júbilo á todo el pueblo?" [2] ¡Ah! se halla tan identificada la Madre con el Hijo en el pensamiento de Dios, que todo puede aplicársela sin violencia. "Al crearla Dios, pensaba en Jesucristo, y no trabajaba sino por él," [3] se-

1 Cant, cap. VI, v. 9.—2 Luc. cap. II, v. 10.—3 Tert. de Res. carn. n. 2.

gun el sentir de Tertuliano. "No debe sorprenderos, dice Bossuet, ni que Dios la haya formado con tanto esmero, ni que la haya hecho nacer con tantas gracias: porque no la hubo formado sino en vista del Salvador; y para hacerla digna de su Hijo, la saca sobre el modelo de su Hijo mismo. Debiendo ella darnos mui pronto á su Verbo encarnado, nos presenta en la Natividad de María un Jesucristo en bosquejo, si así puedo decirlo, un Jesucristo comenzado, por una expresion viva y natural de sus perfecciones infinitas." [1]

¿Y qué os diré, católicos, del nombre que esta criatura recibe, del nombre que lleva, con que la pronunciaban ya los siglos precedentes y la saluda toda la Iglesia? Este nombre recapitula en cierto modo las gracias todas: su significado encierra títulos augustos, atributos admirables. A considerar solo su valor literal, este nombre quiere decir Señora: "significa luz, estrella de los mares," observa San Isidoro: [2] porque ciertamente, si el mundo es un tenebroso piélago en que voga la humanidad entera, y Jesucristo, como de sí mismo lo predicaba, es la Luz del mundo, luz verdadera que derrama su esplendor á la vista de todos los que á él vienen, segun la expresion del Evangelista, María, de cuyo vientre nace humanado el Verbo Eterno, lleva en su mismo nombre su augusto destino, y debe ser vista como la luz y la estrella de la mar. Su nombre, representado profeticamente, ya en las predicciones, ya en las personalidades mas ilustres del pueblo escogido, nos da por sí la idea de toda la magnificencia. "Invocándoos, decia Tobías, invocarán un grande nombre." [3] Judith, reconocida por la Iglesia como una figura de María, es advertida por Ozías, Príncipe del pueblo de Israel, de que su nombre será grande en toda la tierra: "Tu nombre, le decia, ha sido engrandecido de tal suerte por el Señor, que nunca desaparecerán tus alabanzas de la boca de los hombres." [4] Por esto el Crisólogo miraba este nombre como toda una profecía, siendo así que él significa salud para los que renacen á la gracia, gloria de la virtud, honra de la pureza, seña de la castidad, sacrificio de un Dios, virtud hospitalaria, conjunto magnífico de la santidad. [5]

¿Será extraño, católicos, decidme, que en vista de tan privilegiada criatura muchos de sus esclarecidos y santos admiradores hayan sostenido, como un hecho de consecuencia en su eterna predileccion para ser Madre del Verbo, en su Concepcion inmaculada para que no trajese al sér ni la mas mínima contaminacion, en la prodigalidad estupenda con que derrama sobre ella el Altísimo todo el tesoro de sus

1 Serm. I de Nat.—2 Etym. L. VII. c. X.—3 Tob. XIII, 15.—4 Jud. XIII, 25.
5 Serm. CXLVI.

gracias para sostener su dignidad en el curso de su carrera, que ella recibió, á la par con tan magníficas gracias, la extraordinaria y única de ser moralmente impecable? ¿No veis que, colocada sobre todos los ángeles y todos los hombres con el título y los derechos de Reina suya, debia sin duda excederles á todos en cuanto produce y representa la mayor santidad? ¿No veis que, formada con solícito esmero por la mano del mismo Dios para tan alto destino, debia ser la copia que se le pareciese mas en la tierra? Nada sin duda puede darnos una idea tan misteriosa y elevada del concierto que reina en los divinos atributos, como ese lazo que asocia y liga en Dios eternamente una libertad infinita con una impecabilidad esencial. Nada pues nos podria dar una idea mas aproximada sobre la santidad de María, en sus relaciones con la gracia, que ver en ella una participacion, criada por la liberalidad del Señor, de aquellos atributos, ver asociadas en su alma la libertad mas perfecta que en la criatura cabe, y la garantía mas eficaz de cuantas Dios ha otorgado á los nacidos del varon y la mujer contra todo linaje de pecado.

Si consideráis, hermanos mios, atentamente los hechos, sorprenderéis en ellos mismos, como un principio generador, tan importante verdad. Seguid la carrera de la hija de Joaquin, desde que viene á figurar en el catálogo de los séres hasta el momento en que los ángeles la sacan del sepulcro para conducirla al cielo, y quedaréis admirados á la vista de una pureza, de una virtud y una santidad que no tuvo nunca ni la mas leve mancha. El Señor, en las efusiones de su ternura, no consintió que los sentidos, la carne, el demonio, el mundo, ni ninguno de los adversarios que persiguen acá intrépidos y osados á los peregrinos de la tierra, se atreviesen jamas á perturbar el tranquilo curso de la Vírgen Madre. Siempre atento al augusto destino de esta criatura, la tuvo constantemente léjos de las ocasiones del pecado, dominada de los mas santos pensamientos, de las inspiraciones mas excelsas que puede producir el amor divino. Sus sentidos no podian caer sobre el cuadro inmenso de la naturaleza sin recibir, con las sensaciones diversas que ellas producen, los concertados ecos de alabanza de las criaturas al Criador: sus relaciones, reducidas al círculo santo de su familia, de sus ancianos padres, eran ciertamente un punto de contemplacion que la tenia siempre arrobada, lo mismo que á ellos, en el Padre celestial: su inteligencia, inundada en un oceano de esplendor, era un reflejo de la gloria de los cielos: su voluntad, embriagada en las delicias del amor divino, jamas tuvo aspiracion ó deseo que á la mayor gloria de Dios no fuese encaminado.

La existencia de esta Vírgen importaba para el Autor de la san-

tidad un designio misterioso: ella se presentaria en la tierra con el doble carácter de Madre de Dios y Madre de los hombres. El primero de estos títulos exigia de ella una tan constante virtud, una limpieza tan inalterable, una dignidad tan permanente, que durante su carrera mortal no pudiera desprenderse de ésta ni un momento imperceptible donde apareciese con ménos virtud, ménos limpieza, ménos dignidad; y por lo mismo fué tánto el celo del Señor para cuidarla y precaverla, que por eso el Arcángel afirma sin vacilar que está siempre con ella. ¿Qué importaria, os pregunto, esta enfática manifestacion de Gabriel, si una asistencia tan contínua del Señor no representara su vigilancia especial contra el pecado? ¡Ah hermanos mios! el idioma divino que sirvió de intérprete á este príncipe cerca de María, encierra un sentido tan profundo, que no bastarian á sondearle jamas todas las inteligencias criadas. "El Señor es contigo:" ved aquí tres palabras, tres palabras limitadas en su valor simplemente humano; pero tres palabras de insondable sentido en los momentos en que fuéron dichas á María. Esta asistencia contínua del Señor importa, no lo dudéis, una proteccion incesante suya contra todo linaje de contaminacion, una gracia incomparable y sin tipo para revestir aquella naturaleza de un poder incontrastable contra todo pecado, una soberanía siempre sostenida para mantener mui léjos de aquel trono al poder de las tinieblas. Y á esta permanencia de Dios en María correspondió siempre una permanencia constante, nunca interrumpida de María en su Dios: permanencia tan fiel, rendida y amorosa, que nada puede presentar comparable con ella la historia de todos los escogidos. Y si muchos de éstos cautivan la admiracion y extasían el alma con sus virtudes excelentes, su vigilancia heróica, sus maravillosos triunfos, ¿qué nos resta, católicos, que encontrar y suponer en María, para proclamar su excelencia sobre todos los santos, sino su impecabilidad moral, su virtualidad contra el pecado, hasta el extremo de no cometer nunca ni la falta mas imperceptible? No se necesita pues de otra cosa para comprender que esta prerogativa debia venir en consecuencia de tal vocacion, tal destino y tanta gracia, como se representan en la predestinacion eterna de María para ser Madre de Dios, del privilegio único de su Concepcion inmaculada, de la incesante asistencia del Señor á ella para preservarla, y de su incomparable cooperacion con la gracia divina que la sostiene; y que tal privilegio era en alto grado conveniente para dar toda la plenitud á sus títulos de abogada, mediadora y aun corredentora del género humano. ¡Qué prerogativa! ¡qué gracia tan admirable! ¡qué don tan precioso!

Pero acerquémonos, católicos, al momento feliz en que el Enviado de Dios hace á María de parte suya una declaracion solemnísima de la incomparable gracia que habia recibido. ¿Quién de todos los justos de la lei antigua, quién de todos los santos de la lei nueva recibió nunca una honra tan señalada, una gracia tan excelsa? No era esta la primera vez que un ángel bajaba del cielo á desempeñar una mision en la tierra; pero nunca se habia visto ni se verá tampoco una escena semejante á la que presentaban en aquel momento el Enviado celestial y la Vírgen de Nazareth. Un ángel detuvo el brazo de Abraham para que no sacrificase á Isaac; un ángel sacó á Loth y sus hijas de la ciudad anatematizada para que no fuesen presa de las llamas que iban á consumirla; un ángel apareció á Daniel para instruirle acerca de la venida del Mesías; un ángel visitó á Tobías y su hijo para llenarlos de beneficios, curando al uno, libertando al otro, y haciendo salir de la esposa de éste al demonio que la poseia. Pero en todos estos casos la humanidad, aterrorizada en presencia de tales mensajeros, caia siempre á sus piés; y el ángel, cuando no tenia que ocultarse para evitar el terror, hablaba y obraba como príncipe del cielo con súbditos de la tierra. Mas tratándose de María, todo cambia, todo toma un carácter superior. Aquel modesto retiro en que la Vírgen robaba su presencia á las miradas del mundo, para estar absorta en la contemplacion de su Dios, aparece á la vista de Gabriel como un palacio magnífico en que reside la Reina del cielo y de la tierra. Penetra en él; pero se detiene un instante para contemplar la grandeza de aquella incomparable criatura: mira en ella una princesa de la familia real de los cielos; mira en ella nada ménos que á la Hija del Rei eterno, nada ménos que á la Madre próxima del Verbo increado, nada ménos que á la Esposa del Paráclito, á la realidad magnífica de aquella que él mismo nos retrata con el pincel del Sabio en el misterioso Libro de los Cantares. Abre sus labios para saludarla respetuosamente con estas palabras mui significativas: "Dios te salve." Nada teme por ella; pero esto no impide que arda en su corazon el deseo de que siempre viva y se conserve ileso aquel prodigio de virtud y santidad. Entónces, ya que hubo desahogado este primer sentimiento, le anuncia su rango en la excelsa gerarquía de los privilegiados de Dios, apellidándola "llena de gracia:" no calla en su presencia la esmerada solicitud con que la atiende como á su Hija querida el Padre celestial; por lo mismo declara con estas palabras que siempre se halla en la íntima compañía y bajo la proteccion de su Dios: "El Señor es contigo:" y un momento despues, repasando la galería de las mujeres fuertes, que con sus dotes y virtudes ilustran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la historia del pueblo escogido y las que vendrian despues de ella para enriquecer las páginas de la Iglesia católica, y no encontrando cosa que le sea siquiera comparable, muestra la inmensa superioridad de María y su primacía en todos géneros, apellidánda: "bendita entre todas las mujeres."

Ved pues aquí, católicos, una salutacion que, dirigida ex-profeso de parte del Señor por el ángel á María, le da una ratificacion solemnísima de que posee todo su amor, toda su ternura, y está reservada para mostrar á los hombres, en el fruto de su vientre y en su carrera de virtudes, todo el brillo y esplendor de su gloria: ved aquí de qué manera se reconcentran en la Vírgen Madre, con la predileccion del Altísimo, todos los tesoros de su gracia: ved aquí cómo esa gracia comun, que corre por todo el mundo moral como un torrente purísimo para extirpar los vicios y formar las virtudes, está en María en supremo grado, y cómo sobre esta excelencia, que basta para darle una primacía entre todos los favorecidos de Dios, resaltan como ornatos única y exclusivamente suyos la predileccion eterna que de ella hizo el Padre para que en su vientre encarnara su Unigénito Hijo; la excepcion que solo para ella decretó de la lei comun de la humanidad delincuente, á fin de que fuese concebida sin la menor mancha de orígen, sin sombra de pecado; la fuerza con que la sostuvo contra todos los enemigos del espíritu, para que no cometiese ni la mas ligera falta, ni un imperceptible punto de tinieblas cayera sobre el esplendor purísimo de su virtud; y cómo finalmente, no satisfecho con haberle otorgado tantas gracias, quiso añadir á todas la de una declaracion expresa de parte suya sobre tan altos privilegios. Pues bien, católicos: habéis visto hasta aquí la obra de la gracia; es necesario que admiréis al mismo tiempo la cooperacion de la naturaleza en las virtudes incomparables de María: porque, si ella disfrutó siempre una primacía de gracia, Dios recibió de ella como tributo de su reconocimiento, mediante la cooperacion de tan privilegiada naturaleza, una primacía de virtudes, un conjunto de merecimientos superiores con mucho á cuanto presenta la historia de los ángeles y de los hombres.

SEGUNDA PARTE.

Hablar, católicos, de las virtudes excelsas de María; penetrar con la consideracion mas atenta en aquel espíritu donde resplandecen á porfía todos los atributos de la santidad en el grado mas eminente que cabe despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre; recorrer esas páginas del eterno Libro donde están escritos los merecimientos incomparables de esta criatura; es acometer una empresa superior con mucho al poder del pensamiento y la palabra, tocar un asunto de aquellos que abruman la inteligencia y rinden los esfuerzos del genio. ¿Quién es capaz, decidme, de ponderar debidamente los preciosos frutos de un árbol, digámoslo así, plantado en una tierra bendita por las manos del mismo Dios, cultivado con la quinta esencia de su gracia, esmeradamente asistido de él momento por momento, preparado desde la eternidad con el fin de salvar al mundo, regenerar al hombre, desterrar los vicios y establecer en la tierra un reino de santidad y de gloria? Cuando se trata de fomentar la piedad cristiana con la alabanza de los justos, el alma se apodera sin esfuerzo de las vidas mas fecundas, la elocuencia las encarece con ventajas mui positivas para la virtud, y no pocas veces, para ostentar el heroismo de la santidad con toda su magnificencia, es necesario reunir todos sus rasgos en una relacion animada, para que el conjunto produzca un efecto moral que no se obtendria con manifestar aisladamente una sola de sus partes. Mas cuando se habla de la Vírgen María, cuando se contempla su carácter moral, cada virtud, cada hecho basta por sí solo para producir todo el arrobamiento de la admiracion; cada pasaje de tan fecunda vida tiene la virtualidad suficiente para multiplicar el número de los justos. ¿Cómo pues abrazar el inmenso conjunto de tal carácter sin perderse con el pensamiento, sin sentirse abandonado de la palabra, sin sucumbir desfallecido bajo el peso de la mayor grandeza? Cuando el arte, católicos, conducido por las luces de la ciencia mas bien que inspirado por los sentimientos de la religion, ha lamentado la falta de un panegírico tan comprensivo que abrace toda la carrera de María, y aun ha encontrado cierta especie de obstáculo para la empresa de un elogio en la reserva sublime de los primeros cronistas del cristianismo, tal vez no ha comprendido que la dificultad emana, ménos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la historia del pueblo escogido y las que vendrian despues de ella para enriquecer las páginas de la Iglesia católica, y no encontrando cosa que le sea siquiera comparable, muestra la inmensa superioridad de María y su primacía en todos géneros, apellidánda: "bendita entre todas las mujeres."

Ved pues aquí, católicos, una salutacion que, dirigida ex-profeso de parte del Señor por el ángel á María, le da una ratificacion solemnísima de que posee todo su amor, toda su ternura, y está reservada para mostrar á los hombres, en el fruto de su vientre y en su carrera de virtudes, todo el brillo y esplendor de su gloria: ved aquí de qué manera se reconcentran en la Vírgen Madre, con la predileccion del Altísimo, todos los tesoros de su gracia: ved aquí cómo esa gracia comun, que corre por todo el mundo moral como un torrente purísimo para extirpar los vicios y formar las virtudes, está en María en supremo grado, y cómo sobre esta excelencia, que basta para darle una primacía entre todos los favorecidos de Dios, resaltan como ornatos única y exclusivamente suyos la predileccion eterna que de ella hizo el Padre para que en su vientre encarnara su Unigénito Hijo; la excepcion que solo para ella decretó de la lei comun de la humanidad delincuente, á fin de que fuese concebida sin la menor mancha de orígen, sin sombra de pecado; la fuerza con que la sostuvo contra todos los enemigos del espíritu, para que no cometiese ni la mas ligera falta, ni un imperceptible punto de tinieblas cayera sobre el esplendor purísimo de su virtud; y cómo finalmente, no satisfecho con haberle otorgado tantas gracias, quiso añadir á todas la de una declaracion expresa de parte suya sobre tan altos privilegios. Pues bien, católicos: habéis visto hasta aquí la obra de la gracia; es necesario que admiréis al mismo tiempo la cooperacion de la naturaleza en las virtudes incomparables de María: porque, si ella disfrutó siempre una primacía de gracia, Dios recibió de ella como tributo de su reconocimiento, mediante la cooperacion de tan privilegiada naturaleza, una primacía de virtudes, un conjunto de merecimientos superiores con mucho á cuanto presenta la historia de los ángeles y de los hombres.

SEGUNDA PARTE.

Hablar, católicos, de las virtudes excelsas de María; penetrar con la consideracion mas atenta en aquel espíritu donde resplandecen á porfía todos los atributos de la santidad en el grado mas eminente que cabe despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre; recorrer esas páginas del eterno Libro donde están escritos los merecimientos incomparables de esta criatura; es acometer una empresa superior con mucho al poder del pensamiento y la palabra, tocar un asunto de aquellos que abruman la inteligencia y rinden los esfuerzos del genio. ¿Quién es capaz, decidme, de ponderar debidamente los preciosos frutos de un árbol, digámoslo así, plantado en una tierra bendita por las manos del mismo Dios, cultivado con la quinta esencia de su gracia, esmeradamente asistido de él momento por momento, preparado desde la eternidad con el fin de salvar al mundo, regenerar al hombre, desterrar los vicios y establecer en la tierra un reino de santidad y de gloria? Cuando se trata de fomentar la piedad cristiana con la alabanza de los justos, el alma se apodera sin esfuerzo de las vidas mas fecundas, la elocuencia las encarece con ventajas mui positivas para la virtud, y no pocas veces, para ostentar el heroismo de la santidad con toda su magnificencia, es necesario reunir todos sus rasgos en una relacion animada, para que el conjunto produzca un efecto moral que no se obtendria con manifestar aisladamente una sola de sus partes. Mas cuando se habla de la Vírgen María, cuando se contempla su carácter moral, cada virtud, cada hecho basta por sí solo para producir todo el arrobamiento de la admiracion; cada pasaje de tan fecunda vida tiene la virtualidad suficiente para multiplicar el número de los justos. ¿Cómo pues abrazar el inmenso conjunto de tal carácter sin perderse con el pensamiento, sin sentirse abandonado de la palabra, sin sucumbir desfallecido bajo el peso de la mayor grandeza? Cuando el arte, católicos, conducido por las luces de la ciencia mas bien que inspirado por los sentimientos de la religion, ha lamentado la falta de un panegírico tan comprensivo que abrace toda la carrera de María, y aun ha encontrado cierta especie de obstáculo para la empresa de un elogio en la reserva sublime de los primeros cronistas del cristianismo, tal vez no ha comprendido que la dificultad emana, ménos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del silencio de la historia, que de la comprension inmensa de los hechos incontestables narrados por ella.

Elegid, si no, cualquiera de los pasos de la vida de María que han sido consagrados en el culto de la Iglesia y forman, cada uno de por sí, el asunto de una oracion sagrada, y veréis cómo no se necesita mayor extension para un elogio superior con mucho á cuantos pudieran hacerse de una pura criatura. La escena, única en los fastos de la virtud y la grandeza, presentada entre Gabriel y María en los momentos solemnes en que se estaba tratando de la Encarnacion del Verbo, esta página escrita con toda claridad por la pluma de los evangelistas, á la cual se refieren las vidas paralelas del Mesías y su Madre; esta página que, abriendo con la maternidad divina la historia de María en sus relaciones con la humanidad, y correspondiéndose con la otra en que al pié de la Cruz adopta como hijos por disposicion de Jesucristo á todos los descendientes de Eva, ¿no es, católicos, un asunto de aquellos que no podian llamarse vastos sin ser menoscabados, y que es indispensable ver como inmensos y en cierto modo infinitos? ¿Os parece que una virtud que sostiene sin terror la presencia de un enviado celestial, no pone á la Vírgen de Nazareth en una altura superior con mucho á la de los patriarcas y profetas? ¿Os parece que una Vírgen que, al escuchar el anuncio de que va á ser la Madre de Dios, solo piensa en la grave cuestion de la virginidad que le tiene consagrada, subalternando la fidelidad al rango en la gerarquía de sus sentimientos, es de aquellos objetos que la inteligencia mide, la palabra domina, la imaginacion encumbra, ó la elocuencia exalta? ¿Os parece que aquel continente reposado con que escucha la explicacion de un misterio que asocia eternamente su virginidad con su maternidad divina bajo el poder del Espíritu Santo, puede pensarse sin arrobamiento, decirse sin turbacion, encarecerse con otra cosa que el silencio respetuoso de la naturaleza en presencia de un arcano? ¿Os parece que aquel humilde *fiat*, que pronuncia la tierna Vírgen despues de mostrarse al ángel como la esclava del Señor, representa ménos que la virtud por excelencia, la Virtud-Reina, que rinde y avasalla las virtudes de todos los justos, la virtud que abraza cuanto puede merecer semejante nombre en los cielos y en la tierra? ¿Os parece que todos los sabios, todos los héroes, cuanto de mas grande ostenta la historia de la elocuencia y el genio, podrian sostenerse á la vista de la virtualidad infinita de aquel *fiat*, que concierta la Omnipotencia de Dios con la libertad de la criatura, y en un imperceptible punto confunde la humildad mas profunda y la mayor grandeza, la hija de Joaquin y Anna y la Madre de Dios? ¡Ah, católicos! era necesario nada

ménos que una inteligencia divina para ver frente á frente sin sucumbir este doble prodigio de humillaciones y de grandezas.

¿Qué virtud pudierais imaginar que no se desprendiese al punto de la Vírgen Madre, y esto sin salir de aquellos momentos solemnes? Si la humildad es la profunda base de todas; si las dimensiones de ella sirven para medir el tamaño respectivo de cuantas forman el edificio; bastará escuchar á esta Vírgen dando su consentimiento para ser Madre de Dios, para encontrar su humildad en grado inmenso y á profundidad insondable. ¡Rendirse como esclava despues de haber recibido los obsequios de un Arcángel, escuchado la revelacion de su plenitud de gracia, el anuncio de su rango en los cielos y en la tierra, la manifestacion de su destino para ser Madre de Dios! ¡anonadarse para poder pronunciar una palabra que tenia pendientes, no diré la salud eterna de los hombres, no diré la expectativa de todas las gerarquías angélicas, sino lo que es infinitamente más, á la misma Trinidad Santísima! ¡Ah! si en todo lo que no es Dios puede haber algo que nos dé mas cumplidamente la idea de lo infinito, esto será sin duda la humildad suprema de la Vírgen escogida para Madre suya.

¿Qué podria deciros de todas sus otras virtudes, que levantadas en la proporcion que exige tal cimiento, tienen la misma grandeza y representan el mismo poder? ¿Qué podria deciros de su fe, tan viva, tan constante, que parecia romper con una meditacion continua y una incesante presencia de Dios, y sus atributos, y sus promesas, y sus obras, los densos velos que se interponen entre la eternidad y el tiempo? ¿Qué podria deciros de su esperanza, cuando esta virtud dió el tono al melodioso concierto de aquel himno cantado por su piedad á la esperanza de todas las generaciones? ¿Qué os diré de su amor, acrisolado en la prueba misma de su grandeza, pues la idea de serle fiel á su Dios parece distraer su mente de la palabra que la aclama por Madre suya? ¿Qué os diré de su espíritu, revelado todo en aquellas palabras de alabanza con que remite toda su grandeza exclusivamente á la gloria de Dios? ¿Qué puede compararse con aquella prudencia probada en la reserva con que escucha las manifestaciones del Arcángel? ¿Qué os diré de su justicia, cuando era la santidad por excelencia, cuando para dar á cada uno lo que es suyo, proclamó á un tiempo mismo, en ocasion tan solemne, la gloria del Señor y su condicion de esclava? ¿Qué os diré de una fortaleza que mira frente á frente sin desfallecer toda la inmensidad de la gloria, que no sucumbe bajo el peso de todos los dolores en la carrera de la Pasion, que se sostiene al pié de la Cruz al exhalar su amado Hijo el último suspiro? ¿Qué os diré de su pureza y cas-

tidad, cuando no pronuncia el *fiat* para ser Madre de Dios miéntras no se le asegura que aquello habia de obrarse fuera de las reglas de la naturaleza, por la virtud del Espíritu increado y en las regiones augustas del misterio? ¿Qué os diré de su amor á los hombres, cuando acepta el título de Madre suya para sostenerlos y salvarlos? ¿Qué os diré de su fecundidad, cuando es el órgano escogido por el mismo Dios para repartir sus gracias y beneficios en la tierra, cuando á ella reconocen, como los arroyuelos al inmenso cauce, las virtudes de todos los escogidos? Sin detenerme pues en el repaso de las muchas é incomparables que en María resplandecen, y atento principalmente al carácter histórico de su carrera en sus relaciones propias con el plan de regeneracion y salud que vino á ejecutar en el mundo Jesucristo Señor nuestro, es mi ánimo probaros que este Divino Mesías ejecutó en ella el mismo plan que en él habia realizado su Padre al sacrificarle por la salud del mundo: que si Jesucristo aparece aquí como el Adan de la restauracion; María se presenta como la Eva de la nueva alianza: que si Jesucristo aceptó las últimas humillaciones para reparar los estragos de la soberbia del primer hombre; María pasó por la misma carrera de abatimiento y dolor, para reparar el producido por la ligereza, el orgullo y la sensualidad de la primera muger.

A la vista de esta Vírgen, privilegiada con todas las gracias, adornada con todas las virtudes, poseedora de la mayor grandeza, pasando una vida profundamente retirada, sufriendo todas las humillaciones, apurando hasta las heces el cáliz del dolor, presentando la copia mas fiel del Redentor del mundo en sus anuncios proféticos, preparaciones misteriosas y tribulaciones inconcebibles, no ménos que en su glorioso tránsito de la tierra al cielo para recibir de las manos del mismo Dios la corona del triunfo; no podemos, católicos, ménos de creer que tan preciosa vida fué una obra ejecutada por el mismo Dios, para manifestar en ella sus eternos designios acerca del hombre, y la imágen perfecta de la expiacion á que quedó sujeta la humanidad entera, para poder aprovechar los méritos de Jesucristo. Contemplad estos dos objetos, estos dos caractéres, estos dos cuadros; el del Hijo y el de la Madre. ¿No veis á toda luz cómo nada en el mundo hai mas perfectamente semejante que estos dos cuadros? El Mesías estaba prometido y anunciado desde la misma caida del hombre; María estaba comprendida en esta misma promesa, estaba opuesta por la justicia de Dios al enemigo triunfante, destinada para quebrantar la cabeza del dragon. El Redentor es predicho por una serie de profetas; María no deja de figurar en tan solemnes predicciones. Jesucristo es representado en la vida de

muchos personajes ilustres; María es figurada en el carácter de las mugeres fuertes del antiguo pueblo. Este pueblo, envuelto en las tinieblas, desconoce al que esperaba, persigue al que deseaba con vehemencia, enconadamente aborrece al que habia excitado en sus mayores, desde cuarenta siglos atrás, los sentimientos mas vivos del amor; María sufre las consecuencias de esta ceguedad inaudita: nadie se apercibe de su rango; todos la tienen por una muger del pueblo, por una de tantas personas que apénas despiertan la atencion. El Verbo, revistiéndose de nuestra naturaleza, se humilla y anonada, segun la expresion de San Pablo; María, mostrándose rendida como esclava en los momentos que va á ser Madre de Dios, continuando en su oscuridad aun despues de este suceso, y siempre desapercibida, sufre toda clase de humillaciones. Jesucristo, apareciendo á los hombres, buscándolos él primero, dándoles al presentarse una palabra de paz, parece olvidarse de su divinidad, para consultar únicamente á los intereses de su amor; María, previniendo á Isabel en su visita y salutacion, olvida su grandeza para ir á derramar la bendicion en el Niño que porta en su vientre la esposa del Profeta, y habia de ser el Precursor del Mesías. Jesus, naciendo en un pesebre, sujeto al rigor de todos los elementos siendo el Señor de la naturaleza, toma para sí lo que la humanidad tiene de mas punzante, que es el abatimiento, la pena y el dolor; María, dándole á luz en un establo de Belen, teniéndole en sus brazos y viéndole padecer tánto en quel sitio, recibe de lleno todo el golpe reflejo en su corazon maternal. Jesus, por último, humillado por toda clase de ignominias, sufre los mas inauditos ultrajes y recorre un camino de la mas amarga tribulacion hasta morir en una cruz; María no abandona un instante á su amado Hijo en tan penosa carrera; padece siempre con él; está de pié junto á la Cruz en que espira; le recibe en sus brazos despues de muerto, y con él permanece hasta que le toman para colocarle en el sepulcro.

¡Quién pudiera ponderar, católicos, las grandes humillaciones de María, y todas las pruebas terribles á que le sujetó el Señor durante su inocente vida? La carrera de unas y otras comienza con el terrible golpe consiguiente á la perplejidad suma de José, que ignorando aquel arcano divino y no conociendo de María sino solo el prodigio de su admirable santidad, incapaz de resolverse á juzgar nada contra su inocencia, pero no sabiendo qué pensar del embarazo de su Esposa, concierta en su resolucion definitiva su virtud con su caridad, tomando el partido de abandonar ocultamente á la que portaba en su seno al Verbo de Dios. ¡Qué tribulacion, católicos! ¡qué pena tan inmensa! ¡qué humillacion tan profunda! ¡que mez-

cla tan prodigiosa de grandeza real y aparente bajeza! ¿La Madre de Dios objeto de las turbaciones del varon justo, y en vísperas de ser repudiada por él? Pero sobre todo, ¡qué virtud la de aquel silencio que se sostiene á tanta costa! Una palabra prévia lo hubiera impedido todo; una palabra dicha en los momentos de ser advertida, lo hubiera explicado todo, mostrando al Esposo castísimo la primera página de la historia de las grandezas de su predilecta consorte. Pero ella tiene motivos divinos para no pronunciar esta palabra: su silencio le hará padecer inmensamente; mas no temáis que le interrumpa: fiel como nadie para esconder en lo mas íntimo el gran sacramento, será la víctima de su fidelidad, pero no revelará su secreto. Mas no tardó el Señor en consolar á la inocente Madre: un ángel baja del cielo, penetra en el alma de José durante un sueño profundo, le revela el gran misterio, y le inunda en una luz que le descubre á la par la grandeza de su Esposa y la dicha suya en ser el Gefe de la familia del Mesías en la tierra.

Más no imagineis, hermanos mios, que aquí hayan parado, sino ántes bien, ved cómo aquí comienzan los trabajos indecibles de aquella tierna Madre. Tocaba en Belen de Judá, á donde habia ido con motivo del edicto del César para que se registrasen todos los súbditos de su imperio, cuando sintiendo llegada la hora de dar á luz al Mesías, busca un asilo. Pero ¡ah! la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de aquel por quien todo fue hecho, no logra ni el último cuarto en un meson de aquel pueblo insignificante; y en la privacion absoluta de todo asilo, tiene que ir á refugiarse á un pesebre de aquella posada..... ¡Hé aquí la cuna del Salvador, el lecho de su Madre, el cuadro de su nacimiento! He aquí cómo aparece al mundo su Redentor y su Rey. Contemplad el corazon de María en tan crítico lance; penetrad si podéis el desconsuelo de su alma en aquellos instantes..... ¡Qué cuadro! ¡qué escena! ¡qué situacion!

No me detendré, católicos, á ponderaros lo que sufrió María en la Circuncision de su Hijo no solo por haber visto caer las primeras gotas de su sangre pura y con esto un preludio tristísimo de su acerba pasion é ignominiosa muerte, sino por verle aparecer como hijo de pecado, como deudor personal de una pena, como delincuente que se purifica para no perecer: pero sí os diré que, cual si esto hubiera sido nada, no discurrió mucho tiempo sin que aquella Madre, verdadera imitadora de tal Hijo, aceptase para sí una ignominia semejante, sometiéndose á la lei de la purificacion, que por ningun aspecto deberia comprenderla. Despues de haber aparecido á los ojos del pueblo, por su matrimonio con José, como una madre comun, va con su esposo al Templo para purificarse, como si lo hubiese menester la que es mas pura que la aurora, la escogida en la predileccion eterna para Madre de Dios, la concebida sin mancha y agraciada con todo linage de dones. Allí aparece María contaminada; á esta humillacion agrega la de una ofrenda expiatoria y pequeña por su pobreza; y para que nada faltase al colmo de sus penas, allí mismo escucha una prediccion terrible del profeta Simeon: allí se le anuncia la espada de dolor que traspasaria su pecho: allí se le asocia en todo y por todo á los terribles padecimientos del Hijo de sus entrañas.

Pero tal vez la tregua que sigue á tan penoso paso estará medida por el tiempo que ha de trascurrir hasta que el Mesías, ya en la madurez de su edad, aparezca entre los hombres con su carácter propio para dar principio á su carrera pública: tal vez la tierna Vírgen pasará treinta y tres años ocupada en asistir á su Hijo, en contemplarle extasiada, en guardar consigo en su modesto retiro al mismo Dios. ¡Vano esperar, católicos! Apénas vuelto al cielo aquel ejército de ángeles que saludaba con sus cánticos al Niño-Dios en su cuna, y á sus rebaños los pastores que habian ido á rendirle sus humildes tributos, y á Oriente los Reyes que acababan de adorarle, cuando Heródes decreta el esterminio de todos los niños de Bethlem de Judá y sus contornos, persuadido en su infame cálculo de que en esta catástrofe quedaria envuelto el Rei de los judíos, el gran Libertador de la humanidad. Un ángel advierte á José de aquel peligro, y le manda huir á Egipto con el Niño y su tierna Madre, para sustraerle á la rabia de Heródes. Ved aquí despedazado el corazon de aquella Vírgen á la vista del sacrificio de tantos inocentes, de esos verdugos que asaltan todas las cunas, que arrebatan á los niños de los brazos de sus madres, y descargan contra ellos el furioso golpe que los precipita á todos en el sepulcro: y vedla al mismo tiempo, pobre y desvalida, emprendiendo una larga y penosa peregrinacion, residiendo en un pais extranjero hasta la muerte de Heródes, y pasando todas las tribulaciones consiguientes á tan penoso destierro.

Llega empero la hora suspirada: José, prevenido por el ángel del Señor, sale de Egipto con Jesus y María, y se radica en Nazareth; mas no por haber vuelto á su pobre pueblo, acabaron sus tribulaciones. Habia cumplido ya su Divino Hijo doce años cuando se les perdió á ella y á José en una de sus peregrinaciones anuales al Templo de Jerusalen..... ¡Qué prueba para su amor, y sobre todo para su fe! Mas llega el momento en que todo calma: los tiernos padres sorprenden al Hijo en el Templo en medio de los doctores, respondiendo á sus preguntas, haciéndoles otras y dejándolos pas-

mados de admiracion con su sabiduría. Acércanse á él: van á recibirle en sus brazos: su tierna Madre, no queriendo callar la pena que le ha causado su extravío, le hace una dulce reconvencion: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? yo y tu Padre llevábamos tres dias de buscarte, penetrados del mas vivo dolor." ¿Quién hubiera imaginado, católicos, que aquel momento, que ponia término á tres dias de un terrible cuidado, fuese un motivo de la mas grande humillacion? ¿Quién no hubiera creido, á juzgar tan solo por los datos de la naturaleza, que la respuesta de Jesus pondria el colmo al regocijo de tan tierna Madre? Pero ¡ah! ¡qué diversos de los pensamientos del hombre son los pensamientos de Dios! ¡qué inescrutables son sus consejos! ¡cuán impenetrables sus designios! Jesus abre sus labios, y pronuncia una respuesta que habria podido helar la sangre en las venas de María, si ella no estuviese sostenida por el brazo mismo de Dios; una respuesta de estrañeza; una respuesta de tal despego, que podria pasar por un desaire; una respuesta capaz de acibarar los dias de una Madre amorosa. "¿Por qué me buscabais? les dice: ¿ignorabais, por ventura, que debo estar allí donde lo exigen los intereses de mi Padre?" María sin embargo escucha esta respuesta sin alteracion y sin pena: inspirada por su fe, descansa en lo que ha oido, y vuelve con su Hijo á Nazareth, guardando aquel suceso en lo mas íntimo de su corazon.

Y no fué, católicos, esta la única vez que María recibió de su mismo Hijo esta clase de humillaciones, que á primera vista podrian parecer como el efecto de la indiferencia, pero que no eran en la realidad sino precauciones misteriosas de que se valia el mismo Jesucristo para sostener la grandeza, multiplicar los merecimientos y preparar las glorias de su querida Madre. En las bodas de Canáa, viendo María que faltaba el vino, le dijo á Jesus: "No tienen vino." Y Jesus le respondió: "Mujer, ¿qué nos va á mí y á tí?" Sin embargo, María sostenida por su fe, no vaciló en que su súplica seria atendida, y bajo este concepto advierte á la familia que lo preparen todo. Así sucedió: su Divino Hijo convirtió el agua en vino para abastecer el banquete nupcial; mas con aquel aparente desaire, pareció manifestar á todos los concurrentes que en el milagro que acababa de obrar, no tenia parte alguna su Madre.

En otra vez, cuando una mujer del pueblo, extasiada con la predicacion de su doctrina, dijo para elogiarle: "¡Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que te alimentaron! se apresuró á retirar de su Madre aquel tributo que tanto la engrandecia, diciendo por respuesta: "Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan." Finalmente, cierta ocasion en que se le habló de su Madre, á tiempo que se encontraba entre la multitud, protestó en presencia del pueblo y delante de María y de José, que no reconocia por padre, ni por madre, ni por hermanos, sino única y exclusivamente á los que, fieles y cumplidos, oyesen la voz de Dios y guardasen escrupulosamente sus preceptos.

¿Quién es capaz de ponderar como es debido, católicos, el peso de estas humillaciones para una criatura tan delicadamente tierna y cuya vida era toda de amor? ¡Ah! si ella, formada segun el corazon de Dios, consagrada exclusivamente á él, no teniendo mas norte que su palabra, ni mas gozo que su voluntad, no hubiera sido su rendida esclava, habria bastado sin duda, para entristecerla hasta morir, este despego aparente, esta constante seriedad de un Hijo que era la vida de su vida, cuando con tal conducta parecia emanciparla de su corazon. Ella, empero, no dejó escapar nunca ni la mas leve queja; no dió muestras de la menor inquietud; no cayó en desolacion recelosa de ser ménos amada: su fe hacia desaparecer todas estas nubes de la naturaleza; y satisfecha con obedecer, nunca se cuidaba de examinar: todo lo hacia con la sencillez del mas bello candor; todo lo recibia con la resignacion de la mas alta virtud; lo guardaba todo en su pecho como un arcano venerable que no le era permitido escudriñar.

Mas va á llegar ya, católicos, el instante que derramará una copiosa luz en el alma de María sobre el misterio de sus humillaciones; en que pondrá Dios término á sus reservas profundas; en que su Padre celestial le hará la revelacion de un secreto que ella guardaba sin comprender. No será la Madre de mejor condicion que el Hijo: no se irá fria espectadora de una dolorosa carrera: no quedará sin parte de aquel cáliz amargo que hasta las heces ha de apurar el Hijo de sus entrañas. La carrera pública del Mesías va muí pronto á tocar á su término. Su predicacion ha concluido ya: los milagros que declaran su divinidad á la entorpecida vista de su ingrato pueblo, señalan dia por dia el curso de tres años que discurre por todas partes haciendo el bien. Ha reunido ya en su torno á los legatarios de su poder, á los fundadores de su Iglesia, primeros operarios de su viña y evangelizadores del mundo: háse reunido ya con ellos en el Cenáculo, lavándoles los piés, prodigándoles toda la ternura de su amor, instituyendo á su vista el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, dándoles las primicias de este pan de la vida y este vino generador de la santidad. Terminada la Cena pasa el torrente Cedron, penetra en el bosque de las olivas, y en su solitaria espesura, postrado en tierra, solo, entre el Padre que le sacrifica y el mundo que duerme, se ofrece á sí mismo como precio de los pecados

de todos los hombres. Un momento, y ya le veis atado y conducido preso á los tribunales de Jerusalen: otro momento, y ha pasado por todas las ignominias, y ha sufrido la crueldad de los azotes, la mofa de la púrpura, la sangrienta burla de la coronacion de espinas, la vergüenza de ser ostentado así como el hombre del escarnio á vista de todo el pueblo.... Un paso más, y el magistrado gentil dicta su muerte, la publica, la manda ejecutar.... Ved al Verbo encarnado, al Dios desconocido, al inocente por esencia, al poderoso y fuerte, delante de quien se postran humilladas las potestades angélicas, recibir en sus hombros el instrumento de su suplicio, atravesar con él, á la faz de un inmenso gentío, las calles de Jerusalen hasta encumbrar el Gólgota: vedle desnudo, clavado en el madero, colocado entre dos delincuentes, burlado en sus dolores, vilipendiado en sus penas, maldecido en su agonía, objeto del odio enconado de aquellas turbas frenéticas, rendirse al fin bajo el peso de su dolor, llorarse desamparado, inclinar su cabeza, exhalar su espíritu....

¿Y no mas? ¡Ah, católicos! ved á su tierna y querida Madre: ved á María, la escogida desde la eternidad, la concebida sin mancha, la llena de gracias, la pura y santa; vedla siempre junta con su Hijo; vedla participar constantemente de sus penas, atesorar en su corazon aquel inmenso cúmulo de dolores, seguir casi desfallecida el camino del Calvario, presenciar el acto inconcebiblemente cruel de la crucifixion de su Hijo, y estar de pié junto á la Cruz hasta el momento que espira. ¡Oh! ¿no es esto agotar el mar de los sufrimientos, ese mar tan enérgicamente pintado por el profeta de los dolores? ¿No veis de qué manera se realiza el terrible pronóstico del viejo Simeon? ¿No descubrís horrorizados la penetrante daga que atraviesa su pecho? ¿No conocéis que esa vida se sostiene, porque el suplicio ha de ser en cierto modo infinito? ¿No advertís que ese dolor queda reconcentrado en su alma como un objeto inaccesible por su inmensidad á cuanto puede comprender la ternura de todos los nacidos? ¿No veis....? Pero ¡ah! donde acaba la carrera del Hijo, parece comenzar la pasion de la Madre. Ella le sobrevive, no ya los tres dias que mora en el sepulcro, sino cinco lustros despues que ha cruzado glorioso los espacios, penetrado al cielo y ocupado su trono á la diestra del Padre. ¡Oh soledad profunda! ¡Oh desolacion inaudita! ¡Oh existencia incomparablemente amarga! ¡Oh martirio sobre todos los martirios!

Ved, católicos, cuál es la carrera que con sus virtudes, humillaciones y padecimientos hace por el mundo la Madre de Jesus; cómo sus virtudes corresponden magníficamente á las gracias que recibe, sus humillaciones la estrechan y ligan mas y mas con su Hijo vencido al mundo como desecho del mundo, sus padecimientos la ostentan á los ojos de nuestra fe y nuestra piedad, por la mayor de todas las aproximaciones, como la Corredentora del género humano.

Sí: las virtudes, las humillaciones y las penas de María son tan grandes, que no hai en verdad entendimiento capaz de abrazarlas ni lengua suficiente para encarecerlas: sus dolores son como un mar de tribulacion, segun la sentida expresion del Profeta; pues no tienen otra medida que su amor, y este amor, despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre, nada tiene de comparable ni en los cielos ni en la tierra. Asociada siempre á su Divino Hijo, recibió de lleno toda su Pasion; y lo que ella incesantemente padecia fué de tal naturaleza, que repartido su dolor entre todos los hombres, todos ellos moririan al punto, dice San Bernardino de Sena.

¡Pero qué! me diréis, ¿para esto vino á la tierra la Madre de Dios? ¿en esto habian de parar sus gracias magníficas, sus incomparables virtudes, sus merecimientos inmensos? ¿No será para nuestra piedad sino solo un objeto de compasion al cabo de tales antecedentes? Detenéos un tanto, católicos: yo no lo he dicho todo. En la historia de la religion, en las obras del Señor, nada hai que no encierre los mas grandes misterios; y esas tinieblas, ese silencio, ese inapercibido retiro de la Vírgen Madre despues de la muerte del Redentor, manifiestan á toda luz, proclaman á toda voz, exponen á la faz de todos los siglos y todas las generaciones no solo el carácter y la superioridad, mas tambien la recompensa magnífica de tan singular é inefable merecimiento.

Venid, católicos, á esta época señalada, no ménos que el destino de María, en las páginas proféticas donde constan los anuncios del Redentor: venid á la Iglesia católica: venid á esta sociedad inmensa que, repartida entre la tierra y el cielo, anuncia los triunfos del Crucificado; venid á esta sociedad suprema donde se reunen toda la sabiduría, todo el poder y toda la magnificencia de Dios: venid aquí, donde se levanta un trono de verdad, donde se califica el merecimiento, y donde se ostenta la verdadera grandeza. Entónces, y á favor de esta nueva luz, quedaréis, no ménos admirados, que de las incomparables pruebas á que Dios en sus altos designios quiso someter á María, de la magnificencia divina con que recompensa las virtudes, humillaciones y penas de tan privilegiada criatura.

TERCERA PARTE.

En aquel momento para siempre memorable, en que la Vírgen María, estando en la casa de Isabel, recurre á la humildad y se apoya en el brazo fuerte de Dios para desahogar el sentimiento de su incomparable gloria, viéndose pasar de siglo en siglo con todos los honores del mas bello triunfo, recibiendo los homenajes de todas las épocas y el tributo de admiracion de toda la posteridad, ella misma, católicos, nos da la primera leccion acerca de su grandeza, fijándonos: en primer lugar, en su fundamento; en segundo lugar, en su carácter, y por último, en su extension. ¿Cuál es el fundamento de las glorias de María? su incomparable humildad, y por esto ella misma traduce las dispensaciones que Dios la hizo, con estas palabras, que asocian á un sentimiento profundamente moral una forma primorosamente poética: "Miró la bajeza de su esclava:" virtud reparadora, que devuelve á la naturaleza humana cuanto habia perdido por la soberbia, segun la observacion de San Agustin: virtud atractiva, que aprisiona desde lo mas bajo las excelsas miradas del Altísimo, como lo asienta el Profeta: virtud infinita en cierto modo, pues ha bastado á producir un Hombre-Dios, y es el tesoro, la raiz y el fundamento de todas las otras, y tan agradable al Señor bajo todos aspectos, que sin ella no hubiera escogido tal Madre. ¿Cuál es el carácter de esta gloria? el venir inmediatamente de Dios, como una dispensacion de su poder: *fecit mihi magna qui potens est.* ¿Cuál es finalmente su extension? la que representa, católicos, esa no interrumpida voz de todas las generaciones: porque estas generaciones que predican la grandeza y multiplican sin cesar las alabanzas de María, deben ser considerados como la luz de Dios en todas las inteligencias y el eco de su palabra en el idioma de toda la humanidad. Esta voz de las generaciones es la voz de la Iglesia católica en todos los siglos, de esta maestra de la verdad, regla de la virtud y jardin de la santidad; es el himno concertado que entonan acá en la tierra todas las voces inspiradas y dirigidas por el cielo. ¿Quién recorreria nunca, decidme, todas esas grandezas, todas esas prerogativas, todo ese maravilloso conjunto que abrazan las glorias María? Mas para decir algo que conduzca por lo ménos á dirigir vuestro pensamiento en la contemplacion de una grandeza y una

gloria que llenan los cielos y la tierra, voi á manifestaros aquí cómo una y otra se ostentan dignamente con el mas vivo esplendor, ya en las páginas del Antiguo Testamento, ya en la narracion de los evangelistas, ya por último, en la conducta de toda la Iglesia.

Abrid, católicos, ese libro el mas antiguo de todos los libros; ese libro por excelencia donde está escrita la historia del Universo y del hombre, donde aparece Dios dejando caer una palabra sobre la nada para que todo exista, los cielos y la tierra, los ángeles y el hombre; ese libro donde veis la esplendente luz de la naturaleza pura y el eclipse inmenso que sufrió en consecuencia del pecado. ¿Veis á esos profetas, que sucediéndose unos á otros, trasmiten á la posteridad los anuncios del Mesías? ¿Veis á ese pueblo escogido en la predileccion de Dios para que al través del oceano de los siglos conserve incólumes la revelacion, las promesas, la lei, la historia y cuanto se refiere al Deseado de las naciones? ¿Veis esa legislacion mosaica, esa religion judía, esa pompa ceremonial, esos grandes y diversos objetos que admiramos en todas las instituciones de Israel? Pues tened por cierto que, si en esto aparece, como el centro, el objeto y término de todo, el Verbo encarnado con la mision de salud que habia de traerle á la tierra; por lei de consecuencia figura tambien donde quiera, despues de él, aquella privilegiada criatura de cuya sangre inmaculada saldria su humanidad santísima. María se dibuja en todos los horizontes del pueblo escogido; María está comprendida en todas las enunciaciones proféticas; María está figurada en las personalidades mas ilustres de su sexo, representada en muchos objetos que aparecen como el emblema de su divina maternidad.

Apénas ha pronunciado el Señor la sentencia terrible que castiga el pecado de Adan y Eva y su posteridad, cuando descarga sobre la serpiente un anatema que la humilla y confunde, arrebatándole su presa con la prediccion de un triunfo que promete á la magnífica reparadora de la humanidad caida. Aquellas enemistades que ha de poner entre ella y la muger, representan á María descargando el golpe de su poder sobre el demonio: aquella heroina sin par, que levantándose sobre todas las ruinas de la culpa, oprimirá y quebrantará soberanamente la cabeza orgullosa del dragon, es María que, reconocida y aclamada como Madre de Dios, triunfará con su maternidad divina del enemigo de los hombres, y será para siempre un irresistible poder contra el pecado y sus agentes; aquel Paraíso cultivado por la mano del mismo Dios para su propio recreo, de que nos habla el Eclesiástico, es María, preparada en la predileccion eterna, favorecida con todas las gracias, adornada con todas las vir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tudes, que vive en la mente y amor del Altísimo ántes con mucho que comenzaran los siglos: aquella Arca que en el primer cataclismo del mundo recoge á la familia de Noe, la sostiene durante la inundacion universal, hasta colocarla sobre la superficie de una tierra rejuvenecida para que se multiplique y propague, es María que, destinada para que en su vientre encarnase el Verbo de Dios, trajo consigo ilesas é íntegras las esperanzas de toda la humanidad, las salvó de la última ruina, que sin el misterio de misericordia que habia de obrarse en ella, hubiera sido inevitable: es María que, de tal suerte redujo las condiciones de vida y felicidad á su destino, que como sucedió en el Diluvio, no se salvaron ni tampoco se han de salvar sino los que en ella misma se recojan; pues en ella está Jesucristo, y en la fe de Jesucristo, en sus merecimientos y sus gracias las condiciones esencialísimas de vida y salvacion. Aquella Esposa del misterio, adornada con las mas encantadoras gracias, aplaudida con todos los elogios, anhelada con todos los deseos, regalada con todas las caricias del amor, pintada con todos los primores y galas magníficas de la mas rica poesía en el bello y sublime Libro de los Cantares, es María, justamente admirada en sus atractivos y felicidad por todas las hijas de Sion, justamente exaltada en las alabanzas de las reinas, justamente vista por la inmensa superioridad de su hermosura y de su virtud sobre cuanto habia de mas hermoso, como una vírgen que se levanta del desierto y exhala de todas y por todas partes deliciosos aromas. Aquella tierra nueva, que solo esperaba el fecundo rocío de los cielos, para que de ella brotase el Salvador del mundo, segun se explica Isaías, es la escogida para Madre del Justo, la prevenida con todas las gracias, preparada con todas las bendiciones, que solo espera ya la venida del Espíritu increado para fecundarse con su virtud y dar á luz al Hombre-Dios. Aquella princesa enriquecida con los presentes de las hijas de Tiro, y cuya proteccion invocan los grandes de la tierra, segun la figura profética del Poeta-Rei, es la Vírgen Madre, bendita entre todas las mugeres, mediadora entre Dios y los hombres. Aquella Ruth, á quien Booz decia: "Todo el pueblo sabe que sois una mujer llena de virtudes;" aquella Jerusalen, que Tobías nos pinta brillando con una espléndida luz, adorada por todos los hombres desde los confines de la tierra, visitada por naciones en masa venidas á ella de muí léjos, enriquecida con sus dones, vista como el tabernáculo que porta al Rey de los reyes, honrada como una tierra de santidad, y que habia de regocijarse contemplando á sus hijos, benditos todos y congregados en el Señor, son figuras magníficas de la Vírgen Madre.

¿No veis, católicos, en el carácter histórico de María resplandecer con luz mui superior todos los rasgos que decoraban á las heroinas ilustres del pueblo escogido? ¿No veis en ella felizmente realizado el bello ideal de la mujer fuerte, perfecta y poderosa que nos pinta en sus parábolas el mas sabio de todos los reyes? ¿No veis que María, incomparablemente mas esforzada que aquella Débora, rinde y avasalla, desde que asoma su frente y levanta su brazo, á todos los enemigos de la Iglesia católica? ¿No veis cuánto sobrepuja lo profetizado á la profecía cuando en Bethsabé sentada en un trono á la diestra de Salomon, contemplamos á María reconocida por Reina en los cielos y en la tierra, y colocada bajo el Solio á la diestra de su Hijo? Cuando escucháis á Judith prometiéndoselo todo de la fuerza de Dios al prepararse para destruir á Holofernes, y refiriéndolo todo á su gloria en el acto de ostentar la cabeza del tirano como el signo de un triunfo que ha de salvar á su pueblo, y cuando la oís explicar un acontecimiento que habia encadenado la admiracion y excitado el entusiasmo de todos, diciendo que ella solo es una mujer á quien Dios escogió por instrumento de su poder para derribar al enemigo; ¿no recordáis, decidme, las bellas palabras de la Vírgen de Nazareth, que regalaron el oído de la madre del Bautista, cuando cantaba el triunfo de los triunfos, la victoria por excelencia, como la obra del poder divino, y aparecia ella como la esclava del Señor? Cuando detenéis vuestras miradas en aquella hermosísima Esther cautivando con sus atractivos á un Assuero, dominando su cólera, deteniendo su brazo y apareciendo como la única excepcion, otorgada por el amor á su merecimiento, de aquel decreto de exterminio; ¿no las apartáis inmediatamente de este cuadro, para ponerlas en la Esther de la Nueva Alianza, que encuentra gracia en la predileccion del Señor desde la eternidad, que viene al sér inmune y libre del contagio de orígen, que aplaca con sus ruegos la cólera de Dios, que con el fruto de su vientre desarma su brazo, y porta en sus entrañas al que clavaria en la Cruz la escritura de muerte que esclavizaba á la humanidad entera?

Ved pues, católicos, con cuánta magnificencia figura esta Reina en esas páginas para siempre gloriosas de la lei antigua: ved cómo allí aparece con su Hijo mediadora entre Dios y los hombres; restauradora de la naturaleza caida; corredentora en cierto modo del género humano; olivo que anuncia el jugo de todas las virtudes, la uncion de la santidad, la paz y la misericordia, el triunfo sobre todos los enemigos, el contento del alma, la esperanza del corazon, la pureza, la fuerza y la sabiduría; ciprés que simboliza la rectitud; palma que ostenta la victoria; árbol que cubre y refresca con su sombra; rosa que embalsáma los campos; cinamomo que atrae con

los buenos ejemplos de la virtud; luz purísima que se desprende del Sol increado hácia la tierra; centro que une á Dios con el hombre, que porta la soberana grandeza y el último fin de todas las criaturas; socia constante del Mesías en la grande obra de reparacion y salud que le trajo á la tierra.

Vengamos ahora, empero, á presenciar los tributos rendidos por los evangelistas y apóstoles á las grandezas y glorias de esta soberana Reina: repasemos con una nueva luz esos oráculos que ántes nos habian parecido tan silenciosos, y quedarémos admirados al ver cómo la gloriosa carrera de Jesucristo Señor nuestro refleja toda su luz sobre la imágen augusta de María, incorporándola de lleno en la narracion sostenida de aquellos santos historiadores.

Cuando en ese libro no hubiese otro pasaje que el de la Anunciacion, otro cuadro que el de un Embajador celestial cerca de la Vírgen de Nazareth, otro testimonio que el de Gabriel sobre los altos privilegios, gracias únicas y rango divino de esta criatura, no se necesitaria de otra cosa para poseer la historia de la mayor elevacion, de las mas excelentes prerogativas y altos merecimientos, del influjo mas poderoso que la sola humanidad pudiera desarrollar sobre todos los destinos del mundo. ¿No es allí, donde se celebra entre el Criador y la criatura el gran tratado de la Encarnacion del Verbo, el matrimonio celestial que asocia para siempre á la humanidad con la Divinidad, y con solo esto la dignifica tánto cuanto era preciso para que dé al Señor un culto correspondiente á su santidad infinita? ¿Creéis que, despues de la accion directa de la divinidad sobre la nada, de la vida y acciones del Unigénito del Padre revestido de nuestra naturaleza, existe ni puede existir jamas cosa comparable con lo que aquí se relata, soberanía mayor, rango mas excelso, poder mas irresistible que el de María? Cuando contemplo, católicos, lo que pasa en aquel albergue humilde; cuando escucho aquellas palabras recíprocas del Arcángel y su Reina; cuando recibo de lleno la luz que de aquí se desprende, y con ella comprendo esa historia profética envuelta en misteriosas sombras, ese porvenir lleno de tinieblas y repentinamente manifiesto al alma con el esplendor de tal misterio; mi espíritu arrobado con tanta magnificencia, sacude como el polvo todos los objetos que los siglos traen aglomerados en su curso para fecundar la memoria y excitar la admiracion.

Ved el anuncio genealógico de María en el relato de los evangelistas. ¡Qué objeto tan humilde! Sujeta esta Vírgen á la lei de las genealogías de su pueblo, no está directamente ligada en esta cadena de las generaciones: cítanse todos los patriarcas; pero ella no

aparece, digámoslo así, mas que al arrimo de su esposo: óyese el nombre de éste, y en seguida el suyo como su consorte. Pero detenéos un tanto; fijad la atencion en la palabra que sigue; recorred la cadena con la luz refleja que esta última palabra despide, y el cuadro cambiará del todo á vuestra vista. Esta palabra sola, que viene despues de la que expresa su nombre; esta enunciacion, sencilla sobre todo encarecimiento, *María, de la cual nació Jesus*, trasforma de tal suerte la galería genealógica, que despues de Jesucristo, su Madre viene á ser el todo. Ella es el gran término de toda la generacion del Mesías, derrama un esplendor indeficiente sobre la historia del pueblo escogido, y allí mismo aparece como la Reina de los patriarcas, la Reina de los profetas, la que, despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre, pasea el cetro de su poder por sobre los cielos y la tierra.

Pero no es esto bastante: para ser Madre de Dios se derogan las leyes á que está sujeta la generacion humana: lo es por obra y virtud del Espíritu increado, lo es á salvo de su intacta virginidad: es Madre sin dejar de ser vírgen; es vírgen y al mismo tiempo es Madre: su enlace se obra con el mismo Dios; sus relaciones la encumbran hasta el trono en que reside: es su Hija, es su Esposa, y por este doble vínculo es tambien su Madre. ¡Oh generacion misteriosa! ¡oh rango divino! ¡oh gloria incomparable! ¡oh ventura sobre todas las dichas! Reunid en un punto, católicos, todas las grandezas que se han venido deslizando por la corriente de los siglos, todos los caractéres eminentes que encarece la elocuencia, todos los sucesos mas ilustres que narra la historia, cuanto despues de Dios y Jesucristo Dios y Hombre aparece mas preciado en los cielos y en la tierra; y todo se perderá como un punto á vuestra vista, extasiada en la contemplacion de la Vírgen Madre.

¿Qué os diré de los otros pasos de su vida referidos por los evangelistas? Donde quiera encontrarémos admirablemente asociados el dolor y la dicha, la humillacion y la gloria. Si el pesebre donde da á luz á su amado Hijo es un espectáculo que destroza nuestro corazon, que penetra de dolor y humilla profundamente á la Esposa de José; los coros angélicos que del cielo bajan para celebrar el nacimiento de aquel Niño exceden tánto en magnificencia á todas las humillaciones, que no hai término alguno de comparacion. Si la ceremonia de la Circuncision opaca tánto al Hijo como contrista á la Madre; los Magos que se acercan á Jesus para adorarle, y que le ofrecen el triple homenaje que por derecho corresponde á su Divinidad, á su Magestad régia y á su Humanidad atribulada; estos personajes que profetizan y representan el movimiento de toda la gentilidad hácia la Cruz para adorarla despues de convertirse, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la prodigiosa fecundidad de la Iglesia formada por aquel Niño, y sostenida bajo la proteccion de aquella Madre, la llenan de consuelo en todas sus penas y manifiestan su grandeza en medio de tantas humillaciones. Si huyendo á Egipto con su Esposo, pobre y desvalida, presenta un espectáculo verdaderamente lastimoso; al emprender este viaje con tal motivo, llevando á un Dios en sus brazos, deja traslucir por entre los velos tenebrosos de aquella situacion los rasgos de su grandeza. Si atenta siempre á los designios del Señor, se sujeta á la ley de la Purificacion, como ya os he dicho, allí escucha el canto del Profeta, allí es testigo del rendido vasallaje que se ofrece por el viejo Simeon al Dios Eterno de quien es Madre. Si acompaña constantemente á su Hijo en la dolorosísima carrera de su Pasion hasta verle morir; allí presencia el sublime duelo de la naturaleza consternada, allí recibe las primicias de la gracia que portó en su vientre, con el espectáculo de tantas conversiones maravillosas y los muertos mismos que salen del sepulcro. Si una mortal desolacion la acompaña, cuando sepultado ya su Divino Hijo, queda sola en la tierra; su corazon palpita de regocijo al verle resucitar lleno de gloria, triunfante de todos sus enemigos. Si paga un tributo de pena á la naturaleza, cuando viéndole subir al cielo, contempla su soledad en la tierra; no puede ménos que reconocer allí mismo su propio triunfo, y en aquella subida misteriosa la señal mas clara de que al cabo de algun tiempo subirá tambien ella, se juntará con su Hijo querido para no separarse jamas.

Hé aquí, hermanos mios, algo de lo mucho que pudiera deciros sobre las glorias de esta Reina, sin salir de los evangelios: hé aquí toda la luz póstuma que esta divina crónica despide para mostrar en toda su gloria á la Madre de Dios. Y qué! ¿aun ese cuarto de siglo que despues de la muerte de Jesucristo permaneció en la tierra, ese periodo de su vida sobre el cual han guardado un silencio tan profundo los primeros historiadores del cristianismo, que nada nos han trasmitido acerca de María, ¿será por ventura, decidme, un periodo estéril para su gloria? No, por cierto, católicos. Sin duda alguna que ese tranquilo y silencioso curso, sobre el cual se apiñan tantas tinieblas, es una de las mas bellas páginas de tan preciosa vida; ese misterio encierra muchas luces, y no necesitamos de otra cosa, para reconocer toda su fecundidad, que de convertir nuestros ojos á la Iglesia. ¡Qué grato es para mí el considerar á María presidiendo á la grande obra del establecimiento del cristianismo, difundiendo sus primeras gracias sobre los evangelizadores del mundo, guiando con su consejo y sosteniendo con su poder la marcha del apostolado, mostrándose Reina de los apóstoles en su misma

conducta, y estando en el mundo atenta y pendiente de todo cuando empezaron á correr los siglos de oro del cristianismo. Porque, decidme, católicos: ¿aquellos discípulos de Jesus, cuyo amor quedó tan acrisolado desde que vino sobre ellos el Espíritu Santo, ¿no verian á su Divino Maestro en la persona de María? ¿no estarian pendientes de ella como sus mas tiernos hijos? ¿no se colocarian dóciles bajo sus felices inspiraciones? Y supuesto que así fué, ¿aquel silencio no es el mas elocuente? ¿aquellas tinieblas no despiden la mas copiosa luz? ¿aquella desapercibida carrera no fué prodigiosamente fecunda? Responda por nosotros la Iglesia católica, que no separa nunca de las glorias del Hijo las glorias de la Madre.

¡Con qué celo ha defendido en todos tiempos las altas prerogativas de María! ¡Con cuánta magnificencia y esplendor ha celebrado sus cultos! ¡Con qué puntualidad la sigue con su amor y su ternura por todos los pasos de su vida! Desde su Concepcion inmaculada hasta su Asuncion gloriosa no hai en ella paso alguno especial que no enseñe á los fieles con la viva pompa de las festividades que celebra. Los destinos de María, sus privilegios singulares, sus grandezas todas, han fecundado el genio de la ciencia teológica y de la elocuencia sagrada, inspirado el númen de la poesía y enriquecido las bellas artes.

Si desdeñando yo, hermanos mios, el meticuloso contacto de la crítica cuando se trata de ciertos hechos, quisiera explotar para mi asunto el rico minero de las antiguas tradiciones que han fecundado el genio de la historia, para referiros la edificante y bella del culto de la Vírgen Madre, recordaria los monumentos erigidos por los apóstoles á su culto: por San Pedro en una de las ciudades de la antigua Fenicia; por San Juan en la hermosa iglesia de Sidda; por San Bernabé en la primera Basílica de Milán: recorreria con vosotros la Siria, la Mesopotamia, la Asia menor, el Egipto, y la España, señalándoos en cada una de estas regiones los monumentos ilustres de su devocion y amor á la Madre del Mesías. Pero dejando aparte aquel mundo subterráneo, aquel culto de los desiertos, aquella trabajosa carrera que tropezaba constantemente con el odio, la persecucion y la sangre, para no hablar sino solo de lo que aparece á toda luz al terminar los siglos de tan terrible prueba, yo veo á la Madre de Dios ostentarse con toda su grandeza en medio de la mayor publicidad á la faz del Universo, desde que el imperio, rendido á la Cruz, á quien en vano habia perseguido con tanto furor en el dilatado curso de tres siglos, abraza la religion predicada por los pescadores de Galiléa y los mártires de Jesucristo.

Apénas la Iglesia sale de las catacumbas cuando empieza á cum-

plir uno de los designios de Dios acerca de la Santísima Vírgen explicando perfectamente el misterio de sus humillaciones, y á mostrar la grandeza de su destino, el esplendor de sus virtudes, el rango de su gloria. Habla, y una luz clarísima se difunde por las Sagradas Letras, luz de que ellas no necesitaban porque son la luz misma, pero de la cual habian menester los fieles, pendientes de tan autorizada voz para penetrar su sentido. El Nombre de la Vírgen María es el de una nueva ciencia: las verdades referentes á su eterna predileccion, á su destino, á sus títulos, á sus virtudes, entran en el gran registro de los dogmas católicos: los fastos del pueblo de Dios, como los del mundo todo, se manifiestan refiriendo á la par con los anuncios del Hijo las predicciones de la Madre. Los bellos rasgos de la sabiduría, no ménos que los misteriosos oráculos de los profetas y las representaciones prenunciativas del pueblo precursor, aparecen á la luz que la Iglesia despide, consagrando con su testimonio las grandezas de esta Vírgen. Sobre el texto de la Biblia los ilustres Doctores, primeros maestros de la cristiandad, intérpretes inspirados de los Sagrados Libros, dejan correr su pensamiento á par con su corazon para estudiar á María, demostrar sus privilegios y ponderar su gloria. El Nombre de María es aclamado con todo el entusiasmo del amor donde quiera que hai fieles adoradores de la Cruz. Desde que desaparece de la tierra, todos honran su memoria, repiten sus alabanzas, buscan su proteccion, consagran mil tributos de reconocimiento á sus innumerables beneficios.

La reciente Declaracion pontificia sobre que es un dogma de la fe católica que María fué concebida sin mancha de pecado original; este acontecimiento perdurablemente célebre en los fastos de la religion, que coronó la esperanza de muchos siglos, que llenará de gloria la época en que nos ha tocado vivir, y hará para siempre inmortal el Augusto Nombre de Pio IX, estaba prevenida en la creencia espontánea de la cristiandad, que ha celebrado con magnífica pompa desde tiempos mui antiguos la Concepcion inmaculada de María. Su nacimiento es y ha sido siempre saludado como el crepúsculo del esplendente dia del Evangelio, como el Oriente de aquella luz que no tuvo principio, que rompió los impenetrables velos de las tinieblas que cobijaban la tierra, que sacó del caos al espíritu humano en los tiempos de plenitud. Su silenciosa y recogida vida es un misterioso libro que abren la sabiduría y el celo para sostener las virtudes tranquilas que se deslizan por la corriente sin ser apercibidas del mundo. El misterio de su Anunciacion figura en la serie de nuestras festividades religiosas como el aniversario de aquel dia en que, mediante la union de Dios con la humanidad, quedó esta perdonada,

engrandecida y glorificada. En el establo de Bethlehem felicitan los ángeles á María cuando cantan la gloria del Señor; y á tiempo de adorar al Dios Niño, la ofrecen sus tiernos tributos los sencillos habitadores de los campos. Su Purificacion, que para el pueblo ciego y descreido fué la señal de una madre como las otras; en el idioma de la Iglesia es el monumento ilustre donde se asientan con magestad la humildad y el celo por la lei, para fecundar las virtudes que ella prevendria con la distribucion de las gracias de su Hijo, y sostendria con el poder de sus ejemplos. El Calvario, resúmen de todos los misterios, término de todos los acontecimientos preparados por los muchos que llenan el curso de cuarenta centurias; esa montaña, teatro en que se empeñó, tocó á su término y tuvo su desenlace triste y glorioso al mismo tiempo el drama infinito de la Redencion del hombre, expuesto á la contemplacion del mundo católico en el culto que le rinde la Iglesia, convierte sus miradas reflejas á María, y previene los homenajes solemnes ofrecidos en toda la tierra y en todos los siglos á sus dolores, á su horfandad, á su desamparo, á su soledad incomparable.

¿Y qué os diré, católicos, del gran misterió que celebramos hoi, de este último suceso que termina la historia imponderablemente ilustre de María? Su Asuncion triunfante á los cielos, sin entrar en el número de los dogmas, es y ha sido universalmente profesada por la creencia de los fieles desde el principio de la Iglesia, demostrada perfectamente por la dialéctica irresistible de sus apologistas, encarecida y alabada por la sublime elocuencia de los Padres. El grande Agustino, incapaz de creer que el cuerpo de la escogida Vírgen hubiese quedado sometido en el sepulcro á las humillantes condiciones de los otros cuerpos, no se siente con fuerzas para pensarlo, y se estremece de solo decirlo. Abandona, pues, tan ingrata suposicion, para establecer, como un hecho de consecuencia en la integridad purísima de María durante su vida, la incorruptibilidad y gloria de su cuerpo despues de su muerte, y proclamar la solemnidad que consagra su Asuncion en el culto de los fieles, como la mas excelente de cuantas la Iglesia le tenia consagradas. "Este dia es uno de los mas célebres del año, dice San Pedro Damiano, por haber sido elevada en él hasta el Trono de Dios aquella inmaculada Reina. San Bernardo establece que la Asuncion de la Santa Vírgen es tan inefable como la generacion de Jesucristo; y por esto los Padres, arrebatados de admiracion á la vista de tanta grandeza, discurren sobre este misterio de una manera sublime, considerando y con razon tan reducida la inteligencia humana para concebirle, como insuficiente al elocuencia para encarecer la incomparable gloria de tal triunfo.

UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué terribles combates no ha tenido que sostener la Iglesia de Dios, hermanos mios, en defensa de su augusta Madre! ¡Con qué ardiente celo y admirable presteza no se ha lanzado sobre todos los errores á fin de hacerlos morir en su cuna! ¡Qué de obras inmortales no deben al conflicto de esta gloriosa lucha la elocuencia y el genio de los mas insignes apologistas! ¿Os pintaré al impío Nestorio, que á mediados del siglo V se atrevió á combatir la Divina Maternidad, derribado ignominiosamente á los piés de la Iglesia por el triple golpe de la sabiduría, de la elocuencia y del poder dogmático? ¿Manifestaré cómo la odiosa herejía sirvió con su exterminio para realzar la magnífica gloria del rango de la Virgen Madre? ¿Ponderaré con vosotros aquel júbilo que se derramó como el fuego eléctrico por todos los corazones al resonar en el Concilio de Efeso el anatema contra el heresiarca? ¿Encareceré á los ojos de vuestra piedad el monumento de este triunfo representado en esa oracion que todo el mundo católico repite diariamente millones de veces quince siglos há en alabanza de María, cuando implora su proteccion con el título ecuménico de *Madre de Dios*? ¿Os hablaré de todos los demas triunfos que atesora en sus páginas la historia como la crónica de las inmortales glorias de esta Reina, de aquel celo, sabiduría y elocuencia con que sus otras excelencias, principalmente su Inmaculada Concepcion y su perpetua virginidad fuéron defendidas? ¿Recordaré tantas manifestaciones milagrosas de María en favor de sus nobles atletas? ¿á aquel Ildefonso, defensor esclarecido de su pureza, honrado y obsequiado juntamente por esta Reina con su visita personal y el precioso don de un ornamento sagrado, y tantos otros favorecidos? No es posible. Seria necesario traspasar con mucho los naturales términos de una oracion como esta.

¡Cómo se dilata mi espíritu, cuando sobre un tan espléndido culto con que honra la Iglesia toda la vida de María, la gloriosa carrera de sus triunfos, contemplo el movimiento constante de la piedad católica, movida por beneficios de tan magnífica Madre! Abrid, católicos, los fastos de la historia: recorred los anales de la gratitud: inquirid el *porqué* de tantas festividades pomposas con que los fieles reconocidos perpetúan la memoria de tantos favores como reciben de María; y quedaréis penetrados de la mas profunda admiracion. ¿Dónde no encontráis la bella imágen de esta divina Reina, monumentos de su poder en favor de todos los hombres, y recuerdos de las gracias que se ha complacido en prodigarles? Los reyes y los héroes han dibujado su imágen en los pendones de la guerra, y esta bandera los ha conducido á la victoria. El hambre, la peste y tantas plagas como han afligido á la humanidad, conjuradas y extinguidas por tan tierna Madre, han dado nuevos testimonios á su poder. ¿Dónde iréis, hermanos mios, que no encontréis un monumento erigido por el amor y la piedad á sus grandezas? Desde la Capital hasta el último pueblo del orbe católico, halláis templos, altares, imágenes de María: donde quiera la encontráis con nuevos apellidos, con esos renombres ilustres que el reconocimiento filial de los católicos le ha puesto para perpetuar el recuerdo de sus beneficios. Aquí es María de Guadalupe, de los Remedios, de los Angeles, de la Salud; allá es María del Pilar de Zaragoza, de Covadonga, de Monserrate; acullá es María de las Victorias, del Rosario, de las Nieves; y donde quiera es María, que siendo una sola, una misma, parece reproducirse y multiplicarse con sus beneficios tanto como los pueblos, como las inspiraciones de la piedad, como los sentimientos del corazon.

Las mismas artes, católicos, ¿qué no han hecho, inspiradas por la piedad, para celebrar á su turno las grandezas y las glorias de la Vírgen Madre? ¡Cuántos pensamientos elevados! ¡qué admirables designios! ¡qué felices creaciones! ¡qué triunfos tan espléndidos no deben al tierno culto de esta Reina? Desde aquel momento en que la Iglesia anunció con la magestad del triunfo el advenimiento de su libertad, el genio de las artes, rivalizando con el de las ciencias y dominado á la par con éste de la admiracion y el amor, se apresuró á consagrarle la flor de sus concepciones, lo mas exquisito de sus pensamientos: á su tránsito por los siglos ha dejado impresa su huella, ha depositado en las naciones monumentos ilustres que arrebatan la admiracion. Desde la gruta de la Natividad, luciendo en su pavimento de mármol y sus lámparas de oro la munificencia del gran Constantino, impulsada por la piedad de su esposa, desde aquel pequeño monumento, al que poco despues recoge dentro de sus muros elevadísimos, como una reliquia monumental, una soberbia Basílica de las mas bellas del Asia, con el nombre de Santa María de Nazareth, hasta ese Santuario de Guadalupe, erigido á María para consagrar su Nombre como la Reina del Nuevo mundo; ¡qué de templos magníficos! ¡cuántos altares primorosamente bellos no ha legado á la admiracion la arquitectura en todos los siglos y en todos los paises! Recordad lo que nos cuentan los viajeros de diferentes épocas, que han visitado los musóos mas célebres del mundo, para desahogar y trasmitir la admiracion consiguiente al carácter de esas producciones insignes que en hermosísimas estatuas y soberbios cuadros han puesto á la vista de la posteridad la vida, las virtudes y la munificencia de la Madre del Redentor. ¡Galerías triplemente admirables, por el dominio de la fe sobre el arte, por la accion del

arte sobre la piedad pública, y por la inimitable perfeccion de sus obras maestras! ¡Ah! ninguna de las bellas artes ha querido parecer inferior á las otras en sus obsequios á este prodigio de hermosura y grandeza! Desde el principio del cristianismo las gracias de María, su ternura, su magnífica prodigalidad para favorecer á los hombres, ha pulsado, digámoslo así, todas las cuerdas de la lira, ha difundido el embeleso de las mas encantadoras armonías, ha fecundado sin cesar el númen de los poetas. ¡Todo el Universo aparece engalanado por el arte; todo resuena con los ecos de la alabanza; todo encanta con las glorias de María!

¿Qué mas os diré, católicos? ¿que eleccion haré, para dar término á mi humilde elogio, entre esa infinita muchedumbre de gracias, virtudes, merecimientos, grandezas y glorias que en sí contiene y encierra la vida de la Vírgen-Madre? Prevenida con todas las gracias, entre las cuales resplandecen aquellas que á ninguna criatura se habian otorgado ni se concederán jamas, como su predestinacion eterna para ser Madre de Dios, su Concepcion inmaculada, su exencion de todo defecto, y la honra de ser distinguida con la presencia de un arcángel que se acerca á ella como Embajador del mismo Dios, y le anuncia de su parte su rango divino: adornada con virtudes inimitablemente heróicas, admirablemente fecundas en merecimientos: recompensada con su elevacion á la categoría de Reina de los cielos y la tierra: obra maestra de toda la sabiduría y de todo el poder de un Dios, objeto digno de sus complacencias eternas, Madre del Verbo humanado, Hija predilecta del Padre celestial, Esposa del Espíritu increado, Socia de Cristo en la dolorosa mision de salud que cumplió en la tierra, Vírgen de las vírgenes, pues no dejó de serlo nunca sin embargo de su Divina Maternidad: tesoro inagotable de todas las gracias que distribuye sin cesar entre los hombres como hijos atribulados á quienes adoptó al pié de la Cruz: Soberana que tiene á sus piés todas las gerarquías del cielo y de la tierra: á los ángeles, que la admiran; á los patriarcas, que la desean; á los profetas, que la predicen; á los apóstoles, que la obedecen; á los mártires, que le piden su fortaleza; á los doctores, á quienes inspira; á los confesores, que la estudian como el modelo y la buscan como el apoyo de la virtud; á las vírgenes, que cultivan bajo su cuidado la delicada flor de la pureza; y generalmente á cuantos militan en la tierra, ó pasan por el crisol de la purificacion, ó gozan ya de la bienaventuranza en el Empíreo: esta criatura perfectísima presenta un conjunto tan imponente y sublime, que ningun entendimiento podrá nunca llegar á comprender, ni lengua criada será capaz de explicar esa inefable primacía de gracia, de virtud y gloria

que ostenta la imágen de tan augusta Reina. Cuando ella se muestra esclava del Señor para prevenir la enunciacion de su ventura; cuando se ve pasar con los siglos en la alabanza de las generaciones; cuando el pensamiento de su propia felicidad la sirve de tema para contar la gloria del Altísimo, la carrera de la esperanza y el triunfo de la misericordia, deja mui atrás á toda la posibilidad humana cuando se trata de comprender y ponderar sus excelencias, sus merecimientos y sus glorias. El uso mas digno de la palabra en este punto, es y será siempre dar gracias á Dios, como lo hizo María, por todos los dones de que quiso llenarla, por la grandeza á que la elevó, y la gloria con que recompensó sus incomparables virtudes y merecimientos.

Que nuestra lengua pues, hermanos mios, desatada por las felices inspiraciones de esta criatura, prorumpa en alabanzas para celebrar la rica magnificencia de Dios en embellecerla, dignificarla y glorificarla, diciendo con la privilegiada Vírgen: Mi alma extasiada y agradecida, exalta y glorifica al Señor: se llena de regocijo, considerándole como la salud y la felicidad. *Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* ¡Gloria sin fin á Dios, que se ha dignado levantar sobre la inmensa base de la humildad de María el augusto y noble edificio que atrae con todas las gracias, resplandece con todas las virtudes, arrebata y subyuga con todas las glorias la admiracion de las generaciones mil que se suceden por todos los siglos! *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Cantemos ese poder augusto y supremo que, despues de haber arrojado en el espacio los mundos, se manifestó con magnificencia todavía mayor en la disposicion, creacion y grandeza de la criatura escogida en su predileccion eterna para ser su Madre: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* ¡Que el sentimiento de la gratitud, correspondiente á la fecundidad infinita de dones y gracias que reparte Dios á la tierra por el órgano de esta criatura, entone sin cesar himnos de reconocimiento á la misericordia infinita con que Dios favorece de generacion en generacion á todos los que le temen! *et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum.* ¡Que los cielos y la tierra se inclinen delante de ese brazo que rinde y avasalla á los ángeles rebeldes y á los hombres descreidos, que pulveriza los tronos para castigar á los príncipes orgullosos, á los potentes soberbios, y levanta de la tierra, engrandeciéndolos y dignificándolos, á los humildes y pequeños! *Fecit potentiam in brachio suo: dispersit superbos mente cordis sui: deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.* ¡Bendicion, claridad y accion de gracias, al Dios Salvador, que poniendo desde su

eternidad sus miradas benignas en María, para que en su vientre purísimo encarnase el Verbo que se habia de inmolar á su justicia divina por el pecado, salvó á Israel, dilató los límites del antiguo pueblo tanto como el Universo, borró las denominaciones de judío y de gentil, y abrió sus brazos á todas las naciones, dando así la última plenitud y consumacion á sus promesas magníficas, fundamento de la esperanza y precursoras de la felicidad, hechas á Abraham y repetidas á todos los patriarcas en la série de los siglos! *Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiæ suæ, sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in sæcula.*

¡Qué dicha la nuestra, católicos, el ser vasallos de esta Reina, hijos de esta Madre! ¡Qué felicidad el contemplarla en los momentos en que la Iglesia la pone á nuestra vista resuscitando por la virtud del Altísimo, dejando la tierra, conducida en triunfo por los ángeles, saludada por todos los habitadores del Empíreo, recibida de su Padre y de su Dios con todas las efusiones del amor! ¿Cuál no debe ser nuestro empeño en obsequiarla en la tierra, multiplicando los homenajes de nuestra piedad á su poder y á su gloria? ¿cuál nuestra solicitud en aprovechar las gracias que nos dispensa, imitando sus virtudes y aspirando á vivir siempre de su espíritu? ¡Ah, hermanos mios! tenéis en María cuanto vuestro corazon es capaz de desear para llegar á la intimidad del Señor. ¿Qué os resta, pues, sino buscar, con toda solicitud y poner en práctica los medios de imitar, cuanto es dado á la naturaleza protegida por la gracia, la conducta de esta Reina de la santidad? Ella por sí nos da toda la luz que franquea los caminos del cielo, nos dispensa toda la proteccion que sostiene la marcha de la virtud, nos prodiga todos los medios que se requieren para tocar á las cumbres de la felicidad. Imitémosla pues: tengamos hácia ella una devocion verdadera, una devocion fecunda, una devocion constante; y al cabo de nuestra peregrinacion en la vida presente, rendirémos la última jornada llevando á la futura un rico depósito que, ameritándonos ante Dios, nos hará vivir en la sociedad amabilísima de tan tierna Madre por los siglos de los siglos.

SERMON

DE N. SRA.

DE GUADALUPE.

PREDICADO

EN SU INSIGNE COLEGIATA EL 12 DE MARZO DE 1859 EN LA FUNCION QUE ANUALMENTE LE HACE POR SU TURNO LA DIOCESIS DE MICHOACAN.

Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.

Yo soi la Madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia de la salud, y de la santa esperanza.

Eccl. cap. XXIV, v. 24.

Si la ciencia humana, católicos, cuando no se inspira de la fe y vaga por sí sola en las vastas regiones de la naturaleza, se esteriliza de ordinario en su accion, al paso que se afana en sus diversas especulaciones; la ciencia divina, la razon católica, conducida siempre por una luz que baja de los cielos, léjos de limitarse á ilustrar, tiende constantemente á dirigir: no satisfecha con el conocimiento de las altas verdades, trasciende al de las reglas prácticas, y obra sin cesar en el hombre con el intento de conducirle á la posesion de la caridad, que consiste, como bien sabéis, en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Por esto el Eclesiástico, resumiendo en pocas palabras el carácter y fecundidad esencial de la Sabiduría eterna, la expone á nuestra vista como la madre del bello amor, del temor, de la ciencia, y por último, de la santa esperanza. Hé aquí una escala que nos permite recorrer la genealogía de la felicidad. Párte del amor, se sostiene con el temor, se gobierna con la ciencia práctica y vive siempre de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eternidad sus miradas benignas en María, para que en su vientre purísimo encarnase el Verbo que se habia de inmolar á su justicia divina por el pecado, salvó á Israel, dilató los límites del antiguo pueblo tanto como el Universo, borró las denominaciones de judío y de gentil, y abrió sus brazos á todas las naciones, dando así la última plenitud y consumacion á sus promesas magníficas, fundamento de la esperanza y precursoras de la felicidad, hechas á Abraham y repetidas á todos los patriarcas en la série de los siglos! *Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiæ suæ, sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in sæcula.*

¡Qué dicha la nuestra, católicos, el ser vasallos de esta Reina, hijos de esta Madre! ¡Qué felicidad el contemplarla en los momentos en que la Iglesia la pone á nuestra vista resuscitando por la virtud del Altísimo, dejando la tierra, conducida en triunfo por los ángeles, saludada por todos los habitadores del Empíreo, recibida de su Padre y de su Dios con todas las efusiones del amor! ¿Cuál no debe ser nuestro empeño en obsequiarla en la tierra, multiplicando los homenajes de nuestra piedad á su poder y á su gloria? ¿cuál nuestra solicitud en aprovechar las gracias que nos dispensa, imitando sus virtudes y aspirando á vivir siempre de su espíritu? ¡Ah, hermanos mios! tenéis en María cuanto vuestro corazon es capaz de desear para llegar á la intimidad del Señor. ¿Qué os resta, pues, sino buscar, con toda solicitud y poner en práctica los medios de imitar, cuanto es dado á la naturaleza protegida por la gracia, la conducta de esta Reina de la santidad? Ella por sí nos da toda la luz que franquea los caminos del cielo, nos dispensa toda la proteccion que sostiene la marcha de la virtud, nos prodiga todos los medios que se requieren para tocar á las cumbres de la felicidad. Imitémosla pues: tengamos hácia ella una devocion verdadera, una devocion fecunda, una devocion constante; y al cabo de nuestra peregrinacion en la vida presente, rendirémos la última jornada llevando á la futura un rico depósito que, ameritándonos ante Dios, nos hará vivir en la sociedad amabilísima de tan tierna Madre por los siglos de los siglos.

SERMON

DE N. SRA.

DE GUADALUPE.

PREDICADO

EN SU INSIGNE COLEGIATA EL 12 DE MARZO DE 1859 EN LA FUNCION QUE ANUALMENTE LE HACE POR SU TURNO LA DIOCESIS DE MICHOACAN.

Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.

Yo soi la Madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia de la salud, y de la santa esperanza.

Eccl. cap. XXIV, v. 24.

Si la ciencia humana, católicos, cuando no se inspira de la fe y vaga por sí sola en las vastas regiones de la naturaleza, se esteriliza de ordinario en su accion, al paso que se afana en sus diversas especulaciones; la ciencia divina, la razon católica, conducida siempre por una luz que baja de los cielos, léjos de limitarse á ilustrar, tiende constantemente á dirigir: no satisfecha con el conocimiento de las altas verdades, trasciende al de las reglas prácticas, y obra sin cesar en el hombre con el intento de conducirle á la posesion de la caridad, que consiste, como bien sabéis, en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Por esto el Eclesiástico, resumiendo en pocas palabras el carácter y fecundidad esencial de la Sabiduría eterna, la expone á nuestra vista como la madre del bello amor, del temor, de la ciencia, y por último, de la santa esperanza. Hé aquí una escala que nos permite recorrer la genealogía de la felicidad. Párte del amor, se sostiene con el temor, se gobierna con la ciencia práctica y vive siempre de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esperanza celestial. Hé aquí el camino que sigue la sabiduría divina en su accion sobre toda la humanidad, y el que andan á su turno las almas justas, que obedecen dócilmente al impulso que ella les comunica. Hé aquí cómo la caridad, en el todo infinito que en sí forma, es decir: en Dios y en sus criaturas racionales, se manifiesta siempre como una produccion de amor en sus obras, y como la fecundidad inagotable del amor en sus resultados. Este sentimiento presidió á la grande obra de la creacion, así como tambien á la mas grande todavía de la redencion del mundo: este sentimiento atrae los pueblos á la fe, fecunda la doctrina en el alma, engendra la virtud, realiza en todo sentido la felicidad.

Pero el amor en su perfeccion verdadera, es decir, católicos: no como un primer impulso del sentimiento, sino como la posesion de la caridad, tiene un camino para llegar al hombre, y exige un medio para radicarse en él. ¿Cuál es el camino? la luz de la fe. ¿Cuál es el medio? el temor y la esperanza. Por esto Jesucristo Señor nuestro redujo la economía de los medios, para convertir al mundo, á esta sencilla fórmula, que abraza la mision del apostolado: *Predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere, se salvará; pero el que no creyere, será condenado.* "Predicad el Evangelio:" es decir: abrid á la inteligencia los tesoros de la verdad: hé aquí la fe. "El que creyere y fuere bautizado, se salvara:" hé aquí la esperanza. "El que no creyere, será condenado:" he aquí el temor. Ved pues, cómo la Sabiduría, que se mueve hácia el hombre por virtud del amor divino, y se muestra fuente del conocimiento instituyendo la fe, añade que tambien es madre del temor y de la santa esperanza. *Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.*

¿Qué tema, pues, mejor apropiado, católicos, al objeto de la solemnidad presente pudiera yo elegir, que estas palabras, cuando se trata de entrar en la grave meditacion de nuestra suerte, de resolver el gran problema de nuestra esperanza delante de esa Reina poderosa que, llamándose mui especialmente nuestra Madre con el título de Guadalupe, reconcentra y con razon todos nuestros afectos? No imagineis que necesite yo violentar el sentido de mi texto para aplicarle todo á tan privilegiada criatura: porque si bien lo examinais, quedaréis plenamente convencidos de que María es por gracia lo que la Sabiduría eterna por naturaleza, y en consecuencia, que puede y debe ser á su turno apellidada madre del bello amor, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. Bastarianos, para entenderlo así, reflexionar cuánto importa que una autoridad tan irrecusable como la de la Santa Iglesia católica, nos dé un derecho para representar en estos conceptos la accion de la Vírgen-Madre sobre la humanidad en todos los siglos, y la que tan especialmente ha desarrollado aquí desde aquel dia para siempre memorable y caro en que vino á esta Nacion tal como se presenta hoi á nuestra piedad en ese Trono. ¿Por qué lo primero? porque la Santa Iglesia predica en general de la siempre Vírgen María todo lo que se atribuye á la Sabiduría de Dios en los Libros Santos. ¿Porqué lo segundo? porque las palabras que me han servido de texto, las he tomado, no indistintamente del libro del Eclesiástico, sino de aquella parte que la Santa Iglesia colocó en la Epístola de la Misa con que celebramos la Aparicion de esta Reina Soberana entre nosotros con el nombre de María Santísima de Guadalupe.

Y á la verdad, hermanos mios, nada mas justo que tal aplicacion con el carácter con que la santa fe católica la reconoce. Si el Verbo Eterno es la misma Sabiduría increada, y por haberse hecho Hombre en las purísimas entrañas de María, fué ella su verdadera Madre, si Jesucristo es por esencia el mas bello de los amores, pues por amor se sacrificó á la Justicia eterna; si es la Luz del mundo y la Verdad misma; si por sus merecimientos fueron abiertas á la humanidad las puertas de la esperanza; y por último, si como Juez de vivos y muertos, nos ha de juzgar á todos, ya para darnos el premio si morimos en su gracia, ya para castigarnos con pena eterna si así no fuere: ¿no es El propiamente amor, inteligencia, temor y santa esperanza? Sí: luego con toda propiedad decimos, haciendo con nuestra profesion católica un eco á la voz divina de la Iglesia, que María es la Madre del bello amor, del conocimiento, del temor y de la santa esperanza. *Ego Mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.*

Con estos atributos ha sido reconocida y venerada en toda la tierra esta predilecta criatura, y con estos precisamente viene á nosotros, preside á esta Nacion y quiere ser de todos nosotros reconocida y venerada. Nuestro carácter religioso y social, nuestra historia toda y nuestros destinos están ligados á ella de tal suerte, que seria necesario para desconocerlo, no solo despojarnos de la gratitud, sino renunciar á la felicidad. Deudores á la predestinacion que su amor hizo de nuestra patria para morada suya, de todos los bienes que hasta aquí hemos disfrutado, pero hijos degenerados, que insensiblemente nos hemos ido apartando de su amor con nuestras costumbres, no podemos considerarla en sus relaciones con nosotros, á la luz de la fe, sin que se reanimen desde luego en nuestras almas dos sentimientos mui diversos, pero nacidos ambos de su tierna bondad: la esperanza y el temor. Ella, derramando sobre nuestra inteli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gencia una luz clarísima que nos descubre cuanto ha hecho constantemente por toda la humanidad, y mui especialmente en favor nuestro, excita nuestra esperanza; pero nosotros, imitando á otros pueblos que han desmerecido con su conducta el tesoro de la fe, debemos estremecernos de temor considerando nuestro porvenir. Ningun bien mas valioso que la religion para un pueblo, porque de ella emanan todos los otros, porque ella, no solo asegura la felicidad eterna, sino que procura el bien temporal, y esto lo debemos los mexicanos al amor de María: ningun mal superior á la pérdida de este bien, porque ella trae consigo la ruina de todo, y esto nos lo deberémos á nosotros, á pesar de María, si no reformamos nuestras costumbres. En suma: esta poderosa Vírgen, como órgano de la divina gracia, se ha manifestado en todos tiempos y mui particularmente á nosotros, Madre del amor y de la santa esperanza, llamándonos á la religion cristiana y poniéndonos en la posesion de los inmensos bienes que trae siempre consigo: mas como no imparte su proteccion sino conforme á las reglas establecidas por su Santísimo Hijo, la rehusa inflexiblemente cuando los pueblos, llenando la medida de sus crímenes, merecen que la religion desaparezca de su seno; y esto debe penetrarnos del mas grave temor, en vista de la semejanza que con ellos vamos teniendo mas y mas todos los dias. Hé aquí todo mi pensamiento.

Pero todo seria en vano, católicos, si al meditar sobre unos puntos de tan grande importancia para nosotros, no contásemos con esa luz ardiente, que imprimiendo la verdad en el alma, la enciende al mismo tiempo en el sagrado fuego del amor; con esa virtud celestial, que dominando suavemente el corazon, determina en él esos cambios que traen consigo las conversiones sinceras; con esa gracia, que comunica toda la voluntad y todo el poder que se necesitan y bastan para salir de la desgracia y volver de nuevo á la amistad del Señor. Hoi pues, que el sentimiento de nuestra miseria nos ha traido sobre las alas de la esperanza, y reunido en este Santuario á los piés de María, levantemos á ella nuestro corazon atribulado, pidiéndola que obre con su maravilloso poder en nuestras almas los efectos que su Divino Hijo ha prometido á la palabra de Dios cuando es oida y guardada; y á fin de obtener un bien tan señalado, saludémosla, inspirados por la fe y el amor, con las tiernas palabras de Gabriel: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Si hai, hermanos mios, en este órden combinado de la naturaleza y la Providencia una cosa que admira, pasma, subyuga la razon y confunde al hombre, es sin duda alguna el maravilloso concierto que guardan entre sí, cual si ambas conspirasen de acuerdo á un designio comun, la libertad moral de los individuos y los pueblos, siempre caprichosa y versátil, y los planes concebidos en la mente del Eterno, siempre infalibles y permanentes, acerca de los destinos de la humanidad. El hombre, criatura de inteligencia y de sentimiento, piensa y piensa sin cesar, quiere y no deja de querer, siente y no deja de sentir: su pensamiento, inspirándose, ya de la impresion vária de los objetos, ya de sus propios deseos, ya de sus mismos instintos, ya de los accidentes mas pasajeros, le trae de continuo agitado y sin ruta, y ora encuentra con la verdad, ora profesa el error, ora camina con cierto aplomo, ora vaga sin rumbo en el campo de las probabilidades: su corazon, en lucha continua contra el dolor y mendigo perdurable del placer, alterna en sentimientos lo mismo que en deseos, vive del odio lo mismo que del amor, y haciendo pasar estas agitaciones internas á las relaciones del individuo con todos los séres de su especie, inicia, empeña, sostiene y perpetúa esa lucha constante de errores, pasiones é intereses que dan el tema por lo comun á todas las vicisitudes de la sociedad. En esa corriente de sucesos que arrastran los siglos en su curso, se revuelven al parecer sin lugar y sin nombre todas las verdades y todos los errores, todas las virtudes y todos los vicios, las creaciones elevadas del ingenio y los partos ridículos de la extravagancia, cuanto hai de grande, noble y generoso en el pensamiento y en el carácter, y cuanto hai de pequeño, vil y mezquino en la marcha moral y política de todas las sociedades. Mas al fin de ciertas grandes épocas, y cuando el pensamiento humano, derramándose aquí y allá por esa muchedumbre inconexa de causas y de efectos, por esa sucesion al parecer caprichosa de los mas extraños fenómenos y de las cosas mas comunes, se detiene como paralítico y ciego por falta de vigor y de luz incapaz de dar un solo paso con provecho, una voz que se desprende de las alturas, llamando todos los sucesos humanos al pensamiento divino, ilustra la razon, forma la ciencia, difunde la verdad, afirma la virtud é instituye el órden, haciendo ver

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cómo todo ha venido á encadenarse bajo el irresistible poder de esa Providencia que todo lo conduce á la gloria de Dios y á la felicidad del hombre.

Sale apenas éste de la mano de Dios, puro, perfecto y feliz, para coronar la obra magnífica de la creacion, siendo como el alma de ese inmenso cuadro que plugo á la Omnipotencia colocar en el fondo del espacio, y troza con el triste abuso de su libertad el estrechísimo lazo del amor, rompe el pacto de alianza con el Autor de su sér, y codiciando la ciencia y el placer, pierde la verdad, conquista el dolor y queda sujeto á la corrupcion y á la muerte. De esta primera trasgresion, como de un manantial envenenado,, brotaron las corrientes de iniquidad que han bañado desde entónces la superficie de la tierra. Pero el exceso mismo del mal, conmoviendo la misericordia divina, hizo que Dios llevase á efecto el plan de una reparacion completa, revistiéndose de nuestra naturaleza en la Persona del Verbo, para inmolarla toda en las aras de su justicia, restablecer la alianza mediante la satisfaccion por la culpa, y vivificar al hombre delincuente con la sangre del Hombre-Dios sacrificado por él.

A pocos pasos del tiempo, despues de aquel inmenso cataclismo que, con excepcion de Noé y su familia, dió fin á todo el mundo, el género humano se divide por una consecuencia infalible de su misma soberbia: del segundo de sus ensayos para asaltar el cielo salió la imperiosa necesidad de una dispersion que, llevando á diferentes climas todas las ramas del comun tronco, hizo aparecer esa diversidad prodigiosa de naciones, en que la raza, el idioma, las ideas, las costumbres y todo cuanto forma el carácter moral y político de los pueblos, pareció borrar de su mente los vestigios de su comun orígen. Entónces escoge Dios de entre esta muchedumbre un pueblo á quien dignifica y enaltece con el título de *suyo*, y en cuyas manos deposita el gran libro donde aparecen, con el orígen del Universo y del hombre, los documentos auténticos de toda la humanidad considerada en sí misma y en el vário sistema de sus relaciones, el tesoro de las promesas y todos los grandes elementos preparatorios que habian de preceder á la Venida del Mesías.

Ved, católicos, cómo esta larga serie de vicisitudes por donde hubo pasado el género humano desde la primera trasgresion de la lei divina, consumada por nuestros primeros padres, hasta la venida del Mesías, pone de bulto la accion de la Providencia sobre el mismo desconcierto de la libertad para establecer el órden, fundar la esperanza y realizar la felicidad, y ofrece á nuestra contemplacion al mismo tiempo la imágen de María siempre asociada con la del Hombre-Dios, dilatando con las efusiones de su amor los límites de la

esperanza por todos los pueblos y en todos los siglos. Desde la ilustre página donde comienza la historia de esta virtud consoladora, veis aparecer á la inmaculada y tierna Vírgen pintada con diferentes rasgos, pero siempre como la madre del amor y la fuente de la esperanza. Ella es aquella Heróina soberana que habia de venir á quebrantar la soberbia cabeza del dragon: ella es la escogida en la predileccion eterna de un Dios para ministrar con su purísima sangre al Verbo increado los elementos de que habia menester para revestirse de nuestra propia naturaleza, y ejecutar por sí mismo la grande obra de la salvacion del mundo; y con este carácter la esperan los patriarcas, la comprenden los profetas en sus anuncios del Redentor, y la representan las mujeres ilustres del antiguo pueblo: es tambien la personificacion bellísima de la Arca en que se salva Noé y su familia, pues portando en su vientre á Jesucristo, traia consigo la salvacion de toda la delincuente humanidad.

¿Y qué os diré de las otras naciones que, excéntricas del pequeño círculo formado por el pueblo judío, siguieron marchando sin otra luz que algunas chispas flotantes de la primera lei, las cuales parecian lucir como diamantes perdidos en el caos tenebroso de la razon comun? Destinadas para gozar los beneficios de la Redencion, tenian su turno en la historia de los beneficios dispensados por el órgano de la Madre de Dios á toda la especie humana.

Estos dos pueblos, tan pequeño el uno y tan dilatado el otro, hicieron su carrera tan desigual y diversa, cual debia esperarse de su índole respectiva y de la variedad prodigiosa de sus elementos intelectuales, religiosos y morales, por cerca de veintitres siglos, al cabo de los cuales un pobre niño, nacido en un establo de Betlehem, apareció en la tierra preparando la grande obra de refundir estas dos sociedades, estas dos civilizaciones, estos dos pueblos en un imperio comun. Renuévase la faz del mundo al aparecer el Hijo de Dios y de María, y unos pastores que le adoran, y unos magnates que vienen desde regiones lejanas del Oriente á ofrecerle sus tributos, fuéron como la doble profecía de esa refusion inmensa que algunos años despues, cuando él hubiese dado cabo feliz á su grande obra de reparacion, salido triunfante del sepulcro, subido á los cielos y enviado á su Divino Espíritu, habia de obrarse por la vocacion, la palabra y el ministerio de aquellos que, borrando con las aguas del bautismo las denominaciones de *judío* y de *gentil*, representarian en una sola palabra, la de fiel *cristiano*, la renovacion del mundo por la fe del Evangelio, la institucion de la Iglesia y el triunfo sublime de la Cruz. Entónces el gentilismo, con sus luces opacas, sus glorias efímeras, sus ensayos infructuosos é inútiles experien-

cias, rinde su razon á la fe para conquistar la verdad, su corazon á la lei evangélica para restaurar la virtud. La lengua que habian ilustrado Demóstenes y Platon, fué ya el órgano de la tradicion evangélica, como el idioma enaltecido por la elocuencia de Ciceron, el numen de Virgilio y la pluma de Tácito, pareció despojarse de sus galas gentílicas, para ser el eco de la Iglesia católica en sus grandes asambleas, en su culto magnífico, en la oracion que dirige todos los dias al Eterno en pro de la humanidad.

Desde entónces, católicos, todo cambió en la tierra: si lo antiguo conservaba y dejaba recuerdos imperecederos, ora en sus monumentos, ora en la permanencia de la infidelidad privada; el cristianismo fué ya la forma definitiva de la vida moral y social: su sacerdocio quedó reconocido; su lei quedó aceptada; su ministerio recibió los honores del imperio que acababa de convertirse: la concordia de la Iglesia y el Estado bajo la dependencia comun de la lei divina, fué un hecho social que cambió todo el carácter de la política, trasformó la legislacion y dió una nueva faz á la historia.

Verdad es que, no con haber cesado la época dilatadísima y sangrienta de aquella primera persecucion, dejó la Iglesia de sufrir otras acaso mas terribles: porque bien sabeis que, despues de convertido el gentilismo, tuvo que sostener una lucha tenaz, ya contra la herejía, que combatió furiosamente los dogmas católicos, ya contra el vicio, que corrompiendo el corazon, minaba por todas partes el imperio de la virtud. Pero lo es asimismo que de aquel terrible conflicto, que puso en accion toda la sabiduría, toda la santidad y todo el celo de la Iglesia católica, salió un bien de primer órden é inmensas trascendencias representado en el triunfo completo del dogma sobre la herejía, y en el de la santidad contra las pasiones y los vicios. La Iglesia obra, reune sus famosos concilios, fija los dogmas, anatematiza á los heresiarcas, levanta nuevos muros en torno de la verdad haciéndola inaccesible, y reduce á la ignominia del silencio á sus muchos adversarios; al paso que todas las almas fieles, huyendo del mundo corrompido, vuelan á los desiertos, y hacen que estos campos inmensos, habitados ántes de fieras, queden convertidos en residencia de los escogidos. Allí nacieron esas costumbres monásticas y esos votos sublimes que, trasplantándose despues al fondo de las ciudades, salvaron en los claustros la ciencia, la civilizacion y la virtud.

¡Qué conjunto de prodigios, á cual mas admirable, ofrece á la contemplacion, oh católicos, esta marcha misteriosa de la verdad y la virtud bajo la enseña sublime del Calvario! ¡Cuán grande se manifiesta y superior á todo, ese pensamiento en accion que disipa

las espesas tinieblas del mundo, destruye todos los errores de tantos siglos, avasalla todas las pasiones encadenándolas con la lei, y sobre las ruinas de la idolatría y de los antiguos vicios levanta el trono augusto de la santidad! ¿Y no descubrís, al través de los muchos y variados objetos que atraviesan tantos siglos, una influencia inseparable de la accion del poder de Jesucristo? ¿No veis en todas partes á la tierna y solícita Vírgen atrayendo constantemente á la verdad y á la virtud la mente y el corazon de toda la humanidad? En su vientre purísimo está el Oriente de aquel Sol que, levantándose de entre las pajas de un establo, recorre la tierra, derrama su luz sobre cuanto hai en ella de mas grande, y multiplica de continuo los adoradores en espíritu y en verdad. Aquel Niño, que pesaba los destinos del Universo, es Hijo de esta Vírgen: en sus brazos le adoran los pastores y los reyes, huye á Egipto para burlar los planes de Heródes, y vuelve á Nazareth á esperar el dia de su manifestacion pública y solemne. Con ella va todos los años al Templo, y bajo su obediencia está durante los treinta que duró su vida oculta. Esta Madre tierna le ofrece por la salud del mundo, le acompaña en todos los pasos de su dolorosa carrera, recibe sobre su alma la terrible accion de todos sus dolores: la Pasion de Cristo es una espada terrible que traspasa su corazon. Dotada de una resistencia milagrosa, sigue los pasos de su Hijo hasta el Calvario, permanece de pié junto al patíbulo en que se le hace morir, y despues de adoptarnos por hijos, recoge su último suspiro. Su soledad, que hace subir á un grado inmenso todas sus penas, es un minero de gracias para los hombres: sobrevive á Jesus, y despues de verle subir al cielo, se queda en la tierra, pendiente de la Iglesia, que á su vista se forma, bajo sus auspicios marcha, y con su proteccion se conserva.

¡Oh prodigio de ternura y de bondad! ¡Oh poder del amor, que se agota en sus esmeros por toda la humanidad, que garantiza y sostiene constantemente la esperanza! Pero no lo he dicho todo: María desciende al sepulcro, resuscita por la virtud del Altísimo y sube al cielo; mas desde allí nos mira, nos contempla, nos auxilia, inclina constantemente á favor nuestro el corazon de su amado Hijo. Desde allí preside á la heróica y santa carrera de la Iglesia católica. Despues de haber favorecido con sus inspiraciones la marcha del Apostolado, sostiene la constancia de los mártires, derrama una copiosa luz en la mente de los doctores, forma en los confesores las mas heróicas virtudes, y cultiva por sí misma las bellísimas flores que regalan á su Divino Hijo con delicados perfumes en el Huerto hermosísimo de la virginidad. Terrible, más que los numerosos ejércitos formados en batalla, desarrolla su irresistible po-

der contra todos los enemigos de la Iglesia, comenzando por disipar los errores, mediando por extirpar los vicios, y concluyendo por multiplicar indefinidamente los triunfos de la santidad. La Iglesia la felicita en sus cánticos por haber extinguido las herejías en todo el Universo, mira en ella el canal bendito por donde corren todas las gracias, y apoyada en la experiencia de todos los bienes que incesantemente difunde á impulsos de su amor, la saluda como la Reina de los cielos y de la tierra.

Mas no nos detengamos aquí: es necesario seguir aún la tempestuosa carrera del Evangelio por los pueblos para llamarlos á la fe, conquistarlos para el cielo: es necesario ver las borrascas nuevas que se levantan contra la Iglesia de Dios, poniendo en accion el amor tierno de María y su constante solicitud para salvarla.

El mundo habia dado ya, católicos, muchos pasos, y la Santa Iglesia pasado por una dilatada serie de combates y victorias, cuando una presuntuosa filosofía, calificando de bárbaros los tres penúltimos siglos, es decir: los siglos de fe, de amor, de heroismo, aquellos en que un libro valia una biblioteca, y sin cuyos afanes hubiera sido inútil empeño la tarea de acelerar esa época llamada del *Renacimiento*, cuyas luces parecieron alumbrar el sepulcro de los grandes caractéres, de las costumbres fuertes, y de las instituciones tutelares; esta filosofía desenfrenada dió una nueva voz, que pronto produciría un tumulto, lanzó una chispa que no tardaria en incendiarlo todo. Un renegado y prostituido monarca se levantó contra la Iglesia: un monge apóstata encabezó una secta para justificar aquel sacrílego alzamiento; y á la voz de *Reforma* se conmueve otra vez el Universo: la Iglesia es amenazada en su soberanía, y á mui pocos pasos del tiempo naciones mui célebres en los fastos del cristianismo se lanzan fuera de la unidad católica.

¿Quién consolará, hermanos mios, á la Iglesia de Jesucristo, á esta Madre tierna y piadosa, de un golpe tan terrible? ¿Dónde irá en busca de nuevos hijos que mitiguen siquiera un tanto su pena, ya que no la hagan desaparecer? ¡Regiones ignoradas del Nuevo Mundo, llegó por fin vuestro turno en la vocacion divina de todas las naciones á la fe del Crucificado! ¡Habitantes fabulosos de una tierra desconocida: vosotros en cuya existencia no habia pensado nadie: raza misteriosa, cuyos hilos gentilicios se nos escapan de las manos al quererlos atar con las genealogías de antiguo mundo! vuestro nombre, vuestros hechos, vuestras costumbres, vuestras artes, vuestras leyes, vuestras instituciones, vuestro culto, vuestra vida individual y social, no tenian registro alguno en los anales de los pueblos: vuestro pasado no habia dejado una huella perceptible en el rastro de

los siglos. Hijos de Adan sin duda, pero desprendidos de la estirpe comun, ignorabais á vuestros progenitores, y ellos no tenian idea ninguna de vosotros. ¿Qué digo? Vuestra patria, territorio inmenso, vuestros caudalosos rios, vuestros erguidos montes, vuestros variados climas, vuestra naturaleza espléndida, vuestros aires perfumados, vuestra ignorada Edén, que habia de poner la envidia en el viejo mundo, no habian puesto en accion todavía la mente de los sabios, no ocupaban ni un punto en el gran mapa de la tierra. Nada debias, ¡oh América! ni á las investigaciones de los naturalistas, ni á la observacion de los filósofos, ni á la pluma de los historiadores, ni al númen de los poetas, ni al cálculo de los políticos, ni á la erudicion de los sabios; nada: toda tú parecias suprimida del cuadro de la naturaleza y de la historia de la humanidad. Por eso llevas el nombre de *Nuevo Mundo*, y no porque tuvieses un orígen diverso del antiguo; pues en un mismo dia os arrojó á los dos en el espacio la mano del Omnipotente. Eres nueva, no para Dios, que jamás te perdió de vista; sino para tu hermano, que no te conocia: permaneciste ignorada hasta que llegó tu turno en la visita que habia de hacer el Sol del Evangelio á todo el Universo: saltaste á la vista, para recibir la luz; te conquistó el hombre, para que te recibiese Cristo.

Ved aquí, católicos, tres hechos sucediéndose maravillosamente: un descubrimiento, una conquista y una conversion. La filosofía recurre á la casualidad para explicar el primero: así tartamudea la razon cuando no asiste á la escuela de la Providencia. La política perpetúa, con motivo de la segunda, un *pro* y un *contra* en el teatro de la polémica; mas la religion nos dice una palabra que todo lo explica: "Dios señaló el objeto, facilitó su contacto, penetró con su luz en la América cuando llegó el tiempo de que se convirtiese á Jesucristo: esto es todo." La conversion cristiana del Nuevo Mundo nada costó á la inteligencia ni á la libertad: caminó la primera sin obstáculo; campeo la segunda sin coaccion. La hueste invasora y la nacion invadida obraron cada una con la suma de su poder: de esta lucha resultó una conquista, de esta conquista viene una nueva raza: raza mixta, que vive tres siglos há entre dos razas puras, como un lazo de union para una y otra. Pero, católicos, la conquista no tiene que buscar aquí ni su *pro* ni su *contra* política: figurando como un hecho en la predicacion evangélica, no puede alarmar á nadie. Yo la tomo como apareció, presentando á la bondad divina dos inmensas necesidades: la victoria de los conquistadores, que debia ser enfrenada por la religion y dirigida por la moral, y la condicion del mundo conquistado, de aquel pueblo sangrientamente idólatra é

inconcebiblemente bárbaro, que pedia verdad y sentimientos, Evangélio y civilizacion. Dios entónces, dejando caer una mirada de misericordia sobre México, atiende á estas necesidades: los sucesores de los apóstoles y los celosos misioneros abandonan al viejo mundo, pasan el Atlántico, dirigen un tierno saludo á esta tierra ignorada, plantan la Cruz, y profetizan con solo esto la conversion de una nueva gentilidad, la civilizacion de esta barbarie desconocida.

Diez años habian corrido, hermanos mios, desde que se inició, tras la consumacion de la conquista, el apostolado católico en México. Desde el instante mismo en que aquella fué un hecho consumado, los ministros del Señor, interponiéndose todos entre las huestes victoriosas y los pueblos vencidos, predicando á las primeras la mansedumbre y la moral, é inculcando á los segundos una grande esperanza con la manifestacion de la Cruz, trabajaban sin cesar en la grande obra. Los ántes enemigos eran llamados á un destino comun, gran pensamiento, que no siendo dado realizar ni á la inteligencia ni á la fuerza, demandaba un medio sobrenatural y á todas luces divino. Aquellos infatigables operarios de Cristo, atentos á la realizacion de tan gran designio, anunciaron la fe á una sociedad profundamente conmovida, prometieron con esta fe la conquista de la paz, y dejaron traslucir, como la gran consecuencia de ambas cosas, la difusion perenne de todo bien y el cumplido goce de la felicidad. ¡Dichosos ellos, que venian á dibujar sobre un mundo desconocido aquel cuadro que habia llenado de admiracion al Profeta, cuando columbrando á la luz del Espíritu Divino, la triunfante y gloriosa marcha de los héroes de la Cruz, esclamaba: "¡Cuán hermosos son los piés de estos que caminan evangelizando la paz, evangelizando el bien!" *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bonum.*[1] ¡Cómo inclinar los ánimos de dos bandos recíprocamente hostiles á un sentimiento tan generoso y dulce! Con un recuerdo á los creyentes, y una revelacion á los idólatras: doble necesidad á que atendieron los discípulos del Salvador, pronunciando una palabra entre dos pueblos enemigos. "Todos sois hermanos:" hé aquí un recuerdo que, para los unos era una condicion precisa de consecuencia con su fe, porque ésta está muerta sin las buenas obras, como lo enseña Santiago; y una revelacion que debia poner en el corazon de los otros, en lugar del temor consiguiente á los conceptos que engendran la carne y la sangre en el acto de una conquista, una dulce esperanza que, aunque débil en su principio, iria creciendo mas y mas bajo el influjo de la palabra evangélica, y no tardaria en realizar la feliz alianza de dos pueblos que, comenzando por ser enemigos, debian acabar por ser hermanos.

1 Isaías, cap. LII, v. 7.

Mas á pesar de esto, católicos, la grande empresa parecia caminar con pasos de plomo, no en el impulso, que fué incomparable ciertamente, sino en sus efectos, que no correspondian á los deseos, á las esperanzas y á los infatigables esfuerzos de aquellos nuevos apóstoles. Si el espíritu que los animaba no hubiese sido el de la mas completa abnegacion, hasta en el órden de los consuelos que instintivamente buscan el celo y la caridad, habrian caido de ánimo en vista de tantas dificultades, rendido su brazo á la constante repulsa de dos lustros, y renunciado casi á la esperanza de ver triunfante de la idolatría y de la barbarie á la Cruz del Salvador en las vastísimas regiones del Nuevo Mundo. No iniciaron así su carrera los primeros operarios de Cristo: rompen el silencio, y una muchedumbre se pone de su parte, rendida con el prodigio de aquella palabra que, al salir de sus labios, se multiplicó para llevar la nueva de salud en muchas lenguas á los hombres de diferentes naciones, que componian aquel primer auditorio. Parthos, Medos, Elamitas, Mesopotamios, Capadocios, Pontinos, Asiáticos, Frigios, Panfilios y muchos otros dieron su contingente al poder de la palabra apostólica: ¡misteriosa profecía de la futura conversion del mundo! Mui pronto crece la familia cristiana, empiezan á formarse dentro del recinto doméstico las primeras iglesias, secciones nacientes de la Iglesia comun. Por millares se cuentan los triunfos, y no hai un solo dia que no alumbre muchas conversiones. Pero acá, todo parecia estacionarse, católicos: diez años que habian corrido ya, no correspondian al fruto cosechado. ¿Por qué tal muchedumbre de obstáculos y tropiezos? ¿Porqué una resistencia tan tenaz al generoso convite de la gracia? ¿Porqué tal esterilidad á pesar de una accion tan esforzada y laboriosa? Hé aquí un problema que habria quedado sin resolver sin ese grande acontecimiento que México recuerda, venera y celebra con espléndido culto el 12 de DICIEMBRE. ¡Memorable dia, perdurablemente célebre en los fastos de la religion y de la patria, en que la Madre de Dios, declarando á un humilde neófito el tierno designio de radicarse aquí, para ser con toda especialidad Madre tierna de los mexicanos, dejó un trasunto de la forma en que queria ser venerada de nosotros en el templo que mandó le fuese aquí mismo erigido! Un tosco ayate sirvió de reclinatorio á la Madre de Dios, como las pajas de un establo habian sido la primera cuna de su Hijo en la ciudad de Belen. Sin duda alguna, porque esta es la verdad y esta es la fe, la tierna Vír-

gen dibujada en la tilma de Juan Diego es la misma que, conducida por su amor, fué á derramar la gracia infinita que portaba en su vientre sobre Isabel con su hijo y su familia: la que posó hace tres siglos en la pequeña montaña de Tepeyac, es la misma que apresuradamente partió en otro tiempo á las montañas de Judéa: aquella que regaló con una dulce voz maternal á un humilde habitador de esta tierra, es la misma que saludó á la esposa de Zacarías; y el regocijo de ésta, causado por la palabra de la Madre de Dios, es del mismo género que el indefinido placer dilatado por las regiones del Nuevo Mundo en consecuencia de aquellas palabras dulces y tiernas que hizo pasar María por los labios de Juan Diego, de generacion en generacion durante mas de tres siglos, á los venturosos hijos de Anáhuac. Por esto la Iglesia nuestra Madre, cuando incorpora el gran suceso de la Aparicion de María en el Nuevo continente, como una piadosa creencia, en el gran registro de sus solemnidades religiosas, parece suprimir el curso de diez y siete siglos y una distancia inmensa, para presentar unidas por la mas bella de todas las analogías las montañas de Judea y Tepeyac, la Madre del Bautista y nuestra patria, el anuncio de que ya estaba presente en la tierra el Deseado de las naciones y la profecía de la conversion del Nuevo Mundo, sentado quince siglos mas que el antiguo en el espeso caos de las tinieblas, en los espantosos abismos de la muerte.

Leed, católicos, el Evangelio de la Visitacion; leed en seguida los dulces coloquios de María con su indio predilecto; cotejad el relato evangélico y la tradicion piadosa; contemplad la trasformacion de México al instituirse la devocion de María; seguid la historia de la religion y las costumbres en este nuevo pueblo, y quedaréis sorprendidos á la par con la identidad de los efectos y la diversidad de los medios en la conversion de la antigua gentilidad y en la propagacion del Evangelio en el Nuevo Mundo. Vuestra piedad entónces, incapaz de contenerse aquí, volará en pos de nuevas analogías, replegará sus miradas hácia los siglos proféticos despues de haberlas detenido en los siglos históricos, y á la vista de aquella Jerusalen predilecta, cuyo reconocimiento exalta el Profeta-Rei en uno de sus salmos con la pintura de los mas singulares favores, sorprenderéis la inmensa virtualidad de aquellas palabras *Non fecit taliter omni nationi*, en las analogías que presenta la accion fecundísima del amor divino en la historia del mas nuevo de todos los pueblos.

Haciéndoos estas citas, ofrezco á vuestra meditacion puntos demasiado conocidos, para que necesiten ser espresados. Estas analogías, por otra parte, han servido muchas veces de asunto en este mismo

templo á oradores esclarecidos que serán el honor de nuestra elocuencia sagrada, y cuyas obras han quedado para dar un pábulo contínuo á la tierna piedad de los hijos de María en su advocacion de Guadalupe. Uno de los mas eminentes que cuenta nuestra historia, despues de poner á la vista las dos montañas favorecidas con el viaje de María, menciona la piadosísima sorpresa de Isabel con la presencia y saludo de la Madre del Mesías, no ménos deudora que la Madre del Bautista á la ternura y munificencia infinita del Rei de los reyes: compara otra vez ambas historias, y no duda reconocer en las palabras tiernas de María, cuando aparece á Juan Diego, una voz que clama en el desierto, como la del Precursor, para preparar aquí, en estas regiones ignoradas, el glorioso advenimiento y la marcha triunfante de la Cruz. Aquellos saltos de regocijado júbilo que dió el Bautista en el vientre de Isabel traducen magníficamente aquel saludo de gracia cuyos términos enunciativos callan los evangelistas, pues tal conjunto de prodigios abre un espacioso campo de pensamientos al alma y de sentimientos al corazon. Una nacion idólatra y bárbara rápidamente convertida sin milagros nuevos, y aun sin mártires, prueba el poder irresistible de aquellas palabras de amor que la Santísima Vírgen dirigió al Indio dichoso, y en él á los entónces presentes y futuros habitantes de este privilegiado suelo. Estas palabras, hermanos mios, están sin duda vivas en vuestro corazon, porque la memoria de la gratitud nunca decae: mas yo voi á repetirlas, porque es muy grato para mí repasar con vosotros, en ocasion tan solemne, los bellos títulos de nuestro rango en la Corte de Cristo por la intervencion de la Reina. "Hijo mio," le dijo ella, "yo soi la siempre Vírgen María, Madre del verdadero Dios, " Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tier- " ra:.... es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, don- " de como piadosa Madre tuya y de tus semejantes, mostraré mi " clemencia amorosa y la compasion que tengo de los naturales, y " de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren " mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones, y donde " oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio."

¡Qué palabras, católicos, tan conceptuosas, enérgicas, incisivas y tiernas! Ellas comienzan oponiendo á la idolatría el dogma sacrosanto de la Unidad de Dios y el tiernísimo de la Encarnacion del Verbo. Toda la religion se traduce en las primeras palabras de la Vírgen Madre. Muéstrase como el íris bello de la Nueva Alianza para estos ignorados idólatras, mui mas hermosa que el que dibujó sobre los horizontes desiertos del mundo destruido, á la vista del nuevo que iba á nacer de la estirpe de Noé, la misericordia del Al-

tísimo. No se trata de un signo, pues han llegado los tiempos de la plenitud; no de una profecía, sino de una manifestacion celestial. La que habla, es la misma que, recibiendo en su vientre al Verbo de Dios para revestirle de nuestra humanidad, se anunció desde entónces á los mortales como la Arca de la Alianza y la puerta del cielo. Es la Madre de Dios: en su corazon trae todo su amor, como en su mente la sabiduría: en sus manos tiene todo el poder de la gracia, y en su venida y presencia en este dichoso suelo hace resplandecer el Sol divino que nació en Belen y tocó á su zenit en el Calvario. Habla, y con sus palabras empiezan á desfilar los siglos de oro para esta predilecta nacion: anuncia sus deseos de que se le erija un templo, y desde entónces se declara toda mexicana, se nos da sin reserva y sin límites, es la Reina de la feliz Anáhuac, la Madre de todos sus moradores. Con este título, católicos, el mas bello, el mas tierno y el mas dulce que se registra en el idioma de los sentimientos, quiso manifestársenos: *hijos* nos llama en la persona de Juan; *Madre suya* y nuestra se manifiesta en aquella revelacion de su ternura. Mas no satisfecha con esto, que era ya mucho, declara sus intentos y el carácter con que quiere permanecer entre nosotros, mostrar su amorosa clemencia y tierna compasion hácia los mexicanos, consolar á sus solícitos amantes en todos sus trabajos y aflicciones, enjugar nuestras lágrimas y atender á nuestros ruegos. ¡He aquí la mision de esta Vírgen tierna, de la Santa Madre de Dios en estas desconocidas regiones bajo su advocacion de GUADALUPE!

Veamos ahora, católicos, cuál corresponden á estos anuncios los acontecimientos mismos. Apénas se radica esta Vírgen poderosa entre nosotros, cuando su accion se hace sentir de un modo sorprendente. Ya os he dicho cuántas dificultades opusieron al celo apostólico de los misioneros, por espacio de diez años, un pasmoso conjunto de circunstancias adversas: ahora debo añadir que, hácia el fin de estos dos lustros, parece que la grande obra retrocedia. La lucha interior entre conquistadores y conquistados iba tomando proporciones colosales: circunstancias horribles rodeaban á cada bando: la discordia corria con su tea por todas partes, y, ¡cosa deplorable! la misma religion santa, su ministerio purísimo, sus celosos operarios, recibiendo los golpes reflejos de aquella contienda terrible y altamente crítica, sentian al parecer debilitarse sus esperanzas. Algunos habian sucumbido; y reducido el número al paso que progresaban los obstáculos, aquel bello sol que habia comenzado á dejar caer algunos de sus rayos, iba opacándose mas y mas, y parecia como anunciar el intento de abandonar este horizonte y dirigir su curso á otros pueblos ménos contumaces. Pero vos, Señor, con vuestro poder vais delante de todos los obstáculos: vuestra misericordia no se cansa jamas. Entre este pueblo que os resiste y vuestra justicia provocada, se interpone vuestra Madre, y ella misma se encarga de realizar por sí la grande obra. Hé aquí, católicos, un prodigio, no solamente raro, sino á todas luces único en la historia de la conversion del mundo: una bárbara gentilidad, que resiste por diez años al esfuerzo de todo el celo apostólico, rindiendo su cuello á la tierna y dulce palabra de María. Desde que esta Divina Señora fijó su residencia en México y empezó á recibir el culto de nuestros antepasados, el Evangelio se propagaba con sorprendente velocidad. Esas diferentes castas ó linajes, que conocemos con tantos nombres, quedaron mui pronto convertidas: los templos de los ídolos vinieron á tierra, y empezaron á levantarse sobre sus ruinas otros destinados al verdadero Dios. Engendró en los naturales de México esta tierna Vírgen un tan arraigado amor con sus dulces palabras y su amable presencia, que todavía hoi, en estos desgraciadísimos tiempos en que tantos estragos ha hecho el enemigo comun de la religion y de la moral, no faltan de aquí los tiernos hijos de María, esas familias que conservan íntegra su raza y cifran su gloria en rodear el trono de su querida Reina. ¡Almas sencillas y fieles, que recibís á cada paso los insultos de una bastarda civilizacion, vosotras sin duda consoláis aún á esta Madre de las pérdidas que el siglo le hace sufrir! ¡No poseéis los falsos esplendores del mundo, no brillan en vuestra mente los destellos de la ciencia humana; pero el amor vive en vuestro pecho, y es todo de María!

Instituida la religion, se forman las costumbres, la sociedad se constituye, y esto, católicos, no con esas miserables combinaciones, verdaderos artefactos de la política humana, que se labran para consumirse, que ensanchan la esfera de las necesidades y agotan á los pueblos á fuerza de quererlos hacer opulentos. La base de la sociedad hunde sus cimientos á profundidades mayores que las altas montañas: es la lei divina, depositada en el corazon de la humanidad desde el instante mismo de su creacion, escrita por el dedo de Dios en tablas de piedra, publicada por Moisés en las cumbres del Sinaí, para que no quedase ya expuesta ni al influjo de las opiniones, ni á las vicisitudes del género humano, predicada en toda su plenitud por el Hombre-Dios y sellada con su sangre. Ya comprenderéis, pues, que al mencionar aquí el hecho de una sociedad constituida, no pago mi triste contingente á la idea política, sino mas bien, expreso las consecuencias históricas de un dogma: porque sin Dios, católicos, toda constitucion social es imposible, á lo ménos este es el mas bello principio que el Derecho público debe á la inspiracion

sublime del Poeta–Rei: el mismo que sentó como punto de partida el dominio pleno del Señor sobre la tierra y cuanto contiene,[1] dijo: que "si Dios no edifica la casa, vano es el trabajo de todos los arquitectos: si Dios no custodia la ciudad, inútil es el empeño y vigilancia de los que madrugan para resguardarla:"[2] es decir: en Dios está la constitucion de los pueblos, fuera de Dios la disolucion social; en Dios está la conservacion del Estado, fuera de Dios está la decadencia de los imperios; en su lei está el órden, fuera de ella la anarquía.

¿Qué podria ser, católicos, la sociedad sin la familia? Pues bien: María llama la inteligencia de todos los primeros habitantes de México á la fe, como habia llamado á la moral el corazon de los conquistadores: ¡magníficos antecedentes que, dejando á salvo los derechos de la política, de la crítica y de la filosofía sobre la historia de aquéllos ruidosos acontecimientos, preparaban con la fe y con la lei divina la constitucion y desarrollo de la sociedad doméstica en esas familias que iban á refundir dos razas, y que un siglo despues sorprenderian al mundo con un linaje nuevo, con una nacion en cierto modo singular. No preguntaré á los estudiosos de la naturaleza el por qué de nuestro carácter mexicano en sus buenas cualidades y sus defectos; pero sí diré que esta piedad genial de México, esta índole suave y dulce, este natural hospitalario, este todo que, si le desprecia el viejo mundo, porque no le ve ó se le pierde tras el polvo que levantan nuestras tempestades políticas, es justamente admirado del discreto y privado observador, tiene una explicacion que me parece natural, á lo ménos para mi alma, una explicacion á que me costaria mui caro renunciar, una explicacion que satisface á mi entendimiento y hace rebosar de júbilo mi corazon. ¿Cuál? que esta amorosa Madre nos ha evangelizado con la ternura de su alma, tratándonos con tal delicadeza, que no ha querido jamas exponernos á esas pruebas terribles que costaron tanta sangre á la conversion del viejo mundo, y tantos estragos y ruinas al establecimiento de las antiguas sociedades. De esta suerte nada faltaba á este pueblo en el órden religioso y moral para ser y llamarse dichoso.

¡O venturosa México! alza tu frente y fija tus ojos en ese Trono en que descansa tu Reina: contempla esta casa que escogió ella misma para vivir contigo: repasa la historia de todos los favores que te ha dispensado en el dilatado curso de tres siglos: mira en esta sagrada Imágen la explicacion de tu antigua ventura: entona el cántico de gracias, y ven á poner aquí tu gratitud á sus piés! Ella aseguró tus puertas, y no con los fuertes gonces que destruye el cañon guerrero, sino con el poder irresistible de la fe. Ella, uniendo sus manos en presencia de la Trinidad Augusta, atrajo hácia todos tus hijos abundantísimas bendiciones; ciñó tu recinto con un muro de paz, despues que la guerra extranjera consumó su obra; y no con esa paz falsa y precaria, medida por un poco del tiempo, sino con aquella que anunciaron al Universo, frente al establo de Betlehem, los ejércitos angélicos: la paz con Dios por la fe y la conversion, la paz con el prójimo por la caridad y la lei, la paz del hombre consigo mismo por el concierto de todo su sér en la razon eterna y voluntad divina. Ella, en extremo solícita de que nada te faltase, cuidó tambien de tus necesidades temporales: fecundó tu suelo llenando tus trojes, multiplicó tus rebaños, abrió, para que fueras opulenta, las entrañas preciosas de una tierra vírgen, templó con el regalado fresco los ardores de tu estío, y te guareció contra el invierno con abundante lana. Pero sobre todo, habló, y todos tus hijos escucharon su voz; dió su palabra de toque al corazon, y se derritió su fria dureza; tocó al espíritu, y resplandeció la penitencia en las copiosas lágrimas que bañaban las mejillas de tus hijos; abrió á tu mente con la penetrante saeta de la palabra evangélica los tesoros de las eternas verdades; puso en tu alma el sentimiento de la justicia divina, y concertándole con el amor y la esperanza, se mostró á tus ojos y se ha mostrado siempre lo mismo, ni mas ni ménos, que como la retraba en el fondo de la eternidad el pincel del Eclesiástico en la imágen de la Sabiduría: fuente del conocimiento, fundamento de la esperanza, principio del temor y madre del amor hermoso. Ella es la vid que plantó en el mundo el Labrador de los cielos, que fructifica sin cesar, y embalsama los aires todos con los mas delicados perfumes: es la residencia feliz de la gracia, el asiento de la verdad, el apoyo de la vida, el secreto de la virtud, el camino para la gloria. Naturalmente expansiva, no quiere que nadie quede sin participio en la distribucion que hace de tantos bienes, sino que todos nos lleguemos á ella y recibamos de ella esas benignas influencias de virtud y felicidad que se multiplican y perpetúan como las generaciones. No hai aquí obstáculo, tropiezo, retraente de ningun género: su espíritu excede con mucho á la dulzura de la miel. Estos bienes, de mas regalado gusto que el panal, no son fugitivos como los del mundo, sino que se gozan aún despues de las generaciones y los siglos: las delicias que en el alma produce María con las gracias que nos concede, no son de aquellas que se retiran porque sacian; pues á medida que se gustan mas se desean: es una sed satisfecha y conservada sin pena, bella imágen de aquella felicidad en que ni el de-

1 Psalm. XXIII, v. 1.— 2 Psalm. CXXVI, vv. 1, 2.

seo atormenta, ni la satisfaccion fastidia. Habla María, y la verdad aparece sin sombras; ábrase conforme á su espíritu, y el pecado huye y desaparece; vívese con ella, y la eternidad dichosa se conquista.

¿Qué mas puede decirse que lo que acabáis de oir, hermanos mios? ¿Dónde está la elocuencia capaz de hacer una pintura tan perfecta? Estos conceptos, que el Espíritu de Dios quiso consignar para nuestra luz y provecho en el Libro de la Sabiduría, aparecen aplicados todos por la Iglesia nuestra Madre á la Reina del cielo y de la tierra en su advocacion de GUADALUPE. Todo corresponde á este carácter, ya en las excelencias de la Vírgen-Madre, ya en las muchas y singularísimas pruebas de amor que á México ha dado, como lo acredita la historia. Hija predilecta de la ternura de María, nuestra patria figura en la historia de la religion como uno de los pueblos mas singularmente favorecidos. Todas las naciones, en los siglos que van corridos del cristianismo, son deudoras agraciadas de María; pero ¿cuál de ellas cuenta lo que esta dichosísima Nacion? ¿cuál de ellas la señala como su Apóstol? ¿cuál de ellas puede presentar esas singularidades que narra la piadosa tradicion acerca de la APARICION DE MARIA DE GUADALUPE? ¡Qué delicadeza tan tierna! En todo se dibuja con las magníficas decoraciones de su rango; pero mostrándose en su rostro bello como una vírgen mexicana, parece haber querido colocar en su trono y rodear con los esplendores de su gloria la predileccion de su amor á este pueblo ignorado y desconocido. ¿Qué te falta pues, ¡oh México! para figurar al frente del mundo como el mas privilegiado de todos los pueblos? ¡Oh dichosísima nacion, decorada con todas las gracias de una naturaleza bella, favorecida con la singular proteccion é inefable ternura de la Madre del Altísimo! ¡Regocíjate sin fin en tanta ventura; goza de la cuantiosa riqueza que se te ha concedido; complácete con tus glorias, pues eres objeto de la singular ternura de la Reina! ¡Tú serás grande, tú darás á la historia las mas brillantes y gloriosas páginas: serás la reina del Nuevo Mundo, y pondrás la emulacion en las antiguas sociedades! ¡Tú....!

Pero católicos, ¿qué estoi hablando? ¿cómo traer esos conceptos á la cátedra de la verdad? ¿cómo hablar de ventura donde corren tantas lágrimas? ¿cómo preludiar un rango y soberanía donde se han sufrido tantos baldones? ¿cómo brindar á la historia con gloriosas páginas futuras, cuando se trata de un pueblo que agoniza y está casi para hundirse en el sepulcro....?

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán grato fuera para mí, ¡oh católicos! detenerme absorto en esta primera faz del gran cuadro, en esta primera trasfiguracion del Nuevo Mundo bajo el poder irresistible de María, y decir como el Apóstol en el Tabor á la vista de Cristo resplandeciente: "Bueno será que permanezcamos aquí!" Mas por una desgracia lamentable nada ó mui poco adelantaria yo en esta santa predicacion, si conduciendo vuestras miradas á María para explicar un pasado lleno de ventura y encantos para México en el órden de la religion y la moral, pasase desapercibido nuestro presente, nuestra decadencia progresiva, y no llamase vuestra atencion hácia un hecho en extremo sensible para que no encuentre una doctrina y un sentimiento en esta cátedra donde plugo á Jesucristo colocarnos como luz del mundo, para disipar todas las tinieblas y preparar todos los caminos con la fe, á fin de curar con la Sangre de Cristo las enfermedades morales de los individuos y de los pueblos. Estamos mal, hermanos mios: el dolor nos tiene postrados en el lecho de la muerte. Si viene todavía de vez en cuando alguna brisa para templar los ardores de la fiebre que nos devora; si todavía la penosa vigilia de nuestro mal es interrumpida con algunos ensueños donde vemos deliciosas flores y sentimos delicadísimos perfumes; esto es una ilusion tanto mas funesta cuanto mas tiempo nos roba para conocer y contrariar las causas de nuestro mal: si aun escuchamos al oido lisonjeros anuncios de restablecimiento, esta voz no es la de la verdad: es la sirena que, interponiéndose entre nosotros y el sepulcro, nos atrae á él con cierta melodía. Vengamos, pues, á esta parte la mas interesante sin duda para Dios, para su tierna Madre y para nosotros. Si la conversion de un pecador alegra mas que la perseverancia de noventa y nueve justos, nada será tan alarmante para el Señor como la situacion de un pueblo que ha salido de sí mismo á regiones desconocidas, en que desfallece tiranizado por los enemigos de su felicidad. Si una madre, cuando padece por la situacion de un hijo que se le extravía, estima en mas alto precio el placer que siente al recobrarle que el que gozaba poseyéndole, bien comprenderéis que la ternura de esta Vírgen celestial preferirá sin duda que se toquen para el bien los males de sus hijos, que el que se pinten las belle-

seo atormenta, ni la satisfaccion fastidia. Habla María, y la verdad aparece sin sombras; ábrase conforme á su espíritu, y el pecado huye y desaparece; vívese con ella, y la eternidad dichosa se conquista.

¿Qué mas puede decirse que lo que acabáis de oir, hermanos mios? ¿Dónde está la elocuencia capaz de hacer una pintura tan perfecta? Estos conceptos, que el Espíritu de Dios quiso consignar para nuestra luz y provecho en el Libro de la Sabiduría, aparecen aplicados todos por la Iglesia nuestra Madre á la Reina del cielo y de la tierra en su advocacion de GUADALUPE. Todo corresponde á este carácter, ya en las excelencias de la Vírgen-Madre, ya en las muchas y singularísimas pruebas de amor que á México ha dado, como lo acredita la historia. Hija predilecta de la ternura de María, nuestra patria figura en la historia de la religion como uno de los pueblos mas singularmente favorecidos. Todas las naciones, en los siglos que van corridos del cristianismo, son deudoras agraciadas de María; pero ¿cuál de ellas cuenta lo que esta dichosísima Nacion? ¿cuál de ellas la señala como su Apóstol? ¿cuál de ellas puede presentar esas singularidades que narra la piadosa tradicion acerca de la APARICION DE MARIA DE GUADALUPE? ¡Qué delicadeza tan tierna! En todo se dibuja con las magníficas decoraciones de su rango; pero mostrándose en su rostro bello como una vírgen mexicana, parece haber querido colocar en su trono y rodear con los esplendores de su gloria la predileccion de su amor á este pueblo ignorado y desconocido. ¿Qué te falta pues, ¡oh México! para figurar al frente del mundo como el mas privilegiado de todos los pueblos? ¡Oh dichosísima nacion, decorada con todas las gracias de una naturaleza bella, favorecida con la singular proteccion é inefable ternura de la Madre del Altísimo! ¡Regocíjate sin fin en tanta ventura; goza de la cuantiosa riqueza que se te ha concedido; complácete con tus glorias, pues eres objeto de la singular ternura de la Reina! ¡Tú serás grande, tú darás á la historia las mas brillantes y gloriosas páginas: serás la reina del Nuevo Mundo, y pondrás la emulacion en las antiguas sociedades! ¡Tú....!

Pero católicos, ¿qué estoi hablando? ¿cómo traer esos conceptos á la cátedra de la verdad? ¿cómo hablar de ventura donde corren tantas lágrimas? ¿cómo preludiar un rango y soberanía donde se han sufrido tantos baldones? ¿cómo brindar á la historia con gloriosas páginas futuras, cuando se trata de un pueblo que agoniza y está casi para hundirse en el sepulcro....?

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán grato fuera para mí, ¡oh católicos! detenerme absorto en esta primera faz del gran cuadro, en esta primera trasfiguracion del Nuevo Mundo bajo el poder irresistible de María, y decir como el Apóstol en el Tabor á la vista de Cristo resplandeciente: "Bueno será que permanezcamos aquí!" Mas por una desgracia lamentable nada ó mui poco adelantaria yo en esta santa predicacion, si conduciendo vuestras miradas á María para explicar un pasado lleno de ventura y encantos para México en el órden de la religion y la moral, pasase desapercibido nuestro presente, nuestra decadencia progresiva, y no llamase vuestra atencion hácia un hecho en extremo sensible para que no encuentre una doctrina y un sentimiento en esta cátedra donde plugo á Jesucristo colocarnos como luz del mundo, para disipar todas las tinieblas y preparar todos los caminos con la fe, á fin de curar con la Sangre de Cristo las enfermedades morales de los individuos y de los pueblos. Estamos mal, hermanos mios: el dolor nos tiene postrados en el lecho de la muerte. Si viene todavía de vez en cuando alguna brisa para templar los ardores de la fiebre que nos devora; si todavía la penosa vigilia de nuestro mal es interrumpida con algunos ensueños donde vemos deliciosas flores y sentimos delicadísimos perfumes; esto es una ilusion tanto mas funesta cuanto mas tiempo nos roba para conocer y contrariar las causas de nuestro mal: si aun escuchamos al oido lisonjeros anuncios de restablecimiento, esta voz no es la de la verdad: es la sirena que, interponiéndose entre nosotros y el sepulcro, nos atrae á él con cierta melodía. Vengamos, pues, á esta parte la mas interesante sin duda para Dios, para su tierna Madre y para nosotros. Si la conversion de un pecador alegra mas que la perseverancia de noventa y nueve justos, nada será tan alarmante para el Señor como la situacion de un pueblo que ha salido de sí mismo á regiones desconocidas, en que desfallece tiranizado por los enemigos de su felicidad. Si una madre, cuando padece por la situacion de un hijo que se le extravía, estima en mas alto precio el placer que siente al recobrarle que el que gozaba poseyéndole, bien comprenderéis que la ternura de esta Vírgen celestial preferirá sin duda que se toquen para el bien los males de sus hijos, que el que se pinten las belle-

zas de un estado que ya no existe, los goces de una felicidad que ha desaparecido. Nosotros mismos hariamos el papel de unos insensatos, si gastando nuestro tiempo en contemplaciones estériles de una dicha que huyó, no atendiésemos á nuestra rápida y progresiva decadencia, para evitar una ruina que por todas partes nos amenaza. Entremos, pues, volveré á decirlo, en tan deplorable asunto sin perder nunca de vista á nuestra Madre: este será el mas perfecto y hermoso complemento de mi discurso.

Si la Santa Iglesia, regida por el Espíritu Divino y tomando el pincel del Sabio, nos la presenta como la fuente del conocimiento y la madre del bello amor, *Mater pulchræ dilectionis, et agnitionis*, quiere asimismo que la veamos como la Madre del temor y de la santa esperanza: *timoris et sanctæ spei:* del temor, para que no seamos presa de una vana confianza cuando contemplamos toda su ternura para con nosotros; y de la santa esperanza, para que no vayamos á caer en las peligrosísimas redes que nos tiende nuestro propio dolor para desesperarnos.

Hai, católicos, un dogma y un principio moral que son, digámoslo así, como la luz directa y refleja que despide la verdad hácia nosotros, para explicarnos el secreto de esas vicisitudes diversas del individuo y la sociedad en sus relaciones con la religion católica, la lei divina y la felicidad. ¿Cuál es el dogma? Que sin la gracia de Dios nada podemos, ni aun siquiera querer en el órden sobrenatural de la satisfaccion y el merecimiento, al paso que con ella lo podemos todo: pero que la gracia exige la cooperacion de la naturaleza para dar sus frutos, como la semilla la disposicion de la tierra para coronar los trabajos del labrador; y en consecuencia, que sin cooperar á la gracia nada conseguirémos. Este dogma explica perfectamente bien las conquistas del Evangelio y sus maravillosos efectos en el mundo, poniendo de manifiesto la accion de la gracia de un Dios que previene, solicita y atrae al hombre sobre una naturaleza que se rinde por fin á esta divina solicitud.

¿Cuál es el principio moral? el que enuncian estas palabras del Apóstol: "Es imposible que aquellos que una vez han sido iluminados, y han gustado el don celestial, y han participado del Espíritu Santo, y despues de esto han vuelto á deslizarse, se muevan otra vez á penitencia." Es tan difícil, que casi raya en lo imposible la conversion de esas almas ligeras é inconstantes, que en la carrera de la vida tan pronto se ponen de parte de la lei, como del lado de la libertad; ora se entregan á Dios, ora se abandonan á sí mismas; ora siguen la virtud, ora tornan al vicio; y esto nos da cuanta luz pudiéramos necesitar para tener una idea clara y precisa y descubrir en su fondo las causas de la decadencia religiosa, moral y social de los pueblos despues de haber aparecido en la cumbre de la felicidad. Es necesario poner frente á este espejo nuestra desgraciada patria: porque no nos engañemos, católicos: México en su doble historia no compone mas que dos eslabones en la inmensa cadena del género humano; y si en sus buenos tiempos apareció con el timbre de gloria que expresan esas palabras que leemos á los piés de la Vírgen de Guadalupe, no hai para que lisonjearnos de correr mejor suerte que otros pueblos agraciados como nosotros, si seguimos sus pasos en la ruinosa degeneracion. No es dado á mí cambiar el carácter histórico de nuestra patria, ni seria cordura estudiar su situacion presente sin la luz que despide la historia de los otros pueblos: luz benéfica, miéntras podemos aprovechar el instante que pasa; luz terrible, si le dejamos escapar, porque ella alumbrará nuestro sepulcro. Estos recuerdos históricos parecen venir cada uno á decirnos lo que ese antiguo epitafio que no ha perdido nada de su primitiva sublimidad á pesar de su vejez: "Fuí lo que eres; serás lo que soi." En efecto, católicos, ninguno de esos pueblos por donde pasó el Evangelio, careció de una época de felicidad y de gloria: ninguno de esos pueblos que despreciaron el rico tesoro de su conversion al cristianismo, dejó de sufrir la última pérdida, morir para la religion y tornar á la barbarie.

¿De dónde fuéron tomadas las palabras que resplandecen al pié de ese cuadro; ese diploma de felicidad y título de gloria para México, dónde aparece la singular ternura de María relativamente á nosotros? Leedlas católicos; buscadlas en las páginas de los Sagrados Libros; traed á la vista la historia del pueblo á quien se refieren, y aplicadlas despues á nosotros. ¿Quién habla? David inspirado por las celestiales glorias de Jerusalen. ¿A quién las dirige? al pueblo escogido. ¿Con qué objeto? con el de nutrir en su pecho la gratitud y poner en sus labios la alabanza. En efecto: con ningun pueblo habia hecho el Señor lo que con el suyo; *Non fecit taliter omni nationi:* á ninguno le habia fiado sus promesas, explicado sus planes y anunciado sus juicios; *Judicia sua non manifestavit eis:* por ninguno habia dejado correr su palabra con tal abundancia, con tanta rapidez y magnificencia; *Qui emittit eloquium suum terræ; velociter currit sermo ejus:* en ningun pueblo habia obrado hasta entónces los efectos que en el suyo su lenguaje divino, ni se habia asentado su espíritu con tal gozo y permanencia. ¡Nacion ilustre, pues llevaba por eleccion el nombre de suya! ¡Nacion sábia, pues era la única poseedora de la historia, depositaria de la tradicion, enseñada en la lei, gobernada por un sacerdocio legítimo! ¡Nacion fuer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, pues es la única que tuvo á Dios por Gefe, que peleó con su brazo y venció con su poder! ¡Nacion grande, no en verdad por el número, pero si por su rango, por su culto, por su legislacion, por su gobierno, por su historia! Ahora bien, católicos: ¿qué fué de aquel pueblo tan agraciado, tan ilustre, tan grande, en quien puso todos sus esmeros la sabiduría, la misericordia y el amor del Señor? ¿Qué fué de la primorosa Jerusalen, Princesa de las provincias y Señora de las naciones? No ponderaré su triste soledad, su amargo llanto, su incomparable desolacion, el desprecio en que la tuvieron sus antiguos amigos: no os haré escuchar aquel llorar de Sion á la vista de sus puertas destruidas, de sus sacerdotes gimiendo, de sus vírgenes descoloridas de espanto, de aquella opresion inmensa que hacia morir el corazon: no os hablaré de sus enemigos triunfantes enriquecidos con sus despojos, de sus tiernísimos hijos enviados al cautiverio, y de tantas y tantas penas que arrancaron aquellas sublimes lamentaciones al oprimido corazon de Jeremías: porque todavía entónces la ingrata ciudad era castigada con misericordia, todavía los clamores del Profeta estaban hablando á la esperanza y prometiendo á la conversion del pueblo escogido una restauracion gloriosa. No os pintaré tampoco á esta ciudad, errante cuando tenia en su seno al que es el camino, ciega cuando estaba inundada con el esplendor eterno del Verbo, insensible y muerta cuando dejaba correr sobre ella sus lágrimas el Autor de la vida. Vendré á los tiempos que siguieron á la consumacion de su crímen; preguntaré por ella, y no recibiré sino respuestas de muerte. Cargaron dos caudillos gentiles el brazo sobre sus viejos muros, y no quedó piedra sobre piedra de la antigua Jerusalen. Dió un paso el tiempo, y el pueblo escogido, herido con el soplo de la Justicia Eterna, voló como una parvada de á tomos á dispersarse por el mundo. Van diez y ocho siglos, y el pueblo todavía no se reune. De esta suerte el pueblo judío quedó, católicos, para ser el primer escarmiento de las naciones ingratas al Dios benigno que las favorece.

¿Y dirémos, por ventura, que este pueblo tan favorecido, pero tan ciego y desgraciado, era extraño á la tierna solicitud con que la Vírgen María procura la dicha de los hombres? No, hermanos mios, no: esta criatura pertenece, como bien sabéis, al mismo pueblo que nos ocupa: de su seno salió; en él tiene la dilatada cadena de sus antepasados, y estuvo á su vista como un ejemplo vivo de gracia, virtud y santidad. Anhelaba por su dicha y su gloria, como el Hombre-Dios, á quien ella portó en su vientre: veia la ceguedad y obstinacion judía con la misma pena y dolor con que su Divino Hijo la contemplaba cuando lloró sin consuelo sobre la ingrata Jerusalen:

deseaba tan ardientemente que su pueblo abriese los ojos á la luz que habia bajado de los cielos y su corazon á la gracia divina que se le brindaba en la tierra, cual debe suponerse de la Madre de Aquel cuyos trabajos, cuya predicacion, cuyos milagros, cuya carrera pasaron á la vista del pueblo que mas le hubo desconocido. Si aun en el órden comun de la naturaleza basta el amor patrio para desear todo bien al pueblo donde se ha visto la primera luz; si este sentimiento ha vivido siempre con el hombre; si aun en las sociedades gentiles hacia prodigios: ¿qué dirémos de él, cuando se trata de una criatura cuyo amor patrio, depurado de toda mezcla é inmensamente dilatado, no admite comparacion alguna con lo que de mas noble hai en la historia de los sentimientos humanos? que María nunca dejó de amar con singular predileccion á aquel pueblo, de rogar por él ardientemente al Señor, de pedir para él todas sus gracias, de anhelar incesantemente por su conversion y felicidad. ¿Por qué, pues, á pesar de todo, ese pueblo se pierde? porque la proteccion de María, concertada siempre con los designios del Señor, obra conforme á los planes de su gracia, y no deroga las condiciones á que está sujeta en el hombre la conquista de la felicidad. Esta debe ser obra, no solo de la gracia que previene, socorre y favorece, sino tambien de la naturaleza que corresponde, coopera y trabaja. El pueblo judío convirtió en mal su propio bien, llegando á ser insensible en medio de los mas poderosos estímulos que para el bien habia tenido hasta entónces pueblo ninguno; cerró sus ojos, y no vió la luz que en él estaba; endureció su corazon, y se quedó fuera de las avenidas de la felicidad.

¿Y acaso, hermanos mios, el pueblo judío en sus dos principales épocas, la de expectacion y la de plenitud, ha sido el único ejemplo donde el espíritu encuentra unidas la luz de la doctrina y el poder terrible de los escarmientos? No. Esta es la suerte de todos los pueblos que, despues de haber sido ilustrados con la fe, santificados con la gracia y regalados con los preciosos frutos del Divino Espíritu, han sacudido el yugo, cerrado los ojos y atrancádose por sí mismos las puertas de la esperanza. Habéis visto no há mucho tiempo esa gloriosa carrera de triunfos que anduvo el Evangelio desde la inauguracion de la Iglesia hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo: ved ahora el reverso de este triste cuadro; buscad en el mundo de hoi lo que ha quedado de aquellos antiguos reinos en que la fe y la virtud se encumbraron á tan grande altura, de aquellas regiones privilegiadas que dieron sus primicias á la palabra evangélica. "¿Qué ha sido, preguntaré aquí con uno de los predicadores mas eminentes que honran los fastos de la elocuencia sagrada: "qué

" ha sido de aquellas famosas iglesias de Alejandría, de Antioquía, " de Jerusalen, de Constantinopla, que tenian subordinadas á sí " otras innumerables? Allí es donde por espacio de tantos siglos " sofocaban los mas negros errores aquellos concilios, y pronuncia- " ron oráculos que vivirán eternamente: allí es donde con tanta ma- " gestad reinaba la antigua disciplina, modelo por el cual suspira- " mos hoi en vano. Aquella tierra estaba regada con la sangre de " los mártires, exhalaba el perfume de las vírgenes: el mismo de- " sierto florecia con sus solitarios. Pero todo ha sido asolado allí: " aquellas montañas que destilaban leche y miel, y donde pacian, " libres de todo recelo, los rebaños de Israel, no son ahora mas que " cavernas inaccesibles de serpientes y basiliscos."

"¿Qué ha quedado ya en las costas de Africa, donde las juntas de " los obispos eran tan numerosas como los concilios generales, y don- " de la lei de Dios aguardaba su explicacion de la boca de Agustin? " Yo no veo mas que una tierra despidiendo todavía el humo del rayo " que Dios ha lanzado sobre ella."[1]

Pero no basta, hermanos mios, poner á vuestra vista las terribles consecuencias de este menosprecio de la fe, de este abuso de las gracias, que acabó con la felicidad y la gloria de aquellas iglesias tan ilustres, que hizo desaparecer de aquellas naciones el Evangelio y la civilizacion: es necesario recordar que á su turno fuéron singularmente favorecidas por la Madre de la divina gracia, y no les faltó nunca el socorro de esta criatura poderosa, en quien nuestra fe mira el auxilio de los cristianos. Dejo aparte á Efesso que la conoció personalmente, que tuvo el singular honor de ser consagrada con su sepulcro, y de donde salió el terrible anatema fulminado contra el impío Nestorio, enemigo acérrimo de la Divina maternidad de María. ¿Qué diré de las otras iglesias? en sus ámbitos resonaron los bellos himnos de la admiracion, del reconocimiento y del amor hácia María: allí fué donde la elocuencia de los Padres, vehementemente inspirada por su amor á esta Reina, fecundaba los sentimientos de la mas tierna piedad, y mantenia viva la devocion á María en todos los fieles. ¿Cómo pues, á pesar de tanto, hubieron de desaparecer del mundo aquellas gloriosas familias donde la historia nos presenta los principios de la fe, los mas grandes caractéres de la piedad, los mas insignes apologistas de la religion y las fuertes columnas de la Iglesia? porque todo está concertado en los planes del Señor, todo se refiere á sus designios, todo quedó sujeto á leyes invariables. No basta recibir gracia, sino que es necesario

1 Fenelon. Sermon pour la fête de l'Epiphanie.

cooperar con ella; no basta poseerla por algun tiempo, sino que es necesario conservarla: ella es lo infinito en el hombre; pero no quiere obrar sin el hombre: con su cooperacion es todo; sin su cooperacion es nada. Si pues María es Madre de la gracia, celará la gracia como Madre suya, cuidará de ella como Dios quiere que se cuide, su proteccion servirá para adquirirla, conservarla y fecundarla cuando la voluntad está dispuesta, pero no para excusar la indiferencia, cohonestar el abandono y salvar á los pueblos á pesar de su voluntaria ceguedad y pertinaz obstinacion. No puede quedar la Madre cuando ha salido el Hijo, y por lo mismo su proteccion, tan valiosa para una voluntad bien dispuesta como estéril para una resistencia criminal, abandona á los pueblos endurecidos que se empeñan en ser desgraciados. Pero sigamos nuestra carrera.

Ved á esas naciones del Norte de la Europa desprendidas del centro de la unidad católica en el mismo tiempo que se descubria el Nuevo Mundo como una misteriosa reserva. ¿Cuál es su condicion religiosa y moral? ¿Cuál es el estado que guardan ellas al cabo de tres siglos? No me respondáis, hermanos mios, con su política del equilibrio, con sus altas combinaciones de intereses, con la prosperidad de su comercio, con el prodigio de sus descubrimientos, con la perfecion de sus artes, con el vastísimo ensanche de su industria, no: mi pregunta es otra, y es otra, porque hablo en el Santuario, en presencia del Dios vivo; me dirijo á católicos, y tomo por punto de partida el principio, y por blanco el último fin para que fué criado el hombre. ¿Cuál es el estado que guardan sus relaciones con la lei divina? ¿Con qué datos cuentan para resolver el gran problema de su verdadera y única felicidad? Trátase de la religion, trátase de la influencia de su moral en la condicion del hombre. Ya sabéis que toda la lei divina se comprende y encierra en dos grandes preceptos, el amor de Dios, y el del prójimo. Ahora bien: ¿dónde está la unidad religiosa? en la pasmosa muchedumbre de sus sectas. ¿Dónde está el espíritu evangélico? en los caprichos de la inteligencia privada. ¿Dónde está el poder espiritual? en el arbitrio de los monarcas y de los parlamentos. ¿Dónde está el Sacrificio incruento de los altares? en las diatribas de los sectarios. ¿Dónde está el poder de las llaves para abrir ó cerrar el cielo? en las falsas ideas, en la falsa conciencia y en la funesta libertad de la pasiones. ¿Y la caridad? Acabáis de ver lo que es en el primero de sus objetos, en Dios, á quien debemos amar sobre todas las cosas. Pero á lo ménos el hombre habrá corrido mejor suerte, pues la sacrílega emancipacion es obra suya: acaso la filantropía, la beneficencia, los sentimientos humanitarios habrán reemplazado con ventaja las instituciones que

consagró con su palabra y afirmó con su poder en favor de todos los menesterosos y afligidos Aquel que inscribió la pobreza de espíritu en primer lugar en el registro que abrió á sus escogidos para el cielo. ¡Vano esperar! Los talleres de la especulacion han sucedido á los antiguos institutos hospitalarios; el incesante ruido de mil fábricas ahoga los clamores de la miseria; los infelices mueren de hambre, desde que murió en aquellas naciones el Evangelio tierno, fecundo y poderoso de los pobres de Jesucristo. Dios y el hombre quedaron suprimidos de aquella religion y de aquella moral, y por consiguiente el error sustituyó á la verdad, la inteligencia sustituyó á la revelacion, el sentido privado á la creencia, el egoismo á la caridad; los intereses son el todo, el espíritu no es nada.

¡Ojalá pudiera detenerme aquí al recorrer esa triste y funesta galería de escarmientos que la historia nos presenta para enseñarnos cuán terrible y amargo es abandonar á Dios, y dar mil confirmaciones espantosas á la voz del Profeta! Pero, católicos, del fondo del protestantismo, de aquellas confusas voces que parecian haber trasplantado al siglo XVI la famosa Babel, salió un nuevo enemigo conjurado contra el cielo, *la filosofía incrédula*. Las discusiones de los sectarios, la inmensa anarquía religiosa introducida en el fondo del protestantismo, la multiplicacion progresiva de las sectas, abrieron al orgullo de la razon un vastísimo teatro, ministraron armas á millares para la guerra contra toda institucion religiosa: del cisma nació la duda metódica, de ésta el nuevo escepticismo filosófico, de aquí la guerra contra Dios, su lei y su culto en toda su escala. En el siglo XVII no se presentaba esta falanje á cara descubierta en la Europa católica, porque los reyes sostenian la autoridad y la creencia; mas no por esto descansaba: trabajaba en las tinieblas, minando todos los apoyos de la religion y de la sociedad. Diestros farmacéuticos, depositaban imperceptibles gotas de veneno en los manjares apetecibles: el buen tono empezó á recibir las influencias de la filosofía; las córtes se dejaron lisonjear con ciertas discusiones que trasplantaban el cesarismo á la monarquía católica; el regalismo tuvo que sostener por mas de un siglo un tratado tácito con la filosofía incrédula embozada; y cuando llegó la hora fatal, aquella mina cebada y preparada por dos siglos de continuos trabajos, hizo su explosion: la revolucion francesa, que mató al Estado, sacrificó al sacerdocio, negó á Dios y colocó en su tabernáculo á la estatua de la *Razon*, fué, sin duda, hija del regalismo y de la filosofía, nieta de la Reforma y descendiente encubierta del paganismo. Gracias á Dios, la religion salió triunfante de los cadalsos, de las asambleas y de los libros; pero no nos engañemos con esta restauracion, inmensa

por cierto, pero no total. El antiguo cáncer quedó inoculado: al cansancio de la discusion, de la guerra y de los crímenes sucedió la indiferencia, que aunque batida victoriosamente en los libros, no sale todavía de la antigua sociedad. ¿Queréis una prueba? Mil pudiera daros; pero valga por todas esa última revolucion de Italia, que hizo salir de Roma al Vicario de Jesucristo en presencia de un pueblo inmenso y electrizado por el entusiasmo de una revolucion, que llamándose política, no era en realidad sino irreligiosa y aun atéa. El ministerio católico está bien, el gobierno civil tambien lo está, la ciencia triunfa, el celo no cesa en su accion, el nuevo apostolado visita dia por dia las naciones idólatras para llamarlas á la fe: pero ¿el fondo de la sociedad tiene la fisonomía de los siglos de fe? ¿ha vuelto á colocar los intereses terrenos como una simple consecuencia ó añadidura en su movimiento moral y social? ¿La Iglesia puede hoi remediar las necesidades y enjugar las lágrimas que ántes podia? ¿Está mas andado el camino del cielo....? Corramos un velo sobre este triste presente, para venir á nuestra patria.

Habéis visto, católicos, la obra de María, como tierna Madre de los mexicanos, desde que, apareciendo en este suelo y declarando su intencion de vivir con nosotros, anunció terminantemente su designio de realizar á toda costa nuestra felicidad. Habéis visto cómo los primeros efectos de su presencia se hicieron sentir desde luego en la facilidad con que fuéron allanándose los muchos y diversos obstáculos que detenian el curso de la conquista evangélica en los términos mas deplorables. Sabéis, en fin, lo que al terminar medio siglo fué ya esta nacion á la faz de todo el mundo católico. La trasformacion fué tan completa como mas no podia serlo. El espíritu y el corazon de los primeros habitantes de México se docilitaban de tal suerte á la suave y benigna accion de la gracia divina, que mui pronto apareció floreciente una iglesia formada por idólatras convertidos. Los nuevos fieles, vivamente penetrados del espíritu evangélico, no solo se afirmaron en su creencia, sino tambien tomaron el empeño mas eficaz en el arreglo de sus costumbres. El amor de Dios y del prójimo, gran resúmen de la lei, era el distintivo de México en aquella época dichosa; y este doble amor, siempre activo y siempre fecundo, explica perfectamente, así el incremento progresivo del culto católico y de la piedad cristiana, como los sentimientos tiernos de benevolencia recíproca, las prestaciones mutuas de auxilios y socorros, la íntima estrechez de todos los vínculos sociales que hacian de esta nacion un objeto lleno de encantos. Y no fué, católicos, bien lo sabéis, rápida y momentánea esta época de goces; sino al contrario, tan duradera, que todavía en fines del pa-

sado siglo, es decir: del siglo del mal en el mundo, del siglo en que hizo su erupcion inmensa en la nacion mas culta de Europa y atronó á toda la tierra la mina colocada por la filosofía incrédula bajo los cimientos de la religion y la sociedad, con el doble intento de exterminar la primera y privar á la segunda de los elementos de su vida moral, México, firme en sus creencias, constante en sus hábitos de órden, gozaba una paz inalterable, y con ella todos los beneficios de la sociedad y la civilizacion. Faltábale, es verdad, el ser independiente; pero fuera de esto, no le quedaba que apetecer sino solo conservar para siempre tan preciosos bienes.

Miéntras allá de los mares los enemigos de la Iglesia, que en su furor extremo ya les parecia poco atacar los dogmas en particular, miraban las antiguas herejías y aun el protestantismo como armas gastadas y de poca monta, y por lo mismo combatieron á la verdad, no solo en el Símbolo, sino en la filosofía, en la política, en la historia y donde quiera que se encontraba; en México resplandecia la luz de la fe socialmente, brillaba en todo el conjunto de la nacion, y la verdad natural residia sin zozobra en el buen sentido del pueblo: miéntras el viejo mundo era fuertemente sacudido; el nuevo sorprendia con su firmeza: miéntras allá la palabra *obediencia* cayó en desuso, y aun en ridículo, al golpe del desenfreno político y la ironía filosófica; en México era el secreto del órden y la paz que todos admirabau: miéntras allá se sacrificaron todas las garantías á nombre del derecho y á expensas del deber; acá se gozaba sin sentirlo de esa felicidad social que la lei de Dios asegura cuando los gobiernos y los pueblos la reconocen y acatan: miéntras allá reaparecia en un pueblo de filósofos y á los diez y ocho siglos de cristianismo la idolatría pagana invadiendo el templo del verdadero Dios á nombre de la razon; aquí se conservaba inalterable y en todo su vigor y fuerza el culto católico, la creencia católica, la moral católica, y por lei de consecuencia el órden público y el bien procomunal.

¿Quién puede recordar, hermanos mios, lo que nos trasmiten las últimas páginas de nuestra historia en los tiempos á que me refiero, y descender luego al horrible cuadro que presenta nuestra época, sin quedar poseido de admiracion á la par con la fecundidad maravillosa de la gracia cuando es correspondida, que con las consecuencias horribles de la rebeldía del corazon, la frialdad de la fe y el abandono absoluto de la moral? ¡Qué cuadro tan sencillo y grande al mismo tiempo presentaba entónces la familia! Todavía no se habian conocido aquí los ingeniosos sistemas de educacion inventados para sustituir al cuarto precepto del Decálogo. La base del órden consistia en el homenaje comun de todos los miembros de esta

sociedad á la palabra y decretos de su Divino Instituyente. El padre aparecia como la imágen del Criador: era un poder para el bien, cuyas garantías estaban cifradas en ese lazo con que se estrechan en el alma la naturaleza y la religion: el primer objeto de su pensamiento, el móvil de su conducta y el blanco de su accion ántes que todo, era educar á sus hijos en el santo temor de Dios, enseñarles á honrar y venerar el ministerio sagrado y la respetable ancianidad, ponerlos á cubierto del mundo robusteciendo su corazon con los hábitos fuertes de la virtud, imprimirles el amor á su Dios y el amor á su prójimo, y con este doble amor los grandes elementos de la religion y la sociedad. Los hijos á su turno honraban y respetaban á sus padres por sentimiento y por deber, al paso que los domésticos, colocados bajo el influjo del mismo pensamiento, contribuian al órden maravilloso que hacia de la familia un todo prodigiosamente bello.

Excusado me parece advertiros, hermanos mios, lo que seria bajo el influjo tutelar de tal vida doméstica el carácter dominante del estado civil. El magistrado era visto como padre de los pueblos; recibia honores semejantes á la paternidad de la naturaleza, y era obedecido mas por el sentimiento del deber que por el aguijon del castigo; pues cuando todavía no circulaban aquí ni aun las palabras vacías de *Derecho público, constitutivo y orgánico*, dominaba en la mente y el corazon la máxima sublime de que la autoridad pública debe ser obedecida, no solo para librarse de su indignacion y la pena corporal consiguiente, sino tambien para guardar la lei divina, contar con la quietud de la conciencia y ponerse á cubierto de una eternidad desgraciada. Hé aquí el secreto de un fenómeno que nunca se admirará bastantemente: un territorio inmenso, un pueblo numeroso y esparcido á largas distancias, conservados en paz, en órden, y contando con todas las seguridades que se buscan en el estado social, sin el aparato de la fuerza física multiplicada y amenazante, sin el movimiento de expediciones militares para contener los desmanes y alzamientos, y por último, sin mas elemento represivo que la presencia de la autoridad en todas partes.

Y bien, católicos, ¿qué ha sido de este pasado tan maravilloso, que á no hallarse tan cerca, podria pasar por una invencion del ingenio? ¿Qué ha venido á reemplazar á aquel órden tan constante? La anarquía mas completa. ¿Qué vemos en lugar de aquella tranquilidad con que la vida, la honra, la hacienda, la familia y todo descansaba bajo la custodia de las leyes y de la moral? Cuatro palabras huecas y sonoras, que se cruzan por todas partes, como el trueno precursor de una tempestad, con el nombre de *garantías*. ¿Con qué ha venido á sustituirse aquel abastecimiento de las arcas públicas,

donde habia siempre lo necesario, sin hacer gemir á los pueblos bajo el peso de onerosas cargas? con una palabra pomposa y una situacion permanente: la economía política y la deuda pública. Hoi dia un gobierno es el primero de los mendicantes, el soberano de los hambrientos. ¿Qué ha puesto nuestro siglo en lugar de aquellos antiguos patrimonios, adquiridos con el trabajo, garantizados por la moral y tan útiles para el pueblo? Unos fantasmas movedizos, que fascinan, subyugan y desaparecen.

Nada os diré, católicos, de la educacion doméstica, víctima de una moda caprichosa que paulatinamente ha ido acabando con las máximas tutelares de la familia, con la sobriedad y economía que eran ántes caractéres comunes á que se debia la conservacion de las fortunas, con las costumbres severas cuyo recuerdo hará siempre admirable la sabiduría de nuestros mayores. Hoi dia todo se pone por obra en la ducacion para complacer al siglo, nada para formar las costumbres: protégense los talentos para el agrado y pasatiempo, al paso que se abandonan los recursos para debilitar las inclinaciones desarregladas y arraigar los hábitos virtuosos. El lujo ha venido á ser una lei tiránica, recibida universalmente como una necesidad social: escándalo que en otro tiempo alarmaba, sin pasar de ciertas singularidades, pero que ahora es un objeto de interes comun. La vanidad se ha enseñoreado de la prudencia, trayendo consigo á pueblos enteros por una serie de ruinosas quiebras. Esta pasion, interpuesta entre nuestra patria independiente y nosotros, nos ha ido esclavizando sucesivamente con brillantes cadenas, sometiéndonos á pueblos mas avisados para especular con nuestra ligereza y locura. Nada os diré tampoco de la moral pública, porque no puede mentir al carácter que le imprime la vida doméstica. La templanza, la sobriedad, el pundonor, la justicia, la caridad en suma, parece que han huido de nosotros. Los mayores escándalos pasan entre la indiferencia y el aplauso, y, ¡cosa deplorable! no contentos con adelantar en la funesta carrera de los vicios comunes y antiguos, hemos tenido aun en esta línea que pagar el tributo á mil inicuas novedades.

Yo bien sé que en todos tiempos ha habido pecados; que las páginas mas bellas de la historia de las costumbres aparecen siempre salpicadas; que miéntras el hombre tenga que luchar con los enemigos de su espíritu, pagará muchas veces un contingente lastimoso á su propia debilidad; que la virtud ha estado en todas partes y en todos tiempos mui reducida en sus dominios respecto de los vicios, y la santidad ha sido constantemente rara. Pero hai épocas en que parece que los hombres agotan la medida de los vicios, cansan la paciencia de Dios, provocando su justicia y encendiendo su cólera; hai épocas distinguidas especialmente por su ceguedad y contumacia, y pueblos que, despues de haber agotado el fondo de la corrupcion comun, aparecen con la gangrena de ciertos vicios mas visiblemente mortales, por explicarme así, con síntomas deplorables de un mal casi desesperado, con un cierto carácter de reprobacion, que se manifiesta en las ideas dominantes y en los desórdenes nuevamente introducidos: en suma, existen pueblos en quienes no solamente se deplora la mas absoluta decadencia moral, sino que aun se teme la apostasía de la fé. Porque decidme, católicos: ¿qué virtud habia de quedarle á esta luz despues de haber vivido en el alma y sido arrojada de ella? ¿qué influjo conservarán las dulzuras de la virtud, cuando despues de gustadas una y muchas veces, han llegado á nulificarse, causando el mayor fastidio al corazon? ¿qué poder de hecho ejercerán esas gracias y esos dones que para fructificar exigen siempre la disposicion y cooperacion de la naturaleza, cuando esta, despues de haberlas poseido, conocido y gozado tantas veces, las abandona, las desprecia y las resiste con la peor de todas las fuerzas, que es la inercia del espíritu? En este estado no parece sino que la luz no tiene ya los encantos de aquella novedad maravillosa con que ostentaba un espectáculo ignorado y lleno de atractivos á un mundo que habia estado siempre en las tinieblas: los goces encuentran un corazon fastidiado de ellos y gastado en los placeres de la carne: las gracias encuentran laxados todos los resortes del hombre moral; y la conversion, en consecuencia de estas causas, viene á ser un objeto que casi raya en lo imposible.

¿Qué os diré, pues, hermanos carísimos, del cuadro lamentable que hoi está presentando la nacion mexicana, de esta decadencia progresiva en sus costumbres, de esta postracion de todas sus fuerzas morales, de este cáncer que la corroe sin cesar, de este marasmo que la tiene ya trasformada en un cadáver? Al incremento de la maldad antigua, que no ha mucho he deplorado amargamente, se junta hoi el escándalo de vicios nuevos que nos recuerdan á tantos pueblos réprobos cuando estaban en vísperas de recibir el último golpe de exterminio. Porque, católicos, no hai que alucinarnos con especiosas falacias; no hai que cubrir á nuestros ojos el mal que nos devora, con las bellas flores con que la vanidad engalana los sepulcros; no hai que seducirnos. México, despues de haber tenido un agraciado turno en la vocacion de los pueblos á la verdad y á la virtud; despues de haber mostrado en su frente los esplendores purísimos de la fe; despues de haber gustado por siglos el don celestial de la union con Cristo, de la vida religiosa y moral, de los preciosos bienes que tiene Dios prometidos, lo mismo que á los individuos, á las

naciones que permanecen fieles; despues de haber participado del Espíritu Santo en los misterios augustos, en la distribucion de los sacramentos bajo el gobierno de sus pastores, gime bajo el peso de todo linaje de tribulaciones. Su fe se halla mui debilitada, su gusto espiritual casi extinguido, su intimidad con Dios apénas se percibe. No solamente ha crecido en la maldad en vez de corregirse, no solamente ha esquivado la penitencia para reconciliarse con Dios, precipitándose de abismo en abismo en la pendiente fatal que conduce á la perdicion; sino que parece haberse connaturalizado con el pecado, haber perdido hasta su propia índole, revistiéndose de monstruosos caractéres; y no satisfecha con aquellas culpas que bastan para hacer temblar, ha contraido nuevos hábitos de algunas que mas inmediatamente atraen los anatemas del cielo.

¿No os horrorizáis, hermanos mios, de las proporciones inmensas que ha tomado el escándalo en nuestra desgraciada patria? ¿No temeis al ver cómo la prostitucion, poco satisfecha con ser tolerada, tiene pretenciones de ser instituida? ¿No tembláis á la vista de la mentira, la detraccion, la calumnia, el desenfreno de la lengua, organizadas en la prensa como un poder social de los mas fuertes en el movimiento político de las naciones? ¿No gemís, contemplando esas multiplicadas escenas de robo, de sangre y deshonra, que han venido á ser como el suceso diario de nuestros tiempos? Pero á lo ménos en aquellas clases que por la educacion y las comodidades de la vida parecen estar como aparte, sin entrar en el número de los actores de tales escenas, habrá una reserva de esperanza para la curacion de tantos males lastimosamente crónicos. ¡Vano esperar! La avaricia ocupa lo que el descaro deja; y esa pasion, tan estéril para los goces como fecunda para ciertos vicios, reparte su accion en toda la sociedad: con el agio agota las arcas nacionales y reduce á la mendicidad numerosas familias consagradas al servicio público; y con la usura mina todas las fortunas, esteriliza el trabajo, y retira indefinidamente los límites de la miseria.

¡Qué recurso nos queda, católicos, contra ese mal tan terrible como arraigado? ¿Adónde volver nuestros ojos? ¿Tal vez Dios, que vive en la fe, que se manifiesta espléndido en el culto, que es invocado en el lecho del dolor al aproximarse la muerte; Dios, que en todos los tiempos, en todos los pueblos ha sido creido, esperado y temido, triunfará con su Nombre, con su poder, con sus promesas y amenazas en esas crísis terribles en que la incredulidad arrastra en pos de sí legiones enfurecidas, que se lanzan sobre la religion y la Iglesia, para vilipendiarlas y destruirlas! Tal vez cuando ya sea preciso declararse por Dios ó contra Dios, la fe romperá los bronces que cierran el corazon del

avaro, y una causa tan santa le hará pasar por la penitencia sincera del corazon al campo de la virtud. ¡Esperanza quimérica! ¡encantamiento! ¡ilusion! Dios tiene que pasar á su turno esta revista de indiferencias: se pronuncia su nombre, pero no se siente su escarnio; se ocurre á la Iglesia, pero no excita ningun sobresalto la idea de su exterminio; se dan algunas muestras de disgusto, pero no hai el menor empeño en obrar conforme á las inspiraciones de una recta conciencia.

¿No recordáis, hermanos mios, la triste historia de estos escándalos entre nosotros, durante medio siglo? ¿No recordáis la marcha primero lenta, despues activa, y hoi precipitada del agio y de la usura? ¿esas arcas agotadas, y al parecer para siempre? ¿esos gobiernos humillados por la hambre ante las puertas de individualidades poderosas? ¿esas repetidas quiebras que sorprenden frecuentemente los mas bien formados cálculos? ¿No recordáis la triste historia de la infidelidad con Dios, no solo en la repeticion de los crímenes, mas tambien en el abuso del juramento? Este precepto tan sagrado, tan respetable, tan augusto, ¿ha podido sufrir vilipendios mayores que los que ha sufrido entre nosotros? La obediencia constante á la Iglesia de Dios, el respeto á sus pastores, la veneracion á sus templos ¿nada dicen á vuestra consideracion con esos inauditos atentados que nos ha tocado presenciar? Esas opiniones especiosas, con que se ha tratado de concertar en la conducta el interes con la conciencia en puntos esencialmente inconciliables, ¿no han hecho caer la venda de vuestros ojos? ¡Ah, hermanos mios! todo presenta los síntomas de un mal desesperado: ¡la corrupcion de las costumbres, el entronizamiento de los vicios, la libertad de las opiniones, el notable resfrio de la piedad, la indiferencia para con el culto, el descaro de la incredulidad, la frecuencia del sacrilegio, la multiplicacion del perjurio, el desprecio de la lei, la falsedad de la conciencia, el vilipendio de la autoridad canónica, el furor con que se persigue á los ministros de Jesucristo, la extincion de los nobles sentimientos, el triunfo completo de la iniquidad.... !!

¡Gran Dios! ¿este es el pueblo que tres siglos há entró en la ilustre categoría de vuestro reino, y quedó inscrito en el registro eterno de los adoradores de vuestra Cruz? ¿este es el pueblo que, una vez convertido, abrazó tan ardientemente vuestra causa, que llegó á ser un modelo en sus costumbres y en su piedad? ¿esta es la nacion apellidada un tiempo *eminentemente católica?* ¿este el uso que hemos hecho de nuestra vocacion y de vuestras gracias? ¿así hemos correspondido á la ternura inefable con que nos ha tratado siempre vuestra Madre? ¿de este modo hemos honrado á la que os portó en su vientre, despues de haber venido á erigir un trono junto á la colina

de Tepeyac? ¿hai alguno que pueda reconocernos hoi como verdaderos hijos de María de Guadalupe? ¿Cuál es, pues, nuestra situacion en vuestra presencia? ¡Hasta dónde hemos caminado en esa escala que marca los grados de vuestro sufrimiento? Despues de tanta corrupcion, de tantos crímenes, de tan escandalosos ó inauditos abusos, del infame pisoteo de vuestras gracias, ¿qué queda para nuestra esperanza en las reservas de vuestra misericordia? ¿Aún podemos revivir para vuestro amor, tornar á vuestra alianza, reincorporarnos en los caminos que conducen á vuestra gloria; ó colmada la medida, sonó ya la hora fatal, y no nos queda otra cosa que descender al abismo inmenso que se abre bajo nuestros piés . . . . ?

No hai mal desesperado, hermanos mios, en el órden moral, para una alma resuelta y decidida. Todas las Sagradas Letras están llenas de luz para la esperanza, y de vigor para el corazon. El designio de Aquel que hizo al hombre á su imágen y semejanza, es el reformarle para que sea perfecto, y salvarle para que sea feliz. La venida de Jesucristo no tuvo mas objeto que pagar la deuda de la culpa, realizar la esperanza de todos los que habian bajado al sepulcro sinceramente arrepentidos, y dejar en la tierra una piscina de salud para curar todas las enfermedades del alma. De mil maneras explicó sus deseos de que todos fuesen salvos, su prontitud para ocurrir al pecador arrepentido, su presteza para perdonar á todos los que sinceramente quisieren volverse á él: ya se manifiesta como un pastor cuidadoso y sensible, que deja las noventa y nueve ovejas, para correr en busca de la que ha perdido, y hallándola, vuelve con ella en sus hombros hasta colocarla otra vez en el redil; ya tambien como un inconsolable padre, que llora sin descanso á su hijo extraviado, y que cuando logra recobrarle, le recibe en sus brazos, olvida su culpa, celebra con un espléndido festin aquel hallazgo precioso, y le devuelve con su amor y ternura, todos los derechos, toda la estimacion y todo el rango que habia perdido.[1]

Pero si estos apoyos tan robustos, con que las Sagradas Letras sostienen la esperanza, no bastan para decidir vuestro corazon, hermanos mios, á fin de recobrarla toda con la mas sincera penitencia, volved vuestros ojos á ese altar: ved á esa Vírgen hermosa ornada con las estrellas, vestida del sol, con toda su grandeza y poder: vedla presidiendo aún á los destinos y salvando á pesar nuestro las últimas esperanzas de nuestra patria. ¡Cuántas veces ha hecho los mayores prodigios para salvarla! ¡cuántas otras ha detenido el brazo de la Justi-

1 Vease el capítulo XV del Evangelio de San Lúcas, en que están referidas tanto la parábola de la oveja perdida como la del Hijo pródigo á que aludo aquí.

cia eterna para que no descargue sobre nosotros el último golpe! Ella solo quiere de parte nuestra, para hacerlo todo de la suya, un deseo eficaz, un arrepentimiento sincero, una voluntad pronta y resuelta. ¡Ea, pues, hermanos mios carísimos! correspondamos todos á estas invitaciones que ella nos hace con su amor, y que debemos temer sean acaso las últimas: coloquémonos bajo su proteccion eficacísima, llorando nuestras culpas, lavándolas con la penitencia y arrojándolas muí léjos de nosotros con la perseverancia. Estamos postrados en el lecho de la muerte; pero ella es la Madre de la vida: desfallecemos consumidos; pero ella es la gran virtud por donde se comunica la fuerza infinita del Señor: todo lo hemos perdido; pero lo recobrarémos todo miéntras ella cuente aquí con hijos verdaderamente fieles, que cooperan á sus designios, que son todos de salud y felicidad.

¡Oh Reina poderosa! ¡oh Vírgen inmaculada! ¡oh Madre amante! ¡oh María de Guadalupe! este pueblo infeliz, que yace postrado en el lecho de la muerte, que desfallece consumido bajo el peso de su dolor, levanta su corazon atribulado hácia tí, para saludarte con toda la Santa Iglesia como á su Reina y su Madre llena de clemencia, de bondad y misericordia, y mira en tí la vida de su vida, el supremo de sus goces, el solidísimo apoyo de su esperanza! *Salve Regina, Mater misericordiæ, vita, dulcedo, et spes nostra, salve.* Desde el abismo profundo de su miseria, desde las regiones del pecado en que yace proscrito, desde este piélago de llanto donde vogan los hijos de Eva delincuente, suspira, gime, llora sin consuelo, poniendo en tí su esperanza toda, y no aguardando ya sino una palabra tuya para saber si es de vida ó de muerte. *Ad te clamamus exules filii Evæ: ad te suspiramus gementes et flentes in hac lacrymarum valle.* Vuelve, pues, hácia nosotros, víctimas de nuestros extravíos, encadenados por nuestras pasiones, amenazados con la última ruina, esos tus ojos de misericordia, de bondad y ternura: pon de nuestra parte, aunque indignos y mil veces pródigos, la clemencia del Dios Salvador, fruto bendito de tu vientre. *Eja ergo, Advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte; et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende.* Ponle delante, para conmoverle, tus gracias, tus virtudes, tus dolores, tus incomparables merecimientos, su amor á los hombres y su sangre preciosa. Vírgen de la clemencia y de la piedad, Vírgen de la dulzura y de la gloria, resuenen en los cielos y en la tierra las voces de tu corazon maternal, esas voces de poderosos ruegos y eficaces súplicas que nunca dejaron de ser atendidas con toda prontitud en la corte del Rey de los reyes. *¡Oh clemens! ¡oh pia! ¡oh dul-*

cis Virgo Maria! ora pro nobis, Sancta Deigenitrix. Trueca, ¡oh Señora! este proceso terrible, que ya nos tiene abocados á los abismos de una eternidad desgraciada por nuestros muchos y gravísimos pecados, por el escandaloso abuso que hemos hecho de tantas gracias y por nuestra ingratitud á tantos beneficios como nos has dispensado, en un decreto de libertad, prevenido por la penitencia y dictado por la misericordia. Restablézcase por tu medio y para siempre, ¡oh Vírgen poderosa! la alianza con tu Padre celestial, rota mil veces por nuestra obstinacion en la culpa, y vuelvan otra vez á sostener nuestra esperanza las promesas fundadas en la palabra infalible de tu Divino Hijo; esas promesas consoladoras que salvaron la esperanza en los momentos en que iba á naufragar; esas promesas por cuyo cumplimiento suspiraban los patriarcas; esas promesas que inspiraron á los profetas para anunciar el advenimiento del Mesías, que habia de realizarlas; esas promesas de gracia que previene, que justifica y salva; esas promesas de gloria inamisible, que han sostenido en la tierra y recompensado en el cielo la carrera heróica de la virtud: *ut digni efficiamur promissionibus Christi.* Torne otra vez esta nacion, á quien todavía te complaces en llamar tuya, y que nunca dejará de clamar á tí como á su tierna y querida Madre, la unánime profesion de la fe católica, el culto en espíritu y en verdad, las virtudes privadas y públicas, la verdadera paz; y nada se interrumpa en el resto de nuestra vida presente, para que, al terminar de ella, entremos todos en el goce y posesion de aquella ventura suprema y perdurable, que han debido y deberán siempre tus hijos fieles á tu proteccion poderosa en la morada eterna de los escogidos.

PANEGIRICO

DE SANTA

TERESA DE JESUS.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DEL CARMEN DE MORELIA EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1848.

Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret.

Dios ha escogido á los necios segun el mundo, para confundir á los sabios; y Dios ha escogido á los flacos del mundo, para confundir á los fuertes; y á las cosas viles y despreciables del mundo, y á aquellas que son nada, para destruir las que son *al parecer grandes.*

I Cor. cap. I vv. 27 y 28.

Cuando leemos atentamente, católicos, la historia de la religion, que comienza en la primera página del Génesis, sigue el curso de los siglos y habla constantemente con sus grandes hechos á la inteligencia y al corazon, y traemos al paralelo el pensamiento de Dios y el del hombre acerca de las tres cosas que resumen, digámoslo así, las aspiraciones universales de la humanidad en todas sus épocas, conviene á saber: la ciencia, el poder y la felicidad; no sabemos qué admirar más, si la paciencia infinita de Dios en aleccionar al mundo, ó la rudeza inconcebible del mundo, que todo lo ve, todo lo palpa, y no llega jamas á rendirse dócil á la verdad y á la virtud. En todos tiempos ha dispensado el Señor á los hombres cuanto se necesita para ilustrarlos, santificarlos y salvarlos; pero en todos tiempos asimismo han esquivado aquellos las luces de la fe, los preceptos de la lei divina y los medios eficaces y únicos para ser verdade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cis Virgo Maria! ora pro nobis, Sancta Deigenitrix. Trueca, ¡oh Señora! este proceso terrible, que ya nos tiene abocados á los abismos de una eternidad desgraciada por nuestros muchos y gravísimos pecados, por el escandaloso abuso que hemos hecho de tantas gracias y por nuestra ingratitud á tantos beneficios como nos has dispensado, en un decreto de libertad, prevenido por la penitencia y dictado por la misericordia. Restablézcase por tu medio y para siempre, ¡oh Vírgen poderosa! la alianza con tu Padre celestial, rota mil veces por nuestra obstinacion en la culpa, y vuelvan otra vez á sostener nuestra esperanza las promesas fundadas en la palabra infalible de tu Divino Hijo; esas promesas consoladoras que salvaron la esperanza en los momentos en que iba á naufragar; esas promesas por cuyo cumplimiento suspiraban los patriarcas; esas promesas que inspiraron á los profetas para anunciar el advenimiento del Mesías, que habia de realizarlas; esas promesas de gracia que previene, que justifica y salva; esas promesas de gloria inamisible, que han sostenido en la tierra y recompensado en el cielo la carrera heróica de la virtud: *ut digni efficiamur promissionibus Christi.* Torne otra vez esta nacion, á quien todavía te complaces en llamar tuya, y que nunca dejará de clamar á tí como á su tierna y querida Madre, la unánime profesion de la fe católica, el culto en espíritu y en verdad, las virtudes privadas y públicas, la verdadera paz; y nada se interrumpa en el resto de nuestra vida presente, para que, al terminar de ella, entremos todos en el goce y posesion de aquella ventura suprema y perdurable, que han debido y deberán siempre tus hijos fieles á tu proteccion poderosa en la morada eterna de los escogidos.

PANEGIRICO

DE SANTA

TERESA DE JESUS.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DEL CARMEN DE MORELIA EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1848.

Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret.

Dios ha escogido á los necios segun el mundo, para confundir á los sabios; y Dios ha escogido á los flacos del mundo, para confundir á los fuertes; y á las cosas viles y despreciables del mundo, y á aquellas que son nada, para destruir las que son *al parecer grandes.*

I Cor. cap. I vv. 27 y 28.

Cuando leemos atentamente, católicos, la historia de la religion, que comienza en la primera página del Génesis, sigue el curso de los siglos y habla constantemente con sus grandes hechos á la inteligencia y al corazon, y traemos al paralelo el pensamiento de Dios y el del hombre acerca de las tres cosas que resumen, digámoslo así, las aspiraciones universales de la humanidad en todas sus épocas, conviene á saber: la ciencia, el poder y la felicidad; no sabemos qué admirar más, si la paciencia infinita de Dios en aleccionar al mundo, ó la rudeza inconcebible del mundo, que todo lo ve, todo lo palpa, y no llega jamas á rendirse dócil á la verdad y á la virtud. En todos tiempos ha dispensado el Señor á los hombres cuanto se necesita para ilustrarlos, santificarlos y salvarlos; pero en todos tiempos asimismo han esquivado aquellos las luces de la fe, los preceptos de la lei divina y los medios eficaces y únicos para ser verdade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ramente dichosos. De aquí la lucha, tan antigua como el mundo, de las criaturas racionales contra su Criador: de aquí aquella primera rebelion que mató la felicidad en su cuna, emponzoñó á la humanidad en su fuente, y abrió con el pecado ese cauce inmenso que ha inundado en la iniquidad toda la tierra: y de aquí, por último, esos empeños incansables de la misericordia divina manifiestos en las Sagradas Letras, esa solicitud nunca desmentida con que Dios ha procurado, á despecho del hombre mismo, salvarle á toda costa, empleando á propósito medios, no solo extraordinarios, sino á todas luces milagrosos. Mas en todos ellos aparece que los caminos de Dios para ilustrar, convertir y salvar al hombre, son el servirse de lo que juzga el mundo mas despreciable y aun vil, para confundir todo lo que apellida ilustre, grande y magnífico. Por esto el apóstol San Pablo ha resumido en las palabras que me sirven de texto la gran restauracion de la verdad, la virtud y la felicidad obrada por Jesucristo; pues aparece como el deshecho del mundo, y muere crucificado, para reparar las ruinas del Paraíso.

En efecto: la gran revelacion, el fondo de la luz, que habia de resplandecer en toda la tierra, estaba en aquella Cruz á quien la vanidosa presuncion del gentilismo calificaba con el nombre de locura; la fuerza y el poder, que habian de rendir y avasallar á todo el Universo, estaban en aquel madero, generalmente visto, no solo como un signo de debilidad, sino como la misma ignominia: y esta Cruz, de todos esquivada y aun maldecida, esta Cruz encarnecida por la sabiduría del gentilismo, anatematizada por el celo hipócrita del pueblo judío, pesaba los destinos del mundo y estaba preparada para destruir cuanto en él habia de mas fuerte, sólido y grande, y levantar sobre sus ruinas el noble y augusto edificio de la Iglesia católica, depositaria de la verdad, maestra de la virtud y dispensadora de la bienaventuranza. Dió algunos pasos el tiempo, y pronto quedó robustamente confirmado este triple carácter de luz, de vigor y de bien con que la fe ve revestido el signo de un Dios Crucificado. Con él delante caminan los apostóles que le predican, los confesores que le portan, los mártires que le defienden, las vírgenes que le engalanan, los doctores que reflejan su luz hácia los siglos, porque no han querido saber mas que á Jesus Crucificado: en fin, cuanto de mas ilustre, noble, grande, poderoso y feliz presentan las generaciones y los siglos, manifestando de esta suerte que Dios Nuestro Señor, á fin de confundir al mundo, esquiva, desprecia y abandona cuanto este aprecia por ilustre y grande, haciendo resplandecer su divinidad y con ella su sabiduría, su poder y su gloria, en aquello precisamente que el mundo ridiculiza como extravagante, desdeña como falso y débil, menosprecia y aun odia como innoble y despreciable: *Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes. et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut quæ sunt destrueret.*

Pero si hai, hermanos mios, un monumento admirablemente caracterizado, una prueba notabilísima de este concepto del apóstol S. Pablo, es la que ofrece á nuestra enseñanza y admiracion esa tierna Vírgen que, nacida en un siglo perdurablemente célebre por los muchos y terribles males que trajo á la Iglesia de Dios, se presenta sola, como uno de los mas esforzados atletas que habian de militar contra tan odioso enemigo en el campo de la Cruz, como una personificacion de todo lo que puede la intimidad estrecha con Dios en el órden de la sabiduría, del poder y de la gloria, como una prueba robusta y encantadora de esa ironía sublime que lanzó Pablo contra las luces, las magnificencias y las dichas del siglo.

Los trofeos de la Iglesia católica en el campo de la ciencia, multiplicados pasmosamente por el genio inspirado de la religion y por las conquistas del celo apostólico, dejaban todavía un espacio inmenso que recorrer á los gloriosos atletas de la Cruz: porque el siglo, sin rehusar sus tributos á la sabiduría de los doctores, y afectando no apercibirse de las conversiones y mudanzas obradas por los misioneros, cargaria su accion, lleno de vanidad, sobre ese invisible mundo en que la oracion realiza los mayores prodigios y aparece como el mas poderoso elemento de la verdad y la virtud.

Hé aquí, hermanos mios, lo que reservaba Dios á Teresa de Jesus, y lo que parece formar el carácter distintivo de su accion y el sólido fundamento de su gloria. La oracion ha sido en todos tiempos, y nunca dejará de serlo, el canal por donde vienen á la tierra todas las gracias del cielo, la fuente de las mas felices inspiraciones, el jugo que alimenta y nutre la virtud en el alma; pero en Teresa de Jesus figura de una manera particularmente notable, está como personificada en ella para ostentarse á la faz del Universo en toda su luz, con su inmenso poder y sus inefables dulzuras. Parece que Dios, queriendo descargar sobre el siglo el último golpe de la humillacion con un ejemplo verdaderamente sublime, y queriéndole hacer palpar cómo se sirve de lo que reputa el mundo por mas necio para humillar á los sabios, y de lo mas débil para confundir á los fuertes, y de lo mas despreciable y nulo al parecer, para abatir toda altura y reducir á la nada todo lo que mas admira, dispuso que una muger desde sus tiernos años, sin otros preparativos, sin otro elemento, sin otro medio que la oracion, recorriese una vastísima car-

rera, llenase de admiracion á los hombres mas eminentes, y confundiese á los varones mas esforzados, acometiendo y llevando á efecto empresas que, por espinosas y árduas, hubieran abrumado el pensamiento y arredrado la accion de los hombres mas sabios y poderosos.

Recorriendo la vida maravillosa de esta Santa, vemos salir de su pluma una sabiduría que admira, de su voluntad un poder que confunde, de su intimidad con Dios un cuadro lleno de primores y encantos, y todo esto, reconociendo como á su causa inmediata, como á su fuente perenne, á la oracion. Es mi ánimo poner á vuestra vista, católicos, el esplendor, la fuerza y los goces inefables de la oracion, personificados en la vida de Teresa de Jesus, como una demostracion práctica y sublime de que la oracion, cuando tiene los caractéres de perfecta, es: en primer lugar una fuente de la mas alta sabiduría; en segundo, un elemento del mas irresistible poder; y por último, una vida de los goces y las delicias mayores que pueden disfrutarse aun en la tierra. En suma: quiero mostraros á Teresa de Jesus como una criatura dispuesta por Dios para confundir la sabiduría del mundo, rendir el poder del mundo y poner en claro la ruindad y muerte de los placeres del mundo.

Mas á fin de obtener los mas preciosos frutos en consecuencia de esta santa predicacion, ocurramos por la luz y la santa mocion del Espíritu Santo á su purísima Esposa, la Vírgen de las vírgenes, Trono de la Sabiduría eterna, Madre de la gracia divina y Reina de la santidad, implorando su proteccion con toda la Iglesia. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Representémonos, católicos, el cuadro general de la Europa en el tiempo señalado por la Providencia para suscitar á Teresa de Jesus con la noble mision de asociarse á otros gloriosos atletas para combatir á tantos enemigos conjurados contra su reino, y reparar todas las ruinas causadas en el seno de la Iglesia por el triple genio de la herejía, de la corrupcion y del cisma. Era el principio del célebre siglo fastuosamente apellidado regenerador de las ciencias, de las letras y de las artes, y universalmente reconocido como el principio de la segunda época de la Era moderna. Atento únicamente á los objetos que comprendia en la fastuosa voz de *Renacimiento*, pero perdiendo de vista los inmensos tesoros que poseia, decidido por el paganismo en concurso de la civilizacion evangélica, partidario de las glorias efímeras de un mundo avasallado y convertido por la Cruz, y desdeñoso de los goces inseparables de la fidelidad á la lei divina, renovó la triple tentacion de la ciencia, del poder y del deleite, para derrocar el imperio de la verdad católica, nulificar la poderosa influencia de la gracia y destruir en el corazon los únicos elementos del verdadero bien.

¿Qué no era necesario, decidme, para triunfar de un siglo como éste, que sin abandonar ninguna de las armas que desde el principio del cristianismo habian esgrimido los enemigos de la Iglesia contra ella, combatía con otras nuevas y abria una carrera de persecucion, en que el error, la incredulidad, el vicio, y todo lo que hai de mas terrible lucharian denodadamente para extirpar de la tierra la verdad, la virtud y la felicidad? Era necesario que la Iglesia pusiese á un tiempo mismo en accion sus antiguos y nuevos elementos, que luchase contra el siglo con el poder de su autoridad, con el genio de su ciencia, con el vigor de su apostolado y con la alianza estrechísima entre Dios y sus escogidos.

Hé aquí por qué vemos aparecer en esa época perdurablemente célebre lo que hai de mas notable al parecer en todas líneas, revestido de caractéres extraordinarios, en el cuadro general de la historia: dos campos enemigos cubiertos ambos de atletas mas esforzados que nunca por obtener un triunfo decisivo; un falso renacimiento que, seduciendo con los esplendores del paganismo, queria opacar la luz del Evangelio; la ciencia católica derramando, con la santa predicacion, todo el esplendor de la antigüedad sagrada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre todo el Universo; institutos antiguos renaciendo como de sus propias cenizas, volviendo por la reforma y la restauracion de la disciplina al vigor de sus mas hermosas épocas; nuevos apologistas, nuevos doctores aterrando á los enemigos de la verdad en el campo de la controversia; celosos ministros de la palabra evangélica recorriendo el mundo entero para esparcirla y hacerla fructificar: el deseo de la conversion de las almas dando nacimiento á nuevos institutos, consagrados mas especialmente á la purificacion de las conciencias y á la asistencia de los moribundos; la caridad haciendo prodigios donde quiera que se escuchaban los lamentos de la miseria, del dolor y de la desgracia: las clases todas, encontrando hombres de Dios en atalaya para salvarlas de la seduccion y del vicio: en fin, un cuadro en que aparecen todas las luces, todos los conocimientos, la accion fecundísima de la caridad y del celo, haciendo admirar el concierto de todas las fuerzas intelectuales para combatir la falsa ciencia del siglo, de todas las fuerzas morales para desarmar el poder del siglo, de todas las fuerzas místicas, digámoslo así, para reducir á la nada la influencia del sensualismo del siglo.

¿Quién hubiera podido imaginar que con tantos elementos, con tan vigorosos atletas, ese siglo terrible todavía no retrocediese, todavía no confesase su derrota, ni abandonase la pretension de subyugar al mundo? Pero el hecho es que los mismos triunfos obtenidos contra él vinieron á servirle de nuevas armas: proponiéndose como fin el arruinar el poder del espíritu, el dogmatismo de la fe y el magisterio de la conciencia, nada le importaban los medios, y por esto sucedió que, haciendo mil cumplimientos á la inteligencia y sabiduría de los insignes defensores de la religion, apelaba para salir avante á explicaciones que le diesen, ya que no la victoria, por lo ménos ventajas considerables en su marcha. Era pues necesario combatirle en un terreno nuevo, humillarle de tal suerte, que no le quedase ni aun el recurso de una finjida alianza: era necesario que le derrotase la ciencia sin dejarle arbitrio para referir al ingenio y al talento el esplendor del triunfo; que le desconcertase la virtud sin que pudiera señalar como causas las influencias poderosas del mundo; que una hiel, nacida no de la tierra sino del cielo, amargase todos los placeres con que procuraba atraer mayor número de adoradores. Hé aquí lo que Dios hizo y se manifiesta con tanta luz en la vida para siempre ilustre de la Vírgen á quien hoi ofrecemos nuestros cultos. Destinada para convencer al mundo de estulticia, y nada ménos que en el teatro de la inteligencia, se nos presenta en dos épocas las mas á propósito para descargar sobre él un doble golpe: una en que parecia estar enteramente de su parte, y otra en que,

volviéndole las espaldas para siempre, le rehusó hasta el último recuerdo. Dios nuestro Señor queria que la vida de Teresa fuese un arsenal de poderosas armas para confundir al siglo; que cuando ella encadenase con su pluma las inteligencias mas privilegiadas, no hubiese lugar á explicaciones ningunas que desvirtuasen el verdadero carácter de tan bella conquista, ni otro recurso que el de la oracion y el de la intimidad con Dios, para encontrar las causas de aquella superioridad incontestable que tuvo sobre su siglo y los posteriores por la grandeza de sus concepciones, la fecundidad de su talento, las producciones inimitables de su pluma.

Vedla nacer, educarse, vivir en el siglo, y cómo las mas felices disposiciones de la naturaleza, forman un perfecto contraste con la mas penosa esterilidad: vedla en seguida romper con el siglo, entregarse á Dios, pasar por una carrera de pruebas bien terrible, adelantar paulatinamente, hasta adquirir aquella facilidad y soltura, aquella robustez y vigor, aquella pasmosa lucidez que aparecen en sus escritos, cuando su alma, educada, nutrida, formada y consumada en la oracion, reflejaba tan de lleno hácia la tierra las inspiraciones sublimes de la sabiduría de los cielos.

No podian ser mas felices, católicos, los auspicios bajo que vino al mundo Teresa de Jesus: porque Dios quiso que no le faltase nada en lo absoluto de cuanto forma los mas ilustres antecedentes. Nació de padres nobles y piadosos, tan distinguidos por ser una de las mas notables familias, como edificantes por la regularidad de su vida y su amor á la virtud. Esto es bastante sin duda para comprender todo el esmero y constante solicitud con que atenderian entrambos á la educacion de su hija, que por otra parte fué para ellos la mas querida de todos los frutos de su union conyugal. ¿Qué diré de las dotes naturales con que aquella criatura cautivaba desde su mas tierna infancia el corazon de cuantas personas tenian el gusto de conocerla y de tratarla? Sin hablar de su hermosura y gracia en el órden físico, de su rara capacidad, extraordinaria viveza y una profundidad que dejaba traslucir al través de los mismos juegos de la niñez, se hacia constantemente admirar de todos por ciertas inclinaciones que parecian un preludio del destino á que Dios la llamaba en sus designios. Un amor á la piedad, mui singular en tan tierna edad, una vehemente inclinacion al retiro, un empeño en repasar con su meditacion los rasgos mas patéticos de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo y las virtudes de los santos, y lo que mas admira, un deseo ardiente del martirio, que no la dejaba descansar, fuéron los rasgos ó primeros lineamientos del carácter moral de tan privilegiada criatura. Sus deseos de sufrir la muerte por la fe de Jesucristo, le

inspiraron el pensamiento de abandonar ocultamente á su pais, casa, familia y deudos, para ir, como en efecto lo emprendió, á tierra de moros, donde hacer una de esas confesiones generosas que han figurado siempre como el proceso de los mártires. Caminaba gustosa, en compañía de uno de sus hermanos, en busca de aquel destino que tanto codiciaba, cuando un tio suyo, tan sorprendido como alarmado al encontrarla y saber el motivo de tal viaje, la restituyó á su casa y familia. Siendo tan tierna su edad, ya dedicaba una parte de su tiempo á la oracion, ya empezaba á sentir los inefables goces de su ejercicio frecuente, y es mui digno de notarse que á la vista de una pintura de la Samaritana, clamó á Dios con toda la fe y confianza de aquella mujer: "Señor, dame á beber de esa agua," con lo cual sintió aquella sed insaciable de amor divino que, con excepcion de un cortísimo intervalo, fué el sentimiento constante de su vida.

¿Quién hubiera podido imaginar que una carrera tan felizmente comenzada sufriria un ligero extravío, capaz de cortarla para siempre, si Dios no hubiera estado tan pendiente de esta vírgen, para reincorporarla en los caminos rectos del espíritu? Pero el hecho es que una circunstancia, de poco momento al parecer, vino á perturbar aquel tranquilo curso en que la virtud caminaba con sosiego, como entre flores, al suave impulso de una gracia fecunda y una dócil naturaleza. Hubo un pequeño periodo en que Teresa leia con trasporte las aventuras fabulosas en que el amor profano, "revestido, dice un sabio pontífice, de cuanto la generosidad caballeresca y la mundana cultura tienen de brillante y seductor, sustrae á la vista el verdadero aspecto de ese vicio detestable que debe alarmar siempre la pureza; y no discurrió mucho tiempo sin que los encantos de la impostura le hiciesen perder el gusto puro de la verdad." Teresa comenzó por preferir las lecturas profanas á las lecturas de Dios, y no pasaron muchos dias sin que se ocupase con mas esmero en los atractivos y en el ornato de su sexo, y aun buscase un esposo mortal, esta tierna vírgen, que tenia de antemano un Esposo Divino á quien dedicar todos los esmeros de su ternura y los trasportes de su corazon.

Mas vos, ¡oh Dios mio! la consagrásteis con una mirada de amor para vuestro tálamo nupcial desde los primeros albores de la existencia, y aquel deseo innato de morir por vos, que sorprendian todos en su corazon desde su tierna infancia, aquella inclinacion continua á la soledad que representaba hasta en sus inocentes juegos, bien claramente descubrian que, si habia de dejaros un breve tiempo al dar sus primeros pasos por las calles de Babilonia, este pobre tributo pagado á la naturaleza frágil, solo serviria para depurarla despues incesantemente y hacerla mas agradable á vuestros divinos

ojos. ¡Oh Dios, profundo en vuestros juicios! ¡cuánto no habéis querido enseñarnos con este solo rasgo de la vida de vuestra esposa! Todo con vos, nada sin vos.

En efecto, católicos, el esplendor de Teresa sufrió un eclipse momentáneo; pero eclipse feliz, pudiéramos decir, por haber contribuido tanto á radicar en lo mas íntimo de su alma el convencimiento de que no puede brillarse sino solo con aquella luz que vino á disipar las tinieblas de un mundo sentado en las sombras de la muerte.

Estos pocos años que pasó Teresa de Jesus tan distraida de sus primeros caminos por estas lecturas peligrosas, aunque conservándose libre de vicios mortales mediante la gracia que siempre la acompañaba y un sentimiento de honor junto con un odio á cuanto pudiese manchar la honestidad, que nunca se apartaron de su corazon, y en los cuales iba perdiendo poco á poco el gusto por la piedad y el retiro y su primitivo fervor, corriendo así todos los peligros, entraban sin duda en los designios de Dios, supuesto que habian de servir de una incontestable prueba del poder de la oracion contra la sabiduría del mundo.

¿Qué le faltaba en este corto periodo de su vida de cuanto el siglo pide para que se brille con su luz y se goce de los placeres con que brinda? Nada. Familia ilustre, educacion esmerada, teatro brillante, como el que presentaba España en el siglo décimo-sexto, talentos de primer órden, lecturas incesantes de los libros profanos que corrian con mayor celebridad, todos los encantos del sexo por las gracias que le habia prodigado la naturaleza, toda la amabilidad del carácter, que aumentaba sus atractivos y llenaba de placer á cuantos la trataban, toda la delicadeza y finura de las modales y el trato, y para que nada se echase de ménos, aun el arte de embellecer y realzar la naturaleza, empleando las galas y atavíos con el refinamiento del siglo: todo parecia como dispuesto para que aquella vírgen adquiriese mui pronto tal ascendiente sobre su época y sus contemporáneos, que fuese, al mismo tiempo que uno de los caractéres mas célebrados, uno de los talentos mas fecundos en producciones literarias. Mas no fué así: aquellos años pasaron en medio de la mayor esterilidad. La verdad tuvo la menor parte en una carrera mental en que la fábula y la mentira ocupaban la mayor; y así debia suceder, para que aquellas producciones que mas tarde habian de salir de su pluma, nada debiesen absolutamente, á los ojos del observador ni en la mas remota apariencia, á las influencias intelectuales de ese siglo engalanado con todos los troféos de la inteligencia y del genio.

Insensiblemente fué apartándola el Señor de tan peligrosos cami-

nos, ya con pesadumbres que hacian los mayores estragos en su sensibilidad, ya con ciertos golpes dados á su amor propio, ya con algunas reflexiones inspiradas por el ejemplo, ya con enfermedades que la ortllaran al sepulcro, ya por situaciones accidentales al parecer, ya finalmente, con la reaccion de los pensamientos antiguos, renaciendo á favor de lecturas hechas como al encuentro, sobre las ideas recogidas en los libros de la vanidad.

La muerte de su madre descarga un golpe terrible sobre el corazon de esta hija querida; las lágrimas y el dolor dan alguna tregua ó roban un considerable trecho al curso de la vanidad; mas no bastando á producir una reaccion completa en el alma, porque ciertas personas mui allegadas vinieron pronto á entretenerla, divagarla y seducirla, se prolongó todavía más una época de ligereza y disipacion que, sin comprometer del todo la inocencia, progresaban de continuo, y hubieran acabado por perderla si los tiempos no se hubiesen abreviado.

El padre de Teresa de Jesus, cuyas costumbres severas, cuya consagracion á la piedad, cuya repugnancia á los libros que no condujesen á formar la virtud, le traian tan inquieto por una hija tan amada, que aunque hubiera querido no apartarla un instante de su lado, tuvo que apelar al recurso de colocarla, si bien con la posible reserva, en un convento de monjas, sin mas objeto que ponerla á salvo de los peligros consiguientes á su vida en el mundo. Este retiro que, á los ojos de aquella vírgen aparecia como un castigo que menguaba su honra en alguna parte, á lo ménos porque se tuviese desconfianza de su virtud en los peligros, le causó una impresion penosa; mas no pudiendo ésta destruir ni su buen juicio, ni su amable carácter, pasó pronto, cediendo el campo á oportunidades mui felices que iban desarmando el poder del siglo sobre aquella alma reservada nada ménos que para privilegiado trono de Jesucristo. Sustraida en aquel retiro al trato con el mundo, testigo y admiradora de las virtudes que residian en aquel claustro, iba perdiendo insensiblemente algo de sus antiguas afecciones, y aunque con lentitud, comenzaba ya un cambio que mui pronto la trasformaria del todo.

Una grave enfermedad, que llenó de alarmas á su padre, le obligó á sacarla del convento á fin de prestarle la eficaz asistencia que aquella crísis de su vida estaba reclamando. Salvó de ella y convaleció en la casa de un tio suyo, dedicado fervorosamente á la piedad, varon respetable por sus virtudes, y consagrado á esas lecturas en que se aprende la verdadera sabiduría, que es la ciencia de la salvacion. Las ideas de Teresa progresan allí, desandando sus últimos caminos: cada dia tienen ménos interes á sus ojos aquellas lecturas

que la sitiaban todavía con sus importunos recuerdos: su alma, felizmente dispuesta, no necesitaba ya sino solamente de una ocasion bien aprovechada. Sin embargo, todavía esta vírgen luchaba entre Dios y el siglo; todavía no sentia en su corazon la presencia de una resolucion generosa; todavía no era cosa imposible para ella el tener un esposo mortal. Vacilante, incierta, dudosa, errante con sus propios pensamientos, de nada se hallaba tan léjos como de fijarse; pero Dios, que no la perdia ni un instante de vista, pronunció el *fiat* que habia de poner término á un periodo de tanta vaguedad é incertidumbre, dar el golpe decisivo á su corazon y radicarla para siempre en su amor hasta la muerte.

Gerónimo, este antiguo maestro de las vírgenes del desierto, vino á sorprender á la nuestra en el sueño de sus ilusiones. Teresa marchaba distraida, y como por acaso toma las Epístolas de este Santo Doctor, abre sus páginas, y en el momento mismo no siente ya sino la verdad en su alma, y las lágrimas en sus ojos.... ¡Oh Dios paciente y misericordioso! ¡cuán incansable sois en solicitarnos por todas partes con vuestro amor! ¡tan admirable cuando alumbráis los dias de la inocencia, como cuando esperáis las lágrimas del arrepentimiento!

Tan tristes experiencias, católicos, alarmaron de tal suerte la razon y la voluntad de esta vírgen, que desde aquel instante pronunció sin reserva el desprendimiento de todo lo que no es Dios, lo que no viene de Dios, lo que no se dirige á Dios. Despues de una postrimera lucha entre sus antiguos afectos y sus últimos desengaños, queriendo alejar de sí hasta el mas remoto peligro, concibió la resolucion de abrazar el estado religioso. Mui graves fuéron las dificultades que para llevarla á efecto encontraba en el tierno amor de su padre: oponíase éste fuertemente á un paso que debia sacar para siempre de su lado á una hija tan querida; pero ella, venciendo con los impulsos heróicos de una voluntad resuelta cuantos obstáculos se le oponian, partió acompañada solo de un hermano suyo al convento de la Encarnacion de Avila, manifestó su pretension, tuvo el consuelo de ser admitida, y tomó el hábito de carmelita el 2 de Noviembre de 1533. ¡Suceso altamente misterioso, que puede ser visto como el crepúsculo del nuevo esplendor que bajo el influjo de esta novicia despediria despues de algunos años aquella órden ya mui célebre y admirada en los fastos de la virtud!

Colocada en aquel coro de vírgenes consagradas al Señor, emprende su carrera toda de oracion y de penitencia; y aunque su fervor sufre una nueva parálisis, de que os hablaré despues, mui pronto se recobra y vigoriza, y en su misma caida encuentra nuevas luces

y estímulos para realizar mas eficazmente los designios del Señor: en su oracion constante halla el secreto de aquella sabiduría y fortaleza que llegó á conquistar en un grado verdaderamente sublime. Vedla, hermanos mios: no busca ya otra luz que la sobrenatural: cierra sus ojos á todos los prestigios del talento y de la sabiduría mundana, y firme como Pablo en el deseo y en la resolucion de no saber mas que á Jesucristo crucificado, le inmola generosamente todas las brillantes cualidades de su espíritu. Ya desde aquí el entendimiento de Teresa emprendió una nueva carrera. Esta vírgen cambia de maestro y de medios para ilustrar su razon: ya no estudia sino solo á los piés de Jesucristo. Desapareció para siempre á sus ojos el mundo; pero el mundo, que ya la conocia, no imagineis que la olvidase en su soledad: persiguióla hasta allí, no ya con estímulos y sugestiones, sino con quejas y lamentos: la compadecia entónces, como compadece hoi á nuestras vírgenes sagradas y á cuantos abandonan su bullicioso teatro para recogerse profundamente en la casa del Señor: veia opacada su inteligencia, encadenada su razon, inerte su talento: consideróbala perdida para las ciencias y las letras, para las glorias de su sexo y los encantos de la sociedad. ¿No recordáis aquí su propio lenguaje, ese idioma que os es tan conocido, que no deja de emplear frecuentemente para atraer el menosprecio sobre la virtud, y que por una desgracia que nunca lamentarémos bastante, ha venido á ser ya general en nuestros dias? Mas venid, ¡oh católicos! venid á presenciar la falacia de estas quejas, venid á ver á qué se reducen las necias declamaciones del mundo. Pero no: venid á admirar la mas grande maravilla que pueden presentar los siglos; venid á ver una vírgen que, sin otro maestro que Jesucristo, sin otra escuela que la oracion, sin otros estímulos que la caridad, sin otros medios que la humildad mas profunda, la mas completa renuncia de su razon y de sus talentos, sin otra luz que la fe, hace salir de los misterios de su oscuridad, y desde los pequeños asilos de su retiro ignorado, unas producciones eminentes que han sido las columnas de la virtud, los ornamentos de la Iglesia, y tambien las antorchas de las letras humanas.

¡Cómo hablar dignamente, católicos, de unos escritos que, si cautivan la admiracion é inflaman el alma con el fuego del amor divino, son por otra parte inaccesibles al frio contacto de la razon humana! ¿Qué asunto ha tratado esa escritura ilustre donde no se toquen los términos de la mas alta perfeccion? ¡Ah! cuando recorro estos libros tan profundamente pensados, tan ardientemente sentidos, tan sábiamente dispuestos, tan maravillosamente adecuados á la gran reforma del hombre moral; cuando fijo mi vista en esos cuadros siempre variados, siempre verdaderos, siempre oportunos, donde pinta mas bien que describe las diversas situaciones y las muchas alternativas del espíritu; cuando enseñado por Teresa de Jesus, veo dónde nacen y hasta dónde llegan las relaciones íntimas y eternas que me unen con la especie humana, y á mí y á la especie humana con el Criador supremo de todas las cosas; cuando estudio esas máximas infalibles que me advierten sobre mi conducta en el curso vario, en las circunstancias y vicisitudes diversas de la vida humana; cuando, encadenada mi atencion con la pluma de esta escritura inimitable, me apercibo de esa pasmosa muchedumbre de gracias con que gana el Señor el corazon de sus escogidos, y descubro sus caminos ocultos, y voi notando esas exquisitas transiciones por donde el alma pasa desde que se despide del mundo hasta que se incorpora en la morada sublime donde habita el Rey de los Reyes; cuando miro á esta vírgen explotar para la caridad el sublime Libro de los Cántares, este Libro misterioso que apénas se habia dejado tocar de las inteligencias de los mas insignes Doctores del cristianismo, y siento llegar hasta mí el inalterable fuego de una caridad inmaculada: católicos, mi razon vencida con tanto prodigio, sucumbe bajo el poder de estas altísimas concepciones debidas al íntimo trato con la Sabiduría eterna, y no me cuesta el menor esfuerzo reconocer con el Sabio toda la vanidad y la nada de los pensamientos del hombre.

¿Qué no han dicho, qué no han sentido sobre las producciones místicas de esta insigne Doctora, los mas esclarecidos ingenios, los hombres mas distinguidos por su saber y por su virtud? "¡Antes me olvide yo de mí mismo, decia un venerable pontífice, que dejar caer de mi memoria estos libros tan simples, tan vivos, tan naturales, que no podemos leerlos sin olvidar que leemos, é imaginar mas bien que escuchamos á la misma Teresa! ¡Cuán dulces son esos tiernos y sabios escritos, en que ha gustado mi alma el escondido maná que baja de los cielos! ¡Qué sencillez y naturalidad, hermanos mios, cuando Teresa refiere los hechos! No es una historia, sino mas bien un cuadro. ¡Qué fuerza para explicar sus estados diversos! No sé qué poder oculto me arrebata cuando veo que le faltan las palabras, como á San Pablo, para decir lo que siente. Tiene abiertos los cielos delante de sí; ¡pero que fe tan viva! de nada se sorprende, y habla con la misma familiaridad de las mas altas revelaciones que de las cosas mas comunes. Estrechada por la obediencia, habla incesantemente de sí misma y de las sublimes dotes que ha recibido; pero habla sin afectacion, sin complacencia y sin permitirse ni la mas leve reflexion acerca de sí. ¡Grande alma, que contándose por nada, y no vien-

do ya sino á solo Dios en todas las cosas, se abandona sin recelo á la instruccion de otro! ¡O libros tan caros para cuantos sirven á Dios en la oracion, y tan magníficamente ponderados por toda la Iglesia! ¡Qué no pueda yo robaros á tantos ojos profanos! ¡Léjos, léjos de aquí, espíritus soberbios y curiosos, que no leéis esos libros sino para tentar á Dios y escandalizaros de sus gracias! ¡Dónde estáis vosotras, almas simples y recogidas, para quienes ellos fuéron dictados? . . . .[1]

Me haria interminable, católicos, si poniendo á vuestra vista estos escritos admirables, donde tanto resplandecen las dotes mas peregrinas con que puede honrarse el espíritu humano, intentase recorrer uno por uno los muchos y diversos títulos que esta Santa Doctora tiene para cautivar la admiracion y someter al mismo tiempo el talento y el albedrío de cuantos aprecian, aman y solicitan la ciencia de todas las ciencias, la ciencia de la perfeccion del hombre, la ciencia de la verdadera y única felicidad.

Pero ¿en qué consisten, decidme, estos maravillosos prodigios de prudencia y de sabiduría, este estilo tan insinuamente, tan dulce y tan irresistible al mismo tiempo, este secreto poder sobre la conviccion, y este ascendiente inexplicable sobre la voluntad? ¿Acaso en las penosas tareas de los estudios humanos? Bien sabéis, católicos, que hai una ciencia que hincha, y esta ciencia, que es la del orgullo, todos los dias está dando pruebas irrecusables de nuestra pobre fragilidad: *Yo condenaré*, dice el Señor, *la sabiduría del sabio y reprobaré la prudencia del prudente.*[2] ¿Acaso en esas raras dotes con que se dan á conocer entre los hombres el genio, el talento y el gusto? ¡Ah! ¡que triste es, despues de haber recorrido los suntuosos monumentos que ellos han legado á la posteridad, despues de haber echado una ojeada sobre ese horizonte de investigaciones y descubrimientos que han pretendido retirar hasta lo infinito, despues de sentirse aturdido en el estruendoso clamoréo de sus producciones insignes en las obras maestras de las ciencias, de las letras y de las artes; ver ese tenebroso velo con que todo se encubre cuando se trata de la verdad y de la virtud, y el ignominioso silencio en que todos entran cuando se piden á este genio y á este talento mismo revelaciones infalibles sobre el secreto de nuestra naturaleza, el principio y fin de nuestras relaciones esenciales, el misterio de nuestro destino, los caractéres verdaderos de la felicidad, el por qué de nuestra existencia, y los medios, por último, de que podemos servirnos para dar una solucion satisfactoria al antiguo problema de nuestra felicidad! No, católicos: ya no es tiempo de engañarnos: la impotencia de la razon

1 Fenelon. Sermon de Santa Teresa.— 2 Is. cap. XXIX v. 14.

humana ha sufrido todas las pruebas y todas las derrotas: cuanto es noble y sublime siempre que camina á la luz de la autoridad infalible que la sostiene, permaneciendo sometida á la fe, es miserable y mezquina, plebeya, degradada y aun criminal, cuando apartándose de su fuente, proclama su independencia imaginando deberlo todo á sí misma. Escrito estaba siglos ántes de Jesucristo cuanto era necesario para temer á la razon: *No seas sabio para tí mismo*, dice Salomon en su gran Libro de los Proverbios: ¡máxima profunda, pero por desgracia mui poco entendida y ménos practicada! Esa sabiduría, que comienza y termina en el hombre, que no sale del hombre ni consulta mas que á sus propios intereses, que no conoce otros estímulos que el orgullo de la razon y el vano prestigio de una triste celebridad, ha tenido siempre contra sí ¡oh católicos! el anatema de aquel que dijo por la boca de Isaías: *Yo soy el que hago retroceder á los sabios, y convierto en estulticia su vana ciencia.* No saber mas que lo que conviene; guardar una prudente sobriedad en la adquisicion de los conocimientos; contentarse con aquella sábia distribucion que Dios ha hecho de sus dones entre todos: tales son las máximas del apóstol San Pablo, tales los medios únicos de llegar á la verdadera sabiduría, aquella sabiduría que está fundada en la fe, que crece sin cesar, que es siempre fecunda, que no nos abandona jamas; aquella sabiduría que tanto se complacia el mismo apóstol en enseñar á los perfectos, que no era por cierto la de este siglo, "cuyos principios, dice, tienen por distintivo carácter el de una insoportable vanidad y una infalible destruccion."

¿Será extraño, en vista de esto, que el dueño único de la luz y de la verdad haya vertido su esplendor á torrentes en el espíritu de una vírgen que casi nunca se determina á sacar afuera sus grandes pensamientos sin inmolar absolutamente toda su razon en las aras sacrosantas de la fe? No escribe una sola página sin mostrarse cubierta de un secreto rubor, embarazándose demasiado por la extrañeza que le causa un precepto sin el cual nunca se permitiera escribir. Si dais crédito á lo que ella dice de sí misma, es una alma ruin, una razon llena de tinieblas, la incapacidad en todos sus aspectos, y lo que es peor, llena de infidelidades y pecados: si véis, empero, lo que dijo y escribió, admiraréis unos conceptos de tan elevado carácter, de tan incomparable sublimidad, que no acertando á comprender esta capacidad inmensa de concepciones, esta mirada infalible sobre lo mas recóndito del espíritu y del misterio, esta continencia de doctrina, este acierto inexplicable para tratar las mas espinosas y resbaladizas cuestiones de la Teología mística, en donde se han estrellado muchos esclarecidos ingenios, con los caractéres

propios de la razon humana y las mil fallas que tienen por todas partes el talento y el ingenio, os veréis precisados á decir que el Espíritu de Dios alubraba á Teresa, que su inspiracion celestial inundaba su espíritu, y que el dedo divino conducia siempre su pluma. Reconoceréis entónces el por qué de esa gloria cuyo esplendor ha ilustrado la carrera de tres siglos, de ese nombre que, léjos de haber perecido con la muerte de Teresa, ha quedado en pié para llenar de honor á la Iglesia española, ha recorrido el mundo recogiendo en su tránsito mil y mil honores, recibiendo por todas partes los homenajes que decretan á los talentos clásicos y á los escritores ilustres las academias mas célebres y las universidades mas sábias de Europa: sorprenderéis entónces el secreto de ese acuerdo universal y constante que han tenido los teólogos mas esclarecidos y los doctores mas famosos en la ciencia del espíritu para fijar en los Libros de Teresa de Jesus un lugar de cita en que vienen á recibir su solucion las mas difíciles y reñidas cuestiones de la ciencia: será entónces, por último, el instante feliz en que aprendáis á apreciar en su valor infinito esa escuela de la mas alta sabiduría que abre Jesucrito al espíritu en el secreto de la oracion, esos adelantos incomparables de la inteligencia en el conocimiento de la verdad, esas luces purísimas que bajan del cielo á inundar el alma toda, haciéndole ver y admirar lo que apénas columbra, despues de mil esfuerzos é investigaciones, el ojo apagado de la humana ciencia. Pero no es esto bastante, católicos: para conocer los efectos de la oracion, no basta reconocer en ella una fuente de sabiduría que confunde á los sábios; es necesario admirar el poder sublime de que reviste al alma, y la irresistible fuerza que le comunica para acometer y llevar á cabo las mas árduas empresas. Esto admiramos en la historia de Teresa de Jesus: por que, si en sus escritos muestra los caractéres de una ciencia divina; en sus grandes hechos desarrolla un poder que somete irresistiblemente á su pensamiento hasta los mismos obstáculos, para realizar los planes mas vastos en pro de la virtud y la felicidad.

SEGUNDA PARTE.

Hai en la piedad, lo mismo que en la inteligencia, católicos, un estímulo secreto y poderoso que agita incesantemente á ciertas almas, excitándolas con tan inexplicable fuerza á mejorar la condicion de lo existente, que la santidad, lo mismo que la ciencia, tiene tambien sus genios. Teresa de Jesus, no pudiendo limitar su vasto pensamiento á ese recinto consagrado á la soledad y á la virtud, en que reside, se incorpora de lleno con su espíritu en esa institucion venerable, que traia sus títulos á la piedad universal, con la memoria de las mas insignes virtudes y los mas heróicos ejemplos, desde una antigüedad mui remota.

Rápidamente recorre sus principales épocas; traspórtase á la vista de aquellos bellos dias de su nacimiento, en que el esmero de la caridad parecia excederse así mismo en la exactitud con que conservaba inalterable la primitiva regla. Un arrobamiento profundo se apoderaba de su alma cuando contempla las austeridades antiguas, aquel culto primitivo de la penitencia, aquella serveridad inflexible contra la mas leve tregua que tendiese á mitigar el rigor de la disciplina, aquel recogimiento profundo del espíritu que parecia encadenar hasta el aliento dentro del recinto del claustro; en fin, aquella santa desazon y desabrimiento que experimentaba la piedad religiosa hasta con respirar el aire del siglo; y no sé cómo explicar lo que ella sentia, recordando por una parte aquella robustez antigua de virtud, aquella perseverante marcha de perfeccion y aquella imponente galería de nombres venerables que enriquecian la historia de esa familia que bajó del Carmelo á esparcir el buen olor de Jesucristo por toda la extension de la tierra; y considerando por otra su decadencia. Cómo de un éxtasis vuelve Teresa de los recuerdos de lo pasado al teatro de lo presente; y aunque no le faltan motivos para bendecir en sus hermanas y alabar en los religiosos al Autor de la santidad, y reconocer que los claustros á cuyo nombre pertenecia ella, no habian dejado de ser un objeto de tierna solicitud y maternal predileccion para la Reina de las vírgenes, se aflige sin embargo, y siente una mortal congoja en su corazon, viendo que la humana fragilidad se habia permitido ya mitigaciones; que la regla primitiva estaba notablemente suavizada; que el retraimiento de todo lo exterior y sensible no era ya tan absoluto, y que la religion que habia abrazado, tocaba en el declive, inocente al parecer, pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

propios de la razon humana y las mil fallas que tienen por todas partes el talento y el ingenio, os veréis precisados á decir que el Espíritu de Dios alubraba á Teresa, que su inspiracion celestial inundaba su espíritu, y que el dedo divino conducia siempre su pluma. Reconoceréis entónces el por qué de esa gloria cuyo esplendor ha ilustrado la carrera de tres siglos, de ese nombre que, léjos de haber perecido con la muerte de Teresa, ha quedado en pié para llenar de honor á la Iglesia española, ha recorrido el mundo recogiendo en su tránsito mil y mil honores, recibiendo por todas partes los homenajes que decretan á los talentos clásicos y á los escritores ilustres las academias mas célebres y las universidades mas sábias de Europa: sorprenderéis entónces el secreto de ese acuerdo universal y constante que han tenido los teólogos mas esclarecidos y los doctores mas famosos en la ciencia del espíritu para fijar en los Libros de Teresa de Jesus un lugar de cita en que vienen á recibir su solucion las mas difíciles y reñidas cuestiones de la ciencia: será entónces, por último, el instante feliz en que aprendáis á apreciar en su valor infinito esa escuela de la mas alta sabiduría que abre Jesucrito al espíritu en el secreto de la oracion, esos adelantos incomparables de la inteligencia en el conocimiento de la verdad, esas luces purísimas que bajan del cielo á inundar el alma toda, haciéndole ver y admirar lo que apénas columbra, despues de mil esfuerzos é investigaciones, el ojo apagado de la humana ciencia. Pero no es esto bastante, católicos: para conocer los efectos de la oracion, no basta reconocer en ella una fuente de sabiduría que confunde á los sábios; es necesario admirar el poder sublime de que reviste al alma, y la irresistible fuerza que le comunica para acometer y llevar á cabo las mas árduas empresas. Esto admiramos en la historia de Teresa de Jesus: por que, si en sus escritos muestra los caractéres de una ciencia divina; en sus grandes hechos desarrolla un poder que somete irresistiblemente á su pensamiento hasta los mismos obstáculos, para realizar los planes mas vastos en pro de la virtud y la felicidad.

SEGUNDA PARTE.

Hai en la piedad, lo mismo que en la inteligencia, católicos, un estímulo secreto y poderoso que agita incesantemente á ciertas almas, excitándolas con tan inexplicable fuerza á mejorar la condicion de lo existente, que la santidad, lo mismo que la ciencia, tiene tambien sus genios. Teresa de Jesus, no pudiendo limitar su vasto pensamiento á ese recinto consagrado á la soledad y á la virtud, en que reside, se incorpora de lleno con su espíritu en esa institucion venerable, que traia sus títulos á la piedad universal, con la memoria de las mas insignes virtudes y los mas heróicos ejemplos, desde una antigüedad mui remota.

Rápidamente recorre sus principales épocas; traspórtase á la vista de aquellos bellos dias de su nacimiento, en que el esmero de la caridad parecia excederse así mismo en la exactitud con que conservaba inalterable la primitiva regla. Un arrobamiento profundo se apoderaba de su alma cuando contempla las austeridades antiguas, aquel culto primitivo de la penitencia, aquella serveridad inflexible contra la mas leve tregua que tendiese á mitigar el rigor de la disciplina, aquel recogimiento profundo del espíritu que parecia encadenar hasta el aliento dentro del recinto del claustro; en fin, aquella santa desazon y desabrimiento que experimentaba la piedad religiosa hasta con respirar el aire del siglo; y no sé cómo explicar lo que ella sentia, recordando por una parte aquella robustez antigua de virtud, aquella perseverante marcha de perfeccion y aquella imponente galería de nombres venerables que enriquecian la historia de esa familia que bajó del Carmelo á esparcir el buen olor de Jesucristo por toda la extension de la tierra; y considerando por otra su decadencia. Cómo de un éxtasis vuelve Teresa de los recuerdos de lo pasado al teatro de lo presente; y aunque no le faltan motivos para bendecir en sus hermanas y alabar en los religiosos al Autor de la santidad, y reconocer que los claustros á cuyo nombre pertenecia ella, no habian dejado de ser un objeto de tierna solicitud y maternal predileccion para la Reina de las vírgenes, se aflige sin embargo, y siente una mortal congoja en su corazon, viendo que la humana fragilidad se habia permitido ya mitigaciones; que la regla primitiva estaba notablemente suavizada; que el retraimiento de todo lo exterior y sensible no era ya tan absoluto, y que la religion que habia abrazado, tocaba en el declive, inocente al parecer, pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro fatal, de una lastimosa decadencia. Inconsolable con estas tristes reflexiones, hubiera tal vez cedido enteramente á su dolor, si un secreto presentimiento no le hubiese mostrado al mismo tiempo, que en los decretos del Señor iba á sonar la hora feliz de universal restauracion, y que habria de ser ella el instrumento elegido por la Providencia para la importante reforma de su Orden. Este pensamiento santo la tranquiliza, la consuela y llena de alegría; mas para ponerle por obra se encuentra rodeada de nuevas agitaciones, de nuevas inquietudes, de inexplicables penas, cuantas debia traer consigo, la difícil mision de restituir á su antiguo estado, mediante una sábia reforma, la siempre ilustre religion del Cármelo. Mas ¿cuándo han reconocido las almas fuertes obstáculos insuperables para sus heróicas empresas? Teresa pertenece á este número: se resuelve pues, y se resuelve con esperanza: nada la detiene; la caridad no calcula: nada la retrae; la caridad no teme: nada la embaraza; la caridad no retrocede. Sabe que Dios quiere esta reforma, y que Dios la ha escogido á ella por instrumento, y no necesita de otra cosa para acometerla, y acometerla con esa seguridad que solo la mas íntima confianza que el alma debe al trato íntimo con su Dios, es capaz de producir en el corazon.

Medid, católicos, si os he dado, el tamaño de esta empresa: calculad, si os es posible, el peso y número de sus dificultades: recordad que se trata, no ya de sacar como de la nada los elementos de una nueva fundacion, que esto solo bastaria para retraer de su empeño al espíritu mas esforzado, sino lo que es infinitamente mas árduo, de someter el entendimiento de los sabios, de cambiar en medio de su inercia unos hábitos que cuentan siglos, de intervenir las pasiones y pronunciar el *hasta aquí* de una mitigacion legítimamente disfrutada, para volver á someter la débil naturaleza bajo el yugo de antiguas austeridades: se trata, en fin, de reformar lo existente. ¡Qué empresa, católicos! ¡qué perspectiva tan desconsoladora! ¡qué campo tan erizado de espinas! Arduo y difícil empeño seria la fundacion de una Orden enteramente nueva: ¿qué dirémos, pues, cuando se trata de lo que es incomparablemente mas difícil, de reformar una Orden antigua? El empeño de Teresa no se dirige á sembrar, á regar y á dar el incremento á jóvenes plantas, tiernas todavía: su tarea es mas penosa; quiere reunir y enderezar los duros y tortuosos brazos de los viejos árboles; y para esto habrá menester de entrar en lucha con las contradicciones de los superiores de su órden, el desagrado de sus propios directores, la desaprobacion mas altamente pronunciada de los obispos y de los magistrados de todas las ciudades. Vedla sin embargo, hermanos mios, firme, inalterable, perseverante. ¿Quién es esta criatura tan esforzada, tan asida de su pensamiento, que nada es capaz de desalentarla? "Es, responde el Arzobispo de Cambrai, valiéndose de las mismas expresiones de ella, una pobre carmelita cargada de patentes y llena de buenos deseos." Sin apoyo, sin casa, sin dinero, pasa por donde quiera como una insensata. Tal debe aparecer, en efecto, á los ojos de los prudentes del siglo: su inspiracion es la única que pudiera justificarla. Pero el mundo, hermanos mios, bien lo sabéis, no es capaz de admitir ni aun de reconocer este espíritu celestial de que se siente animada Teresa, este espíritu que la impele primero á establecer la grande obra, y despues á servirse de esta misma para crucificarse con Jesucristo.

Mas no lo he dicho todo: yo tengo necesidad aún de tocar una circunstancia tan fecunda para la gloria de Teresa como importante para nuestra enseñanza y edificacion. Resolverse á todo sin contar con nada de lo que puede llamarse humano, es ya una virtud y una virtud heróica: porque una resolucion de esta clase supone, bien lo sabéis, una fe de la mas alta gerarquía, una fe como aquella que basta al hombre para mover á su arbitrio las montañas, cambiar el caudaloso curso de los rios, y gobernar, digámoslo así, á la naturaleza: pero esta fe, así como tiene sus momentos felices, así tambien suele pasar sus duras pruebas. Jamas podrá presentarse ningun espíritu, por inaccesible que haya sido su elevacion en la carrera de las virtudes, que no se vea precisado á sostener casi de continuo la mas heróica lucha con la naturaleza humana. Hai momentos en que, sin faltar la caridad ni vacilar la fe y la esperanza, dejan ellas de hacerse sentir cual si hubiesen huido para siempre; momentos de oscuridad penosa interrumpidos apénas por ligéros relámpagos: momentos de gran desolacion, en que no parece sino que el espíritu ya no cuenta con su Dios, y en que se halla al mismo tiempo abandonado de los hombres: épocas, hermanos mios, de suspiros, de llanto y de penas para el alma, pero de sublimes holocaustos y esclarecidas purificaciones. Dios imprime á ésta su primer movimiento, el que le basta para hacer prodigios, imitando en cierto modo la accion de la omnipotencia sobre la tierra; mas apenas ha trascurrido algun tiempo cuando ya no se apercibe de la presencia del Señor, quien, sin dejar de sostenerla y apoyarla, parece que se retira del todo abandonándola á sus propias fuerzas: ¡admirable conducta de la gracia en la grande obra de la perfeccion y del merecimiento! Dejarlo todo á Dios apoyándose en la infalibilidad de sus promesas seria contrariar sus planes, que cuentan de ordinario con la cooperacion de la naturaleza: contar solo con éstos seria un orgullo del todo imperdonable.

No faltarán pues á Teresa estos últimos títulos del heroismo cristiano: á los bellos trasportes de una inspiracion sostenida para entrar en el mas grave de todos los empeños, sucederán bien pronto esas tentaciones terribles de la desazon y el decaimiento, que enervando en la apariencia los grandes resortes de la esperanza, tienden á enagenar el espíritu de ese entusiasmo divino, padre de las concepciones sublimes y de las empresas heróicas. ¡Oh, Teresa, víctima préviamente inmolada en el altar de la tribulacion! un paso más, y se eclipsará á tus ojos el belló dia, este dia que te habia franqueado con su esplendor todo el porvenir, dibujándote allá en el fondo de un horizonte retirado el grandioso monumento de tu caridad y de tu genio, encubriéndote al paso el camino que habias de recorrer, para no dejar en el fondo de tu corazon sino aquel puro sentimiento que parecia hacer salir de tus labios repentinamente el himno de la gratitud!

Nada exajero, católicos, en este punto: consumado apénas el compromiso de Teresa para con Dios, y hecho notorio á los hombres, se siente repentinamente, al parecer, abandonada á sí misma. Reconcéntrase de nuevo su meditacion, pasea, como lo tiene de costumbre, sus inquietas miradas por las regiones inaccesibles de su espíritu: traspone allí con la celeridad de su pensamiento los bosques y los collados, como la Esposa de los Cantáres, en busca de Aquel que la conforta. Anhela, solicita, ruega, insta, clama, llora; su alarma se anuncia de mil maneras. Pero todo es en vano, hermanos mios: despues de haber recibido una inspiracion, que solo subsiste en la clase de un recuerdo, tiene que procurar, digámoslo así, la conservacion, la fuerza y el poder de su esperanza con el sudor de su rostro. Entre tanto el sentimiento de la necesidad crece, el compromiso estrecha, la piedad urge, el tiempo se adelanta; es necesario obrar aun cuando sea contra la esperanza misma. ¿Vacilará Teresa? No, católicos: las desolaciones del espíritu, desarrollando todo su influjo sobre la tribulacion, nada pueden contra las sólidas virtudes; y esta esperanza del bien, en medio de las tinieblas que nos purifican, es por ventura la piedra de toque con que se prueban las cualidades legítimas de un espíritu bien gobernado. La vírgen Teresa sabe mui bien que Dios no exige sino la consagracion absoluta de nuestras fuerzas á sus designios en el cortísimo espacio de lo presente; que á los ojos de Su Magestad tienen un valor idéntico un mundo y una gota de agua, pues no atiende á la importancia de la obra, sino al movimiento del espíritu; y no necesita de otra cosa para emprender y seguir, hasta darle feliz consumacion, esa reforma estupenda que le ha grangeado, aun á los ojos del siglo, la mas alta celebridad.

Pero, ¿cuál es, me preguntaréis acaso, la historia secreta de esta accion que siempre camina y nunca descansa, de este poder que obra tantos y tales portentos como se manifiestan en la pronta ejecucion y rápidos progresos de tan gran pensamiento? Ya os lo he dicho, hermanos mios: todo el sereto está en la oracion. Pero aun debo advertiros una cosa que nunca he podido considerar atentamente sin el mayor asombro. ¿Véis todo lo que importa, en el carácter del poder, en la historia de sus mas grandes obras, la reforma de una Orden tan antigua? Pues no os diré que es el resultado plausible de muchos elementos fecundos felizmente combinados, sino la ejecucion de un plan ensayado en la vida espiritual de Teresa.

¡Cosa admirable! esta sola vida, la historia de esta sola individualidad reconcentra toda una institucion, abraza por analogía épocas que cuentan siglos: el orígen, desarrollo, marcha y vicisitudes diversas de aquel instituto religioso parecen recogerse como por encanto en el espíritu de Teresa. Sin salir de sí misma, encuentra la base de todas las instituciones bien formadas, en la vocacion del cielo; los medios que conciertan la accion de la naturaleza y de la gracia, en la correspondencia fiel á esta vocacion; las mas dulces primicias, en el reciente fervor del estado; las causas primitivas de la decadencia monacal, en las influencias de un mundo que nunca deja de obrar para combatir á la virtud; el contagio de la pereza, en la disipacion que apaga el espíritu; los golpes de la gracia dados al corazon para despertarle de su letargo, en las preciosas lágrimas con que el arrepentimiento responde á estos nuevos toques de la misericordia; el recobro de las fuerzas ya debilitadas, en la continuacion feliz de una carrera bien sostenida; los nuevos asaltos de los enemigos, en las terribles desolaciones del alma; y por último, las ventajas graduales y el triunfo decisivo, en la continua perseverancia. Hé aquí, católicos, cómo el alma de Teresa de Jesus le representa el cuadro completo del orígen y vicisitudes de su Orden, al paso que le brinda con la luz de una ciencia práctica y los medios eficaces para su pronta reforma. Sin salir pues, de sí misma, todo lo encuentra, todo lo conoce: sabe mui bien que, con solo corresponder á Dios, todo puede alcanzarlo, que la gracia divina, cuando encuentra una voluntad pronta y una cooperacion eficaz, obra los mayores portentos, como de sí mismo lo predicaba el apóstol San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto.[1] Ved si no, hermanos mios, las relaciones que hai

1 Por la gracia de Dios soi lo que soi, y su gracia no ha sido estéril en mí, ántes he trabajado mas copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. *Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi: non ego autem, sed gratia Dei mecum.*—1 Cor. c. XV, v. 10.

entre la marcha del espíritu de esta vírgen y sus diversas vicisitudes, hasta llegar á la mas grande perfeccion, y la historia de su Instituto hasta su admirable reforma.

Ya os manifesté las felices inclinaciones de esta vírgen, las pruebas de su vocacion puestas de bulto hasta en los juegos de su infancia, los tempranos frutos de su piedad, aquel atrevido arranque de su espíritu que todos admiraron en ella desde su niñez. Tambien os he pintado las causas, el carácter y las trascendencias de aquel primer extravío, causado por ciertas lecturas profanas, impulsado por el trato con personas indiscretas y desarrollado por inclinaciones mal reprimidas, así como tambien aquellos caminos providenciales, y podriamos decir milagrosos, por donde la gracia la fué sacando insensiblemente hasta reponerla en su antiguo fervor, hacerla romper enteramente con el mundo, y entrar de religiosa en un convento de carmelitas. Como la paloma que huye medrosa, y al descansar en su soledad, respira holgadamente, viéndose á cubierto de todos los peligros, Teresa experimentó un placer inefable desde que se halló en aquel recinto que la sacaba para siempre de esos asilos en que la virtud, batida por todos los vientos del siglo, está corriendo sin cesar todos los riesgos. Allí comienza sin obstáculo, protegida singularmente por la gracia, su carrera religiosa; allí le entrega espontáneamente su corazon al Esposo que ha elegido; allí da de mano hasta á los recuerdos importunos del mundo; allí se entrega con una suavidad inexplicable al ejercicio de la oracion, cultiva con esmero y estrecha cada dia mas su intimidad con Jesucristo, y el buen olor de sus virtudes trasciende por todo aquel huerto de santidad. ¿Y no es esta, hermanos mios, una imágen hermosísima y fiel de la religion del Carmelo en su siglo de oro? ¿un trasunto de aquel fervor que, no pudiendo contenerse dentro de los claustros, pasaba incesantemente á santificar familias enteras aun en el siglo? ¿No véis figurados aquí tambien aquellos encantos que parecian cubrir las mas terribles austeridades con bellas y delicadas flores? Pues esperad un tanto: esa historia de siglos empieza á cambiar sus páginas, y estas páginas aparecen igualmente representadas en la vida interior de nuestra vírgen, como no ha mucho lo indique, reservándome para ahora el explicarlo.

Sin abandonar ella sus acostumbrados ejercicios de piedad, pero dominada por cierta clase de sentimientos los mas inocentes al parecer, como la gratitud, la benevolencia y dulzura, empezó á tratar con mas frecuencia que la que pidiera la necesidad, á las personas del siglo, y á gustar de la satisfaccion que ella misma producia en los demas con los encantos de su trato. El demonio, que no habia querido renunciar á la esperanza de rendirla, ponia en su alma un

sentimiento de que acaso ella misma no se apercibia, y el cual ha sido, no lo dudéis, el orígen primitivo de todas las decadencias monásticas. ¿Qué sentimiento es éste? que no hai la incompatibilidad que parece, entre el trato con Dios y las criaturas; que mui bien pueden llenarse las condiciones de la piedad sin rehusar al prójimo, y aun á sí mismo, los inocentes recréos de una conversacion honesta. Y para trabajar con mayor provecho en este sentido, el tentador hacia que, durante algun tiempo, no faltasen á Teresa los afectos devotos al paso que se franqueaba con las personas del siglo. Mas á poco la mina hizo su explosion; y esta vírgen, que habia practicado virtudes tan heróicas, hecho penitencias tan austeras, santificádose en una larga y terrible enfermedad, que la punzaba con dolores insufribles y al mismo tiempo la tenia casi totalmente paralizada; esta vírgen, despues de haber hecho una nueva y dulcísima experiencia del amor y ternura de su Dios, por haber sanado perfectamente, mediante la intercesion del Castísimo Esposo de María, empezó á resfriarse poco á poco, y á disminuir su solicitud en la oracion, hasta el extremo de abandonarla casi del todo, con el falso pretexto de ser mui indigna de ponerse en la presencia del Señor.

¿Quién no ve aquí, católicos, un retrato fiel de la historia de la decadencia del Carmelo? ¿quién no ve aquí el orígen, la causa, los progresos y efectos de las mas deplorables relajaciones? ¿No veis cómo todas han comenzado por pequeños descuidos, mediado por ciertas condescendencias, crecido por el trato del mundo, y acabado por la ruina del espíritu consiguiente al abandono de la oracion? Mas Dios nuestro Señor, que habia escogido la vida de esta vírgen para hacer el ensayo de la gran reforma cuya ejecucion dispuso confiarle á ella misma, deparó los medios para sacarla de un estado tan peligroso, que si no era todavía mortal, porque habia tenido especial cuidado en salvarla de toda culpa grave durante aquel periodo de tibieza, la orillaba indudablemente á la última ruina, y no hubiera tardado en perderla para siempre.

Este Jesus, este Esposo casi abandonado, á quien ella no suponia tan sentido, y de quien huia seducida por una falsa humildad, se interpone entre su espíritu y las personas que la visitaban, le muestra primero su semblante airado, y despues los suplicios crueles que sufrió atado á la columna: ¡medio feliz, que produjo una revolucion inmensa en toda ella, que cambió su pensamiento y su corazon, que disipó todas sus dudas, y que formó en su mente un *fiat* irrevocable de no repartir ya su corazon entre Dios y las criaturas! Todo parece comenzar de nuevo desde que Teresa concibe una resolucion tan generosa; y de hecho ya desde entónces no volvió á apartarse

ni un instante siquiera de su amado Esposo. Sufrirá nuevos y mas terribles ataques de sus enemigos, tendrá que sostener por cuatro lustros una empeñada guerra contra el que inspira mas temor y causa mayores alarmas en las personas espirituales, y es la desolacion interior: la sequedad, tinieblas, pesadez, desazon, desconsuelo, disgusto, tedio, violencia, &c. &c.; todo esto la perseguirá donde quiera; cuando asista á los santos misterios, cuando escuche la palabra evangélica, cuando estudie ó medite las eternas verdades; en todos los ejercicios de su Orden, en todas las situaciones de su espíritu: veráse como retraida, desasida; sentiráse desamparada; vendrán á sobrecogerla todos los temores. Pero no os alarméis, católicos: ved aquí la guerra, la lucha, la frecuencia de los combates, la penosa fatiga de la campaña, la tribulacion de la prueba; mas nunca la contraseña de la derrota, no; sino al contrario, el crisol en que se purifica su espíritu, el campo de la lid en que se ostenta su heroismo, la señal infalible de que pronto recibirá sobre sus sienes la corona del triunfo.

Hó aquí, hermanos mios, terminado el diseño del augusto edificio que Teresa de Jesus va pronto á levantar: hé aquí, en las mismas luchas y penosas dificultades de su espíritu, la imágen de los obstáculos que se opondrán á su celo y á su genio con demasiada frecuencia. Mas reconoced asimismo en el éxito glorioso de una guerra tan bien sostenida la profecía de los resultados de su accion al acometer la empresa de la reforma de su Orden, y de las muchas fundaciones que deberian quedar á la posteridad como los monumentos vivos y los preciosos legados de su sabiduría y de su virtud. Todo se dirige á este gran pensamiento, y muchas veces fuera de su prevision. Dios la gobierna en su espíritu para formar el de sus innumerables hijos, haciendo que nada piense, nada escriba, nada ejecute que no contribuya eficazmente á realizar el plan grandiosísimo de la reforma. Cediendo á la fuerza irresistible de la obediencia, escribe su vida interior, y este escrito, donde resplandecen á porfía la humildad mas profunda, las virtudss mas grandes, los vencimientos mas heróicos y los triunfos mas sublimes, ha venido á ser como la pauta de la mas elevada perfeccion para todas las almas que quieren santificarse, y mui particularmente para las familias de su Orden. Su tratado sobre el modo de visitar los monasterios es el código de la prudencia y la santidad en el gobierno de las comunidades religiosas: sus *Avisos espirituales* son otros tantos centinelas que pone al frente del espíritu de sus hijas, para que no sucumban á las tentaciones ni caigan en la tibieza: su *Camino de la perfeccion* es en verdad un sendero lleno de luz y de encantos para no detenerse ni un punto en la marcha del espíritu, y sí dilatar indefinidamente la

expansion de la caridad. Sus *Moradas* aparecen como la revelacion de todas las gracias y misteriosos favores que recibe á cada paso el espíritu, cuando sustraido al mundo para siempre, no quiere vivir ni un solo instante sino en los brazos de su Divino Dueño. Sus *Pensamientos sobre el amor de Dios*, que pudiéramos llamar la imágen de su espíritu, la fragancia celestial de su virtud, mantienen tan vivo el fuego de la caridad y le dan tal incremento, que basta penetrarse de ellos para no decaer nunca del mas vivo fervor. Sus *Cartas*, esta correspondencia nunca bien ponderada, que podiamos considerar como el aire de su espíritu recorriendo la tierra, interviniendo al mundo, conteniendo sus avances; esta correspondencia que ella seguia con toda la simplicidad de su alma, pero donde se admira toda la poderosa influencia de su sabiduría y de su virtud sobre su patria y su siglo, manifiestan, hermanos mios, que no satisfecha con procurar á toda costa la reforma de su Orden y la multiplicacion de los monasterios, ejercia sin saberlo, aun mas allá un apostolado místico, cuyas benignas influencias recibian á la par otras órdenes religiosas y muchos personajes elevados del siglo. Está en contacto con los prelados superiores de su Orden desde el General hasta el último, lo mismo que con los monasterios de religiosas, para franquearles su corazon y su pensamiento; con los reyes, á quienes hace gustar, en medio de los negocios del siglo, los encantos de la vida interior; con los obispos, á quienes da preciosos documentos para conservar el vigor del espíritu mediante la oracion, como San Bernardo lo hacia en uno de sus mas bellos tratados dirigiéndose al Papa Eugenio.

Mas Teresa no quedaba todavía satisfecha: sus preciosos Tratados, su edificantísima correspondencia eran ya mucho; pero todavía tenia que desarrollar una accion incansable para llevar á efecto la grande obra. Consulta su espíritu, no solo con los religiosos de su Orden, sino tambien con eclesiásticos de otros institutos: gran medio de crítica que nos hace admirar mas y mas su prudencia y su sabiduría. Busca y encuentra excelentes aliados: asocia desde luego á San Juan de la Cruz, y al mismo tiempo cuenta con Pedro de Alcántara y otros prelados insignes. Miéntras con tanta solicitud trabaja en la reforma, no se descuida de adelantar en sus fundaciones. Vedla recorriendo diferentes lugares, estimulando el celo de muchas personas piadosas, atendiendo á la construccion de nuevos conventos ó inaugurando otros ya concluidos: vedla caminando siempre al través de obstáculos, por entre muchas espinas, y teniendo que vencer á cada paso mil dificultades.

¡Cuánto no tuvo que padecer en este punto! Para solo referirlo

necesitaría yo sin duda traspasar excesivamente los límites de este discurso. Vedla, si no, católicos, en estos combates. Ved á Teresa, jóven todavía, en abierta lucha con las pasiones y sus agentes, con la inteligencia mundana y sus autoridades, con el poder y sus recursos, y tambien, porque algunas veces Dios lo permite, con la virtud y sus admiradores. En efecto, anunciado apénas su designio, se cruzan por todas partes las contradicciones, se amontonan donde quiera los obstáculos: los obispos, los grandes, las personas mas influentes del orbe, sus mismos recursos, que son ningunos, sus mismas hermanas de tantos monasterios, y lo que es más, hasta sus directores, desaprueban altamente y se esfuerzan en combatir una idea que á sus ojos lleva los caractéres de la extravagancia, del ridículo, de la inoportunidad y aun del desórden. Pero Teresa no vacila, y fija constantemente en la voluntad del Señor, á quien se ha propuesto obedecer á toda costa, trabaja sin descanso, pasa por todos los sacrificios, se sobrepone á todos los obstáculos, triunfa de todas las contradicciones, uniforma los conceptos, compone las disidencias de los ánimos, se abre camino al través de las pasiones, rectifica el juicio de las virtudes, pone de su parte á las autoridades de la Iglesia, los tesoros del rico y el poder del monarca: su espíritu se difunde por todas partes; su accion se hace sentir á un mismo tiempo en diferentes puntos: nuevos caminos se abren al impulso de sus deseos; y no discurrió mucho tiempo sin que sus primeras fundaciones dieran un testimonio público y universal á su genio, á su virtud y á sus inspiraciones, ni descendió al sepulcro sin haber dirigido, poblado, arreglado, cultivado y enriquecido de margaritas preciosas treinta y dos monasterios insignes en diversas ciudades de su patria, sin haber sido apellidada segunda madre de la inmensa y santa familia á que perteneció, sin haber tirado la línea que recorrieron sin extravío varones eminentísimos en virtud y en santidad, y sin haber adquirido el santo honor de contar entre ellos á un San Juan de la Cruz, antorcha de la Teología mística, columna del Cármelo, apoyo de la Iglesia militante y ornato purísimo de la celestial Jerusalen.

Hé aquí, católicos, la grande obra de Teresa, los monumentos perdurables de su celo, de su incomparable capacidad, de su ardiente solicitud por la gloria de Dios: hé aquí estos talentos del Evangelio prodigiosamente multiplicados: hé aquí una noble imitacion de los primeros obreros de la Iglesia santa, el triunfo mas bello y mas incontestable á que pudieran aspirar la inteligencia y la virtud. ¿Quién hubiera podido imaginar, decidme, que una pobre carmelita desvalida, aislada, combatida, sin recursos de ningun género, teniendo contra sí toda la evidencia de los cálculos humanos, habia

de llevar á efecto una de las empresas mas difíciles que admiramos en la historia de las almas grandes? ¡Ah! el mundo, por cierto, no podia comprenderlo; pero el mundo no era necesario desde que Dios habia manifestado su voluntad.

Admiremos pues aquí todo el poder, toda la infalibilidad, la irresistible fuerza de las promesas del Señor á la oracion, y tambien, católicos, los caractéres elevados é incomparables con que la practicó Teresa de Jesus. Si Jesucristo, cuya palabra no pasará jamas, nos ha ofrecido escuchar propicio nuestros ruegos, otorgarnos lo que llenos de confianza le pidamos, salirnos al encuentro cuando le busquemos con amor, y abrirnos sus puertas cuando llamemos á ellas con toda solicitud; Teresa nos ha dejado en su preciosa vida el tipo de la oracion mas caracterizada, y en sus obras una prueba monumental del gran poder que por este medio comunica Dios á sus escogidos: porque nunca admirarémos bastantemente, católicos, la fuerza que esta vírgen desarrolló en la empresa de una reforma tan felizmente realizada, y de tantos monasterios como dejó fundados ántes de morir. Mas ni la luz de la ciencia ni la posesion y ejercicio del poder bastan para llevar á su consumacion la grande obra de nuestro último fin, que es la felicidad eterna: los mayores prodigios obrados á la luz de la fe y al abrigo tutelar de la esperanza dejan todavía un campo inmenso que recorrer, para tocar los términos de la perfeccion del espíritu. La vida de Teresa de Jesus tiene todavía que haceros admirar sus más bellas páginas, donde la veréis aparecer gloriosamente ataviada con la rica pompa de las virtudes, é inflamada en el fuego purísimo del amor divino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

Desde que Teresa de Jesus, hermanos mios, da principio á su vasta carrera, comprende mui bien lo que debe practicar para poner de asiento una caridad perfecta en su corazon, y columbra las elevadas cumbres hasta donde la es necesario subir á fin de estar en la intimidad mas estrecha y en el mas feliz concierto con el Dueño único de todo su sér. Sondéa, cuanto es dado á la penetracion humana, la profundidad aterradora de esa sentencia que reduce tánto el número de los escogidos; porque sabe mui bien que no se incluyen aquí sino aquellos que muestran en su frente la Cruz, no solo para indicar la sociedad cristiana á que pertenecen, sino tambien para dar á entender que á su tránsito por el mundo llevaron siempre consigo la carga que Jesucristo les impuso, con el fin de que fuesen sus imitadores y pudiesen tambien participar de su reino. Abrese pues á la vista de esta vírgen un vasto piélago de peligros que debe atravesar por entre escollos al trueno espantoso de continuas tempestades, donde habrá pocos momentos de calma, y donde será preciso abrirse con una mano el paso para no sucumbir en los escollos exteriores, y sosegar con la otra las agitaciones incesantes, las zozobras frecuentes y las no interrumpidas alarmas, que se levantarán repetidas veces en lo mas profundo del espíritu. Pero no temáis que se retraiga de su intento á la vista de este mar de tribulaciones futuras. San Gregorio le habia enseñado que á los grandes goces no se llega sino por grandes trabajos, y que no hai motivo de temor al entrar en tan penosa lucha con todos los enemigos conjurados contra nuestra eterna felicidad, cuando el corazon ya presiente, digámoslo así, las futuras delicias cifradas en la recompensa que reserva para el vencedor el Supremo Juez de esta generosa contienda. Sabe que no hai peso insoportable para el que puede incorporar en sus fuerzas las fuerzas de la gracia, ni aspereza ninguna para el amor, que todo lo encuentra suave á trueque de ganar la voluntad y el afecto de aquel Sér á quien está consagrado; que aquella gracia es de quien la pide, y este amor de quien le estima y desea; que la oracion es un comercio activo entre el cielo y la tierra, una comunicacion íntima entre el alma y su Dios; que se acrisola como el oro en la humildad, al paso que la humildad se engrandece con la oracion, haciéndonos cada dia mas atentos á nuestra nada para despreciarnos á nosotros mismos, y mas instruidos en Dios para consagrar á Su Magestar cuanto pensamos y sentimos, cuanto practicamos y cuanto somos.

Ved pues cómo Teresa, partiendo de la humildad y caminando por la oracion, recoge en su tránsito las virtudes todas, y hace en sí misma una dulce experiencia de esa suavidad nunca bastante encarecida, que no tienen la dicha de sentir sino únicamente aquellos que, sin reserva y con absoluta docilidad, han inclinado su frente humilde para recibir el yugo de Jesucristo.

¡Qué materia tan amplia, católicos, es la carrera de las virtudes para dar continuo pábulo á la admiracion, á la piedad y tambien al santo entusiasmo de los deseos! Yo pudiera pintaros cuanto ellas tienen de penoso, para que comprendieseis el heroismo de caridad de esta vírgen, que las practicó en un grado tan sublime; pero mi asunto debe tener un término. Sujeto á elegir entre lo mas oportuno por el tiempo en que hablo, y lo mas conveniente por las ideas dominantes del siglo, correré un velo sobre las asperezas de la Cruz, para que solo percibáis sus atractivos, presintáis sus dulzuras y columbréis por lo ménos sus misteriosos pero inefables encantos.

Por desgracia de la humanidad el indiferentirmo ha invadido al Universo, y la tibieza ha llegado á ser una especie de perfeccion moral en las ideas del siglo. Deséchase hoi cuanto no promete goces: la santa oscuridad de la fe no tiene atractivos ya para la razon, tentada y seducida otra vez por la ciencia, ni las virtudes otro aspecto que el retrayente de su severidad para un siglo que se complace en llamarse *positivo*, porque ha venido á ser material. Pero, católicos, el esplendor de la verdad eterna no será envuelto para siempre en estas nubes de polvo, y las delicias de la vida contemplativa no deben quedar sepultadas en este fango de toscos deleites, que un mundo grosero se esfuerza por abrir y llenar al rededor de los claustros. ¿Qué diremos, pues, á este siglo sediento de placeres materiales y orgullosamente desdeñoso de cuanto lleva consigo las humildes exterioridades de la virtud? Oidlo, católicos, escuchad una respuesta perentoria para todas sus necias declamaciones. ¿Quieres luces? Acércate á las almas contemplativas, y quedarás corrido de tu ignorancia y oscuridad. ¿Ambicionas poder? Admira el que desarrollan las almas virtuosas, y sorprende en su oracion el secreto de esa fuerza que, mui á pesar tuyo, á cada paso te rinde y avasalla. ¿Buscas, por último, placeres y delicias? Acrisola en tu criterio la verdad histórica en la vida de Teresa de Jesus, y dime si te resuelves á comparar la continua desazon, el in-

soportable fastidio y la incesante pena de esos que se entregan al ignominioso deleite con que tú les brindas, con esta fruicion inefable y constante de contento, de paz y de delicias, que ella siente para sostener sus virtudes, y que menciona para ponderar con lágrimas su infidelidad.

Ved, hermanos mios, lo que á Teresa pasaba en medio de sus tribulaciones y de sus penas, y calculad lo que gozaria cuando viviendo siempre de inefables trasportes, sucumbió por último á la intensidad de su amor. Notad la feliz correspondencia que habia siempre entre sus virtudes y sus goces, y nada tendrá de oscuro la palabra de Jesucristo cuando, invitándonos á su amor y cifrando éste en el cumplimiento pleno de su voluntad, nos asegura que su yugo es suave y su carga ligera. Poseyó Teresa las virtudes en alto grado; pero se hacia notar en ella principalmente la humildad mas profunda y la caridad mas acendrada: gozó tambien de todas las recompensas; pero entre los regalos con que la favorecia de continuo el Señor, sobresalia una luz que la iniciaba en conocimientos mucho mas altos que cuantos podia recoger el talento mas privilegiado y la aplicacion mas incesante y profunda en las producciones mas eminentes de las ciencias, y una comunicacion tan íntima y union tan estrecha con su Divino Esposo, que podia decir á la letra con San Pablo: "Ya no vivo yo, sino que Jesucristo es quien vive en mí." [1]

¿Recordáis aquella inalterable paciencia con que sostuvo siempre los combates mas crueles entre las enfermedades mas dolorosas, hasta el extremo de haber pasado ya por muerta y aun haberse abierto su sepulcro? Admirad, empero, al mismo tiempo esa especie de resurreccion con que pareció incorporarse de nuevo en la vida, y esta vida prolongada, contra todas las previsiones de la ciencia, hasta una mui avanzada edad; y no echéis en olvido tampoco aquel predominio soberano que llegó á adquirir sobre la tribulacion, aquellos triunfos sobre sí misma, y aquel ascendiente irresistible y dulce que ponia de su parte á todos los espíritus, que le hacia disponer de todas las influencias, y le ganaba fácilmente los corazones.

¿Qué diré de su celo por la gloria de Dios? Hubiera dado mil veces la vida porque no le faltara en todo el Universo una sola de sus debidas alabanzas, porque no se encontrase un solo ingrato entre los hombres, y por evitar una sola ofensa á su Divina Magestad. No tenia en sus labios otras palabras que las que le dictaba el mas acendrado celo, ni pueden abrirse sus escritos sin inflamarse á cada paso con los toques reiterados de esta ardiente y expansiva virtud.

1 Ad Gálatas, cap. II, v. 20.

Mas recordad asimismo con cuánta magnificencia, con qué inefable ternura recompensaba el Señor estos bellos triunfos. No contento con ilustrarla y sostenerla de continuo, depura incesantemente su naturaleza, se le acerca, se intima con ella, fija en sí todas sus potencias. Teresa vive, Teresa está en el mundo, es verdad; mas parece no tener de humano sino solo aquello que es indispensable para hacer meritoria su carrera. Embriagada sin cesar con las delicias mas puras, parece pedir una tregua y exclamar con la Esposa de los Cantáres: "Venid á confortarme con las flores, cercadme de frutos, porque me desmayo, me enageno, muero de amor." [1]

Nada os diré, católicos, de su caridad para con el prójimo, ni de la inquieta solicitud con que por todas partes le atraia. Era el ángel de la paz: no hablaba nunca sino para hacer sensible su misericordia y su caridad. Aquí reprende con celo; allí reconviene con ternura; allá aconseja con discrecion y con prudencia: unas veces la vemos derramar abundantes lágrimas para partir con sus hermanos las tribulaciones que los aquejan: otras excederse á sí misma, ya para verter el bálsamo de consuelo en el corazon afligido, ya para sacarle á viva fuerza, por explicarme así, del maligno y terrible poder de sus adversarios. Su amor era universal, porque en la inmensa familia de los hombres no habia uno solo por cuya felicidad no formase los mas ardientes votos. Leed y releed su correspondencia, que todos admiran como un monumento de gloria para las letras, pero que nosotros gustamos de ver como la bella crónica de su corazon. ¿Cómo ponderar aquel ascendiente dulce, aquel incomparable poder de insinuacion, aquel atractivo irresistible, aquella facilidad prodigiosa con que todo se le rendia, aquel conjunto de dones, y aquel dominio tan universal sobre los sentimientos? Grandes, pequeños, superiores, súbditos, opulentos, miserables, justos, delincuentes: todos vienen aquí á dar un testimonio solemne en favor de la inapreciable riqueza de cualidades excelentes, de prendas felices, de singularísimas gracias con que Dios quiso retribuir á esta vírgen el ciento por uno de tantas virtudes con que daba el lleno al precepto sublime de la caridad universal.

¿Hasta dónde seria necesario caminar, hermanos mios, si quisiésemos seguir paso á paso esta historia ilustre, donde vemos figurar lo mas grande que tiene el corazon cuando le sostiene la gracia, y las obras maestras de virtud con que sorprende al mundo mismo la comunicacion íntima con Dios? Me haria interminable; pero cediendo á la necesidad penosísima de suspender el relato de tantas y tan

1 Cant., cap. II, v. 5.

heroicas virtudes como resplandecen á porfía en la vida de Teresa, no concluiré mi pobre bosquejo sin deciros siquiera una palabra sobre ese estado de goces que el mundo no comprende, y cuyo maravilloso encanto está escondido en los retretes mas íntimos del Esposo, para no embelesar sino las miradas purísimas de las almas justas, de las almas humildes, de las almas vigilantes que permanecen de pié noche y dia con las lámparas encendidas en la impaciente espera de su venida.

Para despertar fuertemente vuestra atencion, hermanos mios, y fijarla en las maravillas estupendas que voi á referiros, y encadenar deliciosamente vuestras almas en la contemplacion de estas nobles prerogativas con que Dios quiso encumbrar el espíritu de Teresa de Jesus, me bastaria deciros que, en el ejercicio de su oracion, pasó por una carrera dilatadísima de sentimientos excelsos, de extraordinarias y divinas luces, cuyos ínfimos grados bastarian para opacar el esplendor de la inteligencia humana, y dejan mui atrás los esfuerzos mas acendrados que puede hacer el corazon en el órden de la naturaleza. Mas yo quiero descorreros un tanto el misterioso velo, y dejaros traslucir, cuanto es dado á una mirada comun, ese cuadro maravilloso de la correspondencia mística entre Jesucristo y esta vírgen admirable.

Figuráos, católicos, una alma cuyas potencias encadenan los sentidos del cuerpo para recogerse profundamente, y perderse en una sola mirada del espíritu, en el instante rápido en que Dios se le manifiesta entre las radiantes nubes de la fe; una alma que mira reducidas á polvo todas las grandezas humanas y ve reconcentrarse en la imperceptible extension de un átomo el inmenso cuadro del Universo; y decidme: ¿qué mas se necesita para perder el sabor de cuanto es humano y la solicitud por los triunfos del ingenio? Sin embargo, Teresa con esto recibe apénas, como lo vais á ver, la primera caricia de su Dueño. Fuertemente impelida por este favor celestial, deplorando mas y mas su miseria, acrisolando incesantemente su humildad y su amor, advierte cómo á su vista embelesada, que se fija en solo Dios con los ojos del espíritu, sucede tal suspension de todas sus potencias, que parece no quedarles ya sino la dichosa pasibilidad del amor. ¡Silencio profundo, interrumpido solo por la voz de paz que creia escuchar el profeta Simeon á la vista del Niño-Redentor, á quien tenia en sus brazos! ¡Momento feliz, que no habia de pasar sino para producir despues sus primeros frutos en esa quietud absoluta, en ese dulce y suave reposo, que naciendo de lo mas íntimo y profundo del alma por el sentimiento inequívoco de hallarse junto á Dios arrobada en su divina presencia, incapaz de permanecer limitada á lo mui interior del espíritu, le ocupa todo, haciéndose visible y aun palpable en todas las potencias y hasta en los sentidos del cuerpo.

No se estacionará Teresa en esta situacion, que ya la encumbra tánto sobre la naturaleza humana. La oracion del justo sube como el incienso hasta penetrar en el Trono del Dios vivo; y esta vírgen, despues de verse regalada en toda su parte sensible con aquellos nobles impulsos de su amor, va á depurarlo todo en una contemplacion altísima, en una oracion de inconcebible sublimidad, que, deponiendo cuanto el amor tiene de sensible, se reviste de esa fuerza espiritual que el mundo no ha sabido comprender, á pesar de los desengaños que á cada paso recibe, cuando el santo desprecio que de él hace la virtud le inmola generosamente en las aras de la caridad. ¡Gran Dios, cuán magnífico os mostráis para con esas almas queridas, que habiendo tenido la dicha de conoceros, sufririan mil veces la mas dolorosa muerte ántes que tener la desgracia de dejaros! Católicos, ¿dónde está el deleite, dónde el tesoro, dónde la gloria, dónde el sentimiento y el afecto capaces de distraer á esta criatura tan singularmente favorecida, de este suavísimo recreo, que ha venido á colocarla en la santa embriaguez del amor? ¡Ah! las fuerzas se le han agotado: sus ojos se cierran suavemente: parecen faltarle hasta los conocimientos mismos que acaba de adquirir; y en esta deliciosa postracion de todas sus fuerzas, se abandona dulcemente y se duerme sin zozobra en los brazos de su Divino Esposo.

¡Oh momento supremo de holocaustos y de goces! ¡Estos son vuestros instantes, oh Dios mio! ¡instantes que rápidamente pasan miéntras se hace la travesía por este valle de lágrimas, y de los cuales no sale vuestra esposa sino para experimentar un incremento nuevo de inquietud y de agitacion, que debia suceder al goce purísimo de vuestra presencia y á la prueba feliz de vuestra inmensidad!

Al sueño del espíritu, sigue, católicos, en Teresa una vigilia dulce y penosamente prolongada; porque toda ella está poseida de las ansias generosas y la sed insaciable de su amor. ¿Qué seria de esta vírgen, si abandonada á tales sentimientos, hubiese de pasar sin tregua por una especie de desolacion? ¡Ah! El Señor, aun cuando concede estas gracias extraordinarias, misteriosamente dispensadas, pues no entran en sus planes generales para la justificacion, y sin ellas pueden llegar á su apogéo todas las virtudes, se complace algunas veces en prodigarlas sin medida, y hasta en observar cierta especie de consecuencia metódica en su liberal distribucion.

Esta sed insaciable, estas ansias inquietas no pueden calmarse

sino por algunos momentos de gozo, que el Señor multiplica, segun sus designios, derramando en toda el alma el sentimiento mas vivo, el gusto mas delicioso de su presencia: ¡sentimiento superior á cuanto son capaces de producir en este género, aun reunidos en un punto y perfectamente concertados, el talento, la razon y los afectos de todos los sabios y de todas las almas sensibles! No parece sino que Dios se hace palpar del espíritu, por explicarme así, dando aquellos toques tan íntimos, tan vivos, pero al mismo tiempo tan inaccesibles á nuestra capacidad, que no tienen significado en ninguna lengua, ni otro punto de apoyo que la fe.

¿Qué resta ya? ¡Almas recogidas, almas fervorosas que entendéis este lenguaje del misterio: venid, contemplad lo que sucede á Teresa en estos momentos solemnes, tan señalados en la historia general de su corazon! A la proximidad tan inmediata de su Divino Esposo nuevos y magníficos tesoros vienen á enriquecerla con la gracia santificante, los hábitos infusos y dones sobrenaturales que recibe. Entónces un amor práctico, íntimo, inexplicable, ocupando todo su sér, la deja íntimamente penetrada de Dios. Ya no siente en sí misma sino solo á Dios: piérdese absoluta y universalmente en Dios. Un paso más, y observad el grado de intensidad, de pureza y simplicidad á que Dios hace subir este sentimiento, poniéndole en un grado tan alto de espiritualidad, que no pudiendo ser percibido ni aun del mismo espíritu que le experimenta, provoca en ella los deseos de que Dios mismo se digne explicarlo todo. Su alma entónces parece liquidarse para ponerse mas en Dios; deja de vivir ya, porque Dios es quien vive en ella. Este es el instante en que Teresa comprende por experiencia propia cómo ha podido Dios cifrar sus delicias en estar con los hijos de los hombres. El amor adquiere con esto una maravillosa trasformacion: entra en una especie de reciprocidad, y forma suavemente en su corazon el dulce voto de una fidelidad eterna. Verifícanse entónces aquellas nupcias, aquel desposorio místico, de que nos habla el profeta Oséas, y que San Bernardo ha hecho tan sensible en sus dulces, sentimentales y magníficos comentarios.

Llegando á este punto, el alma de Teresa, sin salir aun de la tierra, se expatría, digámoslo así: deliciosamente enagenada de cuanto no es Dios, se engolfa en ese oceano de lo infinito, por donde navegará, sin poderse contener, hasta que sacuda para siempre de sí las ya casi insensibles trabas que todavía la ligan al tiempo. Un género enteramente nuevo de sentimientos y de ideas viene á reemplazar todo lo antiguo: pensamientos de un órden tan elevado, afectos de un carácter tan único ocupan ya la mente de esta santa privilegiada, que seria necesario en cierto modo imitarla para comprenderla.

¿Quién pintaria, hermanos mios, con exactitud esa muerte mística de los sentidos externos y aun internos del alma, esa intuicion suma que parece aun desprenderse de sí misma para perderse en la contemplacion de Dios en su soberana esencia, esos profundos arrobamientos, esos trasportes celestiales y éxtasis divinos, esas revelaciones sobrenaturales, esas hablas internas, esas inspiraciones proféticas, esos pasos por la region inaccesible de los cielos, ese predominio sobre lo íntimo del corazon, esa misteriosa familiaridad y reales conversaciones entre Dios y Teresa? ¡Ah! si para solo referirlo y escucharlo es en cierto modo indispensable encadenar la naturaleza humana, enfrenar los sentidos, vendar á la razon, sellar la inteligencia, y trabajar con pena en adquirir un momento de quietud á fin de llegar á esa contemplacion laboriosa, hija de la fatiga, que parece el último esfuerzo de la perfeccion y el bello ideal de la inteligencia humana; ¿qué será, hermanos mios, para el alma que la ve y experimenta en sí, y que, irresistiblemente impelida por el espíritu de Dios, emprende, prosigue y consuma, llevada sobre las alas de la oracion, esta noble y sublime carrera en que las virtudes, desfilando una tras otra, entre el cielo que las contempla y la tierra que las admira, descubren, anuncian y proclaman el concierto feliz de la naturaleza con la gracia, y la union íntima, constante y sostenida del alma con su Dios! Llegando á estos grados sublimes, hermanos mios, el idioma del Poeta-Rei y el sentido lenguaje de la Esposa de los Cantáres, se escapan á cada instante del corazon y de los labios de Teresa. Ya no tiene palabras sino para encarecer su ventura y ponderar su indignidad, para humillar al mundo y exaltar los triunfos de la gracia.

Me parece, católicos, que haciendo un esfuerzo supremo, para desahogar los sentimientos que la oprimen y explicar los conceptos elevasísimos que le inspira su misteriosa y dulce situacion, exclama, llena de ternura y de fe: "Lo que yo estoi hablando es una fidelidísima narracion de lo que he escuchado, de lo que he sentido, de lo que he visto con mis propios ojos acerca de Dios, y esto es lo que me basta para creerlo: *Crédidi propter quod locutus sum.* Cuando levantada sobre la naturaleza física ó incorporada en la region eterna de la luz, donde todo aparece como es en sí mismo, he visto con otros ojos todas las cosas que existen, la humanidad no me ha presentado mas título de nobleza que Jesucristo; y el patrimonio del hombre, cuando de Dios se desprende, no ha dejado de ser nunca el error y la mentira: *Ego dixi in excessu meo om-*

nis homo mendax. Pero ¡por qué yo tan léjos de la tierra y de los hombres? ¿por qué tan separada de mis sentidos, de mis potencias y de todo mi sér? ¿por qué este recogimiento profundo, este silencio del espíritu, esta muerte á lo sensible, esta intimidad con el Dueño de todas las cosas, estos dones multiplicados, estos trasportes frecuentes, esta union perdurable del amor con el amor? ¡Oh Señor y Dios mio! ¡cuán admirable es vuestro Nombre en toda la tierra! Alma mia, ¿qué retribucion dispones para mostrar de algun modo tu reconocimiento al Dispensador Supremo de tanta grandeza y de tanta gloria? *¿Quid retribuam Domino pro ómnibus quæ retribuit mihi?*

Lo sé, Dios mio; y es dulce para mí comprender y confesar que no hai en mí sino nada. Tuyo es el don; tuya será tambien la retribucion de mi pobre alma. Sí: tomaré en mis manos el precioso cáliz, para apurar mas y mas en vuestro Nombre el dulcísimo néctar de vuestro amor: beberé á vuestro Nombre; y este licor delicioso discurrirá por todas mis venas y cambiará mi vida en un fuego inextinguible de caridad: mi vida será siempre tuya; en tu Santo Nombre nacerán y morirán todos mis pensamientos, y este Nombre de bendicion y de salud sostendrá mi vacilante marcha por los caminos de la vida, y me abrirá el paso á vuestra celestial morada cuando haya perdido ya de vista las riberas del tiempo: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.*

¡Oh coloquios dulcísimos de la virtud mas acendrada! ¡Oh santas efusiones del reconocimiento y del amor! ¡Oh Teresa, caro y digno objeto de esta celestial ternura! ¿Cómo te será posible sostener aún la carga de la existencia en esta elevacion incomprensible de sentimientos y en esta no interrumpida serie de celestiales favores? ¡Basta, Señor! ¡La pobre naturaleza ya no es capaz de tánto! ¡Detenéos, y reservad para aquel claro dia que no ha de tener noche manifestaros á vuestros escogidos en toda vuestra magnificencia! Pero no, hermanos mios, aun tenéis que esperar contra la esperanza misma; aun os reserva Teresa el resto de lo maravilloso y divino que se encuentra en su vida interior.

Una de las muchas veces que el Espíritu de Dios la sacó fuera de sí misma, para fijar los ojos de su mente en la pura contemplacion de los objetos divinos, vió venir hácia ella en forma corporal un ángel pequeño de peregrina hermosura, rostro encendido y resplandeciente como el de un Serafin, trayendo en sus manos un dardo de oro en cuya extremidad brillaba un punto de fuego. Acercóse á ella, y la penetró tan profundamente con aquel dardo, que produciendo en su corazon un dolor mui vivo que la hacia prorumpir en gritos, y una suavidad inefablemente deliciosa que radicaba en lo mas íntimo de

su alma el deseo de prolongar eternamente aquella herida de amor divino, sintió consumarse de la manera mas milagrosa la union mística que de tantas maneras hasta entónces habia sentido. Jesucristo la habia dicho ya que ella, como verdadera Esposa suya, celaria en adelante su honor, porque Su Magestad era todo de Teresa, y desde entónces Teresa seria toda de Jesus.

¿Qué mas os diré? Hable por mí la misma vírgen, y sirva el Profeta-Rei de soberano intérprete al corazon tan singularmente favorecido de Teresa. Parece que ella, como David, invita, para que dé un testimonio brillante de lo que va á decir á su Divino Dueño, á toda Jerusalen, y convida á todas las criaturas para pronunciar sus votos á la faz del Universo: *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus.*

Teresa no puede ocultar ya sus sentimientos ni sus deseos; y desde que ha sentido en sí la suavidad inefable de la union con Dios, desde que le ha consagrado hasta este punto su sér, ya parece arrastrar con pena la existencia; y la muerte se le anuncia en el tránsito feliz de los justos bajo el emblema de la gloria, y la vestidura rica, y los arréos magníficos de la inmortalidad: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Sí, Gran Dios, parece decirle en los trasportes de su amor y gratitud: Tú eres mio, yo soi tuya, no tengo ya otro dueño: los momentos de mi felicidad han llegado, estos momentos de inexplicable gozo en que siento ya desbaratarse mis cadenas, y que ya te dignas empezar á romper los vínculos penosos que me atan á la tierra: *O Domine, quia ego servus tuus. . . . . Dirupisti vincula mea!* No viviré mas que para tí: tu Nombre Santo andará siempre de mis labios á mi corazon, y volverá de mi corazon á mis labios: mi vida pasará ya en la meditacion dulcísima de tus singulares favores, y mi ocupacion mas grata, mi única y esclusiva taréa, será inmolarme continuamente en tus altares, alabarte y bendecirte sin cesar! *Tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* Protegedy santificad en este instante ¡oh Dios mio! la promesa que te hago de practicar en lo sucesivo cuanto mas perfecto sea y entienda que mas eficazmente contribuye á exaltar tu gloria y á procurar tu honor; y este voto, el mas dulce de mi vida, será cumplido, Señor, á la vista de tu pueblo, y se mostrará en los inmensos atrios de tu santo templo, y volverá hácia sí con los ecos augustos de tu ciudad escogida: *Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus, in atriis domus Domini, in medio tui, Jerusalem.*

Católicos, la promesa de esta vírgen, despues de haber sido prevenida, quedó aceptada por el Esposo: Teresa no vive ya sino para

la gloria del Señor: el resto de sus dias está señalado con una serie no interrumpida de prodigios de amor. Habita ella y recorre las moradas excelsas que imagina y construye; y cuando apenas toca ya la tierra, cuando se ha perdido cerca del trono levantado en la última morada, al mas leve impulso de sus deseos deja para siempre este valle de lágrimas, y se incorpora por toda la eternidad en el insondable piélago de esplendores y de amor que constituye la recompensa magnífica con que Dios corona el triunfo de las virtudes cristianas.

Tal fué, católicos, la vasta y prodigiosa carrera de esta vírgen durante casi su vida entera; tales y tan inefables las maravillas de su espíritu, inspirado siempre de los cielos en las reservas misteriosas de la oracion; tales, por último, las robustas pruebas en que me he fundado para considerar la oracion como una fuente de luz para la inteligencia, como un elemento de fuerza para la voluntad, y como un manantial de goces incomparables para el espíritu.

Sin haber pasado esta vírgen por las brillantes fatigas de los estudios humanos, ni estado en comercio con los sabios de la tierra, ni pertenecido á las academias, ni recorrido el mundo con la mirada observadora del viajero, ni echado mano absolutamente de ninguno de esos medios que sirven al genio y al talento para desarrollarse y enriquecerse en el siglo, ella recibe una luz incomparablemente mas pura, mas espléndida, que cuantas despide la sola naturaleza; posee una ciencia mas elevada, mas vasta, mas profunda, que todos los conocimientos puramente humanos. Corre su pluma, y despide un esplendor que arroba y enagena á los mas agigantados talentos. Sus escritos son reconocidos en la Iglesia como el depósito de una inspiracion celestial probada en todos los criterios, y nadie vacila en reconocerla como una antorcha de primera magnitud en los espacios de la ciencia de Dios y del espíritu.

Abrazando la vida religiosa, estrecha mas y mas su recogimiento, enagena del todo su voluntad, renuncia para siempre á las conexiones de la carne y de la sangre, y no busca mas tesoros que la sublime pobreza del Evangelio. Tiene un pensamiento á que no puede renunciar, siente un estímulo que no la deja quietud, se agita en su alma la vastísima empresa de reformar el instituto á que pertenece y establecer muchas fundaciones sobre las bases de esta reforma; contempla las dificultades que le presentan, por una parte las resistencias de una naturaleza mal habituada, y por otra la penuria de un estado donde no hai mas que pobreza: mas nada la contiene, y sus votos quedan felizmente realizados. En la oracion se ilustra, se fortalece y fecunda; en la oracion encuentra un rico depósito de dones y de gracias, que le allanarán todos los caminos, y de hecho, sin otro recurso fundamental, sin otro principio de accion, sin otro elemento para realizar sus planes, se enseñoréa de las voluntades, encuentra manos abiertas para secundar sus deseos, reforma su Orden y deja muchos planteles hermosísimos, obra de su espíritu admirable y monumentos imperecederos de su gloria.

Al través de mil vicisitudes por donde camina, logra por fin inmolar en las aras del amor divino su cuerpo y su alma, sus sentidos y sus potencias, sus recuerdos y sus previsiones: no quiere sino solo vivir en Dios: aniquila con su abnegacion cuanto en la naturaleza regala los sentidos, y en el humano pensar embelesa la imaginacion y trasporta el alma. Pero en recompensa de estas multiplicadas inmolaciones recibe con abundancia magnífica tantos y tales obsequios de su Divino Esposo, que parece disfrutar ya desde aquí las primicias de aquellos inefables goces que esperan en la eternidad á los escogidos. La vida interior de esta vírgen, perfectamente depurada en el crisol de la mas severa crítica, es un mundo misterioso de maravillas y de encantos, es un cuadro de todos esos prodigios que parecen exceder á la posibilidad á los ojos de la naturaleza, es una vida de amor: el amor la inicia, el amor la desarrolla, el amor la sostiene, y el amor tambien, tomando dimensiones que traspasan con mucho la capacidad de la pobre naturaleza, la inmola por fin, cuando no pudiendo sufrir ya los límites del espacio y del tiempo, se lanza impaciente, llevándola consigo, en el seno de la eternidad.

Teresa se escapa de la vida para volar á su Dios, se incorpora dentro de los muros de la ciudad eterna con sus dichosos habitadores; pero entre tanto la tierra, testigo de los mayores prodigios, parece honrada todavía con su presencia. No son para minuciosamente referidos en un breve discurso aquellos milagros estupendos que obró el Señor á fin de honrar la memoria de una esposa tan querida, ni para bien ponderados los tributos que la piedad, la admiracion y el amor han ofrecido y ofrecen sin cesar al esclarecido nombre de Teresa de Jesus. Ella vive en el corazon de todas sus hijas: su vida es un código que estudian y se empeñan por observar todas las almas consagradas al ejercicio de la virtud, principalmente en la vida religiosa: sus escritos recorren el mundo, despidiendo por todas partes los reflejos de la ciencia divina: su espíritu es la personificacion magnífica de una religiosa perfecta. El esplendor de sus virtudes, las dotes sobrenaturales de su espíritu, las manifestaciones repetidas que hizo Dios por su medio de que inmediata y extraordinariamente la asistía, pues ademas de la ciencia infusa, le dió espíritu

profético y poder de milagros y los muchos que se obraron despues de su muerte: todo esto puso un pronto y eficaz estímulo en la santa Iglesia católica para colocar á Teresa de Jesus, por la voz del Vicario de Jesucristo, en la galería gloriosa de los Santos, exponerla en los altares á la veneracion de los fieles, y coronar de esta suerte una vida llena de virtudes y merecimientos.

¿Quién es capaz de admirar como es debido el pensamiento, la accion, la grandeza y la gloria de esta segunda madre de la familia del Carmelo? ¿Cómo describir las muchas y repetidas escenas que pasaban entre ella y su Dios en las misteriosas reservas de su oracion sublime? ¡Ah! todo traspasa con mucho los límites de nuestra pobre posibilidad. El mejor uso que podemos hacer del pensamiento y la palabra, cuando contemplamos la carrera de esta vírgen, es exclamar con arrobamiento: "¡Cuán admirable es el Señor en sus santos!" y el resultado mas feliz á que debemos aspirar en un ejercicio tan piadoso, es adquirir con el gusto de la oracion un estímulo continuo para practicarla, y con su práctica un medio fecundísimo en recursos para la perfeccion y el merecimiento. Todo lo conseguirémos, hermanos mios, si somos fieles en corresponder á las felices inspiraciones que nos prodiga esta vírgen con los ejemplos de su vida, é interesamos en favor nuestro su valimiento con el Rey de los reyes, cuando goza ya en el Empíreo el precioso fruto de sus virtudes.

¡Oh Teresa, objeto digno de nuestras alabanzas, de nuestra admiracion y de nuestros cultos! desde esa region divina donde adunas tu voz con las de los ángeles, querubines, principados y potestades del cielo, para entonar al tres veces Santo el Hosana sublime de tu amor, vuelve esa tu mirada tierna sobre esta familia atribulada que lucha con la penosa incertidumbre de su futuro destino, haz que descienda hácia nosotros el torrente de la gracia, y que no se cierren por última vez nuestros ojos, sino para abrirse de nuevo en la patria celestial. AMEN.

PANEGIRICO

DE SAN

VICENTE DE PAUL.

PREDICADO

EN MEXICO EL DIA 19 DE JULIO DE 1860 EN LA IGLESIA DEL ESPIRITU SANTO.

Minimus erit in mille, et parvulus in gentem fortissimam.

El menor de ellos valdrá por mil, y el parvulillo por una nacion poderosa.

Is. cap. LX, v. 22.

CATÓLICOS:

Si en el cuadro general que en el mundo presentan, con el esplendor y magnificencia de sus obras, la sabiduría y la virtud, hai una cosa que ponga mas de bulto lo infinito del pensamiento y la accion de Jesucristo Señor nuestro sobre toda la humanidad, es el valor moral que cada uno de sus escogidos representa comparativamente con cuanto de mas heróico y grande, potente y fuerte ostentan los hombres y los siglos. Abrense á nuestra vista las páginas de la historia profana, y en el acto mismo empiezan á desfilar en nuestra presencia esa serie de sabios, de héroes, de potentados, de genios á quienes el siglo apellida grandes, y en cuyo reflejo señala el esplendor de sus glorias diversas. Contemplamos uno por uno esos grandes hechos que mas se aplauden y admiran, esas vicisitudes incontables por donde ha pasado la sociedad impelida juntamente por la ciencia y el poder, esos reinados opulentos y reinados miserables, esas revoluciones memorables que han cambiado tantas veces las opiniones, las costumbres y la faz política de los pueblos; y á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

profético y poder de milagros y los muchos que se obraron despues de su muerte: todo esto puso un pronto y eficaz estímulo en la santa Iglesia católica para colocar á Teresa de Jesus, por la voz del Vicario de Jesucristo, en la galería gloriosa de los Santos, exponerla en los altares á la veneracion de los fieles, y coronar de esta suerte una vida llena de virtudes y merecimientos.

¿Quién es capaz de admirar como es debido el pensamiento, la accion, la grandeza y la gloria de esta segunda madre de la familia del Carmelo? ¿Cómo describir las muchas y repetidas escenas que pasaban entre ella y su Dios en las misteriosas reservas de su oracion sublime? ¡Ah! todo traspasa con mucho los límites de nuestra pobre posibilidad. El mejor uso que podemos hacer del pensamiento y la palabra, cuando contemplamos la carrera de esta vírgen, es exclamar con arrobamiento: "¡Cuán admirable es el Señor en sus santos!" y el resultado mas feliz á que debemos aspirar en un ejercicio tan piadoso, es adquirir con el gusto de la oracion un estímulo continuo para practicarla, y con su práctica un medio fecundísimo en recursos para la perfeccion y el merecimiento. Todo lo conseguirémos, hermanos mios, si somos fieles en corresponder á las felices inspiraciones que nos prodiga esta vírgen con los ejemplos de su vida, é interesamos en favor nuestro su valimiento con el Rey de los reyes, cuando goza ya en el Empíreo el precioso fruto de sus virtudes.

¡Oh Teresa, objeto digno de nuestras alabanzas, de nuestra admiracion y de nuestros cultos! desde esa region divina donde adunas tu voz con las de los ángeles, querubines, principados y potestades del cielo, para entonar al tres veces Santo el Hosana sublime de tu amor, vuelve esa tu mirada tierna sobre esta familia atribulada que lucha con la penosa incertidumbre de su futuro destino, haz que descienda hácia nosotros el torrente de la gracia, y que no se cierren por última vez nuestros ojos, sino para abrirse de nuevo en la patria celestial. AMEN.

PANEGIRICO

DE SAN

VICENTE DE PAUL.

PREDICADO

EN MEXICO EL DIA 19 DE JULIO DE 1860 EN LA IGLESIA DEL ESPIRITU SANTO.

Minimus erit in mille, et parvulus in gentem fortissimam.

El menor de ellos valdrá por mil, y el parvulillo por una nacion poderosa.

Is. cap. LX, v. 22.

CATÓLICOS:

Si en el cuadro general que en el mundo presentan, con el esplendor y magnificencia de sus obras, la sabiduría y la virtud, hai una cosa que ponga mas de bulto lo infinito del pensamiento y la accion de Jesucristo Señor nuestro sobre toda la humanidad, es el valor moral que cada uno de sus escogidos representa comparativamente con cuanto de mas heróico y grande, potente y fuerte ostentan los hombres y los siglos. Abrense á nuestra vista las páginas de la historia profana, y en el acto mismo empiezan á desfilar en nuestra presencia esa serie de sabios, de héroes, de potentados, de genios á quienes el siglo apellida grandes, y en cuyo reflejo señala el esplendor de sus glorias diversas. Contemplamos uno por uno esos grandes hechos que mas se aplauden y admiran, esas vicisitudes incontables por donde ha pasado la sociedad impelida juntamente por la ciencia y el poder, esos reinados opulentos y reinados miserables, esas revoluciones memorables que han cambiado tantas veces las opiniones, las costumbres y la faz política de los pueblos; y á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vista de todo, no pudiéndonos librar de tan fuertes impresiones, pagamos un tributo de admiracion á los sabios y á los fuertes del siglo. Mas cuando, al volver de nuestra primera sorpresa, variamos de cuadro, pasamos del mundo político al mundo moral, consideramos los polos sobre que gira éste, el carácter y la forma de su perfeccion, el principio y el elemento de su vida, la nobleza y sublimidad de su fin, entónces cambian del todo nuestras ideas: nuevos medios de apreciacion adquiere nuestra crítica, y aleccionados con la verdadera sabiduría, el verdadero heroismo, la verdadera gloria, somos ya ménos fáciles para celebrar lo que solo pertenece al hombre, y no encontramos derechos incontestables á nuestra admiracion, sino solo en el carácter moral de esos héroes que han sido formados en la escuela de Jesucristo. Cada uno de ellos es un libro para nuestro entendimiento y un estímulo para nuestro corazon, porque solo allí encontramos el reflejo de aquella luz que no tiene ocaso, el ascendiente de aquella virtud que no tiene mezcla, la magnificencia de aquella gloria que no tiene medida.

Cuando consideramos uno de estos que suelen pasar desapercibidos delante del mundo, mostrarse despues de su muerte con la magnificencia de la virtud y el esplendor purísimo de la verdadera gloria, humillar al mismo siglo y arrancarle tributos de admiracion producidos por el mas sublime desengaño, un sentimiento indefinible se apodera de nuestras almas, extasiadas con la contemplacion de tanta grandeza, y para desahogarle no nos queda otro lenguaje que el que sirvió de intérprete á Isaías para terminar el cuadro profético de los divinos triunfos de Jesucristo. El último de los de su pueblo, que habia de componerse de todos los justos, verdaderos y perpetuos poseedores de la tierra, renuevos augustos del regio vástago de Judá, selectísimas plantas del Viñador eterno, reflejos vivos del Sér por esencia, "el menor de ellos, exclama el Profeta, valdrá por mil, y el parvulillo por una nacion poderosísima:" *Minimus erit in mille, et parvulus in gentem fortissimam.*

Bajo este punto de vista debemos considerar al héroe sublime de la religion, objeto de esta solemnidad piadosa, para sentir su grandeza y columbrar su gloria. Venido al mundo al finalizar de un siglo que acababa de innovar todos los elementos del saber y de la sociedad, de introducir con el mejor éxito la gran tentacion de la ciencia para minar el doble edificio de la fe y la unidad católica, y de preparar así un ataque general contra todo lo que hasta entónces habia sido mas fuerte y mas universalmente benéfico, Vicente de Paul aparece como la gran personificacion de la virtud en todo su poder, en su poder presente para reparar todas las ruinas é impedir

nuevos males, y en su poder futuro para estar siempre como en atalaya contra los nuevos golpes que serian asestados á la institucion de Jesucristo. Esplendente sol en las altas regiones del pensamiento, activo fuego en el mundo moral, este héroe, brillante á pesar de su oscuridad espontánea, irresistible á pesar de su noble retraimiento, prodigiosamente fecundo á pesar de su incomparable humildad, aparece á fines del siglo XVI valiendo él solo para la verdad y la virtud mil veces más que cada uno de los agentes del error y del crímen, mas poderoso en su accion, delicada y tierna como la de la infancia, que las legiones poderosas rabiosamente armadas contra la Iglesia de Jesucristo. Ministro universal de la Providencia en la economía de su accion sobre el mundo religioso, político y social, resume, digámoslo así, en su mision y en su espíritu, la mision y el espíritu de todas las instituciones del cristianismo, sirviendo á ellas de órgano y defensa, y multiplicando en cierto modo su poder con la pasmosa fecundidad de su virtud.

¿Quién pudiera jamas reducir á las condiciones precisas de un discurso las glorias de este héroe de la caridad, que comenzando siempre su grande obra en el corazon y mediándola en la inteligencia, la consumaba constantemente en la felicidad? No es posible. ¿Cómo dar aquí el lleno á mis deseos, desahogando en vuestra presencia, católicos, todos los sentimientos de admiracion que este Santo me inspira, sin menoscabar su elogio ni gravar tampoco demasiado vuestra atencion? ¿Os diré con uno de sus mas esclarecidos panegiristas que es la obra y el instrumento de la Providencia? Esta enunciacion dice mucho; pero su misma universalidad, en que se hallan comprendidos todos los justos, no me excusaria de abandonarla en busca de un plan mas circunscrito. ¿Os diré con un elocuente Pontífice que Vicente de Paul fué bienhechor de su siglo y de las generaciones futuras, no ménos admirable en el ejercicio que en el suceso de su caridad, grande por sus virtudes generosas, y mayor por sus preciosos establecimientos? Diria la verdad; pero no podria ciertamente rehusar este mismo elogio, en su carácter y extension, á tantos fundadores insignes que han hecho pasar su espíritu al través de todas las edades hasta nuestros dias, y á medida que corren los siglos aumentarse mas y mas el reflejo de sus glorias. ¿Os diré con algunos otros que fué Vicente de Paul el mejor de todos los hombres? Las leyes severas de esta cátedra me prescriben el estrecho deber de respetar ese mundo del misterio, ese libro cerrado para nosotros, donde constan los grados de merecimiento y de gloria de todos los justos. Prescindiendo pues de estos extremos, y queriendo sin embargo poneros en el camino de una meditacion

provechosa; empeñado ménos en presentaros un todo, que en facilitaros medios adecuados para que lleguéis á recorrerle y contemplarle; deseoso, no tanto de cumplir con las exigencias de la oratoria, cuanto de conmover vuestros corazones, atrayéndolos á la caridad con la pintura de sus glorias, intento poner á vuestra vista la imágen sublime de Vicente de Paul desarrollando el influjo de la sabiduría y el amor sobre tres mundos, digámoslo así, que abrazan el mas vasto conjunto: el mundo religioso, el mundo político y el mundo social.

Predestinado para cultivar todas las virtudes, llamado á la tribu sacerdotal, que es el estado mas perfecto, colocado en ella bajo el influjo de todas esas inclinaciones de la virtud ignorada y oscura, del retraimiento y la abnegacion, del silencio y la soledad, parecia llamado este Santo á esas instituciones piadosas en que el alma, robándose para siempre al mundo y sus habitadores, no vive mas que para la contemplacion; y sin embargo, no permitió el Señor que esta virtud se localizase: queria obrar con ella directamente sobre el siglo, influir sobre todas las instituciones, y por lo mismo Vicente de Paul no se empeña en votos monásticos, no se reduce á la vida de los claustros ó á la soledad de los desiertos, ni aun se radica en algun empleo de los muchos que desempeña el clero secular. Estaba destinado para ser un tipo universal, y á pesar de su modestia, tendria que recorrer una variadísima serie de sucesos, pasar por muchas vicisitudes, ocupar diversos puestos, y moverse al impulso de su caridad en la proporcion misma que clamaban por ella todas las necesidades del género humano. Tenia delante de sí un vastísimo campo de ruinas y escombros, amontonadas á la par por el orgullo de la ciencia, la guerra de la herejía, la decadencia de la virtud, el entronizamiento de los vicios, el choque de los intereses políticos y las tempestades horribles y frecuentes de la guerra civil. Esta espantosa desolacion pedia una influencia proporcionada, queria un soplo que purificase todos los contagios y produjese, por decirlo así, una restauracion universal. Las instituciones religiosas clamaban por una reforma, y Vicente de Paul las restauró con su ejemplo y sus seminarios. Las instituciones políticas empezaban á resentir un mal que mas tarde tomaria proporciones inmensas, el desconcierto entre la magistratura civil y la personalidad eclesiástica: Vicente de Paul con sus ejemplos aparece como la gran personificacion de los medios que el clero debia emplear para salvarse de los conflictos que le esperaban. La masa de la sociedad estaba devorada juntamente por la miseria y por el crímen; y Vicente de Paul, en contacto con todas sus clases, socorre la primera,

y este socorro mismo se convierte, por su carácter, en un elemento de restauracion moral: el pan de la tierra se alterna con el pan del cielo, y los hambrientos y adoloridos se sacian y curan en el cuerpo para resuscitar en la virtud. Ved pues aquí, os lo diré otra vez, el triple aspecto bajo que me propongo presentaros á Vicente de Paul: inicia la grande obra con la reforma del estado eclesiástico, la média con su conducta en las córtes, y la consuma con el carácter de su accion sobre el cuerpo de la sociedad.

Mas no entraré, católicos, en materia sin levantar primero mi voz al Espíritu increado, pidiéndole ardientemente dé á mis palabras la virtud que necesitan, para ilustrar vuestro entendimiento y mover al mismo tiempo vuestro corazon, bien así como á vosotros aquellas disposiciones felices que hacen prender en el alma, crecer y fructificar la semilla de la palabra evangélica. Unamos pues nuestros votos á este Divino Espíritu, pidiéndole sus preciosos dones por la intercesion eficacísima de su casta Esposa. Ave María.

PRIMERA PARTE.

Cuando vemos, católicos, la historia de Vicente durante el primer periodo de su vida recogerse en tan pocas líneas, que casi se nos escapa, y observamos por otra parte lo que fué y lo que hizo, notando al mismo tiempo cómo en casi dos siglos su espíritu vive en sus hijos y en sus instituciones, recorre la tierra, obra incesantemente y pasa sin esfuerzo á la posteridad, no podemos ménos de pagar un tributo de admiracion á esa Providencia del misterio tan manifiesta en sus obras como impenetrable en sus designios, y que nos da tantas luces para conocerla en la realizacion de sus planes, como se rodea de sombras para ocultar su pensamiento, principalmente cuando las grandes crísis de los pueblos apiñan sobre el porvenir tantas nubes, que no se columbran ya sino fantasmas de miseria, de luto y de muerte.

Nació Vicente de Paul en una aldea llamada Puy, de padres pobres; era el sexto de sus hijos; fué destinado á la tarea de apacentar un pequeño rebaño, medio de subsistencia con que contaba su familia. En esta ocupacion se conservó hasta los doce años de su edad, haciéndose siempre notar por la pureza de sus costumbres, los esmeros de su piedad y su amor á los pobres. No puedo pasar

de aquí, católicos, al referir la historia de nuestro Santo durante este primer periodo. ¡Qué cuadro tan sucinto! ¡qué infancia tan ignorada! ¡qué poca cosa para el punto de partida de una inmensa carrera! Mas nada de esto es casual: porque Dios, tan poseido de su amor al hombre como celoso de su gloria, procede siempre de tal manera, que la falsa lógica del siglo no puede nunca desvirtuar el verdadero carácter de sus obras.

Quiere salvar al mundo en una de sus terribles crísis religiosas y morales, y la gran mision para esto la concede á Vicente de Paul. ¡Qué empresa, católicos! ¡reformar todo un siglo y dejar en pié un elemento poderoso contra el desbordamiento del mal en los siglos venideros! ¿Quién ignora los desastres de todo género que trajó al mundo el siglo décimo-sexto, el sacudimiento universal que produjo al formular aquella gran revolucion? Verdad es que la Iglesia tenia mucho adelantado cuando se acercaba el tiempo de que este nuevo atleta viese la primera luz; que habia reunido en Trento á los sucesores de los apostóles, lanzado el anatema contra los heresiarcas y decretado una reforma sapientísima; que ya la Compañía de Jesus habia luchado con gloria por casi medio siglo; que nuevos institutos la enriquecian, y otros antiguos, renovados en su espíritu primitivo por el esfuerzo de reformadores ilustres, la llenaban de consuelo. Pero lo es asimismo que aun quedaba mucho por hacer: ¡tal habia sido la fuerza del mal, tantas las ruinas amontonadas, tan perseverante y audaz aquella revolucion! Todavía la reforma se enseñoreaba de su campo y se esforzaba por dilatar su triunfo en vez de sucumbir: la monarquía, cediendo sin sentirlo á las inspiraciones de la época, minaba poco á poco sus cimientos: la miseria en todas sus faces, derramada por donde quiera, era un espectáculo destrozador: bajo la mano misma de la justicia que castigaba á los culpables, se multiplicaban los crímenes: la religion se veia amenazada juntamente por los embates del cisma que la atacaban sin tregua, por el olvido de los principios y la corrupcion del pueblo: la marcha del tiempo, que no pocas veces engaña por lo ménos el dolor con la ilusion de la esperanza, léjos de producir entónces tal efecto, multiplicaba las desgracias disminuyendo los recursos y haciendo casi desesperado el remedio.

Pero el clero, sobre todo, ¡qué lastimoso aspecto presentaba en aquellos tiempos críticos en que su accion era mas necesaria que nunca para salvar la situacion de tantas desgracias! Su decadencia contaba ya dos siglos, habia figurado como una de las causas que precipitaron la reforma protestante, y despues era una consecuencia progresiva de la misma reforma. "Veíanse donde quiera templos

destruidos, altares arruinados, profanaciones sin número, y lo que es mas, un trastorno casi universal de la disciplina eclesiástica, lo cual trai por consecuencia la orfandad espiritual y el abandono absoluto de rebaños inmensos, que arrastraban una vida miserable sin sacramentos, sin instrucciones, sin socorros casi de ningun género para su eterna salud. Este cuerpo respetable, que aun en tiempos de persecucion ostenta su grandeza cuando vive de la virtud, habia llegado á envilecerse tánto, que como observa un célebre historiador: "pasaba entónces por contumelia, nombrar con el título de *padre* á un clérigo distinguido. Los curas de aldea, en la mayor parte, se parecian á los pastores de quienes habla el Profeta, que satisfechos con esquilmar á su rebaño, se les da poco de que tengan el pasto que pide la vida de su alma."

¿Qué no era necesario, católicos, para reanimar este cuerpo ministerial, esta plana mayor de la milicia sagrada, y aprestarla de nuevo al combate con la seguridad de la victoria? Era necesario suscitar un nuevo caudillo de una falanje nueva, que colocado en un punto mui prominente del globo, revestido de una mision en cierto modo universal, dispuesto para encontrarse en todas las situaciones de que es capaz el ministerio eclesiástico, recogiendo en sí mismo el espíritu de todas las instituciones sin los inconvenientes de la localizacion, pudiese aparecer con esa especie de universalidad que solo se adquiere en la escuela de Jesucristo, de que da testimonio la historia del apostolado, y cuyos triunfos no tienen rival en los fastos del heroismo: era necesario uno de esos hombres, que dotados al mismo tiempo de todas las gracias que resplandecen en el carácter de los justos y de esa especie de singularidad que apropia los grandes caractéres á las grandes crísis y necesidades nuevas del género humano, revelan en sí mismos por sus cualidades y por sus obras la accion de esa Providencia siempre antigua y siempre nueva, que obrando constantemente con los mismos elementos esenciales, diversifica las aplicaciones segun las diferentes faces que á su turno van presentando las generaciones y los siglos.

¡Vicente de Paul, llegó ya tu hora! El dia señalado en el registro eterno de la Providencia para producir esa grande obra de restauracion y de consuelo, apareció por fin: la mision augusta de un nuevo apóstolado está pendiente en el mundo de tu cuna, de tu infancia y de tu destino! ¡Humilde comarca de Puy, tú vas á ser de hoi mas una nueva Bethlehem: el Sol que allá tuvo su oriente ha formado ya dentro de tus muros ignorados un astro donde reflejar su eterna luz y repartir el calor de la vida entre la inmensa familia de los desdichados! De tu seno saldrá un hombre de Dios, que coloca-

do al frente de la sagrada tribu, atraerá sobre ella la gracia de una regeneracion sublime, será el precursor de la esperanza, el profeta de los consuelos, el instrumento activo de esa Providencia rica y fecunda en favor de la pobre humanidad.

Ved, católicos, á este héroe incomparable dar principio al desempeño de su gran mision, de una manera tan maravillosa como sorprendente. Para emprender y llevar á cabo el árduo empeño de una reforma que debe comenzar por los ministros mismos del santuario, no toma la pluma y escribe sabios libros, no despliega sus labios y pronuncia discursos elocuentes, no recorre los círculos y lanza censuras amargas, no levanta el grito para declamar contra la corrupcion descorriendo un velo que la caridad tiende sobre el vicio para no escandalizar al inocente y desesperar al culpable. Animado únicamente del amor, todo lo gobierna con la caridad, todo se lo promete de la paciencia, de la afabilidad, de la abnegacion, de la humildad, del desprendimiento, de la mansedumbre: porque la caridad es paciente, dulce, bienhechora, reposada, prudente, humilde, desprendida, mansa, benevóla, segun el bello cuadro que de ella nos dejó el apóstol de las gentes. Tal era la humildad prodigiosa de este hombre incomparable, que al revolver en su mente los grandes pensamientos de una reforma eclesiástica, parece no apercibirse del objeto que está moviendo su celo, sino mas bien considerarse á sí mismo como el único que habia menester de tal reforma; y no es este, católicos, un sabio y prudente artificio de la caridad, porque aquella alma sencilla y simple realmente pensaba como obraba: tenia siempre la miel en los labios para endulzar las penas de sus hermanos y la mirra en el cáliz para castigarse á sí mismo. No puedo en consecuencia presentárosle desarrollando *á priori* un plan meditado de reforma sobre los eclesiásticos; pero en cambio tendré la satisfaccion indecible de pintarósle con fidelidad en su accion sobre sí mismo, y mostraros saliendo como por encanto de su espíritu, de su corazon y de sus manos un clero nuevo, ya porque hubiese sacudido la vieja vestidura, ya porque no hubiese perdido la que recibió del Pontífice con la imposicion de las manos. En lugar pues de nombrar el pensamiento de Vicente, el plan de Vicente, el designio de Vicente sobre la tribu sacerdotal, os mostraré el de Dios por medio de Vicente como instrumento suyo, y para hablar sin frases diré, que Dios en su misericordia, para llevar á efecto la reforma de una clase tan amada, se sirve de este justo, haciendo que, sin pensarlo ni sentirlo, la inicie con sus virtudes, la realice con sus obras y la perpetúe con sus institutos.

¡Qué os diré de sus virtudes? Solo para trazar este cuadro, dando

á cada una de sus partes las proporciones debidas, habria menester, no hai que dudarlo, escribir un libro. Los piadosos historiadores que han tomado á su cargo el desempeño de tan noble y deliciosa taréa, justifican mi pensamiento; y es mui digno de notarse que, cediendo penosamente á la necesidad de ser breves, solo nos han trasmitido cuadros generales. Con hallarse colocado este justo por la voz de la Iglesia en la gloriosa categoría de los santos, visto es que practicó en heróico grado las virtudes todas, y que la hermosa página de su vida resplandece con caractéres indelebles en el libro de los escogidos. Con saber que entre todas sus virtudes levantó su majestuosa frente la caridad, haciéndose notar en todo y sobre todo, ya veis que tan preciosa vida realiza el bello ideal que del justo nos ha dejado el apóstol San Pablo. Sin duda que es un espectáculo hermoso á par que sublime contemplar la grandiosa personificacion de esta virtud en la vida de Vicente, verle correr por la tierra sin apartarse del cielo, siempre con su prójimo y ni un instante sin su Dios, perseguir intrépido el dolor, la miseria y el crímen con los dardos de su amor á fin de extirparlos, si posible fuese, de la tierra, y enviar de continuo al Dueño Unico de todo, como trofeos de su gloria, pesadumbres aliviadas, penas destruidas, aflicciones consoladas, dolores extinguidos, tribulaciones desaparecidas, lágrimas enjugadas. Pero al hablaros de las virtudes de Vicente, quiero ménos atraer hácia la cúspide magnífica del augusto edificio vuestra admiracion, que fijaros en su profunda base: quiero ménos excitaros con la contemplacion de la obra, que sorprenderos con el secreto maravilloso de su orígen. Sin duda alguna que la caridad está sobre todo, es mas que todo, es por excelencia todo; pero ella tiene una base cuya profundidad guarda la debida proporcion con su altura: si su altura está en lo infinito, su base descansará en la nada. Ahora bien, esta nada existente, activa, laboriosa, admirable, sublime, y siempre nada, es la abnegacion evangélica: ancha y profunda base, que recibe sobre la tierra las robustísimas é inmensas columnas de ese templo que va á esconder su cúpula en los cielos, el templo de todas las virtudes alumbrado por el sol de la caridad y apuesto siempre para la residencia augusta del Ser por esencia.

Reducido, pues, para no divagarme, á la abnegacion de Vicente, os diré que la tuvo en toda la perfeccion que admite la naturaleza protegida por la gracia: y dicho esto, nada tengo que añadir para dejaros persuadidos de que su vida reune cuantos rasgos forman la fisonomía característica de esta virtud fundamental. Mas yo quiero presentárosla bajo aquellos aspectos que de ella exigia el pensamiento de Dios para la reforma del sacerdocio, y os manifestaré al

propósito en Vicente de Paul una triple abnegacion: abnegacion de familia, abnegacion de estado, abnegacion individual.

Vedle hacer su primera carrera, dedicándose á los estudios, porque nada mas necio que abandonar los caminos de la ciencia para esperarlo todo de la virtud; pero vedle al mismo tiempo buscar los elementos de todo en su absoluta consagracion al Señor, resplandecer á despecho de su humildad desde los principios de su carrera, ejercer un magisterio singularmente notable sobre sus mismos compañeros en los primeros periodos de sus estudios, emplear los pocos provechos de esta ocupacion en aliviar á su familia, desprenderse de ella para consagrarse exclusivamente á Dios desde el momento mismo en que se inicia en la carrera eclesiástica, y continuar en esta vida de abnegacion acerca de lo mas caro para el hombre hasta recibir el órden sacerdotal. Este suceso, que podia tal vez inclinarle á volver al seno de los suyos, porque ninguna incompatibilidad habia en esta resolucion con su ministerio, no hizo mas, á pesar de esto, que fortificarle progresivamente en su primera resolucion de renunciar á los inocentes goces de la familia.

No os diré, católicos, cuánto importaba este ejemplo para una reforma que tenia que luchar, entre otras cosas, con la inclinacion á los goces de una vida cómoda en el ministerio eclesiástico. ¡Cuántas veces un sentimiento de esta clase, un amor tan legítimo habrá enervado la fuerza de los espíritus mas vigorosos, y cuando ménos reducido á un corto círculo de accion á hombres nacidos para cosas grandes! Mas no se contenta Vicente de Paul con un tan heróico sacrificio, con esta correspondencia sublime al pensamiento de Jesucristo cuando quiere que los suyos sacrifiquen, si necesario es, el padre, la madre y aun á sí mismos á los grandes interes de la gloria de su Padre celestial. La abnegacion de Vicente debe aproximarse cada dia mas íntimamente á su objeto providencial, que es la reforma del clero, y si este primer paso era bastante por sí mismo para despertar de su letargo á muchos de sus individuos, quedábales todavía por presenciar otro linaje de sacrificios, aquellos que multiplica la abnegacion de estado.

Fijo solo en su ministerio, exclusivamente ocupado en prepararse mas y mas para ejercer con ménos temor sus augustas funciones, y cuando la comodidad y las riquezas habian encontrado siempre cerradas las puertas de su corazon, la obediencia le obliga á aceptar la rica parroquia de Thil, beneficio que con absoluta espontaneidad le confiere como un acto de justicia un gobierno eclesiástico diocesano. Mas cuando enderezaba ya sus pasos á tomar posesion, un suceso que á otro hubiera contristado, le alivió á él de su pena. Este

beneficio traia consigo la necesidad de un litigio que se le anunció desde luego, y que le bastó para ceder inmediatamente de su legítimo derecho. Retiróse tranquilo, dejando poseidos de admiracion y edificados á la par á cuantos tuvieron noticia de tan heroico desprendimiento.

Mas la abnegacion de estado, católicos, de que Vicente daba con tanta frecuencia los mas ilustres ejemplos, consiste, no solo en esa prontitud y facilidad con que suele prescindirse de un beneficio pingüe, sino tambien, y esta es acaso su mas brillante prueba, en la presteza para aceptar destinos en que todo se brinda para el trabajo y nada para la propia comodidad, y de esto nos dejó los mas esclarecidos ejemplos. Apénas encontraba una ocasion de consagrarse todo á su prójimo, sin esperanza de alivio ni retribucion alguna, cuando se apresta lleno de gozo á esta clase de servicios. Pronto le veréis entregado á mil penosas taréas; pero entre tanto quiero llamar vuestra atencion hácia su abnegacion personal y absoluta, de que dió pruebas tan admirables, la cual brillaba sobre todo en su heroico amor á la obediencia y en el olvido profundo que siempre tuvo de sí mismo.

Tal era su amor á la obediencia, que nunca se atrevió á tomar por su propio dictámen resolucion alguna respecto de sí mismo. Si acepta el curato de Clichy, y esto con maravillosa prontitud, es porque su director espiritual, el Señor Berulle, Fundador del Oratorio de París, así se lo previene: si deja este rebaño para ir á dirigir la educacion de los hijos de Gondy, Conde Joigny y General de las galeras de Francia, es para obsequiar la voz autorizada de aquel venerable sacerdote, á quien habia hecho depositario de su conciencia. ¡Admirable virtud, y mas todavía cuando vive en el corazon sin la santa ligadura de los votos!

¿Qué os diré del olvido profundo de sí mismo, que tanto le distinguió durante su preciosa vida? Católicos: si entre las virtudes de nuestro Santo hemos de hallar alguna que descubra el arte mas delicado para sostenerse, será tal vez ésta, porque hai en ella una cosa singularmente rara. ¿Cuál? aquella vida sencilla y simple, aquel porte comun, aquella exquisita vulgaridad con que aparecia como una de tantas personas, llevando escondido en su corazon el mérito de las mas heróicas virtudes. Sin volar al desierto, sin recogerse todo dentro de las paredes claustrales de una estrechísima celda sustrayéndose al mundo para siempre, sin hacernos estremecer con el espectáculo aterrador de sangrientas austeridades, llevaba guardadas en lo mas íntimo de su corazon la esencia de la caridad, el mérito de los sacrificios mas grandes, la historia secreta de los mas

sublimes triunfos. Todo lo que practicaba era con tal sosiego y tan admirable naturalidad, que no era posible traslucir la menor fuerza en aquella conducta, y podria decirse que Dios le tenia reservado para ensayar con la índole de su virtud un medio nuevo de atraer á los pecadores por caminos mas fáciles al parecer que los transitados hasta entónces.

Vedle, si no, en Túnez, cuando un desgraciado accidente le hubo llevado allá para condenarle á la servidumbre, cuando, reducido á la ignominiosa condicion de una mercancía, pasa de mano en mano y sufre sucesivamente el yugo de tres dueños. El último de estos principalmente, ¡cosa admirable! preparado poco á poco por la influencia benigna de aquella virtud suave, tranquila, que hacia equivocar la resignacion con el gozo en su continente reposado y amabilidad inefable, no tardó mucho en quitar al siervo de Dios la ignominiosa cadena con que le tenia oprimido, para volver á cargar sobre sus hombros la noble y suave de la fe cristiana que habia sacudido, pues era un renegado de Niza.

Vedle cómo se porta en una situacion todavía mas difícil para una alma noble, cuando un hombre temerario, creyéndole autor de cierto robo que habia sufrido en una pieza donde habitaba casualmente con él, sin que fuesen parte á contenerle la virtud acrisolada de aquel justo, y aun la circunstancia de haberle visto postrado en una cama, descargó sobre él tal peso de injurias é imprecaciones, que la lengua se resiste á proferirlas: y no satisfecho con esto, le desacreditaba por todas partes. . . . A cada nuevo embate de aquella lengua venenosa, respondia siempre tranquilamente: "Señor, Dios sabe la verdad. . . ." Descúbrese al fin ella: el autor de aquel delito le confiesa espontáneamente al calumniador. Mas cuando éste, vivamente conmovido por el silencio heroico de su víctima, le pide un humilde perdon, ofreciéndole publicar su inocencia por todas partes é ir de rodillas á humillarse á sus piés con una cadena al cuello, Vicente de Paul nada consiente, satisfecho solo con que la presencia de la verdad hubiese puesto término á las ofensas de Dios, tan repetidas por el tenaz y arraigado juicio que aquella persona se habia formado. . . .

Si solo estos dos rasgos, á que he querido limitarme, ejercen tal poder sobre el corazon, que bastan por sí para cambiarle, haciéndole pasar del mal al bien, ¿qué dirémos, católicos, de tantos y tantos otros como diariamente admiraban en él cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle? Pero sobre todo, ¡cuánto no debieron influir estas virtudes en disponer los ánimos de una clase, que con ser depositaria y predicadora de la doctrina, y distribuidora de la

gracia que se comunica con los sacramentos, cuando fatalmente decae de su perfeccion y aun padece la gangrena del vicio, no encuentra ya reactivos en el depósito de la doctrina de la fe, ni aun en el ministerio mismo, para reincorporarse otra vez en los senderos abandonados!

Cuando se le ve incesantemente consagrado al culto del Señor, á la predicacion del Evangelio, á la purificacion de las conciencias, al consuelo de los pobres; tan pendiente, que á todo atiende, todo lo hace, de nada se olvida; tan humilde, que no pronuncia una palabra de censura ni ménos de crítica; tan desprendido, que solo admite lo que ya no puede rehusar, para llevarlo inmediatamente á la cama del enfermo ó al hogar del pobre; cuando de tal suerte se esclaviza en esta labor tan penosa, que aun parece olvidar las necesidades de su propia naturaleza; y sobre todo, cuando al reiterado golpe de su infatigable virtud empiezan á manifestarse como frutos de su ministerio inesperadas mudanzas, costumbres sorprendentes, trasformaciones inauditas, conversiones ilustres; entónces, digo, un golpe reflejo de aquellos que la humanidad no puede ya resistir, va á romper los bronces que cierran el corazon, á despedazar los grillos y cadenas que aprisionan los piés y las manos de muchos ministros. Despiertan entónces ellos como de un letargo profundo; abren sus ojos, pero solo ven; fíjanlos en seguida, pero solo discurren; comprenden luego, pero solo admiran. ¡Feliz progreso, católicos! Un paso más, y veréis la obra consumada. De hecho, aquella numerosa clase, que formaba los últimos eslabones de una cadena medida por el dilatado curso de un siglo de lastimosa corrupcion, empieza una carrera de maravilloso restablecimiento. Iníciase la grande obra con la influencia prodigiosa de las virtudes de Vicente de Paul, las cuales admiran y conmueven; continúase, como al principio dije, con el espectáculo sorprendente de sus trabajos incomparables, y esto, añade á la admiracion y al primer movimiento el poder generoso del estímulo sobre el corazon.

Ya desde entónces su ardiente caridad recibe, por explicarme así, una vida nueva, ó mas bien, un incremento de accion consigueinte á la presencia de la esperanza. Hémosle visto en el ejercicio de su ministerio haciendo admirar al perfecto sacerdote. Si celebra los santos misterios, su recogimiento profundo, su piedad inflamada parece pegan un fuego activo en el corazon de sus oyentes: si abre sus labios delante de las turbas, aquella palabra incomparablemente sencilla y admirablemente fecunda, es conducida por el ascendiente de su virtud hasta los mas impenetrables retretes del corazon humano: si la obediencia le pone al frente de la nobleza para instruirla y edu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carla, vive en los palacios con la austeridad severa y el retiro misterioso de un cenobita, robando á las taréas brillantes las horas que no reclama el deber, para santificar los presidios moralizando con la caridad mas dulce y tierna el corazon de los criminales, curar á los enfermos, socorrer á los pobres, consolar á los afligidos y apacentar con la gracia de los sacramentos á todos los fieles.

Tales son, católicos, sus medios de reforma. Esta accion permanente, variada é inmensa no podia ménos que ejercer un influjo decisivo en la reforma de esa venerable tribu, de quien la Iglesia esperaba el triunfo mas completo sobre el cisma con sus herejías y desórdenes, y sobre los vicios con sus desastres infinitos y ruinosas trascendencias. No podia quedar solo en el campo un atleta que desarrollaba tan inmenso poder sobre la conciencia, y abrigaba digámoslo así, una especie de virtud para multiplicarse. Cierto es que la decadencia lastimosa del clero parecia en Francia comun; pero no faltaban ministros dignos, y entre los otros habia corazones generosos dispuestos á dar un paso victorioso al campo de la virtud. En efecto, católicos, aquella clase ántes tan aletargada, está ya mui dispuesta, y para dar el último paso no espera ya sino solo un recurso decisivo. Vicente de Paul entónces aprovecha una disposicion tan feliz, facilitándolo todo, y empleando para tan importante objeto el poderoso medio de ese retiro espiritual que ha brindado siempre con una plena restauracion al arrepentimiento, y que tanta eficacia y poder adquirió desde que, bajo el influjo de una inspiracion divina, le formuló Ignacio de Loyola con los caractéres de una ciencia práctica, la primera de todas en sus efectos y en su fin. ¡Cosa admirable! ¡aquellos ministros, ántes indiferentes y muertos, pronto vuelven á presentarse al frente de los fieles con todo el vigor de un espíritu renovado!

El éxito feliz de estos primeros ensayos le hizo concebir un pensamiento que mui pronto inscribió la Iglesia en el cuerpo de sus leyes: porque la virtud, católicos, ha tenido siempre la iniciativa en esa legislacion canónica, sábia y justa por excelencia. ¿Cuál es este pensamiento? El que no fuese conferido ninguno de los órdenes sagrados sin el requisito prévio de los ejercicios espirituales: gran medio de reforma, que fijando y robusteciendo la vocacion, y proveyendo á los nuevos ministros de recursos poderosos contra los enemigos de su estado, debia contribuir eficazmente á mantener en toda su hermosura la santidad y el espíritu de todo el clero católico.

Esto era ya mucho, ya lo veis; mas la virtud es infatigable, nunca pronuncia el hasta aquí de sus trabajos, y la posibilidad sola de un adelanto en la carrera de la perfeccion le acosa como los estímulos del deber. Sin duda que el retiro de algunos dias, aunque medido por un corto periodo de tiempo, basta para emprender y concluir un viaje mas dilatado que el del Universo, esto es, el de la conciencia por el corazon. Aquí se recorren todos los mundos, se estudia la mas elevada ciencia, se reciben todas las impresiones y se obran los grandes cambios morales. Sin embargo, católicos, estos retiros desengañan, agitan, dan golpes decisivos al corazon; pero ni destruyen la virtualidad de los hábitos antiguos, ni forman otros nuevos. No podia pues Vicente de Paul quedar satisfecho con solo un retiro preparatorio: tan aleccionado por su sabiduría como estimulado por su celo, da un paso gigantesco concibiendo y realizando el pensamiento de una institucion en que la ciencia y la piedad, apoderándose del hombre desde la mañana de la vida, le preparen esmerada y solícitamente para llevar á los piés del Pontífice, al recibir la imposicion de las manos, y con ella la dignidad sublime del sacerdocio, no solamente aquella tranquilidad que nace de un retiro preparatorio, sino tambien las garantías que dan á la esperanza los hábitos formados bajo el influjo de una sábia y severa disciplina. Ved aquí, católicos, el orígen de esos grandes seminarios dirigidos por los hijos de Vicente de Paul, y la causa de esa regularidad sorprendente que comunican estos á los ministros que forman.

¡Pero qué! me diréis, ¿era nueva por ventura entónces la idea de los colegios eclesiásticos? Cuando se trata de estudiarlos en su orígen, ¿no podemos ir mas allá del de la Congregacion de la Mision? Léjos de mí, católicos, mendigar en fastidiosas hipérboles recursos de que no ha menester una obra que, sin ser singular, es altamente importante, y que perteneciendo á un género comun, forma sin embargo una especie singular. Sin decirós pues que en Vicente de Paul comenzaron los colegios, puedo aseguraros que las bases que él dió á los suyos, vinieron á satisfacer un *desideratum* que se habia hecho sentir principalmente desde los tiempos de la reforma protestante, y este es mi pensamiento.

El siglo XVI trajo consigo á la Iglesia la necesidad imperiosa de emplear en la formacion del clero todos los recursos posibles, de hacer servir á esta idea el espíritu de todas las instituciones. Entre estas ha habido dos, que vosotros conocéis: los seminarios conciliares gobernados por los obispos y servidos por eclesiásticos de su clero, y los colegios de regulares. Cada uno de estos institutos tiene un objeto igual, formar dignos ministros de la Iglesia, pero al mismo tiempo un inconveniente radical. Los colegios de regulares, rigurosamente excepcionales bajo todos aspectos, no podian ménos que privar al clero secular formado en ellos de aquellas venta-

jas consiguientes al carácter propio de los seminarios. No son de tanta gravedad los inconvenientes de los seminarios, porque con solo depender de los obispos pueden adelantar notablemente; pero hai una cosa que no está en el arbitrio de ellos evitar, y mengua un tanto la virtualidad inmensa de una institucion perfecta. ¿Cuál? el carácter comun del magisterio. En los seminarios sirven jóvenes que empiezan su carrera, sirven miéntras logran ameritarse para un beneficio eclesiástico, ó empleo curial que les proporcione mas accion en su ministerio y algunas comodidades para la vida. Una institucion permanente, una enseñanza que figurase como vocacion de un estado, que tuviese la garantía de una vida y la perpetuidad de un cuerpo formado por votos, y sin perjuicio de las reglas excepcionales y privadas del instituto, estuviese bajo la proteccion de los ordinarios, debia ser en consecuencia lo mas perfecto y lo mas fecundo que pudiera apetecerse, para contar con un clero debidamente aleccionado y virtuoso. Pues bien, católicos: lo que hace dos siglos había sido un *desideratum*, fué despues un hecho, merced al espíritu altamente previsor y á la constancia incomparable de Vicente de Paul. Sus hijos tienen, para la economía de su gobierno interior, privativos reglamentos que bastan por sí para proporcionarles toda la independencia que exige la perfeccion de su estado; mas en el órden exterior no se distinguen del clero secular en cuanto al régimen, por haber quedado sujetos á la jurisdiccion de los obispos: rasgo singular que caracteriza tan admirable instituto, y medio eficacísimo para dar el lleno á ese pensamiento inspirado por las necesidades de la época para la mas recta formacion de la juventud eclesiástica.

Los resultados de esta nueva institucion no podian ser mas satisfactorios. Describirlos seria sin duda narrar sucesos que en su género llenan casi la carrera de dos siglos, lo cual no me permiten ciertamente las leyes á que está sujeto mi discurso; pero no concluiré sin dar gracias á Dios por haber concedido á mi diócesis probar los beneficios de una institucion en que la sabiduría y la santidad brillan á competencia.

Estos dignos sacerdotes, correspondiendo al excelente espíritu que les ha legado su ilustre Fundador, tomaron á su cargo tres colegios en mi diócesis. En todos ellos hicieron admirar constantemente su empeño en la difícil tarea de formar la juventud eclesiástica; pero lo que sobre todo habia hecho concebir las esperanzas mas halagüeñas, era el colegio clerical de Morelia. El órden, la regularidad y el espíritu que reinaban allí, eran objeto de la mas grata satisfaccion para cuantos conocian aquel establecimiento. . . . . Pe-

ro, católicos . . . . todo esto pasó como un sueño. . . . La tempestad horrible que truena por todas partes, que todo lo sacude y destroza, estas pasiones políticas, rabiosamente desbordadas como un torrente, se precipitaron furiosas sobre el tierno y querido plantel . . . . ¡Un momento bastó para que la obra de tantos trabajos y el objeto de tantas esperanzas viniese á tierra!

Yo me distraia, católicos, por un sentimiento que habrá encontrado sin duda una noble excusa en vuestros corazones. No era extraño que una revolucion nacida poco ántes que el héroe que celebramos, y contrariada en su espíritu y tendencias en el órden religioso y moral por el celo y la constancia de esta Congregacion, obra maestra de Vicente de Paul, se la llevase de encuentro con su arrebatado curso donde quiera que la encontrase. Mas las obras de Dios, aunque perseguidas, no desaparecerán; y esos institutos á pesar del mundo y su falsa filosofía, á pesar de esa política bastarda que se esfuerza tres siglos há por destruir todo el influjo moral del sacerdocio, subsistirán siempre. La fecundidad de la Iglesia, la accion de su espíritu y las tendencias de sus obras, léjos de limitarse á lo estrictamente religioso, ejercen un influjo benéfico hasta en la marcha social de los Estados políticos. Vedlo, si no, en el santo personaje á quien hoi tributamos nuestros cultos, observando el influjo de su persona y espíritu en la marcha misma de la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Cuando hablo, católicos, del influjo de nuestro Santo en el Estado; cuando he dedicado á esto una parte de mi discurso, y, no satisfecho con referirme á su época, me he propasado hasta considerarle como un recurso inmenso para los tiempos modernos, guardáos de creer que intente convertir á Vicente de Paul, aquel hombre sencillo y simple, en un hombre de estado, en un genio para la política: no imaginéis que os le presente sorprendiendo el secreto de los gabinetes, dando bases para los tratados, sistemando la marcha administrativa de los gobiernos, dictando las condiciones de la paz ó de la guerra; no: ni Vicente de Paul era esto, ni esto es lo que yo me propongo. Todo ese aparato de grandeza con que subyuga la admiracion del mundo, no es el que pide la alabanza del héroe cristiano para manifestar su gloria.

Tengo que deciros otra cosa y de no poca importancia: tampoco

jas consiguientes al carácter propio de los seminarios. No son de tanta gravedad los inconvenientes de los seminarios, porque con solo depender de los obispos pueden adelantar notablemente; pero hai una cosa que no está en el arbitrio de ellos evitar, y mengua un tanto la virtualidad inmensa de una institucion perfecta. ¿Cuál? el carácter comun del magisterio. En los seminarios sirven jóvenes que empiezan su carrera, sirven miéntras logran ameritarse para un beneficio eclesiástico, ó empleo curial que les proporcione mas accion en su ministerio y algunas comodidades para la vida. Una institucion permanente, una enseñanza que figurase como vocacion de un estado, que tuviese la garantía de una vida y la perpetuidad de un cuerpo formado por votos, y sin perjuicio de las reglas excepcionales y privadas del instituto, estuviese bajo la proteccion de los ordinarios, debia ser en consecuencia lo mas perfecto y lo mas fecundo que pudiera apetecerse, para contar con un clero debidamente aleccionado y virtuoso. Pues bien, católicos: lo que hace dos siglos había sido un *desideratum*, fué despues un hecho, merced al espíritu altamente previsor y á la constancia incomparable de Vicente de Paul. Sus hijos tienen, para la economía de su gobierno interior, privativos reglamentos que bastan por sí para proporcionarles toda la independencia que exige la perfeccion de su estado; mas en el órden exterior no se distinguen del clero secular en cuanto al régimen, por haber quedado sujetos á la jurisdiccion de los obispos: rasgo singular que caracteriza tan admirable instituto, y medio eficacísimo para dar el lleno á ese pensamiento inspirado por las necesidades de la época para la mas recta formacion de la juventud eclesiástica.

Los resultados de esta nueva institucion no podian ser mas satisfactorios. Describirlos seria sin duda narrar sucesos que en su género llenan casi la carrera de dos siglos, lo cual no me permiten ciertamente las leyes á que está sujeto mi discurso; pero no concluiré sin dar gracias á Dios por haber concedido á mi diócesis probar los beneficios de una institucion en que la sabiduría y la santidad brillan á competencia.

Estos dignos sacerdotes, correspondiendo al excelente espíritu que les ha legado su ilustre Fundador, tomaron á su cargo tres colegios en mi diócesis. En todos ellos hicieron admirar constantemente su empeño en la difícil tarea de formar la juventud eclesiástica; pero lo que sobre todo habia hecho concebir las esperanzas mas halagüeñas, era el colegio clerical de Morelia. El órden, la regularidad y el espíritu que reinaban allí, eran objeto de la mas grata satisfaccion para cuantos conocian aquel establecimiento. . . . . Pe-

ro, católicos . . . . todo esto pasó como un sueño. . . . La tempestad horrible que truena por todas partes, que todo lo sacude y destroza, estas pasiones políticas, rabiosamente desbordadas como un torrente, se precipitaron furiosas sobre el tierno y querido plantel . . . . ¡Un momento bastó para que la obra de tantos trabajos y el objeto de tantas esperanzas viniese á tierra!

Yo me distraia, católicos, por un sentimiento que habrá encontrado sin duda una noble excusa en vuestros corazones. No era extraño que una revolucion nacida poco ántes que el héroe que celebramos, y contrariada en su espíritu y tendencias en el órden religioso y moral por el celo y la constancia de esta Congregacion, obra maestra de Vicente de Paul, se la llevase de encuentro con su arrebatado curso donde quiera que la encontrase. Mas las obras de Dios, aunque perseguidas, no desaparecerán; y esos institutos á pesar del mundo y su falsa filosofía, á pesar de esa política bastarda que se esfuerza tres siglos há por destruir todo el influjo moral del sacerdocio, subsistirán siempre. La fecundidad de la Iglesia, la accion de su espíritu y las tendencias de sus obras, léjos de limitarse á lo estrictamente religioso, ejercen un influjo benéfico hasta en la marcha social de los Estados políticos. Vedlo, si no, en el santo personaje á quien hoi tributamos nuestros cultos, observando el influjo de su persona y espíritu en la marcha misma de la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Cuando hablo, católicos, del influjo de nuestro Santo en el Estado; cuando he dedicado á esto una parte de mi discurso, y, no satisfecho con referirme á su época, me he propasado hasta considerarle como un recurso inmenso para los tiempos modernos, guardáos de creer que intente convertir á Vicente de Paul, aquel hombre sencillo y simple, en un hombre de estado, en un genio para la política: no imaginéis que os le presente sorprendiendo el secreto de los gabinetes, dando bases para los tratados, sistemando la marcha administrativa de los gobiernos, dictando las condiciones de la paz ó de la guerra; no: ni Vicente de Paul era esto, ni esto es lo que yo me propongo. Todo ese aparato de grandeza con que subyuga la admiracion del mundo, no es el que pide la alabanza del héroe cristiano para manifestar su gloria.

Tengo que deciros otra cosa y de no poca importancia: tampoco

es mi ánimo autorizar con el ejemplo de este gran Santo la censura respecto de ciertas situaciones excepcionales en que puede encontrarse acaso un ministro de la religion. Pero atento al nuevo carácter que desde el siglo XVI empezó á presentar la institucion política en sus relaciones con la institucion católica, debo advertiros que Vicente de Paul en la corte fué la gran personificacion del medio que la Providencia tenia reservado al estado eclesiástico, para salvarle de los conflictos que mas tarde le traeria el espíritu dominante de cada siglo.

La influencia del clero sobre el Estado, como bien lo sabéis, está en dos únicas categorías, la de la institucion y la de la situacion: salir de aquí es volver á la nada. El influjo de institucion ni varía ni acaba, obra con los mismos elementos y vive siempre; mas el influjo de situacion, rigurosamente accidental y transitorio como todo lo humano, es claro que no ha podido ser el mismo en las diversas épocas de la sociedad.

Vosotros, católicos, conocéis estas épocas; conocéis las situaciones diversas que en ellas ha tenido el clero; conocéis, sobre todo, ese declive que ha venido recorriendo desde el siglo XVI. Pues bien: las causas que influyeron en la concordia del sacerdocio con el imperio desde el cuarto siglo, las alteraciones de esta concordia en consecuencia de las herejías, su nueva consolidacion al triunfar por entero el dogma católico, el carácter de la sociedad en aquellos tiempos, la inmensa necesidad que los pueblos tenian entonces de un poder superior que garantizase su vida social contra los embates de la barbarie, la unánime profesion de la fe que hacian todas las clases, aun cuando por desgracia se lamentaba la corrupcion de las costumbres, la esmerada y constante solicitud con que la Iglesia consagraba el principio de la autoridad moralizando su accion, y dignificaba la obediencia inscribiéndola en el registro de la virtud, su anhelo por aumentar de hecho, mediante el influjo de la moral cristiana, las analogías entre la sociedad doméstica y la sociedad civil, el universal reconocimiento del pontificado como una providencia instituida para la conservacion del órden universal, los principios reconocidos en la institucion de los gobiernos en armonía con el código de los deberes á que está sujeta por la lei divina la humanidad entera, y sobre todo, la aceptacion de los principios sociales del cristianismo en la política de todos los Estados, habia dado hasta el siglo XV al influjo de situacion eclesiástica tal permanencia, que ya parecia una institucion perpetua. Mas al vencer sus primeros lustros el siglo XVI, al consumarse aquella revolucion intelectual que se ha llamado Renacimiento, al formularse de nuevo todas

las antiguas herejías en la gran síntesis del protestantismo, al armarse de un trono contra el poder espiritual, desconociendo su institucion divina, se obró un verdadero cambio en las opiniones, en las ideas y hasta en los elementos constitutivos de la sociedad: la emancipacion de la inteligencia sucedió al magisterio de la verdad; la omnipotencia de la voluntad á la institucion divina del poder, y todo esto, como las grandes revoluciones, obrando con mas ó ménos energía, con mas ó ménos buen éxito, era ya una mina colocada bajo los cimientos de la institucion política. De pronto casi todo el Norte de la Europa se rebeló abiertamente contra la Iglesia católica, y aun aquellos Estados que habian conseguido librarse de tan horrible naufragio, permaneciendo fieles, cedian sin sentirlo al influjo de la inmensa contaminacion. Sin aspirar á ser dioses quisieron ser árbitros en el régimen exterior de la disciplina, resultando de aquí una exacta proporcion ¡cosa admirable! entre su ensanche de poder espiritual y el menoscabo de su poder temporal. Miéntras los reyes católicos multiplicaban sus regalías, los pueblos estudiaban los derechos con que les brindaba la nueva política. Hubo un tiempo en que salió esta palabra de un monarca famoso, espléndido y fuerte, que habia dado su nombre á su siglo: "El Estado soi yo:" gran profecía de la decadencia de los tronos. Esta palabra, católicos, personificando la institucion, minaba su firmeza, protestaba contra su perpetuidad. La profecía se cumplió al pié de la letra, bien lo sabéis: un siglo despues el nieto del profeta subió al patíbulo, y mas tarde los reyes tiemblan ante la mas ligera conmocion.

Una nueva revolucion quedó pues formulada desde el siglo XVI; su fórmula es la emancipacion religiosa del Estado sobre las bases de la opinion y de la voluntad general. Este pensamiento veia naturalmente como enemigas toda institucion dogmática, toda autoridad moral. El dominio pleno á que aspiraba la tierra engendraba la necesidad absoluta de un rompimiento con el cielo: desde entónces la personalidad eclesiástica entró en una nueva carrera descendente por supuesto para la política.

Recordad las monarquías, las regencias y las luchas subsiguientes al célebre siglo, y con ellas las diversas situaciones del clero católico. Si veis, por ejemplo, hombres de Estado insignes lucir en los gabinetes la púrpura romana, no os apresuréis á desmentirme, no me tachéis de receloso, no imagináis que desaparezca el mal en esas personalidades ilustres: ved en buena hora intereses accidentalmente combinados, exigencias de situaciones todavía no caracterizadas, influencias del individualismo con sus antecedentes; pero no paséis de aquí: el regalismo no retrocedió nunca en presencia

de ministros condecorados con los primeros honores de la Iglesia; y ¡ojalá el terrible mal no hubiera aparecido mas de una vez con accidentes deplorables! ¡ojalá esta madre piadosa nunca hubiese tenido que decir: *tu quoque fili mihi?* Pero la historia, que trasmite á la posteridad con los caractéres mas notables los datos que sirven á la crítica para conocer perfectamente las instituciones y las épocas, nos revela que un ministro de estado vestido con la púrpura, no se desdeñó de prestar en el exterior á los protestantes una proteccion que formaba contraste con el trato que de él mismo recibian en la corte de Luis XIII, y no nos dejará olvidar que el regalismo, llevando hasta el extremo sus pretensiones en el reino de Francia, desavino á su gefe notablemente con el Padre comun de los fieles. Pasma ciertamente la muchedumbre de firmas episcopales y la categoría de los firmantes que suscribieron la célebre "Declaracion del clero galicano," y todo el mundo sabe que los venerables miembros de la Compañía de Jesus fuéron arrojados con crueldad sin ejemplo de los reinos cristianísimo, fidelísimo y católico, sin que sus soberanos hubiesen renegado del bautismo, ni recogido su fidelidad, ni mostrado intento de salir del gremio de la Iglesia.

No puede negarse que el influjo de situacion ejercido por el clero ha tenido durante la época moderna periodos favorables, que mas de una vez habrian podido figurar como síntomas de un cambio en la faz política de la Europa; pero tambien es indispensable convenir en que aquellos periodos fuéron rapidísimos y aislados, y aquella influencia nacia ménos de la reaccion moral de las ideas católicas que de las cualidades personales de algunos soberanos. El mal progresaba siempre, y la gran contaminacion del protestantismo, léjos de disminuir, aumentaba en la proporcion misma que perdia su carácter, pues no contaba dos siglos todavía sin que sus mismas divisiones facilitasen el triunfo de la filosofía incrédula que, nacida del error y la táctica del maquiavelismo, se atemperaba á todo: en el Norte de la Europa era protestante, en Puerto Real era jansenista, en la corte de Francia era parlamentaria, en los colegios clásica, en las academias cosmopolita, y donde quiera lo que la oportunidad permitia. Pero al través de sus muchos disfraces y en los efectos progresivos de su accion sobre la sociedad, se vió constantemente que, léjos de retroceder, iba siempre adelante. Era consiguiente al constante progreso de su marcha la diminucion proporcional de la influencia eclesiástica en el órden político; y por tanto aparece con toda claridad que desde el siglo de la Reforma hasta hoi dia, el clero católico respecto de este órden ha venido recorriendo

una línea descendente. En el siglo XVI le sacrifican las córtes protestantes; en el siglo XVII le humillan las córtes regalistas; en el XVIII le excluyen las córtes minadas por la filosofía incrédula, con una constancia terrible, hasta el extremo de sepultarle bajo las ruinas del trono la democracia sin freno. Bien sabéis, hermanos mios, lo que ha pasado al clero en los tres últimos siglos, lo que hoi sufre y lo que le amenaza para el porvenir. Esta carrera pudo preverse, aunque en confuso, al caracterizar el genio de la revolucion importada en el mundo por el Renacimiento; pero sin aseguraros que Vicente de Paul hubiese atado á su pensamiento el porvenir, yo le veo pensando, obrando é instituyendo cuanto era necesario anticipar, robustecer y perpetuar en pro del estado eclesiástico, para salvar de las vicisitudes políticas, por donde tendria que pasar en lo sucesivo, á su respetable personalidad.

Porque, católicos: supuesto el carácter de la revolucion nacida en el siglo XVI, y que no ha dejado un solo dia de progresar en el mundo; supuesta su fórmula privativa, su pensamiento constante, su infatigable accion; supuesta su táctica de ir siempre adelante aceptando las formas accidentales que cada siglo exija, pero conservando su esencia que, como ya os lo he dicho y nadie ignora, es la de aniquilar en la marcha social y política de los pueblos toda influencia religiosa y moral; ¿cuál fué desde entónces la doble necesidad, de la Iglesia en sus relaciones con el Estado, y del Estado en la grave cuestion de su conservacion y porvenir? ¿cuál seguirá siendo, supuesta la permanencia de la revolucion? para la Iglesia, el afirmarse mas y mas con el carácter, la autoridad y el influjo moral de su ministerio; para el Estado, aprovechar las consecuencias de este influjo en el cuerpo de la sociedad: porque, no hai para que disimularlo, el pensamiento de la revolucion es colocar al pueblo, sobre las ruinas de la Iglesia y el Estado, con el título de un soberano y el destino de un pedestal para sus agentes.

Por fortuna, católicos, una de estas dos instituciones es perpetua, y en consecuencia todavía, si bien á la larga como suele decirse, la Iglesia tiene que salvar de nuevo al Estado. Es dulce para mí esta esperanza, y mas grato aún el no poder perderla sin renunciar á la fe.

Esto supuesto, ya comprenderéis que la Iglesia no ha reservado ahora, como nunca, el dar principio á la grande obra para cuando suene la média noche. Tan activa como fecunda, tan celosa como vigilante, trabaja con fruto, trabaja siempre, año por año, dia por dia, momento por momento. Que sus enemigos cambien de táctica como de vestido nada importa, ella tiene los dos elementos con que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre se triunfa, la paciencia y la doctrina: ella triunfará en todos los combates, ella desarmará á sus enemigos, ó cuando ménos debilitará sus esfuerzos, dejándolos reducidos á la mas absoluta impotencia contra la institucion. Verán ellos acaso en su delirio que la hora ya se acerca, creerán ver debilitados los muros y aun rótas las puertas del magnífico edificio, se lanzarán sobre ellas entre la furia y el gozo; pero al sentir el golpe reflejo de un tardío desengaño, recibirán la luz que les falta para comprender esta verdad profética: "No prevalecerán contra la Iglesia las puertas del infierno."

Yo me divagaba, católicos, y no por falta mia, sino por la fuerza que me hace mi asunto: vengamos empero á observar la conducta de nuestro Santo despues de haber comprendido las necesidades mas fuertes de la Iglesia en sus relaciones con el Estado.

Vicente de Paul estuvo con Enrique IV, asistió á Luis XIII en su tránsito á la eternidad, tuvo en sus brazos á Luis el Grande, á quien dió tambien los primeros rudimentos de la doctrina, mantuvo relaciones con los mas grandes ministros, desempeñó un empleo de importancia en el palacio de Gondy, y sirvió por espacio de diez años á la Reina-Madre Anna de Austria en un puesto de la mas elevada categoría.

No es mi ánimo seguirle paso á paso en tan diversas carreras, sino elegir ciertos rasgos mas notables de los que formaban su carácter como hombre público, sin mas objeto que mostrarle como un modelo del estado eclesiástico, y el mas adecuado para la situacion en que actualmente se halla.

Hoi, católicos, veis contender con fuerza dos opiniones exclusivas; una que tiende á eliminar en lo absoluto la personalidad eclesiástica de la organizacion social, de la representacion y administracion pública, y otra que, no apercibiéndose de los peligros de la situacion, pretende renovar sistemas fenecidos, autorizando y aun elevando á la clase de un deber la intervencion directa y espontánea del Estado eclesiástico. En cuanto á lo primero, nada tengo que añadir á lo que llevo dicho: esta opinion, en cierto modo atéa, porque es la consecuencia práctica de la negacion de Dios en la constitucion y marcha de la sociedad civil, está refutada por sí misma. En cuanto á lo segundo, guardáos de creer que sea necesario recurrir á tal medio para salvar los derechos y sobre todo la dignidad de la Iglesia en el personal de su ministerio, sean cuales fueren las crísis á que le conduzcan las ideas, las costumbres, los intereses y las revoluciones. Esta venerable tribu, segregada del mundo por el mismo Dios, no para salir de los caminos de la vida temporal, sino para consagrarse toda inmediatamente al servicio del Santuario,

trae consigo en su vocacion, en su eleccion, en sus funciones augustas, en su poder moral, cuanto necesita y le basta para no llegar á sucumbir, ó mas bien, para quedar en pié, como una reserva de inmensa eficacia con que restaurar el órden social, despues de esas grandes conmociones que todo lo desquician. Ved, si no, de qué modo tan admirable se personifica en Vicente de Paul este cuidado solícito del Señor para con sus ministros, esa fortaleza sublime de que su gracia los reviste contra todas las tribulaciones de la vida social, esa virtualidad á que todos recurren cuando desengañados de la impotencia humana, van á buscar en la moral y la verdad católica reactivos eficaces, despues de los graves trastornos, para evitar la muerte política de los pueblos.

La carrera pública de Vicente de Paul se inició, católicos, con una de esas misiones que la ciencia del gobierno tiene colocadas en la primera categoría, para las cuales exige que concurra en las personas á cuyo cargo se confian lo que hai de mas elevado en la ciencia, de mas acrisolado en la experiencia y trato de los graves negocios; talentos superiores, sagacidad y viveza para aprovechar las oportunidades, penetracion para sondear el pensamiento ajeno, arte para desarmar todas las oposiciones y destruir los obstáculos que se atraviesan; en fin, todas aquellas dotes que forman el genio de la política. La profunda reserva que de suyo piden estas negociaciones, el silencio que siempre guarda la virtud, y aquel arte de Vicente de Paul en rodear de tinieblas cuanto podia redundar en su alabanza, todo esto ha dejado cubierta para la posteridad la historia, interesantísima sin duda, los pasos y los resultados inmediatos de aquella mision que le confió el cardenal D'Ozzat cerca de Enrique IV. Pero sin que necesitemos de saber otra cosa, las pretensiones que aquel prelado tenia respecto de aquel soberano, la alta celebridad de este príncipe, la terrible crísis que tenia pendientes de esta negociacion los destinos de un gran pueblo y la paz de la Iglesia, bastan para comprender todo lo que importaba en las dotes de Vicente de Paul el ser elegido para una mision de tal naturaleza. Los admiradores de este Santo, viéndole nombrado por el cardenal D'Ozzat, hombre tan penetrante que, como decia Sixto V, "para escapar á su sagacidad, no bastaba guardar silencio, sino que era necesario abstenerse de pensar en su presencia," parecen inferir de aquí, que Vicente de Paul ocultaba tras los velos de su modesta simplicidad un genio admirable para la política. Mas yo no me fatigaré por cierto en sacar esta consecuencia: porque sea lo que fuere un hombre de estado en la galería de las notabilidades del mundo, siempre será opacado por el esplendor de la virtud y la santidad.

Es mucha gloria para la religion ser la única que pone de parte de los suyos toda la confianza de los pueblos y de los reyes, para conjurar esas tempestades que amenazan de muerte á los Estados mas firmes. La diplomacia, católicos, á fuerza de ser sagaz, astuta y penetrante, se esteriliza en su accion á veces, multiplicando los obstáculos á medida que crece la desconfianza consiguiente al concepto de su misma superioridad. Estos son los lances en que ella misma, confesando su impotencia, recurre á medios de otro género, librando al candor ingenuo de la virtud el éxito de negociaciones que ya parecen superan á todo el poder del genio. Aquel ministro de la religion, cuya carrera fué un testimonio irrecusable de que su pensamiento continuo era el bien, de que su corazon era inaccesible á la falacia, y en quien era imposible hallar un instrumento para la iniquidad, desarmaba con su presencia todas las prevenciones, era escuchado con benevolencia, encontraba préviamente allanados los caminos de la persuasion, neutralizaba el influjo de los intereses con el poder de la moral, y ponia fácilmente de parte de la justicia las voluntades mas opuestas. Hé aquí un poder cuya eficaz influencia no ha de acabar nunca, porque jamas el hombre dejará de rendirse, al fin de cada conflicto, á la luz de la verdad y al ascendiente irresistible de la virtud.

Vedle, católicos, en el palacio de Gondy pasar un tiempo mui considerable dedicado á la educacion de sus hijos, entre los cuales figuraba uno que despues recibió el capelo de cardenal y otro que llevaba el título de duque. Habitaba en aquel palacio como si fuese un monasterio. Siempre fijo en el objeto que le habia llevado allí, se dedicaba con solicitud á su cumplimiento, formando ante todo el corazon de aquellos niños que un dia se presentarian en los primeros círculos de la alta sociedad. Consultado acerca de mil graves asuntos, aplazaba siempre su resolucion el tiempo indispensable para ir á encontrarla en los piés de un Crucifijo; mas una vez concluido cada negocio, volvia tranquilo á su modesto aposento, sin salir de él sino solo cuando el ejercicio de su ministerio sacerdotal ó los cuidados de su amor á los pobres le llamaban. Su espíritu estaba siempre donde la virtud lo exigia, donde la caridad reclamaba su celo. Jamas disgustó á ninguno de cuantos habitaban aquella casa, y su presencia, léjos de serles embarazosa, ejercia un influjo irresistible sobre todos los corazones. Su trato dulcísimo, su solicitud por hacer el bien, la paz interior que reflejaba de sus miradas eran otros tantos atractivos que producian maravillosos efectos.

¿Qué mejor prueba del ascendiente poderoso de su virtud y de su carácter podria daros, católicos, que aquel respeto y amor que

inspiraba constantemente á la familia real y á toda la corte? Habia ya dejado la casa de Gondy, cuando un golpe que hirió repentinamente á toda la Francia, fué á sacarle del fondo de la clase comun para conducirle á la corte en los momentos en que Luis XIII, víctima de una enfermedad incurable, estaba ya para dejar las riberas del tiempo. Este piadoso monarca, echando una mirada sobre toda su corte y aun sobre todo su reino en busca del hombre que su situacion exigia, sintió palpitar de consuelo su corazon al recordar que contaba entre sus vasallos á Vicente de Paul. Inmediatamente le hace venir, católicos, y desprendiéndose luego de cuanto le rodeaba, se pone todo y solo en las manos de aquel siervo del Señor; le entrega lo que tiene de mas precioso, su alma; le confia el mas grave, ó para mejor decir, el único de todos sus negocios, porque los resumia todos en el juicio de su propia conciencia, en la suerte que le esperaba en la eternidad. Desde aquel momento el rei de Francia no tuvo mas pensamiento ni otra voluntad que la de aquel sacerdote.

¿Qué pasó en aquel breve tiempo en que Vicente de Paul estuvo asistiendo á Luis XIII hasta poner su alma en las manos del Criador? ¡Ah católicos! esos dias apénas componian un mes, pero aquel mes acaso prevenia toda una época, y de las mas fecundas en acontecimientos, y de las mas brillantes que la historia de Francia cuenta en sus anales. Nada quedó ni podia quedar escrito de aquellas conferencias misteriosas entre la conciencia de un monarca y el ministerio de un sacerdote; pero cualquiera suposicion que aquí hagamos, apoyados en la mejor crítica, respecto del supremo interes y las trascendencias inmensas de aquellos coloquios, descansará sin duda en la verdad: porque los sucesos que despues vinieron se ligaron de tal modo con aquella escena, que no nos es posible desconocer ni la influencia superior de Vicente de Paul en el periodo altamente crítico de la minoría de Luis XIV, ni las huellas de su pensamiento y de su celo en el reinado para siempre célebre de este príncipe.

Cuando veo, católicos, á este siervo de Dios tomar en sus brazos al heredero del reino cristianísimo, en aquellos momentos críticos á par que solemnes, para colocarle entre Dios cuyas bendiciones pide abundantísimas para él, y la Francia que deposita sus esperanzas en aquel regio vástago que un dia cubriria con su sombra toda la nacion; cuando recuerdo que Vicente de Paul fué el primer ayo de un rei que mereció el renombre de *Grande*, quien derramó sobre su alma las luces de la verdadera sabiduría, y depositó en su corazon la semilla de la virtud; cuando apénas comenzada la regencia, se

ofrece á mi vista el hijo de un labrador, el estudiante pobre, el esclavo de Berbería, el amigo de de los galeotes al frente del Consejo de conciencia de la Reina-Madre; cuando en el desempeño de tan elevado como espinoso empleo, que sirve por diez años, vive en la cumbre de los honores sin que padezcan en lo mas mínimo la pobreza de su condicion privada, la modestia de su porte, la humildad profunda de su conducta, ni su ardiente amor á los menesterosos; cuando admiro los resultados de su influencia en la regeneracion casi completa de la virtud sacerdotal, en la provision de pastores insignes á la par por la sabiduría y por el celo, en su empeño por moralizar todos los cargos en que se distribuia la personalidad administrativa; cuando estudio aquel carácter prodigiosamente grande que muestra el siervo de Dios colocado en los primeros rangos de la escala social, aquella energía inexorable para reprimir la ambicion y apartar del santuario á los que solo buscan sus honores, aquel tino admirable con que saca de la oscuridad á tantos prelados eminentes, aquella abnegacion nunca desmentida y siempre constante con que se alejó á sí mismo y á todos los suyos de las preeminencias de la Iglesia, teniendo que luchar contra la munificencia régia empeñada en recompensar su mérito, mas que contra las ambiciones particulares que solicitaban su influjo; mi alma, católicos, impotente para resistir el peso de tanta grandeza, sucumbe bajo el poder de una virtud tan sublime; y no pudiendo encontrar en el fondo de la posibilidad humana la explicacion de aquel carácter, de aquella carrera, de aquel influjo, de aquella maravillosa y universal trasformacion, sube á otra parte, descubre la influencia de un poder sobrehumano, y no puede ménos que exclamar á la vista de todo: *¡Aquí está el dedo de Dios!*

¡Cuándo acabaria yo, católicos, si pretendiese recorrer uno á uno los muchos y grandes hechos que, para enseñanza de la posteridad, admiramos en Vicente de Paul durante este período de su vida en que, por obediencia y á pesar de su retraimiento humilde, se consagró al desempeño de tan elevado empleo? Mas teniendo que ceder á la necesidad estrecha de reducirme, y que resignarme con la pena de callar tantos rasgos ilustres, concluiré deduciendo aquellas máximas que los ejemplos de tan admirable Santo desprenden de sí mismos para formar el código de la conducta del clero en el órden político y civil, cuya observancia fué ya desde entónces, y es cada dia mas y mas, un puerto mui seguro para salvar su dignidad personal en las borrascas de la política, y conservar, aun para el bien del Estado, mas libre y expedito el influjo de su institucion sobre la marcha social de los pueblos.

Hemos visto á Vicente prescribirse como un inviolable precepto, no solo no ambicionar, sino huir de los puestos públicos con una fuerza proporcional en todo sentido á la importancia y esplendor de ellos. Observando esta conducta, resumiendo con ella todas las fuerzas morales de su ministerio, adquiria el mayor poder que en esto cabe, y consiste, como bien sabéis, en renunciar hasta al deseo de figurar en los círculos de la política, y por tanto, tener en nada esa especie de olvido y abandono que la indiferencia ó el cálculo de las cortes hacen del ministerio eclesiástico. Nadie mas independiente, católicos, en el órden humano que el que mas ha reducido el círculo de sus necesidades y aspiraciones; nadie mas firme que el que busca un lugar que ninguno codicia. Permitidme que vierta una frase trivial de nuestro pueblo, mui significativa y en alto grado propia para explicar mi pensamiento: "Nadie puede tumbar al que se sienta en el suelo." Esta frase concuerda perfectamente con aquella máxima sublime con que Jesucristo descargó un golpe de muerte sobre la ambicion, aquel consejo de no tomar nunca sino el último asiento: porque esta localidad está llena de esperanzas y exenta de peligros, así como la inversa, llamando contra sí ó á la justicia, ó á la envidia, expone á cada uno á las humillaciones de un desaire público. Por esto Vicente de Paul no perdonaba medio alguno de excusarse cuando se le invitaba para un alto puesto, y bien recordaréis que fué necesario todo el poder de la obediencia para determinarle entrar á la casa de Gondy, y aceptar la presidencia del Consejo de conciencia de Anna de Austria.

Mas no imaginéis que su empeño en esquivar toda clase de honores, en huir esos brillantes empleos del estado civil, llegase al extremo de hallarle siempre inexorable á la voz imperiosa de la necesidad y la obediencia. Esta virtud, reguladora del órden en todas líneas, era el móvil de su conducta, bien así como aquel sentimiento, donde quiera que aparecia, el estímulo constante de su corazon. Así es que, cuando una necesidad bien comprobada y una autoridad irresistible se interponen entre su modestia que todo lo rehusa y el Estado que todo lo pide, cede con facilidad, acepta el puesto, mira en su desempeño una carga que le impone el mismo Jesucristo, y llevándola con amor, por mui pesada que sea, la encuentra siempre suave y ligera.

Siendo tal, católicos, el motivo que le docilita para ocupar los altos puestos, la intencion con que los admite y el espíritu con que los desempeña, bien comprendéreis que buscará en la abnegacion mas completa la independencia del hombre público, superior á todo poder, á todo influjo, á los embarazos de la prosperidad lo mismo

que á los reveses de la desgracia. Viendo los designios de Dios en la marcha perfecta de la sociedad, interesada en esta marcha no solamente la felicidad temporal sino tambien la felicidad eterna, concertados en la perfeccion política los intereses del cielo con los de la tierra, el espíritu religioso y el espíritu público, ya comprendereis que aquel modelo incomparable no separaba nunca, sino ántes bien estrechaba siempre, los principios de la religion con la ciencia del gobierno, la política con la moral, y ésta con la religion.

Apoyado en estos principios, examinaba siempre los negocios conforme á las reglas de la prudencia cristiana, cuyos elementos preciosos, bajados del mismo cielo, forman un criterio superior á todo, una balanza moral de apreciaciones infinitas, unos medios de accion superiores con mucho á la sagacidad política y á la prudencia del siglo, al paso que comunican á los hombres públicos esa energía de carácter que preside á las grandes resoluciones, á las sábias medidas, á eso que el mundo suele llamar golpes de genio para huir artificiosamente del lenguaje católico. Esto explica perfectamente aquella inalterable constancia con que Vicente de Paul llevaba siempre á efecto cuanto habia encontrado necesario y justo despues de una meditacion detenida y concienzuda.

Este poder moral, que solo ve á Dios y su justicia, expedita de tal suerte la marcha del hombre público, que siempre le hallan pronto la justicia, la necesidad y el bien comun, y nunca los medrosos recelos de la ambicion le retraen, ni el aparato de un trono contiene los esfuerzos de su celo. Tal vemos á Vicente de Paul en aquellas revoluciones de la Fronda que despedazaban á la Francia, y cuando las pasiones, atacando á la par á la corte y al pueblo, perpetuaban ó irritaban progresivamente la guerra, ir solo, con sus convicciones y su conciencia, por dos veces, desafiando todos los peligros, á San German, donde residia la córte, á pedir la paz en favor de la capital, en que millares de infelices perecian al embate destrozador de la guerra civil. Sus pretensiones desagradan á la corte, y él se retira sin jactancia y sin temor, satisfecho sin duda de que los objetos directos de un ministerio, siempre de paz y de bien, entrarian en lucha frecuentemente, pero nunca volverian á la nada. El desagrado de la corte se traduce con la caida de Vicente, sin duda porque tal es de ordinario el efecto de una noble mision hácia un poder mal avenido con los sólidos intereses de la virtud; pero aquel hombre, fuerte mas que todos los ejércitos, cuando se le felicita por haber salido fallida la conjetura, se lamenta de lo mismo que sirve de fundamento á la felicitacion: "¡Ojalá hubiera salido cierta la noticia! exclama; pero un miserable como yo no es digno

de tal favor." ¡Poder sublime, que reduce los objetos mas colosales del mundo á un grano de mostaza junto á los héroes de la religion!

Imaginad ahora los efectos consiguientes á este sistema de conducta: figuráos á todo un clero gobernándose por este código tan sencillo como grande, ora cuando se le considera, ora cuando se le esquiva en las altas esferas del mundo político, y tambien cuando á plena fuerza se obra contra él para reducir á la nada la presencia de su personalidad y el influjo de su ministerio; y yo os aseguro, en verdad, que saldrá siempre avante en todos los conflictos, que conservará siempre inmune su independencia y dignidad, que su ministerio augusto, donde viven juntas la verdad, la justicia y el bien, será siempre un inmenso faro que atraiga la vista y el corazon de los pueblos y los gobiernos en esas borrascas civiles que amenazan de muerte á toda la sociedad. De hecho, católicos, la última faz de esa revolucion antigua, parto comun del Renacimiento y la Reforma, reducida, como lo veis, al entronizamiento de las masas sobre todo poder social, de esa revolucion que agita y sacude hoi á toda la tierra, y á cuyo empuje bamboléan todos los tronos, esta faz, digo, está presentando á la admiracion y enseñanza comun del sabio y del pueblo un fenómeno maravilloso en alto grado. ¿Cuál? el del incremento del poder eclesiástico sobre el fondo de la sociedad en los momentos en que se le ha creido muerto absolutamente para el Estado. Ved, si no, las consecuencias que nacen de la accion constante y laboriosa de Vicente de Paul, con su espíritu, sus ejemplos, su doctrina y sus institutos, sobre todos los pueblos de la tierra y en todas las vicisitudes sociales de los siglos.

TERCERA PARTE.

Cuando se trata, católicos, de una accion tan universal, tan constante y laboriosa, tan prodigiosamente fecunda, y de trascendencias tan inmensas como la que desarrolló sobre su siglo y los venideros Vicente de Paul, que siguiendo las huellas de Jesucristo, "pasaba haciendo el bien," y no bajó al sepulcro sin dejar una santa posteridad que perpetuase su espíritu y conservase abierto á todas las necesidades del género humano el tesoro de la caridad evangélica; que en su tiempo parecia multiplicarse en cierto modo, para estar presente donde quiera que habia menesterosos, y despues reproducirse de continuo, para no dejar huérfanos á todos los que lloran y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que á los reveses de la desgracia. Viendo los designios de Dios en la marcha perfecta de la sociedad, interesada en esta marcha no solamente la felicidad temporal sino tambien la felicidad eterna, concertados en la perfeccion política los intereses del cielo con los de la tierra, el espíritu religioso y el espíritu público, ya comprendereis que aquel modelo incomparable no separaba nunca, sino ántes bien estrechaba siempre, los principios de la religion con la ciencia del gobierno, la política con la moral, y ésta con la religion.

Apoyado en estos principios, examinaba siempre los negocios conforme á las reglas de la prudencia cristiana, cuyos elementos preciosos, bajados del mismo cielo, forman un criterio superior á todo, una balanza moral de apreciaciones infinitas, unos medios de accion superiores con mucho á la sagacidad política y á la prudencia del siglo, al paso que comunican á los hombres públicos esa energía de carácter que preside á las grandes resoluciones, á las sábias medidas, á eso que el mundo suele llamar golpes de genio para huir artificiosamente del lenguaje católico. Esto explica perfectamente aquella inalterable constancia con que Vicente de Paul llevaba siempre á efecto cuanto habia encontrado necesario y justo despues de una meditacion detenida y concienzuda.

Este poder moral, que solo ve á Dios y su justicia, expedita de tal suerte la marcha del hombre público, que siempre le hallan pronto la justicia, la necesidad y el bien comun, y nunca los medrosos recelos de la ambicion le retraen, ni el aparato de un trono contiene los esfuerzos de su celo. Tal vemos á Vicente de Paul en aquellas revoluciones de la Fronda que despedazaban á la Francia, y cuando las pasiones, atacando á la par á la corte y al pueblo, perpetuaban ó irritaban progresivamente la guerra, ir solo, con sus convicciones y su conciencia, por dos veces, desafiando todos los peligros, á San German, donde residia la córte, á pedir la paz en favor de la capital, en que millares de infelices perecian al embate destrozador de la guerra civil. Sus pretensiones desagradan á la corte, y él se retira sin jactancia y sin temor, satisfecho sin duda de que los objetos directos de un ministerio, siempre de paz y de bien, entrarian en lucha frecuentemente, pero nunca volverian á la nada. El desagrado de la corte se traduce con la caida de Vicente, sin duda porque tal es de ordinario el efecto de una noble mision hácia un poder mal avenido con los sólidos intereses de la virtud; pero aquel hombre, fuerte mas que todos los ejércitos, cuando se le felicita por haber salido fallida la conjetura, se lamenta de lo mismo que sirve de fundamento á la felicitacion: "¡Ojalá hubiera salido cierta la noticia! exclama; pero un miserable como yo no es digno

de tal favor." ¡Poder sublime, que reduce los objetos mas colosales del mundo á un grano de mostaza junto á los héroes de la religion!

Imaginad ahora los efectos consiguientes á este sistema de conducta: figuráos á todo un clero gobernándose por este código tan sencillo como grande, ora cuando se le considera, ora cuando se le esquiva en las altas esferas del mundo político, y tambien cuando á plena fuerza se obra contra él para reducir á la nada la presencia de su personalidad y el influjo de su ministerio; y yo os aseguro, en verdad, que saldrá siempre avante en todos los conflictos, que conservará siempre inmune su independencia y dignidad, que su ministerio augusto, donde viven juntas la verdad, la justicia y el bien, será siempre un inmenso faro que atraiga la vista y el corazon de los pueblos y los gobiernos en esas borrascas civiles que amenazan de muerte á toda la sociedad. De hecho, católicos, la última faz de esa revolucion antigua, parto comun del Renacimiento y la Reforma, reducida, como lo veis, al entronizamiento de las masas sobre todo poder social, de esa revolucion que agita y sacude hoi á toda la tierra, y á cuyo empuje bamboléan todos los tronos, esta faz, digo, está presentando á la admiracion y enseñanza comun del sabio y del pueblo un fenómeno maravilloso en alto grado. ¿Cuál? el del incremento del poder eclesiástico sobre el fondo de la sociedad en los momentos en que se le ha creido muerto absolutamente para el Estado. Ved, si no, las consecuencias que nacen de la accion constante y laboriosa de Vicente de Paul, con su espíritu, sus ejemplos, su doctrina y sus institutos, sobre todos los pueblos de la tierra y en todas las vicisitudes sociales de los siglos.

TERCERA PARTE.

Cuando se trata, católicos, de una accion tan universal, tan constante y laboriosa, tan prodigiosamente fecunda, y de trascendencias tan inmensas como la que desarrolló sobre su siglo y los venideros Vicente de Paul, que siguiendo las huellas de Jesucristo, "pasaba haciendo el bien," y no bajó al sepulcro sin dejar una santa posteridad que perpetuase su espíritu y conservase abierto á todas las necesidades del género humano el tesoro de la caridad evangélica; que en su tiempo parecia multiplicarse en cierto modo, para estar presente donde quiera que habia menesterosos, y despues reproducirse de continuo, para no dejar huérfanos á todos los que lloran y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

padecen; cuando se trata, digo, de explotar para la merecida alabanza del héroe y la edificacion del pueblo fiel, este minero riquísimo de las acciones mas ilustres, de los beneficios mas admirables, de los rasgos mas sublimes que componen la historia de nuestro Santo, y esto habiendo de ceñirse á los reducidos términos de una oracion encomiástica; cualquiera, por mucho que sea su ingenio y maravillosa su habilidad para reducir á enunciaciones breves y precisas los hechos y sus consecuencias, tendrá que lamentarse de no poder dar al discurso el vuelo de su admiracion. En efecto, católicos: hai glorias que traspasan, digámoslo así, la posibilidad del talento oratorio, que aun con la minuciosidad de la historia, quedan apénas indicadas, y tal sucede con la de este héroe de la caridad, cuya vida se desarrolla incesantemente con los siglos, cuyo espíritu se admira mas y mas en proporcion que se le contempla, cuyas obras se hacen sentir en el fondo de toda la humanidad.

¿Cuánto necesitaría yo, católicos, de prolongar mi discurso, si pretendiese ir presentando á vuestra vista cada uno de los cuadros que forman la galería de que somos deudores á la incomparable caridad de este Santo? ¿lo que sucesiva ó simultáneamente hacia, ya en el curso de su carrera, ya por la fuerte impresion de su caridad, en la masa de los pueblos? ¿aquellas parroquias de Chantillon y Clichy, que en su advenimiento á ellas le presentaban el horrible aspecto de cadáveres que contaban un siglo de exhalar su inmunda corrupcion, empezar á dar algunos síntomas de vida con solo su presencia, y reaparecer muí pronto bajo su mano perfectamente restauradas, maravillosamente rejuvenecidas? ¿aquellas masas inmensas presa de la miseria y el pecado, salvadas como por encanto y trasladadas casi instantáneamente del hambre y el crímen al alivio del cuerpo y á la limpieza del alma? ¿aquellas conversiones perdurablemente célebres, que sirvièron de admiracion á la sociedad, y de primera base á esta asociacion fecundísima que reparte sus beneficios aun el dia de hoi á todos los atribulados? No es posible, católicos: cada cuadro demandaria un discurso, cada rasgo una atencion especialísima; y á querer individualizar, fuera tan fácil comenzar donde quiera, como difícil encontrar el término de la alabanza.

No me empeñaré pues en la tarèa de referiros uno por uno tan importantes ó ilustres pormenores: no seguiré á Vicente de Paul paso á paso en su vasta y fecunda carrera; en las escursiones de su caridad y de su celo; en su movimiento continuo, ya dentro de la capital de Francia, ya por la Lorena, Saboya, Italia y tantas otras provincias que, acosadas por diversas tribulaciones, le llamaban á grito herido para salvarse de la miseria y de la muerte. No hablaré

de sus maravillosas apariciones; de aquella solicitud con que buscaba en todas partes las huellas de la miseria; de aquella elocuencia irresistible de la virtud que en las plazas públicas encadenaba el corazon de las turbas; de aquella diligencia y puntualidad con que esperaba en el tribunal de la conciencia todas las enfermedades morales para hacerlas desaparecer, todas las agitaciones del espíritu para que huyesen á los primeros acentos de su voz, dejando lugar á la serenidad y á la calma; de aquella ternura inefable con que desempeñaba en los hospitales, no ya las taréas de un enfermero, sino aun los oficios que á sus hijos pudiera dispensar una madre amorosa; de aquellos hospicios inmensos en que una pasmosa muchedumbre de mendigos, reunidos como por encanto bajo el influjo de su caridad acendrada despues haber agotado inútilmente los esfuerzos de corporaciones poderosas, sorprendian la admiracion del mundo con la realizacion de empresas que por árduas habrian parecido quiméricas y en cierto modo fabulosas; multitud inmensa alimentada, vestida y pasando por los consuelos de la naturaleza hasta los goces inefables de la gracia. No le presentaré á vuestra vista, católicos, residiendo en las galeras, encerrado en los calabozos con los criminales, estrechando á estos infelices en sus brazos, humedeciendo sus rostros con lágrimas de ternura, ó imprimiendo repetidos ósculos de amor sobre las cadenas que ataban sus brazos, y todo para suavizar su infortunio con las efusiones de la caridad, y explotar aquel inmenso cúmulo de penas en pro de la penitencia para la restauracion de la gracia y los intereses de la virtud. No mostraré desde este lugar á ejemplo de su mas elocuente panegirista,[1] como trofeo sublime de la caridad, aquellas cadenas que, segun relatos fidedignos, quitó de un jóven presidiario en los momentos en que parecia sucumbir á la desesperacion, y puso sobre sí mismo, quedándose en su lugar, como en otro siglo lo habia hecho San Paulino de Nola en Africa para salvar á un cautivo. No sorprenderé vuestra admiracion con el grandiosísimo y sublime cuadro de ciudades populosas rápidamente convertidas, de panes multiplicados casi de continuo para el alimento del pobre, no por el poder de los milagros, sino por el ascendiente irresistible de su caridad sobre el corazon de los poderosos, ni de aquellos célebres presidios, residencia de todos los crímenes, milagrosamente cambiados en albergues de la penitencia y de la piedad. Nada de esto, católicos, os describiré á lo ménos con minuciosidad; pero sí deseo caracterizar cuanto es posible los admirables institutos que debemos á la caridad ardiente de aquel

1 El Cardenal Maury. Panegírico de San Vicente de Paul.

siervo de Dios, mostrándoos al mismo tiempo el espíritu que los prepara y los efectos que perpetúan su fecundidad.

Mas no imagináis por esto que al trazar los rasgos distintivos que dan cierta eminente singularidad al carácter histórico de Vicente de Paul, á quien fué dado elevar cada uno de los atributos constitutivos de la caridad al rango de las grandes instituciones del cristianismo, me proponga correr un velo sobre esa galería de héroes que el cultivo de aquella virtud ha venido colocando en el panteon de la verdadera gloria desde el principio de nuestra Era. No, católicos: la caridad cuenta héroes y tambien instituciones, desde que vino Aquel que, habiendo amado á los suyos intensamente, los amó hasta el fin, segun la expresion del Evangelista. [1] ¿Cómo callaria sin ingratitud los nobles recuerdos de las religiones hospitalarias, que en las entrañas de los montes, en las riberas de los mares y en el centro de las ciudades populosas, han tenido abiertos á la humanidad afligida, en toda su escala, espaciosos y provistos asilos, para salvarla de la miseria, del dolor y de la muerte? Mas no necesito, por cierto, ni oscurecer ni menguar tantas diversas glorias para fijar, con el trasporte de la admiracion y el entusiasmo de la piedad, vuestras miradas en este justo, predestinado por la Providencia para curar todas las heridas, aliviar todos los dolores, suavizar todas las penas, enjugar todas las lágrimas. Yo tengo una ventaja superior á todas, superior mui mucho á la que pudiera resultar de aquel piadoso artificio, en el mismo carácter moral de nuestro Santo, en el espíritu que animaba su accion, en la realizacion de sus planes y fecundidad de sus obras.

¿No es en efecto una gloria incomparable ser la recapitulacion personificada de todos sus predecesores en el teatro de la virtud? ¿No es una cosa incapaz de ser bien encarecida, poderosa para sentirse pero imposible de explicarse, reunir en solo su persona la última sencillez y simplicidad con la mas elevada grandeza, una marcha comun con un carácter singular? ¿No es mui superior á cualquiera elogio resumir el espíritu de todas las antiguas instituciones en la suya para salvarlas, por lo ménos en su esencia, en los años y siglos de decadencia y persecucion que se apresuraban á llegar? ¿No es para quedar absorto contemplar el carácter de estas instituciones de Vicente mostrando el triple genio de la invencion, de la sabiduría y de la prevision mas admirables? ¿No es un objeto de aquellos que arrebatan y subyugan ver asegurada la perpetuidad de la institucion con la libertad de la permanencia, y pasmosamente dilatada su accion con solo hacer pasar su espíritu al cuerpo de la sociedad? ¿No es un prodigio de táctica divina sorprender á este siglo perseguidor, tomándole sus avenidas, y aceptar los cumplidos de las generaciones de hoi en pro de su reforma?

1 Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Joann, c. XIII, v. 1°

Cuando contemplo, católicos, á Vicente de Paul en el gran pensamiento y accion fecundísima que desarrolla sobre el mundo; cuando me aplico á buscar en su carácter histórico aquellos rasgos distintivos, que sin opacar nada de lo pasado, parecen darle una gloria nueva; cuando me esfuerzo por entresacar, digámoslo así, de entre tantos objetos admirables aquellos que parecen sobresalir como los mas dominantes; desde luego se presentan á mi vista tres cosas: primera, que aquel incomparable ministro de la Providencia, resumió en los suyos á todos los institutos activos del cristianismo, y tiende á salvar con su espíritu cuantos han sido consagrados á la vida contemplativa; segundo, que ha dilatado como ninguno los beneficios de la caridad; finalmente, que su pensamiento y accion continua han venido á ser en nuestro siglo una apología personificada de la religion, y un dique levantado contra ese torrente que tiende á destruir en su ruinoso curso todos los elementos de vida que así el individuo como la sociedad encuentran en la Iglesia de Dios.

He dicho, católicos, que uno de los rasgos distintivos que forman el carácter histórico de nuestro Santo, es el haber abrazado en el vastísimo plan de su caridad, la accion de todos los institutos religiosos consagrados á la humanidad afligida, para consolarla en todas sus tribulaciones, y á las clases todas para ilustrarlas con la doctrina y salvarlas del vicio y sus consecuencias con su ministerio. Recorred, si no, esas páginas de su preciosa vida; seguidle paso á paso en su dilatada carrera; examinad la pasmosa muchedumbre de los beneficios que difundió sobre la humanidad; meditad en el carácter y en el espíritu de todos sus institutos, y veréis que ellos refunden en cierto modo á cuantos han venido apareciendo en favor del género humano desde el orígen del cristianismo.

Vicente de Paul, hermanos mios, con sus dos inmensas familias que fundó, es apostólico y misionero; es ayo de la tierna infancia; es director de la juventud estudiosa, y mui especialmente de aquella que se destina y escoge para formar la tribu sacerdotal; es protector de los cautivos y universalmente hospitalario; es padre de la infancia expuesta por el crímen ó abandonada por la miseria, protector nato de la indigencia en sus numerosas clases, enfermero solícito de todos los que sufren los achaques de la naturaleza en el lecho del dolor, atalaya permanente y correctivo suave y eficaz contra todos los vicios que se introducen en la masa de los pueblos: está en todas

partes; sigue á la miseria en todas sus residencias; recorre los campos de batalla para recoger y curar á los heridos, y los hogares infectos para derramar los consuelos de la caridad en los tiempos de peste: es el ángel de la abundancia cuando el hambre devora las ciudades enteras, y el ministro de la resignacion y del consuelo en la cama del moribundo, para dulcificarle aquel terrible trance de una alma que desciende al sepulcro para entrar en la eternidad.

Da principio á su ministerio apostólico esparciendo la semilla de la palabra en las aldeas, á los pobres que habitan bajo techos de paja, á las almas sencillas y dóciles, que si sufren las consecuencias de la ignorancia y han pagado el tributo funesto á las inclinaciones desarregladas, no han recibido aún en su corazon el veneno de la duda, ni han aprendido el arte funesto de oponer la discusion á la fe, y el dictámen propio á los preceptos de la autoridad. Mas comenzando en las aldeas, ha recorrido el mundo, ha visitado los paises infiéles, ha dado tambien, ya lo sabéis, en sus hijos el contingente de su sangre para la mas heroica defensa de la fe católica: el gran registro de los mártires del cristianismo tiene ya escritos los nombres de algunos de estos nuevos misioneros.

Miéntras multiplicaba con su ejemplo, con su piedad y con aquella elocuencia irresistible y fecunda, tanto como sencilla y simple, los triunfos de la verdad y la virtud en el curso de sus trabajos apostólicos, abria sus manos para derramar los beneficios entre los menesterosos. ¿Quién, católicos, podria enumerar todas las necesidades socorridas por sus limosnas particulares? ¿Quién podria referir ni ménos encarecer aquellos prodigios que obraba frecuentemente su infatigable caridad en el silencio de su inalterable modestia? Pero, ya lo veis: aun abandonando esta region oculta que Dios quiso reservarse, como la de muchos justos, para sorprender con su manifestacion á la humanidad entera en el último dia de los tiempos, nos basta contemplar todo lo que no le fué dado encubrir, todo lo que por sus dimensiones y trascendencias tenia un carácter monumental, para admirarle sin término.

En Berbería vió con sus propios ojos, y sintió en sí mismo la desgracia del cautiverio, é inspirado por sus recuerdos, aleccionado por su experiencia y movido por su activa caridad, aprovecha las primeras oportunidades que su influencia le presenta, á fin de formar un fondo que ministre recursos para suavizar los horrores de la esclavitud en los infelices cautivos, á quienes nunca dejó de ver, segun la bella observacion de un orador,[1] "como á sus sucesores de

1 Maury. Panegírico de San Vicente de Paul.

infortunio;" abre á sus familias, en su casa de San Lázaro, una estafeta general y gratuita; dota en seguida en Argel un hospital vastísimo; funda socorros perpetuos para la redencion de cautivos, y les destina colonias de misioneros que sostengan su fe y alivien su condicion miéntras llega la hora de su libertad.

¿Cuándo acabaria yo, católicos, si me propusiese aquí haceros admirar, ya los cuantiosos tesoros que, sin haber dejado nunca de ser pobre, invirtió durante su vida en socorrer á la humanidad indigente y atribulada, ya el arte maravilloso con que los distribuia, logrando que el órden y una sábia economía los multiplicara en cierto modo, ya los prodigios de caridad que al impulso suyo hacian frecuentemente sus hijos? ¡Ah! ¡no es el discurso para seguir la carrera de la caridad; y la elocuencia mas vehemente desfallece, no lo dudéis, en presencia de sus héroes!

Si contemplo, católicos, el poder de su espíritu sobre esas borrascas indomables que levanta y desencadena furiosamente la guerra en el mundo, le veo libertar dos veces á Paris de un saquéo general, "entregando su querida casa de San Lázaro á los saqueadores, y dando de comer diariamente por espacio de cinco meses á dos mil pobres." [1] Si el espectáculo de un sexo amenazado, ya de llegar á la última desgracia despues de haber sucumbido á su debilidad, ya de recibir el primer golpe entre tantos peligros, me consterna y alarma terriblemente, mi alma recibe pronto el mas grato consuelo á la vista de ese asilo que abre Vicente de Paul á las desgraciadas víctimas de la seduccion en la Magdalena, y de ese hospital que funda para las niñas huérfanas con el santo fin de salvar la inocencia virginal de sus perseguidores. Si el espectáculo de una mendicidad inmensa que agota el pensamiento y rinde los esfuerzos de la corte para socorrerla ó dispersarla, me hace temer por la suerte de tantos infelices, al instante se disipa mi temor cuando Vicente aparece, y con aquel poder providencial que poseia conjura casi de un golpe tantos infortunios. Instituye un hospital destinado al alivio de los artesanos viejos, reducidos á la miseria, en el cual reune hasta el número de trescientos: poco despues invierte una cuantiosísima suma, que se le habia dado para edificar su iglesia, en la construccion y dotacion de un hospicio general, en que mui pronto alberga seis mil pobres para mantenerlos hasta el término de su vida, y no fué necesaria otra cosa para que el resto de cuarenta mil mendigos, que ántes lo invadian todo á nombre de una miseria que principalmente consistia en su aversion al trabajo, desapareciesen como

1 Maury. Panegírico de San Vicente de Paul.

el humo á la vista de un asilo inmenso en que tenian que comprar, digámoslo así, el alimento, el vestido y cuanto habian de menester en sus necesidades, con la sumision á una regla de órden que, al atender al hambre y desnudez de la multitud, no perdia nunca de vista su conveniente ocupacion y estricta moralidad. Finalmente, si el dolor mas intenso atormenta mi espíritu al contemplar aquel escándalo, afrenta de la civilizacion moderna, oprobio de la nacion mas culta de la Europa, que apénas llamaba la atencion de su gobierno, de innumerables niños recien nacidos, abandonados por sus padres en las plazas públicas de la capital, y comprados á vil precio por los pobres para servirse de ellos excitando la conmiseracion pública á fin de ganar el pan, y al escuchar estas palabras del siervo de Dios dirigidas á un monstruo que en las puertas de Paris despedazaba los miembros de una de estas criaturas: "¡Bárbaro, detente!" un arrobamiento de admiracion y santo entusiasmo me saca de tan triste estado, cuando veo á este grande hombre tomar aquella criatura en sus brazos como un estandarte de libertad, reunir en su torno á todos los corazones sensibles, á todas las almas generosas, salvar quinientos niños que una amedrentada pusilanimidad le devolvia, lanzando sobre ella desde la cátedra evangélica los dardos punzantes é irresistibles de su elocuencia inspirada por la ternura, y obteniendo, como un espléndido triunfo de su caridad infatigable, que su auditorio vote por aclamacion el establecimiento de un hospital para los niños expósitos, y derrame á sus piés los primeros tesoros que habian de servir para emprender y llevar á cabo aquel pensamiento universal y uniforme, fruto de su tierna y elocuente misericordia.

Visitad, católicos, esos diversos establecimientos á que atienden las Hijas de la caridad. ¿Qué veis allí? á estos ángeles del cielo prodigando todo linaje de consuelos á los que padecen. Aquí están de pié asistiendo con esmero extraordinario á los enfermos; allí están socorriendo á los ancianos achacosos; allá están pendientes de esas víctimas desgraciadas que han perdido el juicio y la razon; acullá las veis ocupadas en reglar y disponer todas las oficinas que requieren las necesidades que ha puesto á su cargo la Providencia.

Pero sobre todo; vedlas con los niños.... fijáos aquí..... contemplad este cuadro... ¡Qué amabilidad! ¡qué ternura! ¡qué mezcla de sentimientos inefables no se revelan en los instantes mismos en que les prodigan sus caricias, y reciben la instintiva retribucion del amor de esos pequeñuelos, que las miran como sus madres, que las buscan y siguen solícitos, que las importunan dulcemente con sus lágrimas, que las arraigan donde quieren con su inocente importunidad.

Pues bien, hermanos mios: este cuadro no es único, no es diverso tampoco: donde quiera le veréis reproducido y perfectamente identificado. Consagrada exclusivamente á los que padecen, esta nueva familia de Jesucristo no puede contenerse dentro de los muros que forman un claustro: necesita del horizonte sin límites que la caridad, esta viajera infatigable y constante, nunca deja de recorrer, que acompaña á los siglos en su curso, que transita los mares lo mismo que los desiertos, llena los abismos que se atraviesan para salvarlos, y aplana las montañas bajo sus piés. Y no imaginéis que, aun discurriendo por todas partes, se arraiguen inmóviles en alguna. Viven en las aldéas lo mismo que en las ciudades, en las cabañas como en los edificios soberbios: siguen los rastros de la peste, como las huellas ensangrentadas de la guerra: asisten en los hospitales espaciosos y provistos, como improvisan enfermerías de sangre en los campos de batalla. Están en cada pais ejerciendo un ministerio que no tiene límite ninguno: en los reinos católicos, en los paises protestantes, en las bárbaras tribus, y allí tambien, donde residen los adoradores de Mahoma; y con la egida fuerte de un ministerio que avasalla á la naturaleza donde quiera, cubren su virginidad y su fe. No hai uno que no se detenga respetuoso delante de estas vírgenes al pié de la cruz que las conduce, ni sitio en que no aparezcan rodeadas de veneracion, recogiendo los tributos del reconocimiento, excitando los sentimientos mas tiernos del corazon, y depositando hasta en el seno de los infieles los primeros elementos de una conquista que mas tarde hará el apostolado católico, siguiendo con la antorcha de la fe las huellas de la caridad.

Pero no nos detengamos aquí: el pensamiento de Vicente de Paul va mas léjos todavía: quiere dilatar indefinidamente la accion de la caridad, retirar sus límites tanto como el Universo: quiere filiar en su bandera á todos los que profesan la sublime doctrina de la misericordia: quiere que los radios de esos círculos que forman sus dos familias, se dilaten por todas las clases de la sociedad, que de las casas de sus misioneros y habitaciones de sus hijas salga su espíritu á penetrar en todos los pueblos y en todos los hogares domésticos; y este grandioso plan, cuyo primer ensayo vemos en su cofradía de señoras, tuvo su completa realizacion despues de sus dias en esas asociaciones numerosas de caridad, monumentos vivos de su espíritu, que veis difundidas por casi todo el mundo católico.

Las conferencias de San Vicente: hé aquí la institucion de que os hablo. ¡Qué nombre tan simple! ¡qué designacion tan modesta! pero al mismo tiempo ¡qué institucion tan grande! Todo el espíritu del Evangelio gobierna su marcha; todas las necesidades de la hu-

manidad entran en su órbita. Estas conferencias tienen una organizacion perfecta, un órden bien establecido en el desempeño de sus diferentes oficios, una escala gerárquica: estas corporaciones venerables, conduciéndolo todo, y á sí mismas, á los grandes intereses del espíritu, celan de la moral de los menesterosos tanto como atienden á sus necesidades materiales, y no alimentan y visten el cuerpo, sin aprovechar la influencia que les da su caridad, para mover las almas, hablar á las conciencias, conducirlas á la purificacion é inclinarlas á la virtud.

Ved pues, católicos, hasta dónde se ha extendido el espíritu de aquel Santo, cuyo genio, inspirado siempre de la piedad mas acrisolada, sacaba de cada momento de su preciosa vida una semilla fecunda de bien, que habia de multiplicarse y reproducirse por todos los siglos. Abrid ese libro inmenso, el mas fecundo y admirable de todos, ese libro en que está escrita la historia de la caridad, esos fastos de las instituciones consagradas á la propagacion de la fe, á la correccion de las costumbres, al remedio de todas las necesidades humanas: ¿cuál de ellas, decidme, ha pasado desapercibida por la mente y el corazon de Vicente de Paul? ¿cuál de ellas no le ha inspirado un pensamiento fecundo, no le ha producido un sentimiento activo y generoso? ¡Ah! era preciso que, al romper una época en que todas las instituciones del cristianismo serian singularmente combatidas, hasta el extremo de desaparecer casi todas en diferentes paises, la Providencia hubiese deparado una que, recogiendo sucesivamente la sávia de todas ellas, fuese como su representante universal, como su cuerpo de reserva, y luchando por todas y con los elementos de todas, perpetuara sus beneficios, conservara su espíritu y salvara su nombre.

¿No tengo pues, católicos, argumentos incontestables para creer que Vicente de Paul ha reunido en sus institutos diversos los grandes objetos de cuantos encontró establecidos en favor de toda la humanidad? ¿No es cierto que ha dilatado como ninguno los beneficios de la caridad en la tierra? ¿No veis y palpáis cómo el pensamiento y la accion de tan insigne apóstol han venido á ser, entre otras cosas, una viva y constante apología de esta religion, sin la cual tan prodigiosas obras, como han salido de su infatigable caridad y la de sus hijos, serian irrealizables y en cierto modo aun inconcebibles? A la vista del influjo que durante dos siglos no ha dejado ni un solo dia de ejercer sobre la masa de los pueblos, prodigando á la humanidad menesterosa todos los socorros del cuerpo y todos los consuelos del alma, ¿no quedáis plenamente convencidos del inmenso poder social de las instituciones de Vicente, de su eficacia para salvar la personalidad eclesiástica, y con ella los Estados y la sociedad entera de un cataclismo universal, que seria inevitable sin el inmenso poder de la religion y de la virtud? ¿No es cierto, finalmente, que tiende con su espíritu á salvar aun aquellos institutos que, consagrados á la vida contemplativa, dedicados á la oracion y á la penitencia, sufren á cada paso, ya las burlonas ironías, ya la despreciativa indiferencia, ya los rudos ataques de un siglo material y grosero? De intento, católicos, he dejado para el fin la manifestacion de tan importante verdad, [1] ya porque en este punto es hoi mas combatida la Iglesia católica, ya porque la accion de nuestro Santo sobre los mismos institutos de oracion y penitencia resplandece toda en el vasto conjunto de sus obras y en el espíritu de todos sus establecimientos.

No podia escapar este peligro á la incomparable prevision y activo celo de aquel siervo de Dios, y por esto nos ha dejado, ya en los ejemplos de su vida, ya en el carácter de sus mismos institutos, un arsenal copiosísimo de poderosas armas para rendir y avasallar á este enemigo alevoso, que en su encono contra la religion, habia de querer combatirla con sus elogios hipócritas de lo que se ve y se toca, para destruir eso que no ven los ojos de la carne, ni escuchan los oidos del cuerpo, ni tocan sus manos, pero que abraza lo que hai de mas noble, grande y valioso para toda la humanidad.

¿No os maravilla la prevision de nuestro Santo, cuando le veis en su vida, no solamente recomendar los otros institutos religiosos con el mas vivo encarecimiento, sino aun dirigir á ellos á muchas personas en extremo solícitas de entrar en su Congregacion, y notablemente distinguidas por su saber y su virtud? ¿No fué mui providencial que hubiese pasado treinta años al frente de las monjas de la Visitacion, tan celoso de aquel instituto, que nada quiso innovar en él, y desplegando en el desempeño de un ministerio el mas difícil de todos, cual es la direccion del espíritu, una sabiduría, una prudencia y un tino admirables? Francisco de Sáles, aquel incomparable director de las almas, aquel maestro consumado de la virtud, que entre diez mil sacerdotes no hallaba un solo director, descansa todo, con la tranquilidad que inspiran las fuertes convicciones y acrisoladas experiencias, en Vicente de Paul, al poner en sus manos el depósito querido de su obra predilecta, desahogando el con-

1 Hago aquí esta indicacion, porque al enumerar los efectos de la accion y espíritu de San Vicente de Paul sobre el mundo, menciono en primer lugar este punto, el cual, como se ve, figura despues de los que, segun la enumeracion, debieron seguirle. No he querido, sin embargo, reformar ésta en la presente edicion, porque en ella está colocada naturalmente en la enunciacion general de los efectos dichos.

suelo que tal eleccion le habia inspirado, con aplicar á nuestro Santo, respecto de todo lo que en su tiempo conocia, el mismo elogio que el Salvador del mundo habia hecho de su Precursor en mayor escala: "No he conocido sacerdote mas digno que Vicente de Paul."

Pero sobre todo, el carácter y el espíritu de sus propios institutos ¿no es por ventura, decidme, hoi principalmente que se lucha con un siglo material y grosero, la mas irresistible fuerza que se le puede oponer, la mas poderosa arma con que se le puede combatir? ¡Siglo fastuoso y ligero, que apellidándote *positivo* por excelencia, luces tu ignominia sin saberlo; que aplaudiendo á las hijas de la caridad y á los hijos de Vicente por lo que ves y lo que tocas, clamas á grito herido contra las instituciones exclusivamente místicas! ven: acércate á estas familias instituidas por la Providencia en favor de la humanidad menesterosa; y cuando admiras el heroismo sublime de su caridad, sube á su causa, ve á buscar el principio que las produce, la virtud que las fecunda, y la mano invisible que las sostiene. Cuando ves á estos ángeles de paz desvivirse por su prójimo, ya recogiendo á los niños de uno y otro sexo para educarlos, ya sosteniendo los trémulos pasos de la ancianidad, ya de pié, junto á la cama de los enfermos, ya en las ciudades apestadas para arrebatar á la muerte sus víctimas, ya en las improvisadas tiendas de campaña, en que recogen á todos los heridos para curarlos; cuando ves á los misioneros de Vicente de Paul, apóstoles de las aldéas, evangelizadores de los pobres, oficiosos amigos de cuantos arrastran con pena la pesada carga del crímen, para salvarlos de ella; cuando en cada nacion, en cada provincia, y hasta en los pueblos mas reducidos, ves esas modestas juntas de Vicente de Paul atender con el título de *Conferencias* á tantas familias pobres; no te detengas aquí, no des la vuelta llevándote sensaciones aisladas, pensamientos desprendidos de esa cadena cuyos eslabones extremos están invisiblemente atados en el cielo. Vé á esos retiros donde aparecen las hijas de la caridad, los misioneros, los miembros de las conferencias, profundamente recogidos en presencia de su Dios, enviándole una oracion fervorosa para que haga descender sobre ellos y fecunde en ellos la gracia de una vocacion que se esterilizaria en el instante mismo en que dejase de circular el espíritu celestial que anima la virtud en los justos. Aquí aprenderás que estas grandes obras externas, que tánto admiras, no brotan de la tierra, no salen de tí, no cuentan contigo; y ántes bien, se realizan á pesar tuyo. El hombre las piensa, pero Dios las inspira; el hombre las ejecuta, pero Dios las dirige; el bien se distribuye abajo, pero se trae de arriba; y se trae con el recogimiento del espíritu, la labor de la oracion, la

solicitud infatigable de los ruegos y la meditacion de las eternas verdades.

De esta suerte, católicos, Vicente de Paul hizo servir sus grandes pensamientos y admirables obras, no solo á sus respectivos objetos inmediatos, mas tambien á las instituciones que ante la vista material del hombre aparecen mas distantes de las suyas, cuales son aquellas que desde los primeros siglos hasta nuestros dias han sido consagradas á la penitencia y á la contemplacion. Todo está ligado en el pensamiento de Jesucristo, todo viene á reducirse á procurar la union mas íntima con él, todo tiende á colocarse desde luego en aquel resúmen tan simple como sublime que hizo de todo el bien, cuando respondiendo á las quejas de Marta, le dijo: "Tú te inquietas y turbas por muchas cosas; pero has de saber que una sola es necesaria." [1]

Así es, católicos, como los admirables institutos de Vicente de Paul convierten por sí mismos todas las miradas, como á su fuente y fuerza constante de conservacion, hácia el íntimo comercio que él mismo tenia con el Señor, hácia aquella oracion fervorosa, piedad incomparable, meditacion incesante y contemplacion continua en que vivia. Sí: en medio de las obras mas materiales, de las empresas mas laboriosas, de los trabajos mas activos, llevaba siempre viva la presencia de Dios, meditaba en las eternas verdades, tributaba un homenaje continuo á su grandeza, le ofrecia los cortejos finísimos de su ternura, respiraba en el seno de su amor. A todo atendia; pero se reconcentraba siempre en Dios: su vida era el desarrollo de la mas pasmosa actividad, pero al mismo tiempo el estado de la mas admirable contemplacion. Sus obras prodigiosas no pueden explicarse de otra manera. Erale preciso vivir siempre en Dios, pensar siempre en Dios, estar en el comercio mas activo y constante con Dios, para ejercer en su siglo y los posteriores el ministerio universal de consuelos, alivios y socorros que la Providencia puso á su cargo en favor de toda la humanidad.

Pero si queréis, hermanos mios, la última y la mas edificante prueba de tan importante verdad, trasladáos en espíritu á los momentos en que aquel Santo, recogido en el lecho del dolor, se preparaba para dar el último paso en la carrera del tiempo, é incorporarse de lleno en la sociedad augusta de los escogidos: contemplad este cuadro; ved á este héroe rendir su laboriosa jornada. Lleva ochenta y cinco años de servir á Dios en la tierra: su mas adelan-

1 Martha, Martha, solícita es, et turbáris erga plúrima. Porrò unum est necessarium. *Luc., cap. X, vv.* 41 y 42.

tada vejez ha sido prodigiosamente fecunda; un instante solo no ha vivido para sí mismo, no le ha dejado pasar sin hacer el bien. Anímanse en su alma las ricas y fecundas memorias de su preciosa vida, pero el horizonte se le anubla para no dejarle ver sino su miseria y las misericordias infinitas del Señor. Sus entrañas se conmueven todavía recordando la multitud de desgraciados que hai en la tierra; pero á todos los deja tranquilos á cargo de esa Providencia que no se olvida jamas de los que lloran y padecen. Pídesele para sus hijos todos el rico legado de su buen espíritu; mas él responde con la elocuente sencillez de su virtud: "El que ha comenzado la obra, la llevará á cabo:" ¡palabras preciosas, que asocian de continuo á la Providencia rica con la humanidad miserable en los labios de aquel justo, que fué por excelencia, para todos los que padecen, el ministro de Dios para el bien! ¡Dijo, cerró sus ojos y voló al cielo!

Pero ¡ah! no por esto abandonó para siempre la tierra, no: la caridad, que fué su vida, flota con majestad sobre la losa de su sepulcro, y se derrama desde allí por todos los espacios y en todos los tiempos. Ella vive, no lo dudéis, en estas dos familias salidas de sus manos. Ella vive, tenedlo por cierto, en esa sociedad numerosa compuesta de los que sirven á su pensamiento con el título de miembros de sus conferencias. Ella vive en todas las almas convertidas á Dios por los operarios sagrados que dejó establecidos para evangelizar á los pobres. Ella vive, no hai duda, en esa multitud respetable de ministros dignísimos que bajo la accion de su espíritu se educan y forman en sus seminarios. Ella vive tambien en todas las necesidades socorridas, las desgracias evitadas, y los beneficios que disfrutan cuantos deben á las inspiraciones de su caridad los consuelos y los socorros. Ella vive y vivirá en el apasionado reconocimiento de la tribu sacerdotal, que le debe su reforma; de los Estados sabios y justos, que le deben la influencia de los mas poderosos y edificantes ejemplos; de la sociedad entera, que puesta en contacto inmediato con la religion y la moral, mediante los beneficios de todo género que aquel justo distribuye por todas sus clases, le debe, y deberá mas y mas cada dia, el beneficio de salvarse de esta última y terrible crísis á que la orilla esa revolucion antigua y nueva, que no la exalta con un entusiasmo frenético sino para hacerla morir, reduciendo á polvo sus elementos esenciales.

¡Qué nacion, católicos, qué pueblo son extraños á las glorias de este héroe de la caridad? ¿Adónde no ha llevado con sus institutos las benignas influencias de su espíritu? ¡Ah! despues de haber recorrido el viejo mundo, y cuando el nuevo, vencidas ya sus tres primeras centurias, empieza á sentir los síntomas de la muerte, la familia de Vicente cruza el Atlántico, saluda nuestras costas, y penetra en el seno de nuestra patria, para evangelizar la paz y evangelizar el bien. Nosotros, que fuímos los últimos en figurar en la gran Carta científica del globo, hemos recibido ya, bendito sea Dios, los beneficios de una institucion tan admirable.

¡Séais pues bien venidas á esta tierra, morada un tiempo de la dicha y hoi teatro de todas las desgracias, familias ilustres, hijas del amor, la ternura y el celo de Vicente de Paul, legatarias de su espíritu en favor de la humanidad atribulada y doliente, monumentos vivos de su gloria imperecedera! ¡Séais bien venidas, lo diré una y mil veces, á residir en medio de nosotros, para consolar nuestras penas, remediar nuestros males, enjugar nuestras lágrimas, cuanto es dado á la caridad cuando lucha pecho á pecho con las pasiones! Os habriamos recibido siempre con los brazos abiertos y las emociones mas vivas del placer aun en tiempos ménos infaustos, aun en aquellos tranquilos dias que se nos escaparon como los últimos rayos del sol á la caida de la tarde. Mas hoi, que el genio del mal tiene levantado en México su negro trono; hoi, que poniendo en juego todos sus resortes para contaminar la atmósfera moral y política de los pueblos, ha dejado caer una espesa niebla sobre todas las mentes, depositado la semilla venenosa de la discordia en todos los corazones, encendido los odios, los horribles sentimientos de la venganza entre hermanos; hoi, que indómito, implacable, irresistible, recorre, derramando á torrentes la consternacion, todos los ángulos de nuestro vastísimo territorio, y no satisfecho con tanta sangre vertida, tantas fortunas arruinadas, tantas miserias y tanto luto por donde quiera esparcidos, aun lucha por destruir hasta el mismo esqueleto que ha quedado, por acabar con los miserables restos escapados á su furor, y hacer morir hasta la última esperanza de salvacion para la patria; hoi, que no podemos ofrecer á vuestras miradas otra cosa que infortunios, dolores y muertes; os recibimos y saludamos con los impulsos de la tribulacion hácia la caridad, con las emociones dulcísimas de la esperanza. Venisteis á la última hora: porque habeis nacido para vivir, no con los opulentos y felices, sino con los pobres y desgraciados. ¡Esta es vuestra tierra, este es vuesrro tiempo, este es vuestro teatro!

Y Vos, á quien la posteridad reconocida proclama como el bienhechor de toda la humanidad; Vos, cuyo nombre fué inscrito en el registro de la vida por Aquel que reserva su rico galardon para los misericordiosos, que dan de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, que tienen abierto un asilo de hospitalidad al pasajero, y miran como hermanos á todos los menestero-

sos y atribulados: ¡gran Santo, héroe ilustre, glorioso ministro de la Providencia, Vicente de Paul! desde ese trono que dos siglos há ocupáis en la Corte del Dios vivo; desde esa patria, donde gozáis la recompensa infinita de vuestras virtudes; desde esa mansion de la dicha, donde no tienen entrada el luto, el quejido, el dolor, las lágrimas, donde todo es gozar y nada padecer, dirigid una mirada compasiva, tierna y eficaz hácia este desgraciado pueblo, que gime bajo el yugo de todas las desdichas, que ha sido la víctima de todas las pasiones, que sufre las consecuencias de todos los extravíos, que hasta las heces apura el cáliz del dolor, que siente la postracion de todas sus fuerzas morales, que yace sin movimiento y casi sin vida en los bordes del sepulcro: interesad en favor suyo la misericordia del Señor: rogad incesantemente por él, y alcanzadle con vuestra intercesion poderosa el término de todas sus desgracias, el recobro de la paz perdida, el renacimiento de la virtud, y el que sus miembros todos, incorporados otra vez en los rectos caminos que ella traza, continuemos nuestra carrera sin extravío hasta entrar en el dichoso gremio á que pertenecéis como uno de los mas acrisolados amantes de Jesucristo y de los héroes mas ilustres de la religion.

SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis.

Ya vosotros estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí; que yo permaneceré en vosotros.

San Juan. cap. XV, vv. 3 y 4.

HERMANOS MIOS:

En el período breve de tiempo que hemos dedicado todos á este santo retiro, hemos recorrido un espacio sin límites, hemos subido al cielo, visitado el orbe, descendido al abismo, y lo que es más, registrado con la triple antorcha de la fe, del temor y la esperanza las misteriosas é inaccesibles regiones de nuestro corazon. Las graves y profundas reflexiones de la soledad han hecho aparecer á la vista de nuestras almas otro mundo, otros hombres, otros destinos. Envueltos en las olas de un siglo degradado y corrompido, nos divertiamos sin inquietud cortando las flores que brotan en las márgenes de la vida. Nos habian ocupado con interes el esplendor de las riquezas, el fausto soberbio de los honores, y qué sé yo, si tambien los criminales y vergonzosos placeres de la carne y de la sangre. Agitados por el viento de la prosperidad, jamas habiamos querido contemplar el espectáculo del dolor y la miseria: perseguidos por la tribulacion, nunca nos resolvimos á consagrarla en las aras augustas del arrepentimiento: siempre ciegos y adormecidos en la cul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sos y atribulados: ¡gran Santo, héroe ilustre, glorioso ministro de la Providencia, Vicente de Paul! desde ese trono que dos siglos há ocupáis en la Corte del Dios vivo; desde esa patria, donde gozáis la recompensa infinita de vuestras virtudes; desde esa mansion de la dicha, donde no tienen entrada el luto, el quejido, el dolor, las lágrimas, donde todo es gozar y nada padecer, dirigid una mirada compasiva, tierna y eficaz hácia este desgraciado pueblo, que gime bajo el yugo de todas las desdichas, que ha sido la víctima de todas las pasiones, que sufre las consecuencias de todos los extravíos, que hasta las heces apura el cáliz del dolor, que siente la postracion de todas sus fuerzas morales, que yace sin movimiento y casi sin vida en los bordes del sepulcro: interesad en favor suyo la misericordia del Señor: rogad incesantemente por él, y alcanzadle con vuestra intercesion poderosa el término de todas sus desgracias, el recobro de la paz perdida, el renacimiento de la virtud, y el que sus miembros todos, incorporados otra vez en los rectos caminos que ella traza, continuemos nuestra carrera sin extravío hasta entrar en el dichoso gremio á que pertenecéis como uno de los mas acrisolados amantes de Jesucristo y de los héroes mas ilustres de la religion.

SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis.

Ya vosotros estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí; que yo permaneceré en vosotros.

San Juan. cap. XV, vv. 3 y 4.

HERMANOS MIOS:

En el período breve de tiempo que hemos dedicado todos á este santo retiro, hemos recorrido un espacio sin límites, hemos subido al cielo, visitado el orbe, descendido al abismo, y lo que es más, registrado con la triple antorcha de la fe, del temor y la esperanza las misteriosas é inaccesibles regiones de nuestro corazon. Las graves y profundas reflexiones de la soledad han hecho aparecer á la vista de nuestras almas otro mundo, otros hombres, otros destinos. Envueltos en las olas de un siglo degradado y corrompido, nos divertiamos sin inquietud cortando las flores que brotan en las márgenes de la vida. Nos habian ocupado con interes el esplendor de las riquezas, el fausto soberbio de los honores, y qué sé yo, si tambien los criminales y vergonzosos placeres de la carne y de la sangre. Agitados por el viento de la prosperidad, jamas habiamos querido contemplar el espectáculo del dolor y la miseria: perseguidos por la tribulacion, nunca nos resolvimos á consagrarla en las aras augustas del arrepentimiento: siempre ciegos y adormecidos en la cul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pa, ni habiamos calculado sus funestos y deplorables efectos, ni consultado, para conocerlos, al oráculo infalible de la verdadera sabiduría: parecia que los siglos estaban pendientes de nuestros labios, y que ya se habian abolido para siempre las leyes eternas y divinas que fijan el término del individuo, y distribuyen irrevocablemente en dos grandes pero mui desiguales porciones la última y perdurable condicion de toda la especie humana. Tal, católicos, era el sistema que determinaba nuestra conducta y que arreglaba y dirigia el curso de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, cuando una fuerza desconocida, misteriosa, pero soberana é irresistible, nos detiene en la fatal carrera, corta nuestras relaciones, suspende nuestros negocios, y nos conduce aquí sin otra comitiva que las memorias de una vida criminal, la luz de la reflexion y el tribunal severo de la conciencia. Solos, abandonados á nosotros mismos, hundidos en la noche de nuestros pensamientos, una voz que nos recuerda nuestro fin, nos hace estremecer. No hai medio: ó con Dios, ó contra Dios: ó una eternidad feliz, ó una eternidad desgraciada.—¿Cuál será pues mi suerte? se decia cada uno de nosotros á sí mismo; y á esta pregunta solo respondieron la experiencia de lo pasado y la suerte de todos los pueblos. Descorrióse el velo de los siglos y las naciones, y el objeto dominante en todas las escenas del tiempo era el pecado vertiendo á torrentes el mal por cuantos paises visita el sol en su dilatada carrera. El ángel del Señor arrojando del Paraíso á nuestros primeros padres proscritos por su desobediencia; la muerte tomando posesion de la tierra por la mano de Cain; el cielo bajando á torrentes á devorar las generaciones, consumiendo despues y reduciendo á cenizas las ciudades delincuentes; los pueblos todos agitados por la guerra, devorados por el hambre, perseguidos por los elementos, anunciando siempre decrepitud y ruina; el hombre rabiosamente despedazado por sus propios crímenes, presa del dolor y la miseria, patrimonio de la muerte: he aquí el pecado y sus efectos; "el pecado os deciais, que me ha poseido, el pecado que hace mis delicias, que habita en mí, como Señor absoluto de todo mi sér. ¿Cuál será pues mi suerte? ¡Oh eternidad! ¡piélago insondable! ¡region misteriosa! ¡abismo profundo, que el ojo no mide ni la razon humana comprende! ¡Oh nombre, grato y horrible al mismo tiempo! . . . . . ¿Cuál será pues mi suerte?"—Dios, hermanos mios, permite que cargue sobre nosotros el dolor y el remordimiento; pero, á fin de que la desesperacion no se apodere de nuestras almas en este sitio donde nos reunió para convertirnos, tiende presto hácia nosotros los tiernos y paternales brazos de su misericordia, se digna obsequiarnos otra vez con el dulce título de *hijos*, y conviérte nuestros ojos á la montaña santa, donde la Gran Víctima pagó con su sangre pura la inmensa deuda de todas las generaciones. ¿Qué sucedió entónces, hermanos mios? Díganlo estos muros santos que nos rodean, testigos fieles de los gemidos, de los deseos ardientes de nuesrro corazon. La gracia bajó á nuestras almas, como el puro rocío de los cielos; y desde el pavimento augusto de este santuario se elevaron juntas hasta el trono de las misericordias nuestras lágrimas copiosas y nuestras plegarias humildes. Una piadosa confianza nos condujo á la piscina celestial; y hoi mismo, que nos reunimos aquí para instar de nuevo á nuestro Padre por el perdon de nuestras culpas, una voz dulcísima y penetrante, que sale de ese tabernáculo, nos dice á nosotros, como en otro tiempo á los apóstoles en la primera celebracion de la nueva pascua: "Límpios estáis, porque he hablado eficazmente á vuestro corazon:" *Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum nobis.*

Y qué, Dios mio, ¿puedo yo dar crédito á mis ojos en la ocasion presente? ¿me hallo en efecto restituido á la posesion carísima de vuestro amor infinito? ¿estoi otra vez cubierto con la egida omnipotente de vuestra gracia? ¿no es un último delirio de mi vanidad y de mi orgullo el creerme de nuevo incorporado en la sociedad predilecta que atrae aun hácia la tierra vuestras miradas tiernas y amorosas? ¡Oh prodigio inefable de bondad y misericordia!

Católicos, acabamos de hacer en este sitio respetable una posa en la carrera de la vida; mañana seguirémos nuestro camino para la eternidad. Mui pronto llegarémos al término comun; pero, ¿será para entrar en la tierra prometida? Hé aquí una cuestion la mas importante, por cierto, pero cuya solucion depende en gran parte de vosotros. ¿Habéis de conservar siempre el rico tesoro que Dios ha puesto en vuestras manos? pues alegráos en buena hora, y esperad tranquilos la tremenda cita de vuestro juez. ¿Le arrojaréis de nuevo, como una carga insoportable? pues temblad entónces, porque vuestra pérdida es infalible.

¿Y de qué servirán tantos desvelos y fatigas, tantos votos reiterados, tantas súplicas humildes, tan serios desengaños, si no hemos de salir de aquí á santificar el resto de nuestra vida? ¿Tendrémos tan poca fe, que hayamos de ver mui pronto marchitarse la flor de la esperanza? ¿Sacarémos de este lugar santo un nuevo y mas terrible cargo que agrave nuestra causa, y haga mas intensa nuestra pena en la eternidad? ¿Tomarán posesion otra vez de nuestras almas, recientemente purificadas con la Sangre preciosa de Jesucristo, los antiguos afectos y los hábitos malignos que tanto rubor nos causaron en la presencia soberana de nuestro buen Padre? ¿Siempre

favorecidos, siempre ingratos, y al fin réprobos? Hé aquí, católicos, las cuestiones que naturalmente fluyen de nuestro presente estado. ¿Qué asunto, pues, mas conforme á nuestros intereses eternos, mas digno de vuestras almas, puedo elegir hoi que la perseverancia cristiana? Ella es la piedra de toque en la vida espiritual, y la luz que debe servirnos para disipar la oscuridad de la tumba y columbrar desde acá nuestra futura é irrevocable suerte. Por esto Jesucristo, no satisfecho con anunciaros vuestra purificacion, os prescribe la perseverancia. *Manete in me, et ego in vobis.* Permitidme, pues, que siguiendo en todo su espíritu, os hable hoi sobre dos puntos de la mas alta importancia para el hombre: primero, la necesidad suma de la perseverancia; segundo, los medios eficaces de conseguirla.

Venid, Espíritu Santo, y obrad en todos los que al presente rodeamos vuestro seráfico trono, las grandes maravillas con que habéis preparado siempre las preciosas conquistas del amor divino. Purificad mis labios, y abrid á las inspiraciones de la palabra evangélica los corazones de las personas que me escuchan. ¡Oh María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros! AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Para probar, hermanos mios, cuán absoluta es la necesidad que tenemos de no abandonar ni un solo instante la Cruz de Jesucristo durante el curso de la vida mortal, no necesitamos por cierto de buscar estudiadas hipérboles, ni de pedir á la elocuencia su colorido y sus formas: basta saber, que la inconstancia en los caminos de la salvacion es el hecho importante que derrama toda la luz de la evidencia para explicar esas verdades terribles con que nos amenaza nuestra Madre la Iglesia cuando abre á nuestra vista las Santas Escrituras. El sepulcro es una urna misteriosa en que se revuelven, al parecer confundidos, los destinos de toda la especie humana. De aquí esa mezcla prodigiosa de temores y esperanzas que produce tan diversos y aun contrarios efectos en el carácter, en las ideas y en los sentimientos del hombre: de aquí las fuertes y terribles alarmas que el pensamiento de la muerte suscita hasta en el corazon de los justos: de aquí el empeño que tuvieron los paganos en embellecer la tumba, el conato loco de los impíos en atacar al cristianismo, y el afan de los pecadores en aturdirse para no reflexionar sériamente sobre el inevitable término de todas las grandezas humanas. Una

cosa, pues, hai que esperar, y otra que temer en nuestro advenimiento á la última morada: *la perseverancia final;* hé aquí el bien mas precioso que se puede desear: *la impenitencia final;* hé aquí el mas terrible y funesto accidente que se puede temer. Si se trata, pues, del soberano bien y del último mal, ¿cuál debe ser nuestra conducta? aproximarnos con avidez al primero, y alejarnos constantemente del segundo. ¿Cómo conseguir uno y otro? No hai mas que un solo medio, y es la *perseverancia cristiana:* he aquí mi pensamiento.

Hai en la mente divina un registro misterioso donde están indeleblemente escritos desde la eternidad los nombres de aquellos que han sido reservados en la predileccion del Altísimo para recibir sus promesas y disfrutar su gloria. ¿Podremos lisonjearnos todos, ó algunos de los que nos hallamos aquí, de pertenecer á tan dichoso número? Este es precisamente el secreto que Dios no ha querido revelar á ninguno de los que hacen su peregrinacion por este valle de lágrimas: ¡sabio y maravilloso arcano, que mantiene la vigilancia, y engendra con la humillacion las grandes virtudes que ilustran los fastos del cristianismo! Nadie pues afirmaria sin una criminal y osada presuncion, que pertenece á la grei escogida. Pero el Señor ha querido al mismo tiempo dejarnos conjeturar nuestra suerte y aproximarnos al convencimiento por las reglas infalibles de la fe; y esta certidumbre moral no puede levantarse, por cierto, sino sobre la sólida base de la perseverancia continua. "Sed fieles hasta la muerte, nos ha dicho por su evangelista San Juan, y os daré la corona de la vida." *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.* [1]

Hé aquí una formal y solemne promesa hecha por el Dueño absoluto de la gloria, y directamente encaminada á sostener y fundar las esperanzas de aquellas almas felices que perseveran en los caminos estrechos y difíciles de la virtud. Cada momento, cada hora, cada mes, cada año que contemos de observar fielmente la lei santa del Señor, son otros tantos grados de probabilidad que tenemos para esperar aquella última y preciosa perseverancia que realizará nuestra felicidad eterna.

Por otra parte, los dias que cuenta el hombre de perseverancia son incuestionablemente una suma gloriosa de triunfos graduales obtenidos sobre sí mismo, sobre el demonio y sobre el mundo. En la carrera de la perseverancia no se camina sino sobre trofeos, y por una brillante línea de victorias. El que lleva mucho tiempo de fidelidad al Señor, está ya mui experto en el arte de esta guerra, mas

1 Apoc., cap. II, v. 10.

difícil que la que sirve de teatro glorioso á los héroes del siglo, goza ya de una reputacion inmensa entre los enemigos que le combaten, los humilla y derrota con increible facilidad, y tiene tantas armas poderosas cuantos hábitos felices ha conseguido adquirir en el campo de los combates. No podria sin temeridad llamarse invencible, pero tampoco lo pretende; y nadie por lo mismo está mas léjos que él de esa confianza inexperta que precipita de ordinario á los incautos que no han luchado todavía con los embates furiosos de una deshecha tempestad. ¿Pero quién está mas fundado para esperar la última corona? él incuestionablemente, hermanos mios. En los combates del espíritu, el valor, la destreza y la seguridad crecen con los triunfos, mui de otra manera que en los encuentros de los hombres. El guerrero ya envejecido podrá retirarse á gozar de sus memorias; mas nunca precipitarse sin riesgo en el peligroso conflicto de las armas. ¡Cuántos motivos de consuelo no tiene pues el verdadero cristiano, que cuenta ya muchos años de ofrecer al Señor el humilde holocausto de sus virtudes y de su penitencia! Temblará siempre, no hai duda, cuando fije sus ojos en la perspectiva de la eternidad, y contemple la severidad de los juicios del Señor, porque sabe que nada nos aleja del buen camino tanto como la presuncion, y está mandado que obremos nuestra salud con temor y con temblor; pero, ¡con qué aliento, con qué tranquilidad y confianza invocará constantemente las misericordias de su buen Padre, y le pedirá su parte en la rica herencia que aseguró desde las cumbres del Calvario á las almas fieles y á la virtud sublime de la penitencia!

Apelad á la experiencia, consultad á la historia. Una y otra se adunan para confirmarnos á todos en la verdad y exactitud de este concepto. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, no ha experimentado alguna vez en los demás, y aun en sí mismo, la influencia irresistible de esta grande verdad? Preguntad á esa vírgen modesta la causa de tantas prendas felices que la grangean los miramientos debidos al pudor y á la virtud: preguntad á ese jóven recogido, que vive y crece entre las consideraciones de la sociedad y las bendiciones de Dios, el secreto de esa paz inalterable, de esa vehemente inclinacion al bien, la cual se revela hasta en el menor de sus procedimientos: preguntad á ese grave y prudente varon, que sigue sin esfuerzo el curso de sus relaciones domésticas y sociales, guardando la justicia en todo, al través de cuantos obstáculos le oponen sus enemigos, el *por qué* de ese maravilloso incremento de fuerza y de luz que se nota diariamente en el animado cuadro de su conducta: preguntad á ese anciano respetable, que ve

sin zozobra recogérsele de continuo el círculo de la existencia, y camina lentamente á la tumba precedido de la fe y seguido de la esperanza, el misterio de esa paz inefable que constituye sus delicias, dejando traslucir la imágen bella de la inmortalidad por entre los vestigios del tiempo y las señales venerables que anuncian la última época de la vida. ¡Ah! no encontraréis ni uno solo que señale y fije *la casualidad* como la causa ú orígen de tantos bienes. Todos os dirán que, habiendo sorprendido la imágen de la virtud entre los primeros albores de la vida, ó asídose de ella mediante la penitencia, no han querido perderla nunca de su vista y de sus brazos; que siempre la han contemplado y poseido; que todo lo han reputado por nada en comparacion de ella, y que ningun sacrificio les ha parecido costoso á trueque de conseguirla y conservarla. Ellos os hablarán de tentaciones y resistencias, de ataques y evasivas, de guerras y de triunfos: ellos os dirán cómo las dificultades han ido cediendo con la constancia, y cómo son mas esforzados y expeditos á medida que se muestran mas adictos á la virtud, mas enemigos del vicio, mas vigilantes y precavidos, mas recelosos de sí mismos, y mas confiados en Aquel que los conforta, como dice San Pablo.

¡Feliz mil veces, hermanos mios, el hombre que acertó á comprender el precio de la constancia desde los primeros dias de su penitencia! ¡Mas feliz aquel que, apoderándose de tan útil y santo conocimiento para el bien, no ha vacado ni solo un dia de la empeñosa tarea de su purificacion y santidad! Estas almas privilegiadas subsisten á la vista del mundo para dar un testimonio vivo y constante de la verdad que os predico. Bástales referir la historia de una vida pasada toda en luchas y vencimientos, para demostrar palmariamente que la constancia en el bien es un argumento de la perseverancia final, y por tanto, un signo moral y dulce de predestinacion.

Abrid, si no, hermanos mios, la historia de los santos: hallaréis en ellos, es verdad, una muchedumbre de diferencias, segun las virtudes que mas resplandezcan en cada uno, así como segun el grado mayor ó menor de elevacion á que hayan ascendido en esta mística escala de perfeccion y beatitud: pero siempre notaréis en todos una cosa que les es comun, conviene á saber: la constancia mas heróica en los caminos de la eterna salud. Advertid con cuidado el empeño, la solicitud, el celo, la vigilancia la oracion, la penitencia, los sacrificios, las austeridades, las humillaciones, y todo lo que piensan, hablan y practican en la carrera de su vida; notad esa delicadeza de conciencia, ese no interrumpido cuidado consigo mismos. No perdonan medio, no desprecian peligro, no se permiten tregua: miran cada uno de los dias que vienen como el principio de su carre-

ra: creen que no han hecho nada miéntras algo falte por hacer, y saben que mucho queda por hacer miéntras el hombre respira. Observad, por último, cómo cada uno crece en virtudes cuanto adelanta en años, cómo no pasa una fraccion del tiempo sin marcar un adelanto, hasta que llega ese dia en que, ligeros como la mariposa entre la cubierta de la carne, se lanzan al cielo sin volver atrás la vista, sin inquietud y sin zozobra.

Nada mas natural. Sabéis que nadie se mueve en ningun sentido sin una fuerza impulsiva; que al vicio nos impelen las pasiones desenfrenadas, y á la virtud el concierto de la naturaleza con la gracia. ¿Qué se infiere de aquí? Que si en los santos hai un continuo progreso, un ascenso no interrumpido por la escala que conduce á los cielos, es porque las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas de la gracia están siempre, no hai duda, en razon directa de nuestra constancia en los caminos de la salvacion.

Pero en fin, entrad en vosotros mismos, consultad bien á la historia de vuestro propio corazon: ¿no seréis vosotros, católicos, los testigos mas irrecusables de esta importante verdad! ¿Cuándo os habéis encontrado mejor? ¿Cuándo ha sido mas intenso en vosotros el sentimiento de vuestra fuerza para luchar con vuestros enemigos? Bien recordaréis que en aquellos períodos felices de solicitud y frecuencia, de recogimiento y vigilancia, teniais de vuestra parte recursos que fuéron desapareciendo á medida que se apoderaba de vosotros la inercia del espíritu. No habréis echado en olvido aquel disgusto habitual contra todo lo que pudiera frustrar los progresos de la virtud, aquel pundonor del carácter, aquella reserva del corazon, aquel gusto exquisito por todas las cosas santas, aquella impaciencia por adelantaros á la perfeccion, aquella rareza de vuestras cuidas, aquella presteza para levantaros, aquella desazon que se apoderaba de vosotros al disminuirse la caridad, y aquellas dulces y copiosas lágrimas de arrepentimiento y amor con que os dirigiais á la piscina sagrada, y volviais al retiro doméstico siempre que se tratuba de purificaros. Sí: vosotros sois los mejores testigos, y el sentimiento es mas fuerte que la razon para persuadir ciertas verdades.

Y qué, ¿no vendrá la fe á confirmaros en esta dulce esperanza? ¿Contáis, por ventura, con el único apoyo de vuestra pobre y limitada razon! ¡Ah! Dios, que todo lo recompensa, hasta la última lágrima que se desprende de nuestros ojos, abre sin medida los tesoros de su gracia, y la otorga siempre con exacta proporcion á los merecimientos de cada uno. Esta es una verdad en que nos asegura la fe. Con igual certidumbre debemos entender que la perseverancia

final es la perseverancia del albedrío en la sujecion á la lei, y la perseverancia de la gracia sosteniendo y dirigiendo hasta el fin el albedrío. ¡Qué de bellas y profundas instrucciones no nos ministran sobre esta importantísima verdad las Santas Escrituras! Al través de los mismos acontecimientos que solo afectan al parecer el órden de las cosas humanas, descubrimos el pensamiento de Dios: porque en los sucesos del antiguo pueblo todo es figurativo, como bien lo sabéis. Recordad, pues, algunos de los muchos ejemplos que dejaron á nuestra imitacion sus personajes ilustres, y veréis lo que importa para vuestras esperanzas la permanencia constante del corazon en los senderos de la virtud. José *persevera* en resistir las sugestiones deshonestas, y lleva juntas las coronas de la castidad y de la gloria: [1] Moises *persevera* en su rendida oracion al Dios de los ejércitos, y los ismelitas reportan la mas brillante victoria: [2] David combate y rinde á Goliat con su constancia imperturbable: [3] Joab insiste en el sitio de Rabbat, y toma á discrecion la ciudad enemiga: [4] Nehemias se sobrepone activo y perseverante á todos los obstáculos, y reconstruye los muros de Jerusalen. [5] ¿Qué es, hermanos mios, la vida de Job sino la mas sublime personificacion de la perseverancia? ¡Ah! todo nos predica esta virtud, todo nos muestra su excelsa primacía entre cuanto se dirige á realizar la felicidad.

Pero, ¿qué necesidad tengo de apelar á las personificaciones, símbolos y figuras, cuando Jesucristo Señor nuestro quiso ser tan explícito en este punto? Todo cuanto dijo á sus discípulos en la célebre Pascua es una exhortacion amorosa que les hace para que sean constantes en la práctica del bien. Todas sus promesas se refieren á la constancia: sus tesoros son para el que persevera. "El que permanece en mí, decia, ese da mucho fruto." [6] ¡Qué pensamiento, católicos, tan sublime y al mismo tiempo tan sencillo! "El que permanece en mí," es decir: el que sinceramente lo abandona todo por seguirme, el que no reconoce un bien comparable con el que produce mi compañía, el que no codicia otros tesoros que los mios, el que no busca otros goces que los de mi amor, el que no adopta otras máximas que mi Evangelio, ni sale jamas de mis preceptos, "ese dará muchos frutos;" esto es: frutos de sabiduría, de fortaleza, de bendicion y de imperecedera ventura, frutos en el tiempo, frutos para la eternidad." "Si permaneciereis en mí, si mis palabras se conservaren en vosotros, añade, pediréis cuanto quisiereis, y os será concedido." ¡Qué promesa! ¡pedir lo que queramos, con el derecho que nos da

1 Gen. cap. XXXIX, v. 10.— 2 Exodo XVII, 11, 12.— 3 Reg. XVII, 28, 33 y 51.— 4 II Reg. XII, 26.— 5 II Esdr. cap. IV.— 6 Joann. XV, 5.

para esperarlo la palabra omnipotente de todo un Dios! ¿Y por qué Jesucristo es tan amplio y magnífico en esta sublime promesa? porque en la constancia de los justos brilla la gloria del Dios sobre la tierra; porque en la perseverancia de los justos se perpetúan los frutos del Calvario y se sostienen las esperanzas de la nueva Jerusalen. "En esto es glorificado mi Padre, dice Jesus, en que deis muchos frutos, y en que seais hechos mis discípulos." [1]

De este modo, católicos, la constancia nuestra en los caminos de la salvacion será un argumento práctico de que vamos acercándonos á este bien supremo que consiste en la perseverancia final. ¿Qué mas se necesita para reunir nuestras fuerzas, dar un curso libre á nuestro dolor, y resolvernos definitivamente desde hoi á seguir con fidelidad la carrera de los santos? Pero si esto no basta, convertid á otra parte vuestra vista, y ved en la inconstancia el último grado de certidumbre que en el órden previsivo puede adquirirse, para concluir de ella el último y mas horrible de todos los males, *la impenitencia final.*

¡Verdad terrible y amarga, pero evidentemente comprobada, infalible, y por desgracia mui olvidada en el mundo; despreciada sin cesar, y hollada miserablemente con la conducta de la mayor parte de los hombres! Sin embargo, ¿qué cosa mas naturalmente inferida? ¿cuál tiene mayor número de apoyos? ¿dónde se puede hallar un concurso mas unánime de la razon, la experiencia y la fe? Para negar, católicos, que la impenitencia final es una consecuencia precisa de la inconstancia, nada ménos se necesita que renunciar á la razon, á la historia y á la Escritura Santa.

Basta, católicos, tener una idea de la naturaleza humana, para ver á toda luz, que la impenitencia final es casi siempre un resultado infalible de la inconstancia en los caminos de la salvacion. Cierto es que sin la divina gracia nada podemos hacer; pero tambien lo es que la gracia será estéril en nosotros, si no halla de nuestra parte esa cooperacion activa y eficaz que Dios ha prescrito como una condicion indispensable para nuestra perfeccion y felicidad. Bien sabéis, y aun es un proloquio vulgar, que el hábito es una segunda naturaleza, y por lo mismo, quien está dominado por el poder del hábito tiene contra sí todos los elementos de su misma naturaleza trasformada. ¿Veis esos horribles caractéres que nos alarman á la vista de los mayores crímenes? ¿Veis al bandido que se lanza intrépido sobre la propiedad y la vida, perturbando la marcha del caminante, é interrumpiendo el sueño del hombre pacífico? ¿Veis á

1 Joann. cap. XV, v. 8.

esos infelices, oprobio de la especie humana, que dándose á la exageracion de la bebida, resignando en el tosco deleite la inteligencia y el carácter, parecen figurar como una degeneracion de la especie racional? ¿Observáis esos desgraciados que no advierten el valor inestimable de la continencia y castidad sino cuando ya sus entrañas están corrompidas, y ellos encadenados en esa invencible atraccion que arrastra al hombre hácia el sepulcro? ¿Notáis esa impasible frialdad con que pasa por entre las miserias y las necesidades de la vida el avaro, idólatra de sus riquezas? ¿Reparáis en esa susceptibilidad indómita que ya no perdóna la injuria, ni excusa la fragilidad, ni resiste la menor contradiccion? pues no imaginéis, oh católicos, que tales caractéres se improvisan. Todos nacemos con la herencia del pecado original; pero nadie llega malvado á la vida: todos traemos sobre nuestras frentes los vestigios de la culpa; pero nadie viene con una hiel y un veneno propios á la existencia. No, vuelvo á decirlo: esos caractéres, que ya no cederian á otro poder sin un rarísimo é inaudito milagro, no se organizan instantáneamente: las inclinaciones los preparan, los actos los determinan, educan y sostienen, los hábitos los forman, llevándolos á su funesta plenitud. Por esto ha dicho el Sabio, que el niño seguirá su sendero, y si en el curso de su temprana vida llegare á extraviarse, vendrá por fin á sorprenderle el último periodo de la vejez en las antiguas encrucijadas del vicio. [1]

Nada mas natural. Sábese mui bien que nuestro carácter es una presa que se disputan desde mui temprano el espíritu y la carne; y que en este combate no triunfa sino el que permanece constante, el que persiste intransigible en los caminos del bien. ¿Por dónde ha comenzado ese hombre á quien la sociedad maldice como á un sér corrompido? Ha comenzado por pequeñas faltas, ha seguido con mayor frecuencia de transgresiones, ha terminado por arraigarse en sus hábitos. ¿Os asunta, os alarma verle cómo discurre, cómo habla, cómo se conduce en el curso de todas sus relaciones? ¿Os irrita su impiedad, os incomoda su descaro, os escandaliza su prostitucion? Pues es aquel mismo que os prendaba con su moderacion, os ganaba con su obediencia, os edificaba con su recogimiento, os enternecia con su piedad: es aquel mismo sobre quien formabais los mas bellos pronósticos á la vista de su cristiana educacion, del primitivo fervor de su juventud, del porte caballeroso y digno de su primera marcha. ¿Qué sucedió pues? Cedió á las primeras tentaciones; pero todavía la santa tristeza del arrepentimiento le levantaba: cayó

1 Prov. cap. XXII, v. 6.

en nuevas redes; pero todavía los antiguos instintos de su primitiva virtud le tenian inquieto. Entre tanto sus sentidos le agitan, sus inclinaciones le arrastran, sus placeres le tientan, sus amigos le seducen, sus antiguas fuerzas se debilitan, sus bellos recuerdos se oscurecen, los recursos de la educacion se menoscaban, los intereses de la piedad se pierden, la ciencia del espíritu se ofusca, la tierra se abalanza contra el cielo y el tiempo sobre la eternidad al anonadarse en el infeliz las ideas de muerte y del juicio. . . . Mas no desesperéis: todavía brillan algunas chispas en su alma; todavía la campana fúnebre de la noche perturba sus criminales vigilias; todavía la imágen de la virtud le arranca un suspiro: está corrompido, pero no desesperado: es criminal, pero no impenitente: anda en las juntas de los impíos; pero no se ha borrado de su alma la imágen del Señor. . . . Tal vez un desengaño, tal vez el abandono del mismo mundo cuando ya esté en la miseria, tal vez la consternacion de todo un pueblo en una calamidad pública, tal vez una enfermedad cruel que ya le orille al sepulcro. . . . ¡De hecho, católicos! los hijos de Dios se alegran viéndole de nuevo volver al redil; la edificacion de sus hermanos le rodea con sus estímulos; la caridad olvida sus extravíos, para contemplar su penitencia. Vedle: ¡qué recogido en el templo! ¡qué moderado en la sociedad! ¡qué solícito para reparar sus escándalos! ¡qué! . . . . Pero . . . . ¿á dónde voi? . . . . ¡Un nuevo cuadro! ¡un fondo nuevo para los sentimientos! ¡otro espectáculo para la desesperacion! . . . . ¡Desgraciado! Hélo otra vez en Babilonia: héle otra vez entre los enemigos de Dios: hêle otra vez en la miserable aldéa del tirano apacentando animales inmundos y envidiando sus bellotas. . . . Un paso más, y el infeliz desaparecerá de la escena de la vida, dejando á todos abismados entre las luces del tiempo y las sombras de la eternidad. . . . ¡Tal es el poder de los hábitos! ¡tan cierto así, que la impenitencia final es un resultado casi infalible de la inconstancia en los caminos de la salvacion.

Considerad, hermanos mios, toda la revolucion que los hábitos producen en el hombre, y os convenceréis fácilmente, sin apelar mas que á vuestra propia razon, de toda la verdad y exactitud de estos conceptos. A la formacion de un hábito concurre el alma con sus facultades y potencias, concurre el cuerpo con sus elementos y fuerzas, concurre todo nuestro sér. Acordáos, si no, de la escala que ha recorrido vuestra conducta, para la adquisicion de los hábitos. ¿Se trata de un hábito bueno? Ya veréis como ha sido preciso ir debilitando paulatinamente la influencia de los recuerdos, el artificio de los pensamientos, el prestigio de las imágenes, las vehementes inclinaciones de la voluntad, la prepotencia de las fuerzas físicas, la

excesiva libertad de los sentidos, y tantas necesidades facticias que el pecado habia introducido en vuestro corazon. ¿Se trata de los hábitos malos? Notad cómo, aunque á ellos se pasa por un declive, y al impulso de las inclinaciones corrompidas suele llegarse al término con suma facilidad, nunca se obran instantáneamente esas funestísimas trasformaciones: hai mayor celeridad; pero siempre se pasa por diversos grados. Bien es cierto que nuestra naturaleza contaminada todo lo encuentra fácil para perderse; pero no lo es ménos que, cuando la gracia la sostiene, ha menester de mucho para llegar á los últimos estragos de la derrota. Comparad, hermanos mios, la duracion, el carácter y la intensidad de las impresiones entre vuestras primeras y vuestras últimas caidas, y estremecéos á la vista del inminente riesgo que corréis para la eternidad, si alarmados hoi santamente, no os asís de la perseveracia continua, como de una áncora de salud.

En los primeros dias de vuestra carrera, cuando la inocencia tenia mui vivos aun sus vestigios, cuando las impresiones de la infancia daban á vuestro horror al mal todo el vigor de un instinto, cuando la educacion cristiana y el influjo de mil edificantes ejemplos os mantenian mejor dispuestos á la fidelidad que á la inconstancia; ¿qué no era preciso para caer? ¡Qué luchas! ¡qué resistencias! ¡qué mortal desazon! ¡qué de alarmas! ¡cuántas dudas y temores! ¿Cuánto tiempo discurrió sin que vuestra conciencia pudiera recoger todos los datos necesarios para convencerse de una culpa grave consumada con todos sus caractéres de mortalidad? Pero al fin, la desazon misma, la pereza, ciertos compromisos de sociedad, ciertas ligeras condescendencias acometieron á la empresa fatal. Comenzasteis por interrumpir vuestros ejercicios, continuasteis por cortar la frecuencia, seguisteis por distraer á otra parte vuestras ideas, y acabasteis por. . . . ¡me horrorizo al decirlo! . . . por descender, como el ángel soberbio, desde un trono de luz á los abismos del pecado! Sin embargo, el sentimiento de vuestra caida se anunció con estrépito: al golpe de la virtud viniendo á tierra se alarmó vuestra conciencia: vuestro entendimiento, vuestra voluntad, vuestro cuerpo, todo vuestro sér se estremecieron, como al caer una inmensa mole, el estruendo se difunde aterrorizando, y sacude, y hace bambolear todos los edificios, pareciendo querer arrastrarlos á todos á su ruina. Sí, hermanos mios: nadá fué sin duda comparable con el efecto sensible que causaban en vosotros vuestras primeras infidelidades! Aquel susto, aquella agitacion, aquel disgusto, aquella melancólica situacion, aquella pena indefinible: todo estaba revelando que vuestro enemigo no habia triunfado enteramente, que no duraria largo tiem-

po vuestra lastimosa esclavitud. De hecho: pronto corrian vuestras lágrimas, se conmovia vuestro corazon, se aligeraba vuestro cuerpo, y os levantabáis, como el Pródigo en busca del agraviado é inconsolable Padre, para volver á la gracia por el humilde sendero de la penitencia.

Permitidme ahora que os pregunte: ¿era este el estado de vuestros sentimientos en las últimas caidas? ¡Ah! despues dejaban apénas lo mui preciso para disgustar á la conciencia; pero la conciencia misma vivia ya en vosotros como un resorte laxado, como un sentimiento sin objeto, como una deidad sin luz, sin poder y sin prestigios. De este modo, católicos, todo va perdiendo con la repeticion de las caidas: las impresiones son fugitivas, los temores pasajeros, las esperanzas ineficaces, las lecturas infructuosas, los ejemplos estériles: entre tanto, la vida se adelanta con los años, y los actos se repiten, y la insensibilidad crece, y las pasiones se afirman, y los pecados se multiplican, y los hábitos se forman, y la gracia se extingue, y el sepulcro se abre, y la reprobacion se consuma. . . .

¡Gran Dios! ¿qué piensa el hombre, cuando con tal frenesí se precipita, y con tanta frialdad mira su ruina? ¡Ah, católicos! No seria necesario consultar sino solo á nuestra propia razon para confundirnos y estremecernos á la vista del porvenir que se espera á las almas inconstantes y tibias en los caminos de la eterna salud. Pero si aun queréis oráculos mas seguros, mas infalibles, atended: oid al mismo Dios, que os habla; registrad las páginas de ese libro eterno donde cada uno puede hallar los datos para resolver el misterioso problema de su futura suerte.

¿Quién puede pasar la vista por aquella parábola de la vid sin estremecerse de terror y de espanto? "El que no persevera en mí, dice Jesucristo por San Juan, será arrojado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y así seco le tomarán para echarle al fuego, y arderá."[1] ¿Cuál es, católicos, este sarmiento inútil, que ha de consumirse en su funesta separacion, sino esa alma inconstante que pasa la vida entre Babilonia y Sion, entre el Decálogo y los vicios, entre las tabernas de los pecadores y los tabernáculos divinos? ¿quién es, sino esa alma veleidosa que vive y muere alternativamente entre sus penitencias y recaidas?

"No os convirtáis á todo viento, dice el Eclesiástico, no andéis por cualquier camino."[2] ¿Y porqué, hermanos mios? porque no hai mas que un viento favorable, no hai mas que un camino de salud. Por esto el mismo ha creido hallar en el sol una imágen del

1 Joann. cap. XV, v. 6.— 2 Cap. V. v. 11.

sabio, miéntras compara al necio con la luna, que está mundándose frecuentemente.[1] Por esto merece para Jesucristo la burla del mismo mundo quien, habiendo comenzado á levantar un edificio, no pudo llevarle á su término,[2] y por esto el apóstol de las gentes ha caracterizado la predestinacion al decir: "Yo he sostenido la mejor contienda, y al terminar mi carrera, traigo íntegro el depósito de la fe, y he conducido la obra á su feliz consumacion: hé aquí porqué aguardo esa corona de justicia que el inmaculado y eterno juez tiene reservada, no solo para mí, sino para cuantos aman su venida,"[3] esto es, para cuantos han sabido prepararla con la inocencia ó la penitencia.

"El que habiendo empuñado la mansera, dice Jesucristo, vuelve atrás la vista, no es á propósito para el reino de los cielos."[4] Estudiad, ¡oh católicos! este pasaje; acercáos mas y mas con la meditacion á la profundidad de su sentido! ¿De qué se trata? de entrar al reino de los cielos: trátase del supremo bien, trátase nada ménos que de salvarse. Y para esto, ¿qué se requiere? aptitud. ¿Quién negará esta importante consecuencia? ¿Puede concebirse la consecucion de un objeto sin la indispensable aptitud? No. Luego el que no es apto para él no le conseguirá por cierto. Ahora bien, yo os pregunto: ¿quién es el apto? y Jesucristo mismo os responde, que el que ha llevado la obra á su feliz consumacion; y San Pablo os afirma, que el que sostiene su carrera de modo de reportar el premio.[5] Sí: esta feliz y eficaz disposicion ha de buscarse y reconocerse en esas almas cautelosas y consecuentes, que permanecen firmes é inexpugnales, que trabajan incesamente en la obra de Dios, íntimamente persuadidas de que su trabajo no quedará sin recompensa; en suma, que han perseverado fieles en la disciplina, como dice el mismo apóstol.[6] ¿Y quién es el inepto, quién es el que no ha de entrar por tal motivo en el reino de Dios? Oid á Jesucristo. "El que habiendo hechado mano al arado, vuelve atrás la vista, no es apto para el reino de los cielos."[7]

¡Con cuánta razon entraba el apóstol San Juan en una especie de alarma con solo figurarse que sus discípulos, aquellos á quienes estaba edificando é instruyendo, aquellos cuya suerte futura le agitaba sin cesar, cayesen en la tibieza, y comenzando por leves transgresiones, acabasen por perder en un solo momento su gracia, su fuerza, sus méritos y su galardon! "Cuidado, hermanos mios, decia,

1 Eccl. cap. XXVII, v. 12.—2 Luc. cap. XIV, v. 30.—3 II Tim. cap. IV, v. 7. 4 Luc. cap. IX, v. 62.— 5 I Cor. cap. IX, v. 24.— 6 Ad. Hebr. cap. XII, v. 7. 7 Luc. cap. IX, v. 62.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no vayais á perder el precioso fruto de vuestras obras; sino ántes bien, mantenéos constantes en la vigilia, para que, llegado el dia, recibáis por último con el reino de Dios la suprema y única recompensa de las virtudes:" *Videte vosmetipsos, ne perdatis quæ operati estis; sed ut mercedem plenam accipiatis.* [1]

¿Qué mas os diré católicos? Escuchad otra vez al apóstol San Pablo. "Los que una vez fuéron iluminados, y gustaron el don del cielo, y fuéron hechos participantes del Espíritu Santo..... si despues de esto han caido, es imposible, dice, que sean renovados otra vez á penitencia; pues crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos, y le exponen al escarnio. *Impossibile est eos qui semel sunt illuminati, et gustaverunt donum cœleste, et participes Spiritus sancti fuerunt, et prolapsi sunt, rursus renovari ad pœnitentiam: rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes.* [2]

Hé aquí, católicos, una sentencia mui terrible, una sentencia que bien meditada bastaria para hacernos santos, una sentencia que despierta con viveza todos los temores y produce aquellas alarmas que mas de una vez han poblado los yermos de ilustres penitentes. ¿Qué dice aquí el apóstol San Pablo? ¿Qué género de imposibilidad es ésta que inflamó su celo al exhortar á los Hebréos para que perseverasen? ¿Quiénes son éstos que, una vez iluminados, favorecidos con el don celestial y partícipes del Espíritu Santo, no pueden ya, desde que han tenido la desgracia de caer, renovarse con la penitencia? Líbreme Dios, católicos, de incurrir aquí en esas exageraciones del celo que parecen arrancar la esperanza del corazon, y hundir en la nada los nobles atributos de la misericordia divina. No os diré que se trata de un imposible absoluto para los reincidentes en órden al Sacramento de la Penitencia; no os diré que esta imposilidad, si se ha de considerar en aquel sentido, hable de otra cosa que del Bautismo; no os diré que la gracia sabe acomodarse á la naturaleza para desarrollar su poder sobre el corazon humano. Léjos de mí las exaraciones, las figuras, todo artificioso aparato: intento moveros para convertiros, y no aterrorizaos para perderos. No temo explicaros este sagrado texto, y aplicarósle únicamente en la parte mas obvia, natural é incontestablemente admitida. De dos modos ha sido considerada por los Padres é intérpretes sagrados esta especie de imposible; pero segun el que se prefiera, así es la aplicacion que recibe. Entiéndenla unos en un sentido absoluto, y en este caso el Apóstol habla de la imposibilidad de volver á la gracia, mediante un segundo Bautismo; y esto es claro, pues este santo Sacramento no

1 II Joann. cap. IV, v. 8.— 2 Ad. Hebr. cap. VI, vv. 4. et 6.

se recibe sino una sola vez en la vida. Entiéndenla otros en un sentido relativo: creen que se trata de un imposible moral, de una dificultad suma, de uno de aquellos inconvenientes que solamente una gracia extraordinarísima es capaz de destruir; y en este caso la extienden á la penitencia sacramental, bien que con aquellas diferencias que en sí presentan por una parte las especies de los pecados, y por otra el grado de corrupcion de la naturaleza humana.

Permitidme pues, católicos, que llamando el sagrado texto á este último sentido, me sirva de él como de un criterio seguro para valorizar exactamente la esperanza de ciertas almas inconstantes y versátiles para quienes la penitencia sacramental y la misericordia divina son un grato beleño que las calma entre tantas vicisitudes y alternativas como se presentan en el curso de su vida espiritual.

Verdad es que los caminos de la gracia, siempre análogos al carácter divino que ella tiene, no se dejan asir de nuestros sentidos, y á veces aun parecen sustraerse á las miradas de nuestra limitada razon; pero no lo es ménos que sus efectos, modificando nuestra naturaleza, pueden servirnos como un dato cuando se trata de calificar nuestro porvenir en sus relaciones misteriosas con la eternidad.

¿Cuáles son los efectos sensibles de la gracia que nos regenera en Jesucristo por la penitencia? Muchos en verdad; pero yo quiero señalaros aquí tres de ellos, análogos en todo á los que sirven de pauta, digámoslo así, al celo del Apóstol, para pintar la condicion de aquellos que por su inconstancia deben mirar su justificacion como una especie de imposible: primero, la luz de los desengaños; segundo, las felices emociones de la penitencia; tercero, los goces de la virtud. Hé aquí un triple poder con que la gracia remueve, agita, despierta y trasforma del todo á los que, bien hallados en los caminos del vicio, yacen en las tinieblas de las pasiones y duermen sin zozobra en los bordes del abismo. Obrase en ellos el gran sacudimiento: su inteligencia se abre en una region desconocida: una luz misteriosa y nueva les manifiesta su propio rango, disipa sus ilusiones y previene su voluntad: un paso más, y ésta, ya conmovida, se agita en un sentido absolutamente contrario del que le era habitual: se turba, vacila, tiembla, cambia de objetos en sus aspiraciones y repugnancias: retrocede á los antiguos olvidados dias, y vuelve, por fin, á incorporarse mediante la penitencia en el número de los que temen, de los que esperan, de los que desean y de los que aman al Señor. Desde este feliz momento dias mas puros y serenos empiezan á señalar el curso de su existencia. Su entendimiento ha recibido un aumento de luz que ántes no conocia: preséntansele bajo un aspecto maravilloso los dogmas sublimes del cristianismo, las

máximas augustas de la moral: posee ya la ciencia de los santos; se sorprende él mismo con el tino y acierto que distingue sus consejos; halla en el fondo de su corazon una insaciable sed que le agita en busca de los merecimientos y los goces del espíritu: cada dia siente mas y mas la dulce precision de amar y al mismo tiempo de temer. ¿Qué sucede entónces? Reconoce y admira en este conjunto de gracias los dones y los frutos que anuncian la participacion del Espíritu Santo; y siempre feliz en su grata mudanza, parece decirle á Dios como el Príncipe de los apóstoles á Jesucristo en las cumbres del Tabor: "Bueno es permanecer aquí." *Bonum est nos hîc esse.* [1]

Ved aquí, católicos, todas las maravillas que se obran en un pecador verdaderamente arrepentido; ved aquí esa prodigiosa economía de procedimientos con que la gracia produce la trasformacion de la alma; ved aquí un bosquejo de la conversion. Esta grande obra nos muestra en la gracia su artífice divino; pero tambien pone de bulto en la naturaleza sus prodigiosos efectos. Examinad atentamente todos esos cambios inauditos que se obran aun en el mismo órden de la naturaleza: esas luces nuevas, esos sentimientos nuevos, esos goces nuevos, inauditos, y ya sorprenderéis el secreto de esas metamórfosis divinas que han hecho de un perseguidor un apóstol en la persona de Pablo, de una criatura divagada una alma contemplativa en María Magdalena, de un heresiarca un doctor de la Iglesia en el santo Obispo de Hipona; que han trasladado de las calles y plazas públicas de Babilonia, por las soledades de la penitencia y los áridos desiertos, hasta los altares del Santuario á las Egipciacas y Margaritas de Cortona: veréis, repito, el *cómo* y el *por qué* de la verdadera conversion.

En efecto, católicos: la antorcha del desengaño nunca interrumpe vanamente las tinieblas del pecador: el alma nunca recibe sin fruto las primeras y mas deliciosas emociones de la caridad; ni los Dones del Espíritu Santo dejan estéril el prado por donde corren. Fácil os es en vista de esto profetizar la suerte de esas almas felices que han sido alumbradas por aquella luz, movidas por aquellos sentimientos y enriquecidas por aquellos Dones.

Pero, si el enemigo comun, redoblando sus ataques y sorprendiendo el sueño de la tibieza, sacude y postra el árbol corpulento, y le arrastra para incorporarle de nuevo en sus dominios; si el pecado mortal, rompiendo las mal cerradas puertas del espíritu, vuelve por fin á su antiguo albergue, ¿qué sucederá? No os lo diré yo, sino el mismo Jesucristo. Acordáos de sus palabras, cuando salvó al endemoniado, sobre el peligro que corria si no se conservaba bien. Cuando el espíritu maligno ha salido expulso de una alma que poseia, léjos de perder la esperanza, va como en busca de refuerzo para nuevos combates, en solicitud de otros siete espíritus, y los convoca, y los reune, y vuelve con ellos, y ataca, y sitia, y acecha, y espia, y lidia, y seduce, y promete, y atrae, y ofusca, y fascina, y ciega, é invade, y rompe, y entra con sus nuevas legiones á ocupar con ellas la morada que ántes habitaba solo: y ¿entónces? "el último estado de aquel infeliz, dice Jesucristo, es peor mil veces que el primero." [1] ¡Qué sentencia, hermanos mios! ¡qué amenaza tan terrible y tan olvidada! Mas ya que por un efecto de la bondad de Dios estáis dispuestos á escuchar y meditar su palabra, sondead, si os es posible, toda la profundidad de esta sentencia: pero si la justa consideracion de vuestras propias tinieblas os hace apelar á otra luz para comprender este lenguaje de Jesucristo, volved al doctor sublime, al insigne comentador del Evangelio, al mismo San Pablo, y él os responderá que el estado de aquel infeliz es peor que el primero, porque "es *moralmente* imposible que se renueven otra vez por la penitencia los que han tenido la desgracia de volver á caer, despues de haber sido iluminados, despues de haber saboreado el don de los cielos, despues de haber sido participantes del Espíritu Santo."

De hecho, católicos, ¿qué recurso eficaz queda para la conversion á los infelices reincidentes? Yo le busco, y en verdad no le encuentro. ¿Acaso los desengaños? no, porque es imposible que tenga desengaños el que ya está desengañado; y el infeliz reincidente todo lo conoce, todo lo comprende, todo lo sabe. ¿Acaso el delicioso gusto de los dones del cielo? tampoco: raras veces se gusta de nuevo con placer lo que se ha dejado con hastío; y el reincidente no recibirá el mismo sabor que en otro tiempo del maná dulcísimo que le habia regalado, cuando le tome despues de repelido con fastidio muchas veces, y tal vez como los israelitas en el desierto, sentirá los efectos de la muerte al comer el fruto de la vida. ¿Acaso los Dones misteriosos del Espíritu Santo, que ántes le habian hecho tan amable la penitencia? ménos: estos Dones parten de un hecho cuya imposibilidad moral acabamos de reconocer: ellos vienen en seguida de los sentimientos del cielo, y de los santos desengaños y disgustos de la tierra.

Hé aquí por qué, á medida que el alma va recayendo en el pecado, sus luces se opacan, sus resortes morales se enervan, sus sentimientos se debilitan; hace una especie de transaccion imperceptible entre el espíritu, que la llama á la virtud, y la carne, que

1 Math., cap. XVII, v. 4.

1 Math., cap. XII, v. 45.

la impele al pecado: ¡cálculo hipotético, fatal, en que todo parece dejarse al curso natural de las cosas, como si la gracia no tuviera medida, ni la naturaleza pudiera gastarse, como si la justicia fuera rival y no hermana de la misericordia, como si todo fuese para el pecado y nada para la gracia, todo para el hombre y nada para Dios, y como si fuera posible que, al cabo de mil y mil vicisitudes, los elementos de la virtud estuvieran en igual prepotencia que cuando empezaban á desarrollarse con tanta magestad mediante la aparicion de aquellos desengaños, de aquellas castas delicias, de aquellos tesoros de consejo, de sabiduría, de entendimiento, de fortaleza y de piedad, en el dia venturoso de su primera conversion!

No, católicos, no os engañéis: el mayor de todos los males, la mas terrible de todas las situaciones, el mas infeliz de todos los estados, la condicion mas desastrosa, la crísis mas tremenda, el pecado de los pecados, que no puede borrarse sino solo por el milagro de los milagros, pues parece resistir á todos los remedios, no es la soberbia: por ella se perdió el Paraíso, pero Jesucristo destruyó sus efectos, humillándose hasta tomar nuestra naturaleza: no es la avaricia; Matéo el publicano dejó el telonio, bastándole solo no volver á él para ser un apóstol, y el rico Zaquéo vió entrar la salud á su casa desde que ofreció restituir al cuádruplo lo que injustamente habia ganado, y aliviar con la limosna la condicion de la humanidad afligida: no es la impureza; David se arrepintió bañando con sus lágrimas de penitencia los nombres de Urías y Betzabé, que le recordaban su pecado: no es la ira; Pedro se sometió á todas las pruebas que podian ponerse á la mansedumbre, despues de haber sacado el acero para castigar la insolencia del fariséo, é Ignácio de Loyola sufria las burlas de los niños, despues de haber escarmentado en rudos encuentros á los enemigos de su patria y de su rei: no es, por último, ninguno de esos monstruos que figuran al frente de todas las producciones de la iniquidad; sino la inconstancia en los caminos de la salvacion, á la cual siguen como compañeras, la indiferencia, la tibieza, la vana confianza, la insensibilidad á las inspiraciones de Dios. Este es el peor de los estados, porque el hombre colocado en él, semejante á una máquina gastada, ya no tiene en sí ningun principio de accion, ya no se mueve sino durante el rato imperceptible que el artífice maneja su economía; es decir, para hablar sin figuras: no se mueve, sino de una manera casi mecánica, siempre débil y nunca permanente, al recibir un golpe inesperado, al ver abrirse un sepulcro, al pasar de aquellas vislumbres que suelen herir de vez en cuando hasta los mismos ojos del impío. Estas almas desgraciadas, despues de haber perdido sus tesoros, pierden sus sentimientos: la conversion para ellas no tiene estímulos, ni la piedad encantos, y la misma virtud no les presenta ya ni aun ilusiones.

¿Puede imaginarse un estado mas deplorable? Pues bien, hermanos mios: no lleguéis á él jamas; y si os vais acercando, alarmáos, por Dios; retroceded; asíos con toda fuerza de la última tabla para no perecer, abandonados de todas vuestras fuerzas, en esa especie de borrasca que tiene escollos para la naturaleza y los tiene tambien para la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Apurando todos los medios para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.

SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de haceros han llamado con fuerza, hermanos mios, vuestro espíritu y vuestra razon hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana, si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposicion mas feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de conviccion íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos mios, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; queredlo, queredlo bien, queredlo con solicitud, queredlo con vehemencia, queredlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos mas bien formados; queredlo con una preferencia sobre todas las cosas, queredlo con decision, queredlo sin la idea de transigir, queredlo sin el influjo de los respetos humanos, queredlo sin esos medios términos donde mas frecuentemente naufraga la virtud; queredlo contra el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la impele al pecado: ¡cálculo hipotético, fatal, en que todo parece dejarse al curso natural de las cosas, como si la gracia no tuviera medida, ni la naturaleza pudiera gastarse, como si la justicia fuera rival y no hermana de la misericordia, como si todo fuese para el pecado y nada para la gracia, todo para el hombre y nada para Dios, y como si fuera posible que, al cabo de mil y mil vicisitudes, los elementos de la virtud estuvieran en igual prepotencia que cuando empezaban á desarrollarse con tanta magestad mediante la aparicion de aquellos desengaños, de aquellas castas delicias, de aquellos tesoros de consejo, de sabiduría, de entendimiento, de fortaleza y de piedad, en el dia venturoso de su primera conversion!

No, católicos, no os engañéis: el mayor de todos los males, la mas terrible de todas las situaciones, el mas infeliz de todos los estados, la condicion mas desastrosa, la crísis mas tremenda, el pecado de los pecados, que no puede borrarse sino solo por el milagro de los milagros, pues parece resistir á todos los remedios, no es la soberbia: por ella se perdió el Paraíso, pero Jesucristo destruyó sus efectos, humillándose hasta tomar nuestra naturaleza: no es la avaricia; Matéo el publicano dejó el telonio, bastándole solo no volver á él para ser un apóstol, y el rico Zaquéo vió entrar la salud á su casa desde que ofreció restituir al cuádruplo lo que injustamente habia ganado, y aliviar con la limosna la condicion de la humanidad afligida: no es la impureza; David se arrepintió bañando con sus lágrimas de penitencia los nombres de Urías y Betzabé, que le recordaban su pecado: no es la ira; Pedro se sometió á todas las pruebas que podian ponerse á la mansedumbre, despues de haber sacado el acero para castigar la insolencia del fariséo, é Ignácio de Loyola sufria las burlas de los niños, despues de haber escarmentado en rudos encuentros á los enemigos de su patria y de su rei: no es, por último, ninguno de esos monstruos que figuran al frente de todas las producciones de la iniquidad; sino la inconstancia en los caminos de la salvacion, á la cual siguen como compañeras, la indiferencia, la tibieza, la vana confianza, la insensibilidad á las inspiraciones de Dios. Este es el peor de los estados, porque el hombre colocado en él, semejante á una máquina gastada, ya no tiene en sí ningun principio de accion, ya no se mueve sino durante el rato imperceptible que el artífice maneja su economía; es decir, para hablar sin figuras: no se mueve, sino de una manera casi mecánica, siempre débil y nunca permanente, al recibir un golpe inesperado, al ver abrirse un sepulcro, al pasar de aquellas vislumbres que suelen herir de vez en cuando hasta los mismos ojos del impío. Estas almas desgraciadas, despues de haber perdido sus tesoros, pierden sus sentimientos: la conversion para ellas no tiene estímulos, ni la piedad encantos, y la misma virtud no les presenta ya ni aun ilusiones.

¿Puede imaginarse un estado mas deplorable? Pues bien, hermanos mios: no lleguéis á él jamas; y si os vais acercando, alarmáos, por Dios; retroceded; asíos con toda fuerza de la última tabla para no perecer, abandonados de todas vuestras fuerzas, en esa especie de borrasca que tiene escollos para la naturaleza y los tiene tambien para la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Apurando todos los medios para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.

SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de haceros han llamado con fuerza, hermanos mios, vuestro espíritu y vuestra razon hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana, si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposicion mas feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de conviccion íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos mios, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; queredlo, queredlo bien, queredlo con solicitud, queredlo con vehemencia, queredlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos mas bien formados; queredlo con una preferencia sobre todas las cosas, queredlo con decision, queredlo sin la idea de transigir, queredlo sin el influjo de los respetos humanos, queredlo sin esos medios términos donde mas frecuentemente naufraga la virtud; queredlo contra el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tra todo lo que no es Dios, y lucha para apartarnos del bien. ¿Queréis perseverar? Queredlo de veras, y todo está hecho.

¡Pero qué! ¿tal es el poder de la voluntad humana, que un solo *fiat* articulado con el acento de la firmeza y de una resolucion incontrastable basta para obrar el gran prodigio de la santidad sobre el venturoso aniquilamiento del hombre viejo? Sí, católicos; sí otra vez; sí, os lo repetiré constantemente: tal es el poder de la voluntad humana, si bien un poder que le viene por comunicacion y no por naturaleza, un poder que Dios engendra cuando ella se decide, un poder de los que mejor caracterizan la presencia de la gracia, cuyos efectos, como bien sabido lo tenéis, consisten precisamente en el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. Sí, ¡Dios mio! sin Vos nada puedo y nada quiero en la línea del bien; pero con Vos todo lo quiero, todo lo puedo: porque habiéndome criado para Vos, habéis divinizado en cierto modo mis facultades todas cuando se dirigen á Vos como á su centro!

A este medio, el mas capital, el primero en el órden de cuantos nos acercan á Dios por el ejercicio de la perseverancia, se refieren, hermanos mios, todos los otros, como á un principio todas sus verdades subalternas y todas sus consecuencias legítimas. ¿Por qué? porque una voluntad así resuelta coloca el poder moral sobre una altura inmensa, y á la par domina sobre lo pasado, lo presente y el porvenir. Vive el hombre en lo pasado con sus recuerdos, habita en lo presente con sus sentimientos y sus obras, recorre el porvenir con sus previsiones, sus deseos y sus esperanzas. ¿De qué se trata? de asegurar la felicidad eterna. ¿Cómo asegurarla? purificando lo pasado por medio de una contricion verdadera, santificando lo presente por medio de una mudanza absoluta, asegurando el porvenir por medio de una consecuencia inalterable en el bien obrar. Detenéos un poco: considerad bien una voluntad resuelta. ¿Se ha resuelto en contrario sentido? ella pues nace del arrepentimiento: Este arrepentimiento es verdadero? la voluntad retira por lo mismo cuanto puede ser ocasion próxima ó remota de producir este sentimiento. Y entónces, ¿qué prevee? derrotas ó triunfos: ¿qué desea? no ser jamas vencida: ¿qué aguarda? conquistar por este medio la eterna ventura de los escogidos.

Estas reflexiones sencillas, á la par que verdaderas y sólidas, podrian ¡oh católicos! derramar sobre vosotros alguna luz para estudiar con provecho dos fenómenos mui notables en la vida cristiana. Cuantos han sido pecadores, resuscitan á la vida de la gracia por medio de la penitencia, y esto tienen de comun todos los que se acercan á la piscina santa para volver á Jesucristo; pero entre estos

hai unos que realmente se trasforman, y siguen el inalterable curso de una vida penitente y fervorosa, y otros hai que andan por una carrera de confesiones y reincidencias, de resurrecciones y de muertes. San Pablo desde que dejó de ser perseguidor, no vacó un solo instante del apostolado, Matéo no volvió jamas á la negociacion, ni Magdalena convertida quiso apartarse de los piés de Jesucristo. Otros al contrario se convierten para pervertirse á poco, y cual si fueran árbitros de la gracia, se pervierten para convertirse otra vez: lloran, es verdad, mas para reir en seguida; deploran el destierro, pero no discurre mucho tiempo sin que abandonen de nuevo su patria. Antioco llora, Saul llora; pero Antioco y Saul persisten en sus pecados: sus lágrimas son estériles y reprobadas, porque no crian una virtud, no son el signo de una conversion verdadera, no desarman el brazo de la justicia eterna, levantado para herir al alma impenitente.

¿Qué es pues necesario, para perseverar? que no se interrumpa jamas el concierto de la naturaleza con la gracia en la marcha de la conducta. ¿Cómo asegurar este concierto? Ya lo habéis oido, hermanos mios: con una voluntad firme, resuelta y decidida. ¿Queréis una nueva prueba de esta verdad? Dirigid una mirada sobre lo pasado; recordad la deplorable historia de vuestros extravíos, aquella desigual y penosa lucha entre el espíritu siempre pronto, y la carne siempre enferma, en que la inercia triunfaba de la actividad, la carne del espíritu, las pasiones de la razon, los sentidos de la inteligencia, aquella lucha tan tenaz como humillante para la mas noble parte de vuestro sér: observad como no habria sido tal el resultado de la contienda, si hubieseis sostenido el combate de otra suerte; pero habiendo abandonado vuestra voluntad al simple recurso de sus buenos instintos, quedó siempre envuelta en las borrascosas olealas de los sentimientos y de las pasiones, y su debilidad y vacilacion interrumpieron la concordia entre la naturaleza y la gracia.

Tiene el hombre en su interior un tribunal que falla constantemente en favor de la virtud todas las cuestiones de la conducta; pero siente al mismo tiempo vehementes y constantes impulsos que, sacándole de sí mismo, le arrastran á la depravacion por entre las sendas floridas del placer. "Yo tengo en mis miembros, decia el apóstol San Pablo, una lei que repugna y contradice á la lei del espíritu." Este me llama siempre á la virtud y á la santidad, me impele á la abnegacion y al sacrificio, me adhiere á la fiel observancia de la lei sacrosanta del Señor, miéntras aquella me arrastra tiránicamente de continuo por las vias de la iniquidad á los abismos de la muerte. Me deleito, me recreo en la lei del Señor segun

el espíritu, segun el hombre interior; pero ¡ay! veo al mismo tiempo otra ley en mis miembros que, contradiciendo á la voz de mi voluntad bien ilustrada, me reduce á la infamante y penosa tiranía del pecado que habita en mis miembros! ¡Infeliz de mí! ¡quién me librará del cuerpo de esta muerte?" ¡quién me desatará las cadenas que pesan sobre mi corazon?

Católicos, hé aquí el grande obstáculo, el inconveniente único que tiene la perseverancia, estos dos rivales que abrigamos en nosotros mismos, esta no interrumpida contienda, donde se hallan contenidos todos los riesgos inminentes que corre la virtud y todos los derechos sacrosantos que forman el merecimiento y nacen de la victoria. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los que viven, ha dejado de experimentar el poder tiránico de esta ley de la carne, al tiempo mismo que se siente arrebatado por las mas dulces aspiraciones al impulso del amor divino? ¿Quién no conoce estas crísis de la inocencia, estos escollos de la virtud, esa copa dorada donde el enemigo nos suministra la muerte? ¡Infelices pues de nosotros! dirémos aquí con el atribulado Apóstol: ¿quien nos librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién católicos? "la gracia de Dios, por Jesucristo Señor nuestro," se responde él mismo San Pablo.[1] Con la gracia de Dios lo podemos todo, y el que sinceramente quiera estarle adicto, conocerá por experiencia propia esta especie de omnipotencia de que la gracia nos reviste, y podrá decir á su turno, como este maestro incomparable: "Debo á la gracia lo que soi, á esa gracia que todo lo realiza para el bien y que mora en mí constantemente."[2] En efecto, hermanos mios: ¿qué basta para perseverar? poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. ¿Quién produce estos bienes inapreciables? ya lo sabéis desde vuestra infancia cristiana: la gracia los produce. ¿Dónde está pues el secreto de la perseverancia? en la permanencia de la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Recordad lo que dijo Jesucristo á sus apostoles: "Velad y orad para que no caigáis en la tentacion." La oracion y la vigilancia cristiana: hé aquí todo. No somos nosotros los autores de la gracia, ni Dios la concede por un deber de justicia, sino por un movimiento espontáneo de su bondad. Es pues necesario mover esa bondad en favor nuestro, y esto se hace por medio de la oracion. La gracia tiene una institucion en la tierra especialmente consagrada á su distribucion; esta institucion es la Iglesia: tiene tambien órganos y conductos fijos por donde se comunica y distribuye, y estos son los sacramentos, donde la oracion tiene su cumplimiento y

1 Rom. cap. VII, vv. 23, 24 y 25.— 2 I Cor. cap. XV, v. 10.

la gracia su feliz aplicacion á nosotros. Mas ya recibida, ya poseida, corre un riesgo, católicos y un riesgo inminente, el de ir en disminucion hasta llegar á extinguirse. No basta pues alcanzarla y recibirla; es además necesario radicarla en el corazon, como una planta fecunda que se desarrolla y fructifica mediante un esmerado cultivo. Hé aquí porqué nuestro manual catecismo establece, como tres requisitos indispensables para alcanzar y hacer crecer la gracia, la oracion, los sacramentos y el ejercicio de las virtudes. La primera es el movimiento del alma hácia Dios, los segundos representan su liberalidad infinita, y el tercero la no interrumpida concordia entre una naturaleza siempre activa y despierta, y la gracia siempre pronta y fecunda. ¿Qué es lo primero? oracion dirigida. ¿Qué es lo segundo? oracion escuchada. ¿Qué es lo tercero? vigilancia continua. Hé aquí porqué Jesucristo Señor Nuestro redujo á la oracion y á la vigilancia cristiana los medios eficaces de la perseverancia final: *vigilate et orate, ut non intretis in tentationem*[1] y del modo mas terminante cifró en ésta el cálculo moral ó infalible de la predestinacion: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.*[2] Puede asegurarse, pues, que la recaida en el pecado es un efecto del sueño del espíritu y del silencio del corazon. El que medita con la inteligencia y con la voluntad las verdades eternas no puede ser nunca la presa de la indiferencia; pues aunque habitante del tiempo, vive con su alma en la eternidad, y por lo mismo mantiene siempre la lámpara encendida en la presencia de Dios. "Traed sin cesar á la memoria vuestras postrimerías, dice el Espíritu Santo, y no pecaréis nunca:"[3] Velad y orad, dice Jesucristo, y no caeréis en la tentacion. "Ruega al Señor, y el te escuchará, decia Job."[4] "Invócame, dijo el Señor á David, y yo te libraré de los peligros.[5] Pedid lo que queráis, dice el mismo Jesucristo por San Juan,[6] y se os dará todo."

No acabaria yo nunca, si pretendiese atesorar aquí todas las autoridades que vienen á compobrar la eficacia de la oracion para la perseverancia. Las mas bellas inspiraciones del Profeta-Rei son otros tantos cánticos gratulatorios de oraciones atendidas, de votos felizmente coronados. La fuerza, el poder, la resignacion, la constancia y todos los privilegios, dotes y virtudes que admiramos en el libro de los *Hechos apostólicos*, son otros tantos efectos de la oracion: él es una historia en que la suma de lo concedido es igual y aun superior á la de los votos dirigidos al cielo. Viniendo á la historia

1 Matth. cap. XXVI, v. 41.— 2 Matth. cap. X, v. 22.— 3 Eccli. cap. VII, v. 40 4 XXII, 27.—5 Ps. XLIX, v. 27.—6 Joann., cap. XV, v. 7.

de la Iglesia, podriamos decir que ese vasto conjunto de virtudes y de grandezas, ese pasmo de sabiduría que resplandece en los doctores, de fortaleza que los confesores hacen admirar, de limpieza y castidad que ha rodeado de respetos á las vírgenes, de resignacion, de paciencia y de constancia que sostuvo á los mártires en medio de los mas crueles tormentos, &c. &c., son las consecuencias precisas de una oracion bien dirigida; y por tanto, la eficacia de la oracion brilla lo mismo en la doctrina que nos anuncia la disposicion del Señor para escucharla, y en la historia que nos muestra los efectos constantes que ha producido ella en todos los siglos.

Mas ¿por qué causa, hermanos mios, viene á herirnos á cada paso á los ministros del Señor ese no interrumpido clamoréo de los que oran en vano? porque se falta de ordinario á las condiciones de la oracion. ¿Cuáles son éstas? pedir lo que se debe, y pedirlo como se debe. Las cosas puramente temporales, complicadas misteriosamente, digámoslo así, en los vastísimos é inaccesibles planes de la Providencia Divina, que sin tocar la libertad humana, sin herir el bien moral, encadena soberanamente el activo sistema de las causas segundas, se nos otorgarán ó no; mas los bienes del espíritu vendrán siempre, no lo dudéis; porque siempre son necesarios, siempre son inseparables de la virtud, y nunca dejan de conducir á nuestra justificacion. Diríjanse á ellos nuestros votos en el órden de nuestros intereses eternos, y estos votos serán plenamente cumplidos, porque escrito está: "Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; tocad, y se os abrirá la puerta."

Sin embargo, acabo de anunciaros ya los caractéres de la oracion. Es necesario pedir, buscar y tocar: luego es necesario que nuestra oracion sea humilde, confiada y perseverante. Jesucristo nos manda, no solo *pedir*, sino tambien *buscar;* no solo buscar, sino tambien *herir frecuentemente la puerta. Pedid*, nos dice, y recibiréis; *buscad*, y hallaréis, *tocad la puerta*, y se os abrirá;[1] y este triple precepto seria una redundancia inútil, si la oracion no hubiera de ser al mismo tiempo humilde, confiada y perseverante. El que pide, hace una profesion explícita y solemne de su necesidad y su miseria: si pide á Dios y lo pide todo, no se considera grande bajo ningun aspecto: su poder es nada, su nada es todo lo que reconoce en sí mismo. *Pedid y recibiréis:* hé aquí la humildad. El que busca, lleva delante de sí la esperanza, y el que espera, confia: si se nos ha mandado pues buscar, y prometido juntamente el hallazgo, es porque nuestra oracion debe ser hecha con un sentimiento de confianza: *buscad, y*

1 Luc. cap. XI, vv. 9 et 10.

hallaréis. Se nos manda al mismo tiempo tocar, con la promesa de que la puerta se nos ha de abrir. ¿Y cuál es la extension de este precepto? ¿cuál es la duracion del tiempo que ha de circunscribir esta accion de nuestra solicitud? Si hemos de tocar para que se nos abra, debemos tocar hasta que se nos abra. La razon es clara: si retrocedemos ántes, esto no puede ser sino porque creemos que no se nos ha de abrir, y entónces faltamos á la confianza; ó porque nos disgustamos de esta accion, y este disgusto, producido por el orgullo, es esencialmente destructor de la humildad. Cada gracia que pedimos, es una puerta que se nos ha de abrir: todas las gracias intermediarias por donde el hombre ha de pasar hasta llegar á su fin, son otras tantas puertas que abre la misericordia divina á la solicitud de sus toques: la gracia última, la que pone al hombre en la rica posesion de la felicidad eterna, es la entrada magnífica de la Ciudad de Dios. Una sola puerta de estas que permanezca cerrada basta para excluirnos de la participacion de la esperanza; y pues que todas ellas se han de abrir al que toque, todas ellas deben ser tocadas: luego el hombre debe tocar á las puertas de la misericordia por todo el espacio de su vida, y no debe suspender la accion de su solicitud, sino hasta pasar los umbrales de ese pórtico augusto que incorpora á los hombres en la sociedad feliz de los angeles y de los santos. Hé aquí la *perseverancia* de la oracion.

La oracion hecha con todos los requisitos indicados corresponde siempre á las nobles aspiraciones del alma, derramando sobre ella toda la gracia de que ha menester para amar la virtud y practicarla; mas esta gracia debe ser correspondida de la naturaleza, para que obre los felices efectos que en ella están vinculados. En el curso ordinario de la vida se presentan obstáculos diferentes para la virtud: todo él está sembrado de peligros, y el hombre casi no puede dar un solo paso con buen éxito, sin huir de una red, sin prevenir una dificultad. De aquí la necesidad de estar siempre sobre sí, de cortar todas sus avenidas á las pasiones, de ponerse á cubierto de una peligrosa sorpresa: porque de otro modo la caida será inevitable. "Velad, hermanos mios, decia el apóstol San Pedro: porque el enemigo de vuestras almas, semejante á un leon rugiente, gira siempre al rededor buscando una víctima que devorar."[1] Al reprender Jesucristo el sueño de los apóstoles á quienes habia encargado velar, excusa en un brevísimo concepto á la fragilidad humana, y en otro señala, como ya lo habéis oido, los medios únicos para que ella no sirva de obstáculo á la virtud. "El espíritu está pronto, mas la car-

1 I. Pet., cap. V, v. 8.

ne está enferma. Velad y orad, para que no caigáis en la tentacion." [1] "Sed simples como la paloma, decia tambien al mismo propósito, y astutos como la serpiente." [2] Esta sencillez de la paloma es la noble y deliciosa confianza de una alma que todo lo espera tranquila de la gracia; y esta astucia de la serpiente es el carácter distintivo de un espíritu que todo lo tiene calculado, todo previsto, todo dispuesto, para frustrar los ataques reiterados y vehementes de los enemigos que le combaten: tal es la *vigilancia* cristiana. Jesucristo emplea una parábola, para poner á esta virtud en contraste con la inercia del espíritu, que no parece sino el funesto letargo precursor de la muerte. Las vírgenes que estuvieron en vela fuéron admitidas al convite del Esposo, miéntras las otras, que no tomaron esta sábia precaucion, fuéron desconocidas allí y precipitadas en las tinieblas. "La venida del dia del Señor, dice San Pablo, como la de un ladron, se ha de verificar al peso de la noche," [3] y esto lo dice para darnos á entender que la gloria es para los que velan, y el infierno para los que duermen. "Estad en vela, nos advierte Jesucristo, porque os sorprenderá el Hijo del hombre á la hora que ménos lo penseis." [4]

Mas la vigilancia cristiana dejará de ser lo que debe, y por tanto no producirá sus efectos en la inalterable conservacion de la gracia que nos hace perseverar hasta el fin, si carece de los requisitos esenciales que la constituyen perfecta. ¿Cuáles son éstos? Yo los reduciré á cuatro: la *nobleza*, la *prevision*, la *constancia* y la *firmeza*. Dadme estos requisitos en el que vela, y yo os daré la bella imágen de la virtud sobre la tierra, divinamente personificada en los verdaderos discípulos de Jesucristo.

Cuando busco, católicos, en la vigilancia cristiana un carácter de nobleza como requisito de primer órden, para que siendo lo que debe ser, produzca sus bellos efectos, quiero referirme á los motivos que deben principalmente determinar nuestra vigilancia, no ménos que á la conducta que ella debe tener. En las almas verdaderamente grandes, cuya fidelidad crece como la bella flor de los desiertos en medio de las espinas, entre las áridas peñas y al embate de todos los vientos, la vigilancia se inspira siempre del amor, y se funda y perfecciona en la caridad. "Ama, decia San Agustin, y haz lo que quieras." ¡Os inspira, católicos, la sincera detestacion del pecado por los motivos elevados y augustos que nacen de la contemplacion de Dios en su naturaleza perfectísima, en sus atributos so-

1 Matth., cap. XXVI, v. 41.— 2 Matth., cap. X, v. 16.— 3 I. Thess., cap. V, vv. 2 et 3.— 4 Matth., cap. XXIV, v. 42.

beranos y en sus relaciones todas con la humanidad? Pues yo os aseguro que tenéis mucho adelantado para la posesion inalterable de esta preciosa virtud. ¿Os habéis determinado y resuelto á emprender la gloriosa carrera de los sacrificios sobre un propósito bien formado? ¿este propósito ha hechado profundas raices en vuestro corazon por el pensamiento de vuestros altos destinos? ¿vuestra decision por la divina lei nace de un concepto perfectamente formado sobre el mal de la culpa como una causa que corta vuestras relaciones de consecuencia, de sumision y de esperanza con el Dueño Supremo de la gloria? Alegráos pues, hermanos mios, alegráos en el Señor que da la gloria á su Nombre, colmando la medida de sus gracias en favor de sus escogidos.

Sí, católicos: la nobleza de los motivos en el perseverar engendra una especie de carácter que nace del conocimiento y amor producidos en el alma por la consideracion de la hermosura y la bondad infinita de Dios, que ha revelado sus designios para con el hombre y mostrado sus títulos al rendido y amoroso vasallaje de toda la humanidad, con solo presentarse á la luz de la fe como su Criador, su Salvador y su Glorificador. Yo bien sé que la naturaleza siempre frágil, los sentidos siempre seductores, la carne siempre rebelde, quieren arrastrarnos de continuo fuera del único sendero que conduce á la bienaventuranza; pero sé tambien que, cuando se tiene una idea bastante digna del Sér Supremo, cuando se abrigan sentimientos nobles y delicados, cuando el alma sabe franquearse á la gratitud, cuando se considera bien la prodigiosa elevacion á que se encumbra quien consigue avasallar á sus enemigos para no abandonar ni un solo instante los intereses del cielo, es difícil sobre toda ponderacion la derrota, como es probable y fácil cuando el hombre no se mueve sino por impulsos ténues, pensamientos pasajeros y fugitivas emociones. Hé aquí por qué considero de la mayor importancia la nobleza de los motivos que nos determinen á estar siempre vigilantes.

El segundo carácter de la vigilancia debe ser la prevision; porque difícilmente escapa de las redes de sus enemigos el que no sabe evitarlas con la debida cautela. ¿Quién lo creyera? Mas en el conjunto de las causas que concurren á precipitar de nuevo á los infelices reincidentes, tiene una y no pequeña parte la imprevision. No quiere decir eso, católicos, que el hombre llegue á encontrarse nunca en una completa oscuridad sobre este punto, no: desde que el Divino Fundador del cristianismo dijo, formulando la oracion: "no nos dejes caer," fué ya un hecho incuestionable para todos el riesgo de una nueva caida. Mas esa prevision vaga y genérica, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo lo ve al primer golpe, que todo lo teme, que todo lo cree posible sin fijarse en cosa alguna, es la impotente mirada de los necios, es, si me permitís la frase, el inerte bobear de los tibios y perezosos. La prevision que caracteriza la perseverancia es otra cosa, católicos: es la mirada prudente del alma sobre el peligro, es la relacion bien entendida entre los obstáculos y las fuerzas para vencer, es el cálculo de una virtud sábia obrando incesantemente sobre las dudas del porvenir: la vigilancia del que persevera por principios bien fundados, siempre es personal y determinada: es personal, porque se funda, no en las ideas genéricas del hombre moral, sino en el conocimiento práctico del individuo interior; y es determinada, porque no se pierde en el conjunto de los peligros que puede correr la virtud, sino que se fija en aquellos que mas directa ó inmediatamente le amenazan.—¿Qué me sucederá? ¿qué linaje de tentaciones vendrá á sorprender mi virtud?—He aquí las preguntas que se hace quien intenta realmente incorporarse mas y mas con la práctica de la justicia en la sociedad de los santos. ¿Cómo resolver esta cuestion que se agita toda y sola en el campo del porvenir? por los datos que suministran, católicos, los desengaños propios, las experiencias personales, las tendencias del carácter, las pasiones que predominan y el dictámen de la conciencia. Sábese mui bien que el mundo moral no tiene por ninguno de sus aspectos limpio y despejado horizonte: se diria que su espacio es un imaginario vacío, porque en la realidad está por todas partes henchido de peligros. La Iglesia no es militante sino porque no vaca un momento solo de la contienda, y porque de continuo, y bajo todos aspectos, y en todos sentidos, y en todas partes nos combaten y persiguen nuestros enemigos. Mas habéis de saber que no todos estos riesgos son iguales para todos, y el arte de las precauciones tiene una aplicacion práctica y segura; porque consiste, no tanto en destruir la existencia cuanto en evitar la accion del enemigo que nos ataca. ¿Dónde está pues, el peligro? donde se hallan las ocasiones. ¿Dónde se hallan éstas? no en todo el mundo moral, sino solo en ciertas partes: allí, donde se alberga y prepara aquella clase de enemigos que, mas íntimamente relacionados con nuestras inclinaciones y carácter, nos embisten con mayor tenacidad, y luchan con mayor esperanza de vencernos.

Ved aquí, católicos, el punto crítico que debe recoger toda nuestra prevision. Quien así prevee, difícilmente sucumbe. Nuestras fuerzas para el combate parecen estar en razon directa de la distancia. ¿Por qué? porque en la distancia están todos los recursos, en la distancia están todas las precauciones, en la distancia están todos los elementos de la victoria. Apelad á vuestra propia experiencia: ¿qué os ha sido mas fácil, cambiar de rumbo para no encontraros con el enemigo que columbráis, ó realizar la fuga cuando ya enfrente de él os encadena con su atraccion peligrosa? ¡Ah! ¡cuán diversa seria la suerte de los hombres, si una sábia prevision marcara siempre los pasos de su conducta! La mayor parte de las caidas son efectos de la sorpresa, como la mayor parte de los vicios, son hijos de una imprudente caida.

Mas no basta, católicos, prever de continuo y prever con exactitud; es necesario obrar en el sentido de esta prevision misma, trasplantando al campo de la vida práctica las máximas que atesora nuestra vigilancia interior en la meditacion de los peligros. Si una sorpresa puede hacernos caer por falta de vigilancia; una debilidad podria precipitarnos por falta de consecuencia entre nuestra prevision y nuestra conducta. Esto quiere decir que nuestra vigilancia debe ser *constante*. Si los enemigos nunca dejan de atacar; ¿qué sucederá, decidme, si el hombre se cansa de resistir? Mui bien se concibe una victoria felizmente adquirida, cierto tiempo santamente pasado; pero lo que no se ve de ordinario es la permanencia del hombre en los caminos de la virtud. Jesucristo nos dejó advertido que ha de venir el Hijo del hombre, como un ladron, al peso de la noche; que ha de sorprender, para cortar el curso de la vida en el momento ménos esperado. Todas estas cosas bastan á la prevision, mas ponen miedo á la constancia. Las diez vírgenes de la parábola todas preveian, y no solo preveian, sino que esperaban de seguro; pero cinco de ellas se permitieron una tregua para rendirse al sueño: ¡tregua fatal! pues sorprendidas sin luz, quedaron excluidas del banquete divino. "En el estadio, dice San Pablo, todos corren," y por lo mismo, católicos, todos preveen; "pero uno solo reporta el premio" con el triunfo; porque uno solo corrió sin parar, uno solo fué constante: *omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium.*

¿Mas cuál es, hermanos mios, la causa mas comun de la inconstancia humana? la debilidad del carácter, la cobardía del corazon. Aunque el hombre esté ciego y corrompido hasta el extremo, nunca deja de presentir los encantos de la virtud, ni de reconocer el mérito y la superioridad de los justos. Esto quiere decir que si reincide, no es ya por falta de luz, sino por falta de fuerza, y esta falta resulta de que no hai hábitos bien formados por la constancia, no hai precauciones bien tomadas por la prevision, ni conceptos bastante sublimes por la nobleza. Almas hai mui desgraciadas que conocen á Dios, pero que no le buscan; que preveen los riesgos, pero no los evitan: que pasan bien algun tiempo, pero se cansan; que desean

la victoria, pero con tanta cobardía, que son á cada paso vencidas. "Sed firme en el camino del Señor," dice el Eclesiástico,[1] dándonos á entender que la vigilancia, cuando no cuenta con la garantía de la firmeza, es impotente contra los embates de la tempestad. Hé aquí, católicos, aquella estabilidad á que se refiere San Pablo en su Epístola primera á los Corintios, aquella inmobilidad esforzada que no cede ni á los mas terribles asaltos, aquella perseverancia inflexible en la disciplina, de que habla con tanto celo á los Hebréos;[2] y hé aquí la condicion indispensable que debe llenar todo cristiano, para no perder esos derechos á la posesion de la felicidad que le otorgan, como dice el Evangelista, los tesoros que haya podido acopiar en la práctica de la virtud.[3]

Católicos, la suma importancia del asunto que os predico me ha obligado á traspasar un tanto los límites regulares de esta clase de discursos. He querido reunir aquí los principios, las reglas y las máximas con esos fuertes motivos que, despertando con viveza los grandes temores y las dulces esperanzas, ponen en juego con los resortes del entendimiento y la voluntad, los elementos de la perfeccion y de la virtud. Nunca me causará una gran pena, hermanos mios, el merecer alguna censura de la crítica literaria, con tal de arrancar de vuestros ojos una lágrima de penitencia, y decidir vuestro corazon á la empresa sublime, á la gran conquista de la perseverancia final: porque ella es el bien mas precioso que puede fijar nuestros deseos, así como la impenitencia nunca dejará de ser el mas funesto y terrible de todos los males que pueden alarmar el corazon.

Sin duda alguna que el secreto de la predestinacion de cada uno está cubierto con el misterioso velo de la eternidad; pero Dios, que nunca deja sin recompensa el sacrificio, nos ha proporcionado un medio eficacísimo de presentir nuestros futuros destinos. Cifrando en la caridad el derecho de ser eternamente felices, dándonos en su ley el verdadero tipo de la caridad, prometiéndonoslo todo en el órden de la virtud, y siendo cierto que la gracia perfecciona la voluntad santificando sus inclinaciones, gobernando sus actos y facilitando sus triunfos, cada uno puede columbrar desde acá su futura posicion mas allá del sepulcro. La perseverancia constante perfecciona la naturaleza y aumenta la gracia: la perseverancia final seguirá, pues, la razon misma con que hayan caminado la naturaleza y la gracia en la carrera de la vida. ¡Verdad importante, católicos, que habéis observado á la luz de vuestra razon, descubierto en la

1 Cap. V. v. 12.—2 Cap. XII, v. 7.—3 Josue., Ep. II v. 8.

historia, sentido en vuestra experiencia personal, y visto confirmada tambien con los oráculos infalibles de la fe!

Por una razon contraria, y aplicando las mismas reglas de crítica, mui sensiblemente habéis palpado que la inconstancia en los caminos de la salvacion trae consigo, como otros tantos hechos de consecuencia, la mengua de todas aquellas causas que determinan la virtud, que apartan del vicio, ameritan las acciones, forman y arraigan los buenos hábitos, fijan el carácter y comunican á la voluntad un irresistible poder contra los enemigos de la eterna salud; que la muerte es como la vida, y que la velocidad en la conducta moral, laxando todos los resortes del bien, conduce por fin al hombre á esa impenitencia terrible que aprisiona, esclaviza y pierde para siempre al corazon humano en el lecho de la muerte.

Despues de haberos preparado con la exposicion de estas santas verdades á desear mas y mas, á buscar con una cristiana solicitud y á poner en práctica con una decision heróica los medios de perseverar, procuré ponerlos á vuestro alcance, estableciendo la necesidad suma y las condiciones precisas de la oracion, fijando el carácter y poniendo á vuestra vista las cualidades que debe tener la vigilancia cristiana.

He hablado á vuestra razon con verdades, á vuestra imaginacion con ejemplos, y he procurado suministraros las luces necesarias para que, profundizando las primeras y observando los segundos, comprendáis bien la perseverancia, viéndola personificada en el movimiento noble, previsivo, constante y firme de esas almas privilegiadas que, puestas de continuo entre Dios y sus enemigos, atraen con una mano las gracias del cielo mediante la oracion, y esgrimen con la otra las armas de la virtud, vigilando sin tregua, para no ser las víctimas de la sorpresa y de la debilidad en la no interrumpida lucha que cada uno de los que viven tiene que sostener con vigor en la tierra, si no quiere ser excluido del reino de los cielos.

¡Ea pues, católicos! no dejéis escapar de vuestras manos, cuando truene sobre vosotros la borrasca de la tentacion, el rico presente de gracias, de merecimientos y de gloria que habéis conquistado con vuestras lágrimas en este santo retiro. Despues de tantas meditaciones, de tantos desengaños, de alarmas tan terribles; despues de haber agotado el cáliz de las tribulaciones del espíritu en la contemplacion de vuestra propia miseria, despues de haberos sorprendido colocados en la pendiente de una ruta de abismos, por donde corriais precipitadamente al opuesto rumbo, de vuestro último fin; despues de haberos puesto frente á frente del pecado mortal, cuya imágen habia pasado tantas veces desapercibida por vuestros ojos;

despues de haber visitado la tenebrosa mansion de los sepulcros con las antorchas de la justicia y de la fe, para mirar de bulto en la eterna reprobacion de los impenitentes el significado propio del temor de la muerte; despues que latiéndoos el corazon al impulso del arrepentimiento, como latia de dolor y esperanza el del Hijo pródigo, habéis encumbrado vuestra mente á la colina de la Redencion, para echaros á los piés de la Gran Víctima que conquistó vuestra libertad gloriosa con su Sangre; despues que trasponiendo los espacios y los tiempos, habéis logrado ver en espíritu las perdurables luces que bañan perennemente las colinas augustas de la eterna Sion, y comprendido cómo una alma fiel mira volver á la nada estos mentidos placeres, estos intereses bastardos, estas ilusiones funestas, estas miserias de la humana ventura, estos goces emponzoñados que plantan y fecundan en el corazon el árbol de la muerte: despues de todo esto, vuelvo á decir, y al daros la recíproca enhorabuena por el término feliz de este santo retiro, ¿volveréis, hermanos mios, á caer en las redes de vuestros adversarios, á recibir el tiránico, el infamante yugo de vuestras propias pasiones? Al seguir vuestra peregrinacion por esta tierra extrangera, ¿inmolaréis al goce de un placer engañoso y momentáneo los intereses de vuestra felicidad, los sentimientos de vuestra patria? ¿Volveréis de nuevo á las regiones lejanas del pecado, para sufrir el hambre desoladora, y caer bajo el poder indómito del tirano, y apacentar animales inmundos, y desear en vano su detestable alimento? ¿Sonará por último para vosotros la última hora del tiempo con el anatema de una eterna reprobacion?

¡No lo permita Dios! Antes que tal suceda exhale nuestro corazon el último suspiro, ábranse para tragarnos los sepulcros, despues de haberse cruzado por nuestras almas todas las tribulaciones y todas las penas de la vida!

¡Dios eterno! Dios justo y misericordioso! dejad caer sobre nosotros una de esas miradas omnipotentes que hieren vivamente el corazon, trasforman al hombre y producen la santidad! Vos nos habéis traido aquí: vuestra es la palabra que hemos escuchado en la soledad, vuestras las inspiraciones que hemos venido á encontrar en el retiro, vuestro el portento de gracias que todos hemos recibido en esta vez: vuestro sea tambien ¡oh Señor! el resto de nuestra vida, vuestro el último aliento que anuncie la partida de nuestras almas, y nuestros por los siglos de los siglos vuestro amor infinito y vuestro reino inmortal! AMEN.

SERMON

SOBRE

EL SACERDOCIO.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE FRANCISCANOS DE GUANAJUATO EL 22 DE AGOSTO DE 1856,
EN LA SOLEMNE FUNCION
DE PRIMERA MISA DE UN NUEVO PRESBÍTERO.

Ego elegi vos, et posui vos, ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.
Yo os he elegido á vosotros, y destinado para que vayais y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero.
San Juan cap. XV, v. 16.

A la vista de ese nuevo sacerdote que viene al templo á ofrecer al Señor en su altar las primicias de su ministerio, mi corazon, hermanos mios, vivamente conmovido con un espectáculo el mas grande que puede ofrecer la tierra, cual es la celebracion del Sacrificio divino, experimenta mil sentimientos diversos que inútilmente se esforzaria por desahogar en toda su plenitud. El ingreso de un nuevo sacerdote á la sagrada tribu; el acto sublime de pronunciar por la primera vez las palabras misteriosas que hacen descender á sus manos al Santo de los Santos; la escena representada en ese altar por todos los ministros que acompañan la ceremonia sagrada; la espléndida pompa con que la piedad se esfuerza en celebrar una solemnidad tan augusta; el santo apresuramiento con que han venido á ella los fieles; su religioso continente y recogimiento profundo: todo esto parece trasladar nuestro espíritu á la época por siempre memorable y gloriosa en que Jesucristo Señor Nuestro, el Sacerdote

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

despues de haber visitado la tenebrosa mansion de los sepulcros con las antorchas de la justicia y de la fe, para mirar de bulto en la eterna reprobacion de los impenitentes el significado propio del temor de la muerte; despues que latiéndoos el corazon al impulso del arrepentimiento, como latia de dolor y esperanza el del Hijo pródigo, habéis encumbrado vuestra mente á la colina de la Redencion, para echaros á los piés de la Gran Víctima que conquistó vuestra libertad gloriosa con su Sangre; despues que trasponiendo los espacios y los tiempos, habéis logrado ver en espíritu las perdurables luces que bañan perennemente las colinas augustas de la eterna Sion, y comprendido cómo una alma fiel mira volver á la nada estos mentidos placeres, estos intereses bastardos, estas ilusiones funestas, estas miserias de la humana ventura, estos goces emponzoñados que plantan y fecundan en el corazon el árbol de la muerte: despues de todo esto, vuelvo á decir, y al daros la recíproca enhorabuena por el término feliz de este santo retiro, ¿volveréis, hermanos mios, á caer en las redes de vuestros adversarios, á recibir el tiránico, el infamante yugo de vuestras propias pasiones? Al seguir vuestra peregrinacion por esta tierra extrangera, ¿inmolaréis al goce de un placer engañoso y momentáneo los intereses de vuestra felicidad, los sentimientos de vuestra patria? ¿Volveréis de nuevo á las regiones lejanas del pecado, para sufrir el hambre desoladora, y caer bajo el poder indómito del tirano, y apacentar animales inmundos, y desear en vano su detestable alimento? ¿Sonará por último para vosotros la última hora del tiempo con el anatema de una eterna reprobacion?

¡No lo permita Dios! Antes que tal suceda exhale nuestro corazon el último suspiro, ábranse para tragarnos los sepulcros, despues de haberse cruzado por nuestras almas todas las tribulaciones y todas las penas de la vida!

¡Dios eterno! Dios justo y misericordioso! dejad caer sobre nosotros una de esas miradas omnipotentes que hieren vivamente el corazon, trasforman al hombre y producen la santidad! Vos nos habéis traido aquí: vuestra es la palabra que hemos escuchado en la soledad, vuestras las inspiraciones que hemos venido á encontrar en el retiro, vuestro el portento de gracias que todos hemos recibido en esta vez: vuestro sea tambien ¡oh Señor! el resto de nuestra vida, vuestro el último aliento que anuncie la partida de nuestras almas, y nuestros por los siglos de los siglos vuestro amor infinito y vuestro reino inmortal! AMEN.

SERMON

SOBRE

EL SACERDOCIO.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE FRANCISCANOS DE GUANAJUATO EL 22 DE AGOSTO DE 1856,
EN LA SOLEMNE FUNCION
DE PRIMERA MISA DE UN NUEVO PRESBÍTERO.

Ego elegi vos, et posui vos, ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.
Yo os he elegido á vosotros, y destinado para que vayais y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero.
San Juan cap. XV, v. 16.

A la vista de ese nuevo sacerdote que viene al templo á ofrecer al Señor en su altar las primicias de su ministerio, mi corazon, hermanos mios, vivamente conmovido con un espectáculo el mas grande que puede ofrecer la tierra, cual es la celebracion del Sacrificio divino, experimenta mil sentimientos diversos que inútilmente se esforzaria por desahogar en toda su plenitud. El ingreso de un nuevo sacerdote á la sagrada tribu; el acto sublime de pronunciar por la primera vez las palabras misteriosas que hacen descender á sus manos al Santo de los Santos; la escena representada en ese altar por todos los ministros que acompañan la ceremonia sagrada; la espléndida pompa con que la piedad se esfuerza en celebrar una solemnidad tan augusta; el santo apresuramiento con que han venido á ella los fieles; su religioso continente y recogimiento profundo: todo esto parece trasladar nuestro espíritu á la época por siempre memorable y gloriosa en que Jesucristo Señor Nuestro, el Sacerdote

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eterno segun el órden de Melquisedec, estando ya para morir, instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, le ministró en persona á todos sus apóstoles, revistió á éstos de la dignidad sacerdotal, otorgándoles el divino poder de consagrar su Cuerpo y Sangre para renovar incruentamente su Sacrificio, y les mandó que ejerciesen tan alto ministerio en memoria suya.

¿Quién es capaz de levantar el humano discurso hasta la altura de su objeto cuando se trata de esta institucion divina, de esta dignidad incomparable, que parece deificar al hombre, de este poder supremo sobre el tiempo y la eternidad, otorgado al sacerdote por el Dueño del cielo y de la tierra? ¿Dónde está el pensamiento que no quede rendido bajo el peso de una consideracion tan inmensa? ¿dónde la palabra que no aparezca estéril ante la virtualidad infinita de este ministerio? ¿dónde la elocuencia que no se esterilice y agote ante sus grandezas inefables?

¿Qué os diré pues, católicos, que sea mas instructivo y edificante para vosotros, con motivo de esta santa solemnidad? ¿Cómo abarcar en mi discurso todas las grandes ideas que su objeto abraza, ni desahogar tampoco los sentimientos que inspira? ¿Qué puntos elegir de preferencia en una materia tan rica y vasta, que ha fecundado constantemente la elocuencia y el genio de los mas insignes oradores del cristianismo? Si yo hablara en aquellos felices tiempos en que la fe vivia sin contradiccion y caminaba sin obstáculo, en aquellos tiempos en que la duda maligna y alevosa de la impiedad no habia empezado aún á desarreyar su contagio entre nosotros, pasaria en silencio cuanto se ha combatido mas tarde, y me fijaria solo en aquello que considerase mas propio para el incremento de la piedad: hablaria de la dignidad sacerdotal, no para enfrenar el atrevimiento de un siglo sacrílego, sino para encarecer los deberes de un estado tan santo á los ojos del nuevo sacerdote, y la veneracion que merece, al espíritu religioso del pueblo fiel. Mas por una desgracia lamentable hablo en una época de trastorno y frenesí, en un tiempo en que mil voces desconcertadas se levantan donde quiera contra el sacerdocio católico, en que el ministerio augusto del altar y de la conciencia sufre entre nosotros los ataques diversos que en otros pueblos y en otras épocas han hecho derramar tantas lágrimas á la Iglesia de Jesucristo. Pasamos por una crisis tan terrible para la fe, que parece prescribirnos como un deber á los ministros de la palabra evangélica, consagrar á la vindicacion de las verdades conculcadas un tiempo que de otra suerte correria tranquilo entre las dulces expansiones de la piedad. Es necesario elevarnos hasta la institucion misma del sacerdocio, para poner en claro su grandeza, su dignidad, su poder, sus merecimientos y sus glorias, hoi que todo se desconoce y todo se combate, y mostrar á los ojos del pueblo fiel en sus altas dimensiones un objeto que el error y la impiedad se esfuerzan por encubrir y aun desnaturalizar: es necesario, dirélo de una vez, acomodar nuestros discursos á las grandes necesidades de la época presente.

Jesucristo Señor Nuestro, cuyo pensamiento infinito va siempre delante de los siglos, tuvo especial cuidado de prevenir la defensa de su institucion ántes con mucho de dejarla perfectamete establecida. Todavía no habia llegado el tiempo de inaugurar el ministerio santo de la predicacion, todavía la hacia por sí mismo el Divino Maestro en presencia de aquellos á quienes habia elegido por discípulos, para que mui pronto fuesen los Doctores del mundo; pero ya les hablaba del gran Sacrificio que mui pronto iba á consumar, ya celebraba con ellos la Pascua en la noche de la Cena, ya estaba instituyendo el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, cuando, queriéndoles dar á ellos y en ellos á todo el Universo, una idea exacta de la dignidad representada en el carácter sacerdotal, los saluda con el título de *amigos* y no de *siervos;* los hace confidentes íntimos de sus secretos eternos; los declara sucesores de su augusto sacerdocio, por la virtud infinita de su voluntad y su poder, pues él mismo los habia elegido y consagrado para tan alto ministerio; les anuncia el objeto de esta mision é institucion, que es el de caminar siempre haciendo el bien, y los felices resultados que de ella se promete, y han de consistir en la percepcion constante de sazonados frutos que, saliendo de los dominios del tiempo, permanezcan tanto como la eternidad. "Yo os he elegido," les dice, "y destinado para que vayais por todo el mundo, y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero." *Ego elegi vos, et posui vos, ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

¿No veis, católicos, en estas pocas palabras la mas brillante apología y la mas fuerte defensa del sacerdocio? ¿Hai una época del tiempo ni un lugar del espacio en que no puedan ellas confundir á los adversarios de esta institucion divina? Estas palabras contienen una doctrina de infinita virtud. Expresion del pensamiento de Dios, tienen un sentido profundo, insondable: vertidas en el tiempo, son de todos los tiempos: dirigidas á la fe y al mismo tiempo á la esperanza y al amor, abastecen la inteligencia, digámoslo así, robustecen la voluntad y dilatan el corazon. No necesito por lo mismo salir de ellas, para reducir á la ignominia del silencio á los miserables discurridores de nuestro siglo, así como tampoco han habido menester de más en todos tiempos, para obtener la victoria mas es-

plándida con su palabra y con su pluma, los mas esclarecidos apologistas del sacerdocio.

Tres clases de enemigos tiene hoi aquí, como siempre ha tenido en diferentes partes, el ministerio católico, cada una de las cuales le hace la guerra de cierto modo, conspirando con las otras á su envilecimiento y á su exterminio. Unos hai que, confundiendo en la persona del sacerdote al hombre con el ministro, desconocen enteramente, no solo su carácter, sino tambien su poder moral, sometiendo su ministerio á las reglas de las instituciones puramente humanas, y posponiéndole á los intereses materiales. Otros hai que bien instruidos en la importancia de este ministerio para la conservacion de la fe, del culto y la moral en los pueblos, pero enemigos jurados de estas tres cosas, le persiguen sin tregua en odio de la religion misma. Otros hai, finalmente, que sin confundir al hombre con el ministro ni pertenecer á los enemigos de la fe, sino ántes bien, venerando el carácter sacerdotal, así como sus funciones, y declarándose católicos, ceden sin embargo á un sentimiento de terror en vista de la persecucion, y temiendo ser envueltos en ella, si observan una conducta franca y hacen sentir su fidelidad á la Iglesia en la defensa pública y firme de sus ministros, se retiran, se aislan, se ocultan, y esquivan cualquiera lance de aquellos que pudieran comprometer la subsistencia de sus intereses ó la tranquilidad temporal de sus personas. Los primeros desconocen al sacerdocio, los segundos le persiguen, los terceros le abandonan: los primeros son unos ciegos á quienes es necesario ilustrar; los segundos son unos ingratos á quienes es preciso confundir; los terceros unos pusilánimes á quienes es indispensable fortalecer.

Manifestar pues la grandeza incomparable del sacerdocio á la vista de un mundo ciego que le desconoce y desprecia; demostrar la fecundidad inmensa de su ministerio para el bien en todos los paises y en todos los tiempos, á la faz de un mundo ingrato que le aborrece y persigue, hacer admirar la gloria de su carrera y sentir el interes social de su defensa y conservacion á ese mundo pusilánime y cobarde que le abandona por temor de ser envuelto en su ruina, hé aquí, católicos, el asunto mas importante que puedo proponeros hoi con motivo de esta ceremonia sagrada, y en consecuencia, las verdades que me propongo demostrar en mi discurso.

Mas yo no debo dar principio al desarrollo fecundo de tantos conceptos, sin acudir de antemano á la Madre de la Divina gracia para conseguir aquellos medios que contribuyen eficazmente á inculcar la doctrina y hacerla fructificar en el espíritu de los fieles.

¡O María! la Iglesia te saluda Trono de la sabiduría eterna y por

tu medio la solicita y obtiene para todo el pueblo fiel! Alcanzadnos pues esa ciencia celestial que inunda de luz el entendimiento, y al mismo tiempo inflama el corazon con el fuego del amor divino, á fin de que la palabra sagrada produzca en este dia los mas felices efectos en este religioso auditorio, que rendido á tus piés implora humildemente conmigo tu intercesion poderosa, saludándote con el Angel llena de gracia. Ave María.

PRIMERA PARTE.

Hablar, católicos, de las grandezas del sacerdocio, de la excelencia de esta dignidad, del orígen y objeto de esta mision, de la magnitud de este poder é influencia de este ministerio en la marcha religiosa, moral y política de la sociedad, importa nada ménos que incorporarse de lleno en el fondo de la historia, recorrer desde su orígen la carrera de los siglos, descubrir la causa de la prosperidad y decadencia de las naciones, ver frente á frente los destinos del género humano en el pensamiento de su Divino Autor, asistir en cierto modo á sus consejos eternos, y sorprender el plan á que se propuso arreglar toda la economía de su gobierno sobre la tierra para regir la conducta de los hombres, y salvarlos del vicio, y hacerlos caminar por los senderos de la virtud á la eterna felicidad. Es imposible aplicarse al estudio reflexivo de esta institucion venerable sin reconocerla como el órgano de los pensamientos eternos, el canal de las gracias divinas, el brazo poderoso y fuerte de un Dios Criador, Salvador y Glorificador en la tierra.

¡Con qué magnificencia brilla en las páginas de la historia! ¡Con qué pompa es instituido en el órden de la religion! ¡Con qué magestad es anunciado desde el principio de los siglos, representado profèticamente durante cuatro mil años, acreditado por el Hijo de Dios ante los hombres en la plenitud de los tiempos y sostenido con su poder hasta nuestros dias! En efecto, católicos: ora desandemos la carrera del tiempo con el fin de sorprender el orígen del sacerdocio para seguirle desde allí, ora contemplemos su inauguracion de plenitud en la tierra, ya nos fijemos en las solemnidades que preceden y acompañan á la ordenacion sagrada, ya reflexionemos atentamente sobre la naturaleza y objeto de la mision correspondiente, así como tambien sobre los caractéres intrínsecos y la virtualidad inmensa de este poder, donde quiera sentirémos los reflejos del esplendor mas

vivo, y pagarémos, mientras vivamos de la fe, un tributo espontaneo de acatamiento y veneracion á la dignidad y grandeza incomparables del sacerdocio.

Apénas es prometido un Redentor al hombre delincuente, para salvarle de la desesperacion, cuando se anuncia un ministerio que, reanudará los lazos cortados por la desobediencia. Los antiguos patriarcas, pendientes de esta grande expectativa, fuéron los ministros de la religion durante la primitiva época del mundo. Sus víctimas representaban la Víctima pura, santa é inmaculada que se inmolaria por todos los hombres cuando los tiempos tocasen á su plenitud: sus plegarias se recogian acá de los umbrales del cielo, digámoslo así, pendientes de Aquel que las haria pasar consigo al regresar triunfante y glorioso de la tierra.

Mas aquel sacerdocio, hermanos mios, aquel culto, como todo lo perteneciente á la primera época de la historia, era puramente doméstico, y en cierto modo, privado: no aparecia entónces todavía con esa magestad social que representa toda una institucion, que obra con la pompa de un magnífico ceremonial, y se ejerce con independencia del patriarcado doméstico y con la soberanía propia de la religion. Hé aquí por qué aquella personalidad sagrada formó despues una tribu numerosa, la tribu de Leví, gran cuerpo de ministros que, escogidos y separados exclusivamente para cuidar del culto divino, expensados por todas las demás tribus, y venerados de ellas por su alta dignidad, fuéron la segunda representacion profética de nuestro Sacerdocio. Aquel Templo erigido á la Divinidad por el mas sabio, el mas rico y poderoso de todos los reyes; aquel Templo, cuyo diseño fué obra del mismo Dios, y cuya magnificencia incomparable hacia resplandecer todas las riquezas de la naturaleza, todos los esmeros de un arte divinamente inspirado, y toda la solicitud de la piedad, era solo una débil figura del Templo cristiano. Aquel sacerdocio tan augusto, tan respetado, tan magnífico, era solamente una sombra del sacerdocio cristiano. Aquella rica pompa ceremonial, cuyo solo código basta para electrizar la admiracion, aquellas vestiduras simbólicas y preciadísimas, aquellas preces fervorosas, aquellos holocaustos, aquellas reservas sublimes representadas en el *Sancta Sanctorum*, aquellas purificaciones misteriosas, aquellas ofrendas, aquellas víctimas, aquel vastísimo, augusto é imponente conjunto de objetos que la historia encarece cuando refiere la accion del sacerdocio judaico: todo esto, hermanos mios, parece nada en presencia del ministerio de la plenitud, del sacerdocio de la Nueva Lei.

¡Con qué solemnidad aparece en los tiempos aplazados desde cuatro mil años atrás para su inauguracion formal en la tierra! ¡Cómo

deja traslucir todo el esplendor de su gloria, por entre los humildes velos con que quiso encubrir su Divinidad, el Sacerdote Eterno á la faz del Universo! Todas las antiguas sociedades, ora por sus claros conocimientos como la judaica, ora por sus vagas tradiciones é inexplicables instintos como el gentilismo, estaban colocándose maravillosamente bajo la accion misteriosa de un invisible poder en la actitud y disposicion convenientes para significar que ya estaba para llegar al mundo Aquel que habia de venir á sacarle de las tinieblas y de las sombras de la muerte. El pueblo judío habia recorrido ya una dilatada carrera de siglos; las generaciones habian llegado al momento en que, saliendo de ellas el Mesías, continuarian su curso sin el carácter de expectantes; aquel grande imperio que sometia á las naciones, gozaba de una paz que estaba inspirando á sus poetas; el cetro del pueblo escogido no habia salido aún pero le faltaba mui poco para salir de Judá. Dios entónces pronuncia en su Consejo divino la llegada de la hora: envía un Arcángel á la Vírgen escogida para la Encarnacion del Verbo; el Enviado celestial párte del Empíreo, atraviesa los espacios inmensos, llega á Nazareth, penetra en el retirado albergue de la Inmaculada María, le refiere su mision, calma sus inquietudes revelándole cómo seria madre sin dejar por esto de ser vírgen; recoge de sus labios purísimos aquel *fiat* que, al ser pronunciado, realiza la grande obra de la Encarnacion, y se vuelve inmediatamente á los cielos á manifestar al Dios de justicia y de misericordia, que el Sacerdote Eterno segun el órden de Melquisedec residia ya en la tierra.

Mas no nos detengamos aquí: no limitemos nuestras miradas al Sacerdote-Dios, al Sacerdote Eterno, á Jesucristo mismo: no nos paremos á contemplarle en el establo de Belen recibiendo los tributos de los pastores y humillando ante su cuna la magestad de los reyes: no le sigamos en silencio durante los treinta años de su vida oculta, donde parece haber querido representar cómo debia deslizarse la niñez, correr la juventud y llegar la edad madura de aquellos que habian de ejercer el ministerio del altar: no le acompañemos al Desierto durante aquellos cuarenta dias que se consagra todo á la oracion y á la penitencia, para prepararse al ejercicio de su ministerio público, cual si hubiese querido trasmitir á cuantos habian de sucederle por todos los siglos en las funciones del sacerdocio, un exemplo vivo de la preparacion inmediata que debian tener ántes de recibir la imposicion de las manos y anunciarse como los dispensadores de los misterios de Dios: no penetremos en el Cenáculo para contemplarle cuando celebra la nueva Pascua, instituye el Sacramento augusto de su Cuerpo y de su Sangre, le distribuye por sus pro-

pias manos á todos sus apóstoles, y les da el poder, y les impone el precepto de hacer aquello mismo en memoria suya: no entremos con él en el retirado jardin de las Olivas para ver cómo se postra delante de su Eterno Padre, y siente la penosa lucha entre la naturaleza humana y el amor generoso, y suda sangre, y repele y llama el cáliz de la muerte, y se ofrece á la Justicia Divina por los pecados del mundo: no visitemos en espíritu aquella roca puesta en la cima del Calvario como el receptáculo de la Cruz en que espira el Redentor, y el primer altar del Sacrificio cristiano: prescindamos de todo esto, hermanos mios, para venir directamente al sacerdocio considerado en el hombre.

¿Quién es éste á quien vemos en ese altar, sagradamente revestido, ejercer funciones augustas, consagrar, consumir y distribuir á los fieles el Cuerpo de Jesucristo? ¿Quién es éste á cuyos piés se postran los mismos reyes, como reos miserables, pendientes de una palabra suya para volver á la vida? ¿Quién es éste que desde la tribuna evangélica despide una luz que conduce la verdad mas elevada, misteriosa y fecunda hasta la mente de los aldeanos y la naciente razon de los niños, despues de haber hecho enmudecer á los sabios de la tierra? "Es un sacerdote, os responderé, es un ministro de Jesucristo," y esta respuesta vale por todo. ¡Pero por qué causa, me replicaréis entónces, un hombre ha podido ejercer esta mision, ocupar este lugar, y aparecer con este rango? porque Dios lo quiso, porque se dignó llamarlo, le otorgó la mision, le consagró sacerdote, y esto era bastante. Si despues de esto, católicos, hai alguno de vosotros que, no considerando aquí mas que al hombre, se admire, como los judíos delante de Jesucristo, y explique la sorpresa que le causa este divino poder, diciendo como aquellos: "¿No es este el hijo del artesano?" si en presencia de nuestras funciones augustas os veis tentados de desconocernos por la humildad de nuestra cuna, la oscuridad de nuestro rango, la pobreza de nuestra condicion, la modicidad de nuestros conocimientos, la cortedad de nuestros alcances, y si queréis tambien, hasta nuestras miserias humanas, os responderé igualmente: "Es un sacerdote:" lo es, porque Dios mismo le concedió tal dignidad, sin que para otorgarla necesitase sino solo de quererlo. El rango, la nobleza, la opulencia, los antecedentes ilustres, las grandes influencias no entraron jamas en su pensamiento para elegir á sus ministros: la fragilidad humana tampoco le sirvió de obstáculo para revestirlos de tan alta dignidad y delegarles tan inmensa potestad. Sean cuales fueren sus antecedentes, su condicion y aun su conducta, nada de esto mengua en un ápice la elevacion de su carácter, ni el poder de su ministerio, ni la validez de sus actos. Si,

quisieseis, hermanos mios, buscar alguna proporcion entre el hombre y su ministerio en la persona del sacerdote, bien puedo aseguraros con toda verdad que os fatigaréis en vano. Y si á pesar de esta explicacion insistís, como el judío pertinaz, en apelar al conocimiento que tenéis de nuestros padres y parientes, para extrañar la dignidad, el poder y la grandeza de nuestro carácter y mision, [1] os remitiré á Jesucristo para que os explique los motivos de su conducta; ó mas bien, os dejaré con lástima divertidos en el empeño de someter á vuestro cálculo mezquino los designios eternos del Señor.

Hombres elige Dios para tan alto ministerio, es decir: criaturas frágiles y miserables; pero, ¡qué predileccion tan singular les manifiesta cuando los llama! ¡de qué grandeza tan augusta los reviste cuando los instituye! ¡cuántas gracias abundantísimas les dispensa y qué poder tan grande les comunica cuando los envia! ¡Qué asistencia tan continua les presta en el ejercicio de su mision! ¡Cuán venerables y sagrados los hace aparecer en clase de vicarios suyos ante la fe del Universo! Ministros de un reino que no está limitado por el espacio ni medido por el tiempo, ejercen un principado sobre el cual no tienen derecho ninguno las supremas potestades del siglo. Desde el momento mismo en que, obsecuentes á la voz que los aparta del mundo para el servicio exclusivo del Altísimo, ingresan en el respetable cuerpo del clero católico, todo anuncia en cada uno de ellos al hombre de la religion, al candidato del sacerdocio eterno. Jesucristo es quien hace la eleccion, quien determina su ingreso y otorga con el órden respectivo la mision á que le destina. El dijo á sus apóstoles y discípulos, y en ellos á cuantos habian de hacer sus veces en la tierra: "No me habéis elegido vosotros á mí; sino ántes bien, yo os he elegido á vosotros." [2] Y no quedando satisfecho con esto, virtió un concepto cuya sola meditacion bastaria para llenar todo el espacio de la vida humana. Colocado El mismo entre su Eterno Padre y el sacerdote, parece haber querido eslabonar en la Primera Persona de la Trinidad Augusta esta misteriosa cadena que forma en la tierra el sacerdocio católico. "Así como mi Padre me ha enviado á mí, dijo á sus apostóles, así tambien yo os envio á vosotros." [3] ¡Palabras de profundísimo sentido! ¡palabras que despiden un esplendor celestial sobre la frente de cada uno de los que componen tan venerable cuerpo, mostrándole á los ojos de los fieles con la misma investidura que El tenia como Enviado de su Eterno Padre.

1 Nonne hic est fabri filius? Nonne mater ejus dicitur Maria, et fratres ejus Jacobus et Joseph et Simon et Judas: et sorores ejus nonne omnes apud nos sunt? Undè ergò huic omnia ista? Matth. cap. XIII, vv. 55, 56—2 Joann. XV, 16.—3 Id. XX, 21.

¡Qué orígen tan excelso, hermanos mios! ¡qué rango tan sublime! ¡qué lugar tan encumbrado en la escala de todas las gerarquías! ¡qué vocacion tan santa! La misma voz que puso al Sumo Sacerdote Aaron al frente del antiguo culto de los hijos de Israel; la misma voz que hacia subir entre los judíos tal vez á un hombre ignorado hasta el rango de profeta; la misma voz que asoció á la mision del Mesías á los humildes pescadores de Galilea, é hizo pasar del telonio al cuerpo de los apóstoles y figurar en el rango de los evangelistas á un publicano, es la que llama, con todo el ascendiente de la gracia y el derecho del mas pleno poder, al ministerio de los altares á cada uno de los que reciben la imposicion de las manos. ¿Dónde está, pues, la ascendencia ilustre que pueda sostener un paralelo con el sacerdocio cristiano en la cuestion de la nobleza? ¿dónde los títulos capaces de igualar á los que exhibe uno de sus ministros á los ojos de la fe? ¿dónde un rango que pueda figurar sin eclipse junto á uno de estos que representan aquí al mismo Cristo en Persona? ¡Ah! no es posible dar un solo paso con la reflexion, para seguir la marcha del sacerdocio, sin quedar profundamente abismado, sin anonadarse ante una magestad que apénas cabe en la tierra!

¿Y qué os diré, católicos, de esa preparacion tan dilatada, misteriosa y espiritual que la santa Iglesia exige para conferir la sublime potestad del sacerdocio? ¡Qué votos los que presiden al humilde rendimiento de la voluntad á la vocacion del cielo! Una serie de prácticas, dirigidas todas á formar el espíritu eclesiástico, disponen á cada uno para el solo hecho de ingresar al cuerpo del clero; y desde ese momento en que, para servirme de la sagrada frase de la Iglesia, deja el hombre para siempre la ignominia del hábito secular para recibir el humilde pero glorioso uniforme de la milicia sagrada, va recorriendo paso á paso una escala ascendente, cuyos grados le hacen subir de dignidad en dignidad, hasta que, recibiendo con la imposicion de las manos el sacerdocio, entra en la posesion de un poder el mas grande y excelso que ha ejercido el hombre sobre la tierra. ¿Queréis, empero, presenciar su inauguracion solemne, saber en qué consiste la potestad que el mismo Dios le comunica, y ver hasta dónde llega la grandeza consiguiente á tan elevado carácter? Vedle postrado á los piés del Pontífice. Ved á éste cómo, levantando su voz, le advierte, inculca y encarece los grandes objetos que abraza la mision del sacerdocio; el espíritu con que debe acercarse á recibir un órden cuya sublimidad bastaria para sobrecoger de temor á los mismos ángeles; la solicitud incansable con que incesantemente debe trabajar en hacerse digno mas y mas cada dia, con su esmero en adquirir la perfeccion, con la rectitud de su conducta y las virtudes que en él resplandezcan, de un carácter verdaderamente divino, cual es el que recibe. Pone á su vista, como ejemplos ilustres, el sacerdocio de la Lei antigua, aquellos setenta ancianos que profetizaban á los presbíteros de la Lei nueva, y aquellos setenta y dos discípulos que Jesucristo envió de dos en dos á predicar. Enséñale cómo esa cadena gerárquica, formada por los varios órdenes del clero y correspondiente á diversos ministerios, no forma sino un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Jesucristo en su parte mas noble, en su mas preciada hermosura, y cómo tan alta representacion es una lei que le impone como un estrecho deber el de ser santo como Jesucristo es santo, y esforzarse todo por imitar, en su conducta, en su porte y en el ejercicio del ministerio, á este modelo divino. Su poder, consiguiente del todo á la mision que se le otorga, tiene cinco objetos diversos y un fin á que se encaminan todos. ¿Cuales son aquellos? Ofrecer, bendecir presidir, predicar y bautizar. ¿Cuál es el fin? La gloria de Dios en la santificacion y salvacion de los hombres por medio de tan augustos ministerios.

¿Y qué ofrece el sacerdote? Ofrece al mismo Jesucristo. ¿Veis á este hombre tomar las vestiduras sagradas, como el Verbo de Dios tomó nuestra humanidad; marchar lentamente hácia el altar, como Jesucristo Señor nuestro descendió del cielo á la tierra, de la eternidad al tiempo, y hecho hombre, caminó lentamente con el reposo de la Magestad, si bien de una manera oculta, durante la mayor parte de su vida, desde las pajas de Belen hasta las cumbres del Gólgota? ¿Veisle hacer una grave pausa con recogimiento profundo ántes de acercarse al *Sancta Sanctorum*, humillar su frente delánte del Eterno, confesándose reo é indigno de ejercer una mision tan augusta, como Jesucristo ántes de comenzar su mision pasó cuarenta dias en el Desierto, consagrando con su exemplo la penitencia del hombre, y ántes de consumar su sacrificio, se postró delante de su Padre como un reo cargado de los pecados del mundo? ¿Veisle asirse de la esperanza de ser vivificado por la misericordia del Señor para acercarse al altar, pidiendo fervorosamente quedar limpio y purificado de toda culpa con el fin de llamar á sus manos y conducir á su pecho á la Magestad eterna de un Dios? ¿Veisle visitar en espíritu las catacumbas, evocando las sagradas reliquias que ellas depositan, como apoyo de los ruegos que dirige á la divina misericordia para ser perdonado? ¿Veisle asociar al pueblo á su oracion, repasar las memorias de los primeros operarios evangélicos, y hacer una travesía misteriosa de recuerdos y plegarias, á fin de irse acercando mas y mas hasta el grado de pureza que demanda el incruento Sacrificio que debe ofrecer al Eterno? ¿Veisle tomar el pan en

sus manos y despues el vino, hacer de ambas cosas una oblacion mística, referir á esta oblacion sus nuevas y fervorosas preces, volver á tomar estas dos sustancias en sus manos, y con ellas á la vista, pronunciar en persona del mismo Jesucristo las palabras misteriosas? Pues, católicos! recoged vuestro espíritu en presencia de este espectáculo; asíos fuertemente de toda vuestra fe para contemplarle; arrojad mui léjos de vosotros cuanto hiere ó afecta los sentidos; sacudid noblemente los pensamientos que no pertenecen á la eternidad; quedad absortos en presencia del misterio que se consuma cuando en los labios del ministro espira la última palabra de la Consagracion! En este momento supremo, en este acto misterioso y sublime, sobre esa ara de piedra, se obra un prodigio, es poco; un milagro, es poco; una cosa superior á la creacion misma, es poco todavía: se obra lo que no vió el ojo miserable del hombre, lo que no comprende bastantemente la inteligencia del ángel; se obra una cosa que oprime la inteligencia, vence la palabra, enagena el espíritu, arroba y extasía profundamente á los moradores del Empíreo....! ¿Veis esa figura, esas apariencias de pan y vino, que pocos momentos há eran una realidad, y actualmente han dejado de existir? Pues acabó el pan, acabó el vino: allí no hai otra cosa que el Cuerpo y la Sangre del Redentor del mundo...! ¡Ah, católicos! si tuviésemos aquella fe que tan augusto misterio demanda; esa fe, cuyo esplendor opaca los horizontes iluminados por el astro de los dias, y las brillantes luces de los mas esclarecidos ingenios; esa fe que basta para aniquilarlo todo en presencia del Dios de la vida, y hace olvidar el Universo y cuanto contiene á la vista interior del que le crió; ¿cuál quedaríamos todos en presencia del Sacerdote, cuando con solo abrir sus labios y articular en persona de Cristo las palabras de la Consagracion, hace descender á sus manos real y personalmente al Hombre-Dios, y le radica en la tierra, depositándole en el Tabernáculo, y hace por este medio que esté continuamente habitando con nosotros durante nuestra carrera mortal?

¡Qué gracias pues, hermanos mios, no saldrán de esas manos consagradas con el Cuerpo de Jesucristo mismo, cuando se mueván para bendecir! ¡Con qué derecho este sacerdote se pone al frente de las juntas de los fieles presidiéndolos á todos en el Nombre de Jesucristo! ¡Cuál será la virtud que se derrama por los pueblos con la palabra que sale de sus labios, cuando subiendo á las alturas, anuncia el Evangelio con su predicacion en las numerosas asambleas de los fieles? ¡Qué digno y poderoso aparece, cuando en la sagrada fuente regeneradora recibe al niño en sus brazos, baña su frente con el agua, y en el Nombre de la Trinidad Augusta le hace renacer en el Espíritu Santo, y le coloca en el nuevo reino, trocando la vestidura hereditaria de la primera culpa con el cándido lino de la inocencia recuperada en el Bautismo!

Mas no nos detengamos aquí, hermanos mios: porque todos estos ministerios, con ser tan grandes, no circunscriben los límites del poder otorgado al sacerdote por el mismo Jesucristo. Despues de haber dado el Pontífice al nuevo presbítero la vestidura que representa la caridad propia de tan augusto ministerio; despues de haberle otorgado la potestad para ofrecer á Dios y celebrar por sí mismo el Sacrificio incruento en favor de los vivos y los difuntos, y despues de haber hecho sonar en sus oidos aquellas palabras de Jesucristo á sus apóstoles en la noche de la Cena: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos mios:" termina la serie de otorgamientos, cuyo conjunto representa la suma del poder sacerdotal, poniendo sus manos en la cabeza del sacerdote, y diciéndole al mismo tiempo: "Recibe el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis; y quedan retenidos á los que se los retuviéreis." [1] Dice; imprime sobre él un ósculo reverente de caridad; engalana sus hombros con la estola de la inocencia, y le despide con su bendicion á resplandecer con la luz de la virtud y de la doctrina, y á renovar todos los dias el Sacrificio incruento, y á esparcir entre los fieles la semilla de la palabra evangélica, y á introducir en el seno de la Iglesia por el Bautismo á los que arriban á la vida, y á despedazar el yugo del demonio, desatando á las almas penitentes rendidas á sus piés de las ligaduras tiránicas del pecado.

Y no imaginéis, hermanos mios, que al poner á vuestra vista la venerable ceremonia de la ordenacion sagrada, con el fin de que presenciéis la comunicacion de ese poder ejercido por el sacerdote, no imaginéis, digo, que haya en esto cosa ninguna que no hubiese sido instituida inmediatamente por el mismo Jesucristo. Ya os he dicho cómo al instituir el Sacramento de la Eucaristía, comunicó á sus apóstoles, y en ellos á cuantos habian de sucederles en la serie de los siglos, la potestad explícita de hacer aquello mismo en representacion y memoria suya: y ahora solo añadiré que la concesion de esa potestad sublime de perdonar ó retener los pecados, fué hecha por el mismo Jesucristo á los apóstoles dos veces: una en el curso de su predicacion, cuando les dijo: "Todo lo que atáreis sobre la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatáreis sobre la tierra, será desatado en el cielo;" [2] y otra despues de resuscitado cuando, estando ellos reunidos á puerta cerrada, los sorprendió, pe-

1 Joann. cap. XXI, v. 22 y 23.— 2 Math. cap. VIII, v. 18.

netrando en aquel recinto sin abrir las puertas, y arrojando sobre ellos el aliento, les dijo: "Recibid el Espíritu Santo: quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes *vosotros* los perdonáreis, y quedan retenidos á los que se los retuviéreis *vosotros*."

Ved, pues, hermanos mios, cómo del mismo Jesucristo Señor nuestro se deriva inmediatamente, y de la manera mas clara y visible, toda la potestad que los sacerdotes ejercen segun sus diversos ministerios, siendo con toda verdad sus representantes natos, pues los envió El del mismo modo que El habia sido enviado por su Padre. Ved aquí, no solamente el orígen divino, sino tambien la independencia del ministerio católico: porque, venido del mismo Jesucristo sin intervencion alguna de ningun poder humano, es superior á todo poder, á toda razon, á toda voluntad, á todo influjo terreno. Ved aquí la libertad de derecho que tan augusto ministerio tiene para su ejercicio, y como este concepto es, no solo una verdad y un título de inmediata consecuencia, sino tambien un principio establecido y una sentencia pronunciada por el mismo Juez de vivos y muertos. "El que os oye á vosotros, me oye á mí, y el que á vosotros os desprecia, me desprecia á mí;" dijo en cierta ocasion, así como en otra lanzó un tremendo anatema contra cualquiera de los enemigos contumaces del sacerdocio; diciendo: "Si no oyere á la Iglesia, sea para tí como gentil y publicano."[1]

¿Pero quereis que os hable del solemnísimo acto en que instituyó el Redentor del mundo en toda su plenitud la mision del sacerdocio católico? Trasladáos conmigo en espíritu al memorable dia en que Jesus, ya resucitado y poco ántes de regresar al cielo, da una cita solemne á sus apóstoles para la montaña de Galiléa. Vedle aparecer allí con toda la magestad de su triunfo, hacer sentir á los fundadores del nuevo reino, á los primeros pontífices del cristianismo, á los depositarios de su espíritu y de su amor, á los mas antiguos representantes de su Augusta Persona, á los primeros legatarios de un mundo ciego para ilustrarle, corrompido para purificarle, muerto para tornarle á la vida, toda la magnificencia de su rango, toda la suma de su poder y toda la grandeza de su ministerio.

Vedle, católicos: ved ese cuadro; contemplad la Persona que le domina; notad el rendido vasallaje de los apóstoles y su respetuosa expectativa de lo que va á suceder. Toda la Iglesia docente, no solo de entónces, sino de los siglos futuros, parece recogerse allí, ocupando la supercie de aquella montaña privilegiada. Todos los astros del nuevo cielo, soles esplendentes que habian de cruzarse sobre la tierra

1 Math. cap. XVIII, v. 17.

derramando la luz celestial, custodios y distribuidores excelsos de la verdad eterna; todos los miembros de la sagrada tribu, que habian de sucederse despues, me parece que, arribando á la existencia muchos siglos ántes que les llegue su dia, suben desde las posteridades mas remotas, y unidos con los ángeles y con todos los justos de la Ley antigua, llenan con su presencia aquellos espacios, para asistir personalmente á la divina inauguracion del sacerdocio católico. Oid, hermanos mios, á Jesucristo: escuchad lo que vierte por sus labios el Verbo Eterno, la Sabiduría increada: recoged en vuestras mentes las palabras que pronuncia, este nuevo *fiat* mui mas fecundo que el que hizo brotar al Universo de la nada, pues de él se hallaba pendiente, para llegar á su plenitud, toda la Iglesia católica. Jesucristo, poniendo á la vista de sus apóstoles la vasta extension del Universo, recogiendo en presencia de ellos la indefinida carrera de los siglos, y sometiendo á la autoridad que va á concederles todas las generaciones, les dice: "A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos, que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos."[1]

¡Qué cuadro, hermanos mios! ¡qué escena! ¡qué solemnidad tan sublime! ¡qué inauguracion tan augusta! Todo lo habia hecho ya el Salvador, todo lo tenia perfectamente declarado, nada le quedaba por hacer ni por decir para acreditar al sacerdocio ante las naciones como una obra exclusivamente suya; y sin embargo, no quiere regresar al cielo sin hacer una ratificacion solemnísima, una institucion pública y magnífica del poder que dejaba establecido en la tierra. Con tal objeto los reune, les manda partir por todo el Universo, predicar á toda criatura, y llevar la fe á todos los pueblos con una sancion eficaz, cual es la vida eterna para los que crean, y la eterna muerte para los que no quieran creer:[2] les da la mision de bautizar, y con ella la de administrar todos los sacramentos que dejaba instituidos: los declara preceptores natos y maestros divinos de todo el género humano, mandándoles instruir á todas las naciones: los pone en posesion del poder dogmático y moral, y de la jurisdiccion mas plena: se identifica con ellos, no solamente por haber dicho que el que los oye le oye, y el que los desprecia le desprecia, y aun por haber lan-

1 Matth., cap. XXVIII, vv. 18, 19, 20.— 2 Euntes in mundum universum: prædicate Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit: qui verò non crediderit condemnabitur. Marc., cap. XVI, vv. 15 y 16

zado un terrible anatema sobre los que no quisiesen oir á la Iglesia, sino tambien por la formal y explícita promesa que les hizo á todos, ya para concluir, de estar siempre con ellos hasta la consumacion de los siglos.

¿Dónde está pues, os preguntaré ahora, el fundamento de esa ceguedad inexplicable de un mundo que desconoce la dignidad suprema del sacerdocio? ¿Cómo excusar esta conducta bárbara despues de esa revolucion inmensa producida en la tierra por el advenimiento del Mesías, y de la solemnidad que con Este instituyó, dignificó, autorizó y engrandeció en sumo grado al sacerdocio? ¿No es necesario, decidme, para llegar al extremo de desconocerle, de despreciarle, de verle con tal indiferencia, no solo renunciar á la fe, sino aun despojarse del sentido comun? ¿Dónde hallar, entre todas las instituciones humanas, una mas firme, una mas poderosa, una mas visible? ¿Dónde hallar un esplendor tan vivo como el que brilla en la frente del sacerdote cristiano? ¿dónde una elevacion comparable siquiera con la altura en que colocó Jesucristo á los que ejercen este divino poder en la tierra?

¡Qué grande, católicos, qué augusto aparece á mis ojos el hombre, cuando despues de haberle visto naufragar tantas veces con todo lo que poseia de mas brillante y fuerte, le miro aparecer en el mundo dignificado con un carácter, honrado con una mision, enaltecido con un poder, que le manifiestan, no solamente como el soberano de la conciencia en toda la tierra, sino tambien como príncipe respetado y glorificado en los cielos! Yo bien sé que la divina posibilidad no tiene límite ninguno; yo bien sé que la mirada del hombre no es capaz de recorrer el horizonte infinito que la Omnipotencia tiene delante de sí: pero cuando veo que un hombre aparece como socio del mismo Jesucristo, como plenipotenciario suyo en todos los paises y en todos los siglos; cuando veo que, en consecuencia de su carácter, tiene pendiente de sus labios á todo un Dios para hacerle descender de los cielos á la tierra, y pesa en sus manos los destinos eternos de toda la humanidad, confieso que no me es posible dar un paso mas allá en la contemplacion de lo que Dios puede para engrandecer al hombre, y me veo tentado de afirmar que la dignidad sacerdotal es la mayor y la mas excelsa que su liberalidad infinita ha podido conceder á una pura criatura.

Pero no basta, hermanos mios, ver la grandeza del sacerdocio en la dignidad de su carácter, en la extension de su poder y en el objeto de su mision: es necesario contemplarle asimismo en el ejercicio y desarrollo constante de este poder, en la accion y el influjo moral de su ministerio, en el establecimiento y la marcha de la religion,

en el cuadro general de las costumbres, en las necesidades inmensas de la humanidad, en las instituciones sociales y en la carrera de la civilizacion. No basta disipar con el esplendor de su grandeza las tinieblas espesas de un mundo ciego que le desconoce: es necesario al mismo tiempo mostrar los inmensos beneficios que ha hecho constantemente á la sociedad, y los incontestables derechos de su accion al reconocimiento de todo el género humano, para confundir al mundo ingrato que le aborrece y persigue.

SEGUNDA PARTE.

¿Veis, hermanos mios, á esas personas cuyo misterioso retiro, cuyo continente modesto, cuyo traje humilde atraen de continuo en ciertas épocas las despreciativas miradas, y provocan el odio encarnizado y excitan la rabiosa furia de un mundo ciego y carnal? ¿Veis esa tribu repartida en los altares, en los templos, en los asilos del dolor y la miseria que afligen á la humanidad; esa clase, cuyos respetos dieron un tiempo el tono á las sociedades católicas, y han disminuido á medida que desaparecen de ellas la vida de la fe, y el supremo interes de la virtud, y el deseo de la vida eterna? ¿Veis el insolente orgullo con que los sabios y los fuertes del siglo vuelven hácia ellos una mirada irónica en los instantes mismos en que celebran los misterios augustos, difunden la verdad católica ó desarrollan la accion de su poder moral en favor de las conciencias? Pues yo os diré que estos hombres del desprecio, del olvido, de la ironía, de la diatriba; estos hombres, objeto cuando ménos de la indiferencia mundana, constituyen la personalidad ilustre de una institucion que debe ser vista, no solamente como la mas augusta, la mas grande, la mas excelsa, las mas poderosa de cuantas han existido sobre la tierra; no solamente como la mas digna, soberana y superior á todas porque su inauguracion en el reino de Dios se levanta sobre todas, y las reduce á entidades puramente transitorias, á objetos pequeñísimos que apénas se perciben, á una especie de nadas, que brillan para desaparecer; sino tambien como la mas fecunda para producir todo linaje de bienes entre los hombres, como el instrumento de esa gran restauracion obrada en el mundo entero desde el establecimiento del cristianismo, como la depositaria de la verdad eterna, la maestra de la razon, la reguladora de las costumbres, la tutela de las leyes, el apoyo de las instituciones sociales, y la garantía permanente de la feli-

zado un terrible anatema sobre los que no quisiesen oir á la Iglesia, sino tambien por la formal y explícita promesa que les hizo á todos, ya para concluir, de estar siempre con ellos hasta la consumacion de los siglos.

¿Dónde está pues, os preguntaré ahora, el fundamento de esa ceguedad inexplicable de un mundo que desconoce la dignidad suprema del sacerdocio? ¿Cómo excusar esta conducta bárbara despues de esa revolucion inmensa producida en la tierra por el advenimiento del Mesías, y de la solemnidad que con Este instituyó, dignificó, autorizó y engrandeció en sumo grado al sacerdocio? ¿No es necesario, decidme, para llegar al extremo de desconocerle, de despreciarle, de verle con tal indiferencia, no solo renunciar á la fe, sino aun despojarse del sentido comun? ¿Dónde hallar, entre todas las instituciones humanas, una mas firme, una mas poderosa, una mas visible? ¿Dónde hallar un esplendor tan vivo como el que brilla en la frente del sacerdote cristiano? ¿dónde una elevacion comparable siquiera con la altura en que colocó Jesucristo á los que ejercen este divino poder en la tierra?

¡Qué grande, católicos, qué augusto aparece á mis ojos el hombre, cuando despues de haberle visto naufragar tantas veces con todo lo que poseia de mas brillante y fuerte, le miro aparecer en el mundo dignificado con un carácter, honrado con una mision, enaltecido con un poder, que le manifiestan, no solamente como el soberano de la conciencia en toda la tierra, sino tambien como príncipe respetado y glorificado en los cielos! Yo bien sé que la divina posibilidad no tiene límite ninguno; yo bien sé que la mirada del hombre no es capaz de recorrer el horizonte infinito que la Omnipotencia tiene delante de sí: pero cuando veo que un hombre aparece como socio del mismo Jesucristo, como plenipotenciario suyo en todos los paises y en todos los siglos; cuando veo que, en consecuencia de su carácter, tiene pendiente de sus labios á todo un Dios para hacerle descender de los cielos á la tierra, y pesa en sus manos los destinos eternos de toda la humanidad, confieso que no me es posible dar un paso mas allá en la contemplacion de lo que Dios puede para engrandecer al hombre, y me veo tentado de afirmar que la dignidad sacerdotal es la mayor y la mas excelsa que su liberalidad infinita ha podido conceder á una pura criatura.

Pero no basta, hermanos mios, ver la grandeza del sacerdocio en la dignidad de su carácter, en la extension de su poder y en el objeto de su mision: es necesario contemplarle asimismo en el ejercicio y desarrollo constante de este poder, en la accion y el influjo moral de su ministerio, en el establecimiento y la marcha de la religion,

en el cuadro general de las costumbres, en las necesidades inmensas de la humanidad, en las instituciones sociales y en la carrera de la civilizacion. No basta disipar con el esplendor de su grandeza las tinieblas espesas de un mundo ciego que le desconoce: es necesario al mismo tiempo mostrar los inmensos beneficios que ha hecho constantemente á la sociedad, y los incontestables derechos de su accion al reconocimiento de todo el género humano, para confundir al mundo ingrato que le aborrece y persigue.

SEGUNDA PARTE.

¿Veis, hermanos mios, á esas personas cuyo misterioso retiro, cuyo continente modesto, cuyo traje humilde atraen de continuo en ciertas épocas las despreciativas miradas, y provocan el odio encarnizado y excitan la rabiosa furia de un mundo ciego y carnal? ¿Veis esa tribu repartida en los altares, en los templos, en los asilos del dolor y la miseria que afligen á la humanidad; esa clase, cuyos respetos dieron un tiempo el tono á las sociedades católicas, y han disminuido á medida que desaparecen de ellas la vida de la fe, y el supremo interes de la virtud, y el deseo de la vida eterna? ¿Veis el insolente orgullo con que los sabios y los fuertes del siglo vuelven hácia ellos una mirada irónica en los instantes mismos en que celebran los misterios augustos, difunden la verdad católica ó desarrollan la accion de su poder moral en favor de las conciencias? Pues yo os diré que estos hombres del desprecio, del olvido, de la ironía, de la diatriba; estos hombres, objeto cuando ménos de la indiferencia mundana, constituyen la personalidad ilustre de una institucion que debe ser vista, no solamente como la mas augusta, la mas grande, la mas excelsa, las mas poderosa de cuantas han existido sobre la tierra; no solamente como la mas digna, soberana y superior á todas porque su inauguracion en el reino de Dios se levanta sobre todas, y las reduce á entidades puramente transitorias, á objetos pequeñísimos que apénas se perciben, á una especie de nadas, que brillan para desaparecer; sino tambien como la mas fecunda para producir todo linaje de bienes entre los hombres, como el instrumento de esa gran restauracion obrada en el mundo entero desde el establecimiento del cristianismo, como la depositaria de la verdad eterna, la maestra de la razon, la reguladora de las costumbres, la tutela de las leyes, el apoyo de las instituciones sociales, y la garantía permanente de la feli-

cidad. Consagrada por mas de diez y ocho siglos al servicio de la humanidad entera, trabajando incesantemente para defender la verdad, estirpar los vicios, plantar y propagar la virtud, estrechar mas y mas los vínculos entre Dios y el hombre con la accion de su ministerio, y aun impulsar todos los adelantos científicos, los progresos de las artes, dignificándolas y engrandeciéndolas, difundir la civilizacion, y socorrer constante y universalmente las inmensas necesidades que aquejan á la menesterosa humanidad, es hoi, como siempre ha sido, y no dejará de ser nunca, la clase benemérita por excelencia para con todo el género humano. ¿Dónde hallaréis, católicos, una virtualidad para el bien como la de estos hombres que, obrando á la par sobre lo mas pequeño y lo mas grande que arrastran los siglos en su curso, alivian con la caridad la miseria, enfrenan con su poder las pasiones aun cuando aparecen colocadas bajo el sólio, y con las garantías de la conciencia y de la lei, y con las reservas de una responsabilidad eterna, salvan la subsistencia del órden público en todas las sociedades?

Si yo pretendiese comprobar los inmensos méritos del sacerdocio, señalando uno por uno á los ojos de vuestra admiracion los monumentos que ha dejado en su dilatada y laboriosa carrera, los esfuerzos supremos que ha hecho siempre por salvar de la herejía y del error la doctrina y la ciencia, poner las virtudes á cubierto de la contaminacion de los vicios, dilatar los dominios de la piedad, fecundar los sentimientos de esa virtud expansiva que abre sus brazos á todos los hombres, aliviar las pesadumbres, curar las heridas, remediar las miserias y enjugar las lágrimas de la humanidad atribulada, no acabaria por cierto; pues una empresa de esta naturaleza traspasa con mucho los límites propios de esta clase de discursos. No, católicos: la hoja de los servicios que ha prestado el clero á todo el género humano está representada en la inmensa voz de la tradicion de diez y ocho siglos, en los innumerables volúmenes de la historia, en los mas grandiosos monumentos que han poseido y poseen todos los pueblos desde mucho ántes que se consumara el triunfo de la milicia sagrada despues de una guerra de tres siglos sobre el paganismo y sus césares. No es posible ciertamente mencionar cada uno de los pormenores cuando se trata de una accion fecundísima y en cierto modo infinita, que no ha dejado ni un solo dia de obrar y favorecer á los hombres. Mas, ya que es preciso decir algo, ya que es preciso acomodar en cierto modo la noble defensa del sacerdocio á la ruda y odiosa guerra que se le hace, y ya que se le ataca en el órden religioso, moral y social, echemos una ojeada sobre estos tres órdenes; pues no se necesita otra cosa para

resumir en cierto modo los grandes beneficios que la humanidad entera debe á esta institucion venerable.

¿Quién duda, hermanos mios, que el primero, el mas grande y el mas fecundo bien que pueden disfrutar los individuos y los pueblos es el de conocer y profesar una religion verdadera? ¿No es la religion el vínculo que une al Criador con la criatura, el secreto que aproxima el cielo á la tierra, el depósito de esas verdades que, disipando las tinieblas de los siglos ponen á plena luz el orígen de todas las existencias, el objeto de la creacion, el código de la conducta, el cuerpo de los principios universales en que se funda la perfeccion individual y social? ¿No es la religion el gran derrotero de los caminos de la dicha, por explicarme así, la virtud por excelencia que sostiene al hombre individuo, al hombre familia, al hombre nacion, al hombre en todas sus situaciones diversas, hasta realizar sus mas nobles y santas aspiraciones á la felicidad? ¿No es la religion el primer objeto que descuella en el pensamiento y accion de todos los pueblos? ¿No es la religion el centro de ese mundo misterioso que cautivó desde la antigüedad mas remota la inteligencia y el genio de todos los filósofos y de todos los sabios? ¿No es la religion el por qué de la constante accion de la Providencia sobre la humanidad, el pensamiento que inspiró al Criador el designio de hacer al hombre á su imágen y semejanza? ¿No es la religion la causa que movió á la misericordia divina para reparar las ruinas del Paraíso con las promesas magníficas de un Redentor? ¿No es la religion el carácter dominante de todo lo que hai de mas ilustre, noble y elevado en la historia de los antiguos patriarcas, de los profetas y de todas instituciones del pueblo de Israel? ¿Cómo pues, católicos, ha podido llegar el hombre al extremo de ceguedad y embrutecimiento que es necesario para negar la primacía, desconocer el carácter y atacar los derechos supremos de la religion? ¿Cómo es posible, dado caso que no se llegue hasta estos extremos, admitir la idea en el órden especulativo, y negar la institucion en el órden práctico? ¿Cómo es posible reconocer la existencia de la institucion, y eliminar de ella al sacerdocio católico? ¿Cómo es posible conocer las relaciones esenciales que entre éste y aquella existen, y no rendir á la respetable personalidad del ministerio los tributos de reconocimiento que por derecho le corresponden?

Pero el hecho es que tal ha sido siempre, y no dejará de ser nunca, el carácter distintivo de la ingratitud. Enconada siempre contra su víctima, tiene que hacer una carrera de inconsecuencias, tiene que sacrificar ante todo sus convicciones, tiene que cerrar sus ojos para no ver la luz, tiene que lanzarse á la desvergüenza mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desenfrenada para destruir y arrasar todos los diques levantados para contenerla, por la historia, el sentimiento público y la razon comun. Este ha sido en todos tiempos el cuadro que presenta la ingratitud en su lucha con la noble munificencia, en su rebeldía contra la caridad, aun en los momentos mismos en que recibe las benignas influencias de sus instituciones.

¿Será extraño, católicos, en vista de esto, que la accion del sacerdocio en la tierra presente unidos en la historia lo que la caridad tiene de mas heróico para favorecer al género humano, y lo que la ingratitud tiene de mas horrible para explicar su encono contra la beneficencia fecunda é infatigable de los operarios evangélicos? El hecho es que los anales del cristianismo hieren al entendimiento y al corazon á cada paso con este lamentable contraste, y no parece sino que, para hacer el bien, es necesario resolverse de antemano á reportar las consecuencias de la mas odiosa ingratitud. Sin embargo, la caridad, gran principio que anima constantemente á la Iglesia y que forma su espíritu, es benévola, es paciente, sufrida, segun la bella expresion de San Pablo: no busca la propia gloria del hombre, sino la gloria de Dios: no envidia los bienes perecederos de la tierra, sino que siempre anhela por las delicias inefables del amor divino; y como vive siempre de Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo, nunca por motivo ninguno se cansa ni retrae de hacer el bien y hacerle sin medida. Si el sacerdocio, hermanos mios, á ejemplo de la sabiduría y del heroismo del siglo, no tuviese otra mira que buscar sus propios intereses, su comodidad y su elevacion aquí, no hubiera podido ni aun dar sus primeros pasos, en vista de los obstáculos que desde el orígen de su carrera le presentaban constantemente las pasiones. Pero como no ha trabajado nunca sino en el sentido propio de su institucion, como el pensamiento, la palabra y la accion fecunda de su ministerio se dirigen y encaminan á la gloria de Dios, tienen por objeto cumplir sus designios en la tierra, por código el Evangelio, y por modelo á Jesucristo mismo, no hizo alto nunca en las contradicciones humanas, ni la guerra de la ingratitud con que fué siempre correspondido ha podido contener jamas los esfuerzos heróicos de su celo.

Vedle, si no, acometiendo á la empresa de cambiar la faz religiosa del mundo, de someter millones de idólatras á la creencia de la unidad de Dios, naciones enteras miserablemente hundidas en el inmenso piélago de los vicios, á la lei severa de la expiacion, al culto de la penitencia, al sacrificio heróico de la mas universal y constante abnegacion. Representaos, hermanos mios, lo que era el mundo todo respecto de la religion y la moral en aquellos tiempos en

que tuvo su inauguracion solemne la divina institucion del sacerdocio; y á la vista del maravilloso cambio que al cabo de algun tiempo sufrió el mundo en fuerza de la predicacion evangélica, de la solicitud sacerdotal en todas líneas, quedaréis tan profundamente convencidos de los incomparables méritos del sacerdocio, como asombrados de la monstruosa ingratitud con que se le juzga, y del odiosísimo encono con que se le ha perseguido.

En efecto, católicos: no puede traerse á la memoria ninguna de aquellas épocas, ni aun la mas ilustrada y culta de la antigüedad pagana, sin estremecerse de espanto á la vista de aquella prodigiosa y casi inconcebible corrupcion. Todo estaba desquiciado, todo habia sufrido la mas abominable transformacion, todo sin excepcion, desde la cuna hasta el sepulcro en la carrera de la vida, desde el techo doméstico hasta la sociedad civil, desde las Pirámides hasta el Capitolio. ¿Qué diré de la religion? La creencia de aquellos pueblos, perdiendo el instinto de la divinidad á medida que multiplicaba sus dioses, degeneró por el carácter monstruoso del culto en una bárbara y abominable supersticion en los pueblos, y en un ateismo mas ó ménos disfrazado pero mui fácil de descubrir en los filósofos. Al lado de la casta Vesta descollaban los altares de la prostituta Vénus, y bastaba ser un monstruo en cualquiera género para llegar á los honores del apotcósis. Los vicios mas odiosos y repugnantes á la par que las virtudes, los impostores á la par que los sábios, las bestias á la par que los hombres, los séres inanimados á la par que los brutos, divinizados por el entusiasmo bárbaro y carnal de un pueblo ciego, formaban aquella república celeste que sería inconcebible hoi sin los restos monumentales que ha respetado el tiempo, sin las memorias de la tradicion y la voz de la historia.

A este monstruoso desórden de la razon y de los sentimientos en sus relaciones con las creencias y con el culto, era consiguiente, católicos, el desórden de las costumbres: porque si la religion, con sus dogmas, con sus preceptos y con sus prácticas, es el todo para la perfeccion y dicha del género humano cuando es la religion verdadera, es tambien una corriente de males para el individuo y para los pueblos cuando es falsa en sus principios, caprichosa en sus formas, bárbara en sus prácticas y esencialmente anárquica en su conjunto, como lo era el politeismo. El Padre del Bautista, inspirado en los momentos de recobrar el habla para cantar el advenimiento de la felicidad á la vista de su hijo destinado para ser el Precursor del Mesias, resumió en dos palabras el estado del mundo en los momentos en que ya estaba para instituirse por Jesucristo mismo, despues de sacrificado en la Cruz, la mision sublime del sacerdocio

cristiano. Este mundo, que habia de ser el objeto de tal mision, como un ministerio de gracia y de felicidad para multiplicar los frutos de la Redencion, se presentaba entónces á la vista del Profeta "sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte:" tinieblas que representaban ó la negacion ó la falsedad de la religion, muerte que explicaba los últimos extremos de la corrupcion y gangrena del órden moral.

No me detendré, pues, hermanos mios, á trazaros en sus tristes pormenores aquel odioso cuadro: no señalaré con el dedo, á la vista de su incontrastable conjunto, aquellos dos tercios del género humano esclavizados para servir á las pasiones de sus odiosos señores, á fomentar sus infames placeres, á mantener siempre vivas y cada dia mas impetuosas las corrientes mortalmente pestíferas de la sensualidad. No os hablaré de aquel señorío que disponia libremente de la vida y de la muerte, conservando ó sacrificando á los miserables esclavos, agotando sus fuerzas miéntras podian servir á sus crímenes, y abandonándolos á la muerte cuando ya tocaban á la vejez. No traeré á la memoria el deplorabilísimo desconcierto de la vida doméstica en los tiempos del paganismo, consiguiente á la condicion miserable de la muger, reducida á la mas odiosa esclavitud, tiranizada en su vocacion, sacrificada en su estado, sin libertad mas que para gemir, y alternando, digámoslo así, entre el vandalismo de la hermosura ó la esclavitud del matrimonio. Tampoco llamaré vuestra atencion hácia esa Roma de los recuerdos y de los encantos, de las debilidades y del heroísmo, de los vicios y de las virtudes, reina de todos los tiempos en medio de sus vicisitudes diversas, Metrópoli del mundo antiguo por sus rápidas y universales conquistas, propietaria de la antigua sabiduría por sus afanosas tareas, émula de la Grecia con el poder de la palabra, noble y severa cuando se consagra al culto de la libertad en los mejores tiempos de la república, caprichosa pero irresistible cuando inmolándola con el cetro dominaba sin contradiccion en el mundo, para mostraros aquellos circos, aquellos anfiteatros, pasando por tan diversos destinos, erigidos por la fastuosa vanidad al recreo, trasformados en teatro de la muerte para los placeres de la vida por aquellas cortes, gastadas en sus infames deleites, que multiplicaban los espectáculos de sangre para buscar estímulos; aquellos millares de gladiadores despedazándose entre sí, ó devorados por las fieras, adulando á los magnates con la muerte y divirtiendo al pueblo espectador con la sangre, ni aquella curiosidad inexplicablemente cruel que parecia despoblar al mundo en la sucesiva concurrencia de los espectadores, para recogerle estático en sus sangrientos espectáculos. No: llena está la historia de estas tristes narraciones, de estas escenas que, aun despues de tantos siglos, nos hacen estremecer. Ninguno de vosotros ignora que el mundo resucitó despues de Jesucristo, y por esto la Iglesia le pinta con su innata sublimidad é inimitable belleza, matando la muerte con su muerte y restaurando la vida al salir triunfante del sepulcro. Sí, aquellas tenebrosas épocas, aquellos corrompidos pueblos, aquellas sociedades tan brillantes como bárbaras, volviendo al caos despues de sus filósofos, consumidas en los vicios despues de sus moralistas, alternando entre la insurreccion y la tiranía despues de sus legisladores, no eran sino tinieblas y muerte, segun la sublime expresion del Profeta. Sí, hermanos mios: todo habia concluido ya, cuando se soñaba en una existencia vigorosa: los instintos perdieron su poder, los resortes morales su energía, los sentimientos nobles su objeto, los vínculos de la naturaleza su intimidad y su fuerza, las costumbres su regla, la virtud sus tipos, el vicio su freno, la legislacion su base, el poder sus diques, la autoridad su ascendiente moral, la obediencia sus estímulos, el órden su aplomo, la sociedad sus condiciones, la razon su luz y la humanidad su vida.

¿Cómo salir de un estado tan lastimoso? ¿Cómo producir en el mundo una transformacion que manifiestamente supera la posibilidad humana? ¿Dónde hallar la potencia, el fulcro y la palanca para mover estos dos mundos, estas dos secciones del género humano, el judaismo y el gentilismo, y sobre las ruinas del Panteon y la Sinagoga levantar el augusto y nuevo templo en que resida el verdadero Dios, y recoja los tributos de todos los pueblos convertidos, y reciba un culto en espíritu y en verdad? Desarraigar la idolatría de toda la tierra, destruir la Sinagoga en el pequeño espacio del mundo en que habia residido legítimamente, con su carácter profético y expectante: acabar con aquel politeismo concertado con las pasiones de un pueblo carnal: destruir el culto de este pueblo encantado en su sepulcro con su poesía y sus espectáculos, con la magnificencia de su sacerdocio y la pompa de sus sacrificios, en medio de un aire embalsamado con los mas ricos perfumes, de los concertados acentos de una música melodiosa, entre los festines, las danzas y los juegos: desarraigar de las masas una creencia y un sentimiento que apoyaban al mismo tiempo la antigüedad con sus viejas tradiciones, la filosofía con sus artificiosos paralogismos, la elocuencia con su accion irresistible, la poesía con sus atractivos y embelesos: hacer sacrificar á un tiempo mismo aquella incontable multitud de deidades ante la sencilla y misteriosa creencia de un Dios trino y uno, aquella muchedumbre de templos adornados con los tesoros de

la tierra, engalanados con los troféos de la victoria, sostenidos con el poder de la legislacion, apoyados en la autoridad de la magistratura, y todo esto ante una Cruz de madera que habia servido de suplicio: hacer enmudecer las pasiones en presencia de una lei de sacrificio, inmolar el orgullo ante la humildad, el egoismo ante la caridad, la molicie ante la penitencia: desconcertar todos lo poderes de la humanidad en su extravío ante la sublime abnegacion del Evangelio; y esto en un tiempo en que las instituciones, las artes, las ciencias y las letras eran otros tantos obstáculos para la verdad y para la virtud, en el siglo que lleva el sobrenombre de siglo de oro, porque Roma reinaba ya sobre el mundo no solo por sus armas y por sus leyes, sino tambien por la perfeccion del gusto, los prodigios de la erudicion, el poder de los talentos y aquellas obras maestras del genio que detienen todavía en sus magestuosas ruinas la mirada extasiada del viajero: producir como por instantes en la mente ciega y el corazon corrompido de toda la humanidad un cambio absoluto de ideas, de sentimientos y de costumbres, haciéndola pasar, sin los artificios de la lógica ni los recursos de la elocuencia, sin el influjo de las riquezas y del poder humano, sin el ascendiente del rango y la sabiduría del siglo, sin la intervencion de la guerra y los prestigios de la gloria, sin el empleo de legiones armadas ni fanatizadores ilustres, de las tinieblas á la luz, de la carne al espíritu, del desórden á la regla, del deleite á la austeridad, del pecado á la gracia, de la muerte á la vida y de la tierra al cielo.... ¡Ah, hermanos mios! ¡Qué empresa! Para concebirla solo, y no ya para ejecutarla, era impotente la razon de todos los filósofos y la erudicion de todos los sábios!.... ¿Quien podrá, pues, acometerla? No temáis: estaba decretada por la Omnipotencia y prometida por la Misericordia, preparada por cuarenta siglos proféticos y vagamente encubierta en las diferentes tradiciones é instituciones del paganismo: sonaba ya la hora fijada para su principio en el gran reloj de los siglos.....

El Sacerdote eterno reune á sus apóstoles, ántes de subir al cielo, para constituirlos ministros de su autoridad, instrumentos de sus designios, depositarios de su poder y distribuidores de su gracia en todos los pueblos y en todos los siglos: les envia despues al Espíritu Santo, para enriquecerlos con sus Dones, y al momento mismo sorprenden en su alma una luz verdaderamente divina, en su corazon un ardiente celo, en todo su ser una fuerza desconocida. Sienten aligerarse su cuerpo, digámoslo así, y cual si tuviesen las alas del águila vuelan mas que caminan para repartirse el mundo y llevar á todas partes el Evangelio de la paz y el Evangelio del bien:

bajo sus piés parecen aplanarse las montañas y consolidarse los mares: marchan conquistando, avistan playas desconocidas, abren sus labios y al acento imponente de aquella voz mistericosa los pueblos humillan su fren ante la Cruz del Salvador.

"Bien pronto recibieron el Evangelio Judéa, Italia, Grecia, Egipto, las provincias que baña el Eufrátes y que circunda el mar Egéo; edificáronse iglesias en Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Laodicéa y Filadelfia. Damasco, Alepo y Antioquía eran ilustres en Siria, Chipre y Creta: la Trácia y la Macedonia acogieron á los apóstoles que llevaron el Evangelio á las antiguas repúblicas de Corinto, Esparta y Atenas. La gerarquía vigorosa de los magos persas cedió tambien á los discípulos de Jesus; la Siria y la grande Armenia abrazaron su fe; Santiago la propagó por España, y á las tribus errantes del Cáucaso la llevó una cautiva cristiana. A despecho de los huracanes la nave de San Pedro bogaba victoriosa en el mar proceloso del mundo, sujetando á su poder sus encrespadas olas, y la luz del Evangelio alumbraba las tinieblas del imperio, y caminaba á destruir del todo las tinieblas del gentilismo."[1]

Seguid, católicos, el paso de esta sagrada legion formada con los sucesores de los apóstoles, que habian rendido su jornada en el martirio, por esa huella de sangre que tres siglos de persecucion ha dejado señalada en la carrera del tiempo: ved ese pueblo que se multiplica en proporcion con que se trabaja por exterminarle, ese pueblo convertido por el sacerdocio, gobernado por el sacerdocio, sostenido en medio de las mas terribles pruebas por el sacerdocio, ese pueblo que, borrando con su creencia, con su lei, con su culto, con su moral, con sus sentimientos, con su virtud todas las líneas trazadas en el mapa de las naciones para dividir á los Estados, inaugura en los dichosos tiempos de la plenitud al verdadero Pueblo-rei compuesto de todos los pueblos de la tierra, al pueblo católico, á la Iglesia de Jesucristo, cuya luz espléndida se derrama por todas partes á un mismo tiempo, cuya lei es acatada de un cabo al otro de la tierra, y cuyo culto recoge dia por dia y hora por hora al pié del trono del Omnipotente los tributos de fe, de esperanza y amor de todo un mundo convertido.

¡Qué mudanza! ¡Qué cuadro! El Judaismo y Gentilismo, reducidos á la última extremidad, se pierden, como dos gotas inmundas en el océano, entre ese pueblo inmenso que se llama catolicismo: la verdad en su integridad, en su pureza y en su soberanía, domina en todas las inteligencias, y bajo el magisterio divino de la

1 Melguizo: el sacerdocio y la civilizacion, tom. I, pág. 42.

Iglesia triunfa de todos sus enemigos: el sabio se pierde con su razon y con su doctrina en los abismos del misterio, adora el arcano y se siente mas ilustrado y mas fuerte despues de sus homenajes: el niño y el aldeano parecen dominar esta doctrina sublime cuando se les brinda en sus sencillas parábolas y en el bien sentido y claro lenguaje de la enseñanza cristiana: el culto, borrando las líneas que dividen las tres épocas del tiempo, viviendo con sus plegarias fervorosas en la region de los muertos, como domina por la expansion de su caridad en todas las regiones y estados de la vida, y abriendo incesantemente á la esperanza los inefables goces de un porvenir que no ha de acabar, ha hecho un mundo infinitamente mayor que el que existia. El entendimiento, esta potencia versátil que habia hecho todas las correrías y sufrido todos los naufragios, reposa tranquilo en el seno de la fe, poseedor de una verdad infalible. La voluntad inicia y prosigue una carrera de virtudes que atraen constantemente las miradas de Dios y la admiracion del hombre: la humildad nivela á los grandes con los pequeños, como la inagotable munificencia de la caridad á los ricos y los pobres: ante la infinita supremacía del Rei de los reyes, reconocido, adorado y temido como la fuente del poder, parecen aproximarse las distancias inmensas que ántes separaban de los simples súbditos á los señores del mundo, y por último, fija en la virtud y en la fidelidad á la lei eterna la razon del merecimiento y el título de la gloria, y llamados indistintamente y por igual á este noble destino todos los hombres, desaparecieron el rango, la casta, la raza, la condicion y todas las prerogativas y excelencias que ántes alimentaban la vanidad y el orgullo, para ceder el campo de la dignidad, el poder y los derechos á la admiracion y al amor, á los pobres de espíritu, á los mansos y humildes de corazon, á los celosos amigos de la justicia, á las almas generosas que no saben corresponder el ultraje y el aborrecimiento sino con la beneficencia y el amor, á los que disfrutan la paz de una conciencia pura, y á los que todo lo sufren y toleran en la línea de los padecimientos, y todo lo desprecian en la esfera de los goces para salvar con la posesion de la justicia sus títulos á la felicidad.

¡Cómo encarecer, católicos, la importancia de los servicios prestados por el clero á la humanidad con solo haber acabado con el monstruoso politeismo, reemplazado con la moral mas pura las máximas corruptoras del gentilismo, y hecho suceder á los horribles desórdenes de las costumbres paganas el cuadro vivo y animado de las esclarecidas virtudes del Evangelio? Aquellos atletas de la Cruz que, sin mas armas que la paciencia para morir, triunfaron de

los césares al cabo de una persecucion de tres siglos; aquellos confesores que en el seno de las catacumbas, como en los yermos y desiertos, cultivaban, hasta el heroismo las mas grandes virtudes; aquellos pueblos de vírgenes que embalsamaban las soledades con los perfumes de esta flor angélica que conservaban intacta y cada dia mas bella entre las espinas de la austeridad; aquellos anacoretas, misteriosos habitantes de las ignoradas grutas, que domeñaban con su santidad hasta las fieras de los montes; aquellos doctores de la Iglesia, resúmenes prodigiosos, ó mas bien, áncoras que salvaron todo el saber antiguo del naufragio de las edades, y haciendo entrar todas las ciencias y las letras en el círculo de su pensamiento, y haciéndolas pasar por el crisol de la fe, dieron una nueva juventud, un retoque de belleza y una prodigiosa fuerza de accion á todas aquellas concepciones gigantescas que han hecho para siempre célebres y en cierto modo mágicos los nombres de la Grecia y de Italia: aquellas instituciones consagradas, por decirlo así, á las sublimes reservas del Evangelio, en que traspasándose los términos de la lei se lanzaba el hombre á la region de los consejos para encumbrar el vuelo á la mas alta perfeccion, despedia desde los santos y solitarios muros las riquezas y los honestos goces de la vida, y cortaba los vínculos de las mas caras y tiernas conexiones, y renunciaba al espacio en cambio de una estrecha clausura, ó inclinaba la voluntad ante la cadena de la obediencia, y no apreciaba el tiempo sino por la velocidad de su carrera para llegar al punto en que espiran sus últimos instantes y comienza el dia de la eternidad; aquellas riquezas prodigadas en el seno de la indigencia, aquellos rangos altísimos humillados ante la humanidad doliente ó bajo el azote de la austeridad: todo esto, católicos, ¿cómo es posible que quedase aprisionado dentro de los estrechos límites de la vida individual y que no animase la economía doméstica y trascendiese al cuerpo de la sociedad?

No: el sacerdocio cristiano, en su accion infatigable y constante, tenia que fructificar en todo y para todo, y de hecho, apénas sale de las catacumbas y hace brillar á toda luz la maravillosa economía de la sociedad católica, cuando por este solo hecho regenera instantáneamente, digámoslo así, toda la sociedad civil, y no descansa en su tarea de instruccion y moralidad, de ejemplos y de accion, hasta no inaugurar en el mundo por el comun reconocimiento y eficaz accion de sus principios una sociedad política.

Tirando la línea que divide acá en la tierra el sacerdocio y el imperio, pero lanzándolas entrambas atrevidamente hácia la eternidad, para sumergirlas en Dios como primer principio, Legislador su-

premo y último fin de toda sociedad, sentó sobre la religion el edificio de la política, dando al Estado una constitucion divina; fundó en la moral cristiana los deberes sociales y la legislacion civil, dando motivos elevados y nobles á la obediencia y revistiendo el mando con la magestad del cielo; asoció á la sancion temporal la sancion eterna, y desde entónces la justicia tuvo las garantías de la conciencia y el órden espiritual obraba invisible pero eficazmente bajo la mano reguladora del órden temporal: la religion con su moral, con sus virtudes, con su expansion inmensa estaba siempre á la puerta para dar su plenitud á todo y suplir con sus recursos divinos la impotencia del poder humano en los lances mas difíciles de la vida social y en las crísis supremas de las naciones.

Ved pues, hermanos mios, no el todo ciertamente, sino solo algunos puntos de la inmensa esfera de accion en que se ha colocado siempre el sacerdocio para distribuir sin medida los mas grandes beneficios á la humanidad. Obligado á reducirme en un asunto tan vasto y traspasando siempre los límites á que hubiera querido sujetarme, solo he dado temas á vuestro pensamiento y primeros móviles á vuestra reflexion. ¿Cómo excusar, pues, la cruel pertinacia con que se combate al sacerdocio y la ingratitud con que se le persigue? Mas ¡ah! pluguiese al cielo que esta institucion venerable y santa, que ha pasado por el mundo y los siglos haciendo el bien á pesar de las debilidades y miserias de la naturaleza humana, no tuviese mas adversarios que los ciegos que la desconocen y los ingratos que la persiguen! Pero sucede de otra manera: militante por destino y destinado á imitar á su divino Fundador, que desconocido de los judíos y condenado á muerte por los gentiles, sufre tambien el abandono de sus apóstoles y discípulos, el Sacerdocio parece condenado tambien, como la experiencia lo acredita, principalmente en estos últimos tiempos, á luchar con el retraimiento, con la tímida reserva y aun el positivo abandono de los que se apellidan suyos, último punto de vista que reservo á vuestra consideracion para concluir este discurso.

TERCERA PARTE.

Si es extraño, católicos, que aun haya ciegos que desconozcan la institucion divina del Sacerdocio, despues de esa espléndida luz que por mas de diez y ocho siglos no ha dejado un solo dia de brillar en el mundo: si es increible que una tribu destinada exclusivamente á la gloria de Dios y bien de la humanidad, y cuya larga y universal historia es la personificacion del bien sobre la tierra, halle todavía innumerables enemigos ingratos que la odien y persigan, ¿qué os diré de ese mundo creyente que, conociendo el carácter sagrado, la beneficencia universal, el poder y la gloria del Sacerdocio, y hallándose mas acechado que nunca por el enemigo del reino de Jesucristo sobre la tierra, permanece, sin embargo, frio espectador de la mas odiosa lucha, cuerpo retraido de combatir al lado de su bandera, testigo impasible y á veces desdeñoso de la horrible y universal persecucion que la Iglesia y sus ministros están sufriendo en todas partes, y mui particularmente entre nosotros? Que esto constituye el fenómeno mas estupendo que nos presenta la historia, lo que hai de mas extraño y repugnante en el carácter, de mas insensato y peligroso en la conducta, y que seria increible y á todas luces inconcebible á no estarlo viendo con nuestros propios ojos.

Este carácter moral es de suyo tanto mas difícil de corregir, cuanto que representa por una parte la ineficacia de las luces recibidas, de los preciosos frutos ántes gustados y de la gracia cuya accion simultánea con la naturaleza tiene tanto poder en la felicidad, y por otra la frialdad, la inercia, que son, digámoslo así, los síntomas de muerte de una sociedad.

Pero qué! ¿los ministros de la palabra evangélica debemos desfallecer ante las dificultades de esta situacion la mas terrible de todas? El Profeta, cubierto de ceniza y de silicio, lanzaba sus ayes y lamentos lúgubres hácia la Jerusalen descreida, para ver si la arrancaba de los bordes del abismo por la eficacia poderosa de una reaccion moral. Jesucristo dejó caer sus lágrimas amargas sobre esta misma Jerusalen cuyo exterminio estaba mirando, y que parece queria evitar con aquella terrible profecía. No faltaron voces au-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

premo y último fin de toda sociedad, sentó sobre la religion el edificio de la política, dando al Estado una constitucion divina; fundó en la moral cristiana los deberes sociales y la legislacion civil, dando motivos elevados y nobles á la obediencia y revistiendo el mando con la magestad del cielo; asoció á la sancion temporal la sancion eterna, y desde entónces la justicia tuvo las garantías de la conciencia y el órden espiritual obraba invisible pero eficazmente bajo la mano reguladora del órden temporal: la religion con su moral, con sus virtudes, con su expansion inmensa estaba siempre á la puerta para dar su plenitud á todo y suplir con sus recursos divinos la impotencia del poder humano en los lances mas difíciles de la vida social y en las crísis supremas de las naciones.

Ved pues, hermanos mios, no el todo ciertamente, sino solo algunos puntos de la inmensa esfera de accion en que se ha colocado siempre el sacerdocio para distribuir sin medida los mas grandes beneficios á la humanidad. Obligado á reducirme en un asunto tan vasto y traspasando siempre los límites á que hubiera querido sujetarme, solo he dado temas á vuestro pensamiento y primeros móviles á vuestra reflexion. ¿Cómo excusar, pues, la cruel pertinacia con que se combate al sacerdocio y la ingratitud con que se le persigue? Mas ¡ah! pluguiese al cielo que esta institucion venerable y santa, que ha pasado por el mundo y los siglos haciendo el bien á pesar de las debilidades y miserias de la naturaleza humana, no tuviese mas adversarios que los ciegos que la desconocen y los ingratos que la persiguen! Pero sucede de otra manera: militante por destino y destinado á imitar á su divino Fundador, que desconocido de los judíos y condenado á muerte por los gentiles, sufre tambien el abandono de sus apóstoles y discípulos, el Sacerdocio parece condenado tambien, como la experiencia lo acredita, principalmente en estos últimos tiempos, á luchar con el retraimiento, con la tímida reserva y aun el positivo abandono de los que se apellidan suyos, último punto de vista que reservo á vuestra consideracion para concluir este discurso.

TERCERA PARTE.

Si es extraño, católicos, que aun haya ciegos que desconozcan la institucion divina del Sacerdocio, despues de esa espléndida luz que por mas de diez y ocho siglos no ha dejado un solo dia de brillar en el mundo: si es increible que una tribu destinada exclusivamente á la gloria de Dios y bien de la humanidad, y cuya larga y universal historia es la personificacion del bien sobre la tierra, halle todavía innumerables enemigos ingratos que la odien y persigan, ¿qué os diré de ese mundo creyente que, conociendo el carácter sagrado, la beneficencia universal, el poder y la gloria del Sacerdocio, y hallándose mas acechado que nunca por el enemigo del reino de Jesucristo sobre la tierra, permanece, sin embargo, frio espectador de la mas odiosa lucha, cuerpo retraido de combatir al lado de su bandera, testigo impasible y á veces desdeñoso de la horrible y universal persecucion que la Iglesia y sus ministros están sufriendo en todas partes, y mui particularmente entre nosotros? Que esto constituye el fenómeno mas estupendo que nos presenta la historia, lo que hai de mas extraño y repugnante en el carácter, de mas insensato y peligroso en la conducta, y que seria increible y á todas luces inconcebible á no estarlo viendo con nuestros propios ojos.

Este carácter moral es de suyo tanto mas difícil de corregir, cuanto que representa por una parte la ineficacia de las luces recibidas, de los preciosos frutos ántes gustados y de la gracia cuya accion simultánea con la naturaleza tiene tanto poder en la felicidad, y por otra la frialdad, la inercia, que son, digámoslo así, los síntomas de muerte de una sociedad.

Pero qué! ¿los ministros de la palabra evangélica debemos desfallecer ante las dificultades de esta situacion la mas terrible de todas? El Profeta, cubierto de ceniza y de silicio, lanzaba sus ayes y lamentos lúgubres hácia la Jerusalen descreida, para ver si la arrancaba de los bordes del abismo por la eficacia poderosa de una reaccion moral. Jesucristo dejó caer sus lágrimas amargas sobre esta misma Jerusalen cuyo exterminio estaba mirando, y que parece queria evitar con aquella terrible profecía. No faltaron voces au-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

torizadísimas lanzadas hácia las antiguas florecientes iglesias, cuya vida de espíritu dió el nombre de siglo de oro del cristianismo á sus mas felices épocas, en los momentos en que, ya degeneradas y achacosas, insensibles ó indiferentes, iban á desaparecer. ¿Callaré yo por las dificultades consiguientes á esta lastimosa inercia, y el fundado temor de que mi predicacion sea estéril? No, católicos: cualquiera que sea la suerte que nos esté reservada, yo debo cumplir con mi santo ministerio. Manifestaros la progresion del mal hasta el extremo terriblemente alarmante que presenta en nuestros dias; haceros ver que este mal no tiene otro correctivo que el ministerio católico, y demostrar que este ministerio será ineficaz sin la cooperacion vuestra: he aquí lo que cumple á mi deber. Salvaros ó perderos: he aquí vuestra obra.

La Iglesia nuestra Madre, sujeta por su carácter de militante á una continua lucha miéntras permanezca en la tierra, no ha dejado nunca, bien lo sabéis, de tener contra sí multitud de enemigos que con diferentes pretextos y con diversas armas han pugnado siempre por exterminarla. El judaismo la proscribe como intrusa y usurpadora, el gentilismo la persigue á hierro y fuego como enemiga de sus dioses y de sus placeres; la herejía la combate en la pureza y autoridad de su doctrina; el desenfreno y la prostitucion se desbordan como un torrente inmundo sobre su seno para arrebatarle con la virtud y la santidad sus mas bellos teseros; el cisma la destroza para hacerla morir; la Reforma desconoce su magisterio, haciendo espirar la doctrina en las garras de una libertad desenfrenada, espiritualiza el poder civil para desnaturalizar y destruir la esencia del poder canónico, y queriendo oponer la Iglesia reformada á la Iglesia católica, no hizo mas que abrir las brechas que mas tarde aprovecharian, para generalizar el combate y conmover al mundo, la incredulidad, el ateismo político, la indiferencia religiosa y el racionalismo, que es peor que todo. El regalismo, y mas tarde la democracia en el pueblo ó en el trono, la roban para desarmarla, afectan protegerla para esclavizarla, ó proclaman su independencia absoluta para dejar al Estado en manos del ateismo. Mas en todos estos tiempos y en todas estas crísis la Iglesia ha combatido con vigor: su historia es la del heroismo, que siempre triunfa y nunca sucumbe, y no puede ciertamente caracterizarse de notable un período de la historia moderna sin que la Iglesia de Jesucristo aparezca colocada en el centro de todas las glorias.

Estos innumerables triunfos de la Iglesia debieran, hermanos mios, haber enfrenado al enemigo que siempre la ha combatido y aumentado el vigor de los fieles, asociándolos mas estrechamente que

nunca al Sacerdocio de Jesucristo, plana mayor de esa milicia que ha combatido siempre con tanta gloria.

Mas por una desgracia mui lamentable todo ha sucedido de otra manera: el enemigo se presenta hoi mas osado que nunca, mas fuerte que nunca, mas abastecido de armas que nunca, mas universal en su accion y mas afortunado en sus ataques, al paso que el pueblo fiel, cayendo en las delicadas redes que se tienden á su fe bajo las mas bellas apariencias, manifiesta una debilidad que se parece al marasmo y no está mui léjos de la muerte.

El enemigo comun de la religion y de la sociedad, triunfando á médias y perdiendo á médias, como suele decirse, al dar sus primeros pasos el presente siglo, léjos de abandonarse al desaliento, esforzó de nuevo su pensamiento y su accion, y no en vano, pues en este carácter dudoso é incompleto de su situacion, halló el secreto de una táctica nueva, la táctica del *término medio*, temperamento dulce que no inquieta, aire apacible que no inspira desconfianza. Doblegándose á todo sin cumplir definitivamente nada, lisongeando todos los intereses lo mismo que todas las opiniones, como de paso y en espera de un éxito final, á todos entretiene y á ninguno satisface. Preparando la muerte de todo, pero quitando las justas alarmas con sus fastuosas promesas, con sus discursos seductores, con su calma estudiada, impide la aparicion de enemigos fuertes y vigorosos que le combatan y destruyan. Reuniendo las contaminaciones de todos los siglos, parece emponzoñar al mismo tiempo toda la tierra. Buscando en la frialdad, en la indiferencia de los mismos que creen, en el artificio de una doctrina que parece conciliar las garantías del miedo, y las franquicias á que aspira la ambicion y los intereses que nacen de entre los escombros de cada revuelta, con la quietud de la conciencia, los derechos de la Lei divina, las expansiones de la piedad y aun las esperanzas eternas, un medio mas eficaz de cuantos habia ensayado hasta aquí, una arma mas poderosa y una táctica mas sutil que las que le facilitaban el poder armado de los césares en tiempo del paganismo, la contumacia, diversidad y ramificaciones del error en tiempo de la herejía, los trastornos consiguientes á los grandes cismas, la mutilacion, que trajo consigo la Reforma protestante, los estragos del regalismo, que con su hacha de dos filos descargaba sobre la Iglesia reiterados golpes directos que reflectando sobre los tronos, les quitaron para siempre su estabilidad antigua, y aun aquella Revolucion que dió tan funesta celebridad á la Francia en el pasado siglo, se presenta hoi mas imponente y poderoso que nunca para destruirlo y anonadarlo todo.

He aquí, católicos, al mal en su suprema crisis, en su fecundidad mas prodigiosa, en su universalidad mas alarmante, en su poder mas irresistible: al mal de todos los tiempos en su último tiempo: al mal de siempre, y que no se parece á sí mismo en ninguna de sus anteriores épocas: viejo y nuevo, porque no ha dejado de existir, y hoi se presenta con caractéres inauditos y la mas funesta virtualidad. Semejante á esos agentes mortales que se apoderan del hombre físico, y despues de trabajarle agudamente, obran sin hacerse sentir, y van produciendo el marasmo, y burlan la habilidad de los médicos, y destruyen paulatinamente la vida, y no se revelan sino como escondidos restos en la autopsia del cadáver, así este enemigo infatigable obra en todo y constantemente, obra con todo, es todo lo que ha sido y tambien contra lo que ha sido: es heresiarca en unos puntos, cismático en otros, incrédulo en todos: á la inteligencia le otorga el dominio pleno de la verdad, á la voluntad la esencia del poder, al hombre lo que es, á Dios la nada, á la religion un cumplimiento, una burla ó un bofeton, segun la oportunidad lo pide, al Estado una supremacía universal: fija en la materia el objeto final del hombre y de la sociedad, mira en el espíritu un entretenimiento ridículo de los devotos, ó impaciente por aniquilar hasta los últimos restos de su temor, despues de haberle hecho la guerra al cielo, parece haber sepultado la eternidad junto á las márgenes del tiempo.

"En todos tiempos ha habido errores; pero la apología del error por hombres que se dicen cristianos, el reconocimiento legal de los derechos del error en el seno de las naciones *católicas*, la glorificacion del racionalismo, el error mas monstruoso de todos, son cosas que no se hallan desde la promulgacion del Evangelio mas que en los siglos posteriores á la Reforma. Asimismo en todos tiempos ha habido crímenes; pero el crímen sin remordimientos, la injusticia sin restitucion, el escándalo sin expiacion, la teoría del crímen, la apología del crímen, el orgullo del crímen tampoco se encuentran mas que en el mundo actual. Finalmente, en todo tiempo ha habido rebeliones contra Dios, contra la Iglesia y contra las potestades; pero la negacion sistemática de la autoridad de Dios, de la Iglesia y de los reyes, la teoría de la rebelion, la consagracion legal del principio mismo de toda rebelion, eso es lo que no se halla sino en el mundo actual, y eso es lo que constituye el carácter propio de su perversidad."[1]

Sí, católicos, el gran cuadro del mal en estos últimos tiempos, la tremenda crisis por donde nuestro siglo nos arrastra, la última faz

1 Gaume. ¡Adónde vamos á parar! pág. 54.

del campo enemigo en este período de su contienda, es lo mas terrible, amenazante y peligroso que jamas hubo; y no parece sino que ya se presenta como el negro crepúsculo de aquel dia de ayes y de luto, de tinieblas y de lágrimas, de seduccion y tentaciones nunca vistas, en que, segun el anuncio de Jesucristo, perecerian hasta los mismos escogidos si Dios no le abreviase.

A la vista de este cuadro, hermanos mios, que no he hecho mas que bosquejar, de este enemigo que, revistiéndose de todo lo que puede hacerle interesante y popular y encerrando en sí los males todos, aparece á la faz de los pueblos como el dispensador de todos los bienes; que brinda con el pleno dominio de la razon á todos los filósofos, con la última perfeccion de la sociedad á todos los políticos, con la tolerancia á todas las religiones, con la soberanía á los pueblos y la popularidad á los gobiernos, con la libertad, el progreso y la plenitud de los goces materiales á toda la humanidad, que inaugura la soberanía del hombre sobre las ruinas de la soberanía de Dios, para establecer una cadena de prerogativas correspondiente á una de esclavitudes que termina en la muerte de todo poder; que con la libertad proclama la licencia, la desmembracion ilimitada de la propiedad y cuanto las pasiones pueden pretender en su desenfreno; que á nombre de la igualdad aniquila todos los derechos antiguos y todas las gerarquías sociales; que proclama la independencia entre el poder civil y el eclesiástico, para dejar á la legislacion sin moral, al Estado sin apoyo, á la sociedad sin Dios; que pide una constitucion ó carta, obra del hombre y de las circunstancias, para destruir por entero la constitucion esencial de todas las sociedades, la obra de Dios en la tierra, la fuerza y robustez del Estado, apoyado en el respeto de las tradiciones y en el curso de los siglos: ¿qué partido debemos tomar, hermanos mios? ¿Aislarnos unos de otros y ponernos aparte, como si la tempestad pudiera pasar dejándonos en pié? ¿Dividir nuestras fuerzas ó inutilizar nuestros recursos en los momentos supremos del peligro? Esto seria aceptar la derrota y resignarse á la muerte. ¿Oponer á la táctica alevosa del término medio cuando comienza, la táctica meticulosa del término medio en el sufrir, el ruinosísimo sistema de las concesiones? Esto seria, no lo dudéis, consentir en aplazar la muerte. Si el término medio en el ataque no se diferencia del extremo sino en simples modificaciones y ligeros plazos; el término medio en la defensa no seria mas que un cierto temperamento en el padecer y una corta dilacion para morir.

"¿No se irán debilitando, pregunta un respetable Prelado de nuestros dias, no se irán debilitando cada vez mas los elementos de re-

generacion que aun nos restan, si no se pone remedio? ¿No llegará á ser un grito general la fatal exclamacion: *es mui tarde*, que algunos murmuran ya? Lo presente no ofrece mas que un punto de apoyo vacilante: detras de un tupido velo se oculta un porvenir lleno de esperanzas para unos, de terror para otros y de misterio para todos....

"En esta situacion ¿qué partido tomar? Lamentarse seria puerilidad. Dormirse, contando con lo imprevisto, seria fatalismo. ¿Qué es por tanto preciso hacer? Combatir. Sean cuales fueren los destinos del mundo, este penoso trabajo no quedará sin recompensa, y contribuirá poderosamente á formar nobles vencedores ó nobles víctimas."[1]

Breves palabras, católicos, pero altamente conceptuosas: ellas lo dicen todo, y basta meditarlas, para tomar el partido que prescriben á un tiempo mismo la religion al católico, la patria al ciudadano, el hogar doméstico á la familia y los intereses supremos de la humanidad al hombre. Si la lucha es hoi mas empeñada que nunca, si el mal se presenta mas terrible que en ninguna de sus épocas, mayor sin duda debe ser nuestra solicitud para conjurarle, nunca mas inexcusable la apatía, ni mas criminal ese artificioso despego del Sacerdocio católico.

Si, pues, la unidad de la defensa debe corresponder á la del ataque, yo puedo aseguraros, hermanos mios, que el secreto del triunfo consiste todo y solo en vuestra firme adhesion al Sacerdocio de Jesucristo y en la actividad de vuestro celo para cooperar con él; porque en esta venerable institucion viven hoi todos los elementos con que se ha triunfado siempre del enemigo comun; porque ella es la única en quien reside toda la luz que se necesita para disipar las tinieblas del nuevo caos, la única que posee los antídotos capaces de purificar esta atmósfera contaminada que envuelve al mundo. Sus glorias pasadas son la prueba histórica de su poder presente, bien así como la degeneracion lastimosa que han sufrido todas las sociedades en tan peligrosa crísis, es un argumento incontestable de la impotencia del órden puramente humano para salvar la religion y la sociedad de los fuertes embates de la Revolucion.

¿Serán, hermanos mios, esas sociedades gangrenadas, estos Estados transitorios, esos tronos vacilantes, ese racionalismo enseñoreado de la sociedad, ese olvido universal de todos los deberes, ese insolente desprecio con que se ve todo lo que pertenece á la religion, esos intereses bastardos que hacen figurar al decálogo en el

1 Gaume. La Revolucion.

siglo como una odiosa ironía, esos espíritus superficiales que giran como la pluma por donde sopla el viento, esa fe sin código, esa esperanza sin títulos, esa probidad sin religion, esa moral sin espíritu, ese movimiento loco que se llama progreso, esa política del equilibrio, esta emancipacion absoluta de Dios y de su lei, será esto, digo, el gran reservatorio donde hemos de encontrar los recursos para salvarnos del mal? No, hermanos mios: no es aquí donde han de recogerse nuestras esperanzas, sino donde han desaparecido todas las verdades de entre los hijos de los hombres, como se explica el Salmista, donde todo hace admirar la prudencia de la carne que lisongeando la vida del tiempo no es mas que la muerte en la eternidad, y que reporta la reprobacion del mismo Dios, como lo advierte el Apóstol. No es este aquel antiguo reino en que la verdad lucia sus rayos, la fe desarrollaba su accion, la religion llenaba la vida, y la virtud exhalaba sus perfumes desde el templo hasta la cabaña; sino aquella época profetizada por San Pablo "en que los hombres no pueden sufrir ya la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oir *doctrinas que lisongeen sus pasiones*, recurren á una caterva de doctores propios para satisfacer sus *desordenados* deseos: y cierran sus oidos á la verdad, y los aplican á las fábulas."[1]

¿Adónde, pues, ocurrir por el remedio? A la venerable institucion del mismo Jesucristo, donde dejó permanente la luz, la gracia y el poder para salvar al mundo. Ella es la única que con su código santo, con su verdad irresistible, con su sancion eterna, con su gracia omnipotente, con su movimiento constante, con su laboriosidad infatigable, con su caridad y con su celo, puede anonadar ese poder indómito que amenaza destruirlo todo y que ya parece que se engolfa en los placeres del triunfo.

Si, hermanos mios: el Sacerdocio católico como institucion, como un ministerio, es la misma Iglesia docente y regente, y en consecuencia es el depositario de la doctrina, el supremo juez de la conciencia, el Legatario pleno de Jesucristo, el que juzga la conducta en el tiempo y fija el destino en la eternidad. Jesucristo, que le ha instituido y autorizado, ha dado tambien una terrible sancion á la lei de escucharle, obedecerle, honrarle y defenderle, como lo habéis oido.

Él transforma repentinamente al mundo con la predicacion del Evangelio, sostiene y preside á las heróicas víctimas que son inmoladas por la fe, renuncia al matrimonio para sacrificarse á las ne-

1 2 Thimot. cap. IV, vs. 3 y 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cesidades mas íntimas, á los intereses mas caros de la humanidad, recibe al niño en sus brazos para darle la vida de la gracia, modera la impetuosidad del jóven, dirige la marcha del hombre maduro y rodea de respetos á la ancianidad: prodiga su vida en las mas penosas tareas del ministerio, recorre al impulso de la caridad y del celo los lechos apestados auxiliando al hombre, derramando un bálsamo saludable sobre sus dolores, ameritando la aceptacion de su muerte y mitigando á sus ojos con las esperanzas sublimes de la religion el horror del sepulcro.

Despues de lo mucho que os he dicho ya, ¿qué debo añadir? Durante su travesía de diez y ocho siglos ¿hai nada, decidme, en la region intelectual capaz de equipararse á sus grandes concepciones? ¿Hai nada en el mundo moral capaz de sostener el paralelo con el heroismo de sus sacrificios y su admirable accion sobre las virtudes? ¿Puede señalarse un solo progreso en cualquiera género que sea, que no reconozca por principio el espíritu de su accion en el mundo social? ¡Hai una sola crísis, de las muchas y mui terribles por donde ha pasado la humanidad, en que no haya ejercido el Sacerdocio el mas poderoso influjo para el bien? ¿Quién purificó, decidme, de la endémica é inmensa contaminacion que emponzoñaba su atmósfera doméstica, civil y política al mundo pagano? El Sacerdocio. ¿Quién plantó la Cruz en los palacios de los césares vencidos, despues de hacerla atravesar por lagos de sangre y sin otras armas que el esplendor divino de la doctrina y el heroismo sublime de la paciencia? El Sacerdocio. ¿Quién domeñó la barbarie feroz de aquellos pueblos que se desbordaron sobre toda la Europa meridional desde las regiones salvajes é inaccesibles del Norte? El Sacerdocio. ¿Quién templó la enconada fuerza del feudalismo, hasta hacerle desaparecer? El Sacerdocio. ¿Quién regeneró, al calor vivificante de la lei evangélica, la legislacion del mundo? El Sacerdocio. ¿Quién llamó al imperio de la Lei divina en el tribunal de la conciencia el poder ilimitado de los antiguos monarcas? El Sacerdocio. ¿Quién revindicó ante la creencia de los pueblos la pureza de la doctrina y la suprema autoridad docente de la Iglesia contra la guerra de la herejía, ya reduciendo á los heresiarcas á la ignominia del silencio, ya postrándolos ante la Silla de Pedro con el rayo lanzado desde el centro de sus concilios ecuménicos? El Sacerdocio. ¿Quién emancipó á los pueblos de todas las servidumbres en aquellas épocas de tinieblas y de fuerza que todavía se recuerdan con espanto? El Sacerdocio. ¿Quién ha derramado la luz en el mundo sobre las mas elevadas cuestiones de la filosofía, el orígen del universo, la naturaleza del hombre y su destino futuro,

el soberano bien, el criterio infalible de la justicia y los principios conservadores de la sociedad, haciendo accesibles estas ideas hasta las clases mas humildes? El Sacerdocio. ¿Quién, despues de haber regenerado el entendimiento con la doctrina, la voluntad con la moral, la libertad con la lei; despues de haber restablecido el órden en la familia, dado bases firmes al Estado, perfeccion á la sociedad, majestad al gobierno, derechos y garantías á los pueblos, restauró las artes, dándoles una nueva vida, destinos mas elevados, inspiraciones mas augustas y santas, influencias mas universales y tipos de verdad y perfeccion que no habian conocido en sus mejores épocas? El Sacerdocio. ¿Quién ha dado el carácter de toda una institucion á la caridad y sus obras, para socorrer permanentemente todas las necesidades de la humanidad pobre, desvalida, doliente y atribulada? El Sacerdocio. ¿Quién ha dignificado la pobreza, inclinando en su presencia los mas elevados rangos? El Sacerdocio. Al descubrirse este nuevo hemisferio delante de la Europa atónita, y miéntras se desbordaron sobre ella los reyes para ensanchar sus dominios, los especuladores para multiplicar sus riquezas, los sabios para dilatar la esfera de sus investigaciones, ¿quién se interpuso entre estos pueblos ignorantes y bárbaros y las legiones armadas que venian á conquistarlos, proclamando la lei de la fraternidad entre los campos de sangre, abogando por sus derechos ante todas las usurpaciones, defendiéndolos de todas las tiranías, uniéndose con ellos por la caridad mas acendrada, ganándolos para Jesucristo por las efusiones generosas del corazon, organizando la familia, moralizando la conducta, y llamándolos á los goces del estado social? El Sacerdocio.

Sin salir de nuestra patria, católicos, repasad la historia de tres siglos, recordad nuestras antiguas tradiciones, analizad ese conjunto de cualidades y prendas que constituyen nuestro carácter nacional ántes de sufrir la miserable contaminacion del siglo que corre: la fe, la piedad, el amor á la Iglesia, el respeto á la familia, lo mismo que á la propiedad y al honor, la benevolencia instintiva, la hospitalidad proverbial del pueblo mexicano, aquella expansion de sentimientos que hacia de nuestra antigua sociedad una sola familia, y decidme: ¿quién es el que ha producido aquí tan estupendas y admirables obras, y dado al órden religioso, moral y social una riqueza mas cuantiosa que los minoros inagotables de nuestra tierra al órden material? El Sacerdocio. ¿Quién ha instituido ó inspirado, y conservado con tanto celo esa multitud de establecimientos de enseñanza, de educacion, de socorro, de vigilancia y universal amparo á la humanidad menesterosa? El Sacerdocio.

Ved, pues, cómo la historia del Sacerdocio católico en el mundo,

los monumentos de su grandeza y de su gloria, constituyen una prueba robustísima, incontestable de su poder para salvar aun hoi dia el órden riligioso moral y social, combatidos mas que nunca por la Revolucion. ¿Adónde volveríais vuestros ojos para colocar la esperanza, si abandonáis á la sagrada tribu? ¿Acaso al poder de eso que se llama gobierno, á los recursos de eso que se llama el Estado, á la combinacion de esos grandes intereses sociales que mas de una vez hacen inclinar la balanza política? No, católicos: se acabaron estos recursos, se acabaron estas esperanzas, y á fuerza de movimiento y progreso, los gobiernos han subido á la primera categoría de los indigentes, los Estados descansan en la arena y son batidos por los vientos, y los intereses se han emancipado del cielo.

No, hermanos mios, no os engañéis. Lo único que nos resta, para salvarnos de los estragos de la Revolucion, es el Sacerdocio. Su voz, medio ahogada ya entre los clamores turbulentos que lanzan contra la Iglesia en todas partes los agentes de la Revolucion, es la única interpelacion que hoi se hace contra la iniquidad y el desenfreno á la conciencia en las cortes, en los parlamentos, en la prensa, en los intereses bastardos y prepotentes, en el tribunal de la conciencia, en el seno de la familia, en las conversaciones lo mismo que en las plegarias y desde la tribuna evangélica. Todavía la voz que se desprende del Vaticano hácia el mundo, conmueve á los césares de nuestros dias, desconcierta los planes de la Revolucion y perturba el ánimo de los pueblos. Todavía el terrible *non licet* del Apostolado católico, disputa el terreno palmo á palmo al gran principio de los *hechos consumados*, resúmen de la ciencia de Estado de nuestros tiempos. Todavía la resistencia pasiva pero enérgica y heróica del clero, en todos los paises amarga el fruto cogido en todas las usurpaciones. Todavía el incensario en las manos del sacerdote, como un espectro fatídico, hace vacilar la pluma en las manos del político y temblar la espada en las manos del guerrero. Todavía, despues de consumado el desastre de la Iglesia en una nacion, circula misteriosamente por entre las ruinas un cierto rumor que perpetúa el disgusto y que denuncia una inmensa necesidad que nadie puede satisfacer en la tierra. ¿Qué rumor es este? Un anatema que vive y contra el cual nada pueden la sociedad ni sus gobiernos: un remordimiento que consume, un goce que inquieta, una prevision que desazona, una inseguridad que consterna.

Pero el poder del Sacerdocio, sin embargo de ser tan grande, requiere de parte de los fieles una cooperacion verdaderamente católica, una cooperacion consiguiente á la fuerza que Jesucristo nos dió contra todas las influencias de los bienes perecederos del mundo,

proclamando la abnegacion como fundamento de la gloria, estableciendo el reino de los cielos como el centro de nuestras esperanzas, ofreciendo como añadidura de este bien supremo todos los bienes secundarios de la tierra, enseñándonos á no temer á los que matan el cuerpo, sino solo al que dispone de la vida del alma, inscribiendo las tribulaciones de los justos en el registro de los escogidos como títulos de gloria, asegurándonos de su presencia por todos los siglos, y profetizando que no prevalecerian contra su Iglesia las puertas del infierno.

Permitidme ahora, católicos, permitidme que os pregunte: ¿cuál ha sido la conducta de muchos de vosotros durante la época terrible por donde estamos pasando? ¿Qué cuadro han ofrecido los verdaderos fieles en frente de la religion ultrajada, de la Iglesia despojada, de los templos sacrílegamente invadidos, y del Sacerdocio sufriendo por todas partes el azote de la Revolucion? ¡Ah! Por todas partes una indiferencia profunda, una frialdad que hiela, una calma que extingue la esperanza.... La Iglesia y su ministerio han sufrido los últimos golpes de que está llena la historia contemporánea, no tanto por la saña y activo furor de sus enemigos, cuanto por la conducta de aquellos que, limitados á compadecerla, porque son católicos y aun aman la piedad, se han mantenido impasibles y retraidos en presencia de sus grandes tribulaciones. Hemos llegado á unos tiempos en que, sin renunciarse á la fe, se guarda cierto retraimiento respecto de su práctica, de sus instituciones y de su ministerio, y lo que es peor, se cree conciliable tal conducta con la moral cristiana y las esperanzas eternas. A la vista de ese desprecio sarcástico hácia los ministros de la religion, que se ha hecho como de moda en nuestro siglo, de ese respeto hipócrita con que las córtes y sus agentes le retiran de toda influencia en la marcha de la administracion, so protesto de una pretendida incompatibilidad entre el ministerio del altar y los negocios del Estado, muchos por una falsa vergüenza huyen de toda manifestacion de respeto y de concepto hácia esta venerable clase, le vuelven las espaldas en la calle con la misma facilidad con que le doblan la rodilla en el templo. Trátase de atacar sus inmunidades, de despojar á la iglesia de sus bienes: se decreta, se declama, se persigue, se roba, se expatria.... ¿Y qué sucede? algunos lamentos privados, un tímido silencio público, impresiones que huyen, recuerdos que espiran al instante mismo de nacer. Con tal que no se toque á la hacienda propia, al hogar propio, á la persona propia, que no se resienta ninguno de la tormenta que cae sobre la Iglesia, créese haberlo hecho todo con solo consagrarle alguna compasion privada y lanzar des-

de el rincon de la casa contra los perseguidores una censura que no pasa de la puerta. Vense invadidos los templos y arrebatados sus tesoros, allanado el Tabernáculo ó insultado el mismo Dios en persona.... ¿Y qué sucede? ¡lamentos y censuras privadas, tímido silencio público!

Si imagináis, católicos, que una conducta de esta naturaleza no tiene trascendencias ningunas á vosotros en el órden temporal, os equivocáis lastimosamente: porque la Revolucion, mal supremo del presente siglo, á todo amenaza, y tras del Sacerdocio con su doctrina, con su propiedad, con su derecho, con su influencia moral sobre la sociedad, está todo: la familia, el honor, la hacienda, la vida, la paz, el Estado, la humanidad entera. Si creéis que al golpe decisivo y triunfante de la Revolucion no ha de caer sino solamente la Iglesia, padecéis un crasísimo error: porque al estruendo de la caida de este edificio antiguo, de este castillo apostado delante de los siglos para defenderlo todo, nada quedará en pié. Sí, hermanos mios: la Revolucion, este gigante de cien brazos que amenaza al mundo entero, todo lo tiene avasallado, á nada teme. Un solo enemigo le queda, trabajado, mutilado, escarnecido, despreciado, condenado á muerte, considerado ya muerto, el cual sin embargo todavía la hace estremecer. ¿Qué enemigo es este? La vieja falanje que se llama *Clero* con su libro de la ley y su Cruz de madera. Si le volvéis las espaldas, estáis perdidos: si le rodeáis de respetos, si le seguís en su carrera, si le prestáis toda vuestra cooperacion, el enemigo caerá á vuestros piés, y la Revolucion en su última faz no será mas feliz que en las otras épocas.

Estas observaciones son tan claras, y tan sólido el apoyo histórico de este concepto, que para ponerle en duda no basta renunciar á la Providencia y á la fe, sino que seria necesario despojarse hasta del sentido comun. Y si no, decidme, católicos: ¿Por qué todos los triunfos de la Iglesia en diferentes épocas? ¿Solo por la religion? ¿solo por el Evangelio? ¿solo por el Sacerdocio? No, sino ademas por otra cosa, sin la cual vanamente se habria revelado la religion, promulgado el Evangelio ó instituido el Sacerdocio. ¿Qué cosa es esta? La cooperacion del pueblo fiel. Estudiad esta otra gloria; hojead la historia de esta parte de la milicia santa; ved lo que se debe al pueblo creyente, decidido y animoso en todas las contiendas y en todos los triunfos, y os convenceréis de una verdad tan manifiesta. Hoi existe todo lo que puede llamarse elemental y de institucion: Jesucristo, Iglesia, Ministerio, predicacion, &c., y sin embargo, estamos mal: el enemigo se robustece, se multiplica, se pavonea, digámoslo así, ante la perspectiva de un triunfo que considera seguro. ¿Qué falta pues? ¿acaso la fe? No: se cree todavía. ¿Acaso el culto? No: hai todavía templos, altares y sacrificio. ¿Acaso el afecto sensible á las prácticas religiosas? No: todavía están llenas las iglesias escuchando los cánticos sagrados; todavía la plegaria del pueblo hiere nuestros oidos en la tierra; todavía el moribundo busca al último confidente de su alma y una mano bendita que le ayude á pasar del tiempo á la eternidad. ¿Qué falta, pues, católicos, volveré á preguntarlo? Falta el espíritu que debia animar todo esto, la correspondencia entre las obras y la creencia; falta esa virtud sublime que pone los derechos de Dios al frente de todos los derechos, la Iglesia de Dios al frente de todas las instituciones sociales, el Sacerdocio al frente de todos los rangos supremos; falta la caridad, el amor á Dios sobre todo, ante todo y contra todo lo que sea incompatible con él, la caridad con la cual todo se posee y sin la cual nada se tiene, como se explica San Pablo; falta lo que habria, católicos, si en lugar de ese retraimiento, de esa indiferencia tímida, de esa medrosidad de la carne y de la sangre, de esas falsas ideas que os hacen dividir al Sacerdocio entre vuestros homenajes y vuestros desprecios, dispensarle una compasion estéril en silencio, resignaros con tanta facilidad con su vilipendio y escarnio, lo mismo que con tantas desolaciones y ruinas que se hacen sobre la Iglesia, os mostraseis verdaderos hijos suyos, los esperaseis al amanecer como la luz del mundo, os compenetraseis de su espíritu, como la sal de la tierra, escuchaseis su doctrina como la doctrina de Jesucristo, os complacieseis en su honra como en las glorias del Sacerdote Eterno, partieseis con él sus angustias, volaseis á su socorro y defensa cuando es atribulado y perseguido, y le consideraseis en todo y por todo identificado con Jesucristo ante vuestra conciencia y vuestra fe.

¿Creéis acaso, hermanos mios, que en estas grandes crísis de la Iglesia, en este desbordamiento de todos los errores contra la verdad eterna, de todas las pasiones contra el Evangelio, puede observarse una conducta indiferente sin que haya obligaciones impuestas á los fieles por el mismo carácter de la situacion para la defensa católica? Él que ha dicho que ha de negar delante de su Padre al que le niegue delante de los hombres, Él que ha señalado como carácter propio de sus escogidos el dejar al padre, y á la madre, y la vida misma cuando así lo exigen su honra y su gloria, ¿consentirá en esas vacilaciones, hijas de la preferencia de los intereses de la vida, en esa política que, si admite la religion, es para subyugarla y cargar de cadenas á sus ministros? ¿en esa resignacion tan fácil con los escandalosos saqueos de la

Iglesia, con los despojos sacrílegos de los templos miéntras no se pierde el caudal propio? ¿en esa facilidad con que se llaman á la discusion á la Iglesia y su soberanía, al culto y sus derechos, al Sacerdocio y sus inmunidades, á Dios y su reino? ¿en esa falsa conciencia que halla para todo temperamentos suaves, que legitima el obsequio de las leyes sacrílegas con la intencion de que la Iglesia pierda ménos, como Pilátos mandaba azotar á Cristo para ablandar á los judíos?

Pues si era tan fácil hallarse bien con Dios y consigo mismo, si se podian conciliar tan bien los intereses propios con los deberes sagrados, si á tan poca costa podian evadirse los peligros de una situacion crítica, ¡oh vosotros, los que pasasteis una vida tan laboriosa durante vuestra travesía por la tierra, héroes ínclitos del cristianismo, ¿por qué escogisteis, entre todas, la mas difícil y tormentosa carrera? ¿por qué os lanzasteis al campo de las espinas y del llanto, cuando pudísteis marchar tranquila y dulcemente por entre flores? ¿por qué afrontabais tan heróicamente los mas peligrosos y comprometidos lances, cuando tan fácil os habria sido evitarlos? ¿por qué despreciarlo todo, y aun prodigar vuestra vida? Vosotros fuisteis, pues, unos necios: vuestro heróismo fué una insigne locura: vuestros sacrificios apénas excusables. ¡Por qué no vivistéis en estos felices tiempos en que una luz mas espléndida que la que salió del establo de Belen, y una moral mas sábia que la que predicó la Víctima del Calvario, han venido á inundar á las generaciones presentes en un oceano de esplendor, á dignificar la existencia humana, á caracterizar y distribuir mejor la felicidad? Sufristéis por vuestra limitacion ó ignorancia, fuisteis víctimas de los mas lamentables errores, y ni aun á sospechar llegasteis el advenimiento de una época en que, á nombre de la libertad, del progreso y de la tolerancia, se mantendria perfectamente igual la balanza social y política "entre el catolicismo y la herejía, entre la verdad que tiene todos los derechos y el error que ninguno tiene, entre la razon divina y la razon humana, entre el cielo y el infierno, y en que la mas plena libertad dilataria los dominios de la perfeccion y la felicidad, otorgándola indistintamente para adorar ó blasfemar, orar ó maldecir, creer ó negar."

¡Ah hermanos mios! cuando llegue aquel dia en que tan poco se piensa, último del tiempo y primero de la eternidad, el dia del sepulcro y del juicio, el dia de la verdad y la virtud para sus triunfos, de la venganza eterna para el malvado; cuando aquella mirada que rompe y trasparenta los senos mas impenetrables del corazon se manifieste; cuando ya no sea posible volver atras; cuando aparezcan

á toda luz los derechos infinitos de la Santidad de Dios, la extension de los deberes que impone el Evangelio, la futilidad de los preceptos para eludirlos, el ridículo inexplicable del juicio de los hombres, la vanidad de las cosas del mundo, y sobre la frente de los escogidos que se sacrificaron por Cristo y su Iglesia, se descubran en su gloria la suprema valía de su abnegacion, la importancia y el premio de sus grandes sacrificios, la sabiduría en cierto modo divina de su conducta, ¡ay de aquellos que en las terribles crisis de la Iglesia, se hayan mantenido indiferentes, abandonando á sus ministros perseguidos! Ellos exclamarán mui tarde, como el pecador desengañado y desesperado de que nos habla el Sábio en las Sagradas Letras: "Estos son los que en otro tiempo fuéron el blanco de nuestros escarnios, y á quienes proponiamos como un ejemplar de oprobio. ¡Insensatos de nosotros! Su tenor de vida nos parecia una necedad, y su muerte una ignominia: mas he aquí cómo son contados en el número de los hijos de Dios, y cómo su suerte es el estar con los santos. Luego descarriados hemos ido del camino de la verdad: no nos ha alumbradola luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia."[1]

Basta, hermanos mios: si despues de haber manifestado las excelencias del Sacerdocio católico por el orígen divino de su institucion, la vocacion de Jesucristo, lo indeleble del carácter, la grandeza de la mision, la majestad de las ceremonias con que se inaugura, la extension ilimitada de ese poder que le coloca entre los cielos y la tierra, el Sacrificio augusto que ofrece en los altares, la verdad que difunde por la predicacion en toda la tierra, las pesadas cadenas que desata y pulveriza en el tribunal de la conciencia, poniendo así de bulto la supremacía de este cuerpo venerable á los ojos del mundo ciego que le desconoce: si despues de haber recorrido con vosotros las páginas de la historia, las tradiciones y monumentos de diez y ocho siglos, para mostrar su carrera tan laboriosa como benéfica, su accion sobre el paganismo á quien convierte, sobre la idolatría que destruye, la barbarie que disipa, hasta santificar, moralizar y civilizar al mundo; su influencia poderosa en la sociedad que reforma, en el Estado que consolida, en el gobierno que dignifica, y en el pueblo á quien defiende, salva y conserva, poniendo á toda luz los altos merecimientos del Sacerdocio, para confundir á ese mundo ingrato que le aborrece y persigue: si despues de haber puesto á vuestra vista las glorias de su carrera, la suprema virtualidad de su poder, único que queda para conjurar el

1 Sap. cap. V, vs. 3, 4, 5 y 6.

mal que por todas partes trabaja al mundo, y la necesidad estrechísima, no solo religiosa sino tambien política y social, de su conservacion y defensa, y de la cooperacion activa y eficaz de parte del pueblo fiel, á fin de despertar de su letargo á ese mundo creyente, pero cobarde y pusilánime, que le abandona: si despues de todo esto, repito, no os habéis estremecido de terror á la vista de esa indiferencia, de ese aislamiento y retiro á que la revolucion ha debido sus principales triunfos, no encuentro, por cierto, hermanos mios, resorte ninguno capaz de conmoveros.

No, católicos: es preciso no dormirse en el borde del abismo; es preciso ser mas vigilantes y mas activos que nunca; es preciso, principalmente hoi, caminar con la sencillez de la paloma y la astusia de la serpiente, entre las inspiraciones del cielo y las tentaciones de la tierra, entre la gracia, que todavía pugna por salvarnos, y esta revolucion terrible que no perdona medio para perdernos. Seamos fieles hasta la muerte, como nos aconseja el apóstol San Juan, y conquistarémos la corona de la vida. No os convirtáis á todo viento, ni os empeñéis en cualquier camino, como lo advierte el eclesiástico, porque sin duda pereceréis. Sois católicos, estáis en la Iglesia y conserváis las esperanzas eternas: no perdáis, pues, tan preciosos frutos por vuestra negligencia; sino trabajad infatigables, os dice el mismo apóstol, para recibir en el último de vuestros dias la suprema recompensa de las virtudes. Meditad las grandezas del Sacerdocio para venerarle: contemplad su poder y su beneficencia para poner vuestra confianza en su ministerio: buscadle siempre, amadle siempre, escuchadle siempre, veneradle siempre, acompañadle siempre, defendedle siempre; y ante su accion poderosa y vuestra cooperacion eficaz, caerá vencida completamente la Revolucion, recobrará sus derechos universales la verdad, triunfará la Iglesia católica; y vosotros, asociados á ella en la tierra con su carácter militante, viviréis con ella en el cielo como ciudadanos de la Jerusalen gloriosa, como miembros de la Iglesia triunfante, soldados de la Cruz en la tierra y socios de Jesucristo en el cielo.

SERMON

SOBRE LA

VIDA CONTEMPLATIVA.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE CARMELITAS DESCALZAS DE MORELIA

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

Maria optimam partem elegit.
María ha elegido la mejor parte.
San Lúcas, cap. X. v. 42.

Hallándose Nuestro Señor Jesucristo de paso á Jerusalen en la casa de Márta y de María, ésta, sentada á sus piés, escuchaba su divina palabra, miéntras aquella, empeñosa y afanada en disponer lo necesario, y extrañando que su hermana no tomase parte ninguna en las faenas domésticas, lo manifestó así á Jesus, con el fin de que por su precepto le ayudase María. Pero el Señor le dió esta respuesta: "Marta, Marta, tu te afanas y acongojas distraida en muchas cosas; y á la verdad, que una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte." De este modo se explicaba Nuestro Divino Maestro, haciendo la comparacion entre la vida activa, que se representa en las taréas afanosas de Marta, y la vida contemplativa, tan bien caracterizada en el humilde recogimiento y atencion profunda de María. Sin duda alguna que el Salvador del mundo no reprobaba la inspeccion á varias cosas temporales, cuando por otra parte habia de referirse todo á lo único necesario, que es la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal que por todas partes trabaja al mundo, y la necesidad estrechísima, no solo religiosa sino tambien política y social, de su conservacion y defensa, y de la cooperacion activa y eficaz de parte del pueblo fiel, á fin de despertar de su letargo á ese mundo creyente, pero cobarde y pusilánime, que le abandona: si despues de todo esto, repito, no os habéis estremecido de terror á la vista de esa indiferencia, de ese aislamiento y retiro á que la revolucion ha debido sus principales triunfos, no encuentro, por cierto, hermanos mios, resorte ninguno capaz de conmoveros.

No, católicos: es preciso no dormirse en el borde del abismo; es preciso ser mas vigilantes y mas activos que nunca; es preciso, principalmente hoi, caminar con la sencillez de la paloma y la astusia de la serpiente, entre las inspiraciones del cielo y las tentaciones de la tierra, entre la gracia, que todavía pugna por salvarnos, y esta revolucion terrible que no perdona medio para perdernos. Seamos fieles hasta la muerte, como nos aconseja el apóstol San Juan, y conquistarémos la corona de la vida. No os convirtáis á todo viento, ni os empeñéis en cualquier camino, como lo advierte el eclesiástico, porque sin duda pereceréis. Sois católicos, estáis en la Iglesia y conserváis las esperanzas eternas: no perdáis, pues, tan preciosos frutos por vuestra negligencia; sino trabajad infatigables, os dice el mismo apóstol, para recibir en el último de vuestros dias la suprema recompensa de las virtudes. Meditad las grandezas del Sacerdocio para venerarle: contemplad su poder y su beneficencia para poner vuestra confianza en su ministerio: buscadle siempre, amadle siempre, escuchadle siempre, veneradle siempre, acompañadle siempre, defendedle siempre; y ante su accion poderosa y vuestra cooperacion eficaz, caerá vencida completamente la Revolucion, recobrará sus derechos universales la verdad, triunfará la Iglesia católica; y vosotros, asociados á ella en la tierra con su carácter militante, viviréis con ella en el cielo como ciudadanos de la Jerusalen gloriosa, como miembros de la Iglesia triunfante, soldados de la Cruz en la tierra y socios de Jesucristo en el cielo.

SERMON

SOBRE LA

VIDA CONTEMPLATIVA.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE CARMELITAS DESCALZAS DE MORELIA

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

Maria optimam partem elegit.
María ha elegido la mejor parte.
San Lúcas, cap. X. v. 42.

Hallándose Nuestro Señor Jesucristo de paso á Jerusalen en la casa de Márta y de María, ésta, sentada á sus piés, escuchaba su divina palabra, miéntras aquella, empeñosa y afanada en disponer lo necesario, y extrañando que su hermana no tomase parte ninguna en las faenas domésticas, lo manifestó así á Jesus, con el fin de que por su precepto le ayudase María. Pero el Señor le dió esta respuesta: "Marta, Marta, tu te afanas y acongojas distraida en muchas cosas; y á la verdad, que una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte." De este modo se explicaba Nuestro Divino Maestro, haciendo la comparacion entre la vida activa, que se representa en las taréas afanosas de Marta, y la vida contemplativa, tan bien caracterizada en el humilde recogimiento y atencion profunda de María. Sin duda alguna que el Salvador del mundo no reprobaba la inspeccion á varias cosas temporales, cuando por otra parte habia de referirse todo á lo único necesario, que es la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvacion de las almas; pero á la vista de los obstáculos diferentes con que tropiezan á cada paso cuantos viven en el mundo, para componer y enderezar á esto solo el gran sistema de las acciones humanas, se convierte á aquellas almas que, ó por una prudente timidez, ó por una caridad ya mui acendrada, dan de mano á todas las cosas temporales, y declara solemnemente que ellas han elegido la mejor parte, porque libres ya de todas las inquietudes y trabajos del siglo, pueden entregarse sin estorbo á escuchar la palabra, penetrar el espíritu y hacer en todo la voluntad de Jesucristo. *María optimam partem elegit.*

Sin embargo, católicos, el mundo, que siempre se halla en contradiccion con las máximas del Evangelio, y que á medida que progresan los siglos, adquiere mayor osadía contra las virtudes sublimes de los justos, no ha estado siempre de acuerdo sobre la excelencia suprema que tienen á los ojos de Jesucristo los ocultos senderos de la vida contemplativa. Triste verdad, y mas palpable que nunca hoi, cuando abandonado nuestro siglo á las especulaciones materiales, á los objetos físicos, á los goces sensibles y á los intereses exclusivos de la carne y de la sangre, no puede comprender ni ménos confesar la excelencia de una institucion en que el hombre, dando al cuerpo cuanto es absolutamente necesario, se empeña, mediante la abnegacion, la mortificacion y el recogimiento profundo del alma, en la conquista gloriosa de la felicidad suprema, que no se puede alcanzar sino por el íntimo conocimiento de la verdad eterna y el ejercicio continuo de las virtudes cristianas.

Tiempos hubo ménos infaustos en que el mundo, limitándose á contradecirlo todo con su conducta, respetaba estos asilos, y admiraba sin esfuerzo á sus dignos habitadores; tiempos hubo en que desde esa reja humilde se arrojaban al siglo la púrpura y la diadema, para esconder en la soledad mística los nombres ilustres y los títulos pomposos, sin buscar ya mas triunfo que el de las pasiones, mas imperio que el de sí mismo, mas título que el de cristiano humilde y fervoroso, ni otra designacion que la de *hermano*, signo que explica maravillosamente nuestra dependencia de un comun orígen, nuestros vínculos divinos y nuestros destinos inmortales. Pero en el nuestro ha hecho el mundo avances casi increibles, pues no contento ya con la guerra de sus perniciosas máximas y de sus detestables ejemplos, ha condenado sucesivamente á la persecucion, al sarcasmo y al indiferentismo estos retiros venerables y pacíficos, á donde ha venido á recogerse y á reservarse únicamente para Dios lo mas escogido y puro de la Iglesia militante.

Mas qué, ¿la indiferencia de nuestro siglo, el orgullo insensato con que persigue á los justos, las desdeñosas miradas que deja caer sobre estos muros respetables, tienen poder alguno contra el ascendiente irresistible de la verdad y la fuerza incontrastable de los oráculos divinos? ¿El torrente de la palabra santa dejará de correr por el encuentro de estos diques miserables que sucesivamente le oponen la vanidad de la ciencia, la ironía de la política, las especulaciones del interes y el materialismo de hoi? Al contrario, nunca es mas oportuno levantar nuestra voz, que cuando empieza á difundirse insensiblemente ese ruido sordo de impiedad que se está oyendo por todas partes; nunca mas necesario encarecer la abnegacion de nosotros mismos, que cuando la soberbia descarga sobre las virtudes sus golpes mas terribles; nunca mas conveniente mostrar cuán suave y ligera es la carga de Jesucristo, que cuando se arroja con despecho ó se lleva sin espíritu; y hoi, por lo mismo, es mas importante que nunca decir con Jesucristo, á la vista de este acto con que la santa Iglesia ocupa al presente vuestra religiosa atencion, que entre esa multitud de objetos donde se fijan las miradas de los hombres, una sola cosa es necesaria; que á ella están exclusivamente consagradas las almas recogidas y fervorosas que sepultan su vida en el silencio de los claustros; y por tanto, confesar que esta nueva vírgen, que acaba de inmolarse en el altar de Jesucristo, es por mil títulos venturosa por haber elegido la mejor parte: *optimam partem elegit.*

Propóngome pues, ménos ocupar la reflexion en busca de medios para endulzar el sacrificio de esta víctima sagrada, que hallar términos propios para exaltar el mas bello de todos los triunfos. Colocado frente á frente de esa filosofía bastarda que todo lo ha desnaturalizado, de esa prudencia carnal que ya olvidó hasta la existencia del espíritu, de este siglo á cuyos ojos han desaparecido ya los caracteres naturales y divinos de la virtud, intento generalizar mis ideas, llevarlas á todos los grandes objetos del entendimiento y del corazon, sacar de esa reja humilde el primer interes de la humanidad, y colocar la vida contemplativa entre las bendiciones del cielo y la admiracion de la tierra. Estudiando las relaciones mas universales de ese holocausto sublime, podrémos profundizar el pensamiento con que me he introducido á este discurso sagrado, y descubrir á la doble luz de la inteligencia y de la fe, la razon de esa incontestable primacía que otorgó á la vida monástica la verdad eterna, al pronunciar su juicio entre los afanes laboriosos de Marta y los tranquilos y amorosos éxtasis de María.

Cada uno de los estados de la vida se halla colocado bajo la in-

fluencia de esas tres relaciones universales que abrazan á todos los seres inteligentes y libres, es decir: Dios, el mundo y el individuo. Ahora bien, ¿qué grado debe tener el estado recogido de estas almas privilegiadas á los ojos de Dios, á los ojos de la víctima y en concepto del mundo? He aquí lo que me propongo responderos en este discurso, abrazando la excelencia de la vida contemplativa en sus relaciones con Dios, con la vírgen que acaba de consagrársele, y con la humanidad entera, cuyos intereses afecta defender el mundo en sus necias declamaciones contra el estado religioso.

Mas ántes de empezar una obra tan conforme al espíritu de la Iglesia, á los intereses de vuestra eterna salud y á la edificacion de mi auditorio, volvamos nuestras miradas suplicantes hácia la Madre de Dios. Abogada de todos los pecadores, lo es mui particularmente de las almas que aspiran á la ventura suprema de ser numeradas entre las castas esposas de Jesucristo. Sí, Madre mia: sois el Refugio de todos los pecadores; pero halláis complacencia singular sin duda alguna, cuando la Iglesia os aclama *Reina de las vírgenes*. Recibid, pues, bajo vuestra proteccion inmediata el sacrificio de esta vírgen, que acaba de renunciarlo todo por seguir á vuestro Hijo, y alcanzadme de vuestro Divino Esposo los dones excelsos que comunican la fuerza, la uncion y la luz al ministro de la palabra evangélica.—*Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Si vuestra vocacion es verdadera, hermana mia; si el aborrecimiento del siglo os ha sustraido á él para siempre; si el empeño dulcísimo del amor á vuestro Esposo sin limitacion y sin reserva os ha hecho sumergir en esta soledad el mas florido período de vuestra existencia; si podéis decir hoi lo mismo que San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulacion, ni el hambre y desnudez, ni los peligros y tormentos mayores serán capaces nunca de apartaros de Jesucristo; si os contempláis contenta junto á la perspectiva de mortificaciones frecuentes, y es dulce para vos consideraros como la oveja del sacrificio: ¿quién vacilará un momento en reputar vuestro estado como el mas excelente, el mas bello, el mas grato y dulce á los ojos del Señor? El es sin duda Padre comun, y en su amor inmenso y en su misericordia infinita, siempre reconocen su parte cuantos forman la prodigiosa multitud del género humano. Tambien es cierto que su vista penetrante descubre aun en el siglo muchas almas fieles que le adoran en espíritu y en verdad; pero no lo es ménos, que tiene su pueblo escogido, y que en este pueblo ama con singular predileccion á estas esposas de la soledad, que no limitándose á la abstinencia de los frutos que privan del Paraíso, renuncian indistintamente á cuanto podemos usar como un beneficio de la Providencia, para consagrarse todas á oir y guardar fielmente la palabra del Señor, á esas almas privilegiadas que inmolan heroicamente en el altar de la propia abnegacion el mundo y sus encantos, el tiempo y sus esperanzas risueñas, los cuidados de una tierna madre, las caricias de un padre, el techo doméstico, los lazos de la familia y los honestos placeres de una inocente sociedad. El acto de la profesion religiosa, hermana mia, es rigurosamente hablando, una regeneracion verdadera en el órden del espíritu, es el primer instante de una existencia nueva, la brillante avenida de un nuevo dia; y puede decirse á la letra, que os habéis renovado en la extension de la palabra, desde que habéis tomado, para nunca dejarla, esa modesta vestidura que el mundo desprecia, pero que Dios ha puesto sobre vos como la ropa nupcial que realza los encantos de la esposa. Vuestro estado es pues el de la propia abnegacion, el de la solemne abnegacion, el de la continua y perpetua abnegacion, es decir: un estado en que se ama á Dios exclusi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vamente, en que se le ama públicamente, en que se le ama incesantemente, en que se le ama perfectamente: es aquel estado que pone á la criatura en la dichosa impotencia de olvidar un solo instante á su Criador, en que se ofrecen á Dios en uno solo todos los holocaustos, y en que van á cumplirse hasta los últimos consejos de la perfeccion evangélica.

Triste sin duda y en gran manera sensible, católicos, debe ser á los ojos de la carne y de la sangre, este cuadro de inmortal desprendimiento en que el alma cristiana, no queriendo servirse de sus sentidos sino para mortificarlos incesantemente, ni de sus potencias sino para humillarlas bajo el yugo de la fe, reduce su mundo á un pequeño espacio de tierra, y sus relaciones á la sociedad íntima de su propia conciencia, y sus goces á estrechar la Cruz de Jesucristo, y sus esperanzas á morir en sus brazos; pero cambiad, en seguida, de luz, y al esplendor indeficiente y puro de la fe, contemplad el cuadro sublime de una religiosa en presencia del Señor: ved si entre las ofrendas de que el hombre es capaz por sí mismo, puede hallarse una sola que reuna mayores caracteres de excelencia y grandeza para el Dios de la santidad. Por lo que á mí toca, hermanos mios, ya considere, lo que es en sí misma la abnegacion del hombre, ya registre las Escrituras Santas para buscar los títulos en que funda su grandeza, donde quiera reconozco la incontrastable verdad con que aseguro que la profesion religiosa es la mas grata y excelente suerte que puede caber al hombre á los ojos de Dios.

¿Qué es la abnegacion de sí mismo? Si la historia de la Iglesia no presentase á nuestra vista repetidos é ilustres ejemplos de este heroismo cristiano, de este universal desprendimiento de todas las cosas, echaria mano de aquellas expresiones indefinidas empleadas frecuentemente por los escritores sagrados para manifestar lo que apénas puede sentirse, para decir lo que va mui léjos de los alcances de nuestra razon. Os diria que la negacion de sí mismo es lo que el ojo no vió, lo que el oido no oyó, lo que la razon fué incapaz de comprender, lo que la imaginacion mas viva y fecunda no ha podido figurarse, lo que el corazon apénas puede sentir y la lengua no es dueña de explicar: os diria que es el *no sé qué* de lo que llamamos *divino* en los afectos religiosos, os diria que es un acto angelical, un heroismo de la santidad, en suma: el bello ideal del amor divino. Mas ya que Jesucristo Nuestro Señor se dignó fundar una Iglesia cuyo espíritu consiste en la abnegacion de nosotros mismos, y ya que esta Iglesia santa, siempre sostenida por el poder, ilustrada por la sabiduría y privilegiada por el amor eterno de la

Trinidad augusta, nos permite recorrer en su historia un catálogo inmenso de verdaderos héroes, es decir: de hombres que mediante la abnegacion de sí mismos han sabido elevarse desde las clases mas humildes y despreciables hasta los tronos del cielo: ya que esta historia tan fecunda ha venido á revelar á los hombres el gran precio de la abnegacion de nosotros mismos, permitidme recordaros, si bien con suma rapidez, lo que importa esta virtud en sí propia.

Cuando á una palabra del Altísimo el Universo brotó de la nada, y dijo Dios que las cosas que habia hecho eran buenas, sin duda que halló mas excelencia que en todas las criaturas juntas en aquella privilegiada donde estaba mirando su propia imágen; y cuando Dios, viendo la tierra toda invadida por el pecado, se manifestó arrepentido de haber hecho al hombre, hasta el extremo de destruir al mundo, bastante nos hizo conocer cómo el título de excelencia que podemos presentar á sus divinos ojos y en lo que mas podemos serle semejantes, consiste en la exencion de la culpa, en el amor que le tengamos. Este amor, hermanos mios, es el objeto final de la creacion humana y la vocacion de todos los hombres. Siendo pues una vocacion comun, se adapta sin duda, no solo á todos los tiempos, á todos los hombres y á todas las clases, sino tambien á todos los estados y condiciones de la vida; y á este amor divino pueden y deben referirse nuestras acciones todas, y por tanto, él puede considerarse como un inmenso círculo del cual no están excluidos ningun género de pensamientos, de discursos ó de hechos que puedan llamarse lícitos. Aquellas mismas satisfacciones necesarias que se dirigen á conservar nuestra vida, los deliciosos vínculos que nos hacen amable la tierra, los afectos expansivos de la familia, los sentimientos nobles de la amistad, todo se santifica en el amor divino, refiriéndose á Dios con reconocimiento humilde, como al Supremo Dispensador de los bienes que se disfrutan en la tierra.

Pero qué, ¿todos los estados del hombre son igualmente favorables al amor divino? ¿este grande y primitivo objeto de nuestra creacion se consigue con la misma facilidad en unos estados que en los otros? El padre que se ve rodeado de una familia numerosa, la muger enlazada con su marido por un vínculo santo, si se conforman con las reglas del Evangelio, sin duda que aman al Señor, que le aman sobre todas las cosas, y que si fuesen conducidos á la prueba, lo sacrificarian todo, mediante la gracia, primero que abandonar al objeto santo de su amor; pero este género de abnegacion se halla, hermanos mios, en una escala mui ínfima respecto de aquel que precede á los votos monásticos y sirve de principio

á la vida religiosa. Aquellos están dispuestos á dejarlo todo ántes que ofender á Dios; pero las almas consagradas á él por los votos monásticos no se limitan á esto, sino que desde luego todo lo abandonan; y este generoso desprendimiento, que en las personas del siglo se considera, y con justicia, como el último punto de la perfeccion, no es en el claustro sino el primer paso de una larga y trabajosa carrera. ¿Quién de los que viven en el siglo puede decir á Jesucristo, como el Príncipe de los apóstoles: "Todo lo hemos dejado por s[illegible]ié?"[1] ¡Ah! las personas mas arregladas se hallan siempre en [illegible] especie de lucha por la diversidad de objetos que alternativa ó sucesivamente ocupan el corazon. El esposo no se da tan exclusivamente á Dios, porque siempre está "solícito, dice San Pablo, de aquello que puede agradar á su consorte:"[2] á esta le sucede lo mismo, y el amor divino va encontrando en cada parte obstáculos diferentes á su feliz consumacion.

Todos somos capaces de llegar á una perfeccion consumada, y todos estamos expuestos á caer en la horrible deformidad de los vicios; pero esta perfeccion, hermanos mios, lucha con tal número de dificultades, que á mui pocos es dado el gozo de haberla conseguido. El hombre, para someterse á la lei suprema del espíritu, lei sublime que le encumbra hasta los cielos, se siente impulsado incesantemente á subir con el vuelo de la águila, porque hai dentro de nosotros mismos no sé qué sentimiento generoso que nos advierte la grandeza de nuestros destinos; pero sujeto al mismo tiempo á las leyes del siglo, al tiránico poder de las pasiones, á los muchos y variados prestigios de la vanidad, al semblante risueño de la fortuna y á esas necesidades facticias que inventa, propaga y multiplica el espíritu del siglo, siempre amigo de la virtud y siempre asaltado por el vicio, vanamente pasa los mas dilatados períodos de una larga vida, pues cuando muy afortunado parece, suele hallarse apénas en la infancia de la vida espiritual.

No es esta vuestra suerte, esposa de Jesucristo, pues al tomar ese traje humilde, os anunciáis á los ojos de vuestro Dios como árbitra de una triple victoria. Sí: desde el instante mismo en que pronunciáis vuestros votos, os eleváis á una altura incomparable respecto de vuestros hermanos los que quedan en el siglo. De un golpe destruís el eterno afan de las riquezas, las continuas agitaciones de la comodidad, los caprichos de la moda, y las aspiraciones innumerables que llenan el corazon de los mundanos; pues con veros sometida á la pobreza del claustro, huyen para nunca volver,

(1) Math. cap. XIX, v. 27.—(2) I Cor. VII, 33.

como las tinieblas á la presencia de la luz, esa multitud inmensa de quimeras caprichosas y de vanos fantasmas que arrastran incesantemente á los miserables ricos de Babilonia. Al escoger á Jesucristo por único y exclusivo Dueño de vuestro corazon, triunfáis de vuestro cuerpo, ó para mejor decir, le eleváis á una condicion angelical, pudiendo deciros á vos misma lo que en otro tiempo San Pablo á los fieles de Corinto: "Caminando en carne, no militarémos sin embargo segun la carne."[1] Pero no es esto todo: habéis conquistado un triunfo todavía mas glorioso. Desdeñar las riquezas y cuanto el mundo contiene en el gran sistema de los objetos que arrastran la ambicion ó la vanidad, es un acto de nobleza que tiene pocos ejemplos entre los hombres; rehusar al cuerpo cuanto excede de las necesidades de su conservacion, para atender mejor á los grandes intereses del espíritu, es un poder tan sublime, que dista mucho del esfuerzo comun de la naturaleza humana; pero renunciar á la libertad, sacrificar para siempre en los brazos de la obediencia el noble atributo de elegir, que ni el mismo Criador ha querido reservarse, es un esfuerzo noble de poder que no cuenta un solo ejemplo en el inmenso panteon de fabulosas virtudes que nos ha dejado en su historia de cuarenta siglos la filosofía del paganismo; es un heroismo de sentimientos que no pudo entrar ni aun en las previsiones de los antiguos sabios; es un vuelo rápido hácia la perfeccion cristiana, que nunca puede admirarse bastantemente; es, si así puedo explicarme, el último toque de colorido que puede dar el hombre á su semejanza con Dios.

¿Cuál será pues, hermanos mios, la excelencia que tiene á los ojos del Señor un estado como este, en que no se trata de otra cosa que de su voluntad y de su gloria? El solo auxilio que nos prestan las luces de nuestra propia razon cuando consideramos en sí misma esta abnegacion absoluta y perfecta que forma el todo de la profesion religiosa, nos basta para convencernos de que nunca el alma fiel que se ofrece á los ojos del Altísimo es mas excelente y grande, que cuando ha elegido para servirle un género de vida en que todo es muerte para el mundo, para los sentidos, para la libertad misma, y todo es vida para el cielo, para el alma, para la lei eterna y la voluntad perfectísima del Señor. ¿Y cuánto no deberá crecer nuestra veneracion á un estado tan perfecto y santo, cuando juntemos á nuestras propias luces las luces de la fe, y afirmemos nuestras propias convicciones con el oráculo infalible de la eterna verdad! "¿Dónde está la sabiduría, preguntaba en otro tiempo uno de los Profetas? "No está en mí," responde el abismo:

(1) II Cor. cap. X, v. 3.

habla el mar, y dice: "No está conmigo." ¿Dónde está pues la sabiduría? *Sapiéntia ubi est?* ¡Vanos clamores, que se propagan como el trueno por toda la extension del Universo, pero que no vuelven ya sino los tristes ecos de la duda! ¿Dónde está la sabiduría? ¡Ah! con una voz mui desconsoladora, que viene á herir el alma de Job, "huyó de la tierra, y solo queda una vaga y confusa memoria de que existió en otro tiempo," le responden por último la "perdicion y la muerte." *Perditio et mors dixerunt auribus audivimus famam ejus.*[1] Ved aquí, católicos, la sabiduría desterrada del mundo: porque el abismo no es mas que el caos del pecado, ni el mar es otra cosa que el inmenso golfo de iniquidad que presenta el mundo, ni la perdicion y la muerte deben reputarse aquí, sino como los signos decrépitos de un mundo encenagados en los vicios. La verdadera sabiduría, es decir: la lei eterna conocida y practicada, el cristianismo en su pureza, el Evangelio en su rigurosa observancia, el espíritu de Jesucristo, la Iglesia en la soberanía de sus máximas, han venido á ser nombres para el siglo, el cual, á fuerza de interpretar á su capricho los preceptos de la lei, ha llegado á darles unos caracteres de suavidad y ligereza que no entraban por cierto en la mente de aquel, que dijo, para estimularnos á seguirle: "mi yugo es suave y mi carga ligera."[2]

¿Dónde está pues la sabiduría? No la busquéis, católicos, en el abismo insondable del mundo, donde se cree á Dios y no se le teme, ni en el mar turbulento y agitado del corazon, que teme á Dios y no le obedece. Venid á buscarle mas bien á estos retiros ignorados, donde el santo temor de Dios es el principio reconocido de la verdadera sabiduría, donde las santas inspiraciones del cielo reposan en un pecho casto, como la tenue y finísima esencia en un vaso cerrado de cristal puro, donde se ignora la necesidad de resplandecer ante los hombres, y solo se conoce la santa oscuridad de la penitencia, donde está proscrito cualquier afecto que no vaya encaminado al dulce Esposo de los Cantares, donde se ha comprendido la significacion de esta palabra, que no ha podido entender el mundo al cabo de diez y ocho siglos: "El que quiera salvar su alma la perderá, y el que la pierda la encontrará:"[3] finalmente donde se detienen con una complacencia inexplicable las miradas del Señor, del Señor que entiende los caminos y conoce las moradas de la sabiduría, y nos advierte á todos de su paradero feliz. *Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius.*[4]

(1) Job. cap. XXVIII. v. 22.—(2) Math. XI. 30.
(3) Math. cap. XVI. v. 25.—(4) Job. ut supra.

Porque, ¿qué se necesita para poseer la verdadera sabiduría? Meditar incesantemente en la lei del Señor: meditacion sublime, que añade luz á luz y fuerza á fuerza; que elevó al Profeta-Rei sobre sus maestros, dándole una sabiduría superior á la de los ancianos, y que pudo comunicarle aquella prudencia consumada con que triunfó de sus enemigos: amar la palabra del Señor, hasta el extremo de jurar irrevocablemente una sumision absoluta á los altos decretos de su justicia. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? El que vende todos sus bienes, y compra con su producto la heredad feliz donde está escondido el tesoro. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? La prudente vírgen que guarda inextinguible la antorcha de la caridad. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? Esas almas, católicos, que bien aleccionadas en las incomparables bellezas de los caminos de Dios, viven en la carne, pero no se gobiernan segun ella; conservan su vida, mas para mortificar su cuerpo todo el dia por Jesucristo; usan de este mundo, pero como si no usaran de él, porque han sido crucificadas para el mundo, y el mundo ha sido crucificado para ellas: son aquellas almas felices á quienes el Apóstol decia: "muertas estáis, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo:"[1] aquellas, en fin, que fastidiadas profundamente de los caprichos del corazon, asustadas á la vista de ese torrente caudaloso que envuelve en su corriente fatal á casi todas las generaciones, toman las alas de la paloma, buscan el puerto, y exclaman alegres desde el centro de su retiro, lo mismo que el Profeta-Rei: "yo he huido léjos del mundo, para conservar mi inocencia en el seno de la soledad." *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*[2]

Abrid el Evangelio, católicos, ese libro divino donde todo se muestra, donde el oráculo eterno ha resuelto definitivamente todas las cuestiones que miran á nuestro destino inmortal: preguntad al Hombre-Dios el lugar que ocupa en su predileccion excelsa la vocacion de estas almas que, adelantándose á las últimas horas de la existencia, han venido desde el alba á esperar la hora de Dios y la luz de la eternidad desde este retiro humide donde los sentidos no tienen recreo, ni la vanidad ilusiones, ni el mundo pensamientos. ¡Gran Dios! aquí están, pues, aquellos á quienes habéis prometido con la vida eterna el ciento por uno; aquellos labradores infatigables, que para no tener motivo de volver atras la vista despues de tomar la mansera, no vinieron al campo de su labor sin haber disuelto su familia y destruido su cabaña; los que no vieron

(1) Rom. VII, 17.—(2) Ps. LIV, 8.

en vuestra venida la falsa paz que el mundo solicita, sino el cuchillo severo que corta del árbol el ramaje superfluo que no le permite descollar hácia el cielo: vuestros pobres de espíritu, vuestras almas pacíficas, las que tienen hambre de vos, y considerando la vida como un obstáculo continuo para satisfacerla en toda su plenitud, contemplan la muerte como una resurreccion gloriosa.

Regocijáos, pues en buena hora, ó vírgen, escogida para el tálamo del celestial Esposo, pues que habéis hecho en sus aras el omnímodo sacrificio de vuestra familia, de vuestras relaciones, de vuestro universo, de vuestros sentidos y de vuestra libertad, pues que os ha escogido para que seais su pueblo, y vos le habéis elegido tambien para que sea Vuestro Dios, y pues que, habiéndolo renunciado todo por él, podéis en adelante ser contada entre los que se llaman por excelencia conciudadanos de los santos y domésticos del Señor! Seguid, seguid adelante: no temáis los tumultos continuos de Babilonia, la atmósfera emponzoñada y pestilente de Egipto, las olcadas tempestuosas del mar, el encuentro espantoso de los elementos: no conturben vuestro pecho las desolaciones repetidas del tiempo, ni alarme penosamente vuestro espíritu la imponente y misteriosa perspectiva de la eternidad. ¿Qué sendero mas fácil y mas apetecible pudiera abrirse al resto de vuestra peregrinacion, que el que os proporciona un estado el mas excelente á los ojos de vuestro Padre celestial? Si el mundo os compadece, tenedle lástima; si el mundo os murmura, lamentad su demencia; si el mundo os llora, decidle como Jesucristo á las hijas de Jerusalen: "no lloréis por mí; llorad mas bien por vos." Pero no lo he dicho todo, hermana mia: tal vez no disputan los mundanos la excelencia de esta vocacion á los ojos de Dios; mas, profundamente ignorantes de los encantos de la abnegacion, de las dulzuras del claustro, de los goces inefables de la vida contemplativa, no quieren confesar que hai nectar en la amargura de la penitencia, y atractivos innumerables en el peso de la Cruz. No creo que un solo temor de esta clase contriste al presente vuestro pecho; pero sí entiendo, que debo proporcionaros á vos el gozo y á mi auditorio la edificacion de sentir cómo la suerte que os ha cabido, no solo es la mas excelente á los ojos de Dios, sino tambien la mas grata y feliz á los ojos de vos misma.

SEGUNDA PARTE.

Cuando os hablo, hermana mia, de la superioridad que debe tener á vuestros propios ojos esta vocacion sublime que celebramos al presente, no imagináis, por cierto, que voi á comparar con los goces espirituales que se os preparan, los placeres delincuentes del siglo: no, jamas estos deberán servir de dato al alma fiel para estimar el valor de su dicha. Ningun estado es compatible con ellos; y por lo mismo, no se trata de saber aquí, si es mejor seguir la vida monástica que abandonarse á los deleites y comprometerse en el laberinto de las pasiones, sino de ponderar hasta qué grado de perfeccion puede ella conducirnos, y hasta qué punto asegurarnos la posesion inamisible de una verdadera felicidad. ¡Desdichado de aquel que, al hacer su peregrinacion por la vida, no haya podido apercibirse de que pasaba por un valle de lágrimas y un campo de tribulacion! El se sorprenderá con un espectáculo terrible y verdaderamente desesperado al descender al sepulcro, y comprenderá mui á su pesar, que léjos de haber tenido ideas legítimas sobre la excelencia relativa de las situaciones diversas del hombre durante su vida, anduvo por los senderos mas intrincados, sin haber atinado nunca con el camino de la verdad.[1]

Otros son, pues, católicos, los principios que deben gobernarnos en tan importante investigacion, reducida á saber, no en cual de los estados pueden aglomerarse cuantiosas riquezas, mayor número de goces sensibles, ó un predominio mas alto sobre los otros; no en dónde quedarán mejor satisfechos los caprichos del amor propio y las pretensiones diversas de la vanidad humana; sino en donde se acelera mas nuestra perfeccion individual, y dónde pueden consolidarse mejor nuestras esperanzas eternas. No se trata del tiempo que huye, ni del mundo que engaña, ni de aquellos placeres que solo dejan las crueles amarguras del remordimiento, ni de los tesoros que perturban el sueño del avaro, ni de los altos puestos que atormentan sin cesar el corazon del ambicioso, ni aun de las conexiones inocentes y dulces, que de suyo son perecederas y solo contribuyen á regar con lágrimas el sendero penoso de la vida: trátase de nuestra perfeccion moral, único título de excelencia, y

(1) Sap. V. 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

condicion inseparable de la verdadera y sólida ventura. Ahora bien: si tales son los principios que han de gobernarnos al presente, preciso es convenir en que un estado que por su naturaleza favorece mas que los otros el ejercicio de las virtudes, y aumenta sin cesar los verdaderos goces del espíritu, debe ser el mas excelente á nuestros propios ojos, como el mas conforme á nuestros intereses eternos, y el que mas acelera nuestra perfeccion, y fomenta y consolida nuestras esperanzas. Tales son, hermana mia, los caracteres de la vocacion con que Jesucristo ha querido favoreceros, y por esto he dicho, que entre los estados de la vida ninguno reune derechos mas incontestables á vuestra preferencia, y que por tanto la profesion religiosa es al mismo tiempo la mas excelente á vuestros propios ojos.

Y á la verdad, ¿cuánto no teneis avanzado, hermana mia, en la carrera de las virtudes con solo haber dado el primer paso, el de la universal y perfecta abnegacion, consiguiente á los votos que acabáis de pronunciar? Renunciarse á sí mismo, dejar no solo cuanto se posee, sino cuanto es capaz de adquirirse, de gozarse y de apetecerse, quedar irrevocablemente indentificados con Jesucristo en los intereses de su gloria, someterle cuanto somos, cuanto podemos, refundir en la suya, digámoslo así, nuestra voluntad propia, ¿es por ventura un progreso despreciable en la carrera de la virtud? Recordad, hermana mia, lo que respondió á Pedro el Salvador del mundo, cuando le hablaba de este sublime desprendimiento; tened presentes aquellos doce tronos que fuéron destinados desde entónces para recompensar esta clase de virtudes; y calculad en consecuencia las que debéis practicar en el resto de vuestra vida, cuando este primer acto de correspondencia del alma á la vocacion de Dios es justamente reputado como un paso gigantesco. ¿Y qué habéis perdido con sacrificarlo todo? Alegráos en el Señor, pues vuestro desprendimiento ha venido á ser para vos una conquista segura de todas las cosas. ¿Qué no posee quien de todo se ha desprendido? Lo posee todo, pues que nada desea. Preguntad á los opulentos del siglo si lo poseen todo cuando insultan á la virtud con sus riquezas. Ellos os responderán con el inmenso catálogo de sus empresas frustradas, de sus proyectos inútiles, de sus esperanzas engañadas, de sus temores continuos, y de mil y mil necesidades no satisfechas. ¿Qué habéis perdido pues, repito, con desprenderos universalmente de todo? ¿Qué? oidlo: deseos que martirizan, remordimientos que consumen, temores que no cesan, goces que no duran, satisfacciones que no contentan, aspiraciones que no calman, miseria que siempre vive. ¿Qué habéis perdido?

las ilusiones quiméricas que nos arrebatan es aspecto de la verdad. ¿Qué habéis perdido? el arte deplorabilísimo de aumentar vuestras cadenas. ¿Qué habéis perdido? ¡Ah hermana mia! acaso el funesto poder de haceros eternamente desdichada. ¡Oh pérdida mil veces envidiable! ¡oh despojo feliz, que solo nos quita cuanto nos corrompe y embrutece! ¡aniquilamiento mil veces santo, pues que destruye de un golpe cuanto podia retardar el vuelo de nuestras almas al Dios de la santidad! No Dios mio: no hemos perdido nada; lo hemos hallado todo mas bien, puesto que os hallamos á vos. ¿Qué podrá faltarle al que tiene la dicha de poseeros? Si os habéis dado á nosotros, ¿qué podemos ya desear? y si nuestros deseos han muerto casi todos, ¿qué tesoros podrán igualarse á los muchos que ya poseemos? ¡Ah! léjos de aquí las miserables quejas del rico, los clamores del ambicioso á la vista de otra altura mayor á que no llega todavía! ¡Felices nosotros, pues que nada deseamos! ¡Felices nosotros que poseemos todas las cosas sin ser dueños de ninguna! *Nihil habentes, et omnia possidentes.*[1]

Yo bien sé, católicos, que el arte de ser feliz no está reducido á los claustros; que pobres de espíritu y almas completamente desengañadas hai en el mundo: sé mui bien que el alma religiosa no con desprenderse de todo, ha puesto el sello á su felicidad; que no por haberse reducido el campo de batalla, se ha conseguido la última victoria; que no por habernos alejado de todas las cosas, nos hemos alejado de nosotros mismos; que no pueden faltar reveles donde existe el corazon: sé mui bien que han pagado el triste contingente al abismo las gerarquías del cielo y las potestades de la tierra, el apostolado de Jesucristo, y hasta estos asilos de la virtud; que el esplendor glorioso de los Pedros, de los Antonios, de las Catalinas y de las Teresas, no basta á borrar de nuestra memoria los nombres espantosos de Júdas y Lutero, ni á apartartar de nuestros temores á aquellas vírgenes imprudentes que, tardamente provistas de su lámpara, no lograron ser admitidas al convite del Esposo. Pero ¿qué se infiere de aquí? Nada contrario á la excelencia del estado religioso, y ántes bien, reflexiones urgentísimas que la confirman. Si nuestra vida es una continua lucha; si la primera máxima de un cristiano es la de hallarse constantemente preparado para la tentacion; si el camino de la existencia es una carrera de combates, en cuyo término reserva Dios la corona para el alma fiel que con mas heroismo haya peleado, como dice el Apóstol,[2] ¿cuál debe ser á nuestra vista el estado mejor sino aquel en que

(1) II Cor. cap. VI, v. 10.—(2) II Tim. II, 5.

la virtud halla ménos estorbos, en que las tentaciones son ménos frecuentes y terribles, y las gracias que vienen de lo alto son mas fecundas y mas eficaces?

Y á la verdad, hermana mia, ¡cuántas tentaciones y cuán terribles ataques habéis alejado para siempre de vos con la resolucion generosa que os ha colocado en este asilo venerable! Recordad, bien, cómo nunca las tentaciones son mas frecuentes, que cuando nos hallamos en circunstancias, en lugares y tiempos, en que nuestros sentidos hallan mas objetos de distraccion, nuestros deseos mas estímulos y probabilidades, nuestro amor propio mayor número de alhagos y seducciones, en que nuestra imaginacion multiplica las perspectivas engañosas que nos arrebatan el aspecto noble y severo de la virtud, y en que, no teniendo prevenciones ningunas contra los ataques del enemigo, ni atrincheramiento contra sus avanzadas insidiosas, nos hallamos como en medio de una llanura inmensa, donde pueden arrebatarnos en su curso los diferentes vientos que la dominan. ¡Tal es la condicion de todos vuestros hermanos á quienes dejáis en el siglo! Los ojos no dejan de ver, ni los oidos de escuchar, ni el gusto de satisfacerse: todo convida á la molicie, todo á la relajacion, todo á la codicia, todo á la murmuracion, á los odios envenenados, ó á los afectos delincuentes. El alma da un paso recto, y por este solo paso ¡cuántos extravíos miserables! Resiste noblemente á un ataque, y por este solo triunfo ¡cuántas vergonzosas y humillantes caidas! Se levanta para caer de nuevo; y cual si estuviera situada hácia las avenidas de una corriente indómita, teme á cada paso ser arrebatada por ella, casi llega á desesperar de ser virtuoso. Disgústase del siglo; mas no puede apartarse del siglo: detesta para siempre los placeres criminales; pero inútilmente, pues mui pronto cede otra vez al irresistible deseo de gustar su dulce y amarga copa. Entre tanto, el tiempo pasa, el hábito se afirma, la naturaleza se transforma, el corazon cede, el vicio triunfa, y la víctima infeliz exclama tal vez, como en otro tiempo el Agustino: "¡O torrente de la humana costumbre! ¿quién será capaz de resistirte? ¿hasta cuándo seguirás impeliendo á todos los hijos de Eva con tu fuerza terrible hácia el insondable y horroroso océano?"

¿Lo habéis oido, hermana mia? Contemplad, pues, ahora, de dónde acabáis de salir, y á dónde habéis entrado, y decidme si vuestro pecho palpitará tantas veces de temor, como palpitaba en el siglo, donde cada paso es un escollo, cada objeto una tentacion, y el aire mismo que se respira es como el aliento de la muerte. No: esta tierra, cuya posesion se os acaba de dar, no es como Egipto de donde habéis salido: *terra quam ingredieris possidendam, non est sicut terra Egipti, de qua existi.*[1] Esta tierra feliz está cercada por todas partes de montañas y bosques: *montuosa et campestris:* es la heredad querida, que atrae de continuo sobre sí las benignas miradas del Señor: *quam Dominus Deus tuus semper inuisit, et oculi illius in illa sunt á principio anni usque ad finem ejus.*[2] ¡Qué diferencia, hermana mia, de situacion á situacion! Allá os hallabais en campo raso y habitado simultaneamente de voraces fieras, que tenian del todo libre hácia vos el acceso de su ferocidad: aquí estáis circundada por todas partes de tranquilos bosques y montañas inaccesibles. ¿Y cuáles son estas montañas que cercan vuestra presente habitacion? Es la pobreza, que solamente prometida, retira de vos, y acaso para siempre, tantas y tan diversas tentaciones cuantas en sí misma contiene y encierra la gran tentacion de las riquezas; es la castidad santa, que consagra el alma y el cuerpo de las vírgenes en la admiracion de los ángeles y en el respeto de los hombres, y que del cielo acaba de recibir en cambio de vuestros votos un poder que ántes no tenia contra el tenaz y astuto enemigo que donde quiera la persigue: es por último, amada hermana mia, ese voto por tantos títulos feliz y grande de la obediencia, que dando el último golpe al orgullo y al amor especioso de nosotros mismos, ha hecho desaparecer con esto solo esa funesta serie de tentaciones diversas y exquisitas que constituyen su vergonzosa fecundidad. *Terra montuosa et campestris.*

No os ocultaré los peligros que se esconden en el claustro: los del primer fervor que se entibia, los de ese falso concepto de que no es necesario adelantar mas y mas, los escollos de los propios triunfos espirituales, los mismos que suele haber en la abundancia de las gracias cuando el alma se familiariza con ellas hasta el extremo de no comprender su precio, las ilusiones de la piedad, las redes casi insensibles y mui seductoras del amor propio, los sentimientos vagos que es preciso contener y las memorias importunas que es necesario disipar.[3] Nada de esto os ocultaré: porque ha de haber peligros y tentaciones en todo tiempo que no sea la eternidad, y en todo lugar que no sea la patria. Pero tambien debéis tener entendido, para bendecir al Señor todos los dias de vuestra vida, que la mayor parte de vuestros enemigos han quedado profundamente derrotados desde que pronunciasteis vuestros votos, y que los que subsisten aun, para proporcionaros el mérito á que de-

(1) Deut cap. XI, v. 10.—(2) Ibid. vs. 11 et 12.
(3) Vease el sermon de *Bourdaloue* sobre profesion religiosa, de donde se han tomado algunos pensamientos en extracto.

be aspirar una alma religiosa, nada son comparativamente con las gracias que se os preparan. No quiero hablar ya de la de vuestra vocacion, con que el Señor os ha dado una prueba singularísima de su amor, de esa abnegacion absoluta que está exigiendo de nosotros, no el que os consolemos por lo que habéis perdido, sino el que os felicitemos por lo que habéis ganado: hablo de las gracias que han de acompañaros en el resto de vuestra vida, de una carrera de mortificacion y penitencia, de un recinto en que no se habla sino de virtudes, y en que no se escuchan sino las alabanzas divinas, de una profesion alta y sublime consagrada exclusivamente al servicio de Dios, de una regla sábia y santa, que mantiene siempre viva la vigilancia, siempre muertos los sentidos, encadenadas las pasiones, profundamente amortiguados los deseos: hablo de una vida, para valerme de la expresion de un Obispo piadoso, en que todas las ocupaciones son virtudes, ó medios eficacísimos de alcanzarlas; todos los pasos se dirigen al cielo; en que lo mas indiferente tiene su mérito propio, y en que profundamente aniquilados los enemigos exteriores, todo ha quedado reducido á libraros de vuestro propio corazon: hablo de los ejemplos que os circundan, de esta sociedad feliz que tantos encantos derrama sobre la virtud; de este candor de la inocencia, que no podemos distinguir ya entre la profunda niebla que envuelve á los mundanos: hablo de este amor casto que os debe estrechar con vuestras hermanas, de esta caridad siempre viva que recíprocamente hallaréis en vuestro corazon las unas y las otras, de esas oraciones que suben juntas al cielo, de esas lágrimas que corren juntas, y de esos gemidos profundos que van á perderse juntos en el seno de vuestro Padre celestial. ¡Dios mio! ¡cuánto os complacéis en esta concordia feliz y fraternal, en estas santas congregaciones de virtudes donde se repite vuestro nombre todos los dias, donde mejor se sienten los beneficios de vuestra Providencia y donde labios mas puros os entonan constantemente el himno de la misericordia! ¡Con cuánta razon habéis prometido á estas almas fieles el ciento por uno de lo que han dejado por seguiros!

Sí, hermana mia, el ciento por uno: ¡retribucion magnífica, que debiendo llegar á su feliz consumacion en el cielo, tiene así mismo su glorioso principio y su fecundo incremento en la tierra! ciento por uno, que comenzó en el acto sublime de vuestra profesion, que sentiréis, como acabo de probaros, en las virtudes que practiquéis, en las gracias que han de favoreceros, y tambien en los goces que se os preparan: último carácter de excelencia que debe ofrecer á vuestra vista el estado que habéis elegido.

Hai un don sobrenatural que el mundo no conoce, manantial perenne de consuelos, que no disfruta ninguno de cuantos viven segun las máximas del siglo, tesoro de infinito precio, fuente y principio de grandes bienes, resultado preciso de la gracia de Dios fielmente correspondida por la conducta de una alma fervorosa; un don que para los habitadores de Babilonia es un mero nombre, y para las almas tímidas que se han recogido en el Señor, es una cosa real y positiva. ¡Qué don es este, hermanos mios! El regocijo santo de la virtud, el gozo espiritual: gozo inexplicable, que difunde por todo el hombre un bienestar delicioso, una calma suave y apacible, una paz siempre inalterable y una indiferencia tal hácia todo lo que no es vivir en Jesucristo, que se reciben indistintamente los sucesos mas faustos y las adversidades mas crueles de la vida. El alma que siente estas afecciones dulcísimas, que pondera la incomparable excelencia de tan feliz estado, que trae al cotejo este género de goces con los deleites que mantienen en cierta especie de embriaguez á los mundanos, no acierta á comprender cómo delicias de una gerarquía tan alta no han conquistado el corazon de todos los hombres, cómo hai entre ellos quienes, llevando el nombre de prudentes y sabios, no han acertado á conocer el misterio de las dulzuras divinas: misterio que tan fácilmente descubren aun aquellas almas abyectas cuya santa simplicidad y candor sirven de pábulo continuo á la maligna lengua de los mundanos. Sin embargo, no se inquietan por esto, no pasan adelante en sus investigaciones; y ántes bien, comprendiendo cuanto es posible toda la extension de su felicidad, se abandonan á los transportes del júbilo mas vivo, para decir al Señor con toda la fuerza de su fe y el tierno lenguaje de la gratitud: "Yo os alabo, Dios mio, Señor del cielo y de la tierra, yo os alabo y bendigo, porque habéis ocultado estas cosas á los sabios y prudentes del mundo, y os habéis dignado revelarlas á los sencillos y pequeños."[1] ¡Mas cuál será el principio, hermana mia, de este gozo espiritual que así embelesa á las castas esposas del Señor? En la nueva carrera que se os abre, vais á seguir precisamente un órden fijo de ideas y pensamientos que, comenzando por las asperezas de la mortificacion, debe concluir en los transportes inefables del amor divino. Sometiéndoos dócil y humildemente á las prácticas tutelares de vuestra regla, vuestra alma, tal vez pobre al presente, va á sorprenderse despues cada dia con descubrimientos é ilustraciones de un género sublime. Las meditaciones continuas van á haceros conocer lo que ántes no co-

(1) Math. cap. XI, v. 25 y sig.

necesais, y comprender lo que no comprendeis ántes. Vuestra fe irá tomando sucesivamente un pleno dominio en vuestro corazon; y que sé yo, si el Esposo os tendrá reservada para favoreceros de tiempo en tiempo con aquellas resplandecientes y divinas luces que suspenden la memoria, desdeñan el discurso y fijan invariablemente la intuicion estática de la alma contemplativa. Pero sin prometeros un favor en cuya distribucion se nos ocultan sin duda grandes misterios, yo puedo mencionarlo cuando, dejando á las personas que al presente me escuchan, abro la historia de estos retiros, y repaso la vida de sus ilustres fundadores. Sí, hermana mia: Dios recompensará vuestra fidelidad aun en la tierra con el sentimiento de vuestras propias virtudes, con el conocimiento de sus profundas verdades, y con esas avenidas de luz que fijan amorosa y fuertemente la atencion del alma contemplativa. He aquí hermana mia, un triple manantial de consuelos que derrama en torno de estas mansiones queridas esos atractivos y encantos que os harán amar de continuo con una ternura inefable vuestra inocente soledad.

Yo bien sé que la verdadera humildad debe haceros incrédula respecto de vuestros progresos en el camino del espíritu, que desecharéis como tentacion importuna cualquiera idea que tienda á persuadiros virtudes que admiraréis en vuestras hermanas sin reconocerlas en vos, que miéntras mas sólidos sean vuestros adelantos, con mayor intensidad obrará en vuestro espíritu el amargo sentimiento de vuestra indignidad y vuestra miseria; pero sé tambien que mil deliciosas emociones, provenidas de vuestra misma virtud, os afectarán sin revelaros su orígen, que miéntras mas léjos estéis de creeros virtuosa, mas disfrutaréis de los suaves transportes de la virtud, que la humildad verdadera no es turbulenta y borrascosa, y que siempre abrazada con la esperanza divina, cerca por todas partes al espíritu, digámoslo así, para que no vengan á invadirle los tormentos crueles de una perpetua desolacion. ¡Y quién podrá encarecer bastantemente la fruicion dulcísima que siente el espíritu á la presencia de esas grandes verdades que el mundo repite á cada paso sin conocerlas, y que el alma religiosa conoce y comprende sin otro afan, sin mas artificio, que una atencion dócil y una razon humilde? "A vosotros se os ha concedido, decia Nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, el entender el misterio del reino de Dios...., miéntras á los demas en parábolas; de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan."[1] ¡Y

(1) Math. cap. XIII, vs. 12 et 13.

no puedo yo, hermanas mias, haceros esta santa felicitacion á vosotras, que por la naturaleza de vuestro estado sois llamadas á conocer de un modo mas perfecto el gran misterio del reino de Dios? ¿No puedo apoyarme yo en los oráculos augustos é infalibles del Evangelio, para hacer esta promesa misma á la tierna vírgen que acaba de ofrecerse á Jesucristo? Abrid para consuelo vuestro vosotras todas, vírgenes del Señor, abrid ese libro siempre fecundo donde repasamos con cierta especie de veneracion y encanto las memorias siempre ilustres de la virtud ignorada y oscura. ¡Cuándo acabaria yo, si me propusiese enumerar uno por uno á esos héroes de la virtud que sin talentos claros, sin despejadas potencias, sin estudios algunos, y aun sin educacion comun, han llegado á ser el pasmo de los claustros, la humillacion de los doctores y los luminares eternos de la ciencia divina? Reconócelo á tu pesar, mundo sabio y orgulloso, que crees haber circunscrito el poder de la inteligencia cuando analizas el fango, fijas las leyes del Universo, compones á tu placer la política de las naciones, aumentas el catálogo de los descubrimientos y la pompa de las artes: nada sabes, nada comprendes, nada descubres, que pueda merecer el nombre de útil, sólido ni grande, cuando ignoras lo único necesario, el misterio sublime del reino de Dios. Niño balbuciente, repites apénas lo que oyes, y por una especie de mecanismo, si no es que, metiendo tu entendimiento á donde no penetra tu corazon, declamas con enfática pompa lo que no quieres hacer servir á tu conducta, y semejante á la campana situada en las torres de nuestros templos, llenas el estruendo á todas partes sin apercibirte de cosa alguna.

Católicos, el curso natural de mis ideas y mis sentimientos me ha colocado ya en frente del mas poderoso adversario que tiene en la Iglesia militante esta escuela divina de virtud y de santidad. Paso, pues, á considerar la vida monástica en sus relaciones mas directas y universales con el mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

Carácter propio del mundo ha sido, hermanos mios, en todos los siglos rodear y desconocer al mismo tiempo á esas almas generosas y grandes que tienden á mejorar su condicion intelectual y moral, difundiendo las luces, predicando las máximas y presentando los ejemplos que á tan sublime objeto se dirigen. ¿Qué otra cosa nos dicen esas perdurables vicisitudes de la virtud en la tierra, esa condicion oscura y olvidada en que los hombtes dejan pasar las vidas mas edificantes, esa ceguedad obstinada con que una ingratitud indomable desconoce y aun combate al bienhechor! Abrid, católicos, las páginas de la historia; repasad los anales de la inocencia y de la virtud; estudiad al mismo tiempo ese movimiento irregular, vário y tumultuoso de las opiniones humanas; y no veréis por todas partes sino la realidad tristísima de la observacion que acabo de haceros.

El mas profundo y sublime de todos los Evangelistas, al tocar el gran misterio de la Encarnacion, y despues de haber consagrado un homenaje á la generacion eterna del Verbo, no pudo hablar de Jesus, sin poner en contraste la inmensidad y poder de su amor con la ceguedad ó ingratitud de los hombres. *Estaba en el mundo*, dice, y *el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció.*

Y esto que sucedió con Jesucristo, hermanos mios, fué ya desde entónces una solemne profecía de lo que habia de acontecer con sus discípulos y sus imitadores en el resto de los siglos. Ellos han tenido siempre una triple mision en la tierra: la de ilustrar al mundo con su doctrina, la de edificar al mundo con el ejemplo, la de salvar al mundo, digámoslo así, de los últimos estragos por la oracion y por la penitencia: mision que no dejan de cumplir nunca, sin embargo de los obstáculos que el mismo mundo les presenta, sin embargo de su pasmosa ceguedad, y á pesar de su no interrumpida contradiccion.

Mas estas escuelas de Jesucristo tienen sin la menor duda un derecho que no perecerá jamas, porque está fuera del dominio de las opiniones y traspasa con mucho los límites del tiempo. ¿Cuál? el derecho mismo de la verdad. Nada importa, pues, ó castas esposas de Jesucristo, que el mundo en que vivís deje caer sobre los muros de vuestro retiro sus despreciativas é indiferentes miradas;

nada importa que de continuo suscite mil dudas sobre el rango elevadísimo de estas instituciones venerables y santas, y que nos vuelva una sonrisa irónica y maligna cuando, llamando los institutos monásticos á la gran cuestion de su influjo en la historia de la civilizacion, en el estado de las costumbres y en el porvenir de la sociedad, tratamos de probar su incontestable primacía entre las causas impulsivas de la esperanza y de la ventura de todo el género humano.

Vosotras, hermanas mias, estáis en el mundo, como Jesucristo estuvo; abogáis por el mundo, para que el mundo se salve, como Jesucristo pidió desde la Cruz por sus mismos enemigos; y sin embargo, el mundo no os conoce, y por lo mismo, ya os persigue con su contradiccion, ya os insulta con su desprecio, ya os compadece con su carnalidad, ya os olvida con su indiferencia. ¡Qué importa! El juicio definitivo y severo del mundo aplazado está por la Sabiduría eterna para ese dia no mui lejano en que han de resonar por todos los espacios, con el eco de una melancólica desesperacion, estas palabras notables: *Insensatos de nosotros, que mirábamos como una especie de locura la vida de estas almas, y las veiamos descender al sepulcro sin gloria: mas he aquí cómo sus nombres han sido inscritos en el registro eterno de la familia escogida,* de los hijos de Dios, *y cómo sus tronos se han incorporado ya en la ilustre y excelsa categoría de los santos.*[1]

¿Qué importan, vuelvo á decir, estas falsas opiniones del siglo, cuando yo, ministro del Altísimo, tengo á mi favor las luces de la fe y sostengo los derechos imprescriptibles de la verdad? En efecto: vosotras, hermanas mias, formáis parte de esa familia selecta esparcida por los retiros de un mundo cuya pasmosa ingratitud é inconcebible ceguedad, no han sido parte á detenerla en su gloriosa carrera de penitencia, de expiacion y de esperanza. Tócame pues predicar *oportuna é importunamente*, como dice San Pablo, es decir: predicar á los que siempre desean, reciben y aprovechan las verdades evangélicas, y á los que huyen, ó se desentienden, ó se mofan de la doctrina, de los desengaños y del ejemplo.

¿Cómo explicar, católicos, esta ceguedad, esta contradiccion perdurable del mundo? ¿Por qué incomprensible causa se rebela contra la mano que le salva, despues de haber escondido el rostro al esplendor que le ilustra? Porque en el mundo no hai mas, dice el Apóstol San Juan, que "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida,"[2] es decir: ¡triste pero infalible verdad!

(1) Sap. cap. V, v. 4.—(2) 1 Ep. cap. II, v. 16.

que en el mundo no hai sino elementos de muerte. Es el mundo un enfermo crónico y antiguo, condenado á acariciar perpetuamente su dolor; es un ser inconstante que boga sin cesar entre las ilusiones y los desengaños, que vive siempre alegre al lado de sus verdugos, siempre desasosegado y melancólico en medio de sus libertadores: semejante es el mundo á un grupo de miserables y dementes que, colocados en el fondo de un incendio, del cual no se aperciben, se irritan hasta el furor contra el genio de la caridad que lucha por salvarlos de la muerte.

El sacrificio, hermanos mios, la expiacion, la penitencia y la mortificacion de los sentidos, fuéron una lei para la humanidad desde que la culpa manchó su celestial orígen. Pues bien: la concupiscencia de la carne, es una protesta viva del mundo contra la lei del sacrificio y la vida de la cruz.

¿Queréis saber, católicos, cuál es el peor síntoma que puede presentar la sociedad, tratándose de su situacion y de sus esperanzas? Esa indiferencia profunda sobre los caracteres y los derechos de la verdad, esa ligereza con que pasa por todos los objetos que pueden interesar á la moral, ese no interrumpido afan por las impresiones fugaces y nuevas que, encadenándola hácia los frágiles objetos, la precipita insensiblemente en una corriente encantada que la arrastra por último al abismo. He aquí lo que hacia prorumpir al Profeta de los dolores en amargas quejas sobre la suerte de Jerusalen: he aquí por qué todo lo vió perdido, desde que, pasando la vista por la reina de las ciudades, no halló entre sus habitantes ni uno solo que entrara en sí mismo, ni uno solo que se ocupara en el estudio de la verdad, ni uno solo que llamara su entendimiento y su corazon á las profundas meditaciones de la lei. *Nullus est qui recogitet corde.*[1] Tal es el segundo carácter del mundo, ese espíritu inquieto, fugaz y vano, ese espíritu de curiosidad tan profundamente descubierto por el espíritu de Dios, bajo el nombre de concupiscencia de los ojos: *concupiscentia oculorum.*

¡Qué mucho, católicos, que el mundo, siempre hundido en el fango de la carnalidad, siempre retraido de las vias del espíritu, siempre adicto á las novedades, á las impresiones pasajeras, siempre curioso y nunca prudente, haya pretendido regirlo todo por sus máximas, avasallarlo todo á su dominio, sin reconocer mas luz que su razon, mas moral que su interes, ni otra felicidad que sus infames deleites! He aquí el tercer carácter del mundo: *la soberbia de la vida.*

Pues bien: la concupiscencia de los ojos acaba con la luz de la

(1) Jerem, cap. XII, v. 11.

verdad, y sin verdad no hai vida racional; la concupiscencia de la carne acaba con la virtud, y sin virtud no hai vida moral; el orgullo de la vida acaba con la esperanza del remedio, y sin esta esperanza no hai porvenir para la felicidad. He aquí por qué el mundo acabaria, no lo dudéis, aun filosóficamente hablando, si no tuviera en su casa, digámoslo así, aunque bajo el carácter de rivales, enemigos, ó séres indiferentes y despreciables, quienes conservasen aun, apesar suyo, los elementos de vida intelectual y moral, los recursos de la esperanza para un porvenir de felicidad.

A medida que en el mundo se desenvuelven y propagan con mayor celeridad la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida, crece mas y mas, aun para la misma sociedad, el interes, la importancia de estos antiguos reservatorios de verdad, de virtud y de abnegacion, que subsisten sin duda todavía porque aun no es llegada la hora de que el mundo perezca.

Yo considero al mundo, cuando proclamo la excelencia de la vida monástica para él mismo, no como un tribunal que falle en esta grave cuestion, ménos como un objeto que reporte los bienes de la virtud miéntras persista en esa triple concupiscencia que le gangrena, ciega y precipita: no, bajo el primer aspecto el mundo está declarado inepto, pues nada puede para la verdad un sér miserable, sentado en las tinieblas, á las sombras de la muerte; bajo el segundo, el mundo está ya juzgado, sentenciado y reprobado. No: yo considero al mundo como una materia bruta, indócil y rebelde, bajo la mano diestra del artista, como una sementera donde crecen juntos la zizaña y el trigo, como un inmenso campo de labor para la accion infatigable del ministerio católico. En este sentido hablo, y hablo con autoridad y esperanza, de la vida religiosa en presencia del mundo.

De ese fondo comun, de esa multitud innumerable donde se revuelven confundidos todos los errores, todas las pasiones y todos los crímenes, saca de tiempo en tiempo el brazo del ministerio cristiano con la red inmensa de su predicacion á una multitud de miserables, á quienes convierte luego en preciosas margaritas que adornan el triunfo de la religion, en zelosos hijos de la Iglesia, en adoradores fieles en espíritu y en verdad. He aquí la razon por qué el mundo nos ocupa sin cesar á los ministros de la palabra de Dios. El mundo está ciego, pero es capaz de recibir alguna luz; el mundo es carnal, pero es accesible tambien, por lo ménos en parte, á las ilustraciones del espíritu; el mundo es orgulloso y soberbio, pero de su seno han salido á veces penitentes insignes que han ilustrado con su vida los fastos de la humildad cristiana. Pues bien, hermanos mios: si los

intereses de la sociedad son inseparables de la verdad y del bien, nada mas importante para ella que un órden de instituciones donde solo se trata de perfeccionar el espíritu y santificar el corazon. Llamando pues á mi asunto este órden de ideas, infiero de lo dicho, que el mundo reporta una triple ventaja en la conservacion é incremento del estado religioso, por los ejemplos que este le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

El tierno espectáculo de una vírgen que en el periodo mas florido de su existencia, viene á esconder para siempre en estas inaccesibles soledades todos los encantos de la hermosura, todas las gracias del sexo, todas las cualidades del espíritu y las prendas mas felices del corazon, que obedeciendo al estímulo irresistible de una fuerza desconocida y misteriosa, se despide con un santo alboroso del siglo y sus promesas, del mundo y sus ilusiones, y hasta de los objetos mas queridos; que obediente al precepto de su vocacion, deja á su padre y á su madre, abandona para siempre el dulce asilo donde corrieron los dias de su infancia, sustrae para siempre su cuerpo hasta de los sentimientos mas lícitos, para consagrarle exclusivamente á Dios en el perdurable cultivo de la mas bella de todas las virtudes: he aquí, señores, lo que esos miserables idólatras del mundo no pueden ver con tranquilidad, ni detenerse á considerar atentamente, sino para desesperarse ó convertirse. Esta vida religiosa, presente y ausente al mismo tiempo á los hijos de Babilonia, es una solemne y sublime voz, que raras veces vuelve á su retiro de donde parte, sin traer consigo algunas alarmas, algunos suspiros, algunos pensamientos y algunas esperanzas de conversion y de penitencia.

Por muchos y variados que sean los placeres, por franco y libre que se muestre el espacio al tumultuoso y frenético movimiento de las pasiones, nunca faltan al corazon del mundano algunos instantes felices de soledad y remordimiento. Tiempos hai en que la justicia eterna del Dios vivo, semejante al trueno que se propaga por las alturas, visita con la plaga y la tribulacion á las ciudades delincuentes: estos son los momentos en que las dudas vienen á reemplazar en el recinto de la voluntad á la vana confianza de los pecadores, en que las ideas de la muerte se cruzan por todas partes, y en que ya no son tan indiferentes las miradas que el mundo deja caer sobre estos asilos respetables de penitencia y oracion: son estos los instantes en que la tribulacion y los desastres públicos dejan mil recursos confiados á la fidelidad de los futuros recuerdos, y en que la vida mortificada se anticipa, digámoslo así, sus defensores y sus testigos en el corazon de aquellos que duermen sin inquietud y sin zozobra, rendidos á los deleites, el sueño de las pasiones.

Estos son, católicos, los lances en que el heroismo de las virtudes, personificándose todo en la vida y en la accion de esas almas á quienes el mundo desprecia, comienza por las conquistas de la admiracion, y acaba felizmente por las conquistas de la caridad. ¡Sublime poder del ejemplo! Resístese á la elocuencia y al poder de la conviccion; pero con dificultad se expedita el alma del influjo permanente de la virtud encadenándolo todo con su accion misteriosa y su fuerza oculta de insinuacion y de poder! ¡Qué bello es para mí recordar aquí, que la grande obra de la propagacion evangélica no debe ménos que á los discursos de los Doctores á la vida oculta de los anacoretas y á la cuchilla levantada que por espacio de tres siglos segaba la garganta de los mártires! Hai algo de superior, de mas elevado y sublime en los cuadros de las virtudes que en la fuerza de las persuasiones; y he aquí por qué, considerando estas venerables instituciones como una protesta viva contra los desórdenes del mundo, reconozco en el poder de sus ejemplos un elemento feliz de restauracion, una causa perenne de metamórfosis morales, una fuente inagotable de remedios para el corazon que desfallece y se consume bajo el doble influjo de la carne y de la sangre; en suma, católicos: el único adversario que puede contender ventajosamente contra la concupiscencia de la carne, primer atributo distintivo de los mundanos.

Cuando concurren, católicos, en una situacion moral esas grandes crísis de la vida humana, en que el mundo mismo parece conjurarse contra los suyos, con los terribles azotes del cielo que llevan la consternacion á todas partes, el alma se ve muí cerca del sepulcro para que pueda distraerse mas de la grave cuestion de sus postrimeros destinos. Entónces entra en sí misma, abre con inquietud el libro de sus memorias, registra los fastos de sus placeres, y no viendo en ellos sino una galería de sepulcros, pronuncia contra la insensatez de su vida un fallo muí favorable á la vida de estas vírgenes consagradas á la penitencia.

¡Ah! En estas circunstancias tan solemnes para el alma, la penitencia reasume sus derechos todos á la admiracion y al respeto de los mundanos. La tribulacion y la muerte, pasando la revista de todos los corazones, hacen caer de los ojos el deplorable velo, y el arrepentimiento se insinúa, digámoslo así, en medio de la consternacion general. Todos los prestigios, todas las ilusiones, todas las excusas del alma delincuente desaparecen ante la imágen siempre venerable de la virtud mortificada y pacífica, austera y feliz, despreciada de los mundanos é inscrita en el registro eterno de los escogidos. Insensiblemente empiezan á desvanecerse las seducto-

ras imágenes, á cambiarse en amargura el sabor del deleite, á experimentarse la terrible desazon del pecado, las espinas del remordimiento y los nobles á par que santos estímulos de la piedad. Así es, ¡ó Dios mio! cómo, haciendo coincidir en un punto los castigos que distribuís en vuestra misericordia con los ejemplos constantes que conserváis en vuestra providencia, preparáis las mudanzas del corazon, y multiplicáis en el seno mismo de Babilonia las conquistas de vuestra gracia con la conversion de los pecadores! De este modo, católicos, el ejemplo constante de estas almas retiradas es una protesta viva y permanente contra el desórden de las pasiones, y una piscina de salud para la humanidad contaminada con el crímen, y un depósito de esperanzas contra esos agentes depravados que luchan por corromper y arruinar enteramente la sociedad. Pero no lo he dicho todo: esta se interesa en la conservacion de esos institutos venerables tanto por los ejemplos que la estimulan, como por los desengaños que la ilustran, mueven y deciden en favor de la moral y de la virtud.

Os he hablado con el apóstol San Juan de la concupiscencia de los ojos, como de un segundo carácter del mundo, de un elemento de error, de fascinacion y de esterminio; os he manifestado cómo esta concupiscencia está personificada en el múltiplo indiferentismo que de un golpe produce todas las muertes en la triste humanidad, y por lo mismo, debo hablaros del único antídoto que puede aplicársela con buen éxito, de esta vida de fe y religiosa esperanza que habla á la razon y á la voluntad con experiencias y desengaños.

El mundo siempre hipócrita, hermanos mios, afecta, bien lo sabéis, una imposibilidad absoluta de ser convencido cuando se trata de estos sacrificios heroicos, de esta abnegacion perpetua, de esta espontánea y aun dulce consagracion de ciertas almas á la vida de la Cruz; pero en la realidad nunca descansa, y ha menester en cierto modo de renovar sin cesar las impresiones fugitivas que le entretienen y alhagan, para no abandonarse á los ímpetus de su propio espíritu. ¡Ah! los que han tenido la dicha de abandonarle despues de haberle seguido, nos dan un testimonio brillante, un argumento personal contra el mismo mundo. Yo recuerdo, católicos, la vida de tantos penitentes ilustres, que habiendo dado al mundo y á los placeres las primicias de su existencia, cedieron por fin á la luz de un santo desengaño. Ellos nos han conservado la historia fugitiva de sus primeros sentimientos, para darnos una prueba incontestable del poder de los desengaños y de la mentira de esa paz y contento que afecta el mundo en el seno de sus ilusiones.

No nos cansemos: el mundo es impotente contra la desazon, el remordimiento y el vacío que dejan sus placeres. ¡Cuántas veces una tregua, un repentino abandono de los amigos, un golpe adverso de la fortuna, un accidente casual, una inspiracion del momento, han hecho caer la venda de los ojos, ó los bellos colores del cuadro encantado! ¡Cuántas veces esos mismos que mas desdeñosos se muestran respecto de estas instituciones, han lanzado en secreto un suspiro hácia la paz que reina en estos asilos de la oracion! ¡Cuántas resoluciones habrán engendrado estos retiros misteriosos en corazones delincuentes! Un pasaje de San Pablo, en que condena las locas alegrías del mundo, convirtió al grande Agustino; la muda voz de un libro místico trasladó desde los combates heroicos hasta las soledades de la penitencia al Padre de la Compañía de Jesus! ¡Ah! es difícil sustraerse al imperio de un cuadro en que se animan todas las abnegaciones, digámoslo así, para producir todos los desengaños! Ese espíritu inquieto y vago que arrebata constantemente en pos de mil quimeras á los hijos de Babilonia, se fastidia por último, se cansa de goces incompletos y amargos, anhela por hallar algo capaz de fijar constantemente el corazon. Huye el tiempo, y vienen los dias en que falta ya el encantado prisma de la infancia, el entusiasmo y la fogosidad de la juventud, en que claudican los cálculos y proyectos de la edad madura, y sobre todo, en que las ideas consiguientes al inevitable término de todas las cosas humanas ocupan mas frecuentemente la razon y empiezan á difundir sus alarmas sobre la voluntad. El hombre entónces apela á sus recuerdos, y sus recuerdos le abandonan; busca sensaciones agradables, y las sensaciones agradables han sufrido una prodigiosa disminucion; quiere impresiones fugaces, pero estas han perdido sus prestigios. Entre tanto, los años vuelan, los vínculos de la vida se disuelven ó debilitan, la adversidad se adelanta, la fortuna huye, las pasiones apenas comienzan á descargar sus golpes, y las experiencias depuran el criterio, para demostrar que no hai virtud en el centro de las relaciones mundanas, ni paz verdadera fuera de la virtud. Entónces el hombre, colocado entre los sepulcros y los claustros, ve por una parte la historia de los placeres, y descubre por otra el código de las esperanzas. Huye de las tumbas.... y, ¿á dónde?.... Infeliz, si indiferente á estas almas que han hecho todos los holocaustos, vaga sin rumbo, sin tiento ni guia por los senderos de la iniquidad!.... ¡Cuántos perecerian en el desengaño, si los claustros no abrieran una nueva sociedad á su corazon, reuniéndolos en espíritu con estas almas penitentes desde sus hogares y ocupaciones consiguientes á los otros estados de la vida! He aquí, hermanos

mios, cómo estas soledades augustas, que ordena y distribuye la religion en el seno mismo de la sociedad, la ministran un bien inapreciable ó inaccesible á su poder, el de hacer útiles á la moral y á la eterna ventura los frecuentes y tristes desengaños de mundo.

Pero, aun un resto de atencion: tengo que presentaros mi asunto por el mas bello de sus aspectos, por el de los socorros que suministra para consolar á la mayor parte de los desgraciados, y acelerar en cierto modo, digámoslo así, todos los bienes de la humanidad aun en la tierra.

La sociedad abandona las vias del espíritu; las instituciones religiosas las conservan: la sociedad se retrae de la expiacion y del sacrificio; las instituciones monásticas están especialmente consagradas á una y otro: la sociedad tiende al parecer á cortar sus relaciones con el cielo; estas santas instituciones las mantienen, y fomentan, y afirman de continuo mas y mas con su oracion fervorosa y sus prácticas austeras.

Dirigid, católicos, vuestra vista por todas partes; traed á la comparacion las diferentes épocas de la historia; ved ese movimiento constante de las ciencias, de las letras, de las artes, de las costumbres, de las ideas hácia lo que el mundo llama *positivo*, y calculad en vista de solo esto las esperanzas del género humano. ¿Qué es lo *positivo* para el mundo? En la region de lo especulativo, los objetos puramente naturales, el análisis de la materia, la parte fenomenal del mundo visible; en la region de lo práctico, el desarrollo de los intereses materiales, los espectáculos, los deleites; en suma: todo se refiere la utilidad, y esta se reconcentra en el egoismo de los intereses y de los sentimientos. Los que se acuerdan todavía de esa invisible cadena que liga los mundos, los que se ocupan del espíritu, de su naturaleza y sus destinos, de los dogmas revelados y de los altos misterios de la religion, son apellidados ilusos, ó perseguidos como fanáticos, ó abandonados como extranjeros en una sociedad en que todo es interino, y cuyo destino al parecer es la vida de las transiciones.

Pero, ¿la sociedad puede vivir sin verdades, las costumbres pueden conservarse sin virtud, la virtud existirá sin sacrificio? ¡Ah, católicos! destruid la verdad, y el mundo perecerá para la inteligencia; destruid la virtud, y la moral pública y privada se aniquilarán; acabad con el sacrificio, y la virtud huirá para siempre de la tierra. ¿Dónde está pues la verdad? ¿Acaso donde se estudia el efecto sin atender á su causa? ¿dónde se habla de medios sin atender á los fines? ¿dónde se discurre sobre estos sin los datos de la creacion y de la inmortalidad? No: la verdad no admite ni puede admitir

nunca un cisma entre sus atributos esenciales: cisma inevitable cuando la cadena de su orígen y de sus consecuencias está desprendida de su principio, que es un *Dios Criador*, extraviada de su medio, que es un *Dios Salvador*, é inversa de su fin, que es un *Dios Glorificador*.

Murió, hermanos mios, á lo ménos para la civilizacion el gentilismo; pero legando su espíritu á las generaciones subsecuentes, no ha muerto del todo aquel eco que volvia del Calvario á escarnecer la penitencia y el sacrificio, denunciando á la Cruz como una insigne locura. Sin embargo, esta santa locura llamó á juicio toda la sabiduría del sabio, toda la prudencia del prudente, y sobre las ruinas de una filosofía vana y soberbia levantó la razon del cristianismo para regir con ella los destinos de toda la humanidad. ¿Y desde dónde? No de el centro de las opulentas ciudades, no de entre los ricos salones académicos, no á la faz de brillantes galerías, no al impulso de esa boga que la carne y la sangre consagran á las letras cuando adulan á las pasiones; sino desde los yermos y desiertos, desde los retiros ignorados, bajo el humilde saco de la austeridad, y contrariando las pasiones, y amargando los placeres, y condenando á muerte todas las ideas del mundo. ¿Quién revivió en la sociedad la luz de la inteligencia, y sacó del embrutecimiento y la barbarie á todo el género humano en los siglos de tinieblas? Las instituciones monásticas. ¿Quién metodizó, digámoslo así, la vida cristiana en todas las clases del pueblo, cuando se trataba nada ménos que de regularizar por una práctica bien dirigida todos los medios de perfeccion moral? Las instituciones monásticas. ¿De dónde han salido esas legiones angélicas á dominar con el martirio y la doctrina las bárbaras tribus? De los cláustros. ¿De dónde salió ese pensamiento eminentemente heroico de salvar á toda costa á los infelices que yacian entre las cadenas del mas penoso cautiverio? De las instituciones monásticas. ¿Cuya fué la tierna y dulce tarea de aliviar á la sociedad doméstica con la educacion de la infancia? De estas instituciones. ¿A dónde se han convertido y convierten los lamentos de la humanidad atribulada? á estas instituciones. ¿A dónde se ocurre de preferencia para disponer la misericordia en favor de la sociedad cuando ésta gime bajo el terrible azote de la justicia irritada? A esos venerables asilos de piedad, de oracion y de penitencia. Si, católicos: ¡infeliz del mundo mismo sin los cláustros! La humanidad atribulada se desesperaria entre el faustoso clamoréo de la filantropía filosófica, si no contara con esas instituciones augustas, erigidas por la lei del sacrificio al alivio de los desgraciados: la oracion privada se iria tal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vez insensiblemente debilitando hasta perderse del todo entre los espectáculos, y los deleites, y el perdurable afan de las pasiones, sin estos retiros permanentes y públicos que incesantemente anuncian á Dios en sus relaciones con nuestros destinos eternos, y practican con el ejemplo la meditacion de su lei como una necesidad imperiosa del espíritu, y la de la oracion constante como una condicion indispensable de gracia y de poder moral, para alcanzar el bien y tocar felizmente á nuestro último fin.

Cuando las instituciones monásticas no fuesen vistas bajo otro aspecto que el de una carrera bien sistemada de virtudes y perfeccion moral; cuando no se considerasen, católicos, sino como un lugar de cita para todos aquellos que vinieran á procurar aquí el arrepentimiento y la esperanza con la abnegacion y el sacrificio; cuando no fueran vistas estas almas fieles sino como nobles y generosos estímulos para resolver á los pecadores en favor de la virtud, ó inflamar el corazon de los tibios; cuando solo se tratase de un pueblo selecto, exclusivamente destinado á rodear incesantemente el altar del Dios vivo; esto bastaria, no lo dudéis, para que la sociedad viniese á retocar, digámoslo así, en estos misteriosos recintos su gratitud y su esperanza. Ya veis, católicos, que estos títulos de respeto son de todos los tiempos, y por lo mismo, que nunca pueden perecer los derechos que estas instituciones venerables tienen aún á los homenajes de la sociedad.

Hai mas todavía, ¡triste es decirlo, pero ya no nos es posible engañarnos! la humanidad entera ha recibido en los últimos tiempos una herida profunda y mortal con el indiferentismo religioso y el abandono casi absoluto del espiritualismo. Insensiblemente una especie de gangrena inmoral va corrompiendo por todas partes el mundo de la inteligencia, el sistema de los sentimientos y el cuadro de las costumbres. La impiedad filosófica, derrotada mil veces en el campo de la controversia, del criterio y de la metafísica, se ha venido á refugiar á una hipócrita inercia, á un artificioso desden, que están revelando al mismo tiempo su antigua impotencia, sus presentes designios y sus conquistas futuras. Sustituyendo con los goces el sacrificio, con el egoismo la abnegacion, con la utilidad la justicia, con el interes la virtud, con la materia el espíritu, con lo presente el porvenir, y con el tiempo la eternidad, relegando á la region de los ocios y de los fútiles entretenimientos las graves cuestiones que nacen de las muchas relaciones existentes entre Dios y toda la naturaleza humana, asiéndose otra vez del racionalismo con sus locas pretensiones contra la autoridad de los dogmas, y llamándose tolerante para encubrir sus odios contra el poder de las tradiciones antiguas y la irresistible fuerza de la moral religiosa; todo lo ha invadido, todo lo ha transformado: medita la obra de una reaccion universal, y tiende á darla su plenitud y última consumacion relegando á Dios del cuadro de la naturaleza, al espíritu de los objetos de la razon, á la religion del código de la moral, del sistema de la política, de los principios de las leyes, de las máximas de la conducta, y á la sancion eterna de la lei divina de entre los diques opuestos á los avances del crímen, y los nobles estímulos presentados á la conducta del individuo y á las virtudes sociales.[1]

¿Dónde están pues las esperanzas de la humanidad? ¿Dónde los últimos antídotos para salvar á este moribundo inmenso? ¿Dónde las garantías de nuestras esperanzas, para ver sin estremecernos esos tiempos de trastorno y de luto que se apresuran á llegar?[2] Yo bien

1 Recomendamos á nuestros lectores el precioso opúsculo del Illmo. Sr. Segur, que publicó dos años ha en París bajo el título de *La Revelacion*. En esta obrita, que ya corre traducida al castellano, y aun reimpresa en México, se encontrará una sábia confirmacion de estos conceptos. Allí se manifiestan á toda luz los caractéres de la revolucion, su orígen, su marcha, sus progresos, sus estragos, y su terrible y mui posible término, si la resocion católica, cuyos esfuerzos hemos admirado en Europa, y especialmente en Italia, Francia é Inglaterra, no logra destruirla ó por lo ménos debilitarla y nulificarla.

2 Aunque en el año de 1848, en que fué predicado este Sermon, y aun dos años despues, en que fué publicado, léjos de presentarse en nuestro horizonte político síntomas alarmantes para la República, parecia irse consolidando la paz, las tendencias de la revolucion eran las mismas, y aunque mas tarde, ellas harian aquí lo mismo que en otras partes sus asoladores estragos. Esto nos hacia considerar entónces á nuestro desgraciado país como un *moribundo*, y sentir ya los pasos de unos tiempos de luto que se apresuraban á llegar. Desgraciadamente nada pudo contenerlos en su fatal carrera: los correctivos fuéron de todo punto ineficaces, y no habian pasado seis años sin que el movimiento de Ayutla hiciese al fin á la revolucion enseñorearse de nuestra desgraciada patria.

Comenzóse por cortar las relaciones con Roma, desaforar al clero y despojarle de sus derechos políticos, continuóse con privar á la Iglesia de su propiedad, obligándola forzosamente á vender, y con despojar al clero de su congrua con la simulada ó hipócrita abolicion de las obvenciones parroquiales, y concluyóse con sancionar una constitucion, que atacando la conciencia de mil maneras, eliminando la religion, declarando la enseñanza libre, en suma: sancionando cuanto se habia hecho, y adelantando mas y mas, la obra no dejaba medio entre su desaparicion ó la ruina mas universal.

¿Quién puede recordar sin espanto la recientísima y todavía no concluida historia de estos desastres? Templos profanados con el saqueo y la ocupacion en usos indignos, ó destruidos completamente: la impiedad, la blasfemia, la herejía y el sacrilegio en boga por todas partes: la virtud, la fidelidad á Dios, la piedad, escarnecidas, burladas, objeto de la mas horrible persecucion: algunos sacerdotes espirando en el patíbulo, otros gimiendo en las cárceles, ó errantes para huir de la persecucion: los obispos expatriados, las religiosas lanzadas de sus claustros, y sus monasterios des-

sé, católicos, que nunca sería tan grande el trastorno de las ideas y de las máximas, nunca tan absoluta la depravacion de los sentimientos, que dejasen de conservarse aún en el centro mismo de la sociedad mas corrompida ciertos restos de inteligencia y de moral: pero, ¿qué son estos recursos contra un mal tan inmenso? ¿qué son los esfuerzos limitados del individualismo contra ese torrente indómito que se desborda sobre todo el género humano? ¿Faltaban, por ventura, almas bien nacidas y mejor conservadas cuando el mundo fué calificado por el Profeta como un cadáver sentado á las sombras de la muerte, para manifestar que no podria salvarse sino bajo el impulso regenerador y salvador de la Cruz? Pues bien, hermanos mios: estas santas y antiguas instituciones del cristianismo, estos coros de vírgenes, estas habitadoras del desierto, que viven en el mundo sin pertenecer á él, que son vistas del mundo al través de un velo trasparente á par que impenetrable; estas almas queridas del Señor, que le saludan con el gorgéo de las aves al anunciarse la aurora, que se le inmolan todos los dias sin omitir ningun género de sacrificio, que interrumpen con sus lámparas encendidas las tinieblas de la noche, para que no falten alabanzas al Criador ni aun durante el tiempo consagrado al reposo de la naturaleza; estas familias de Jesucristo, que se ocupan exclusivamente en lo único necesario, miéntras casi toda Babilonia está gastando sus fuerzas en todo lo superfluo, que no pueden considerar ni el fenómeno mas indiferente sin sentir la presencia del Dios vivo, miéntras el mundo todo parece desleñarse hasta de pronunciar su nombre; estas esposas de los cantares, que cultivan con esmerada solicitud, como la flor que nace y vive retirada entre los abandonados desiertos, la mas bella de todas las virtudes, miéntras allá en el siglo empieza por marchitarse y acaba consumiéndose entre las primeras respiraciones de la juventud: estas vírgenes prudentes que, no queriendo saber sino á Jesucristo crucificado, atesoran la ciencia de los santos, la ciencia del espíritu, la ciencia de Dios, lo que es y lo que será, el principio y el fin, en sus mentes humildes y recogidas: he aquí, cristianos, lo único que puede alentarnos en medio del desconsuelo general que causa en el alma la consideracion de un mundo sentado por segunda vez, como decia el Profeta, en las tinieblas y á las sombras de la muerte.

truidos, los ántes acomodados propietarios reducidos á la pobreza, cuando no á la mendicidad: el órden social destruido, las ideas trastornadas, los principios conculcados; el frenesí, el crímen, la maldad, triunfantes donde quiera: he aquí lo que hemos llorado ya en tan corto tiempo, al hacer esta segunda edicion: he aquí los temores convertidos en hechos consumados, y que no sabemos á dónde llegarán, si Dios no confirma la obra de misericordia que parece ha iniciado su Providencia para salvar á México.

Cediendo, católicos, al grande y tierno interes que me inspira una de las mas augustas y bellas instituciones del cristianismo, no ménos que el acto solemne que acabamos de presenciar en la sagrada inmolacion de esta vírgen, he dado tal vez á mi discurso una latitud mayor que la que podia prescribirme la sobriedad oratoria. No me pesa: los grandes asuntos de la moral, á par que los objetos sublimes del culto católico, atraen sin esfuerzo y fijan sin violencia el entendimiento y el corazon. Por otra parte, nuestro siglo nos excusa bastante á los ministros del Santuario de esa especie de mimiedad con que insistimos en llamar la atencion sobre ciertos puntos de la moral cristiana.

Una profesion religiosa es el magnífico y santo resúmen de cuanto pertenece á lo último y mas exquisito de la perfeccion evangélica, es un objeto noble y augusto en sí mismo, excelente á los ojos de Dios, singularmente grato para el corazon de la vírgen que profesa, altamente instructivo y moral para todos aquéllos que viven de la fe. A los ojos de Dios es el estado mas excelente por la universalidad del sacrificio, la exclusiva consagracion del alma y la pureza de la víctima. Es preferible bajo todos aspectos para el alma que ha sido privilegiada con la vocacion religiosa, por los obstáculos que remueve, por las gracias que atrae, por las virtudes que forma y por los goces espirituales en que inunda. Reune, por último, títulos incontestables á la veneracion y al tierno y santo interes de la sociedad misma, por los ejemplos que le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

¡Cuánta razon tenia pues Jesucristo en aplaudir santamente la situacion de María, que recogiendo á sus divinos piés sus potencias y sus sentidos, estaba absorta y estática en las altas contemplaciones de su ley, de sus perfecciones, de su doctrina, de sus promesas y de su amor! ¡Felices mil veces estas almas que, habiendo acertado á comprender y á sentir por experiencia propia cuán dulce y suave es el Señor para los que le consagran sin reserva su corazon, han venido desde la primavera de la vida á incorporarse en el número de sus mas íntimos y fieles servidores! A ellas ha sido reservado conocer de una manera mas visible el reino del Señor: ellas tienen el privilegio de las íntimas revelaciones prometidas á los pequeños por la Verdad misma en recompensa de su docilidad y de su fe.

Alegráos pues en el Señor, hermana mia; en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando en la tierra con sus gracias los ado-

radores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir, los misteriosos caminos de la Ciudad Santa; y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva, andaréis tambien por una carrera de triunfos. Las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este valle de tribulacion, y al declinar el dia de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalen invisible, os transporte y arrebate, anticipándoos en cierto modo, cuando todavía no hayais dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.

SERMON

SOBRE LA PAZ.

PREDICADO

EN LA COLEGIATA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

EL 29 DE AGOSTO DE 1860.

Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.

He escogido y he santificado este lugar, para que esté allí mi nombre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazon en todo tiempo.

II Paral. cap. VII, v. 16.

Estas palabras, con que Dios manifestó á Salomon cuán acepta le habia sido la erección del antiguo templo de Jerusalen: estas palabras, que históricamente se refieren á este templo, pues con motivo de su dedicacion fuéron pronunciadas, tienen sin duda un sentido mas amplio, como todo lo que pertenece á la historia figurativa del pueblo de Israel. Salidas de los labios del mismo Dios, enunciativas de una formal promesa, léjos de limitarse al templo judío, para quedar como sepultadas entre sus ruinas cuando hubiese desaparecido, hacian relacion tambien á otro templo mas grandioso, mas augusto, mas imponente, al templo cristiano, proféticamente representado en la antigua Sinagoga, monumento de toda la religion, esencialmente santo, pues todos los dias es inmolado en su altar el Santo de los santos, casa de Dios por excelencia en la tierra, consagrado por la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, lugar escogido y santificado por Dios mismo para residencia de su nombre, objeto de su vigilancia y centro de su amor: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

radores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir, los misteriosos caminos de la Ciudad Santa; y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva, andaréis tambien por una carrera de triunfos. Las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este valle de tribulacion, y al declinar el dia de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalen invisible, os transporte y arrebate, anticipándoos en cierto modo, cuando todavía no hayais dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.

SERMON

SOBRE LA PAZ.

PREDICADO

EN LA COLEGIATA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

EL 29 DE AGOSTO DE 1860.

Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.

He escogido y he santificado este lugar, para que esté allí mi nombre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazon en todo tiempo.

II Paral. cap. VII, v. 16.

Estas palabras, con que Dios manifestó á Salomon cuán acepta le habia sido la erección del antiguo templo de Jerusalen: estas palabras, que históricamente se refieren á este templo, pues con motivo de su dedicacion fuéron pronunciadas, tienen sin duda un sentido mas amplio, como todo lo que pertenece á la historia figurativa del pueblo de Israel. Salidas de los labios del mismo Dios, enunciativas de una formal promesa, léjos de limitarse al templo judío, para quedar como sepultadas entre sus ruinas cuando hubiese desaparecido, hacian relacion tambien á otro templo mas grandioso, mas augusto, mas imponente, al templo cristiano, proféticamente representado en la antigua Sinagoga, monumento de toda la religion, esencialmente santo, pues todos los dias es inmolado en su altar el Santo de los santos, casa de Dios por excelencia en la tierra, consagrado por la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, lugar escogido y santificado por Dios mismo para residencia de su nombre, objeto de su vigilancia y centro de su amor: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas la Iglesia católica, esta Madre sábia y santa, que todo lo explica y enseña bajo la inspiracion del Espíritu divino, refiere tambien á la Vírgen María estas palabras del Señor, y aun las ha hecho figurar entre los títulos de honor con que celebra sus cultos en su advocacion de GUADALUPE: y con sobrada razon, á la verdad, no solo porque María es Madre de Jesucristo, y Jesucristo Esposo de la Iglesia, sino porque, aun ántes que la Sinagoga desapareciese, tuvo el honor incomparable, portando en su vientre al Hijo de Dios, de ser su primer palacio, su primer trono, su primer templo de residencia personal en la tierra, y en el órden humano, en la dilatada escala que presentan por sus grados de perfeccion y de dignidad las criaturas todas, el palacio mas bello, el trono mas augusto, el templo mas santo que la sola humanidad podia preparar para recibir en su seno al Verbo de Dios. Fué pues María, por destino y vocacion eterna, el privilegiado sitio elegido y santificado por el Señor, para tener siempre sobre sí las miradas solícitas de sus ojos y la ternura inefable de su corazon. *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

¿Y no podrémos nosotros trasladar estas palabras de los labios del mismo Dios á los labios de María, para significar el motivo, el carácter y los efectos de su residencia en medio de nosotros con el título de GUADALUPE? ¿No es cierto que vino á este pueblo en los momentos en que iba á obrarse un cambio universal en su naturaleza y en su faz religiosa y política? ¿No es cierto que, con venir á nosotros, nos santificó, para que México fuese digna residencia suya? ¿No es cierto que su nombre lleva la representacion de nuestra historia y de nuestras esperanzas? ¿No es cierto que nuestros padres, lo mismo que nosotros, hemos recibido mil pruebas de que no han dejado de estar nunca en este pueblo las miradas y el corazon de María?

Ved pues, católicos, una reciprocidad sorprendente á par que maravillosa en las palabras de mi texto. María, residencia del mismo Dios, objeto de sus miradas y sentimientos de amor, tiene cuanto exige la posesion de la sabiduría, del poder y la felicidad por via de gracia: México, lugar escogido por la Madre de Dios y santificado por ella, para tener constantemente fijos sobre sí los ojos y el corazon de una Madre tan tierna, tiene, para esperar el remedio de sus males y volver á todo el vigor de la vida, cuanto pudiera desear por via de proteccion. *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

No me detendré, sin embargo, en discurrir con vosotros sobre el primero de estos puntos. ¿Qué necesidad hai de explicar una verdad que está en las creencias del mundo católico y no ha dejado de vivir nunca en el corazon de los mexicanos que han conservado el tesoro de su piedad? María es un poder de gracia, María por gracia es un órgano de la Omnipotencia y la bondad infinita, María lo puede todo por dispensacion que le ha hecho el que es Omnipotente: su gloria está predicada por las generaciones y los siglos, y profetizada por ella misma como una dispensacion tierna de la Omnipotencia divina. Esto es claro; pero lo que no lo es tanto, es la cuestion de nuestro destino en la terrible crísis en que se halla nuestra patria. He aquí, católicos, el punto capital, la cuestion de vida ó muerte, lo que debe ocuparnos hoi dia por entero á todos los mexicanos. María es nuestra Madre, María está entre nosotros, María nos ve y nos ama, sus ojos y su corazon están en México; pero, ¿con solo esto está desatado el nudo y resuelta definitivamente la cuestion de nuestro destino en tan peligrosa crísis? ¿su socorro será eficaz, si nuestra cooperacion es nula? ¿querrá salvarnos contra las reglas establecidas y las condiciones puestas á la salvacion por el mismo que vino á redimir al mundo?

En lugar, pues, de abandonarnos á goces especulativos, á esperanzas informes, procuremos acercarnos á nosotros mismos, contemplar nuestra situacion presente, ver si ella representa el desamparo de la Madre ó el abandono de los hijos, si el mal tiene un carácter desesperado, ó aún puede curarse radicalmente. Necesidades mil aquejan hoi á la República: referirlas y ponderarlas seria llenar un libro; pero esto no es necesario: el mal como su remedio tiene cierta categoría, cierta filiacion, cierta fecundidad. Hai un mal generador y padre de los otros, y un remedio supremo que cura todos los males de una especie. El mal que sufre México es universal, pero cada una de sus clases puede y debe fijarse de toda preferencia en el primitivo mal de donde todos vienen. En este templo y al pié de este trono de amor están reunidos: la Iglesia mexicana representada en la persona de sus pontífices, el Gobierno con todos los Cuerpos del Estado, y los fieles que en este religioso auditorio asocian con el sacerdocio y el ministerio público sus votos á María por el remedio de todas sus necesidades. Un sentimiento comun anima en este dia el corazon de todos; un pensamiento domina por entero nuestras almas; un objeto reconcentra y fija nuestros deseos: en el órden temporal todos miran la guerra como el supremo de todos los males, y suspiran por la paz, considerándola como el primero de todos los bienes; y á la vista de esas dificultades siempre crecientes, de esos obstáculos que parecen brotar bajo la mano misma que se esfuerza por allanarlos, de esas complicacio-

nes fatales que dia por dia retiran mas y mas la esperanza de un término al terrible, antiguo y constante mal que nos aqueja, hemos llegado á pensar, y no vacilamos en decir, que las causas segundas han perdido su virtualidad, y solo por un milagro de la misericordia y el poder divino puede salvarse nuestra patria. La paz, voto comun de todos nosotros, es un don de Dios, y así lo confesamos como católicos; pero un don que, como todos los demas, pide cooperacion de parte nuestra para recibirle, afirmarle y fecundarle. La paz tiene sus elementos fundamentales en la Iglesia, como órgano instituido por donde Dios comunica sus bienes á los hombres; tiene sus medios de radicacion en el Estado, como institucion fundada para atender inmediatamente al bien temporal de la sociedad; y tiene, por último, en el pueblo sus condiciones de estabilidad y permanencia, que conviene conocer. ¿Qué necesita la Iglesia para iniciar en México el restablecimiento de la verdadera y sólida paz? La libertad externa. ¿Qué necesita el Gobierno para obtenerla y consolidarla en el Estado? Asirse del órden sobrenatural y cooperar eficazmente con él. ¿Qué ha menester el pueblo para disfrutarla y aprovechar los efectos de su maravillosa fecundidad? conservar íntegra y á toda costa su unidad religiosa. He aquí, católicos, tres verdades prácticas de la mas grande importancia, que voi á explicar en este lugar santo, sirviéndome para ello de los datos que ministran la doctrina católica, la historia de la religion y la vocacion política de la sociedad.

Mas como todo esto se endereza y encamina rectamente á la realizacion de una esperanza que nunca muere, y esta esperanza tiene para todos los mexicanos el robustísimo apoyo de la eleccion que habéis hecho de este privilegiado suelo para residencia vuestra, Reina poderosa, Madre tierna, yo me dirijo á Vos, pidiéndoos fervorosamente que comencéis en mí vuestra grande obra, fecundando en mis labios la palabra evangélica, para que lleve al corazon de mi auditorio, con las luces de la sabiduría, de quien sois Madre, los nobles estímulos de la gracia que conmueve la conciencia, trasforma el corazon, une á la misericordia con el arrepentimiento y renueva y consolida en el individuo, lo mismo que en la sociedad, la feliz alianza entre Dios y los hombres, esa alianza de que sois Arca, pues habéis portado en vuestro vientre al Mediador, y de que sois apoyo por el poder de la gracia que el Señor comunica á vuestros ruegos. Sed, pues, ¡oh María! en ocasion tan solemne, sed para todos nosotros cuanto nuestra situacion exige, cuanto es necesario para que México recobre la dichosa paz que tiene perdida.—*Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Hai errores piadosos, como vicios enmascarados con las falsas apariencias de la virtud, y ambas cosas, como bien supondréis, deben hallarse igualmente proscritas del reino purísimo de la verdad. Uno de aquellos errores, y por desgracia no solo especulativo, sino á veces práctico, es el pretender que los destinos de la Iglesia dependen de los triunfos de las armas, de la proteccion de los gobiernos, de la influencia de las clases poderosas. Esto es tan falso como degradante para una institucion superior con mucho á todo poder humano. La Iglesia, católicos, fundada inmediatamente por Jesucristo, sólidamente constituida, superabundantemente provista por él de todos los medios de conservacion y de perpetuidad, no necesita de otra cosa para llenar su augusta mision en la tierra. Si los príncipes, si los gobiernos, si los pueblos, rodean su trono dogmático y moral y sirven á su pensamiento, ellos cumplen un deber, se enriquecen con sus prestaciones, se dignifican con su vasallaje, se engrandecen con el tributo de su abnegacion; mas no prestan un socorro, no representan un poder sobre la necesidad. Discurrir de otra manera seria desconcertar los elementos del discurso, desconocer el carácter de la institucion, seria perderse.

Va para dos siglos que uno de los pontífices y oradores mas esclarecidos de Francia, despues de haber consagrado al Elector de Colonia, le dirigió un elocuente discurso, cuyo plan le insinuó de esta manera tan delicada como digna: "En cuanto á vos, yo sé mui bien que tenéis gusto por la verdad, y aun por la verdad mas fuerte. No recelo, por tanto, el desagradaros con manifestarla: dignáos pues escuchar lo que no temo deciros. Por una parte la Iglesia no tiene necesidad ninguna del socorro de los príncipes de la tierra, porque las promesas de su Esposo omnipotente le bastan; por otra parte, los príncipes, que tienen el carácter de pastores, pueden ser mui útiles á la Iglesia con tal que se humillen, que se consagren al trabajo y se vean resplandecer en ellos todas las virtudes pastorales." Cuando Fenelon se explicaba de esta suerte, católicos, dió bastante á conocer que verdades de esta naturaleza, cuyo conocimiento es universalmente provechoso, parecen reservadas de preferencia para ilustrar la mente y formar el carácter de los hombres que rigen los destinos de los pueblos. Y no imagineis que tal con-

cepto fuese nuevo cuando le virtió aquel insigne orador: porque este ha sido el tema de enseñanza y conducta que ha seguido la Iglesia de Dios en todos los siglos. Esta verdad la ha inculcado, aunque bajo diversas formas, á todos los príncipes, á todos los grandes: á los emperadores paganos acostumbraba decirles que su poder no podia destruir el derecho supremo que ella tiene para enseñar la doctrina y dirigir las costumbres; y á los soberanos católicos les ha predicado constantemente que ella salió perfecta y plenamente provista para sus grandes fines de las manos mismas que la instituyeron. ¿Deberia yo abandonar las huellas que nos han dejado los apóstoles y sus sucesores, y sus santos cooperadores en el ministerio, cuando se trata de la situacion de la Iglesia mexicana en las circunstancias de hoi? No por cierto.

La Iglesia de nada necesita, vuelvo á decirlo: porque en México es lo que en todo el mundo católico, en este siglo lo que en todos los siglos, en estas circunstancias lo que en todas las vicisitudes por donde ha pasado en su calidad de militante. Mas como ella es el reino de Dios en la tierra, como ella es el intérprete de Dios para enseñar la verdad, el órgano por donde se comunica y distribuye la gracia, el tribunal del tiempo cuyos juicios han de ser ratificados en el de la eternidad, como fué instituida en pro de toda la humanidad menesterosa para salvar al hombre con la gracia de Jesucristo, pero sin destruir ni aun coartar la libertad humana, necesita, no para su legitimidad, no para la conservacion de sus elementos constitutivos, no para la subsistencia de su magisterio dogmático y su poder moral, no para la vida de su derecho, sino para multiplicar y perpetuar sus beneficios, que el hombre no le oponga la soberbia de la razon, la concupiscencia de la voluntad, la rebeldía del carácter. De parte de Dios todo lo conserva, y con esto nada sustancial tiene perdido; mas todo lo ha visto combatido por parte de los hombres, es decir: se han puesto cadenas en sus brazos, para que no difunda el bien; se han sellado sus labios, para que no predique la verdad; se la ha llenado de grillos, para que no siga marchando: esto es todo. Esto supuesto, ¿qué necesita la Iglesia de parte de los hombres? que no se obstinen contra su propia felicidad, que no encadenen la mano que se abre para socorrerlos, que no llenen de trabas los piés que caminan para evangelizar la paz y evangelizar el bien, que no vuelvan las espaldas delante de esta luz que disipa todas las tinieblas y muestra los caminos que conducen á la eterna felicidad; en suma: que no pongan trabas ningunas á su libertad externa. La Iglesia no necesita, de parte de los hombres, nada de aquello que su Divino Esposo le tiene asegurado, nada de

cuanto posee con independencia de todo poder humano: no ha menester sino únicamente de aquello que los hombres le pueden quitar. ¿Qué le pueden quitar los hombres? ¿Su formacion? no. ¿Su constitucion? no. ¿Su magisterio? no. ¿Su poder moral? no. ¿Su derecho? no. ¿Qué le pueden quitar, pues? una cosa, católicos, solo una, nada mas que una; su libertad externa: porque quien dice libertad externa, dice predicacion sin antagonismo; magisterio sin contradiccion, régimen sin obstáculo, inmunidad sin desacato, posesion sin despojos ni violencias; dice todo lo contrario precisamente de lo que los pueblos y los siglos han visto que la Iglesia sufre cuando se desata contra ella cualquiera persecucion. Por esto he dicho, que la Iglesia mexicana nada necesita en el órden de su institucion, de su poder moral y de su derecho; pero que lo necesita todo en el órden de la libertad externa, y esto para el bien los fieles, como lo ha necesitado siempre para el bien del género humano.

Estas importantes verdades están sólidamente fundadas en el dogma católico, y atestiguadas tambien por la experiencia de los siglos: son verdades que cuentan con la evidencia de hecho, de razon y aun de sentimiento, que han sido probadas en todos los criterios, y se han manifestado al hombre constantemente desde aquellos primitivos tiempos en que la Iglesia tuvo un carácter figurativo y profético, hasta hoi dia, en que cuenta mas de diez y ocho siglos de establecida en toda su plenitud.

¿Cuál es la prueba dogmática? Vedla aquí. La la Iglesia tiene dos caractéres esencialísimos: primero, el de una perfeccion completa en su formacion, constitucion y destino; segundo, el de una constante lucha en su travesía por la tierra. El primero de estos caractéres nos la manifiesta fundada, como San Pablo se explica, sobre los apóstoles y profetas y descansando toda en Jesucristo como en su piedra angular; reuniendo todos los siglos en su carrera, todos los paises en su vocacion, toda la verdad en su magisterio, todas las virtudes en su objeto práctico, todos los bienes verdaderos en su dispensacion; poseyendo un poder sobre el entendimiento para regirle con la fe, sobre la voluntad para ayudarla con la gracia, sobre la libertad para gobernarla con la lei; ejerciendo el derecho de conocer y juzgar en cuanto abarca la inmensidad de estos objetos, y presidiendo á los últimos destinos de toda la humanidad. La Iglesia, en fuerza de la perfeccion divina con que la instituyó Jesucristo, es una, santa, católica, apostólica, es infalible, es indefectible, constante, perpetua, fuerte mas que los reales coronados de guerreros, poderosa mas que todos los soberanos del mundo, irresistible mas que todas las influencias humanas, prudente y en-

tendida mas que todos los ingenios y sabios que han producido los siglos; en suma: es divina, está de continuo asistida por el mismo Jesucristo, y piensa, y habla, y obra constantemente bajo la inspiracion excelsa del Espíritu Santo.

Esta es, católicos, la doctrina dogmática sobre la formacion, constitucion, objeto y fin de la Santa Iglesia. Ya véis que como cuerpo decente no necesita del sabio, que como cuerpo regente no necesita del fuerte, como institucion de felicidad no ha menester del rico y poderoso: que todos los reyes, los príncipes, los soberanos, puestos de su parte, no añaden una línea á su derecho, y puestos contra ella, tampoco le quitan una línea, fundado como está, no en las influencias precarias de un órden transitorio, sino en la palabra de Dios, que no pasará jamas; y cómo, por lo mismo, segun los principios estrictos del dogma, no ha menester absolutamente de nadie ni de nada fuera de su Divino Fundador, para conservar su existencia, su carácter, su derecho, todo lo que la constituye sábia, fuerte y perpetua.

Mas no sucede lo mismo tratándose de su residencia en el mundo, de su accion exterior sobre los individuos y las sociedades, de sus relaciones con los Estados políticos, de lo que hace, dice y posee en fuerza de su autoridad y de su derecho. En este punto, léjos de tener la garantía de predicar, enseñar y gobernar al pueblo fiel á salvo de toda contradiccion y todo obstáculo, el Salvador del mundo le anunció, no una carrera tranquila, sino turbulenta; no un respeto universal, sino desacatos y vejaciones: le anunció cruces, trabajos, espinas, calumnias, tropelías, persecuciones de todo género, y por esto la inauguró con el carácter de militante, carácter que ciertamente no tendria, si no hubiese de venir frecuentemente á la lucha con enemigos diversos que se conjurarian contra ella. En aquella memorable noche de la última cena que celebró con sus discípulos, les dió como prenda de la union mas íntima con ellos una herencia de paz que no les faltaria jamas; pero á renglon seguido la caracterizó, para que nunca pudiera confundirse con la paz del mundo, ni creerse perdida en las diversas tempestades que ésto habia de suscitar contra ella. "La paz os dejo, dijo á su Iglesia en la persona de sus discípulos, mi paz os doi: no os la doi yo como os la da el mundo."[1] Segun este oráculo la Iglesia no debió esperar en su temporal carrera, sino la travesía de un mar agitado y tempestuoso; pero á mayor abundamiento quiere ser mas explícito detallando y razonando los continuos padecimientos de su Esposa. "Si el mundo os aborrece, les decia, sabed que me aborreció á mí ántes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo.... Si á mí me han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros."[1]

1 San Juan, cap. XIV, v. 27.

Esto era ya, católicos, bastante claro; pero aquel Divino Maestro, no satisfecho todavía, quiere robustecer á su Iglesia con el conocimiento prévio y aun pormenorizado de las persecuciones que debia esperar en su futura carrera. "Os echarán de las sinagogas, decia: mas viene la hora en que cualquiera que os mate pensará que hace servicio á Dios.... os he dicho esto para que, cuando viniere la hora, os acordéis que os lo tenia anunciado."[2] Ved pues, católicos, con cuanta claridad está probado, por el santo Evangelio, por la misma palabra de Jesucristo, Señor nuestro, que la Iglesia seria militante, y en consecuencia, tendria que luchar con diversos linajes de enemigos, sufrir todo género de ataques, ser perseguida por su predicacion, por su autoridad moral, atacada en todos sus derechos, despojada, calumniada, combatida de muerte; y cómo, en consecuencia, los hombres podian quitarle su libertad externa, y ella por tanto encontrarse muchas veces en el caso de necesitar su recobro.

¿Queréis, empero, ver confirmadas estas mismas verdades con las pruebas de hecho que nos ministra la historia? Contemplad la misteriosa y sublime carrera de la Iglesia de Dios desde que nace hasta la época presente, y colocados aquí, no necesitaréis de otra luz para convenceros de que en el resto de los siglos será lo que ha sido hasta hoi, y con independencia de toda necesidad humana, de todo poder humano, será siempre una, santa, católica, apostólica, infalible, indefectible, fuerte, poderosa, perpetua: verá correr los siglos sin desaparecer en sus oleadas, cambiar mil veces la faz política de los pueblos sin sufrir ella ni la mas leve mudanza, levantarse y abatirse los tronos sin que se desplome jamas el suyo, nacer y renacer sistemas, opiniones, doctrinas, sin que la suya sufra el mas leve menoscabo: habrá de sobrevivir á todos los cataclismos de la sociedad, y quedará en pié dominando las ruinas del mundo deshecho al aparecer el postrimer instante del tiempo sobre el gran reloj de los siglos.

No habia sonado aún la hora de inaugurarse con toda su plenitud en la tierra la Iglesia de Jesucristo, y ya sus victorias llenaban las páginas del mas antiguo de todos los libros, ya el brazo que la rige habia hecho estremecer á los opulentos reyes, ya sus profetas habian pronunciado el hasta aquí de reinados poderosos.

1 San Juan, cap. XV, vs. 18, 19 y 20.—1 En el mismo, cap. XVI, vs. 2 y 4.

Nace de una cruz de madera, sostiene una guerra de tres siglos, y cuando un rei apóstata se ocupaba en formar el epitafio del difunto cristianismo, venia caminando la hora en que todo el imperio romano caeria rendido á discrecion al pié de la Cruz. A la lucha de la sangre sigue la guerra todavía mas terrible de la herejía y de los vicios, guerra prolongada, múltipla, universal, activa, incansable; guerra en que el error asalta los tronos, ocupa las magistraturas, inspira á los guerreros, complica las pasiones; en que la lucha es tan tenaz, tan horrible, y la tempestad es tan espantosa, que hai momentos altamente críticos en que se necesita toda la fuerza de la fe para no temer los últimos desastres en el reino de Jesucristo. Mas ¡oh poder irresistible de las promesas del Esposo! aquellas tinieblas impenetrables, que el genio del mal habia logrado extender por toda la tierra, se recogen y desaparecen á la plena luz de la ciencia católica, los pertinaces atletas de la herejía son heridos con el rayo de la autoridad canónica en los concilios ecuménicos, y los vicios confundidos van á esconderse en las tinieblas en presencia de esas virtudes incomparables que salen de los desiertos á purificar de la inmensa contaminacion á las ciudades.

Mas los enemigos de la Iglesia, siempre derrotados y nunca rendidos, renuevan al punto la lucha, empleando á su propósito una táctica nueva y combatiendo con otras armas, con las de cierto dogmatismo religioso-político, con las de un falso derecho, con las de un celo hipócrita, con las de una bárbara accion. Los primeros con toda la énfasis de la propiedad la dicen: "Tú no eres de este mundo, vete de aquí:" los segundos pronuncian que "el derecho de gobernar está solo en el poder temporal," y á nombre de este falso derecho pretenden someterla: los terceros, profundamente recogidos en presencia de su ministerio espiritual y su carácter santo, exclaman llenos de veneracion y respeto: "la personalidad eclesiástica no puede sin contaminarse tomar parte ninguna en los negocios del Estado," y en consecuencia, pronuncian la abolicion de todos sus derechos políticos. La Iglesia entónces, venciendo á los primeros con el argumento incontestable de su residencia legítima en el mundo, á los segundos con el dogma de su independencia y soberanía, y á los terceros con la bondad intrínseca y el incuestionable derecho de su representacion legal, no triunfa sino para sufrir la última descarga, especie de metralla formidable que aglomera contra ella, para exterminarla, todos los elementos de muerte.

Abandónanse las discusiones, prescíndese de ataques parciales, arrójanse al suelo los disfraces todos. El combate es general contra la institucion, contra la doctrina, contra el derecho, contra

el ministerio, contra la personalidad eclesiástica, contra la necesidad de su accion, contra todos los elementos de la vida moral, contra Dios mismo. Esgrímense todas las armas: la impostura, la diatriba, el sarcasmo, la calumnia, el desprecio, la violencia, la depredacion, el destierro, la muerte misma. Estos son los lances en que se hace sentir aquel desbordamiento de pasiones, aquella insurreccion funesta de todos los odios, aquellos tenebrosos planes concebidos en las tinieblas y ejecutados en la mitad del dia contra Cristo y su reino, tan enérgicamente pintados por el Profeta. Naciones enteras lanzando el alarido de la cólera, pueblos entregados á ridículas maquinaciones, reyes puestos en pié, príncipes aliados contra el Señor y contra su Cristo, fascinando á la necia multitud con declamaciones hipócritas, apellidando yugo insoportable á la soberanía de Dios, y cadenas crueles á los preceptos de su lei.[1] Bien veis, católicos, que generalizo las ideas y dilato las dimensiones del cuadro, para huir los efectos de ciertas cavilaciones, y mostrar el poder de la verdad poniendo á vuestra vista la exactísima correspondencia de los hechos con los oráculos. ¿Qué habéis visto en todos los siglos? ¿qué veis hoi mas allá de los mares? ¿qué espectáculo presenciáis en vuestra misma patria? Pero no os alarméis: la Iglesia de Dios estará siempre combatida; pero nunca dejará de ostentarse con todos los troféos. Veréisla sufrir todo linaje de persecuciones: veréisla desconocida por muchos de sus hijos, atacada en su magisterio, en su doctrina, en su gobierno, en sus derechos: veréisla despojada, calumniada, herida por la impiedad armada con la fuerza: veréisla encadenada, pobre; pero rendida, avasallada, envilecida, no, jamas. Nada temáis, pues, por ella: es la única poseedora de un poder irresistible, de una arma sin igual, de una táctica sin modelo y sin imitacion. En la bancarrota política de todas las sociedades, ella es la única que conserva íntegros todos sus elementos constitutivos. Su poder es Cristo con ella, su arma la doctrina y la paciencia, su táctica perdonar á sus enemigos. Los males que sufre y ha sufrido siempre, representan la insurreccion del hecho contra el derecho, de la inteligencia contra la verdad, de la naturaleza contra la gracia, de la muerte contra la vida. Mas la guerra de tantos enemigos no ha menguado jamas en un ápice ni el derecho, ni la verdad, ni la gracia, ni los elementos divinos de la vida espiritual: no ha hecho mas que reaccionar contra sus mismos agentes, convertir en víctimas á los verdugos, y condenar á los pueblos al mas ignominioso destino.

1 Salmo segundo, versículos 1, 2 y 3.

Sí, católicos: las grandes persecuciones de la Iglesia vienen á refluir directamente sobre los pueblos: porque siendo ella un poder instituido todo y solo para el bien la humanidad, no puede ser atacada, restringida é imposibilitada en su accion, sin que todos y cada uno de los que aprovechan la benigna influencia de su poder, resientan en sí mismos los efectos consiguientes á la guerra que se le hace. ¡Oh, vosotros, hombres extraviados, quien quiera que seais, en cuyas mentes ha caido la venda de una estéril, ciega y ruinosa filosofía, vosotros que cayendo en la tentacion de la ciencia, estáis envueltos en las tinieblas que eclipsan la verdad á vuestros ojos; vosotros, que agitados de mil afectos diversos, estáis en vísperas de perder todo sentimiento moral; vosotros que anhelantes por bienes materiales y goces terrenos, ya no sentís el regalado sabor de los bienes del espíritu; vosotros que sufriendo interiormente, sin echarlo de ver, la doble anarquía de la inteligencia y del corazon, andáis como errantes con vuestras ideas y vuestras inclinaciones, huyendo de la verdad y la virtud! volved sobre vuestros pasos, parad un tanto: ved lo que habéis dejado tras de vos, y quedaréis mui pronto convencidos de que os alejáis de la verdad y la dicha tanto como progresáis en pos de esos fantasmas que ni acertáis á conocer, ni seréis capaces nunca de tocar. Esta Iglesia es vuestra Madre; os tiene á todos en lo mas íntimo de su corazon; os ama con ternura; os busca solícita con las mismas lágrimas que le hacéis derramar. No la negueis con vuestro pensamiento; no la rehuséis un asilo en vuestro corazon; no selléis sus lábios, órgano de la palabra de Dios, porque quedaréis á oscuras; no encadenéis sus brazos, porque ya no habrá quien se apreste á vosotros para socorreros y salvaros en esas tremendas crísis de la miseria y del dolor, que solo la religion del Crucificado ha podido superar. Sus templos, siempre francos para vosotros, nó se cerrarian sino para condenaros las puertas de la esperanza: su ministerio encierra todos los tesoros del corazon y deposita todos los recursos para el alma. Tened presente que cada golpe que descarguéis contra la Esposa de Jesucristo, es un atentado contra vuestra propia felicidad.

¿No veis, católicos, toda la exactitud de estos conceptos probada como el oro en el crisol de la historia? ¿No los veis puestos á prueba de las experiencias todas? ¿No veis que en todos los siglos se ha representado el mismo drama y ha producido siempre los mismos efectos? ¿No veis cómo la barbarie ha venido siempre á ocupar, y dominar, y tiranizar, y aniquilar en cierto modo á los pueblos que han abjurado la religion? ¿No sentís un cierto fondo de melancolía en lo mas íntimo de vuestro pecho al contemplar lo que

son hoi aquellos sitios que ocupaban las antiguas iglesias de Africa, la suerte de aquellas célebres sociedades que al calor de la religion se robustecian mas y mas y llegaron á ser tan florecientes? ¿No veis un cuadro todavía mas lastimoso en esta bastarda civilizacion de nuestros tiempos, que ha hecho desaparecer casi todos los sentimientos morales, casi todos los vínculos que estrechaban á la humanidad, los lazos íntimos que unen á los individuos y á los pueblos bajo el influjo de este culto del espíritu y del corazon? ¿No quedáis sorprendidos con el contraste que forman hoi los progresos de las artes y la miseria de los pueblos, la perfeccion de la ciencia social y la instabilidad de los gobiernos, el arte maravilloso del equilibrio político y la transformacion del Estado en una estátua de yeso descansando sobre arena? Por esto he dicho, católicos, que la Iglesia necesita libertad externa para iniciar la paz en todo el mundo; que los gobiernos, para dar al Estado solidez y firmeza, necesitan proteger esta libertad externa, este derecho incuestionable, este poder de la Iglesia todo para el bien, solo para el bien y siempre para el bien: y por esto he añadido que esta necesidad que la Iglesia tiene de conservar á paz y salvo su libertad externa de accion, es precisamente para bien de los mismos gobiernos y de los pueblos.

Esta libertad, segun que es favorecida ó atacada de parte de los poderes públicos del Estado, caracteriza hoi, católicos, como en todos tiempos, la concordia ó desacuerdo entre éste y la Iglesia. ¿Y no mas? Sí: tambien á los gobiernos religiosos y justos, y á los gobiernos enemigos de Cristo y perseguidores de su Esposa. En este punto debemos fijarnos tanto como en el primero; pues lo que la Iglesia necesita en el órden externo para llenar los objetos de su institucion, importa uno de los deberes mas estrictos para los gobiernos, deberes cuya infraccion seria inexcusable del todo en los pueblos católicos. Si un gobierno que no profesase la fe, nunca podria perseguir á la Iglesia sin herir á sabiéndas la justicia natural: ¿qué seria cuando se tratase de gobiernos que profesasen la religion católica? La lucha de tres siglos, en que la Iglesia tuvo que sufrir la inaudita persecucion del gentilismo armado con el poder, representa, católicos, la accion tiránica de la institucion humana contra la institucion divina, el abuso del poder civil contra la libertad externa de la Iglesia; y los golpes que ésta sufrió de los príncipes y magistrados en los tiempos del arrianismo, así como de los reyes en los tiempos de la reforma, representan el mismo cuadro. Viceversa, el término de los martirios y la inauguracion social de la Iglesia católica por la conversion de Constantino, sus triunfos tambien sociales sobre todos los arrianos al inaugurarse Recaredo

en el trono, y todas las restauraciones posteriores no han sido mas que el recobro conseguido por la Iglesia de su libertad externa.

Tal es por lo mismo, católicos, el gran voto que debemos formar como hijos de esta madre tierna, perseguida y desolada, en circunstancias tan terribles y en ocasion tan solemne: y no soi yo quien resume la necesidad y su remedio en este voto final; es la Iglesia misma, que va siempre, con su sabiduría y su piedad, mui delante de nuestros pensamientos y deseos. ¿Qué pide al Señor en las mas terribles de sus crísis? que escuche benigno sus inflamados ruegos. ¿Con qué objeto? con el de que desaparezcan los errores que atacan la doctrina, y todas las adversidades conjuradas contra ella. ¿Y con qué fin? ¿Acaso con el de conservar su institucion, su sabiduría, su magisterio, su derecho? No; sino solo con el de recobrar su libertad para servir sin obstáculo á los designios que tuvo el mismo Dios al instituirla: *Ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura tibi serviat libertate.*

Mas no debemos limitar, católicos, á solo esto nuestros deseos y nuestros votos: porque si el recobro de la libertad externa de la Iglesia es un paso gigantesco para el remedio de las necesidades presentes; no es de poca importancia, que el gobierno ponga los medios eficaces para conseguir la restauracion de la paz en el órden político, para los grandes fines de la institucion del Estado.

SEGUNDA PARTE.

El Estado ve como su necesidad suprema el restablecimiento de la paz, y tiene razon, católicos; porque la guerra es el agente constante de la disolucion, y la paz es al mismo tiempo el resultado y el remedio de la unidad. Jesucristo Señor nuestro nos dijo sobre esto dos palabras, pero de tan profundo sentido, que bastan por sí solas para comprender el carácter de una situacion y predecir el porvenir de un pueblo: "Todo reino dividido será desolado." ¿Y por qué, católicos? porque la division de un reino es la dislocacion de un cuerpo, y esta dislocacion es un síntoma de muerte. Nosotros estamos divididos: contamos ya medio siglo de esta division: la paz ha dejado caer de tiempo en tiempo bellos crepúsculos sobre nuestro horizonte; bellos pero breves, y tanto, que parece no han servido sino solo para hacer mas intenso y penoso el sentimiento de su privacion.

Constantemente se ha buscado la paz con toda la fuerza de los deseos; pero se ha buscado con el espíritu de las pasiones, en el sentido de los intereses y con independencia del cielo, y esto ha sido bastante para que no se haya conquistado jamas. Hoi dia esta necesidad se extiende y explica con mayor fuerza que nunca; porque nunca la guerra se habia mostrado en México ni mas tenaz, ni mas airada, ni mas desastrosa que en estos desgraciados tiempos: azote inmenso, que se cruza por toda la nacion; azote cruel, que ha hecho correr mucha sangre; azote bárbaro, que ha hecho desaparecer hasta los vestigios de la civilizacion, esparciendo por todas partes el terror y el espanto. Nada pues mas necesario, nada mas urgente que el pronto restablecimiento de la paz, y ningun voto mas justo que el que se dirige á conseguirla. Pero, católicos, aunque la primera condicion indispensable para el recobro ó adquisicion de un bien sea desearle ardiente y sinceramente, de nada serviria solo el deseo, por intenso que fuese, si no se pusieran en práctica los medios conducentes para verle realizado. ¿Cuáles son estos medios? En el órden de la religion, de la moral y de la prudencia cristiana, único de que yo puedo hablaros como ministro de la palabra evangélica, os diré que todos están cifrados en un recurso eficaz y pronto al Dispensador único de los verdaderos bienes, y por esto he dicho que el Gobierno, para obtener y consolidar la paz en el Estado, ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el trono, y todas las restauraciones posteriores no han sido mas que el recobro conseguido por la Iglesia de su libertad externa.

Tal es por lo mismo, católicos, el gran voto que debemos formar como hijos de esta madre tierna, perseguida y desolada, en circunstancias tan terribles y en ocasion tan solemne: y no soi yo quien resume la necesidad y su remedio en este voto final; es la Iglesia misma, que va siempre, con su sabiduría y su piedad, mui delante de nuestros pensamientos y deseos. ¿Qué pide al Señor en las mas terribles de sus crísis? que escuche benigno sus inflamados ruegos. ¿Con qué objeto? con el de que desaparezcan los errores que atacan la doctrina, y todas las adversidades conjuradas contra ella. ¿Y con qué fin? ¿Acaso con el de conservar su institucion, su sabiduría, su magisterio, su derecho? No; sino solo con el de recobrar su libertad para servir sin obstáculo á los designios que tuvo el mismo Dios al instituirla: *Ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura tibi serviat libertate.*

Mas no debemos limitar, católicos, á solo esto nuestros deseos y nuestros votos: porque si el recobro de la libertad externa de la Iglesia es un paso gigantesco para el remedio de las necesidades presentes; no es de poca importancia, que el gobierno ponga los medios eficaces para conseguir la restauracion de la paz en el órden político, para los grandes fines de la institucion del Estado.

SEGUNDA PARTE.

El Estado ve como su necesidad suprema el restablecimiento de la paz, y tiene razon, católicos; porque la guerra es el agente constante de la disolucion, y la paz es al mismo tiempo el resultado y el remedio de la unidad. Jesucristo Señor nuestro nos dijo sobre esto dos palabras, pero de tan profundo sentido, que bastan por sí solas para comprender el carácter de una situacion y predecir el porvenir de un pueblo: "Todo reino dividido será desolado." ¿Y por qué, católicos? porque la division de un reino es la dislocacion de un cuerpo, y esta dislocacion es un síntoma de muerte. Nosotros estamos divididos: contamos ya medio siglo de esta division: la paz ha dejado caer de tiempo en tiempo bellos crepúsculos sobre nuestro horizonte; bellos pero breves, y tanto, que parece no han servido sino solo para hacer mas intenso y penoso el sentimiento de su privacion.

Constantemente se ha buscado la paz con toda la fuerza de los deseos; pero se ha buscado con el espíritu de las pasiones, en el sentido de los intereses y con independencia del cielo, y esto ha sido bastante para que no se haya conquistado jamas. Hoi dia esta necesidad se extiende y explica con mayor fuerza que nunca; porque nunca la guerra se habia mostrado en México ni mas tenaz, ni mas airada, ni mas desastrosa que en estos desgraciados tiempos: azote inmenso, que se cruza por toda la nacion; azote cruel, que ha hecho correr mucha sangre; azote bárbaro, que ha hecho desaparecer hasta los vestigios de la civilizacion, esparciendo por todas partes el terror y el espanto. Nada pues mas necesario, nada mas urgente que el pronto restablecimiento de la paz, y ningun voto mas justo que el que se dirige á conseguirla. Pero, católicos, aunque la primera condicion indispensable para el recobro ó adquisicion de un bien sea desearle ardiente y sinceramente, de nada serviria solo el deseo, por intenso que fuese, si no se pusieran en práctica los medios conducentes para verle realizado. ¿Cuáles son estos medios? En el órden de la religion, de la moral y de la prudencia cristiana, único de que yo puedo hablaros como ministro de la palabra evangélica, os diré que todos están cifrados en un recurso eficaz y pronto al Dispensador único de los verdaderos bienes, y por esto he dicho que el Gobierno, para obtener y consolidar la paz en el Estado, ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menester de asirse del órden sobrenatural y cooperar con él, se entiende sin abandonar los medios naturales que Dios nos dispensa, pues el recto empleo de las causas segundas es precisamente la cooperacion del hombre con la Providencia de Dios á fin de conseguir el bien. Para persuadirnos evidentemente de tan importante verdad, hai dos medios seguros: primero, conocer cuál es el orígen de la paz; segundo, descubrir las verdaderas causas de la guerra.

¿Cuál es, decidme, el orígen de la paz? ¿quién la podrá volver á nuestra patria? ¿Acaso el Estado? No, católicos: si este clama por ella, impulsado por el sentimiento de una necesidad imperiosa, es porque no la tiene, porque no ha podido reconquistarla. ¿Cómo pues podria darla por sí mismo? No, católicos: el Estado no da la paz, la pide; la fuente de este bien está fuera de él, y no en él: puede sin duda recibirla, puede aprovecharla, puede conservarla; pero darla, no, jamas: el Estado no da la paz, la pide. Por esto he dicho que, para conseguir la paz, ha menester de pedirla, y añadiré ahora, que necesita pedirla al único que es capaz de darla, pedirla, llenando las condiciones que ha puesto para su dispensacion, esperarla con fe y conservarla con todo su poder.

¿Quién dará la paz á México? ¿Acaso el poder de los guerreros, los triunfos de las armas? No, católicos: una victoria humilla y despecha, reserva profundos resentimientos en lo mas íntimo del corazon, enardece los ánimos y prepara horribles represalias. Mas el noble ascendiente de la virtud engendra sentimientos de otra naturaleza, prepara triunfos de mas elevado carácter, domina por la admiracion y el amor, dos poderes de los mas grandes que el hombre es capaz de desarrollar. No esperéis, pues, que el elemento físico decida favorablemente para el Estado, solo por sí, la grave cuestion de la paz. ¿Acaso la encontrarémos en una combinacion de intereses capaz de conciliar los ánimos divididos principalmente por ellos? Tampoco: los intereses puramente materiales, cuando no están fundados en los intereses morales y garantidos por la justicia eterna, podrán dar una tregua, pero nunca establecer la paz. ¿Acaso, por último, esperarémos tan precioso bien de las hábiles combinaciones y acertadas medidas de la alta política? Católicos, la política es una ciencia vasta pero dentro de un círculo reducido: dilatad las dimensiones, y la veréis perderse. Tal vez me explico así, por ser una ciencia que yo no poseo; pero esto no me inquieta, porque no necesito de tal ciencia ni por el lugar en que hablo, ni para el objeto que me ocupa: yo sé que una Cruz de madera, una Cruz que habia figurado ántes como el mas ignominioso patíbulo, y que aun, muerto en ella el Salvador, fué apellidada *escándalo* por

el judío, y *locura* por el gentil, ha cambiado la faz de la tierra, y no solamente respecto de la religion, sino tambien de la política: la Cruz ha constituido la sociedad moderna, civilizado al mundo y formulado la verdadera ciencia del gobierno. Dejo, pues, con gusto ese arte maravilloso del equilibrio, de la representacion y de los golpes de estado, para decir con el Apóstol: "No quiero saber otra cosa que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado."

Si pues no son las armas con sus triunfos, ni los intereses con sus combinaciones, ni la política con sus altas medidas, las causas productoras de la paz, ¿de quién debemos esperarla, católicos? ¿Dónde volverémos nuestros ojos? ¿Quién dará la paz á México? Quién?.... Atended.

Una noche, hallándose varios pastores en las cercanías de Belen velando sobre su ganado, fuéron repentinamente inundados en el esplendor de una luz celestial, vieron inmediato á ellos un ángel del Señor que les anunció, como un gran gozo, que acababa de nacer el Salvador del mundo, y á poco les apareció con aquel ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, exclamando á una voz: "Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad." Ved pues, católicos, el oriente bellísimo de la paz; ved en el establo de Belen, de entre las pajas mismas que rodean la cuna del Salvador, levantarse la paz como un astro benéfico destinado á dar la vuelta al mundo. Antes de Jesucristo, católicos, no habia paz. ¿Porqué? porque el hombre habia roto con el cielo desde la primera culpa, y necesitaba de un mediador que, reconciliándole con Dios, le volviese á su alianza: el hombre no estaba en paz consigo mismo, porque en la guerra constante de sus pasiones y sus vicios, sufria las derrotas consiguientes á la depravacion de su naturaleza: el hombre se hallaba en una guerra constante: guerra individual, guerra doméstica, guerra política, guerra social. Fué necesario, para que la verdadera paz llegase á reinar en la tierra, que Jesucristo viniese á establecerla en persona. He aquí por qué la gloria de Dios y la paz de los hombres fuéron, como acabáis de oirlo, el bellísimo tema de aquel cántico celestial con que los ángeles saludaron su advenimiento.

Este mismo tema, católicos, está manifestando que la paz de los hombres, y por tanto, la paz del Estado, es inseparable de la gloria de Dios; y en consecuencia, que buscar la paz con independencia de esta gloria, buscar la paz fuera del único poder capaz de dispensarla, fuera de los designios del Señor, fuera de su lei santa ó contra ella, es bogar en el caos, precipitarse en los abismos. Pronunciarán los labios la bella palabra; mas no verá el entendimien-

to, no sentirá el corazon lo que esta palabra representa: "paz, paz," dirán todos; pero no habrá paz. Paz fuera del cielo, independiente de la conciencia y extraña mas ó ménos á la justicia moral, no es paz: será como una de esas apacibles montañas que al través de su hermosura ocultan un cúmulo inmenso de combustibles, que á la hora ménos pensada rompen las entrañas de la tierra y sepultan entre sus ruinas pueblos enteros. Si pues la historia nos manifiesta treguas mas ó ménos largas, estaciones mui parecidas á la paz; la crítica no encuentra fundamentos para reconocer el reinado de la verdadera paz sino solo en aquellos pueblos y en aquellas épocas en que las instituciones políticas han estado fundadas en el carácter de la sociedad, y por tanto, en perfecta armonía con la institucion religiosa y con la justicia moral.

Si solo en Dios está la fuente de la verdadera paz, esta sola verdad basta para conducirnos á descubrir las causas de la guerra: pues por ley de rigurosa consecuencia debemos encontrarlas donde se hayan roto los vínculos morales que deben ligar con él, no solamente al individuo en particular, sino tambien á la sociedad. Recordad, si no, las causas de tantos desastres como han afligido y trabajado á las naciones mas florecientes: este estudio es universal; es un espejo donde pueden verse todos los pueblos desgraciados. ¿Por dónde ha comenzado la obra del mal en otras sociedades? por el desconcierto de la voluntad en sus deseos. ¿Por dónde ha mediado? por el extravío del entendimiento en sus consejos. ¿Por dónde ha llegado al último extremo? por la injusticia de los hombres públicos en su conducta. En efecto, católicos: desde el momento en que la religion deja de ser el crisol en que se prueban los deseos, el hombre pierde los caminos fáciles de la felicidad, y se entra por los senderos espinosos y difíciles de la desgracia, y esto sucede cuando el bien comun se pospone al interes privado, cuando el egoismo reemplaza al espíritu público; en suma: cuando el choque de los intereses materiales hace desaparecer, entre la nube de polvo que levantan, el amor de la patria. Una vez pervertidos los deseos, una vez resuelta la voluntad á seguir el camino de las pasiones, el entendimiento abandona los medios eficaces que conducen al bien, y se agota en combinaciones inicuas que no pueden traer sino desgracias. Finalmente, cuando las cosas han llegado á tan lamentables extremos, la sociedad es mui semejante á un hombre que desfallece, casi sin esperanza de vida, víctima de sus extravíos, de sus errores y de sus pasiones, en el fango de los vicios, y que ya no conserva, segun la expresion de un orador eminente, "sino solo aquel resto de vida que basta para animar á un cadáver."

Pero sin salir, católicos, de nuestra propia historia, sin buscar otra luz que la que nos ministra en abundancia nuestra propia experiencia, veamos dónde está la causa de la guerra, porque solo descubriendo el mal, podrémos atinar con el remedio. Mas de una vez la aparicion y prolongacion de una crísis horrible viene de donde al parecer no podia esperarse, ménos del equilibrio de la fuerza física y de la contraposicion de nuevos intereses inconciliables, que de una vista superficial ó indiferente sobre el orígen de la contienda.

¿Cuántas veces habria podido evitarse cualquiera de esos inmensos conflictos que afectan mortalmente los destinos sociales de un gran pueblo, con solo ir á sorprender al mal en su cuna? Pero ¡ah! no sé qué influencia fatal se apodera de los espíritus en los lances mas terribles, cuando debieran estar mas despiertos para conocer y mas expeditos para obrar! Insinúase por todas partes un malestar que todo el mundo siente: cada cual en su línea se apercibe de que hai en el fondo de la situacion una causa funesta que todo lo conmueve, y aun á veces, para que á los hombres de estado, no les quede ninguna excusa, el vulgo mismo en su lenguaje bien significativo suele decir: "aquí está el mal." Pero este fatal principio, fácil de ceder á un oportuno remedio, afecta mui poco de momento sin que se le oponga de pronto, cuando mucho, mas antídoto que el desprecio irónico de una vanidad presuntuosa. Entre tanto el infante crece á favor de la indiferencia con que se le ve, se desarrolla, se vigoriza y fecunda: un paso mas, y ya aparece multiplicado, fuerte, amenazante, invencible. Abrid, católicos, esos cuatro ó cinco cuadernos que se llaman nuestras constituciones; relacionadlos con los pasos que han venido dando nuestras revoluciones políticas y nuestra decandencia social. Raras veces el hombre deja de pintarse en sus obras, y poco se fatigaria nuestro discurso para encontrar en cada una de nuestras situaciones, mas ó ménos encubiertos, tres elementos en constante lucha: el sentimiento con la idea, el pensamiento con el hábito, la sustancia con la forma. He aquí por qué nos hemos estado moviendo siempre sin hallar postura, contentos con dar á este movimiento dislocado el fastuoso apellido de *progreso*. El progreso, cuando conserva su sentido antiguo, es la marcha regular de la humanidad por los caminos de la perfeccion: mas cuando se toma en el vocabulario de una loca política, es la vida de las transiciones, es un paso que da la ciencia de lo que conoce á lo que nunca puede conocer. Despues de haberse andado mucho, se concluye resumiendo la situacion en dos palabras: *esto no se entiende, esto no tiene remedio.*

Tal ha sido nuestra marcha, católicos, y en este punto los hombres

de hoi son, bajo cierto respecto, ménos culpables de lo que á primera vista parece: el mal viene de atras; es ménos el efecto de una complicacion actual que el sufrimiento y la trasmision de una herencia funesta: ya veis qué temprano empezámos á desconocernos, desnaturalizarnos y perdernos. Pero aun hai mas: México no es el único responsable de tan grave trastorno, no tiene la triste gloria de haber inventado el arte de destruirse. Esta funesta contaminacion ha venido de fuera: el viejo mundo se habia vuelto loco ántes que el nuevo perdiese el juicio. Ya os he dicho que el extremo á que hemos llegado, nos ha venido precisamente de haber salido fuera de nosotros, de no haber querido conocer lo que éramos con los riquísimos dones que debiamos al Señor, y lo que hubiéramos podido ser con solo usar bien de ellos y seguir una carrera bien indicada por la experiencia. Nuestro mal, nuestra desgracia, nuestra ruina traen su orígen de aquellas miradas insensatas, por decirlo así, dirigidas hácia el mundo antiguo: insensatas he dicho, porque no es mi ánimo considerar estéril, ni ménos ruinosa para nosotros, la escuela de otras sociedades; sino porque fuimos precisamente á fijarnos en lo que hubiéramos debido repeler: fuímos á buscar luces en épocas de tinieblas, elementos de órden en épocas de trastorno, condiciones de estabilidad en el cuadro de las conflagraciones inmensas, la ciencia de Estado en los panoramas de transiciones políticas.

¿Cuál es pues el orígen de la guerra que hoi está devorando á nuestra pátria? Si me decís, católicos, que Tacubaya, os diré que no: si me decís que Ayutla, os responderé que no: si me me decís que Jalisco, os replicaré que no: si dais otros dos ó tres pasos atras, desandando la carrera de nuestras revoluciones civiles, os repetiré lo mismo: ventaja inapreciable para mí; pues alejándome un poco del teatro, me facilita el ser mas explícito sin temor de irritar susceptibilidades presentes.

La causa de la guerra viene de ese mal antiguo que acabo de recordaros, el cual, prendiendo como una ponzoña en el corazon de esta sociedad, la ha destruido, haciéndola pasar de los fuertes sacudimientos de una rabiosa fiebre hasta el marasmo de una consuncion que la ha trasformado en un cadáver; de haber cedido á un alucinamiento fatal, de haber querido sustituir el pensamiento de Dios con el pensamiento del hombre, la obra de Dios con la obra del hombre, la constitucion social con la constitucion política. El empeño loco de constituir una sociedad que solo necesitaba independencia, nos dividió á todos desde que ésta se hubo conseguido, pues cada uno quiso hacer á México á su gusto, buscando tipos fuera de aquí. Se

la hizo monarquía, regencia, república federal, república central, dictadura, &c., &c., y cada nuevo vestido la ha quitado algo de su carne. A la hora en que os hablo, se los ha puesto todos, pero no le queda hueso sano. Despues de un largo viaje venimos á sorprendernos con la ruina del movimiento: no podemos dar un paso, porque lo hemos consumido todo: elementos morales, sentimientos patrióticos, espíritu público, carácter nacional. Despues de haber lisonjeado á otros pueblos con el empeño de parecérnosles, no hai uno que no nos desprecie.

Acabo de manifestaros que hemos corrompido nuestros caminos, y en tan lamentable aberracion he encontrado el fatal orígen de la instabilidad del órden y la permanencia de la guerra con todos sus desastres. Ahora debo deducir las consecuencias prácticas de tan importante doctrina: porque ellas deben servir á la autoridad pública de norte para encontrar los medios morales que deben facilitarle restablecer la paz en el Estado. ¿Cuáles son estas consecuencias? que si á causas opuestas corresponden efectos igualmente opuestos; si las causas del mal consisten precisamente en la triple degeneracion moral de los deseos, los consejos y la conducta; el restablecimiento y consolidacion del órden y la paz demanda una triple reforma: primera, la de los deseos, apartándolos del mal y convirtiéndolos al bien; segunda, la de los consejos, buscándolos en la verdadera sabiduría; tercera, la de las obras, encaminándolas constantemente á la justicia.

La santidad de los deseos, base esencial de la reforma y primera condicion de la paz, es cosa de un carácter tan puro y de un rango tan excelso, que si ella hubiera sido siempre nuestro punto de partida, no nos hallaríamos en el tristísimo estado de abyeccion y ruina en que nos encontramos hoi. No basta formar conceptos especulativos y hacer bellos discursos sobre la dignidad, el derecho y la necesidad imperiosa de la religion para un pueblo. "No todo el que me dice: "Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos" dijo Aquél que para caractizar al pueblo que le aplaudia la víspera de sacrificarle, pronunció esta sentencia tan terrible: "Este pueblo me honra con los labios, pero el corazon de ellos está léjos de mí."[1] La santidad de los deseos es el voto puro y sincero que forma en el corazon católico el celo por la honra y gloria de Dios, que todo lo encamina y dirige á que triunfe su gracia sobre el pecado, á que se cumpla íntegramente su divina lei. Pero si no es este el carácter de los deseos que se tienen, si cada uno sustituye á él sus intereses

1 Math. cap. XV, v. 8.—Is. cap. XXIX, v. 13.

particulares, sus pasiones &c., entónces, por mas que se clame Dios y religion, falta la base fundamental del órden y la primera condicion de la paz.

¿Y cuál será el criterio en que se prueba la existencia y seguridad plena de que hai una intencion pura, un deseo verdaderamente santo? La rectitud constante de la conciencia en su dictámen. Este código del buen consejo, para los pueblos y gobiernos, consiste, no en las máximas de esa política falsa que mide los fines por la razon de las circunstancias y la lei de la conveniencia, y aplica los medios sin discernirlos, sin calificarlos, sin probarlos en el crisol de la justicia; sino en esos principios eternos que no declinan jamas ni á diestra ni á siniestra, que no se atemperan á las pasiones, que no se doblegan á los intereses; en esos principios que no fundan un fallo de bondad sino únicamente cuando esta se halla íntegra en la intencion, medio y fines de los actos, y proscriben, por tanto, como una plaga terrible, los medios malos aun cuando se pretendan aplicar á fines buenos.

¿Qué os diré de lo tercero? La justicia de las obras, es el último paso del bien en sus caminos, es el verdadero carácter de una marcha santa, recta y laboriosa en pro de la felicidad que se busca, es el toque solemne que advierte la existencia ó anuncia las cercanías de la paz. La justicia de las obras representa el mayor poder que pueden ejercer los hombres, el bien mas precioso que pueden desear los pueblos: haya justicia en las obras, y habrá rectitud en los consejos, y habrá pureza en las intenciones, santidad en los deseos. Dadme esto, católicos, y os daré la realizacion del bello ideal de una nacion fuerte y perfecta, y os diré con toda la seguridad que inspiran las profundas convicciones: "todo lo tenéis, no busquéis otra cosa: la sociedad que formáis está perfectamente constituida: su legislacion y su administracion pública son el espejo en que se reproducen su carácter esencial, sus atributos constitutivos, aquello que debe á la sabiduría y al poder de su Divino Autor: tenéis derechos acatados, deberes sancionados, garantías efectivas: vuestra vida, vuestra propiedad, vuestra seguridad individual, vuestros intereses domésticos, vuestra honra, todo está perfectamente asegurado. ¡Dichosos vosotros, miéntras os contentéis con esto! ¡Desgraciados, empero, y mui mucho, cuando fastidiados de ser felices, sujetéis vuestro estado social á la lei de la moda política, empecéis á imaginar nuevos modos de ser, y vendáis vuestro buen sentido práctico á los seductores prestigios de una ciencia, que, atrayendo con la exactitud facticia de sus sistemas y el embeleso de su palabra, no hace mas que brindar á pueblos noveles, en una copa de oro coronada de flores, el tósigo fatal que insensiblemente va conduciendo á la sociedad á la muerte!

Ahora bien, ¿en cuál de estos dos casos nos encontramos nosotros? ¿en el de recibir esta felicitacion, ó llorar esta desgracia? ¡Qué pregunta, católicos! ¿Ha podido, puede ser mas deplorable la situacion de nuestra patria? Nace apénas, y ya la véis marchitarse como una bella flor: es jóven, y sin embargo parece un cadáver: si no está ya en el sepulcro, es porque ha sido muy prolongada su agonía. ¿Dónde está la perfecta unidad de sus antiguas creencias? ¿dónde el buen sentido práctico que ántes gobernaba su conducta? ¿dónde aquella moralidad, hija toda y sola de sus bien formados hábitos? ¿dónde aquellos tesoros que hicieron un tiempo su riqueza proverbial en el mundo? ¿dónde aquella rica y fecunda combinacion de elementos que tantas consideraciones llegaron á merecerle de las naciones mas cultas? Yo no veo, católicos, sino un pueblo profundamente minado en sus creencias, mas que minado en sus costumbres, extraviado de todos los caminos que conducen al bien, fascinado, seducido por multitud de objetos que hubiera debido despreciar; un pueblo despedazado por sí mismo, víctima de la mas horrible miseria, esclavo de mil necesidades que ya no puede satisfacer, reducido á pedir hasta el agua de agena mano..... No veo mas que fortunas destruidas, establecimientos arruinados: no veo mas que guerra por todas partes, sangre corriendo á torrentes, luto, horfandad, miseria, lágrimas, desesperacion, muerte. ¡A quién compararémos, católicos, el estado tristísimo de esta nueva Jerusalen? ¿Dónde hallarémos, para no discurrir estérilmente, un tipo tan exacto, que nos muestre á un tiempo mismo la causa del horrible mal que nos devora, el mortal extremo á donde nos ha conducido, y el único remedio que nos queda para salvarnos de él?

El Santo Evangelio nos ha dado la imágen mas perfecta de un pecador vuelto sobre sí, restituido á la vida de la gracia despues de haber llegado á la última crísis moral de su esperanza, en la tierna y profunda parábola del Hijo pódigo. ¿No podria yo servirme de ella para representar el trisfe y lastimoso estado de nuestra patria? Oidme:

México, poscedora de un territorio vasto, de un suelo fecundo, de un bello cielo, de todos los tesoros de una naturaleza vírgen y opulenta; México, pueblo en que resplandecian á la par las virtudes religiosas y las virtudes sociales, dotada de un carácter dulce, de una disposicion feliz para el bien, no solicitaba ya otra cosa, para llegar á la cumbre de la prosperidad y grandeza, que hacerse independiente de su antigua metrópoli, formar por sí un Estado político,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

seguir la vocacion social de todos los pueblos de la tierra: y Dios nuestro Señor, obsequiando sus deseos, le concedió la independencia, bien así como al mas jóven de sus dos hijos el padre de familia le dió su legítima hereditaria, defiriendo á su pedido. La independencia, católicos, es un bien, un bien de primer órden, un bien de fecunda virtualidad. La independencia es un bien, y por eso nos la concedió el Señor; porque Dios no da el mal: la independencia es un bien, como lo es el estado para el individuo, es una condicion legal, honesta y justa en la sociedad civil: la independencia es un bien de primer órden, porque sin ella nunca tendrá rango de nacion pueblo ninguno: la independencia es un bien de virtualidad fecundísima, porque dando al Estado el poder bastante para regirse por sí mismo, le coloca en el camino recto de la perfeccion y la prosperidad.

El Hijo pródigo, acabando de recibir su patrimonio, se marchó á lejanas tierras, y acabó con cuanto tenia, viviendo desordenadamente. Nosotros hemos hecho lo mismo: en lugar de aprovechar todos los bienes que recibimos de Dios como otros tantos talentos, mediante la fuerza de accion que nos daba nuestra independencia, nos olvidámos al instante de nuestro propio suelo y de nuestra casa, para irnos á remotos paises, donde disipámos nuestro rico patrimonio. Es decir, católicos: inmediamente prescindímos de lo que Méxice podia y debia ser, constituido con la combinacion de sus elementos propios, de su religion, de sus máximas, de sus costumbres, y de tantos bienes inapreciables; y á despecho de la experiencia y del buen sentido, no tratámos de otra cosa que de violentar su carácter social á fuerza de quererle asemejar á pueblos extraños. Miéntras tuvimos algo que provocase la codicia y alhagase los intereses, éramos recibidos en todas partes, y muy bien; pero cuando nuestra prodigalidad nos hubo conducido á la miseria y casi al sepulcro, todos pasan de largo frente de nosotros, y no merecemos cuando mucho sino insultantes apodos á los mismos que mas han trabajado en reducirnos á lo que somos.

El pródigo tuvo hambre, pedia pan, y nadie se le daba: envidió, ya lo sabéis, hasta las bellotas de los animales inmundos que le puso á cuidar el amo cruel bajo cuya servidumbre gemia: nosotros, esclavizados á nuestras pasiones, abandonados de los que un tiempo se llamaron nuestros amigos, sufrimos la hambre, la miseria, la privacion mas absoluta, desfallecemos consumidos en el lecho del dolor.

Ved aquí una semejanza perfectísima en las causas y en el extremo del mal: éste representa las consecuencias y el castigo de nuestros pecados, de nuestros desórdenes, de nuestros extravíos. No

estaríamos así, tenedlo por cierto, si no hubiésemos abandonado al Señor, depuesto del corazon los santos deseos que todo lo fundan en su sabiduría y en su poder, y todo lo dirigen á su alabanza y gloria, desertado del camino recto de la verdadera sabiduría y precipitádonos en los trabajosos senderos de la iniquidad; si no hubiésemos torcido la justicia, quitándola de nuestras obras, é introduciendo así los elementos de la guerra en el seno mismo de nuestra patria; si no hubiésemos abusado del don de Dios, opuestro nuestro pensamiento al suyo, y arrojado léjos de nosotros la ligera carga y el suave yugo de su lei, para recibir las cadenas de nuestros enemigos.

¿Y no hai remedio? Si le hai, católicos: le tuvo aquel jóven descarriado, y esto nos basta para no desfallecer. Sí: nuestros males, aunque son extremos, tienen un remedio seguro, eficaz y pronto, un remedio mui distante del que ponen los pueblos para salir de su abatimiento ántes de franquearse á las inspiraciones felices de la gracia; un remedio que consiste, no en los cálculos fallidos y combinaciones de una vanidosa política, no en la organizacion de poderosos ejércitos, no en el anhelo por victorias decisivas, no en combinaciones de intereses que contentan á los poderosos, dejando á los pueblos en su abyeccion y miseria, no en el favor y proteccion de brazos que llevan mucho tiempo de haber muerto para el espíritu, pareciendo no tener vida sino solo para los sentidos y la materia, no en los recursos siempre limitados del poder humano; sino solo en levantarnos pronto, como el pródigo, al noble impulso de un sincero arrepentimiento, en volar sobre las alas de esta esperanza cristiana, que nunca fué confundida, en pos del abandonado Padre, que nos busca y espera, de ese Padre siempre vivo, porque es Eterno, siempre fuerte, porque es Omnipotente, siempre dulce, tierno y compasivo, porque es infinitamente bueno y misericordioso; de ese Dios Salvador, que, aunque sentado en los cielos á la diestra de su Padre, nunca separa de esta tierra, regada con su sangre, comprada con su sacrificio, santificada con su gracia, ni sus ojos ni su corazon. Este es el remedio: remedio universal, pues á todos cura; remedio inmenso, pues todo lo sana; remedio constante, pues no falta jamas; remedio pronto, pues á un sincero *pequé* responde con esta palabra de vida: "Ya estás curado, camina en paz." Este es el remedio que os propongo, católicos, con tanta mayor confianza, cuanto que tenemos á la vista á esa Madre tierna que no en vano cuenta entre sus títulos el de ser Refugio de pecadores. Conducidos pues por ella, volemos á los piés de nuestro Padre ofendido, movamos su piedad paternal con los ruegos de tan piadosa Madre,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y digámosle con el doble sentimiento de la contricion y la esperanza: "Padre, pecámos contra el cielo y delante de vos; ya no somos dignos de llamarnos hijos vuestros."

Hagámoslo, católicos, hagámoslo como hacerse debe, y no tardarémos en escuchar el concierto melodioso de una nueva alianza, sentarnos al festin del regocijo, recibir la estola de gala, y lucir en la bella sortija de nuestro dedo la munificencia de nuestro Padre celestial.

Pero qué, para llegar á este punto, para obtener, mediante un paso decisivo de la conducta, el deseado retorno de la dicha perdida con la cesacion de la guerra y el restablecimiento de la paz, ¿bastará por ventura, católicos, que las autoridades todas, fijándose de preferencia en estos medios, como los primeros y fundamentales de todos, acudan á Dios por sí mismas, clamen al cielo por gracia y cooperen á la restauracion de la paz en los términos que deben hacerlo conforme á las ideas de la religion y la moral? No por cierto. Dados estos pasos, es verdad que bastante se tiene adelantado; pero lo es asimismo que aun queda mucho por hacer. Esta gran reforma, católicos, debe ser obra, no solo de la Iglesia, que está siempre pronta á iniciarla con sus principios y realizarla con su ministerio; no solo del Gobierno, por mui dispuesto que se halle á cooperar con todo su poder y medios de accion; sino tambien, y mui principalmente, del pueblo, que debe poner por obra cuanto conduce á su verdadera felicidad. ¿Cómo conseguir tan importantes bienes? Por medio de la unidad católica, última verdad que me he propuesto demostraros.

TERCERA PARTE.

Una vista sobre el paganismo, que busca la unidad sin encontrarla, y por tanto no la puede establecer ni en las persuasiones y las creencias, ni en las costumbres y las leyes, ni en el carácter social de las naciones; una vista sobre el catolicismo, que propaga la doctrina, forma la moral, constituye el Estado, concierta los elementos sociales de los pueblos, neutraliza los obstáculos que la desigualdad individual pone al órden social; y una vista, por último, sobre el racionalismo de nuestra época, conspirando abiertamente contra toda autoridad, contra todo magisterio, proclamando todas las emancipaciones, la de la inteligencia, la de la voluntad y la de la libertad, y minando, en proporcion que avanza, el triple edificio de la creencia, de la moral y de la lei: todo esto, católicos, despide bastante luz para conocer evidentemente que la unidad católica es la única unidad religiosa posible, es la única que concierta los elementos individuales y sociales de la especie humana, la única precursora del órden, garantía de la paz, fuente de los verdaderos bienes á que deben aspirar todas las sociedades.

Sin duda alguna, católicos, que es un espectáculo sorprendente á par que maravilloso el que á nuestra vista presenta la historia del gentilismo desde sus primeros ensayos filosóficos y políticos hasta la época en que pareció tocar á los últimos grados de la perfeccion que cabia en un órden exclusivamente natural. Vehementemente impulsado por la fuerza de sus instintos hácia la unidad social, que veia como la suma de todas las fuerzas intelectuales, morales y políticas, cuyo concierto debia producir el órden, la paz y prosperidad pública, desarrolló prodigiosamente cuantos medios podia prestarle la simple naturaleza en el órden de las ideas, de las costumbres y de las leyes, para establecerla. Mas con todo esto, ¿qué consiguieron las sociedades gentiles en el triple órden de las ideas, los sentimientos y las instituciones? lo contrario de lo que buscaban. Buscaron la unidad intelectual, y no encontraron mas que la anarquía del pensamiento: buscaron la unidad moral, y no encontraron mas que el desconcierto de las pasiones, la oposicion de las máximas, el trastorno consiguiente á los mas abominables vicios: buscaron la unidad social, y no encontraron otra cosa que violentas combinaciones de fuerzas preponderantes, que, cediendo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y digámosle con el doble sentimiento de la contricion y la esperanza: "Padre, pecámos contra el cielo y delante de vos; ya no somos dignos de llamarnos hijos vuestros."

Hagámoslo, católicos, hagámoslo como hacerse debe, y no tardarémos en escuchar el concierto melodioso de una nueva alianza, sentarnos al festin del regocijo, recibir la estola de gala, y lucir en la bella sortija de nuestro dedo la munificencia de nuestro Padre celestial.

Pero qué, para llegar á este punto, para obtener, mediante un paso decisivo de la conducta, el deseado retorno de la dicha perdida con la cesacion de la guerra y el restablecimiento de la paz, ¿bastará por ventura, católicos, que las autoridades todas, fijándose de preferencia en estos medios, como los primeros y fundamentales de todos, acudan á Dios por sí mismas, clamen al cielo por gracia y cooperen á la restauracion de la paz en los términos que deben hacerlo conforme á las ideas de la religion y la moral? No por cierto. Dados estos pasos, es verdad que bastante se tiene adelantado; pero lo es asimismo que aun queda mucho por hacer. Esta gran reforma, católicos, debe ser obra, no solo de la Iglesia, que está siempre pronta á iniciarla con sus principios y realizarla con su ministerio; no solo del Gobierno, por mui dispuesto que se halle á cooperar con todo su poder y medios de accion; sino tambien, y mui principalmente, del pueblo, que debe poner por obra cuanto conduce á su verdadera felicidad. ¿Cómo conseguir tan importantes bienes? Por medio de la unidad católica, última verdad que me he propuesto demostraros.

TERCERA PARTE.

Una vista sobre el paganismo, que busca la unidad sin encontrarla, y por tanto no la puede establecer ni en las persuasiones y las creencias, ni en las costumbres y las leyes, ni en el carácter social de las naciones; una vista sobre el catolicismo, que propaga la doctrina, forma la moral, constituye el Estado, concierta los elementos sociales de los pueblos, neutraliza los obstáculos que la desigualdad individual pone al órden social; y una vista, por último, sobre el racionalismo de nuestra época, conspirando abiertamente contra toda autoridad, contra todo magisterio, proclamando todas las emancipaciones, la de la inteligencia, la de la voluntad y la de la libertad, y minando, en proporcion que avanza, el triple edificio de la creencia, de la moral y de la lei: todo esto, católicos, despide bastante luz para conocer evidentemente que la unidad católica es la única unidad religiosa posible, es la única que concierta los elementos individuales y sociales de la especie humana, la única precursora del órden, garantía de la paz, fuente de los verdaderos bienes á que deben aspirar todas las sociedades.

Sin duda alguna, católicos, que es un espectáculo sorprendente á par que maravilloso el que á nuestra vista presenta la historia del gentilismo desde sus primeros ensayos filosóficos y políticos hasta la época en que pareció tocar á los últimos grados de la perfeccion que cabia en un órden exclusivamente natural. Vehementemente impulsado por la fuerza de sus instintos hácia la unidad social, que veia como la suma de todas las fuerzas intelectuales, morales y políticas, cuyo concierto debia producir el órden, la paz y prosperidad pública, desarrolló prodigiosamente cuantos medios podia prestarle la simple naturaleza en el órden de las ideas, de las costumbres y de las leyes, para establecerla. Mas con todo esto, ¿qué consiguieron las sociedades gentiles en el triple órden de las ideas, los sentimientos y las instituciones? lo contrario de lo que buscaban. Buscaron la unidad intelectual, y no encontraron mas que la anarquía del pensamiento: buscaron la unidad moral, y no encontraron mas que el desconcierto de las pasiones, la oposicion de las máximas, el trastorno consiguiente á los mas abominables vicios: buscaron la unidad social, y no encontraron otra cosa que violentas combinaciones de fuerzas preponderantes, que, cediendo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á su turno á fuerzas mayores, traian la sociedad por una carrera de vicisitudes políticas, segun el viento que dominaba. ¿Qué resultó de todo esto? doctrinas sin símbolo, moral sin código, sociedad sin vínculos: ¿Por qué lo primero? porque no hai símbolo sin dogmatismo instituido, ni es posible un dogmatismo de razon. En efecto: cuanto se propone por la razon á la razon, tiene que sucumbir á los derechos de la razon misma, caer bajo la accion de la disputa, sufrir las consecuencias de la duda, y quedar á merced y arbitrio de una oposicion triunfante. Bien sabeis, católicos, que la verdad no tiene mas que dos caminos, que son las convicciones y las creencias; que las primeras suponen desarrollo y cultivo de las facultades intelectuales, suponen el arte y el ejercicio del discurso, y por tanto, son de suyo excepcionales, y nunca pueden ser el órgano de la verdad hácia la multitud. No quedando, pues, mas arbitrio que la creencia, era necesario prepararla con el reconocimiento de una autoridad infalible, con el hecho de una revelacion incontestable y el medio de un magisterio divino: era necesario que el pueblo supiera sin género de duda que lo que se le enseñaba es la doctrina de Dios, porque la ha revelado, porque ha instituido en la tierra una autoridad decente, y porque esta autoridad es infalible. He aquí por qué la antigüedad pagana jamas logró reunir las persuaciones y las creencias, careció de símbolo dogmático, y no llegó á poseer una razon comun.

Por lo mismo que sus doctrinas no tuvieron símbolo, sus costumbres no tuvieron código. Verdad es que habia leyes, y estas leyes tenian aplicaciones prácticas; pero lo es asimismo que, limitadas al órden puramente externo, porque no podian pasar de aquí, dejaban intactas las regiones inaccesibles del espíritu, eran de todo punto extrañas al hombre interior, el cual, no contando sino con algunas nociones generales sobre el bien y el mal, algunas ideas del deber, escapadas en el naufragio de la lei natural, quedó vendido á las máximas absurdas y contradictorias de una moral versátil desprendida de las escuelas filosóficas, esencialmente anárquica, confundida con los vicios dominantes protegidos por las leyes y aun autorizados por sus dioses. Era necesario que el código de las costumbres reapareciese de nuevo promulgado por Dios á los hombres; y como este código, limitado en aquellos tiempos á solo el pueblo judío, poseedor único del Decálogo, no tuvo una manifestacion universal sino hasta la predicacion del Evangelio, por esto las sociedades gentiles carecieron siempre de código para las costumbres, y no llegaron jamas á la unidad moral.

Destruidos estos dos elementos ¿dónde hallar, católicos, la virtud

maravillosa que identifica en un pensamiento y en un sentimiento comun á muchos individuos y muchos pueblos? ¿Dónde hallar vínculos para las sociedades antiguas, rotos ya los de la inteligencia y el corazon? Dónde encontrar la fuerza bastante para destruir estos obstáculos en un pueblo cuya religion, esencialmente ridícula, era una ironía para los sabios? Ved, pues, católicos, lo que es la simple naturaleza humana sin un régimen divino, lo que es la razon sin autoridad, y por consiguiente, la verdad teórica, práctica y fecunda sin una institucion divina que la enseñe, la aplique y la haga útil á todos los pueblos. Ved asimismo cómo la unidad social es imposible sin la unidad religiosa, bien así como esta no existe ni puede existir fuera de la unidad católica. Habéis visto, con solo esta rápida ojeada sobre el paganismo, toda la impotencia del órden puramente natural para establecer la unidad social con la unidad religiosa. Ved ahora todo el poder del catolicismo en la realizacion de estas grandes obras.

Para establecer y conservar la unidad social se necesitaba destruir todos los elementos capaces de dividir á un pueblo. Las revoluciones civiles, como bien sabéis, comienzan en las opiniones, médian en las costumbres y terminan en las armas. Todo reconoce como su primer principio al pensamiento: la razon mueve la voluntad, ésta excita la fuerza física, y todo junto inicia, fomenta y prolonga la guerra civil. Era necesario, católicos, robustecer el concierto de la sociedad consigo misma, en su doble carácter de religiosa y política, haciéndola marchar segun el órden gerárquico de sus relaciones esenciales: era necesario buscar en Dios, no solamente al Autor de la Iglesia, sino tambien al Supremo Legislador de la sociedad: era necesario poner estos principios y todas sus consecuencias prácticas al nivel de la razon comun, para que, uniformada en todo lo que puede llamarse fundamental, marchara sin extravío ni tropiezo á sus grandes fines. He aquí lo que hizo la institucion católica en todos los pueblos. Acreditando su orígen, su mision, su poder y sus prerogativas ante la razon con los motivos evidentes de credibilidad, no tuvo dificultad ninguna en reunir toda la creencia de los pueblos en un símbolo comun. Explicando este símbolo juntamente con el código de los deberes, y haciendo comprender sus consecuencias á todo el mundo, le fué fácil uniformar el sentido moral de los pueblos. Hecho esto, quedábale solo que procurar la conformidad entre las creencias, los sentimientos morales y la conducta, para impedir que los intereses y las pasiones esterilizasen la verdad y la lei en el fondo de la sociedad, y esto lo ha procurado y conseguido siempre con su ministerio. La unidad

católica, hace siempre tres cosas: en primer lugar, forma la razon comun en el sentido de la verdad; en segundo lugar, pone de acuerdo generalmente á todos sobre las reglas de las costumbres; en tercer lugar, gobierna de hecho las costumbres con la regla, estirpando los vicios y multiplicando las virtudes con la accion de su ministerio. Hé aquí la unidad social puesta de bulto, instituida por el mismo Jesucristo y conservada por la Iglesia.

Ahora bien, católicos: ¿qué mas necesita un pueblo para conservar el órden y la paz? ¿qué mas necesita México poner de su parte, para reconquistar unos bienes tan preciosos, que conservar su unidad religiosa? Nada. Esta unidad representa la de la doctrina, la de la regla, la de la conducta, y llena las condiciones que requiere la la paz á los ojos del buen sentido y segun el oráculo de la Iglesia católica. En una de sus preces nos ha dado esta Maestra de la verdad y regla de la virtud toda la doctrina del órden y la paz. En ella supone que las causas generadoras de tan preciosos bienes han sido, son y serán siempre la santidad de los deseos, inspirada por la verdad católica, la rectitud de los consejos, garantida por la moral católica, la justicia de las obras, facilitada y conservada por el ministerio católico: advierte que estas fuentes vienen de Dios mismo, é infiere de aquí que el mundo no puede dar la paz: mira los medios preciosos para conservarla cifrados en la consagracion del corazon á la lei divina, y deriva de aquí la tranquilidad de los tiempos. Este ha sido mi tema, como lo habeis visto, al explicar las condiciones de la paz, las causas de la guerra y los medios para conjurar ésta y restablecer aquella; y no he necesitado de otro para persuadiros de que la unidad religiosa del pueblo es el medio mas á propósito para conseguir aquí el restablecimiento y la conservacion del órden y la paz.

Mucho podria deciros sobre esto, católicos; pero me queda una prueba que daros, fundada en la accion del racionalismo contra la sociedad; y como en ella tengo que manifestaros á éste constantemente opuesto al catolicismo, mi última prueba será tambien una confirmacion histórica y un desarrollo práctico de la que acabo de daros.

Ved, católicos, la marcha del racionalismo desde que el Renacimiento y la Reforma le dieron un acceso mas libre contra la Iglesia y sobre el Estado, contra la religion y sobre la sociedad, contra las creencias y sobre la razon comun: vedle cómo progresa, cómo hace servir á su pensamiento cuanto aparece de algun modo en oposicion con lo que hai de mas cierto, de mas justo y fuerte en todas las naciones: vedle asomar apénas la cabeza, cuando el protestantismo sin

abjurar todos los dogmas, sin reaccionar contra toda la crencia católica, y luchando al parecer dentro del mismo símbolo, se ocupaba solo en abolir la soberanía dogmática y moral de la Iglesia, en borrar el centro de la unidad y secularizar la institucion religiosa, sometiéndola íntegramente á la soberanía civil. Entónces el racionalismo no muestra todavía lo que es: campéa con libertad en la literatura y en las ciencias, reacciona con cierta osadía sobre la política; pero no se desdeña de ocupar un lugar subalterno en la controversia, seguro como lo estaba de no hallarse léjos el dia en que levantaria su trono sobre las ruinas y con los materiales de todas las herejías y de toda la reforma.

Mas llegada su época, nada dejó por combatir: todo fué negado sin pudor, atacado sin tregua, perseguido sin cuartel: sana filosofía, ideas de Dios, orígen del hombre, relaciones de ambos séres, lei natural, y por supuesto, revelacion, Iglesia, culto, ministerio, y á igual paso, todos los fundamentos de las instituciones políticas, todas las partes constitutivas del cuerpo social, todos los elementos del órden, todas las bases del derecho, todos los fueros del poder: en fin, cuanto hasta allí se habia conservado en el mundo sobre las bases de la sana filosofía, de la historia, de la moral, de la religion y de la justicia.

En vano el catolicismo desconcertó completamente, rindió y avasalló del todo á este adversario, el mas fuerte que le habia combatido desde los tiempos de Arrio: porque el mismo cansancio de la lucha, el mismo sentimiento de la derrota trajo consigo una arma nueva que, colocada en frente de la institucion católica, le oponia, no ya la duda metódica, la discusion razonada, el escepticismo histórico, el sofisma, la impostura, el poder material armado contra ella para esterminarla, sino una fuerza, la mayor que se conoce, una fuerza sin vida pero inaccesible, la inercia del espíritu, peor todavía que la de los cuerpos, la indiferencia religiosa, veneno mortífero que obstruye la fuente de las ideas, el manantial de los sentimientos, que mata la vida intelectual y moral de la sociedad. Mas esta oposicion, diestramente calculada, no podia durar mucho: porque la sociedad en sus masas, incapaz de contagiarse generalmente con semejante lepra, y en contacto con un ministerio que habia sacado á todo un mundo de los abismos de la muerte, empezó á sentir los efectos de su accion intelectual y moral, al paso que el racionalismo la necesidad imperiosa de una táctica nueva.

Incapaz empero de obrar sobre la institucion católica con una fuerza bien combinada, porque fuera del catolicismo no hai unidad, se dividió al renovar la lucha, presentándose como siempre, aunque

con faces nuevas, prodigiosamente variado y contradictorio. ¿Quién podria enumerar, católicos, sus escuelas, sus sistemas, sus teorías, sus batallas, dentro y fuera del círculo de la sociedad católica? Seria necesario escribir un libro. Pero sí os diré que sintiendo mui debilitada su accion sobre la sociedad á medida que multiplicaba sus teorías, y sufriendo una derrota popular á fuerza de ser ininteligible, voló despechado á otra parte, abandonando la metafísica, la filosofía especulativa, la controversia y casi todas sus disputas, para situar su campo en el órden puramente material, eliminando de su accion, sin decirlo, todo elemento espiritual, todo principio religioso, todo sentimiento moral. He aquí la última faz de la lucha entre el racionalismo y el catolicismo: veamos sus rasgos principales, estudiemos sus primeras consecuencias, y procuremos columbrar siquiera sus últimos resultados.

El catolicismo, hermanos mios, jamas ha desconocido la importancia de los intereses puramente materiales; pero legitimándolos con la justicia, concertándolos con los intereses morales y siempre subordinándolos á ellos, ha puesto en armonía los bienes de la tierra con los bienes del cielo. Su tema es este, dado por el mismo Jesucristo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas," es decir, los bienes terrenos, "se os darán por añadidura." Todo en la escuela católica se dirige al último fin, á la felicidad eterna: *Quærite primum regnum Dei:* todo se norma por la justicia, porque fuera de ella no hai camino para el cielo: *et justitiam ejus:* y de ambas cosas viene lo demas: *et hæc omnia adjicientur vobis.* Veis aquí en primer término á la religion, en segundo á la moral, y en tercero el órden material como un hecho de consecuencia cuando reinan sobre un pueblo la religion y la justicia.

Mas el racionalismo no solo invierte sino que destruye absolutamente este órden. La simple inversion es el pecado; la destruccion es la negacion de Dios, la negacion de la lei, la negacion de la virtud, la negacion del espíritu. El racionalismo, derrotado muchas veces en sus antiguos combates, lucha hoi vigorosamente con el tema del interes puramente material. Vedle poniendo este interes al frente de todos los que mueven á un pueblo, buscar en sus progresos las condiciones de la prosperidad pública, oponerle á todo lo que no es él: enemigo intransigible, que llegado á la última jornada, se muestra sin disfraz y conspira contra todo. En las ciencias no hai otras para él sino las que analizan la materia: de los elementos sociales no admite sino aquellos que desarrollan la vida física: señala, no ya como principales, sino como únicos, entre los grandes objetos que deben reconcentrar todo el movimiento social,

la riqueza, el progreso material, la industria, el comercio, &c., &c.; y con arreglo á estos principios, acusa de retrógradas aquellas instituciones que deben su perfeccion al cristianismo, deja caer sobre la moral social una sonrisa irónica, y se burla estrepitosamente de Dios, del espíritu y la religion.

¿Cuáles son sus frutos? Por ellos conoceréis el árbol, siguiendo la regla de Jesucristo. Este divino Maestro, fundando la Iglesia como tipo y custodia de una sociedad perfecta, la rige por la autoridad, obra sobre las creencias, gobierna la conducta con su lei divina, desarrolla una accion permanente sobre el espíritu con la sancion de esta lei, dirige la conciencia del individuo con el ministerio que instituye, dando á la voluntad incrementos de poder y de fuerza con la dispensacion de su gracia, establece y conserva la verdadera fraternidad humana, cosa imposible sin él, y representa, por último, en la santidad, en este carácter que reconcentra todas las fuerzas morales, que es la perfeccion cristiana y el heroismo en toda su grandeza, el resultado final de su institucion, de su lei, de su ministerio y de su accion sobre el hombre durante la vida humana. Inscribe la pobreza del espíritu al frente de los títulos que garantizan la eterna felicidad, y con solo esto dignifica la riqueza, moralizándola y haciéndola servir á las necesidades del pobre, y saca de su abyeccion á la miseria, rodeando la pobreza con la magestad de la gloria. La mansedumbre representa una fuerza mui superior á la ira, modera el carácter y concierta en la lei la fuerza física con la fuerza moral. Estas grandes ideas, léjos de quedar en la esfera de simples especulaciones, han impreso en el curso de los siglos mil huellas materiales que recuerdan la marcha de la religion con la moral. No hai uno solo de los bienes naturales, que han atraido constantemente al hombre desde el principio del mundo, que el catolicismo no haya producido en abundancia magnífica y sin la mas leve contaminacion del vicio. Si á esta grande institucion le pedís ciencias, ella os hará ver que todas en su mas alta perfeccion han salido de su seno: si le pedís artes, encadenará vuestra admiracion con solo señalar sus mas ilustres monumentos: si le pedís consuelos para la humanidad atribulada, ella se os mostrará como la madre de los huérfanos, de los pobres, de todos los miserables, de cuantos han clamado en vano, fuera de ella, por el alivio, el consuelo y la tranquilidad en el curso de diez y nueve siglos. Ahora bien, católicos: ¿qué ha opuesto el racionalismo á la fuerte unidad de la institucion católica? la perdurable anarquía de la ciencia humana cuando se emancipa del cielo. ¿Con qué ha reemplazado la pobreza del espíritu, que dignifica el infortunio y

abre á la menesterosa humanidad las arcas del poderoso? con levantar la riqueza al rango de primer poder social, desarrollando su accion á la par sobre los poderes públicos, á quienes humilla, y sobre las clases menesterosas, á quienes oprime; y cuando ve salir de su teoría una horrible antítesis de pueblos hambrientos frente á individualidades poderosas, asustado de su propia obra, deja correr una nueva teoría que tarde ó temprano hará su explosion sobre el Estado: el *socialismo*, católicos, que es la miseria despojada de la moral y armada con la filosofía incrédula contra la propiedad.

¿Qué ha opuesto el racionalismo á la liberalidad cristiana, despues de haberla combatido y casi aniquilado, á esta virtud fecunda, incansable, constante, que ha venido haciendo servir tesoros cuantiosísimos á las necesidades del género humano? la avaricia con su código frio, su nata dureza, su indiferencia mortal; pero elevada la riqueza hasta el rango de un poder supremo, la avaricia debia ser, por ley de consecuencia forzosa, el medio de levantarse á este poder. ¿Qué ha puesto el racionalismo en lugar de aquellos torcedores felices de la gracia, de aquellos remordimientos preciosos, que mas de una vez habian ablandado el corazon de los poderosos? Una falsa conciencia, una falsa razon, una falsa moral: un código nuevo arreglado á este sistema de medios y de fines, reemplazó al antiguo código: el Decálogo, ley moral de todos los hombres, ha quedado en la clase de un monumento histórico, y cuando mejor ha salido en el órden práctico, si es que alguna vez se le invoca, es apareciendo al revés. Estudiad, católicos, esos fenómenos morales y políticos que sirven para caracterizar eso que se llama conciencia pública: ¿qué verdad os enseñan? ¿cuál es el carácter dominante que os descubren en la sociedad? ¿Cuál es la suerte que ha corrido la ley de Dios en nuestro siglo? Este código supremo, sancionado con una felicidad y una desgracia eternas, está hoi profundamente desconocido, y sobre todo, absolutamente desconcertado. ¡Cosa admirable! su primer precepto importa el amor de Dios sobre todas las cosas, y el último la prohibicion general aún de codiciar las cosas agenas: mas hoi el primero ha pasado á ser el último, y el último subido al rango de primero. Las riquezas, los intereses materiales han sido elevados á la primera categoría en la moral facticia de nuestros tiempos. "No robarás, no codiciarás lo ageno:" he aquí el artículo primero que el racionalismo propone á las clases poderosas. "Amarás á Dios sobre todas las cosas:" he aquí la última prescripcion que esta secta insidiosa les deja, como para entretener sus ocios y divertirse, persuadida como lo está, de que basta dislocarla para destruirla.

He aquí, católicos, la obra completa del racionalismo. ¿Queréis ver la filiacion de sus progresos? ¿queréis visitar su campo? ¿queréis descubrir el secreto de su accion sobre el individuo y la sociedad? Ved lo que establece y lo que conquista, lo que destruye y lo que robustece, su accion sobre todos los siglos pasados, y sus fuertes impulsos hácia el porvenir.

¿Qué encontró en la tierra? la institucion católica concertando en una doctrina y una moral comun la marcha de la Iglesia y el Estado. ¿Qué puso en su lugar? la razon como primer poder intelectual, la voluntad como primer poder social, el interes como primer poder político. ¿Qué consiguió con esto? destruir la unidad religiosa, concluir con la unidad moral, romper los vínculos sociales, desmontar el Estado. ¿Qué encontró en el mundo? Un concierto divino instituido por Jesucristo y conservado por la Iglesia entre la riqueza y la miseria, que ha bastado para salvar á ésta durante la carrera de diez ocho siglos. ¿Qué puso en su lugar? un vicio y una palabra; la *avaricia* y la *filantropía*: y como no pudiese contrarestar con una palabra estéril el movimiento de la miseria pública, inauguró el *socialismo*, última plaga, que si no se contiene por una reaccion completa de la moral católica, debe acabar con todo. ¿Qué encontró en las costumbres? El criterio de la conciencia regida por la ley divina. ¿Qué puso en su lugar? una conciencia falsa tranquilizada con el artificioso medio de invertir el órden de los deberes.

Ahora bien, católicos: tenéis á vuestra vista los dos campos: el de la razon filosófica emancipada del cielo, y el de la razon católica inundando en un torrente de luz á la tierra; el de la pobreza de espíritu brindando con la felicidad, y el de la riqueza sustituyendo al poder; el de la limosna santificando al rico en favor de la humanidad menesterosa, y el de la avaricia reconcentrando todas las facultades y sirviendo á la ambicion; el de la conciencia moral gobernando la conducta y produciendo la santidad, y el de la conciencia filosófica combinando la ley al capricho de la razon para sofocar los remordimientos. La lucha, católicos, en último resultado se ha reducido á esto: la razon contra la fe, la naturaleza contra la gracia, la carne contra el espíritu, los intereses morales que establecen las condiciones, garantizan el derecho y reglan el uso de los bienes terrenos, contra los intereses materiales que, despedazando todo código, sacudiendo toda traba, se enseñoréan de toda la sociedad; los sentimientos, que estrechan á toda la sociedad con los vínculos del amor, contra el cálculo frio, que de nada se afecta, y resuelve aritméticamente las cuestiones sociales, las cuestiones políticas, las

cuestiones internacionales, que mide por la suma invertida y utilizada los esterminios de la guerra y la sangre de los pueblos, y justifica ó condena los grandes hechos sociales por la alta y baja representada en las cifras numéricas; las virtudes morales, fuente de las virtudes sociales, cuyo poder ha producido el heroismo, contra la indiferencia religiosa y política, que ha cerrado el corazon para Dios y la patria: por último, la fuerza poderosa de la verdad, la virtud y la felicidad sosteniendo la unidad de un pueblo, contra la fuerza material, cuya última faz política se reconcentra en el individuo, debilitando proporcionalmente á la sociedad. ¿Cuál es la última sinópsis de la secta de nuestros dias? La triple muerte del espíritu religioso, de la moral social y del patriotismo.

Seria necesario, católicos, escribir mucho para desarrollar estos conceptos: la historia de tres siglos, en Europa, y de algunos lustros en América suministra una prueba tristísima de esta verdad.

"Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la religion, re-
" suenan todavía, dice un escritor, hasta las riberas de la América,
" y hasta lo interior de sus bosques ensangrentados. Sí, ha veni-
" do el castigo sobre los hombres; ni aun el orgullo filosófico pue-
" de negarlo: han sido castigados como nunca jamas lo fueron. ¿Pe-
" ro se han corregido? ¡Ay! donde quiera que vuelvo los ojos, veo
" al rededor de mí la rebelion escrita en las frentes, señaladas por
" el rayo de las divinas venganzas: si aplico el oído, escucho blas-
" femias altaneras y rizas mofadoras. Dios es todavía un objeto de
" escándalo para los que habian jurado aniquilarle; y guardáos de
" pensar que hayan perdido la esperanza ni abandonado el desig-
" nio de destronarle. Si queda todavía, si subsiste aún un resto
" de fe, si la tierra es aún esclava de la esperanza, solo es, dicen,
" porque se ha atacado mal al cielo."

¡Cuán grato fuera para mí, católicos, al ponderar la necesidad que tenemos de conservarnos á toda costa en la unidad religiosa, como el fundamento del órden y la paz, al pintaros los desastres horribles causados en el mundo por los enemigos de la Iglesia, al mostraros ese campo de ruinas amontonadas en todas partes por la filosofía incrédula, esa parálisis moral, ese mortal desconcierto causado por el racionalismo en Europa, hablar en un pueblo sano y salvo de tantos males, exento y libre de la inmensa contaminacion, inmune todavía de esa lepra que corroe las viejas sociedades! Pero no es así por desgracia: el mal nos contagiaba mucho ántes de conocerle. Pudimos haberle conjurado á su tiempo con solo haber sido ménos ligeros y mas sensatos: pero le dejámos venir con imprudencia, le aceptámos con increible temeridad. La Iglesia,

nuestra madre, siempre alerta para conjurarle ántes de que arraigase, fué la primera en dar á nuestros mayores la voz de alarma cuando esa filosofía bastarda que habia poblado de ruinas al viejo mundo, venia dando grandes pasos hácia nosotros para seducirnos y perdernos. Léjos de faltar aquí aquella maestra de la verdad á la noble mision que habia desempeñado en el mundo por mas de diez y ocho siglos, nos advirtió que debiamos huir horrorizados, como de un veneno mortífiero, de esa mentida ciencia, que perdió á la humanidad en su cuna y ha perdido á tantas naciones ilustres. Mas nosotros, fastidiados de vivir seguros y de ser felices, fascinados por el hermoso aspecto y delicado sabor de la nueva fruta, la comimos para nuestra desdicha, abandonámos el árbol de la vida por el árbol de la ciencia; y pocos años fuéron bastantes para que el tósigo fatal hiciése aquí casi todos los estragos que habia causado por mas de dos siglos en Europa. ¡Insensatos! Cuando este genio del mal andaba como vergonzante, de incógnito, y ni aun en los tenebrosos clubs habia osado manifestar su rostro y abrir su corazon, le buscábamos con curiosa solicitud y le defendiamos con calor: hoi se pasea descarado y atrevido por entre nosotros, y apénas despierta nuestra atencion. La verdad católica parece haber ido retrocediendo á medida que nuestra vanidosa razon, bien avenida con los errores dominantes, los deja circular sin alarma, y aun sin extrañeza. Entre tanto, las máximas del Evangelio despreciadas, las virtudes desconocidas, la conciencia relajada, los vicios dominantes trayendo consigo la muerte de todos los sentimientos, parecen anunciar que no está mui léjos el dia en que acabarán juntas aquí, tal vez para siempre, la religion y la nacionalidad.

¿Dónde está, católicos, la magnífica realidad figurada en el pabellon mexicano? ¿Dónde está la paz con Dios, la paz con nosotros mismos, que á par con nuestra independencia representaba esta bandera en su triple color á la faz del Universo? ¿Qué suerte han corrido entre nosotros las creencias católicas y los sentimientos morales? ¿Dónde está hoi el espléndido y magestuoso culto de nuestras basílicas, y la moral severa de nuestros progenitores? ¿Dónde aquella cautelosa reserva contra los malos libros, las opiniones falsas y las máximas licenciosas? ¿Han encontrado acaso cerradas nuestras puertas, al cruzar el Atlántico, la propaganda cismática, la filosofía incrédula, la falsa política, el racionalismo ateo, el socialismo exterminador? ¿Está consagrada hoi en el respeto de todos la constitucion religiosa y la inmunidad sagrada de la familia? ¿El Señor nuestro Dios es aquí generalmente aclamado y obedecido como la fuente única del poder, como el primer objeto de los

deberés individuales y sociales? ¿El honor de su Nombre Santo, el celo de su gloria, la magestad de su culto, son los objetos que dominan por entero nuestro corazon? ¡Su divina lei es hoi la pauta que arregla nuestros consejos, la justicia de su moral es el distintivo de nuestras obras? ¿La vida, la honra, la propiedad, son hoi dia objetos garantidos, no solo por las leyes, sino tambien por las costumbres....? ¡Ah, católicos! No seré yo quien responda á estas preguntas. Apénas me permiten hacerlas esos promontorios de ruinas con que tropiezan por donde quiera nuestros ojos, ese cúmulo inmenso de males y miserias que han trasformado en una casa de luto á toda la nacion, esos hondos y lastimeros gemidos que dia por dia y hora por hora hieren y despedazan nuestro corazon, este campo vastísimo de lágrimas y sangre que habitan temblando los hijos de la bella y deliciosa México.

¡Gran Dios, que regís con vara de hierro y desbarataís como una vasija de barro á los pueblos insensatos que sacuden el suave yugo de vuestra lei; que dais lecciones terribles á los reyes, príncipes y magnates, conjurados contra Vos; que con una sonrisa de vuestra ira lanzáis á la burla y universal desprecio los planes tenebrosos y los proyectos vanos de los pensadores del siglo, confabulados contra vuestra Esposa; que guardáis en los tesoros de vuestra indignacion esas tinieblas impenetrables, esas plagas diversas y terribles que atormentan y pierden á las naciones cuando con sus crímenes han cansado vuestra paciencia! Vos nos castigáis justamente, Señor, por los pecados de nuestros padres, y tambien por los nuestros, con todas las calamidades y miserias que pueden acibarar la vida de un pueblo. Gemimos inclinados bajo el peso de una inmensa y merecida tribulacion. Pródigos inexcusables ante vuestra recta justicia, hemos colmado la medida de los crímenes despues de haber arrojado al fango vuestros grandes beneficios y abundantes gracias! Pero, Señor, Vos sois, no solo un Dios de justicia, sino tambien un Padre de misericordia: no hai delito irremisible para el infinito amor que tenéis á vuestros hijos: castigáis á los pueblos incorregibles; pero perdonáis tambien á las naciones penitentes, que claman á vos llenas de fe, interesando en favor suyo vuestra clemencia. Nínive delincuente, sentenciada y colocada ya bajo la cuchilla exterminadora de vuestra justicia, desarmó vuestro brazo, moviendo vuestra misericordia, y reconquistó vuestro amor con su penitencia sublime. ¿Desesperará México de conmoveros en los momentos en que, reconociendo y confesando sus pecados, derrama copiosas lágrimas á vuestros piés? ¡Desesperará, digo, cuando tiene de su parte, no solamente vuestra clemencia, sino tambien la tierna proteccion de

María? ¿Desesperará esta nacion favorecida tan singularmente por el amor de tan piadosa Madre, que si ha elegido este suelo por residencia suya, es sin duda para no abandonarle?

¡No, Dios mio, no! ¡nunca desaparecerá la esperanza de nuestro espíritu y nuestro corazon! Vos habéis prometido escuchar la oracion humilde y acordar los beneficios que se os pidan con fe, constancia y solicitud; y nosotros, con la confianza que nos inspira esta promesa, clamamos á Vos por el remedio de tantos males, por la cesacion de esta guerra desoladora, por el retorno de esa paz anhelada, que cada dia parece retirarse mas y mas de los horizontes de la esperanza; de esa paz que del mundo no puede venir, pero que reaparecerá sin duda, como el sol despues de la tempestad, al sublime *fiat* de vuestra voluntad omnipotente: *fiat pax in virtute tua.*

Mui tristemente aleccionados en la escuela de la desgracia, instruidos á pesar nuestro por las experiencias mas costosas y los mas crueles desengaños, hemos apartado nuestra esperanza de todo lo que no sois Vos: porque si ha de volver á México la deseada paz, esto será, no por la fuerza de las armas, cuyo éxito nunca deja de ser dudoso y cuyos resultados son precarios, no por las combinaciones políticas de intereses, que de ordinario no son sino las treguas de las pasiones; sino solo por el poder irresistible de vuestro brazo, por la eficacia infinita de vuestro querer: *fiat pax in virtute tua.*

Venga, pues, ¡oh Dios mio! este precioso don sobre todos nosotros: sobre la Iglesia desolada, sobre el Estado roto y deshecho á los reiterados golpes de la anarquía, sobre esta sociedad, cubierta de heridas, agotada de sangre y henchida de miserias: *fiat pax in virtute tua.*

Enviad, Señor, á nosotros esas gracias preventivas que disponen el corazon, esas gracias eficaces que deciden la voluntad, esas gracias permanentes que conservan el concierto y armonía con vos, consigo y los demas en los individuos y en los pueblos: la santidad de los deseos, la rectitud de los consejos y la justicia de las obras, que previenen, realizan y perpetúan la paz en la tierra: *fiat pax in virtute tua.*

Apiadáos, oh Padre, de esta nacion infeliz, penetrada de dolor, víctima de todas las desgracias, que desfallece consumida en el lecho de la muerte. Mirad cómo la persiguen todas las plagas desoladoras, y cómo el hambre espera para devorar á las víctimas escapadas de la guerra. Compadeceos, Señor, de nosotros: enviadnos el remedio universal que nuestros males piden: paz, que restituya los bienes perdidos por la guerra, y alimento abundante, que salve

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la muerte á vuestros hijos amenazados por la hambre desoladora: *fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis.*

Que acaben para siempre, Señor, esos odios enconados, que perpetúan la guerra entre nosotros; esos intereses injustos, que han roto nuestros vínculos sociales; esas pasiones intransigibles, que han trasformado en un circo de gladiadores á un pueblo de hermanos. Dadnos ¡oh Padre! á todos vuestra gracia; visitadnos con los preciosos remordimientos, excitad la contriccion mas punzante y viva en nuestras almas, para que, llorando amargamente nuestros pecados, y uniéndonos por la penitencia, marchemos juntos, bajo los auspicios de la verdadera paz, por los senderos de vuestra santa lei, hasta incorporarnos por fin dentro de los muros de aquella ciudad alumbrada perdurablemente por Vos, patria de vuestros escogidos, mansion de la ventura y residencia de la gloria.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS.

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA

EN LA SOLEMNE FUNCION
QUE SE HIZO EL 28 DE JUNIO DE 1858, CON MOTIVO
DEL REGRESO DE N. SS. P. PIO IX Á ROMA.

Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus.

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz á los hombres en la tierra.

Luc. cap. II v. 14.

CATÓLICOS:

Ya comprenderéis que no he tenido que revolver las Santas Escrituras para encontrar el tema sagrado que ha de dirigir mi pensamiento y ocupar vuestra religiosa atencion en la solemnidad presente. Hanse encontrado nuestros sentimientos con los cánticos sagrados que resuenan en las bóvedas de esta basílica: el himno angelical de Belen resume de una manera divina el grande y santo objeto de esta ceremonia, y por la mas feliz de todas las coincidencias hemos recogido en un punto la dilatada carrera de diez y nueve siglos, para volver al cielo, con la expresion de un santo reconocimiento, los ecos augustos de aquellas inteligencias sublimes que descendieron á la cuna del Salvador para cantar, en los trasportes de un excelso regocijo, la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. ¿Dónde podian representarse mejor el pensamiento y las mas íntimas afecciones de la numerosa y respetable concurrencia que me escucha? En el órden de los acontecimientos humanos fá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la muerte á vuestros hijos amenazados por la hambre desoladora: *fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis.*

Que acaben para siempre, Señor, esos odios enconados, que perpetúan la guerra entre nosotros; esos intereses injustos, que han roto nuestros vínculos sociales; esas pasiones intransigibles, que han trasformado en un circo de gladiadores á un pueblo de hermanos. Dadnos ¡oh Padre! á todos vuestra gracia; visitadnos con los preciosos remordimientos, excitad la contriccion mas punzante y viva en nuestras almas, para que, llorando amargamente nuestros pecados, y uniéndonos por la penitencia, marchemos juntos, bajo los auspicios de la verdadera paz, por los senderos de vuestra santa lei, hasta incorporarnos por fin dentro de los muros de aquella ciudad alumbrada perdurablemente por Vos, patria de vuestros escogidos, mansion de la ventura y residencia de la gloria.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS.

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA

EN LA SOLEMNE FUNCION
QUE SE HIZO EL 28 DE JUNIO DE 1858, CON MOTIVO
DEL REGRESO DE N. SS. P. PIO IX Á ROMA.

Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus.

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz á los hombres en la tierra.

Luc. cap. II v. 14.

CATÓLICOS:

Ya comprenderéis que no he tenido que revolver las Santas Escrituras para encontrar el tema sagrado que ha de dirigir mi pensamiento y ocupar vuestra religiosa atencion en la solemnidad presente. Hanse encontrado nuestros sentimientos con los cánticos sagrados que resuenan en las bóvedas de esta basílica: el himno angelical de Belen resume de una manera divina el grande y santo objeto de esta ceremonia, y por la mas feliz de todas las coincidencias hemos recogido en un punto la dilatada carrera de diez y nueve siglos, para volver al cielo, con la expresion de un santo reconocimiento, los ecos augustos de aquellas inteligencias sublimes que descendieron á la cuna del Salvador para cantar, en los trasportes de un excelso regocijo, la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. ¿Dónde podian representarse mejor el pensamiento y las mas íntimas afecciones de la numerosa y respetable concurrencia que me escucha? En el órden de los acontecimientos humanos fá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cilmente reconoceréis el espíritu de la religion y el espíritu de la filosofía. Ora examine los hechos, ora los pese con fidelidad en la balanza de su criterio, ya gire por los espacios para seguir la carrera de los mundos, ó bien tenga que reconcentrarse en un punto para estudiar la constitucion de un sér imperceptible, el filósofo siempre sucesivo en su discurso, siempre parcial en su comprension, pasa la carrera de una vida inteligente y laboriosa, para quedar figurando como un simple eslabon de esa cadena tradicional que compone la historia del espíritu humano. Mui de otra suerte juzgamos del genio de la religion: expresion soberana del pensamiento de Dios, engólfase sin cesar en lo infinito, desdeña lo que no es inmenso, esquiva lo que declina un tanto de los últimos términos de la perfeccion, y nunca se muestra mas elevada que cuando abraza con una sola de sus expresiones inspiradas las generaciones, los acontecimientos y las ideas que han venido pasando por el dilatado curso de los siglos. ¡Desdichado de aquel que, ministro del santuario, dueño de la fe, árbitro de la esperanza, tutor nato de la caridad evangélica, se sintiese avergonzado de no poder seguir el misterioso laberinto de la política cuando tiene que arrastrar al templo los grandes sucesos de la vida social como otros tantos medios que la Providencia pone á su arbitrio para desenvolver en la tierra y llevar á su feliz consumacion los magníficos planes del que reina en los cielos!

Nunca he apreciado mas, como ministro del Altísimo, la feliz ignorancia en que me coloca mi excentricidad de esa esfera donde gira el pensamiento exclusivamente político, que en la ocasion presente; pues libre de esas delicadas tentaciones que podrian esterilizar la fecundidad propia de la palabra de Dios, puedo hablar aquí á Su Magestad, como intérprete de la Iglesia y del Estado de Michoacan, explicando su reconocimiento con las augustas emociones de la caridad cristiana, por el suceso nunca bastantemente encarecido del regreso de Nuestro Santísimo Padre Pio IX á la ciudad de Roma.

La Iglesia y el Estado, que algunas veces se asocian en un pensamiento político, colócanse hoi entrambos, á la presencia del Rei de los reyes, que está en ese tabernáculo, bajo la influencia feliz del pensamiento religioso. El grande acontecimiento que nos ocupa, fecunda las dos ideas. A la hora de esta la religion habrá ya recibido mil cumplidos homenajes en las tribunas parlamentarias de los pueblos con motivo tan plausible, miéntras nosotros, haciéndolo servir todo á la idea religiosa, no volverémos nuestros ojos al órden puramente humano, sino movidos por la gracia del Espíritu

Santo, y para ver concentradas en la accion permanente de la voluntad divina las esperanzas de la sociedad entera.

Hai, católicos, algo de misterioso en el empleo que hace la Iglesia de estas palabras de mi texto. Repítense millares de veces cada dia en todo el orbe católico. ¿Porqué será? porque el hombre naturalmente distraido de la presencia de su Criador y de su fin, ha menester sin duda de un estímulo tan constante como este, que precisando su razon y su voluntad en cuanto piensa, concibe y ejecuta, le obligue, digámoslo así, á no ser la víctima continua de la fascinacion de las ideas y de los prestigios de las pasiones. Jesucristo, viniendo al mundo, le trajo dos cosas, perfeccion y felicidad; y los ángeles, proclamando en su cuna la gloria de Dios y la paz de los hombres, establecieron definitivamente los datos en que pudiera cifrarse nuestro juicio sobre la importancia relativa de los principios, de las instituciones y de los acontecimientos. Todo lo que puede volverse á Dios sin inconveniente, es digno de su gloria: todo lo que no es digno de su gloria, es estéril, ó mejor dicho, ruinoso para la felicidad humana. En este punto, permitidme la frase, los intereses de Dios y los del hombre son inseparables.

¿Por qué estoi yo en la cátedra del Espíritu Santo? Me diréis que porque debo predicar el Evangelio. Mas yo pensaba en otra cosa: es decir: quiero encontrar una idea bastante fuerte, bastante enérgica, que convierta el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre en un asunto adecuado al sagrado carácter de la predicacion religiosa. Yo diré pues, que me encuentro aquí, porque mi asunto cae mui bien en la cátedra del Espíritu Santo, porque en él vienen á concretarse las palabras que he elegido por texto; pues la mas leve reflexion dará sobradas luces para reconocer en el plausible suceso que nos tiene reunidos al presente en la casa del Señor, no ya uno de esos acontecimientos colosales que dominan todo el campo de la historia, sino un hecho consumado en que aparece mas visible que nunca aquel irresistible poder que, sin tocar en lo mas leve la libertad de los individuos y de los pueblos, encadena victoriosamente á los unos y á los otros dentro de ese círculo inamovible y providencial que ha trazado á los destinos de todas las naciones. Dirélo de una vez, y dirélo sin frases: vengo á celebrar en la cátedra de la verdad el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre á la capital de sus Estados, porque esto me da motivo para reconocer la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. Gloria á Dios en las alturas, porque el catolicismo ha triunfado en ese movimiento generoso de las naciones que precedió á la vuelta de Pio IX: paz á los hombres en la tierra, porque los

principios y medios que han presidido á un acontecimiento tan feliz, entrañan por necesidad los elementos del órden, la concordia de los derechos, los gérmenes preciosos de la felicidad pública, como otros tantos precursores ó efectos de la paz del universo. Tal es mi plan; mas para desenvolverle de una manera santa y provechosa para los fieles, ¡oh Dios mio, á quien adoramos sacramentado en ese altar! os pedimos rendidamente la sabiduría y la uncion por la intercesion de vuestra Madre, á quien toda la Iglesia católica se convierte llena de esperanza para alcanzar de Vos los mas insignes favores.—*Ave María.*

PRIMERA PARTE.

He dicho, católicos, en primer lugar, que en este grande acontecimiento admiramos, celebramos y agradecemos á Dios el que haya hecho brillar su gloria en la tierra en un triunfo completo para su religion sacrosanta; y lo he dicho, porque, tratando de reunir en un punto las ideas contenidas en la victoria, no echo ménos aquí una sola de cuantas pudieran contribuir á que reconozca todo el mundo al catolicismo triunfante en ese corto y fecundísimo periodo de sucesos que, comenzando con el ascenso del Eminentísimo Sr. Mastai-Ferretti al trono pontificio, ha terminado por el feliz regreso de Pio IX á la Ciudad eterna. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero las doctrinas, segundo el poder, tercero las relaciones. Considerando pues el acontecimiento bajo estos tres aspectos, veo que la Iglesia triunfa, porque vuelven á reconocérsela sus principios sociales, porque se la encomienda de nuevo el porvenir del mundo, y porque el desengaño mas espléndido y glorioso ha estrechado mas íntimamente los vínculos que unen entre sí á la Iglesia y al Estado. Es decir, católicos, ¡admirad la coincidencia! triunfa la religion á mediados del siglo XIX por los mismos elementos que salvaron al mundo en el principio de nuestra era, por la fe, por la esperanza y por la caridad. ¿Cómo? ya lo estáis viendo: porque sin fe no podian aceptársela sus principios, sin esperanza, no podia confiársela el destino de las naciones, y sin caridad era de todo punto imposible que se anudaran otra vez en las instituciones civiles la sociedad política y la sociedad religiosa. Esto no me sorprende á mí, ni debe sorprender á ningun católico, porque así nos lo dijo San Juan, y lo ha estado repitiendo la Iglesia. *La victoria que vence al mundo, es nuestra fe,* dice el Evangelista;[1] pero la razon de

1 Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. I Joann. cap. V. v. 4.

los filósofos, apelando á la ironía para librarse de la humillacion, correspondió al oráculo con una sonrisa. Preciso era que le llegase su turno; y la religion, que nunca se apresura, esperó con paciencia, como siempre espera. Ha llegado el mundo varias veces, como ahora, al borde de un abismo; y la razon silbada por la desgracia de los pueblos, señalando la víctima, ha dicho: *he aquí mi obra,* para retirarse del teatro y dejar el campo libre á la accion restauradora de la fe. Siempre sucede esto, porque nunca puede suceder otra cosa: la fe, símbolo de lo infinito, vale siempre lo que representa; la razon, símbolo de lo finito, imperfecto y limitado, tiene un valor siempre relativo á su localidad, el de cero cuando está sola, el de millares cuando está á la derecha de la fe. Esto se le ha dicho mil veces al hombre; pero el hombre, raras veces accesible al idioma de la persuasion, parece condenado siempre á no entender sino el amargo y doloroso lenguaje del infortunio. ¿Lo queréis palpar? No os condeno á una larga carrera: una rápida ojeada sobre tres siglos, un mirar mas circunspecto sobre la última revolucion de Italia, no pido más, para contar con vuestro convencimiento.

Raras veces el hombre y la sociedad se contienen en su órbita: raras veces por lo mismo hai virtudes sociales y felicidad pública. Los acontecimientos mas importantes en la historia del mundo político frecuentemente favorecen las conjeturas de sus genios mas esclarecidos, haciéndolos columbrar desenlaces plausibles en las crísis de las naciones, y esperanzas lisonjeras en el porvenir de la sociedad. Vencida mui apénas la infancia de aquel siglo que alumbró la reaparicion de las muchas glorias que habian quedado hundidas al cabo de tantos acontecimientos en el caos impenetrable de la edad media, pareció que habia sonado la hora feliz, no solo para los fueros de la inteligencia, mas tambien para las nobles prerogativas de la virtud, y para el advenimiento de la paz y de la bien entendida dicha de los pueblos. No fué así empero, y parece que algunos restos de luz, salvando los límites conocidos del horizonte hasta entónces descubierto, dibujaban muy confusamente, y para mui pocos, acá en el porvenir la lucha de dos principios igualmente falsos y tenaces que, aliándose al indiferentismo religioso, habian de abalanzarse á sangre y fuego sobre los destinos del mundo civilizado. Soñó la razon que lo sabia todo, miéntras la voluntad social aspiró á la omnipotencia; y estos, que allá fuéron unos delirios, pasaron mas tarde al campo de la vida práctica, plantando en las dos extremidades de tres siglos dos monumentos colosales, que habian de marcar la carrera que durante ellos hiciese la sociedad.

Partiendo de la Reforma, el mundo político debia venir al socialismo, anunciando mui altamente de este modo, con la luz de todas las experiencias y el poder de todos los desengaños, que la razon nada consuma con su poder, que la voluntad nada puede tampoco por sí misma en la línea del bien; que la pretendida independencia en que se ha querido suponer á la tierra respecto del cielo, es el mas funesto delirio que ha podido imaginarse entre los hombres; que salirse del órden espiritual es fabricar en el aire, ó cuando ménos sobre una arena movediza; que buscar los caracteres legítimos de este órden saliéndose del influjo de la gracia y de la fe, será siempre divertirse con quimeras; y que no habiendo alianza entre la razon y la fe, entre la voluntad y la gracia fuera del principio católico, el cristianismo no ha dejado de ser un solo instante la forma legítima de la sociedad moderna, y la única garantía real y positiva de sus instituciones políticas.

Católicos: este es un raciocinio; pero un raciocinio que ha costado tres siglos de trabajos á la inteligencia, tres siglos de lágrimas y miserias á la humanidad, y que parece escrito con la sangre de las víctimas y sobre el sepulcro de los pueblos y de los reyes. El renacimiento de las letras y la reforma en el Norte de la Europa suministraron las primeras ideas; el movimiento intelectual de la filosofía incrédula desde Luis XIV hasta Luis XVI fijó su sentido; la revolucion francesa las dió sus aplicaciones prácticas; la restauracion las habia como adormecido; las fuertes conmociones de la Europa en los dos años corridos, convirtiéndonos á la Alemania, donde habian hallado asilo y proteccion los últimos restos de aquellos dos principios, que ya parecian estirpados, y desde donde socavaban y cebaban la inmensa mina que habia de traer á tierra todas las instituciones mas respetables; estas conmociones, digo, han hecho lo que faltaba para dar una leccion terrible y dirigir un discurso mui elocuente á cuantos rigen los destinos de las naciones. Mas todo esto corria un peligro para la verdad, un peligro para la virtud, un peligro para la felicidad; el de quedar, por explicarme así, como derramado y resumido en toda la superficie de la tierra, sujeto á la diferencia de los cálculos humanos, avasallado al poder de la ciencia y vendido al influjo de los intereses y de las pasiones. Contra este triple peligro no habia mas que un remedio, el de que todo se reconcentrase en una sola revolucion, en un solo imperio, y si posible fuera, en un solo hombre. La Providencia divina sin duda siente aun tiernamente del mundo: provocada mil veces, muestra todavía lo infinito de su ser en el amor que nos tiene; y á juzgar por el acontecimiento que nos reune á todos en este lugar santo,

visto es, que Dios tiene aun en su corazon de Padre á las moribundas sociedades de nuestros dias. Dios ha dado estas tres precauciones contra aquel triple peligro: ha recogido en los Estados pontificios todos los combustibles esparcidos por el mundo para traer á su ruina las instituciones sociales; ha figurado en el gobierno temporal de aquel monarca todo cuanto quiere y puede hacer el orgullo de la razon y la pretendida omnipotencia de la voluntad social contra los derechos de una autoridad legítima y los deberes de la obediencia, y ha elegido á Nuestro Santísimo Padre Pio IX, como el único personaje que para una mision tan sublime pudiera presentar al mundo. Vicario de Jesucristo y Rei de unos Estados en cuya capital están archivados todos los siglos antiguos, y de donde son tributarios todos los siglos modernos, colocado le veis entre los cielos y la tierra, situado en las primeras cumbres del orbe político, á la vista y para la enseñanza de los pueblos y de los reyes.

Desde este momento la carrera política del nuevo Pontífice no pudo ya separarse de la condicion presente y futura de la sociedad actual, y la sagrada y eminente persona de Pio IX fué una recapitulacion viva de todas las graves y terribles cuestiones que agitaban á la Europa. Las cosas habian llegado á tal punto, que los intereses y los principios contendientes, no pudiendo arribar á una solucion definitiva de otra suerte, necesitaban de un fenómeno semejante en el mundo moral y político: los elementos de restauracion todo lo aventuraban obrando separadamente, y la misma anarquía social, ¡parece una paradoja! no podia triunfar definitivamente sino en la unidad de la víctima. Asid con fuerza este pensamiento, católicos: sorprendo en él un fuerte rayo de luz que puede favorecer mucho la inteligencia por lo ménos, para columbrar un tanto cómo Dios obliga soberanamente á todas las contradicciones humanas y á las mas irreconciliables pasiones políticas á filiarse en una idea y servir á un misterioso designio.

La historia es y será siempre la expresion de una vasta, de una indefinida carrera de pensamiento y de accion; pero esta carrera nunca corresponde mas que á tres pasos gigantescos que da la sociedad: de las doctrinas á las opiniones, de estas á las revoluciones, y de aquí á la vida ó á la muerte. Esto es todo: vedlo bien, y no encontraréis otra cosa fuera de esto. Y esto se halla tan encadenado, que nada pueden para dislocarlo ni la razon con todas sus teorías, ni la voluntad con todos sus recursos y elementos de accion. La sociedad, lo mismo que los individuos, llegarán á la vida ó á la muerte; esto depende de ellos: pero no dependerá nunca el poner en contradiccion ó en armonía el resultado final con los prin-

cipios, los medios y los elementos de su carrera. La infancia del hombre es el primer asilo de las doctrinas paternales que se le inculcan, y de donde párte para pensar por sí, como suele decirse, y formarse una opinion: su juventud es el vastísimo y complicado teatro donde luchan de un lado las verdades y los errores, y de otro lado las pasiones y la moral: la edad madura es un periodo de reforma, de restauracion ó de consolidacion: la vejez será pues el tiempo de la paz y de la dicha, ó bien el de los desengaños inútiles y tardíos, el de la impotencia luchando con el instinto, el de la desesperacion y la muerte.

Yo me he divagado por una comparacion innecesaria; pero sin detenerme á suprimirla, os traigo con rapidez á mi primera idea. La sociedad no puede ser feliz sin la unidad, sin la fortaleza y la conservacion: luego no puede serlo sin doctrinas unas, fuertes é infalibles, sin doctrinas intransigibles en todo el vasto sistema de sus principios, incontrastables en su poder sobre los pueblos, inaccesibles al tacto resbaladizo de la razon humana. Si puede disputarse esto tratándose del individuo, que reduce á su persona el objeto de su pensamiento y de su albedrío, nadie puede disputarlo cuando se habla de la sociedad, donde se agitan ideas tan diversas, opiniones tan várias, intereses tan opuestos; donde se trata de que las masas indómitas se coloquen bajo la influencia de los principios, y hagan brillar en el conjunto la armonía social. Mucho tiempo há que el genio de la política vuela tras de cuatro fantasmas que le traen fuera de sí: hablar con la filosofía al espíritu de las masas, reconstruir el mundo con las revoluciones y el cálculo, crear el órden con el equilibrio de los intereses, y sostenerle con el poder militar. ¿Y qué ha resultado? A cada pensamiento una objecion, á cada cálculo una burla, á cada víctoria física una reaccion tambien física, á cada combinacion de intereses sociales una revolucion más y un gobierno ménos. Hásles olvidado á los que en esto influyen, que todo irá mal, si no se cuenta con Dios, y que no habrá garantía ninguna, mientras los filósofos y los políticos le tengan declarada la guerra al cielo.

No, católicos, no os engañéis: ¿queréis que la sociedad sea una, firme, incontrastable? No la brindéis teorías; dadla un símbolo, y todo está hecho. ¿Y quién dará un símbolo á la sociedad? ¿Los filósofos? No, católicos: los filósofos no saben mas que discurrir. ¿Los políticos? Tampoco: los políticos no saben mas que calcular. ¿Los guerreros? Mucho ménos: los guerreros no saben mas que destruir. ¿Los que todo lo ignoran, las masas? ¡Qué delirio! su historia no es mas que la del entusiasmo y el odio, su carácter fijo

la versatilidad, su freno único la obediencia. No hai medio: palabra de Dios ó palabra del hombre; verdad constante, ó mezcla confusa de verdades y de errores; autoridad reconocida, ó autoridad siempre disputada; unidad, ó anarquía; el órden en la libertad, ó el desenfreno y el despotismo en el mundo.—Escoged.—He dicho mal: aplaudid, porque todos profesáis el gran principio católico.

De este modo, católicos, veo aceptados de nuevo los principios políticos de la religion católica en las últimas páginas del periodo histórico que al presente nos ocupa. En 1848 se combatian con orgullo, se desechaban con énfasis: en 1850 se han paseado con magestad por las galerías mas ilustres de la Europa, y han sido saludados, digámoslo así, por los primeros oráculos de la política, en el Nombre de Dios. Pero no me basta ciertamente, haceros admirar el triunfo de los principios católicos en el estado actual de las opiniones: tratamos aquí de una victoria total, y una victoria como esta complica tambien las esperanzas y la felicidad del género humano. Seguidme aun en el curso de mis ideas. Mas yo, deseando ver distintamente los caracteres de esta triple gloria, me he fijado para ello en dos objetos, metódicos si queréis, pero de suma importancia para afirmar un concepto: las tendencias impías y ruinosas que arrojaron á Pio IX de la capital de sus Estados, y el carácter de los medios que facilitáron su regreso á Roma. Pero explicándome de esta suerte, me propongo ménos entrar en un compromiso formal con las severas leyes de la arte oratoria, que poner en vuestras manos la clave de mi pensamiento. No ha sido mi ánimo hacer un discurso, sino seguir sin esfuerzo el movimiento de la sociedad, para buscar en él la accion de la Providencia y los agentes de la religion. *No hai arcano que no haya de revelarse*[1], dijo el Divino Fundador de la Iglesia católica, y yo veo una espléndida prueba de este oráculo en la historia contemporánea.

Las revoluciones humanas tienen una cosa de particular, y es mentir en sus resultados, obligándo á los hombres á llegar á donde no esperaban. ¿Por qué así? Los principios son siempre un punto de apelacion para los hechos, y el *fiat* eterno del que reina en las alturas un decreto que, aun humanamente hablando, nunca deja de cumplirse, sin tocar por esto en lo mas pequeño á la libertad de los pueblos. Este es un misterio sin duda: misterio, porque no se comprende el *cómo;* pero revelacion explícita, porque está ya para cumplir catorce siglos de experiencias.

1 Nihil autem opertum est quod non reveletur, neque absconditum, quod non sciatur.—Luc. cap. XII. v. 2.

Toda la Revolucion de Roma tuvo sin duda un pensamiento, porque sin pensamiento es absolutamente imposible el movimiento de la sociedad; pero este pensamiento fué falso: falso, porque le faltaron los principios; falso, porque le falló el resultado. El principio fué, ya lo sabéis, que la soberanía temporal de los pontífices era un hecho y no un derecho: un hecho anticuado, porque pugnaba con las ideas dominantes del sistema actual; embarazoso, porque entrañaba siempre en las cuestiones políticas el principio católico, declarado extranjero hace dos siglos; perjudicial, en fin, porque frustrando el desarrollo práctico de todas las teorías mas ó ménos plausibles que habian sido saludadas por el entusiasmo popular, y que reportaban la gloria del movimiento político de la Europa, colocaba en una posicion excepcional, esto es, *retrógrada* al Estado pontificio.

Esta opinion no era solo de Roma: hallábase su cátedra en Alemania, distribuia sus escuelas por toda la Europa, y hasta en las jóvenes naciones del Nuevo Mundo, en los puntos trasatlánticos mas remotos, se habian estado cruzando por mas de medio siglo sus ecos. No habia mas diferencia, sino que allá de los mares pasaba la cuestion como un proceso ya relegado á los archivos de la filosofía; miéntras acá nos arrancaba tan solamente tartamudéos.

¿A dónde tendia pues esta revolucion determinada por semejantes principios? A la consumacion de un hecho que, aislando para siempre los dos poderes, redujese á los Pontífices á ser los simples sucesores de los apóstoles en el gobierno espíritual.[1] Y así parecia,

1 Tal vez parecerá que, explicándome de esta suerte, considero la abolicion del poder temporal de los Pontífices como el objeto final de la revolucion; pero no es así. Para mí esa idea es prominente, y si se quiere, de la primera magnitud; pero no el todo, ni mucho ménos el fin de la revolucion europea. Siempre he creido necesario distinguir entre el pensamiento de la revolucion, que se identifica en cierto modo con el movimiento de los siglos, y el pensamiento de sus agentes, que de ordinario sigue la razon de las circunstancias y anda por la carrera de los obstáculos. ¡Para qué tratar de las diferencias entre la Austria y Roma? ¡para qué discurrir especialmente sobre la célebre cuestion de la independencia italiana? En el estado actual de las cosas nunca podemos detenernos aquí, porque la cuestion de independencia seria cuando mucho el primer acto de un drama en extremo complicado, vago y general para reducir á solo ella el pensamiento de la revolucion. Una cosa importa saber, y es la razon en que se halla con esta y con el movimiento general de la Europa el poder temporal de los Pontífices. Viniendo á este punto, no he temido concretar en este poder el pensamiento mas inmediato de la revolucion. ¿Por qué? Oigamos á uno de los que mas se interesan en ella, y de los ménos favorables por lo mismo al triunfo de los principios católicos. "La Italia, dice Mazzini, es el centro de la Europa tradicional é histórica, y en consecuencia el blanco de todas las fuerzas revolucionarias desarrolladas por este siglo y el precedente. Miéntras exista la Italia

católicos, á lo ménos á juzgar por las conjeturas de algunos políticos. El sueño de Juliano se repitió en el año de 1848: la muerte del poder temporal de los pontífices no careció de profetas: y para que nada faltase, el Santo Padre Pio XI, teniendo que ceder á la situacion, dejó á Roma en manos de su propio consejo.

Atacando el poder temporal de los Pontífices, no imaginaban los autores de la revolucion italiana (y se hubieran reido de quien se lo dijese), que hacian retroceder la sociedad. ¿Y no mas esto? Sí, católicos: mas, mucho mas, mil veces mas; la hacian morir: porque su muerte era inevitable, si no retrocedia mas de dos mil años: retroceso imposible, y por lo mismo exterminio seguro.

Tal vez os sorprendéis; pero en verdad, que no vertido una paradoja, ni siquiera me he permitido una hipérbole: mas bien he enunciado una demostracion, y para mí, acrisolada en todos los criterios. No sé si me equivocaré; pero á lo ménos, escuchadme; porque sospecho que con una ligera explicacion quedaréis plenamente convencidos.

El reino temporal del Papa no es una institucion divina, porque este es privilegio exclusivo de la Iglesia; pero es una institucion providencial, necesaria en las sociedades modernas, puesto que ella es la que representa socialmente la permanencia organizada de sus principios conservadores.

Desde que el catolicismo fué ya un hecho consumado en el universo, el principio de la fe encarnó en la inteligencia, el de la gracia en la voluntad, el de la Providencia en el órden; porque ó se respetaban estos principios, ó la anarquía debia ser el estado normal de la sociedad, puesto que habia católicos en todo el mundo.

Los que veian el gobierno temporal como una prerogativa innecesaria para la conservacion de la Iglesia, discurrian bien, pero fuera de camino. ¡Qué léjos estaban de sospechar que la cuestion era otra! Ni podian: la sospecha debia brotar de una revolucion pro-

católica, papal y tradicional, no podrá la Europa renovarse, porque la Italia es la suprema autoridad conservadora de todos los principios, de todos los derechos y de todos los intereses de lo pasado. De tres siglos acá, la Europa conspira contra Roma &c., &c." * He aquí por qué no temí concretar la revolucion europea en la revolucion italiana, esta en la de Roma, y el blanco de la de Roma en la autoridad y en el poder temporal de Pio IX. He creido siempre que el catolicismo con sus tradiciones, su historia, su pensamiento y sus destinos se reconcentra, considerado bajo un aspecto político, en la institucion del poder temporal de los Pontífices, y que por tanto, miéntras éste viva, será mas ó ménos clara ó encubiertamente el primer objeto de la revolucion europea, y por lo mismo de la de Italia y de la de Roma.

* De l'Italie dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne.—Tom. II.

vocada por el mismo espíritu ciego que no la sentia. La cuestion es esta: supuesto el catolicismo, ¿pueden conservarse los principios, el órden y las esperanzas de la sociedad sin el poder temporal de los Pontífices?—¿Y por qué no?—He aquí el movimiento sordo del siglo XVII, el furioso clamoréo del XVIII y la expresion enfática del XIX. Oidlos:—"La sociedad humana, dicen, se constituye y rige por la inteligencia, se conserva por la voluntad. El hombre le basta; su poder es todo. Un Pontífice en el trono es la expresion anticuada de otro siglo, y hoy no figura sino como una ironía."—He aquí el resúmen de la revolucion filosófica. Estas ideas estaban arraigadas: el tiempo de los milagros, el de los martirios y el de las controversias habian pasado ya: el mismo racionalismo varió de tema: la indiferencia en lo especulativo y el materialismo en lo práctico fuéron ya el nuevo símbolo que se quiso representar para lo venidero. Esto suponia un punto de partida, y era la reforma; traia una consecuencia práctica, y es el socialismo.

Os he dicho, católicos, que la reforma y el socialismo son dos monumentos colosales que el orgullo del espíritu humano ha erigido en sus aberraciones sobre las dos extremidades de tres siglos, como un punto de partida y un término necesario: los errores tienen su lógica y las turbulencias una filiacion reconocida. La reforma, católicos, no es hija de Lutero, no es hija de Enrique VIII; sino de catorce siglos de Preparacion intelectual y política: en ella vino á refundirse el espíritu de turbulencia que habia estado agitando continuamente al cristianismo.[1] Le llegó su hora y tuvo gefes, esto es todo; y para que estallase el incendio, bastaban dos chispas arrojadas con cierta oportunidad. Aquellos dos personajes tuvieron su destino en los anales del error: no pasan de aquí los títulos de su funesta celebridad. Pero la reforma entrañaba pensamientos confusos, que bien se echaron de ver en tantos designios abortados; y esos pensamientos no podian á la verdad surtir su efecto sin tocar á todos los elementos de la sociedad. La filosofía del siglo XVIII debia venir pues en consecuencia de la reforma: aquellos movimientos desastrosos que cubrieron de sangre el territorio de la nacion francesa, fuéron la personificacion activa de la filosofía. Despues acá, las teorías, las revoluciones, las calamidades mas inauditas han figurado sin cesar en el teatro político, sin dejar de positivo sino

1 Los fundamentos de este juicio histórico pueden verse en una obra mia titulada: CURSO DE JURISPRUDENCIA UNIVERSAL, TOMO 2° DISERTACIÓN 1ª, publicada en Morelia desde 1844, es decir, un año ántes de que se conociese aquí la obra del Sr. Bálmes titulada: EL PROTESTANTISMO, &c.

dos frases enfáticas, profundamente verdaderas y altamente misteriosas: *No lo sé, no lo entiendo.* Estas dos frases parecen indicar la sinópsis de la nueva lucha social y doctrinal, y abandonar el porvenir ó al triunfo de la fe, que reserva sus revelaciones sublimes para los sencillos y pequeños, ó al triunfo del orgullo racionalista. ¿Qué sucederá? La razon ha quedado convencida de impostura, por la confesion de ella misma; el poder físico perdió su ascendiente, cambiando de carácter y haciéndose precario; las opiniones no tienen corriente fija, ni los intereses aplomo. ¿Qué sucederá pues?.....

Una nueva secta, aprovechándose de esta circunstancia tan oportuna, dirige su mensage á las naciones, prometiéndolo todo, con la reforma de todo, sobre la ruina de todo. El socialismo, como los espectros de la Fábula, levantó su frente, asustó al mundo, y volvió á la fosa; pero volvió sin desesperar: bastábale saber, que con solo imprimir sobre la sociedad el vestigio de un delirio, le llegaria su época. Su sueño duró seis lustros; y al cabo de ellos, católicos, ¿qué veis? El socialismo en los libros, el socialismo en los periódicos, el socialismo en los parlamentos, el socialismo en los gabinetes, el socialismo en el mundo. Marcha con los pasos del gigante, y ya no parece inverosímil que sus enseñas lleguen á tremolar sobre un inmenso promontorio, donde hayan quedado sepultados todos los antiguos elementos de la sociedad humana.

Ahora bien, ¿el socialismo salvará la sociedad? No: la vida nunca puede hallarse fuera de la verdad. ¿Sucumbirá al influjo de un enemigo parcial, de otra doctrina falsa, de otro poder precario? No: el socialismo solo teme á uno, no mas que á uno: fuera de él á nadie teme, y los vence á todos. A este poderoso enemigo le cumplimenta, le afecta respetar, se alia con él, le reforma segun su juicio, &c., &c. ¿Cuál es pues, este enemigo? *El catolicismo.* Pero este, siempre fuerte en la cuestion religiosa y eclesiástica, era ya débil en la cuestion social, y no podia sin un milagro renacer para la política de sus simples elementos. Pero sí podia renacer de su sepulcro civil, esto es, del último estrago de una revolucion organizada y desfogada contra él: he aquí la revolucion europea recogida en la revolucion italiana.

Expliquémonos todavía mas. Católicos, la obra de Constantino y de Carlo-Magno, largo tiempo calificada de un homenaje digno del Supremo Pastor de la Iglesia, no fué solo esto; fué tambien un punto definitivo para la constitucion de la sociedad universal, una condicion ratificada sobre el equilibrio político de la Europa. Aquellos dos grandes hombres fuéron mas que políticos; pronunciaron con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un hecho tan ilustre una profecía sobre el porvenir de la sociedad moderna. Con beneplácito ó sin él, debia ser aceptada por esta la condicion de aquellos reyes; y si empezó á disminuir mas y mas el concepto de los grandes genios sobre la soberanía temporal de los pontífices, fué precisamente á medida que se invadia su soberanía espiritual, haciendo problemático el influjo del catolicismo en las instituciones políticas.

Este grande título tradicional, histórico y filosófico de los pontífices, habia sufrido ya una nueva prueba, y prueba bien terrible, vuelvo á decirlo y lo repetiré mil veces, la reforma protestante en el Norte de la Europa. Ella fué la guerra mas encona da que pudo hacerse al poder temporal: porque, desconociéndose hasta la autoridad soberana de la Iglesia, se traspasaban con mucho los términos de la oposicion en la materia.

¿Qué podia esperar el mundo, laxado aquel resorte? ¿Con qué infalibilidad podian contar entónces las doctrinas sociales? ¿Dónde hallar garantías para sacar avante de las exageraciones diversas las trabas constitucionales puestas á los poderes públicos? ¿Qué poner en lugar de ese vínculo universal de sentimientos, verdadera *fraternidad* humana, representado en la caridad, garantido en el Decálogo y conservado por mas de diez y ocho siglos en la Iglesia católica? ¡Ah! sutilezas, despechos de la vanidad, ilusiones del genio, prestigios de la gloria, movimientos funestos, revoluciones desastrosas, crímenes sobre crímenes, cadalsos sobre cadalsos.

Sin embargo, estos combustibles, aglomerados de siglos atras bajo las bases de las instituciones sociales, preparaban una gran crísis: las opiniones vagaban por el espacio en diferentes curvas, como para no recogerse nunca bajo la influencia de los verdaderos principios: las teorías políticas, los intereses materiales eran todo; la verdad y el sólido bien de las naciones fuéron nada. En semejante crísis las discusiones eran ya impotentes, las precauciones inútiles ó imposibles, y podia decirse á la letra de la sociedad, que todo estaba perdido, porque absolutamente no habia quien entrara en sí mismo, como dice el Espíritu Santo: *Nullus est qui recogitet corde.*[1] Comenzóse por declinar de los verdaderos caminos, siguióse por hacer magníficos ensayos de insignes frivolidades; y desde entónces la impotencia para el bien fué un hecho consumado en la historia de la sociedad. Esto no me sorprende, porque estaba escrito: *omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*[2] Estos son, católicos, los lances que Dios

1 Jerem. XII, v. 11.—2 Ps. XIII, v. 4.

aprovecha para dar á la sociedad grandes y terribles lecciones, los tiempos en que empieza á regir á las naciones con vara de hierro, como lo anunciaba el Profeta; y en que deja caer desde las alturas una sonrisa de indignacion sobre los delirios del espíritu humano: *Qui habitat in cœlis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos.*[1]

¡Insensatos! agitando en sacrílegos y nocturnos clubs las funestas cuestiones que tienden á destruir la sociedad, se creen omnipotentes, porque son pensadores; componen á su placer los destinos del mundo; precipitan acaso la irrupcion terrible, mas para quedar insepultos bajo su ardiente lava. El fenómeno de imaginar sin término y de estrellarse sin cesar es viejo entre los hombres: tiempo hace que estos consejos ingeniosos y ocultos ocuparon una sublime ironía en el canto del Profeta-rei, cuando ponia en contraste, para pintar la miseria humana, las perpetuas vicisitudes entre los proyectos y los desengaños: *Cogitaverunt consilia quæ non potuerunt stabilire.*[2]

Tales eran, católicos, las circunstancias en los momentos precisos en que el Pontífice reinante estaba para ocupar la silla de Pedro y el trono de Roma. Dispuesto se hallaba todo, y creo no equivocarme si aseguro, que uno de los grandes beneficios que la Providencia dispensó á Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI, fué el haberle llamado al cielo la víspera de una conflagracion universal en la tierra. Políticos puramente humanos han tomado á su cargo el análisis de los acontecimientos que desde entónces empezaron á correr, y el respetable nombre de Pio IX, este nombre que se difundió rápida y dulcemente por todo el mundo, que restituyó la calma á toda la Iglesia católica, penosamente agitada por la expectativa del nuevo Pontífice en las circunstancias mas deplorables, y en la crísis mas imponente y amenazadora para una eleccion de esta naturaleza, este nombre, que fué ya el símbolo de la esperanza para todo buen católico, bien recordaréis que fué tambien conducido en triunfo por la fama política, para empezar á sufrir muí pronto los tormentos de una celebridad poco segura, que en la misma capital del orbe cristiano sufrió una terrible bilocacion en los *vivas* enfáticos de aquella multitud entusiasta; que el nombre de *viva Pio IX* fué la contradictoria del nombre de *viva el Papa;* que todos los partidos especulaban con la bondad del nuevo Soberano, sin comprender su pensamiento, y ménos todavía su mision política: y que el respetable y santo Pastor de la grei de Jesucristo sufrió sólo esa corriente indómita de una turba nunca satisfecha con

1 Ps. II, v. 4.—2 Ps. XX, v. 12.

las concesiones, é irritada con los obstáculos. Lo demas bien lo sabéis: Pio IX mui pronto se anunció al mundo desde Gaeta, y la ingrata ciudad que le habia arrojado de su seno, quedó sirviendo de espectáculo á la compasion del universo.

Católicos: os ofrecí examinar un primer hecho que sirve de antecedente al concepto que debemos formar sobre el triunfo de la religion en el regreso de Nuestro Santísimo Padre á Roma, y acabo de cumplirlo. Las tendencias de la revolucion italiana corrian delante, aunque por la misma línea, de las tendencias de la revolucion europea:[1] destruir con el poder temporal de los Pontífices el obstáculo insuperable á la realizacion de esos proyectos ultra democráticos, al plantéo del socialismo, á la abolicion completa del elemento espiritual y el elemento material, de Dios en las doctrinas, y de la propiedad en los derechos y en las garantías. Pues bien, los agentes de la revolucion italiana pudieron seducirse con esta especie de destierro del Papa, conceptuándose haber dado un paso gigantesco hácia lo que llamaban ellos reformas útiles y progresos sociales. ¿Pero qué sucedió de facto? Pio IX desterrado y la Europa conmovida sufrieron las consecuencias de una explosion volcánica; mas á mui poco, ¡cosa admirable! el órden político renace, y las instituciones sociales parecen empezar á tomar su aplomo sobre un terreno mas firme. El Soberano que habia salido acosado por el fanatismo de una multitud fascinada, el Pontífice venerable que se habia retirado, como el Profeta, á llorar las desgracias de Jerusalen desolada, dejando correr con sus lágrimas de pastor su paternal ternura sobre toda la Iglesia católica, penosamente atormentada por la crísis terrible á que habia llegado la persona que rige sus destinos, el grande, el esclarecido, el ínclito, el inmortal Pio IX volvió despues precedido de los desengaños, invocado contra los desastres de la Italia, solicitado por el corazon de todos sus hijos, llamado como libertador por los clamores lastimosos de los trastornos y de las calamidades de sus pueblos, volvió Rei como habia salido de Roma, volvió entre las felicitaciones universales, entre las aclamaciones del pueblo. Pero dejemos esto de felicitaciones y aplausos; ya es tiempo de desengañarnos: la mas brillante conquista que se ha hecho en nuestros tiempos es descubrir que su valor positivo es igual á su valor negativo. Vengamos á las grandes ideas de la religion, ornando sus triunfos con esos terribles desengaños sobre la versatilidad de las opiniones y la inconstancia de los entusiasmos populares. El sabio vive de la verdad, y la sociedad

1 Ya he fundado en otra parte este concepto, en la nota de la página 390.

no puede estar contenta con solas ilusiones. La multitud necesita quimeras, quimeras para divertirse, quimeras para fascinarse; pero no para ser feliz. Estudiemos pues el grande acontecimiento: la empresa no es difícil, solo se trata de ver, y el objeto tiene dimensiones colosales.

Sí, *dimensiones colosales;* y dos nada mas; vedlas aquí: tendencias de la revolucion italiana; resultado de la revolucion italiana. ¿A dónde tendia? A la mas completa abolicion del poder temporal de los Pontífices. ¿Cuál fué su resultado? la reinstalacion de este poder con la vuelta del Soberano, y por consiguiente, el triunfo de los principios católicos. ¿Dónde está ese triunfo? en la naturaleza de los medios que determinaron por último este final resultado. ¿Dónde están figurados estos medios? En las convicciones que hicieron triunfar la idea católica, en los desengaños que cambiaron el sistema de la conducta de Europa, en los procedimientos que fijaron el verdadero carácter de las relaciones entre el Papa y los otros Estados.

Las convicciones, de que ya os he hablado, no podian reaparecer sin un sacudimiento desastroso de la primera magnitud: único remedio contra la indiferencia en que yacia la célebre cuestion sobre el influjo político y social del catolicismo. En las grandes crísis de la sociedad todo vuelve á pasar por la revision y el exámen; y en esta nueva discusion, que sufrió á la faz del mundo y al calor de los mas grandes intereses la cuestion política de Pio IX, el poder temporal de los Pontífices fué ya considerado como un punto de apelacion hecha por la sociedad á la Providencia, para salvarse del mas funesto desequilibrio, siendo ya incontestable que de otra suerte quedaria vendido á las preponderancias accidentales de cada potencia el órden permanente de todas las sociedades.

¿Y qué resultó de aquí? Las convicciones costosas, hijas por lo comun de insignes desengaños, vienen de ordinario á refluir en el sistema de la conducta; y he aquí por qué, al consumarse sobre la situacion de la Europa la conquista sublime de la fe, comenzó tambien á desenvolverse el poder tutelar de la esperanza, y á prepararse para la sociedad política el influjo de esa virtud inmensa que hace entrar en su seno á todos los mundos y tiene lazos para estrechar á todas las generaciones. ¿No lo veis? La Santa Iglesia católica vuelve á recibir hoi aquella mision sublime de órden, de concordia y de prosperidad pública que, despues de tres siglos de sangre, le fué reconocida por el gran Constantino, y que mas tarde le fué ratificada por el insigne Clodovéo. ¡Con cuánta espontaneidad se la reconoce y aclama poseedora de los verdaderos principios

sociales, garantía necesaria del órden, depositaria exclusiva de la moral! ¡Feliz culpa, podriamos exclamar nosotros, á la vista de resultados tan plausibles! ¡Venturosos desastres, que sembrando su camino tortuoso de ilustres desengaños, han regenerado la razon pública, rehabilitado prácticamente los principios, y enriquecido la sociedad con ideas legítimas, con pensamientos fecundos! ¡Dichosísima revolucion, que comenzando por precipitar sobre todo el mundo político inmensas y tempestuosas nubes, precursoras de la muerte, acabó por dibujar sobre los extremos del horizonte el iris bello de una nueva alianza, que habia de ser como el crepúsculo del mas grato porvenir! ¡Ah! mi alma se siente enagenada delante de un cuadro tan magnífico y sublime; y no acierto á dar crédito á mis ojos cuando veo lo que pasa hoi en la ciudad eterna! Se diria que un fuego celestial, descendiendo misteriosamente sobre las siete colinas, ha reanimado el depósito augusto de tantas glorias diversas, de tantos pensamientos fecundos, de tantas tradiciones venerables, de tanta virtud y de tanta grandeza, como se han reunido en la morada de los Pontífices desde que el mundo tuvo una capital por el principio católico. ¡Y os ocultaré, católicos, una emocion profunda que me está agitando en este momento? No: porque es dulce para mí, grata para vosotros y acepta para el alto y santo personaje que ocupa nuestra atencion. Vosotros pensáis y sentís como yó: no he dicho bien; yo soi aquí el intérprete de vuestras ideas y el órgano de vuestros sentimientos. Vuestros labios han prorumpido ya en dulces y santos himnos de reconocimiento, cuando al insolente clamoréo de las naciones fascinadas y al extrabasado concierto de los grandes que se habian levantado, como dice el Profeta,[1] contra el Señor y contra su Cristo, miráis suceder ese cuadro á par humilde que sublime de todo un mundo vuelto en sí por la desgracia, convertido al cielo por los desengaños, y adicto al Vicario de Jesucristo por el dulsísimo sentimiento de la esperanza. De este modo ¡gran Dios! hacéis resplandecer sobre los hombres vuestro poder, vuestra sabiduría y vuestra misericordia. Ellos os olvidan, pero vos nunca los perderéis de vista: os desconocen; pero nunca dejáis de ser su Padre: os insultan; pero, convenciéndolos de su ceguedad, los llamáis otra vez á vuestra misericordia; y de este modo nunca vuestra gloria es exaltada en la tierra sin que se abran los cielos para favorecer sin medida á los mortales.

1 ¡Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania!—Astiterunt reges terræ et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus. Ps. II, vv. 1 et 2.

Ved cómo triunfa la religion por la esperanza en este ilustre acontecimiento, alumbrando la resurreccion de simpatías convertidas cuando ménos en indiferencia, reincorporando de nuevo entre los elementos de la sociedad exigencias imperiosísimas tenazmente combatidas, atando los lazos de dos mundos que vagaban excéntricos, digámoslo así, el mundo político y el mundo filosófico. ¿Quién hubiera podido imaginar, católicos, que dos años de turbulencias habian de reformar la obra de tres siglos, depurando los principios, afirmando las esperanzas y haciendo revivir los sentimientos religiosos de tantas naciones? ¿Será extraño, pues, que las convicciones y los desengaños hayan conducido las cosas hasta el punto de rejuvenecer, digámoslo así, bajo la influencia del catolicismo triunfante en los principios y en las esperanzas, aquella tierna solicitud, que la Iglesia llegó á inspirar en sus mas bellos siglos á los supremos gefes de las naciones? ¡Qué cuadro tan sublime, católicos, el de la Europa y Pio IX durante su asilo en Gaeta!

Aun no habia desplegado sus labios el ilustre y santo Pontífice para condenar la ingratitud de sus hijos, cuando los anatemas de todos los pueblos cultos invadieron el territorio de los romanos. No hubo nacion que no alzase el noble grito para condenar aquella revuelta impía; y por uno de esos movimientos inexplicables, un estremecimiento simultáneo de indignacion contra los rebeldes, y de solícita y respetuoca ternura para con el santo Pontífice, ahogó con un golpe de desengaño las esperanzas de los filósofos impíos, anunciando de una manera imponente y sublime *el catolicismo del mundo*. ¿Cuándo perderán su interes y su encanto para los verdaderos católicos aquellas manifestaciones francas, magníficas, espontáneas y tiernas al mismo tiempo, con que Nuestro Santísimo Padre Pio IX, fué saludado en Gaeta por todas las naciones que le reconocian por el Padre comun de todos los fieles? No le faltó ningun homenaje, no se le escaseó ningun recurso, y nunca su gloria pontificia pareció lanzar sobre el orbe rayos mas esplendentes que cuando la ingratitud romana se esforzaba en humillarle, dejándole en Gaeta como un sér extraño á los destinos políticos de la nacion.

No hablaré de España: nadie cuestiona los antiguos y respetables títulos de este pueblo para figurar en la primera gerarquía de los homenajes al Pontífice: Isabel II sabia muí bien, que ocupaba el trono de San Fernando. Tampoco recordaré á esta noble reina de la América española, á esta República mexicana, que no mintió á sus timbres y á su gloriosa ascendencia cuando se trató de conducir hasta Gaeta los sentimientos eminentemente católicos que afectaban á sus Iglesias á la par que á su gobierno nacional. Algo

existia sin duda en la tierra de los Eduardos, bastante á sobreponerse al protestantismo, pues que la Inglaterra no se manifestó indiferente á la suerte del Papa; y aquel ilustre Estado que acababa de relegar en su concepto á una historia ya fenecida el nombre de su último rei, tuvo una noble aspiracion que le cubrirá siempre de gloria. Acordáos, católicos, de que Francia asió con fuerza un título que creian todos iba á escapársela de las manos; un título que habia heredado juntamente con el genio de sus antiguos reyes; un título que le hacia ocupar cierto noble primado en las relaciones del mundo con la silla de Pedro: que salió á su defensa desde los instantes primeros en que parecia ménos fuerte, y que, restituyendo á Pio IX, fué saludada por el orbe, por la ciudad y por el Pontífice *cristianísima* y *republicana*. Pero qué, ó vosotros los que no habéis encontrado vínculos para el altar mas que en el trono, ¿no habia reyes aún, y reyes poderosos, que hubiesen restituido al Pontífice-rei al gobierno de sus Estados? ¿Por qué pues tan extraño fenómeno en el sistema de vuestras ideas? ¿Qué misterio es este, católicos? Me atrevo á sospecharlo, y á pesar de mi conviccion, no os lo diré, sino con la modesta reserva de la incertidumbre. Me inclino á creer que, sirviéndose de la Francia para esta mision en los momentos en que el mundo político estaba sufriendo una gran crísis, Dios quiso corregir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al explicarme de esta suerte, me agita, católicos, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una exclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, católicos, sin apercibirme de ello, estoi viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transicion paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma mediante la fe; conciértase la voluntad consigo misma mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fe, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí cómo en el suceso que á todos nos reune en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, católicos, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el órden: la razon de esto es mui sencilla, y dígando, si no: primero, la guerra de las doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto sin duda es el acuerdo comun acerca de los medios que podian unir á los pueblos y concertarlos en la verdad, en la justicia y en el órden. Ellos, lo mismo que los individuos, parecen condenados á vivir de propios escarmientos, sin mas diferencia, que en los individuos los choques se pierden desapercibidos en los pormenores de la vida privada, miéntras que en las sociedades se sufren terribles agitaciones, y las hai tales, que parecen presentar al mundo amenazando ruina. Nunca he podido olvidar el célebre pensamiento de un publicista de nuestros dias, en cuyo concepto hai crísis en que los pueblos necesitan pasar por el sepulcro para volver segunda vez á la vida. Si la actual revolucion de Europa presentaba ó no su turno al apotegma del filósofo, no lo sé; pero los clamores de la prensa lo hacian temer, y el rápido curso de los desastres políticos hizo llegar el sacudimiento social de la Europa hasta las extremidades del mundo. Este enfermo estaba desahuciado, pues, bien lo sabéis.

existia sin duda en la tierra de los Eduardos, bastante á sobreponerse al protestantismo, pues que la Inglaterra no se manifestó indiferente á la suerte del Papa; y aquel ilustre Estado que acababa de relegar en su concepto á una historia ya fenecida el nombre de su último rei, tuvo una noble aspiracion que le cubrirá siempre de gloria. Acordáos, católicos, de que Francia asió con fuerza un título que creian todos iba á escapársela de las manos; un título que habia heredado juntamente con el genio de sus antiguos reyes; un título que le hacia ocupar cierto noble primado en las relaciones del mundo con la silla de Pedro: que salió á su defensa desde los instantes primeros en que parecia ménos fuerte, y que, restituyendo á Pio IX, fué saludada por el orbe, por la ciudad y por el Pontífice *cristianísima* y *republicana*. Pero qué, ó vosotros los que no habéis encontrado vínculos para el altar mas que en el trono, ¿no habia reyes aún, y reyes poderosos, que hubiesen restituido al Pontífice-rei al gobierno de sus Estados? ¿Por qué pues tan extraño fenómeno en el sistema de vuestras ideas? ¿Qué misterio es este, católicos? Me atrevo á sospecharlo, y á pesar de mi conviccion, no os lo diré, sino con la modesta reserva de la incertidumbre. Me inclino á creer que, sirviéndose de la Francia para esta mision en los momentos en que el mundo político estaba sufriendo una gran crísis, Dios quiso corregir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al explicarme de esta suerte, me agita, católicos, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una exclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, católicos, sin apercibirme de ello, estoi viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transicion paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma mediante la fe; conciértase la voluntad consigo misma mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fe, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí cómo en el suceso que á todos nos reune en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, católicos, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el órden: la razon de esto es mui sencilla, y dígando, si no: primero, la guerra de las doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto sin duda es el acuerdo comun acerca de los medios que podian unir á los pueblos y concertarlos en la verdad, en la justicia y en el órden. Ellos, lo mismo que los individuos, parecen condenados á vivir de propios escarmientos, sin mas diferencia, que en los individuos los choques se pierden desapercibidos en los pormenores de la vida privada, miéntras que en las sociedades se sufren terribles agitaciones, y las hai tales, que parecen presentar al mundo amenazando ruina. Nunca he podido olvidar el célebre pensamiento de un publicista de nuestros dias, en cuyo concepto hai crísis en que los pueblos necesitan pasar por el sepulcro para volver segunda vez á la vida. Si la actual revolucion de Europa presentaba ó no su turno al apotegma del filósofo, no lo sé; pero los clamores de la prensa lo hacian temer, y el rápido curso de los desastres políticos hizo llegar el sacudimiento social de la Europa hasta las extremidades del mundo. Este enfermo estaba desahuciado, pues, bien lo sabéis.

¿Se ha curado radicalmente? Nadie puede presumirlo; pero lo que hai de claro es, que con la vuelta providencial del Pontífice-Rei, anuncia los síntomas de una brillante convalescencia.

Bajo este punto de vista quiero colocaros, para dar toda la exactitud á mis ideas. No entra en mi plan la presuntuosa asercion de una conquista perdurable, cuando se trata de la paz entre los hombres. ¿Cambió ya la naturaleza humana? ¿Se destruyeron ya esas encrucijadas, digámoslo así, en que suelen chocar de frente la libertad y la lei? ¿Han muerto, por ventura, los elementos primitivos de esas turbulencias frecuentes que agitan á las sociedades, lo mismo que á los hombres? ¿No tiene aquella mas razon que el Apóstol para quejarse como él, cuando se sentia impelido por dos principios opuestos, la lei de la carne y la lei del espíritu?[1] Lo mas grande que tiene el catolicismo, para las sociedades modernas, es el haberlas colocado entre la anarquía ó la estrecha precision de quedar necesitadas á pedir lo mismo mañana. Dios no es ménos rico, ménos sabio, ménos omnipotente, porque la humanidad eleve á él sus clamores todos los dias; y la religion católica nunca dejará de ser la eterna depositaria y suprema dispensadora de la paz entre los hombres, porque estos, abadonándose al impulso de sus caprichos, prosigan siempre en la guerra.

¿Qué será pues del mundo político en el porvenir? ¿Como encarnará en él esa eminente idea restauradora que saludan hoi todos los pueblos en la sagrada persona de Pio IX? ¿Qué influjo va á tener su restitucion á Roma en la política europea? ¿Está resuelto ya el ruidoso problema? ¿La revolucion está encadenada? ¿Las negociaciones diplomáticas han ganado fuerza expansiva y regularizadora en la centralizacion de alguna idea irrevocablemente aceptada? ¿La silla temporal de Pio IX está bastante firme, ó vacilará todavía? ¿Su atmósfera política se halla enteramente depurada, ó nuevas y mas espesas nubes posarán otra vez sobre el Quirinal, y nuevos dias de lágrimas tendrán que pasar todavía el órden político y la Iglesia?

¡Qué multitud de cuestiones! ¡Cuántas sombras apiñadas sobre la inteligencia! ¡Qué de espinas y escombros regados por la carrera de la prevision en la línea del porvenir! ¿Y para qué las he propuesto yo? Solo para una cosa, católicos: para deciros que no me importan, que no me afectan, que no me perjudican. No me

1 Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem: video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?—Ad Roman. cap. VIII, vv. 22, 23 et 24.

importan, porque soi del santuario, y no de la política: no me afectan, porque el catolicismo tiene siempre atado mi corazon con una cadena de oro hácia la Providencia: no me perjudican, porque no vengo á profetizar hoi lo que ha de suceder mañana, sino lo que se ha de verificar siempre que el espíritu reinante, la idea elevada sobre el acontecimiento que hoi celebramos, influya en la marcha de las naciones: para lo primero, necesitaria ser político, y esta es una ciencia de pocos: para lo segundo, me basta ser católico, y esta es una ciencia de muchos.

No me olvido que acabo de hacer una concesion al pretendido poder revolucionario, porque acabo de conjeturar las lágrimas de la Iglesia. Llorará la Iglesia, sí: llorará despues, como ántes ha llorado; mas no llorará por ella, sino esas lágrimas que son el símbolo de la gloria: sí, llorará por sus hijos extraviados y pervertidos, por sus hijos infelices: llorará por el Estado: ¿lo entendéis? Esto es lo que queria decir.

Viniendo pues á los Estados, digo, que su tributo no ha quedado sin recompensa. Ellos han dado gloria á Dios, restituyendo á Roma al Vicario de Jesucristo; y la Iglesia les da la paz, convirtiendo en provecho suyo todos sus ricos elementos para mantener la verdad, la justicia y el órden en la tierra.

Sin duda que se ha conseguido mucho con la aceptacion de los principios y la renovacion de las esperanzas católicas, como os dije en la primera parte, y no poco fruto se ha recogido en esta iniciacion sublime de caridad representada en el movimiento católico de todo el mundo civilizado. De esto os hablé tambien algo, porque poco debia deciros tratando de la cuestion especulativa. La caridad es toda práctica, bien lo sabéis, y en verdad que Jesucristo no quiso que se le probase mas que con las acciones. Simbolizóla en la lei, y con solo esto echó por tierra las cavilaciones indignas de los sofistas y los manejos malvados de los hipócritas. No son de poco precio, á la verdad, el pensamiento y la palabra que se filian bajo la bandera del bien: pero si la filosofía puede hallar un todo perfecto en el pensar y en el decir; la religion jamas concede su diploma sino á solo aquello que, iniciándose en la fe, se consuma en la caridad por medio de las buenas obras. *No amemos, hijos*, decia el Apóstol San Juan, *con las palabras y con la lengua, sino con las obras y la verdad.*[1] Digo pues, arreglándome á esta doctrina, que la valiosa conquista del Estado viene á tener su consumacion,

1 Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua: sed opere et veritate.—I Joann. cap. I. v. 18.

digámoslo así, en la parte positiva y en los efectos prácticos del ilustre acontecimiento. Pio IX ha vuelto á Roma, no por la puerta excusada ni por la línea desapercibida de una combinacion extraña al pensamiento práctico que domina en toda la sociedad actual, sino por esas vias espaciosas y francas por donde se precipita todo el presente siglo. Sí: la vuelta de Pio IX es un hecho social. ¿Queréis medir la extension de su resultado? Apreciad sus relaciones íntimas con la sociedad política. Estas relaciones nos conducen á reconocer: primero, una mayor estabilidad en la combinacion positiva de los elementos del órden; segundo, una garantía permanente de la unidad, alcanzada como un precioso resto en el naufragio comun en que iban á perecer los primeros Estados del mundo; tercero, una solucion práctica de las cuestiones mas prominentes que los ejércitos han estado agitando hace mas de medio siglo á sangre y fuego en el teatro de las disenciones civiles; cuarto y último, un escarmiento colosal que predomina sobre todas las emergencias turbulentas y desorganizadoras que surgen aquí y allá en el dilatado campo del universo político. Me encargo de estos cuatro puntos para sacar avante la segunda proposicion, que me propuse hacer sensible para bien de la moral pública en el aspecto social que, con permiso de la religion santa, he dado á mi discurso; pero encerrando en los estrechos límites de una produccion de este género una materia que seria todavía fecunda y amplia para un libro, creo me excusaréis de buena gana, si me reduzco á simples y generales indicaciones.

Los elementos del órden, católicos, no pueden combinarse hoi, dígase lo que se quiera, sino en la universalidad subordinada constantemente á la unidad; y esto es precisamente lo que distingue las sociedades modernas de las sociedades antiguas. Nunca estas formaron un cuerpo, bien lo sabéis; porque nunca tuvieron un espíritu que á todas las animase. Escoged una centuria, os dejo la eleccion, cualquiera, la que queráis, en las épocas anteriores al cristianismo; y no formaréis un todo, sino solo en vuestra fantasía. Del cristianismo acá, principalmente cuando él hubo difundídose por el orbe, el género humano no ha podido ser heterogéneo en su mayoría, es decir, en su parte civilizada: porque obraba por su civilizacion y segun su civilizacion. Obraba pues, segun el principio que le hubo civilizado; se movia, aun sin apercibirse, por el catolicismo, que es el que ha civilizado al mundo. Si el mundo, como el hijo pródigo, ha recogido várias veces el rico patrimonio, para irse á lejanas tierras; si en otras tantas ha disipado en los desórdenes de su vida social toda la rica herencia; si mil veces ha tenido que servir

á un tirano, por no servir á un padre, y preferido sobre el alimento sano de la doctrina católica las bellotas inmundas de una filosofía bastarda; si nunca se ha juzgado mas glorioso algunas veces, que mintiendo á su nobilísima estirpe, de ello no tiene la culpa el padre que le crió: porque los desastres del mundo moral, reflectando siempre sobre las voluntades extraviadas por una libertad abusiva, no pueden volverse al cielo, sino para entrar al abismo por la justicia, ó volver á la nada por la misericordia.

Vuelvo á decir, que el mundo de hoi es otro: sus esfuerzos por el cisma, no le librarán jamas de la unidad de su naturaleza. Las naciones de hoi parecen los miembros de un mismo cuerpo; y al ver esa multitud de afinidades que se desarrollan constantemente sobre la vida social, reconocemos, al través de las diferentes formas con que se presenta cada Estado político, una cierta expresion de familia: sospechamos que corre por ellos la misma sangre; y, católicos, ahora conozco que no es una sospecha, sino una realidad: corre por ellos la sangre de Jesucristo.

El catolicismo creó, pues, una condicion esencialísima de conservacion para la sociedad moderna. Esta, por la lei de su naturaleza progresiva y perfectamente desarrollada, es política, y no puede ser otra cosa, así como la religion es católica, y no puede ser otra cosa: lo político y lo católico son dos ideas paralelas, y que han de marchar siempre paralelas, quiérase ó no: porque el movimiento de las ideas y la fuerza espansiva de las cosas son independientes de la voluntad humana. No está en la mano de nadie quitar á la sociedad un solo atributo de los que la constituyen. ¿En el estado actual de su desarrollo es política? No temáis que deje de serlo, porque no debéis temer que vuelva á la infancia. ¿Por la naturaleza de sus relaciones es religiosa? Dejad, pues, á los ateos y á los deistas, que se diviertan con sus delirios, ó mas bien, encomendadlos á Dios; pero no temáis que deje de serlo. ¿Qué vêis en la infancia del mundo? El órden doméstico en la sociedad patriarcal: lei de la naturaleza, religion natural, sociedad de familia. ¿Qué en su juventud? lei escrita de un lado, códigos imperfectos de otro: sociedad puramente civil: órden simbólico y figurativo en las altas revelaciones del culto judío: politeismo, es decir: falsas formas de la idea religiosa, en el mundo gentil: en suma: heterogeneidad en el mundo religioso y político. ¿Que, por último, en la madurez presente del género humano? y no os olvidéis que os hablo del carácter del conjunto, desdeñando los pormenores: ¿qué? sociedad política y religion católica: católico es lo universal en la idea religiosa: político es lo universal en la idea social. ¿En qué

venimos pues á parar? En que, á pesar de la lucha de las doctrinas, del debate de las opiniones, del choque de los intereses, de la multiplicidad y multiformidad de las teorías, de la pluma y de la sangre, de los propagandistas entusiastas y de los falsos profetas, el mundo levanta la cabeza, sigue andando, y continúa su antigua, su irresistible marcha, mostrándose en sus colosales dimensiones *católico* y *político*.

Y ¿por qué un fenómeno tan extraño en las previsiones de ciertos políticos? porque la sociedad ha comprendido mejor, ó por lo ménos ha sentido con mas fuerza, el valor político del catolicismo. La revolucion, que tendia á desnaturalizarle, ha restituídole todo su vigor social, poniendo en claro dos importantes verdades. ¿Cuáles? primera, que la religion y su Iglesia no están en oposicion con las combinaciones legítimas de la sociedad; que nunca se afecta de las formas, sino para perfeccionarlas y cubrirlas con el esplendor de la magestad; que ella es madre comun de las monarquías y de las repúblicas, y que en su inagotable fecundidad halla siempre recursos infalibles para afirmar todas las instituciones sociales: segunda, que fuera de su círculo no puede haber sino contradicciones en las doctrinas, oposiciones en las ideas, choques en los intereses y anarquía en la sociedad.

Sí, católicos: la religion es católica porque es universal, y es universal porque es de todas partes y está en todas partes. El catolicismo no es un ropaje que la cubra solo por medio lado: veréisla católica por donde quiera que esté. Si está en la política, allí es católica: ¿y seria católica en la política, si excluyese algun linaje de instituciones? San Pablo no distinguió entre las formas políticas cuando mandó á los pueblos que obedeciesen á sus autoridades: justo era pues, que las autoridades no hiciesen alto en la situacion, cuando se trata de rendir al Ser Supremo los honores que le son debidos. *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César,*[1] dijo Jesucristo, y con solo estas dos palabras constituyó la sociedad moderna. Con ellas, católicos, os hago una invitacion. Estudiad la historia de los desastres públicos: no os exijo la fe; pero si la lógica y el criterio. ¿Por qué tantas desgracias? por una de tres cosas, y por ninguna otra: ó porque no se dió á Dios lo que es de Dios, ó porque se rehusó al César lo que es del César, ó por todo junto. Explicadme, si no, de otra suerte las revoluciones del Norte de la Europa, la revolucion francesa, y últimamente la revolucion italiana. En este artículo fundamental están pues garantizadas la libertad de los pueblos, la autoridad de los gobiernos, la paz de las naciones y la gloria de Dios.

1 Redite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo. Math. cap. XXII. v. 21.

Siglos hubo en que tales convicciones figuraron en el cuadro animado de la sociedad, en que realmente se dió á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y en que, garantida, por explicarme así, la vida social de la idea con la inalterable concordia entre la Iglesia y el Estado, todo marchaba con magestad; y es mui digno de notarse, que la sociedad no empezó á retroceder, sino desde que idolatró en una invencion aérea, sacando el idioma de sus quicios y poniendo con énfasis la palabra *progreso* en las instituciones sociales. Creyóse sorprender y de facto se sorprendió la atencion pública con esta palabra. Entró en la filosofía, y acabó con la verdad; entró en las artes, y acabó con la belleza; entró en los intereses, y acabó con la justicia; entró en la moral, y acabó con la virtud; entró en la política, y acabó con el órden; entró por último, en la sociedad, y acabó con sus instituciones. Calma, católicos, criterio, recuerdos bien analizados, relaciones bien fijas: he aquí lo que os pido. ¿Lo habéis pensado bien? Pues decidme ahora: ¿puede vivir esta palabra sin las revoluciones políticas? *Sí*, en su significacion natural, en su idea legítima, como habia vivido siempre, porque es contemporánea del mundo. *No*, en esa significacion arbitraria y caprichosa, si bien enfática, con que juega en los labios de ciertos políticos: porque aquí no puede tener mas atributo que ser el tema general de todas las revoluciones. Bien sabéis que esta palabra es jóven todavía, y lo peor es que debe serlo siempre; porque ella no puede llegar nunca á la edad madura, ni fallecer en la senectud: vive en las revueltas, y espira en la paz: medra en los trastornos, y acaba en el órden.

Pero qué, ¿el catolicismo está en oposicion con el *verdadero progreso* de la sociedad? Abrid, católicos, los ojos, y reflexionad bien que el catolicismo es precisamente quien ha definido, enseñado, propagado é instituido en el teatro de la sociedad esta idea, hija legítima de la naturaleza humana, y que no puede contraponerse sino solo á la naturaleza divina. Dios es el *alpha* y la *omega*, el principio y el fin;[1] y entre estos dos puntos está colocada la vida del individuo y la vida de la sociedad: partir del uno y dirigirse al otro es progresar. Desde que se ha arribado á la existencia, el retroceso es imposible, y por tanto debe ser imaginario: la quietud es la nada.

1 Ego sum Alpha, et Omega, principium et finis, dicit Dominus Deus, qui est, et qui erat, et qui venturus est. *Apoc.* cap. I, v. 8.

¿Qué inferís de aquí? Dos consecuencias importantes: primera, que solo Dios no pertenece al *progreso;* porque, siendo un ser infinitamente perfecto, no tiene que obedecer á esa lei que solo comprende por su naturaleza lo que es perfectible. Echad una ojeada sobre la naturaleza física, y veréis la lei del progreso en el incremento, desarrollo y perfeccion de todos los séres. Venid al mundo intelectual, y veréis la observancia ó la infraccion de esa lei en los adelantos ó la decadencia de las letras, de las ciencias y de las artes. Traed vuestros ojos al mundo moral, y veréis simbolizados el *progreso* en la mejora, el *retroceso* en los atrasos de la civilizacion. ¿Cuáles son, pues, las naciones que mas progresan aún en el órden político? ¿Aquellas, por ventura, que se están constituyendo y destruyendo alternativamente, y que han menester, digámoslo así, de un almanaque para contar sus revoluciones, como cuentan sus dias? Aquellas que de un golpe quieren aniquilar los siglos, para acelerar el triunfo de ciertas teorías? ¿O aquellas, mas bien, que bastante sábias para querer luchar con la naturaleza, facilitan el desarrollo franco de todos sus elementos, buscan los adelantos posibles, y esperan sin agitacion para vivir sin turbulencias y gozar sin obstáculos? He aquí, católicos, los dos progresos: el de la filosofía y el del buen sentido. El catolicismo ha fijado estas ideas, determinando sus puntos cardinales; las ha hecho pasar al campo de la vida práctica, sometiéndolas á la moral; las ha fecundado, haciendo que todo camine impelido por dos fuerzas conspirantes, la de la razon y la fe en el teatro vastísimo de la inteligencia, la de la naturaleza y la gracia en la diversa marcha de la conducta, la de Dios y del hombre en todo el sistema de los acontecimientos humanos.

Se ha dicho que *la Iglesia no es de este mundo,* y se ha dicho bien, pues lo enseñó Jesucristo;[1] mas lo que se ha querido decir envuelve una suposicion falsa, y es por lo mismo esencialmente falso: se ha supuesto que no está en este mundo, para quitar á la sociedad su carácter religioso, y á la Iglesia su derecho temporal. *La iglesia no es de este mundo,* pero está en este mundo: la sociedad civil no es del cielo, pero va para el cielo. Encuéntranse pues ambas en la tierra, y aunque con orígenes y misiones diversas, tienen destinos análogos, íntimas y esenciales relaciones. Diversas en el aspecto, en la idea, en la abstraccion filosófica, por decirlo así, son unas en el hecho, pues que la sociedad civil está compuesta de los mismos que constituyen la sociedad religiosa.

¿Cuál es pues, católicos, la garantía permanente del órden en la

1 Regnum meum non est de hoc mundo. Joann. XIII. v. 36.

sociedad moderna? Una institucion visible, constante, donde veamos la esencia física, la reunion actual de los elementos constitutivos de una sociedad, una, universal, verdadera, justa, ordenada, constituida en suma; una institucion donde soberanamente, esto es, con la penitud interior y exterior de la independencia y de la libertad social, viva y reine el principio católico y el elemento de la unidad política. ¿Dónde hallar esta institucion?—"En el pensamiento social," clama el racionalista, y la sociedad le dice: *"mientes."* El demócrata sostiene, que en la voluntad libre del pueblo, y el buen sentido le dice: *"mientes."* El teocrático, creyendo hacer un homenaje á Dios, y trasplantando á la economía puramente humana de la sociedad civil el carácter definitivamente perfecto de la sociedad católica, dice lo que piensa, y la religion y la filosofía le replican: *"mientes."*—"En la buena combinacion de las formas," afirma el constitucionalista; y la historia, señalándole con el dedo esos escombros donde se han venido aglomerando las hojas rotas y pisadas de todas las constituciones políticas, le dice: *"mientes."* ¿Dónde está pues esta institucion? En la doble representacion de esa silla que pasa alternativamente del Vaticano á San Pedro: allí está, y no puede estar en otra parte. Bien concibo el trono temporal en cualquier Estado político; mas estas dos soberanías deben de estar juntas, y la Sede augusta de la religion solo puede estar donde está el Papa, solo debe estar en Roma.

De este modo, católicos, hemos visto por mas de una centuria disputándose palmo á palmo los destinos del mundo civilizado en en una sangrienta y escandalosa lucha las escuelas racionalistas, las teocráticas, democráticas y constitucionalistas, contra el buen sentido, contra la historia y contra la religion. De este modo hemos visto venir el socialismo, viento en popa, sobre tan reiterados encuentros y tantos cismas, y de este modo hemos visto figurar una crísis para toda la humanidad en los últimos acontecimientos. La Europa lo habia estado meditando, viendo y palpando todo desde tiempos mui atras, díganlo sus escuelas y sus libros; mas le faltaba recibir un golpe que fuese al mismo tiempo intelectual, moral y material. Le recibió en efecto de su última revolucion: el instinto la condujo á buscar un remedio; restituyó al Papa, y hoi parece respirar. No sé si habrá sanado perfectamente, pero sí os aseguro, que pasará á la posteridad con una noble cicatriz. Felicitemos pues, católicos, al mundo por su desengaño, y pidamos á Dios que este desengaño no sea estéril, sino que afirme y perpetúe esta vuelta feliz de las cosas á un órden mas regular y mas constante.

Sin quererlo, he vuelto al gobierno temporal de los Pontífices.

que me ocupó no ha mucho en mi primera parte, dando una nueva demostracion, ó qué sé yo, si haciendo redundar una idea. No me pesa: ni hablo para mí, ni me dirijo á los sabios: he querido hablar principalmente al pueblo; y al pueblo nunca se le habla bastante cuando se trata de inculcarle ideas sanas. Por otra parte, yo he debido volver á andar algo de mi primer camino, para encontrar el objeto práctico que aquí busco. En verdad, católicos, que nunca he temido por la subsistencia de los principios, independientes, como bien lo sabéis, de las opiniones humanas: tampoco éstas me causan pena; tienen un círculo en que pasan su revista y describen su órbita. Una cosa importa saber: ¿cuál es al presente la condicion social de la idea en el mundo de lo positivo? Y despues de lo que he dicho, no me tardaré nada en daros una respuesta satisfactoria. Bástame señalaros á la Europa, deteneros en Roma y pediros el significado práctico del hecho glorioso que hoi celebramos, de un Pontífice vuelto á colocar en su trono temporal por las manos de la República francesa, y á la vista y con el beneplácito de todo el mundo civilizado. Cuando yo veo esto, os aseguro en verdad, que me cuesta pena y trabajo acordarme de una sola página de entre esa infinidad de libros y folletos que han combatido la idea. Veo, reconozco, admiro el imponente suceso, doi gracias á Dios, y espero mucho para el mundo político.

¿Y qué os diré de la unidad? que habia desaparecido, católicos, y con ella la brújula para los políticos, el Estado para los pueblos y el aplomo para los gobiernos; pero que su reaparicion empezó á columbrarse un tanto al través del suceso glorioso que nos ocupa.

¿Quién contará, quién analizará, ó dominará con su razon ese campo inmenso de combustibles ardiendo sobre el vasto suelo de la Europa, cuyos fuegos en oleadas reflejándose sobre ambos mares, vinieron á inflamar los mal apagados restos de nuestras pasiones políticas en esta parte del nuevo mundo? Desde aquel dia para siempre memorable en que un pueblo inmenso dominado á la vez por la gratitud y por el entusiasmo, se precipitó sobre los muros del Quirinal, para felicitar á su nuevo Soberano, al cabo de seis meses de un gobierno franco y paternal, hasta esa otra época mas memorable todavía en que vimos postrado súbitamente desde su inmensa altura el trono de Luis Felipe de Orleans; es decir, en el brevísimo período de trece meses, toda la sociedad europea, como si hubiese atinado en sus invenciones con un rival que oponer al rápido curso de las edades, anduvo con su revolucion la carrera de dos siglos. Abriéronse repentinamente todas las esclusas que habian mantenido cerradas la prevision, el cálculo, la política, la fuerza física y moral de la tierra, y como los vientos de la Fábula, se precipitaron de golpe por estos mil conductos todos los torrentes diversos, mal contenidos por medio siglo, de las locuras filosóficas y de las pasiones políticas, y al estruendo imponente y aterrador de la catástrofe, tembló la Italia, tembló la Europa, tembló el mundo. ¡Qué confusion, qué trastorno! ¡Qué maravillosa confluencia de elementos conjurados contra las esperanzas y la conservacion de la sociedad!.... ¿Y Roma? ¿Y su insigne Soberano? ¿Y aquellas protestas entusiastas de adhesion y de amor que se le rendian? ¿Y aquel gran movimiento, aquel no interrumpido progreso de triunfos, aquellas incesantes ovaciones, aquel patriótico y libre clamoréo que se cruzaba todos los dias por las moradas de los Pontífices?..... ¡Ah! la lengua se resiste á proseguir, "y el ánimo, podria decir yo tambien, experimenta una secreta repugnancia para volver hácia tales recuerdos!"

Roma, ese pueblo que tentaba incesantemente la imperturbable calma y la paciencia del nuevo Pontífice para obtener su bendicion, que olvidaba los favores tan velozmente como los recibia, que condenado á vivir solo de aspiraciones, no veia lo que se le otorgaba, sino lo que el fanatismo de la situacion ponia sucesivamente delante de sus deseos: ese pueblo en cuyo corazon revivió, con el entusiasmo de la libertad, la noble fiereza de los Catones y la indómita osadía de los Brutos, sin el valor y constancia de los antiguos romanos; que todo lo poseia para conmover y destruir, nada para ordenar y establecer; que adormecido y acostumbrado en sus goces, sin comprenderlos, sin estimarlos, ni señalar su orígen, solo se ocupaba en cambiar de posicion: ese pueblo en cuyo seno andaban luchando, con sus recursos impotentes el *statu quo*, con su cabeza volcánica el republicanismo europeo, y con sus ilusiones bellas y candorosas el partido liberal; que se movia en todas direcciones, sin adoptar definitivamente una línea; que fanatizó por un Rei-Pontífice, para olvidar luego al Papa; que combatió al Papa, para librarse del Rei; que buscó en la secularizacion del gobierno lo que no acertaba á definir; que quiso constitucion, para ponerse á la moda, y se disgustó pronto de esa constitucion, porque no estaba de última, digámoslo así; que pidió libertad sin límites en las instituciones, en la imprenta, &c., &c., para gobernar por sí mismo; que hojeaba impaciente las páginas de la revolucion francesa, para echar la segunda edicion de esta historia deplorable; que mui pronto declaró incompatibles el *progreso* y el *Papa;* que..... Basta..... ¿A dónde iba este pueblo?—A la muerte.—¿Por dónde caminaba? —Por la anarquía.—¿De dónde habia partido?—Del cisma.

¿Y los otros Estados de la Italia? Aquí se afirma el despotismo; allí se desarrolla la tiranía; allá se hunde un trono; acullá una confederacion se inaugura: ora se pronostica todo para la república; ora se promete mucho á los partidarios reaccionistas de las combatidas ó arruinadas monarquías. Las antiguas tradiciones descienden á la empeñada lucha y perecen luego á manos de las nuevas teorías; los viejos títulos de tantos soberanos se eclipsan entre las densas nubes que levanta la revolucion europea; las doctrinas se confunden; los políticos se desconciertan; nuevas generaciones parecen venir de momento á reemplazar á las antiguas. Todas las excisiones se preparan al combate: cada partido quiere reinar sobre la tempestad; y *la ciudad eterna*, en tan tremenda crísis, parece ir á la vanguardia de la muerte política con que es amenazada la Europa. ¡Políticos profundos, sagaces discurridores, soberbios filósofos, valientes y hábiles guerreros! venid, conjurad la borrasca, reincorporad tantas dispersiones sobre los antiguos cimientos de la sociedad europea: vosotros principalmente los que, lanzando una risa de lástima sobre los que veian ligada la suerte del mundo político á los destinos del catolicismo, os burlabais de su influjo, dirigiendo un fino cumplimiento á la venerable y augusta persona del Pontífice reinante;[1] venid, acometed á la grande empresa; obrad una nueva creacion en medio de ese caos; decid con la énfasis que os es tan propia: *hágase la unidad*, y ya veremos si *la unidad es hecha*. ¡Vano esperar, católicos! ¡inútil pedir! ¡Ah! si el Señor del cielo y de la tierra no ha de venir á levantar este edificio suntuoso en que compiten la elegancia y belleza de los pormenores con la unidad magestuosa del conjunto, los miserables y soberbios arquitectos políticos nunca lograrán, por cierto, sino reproducir el fenómeno de aquella famosa Babel, cuyo recuerdo nos conserva la Historia santa como una infalible profecía, ó como una protesta viva del poder del cielo contra las locuras de la tierra. Si no me creéis á mí, creed al Profeta, que es quien lo ha dicho, y á un Profeta que miraba el porvenir desde la altura de un trono, y que cantaba su impotencia, cuando ya se habia hecho famoso por haber postrado diez mil enemigos á su derecha y mil á su izquierda. David es quien habla: *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam.*[2] Os alarmáis frecuentemente por la suerte de la sociedad, y bien hacéis, porque debemos amarla, como Jesucristo amaba

1 Véase la obra de *Andres Luis Mazzini*, titulada: *De l' Italia dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne*: tom. II. part. 2ª, cap. V, pág. 193. [*Ed. de Paris* 1847.]

2 Ps. CXXVI, v. 1.

á Jerusalén: mas poniendo vuestras esperanzas en el hombre, para que ella se salve, hacéis mal, porque no es el hombre quien ha de salvar la sociedad: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*[1] Queréis que el órden se conserve, y queréis bien, pues por aquí se camina á la felicidad; pero ponéis mano á la obra ¡ó políticos! y obráis mal, comenzando por arrancar el uno del otro, esos dos elementos en cuya combinacion está el secreto de la vida social, el elemento político y el elemento religioso.

Por fortuna, católicos, la suerte de la sociedad no depende de los políticos, sino de los pueblos; y si aun he de buscar la última exactitud en la expresion de mi pensamiento, no depende tampoco de los pueblos, sino de la Providencia. Dios castiga la obstinacion del orgullo político, del orgullo filosófico y el desenfreno de las masas indómitas, haciendo aparecer lo contrario de lo que imaginan, anuncian y se prometen, y convirtiendo los acontecimientos en un poder irresistible que, burlando los cálculos y las previsiones, triunfa de la anarquía, domina las revueltas y restablece el órden en la sociedad. Ved, si no, lo que de facto sucede: observad esas tendencias espontáneas y comunes á favorecer la causa del Pontífice; escuchad los ecos de las tribunas europeas y la voz de la prensa; notad ese movimiento religioso tan extrañamente improvisado en la época presente, esas conversiones políticas y morales que de todas partes nos vienen á sorprender; esa recelosa cautela con que se oyen y reciben las nuevas teorías; ese pudor nobilísimo de los grandes talentos desengañados, que vuelven á los caminos que habian pretendido no ha mucho borrar del campo de las investigaciones; esos parecares nuevos, esos libros nuevos, esos hombres nuevos, esa conducta nueva, esa Europa nueva que va reapareciendo con una sorprendente juventud en los instantes críticos en que debia estar sepultada. ¿Qué esto, católicos? La prueba práctica de que Dios ha retribuido á la sociedad con su acostumbrada magnificencia los homenajes que ella le acababa de tributar en la persona de Pio IX.

Las tendencias de la Italia y de la Europa toda solo sirvieron para vigorizar la inteligencia, llamando al genio hácia las verdaderas causas de los trastornos sociales. Las desgracias pudieron mas que los raciocinios, pero estos adquirieron un vigor que no se olvidará nunca, mientras puedan trasmitirse á la posteridad los ecos de todas las tribunas parlamentarias de Europa durante los dos años que van corridos.

Por esto dije tambien que con la vuelta de Pio IX, han tenido una

1 Ps. CXXVI. v. 2.

solucion práctica todas las cuestiones pendientes que habia estado agitando la Europa, y ha recibido el mundo un escarmiento salvador, tan grande como él. Estos dos puntos fluyen con toda naturalidad de los sucesos que acabo de referiros, y su carácter de consecuencias nos relevan á vosotros de la necesidad y á mí del empeño de una prueba especial, que prolongando mi discurso, reagravaria mas vuestra religiosa atencion.

Y despues de esto, ¿me filiaré yo, ministro del santuario, distribuidor de la verdad, siervo de la Providencia Divina, en algunas de esas escuelas políticas que suponian á Pio IX árbitro de la situacion, y á la sociedad que gobernaba dispuesta favorablemente á cualquiera pensamiento que quisiese imprimir sobre ella su nuevo soberano? ¿Diré con los unos, que dió un golpe mortal á las instituciones sagradas de sus antepasados, abriendo con improvision y ménos prudencia las mal cerradas puertas de la anarquía social? ¿Sostendré con los otros que Pio IX es padre de las escuelas progresistas y ultra-liberales de nuestros tiempos? Dejad, católicos, por Dios, dejad siquiera en esta vez y por el lugar en que nos hallamos, estos vanos conceptos de la sabiduría humana: dejad que la filosofía y la vista microscópica de algunos políticos fecunde con su imaginacion el supuesto quimérico de que Pio IX tuvo sometido á su voluntad directamente el destino de Roma, indirectamente el destino de Europa. No sintáis, os ruego, de esta manera: desdeñad la cuestion política, venid á la cuestion providencial: abandonad el pequeño círculo de la libertad humana, fijáos en aquel círculo inmenso de los designios divinos. *"Yo condenaré la sabiduría del sábio y reprobaré la prudencia del prudente."*[1] ¿Sabéis, católicos, quién es el autor de estas palabras? ¿Os acordáis con qué motivo fuéron pronunciadas por la misma Sabiduría eterna? ¿Ignoráis que son católicas y divinas, teniendo por lo mismo un sentido universal y aplicaciones infinitas? Por lo que á mí toca, desde que he tenido la fortuna de abismarme con la fe en su adorable profundidad, han perdido sus prestigios para mi admiracion los partos ingeniosos de la filosofía y las esquisitas y orgullosas combinaciones de la política.

¿Por qué, católicos, tan monstruosa confusion en los juicios diversos que ha formado ésta sobre el carácter social de Nuestro Santísimo Padre Pio IX? ¿Me atreveré á decirlo? Fuera del templo, no; pero en esta cátedra sagrada, sí: los hombres casi juzgan mal,

1 Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium. —I Ad corint. I, v. 19.

porque de ordinario juzgan sin luz y juzgan ántes de tiempo; y las calificaciones inmaturas y presuntuosas son de ordinario el triste patrimonio de la filosofía.

Para la gloria de Pio IX me basta salvar dos ideas que nadie puede poner en duda: la intachable rectitud de su proceder y la bondad proverbial de su corazon. Nadie rehusa el reconocimiento de estos dos nobles atributos al carácter social de eminente y santo Pontífice que hoi gobierna la Iglesia. Afirmáos, pues, en este punto de partida; contad con Dios para juzgar, como él contó con Dios para proceder; salvad los límites estrechos del pensamiento político, y penetrad en los reservatorios inmensos de los designios providenciales: contemplad bajo este solo aspecto al nuevo Pontífice en sus relaciones con el estado político de la Europa. Yo me complazco, católicos, en haceros esta noble invitacion, porque os llamo á contempar el cuadro mas sublime que nos presenta la historia de las sociedades modernas. No ha mucho habéis visto á Pio IX colocado por su doble investidura entre los cielos y la tierra: vedle ahora situado en las mas altas cumbres de lo presente, entre los siglos que ya pasaron, y los siglos que se apresuran á venir: vedle aparecer en la primera silla de la Basílica y sobre el trono de Roma, en los momentos en que reiterados temblores agitan al mundo político; en que un ruido misterioso le hace estremecer por sus destinos; en que las tinieblas descienden sobre la prevision, y la incertidumbre burla el talento y la sagacidad penetrante de los genios mas esclarecidos; en que un rei que parecia inamovible sobre el trono de Francia, siente que le empiezan á faltar los apoyos; en que la Austria se desconcierta; en que las cabezas mas bien organizadas de la diplomacia de hoi se trastornan y ya comienzan á vacilar; en que las relaciones de la Santa Sede ganan por una parte las simpatías del imperio de la Média luna, cuyos odios habian quedado en pié desde el tiempo de las cruzadas, y desarman para la política de Roma las prevenciones del protestantismo, conquistando el corazon de la Gran Bretaña; en que la Europa conmovida, el mundo todo en crísis, clavan sus ojos en los muros del Quirinal, como para esperar la contraseña del grande sacudimiento que le amenaza: recoged todos los datos que pueden servir aquí para apreciar en su justo valor la gran crísis del orbe político: la lucha de las doctrinas abierta con la reforma y terminada en el socialismo; el catálogo de las constituciones políticas figurando en los recuerdos y tendiendo de nuevo á la vida; las revoluciones desastrosas y las guerras nacionales; los triunfos de la filosofía levantando sus monumentos aquí y allá sobre la indiferencia religiosa y los estragos de las costum-

bres; la palabra *progreso* resonando mágicamente para electrizar el entusiasmo de la multitud y someter la sociedad á la vida de las transiciones; las mas fuertes monarquías de la Europa recelando de la antigua lealtad, mal seguras en sus viejos títulos, poco satisfechas con sus tradiciones, desconfiando de sus ejércitos, y humillando su aristocracia indómita delante de las turbas y al incesante grito de la prensa. Fijáos en esa *jóven Alemania* entrando en la madurez por los rápidos progresos de su obra, saboreando ya la realizacion de los designios que por mas de cincuenta años han ocupado sus vigilias, su talento y su accion, levantando ya la mano, digámoslo así, para pegar el fuego á la inmensa mina que tiene cebada bajo el asiento comun de la sociedad política y la sociedad religiosa: imagináos, por último, ese porvenir en inmediato contacto con lo presente, y sin embargo mas tenebroso que nunca para la prevision; esa Italia, antiguo domicilio de la libertad republicana, país clásico de los héroes, sepulcro del paganismo y trono de la cruz; esa Roma incomprensible, que ha mantenido siempre en accion las ciencias, las letras y las artes, donde han estado siempre reunidas todas las incertidumbres y todas las esperanzas; esa Roma, engrandecida por la religion, bañada con el esplendor de la gloria y con la sangre de los mártires, cantada por la poesía, respetada por la historia, temida por la política, embellecida por las artes, consagrada por los monumentos mas ilustres de todos los siglos, satirizada por la filosofía, combatida por la impiedad, compadecida por la ignorancia: considerad todo esto en los momentos en que Pio IX levanta su frente augusta y dirige sobre el mundo aquella mirada misteriosa que al través de la tempestad pudo distinguir á un mismo tiempo esta rápida carrera de vicisitudes que las circunstancias preparaban á su persona, y por las cuales habian de andar á un mismo paso la Europa y el mundo. He puesto á vuestros ojos el cuadro: analizadle si podéis; sometedle en buena hora bajo el dominio del cálculo político. ¿De qué se trata, católicos? ¿De un triunfo para el *statu quo*? ¿De un progreso mas para las aristocracias modernas? ¿De la realizacion final de una teoría política? ¿De la conversion de las masas en primeros agentes del órden y vehículos de la civilizacion? ¿Del plantéo definitivo de la democracia pura? ¿Del divorcio entre los dos primeros elementos de la sociedad humana por la violenta separacion de los dos atributos que se reunen en los Pontífices, el poder espiritual y el poder temporal? ¿De qué se trata? vuelvo á deciros. Responded lo que queráis.... Por lo que á mí toca, trátase de salvar la sociedad en una gran crísis que la amenaza, trátase de que no perezcan inmolados juntamente, bajo el azote de las pasiones políticas, el órden y la libertad. Y para esto, ¿qué es necesario? Dominar la revolucion. ¿Cómo dominarla? "Filosofía, libertad, democracia: he aquí la revolucion "dice un escritor de nuestros tiempos; y la revolucion es una guer- "ra activa y permanente contra todo principio y autoridad, contra "todo poder, contra todas las teocracias, contra todas las aristocra- "cias, contra todas las monarquías de la tierra. La revolucion es "una cosa grande, mas fuerte y mas indómita que la fuerza física, "es el pensamiento, la palabra, la opinion, la prensa."[1] Y ¿no mas? Los filósofos partidarios hablan siempre á médias, porque hablan siempre con interes; los católicos lo dicen todo siempre, porque nunca tienen mas interes que el de la humanidad. La revolucion es tambien la muerte de las repúblicas, el patíbulo de las democracias mas bien organizadas; es una cosa que no se ha dicho, es la contradictoria viva de la fuerza moral. No hai fuerza moral saliendo del catolicismo; pero tampoco hai catolicismo, independiéndose del cielo. ¿Quién y por qué medios, pues, dominaria esa revolucion? Me concederéis á lo ménos, que cada uno de sus elementos necesita de un contrario. Pero si la filosofía la engendra, ella no puede matarla; si la libertad la impulsa, esta no puede disminuirla; si la democracia la sostiene, la democracia es impotente contra la revolucion. Hai mas: la filosofía luchando con la filosofía pasa por el cisma de las opiniones á radicar el escepticismo; la libertad en lucha con la libertad atraviesa por lagos de sangre para llegar á la tumba; la democracia combatiendo á la democracia trae consigo infaliblemente la anarquía. Si pues la revolucion ha de ceder, y no para la muerte sino para la vida de la sociedad, es preciso buscar para cada uno de sus elementos una oposicion de salud, una cosa que destruya en ellos lo que mata, y conserve y afirme lo que vivifica y perfecciona; una cosa que, reduciendo á sus justos límites la filosofía, la libertad y la democracia, las haga entrar, por la reforma y no por el sepulcro, á la grande obra de la restauracion. Empéñome, católicos, en hallar este antídoto de salud, en hallarle, porque existe; mas no en inventarle, porque el mundo no vive de invenciones. Si existe, le pido, no á los filósofos, cuya profesion al parecer es vivir en lo desconocido; no á los políticos, cuya gloria está cifrada en las combinaciones de las circunstancias; no á los guerreros, que presuponen un acuerdo á que obedecer, ó son unos furiosos armados contra la paz de las naciones; sino á la experiencia de todos los siglos y á los resultados prácticos de todas las sociedades; le busco, y.....

1 MAZZINI. Obra citada.

(los filósofos se reirán,)..... le encuentro á pocos pasos. ¿Dónde? en la creencia, en la lei, en la autoridad. De aquí colijo dos cosas: primera, que la revolucion ponia en lucha de muerte á la filosofía con la fe, á la libertad con la lei, á la democracia con la autoridad: sus triunfos por lo mismo no podian obrarse sino sobre el sepulcro de estos tres adversarios, y como el mundo no puede vivir sin creencias, sin lei y sin autoridad, preciso era esperar en ellas, ó resignarse con la inevitable muerte de todas las sociedades políticas. Pues bien, católicos, y de buena gana me pongo en espectáculo ante todas las ironías de nuestro siglo, ninguno de estos tres elementos es hijo de la tierra. La fe viene del cielo, la lei viene del cielo, la autoridad viene de cielo. La fe, la lei y la autoridad, consideradas como elementos fecundos y universales para la sociedad política y la sociedad religiosa: he aquí al *catolicismo*. Un Pontífice obrando con todo el poder del catolicismo sobre la revolucion europea: HE AQUI A PIO IX.

Católicos, clame cuanto quiera el racionalismo, cada hombre trae á la tierra un destino providencial. ¿Queréis la prueba? Ved coincidir en el dilatado campo de las edades las apariciones de ciertos genios con las mas señaladas épocas en la diversa historia de las naciones. Ellos entran á ciegas, digámoslo así, en una carrera misteriosa; pero nunca salen de la vida sin dejar señalada con una huella de luz la senda gloriosa que anduvieron en la sociedad. "El hombre se agita, pero Dios le conduce;" y este pensamiento profundo, que nos recuerda el nombre y el genio del Arzobispo de Cambrai, recoge con maravilla todo mi pensamiento.

Al cabo de tres años ya fenecidos, la mision política de Pio IX puede ser columbrada, y en verdad que lo que de ella va descubierto, basta para encadenar hácia él la admiracion del mundo. El mismo hubiera retrocedido, si al inaugurarse sobre el trono que acababa de dejar con la vida Gregorio XVI, la hubiese tenido en su presencia. Sin embargo de su gran fe, tal vez hubiera replicado, como el gefe del pueblo de Israel; ó como el Príncipe de los apóstoles, habria necesitado, para seguir marchando por las aguas, que le reprochase dulcemente su vacilacion al Arbitro de la naturaleza. Pio IX trajo pues al mundo una mision sublime, pero que no puede ser vista toda, digámoslo así, sino por las generaciones que vienen, y á distancia de medio siglo. ¿Pudo, era dueño de seguir la política de sus predecesores en las circunstancias críticas en que el mundo todo le esperaba para estar *por él ó contra él?* No, católicos: cambiando el teatro, varía la escena, y cierta política entonces, ejerciendo una presion violenta sobre un campo henchido de

combustibles, hubiera hecho mas desesperada en sus funestísimos desastres una esplosion que era ya inevitable; y en verdad, que tres ó cuatro meses de un órden precario no hubieran compensado todas las anarquías, todas las revoluciones, todos los crímenes, que con la fuerza indómita de un torrente que rompe sus diques, iban á precipitarse muy en breve sobre todo el género humano. No vino pues Pio IX á sostener á todo viento y marea el *statu quo* contra los diversos intereses que contendian en la lucha. ¿Vino pues á proteger el desenvolvimiento práctico de las nuevas teorías que se paseaban por el mundo buscando la oportunidad, el tiempo y el caudillo? Preguntadlo á su conducta, seguidle en la vasta carrera de sus reformas, y tendréis una respuesta concluyente. Otros Pontífices comenzaron su carrera política, diciendo al pueblo: "*obedece.*" Nada mas natural, cuando veian en sus felicitaciones el emblema de la paz y del órden. Pio IX se encuentra con un pueblo vacilante, dudoso, agitado, seducido, electrizado, en suma, por el fanatismo de la época. Comprendió que debia comenzar por la conquista de la voluntad popular, desarrollar un influjo eminentemente político sobre la situacion, y seguir, digámoslo así, en su carrera intermediaria una diagonal oportuna, para llegar con buen éxito á la restauracion social. ¡Cosa rara! Pio IX debió meditar en la restauracion ántes de que se trastornara el órden, y vivir y obrar sobre el porvenir mas que sobre lo presente. Aquella línea era la de las concesiones al pueblo. Suprimidla, y todo está perdido: buscad otra que preferir, y os fatigaréis en vano. Las concesiones de Pio IX fueron de suyo contingentes y transitorias, como la situacion en que se hallaba: hacerlas figurar en el radicalismo es volver á la infancia, ó si se quiere, volver al siglo XVIII, y este tiempo ya pasó. ¿Son pues ellas el dato para juzgar definitivamente la causa del Soberano? No. ¿A dónde tendia pues Pio IX? No me tardaré en deciroslo, pero escuchadme aún. Bien sabeis que el pueblo, siempre favorecido y nunca satisfecho, intentó llegar hasta un punto vedado por los principios de la moral política, y señalado en las últimas exageraciones de la democrácia como el gran pórtico del porvenir, y qué sé yo si como el palacio del socialismo. ¿Y qué sucedió entónces? ¡O momento perduramente célebre, eminentemente glorioso para el Augusto Gefe de los Estados romanos! Arribando el pueblo á este punto, Pio IX, inspirado juntamente por la religion y por el patriotismo, y revestido de aquella magestad imponente que le daba la situacion, pronunció el *non plus ultra*, y levantando hasta los cielos el inamovible valladar, falló definitivamente y sin apelacion la causa de los partidos.

Su salida de Roma, su mansion en Gaeta, esta mansion donde recogerá la historia todas las tribulaciones del destierro y todos los esmeros del mundo católico para con la persona de su augusto Gefe, es la demostracion palmaria y el argumento práctico de una prudencia consumada, de una alma superior al mundo conmovido, de una firmeza incontrastable y un carácter político de primer órden.

A estas consideraciones os llamo, católicos, no para convenceros, porque repito que soi el órgano de vuestras ideas, sino para fecundar vuestro regocijo y electrizar vuestra admiracion. Me equivoco: no para arrancaros tributos estériles á la gloria humana, sino bendiciones sin fin á la gloria católica, á esa gloria superior á los inciensos de todo un mundo embriagado por la admiracion y el entusiasmo, y á los grandes reveses que traen siempre consigo la falsedad de la política, la inconstancia de las opiniones y la ingratitud de los pueblos. Bajo el influjo contradictorio de estas dos situaciones, Pio IX se mostró siempre igual, y en consecuencia, siempre digno de la eleccion que de su persona hizo la Providencia, para conjurar la tempestad mas funesta que podia venir sobre la sociedad.

¿Cuál fué pues, repito, la mision de Pio IX? Apoyado en cuanto he dicho en el presente discurso, sin fijarme en el carácter privativo de la revolucion de Roma, ni en la fisonomía histórica de la revolucion italiana, ni en las particularidades diversas que se han podido distinguir en los movimientos varios de los Estados de Europa; sin hacer tampoco un resúmen, que considero innecesario despues de haber querido recoger en la persona de Pio IX todos los acontecimientos; y sirviéndome, sí, de estas recapitulaciones parciales que he venido sembrando á propósito, como puntos de una final aproximacion, os diré: que EL EMINENTÍSIMO SR. JUAN MARÍA MASTAI-FERRETTI vino al pontificado en las circunstancias presentes sin mas influjo que el de Dios, igual para todos los soberanos, y sin privativas obligaciones para ninguno, á fin de salvar á la Europa toda, y con ella al mundo político, abriendo en ciertos puntos cuantos conductos fuesen indispensables para que se desahogase la sociedad sin perecer inevitablemente, como de otra suerte hubiera sucedido. Y así se verificó á la letra, católicos: el Pontífice-Rei no ha encontrado al mundo en su regreso á Roma como le halló en su advenimiento al trono. Encontróle, es verdad, agitado, conmovido, incierto, presa todavía de las alarmas; pero sus enemigos ocultos habian dejado ya las tenebrosas cavernas, para brotar al campo de la lid; habian perdido en el combate franco de dos años las provisiones atesoradas durante medio siglo; y si la causa de la lei y de

la autoridad, si la misma causa del poder temporal de los Pontífices penden todavía de las dudas en el problema del porvenir, esto nada importa para la cuestion presente, nada importa para la mision sublime de Pio IX, nada importa para los destinos eternos de la Iglesia católica, nada contra el verdadero y sólido triunfo que la religion ha reportado con sus principios, con sus garantías y con sus vínculos eternos de caridad en este grande acontecimiento, nada, por último, contra la evidentísima verdad que me propuse desenvolver en la segunda parte de este religioso discurso, considerando la paz de las naciones como un hecho de consecuencia en la gloria de Dios.

Yo bien sé que no hay una cuestion definitivamente resuelta; que los mismos resultados prácticos figuran en la categoría de las transiciones; que las exageraciones políticas no han abandonado el campo de la lid; que la influencia del catolicismo, aunque gana terreno en las convicciones, no deja de ser combatida en las doctrinas; que el poder temporal de los papas tampoco ha dejado aún de ser el blanco de una terrible oposicion; que las miras políticas de ciertos Estados mui poderosos se hallan hasta hoi profundamente encubiertas; que las verdaderas intenciones de la Francia en la cuestion de Pio IX han sufrido y sufrirán todavía una empeñada discusion; que el ilustre y santo Pontífice ocupa hoi en Roma la silla de sus predecesores despues de un penoso destierro, pero sin respirar aún en paz; y qué sé yo, si nuestros himnos de reconocimiento habrán de ceder el campo mui pronto á las humildes y fervorosas súplicas por Nuestro Santísimo Padre atribulado segunda vez, si no en un pais extranjero. Lo sé.... Pero tambien sé, que Dios nos ha hecho sentir de mil maneras sus misericordias; que la misma vuelta de Pio IX es un presagio feliz; que el carácter de su mision es un argumento de bondad; y que para un mundo que iba infaliblemente á perecer en la mas tremenda explosion que imaginarse pudo, valiosa conquista es la de salvarse, aunque sea con algunos de sus dolores; que ha conseguido infinito aquel con solo haberse descargado ya del tósigo mortal que abrigaba en sus entrañas, y al que hubiera sucumbido sin duda, sin embargo de la ciencia y del arte, si la Providencia, dejando caer sobre sus miserias profundas una mirada paternal, no le hubiese deparado, con la exaltacion, la conducta, los sacrificios y la oracion eficaz de tan gran Pontífice, un medio de salvacion que ya parece incuestionable. ¿Seguirá la guerra? ¿Continuarán los partidos? ¿Nuevas conmociones agitarán la sociedad? Nada mas fácil, católicos: el mundo siempre es mundo, y el hombre siempre es hombre; pero nada concluyáis de aquí, ni

contra la gloria de Dios, brillante en el suceso que celebramos, ni contra la paz de los hombres, noble y santamente garantida en esta gloria de Dios. Nuevas nubes oscurecerán el horizonte, nuevas tempestades atronarán á los pueblos, nuevas miserias y nuevos crímenes vendrán sobre el género humano; ¿pero qué concluir de todo esto? Jamas un católico cuenta, para sus principios, sus esperanzas y sus vínculos inmortales, con una dicha no interrumpida y una paz permanente en la tierra. ¿Se trata de la Iglesia? Es militante por naturaleza, atraviesa por entre las borrascas, y vive siempre de victorias. ¿Se trata de la sociedad civil? Ella tambien hace su travesía por un *valle de lágrimas*.

Seguid pues en esa carrera ilustre á par que santa, ¡Gran Pontífice, insigne Soberano! Dejad que vuestro corazon, que ha recogido los tributos y sufrido tambien las adversidades de todo un mundo, se abandone al movimiento generoso que todos admiran y bendicen al contemplar vuestra persona. Llenad esa mision de salud que habéis recibido de las alturas del cielo, no solo para conducir la nave del pescador por entre las tempestades mil que han de agitar siempre á la Iglesia de Jesucristo, sino tambien para salvar estas sociedades políticas, víctimas deplorables de las tiranías de la razon extraviada por la filosofía incrédula, y del cisma funesto entre los intereses materiales, que forman el espíritu de nuestro siglo, y los intereses morales, que constituyen el objeto social de los principios católicos. Si una *cruz de madera salvó al mundo* de la idolatría, de la ignorancia, de la barbarie, del despotismo y de todas las tiranías, no será impotente la triple corona que dignamente portáis; pues que Dios la ha dejado caer sobre vuestras sienes para salvar de entre el orgulloso desden del filosofismo estas sociedades diversas de quienes os ha tocado ser contemporáneo. Ya sabéis, ó Pontífice, que se os ha prometido la sabiduría y el acierto, con las palabras de salud y de vida que han de bajar del Espíritu de Dios á vuestros labios cada vez que el espíritu del siglo llegue á presentaros sus grandes tentaciones.[1] Contemplad este mundo milagrosamente vuelto hácia vos con la esperanza, y unido á vos otra vez con la caridad. Aceptad esa voz de *fraternidad* que ha salido de Francia; pero haced entender á las naciones, que esta fraternidad será una mentira miéntras la divina y santa maternidad de la Iglesia no se admita como una verdad.

Por lo que á mí toca, si despues de haberos hablado en nombre del mundo pendiente ahora de vos, augusto y santo Pontífice, me

1 Math. cap. X. vv. 19 et 20.

es permitido venir al círculo particular en que la Providencia me ha colocado, llamando vuestras miradas á estos remotos países, que ha visitado ántes vuestro corazon, á esta República mexicana, á esta santa Iglesia y Estado de Michoacan; vos viviréis siempre en nuestra memoria: al través de todos los sucesos y vicisitudes que hayan de embarazar la marcha del porvenir, vuestro nombre será respetado y bendito en la gratitud de todos los mexicanos; y esta Santa Iglesia Catedral le trasmitirá siempre con respeto y con amor á todos nuestros sucesores en las sillas que ocupamos, á par que este privilegio de honor[1] con que habéis querido legarnos un monumento de vuestra munificencia, y con que hemos aceptado una obligacion tierna y dulce de gratitud.

Y vosotros, católicos, vosotros á quienes ha sido dado presenciar una de las mas fuertes conmociones de la tierra, asistir al tremendo espectáculo de una conflagracion inaudita, en que parecian ir á quedar inmolados con los principios todos los recursos y hasta las últimas esperanzas del porvenir: vosotros que aislándoos con vuestro pensamiento del golbo que habitáis, para verle vogar en el espacio inmenso por entre reiteradas borrascas y elementos desastrosos, habéis presenciado el milagro político de esta especie de salvacion, á pesar de los obstáculos todos que le opusieran las tendencias diversas de nuestro siglo: ¡qué fruto, decidme, qué provecho sólido y positivo habéis conquistado para los grandes intereses de vuestra eterna salud, al cabo de esta revista inmensa que habéis pasado con vuestro espíritu á todas las cosas de hoi, y al volver á vuestro raciocinio de esa profundidad insondable en que os habia tenido sumergidos una contemplacion verdaderamente sublime? Yo responderé por vosotros con las palabras de Profeta-Rei, diciendo aquí, sobre un desengaño tan ilustre, que la sociedad perecerá sin Dios, porque en El y solo en El está su salud: que El es el único que posee la clave de la esperanza, porque es único dueño de la eternidad: que todas las teorías en que la soberbia de los filósofos y políticos ha intentado en todos los siglos vincular los destinos de la sociedad, son apénas brillantes nubes que burlan el contacto al momento crítico de la prueba; porque no hay en los hombres mas que vanidad y mentira:[2] que el poder está en Dios, y en su seno se adunan y conciertan la justicia y la misericordia; *potestas Dei est*[3]: que el poder está en Dios, porque El es el Arbitro supremo de la paz y de la guerra, y por El viven y prosperan, y sin El irreme-

1 Alude aquí el orador al vestido morado que portan los capitulares de esta Santa Iglesia Catedral, por una concesion espontánea de Pio IX.
2 Ps. LXI, v. 10.—3 Ps. LXI, vv. 12 et 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diablemente perecen las naciones: *potestas Dei est:* que el poder está en Dios, porque Dios es la torre fuerte que la verdad y la virtud, los pueblos y los reyes pueden levantar contra sus enemigos[1]; *potestas Dei est:* que el poder está en Dios, porque habla, y los contrarios de la verdad y la justicia, como la cera que se derrite son desechos, cual combustibles bajo el fuego son consumidos, y se resumen en la tierra, como el agua que pasa, y al *fiat* irrevocable del Señor, tornan de nuevo á la nada;[2] *potestas Dei est:* que el poder está en Dios, porque su nombre es el símbolo de la vida y el heraldo seguro de la victoria, porque El se ha hecho manifiesto en todo el universo, dejando escuchar su voz en los grandes acontecimientos que presenciamos;[3] *potestas Dei est:* que el poder está en Dios, porque ha sujetado á los pueblos, y hecho caer las naciones enteras á los piés de los que le representan en el mundo, porque El es el Señor Supremo de toda la tierra, y recoge desde el trono de Su Magestad los himnos de toda la creacion, porque reina y ha de reinar sobre todas las sociedades, porque le han rendido la obediencia los supremos gefes de las naciones, y porque ha dado la fuerza para vencer los ejércitos al robusto brazo de los héroes;[4] *potestas Dei est:* que solo Dios es grande por lo mismo, y á El exclusivamente corresponden prez eterno y alabanza sin fin en esa *nueva Sion* donde reside el Vicario de Jesucristo, en esa Iglesia Santa fundada con el beneplácito y entre las aclamaciones espontáneas del universo admirado, para ser la capital del nuevo reino; en esos palacios suyos, desde donde le reconocen y aclaman todos los pueblos, y en cuyos muros han venido á reunirse con las miradas todas, el asombro, la conmocion y el culto de los reyes que se habian conjurado contra ella: en esa *Roma eterna*, simbolizada por el Profeta, á la cual bastaron algunos meses de soledad transitoria, para llevar el terror á todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y henchir de amagura el corazon de los príncipes:[5] *potestas Dei est.*

Venid pues, ó pueblos todos, los que habéis admirado la obra de Dios, erigida sobre las ruinas de la obra de los hombres; poned atento el oido, vosotros todos los que cubrís con vuestras moradas la superficie de la tierra, opulentos y miserables, nobles y plebeyos; venid á escuchar esta palabra que la sabiduría de Dios ha puesto sobre mis labios para cantar sus alabanzas y publicar su gloria. No soi yo quien os convoca al rededor de la nueva Jerusalen; sino el cantor sublime de la misericordia, de la bondad y del poder del Altísimo:[1] venid á presenciar el objeto mas grande y mas consolador que puede ofreceros vuestro pensamiento; el mundo todo sacudido por el brazo de la misericordia divina: venid para fecundar en su presencia vuestra esperanza, y verter al pié de sus tabernáculos augustos, las aflicciones y las penas de vuestro corazon. *Sperate in eo omnis congregatio populi, effundite coram illo corda vestra:*[2] venid á rendir á Dios los tributos de vuestra adoracion y los homenajes de vuestro reconocimiento, al contemplar la grandeza y sublimidad de sus obras: *Venite et videte opera Dei;* al verle pasar su cetro por todas las cosas del tiempo y de la eternidad, y clavar sobre las naciones los ojos de su Providencia, para que no vayan á perecer en su orgullo: *Dominatur in virtute sua in æternum, oculi ejus super gentes respiciunt: qui exasperant non exaltentur in semetipsis.*[3] Bendecidle pues, ¡oh naciones! y haced resonar en toda la tierra los himnos de su alabanza: *Benedicite, gentes, Deo nostro: et auditam facite vocem laudis ejus.*[4]

Y vos, ¡ó Señor! que desde el trono eterno en que residís ántes que la luz brillara sobre el orbe, dejáis caer vuestras miradas de misericordia sobre los mismos que os desconocen y ofenden, volved á nosotros, y no nos abandonéis jamas. A vos levantamos nuestro espíritu y, en vos colocando nuestra confianza humilde, os pedimos que no nos confundan jamas nuestros enemigos. En buena hora que se cubran de rubor y de espanto los que, siempre rebeldes, han persistido en su iniquidad; mas ábranse vuestros caminos delante de nuestros ojos, pues que llorando nuestros extravíos convertimos nuestro corazon atribulado á vuestra misericordia, y os pedimos remedio y salud para todos los que confesamos vuestro Santo Nombre,[5] los que hemos amado el decoro de vuestra casa, viniendo á reconocer en ella la residencia sublime de vuestra gloria;[6] los que os invocamos en el embate y os reconocemos en la caida vergonzosa de nuestros adversarios; los que á vuestra sola vista, echamos las alarmas, y la cobardía, y el temor fuera de nuestro corazon ante los campos enemigos;[7] los que vemos los cielos afirmados por vuestra palabra, y brillar el concierto y la hermosura por la eficacia de vuestra voluntad en toda la naturaleza,[8] los que hemos gustado y visto la suavidad inefable de vuestra presencia, y hecho una experiencia dulcísima de la felicidad con que coronáis la confianza de vuestros hijos.[9] Volved, repetimos, los ojos de vuestra misericordia hácia

1 Ps. LX, v. 4.—2 Ps. LVII, vv. 8 et 9.—3 Ps. XLIX, v. 3.—4 Ps. XLVI, vv. 2, 4, 8, 9 et 10.—5 Ps. XLVII, vv. 2, 3, 4, 5, 6 et 7.

(1) Ps. XLVIII, vv. 2, 3 et 4.—(2) Ps. LXI, v. 9.—(3) Ps. LXV, v. 7.—(4) Ibid. v. 8.—(5) Ps. XXIV, vv. 1, 2, 3, 4, 6, 7 et 11.—(6) Ps. XXV, v. 8.—(7) Ps. XXVI.—(8) Ps. XXVII, v. 32.—(9) Ps. XXVIII, v. 9.

la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros piés. Radicad, para nuestro consuelo y nuestra esperanza, en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habéis confiado el gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábese de afirmar esa paz que solo existe donde se respeta vuestro Nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores entre la Basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que ántes bien, fijos los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y exalte allí la hermosura de vuestra gloria.[1] Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmocion inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra, sin duda, es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbacion espantosa de la tierra. No resta pues ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagáis resplandecer, en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la extincion de los ódios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbasti eam; sana contritiones ejus.*[2]

(1) Ps. XLIX, v. 2.—(2) Ps. LIX, v. 4.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR. D.

JUAN C. G. DE PORTUGAL.

PRONUNCIADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA,

EL 12 DE NOVIEMBRE DE 1856,
EN LA FUNCION DE HONRAS DE AQUEL VENERABLE PRELADO.

Præterit figura hujus mundi.

Pasa la figura de este mundo.
I. Cor. cap. VIII, v. 39.

He aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos, la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria, el colorido verdadero de esos fantasmas seductores que, subyugando la imaginacion esclavizan la existencia, el terrible y soberano resúmen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos.... Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebata de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*

¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la ley? ¿Dónde está el sabio, que veia constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta, como su corazon, sobre las miserias de los pue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros piés. Radicad, para nuestro consuelo y nuestra esperanza, en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habéis confiado el gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábese de afirmar esa paz que solo existe donde se respeta vuestro Nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores entre la Basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que ántes bien, fijos los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y exalte allí la hermosura de vuestra gloria.[1] Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmocion inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra, sin duda, es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbacion espantosa de la tierra. No resta pues ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagáis resplandecer, en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la extincion de los ódios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbasti eam; sana contritiones ejus.*[2]

(1) Ps. XLIX, v. 2.—(2) Ps. LIX, v. 4.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR. D.

JUAN C. G. DE PORTUGAL.

PRONUNCIADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA,

EL 12 DE NOVIEMBRE DE 1856,
EN LA FUNCION DE HONRAS DE AQUEL VENERABLE PRELADO.

Præterit figura hujus mundi.

Pasa la figura de este mundo.
I. Cor. cap. VIII, v. 39.

He aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos, la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria, el colorido verdadero de esos fantasmas seductores que, subyugando la imaginacion esclavizan la existencia, el terrible y soberano resúmen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos.... Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebata de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*

¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la ley? ¿Dónde está el sabio, que veia constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta, como su corazon, sobre las miserias de los pue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blos, parecia multiplicar los panes para saciar á la multitud, y prodigaba dulcemente los consuelos á la humanidad atribulada? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido, como el de Moisés por el reflejo de Dios, persuadia la virtud ántes de desplegar sus labios, y predicaba la fe con sola su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia mexicana? ¡Ah! mis voces se pierden en el sepulcro, como los gritos del viajero en las vastas soledades: los recuerdos inanimados vuelven el eco del corazon; mas nuestros ojos, que ya no ven al grande Obispo, lloran sin medida y se fijan sin consuelo sobre ese monumento lúgubre terriblemente engalanado con los trofeos de la muerte.

La existencia humana, católicos, como los rios que atraviesan el inmenso golfo, cruza la corriente de los siglos, y estos mismos vuelan constantemente á sumergirse en el seno de la eternidad. De esta manera pasa cuanto vive sobre la tierra, presentándonos al mundo como una brillante quimera, como un ser fantástico, como una figura transitoria. *Præterit figura hujus mundi.*

¡Triste condicion de la naturaleza humana, pues ni la misma inteligencia está libre del dominio de la vanidad! "Si yo he de morir lo mismo que el necio, decia aquel magnífico monarca que habia hecho á los reyes tributarios de su genio, ¿de qué me sirve el haberme aplicado con el mayor desvelo á la sabiduría?"[1] Si en esto habian de terminar los nobles atributos y las producciones eminentes de tu alma sublime, Gran Pontífice, ciudadano ilustre, ¿por qué te consagraste con tanto afan á recoger en tu mente los rayos de luz que difundias por tu Iglesia y por tu patria, aprisionando tus dolores en las páginas de los libros? Tú sorprendias al mundo: ¡triste conquista, pues sorprendias una forma vaga, una imágen fugaz, una figura que pasa rápidamente para nunca volver!

Pero qué, ¿el oráculo del Apóstol proscribe para siempre los destellos de la sabiduría, y no deja ningun asilo para la verdadera gloria? Católicos: si el mundo es una figura, es porque tiene una realidad: si el tiempo arrebata su imágen entre sus olas, la eternidad aprisiona sus consecuencias y fija para siempre sus destinos. Muere el sabio, así como tambien el necio; mas la sabiduría verdadera, eterna como Dios, sacudirá el polvo de los sepulcros, para proseguir su magestuosa carrera bajo el esplendor perdurable de aquel astro que no tiene oriente ni occidente. Estas tristes solemnidades liquidan el corazon y bañan de lágrimas los ojos: Dios nos deja llorar, porque es el Autor de la naturaleza, y ha dado á nuestra vi-

1 Eccles. cap. II, v. 15.

da por morada un campo vastísimo de tribulacion y de llanto: mas esa pira denuncia un gran misterio, es el trofeo de la religion sobre la muerte. Ese túmulo, levantado sobre los pavimentos de la casa de Dios, posando sobre sepulcros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiempo, é inclinando nuestra frente ante el *Supremo Rei para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad.

Sí, católicos: ante ese luto sublime de la religion puede citarse al mundo, para que comprenda su origen, sus leyes y sus destinos. Ahí teneis el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre, el poder de Dios y el poder del hombre, la gloria de Dios y la gloria del hombre. Bajo su base reposan los siglos; en su cúspide brilla la eternidad. Como la columna misteriosa de Israel, ese túmulo está juntamente bañado de esplendor y cubierto de tinieblas: si le veis por uno de sus aspectos, os revela con sus dolorosos emblemas el poder irresistible de la muerte sobre la magestad, la grandeza y la gloria del mundo: si volvéis á otra parte vuestros ojos, descubriréis con trasporte el triunfo de la virtud sobre el dolor, de la esperanza sobre la muerte, y de la eternidad sobre el tiempo.

El tiempo, católicos, con todo lo que mide en sus instantes y arrastra en su curso, es decir: el poder, la grandeza, los honores, la riqueza, la prosperidad, la sabiduría, la gloria misma, andan su carrera misteriosa presentando una faz á los cielos y otra faz al sepulcro. Con sus dos faces atraen al hombre, y el hombre dotado de libertad puede, como todo lo que posee, elevarse á la gloria ó inclinarse á la muerte, recibir la cadena de oro del tiempo que perece, inmolando en la nada cuanto mas grato le habia parecido en el teatro de la vida, ó bien hacerlo entrar todo en el pensamiento sublime de su fin, y arrebatar al dominio del tiempo lo único que no le pertenece, las obras imperecederas de la virtud, que, dejando atras los siglos, vuelan á incorporarse de lleno en los atrios inmensos de la eternidad.

¡Desdichado de aquel que, apasionado irresistiblemente de las formas aereas de este mundo que pasa, como dice el Apóstol, no tiene á donde volver su corazon cuando le falta un objeto querido! ¡Venturoso mil veces el que, viviendo siempre bajo el influjo consolador de la fe y de la esperanza, no pone sus afectos en las criaturas, sino para ver en ellas esa escala mística de caridad, por donde asciende el corazon hasta perderse en el seno de aquel Ser incomprensible y Eterno de donde emana toda la creacion!

¿Qué me resta, pues, sino llamar el triste acontecimiento á la re-

gion de lo infinito, y asirme de la fe y de la esperanza, para mirar á mi héroe colocado ya en la eternidad? La Santa Escritura nos enseña que la muerte es como la vida: la vida será pues el bálsamo para curar la herida consiguiente á una pérdida tan dolorosa.

Hai hombres que vienen al mundo y se retiran de él de una manera desapercibida: hai hombres que al descender al sepulcro, miran volver á incorporarse en Babilonia, cubiertos de luto, pero sin perder sus encantos, ese pueblo de fantasmas que alimentaban su vanidad y su soberbia: hai otros que atacn muchas lágrimas á su postrimera mansion, porque dejan en la tierra mil plantas parásitas, que solo vivian de su beneficencia y de su nombre, pero á los cuales no se les vió nunca volver á Dios lo que es suyo, y siendo benéficos é influentes, no se les pudo encontrar caritativos y santos. Hai otros, empero, que nacen á la fe, viven en el culto de la esperanza, y cierran sus ojos en el lecho de la caridad; que siempre atentos á su verdadero fin, tuvieron la firmeza noble de no reservar nada para sí, ni admitir cosa que no pudiera referirse á Dios, y que, para valerme de la expresion del Sabio, brillaron sobre los pueblos, presidiendo á todas las glorias, durante su vida, y bajaron al sepulcro precedidos de todas las esperanzas, acompañados de todas las virtudes y seguidos de todas las bendiciones, salvando así su nombre y sus destinos de las condiciones transitorias del mundo.[1]

Bajo este punto de vista, católicos, intento colocarme y colocaros, para pagar este último tributo á la memoria venerable del ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GOMEZ DE PORTUGAL, DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN, EX-DIPUTADO Y SENADOR, EX-MINISTRO DE ESTADO, SOCIO DE VARIOS INSTITUTOS, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO Y CARDENAL *in pectore*[2] por la munificencia de Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

1 Si permanserit, nomen derelinquet plus quam mille; et si requieverit, prodesit illi. Eccli. cap. XXIX, v. 12.

2 Desde principios del año pasado manifestó Pio IX al Supremo Gobierno de la nacion, que se hallaba dispuesto á conceder el Capelo de Cardenal á uno de los señores Obispos de México. El Supremo Gobierno designó al Sr. Portugal, lo cual recibió mui bien el Sumo Pontífice, aplazando su preconizacion para el consistorio de Setiembre. He aquí los documentos que hemos podido reunir sobre este punto; pues aunque hai otros que pudieran publicarse, como una carta del Sr. Valdivielso al Sr. D. Félix Malo, no los tenemos á la mano, ni los creemos necesarios, pues bastan los dos que trascribimos á continuacion, por tener para el caso toda la autoridad que pudiera apetecerse.

"Estuvimos próximos á ver condecorado con la dignidad de Cardenal al Obispo de Michoacan, el Sr. Portugal; mas la muerte le arrebató, y hoi se pretende por nosotros que se conceda esa dignidad al Arzobispo de México, y si no es posible, al Obispo que designe el Pontífice." (*Discurso pronunciado por el presidente de la República mexicana, en la apertura de las sesiones del congreso de* 1851, *pág.* 22).

¿Cuál es pues mi deber en tan triste solemnidad? Pintar la verdadera gloria describiendo la virtud, y manifestar que la virtud es inseparable de la religion. Encargado de pronunciar un elogio fúnebre en la casa del Dios vivo, debo revelaros el designio que está

ILLUSTRISSIME ET REVERENDISSIME DOMINE.

Nihil mihi gratius contingere poterat, Illustrissime et Reverendissime Domine, quam ut Sanctissimi Domini Nostri jussu has tibi scriberem litteras, quibus nuncium ad te defero, ipsum Summum Pontificem, cui apprime nota sunt egregia tua in Catholicam Ecclesiam merita, statuisse Te in amplissimum S. Romanæ Ecclesiæ Cardinalium Collegium cooptare. Dum autem de hac tam eximia, ac singulari Sanctitatis suæ voluntate certiorem te facere vehementer gaudeo, Amplitudini Tuæ significo ejusmodi Tuam ad cardinalatus evectionem paucis post mensibus esse futuram, ut interim ea comparare possis quæ ad tantam dignitatem sustinendam requiruntur. Jam vero, cum Summi Pontificis mandatis non mediocri certe jucunditate satisfecerim, Tibi jam nunc, Illustrissime et Reverendissime Domine, de hoc insigni honore ex animo summopere gratulor, atque hanc etiam occasionem avidissime amplector, ut præcipuos obsequentiæ meæ in Te animi sensus profitear a Deo Optimo Maximo enixe exposcens ut fausta quæque, et salutaria Amplitudini Tuæ semper tribuere velit.

Dominationis Tuæ Illmæ., et Reverendissimæ Domine,
Romæ die undecima Maii 1850.

Addictissimus famulus,
J. Cardinal Antonelli.

Illmo. et Rmo. Domino Joanne Gomez Portugal, Episcopo Mechoacanensis.

ILLUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR.

Nada podia serme mas grato, Illmo. y Rmo. Sr., que escribiros esta carta por mandato de Nuestro Santísimo Padre, y en ella participaros, que el mismo Sumo Pontífice, á quien son mui conocidos vuestros relevantes méritos para con la Iglesia católica, determinó asociaros al ilustrísimo colegio de Cardenales de la Santa Iglesia Romana. Y al disfrutar la singular satisfaccion de comunicaros tan especial distincion, hago saber á Vuestra Sría. Illma., que vuestra elevacion al Cardenalato se verificará dentro de pocos meses, para que entretanto podáis preparar lo necesario para sostener con lustre tan alta dignidad. A la vez que cumplo con grande placer los mandatos del Sumo Pontífice, os felicito mui sinceramente, Illmo. y Rmo. Sr., por un honor tan esclarecido, y aprovecho gustosísimo esta ocasion para protestaros los peculiares sentimientos de mi afecto hácia vos; rogando con encarecimiento al Dios Onnipotente conceda siempre á Vuesta Sría. Illma. toda prosperidad y salud.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor,
En Roma á 11 de Mayo de 1850.

Vuestro mui adicto servidor,
J. Card. Antonelli.

Illmo. y Rmo. Sr. D. Juan Cayetano
Gómez de Portugal, Obispo de Michoacan.

representado en la vida del personaje ilustre y venerable cuyo sepulcro recoge hoi nuestras lágimas y nuestros votos. Dios tuvo sin duda un designo cuando quiso reunir en una sola frente los laureles cívicos y las coronas sagradas; y este designio, católicos, nunca brilla con caractéres mas espléndidos que en la época presente. Nuestro siglo busca la gloria en lo positivo, cifra lo positivo en los goces, y reconcentra los goces en la esfera de los sentidos. Mas la religion juzga de otra manera: nunca separa de la gloria la virtud, y siempre funda en ésta los goces del espíritu, la paz de la conciencia y el sentimiento indefinible de una feliz eternidad. El mundo lleva ya mucho tiempo de querer introducir un cisma entre los atributos de la gloria, contraponiendo casi de ordinario á las glorias de la religion las glorias de la sociedad; mas la fe, mostrándonos á Dios al frente de todas las cosas, todo lo tiene sometido al imperio de aquella unidad celestial en la que todo vive, y de la cual no se desprende cosa alguna, sino para volver á la nada. En este punto la religion y la sociedad son tan inseparables como el buen cristiano y el verdadero patriota. La religion y la patria, católicos, vierten á la par sus lágrimas sobre ese sepulcro, y á mí me corresponde explicar este sentimiento comun, para que brille la gloria de Dios en esta santa solemnidad de la muerte, como resplandeció tambien durante el curso de una preciosa vida. Quiero hablar, ménos á la admiracion y al reconocimiento, que á la imitacion y á la virtud; y si traigo á la casa de Dios la imágen de la gloria que puede adquirirse en la sociedad, es para dejar profundamente grabadas en vuestras almas dos grandes verdades, nunca mas fecundas que hoi; porque nunca se ha trabajado mas en desnaturalizar las grandes ideas de la gloria, y en cortar el indisoluble lazo que une bajo la accion de la Providencia la idea política y la idea religiosa. Tócame, católicos, probaros con el resúmen de una vida llena de grandeza, que la religion domina todas las glorias, pues forma no solo al sacerdote, sino tambien al ciudadano; que á ella pertenecen esos caractéres grandes, eminentes, sublimes, que han llevado á la mas alta perfeccion las virtudes sociales; y haceros por último sentir cuánto debe el mundo á la institucion augusta del episcopado. Sin embargo, al explicarme de esta suerte, no me propongo establecer una division, sino prevenir una consecuencia. A veces el método es demasiado frio, y el sentimiento es mas lógico de lo qué se piensa. Yo referiré los hechos; vosotros decidiréis sobre la cuestion de la gloria. No intento preocuparos; debo, sí, dirigiros.

PRIMERA PARTE.

Cuando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas[1]. Esto decia Jesucristo pocos dias ántes de entrar al Cenáculo, pasar el Cedron, penetrar en el Jardin de las Olivas y subir al Calvario. Esto dijo el Salvador del mundo; y al explicarse de tal manera, pronunciaba una sublime profecía sobre el porvenir de la humanidad. Habló, y ya desde entónces los destinos de la sociedad, como los caractéres de la virtud y los atributos de la gloria, quedaron pendientes de la Cruz. Fuéron aquellas palabras la solucion indirecta de todos los problemas que se habian estado agitando de cuatro mil años atrás en la razon de los siglos y en el curso de los acontecimientos. La palabra tuvo ya una idea, y la idea tuvo una realidad en las virtudes espléndidas con que el cristianismo vino á enriquecer á toda la sociedad moderna.

La virtud, católicos, lo mismo que la verdad, tiene caractéres únicos, y por lo mismo, donde falten estos no pueden hallarse aquellas. Lo mismo sucede con la gloria. Si ella no ha de partir de la conviccion universal producida por un bien positivo, la gloria es una quimera, es una impostura, es una mentira. Yo bien sé que el mundo no piensa de esta manera: tan reducido en su comprension, como errado en su criterio, ni comprende la virtud, ni legitima nunca la celebridad: localizando siempre la virtud y la gloria, las hace morir. Rei de los sentidos y vasallo del sepulcro, vedle siempre vogar entre nacimientos y muertes, entre ilusiones y desengaños, precipitar el torrente de su execracion sobre los hombres y las cosas que hayer estaban atrayendo sus inciensos y su culto, desarrollar una constancia sin ejemplo en sus máximas, en sus opiniones y en su conducta, traer siempre á la discusion el merecimiento, inmolar la virtud en el escepticismo, y trasformar la gloria en un brillante fantasma que gira sin cesar entre el fanatismo y la duda.

La gloria sin embargo, católicos, como la verdad y la virtud, no podian tener condiciones tan efímeras ni destinos tan precarios: necesitaba sin duda principios mas fijos, medios mas seguros y resultados mas infalibles; y como la fijeza, la seguridad y la infalibi-

1 Joann. XII, v. 32.

lidad, en toda la extension de sus términos, no es posible que se produzcan jamas por una causa contingente, débil é inconstante, la gloria verdadera, como la verdad esencial y la sólida virtud, no aparecieron en su plenitud sino con la mision que trajo de los cielos el Santo Fundador del cristianismo. He aquí las verdades que brotan de toda la historia moderna, las convicciones que deja profundamente arraigadas en el alma el estudio de diez ocho siglos. Desde que la virtud contó con un criterio y la verdad con una institucion, la fama tuvo un canal mas puro, y la gloria pudo atravesar sin inconveniente por la vasta carrera de los siglos, á pesar del inevitable término de todas las grandezas humanas. La gloria en otro tiempo parecia quedar solo para fecundar á los oradores é inspirar á los poetas. El genio especulaba con los recuerdos: la celebridad no tenia poder alguno para enjugar las lágrimas del corazon, y en este caso convendréis en que no era nada. Porque, católicos, si la gloria es para quien la conquista, ¿qué es la gloria cuando él ha perecido? Si no ha de ser para él jamas, ¿á qué fin darla el nacimiento? ¿con qué recursos puede contar el genio para inspirarse, ni la virtud para sostener sus terribles combates?

¡Felices nosotros, que podemos discurrir sobre la gloria enfrente de los sepulcros, y rendir ante la imágen siempre viva de la esperanza, los escombros de los siglos y los troféos de la muerte! La religion cristiana cifra siempre la gloria en la virtud; mas nunca reconoce la virtud fuera del círculo en que al mismo tiempo giran su accion y su pensamiento. Ella, católicos, ha bañado con su esplendor purísimo los Estados y los siglos que han vivido de su espíritu; pero es precisamente porque solo ella produce, afirma y conserva las virtudes sociales. ¿Qué prueba mas brillante pudiera daros aquí que la vida literaria y social del ilustre personaje que lloramos?

Sin duda que es un grande y bello espectáculo el que nos presenta una cuna en que se mecen juntamente las infancias del hombre, del genio, del honor y de la gloria; una vida donde comienzan á correr los anales del propio merecimiento, y á desenvolverse en la inteligencia y el corazon los gérmenes preciosos de la sabiduría y la virtud, como es bello á par que sublime ese criterio católico, que si admite las tradiciones de familia, la alteza de rango, la luz de una historia gentilicia, es como una comitiva exterior que se honra y engrandece con el mérito propio de la persona á quien rodea. El genio de esos grandes caractéres sociales que llaman con viveza la atencion del mundo, parece desdeñar con cierta magestad las fechas de privadas genealogías y el empeño de engrandecer las

dimensiones de una familia, para incorporarse de lleno en las épocas y darse todo á los destinos del género humano. El nacimiento y la muerte de los grandes hombres parecen coincidir con las épocas mas señaladas del mundo. Los antecedentes del genio y de las altas virtudes sociales tienen su rango de familia en el gran cuerpo de los bienhechores de la humanidad: sus fechas son en cierta manera históricas, porque vienen á refundirse, digámoslo así, en las que andan al frente de las vicisitudes políticas y morales de las naciones. Cuento en este número al Illmo. Sr. Portugal, pues miéntras de todas y por todas partes corria bajo las bases de la sociedad universal el tenebroso y horrible trabajo de una reaccion organizada contra el poder moral, filosófico y político de diez y siete siglos, vino al mundo juntamente con otros hombres insignes, á quienes preparaba ya la Providencia para reorganizar la sociedad. Tengo razon para creerlo así, vuelvo á decir, pues nacido diez y seis años ántes de la revolucion francesa, figura en nuestra historia patria como uno de los sabios mas esclarecidos que han esplotado sus consecuencias políticas en pro de la República mexicana.

Aquel carácter enérgico, aquel juicio sólido, aquel espíritu noble y elevado, dieron su crepúsculo en el seno de su familia y desde los primeros dias de su infancia. Católicos: el génio se anuncia, como la grandeza; la virtud brilla aun en la oscuridad donde se coloca; y si alguna vez lo futuro viene á formularse en lo presente, es precisamente durante esos períodos por donde se desarrolla, para tocar á su completa madurez, el carácter de los hombres insignes. Tal se muestra á mis ojos en su vida literaria y política el sabio incomparable, el ciudadano ilustre á quien lloran hoi sobre ese túmulo las letras y la patria.

Propóngome seguir en él la carrera del sabio, y le veo con cierta especie de trasporte desarrollando ya desde el principio aquel poder sublime de la inteligencia con que se dan á conocer los talentos clásicos desde la infancia de su celebridad. Ellos retribuyen al céntuplo los honores que reciben, y por esto el Seminario de Guadalajara y su ilustre Universidad están cubiertos hoi con el esplendor de su gloria: por esto los pensamientos del grande hombre andan germinando en el talento de muchos sabios, y por esto cada dia parecen rejuvenecer en Jalisco las memorias del Sr. Portugal, relativas á la época en que desempeñó con tanta gloria el magisterio ilustre de las ciencias.

Tal es el privilegio del sabio. Mas esta sabiduría tan codiciada en todos los siglos, esta sabiduría con que filósofos y políticos buscaban constantemente la gloria, fallaba siempre, bien lo sabéis, en

los momentos mas críticos de la prueba, y por eso nada era tan precario y tan dudoso como la gloria. A vos ¡ó Dios mio! estaba reservado hacer bajar al corazon las concepciones de la inteligencia, y formular en las grandes virtudes los felices efectos de la doctrina y de la ciencia. El Illmo. Sr. Portugal, como el insigne Bossuet, buscaba siempre en el gran código del mundo regenerado las máximas preciosas que forman al ciudadano: sabia mui bien que el corazon del sabio se ha de abstener del mal, y que en la observancia diligente de la justicia está cifrada la primera condicion de la gloria.[1]

Ya no me admiro, católicos, de ver á este hombre incomparable, mui jóven todavía, y cuando aun no habia recibido ninguna de las altas condecoraciones de la Iglesia ó del Estado, disfrutar en la capital de Nueva Galicia entónces aquellas consideraciones distinguidas que irresistiblemente atraen sobre sí los grandes hombres, por el rango personalísimo en que los colocan el genio, el talento, el saber y la virtud. Ya comprenderéis que os hablo de una época y un teatro que, si han recibido los apodos de *oscuros* por la miserable superficialidad de nuestros dias, eran sobremanera respetables á los ojos de los verdaderos sabios: os hablo de México en una de sus mas brillantes épocas: me refiero á un tiempo en que se preparaban las ilustres carreras que mas hemos admirado despues en los altos personajes de la nacion, en que figuraban hombres que han recibido los honores del talento en las córtes de Castilla, hombres que han estado al frente de los negocios públicos ocupando la primera magistratura de la nacion, en que se educaban hombres que han llevado con honor despues la cartera del gabinete en los ministerios de Estado, en que la milicia tenia sus capitanes insignes, la toga eminentes jurisconsultos, la Iglesia sabios doctores, en que las ideas se desarrollaban con increible precocidad, en que el Episcopado, por último, tenia modelos de todos géneros en la Santa Iglesia mexicana: os hablo de un tiempo en que se andaba y padecia mas que ahora para llegar á los últimos honores de la carrera, y en que todavía no empezaba á correr la era de las apologías. ¿Cómo encarecer bien el eminente mérito de un hombre que tuvo una primacía de eleccion para dirigir la voz de la Iglesia al primer cuerpo electoral del Estado, que recibió tantas pruebas de estimacion y de concepto en aquella ilustre sociedad, que tuvo el honor de poseer en alto grado la confianza del Illmo. Sr. Cabáñas, y el timbre bien raro de un voto académico, emitido espontáneamente para re-

1 Eccli. 3. 32.

compensar su saber y su elocuencia?[1] De este modo su nombre corria entre las alabanzas de los pueblos y el testimonio de la Iglesia. ¡Brillante corona que pone el Espíritu Santo sobre la frente del verdadero sabio! *Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudes ejus enuntiabit Ecclesia.*[2]

Pero los años corrian en tanto, y apresuraban la venida de aquella época en que nuestra patria, saliendo de la tutela de tres siglos, habia de alistarse en el catálogo de las naciones, aquella época en que el pais, rendido casi á la penosa contienda que habia sostenido por dos lustros, parecia vacilar entre la consumacion ó el abandono total del pensamiento que se anunció en Dolores en 1810; la época en que los golpes mas terribles, la experiencias mas costosas, los desengaños mas funestos habian como amortiguado el antiguo esfuerzo, y llamaban al terreno del consejo, del cálculo y de la sabiduría, la cuestion que se habia debatido sin órden en el campo de batalla; la época en que acaso por la primera vez el criterio político abarcaba en su pensamiento la situacion del país, la época en que iban á sopesarse, digámoslo así, por las mas altas inteligencias de México las esperanzas y los recursos de dos grandes colonias para llegar á la independencia. Era necesario reunir á los grandes hombres, y no existian aun en el punto de exageracion que hoi conocemos esas rivalidades políticas, que han venido á crear entre nosotros cierta especie de escepticismo cuando se trata de recompensar el mérito y la virtud. Las reputaciones de esta época estaban acrisoladas en todas las pruebas, y podian pasar á la posteridad sin el inconveniente de la duda. Una de estas reputaciones esclarecidas fué la del Sr. Portugal: nuestros fastos nacionales le presentan como uno de los individuos á quienes fué cometida la promocion de nuestra independencia, y en tan célebre junta, impelido por una confianza y un honor sin límites, desenvolvió aquella imponente actividad, cuyo recuerdo se conserva todavía mui vivo al cabo de treinta años.

No todos los tiempos son igualmente propicios para la celebridad:

1 En las honras que hizo la Universidad el año de 16 á la buena memoria de su difunto Cancelario y primer Rector el Sr. D. José María Gómez, Obispo nombrado para Michoacan, habiéndose encargado los colegios de las oraciones fúnebres, el Señor Portugal pronunció una en desempeño del Seminario, y por nombramiento que de él hizo el Exmo. ó Illmo. Prelado. Este discurso oratorio le mereció que el mui ilustre Claustro acordara inmediatamente, y por aclamacion, el que sin erogar ninguno de los gastos de estatuto, que ascendian en la facultad de teología á 1.500 pesos, pudiese recibir la borla de doctor. (*Relacion de méritos del presbítero Juan Cayetano Portugal. México* 1820).

2 Eccli. cap. XXXIX, v. 14.

hai siglos estériles y siglos fecundos, y la realizacion de la independencia de México forma una de esas grandes épocas donde la posteridad ve incorporarse de lleno á los héroes y á los sabios de primer órden. No podia ocultarse al Sr. Portugal la conquista que acababa de hacer para su nombre; pero esto, que hubiera sido ya mucho para la ambicion, era mui poco para la virtud. Tal es la diferencia que média entre el ciudadano que forma la política y el ciudadano que forma la religion: el uno se ve á sí mismo; el otro ve siempre á la patria: el uno complica sus intereses con los intereses sociales; el otro inmola sus intereses y sus esperanzas en las aras de la prosperidad pública: el uno ve siempre al pueblo, por lo que de él espera; el otro ve siempre á Dios, por lo que de sí desconfía: el uno arrastra con pena los disgustos por entre la carrera de los aplausos; el otro soporta con dificultad los honores por el sendero de los sacrificios y el teatro de las sólidas virtudes.

De esta manera admiro el genio de la religion en el carácter social de tan esclarecido personaje, y no me sorprende ya que esos tributos de honor, que tanto relajan á veces los resortes del merecimiento, no enerven sus facultades ni detengan sus pasos por la carrera del bien. Vedle, si no, en el gran sistema de su vida política; seguidle por esa carrera vastísima que anduvo entre la admiracion y el reconocimiento. La independencia, que para otros era un objeto final, se presentó siempre á su vista como la grande transicion de un pensamiento que arrastraba de continuo su corazon á la sólida ventura, progreso legítimo, goces reales y grandeza bien entendida de su patria. Ved cómo domina esta idea en todos los pasos de su carrera pública, cuál se sobrepone á todas las dificultades, y cómo triunfa en las situaciones mas imponentes y en las crísis mas terribles.

¿Quién de todos los que al presente me escuchan, quién de todos los mexicanos echará nunca en el olvido aquella época para siempre memorable, en que, desarrollándose sobre las opiniones no sé que influencia fatal, electrizó las pasiones políticas hasta el extremo de precipitar aquella tremenda crísis que tuvo su desenlace en la expulsion de los españoles? ¿Y quién podrá recordar esta época sin ver descollar entre todas sus eminencias históricas la imágen respetable y gloriosa del esclarecido ciudadano que ha perdido nuestra patria? Preocupaciones funestas, intentos mal encubiertos, ambiciones rayando en frenesí, odios rápidamente encendidos al fuego devorador de las pasiones de partido, cálculos en que todo el porvenir se sacrificaba ante los mal entendidos intereses de lo presente, plantaron aquí y allá la semilla funesta que vino á dar

sus frutos en una ruina que la nacion mexicana no reparará nunca: en ese golpe funestamente memorable que hizo sucumbir ante las legiones armadas á los augustos representantes de la nacion, y que con el ejemplo mas humillante que presenta nuestra historia, parecieron desplomarse sobre los padres conscriptos las techumbres del santuario que encerraba con la magestad de las leyes todo el porvenir de la nacion mexicana. *Union*, dijo el héroe de Iguala, y un solo dia, una sola hora, un momento solo, por ventura, resolvió la cuestion de tres siglos. *Expulsion de españoles*, pronunciaron algunos malogrados caudillos, y en el mismo santuario de las leyes quedó violado el pacto, desapareció el grandioso elemento de la prosperidad pública: las pasiones vieron brillar su dia; pero la nacion jóven empezaba ya á sentir la parálisis que tan prematuramente habia de orillarla hasta el sepulcro. ¿Quién conjurará esta tormenta? ¿Quién pronunciará el *hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿Quién desplegará sus labios, para reclamar en frente de las turbas indómitas los sacros deberes de la justicia? ¡Quién volverá por la causa de la religion y de la moral en el fondo de ese torbellino político? ¡Ah, católicos! Todo es en vano para salvar á la inocencia. *Expulsion de españoles*, pronuncia un soldado, *expulsion de españoles* clama un tribuno, *expulsion* gritan las turbas seducidas, *expulsion* resuena dentro de los muros encubiertos en que pasan los clubs: es una especie de fiebre, que cunde por todas partes. Elimínase de la historia de tres siglos cuanto podia tocar á la compasion y afectar á la gratitud; enloquécense las opiniones, prostitúyese la prensa, envilécese la crítica, condénanse los clamores de la verdad y los acentos de la justicia; y no parece sino que, para castigar el perjurio de tantos corazones avasallados á los intereses del momento, Dios dejó caer las tinieblas de la noche sobre las ántes esclarecidas mentes de tantos varones insignes. ¿Dónde está el hombre de esta época? ¿Dónde el varon celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¡Dónde la palabra triunfante que ha de pronunciar la solemne protesta de la verdad, de la justicia y de la religion contra los furores impíos de una faccion desenfrenada? ¿Quién se atreverá á desplegar sus labios en una crísis tan terrible? ¿Quién querrá ser el mártir de la patria, inmolando la boga del momento y la falsa quietud de la cobardía en las aras augustas del deber? Portugal, insigne Portugal, esclarecido patriota: he aquí tu hora, he aquí tu teatro! A este punto del tiempo, á esta crísis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. ¡O dias para siempre célebres! ¡O época perdurable en los fastos de la gratitud! En los momentos mismos, católicos, en

que la iniquidad consumó su obra, la virtud cívica creó un héroe. Partiéronse las entrañas de la grande nacion, rompiéronse los lazos de la inmensa familia, hundiéronse las tradiciones gentilicias bajo las huellas confundidas de un pueblo de proscritos y un pueblo de perseguidores; pero salvóse la verdad, salváronse los principios en la vigorosa elocuencia del Illmo. Portugal; y él solo, al frente de unos cuántos escogidos por Dios, para que el error y la iniquidad no prevaleciesen, quedó en pié sobre tantas ruinas, anatematizando lo presente y salvando el porvenir.

¿Qué no podria deciros, hermanos mios, si analizando toda su vida política, ó bien, siguiéndola paso á paso con la mirada profunda de la reflexion, me empeñase ahora en mostrar uno por uno los cuadros magníficos que ella contiene? ¿Quién olvidará jamas aquella elocuencia varonil, aquella lógica irresistible, aquella fuerza de persuacion, aquel grave peso de autoridad que habian llegado á ser sus caractéres, y que se recordaban con solo su nombre? Sus mismos enemigos en el debate parlamentario rodeaban su tribuna cuando se anunciaba con la palabra, pagando así al orador insigne un tributo de admiracion y gusto, en los momentos mismos en que tronaban tambien contra el antagonista. ¡Admirable triunfo, que no consiguen por sí los mas bellos talentos, si no cuentan con el ascendiente de la autoridad y los respetos de la virtud!

¿Quién extrañará, pues, que aquel carácter social de primer órden haya constantemente fijado la opinion pública para los mas delicados empleos? ¿Quién no ve, que solo la voz de la religion, llamándole á un principado de la Iglesia, pudo haber hecho que hubiese quedado vacía la silla curul que habia ocupado con tanta gloria?

Mas no imaginéis por esto, católicos, que su advenimiento al episcopado hubiese apartado su corazon de las exigencias imperiosas, de las grandes crísis, de las glorias ó pesadumbres de la patria. Nunca olvidarémos aquella época en que las facciones triunfantes le mandaban á una parte, y la opinion pública le fijó en otra; en que marchando al destierro, entró en el gabinete; y en que, anticipándose tal vez aquella triste melancolía con que agrava el corazon del proscrito la imágen de la patria, se vió súbitamente convertido por la Providencia divina en un agente de la restauracion social, en órgano del poder público, bajo la investidura honorífica de *Ministro de Justicia y Negocios eclesiásticos*, cuando se trataba nada ménos que de restaurar la moral casi perdida, y de reponer á la Iglesia en los derechos que á mano armada le habian disputado las

pasiones políticas desde los escaños del congreso y los palacios de los gobiernos.

Pero qué, ¿esto es todo? Sin duda alguna que ha ganado mucho lustre para la simple celebridad el ciudadano eminente que logra recorrer tantos grados por esta escala bien difícil de honores y de confianza pública: mucho es haber merecido el derecho de sufragio en las juntas electorales, pagado á la patria un cuantioso contingente de saber en las grandes discusiones, oprimido el errror sofístico bajo el influjo de una dialectica irresistible á la faz de ilustres galerías, avasallado el talento de la oposicion entre los aplausos del pueblo y ante la imágen seductora de la verdad triunfante en los parlamentos, encadenado la opinion, electrizado el entusiasmo y subyugado las pasiones con el ascendiente y bajo el poder de la elocuencia tribunicia. Pero vuelvo á decir: ¿es esto todo? Yo interpelo á vosotros, políticos profundos, sabios distinguidos, los que habéis ocupado y ocupáis aún los primeros asientos en la noble categoría de nuestros hombres de Estado, los que sentís palpitar vuestro pecho cuando se habla de triunfos y derrotas en las vicisitudes inapreciables de la opinion, los que hojeáis el libro fugitivo de vuestras memorias políticas cuando se trata de caracterizar el influjo vário del talento, del genio y de la accion en la marcha de los negocios y en la suerte de la sociedad. ¿No es verdad que no se han limitado á solo esto vuestras aspiraciones patrióticas? ¡Ah! si en tan excelentes rasgos de un carácter político estuviera cifrado todo el bello ideal del ciudadano eminente, la gloria seria de muchos, pero la gloria es de pocos, porque pocos en verdad llegan al *non plus ultra* del merecimiento y del concepto público. Sea que en esta noble prerogativa del genio y de la virtud figure solo el cálculo de la inteligencia en el gobierno de la conducta, sea que juegue tambien con sus caprichos la fortuna vária de los hombres, pocos entre ellos hai que cuenten con la luz y fuerza necesarias para salir del torbellino tenebroso de las contiendas civiles á presentar, con una frente limpia y un continente reposado y magestuoso, al hombre *sin miedo* y *sin tacha* de la historia, al héroe civil, si me permitís la frase, que despues de haber electrizado la imaginacion, ha recogido los triunfos mas espontáneos y universales entre las turbas beligerantes, en medio de las crísis mas peligrosas y con el beneplácito de todos los partidos. Esto es ya mucho, católicos, esto es todo, porque esto es la gloria en el órden civil; y, demos á Dios las gracias, esta gloria social fué la propiedad cívica, digámoslo así, del Illmo. Sr. Portugal, considerado como ciudadano, como elector, como diputado, como senador, como ministro,

como patriota y como verdadero mexicano. Dios nos dió una patria, y quiere que la amemos: á Dios vuelva la gloria de que México cuente entre sus hijos un modelo tan perfecto de todas las virtudes sociales.

Pero católicos, decidme: si hubiésemos de suprimir de aquí las ideas de la religion; si en la imponente categoría de tantas causas impulsivas de la conducta social no figurase, y en el mas excelso rango, el verdadero fin del hombre, cifrado en amar á Dios sobre todas las cosas, para verle y gozarle eternamente; si con tan penosos é ilustres esfuerzos no ambiciona el ciudadano distinguido sino el incremento de los honores, la boga popular, el respeto y la admiracion del mundo; ¿qué viene á ser todo esto que acabo de presentaros como un tegido brillante de preciosas margaritas para ornar las sienes de mi héroe? Dicho estaba por el sabio mucho tiempo ántes de que la gloria cubriera con sus albores póstumos las elegantes estátuas de los Demóstenes y Tulios, de los Cincinatos y Camilos y tambien de los Constantinos y Carlo-Magnos. *¡Vanidad! ¡Vanidad!* ¿Quién puede pasar su vista por las primeras páginas del Eclesiastes, de esta tristísima recapitulacion de todas las grandezas humanas, que hace la Verdad por esencia en el primero de todos los libros; quién, que acabe de leer estas páginas, tendrá todavía calor en la sangre, colorido en la imaginacion, aliento y ánimo, para escuchar sin frialdad esas narraciones fastidiosas de unos hechos, ruidosos é ilustres si queréis, pero en que no hayan tenido parte alguna la religion y la moral?

Acordáos de aquel Rei en quien parecian competir la gloria y la sabiduría; acordáos de aquellos instantes solemnes en que, llamando á la revision la historia de un reinado magnífico, pronunció á la faz de los siglos dos palabras que han quedado vivas sobre los sepulcros, para perpetuar en el pensamiento de las edades futuras todos los desengaños: *¡¡Vanidad de vanidades!!* Acordáos de aquel rigor inflexible con que somete á la lei de la nada hasta lo que ménos accesible parece á los embates de la muerte, es decir: las producciones del pensamiento: "Yo he aplicado, decia, mi corazon al pensamiento de la prudencia y de la doctrina, de los errores y desaciertos; mas he visto que aun esto no era mas que afliccion de espíritu." Acordáos de aquel sublime resúmen que hace de la misma naturaleza, de aquella vista profética sobre el mundo físico y moral, de aquel exámen severo de cuanto pasa en el orbe entre la admiracion y la fama, reducido todo, bien lo sabéis, á la triste condicion de la vanidad. "He presenciado todo cuanto pasa en la tierra, decia, solo para desengañarme de que todo es vanidad y afliccion de espíritu."[1] Pero al ménos, será placido para el alma el pequeño rato de la existencia: pasa la gloria efímera del tiempo; mas pasa entre las risas y los placeres. ¡Ah, católicos! ¡vano consuelo, triste y miserable recurso! *¡¡Vanidad!! ¡¡¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!!!*

Si en esto pues, vienen á parar todas las cosas; si las concepciones ilustres, los caractéres eminentes y los hechos famosos, pierden hasta su significado propio en el sepulcro, ¡riquezas, magnificencia, talento, genio, poder, grandeza, celebridad, gloria, términos excepcionales, expresiones negativas con que la vanidad intenta de continuo fascinarse, abandonad por fin nuestro entendimiento y nuestro corazon, para dejar el campo libre á la moral; salid hasta de las páginas de nuestros libros; no vengáis á tiranizar con vuestras imposturas nuestra existencia, atrayéndonos de continuo hácia esos lechos de flores que os complacéis en tender sobre las lozas de los sepulcros! ¡No nos impongáis con vuestros vanos prestigios la dura lei de invocaros, ni ménos aún en estas festividades de la muerte!

Ya no me admiro, católicos, de haber visto colocada la abnegacion de sí mismo en lugar de la grandeza, del brillo y del poder en el código sublime de la gloria: no me pasma ver alguna vez vacíos los tronos, y abandonadas las cortes para poblar los desiertos y habitar los claustros. Ya sé por qué los Crisóstomos y Basilios huían, como la paloma amenazada por la saeta, de una mitra que venia á colocarse sobre su frente, y no me confunde ver á los Gerónimos y Agustinos desdeñar los laureles de los Demóstenes y Tulios, á la vista de una cruz de madera. Nada tiene de extraño para mí que el ángel de las escuelas católicas haya preferido á Dios sobre todo, cuando Dios venia ex-profeso á ceñir sus sienes con la corona que quisiera escoger en recompensa de la sabiduría con que estaba admirando al mundo. Ya comprendo por qué las rojas palmas del martirio crearon una pasion, digámoslo así, en el pecho de los primeros cristianos, y por qué el Apóstol de las gentes, despues de haber visitado el Areópago, no queria saber mas que á Jesucristo crucificado. Todo lo que el tiempo mide y la muerte toca, no merece fijar nuestra atencion: nada de lo que concluye es duradero, y una alma nacida para la eternidad no puede encontrarse bien bajo el cómputo mezquino del tiempo.

¡Infeliz de mí, católicos, desdichado tambien de mi héroe, si no

1 Véase el capítulo del Eclesiastes, de donde se ha tomado el fondo de esta prueba.

hubiésemos comprendido la gloria como la pinta y retrata el Espíritu divino por la boca de Salomon! Su vida entónces y su gloria se habrian evaporado sobre esa tumba, y mis alabanzas se perderian en el desierto, como los fugaces brillos de la vanidad en las tinieblas del sepulcro. Pero no es así. Predestinado por la gracia para edificar con las lecciones y los ejemplos de una verdadera sabiduría, el Sr. Portugal sorprendió el desengaño en su corazon desde la mañana de la vida. Mas instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, sabia mui bien el uso que debia hacer de las grandezas de este mundo, y comprendia la eterna subordinacion en que Dios ha querido colocar los atributos de la gloria.

No estaba en su mano, bien lo sabéis, desprenderse de la luz que le rodeaba por todas partes. Por una razon contraria, la gloria sigue al genio y á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo. Tembló delante de su fama; entraba en alarmas continuas al contemplar su influencia; agotaba los recursos para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecian: su deber, desarrollando esa accion maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estatua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus conciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producia y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza, porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad, sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio, á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo, á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su admirable táctica, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre, durante su travesía por la vida, entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡Oh, si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caractéres de su carrera social,

seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano! Mas yo debo llamar las glorias del Sr. Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mexicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respetable auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza estrechando los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, católicos, un estado cuyos caractéres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra; un estado que resume cuanto los otros tienen de espansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado, por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano, y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de consquistar la inmortalidad de los cielos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hubiésemos comprendido la gloria como la pinta y retrata el Espíritu divino por la boca de Salomon! Su vida entónces y su gloria se habrian evaporado sobre esa tumba, y mis alabanzas se perderian en el desierto, como los fugaces brillos de la vanidad en las tinieblas del sepulcro. Pero no es así. Predestinado por la gracia para edificar con las lecciones y los ejemplos de una verdadera sabiduría, el Sr. Portugal sorprendió el desengaño en su corazon desde la mañana de la vida. Mas instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, sabia mui bien el uso que debia hacer de las grandezas de este mundo, y comprendia la eterna subordinacion en que Dios ha querido colocar los atributos de la gloria.

No estaba en su mano, bien lo sabéis, desprenderse de la luz que le rodeaba por todas partes. Por una razon contraria, la gloria sigue al genio y á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo. Tembló delante de su fama; entraba en alarmas continuas al contemplar su influencia; agotaba los recursos para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecian: su deber, desarrollando esa accion maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estatua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus conciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producia y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza, porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad, sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio, á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo, á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su admirable táctica, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre, durante su travesía por la vida, entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡Oh, si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caractéres de su carrera social,

seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano! Mas yo debo llamar las glorias del Sr. Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mexicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respetable auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza estrechando los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, católicos, un estado cuyos caractéres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra; un estado que resume cuanto los otros tienen de espansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado, por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano, y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de consquistar la inmortalidad de los cielos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hombre llamado á un estado tan sublime es depositario de un tesoro inestimable, y cuenta con una fuerza y un poder irresistibles. Él posee la sabiduría, practica la prudencia, enfrena las pasiones, concierta los atributos de la inteligencia con las cualidades del corazon, se incorpora en la felicidad que él mismo produce, y ante la imágen siempre viva y siempre fuerte de la virtud disipa las tinieblas de los sepulcros y humilla el poder indómito de la muerte. Colocado entre lo pasado y lo futuro, piensa con la razon de los sábios que le han precedido, y mira con la vista de los profetas que maneja sin cesar: abriga en su corazon las lecciones de los varones ilustres, revisa cuanto hai de grande, útil ó pernicioso entre todos los hombres y en todos los paises de la tierra: otorga todos los dias las primicias de su pensamiento al autor de su ser, y baja de los cielos con su oracion continua y fervorosa el espíritu de inteligencia, que luego esparce como la lluvia, con las máximas sublimes de la sabiduría, sobre el espíritu de los pueblos: toma las alturas para distribuir la doctrina que enriquece su alma, y cifra toda su gloria en meditar y exponer de continuo la lei que no tuvo principio, el gran Testamento del Señor.

Ved con qué caractéres tan sublimes se ostenta en su palabra la sabiduría, y de qué modo tan diverso recoge y distribuye los rayos de la gloria: la celebridad le sorprende en su pacífico retiro, y miéntras él deplora sus tinieblas, los hombres admiran su genio: la generacion con quien vive recoge su sabiduría, como un tesoro inapreciable que lega sin menoscabo á las generaciones que vienen. No temáis que perezca su memoria, porque las naciones pregonarán sus virtudes ilustres, y la Iglesia toda celebrará sus alabanzas: no os alarméis al contemplar esa sublime abnegacion en que se coloca, ni receléis tampoco que llegue á quedar desierta su tumba; porque "durante su vida, dice el Eclesiástico, tendrá mas nombradía que mil otros, y cuando le llegue su hora entrará sin inquietud en la carrera misteriosa de la eternidad."[1]

Tales son, católicos, los datos verdaderos y únicos que el Espíritu Santo me suministra para comprender y estimar la verdadera gloria, y es mui grato para mí haber sorprendido vuestro corazon con un retrato que tiene una imágen en cada uno de los que me escuchan. Yo no he temido hacer esta pintura para daros el antecedente instructivo que debe prepararos á presenciar el cuadro de este modelo que ha quedado en la Santa Iglesia de Michoacan, para la perfeccion del sacerdocio, sobre el respetable sepulcro de nuestro

1 Eccli. cap. XXIX, v. 13.

digno Prelado. Dios ha querido, sin duda, que quedase ahí en pié para su gloria y nuestro ejemplo, y me ha destinado á mí para que sea su intérprete delante de vosotros, explicando lo que quiere de sus ministros con solo referir lo que ha hecho el venerable Pontífice de quien hablo.

Grave, modesto, recogido, obediente, piadoso en suma: tal se me representa este hombre cuando corrieron los bellos dias de su infancia, dando á esta primera época de la vida cuanto concederla podia la virtud y el juicio, y rehusándola con firmeza mui superior á sus años lo que piden entónces los sentidos y los caprichos de la edad, é imperiosamente demandan ya desde léjos las pasiones que se insinúan. Creo verle entre los niños como el pequeño sacerdote de la infancia, rodeado de ciertos respetos, y gozando de ciertas consideraciones que acaso no comprendia. Mil bellos pronósticos andaban tal vez delante de sus pasos, y él acaso no daba uno solo sin justificarlos y robustecerlos.

Trasládome al Seminario con mi imaginacion inspirada por su virtud, y le veo allí continuar esta carrera pacífica y digna, realizando con su conducta inalterablemente arreglada la idea inexplicablemente grata de un verdadero *seminarista*, es decir: de una piedra escogida para la casa de Dios, colocada incesantemente bajo la mano laboriosa de la gracia, de una semilla católica, preparada y robustecida para que no se acabe nunca, sino ántes bien, crezca y se multiplique la verdad y la virtud entre los hombres: de un verdadero *seminarista*, es decir: de uno que se forma en la escuela del Santo Concilio de Trento, y que lleva sobre los emblemas que adornan su vestidura, las esperanzas vivas de la Iglesia y del Estado: de un verdadero *seminarista*, es decir: de un jóven que en el pulimento de su razon y en el cultivo de su voluntad no anda solo bajo la direccion de un ayo, ni se reduce al círculo de una escuela secular, por mui numerosa que sea, sino que camina siempre entre la historia y la eternidad, trayendo á sus espaldas sesenta siglos de tradiciones augustas, de memorias venerables y de glorias diversas, y teniendo al frente la santidad y la bienaventuranza, como objeto y término de su vasta carrera: de un *seminarista*, es decir: de uno que se incorpora en esa única universalidad católica, constituida sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y levantada sobre la piedra angular de Jesucristo, donde están todas las verdades y todas las virtudes, y á donde no penetran los errores y los vicios, sino para huir con la reprobacion y el anatema: de un verdadero *seminarista*, de un candidato del sacerdocio, de un levita en el cuerpo de la familia, de un ministro sagrado bajo la accion

del magisterio, de un apóstol en su cuna, de un Pontífice en la escuela de Jesucristo.

Todos aguardaban con impaciencia ver las manos del Pontífice sobre aquella frente limpia; y su advenimiento al sacerdocio no causó la sensacion de la sorpresa, sino el indefinible gozo de un deseo felizmente realizado. Un sacerdote, católicos, tiene varios ministerios en la casa de Dios, y el Sr. Portugal, que habia de venir con el tiempo á incorporarse en la agusta asamblea de los Pontífices, se preparó á esta vocacion de plenitud con el ejercicio constante del sacro presbiterado. No llevaba sobre sus hombros el destino eterno de una feligresía bajo el título de Párroco, y ya se preparaba, irresistiblemente impelido por el espíritu de su vocacion, al ejercicio de todos los nobles atributos de estos padres de los pueblos. Amigo de las ciencias y del estudio, como el que más, pudo haber quedado satisfecho con ocho años de incesantes trabajos científicos, sostenidos por el celo de la Iglesia, y empleados en formar la juventud, de donde habian de salir los sacerdotes. Pero la caridad, siempre fecunda y siempre espansiva, no sabe restringirse; y por esto, cuando acaba de dejar los libros en su habitacion, y las doctrinas en el espíritu de sus discípulos, recoge como un en punto los ahorros de tiempo que en cada dia le proporciona su eficacia, para salir de su colegio á explayar su corazon con los únicos recreos que tiene un verdadero sacerdote, en el íntimo comercio con Dios y la edificacion constante de sus hermanos. La palabra *no me obliga*, jamas posó sobre sus labios. Lleno siempre de caridad y de celo, hallaba siempre en su corazon de padre los preceptos que no encontraba en los decretos de la Iglesia. Ya le veis asistente á las piscinas sagradas para lavar con la sangre del Cordero los pecados del mundo; ya con Jesucristo en las manos para ministrar la vianda de eterna salud en el rico festin del Esposo; ya en la cátedra del Espíritu Santo para repartir el alimento de la doctrina, tronar contra los vicios, exponer á la veneracion pública los misterios de nuestra redencion, encarecer la felicidad de los justos para darles sucesores en la tierra, hablar en favor de la sociedad y en nombre de la religion á esas respetables asambleas, cuyo sufragio solemne habia de formar al magistrado; ya finalmente, para honrar con la elocuencia fúnebre la memoria de los hombres eminentes: es decir, católicos: la predicacion en todos sus aspectos, en todas sus glorias, si queréis.

Fuera de estos ministerios, ¿quién contaria esos otros de que tan inmenso partido saca la familia de Jesucristo? ¿esos que pasan de la palabra al oido; pero que arrancan muchas víctimas á la desgracia y muchos pechos á la desesperacion? Fué pobre, porque estaba destinado á ser el padre de los pobres: tan sublime virtud mui raras veces se forma en la casa del opulento. Pero pobre, sintió muchas veces inundado su corazon con el santo gozo de la limosna. Verdadero sabio segun Dios, jamas buscó la medida y el peso material para estimar la virtud: porque su fe siempre viva le enseñaba que una sola gota de agua dada por Jesucristo, valia mas que todos los tesoros de Creso repartidos por la mano estéril de la filantropía. Y pobre, católicos, fué respetado, porque Dios le guardaba para ser el escudo y la egida del sacerdocio en medio de un siglo frívolo. Siempre tenia presente que no llevaban mas de una túnica los vencedores de los Césares, pero bastante ilustrado para erigir un escrúpulo en una regla, comprendió los designios sociales del catolicismo, y respetaba en el Illmo. Cabañas lo que un espíritu ménos grande hubiera censurado. Lamentaba sí, como lamenta todo buen católico, las necesidades que han creado los siglos; pero reconocia y predicaba al mismo tiempo, que el sublime carácter nunca habia de encubrirse bajo un brillante modio, sino enseñorearse á la faz del mundo de todas las grandezas, como dice San Gregorio. La decencia estuvo siempre en su porte y en su casa, como la sabiduría brillaba en su entendimiento, y la virtud se albergaba en su corazon.

Con unos antecedentes tan felices fué promovido á la coadjutoría de los Pontífices, repartida, como bien lo sabéis, en ese respetable cuerpo de pastores de segundo órden, que llevan el nombre de *párrocos*.

¿Qué no podria deciros, católicos, si escribiendo su historia, mas bien que consagrándole este fúnebre homenaje de admiracion y reconocimiento autorizado por la santa Iglesia, tuviese á mi disposicion el tiempo y el auditorio, para seguirle paso á paso por toda su edificante carrera parroquial? ¡Ah! Yo os haria una pintura fiel de todos sus trabajos y vigilias: os manifestaria con trasporte aquel prodigioso incremento de caridad y celo, que le atraia tantas bendiciones de todas partes: os haria notar aquella tierna solicitud por su rebaño, que le fijó siempre en su primera parroquia, desechando los ascensos á donde su mérito reconocido le encumbraba:[1] repasa-

1 En el mismo año, despues de examinado y aprobado, y presentado por el patrono, fué promovido de las cátedras del Seminario á la parroquia de Zapopam.

En 1819, despues de examinado y aprobado, fué presentado por el patrono para el curato de primera clase del Real de los Catorce, que no aceptó por temor de aquel clima excesivamente frio.

Quince años ha que es cura de Zapopam: su residencia en el lugar de su beneficio

ria con trasporte para la gloria de Dios y edificacion vuestra, la dilatada carrera de quince años pasados al frente de su pueblo, empleados en el ejercicio de todas las virtudes que la Santa Iglesia quiere que brillen en los párrocos, sin permitirse ni aun aquellos desahogos concedidos por el Santo Concilio para dar algun tiempo al descanso, rehusando salir del seno de su querida grei, aun con licencia de su Prelado, sino desde aquel dia en que la causa pública, llamándole á otro género de negocios en nombre de la religion y de la patria, ensanchaba el círculo de accion en que habia de ejercitar su celo y su sabiduría. Sin hacer otra cosa que referir sencillamente su historia, estoi seguro que dejaria embelesada vuestra vista con el mas bello cuadro, presentándoos la imágen viva del verdadero padre del pueblo en el *Cura de Zapopam*. Pero, católicos, breve es el tiempo, inagotable la materia; y con haberos hablado del Illmo. Portugal disponiendo su corazon para el clericato desde su tierna infancia, formándose para sacerdote desde su juventud como seminarista, ejerciendo el ministerio eclesiástico como simple presbítero, y presentando un perfecto dechado en su carrera parroquial á la imitacion de los que llevan sobre sus hombros por este aspecto la Cruz de Jesucristo, apénas he iniciado mi asunto. El grande hombre estaba llamado á la cumbre del sacerdocio, para el ministerio del episcopado. Abriéronse los labios del Senado ilustre de esta Santa Iglesia, corrió la pluma del primer magistrado de la nacion, el *fiat* resonó en los grandes consistorios del Pontífice, y el nombre del Sr. Portugal vino á colocarse, como en su lugar propio, en las mas gloriosas páginas de la historia de la Iglesia mexicana. Ese nombre estaba reservado en los decretos de Dios para dar la vuelta al mundo; porque la reputacion merecida, la mui crecida fama del Pontífice que acabamos de perder, bien sabéis que no estuvieron aprisionadas entre el Pacífico y el Atlántico. Ese nombre está incorporado en nuestra historia contemporánea, que no pudiendo ser el trasunto de la regularidad constante en el órden social, pasará á las venideras generaciones como un cuadro de incesantes y caprichosas vicisitudes para el Estado, y de violentos ata-

ha sido continua, sin interrumpirse jamas, ni con licencia de su Obispo, hasta que fué ocupado en servicio de la causa pública: siempre ha administrado con desinteres las funciones parroquiales: á la par con sus ministros, ha trabajado constantemente en la tarea mas penosa de la cura de almas: con perseverancia ha explicado la moral cristiana, y predicado el Evangelio todos los domingos del año: por último, nunca ha habido contra él queja alguna de parte de ninguno de sus feligreses, ni reconvencion la mas pequeña de parte de las autoridades eclesiásticas ó de las civiles. (*Relacion citada.*)

ques y enconadas persecuciones para la Iglesia. Preparábasela, como la experiencia nos lo ha enseñado, una época de gran tribulacion, pruebas terribles y crísis funestas; y Dios, que cuando está para recipitar la nieve, prodiga el vellon sobre la piel de las ovejas, para que no vayan á perecer, mandó al infierno que esperase, hasta que el nuevo Pontífice no hubiese tomado posesion de la Iglesia de Michoacan. La Iglesia necesitaba un genio, y este genio fué el Sr. Portugal: la contienda religiosa necesitaba un héroe, y este héroe fué el Sr. Portugal: el movimiento intelectual de las ciencias necesitaba una luz, y esta luz fué el Sr. Portugal: la humanidad afligida por todos los azotes necesitaba un padre, y este padre fué el Sr. Portugal: el entónces presente y futuro clero habia menester de un Pontífice, y este Pontífice fué el Sr. Portugal: el concierto de la justicia y la misericordia exigia una víctima, y esta víctima fué el Sr. Portugal. He aquí, católicos, anunciado el resto de mi asunto, y justificada la sobriedad con que he procedido al tocar los otros puntos de su carrera. Vengamos pues á los vastos pormenores de este conjunto sublime, consagrando un tributo fúnebre y glorioso al mismo tiempo al último Obispo de Michoacan.

Mas al tocar este punto, un torrente de luz inunda mi alma; ideas magníficas circulan por mi mente; sentimientos nobles y generosos hinchen mi corazon: el aspecto lúgubre de la muerte desaparece ante las glorias sublimes del pontificado, y el arcano de la resurreccion se personifica en los recuerdos vivos de tantos Pontífices ilustres y de tantos hechos famosos. No, católicos, las glorias de la religion son infinitas, y en el foco de la caridad vienen á recibir todas las acciones inmortales del sacerdocio aquella unidad sublime que no conoce rival en la tierra. Aquí el todo es como la parte, y la parte como el todo, ó para mejor decir, no hai todo ni parte, sino un ser inmenso é indivisible, el pensamiento y el esplendor eterno de Dios, donde vuelven á incorporarse de lleno todas la luces que resplandecen sobre el mundo. La religion, católicos, no reconoce diversidad en los atributos de la gloria: estudiad la comunion de los santos, y veréisla resplandecer á la par en los fastos de la misericordia, en las coronas que distribuye la justicia y en los timbres diversos de la celebridad católica. ¡Qué mucho que la elocuencia fúnebre, cuando posa en esta cátedra del Espíritu Santo, sacuda magestuosamente todas las trabas, y se ostente superior al espacio y al tiempo! ¡Qué mucho que, á un golpe dado por la reflexion sobre una vida ilustre, se ilumine por sí toda la cadena tradicional, y que al nombre del Illmo. Portugal, empiece á correr á nuestra vista por estos atrios venerables la gloria póstuma

de los Quirogas, Calatáyud, Tagles, Rochas, Covarrubias, Ramirez de Prado, San Miguel y Morianas! ¡Qué mucho que vengan aquí á retocar su gratitud y su amor con los recuerdos mas sublimes las tribus idólatras convertidas en pueblos católicos á la voz de Quiroga; las costumbres primitivas del cristianismo conservadas como una rica herencia por el espacio de tres siglos en esas comarcas humildes; las artes indígenas perpetuando la sábia y paternal solicitud del primero de nuestros pastores! ¿Dónde podria yo fijar mis ojos, que no viese esculpido el nombre de un benefactor? ¿Cuál de esos monumentos perdurables que desafian el poder de los siglos, no me recuerda un Obispo? ¿Dónde hallaré una sola de las calamidades públicas, en la historia de las tristes vicisitudes de la humanidad afligida, sin encontrar una *mitra* y un *báculo*? ¡Ah! En esta carrera ilustre de merecimientos y de santidad cada vida las representa todas, cada pensamiento corona y prepara todos los pensamientos, cada virtud narra y profetiza todas las virtudes, cada Pontífice, dirólo de una vez, anda entre lo pasado y lo futuro, porque vive para la eternidad, y la eternidad no conoce estas miserables divisiones del tiempo.

Este pensamiento, hermanos mios, es grande, porque es católico; es sublime, porque es divino; es propio de los hombres eminentes, en cuyas nobles almas no tienen cabida ni la desconfianza ni la envidia, y, ¡ó verdad siempre grata para nuestro corazon! fué tambien el pensamiento, fué tambien el carácter del Sr. Portugal. ¿Quién de todos los que le hayan tratado, no cifraria su gusto en dar de ello un solemne testimonio? Acordáos de su primera pastoral, acordáos de lo que frecuentemente se le oia decir. ¿Y no mas? Acordáos de lo que hizo, cuando, ya revestido con los augustos ornamentos de su dignidad episcopal, enderezaba sus pasos hácia esta basílica. Tomó en sus manos un báculo de madera; pero un báculo que valia mas que el oro y las piedras preciosas: era el báculo de Don Vasco de Quiroga. La comitiva inmensa recibió una de aquellas sensaciones que la historia caracteriza con el título de grandes: anublóse un tanto la frente del nuevo Aaron; rasáronse sus ojos de lágrimas, dejando á cargo de cuatro lustros explicar este rasgo sublime de su vida. Empuñando el báculo el nuevo Pontífice, ataba por sus dos extremidades una cadena de tres siglos, y se inundaba él solo, sin comprenderlo, en el inmenso esplendor del pontificado. Despues acá, bien lo sabeis, todo afirmó aquel hecho, todo justificó aquella gloria.

Admirando en el Ilustrísimo Señor Portugal todas las virtudes apostólicas, me ceñiré sin embargo, hermanos mios, á deciros lo que

le fué propio, para que bendigamos á Dios, que todo lo dispone constantemente para su gloria. Como el Sr. Don Vasco de Quiroga, tenia siempre en su corazon esos monumentos vivos de la antigüedad mexicana, esas familias de Jesucristo conservadas por la Iglesia, esas tribus indígenas que vienen á cada paso á figurar en nuestros discursos populares y en nuestros fastos históricos, como una materia fecunda para los libros y para la elocuencia, pero cuya suerte no parece tener otra garantía que la de sus pastores. Como el Señor Tagle, desenvolvió un celo extraordinario en favor de la juventud estudiosa, dándola, por decirlo así, la parte mas florida de su corazon. [1] Como el Señor Don Frai Antonio de San Miguel cultivó con esmero extraordinario la virtud santa de la humildad. Solia recordar muchas veces con aquel entusiasmo grave que le era tan propio, aquel concierto de discrecion en la conducta episcopal, que dando á las condiciones del episcopado el esplendor consiguiente al carácter social de la Iglesia y al catolicismo del mundo, cultivaba en el silencio de su retiro y de su corazon, como la flor solitaria del desierto, la sublime pobreza de Jesucristo. Mas en este punto, católicos, Dios ha querido darnos en la vida de nuestro Pontífice una leccion de sabiduría, que acaso no se ha llegado á comprender. El Illmo. Sr. Obispo penetró dentro de nuestros muros y pasó un tercio de su carrera entre las virtudes eminentes de su corazon y la pompa magnífica del episcopado: á medida que se afirmaba mas y mas en el conocimiento y respeto de la opinion pública, iba quitando, por decirlo así, algunas orlas doradas á la rica vestidura; y cuando mil rudos embates, mil tremendas oleadas tentaron vanamente la firmeza de aquella columna antigua, quedó en pié á la faz de toda la nacion con la blancura del mármol y el brillo del capitel. ¡El grande hombre descendió al sepulcro con la sencilla

1 El Seminario de Michoacan ha fijado siempre sin duda la tierna solicitud de los señores Obispos, como uno de los primeros objetos cometidos á su cuidado pastoral; pero en su historia descuellan generalmente dos insignes Prelados, cuyos nombres deben citarse de un modo singularmente honorífico en esa escuela de saber y de virtudes, que ha dado tanta gloria á la Santa Iglesia mexicana. Estos nombres son el del *Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle* de gloriosa y respetable memoria, fundador de nuestro Colegio Seminario, y el *Illmo. Sr. Portugal*, que, dándole un incremento de primer órden con toda clase de proteccion, le elevó al rango que hoi tiene. A él pertenece toda la historia del establecimiento referido desde el año de 1831 hasta el de 1850. No hago una mencion particular de todo lo conducente, por haber dado ya al público un opúsculo histórico que puede consultarse, y corre bajo el título de "*Memoria instructiva sobre el orígen, progresos y estado actual de la enseñanza y educacion secundaria en el Seminario tridentino de Morelia.*"

vertidura de la gloria y la corona que Dios habia puesto sobre sus sienes!

Como todos sus predecesores, fué siempre el ángel del consuelo y de la esperanza: sus labios vertian por todas partes la doctrina, sus manos el pan, y su ministerio la Sangre de Jesucristo en favor de la inocencia y del arrepentimiento. Sumo sacerdote, como canta la Iglesia, le vimos siempre resplandecer en todos sus atributos sublimes, mostrándose como el escogido de Dios en el dilatado curso de su pontificado, acrisolando su virtud en todas las pruebas, é interponiéndose todos los dias, como una víctima de expiacion, entre la justicia irritada y los pecados del mundo. *Sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio.*

Considerado principalmente bajo este último carácter, ¿qué no podria deciros, católicos? Acordáos de los años eternamente memorables de 1833 y 1847, de aquellos tiempos de tinieblas y de llanto, que vinieron á anublar el bello dia sobre las cúpulas de nuestros templos, de esas eras de frenesí, que parecian echar á torrentes el plomo sobre el corazon atribulado de los mexicanos católicos; de aquellos instantes funestos, en que la seduccion del siglo queria tentar hasta á los predestinados, y en que la bandera del cisma, encubriendo su negrura bajo mil bellas apariencias, paseaba tremolando de ciudad en ciudad y de puerto á puerto por toda la república mexicana; de aquel tremendo aunque tosco resúmen del siglo XVIII en los parlamentos y en la prensa del pais; de aquella incesante agitacion en que no se contaba con el siguiente dia ni para la religion ni para la patria, y en que, para servirme aquí de una frase de uno de nuestros sabios, todas las Iglesias de México volvian los ojos á Michoacan, como á Meaux las de Francia en tiempo de Bossuet,[1] ó á Hipona las del mundo en la era de Agustin.

Verdad es, que aun en tiempos pacíficos, terrible carga es el episcopado, pues nunca deja el pastor de hallar la mas amplia materia para su celo en el rudo y continuo ataque de los enemigos de nuestras almas; pero al fin, los trabajos parecen suavizarse bajo el inalterable concierto de las dos potestades, sin que el pastor haya menester de luchar á la diestra contra las pasiones, y á la siniestra contra la impiedad. Lo que hai de mas terrible, católicos, es el debate de la Iglesia con el Estado, porque estos son los lances en que la moral del pueblo corre todos los peligros. Para estos casos

1 Debo esta bella observacion á mi correspondencia epistolar con el M. R. P. Fr. *Manuel de San Juan Crisóstomo*, (NAJERA). No se podia dar una mas feliz aplicacion en México al célebre pensamiento de Maury en el panegírico de S. Agustin.

principalmente queria en sus hermanos toda la fortaleza de Dios el Apóstol de las gentes. "No se trata ya de contender, decia, contra la carne y contra la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los que rigen en las tinieblas el destino de las naciones." *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem; sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum.*[1] La triste historia de nuestros desaciertos políticos, electrizando todos los ánimos con el estrepitoso clamoréo de todas las pasiones, reservaba tambien esta gloria para el digno Pontífice que lloramos.

¿Quién recordará sin la mas viva emocion, sin abandonarse á los trasportes inefables de un entusiasmo sublime, aquella actitud imponente, noble y magestuosa con que se presentaba el Illmo. Sr. Portugal cada vez que empezaba á tronar la tempestad política sobre la Iglesia mexicana? El celo por la gloria de Dios se hacia visible en su frente, y la santa resignacion al martirio se albergaba tranquila en su corazon. Todos le vimos llorar cuando los achaques de la naturaleza detenian sus piés y su pluma, siempre habituados á moverse para el provecho espiritual de esta dilatada grei; mas nadie le vió verter una lágrima, cuando con aquella dignidad que le era tan propia, resistia los duros embates de la persecusion antieclesiástica. Siempre alerta para no ser sorprendido, siempre fuerte para no ser intimidado, siempre animoso para no desfallecer, le vimos admirados luchar con fe y con esperanza, y, todavia mas sorprendidos, hacer temblar con su prudencia la astucia cautelosa con que se le tentaba. Jamas comprometió el reposo público, jamas transigió con las tentativas del poder: prudentes evasivas, contestaciones sobrias, respuestas oportunas, representaciones enérgicas, protestas decisivas: he aquí los brillantes pormenores de aquella inimitable táctica con que lleno del Espíritu Santo sostenia siempre los combates del Señor, como le aconsejaba la Escritura Santa: *Prœliare prœlia Domini.*

Ya no me admiro, católicos, de haber visto consagrada en el respeto de toda la nacion la persona de este ilustre Prelado: no me sorprende que su solo nombre haya valido un ejército poderoso á la Iglesia de México, ni me maravilla, por último, que esta carrera no interrumpida de triunfos haya levantado su firma hasta el rango de un poder social. Sí, católicos: esta firma era decisiva, porque llevaba la representacion tácita de todas las luces, de todos los respetos y de todas las virtudes. La historia contará un dia cómo se

1 Ephes. cap. VI. v. 12. Véase la Biblia de Sionet en este lugar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desentonó la elocuencia parlamentaria para proscribirle; pero no ocultará nunca cómo el anatema de la opinion pública selló los labios del acusador, hizo caer la pluma de los dedos del magnate, y sin ofender en manera alguna los derechos del César, se opuso entre los templos y los palacios para que no fueran sacrílegamente conculcados los derechos del Dios vivo; que el problema social fué completamente resuelto en favor de la Iglesia, y el nombre de nuestro Pontífice pasó el Atlántico y volvió á México cargado con todos los honores que podia merecer al Padre comun de la Iglesia universal una de las mas insignes reputaciones del mundo. El gran Pio IX, este Pontífice que por un concurso extraordinario de circunstancias, únicas tal vez en los fastos de la historia moderna, llegó á reunir en su persona sagrada con las bendiciones del cielo todas las glorias que puede ofrecer la tierra, ratificó la conducta de nuestro Prelado durante la época referida de una manera tan delicada y tan sublime, que hubiera llenado de honor, no lo dudéis, á la Aguila de Meaux y al Cisne de Cambrai.[1] Preciso era que tal aconteciese, pues todavía recordamos haberle oido decir, que se cubria de vergüenza cuando leia la vida de esos grandes Pontífices, y nadie ignora que Dios Nuestro Señor resiste á los soberbios y cifra su complacencia toda en exaltar á los humildes hasta la altura de los cielos.

Y qué, ¿tendré que reducirme á esto solo, cuando se trata de referir las glorias con que Dios quiso ilustrar el nombre de nuestro último Prelado? Voi á publicar desde esta cátedra, para la gloria de Dios, honor y prez eterno de nuestra Santa Iglesia Michoacana, lo que no saben todos, y todos deben saber. El Sr. Portugal estaba predestinado en el pecho de Pio IX para ser el primer Cardenal de las Américas españolas, y no sé si diga tambien del Nuevo-Mundo.[2]

¡Qué perspectiva, católicos, de felicidad y de gloria para esta Santa Iglesia de Michoacan! Tres siglos han pasado desde que México es católica, desde que el Nuevo-Mundo todo se ha incorporado en el reino de Jesucristo; y durante estos tres siglos, ¡qué de triunfos para la religion! ¡qué de glorias para la Iglesia! ¡cuántos sabios de primer órden! ¡cuántos obispos que hubieran honrado con su

1 Alude á una honrosísima comunicacion que N. Smo. Padre Pio IX le dirigió de Roma, con motivo de su Protesta contra la ley de 11 de Enero de 1847. Dicha comunicacion corre impresa en el cuaderno que publicó el M. I. y V. Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, titulado: *Honras fúnebres del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacan.*

2 Véase la nota de la página 430.

presencia la primera corte del mundo! ¡cuántos nombres consagrados en el culto de las letras, legados á la historia del espíritu humano por el esplendor siempre vivo del genio, de la sabiduría y de la virtud! Las Casas, Zumárragas, Quirógas, Granados, Palafoces, San Fermin, Alcaldes, Cabañas, Portillos, Manéiros, Alegres, Abades, vosotros pertenecéis á esta noble y digna categoría que ha fijado las miradas de Roma sobre los Belarminos, Baronios, Cisneros, La Luceme, Gerdiles y tantos otros: mas vosotros pasasteis de la gloria de las virtudes y de las letras á la gloria inmortal de la religion, sin haber oido sonar aun la hora en que la púrpura romana pasaria el Atlántico, para venir á honrar á las naciones del Nuevo-Mundo. ¡Qué sensacion, católicos, aquella que nos advirtió del gozo, de la sorpresa, de la admiracion que experimentaron nuestras almas desde el instante mismo en que recibimos al oido por la via reservada esta grave noticia! ¡Qué agitacion la nuestra en la impaciente expectativa de su confirmacion! ¡Qué de pensamientos bellos, y cuántas conjeturas! Las ideas de la religion venian á confirmarnos á cada paso mas y mas en esta grata esperanza, y la imaginacion, que siempre se anticipa, la imaginacion, que ni teme ni calcula, la imaginacion, que sueña en la realidad miéntras forma sus bellas ilusiones, pareció adunarse con la sensibilidad para no vacilar ni un instante. Nosotros ibamos á ser eminentemente honrados en la sublime condecoracion de nuestro Pontífice, y Michoacan entraba ya en posesion de este primado de honor en la existencia de un Cardenal mexicano.

¡O Santa Iglesia de Michoacan! ¡A tí estaba reservada tan insigne gloria! ¡Tú habias de llevar á la faz del orbe este bello timbre en la historia de la grandeza de nuestros Pontífices! A la hora presente la púrpura romana debia recorrer magestuosamente tus atrios augustos, y el venerable nombre de tu Esposo poseer el derecho de entrar en la urna sublime donde se revuelven con los votos del Cónclave los destinos de todo el mundo católico! ¡A tí se hubieran convertido en estos dias las miradas atónitas de esta ilustre nacion al verte consagrar en tu reconocimiento la munificencia incomparable del ínclito Pio IX! ¡Hoi tal vez magníficos preparativos ocuparian á todos tus hijos, para celebrar dignamente un suceso tan glorioso! Arcos de triunfo se habrian erigido por todas partes, y la magnificencia del regocijo público se hubiera excedido en tan bello dia, para saludar al *Eminentísimo Sr. Portugal* entre mil festivas aclamaciones, en medio de los trasportes mas vivos del entusiasmo inspirado por la gloria, con toda la pompa de las bellas artes, con todas las gracias de la naturaleza, con los encumbrados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acentos de la elocuencia y los encantos indefinibles de la poesía. Hoi tal vez.... en estos mismos instantes.... en medio de esta misma concurrencia.... dentro de estos muros sagrados....

¿A dónde voi, católicos? ¿Quién explicará estos misterios de la imaginacion? Yo hablaba de regocijos públicos, y me hallo en el santuario de la muerte: me embelesaba con primorosos cuadros, y tengo á mi vista una pira: perseguia inquieto un brillante cúmulo de ilusiones al través del porvenir, y me encuentro frente á frente de la eternidad: el entusiasmo me enagenaba, y sorprendo en mi alma el dolor..... ¡O muerte, fidelísima para Dios, é importuna siempre para los hombres! Llamaste á la puerta de ese Palacio, y arrebataste cruelmente de en medio de nosotros y nuestras esperanzas al hombre que las alimentaba con la imágen bellísima de la gloria. Tú tenias levantado el brazo, miéntras nuestro pensamiento corria con afan: pronunciaste el tremendo *hasta aquí;* y desde las torres de nuestros templos el eco imponente de tu voz inflexible vino á helar la sangre en nuestras venas, y á echar una pesadumbre inmensa sobre nuestro corazon atribulado!..... ¡Ah! católicos, es preciso desengañarse! Todo lo que el tiempo mide y la muerte destruye, cuanto no sea capaz de atravesar la tumba, reinar en los cielos y vivir en la eternidad, debe salir al instante de nuestro corazon. Si el hombre merece la pena eterna por sus pecados, no sé deciros qué merecerá por adherirse con tan loco frenesí á las cosas de este mundo, por colocarse al lado de las ilusiones contra el poder terrible de la realidad, por alzarse rebelde contra tantos y tantos desengaños de la vida, para perseguir sin obstáculos esa deidad encantada, ese símbolo de todas las falsías, esa felicidad impostora que, fascinando la vista y embriagando el corazon, arrastra á las generaciones al abismo por desfiladeros de sepulcros!

¡Dichosa tú, alma escogida y predilecta, que cerraste las puertas del corazon á las avenidas tristes de las pasiones durante la aurora primera de tu vida; que te horrorizaste del vicio ántes de sentir sus funestros estragos; que te apasionaste de la verdad santa cuando la voz de una filosofía corruptora no habia venido aun á tentar tu reposado genio é incomparable juicio! ¡Dichoso tú, Pontífice grande, que, profundamente penetrado del carácter de la sabiduría, levantaste dos tabernáculos en tu espíritu, para que nunca saliesen de allí en pos de una morada mas digna el temor y el amor, consagrados en la primera de todas las leyes por la palabra de aquel Ser incomprensible por quien es cuanto existe, y el único á quien toca por derecho el honor, la grandeza y la gloria! Dichoso tú, modelo de los sabios, que, recogiendo en tu alma todas las glorias,

recorriendo en tu vasta carrera todos los teatros, haciendo admirar el poder de tu dialéctica en las nobles contiendas de la tribuna, tu dominio en las ciencias al frente de la juventud estudiosa, tu elocuencia triunfadora en las grandes crísis de la patria, y no queriendo jamas transigir con las insinuaciones brillantes de la celebridad del siglo, las despediste siempre de los umbrales de tu hogar pacífico al volver de los afanes no interrumpidos de tu vida social! ¡Dichoso tú, que siempre adicto á las lecciones del Sabio, simpatizabas con el dolor y la miseria, y huiste siempre de la opulencia y el fausto: jamas te presentaste á los festines del regocijo; pero no rehusaste nunca tu presencia á los asilos del dolor! ¡Ah! Tú eras el único que ignoraba la grandeza futura que venia á oprimir tu inalterable modestia, y grande beneficio fué para tu alma el cultivar hasta sus últimos términos aquella virtud sublime que encadenó la naturaleza bajo el yugo de todas las penas y bajo el poder indómito de los mas terribles dolores! ¡Dichoso tú, que, habiendo descendido á la tumba sin tener motivo para volver tus miradas á la vida, pues cuanto poseias podia pasar contigo, hiciste la travesía misteriosa á la benéfica luz de la misericordia divina, en medio de tus ángeles custodios y de tus virtudes eminentes!

¡Gran Dios, que, proscribiendo del alma los temerarios juicios, levantando los sentimientos de misericordia y de bondad al rango de las primeras virtudes, y preparando insignes recompensas para los que aman á sus padres y á su prójimo, no condenáis nunca, sino favorecéis mas bien estas conjeturas felices con que apoyamos nuestros juicios sobre la bienaventuranza de aquellos que han vivido conforme á vuestra lei, ratificad lo que he dicho, llevando al sagrado de vuestros tabernáculos divinos el alma de este Pontífice, que vivió siempre de la fe, predicó vuestra palabra y promovió vuestra gloria! Dad, Señor, á esta Santa Iglesia un esplendor mas verdadero, mas lucido y permanente que el que sobre ella podian derramar un Capelo y aun una Tiara. Dadnos, Señor, la ratificacion sublime que decide para siempre de la suerte feliz de los que han salido de la vida: dadnos á todos nuestro fin último: á nosotros tu amor constante miéntras respiremos, y al amado Pastor que acabamos de perder, el eterno descanso reservado solo para esas almas escogidas que te han de ver y gozar por los siglos de los siglos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCION DE DOCUMENTOS

RELATIVOS Á

LA DEFENSA CANÓNICA

DE LA SANTA IGLESIA,

LOS CUALES NO FIGURAN NI EN LA DEFENSA
ECLESIASTICA DEL AUTOR,
NI EN OTRA COLECCION, Y SE REUNEN POR SU IMPORTANCIA, POR VIA DE
APENDICE, AL FIN DE ESTE VOLUMEN,
PARA UTILIDAD DE LAS PERSONAS INTERESADAS EN LOS PUNTOS
A QUE SE REFIEREN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EXPOSICION

AL SENADO

DE LA REPÚBLICA,

SOLICITANDO

EL PASE DEL BREVE PONTIFICIO QUE INSTITUYE AL ILLMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE DAMASCO LUIS CLEMENTI, DELEGADO APOSTÓLICO EN MÉXICO Y GUATEMALA.

SEÑOR:

EL 15 del presente mes dirigí en union de este M. I. y V. Cabildo á la Cámara de Diputados una respetuosa exposicion, con el objeto de suplicarle se dignase conceder por parte de México el Pase al Breve Apostólico expedido al Illmo. y Rmo. Sr. Luis Clementi, Arzobispo de Damasco, instituyéndole Delegado Apostólico en México y la América central, y otorgándole todas las facultades correspondientes á su elevada mision. En aquella solicitud, para la cual contabamos apénas con un brevísimo tiempo á causa de la inmediata salida del correo, nos permitimos únicamente indicar algunas de las muchas razones que militan en favor de su objeto, y tuvimos particular cuidado de abstenernos casi en lo absoluto de proponer ninguna de riguroso derecho é incontestable justicia, para limitarnos tan solo á las de alta conveniencia y manifiesta utilidad de las Iglesias de México y especialmente la de Michoacan. Esta conducta, hija del profundo respeto que nos inspira el Supremo Poder legislativo de la Nacion, nos pareció por otra parte mui conforme á lo que podia esperarse de su resolucion definitiva, supuesta la constitucion federal, la unánime profesion católica de la Nacion, y el celo de sus representantes para interpretar y cumplir su voluntad en el primero y mas vital de sus intereses. Pero nuestra exposicion llegó tarde sin duda, pues habiéndola dirigido el 15 del actual, la cámara de Diputados despachó el 14 negativamente el asunto, acor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dando la retencion del expresado Breve. En consecuencia, pasó este al Senado, á quien corresponde resolver por su parte lo que estime justo y conveniente.

En este estado del negocio hemos querido aprovechar el tiempo y la oportunidad para dirigir á tan Augusta Cámara una segunda exposicion en el mismo sentido que la primera; pues el negocio á que se refiere, tiene para nosotros un interes de tan alta gerarquía, que, instando en favor del Pase al referido Breve, nos parece que abogamos por la causa general de la religion y de la Iglesia.

Denegado ya el Pase en una de las dos Cámaras, nos creemos autorizados para exponer, no solamente las razones de conveniencia, sino tambien las de justicia y de derecho que militan en el caso: porque, aunque impropiamente hablando, el tránsito al Senado puede estimarse en cierto modo como una especie de apelacion, que excusa dignamente los argumentos empleados en un sentido contrario de los que pueden haber figurado en la negativa del Pase por la Cámara de Diputados.

Bajo las garantías, pues, de la Constitucion federal, usando del derecho que tiene cada mejicano para hacer valer el que crea corresponderle en cada uno de los asuntos que se le ofrezcan, exponiendo nuestras reflexiones en línea de pura defensa, salvando ante todo los mui altos respetos que se deben á la Augusta Cámara á quien nos dirigimos, y al Supremo Gobierno de la Nacion, y alentados con la esperanza de que no serán desoidas nuestras voces en un asunto de tan grave momento, procederémos, Señor, á determinar con exactitud los puntos sobre que versa esta nuestra respetuosa exposicion.

Con toda la sobriedad que nos prescribe el sabio y autorizado cuerpo á quien ella va dirigida, pero tambien con la firmeza de nuestras convicciones y el celo de nuestras creencias, es nuestro ánimo manifestar que el presente asunto es de justicia y derecho, y no de gracia ó simple conveniencia; que en clase de tal, afecta directamente á la Iglesia universal, é impone á la de México el deber de sostenerle; y por último, que este derecho tiene á su favor todos los que cuenta el Soberano Pontífice para regir la Iglesia de Dios, y los que garantiza en su artículo tercero la Constitucion federal.

Mas al fijar estos puntos, no pretendemos, por cierto, ni hacer de ellos una explanacion completa, ni ménos acotar citas canónicas y legales en su apoyo; porque sabemos bien cuáles son los límites que pone á nuestros discursos la sabiduría y la dignidad de la mui respetable y Augusta Cámara á quien al presente elevamos nuestra voz.

I.

Hemos dicho en primer lugar, que el Pase de este Breve no es un punto de simple conveniencia ni un objeto de mera gracia, sino un derecho de rigurosa justicia, que debe contar con toda la garantía de las leyes.

Aquel documento, presentado al Gobierno, ha pasado al Congreso general, para los efectos de que habla la atribucion XXI del artículo 110 de la Constitucion federal, que dice á la letra: "Conce-" der el Pase ó retener los decretos conciliares, bulas pontificias, " breves y rescriptos, con consentimiento del Congreso general, si " contienen disposiciones generales; oyendo al Senado, y en sus " recesos al Consejo de Gobierno, si se versaren sobre negocios par-" ticulares ó gubernativos; y á la Corte Suprema de Justicia, si se " hubieren expedido sobre asuntos contenciosos."

Ahora bien, esta concesion ó denegacion ¿pueden estimarse objetos de gracia, cuya regla única consista en la voluntad del concedente ó denegante? En este caso no habria mas que callar, y sujetarse en todo á un resultado que si fuese favorable, empeñaria la gratitud; si adverso, no atacaria sin embargo derecho alguno, porque á nadie se injuria con denegarle lo que no le pertenece. Mas al contrario, si el conceder ó denegar es cosa que por su misma naturaleza afecta un derecho, claro es que las facultades para uno ú otro están en razon directa, no de la voluntad, sino del derecho. Esta consecuencia es lógica y al mismo tiempo legal, y bajo ambos aspectos nos coloca en el caso indispensable de fijar préviamente el verdadero carácter de la cuestion, para dar un objeto determinado á los argumentos y razones de derecho.

Los Decretos conciliares, las Bulas pontificias, los Breves y rescriptos del Papa, son, segun los cánones, actos de la jurisdiccion que le toca ejercer en toda la Iglesia católica. Estos actos complican á veces el derecho y el hecho; mas como el primero nadie le niega, nadie le desconoce, ni lo haria uno de nuestros Poderes públicos, sin manifiesta infraccion del art. 3º de la Constitucion federal, y como el segundo puede presentar un aspecto diverso de aquel bajo que fué considerado por la Santa Sede, lo cual podria dar márgen á que se lastimase alguno de los derechos de la Nacion contra la intencion del Papa; en aquella está reconocida y en uso la facultad de conceder ó negar el Pase correspondiente. Luego aquí no se trata de hacer ó negar una gracia, sino de atender igualmente

á los derechos del Soberano espiritual y á los del Soberano temporal; y como tales derechos, segun la Constitucion que nos rige, no pueden estar en pugna, sino solo presentar cuando mucho una oposicion aparente en su parte práctica, es claro, clarísimo, que las cuestiones de este género deben resolverse, no segun la opinion que cada uno forme sobre la Autoridad pontificia, sino segun el concepto que dé lugar á formar el caso mismo sobre los principios de la legislacion. Hé aquí, Señor, la primera razon fundamental que nos apoya para caracterizar el asunto en el sentido que lo hemos hecho, como punto de justicia y no de gracia.

Y á la verdad, que para creerle de gracia, era del todo preciso desconocer los principios, desnaturalizar las cuestiones y discurrir absolutamente sin regla: para creerle de gracia, era necesario suponer que el Sumo Pontífice no puede ejercer la Autoridad divina que le dió Jesucristo, que le reconocen todos los pueblos fieles, y que la Nacion mexicana tiene la gloria de acatar, obedecer y venerar, sino solo precisamente con licencia de algunas autoridades: para que fuese de gracia, seria preciso que el Padre comun de los fieles, el Vicario de Jesucristo, el Soberano de la Iglesia católica, ese Personaje á quien, como Padre espiritual, están sometidos todos los Soberanos del mundo católico, figurase aquí entre nosotros, como una especie de pretendiente, por no decir otra cosa, colocado á las puertas de alguno que, sin agravio de nadie, pudiese conceder ó negar lo que se le pide. Es decir, Señor, que el Papa figuraria en el caso en una esfera mas humilde que el último de los ciudadanos de México; pues este tiene derechos, cuenta con garantías, y ante los poderes públicos de la Nacion se presenta con derecho y no por gracia, cuando se trata de aquello que la Carta le reconoce y asegura. Finalmente, para que esto fuera de gracia, seria indispensable suponer que el Soberano temporal es el Gefe nato de la religion, y el Papa un personaje que necesita, para regir la Iglesia, de obtener préviamente de aquel su consentimiento y autorizacion.

Tales serian, Señor, como no puede ocultarse á la mui alta penetracion de esa augusta Cámara, las monstruosas consecuencias que produciria la hipótesis absurda de que este fuese un asunto de gracia, y no un punto de justicia; pero afortunadamente para nosotros, tenemos la mui profunda conviccion de que ninguna de las dos Cámaras juzga de esta suerte; y esto es precisamente lo que nos alienta y estimula para dirigirle llenos de confianza nuestra sumisa voz, en apoyo de la justicia que creemos asiste á la Santa Sede Apostólica, para que en los términos del derecho, se la reconozca en México en la persona de su Delegado, y al Breve Pontificio de éste se otorgue, como corresponde, el Pase de que se trata.

La misma Cámara de Diputados, para denegarle, buscaria, segun creemos, razones derechas de justicia; porque no consentiriamos nunca en la idea de que no hubiese aspirado á otro apoyo que la voluntad ó las opiniones privadas. Esta misma conviccion nos produce otra mui satisfactoria para la Iglesia, y es que, no ya la Cámara de Senadores, ante la cual está íntegro el asunto, sino aun la misma denegante desea ver ilustrada esta cuestion, para obsequiar la justicia que busca, y que no denegaria sin duda con conocimiento de ella.

II.

Supuesto, pues, que se trata de un punto de justicia, y de justicia que nos es profundamente conocida, nosotros, al dirigir esta exposicion, léjos de imaginar que desempeñamos un oficio de simple comedimiento, creemos obsequiar un deber cuyo desprecio ó indiferencia nos haria responsables ante Dios y los hombres: porque faltariamos al mismo tiempo á la Iglesia y á la grei, y apareceriamos dignos de censura; tal es nuestra conviccion, aun á los ojos de la misma Cámara que ha denegado el Pase; pues culparia sin duda nuestra indiferencia en un punto tan íntimamente ligado con el carácter de nuestras Iglesias, el interes de los fieles y la misma autoridad que ejercen los Obispos, ya por sí, ya con el consejo de sus Cabildos. No necesitamos, por cierto, de fundar esta sagrada obligacion; pero nos permitirá la mui augusta Cámara el decir algo sobre ella, porque estos son los lances en que todos los pastores espirituales deben ser mui explícitos sobre la razon de su conducta para con el Gefe Supremo de la Iglesia católica.

No podemos absolutamente, Señor, dejar de ver al Delegante en el Delegado, y por lo mismo, en la persona de Monseñor Clementi á la de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, felizmente reinante. El Pase al Breve que le instituye, no es en verdad el que pudiera darse á una disposicion particular pontificia que, complicando el hecho con el derecho, diera márgen bajo el segundo aspecto á cualquiera dificultad que hiciese no solo posible, sino aun justa la denegacion: porque acerca de los hechos la Santa Sede tiene cuidado siempre de remitirse al juicio de las localidades aun en puntos de menor importancia. No se trata de un derecho privado, de algun breve ó rescripto que por su objeto admita una resolucion negativa sin per-

judicar en lo mas mínimo derechos consignados en los cánones, reconocidos de todo católico, garantizados por las mismas leyes del pais. No se trata de esto, repetimos, sino de admitir ó repeler á un Delegado Apostólico, de aceptar ó contradecir una representacion bajo todos aspectos legítima y constitucional: en suma, se trata de los derechos de la Iglesia, y precisamente en un punto de la primera gerarquía.

Siendo, pues, tal el concepto que formamos del asunto, no creemos, Señor, que sin crímen podriamos permanecer en silencio en una ocasion tan solemne y al mismo tiempo tan crítica para nuestras relaciones con la Santa Sede Apostólica. Nuestra simple derivacion canónica, como prelados y cuerpos eclesiásticos, bastaria para manifestar á todo el mundo nuestros deberes en esta parte; pero aun hai al propósito una circunstancia que no debemos callar, principalmente por el grande interes que tenemos en legalizar y cohonestar, ante el eminente juicio de la Augusta Cámara, la nobleza y la moralidad esencialísima de los motivos que nos impulsan para dar este paso.

Cada uno de los Obispos de la cristiandad, ántes de recibir la consagracion, se obliga bajo un solemne y estrechísimo juramento á conservar y defender el Papado Romano y las regalías de San Pedro; á tratar con honor y prestar una digna cooperacion y auxilio en lo necesario á los Legados Apostólicos; á conservar, defender y promover los derechos, los honores, los privilegios, y la autoridad de la Santa Iglesia Romana y Nuestro Santísimo Padre el Papa; y esto, no segun su juicio y como lo permita su comodidad, sino esforzando toda su posibilidad, á fin de que tales y tan sagrados derechos siempre se atiendan, y nunca por ningun título lleguen á lastimarse.

El Obispo de Michoacan se honra con hacer esta cita en ocasion tan solemne: porque á este título, con esta condicion y bajo este deber aceptó el Episcopado; y cumple con él sin temor de sufrir el mas ligero reproche, ni aun de merecer el desconcepto de ninguno de los poderes públicos de México; pues para ellos debe ser mui atendible el celo por cumplir un deber generalmente notorio: porque mui obvia es la obligacion que á todos los católicos nos liga con la Cabeza de la Iglesia, y el juramento mencionado no es un acto secreto, sino una solemnidad pública que pasa á la vista del pueblo.

No podemos en verdad, Señor, saber cuál será el resultado definitivo de este asunto, porque él se halla pendiente del juicio que formen de comun el Congreso y el Gobierno, segun el artículo y

atribucion citados. Pero cualquiera que sea, nos quedará por lo ménos el consuelo de haber ejercido los mas dignos y nobles oficios para con la Santa Sede Apostólica en la respetable y autorizada persona del Delegado Pontificio, y nos librarémos de la pena y el dolor que nos quedarian con el recuerdo de nuestro silencio, y aun en cierto modo de nuestra ingratitud: porque nada seria comparable al sentimiento de que Monseñor Clementi hubiese pasado el tiempo de este negocio como un extrangero que no contase aquí sino con los simples oficios de la humanidad.

III.

Siendo, pues, tan estrecha nuestra obligacion á este propósito, solo nos resta, para llenarla debidamente, pasar al tercer punto de esta respetuosa exposicion.

Para manifestar claramente las razones de justicia que á nuestro ver fundan el derecho del Sr. Delegado Apostólico para obtener el Pase de su Breve, nos es preciso hacer ver el enlace íntimo que esta cuestion tiene con el artículo 3º de la Constitucion federal. Segun éste, todos los derechos que nacen del reconocimiento social que hizo México de la religion católica, por el órgano de sus representantes, el año de 1824, de conformidad con la creencia que ha profesado durante mas de tres siglos, figuran en la categoría de la Constitucion misma; y pues ella es la regla que norma en todo y por todo la accion de los poderes públicos, es claro que ninguno de estos puede ménos que reconocer y otorgar cuanto por este derecho corresponda.

El reconocimiento de la religion católica, apostólica, romana, trae consigo forzosamente el de todos los derechos fundamentales de la Iglesia. El primero de ellos, es el de la soberanía de su Gefe visible, el de su primado, el de la autoridad que le otorgó Jesucristo para el régimen de toda la Iglesia. De este derecho puede usar por sí ó por sus Delegados; y por consiguiente, desconocer á uno de éstos es desconocer al Papa en su autoridad, á la Iglesia en su constitucion, y por tanto, á la religion en su fondo. Nada tiene, pues, de extraño, segun estos principios, que en último análisis veamos identificada la causa de la religion con la de un Delegado Apostólico, y apelemos al artículo constitucional que garantiza la primera, para dejar plenamente comprobado el derecho del segundo.

Si este artículo de la Constitucion federal no comprende los de-

rechos del Sumo Pontífice, no vemos, Señor, lo que pueda significar. Bien saben todos los respetabilísimos miembros del Senado, que en la religion todo es práctico, todo está íntimamente ligado, todo es dogmático en el derecho cardinal. La lógica y el dogma resisten todo cisma entre el principio, la consecuencia y la aplicacion; y este cisma seria inevitable en el caso, si admitiendo por una parte entre los principios fundamentales el art. 3º de la Constitucion, se pretendiese por otra dejarle intacto al tiempo mismo de repeler con una negativa la representacion del Papa y la Santa Sede en la República mexicana.

Este artículo que, declarando religion exclusiva de México la católica, apostólica, romana, echa sobre los legisladores el deber mui sagrado de protegerla por leyes sábias y justas, léjos de abrir campo al desconocimiento de un Delegado Apostólico, consigna tácitamente el derecho que tiene éste para ser admitido y reconocido: porque, lo repetimos, sin este derecho, que párte directamente de la personalidad canónica y dogmática del Papa, es inconcebible la subsistencia social y constitucional de la religion católica, apostólica, romana en la República de México.

Pero qué, el simple tenor de la atribucion XXI, artículo 110 de la Constitucion, ¿no entraña la posibilidad legal de una negativa sin perjuicio de la religion que se profesa? Sin duda que sí; pero la presente cuestion es de tal naturaleza, que por sí sola está presentando un carácter singular; y nos atrevemos á sostener, segun la legislacion constitucional que nos rige: primero, que *el desconocimiento de un Delegado Apostólico no es legalmente posible*, supuesta la Constitucion federal; segundo, que *la redonda negativa del Pase al Breve que le constituye y faculta, es un desconocimiento solemne, público y oficial del Delegado Apostólico.*

Aunque desconfiamos de nuestras luces, nos creemos fuertemente apoyados por el sentido comun canónico para sostener que en el presente caso no deben confundirse la Delegacion Apostólica con el tenor especial de las facultades concedidas al Delegado. Lo primero es un punto fuera de cuestion; lo segundo, es y puede ser un objeto de exámen. Para lo primero, no creemos que haya derecho contradictorio en ninguno de los poderes públicos de la Nacion; porque, segun la Constitucion, éstos no pueden mas que una cosa, reconocer al Delegado Apostólico siempre que les conste que lo es; mas en lo segundo, es mui conforme á la legislacion civil, y tolerado tambien por la canónica, examinar cada una de las facultades. ¿Por qué no se puede lo primero? Porque si no se reconoce al Papa, se niega la religion: si no se reconoce al Delegado del Papa, se

niega el derecho de éste, se niega su primado, se niega su personalidad canónica, se niega todo, en suma.

¿Por qué se puede lo segundo? Porque esto, segun hemos dicho ya, complica el hecho con el derecho: y si en éste todo está fuera de cuestion, en aquel todo puede ser objeto de exámen, lo es en efecto, lo es con acuerdo del Soberano espiritual, lo ha sido en todos los pueblos católicos, y lo es, por lo mismo, á salvo de la religion, de la Iglesia y de su Gefe.

Creemos que estas sencillas reflexiones bastan para persuadir que el Breve del Sr. Clementi presenta dos aspectos en el derecho constitucional: uno que acredita su Delegacion Apostólica y facultades de derecho incontrovertibles; y otro que, limitado á los objetos ordinarios que afectan el hecho, está sujeto al exámen legal y sus consecuencias. Se infiere de aquí que, si bajo el segundo aspecto es objeto de la atribucion citada, no lo es bajo el primero: pues aquella, limitada simplemente al exámen de los documentos, no afecta ni puede afectar la representacion directa del Soberano espiritual.

Hemos hecho esta distincion, porque nos parece que ella todo lo concilia; el hecho y el derecho, al Papa y al Gobierno, la subsistencia canónica del Delegado y su reconocimiento civil, sin perjuicio de la atribucion XXI del artículo 110, que el Gobierno tiene para conceder el Pase ó retener los decretos, bulas y rescriptos pontificios. Si en materia de facultades, por sus relaciones con los hechos, hai algo que observar, bien puede hacerlo todo Gobierno temporal; y no seria caso nuevo el de una modificacion hecha por el Sumo Pontífice, sobre las observaciones y cláusulas suplicadas por un Gobierno civil. Pero un desconocimiento formal del Delegado Apostólico, seria, Señor, un caso nuevo para nosotros, alarmante para todos los fieles, y sensible sobre toda ponderacion para el Sumo Pontífice.

De intento no hemos querido tocar la reciprocidad de derechos que hai entre dos gobiernos soberanos, reciprocidad que por la mas fuerte de todas las analogías, haria que fuese aplicable á nuestro caso, cuanto en esta línea consigna el derecho de gentes. Tampoco hemos querido deducir la menor consecuencia del hecho de hallarse en Roma, reconocido y considerado por la Santa Sede, nuestro enviado el Sr. Montoya. Ménos tratarémos aquí de reagravar el peso de nuestras reflexiones con la circunstancia mui atendible de que la presencia de un Delegado Apostólico en la República fué mucho tiempo el objeto de las mas vivas instancias hechas al Papa de parte del Gobierno, segun generalmente se cree. Bástanos considerar la cosa misma, atenernos á su causa impulsiva, observar el

noble y paternal motivo que ha determinado tal nombramiento: basta, en suma, colocarnos en cualquier extremo de la alternativa: porque, sea que el Sr. Clementi haya sido nombrado en consecuencia de los deseos manifestados por el Gobierno en alguna de las administraciones, sea que lo haya sido por un *motu proprio* del Sumo Pontífice, de todos modos semejante nombramiento, léjos de motivar una repulsa, parece un título caro de adhesion y un fuerte motivo que empeña la gratitud nacional.

Si el Delegado ha sido pedido por nuestro Gobierno, ¿cómo desconocerle? Es poco: ¿cómo no recibirle, honrarle y sostenerle? Si lo ha sido por un *motu proprio*, ¿qué explicacion admite un hecho tan señalado, que no exalte los títulos que tiene á la veneracion el Padre comun de los fieles, y excite así mismo el reconocimiento del Padre civil del pueblo mexicano, es decir, de su Gobierno, el cual debe aceptar y querer cuanto directa ó indirectamente pueda redundar en beneficio de los pueblos?

Esta Delegacion Apostólica nada tiene que no sea singularmente honroso para el Papa y benéfico para nosotros. Claro es que Su Santidad no ha querido sino acercársenos, por decirlo así, de la manera que un Papa puede suplir su personalidad en todas las naciones del globo, y esta personalidad, que se nos acerca por medio de sus Delegados, solo tiende, Señor, á dilatar mas y mas la esfera de los beneficios que la religion difunde constantemente por todos los pueblos cristianos, mediante la accion eficaz y continua solicitud del Gefe visible de la Iglesia.

En efecto, la presencia de un Delegado aquí, estrecha mas y mas nuestras relaciones con la Santa Sede, remedia los inconvenientes de la distancia, para que sean de pronto atendidas todas las necesidades de los fieles, no ataca en lo mas mínimo la jurisdiccion ordinaria de los Obispos, y aun puede servir de mucho al Gobierno para todos aquellos asuntos que frecuentemente habrá menester de tratar con la Santa Sede Apostólica.

Nada, pues, hai que no sea canónico, constitucional, digno y altamente provechoso para la República y sus Iglesias, en el reconocimiento solemne de un Delegado Apostólico; nada que no sea sumamente comprometido, y quién sabe qué más, bajo un aspecto canónico y constitucional, en un positivo desconocimiento, cosa inseparable de la retencion del Breve, ó su devolucion sin el correspondiente Pase.

Si á estas graves razones de derecho y tambien de conveniencia nos es permitido añadir otras que no nos parecen ménos eficaces, podrémos llamar la atencion de la Augusta Cámara, sobre las terribles consecuencias que se seguirian tal vez de una negativa, y ponderar hasta cierto punto la profundísima pena que sentirian con ella todos los mejicanos que viven en la religion de sus mayores, y se glorían de ser miembros de la Iglesia de Jesucristo. Duro sobre toda ponderacion es considerar el golpe que recibiria Nuestro Santísimo Padre Pio IX, este Pontífice que á los títulos que le son comunes con todos sus Predecesores, añade para nosotros el mui señalado y caro de la singular predileccion con que ha visto á la Nacion mejicana. ¡Qué golpe, Señor, el desconocimiento de un Delegado que viene á un pueblo católico, en medio de la paz, bajo el influjo de las mas buenas relaciones entre México y la Santa Sede; que viene sin mas objeto que atender á las necesidades espirituales de estos fieles, y especialmente recomendado á la religiosa bondad de nuestro Gobierno; que ha sido recibido con manifestaciones inequívocas de religioso entusiasmo, y se ha mostrado excelentemente dispuesto para realizar todo cuanto conduzca al incremento de la religion y reforma de las costumbres! ¡Qué golpe tan profundamente sensible para el Sumo Pontífice, para la respetable persona delegada por Su Santidad, para todo el Episcopado, para todo el Venerable Clero, para todos los fieles de esta República![1]

No, Señor, no permitirá esa Augusta Cámara que en su período constitucional, ni ménos al abrigo de su ilustre y respetable nombre, suceda tal cosa en México: ántes bien, nos atrevemos á esperar que, consagrando toda su atencion á este gravísimo asunto, le terminará de la manera que es de esperarse, y á la vez que proporcione á la Nacion un medio de ofrecer este noble homenaje de su fe al Vicario de Jesucristo, impida las consecuencias que inevitablemente se seguirian de una negativa, y que nosotros nos abstenemos de expresar, cediendo á las inspiraciones de nuestra esperanza

1 Cuando dirigimos esta exposicion al Senado, esperábamos con bastante fundamento, que séria bien despachada, pues habia en aquel cuerpo una gran mayoría de personas de mui buen sentido y excelentemente dispuestas en favor de Monseñor Clementi; mas no se despachó, sin embargo, este negocio en la Cámara, en consecuencia de su pronta disolucion, pues mui poco despues, tomó gran consistencia la revolucion iniciada en Jalisco, el general Arista dejó la Presidencia de la República, entregándola al Sr. D. Juan B. Cevallos, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia, este *dió el golpe de Estado*, que acabó con el órden constitucional, y mui pronto la revolucion triunfante elevó al poder al General Santa-Anna, que á la sazon estaba en Nueva-Granada, quedando encargado interinamente de la Presidencia el General Lombardini. Este Señor fué quien terminó el asunto, concediendo el Pase al Breve Pontificio que instituia Delegado Apostólico á Monseñor Clementi, si bien reteniendo algunas de sus facultades pontificias, conforme á lo consultado por una comision presidida por el finado Sr. Lic. D. José Bernardo Couto.

en la alta justificacion, profunda sabiduría, distinguida religiosidad y acrisolado patriotismo de todos y cada uno de los dignísimos miembros de esa Augusta Cámara.

Morelia, Diciembre 20 de 1852.

SEÑOR.

Clemente de Jesus,
Obispo de Michoacan.

Joaquin Mariano Moreno, Dean.—*José María García*, Arcediano.—*Pedro Rafael Conejo*, Chantre.—*José Mariano Mesa*, Tesorero.—*José Antonio de la Peña*, Canónigo.—*Pelagio Antonio de Labastida*, Canónigo.—*José María Cañedo*, Canónigo.—*Ramon Magaña*, Canónigo.—*José María Arízaga*, Canónigo.—*Ignacio Antonio Roman*, Prebendado.—*José Antonio Márquez de la Mora*, Prebendado.—*Vicente Reyes*, Prebendado.—*Alejandro Quesada*, Prebendado.—*Mariano Amescua*, Prebendado.—*Isidoro Gonzalez*, Prebendado.

MANIFESTACION Y PROTESTA

CON MOTIVO

DEL ALLANAMIENTO

Y DESPOJO DE LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE MICHOACAN.

Un atentado inaudito, un horrendo escándalo, un crímen de proporciones inmensas, uno de esos hechos insignes y aun raros en la historia de la barbarie, en los fastos de las pasiones desbordadas como un torrente sobre lo que hai de mas santo y respetable en los cielos y en la tierra; uno de esos golpes impíos, que no reduciéndose á la clase de delitos comunes, por infames y desastrosos que estos sean, no tienen para ser designados palabra ninguna en las lenguas; un robo sacrílego, de carácter mui diverso del que tal delito presenta en los códigos criminales de las naciones, se acaba de consumar en la ciudad de Morelia, por personas que fungen de primeras autoridades, bajo el régimen de una Carta que, aunque opuesta manifiestamente á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia, establece sin embargo una cierta organizacion, determina, limita y circunscribe las facultades y atribuciones de los poderes públicos, haciéndolos responsables ante la lei de toda arbitrariedad, garantiza la propiedad é inscribe por lo mismo el robo en el catálogo de los crímenes. La Santa Iglesia Catedral de Michoacan acaba de ser brutalmente invadida y sacrílegamente despojada. Los Señores que á la sazon gobernaban mi Diócesis, fuéron coartados por la fuerza en el ejercicio de sus facultades canónicas, y luego desterrados de Mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la alta justificacion, profunda sabiduría, distinguida religiosidad y acrisolado patriotismo de todos y cada uno de los dignísimos miembros de esa Augusta Cámara.

Morelia, Diciembre 20 de 1852.

SEÑOR.

Clemente de Jesus,
Obispo de Michoacan.

Joaquin Mariano Moreno, Dean.—*José María García*, Arcediano.—*Pedro Rafael Conejo*, Chantre.—*José Mariano Mesa*, Tesorero.—*José Antonio de la Peña*, Canónigo.—*Pelagio Antonio de Labastida*, Canónigo.—*José María Cañedo*, Canónigo.—*Ramon Magaña*, Canónigo.—*José María Arízaga*, Canónigo.—*Ignacio Antonio Roman*, Prebendado.—*José Antonio Márquez de la Mora*, Prebendado.—*Vicente Reyes*, Prebendado.—*Alejandro Quesada*, Prebendado.—*Mariano Amescua*, Prebendado.—*Isidoro Gonzalez*, Prebendado.

MANIFESTACION Y PROTESTA

CON MOTIVO

DEL ALLANAMIENTO

Y DESPOJO DE LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE MICHOACAN.

Un atentado inaudito, un horrendo escándalo, un crímen de proporciones inmensas, uno de esos hechos insignes y aun raros en la historia de la barbarie, en los fastos de las pasiones desbordadas como un torrente sobre lo que hai de mas santo y respetable en los cielos y en la tierra; uno de esos golpes impíos, que no reduciéndose á la clase de delitos comunes, por infames y desastrosos que estos sean, no tienen para ser designados palabra ninguna en las lenguas; un robo sacrílego, de carácter mui diverso del que tal delito presenta en los códigos criminales de las naciones, se acaba de consumar en la ciudad de Morelia, por personas que fungen de primeras autoridades, bajo el régimen de una Carta que, aunque opuesta manifiestamente á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia, establece sin embargo una cierta organizacion, determina, limita y circunscribe las facultades y atribuciones de los poderes públicos, haciéndolos responsables ante la lei de toda arbitrariedad, garantiza la propiedad é inscribe por lo mismo el robo en el catálogo de los crímenes. La Santa Iglesia Catedral de Michoacan acaba de ser brutalmente invadida y sacrílegamente despojada. Los Señores que á la sazon gobernaban mi Diócesis, fuéron coartados por la fuerza en el ejercicio de sus facultades canónicas, y luego desterrados de Mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

choacan juntamente con el Secretario de aquel Gobierno eclesiástico.

En estas circunstancias, en medio de una persecucion tan tenaz, de una coaccion la mas tiránica y bárbara que imaginarse puede; cuando mi Santa Iglesia no cuenta ni con el mas leve recurso para su defensa, yo debo, como Pastor de aquella grei, como Obispo de aquella Diócesis, como Gefe de aquella Iglesia, recurrir á los medios únicos de que puedo servirme en una situacion tan penosa, y son: denunciar altamente á la faz del mundo el horrible sacrilegio, hacer escuchar á los fieles la voz de la verdad con tan funesto motivo, protestar de la manera mas solemne contra el atentado que acaba de cometerse, y manifestar, por último, las censuras en que han incurrido los autores, ejecutores y cómplices de este robo sacrílego. Tal es el objeto de esta breve alocucion que dirijo, no solamente al Venerable Clero y fieles de mi Diócesis, sino á cuantos estén animados por el espíritu de la religion, reconozcan la existencia de la moral, y no sean indiferentes á los derechos de la justicia.

I.

El Sr. D. Epitacio Huerta, que en Michoacan funciona con el título de Encargado del mando supremo del Estado, mandó despojar de casi todas sus riquezas sagradas á mi Santa Iglesia Catedral, dictando al propósito cuantas medidas le ocurrieron para ejercutar, á salvo de todo inconveniente, aquel despojo sacrílego.

El dia 23 del pasado mandó circundar de tropa el atrio de aquel templo para impedir la entrada del clero y del pueblo fiel, y con esta precaucion, los ejecutores del crímen decretado rompieron las puertas de la sacristía, penetraron por ellas en el templo, amarraron como á facinerosos y maltrataron á dos de los mozos sacristanes que en cumplimiento de su deber estaban allí, arrastraron por la fuerza á varios artesanos, é inmediatamente se encerraron todos en el templo, sin permitir absolutamente á nadie la entrada, é impidiendo que saliesen los que habian sido introducidos allí por la fuerza.

A la vista de todo esto, los Sres. Gobernadores de mi Diócesis, Licenciados D. José Alonso de Terán, y D. José Mariano Mesa, Maestrescuelas el primero y Tesorero el segundo de mi Santa Iglesia Catedral, se dirigieron con oficio al Sr. Huerta, como Encargado del mando supremo del Estado, preguntándole si por su órden se habia ejecutado aquello; y como no respondiese, le repitieron segundo oficio á que contestó eludiendo la pregunta directa y limitándose á ciertas especies que manifestaban su intento. Entónces le repitieron tercer oficio, suplicándole que mandara suspender la invasion de la Santa Iglesia, y contener el despojo sacrílego que se estaba haciendo sin saber todavía de órden de quién: á lo cual contestó directamente que de órden de aquel Gobierno se ejecutaban tales procedimientos, y repetia las especies de que se ha hecho mencion.

Esta conducta de los Señores Gobernadores, extraordinariamente pasiva, que habria podido merecerles alguna consideracion de parte de la autoridad civil, á pesar del furor con que se habia ésta lanzado contra la Iglesia, y del escándalo con que estaba violando sus inmunidades, no sirvió, á lo que parece, sino para irritar mas la susceptibilidad ya mui pronunciada de aquel funcionario; pues sin mas motivo que los tres oficios mencionados, expidió una órden de destierro para fuera del Estado á los Señores Gobernadores y Secretario del Gobierno diocesano, con prevencion terminante de que saliesen á las seis de la mañana del dia 25, como en efecto lo verificaron, dirigiéndose todos para esta capital.

Entretanto, los ejecutores del crímen, que llevaban 48 horas de su tenebrosa labor, permanecian encerrados sin que hubiesen sacado aún á la luz pública el sacrílego fruto de su apostasía de la fe. Posteriormente se sabe de público y notorio, que arracaron la crugía, portada del coro, la gran lámpara del prebisterio, toda la plata que cubria el púlpito y los ambones, todos los frontales, blandones, atriles, palabreros, incensarios; en suma, casi todos los objetos de plata y algunos de oro, que estaban dedicados al culto de la Divinidad.

¡Tales crímenes cometieron en aquella casa de oracion, en aquella Iglesia Madre, en aquella antigua Basílica, monumento de piedad, depositaria de grandes y tiernos recuerdos, testigo de muchas revoluciones diversas, de guerras empeñadas, de luchas fratricidas, que hasta entónces la habian respetado, Palacio del Rei de los reyes, habitado en persona por el mismo Dios, é invisiblemente custodiado por los que cantan su gloria en el cielo! Todo esto se ejecutó á la real presencia, é insultando la Magestad augusta de Aquel que, despues de morir por los hombres y de hacer atravesar su Evangelio entre cadalsos y hogueras por un rio de sangre durante tres siglos, hizo inclinar ante su irresistible código divino la frente de los césares, y cuya Cruz, coronando á la par las basílicas y los palacios, anunció de la manera mas espléndida su triunfo sobre todo el universo. Todo esto se consumó con barbarie inaudita, no por hom-

bres á cuyas inaccesibles comarcas jamas hubiese remitido sus rayos el astro de la verdad, y cuyos oidos jamas hubiesen escuchado la voz del apóstol, no por huestes indómitas como aquellas que, desbordándose como un aluvion inmenso sobre la Europa antigua, debian servir para castigar á Roma gentil, enrojecida todavía con la sangre cristiana que habia hecho correr á torrentes, no por bárbaros como aquellos que, contra su intento, venian á cumplir una mision misteriosa en el mundo, y "conducidos como por la mano "hácia el Dios que no buscaban ni conocian, eran á un tiempo mis-"mo, para servirme de la frase de un ilustre pontífice, ministros de "sus venganzas y objetos de sus misericordias;" sino por una gente de otra especie, por hombres que recibieron al nacer el baño sagrado del bautismo y el indeleble carácter de cristianos, por hombres sobre cuyas frentes formó mil veces la Cruz una madre piadosa, por hombres que fuéron iluminados con la luz de la fe, y gustaron del don celestial, y participaron del Espíritu Santo, por hombres que, aun despues de haber comenzado su carrera de apostasía, siguieron llamándose cristianos y haciendo el papel hipócrita de apóstoles contra pretendidos abusos, para restituir la Iglesia de Dios á su edad de oro.

II.

Sin duda alguna que Jesucristo Señor nuestro, aquella Majestad Augusta en cuya presencia real y verdadera se consumó el crímen de despojarla, no tenia legiones armadas para repeler la fuerza con la fuerza; porque su reino, que no es de este mundo, esquiva esta clase de medios de conservacion y defensa, y porque fiel al pensamiento que le trajo á la tierra, quiso poner su Persona, su Majestad Soberana y su culto sagrado bajo la custodia de la fe: custodia fuerte, sin duda, capaz de contener y aun humillar ante los templos á los reyes, á los héroes y á innumerables ejércitos armados; porque es imposible herir con una mano sacrílega la Majestad eterna de un Dios en quien se cree. Mas cuando la fe ha muerto en el alma; cuando los dogmas augustos no hablan al entendimiento con su verdad infalible; cuando la religion ha venido á ser, ó un objeto de odio para la autoridad humana como en los tiempos del paganismo, ó el blanco de la diatriba, como en los siglos de la incredulidad, ó una cosa extraña á todos los intereses individuales y sociales como en las épocas de indiferencia y materialismo en que nos ha tocado existir, los mas grandes crímenes se ejecutan contra Dios y su

culto á la faz del mundo, con la énfasis de la vanidad filosófica, en el sentido del progreso, como golpes de alta ilustracion y en el nombre de la libertad. Ese Dios, presente en todas partes y de muchos desconocido, es para ellos un ser ideal, una palabra tolerada en las lenguas. Ese Tabernáculo, rodeado por siglos de fieles adoradores, despues de conservar un resto de vida bajo la salvaguardia de las artes, desaparece al fin, cuando aun estos sentimientos de gusto por los mas ilustres monumentos, ahogados en los brazos de la codicia, y cediendo al mezquino espíritu de la rapacidad, espiran, para que todo desaparezca, hasta el recuerdo de la magnificencia y piedad de nuestros mayores. Mas atentos á los restos que al grande objeto de las creencias, estos funestos genios de la desolacion, se burlan de Dios, y solo temen á los pueblos: sitian la piedad pública con armas ofensivas, al paso que insultan con abominables profanaciones al Rei de los reyes. Como los judíos en los amaños de su furor huian de la publicidad temerosos del pueblo, pero se burlaban del Omnipotente clavado en una Cruz, diciendo: *á otros ha salvado; sálvese pues á sí mismo, si es el Cristo*, añaden al ultraje la blasfemia, cuando el sentimiento de su impunidad los conduce hasta la negacion de un Dios, eterno vengador del crímen.

¡Desgraciados! Ellos lanzan al cielo una mirada irónica, como para buscar los signos de la justicia eterna, y á la vista de ese silencio, de esa calma, de esa paciencia de Dios, parecen decir á los pueblos con todo el aire del triunfo: *¿dónde está, pues, el Dios á quien teméis?* En vano la naturaleza le proclama, la creacion le adora, el corazon le siente, y los siglos, testigos de su accion inmensa sobre la sociedad, son unos constantes pregoneros de su poder y de su gloria; pues engolfados en el racionalismo que ciega, en el materialismo que degrada, en la soberanía terrena que tiraniza, estos hombres todo lo creen ménos á Dios, todo lo aceptan ménos la religion, todo lo aplauden ménos la virtud. No tardarémos mucho en empezar á oir esos discursos hipócritas que han seducido á tantos incautos, esas apologías del sacrilegio en que se agota la elocuencia de la incredulidad. Despues de haber encadenado al sacerdocio y al pueblo, dirán: "¿Por qué no lanzó el primero sus anatemas? ¡por qué no se indignó el segundo, levantándose contra el hecho que acababa de consumarse? ¿por qué Dios permaneció insensible al despojo de su templo, si es que allí estaba presente?" Y de esta suerte, abusando de todo, convirtiendo en impotencia legal la impotencia física de una Iglesia encadenada con una fuerza brutal, en aprobacion ó indiferencia el silencio de un pueblo terriblemente amenazado si explicaba de algun modo sus sentimientos, en

prueba de que no hai Dios la falta de un milagro instantáneo que castigase tan horrendo sacrilegio, irán destilando insensiblemente el veneno de la impiedad en el pueblo, y apiñando nubes ante su entendimiento para robarle completamente la luz de la fe. Este seria ciertamente, no hai que dudarlo, el supremo de todos los males, el mal por excelencia, la detestable consumacion para nosotros de ese proyecto que se está ejecutando hace cuatro siglos en la Europa, que ha hecho tantos progresos, y que no cesa de amagar ni un solo instante á toda la institucion de Jesucristo. Es, pues, necesario, y así me lo exige mi carácter de Pastor, prevenir cuanto posible sea contra este último estrago que nos amenaza el ánimo de los fieles, diciendo aunque sea una palabra sobre el carácter del hecho en sus relaciones con la justicia de un Dios que calla, y la misericordia de un Dios que castiga.

III.

Dios Nuestro Señor tiene tres grandes intereses que salvar en la tierra, principalmente cuando el infierno suscita sus tempestades horribles contra la Iglesia: la verdad católica terriblemente amenazada y en gran parte oscurecida en el ánimo de los simples fieles por el influjo de la impostura y la seduccion; la verdadera y sólida virtud acechada constantemente por la negligencia, la tibieza, la indiferencia misma en los tiempos de paz; y la gloria de la religion, combatida en su esencia misma, que es el poder divino, con falsas explicaciones que atribuyen sus triunfos al influjo de los intereses terrenos. Dios, pues, al permitir que haga ciertos estragos en su Iglesia el tenebroso poder de los demonios, hace servir á los intereses dichos estas mismas calamidades, dando con ellas pruebas de su bondad á las víctimas y lecciones terribles á los verdugos. El hecho que acaba de consumarse, tiene sin duda en los tesoros de la justicia eterna un castigo de las mismas proporciones, un castigo que, solo pensado, nos hace estremecer. ¿Cuál será? Este es el secreto del Altísimo: la fe nos dice que infaliblemente ha de venir; pero, cubriéndole con sus velos, no quiere conocerle aún bajo los dominios de la inteligencia y de la historia: ¡tremenda reserva de justicia, que instantáneamente, porque la vida es un soplo, reposa en la urna donde se revuelven al parecer confundidos los destinos de los justos y de los malvados! Esto debe conmover vivamente nuestro corazon, para compadecer á los infelices que han ejecutado

tan grande crímen, poner la plegaria en nuestros labios para herir el corazon de nuestro Padre celestial en favor de estos ciegos y contumaces enemigos de su Iglesia, y arrancarnos un grito de lástima y de caridad, para pedir su conversion al que pidió por sus mismos verdugos en la Cruz en que le hacian espirar.

En cuanto á nosotros todos, los que conservamos todavía, no solamente el nombre y el carácter, mas tambien la fe del cristiano, en medio del inexplicable pesar consiguiente al horrible atentado que acaba de consumarse, podemos entrever un designio de misericordia en las relaciones que tal hecho puede tener con los derechos de la verdad, las imperecederas glorias de la Religion y los intereses morales de la virtud.

Este hecho ha venido en primer lugar á hacer desaparecer de la mente de tantos incautos esa venda que diestra y astutamente les habian puesto con sus imposturas y sofismas los enemigos jurados de la fe. Hace tres años que éstos han redoblado sus esfuerzos para destruir en los pueblos todo sentimiento religioso y moral; y como para esto fuese un obstáculo permanente la fe y su predicacion, tiranizaron la palabra evangélica, llenando de trabas á sus ministros, sometiendo la cátedra del Espíritu Santo á las tiranías principales y subalternas del estado civil, erigiendo cátedras de pestilencia en todos los lugares mas concurridos, organizando la seduccion y convirtiendo la prensa, con su absoluta libertad contra la Iglesia, en un torrente desbordado sobre la mies de Jesucristo. Entónces, sorprendiendo las creencias con cuestiones de cierto carácter, lograron inducir en el error á muchas gentes sencillas. Mas ahora, todo el mundo ve con claridad, y.... ese templo.... saqueado por un gobierno.... habla mas alto que todos nuestros discursos para producir un completo desengaño.

Háse tenido empeño mucho tiempo há en presentar á la Iglesia como un poder político, como una oposicion organizada contra los verdaderos principios de la sociedad, y se ha estado inculcando que su fuerza toda, su influjo moral, su ascendiente sobre los pueblos, es la obra exclusiva de la cuantiosa renta que administra. *"El clero es poderoso porque es rico*, dicen; *hagámosle pobre, y será nuestro esclavo."* Hé aquí el grito universal: hé aquí la voz de alarma lanzada sobre la sociedad y contra la Iglesia mexicana, la palabra de inteligencia circulada entre los apóstatas, el primer punto de mira para ensayar sus grandes reformas sociales. Robar al clero, saquear la Iglesia, desvestir al mismo Dios, para convertir en moneda el Tabernáculo en que descansa: he aquí todo. Estas depredaciones vandálicas, estos robos sacrílegos y monstruosos que insultan á la

civilizacion y hacen aparecer la barbarie en toda su deformidad, que han arrebatodo al mundo antiguo sus mas ilustres monumentos, convertido en talleres y plazas las instituciones mas venerables é ilustres, despues de haber consumado el despojo de las cosas, han usurpado los nombres para encubrir su abominable monstruosidad. En el siglo XVI, el robo de la Iglesia se llamó *protesta* contra los abusos, *reforma:* en el siglo XVII, se llamó *alto dominio* del Soberano: en el siglo XVIII, se intituló *desamortizacion, declaracion de propiedad nacional, ocupacion de bienes propios de la sociedad,* en nuestros dias lleva por nombre *marcha política del progreso.* Tal es la pompa y magnificencia con que se presenta el crimen á la faz del mundo; pero en vano, pues todavía queda el dueño, que es el mismo Dios, queda el sentido católico, queda el sentido moral, queda el sentido comun, para protestar contra esta doble usurpacion, la de la propiedad y la del lenguaje, y llamar al hecho: *robo sacrílego,* y á los autores del hecho: *ladrones sacrílegos.*

El robo que acaba de ejecutarse en la Santa Iglesia Catedral de Morelia, ese templo inofensivo rodeado de tropas, esas puertas respetadas por siglos rotas por la fuerza, esos tesoros arrebatados con furia, esa indignacion pública tiranizada por las armas, despiden sin duda una luz inmensa sobre la historia de este mentido progreso, y bastan para que todo el mundo tenga evidencia de que todo él no es otra cosa que la incredulidad rapaz y furiosa puesta en accion contra la religion y la sociedad. Porque, ¿cómo se librarán esos hombres de reportar sobre sí las consecuencias de un público, solemne é inmenso desengaño? Esa crujía, esos valiosos ornatos que decoraban la casa de Dios, esos vasos consagrados con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, ¿eran por ventura instrumentos de política, elementos de partido, medios de accion contra los principios de la sociedad? ¿Quién los tocó? ¿Quién los empleó en otros usos que los propios de ellos por espacio de tantos años? Nadie. La existencia de estas ricas decoraciones del Santuario, los esmeros de la piedad católica para honrar á su Dios, esos tesoros que no tienen dueño en la tierra, y que habian sido custodiados por la fe, ¿eran abusos para la reforma? ¿objetos de alto dominio para el soberano? ¿bienes propios de la sociedad para la legislacion? ¿obstáculos permanentes para el progreso?

Sin embargo, nada pudo contenerlos, ni aun el mismo interes político de los principios que proclaman, y la consideracion de un pueblo que, si puede ser sorprendido con vanos discursos, no puede ya ser engañado cuando ve consumarse tan horribles atentados en la misma casa de Dios. Ellos han dado los últimos golpes á esa

objeto que tanto ha provocado su rabia, la independencia de la Iglesia en su subsistencia material y la riqueza de sus templos, y tal vez ya se lisongean con haber derrocado todo su poder moral. Acaso para su prevision ha sonado ya la hora, y no tardará en decirse: *hubo Iglesia mexicana.* Pero no: la Iglesia no tiene vinculado su poder en las riquezas: basta verla sobrevivir á todos los desastres en otros pueblos y en otros siglos, para no desesperar de verla triunfante despues de esta horrible persecucion en nuestra patria; y tal vez Dios ha permitido que la Iglesia mexicana sufra todas estas depredaciones, hasta en el escaso pan que sostiene á sus ministros y en sus mismos templos, para que su poder, no político sino moral, su ascendiente sobre todo el pueblo fiel, no pudiese ni aun aparentemente atribuirse al influjo de los intereses temporales, sino únicamente á la fuerza poderosa é irresistible del Evangelio.

No era necesario ciertamente venir á esta triste prueba despues de diez y ocho siglos de una lucha en que la verdad católica, la institucion católica, la moral católica, incesantemente perseguidas, han salido siempre victoriosas. No era necesaria esta triste prueba para derramar la luz de la evidencia sobre el divino poder de una institucion, cuyo Fundador vino al mundo sin tener donde reclinar su cabeza, nació entre las pajas de un establo, levantó su reino sobre su sepulcro, encargó la conquista espiritual del orbe á doce hombres del pueblo que se mantenian de la pesca, sostuvo el heroismo de sus discípulos en medio de las llamas, bajo el brazo armado de los césares y el hierro afilado de sus verdugos, é hizo al fin al Universo tributario dócil, humilde y espontáneo de su Cruz. El milagro de un mundo civilizado por la Cruz, de una ciencia restaurada por la Cruz, de una moral resuscitada por la Cruz, de una sociedad constituida por la Cruz, de un poder consagrado y afirmado por la Cruz, de una obediencia garantida y santificada por la Cruz, de un derecho inaugurado bajo el magisterio de la Cruz, de una esclavitud abolida por la Cruz, de una barbarie disipada bajo el esplendor purísimo de la Cruz: todo esto hubiera debido salvar para siempre de los estragos del sofisma y de la seduccion la creencia del Evangelio. Pero los enemigos de la religion, que nunca descansan, que de todo procuran sacar partido, han vuelto contra la Institucion de Jesucristo la misma civilizacion que ella trajo, las mismas luces que difundió por el mundo. Nuevos escándalos vinieron, mas terribles aún que los antiguos, á perturbar la paz. Nuestro siglo cuenta ya nuevas persecuciones suscitadas en Europa, nuevos desastres consumados con el designio de abolir este imperio dogmático, religioso y moral de la Iglesia; y nuestra misma pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tria, la religiosa México, este pais eminentemente católico, lleva muchos años de sufrir los embates de esta guerra impía, que al fin ha llegado al extremo de sembrar el vasto territorio de inmensas ruinas. Pero la Iglesia de Dios, contra la cual está escrito que no prevalecerán las puertas del infierno, aparece, despues de cada persecucion, con la majestad del triunfo, y sin recobrar sus riquezas, reconquista sin esfuerzo todo su poder. Entónces un gran designio providencial se ejecuta: vuelve á resplandecer toda con su luz propia, como el sol al disiparse las tempestuosas nubes; porque todo ojo ve que si la Iglesia triunfa, si la Iglesia domina, si la Iglesia reconstituye la sociedad sobre las inmensas ruinas de la anarquía, esto se debe, no á la sabiduría del sabio, no á la prudencia del prudente, no á la ciencia del mundo, no al temor de las armas, no al poder de las riquezas, sino á la virtud inefable de Aquel que anunció sus triunfos, su gloria, su dominio universal en toda la tierra, la víspera de caminar á la muerte.

En efecto: por mui repetidas, enconadas y desastrosas que sean las persecuciones, la Iglesia prosigue inalterable su marcha: sufre los embates de la tempestad, pero es la única que sobrevive á todas las ruinas, levantando su frente sobre el elemento agitado, y dominando ese campo de escombros en que parecen confundidos los verdugos y las víctimas. El protestantismo decae para el poder, despues de haber muerto para la inteligencia, para el corazon y para las artes, á la vista de un pueblo de católicos oprimido con la tiranía de las leyes, la humillacion de parte de la autoridad civil y la mas penosa miseria: la filosofía incrédula, en medio de sus esfuerzos, y despues del inmenso estrago que hizo sufrir á la Europa en el último siglo, pasea sus miradas por una sociedad nueva, reinstalada por el influjo reparador del cristianismo, purificada en la mas terrible persecucion, ennoblecida en la desgracia y consagrada por el respeto que sigue á los solemnes desengaños: el progreso empieza á ser un objeto de burla y sarcasmo á la vista de su impotencia, de esas instituciones movedizas que van desapareciendo ante el viento que prepondera, de esas tendencias largo tiempo encubiertas y hoi desvergonzadas hácia el paganismo, y la fe del Crucificado ha vuelto á inclinar hácia la Cruz al mundo entero, no bajo el influjo de las riquezas, no en medio de los honores, sino despues de haber pasado mil veces por las mas terribles pruebas, de haber vuelto á su pobreza antigua en consecuencia de los despojos ejecutados en mas de tres siglos. ¿Y seria México la excepcion de esta regla? ¿Solo aquí alcanzaria contra el astro de la verdad un triunfo completo el horrible poder de las tinieblas? No: la Santa Iglesia Mexicana,

que sufre las consecuencias de su turno en las vicisitudes temporales de la Iglesia universal, tendrá sin duda la gloria de triunfar, no con unas riquezas de que no necesita, sino con el infinito poder del Altísimo, que ha prometido estar siempre con su Iglesia, de esa revolucion inmensa espantosamente conjurada contra ella.

De esta suerte Dios hacer servir siempre á la gloria de su Nombre los mismos crímenes que cometen los impíos en su guerra contra el cielo, y para que nada faltase, las mismas virtudes, que forman el ornato mas bello de su Iglesia, reciben con la persecucion un retoque de belleza, un incremento de poder y de gloria, que arrebata por donde quiera los tributos de admiracion. Si un Atanasio va á esconder su existencia en las inaccesibles grutas, su palabra queda en pié como un poder colosal que rae del inmenso campo de la lid al encarnizado y orgulloso arrianismo, y la gloria le espera tras de su sepulcro para derramar su luz por todos los siglos: si el Crisóstomo paga con un destierro la indignacion de una corte, condenada en sus extravíos por la fuerza de su palabra, la virtud del Pontífice perseguido sube mas tarde á los altares para recoger los homenajes de la piedad cristiana: si una persecucion sin tregua puebla los desiertos de solitarios ilustres, allí fructifican y crecen el vigor y la gloria de la santidad. Nunca el hombre se halla mas cerca de Dios que cuando está mas distante del mundo y de sí mismo, y nunca mas desprendido, que cuando sufre la terrible persecucion: ésta reconcentra en el cielo como en el único asilo á todos los que tienen la felicidad de padecer por la causa sublime de la religion: por esto he dicho asimismo, que tambien la virtud saca provecho de estos desastres, así como tiene mas riesgos que correr en los tiempos de calma y de prosperidad.

Mucho podria decir aún sobre un hecho que ha conmovido profundamente á toda la Nacion, que debe escandalizar al mundo entero, que será la afrenta de esta sociedad ante todos los pueblos civilizados, y que hará olvidar hasta el carácter de nuestras divisiones políticas con tan inauditos golpes de barbarie; pero yo debo poner término á mi alocucion, y dar paso á las declaraciones y protestas que estoi en el indispensable caso de hacer.

En tal virtud, como Obispo de Michoacan, en cumplimiento de mis deberes, en uso de mis facultades canónicas, en cuanto puedo y debo segun el Derecho, y en virtud de las circunstancias dichas, declaro que por los hechos referidos que acaban de consumarse, ha sido violada la inmunidad local, real y personal de mi santa Iglesia: la inmunidad local, por haberse invadido con la fuerza mi Santa Iglesia Catedral; la inmunidad real, por haberse apoderado por la fuer-

za de los referidos objetos consagrados á Dios y destinados inmediatamente á su culto; y la personal, por haberse desterrado á los Señores Gobernadores de la Diócesis, Secretario del Gobierno diocesano, varios párrocos y otros eclesiásticos.

Declaro que el despojo que se acaba de consumar en mi Santa Iglesia Catedral, es un robo sacrílego, sujeto como tal, no solamente á todas las penas canónicas respectivas, sino tambien á la responsabilidad civil que aseguran las leyes en favor del propietario despojado. Declaro á salvo y protesto en toda forma, para que sean deducidos cuando haya lugar y parezca conveniente, los derechos reales y personales de la Iglesia en el órden de la restitucion contra los autores, ejecutores, cooperadores y cómplices de este robo sacrílego.

A reserva de proceder á lo mas que haya lugar en la esfera de mis facultades canónicas, ya por mí mismo, ya por los Señores en quienes tengo delegada ó delegare mi jurisdiccion con motivo del escandalosísimo atentado á que me refiero, declaro que han incurrido en excomunion mayor reservada al Sumo Pontífice por el mismo hecho, y en consecuencia, que están real y verdaderamente excomulgados, los autores, ejecutores, cooperadores y cómplices de este robo sacrílego.

Declaro que en fuerza de esta censura canónica quedan sujetos los que han incurrido en ella á todas las disposiciones del Derecho, respecto de excomulgados no *vitandos;* y en consecuencia, no se les puede administrar ningun sacramento miéntras no hayan obtenido la absolucion de la censura, ni darse sepultura eclesiástica á sus cadáveres, ni hacerse sufragios ningunos por sus almas en caso de morir sin haber sido absueltos de esta censura, sino que en todo se debe proceder con arreglo á la circular diocesana, en que se manda observar la del Illmo. Sr. Arzobispo de 13 de Noviembre de 1857, y al edicto diocesano expedido en esta capital en 31 de Marzo de este año.

Declaro segun el tenor del cap. XI de la sesion 22 *De reformatione* del Santo Concilio de Trento, que los autores, ejecutores, cooperadores y cómplices del robo de mi Santa Iglesia Catedral, necesitan para obtener la absolucion de la censura, no solo hacer una manifestacion pública de su arrepentimiento por tal delito, sino restituir á la Iglesia en los términos debidos, y conforme á las reglas de la moral y en la parte que puedan, los bienes de que fué despojada.

México, Octubre 8 de 1858.—*Clemente de Jesus,* Obispo de Michoacan.—*Luis G. Sierra,* Secretario.

DECRETO GENERAL

DECLARANDO LAS

CENSURAS CANÓNICAS

CONTRA

TODO ATENTADO Y PARTICIPIO CONTRA LOS DERECHOS E INMUNIDADES DE LA IGLESIA.

El Illmo. Sr. Obispo de la Diócesis ha expedido el decreto siguiente:

"México, Enero 27 de 1859.—Trascríbase á los Señores Vicarios foráneos y Curas de nuestra Diócesis por nuestra Secretaría el oficio que hoi dirigimos al Sr. Gobernador de aquella, para que se arreglen á las declaraciones que en él hacemos, en todos los casos de consulta y demas que se les presenten con ocasion de los decretos, providencias y hechos que en dicho oficio mencionamos. El Illmo. Sr. Lic. D. Clemente de Jesus Munguía, Obispo de Michoacan, así lo decretó, mandó y firmó.—El Obispo de Michoacan.—*Dr. Luis Gonzaga Sierra,* Secretario."

El oficio á que se refiere el superior decreto diocesano que precede, es como sigue:

"Señor Gobernador de la Diócesis:—A reserva de instruir á V. S. con mas detenimiento sobre los motivos que he tenido para no volver á representar por mí mismo á las autoridades de ese Estado, con motivo de sus decretos y providencias contra mi Santa Iglesia, desde el 18 de Abril del año próximo pasado, en que remití mi representacion contra el decreto de 6 del mismo, despues de otras dos que con ocasion de otros decretos habia ya dirigido al Gobierno de ese Estado, sin haber obtenido de ninguna de ellas contestacion al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guna, ni aun acuse de recibo; contesto la nota de V. S. fecha 21 del corriente, que recibí juntamente con un ejemplar de los decretos de 7 de Diciembre último y 11 del corriente, expedidos por el Sr. Degollado, imponiendo al clero un préstamo de dos millones y medio de pesos en clase de pena, y reglamentando su ejecucion, y con una copia de las dos notas de V. S. de 18 y 19 del corriente á ese Gobierno civil sobre recibo de dichos decretos; diciéndole que, aunque con solo haber protestado ante dicho Gobierno contra los decretos y sus considerandos bastaba para que V. S. prescindiese de dar otro paso, quedo entendido en que piensa dirigirse al autor de los decretos con el objeto dicho, por tenerlo ya ofrecido así en sus dos citadas notas."

"Podrá suceder, aunque no debia esperarse, que algunas personas ocurran á V. S., por via de consulta, con motivo de tales decretos; y por lo mismo he creido conveniente decirle, para conocimiento de quien consulte, que habiéndose protestado repetidas veces al mismo Gobierno á quien reconoce Michoacan, y aun al particular de ese Estado, contra los decretos y providencias diversas que se han dictado atacando los derechos, jurisdiccion é inmunidades de la Santa Iglesia; habiéndose manifestado clara y terminantemente que esto no se hace sino en cumplimiento de las leyes generales de la Iglesia, que todos estamos obligados á guardar; habiendo citado estas leyes, no solo en los documentos oficiales, sino en mis circulares diocesanas, para que así las autoridades á quienes he representado como todos los fieles de mi Diócesis vean lo que hai dispuesto por la Santa Iglesia, y puedan sin dificultad ninguna calificar los casos de imputacion en vista de sus cánones, saber en quiénes recaen las censuras cuando se infringen éstos, y las consecuencias de haber incurrido en ellas; y por último, habiendo llevado por mi parte la escrupulosidad en este punto hasta el extremo de insertar literalmente traducido al castellano en mi novena pastoral, que fué leida en muchas iglesias, circulada impresa con mucha profusion y generalmente sabida, el capítulo undécimo de la sesion veintidos *de Reformatione* del Santo Concilio de Trento: ninguno de losfie les puede alegar ignorancia, ni excusarse de cumplir, dando por motivo que á cada nuevo decreto, providencia ó medida de la autoridad civil contra la Iglesia, no se hace una nueva protesta, ó se circula una nueva providencia, ó se lée una nueva pastoral."

"En efecto: estando en este Santo Concilio ecuménico clara y terminantemente decretado que todo aquel, de cualquiera dignidad que sea, aun la imperial ó régia, que por sí ó por otro, con cualquier color ó pretexto, usurpe la jurisdiccion, bienes, censos, derechos, frutos, emolumentos ó cualesquiera obvenciones de la Iglesia, ó de cualquier beneficio secular ó regular, ó de montes de piedad ú otros lugares piadosos, ó presumiere estorbar que los perciban aquellas personas á quienes por derecho pertenecen, quede sujeto á excomunion por todo el tiempo que no restituya íntegramente á la Iglesia, y además de esto haya obtenido la absolucion del Romano Pontífice: siendo esta una lei eclesiástica general, consignada nada ménos que en el último de los concilios ecuménicos: estando todos, así eclesiásticos como seculares, estrechamente obligados á guardar y cumplir las leyes generales de la Iglesia desde que se expiden y promulgan, sin que valga la excepcion de ignorancia: siendo esta ignorancia tanto mas difícil, por no decir imposible, en mi Diócesis, cuanto que aquel Decreto canónico se ha citado muchas veces en documentos públicos impresos y de gran circulacion, é insertado íntegramente á la letra, como he dicho, en mi novena pastoral: todos generalmente, sea cual fuere su estado y condicion, deben saber cuanto la Iglesia quiere que sepan en estos casos para el buen gobierno de su conducta, no solo con motivo del decreto de 7 de Diciembre último, sobre préstamo forzoso de dos millones y medio de pesos, y su concordante de 11 del corriente; sino de todos aquellos que se han dado ántes ó dieren despues; de todos aquellos hechos que se hubiesen consumado ántes ó consumaren despues contra la Iglesia; sin necesidad ninguna de que, para cada cosa se represente ó proteste al Gobierno civil, se circulen providencias á los Señores Eclesiásticos, ó se amoneste á los fieles con edictos, ó se les instruya con pastorales."

"Entiendo que esta simple advertencia bastará para responder á cualesquiera consultas que se hagan, ya sobre los decretos anteriores del Gobierno de ese Estado, ya sobre los casos canónicos y morales que se puedan presentar con ocasion del despojo de la Santa Iglesia Catedral, ocupacion de establecimientos eclesiásticos, rentas decimales y otras pertenecientes á la Iglesia, ya, finalmente, con motivo de los decretos sobre que versa el oficio de V. S. y he contestado; y en consecuencia, para que todos los tenedores de capitales sepan que no les es lícito obsequiar de ningun modo dicho decreto; que sus fincas quedan siempre sujetas á las hipotecas de su reporte, sea cual fuere el motivo que les impulse á redimir; que la Iglesia ha de reclamar en todo tiempo contra esas usurpaciones, renovando al efecto las protestas que tiene hechas, desde la primera que hizo contra la lei de 11 de Enero de 1847, el Illmo. Sr. Portugal, hasta la última; y en fin, que cualquiera cooperacion al cumplimiento de dichos decretos es un caso de responsabilidad y censura."

"Y lo digo á V. S. para que aun aquellas personas que, no satisfechas con la resolucion del Gobierno diocesano, deseen una del Obispo, sepan lo que yo he declarado, y se les manifieste para su conocimiento y gobierno. Dios guarde á V. S. muchos años. México, Enero 27 de 1859.—*Clemente de Jesus*, Obispo de Michoacan.—Señor Gobernador de la Sagrada Mitra de Michoacan.—Morelia."

Y en cumplimiento de lo dispuesto por el Illmo. Sr. Obispo en el superior decreto, con que dan principio las precedentes inserciones, trascribo á V., tanto éste como el oficio á que se refiere, y son copias fielmente compulsadas de su original. Dios guarde á V. muchos años.

México, Enero 27 de 1859.—*Dr. Luis G. Sierra*, Secretario.—Señor Cura Juez eclesiástico de....

MANIFESTACION

QUE HACEN AL

VENERABLE CLERO Y FIELES

DE SUS RESPECTIVAS DIÓCESIS

Y A TODO EL MUNDO CATÓLICO

LOS ILLMOS. SEÑORES

ARZOBISPO DE MEXICO Y OBISPOS DE MICHOACAN, LINARES, GUADALAJARA Y EL POTOSI,
Y EL SR. DR. D. FRANCISCO SERRANO COMO REPRESENTANTE DE LA MITRA DE PUEBLA,

EN DEFENSA DEL CLERO Y DE LA DOCTRINA CATOLICA.

CON OCASION DEL MANIFIESTO
Y LOS DECRETOS EXPEDIDOS POR EL CIUDADANO LIC. D. BENITO JUAREZ EN LA CIUDAD DE VERACRUZ EN LOS DIAS 7, 12, 23 Y 28 DE JULIO DE 1859.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Y lo digo á V. S. para que aun aquellas personas que, no satisfechas con la resolucion del Gobierno diocesano, deseen una del Obispo, sepan lo que yo he declarado, y se les manifieste para su conocimiento y gobierno. Dios guarde á V. S. muchos años. México, Enero 27 de 1859.—*Clemente de Jesus*, Obispo de Michoacan.—Señor Gobernador de la Sagrada Mitra de Michoacan.—Morelia."

Y en cumplimiento de lo dispuesto por el Illmo. Sr. Obispo en el superior decreto, con que dan principio las precedentes inserciones, trascribo á V., tanto éste como el oficio á que se refiere, y son copias fielmente compulsadas de su original. Dios guarde á V. muchos años.

México, Enero 27 de 1859.—*Dr. Luis G. Sierra*, Secretario.—Señor Cura Juez eclesiástico de....

MANIFESTACION

QUE HACEN AL

VENERABLE CLERO Y FIELES

DE SUS RESPECTIVAS DIÓCESIS

Y A TODO EL MUNDO CATÓLICO

LOS ILLMOS. SEÑORES

ARZOBISPO DE MEXICO Y OBISPOS DE MICHOACAN, LINARES, GUADALAJARA Y EL POTOSI,
Y EL SR. DR. D. FRANCISCO SERRANO COMO REPRESENTANTE DE LA MITRA DE PUEBLA,

EN DEFENSA DEL CLERO Y DE LA DOCTRINA CATOLICA.

CON OCASION DEL MANIFIESTO
Y LOS DECRETOS EXPEDIDOS POR EL CIUDADANO LIC. D. BENITO JUAREZ EN LA CIUDAD DE VERACRUZ EN LOS DIAS 7, 12, 23 Y 28 DE JULIO DE 1859.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOS EL DOCTOR D. LÁZARO DE LA GARZA Y BALLESTEROS, ARZOBISPO DE MEXICO; LIC. D. CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, OBISPO DE MICHOACAN; DR. D. FRANCISCO DE P. VEREA, OBISPO DE LINARES; DR. D. PEDRO ESPINOSA, OBISPO DE GUADALAJARA; DR. D. PEDRO BARAJAS, OBISPO DEL POTOSI, Y DR. D. FRANCISCO SERRANO, COMO REPRESENTANTE DE LA MITRA DE PUEBLA,

AL VENERABLE CLERO
Y FIELES DE NUESTRAS RESPECTIVAS DIOCESIS, A TODOS LOS HABITANTES
DE LA REPUBLICA Y A TODO EL MUNDO CATOLICO.

Habiéndonos encontrado, sin prévio acuerdo, y aun por circunstancias extrañas á nuestra prevision, reunidos en esta capital en los momentos acaso mas críticos para la religion y la Iglesia, pues el Sr. Juárez, expidiendo en Veracruz los ya mui conocidos decretos de 12, 13 y 23 del pasado, ha llevado hasta sus últimos extremos la sistemada persecucion á la Iglesia, que inició él mismo hace cosa de cuatro años, en clase de Ministro de Justicia, con su memorable lei de desafuero eclesiástico, expedida el 23 de Noviembre de 1855, hemos juzgado mui conveniente dirigir á todo el mundo una manifestacion en comun, pública y solemne, de nuestros sentimientos con ocasion de los decretos dichos, y en consecuencia de la tenaz y larga persecucion que ha sufrido la Santa Iglesia mexicana.

Si la guerra de hoi está devorando á nuestra desgraciada patria, reducida únicamente al órden político, no hubiese traspasado estos límites desbordándose hácia la religion y la Iglesia, Nos, que por el carácter sagrado de nuestras personas y el objeto de nuestro ministerio, exclusivamente religioso y moral, hemos estado, estamos, y tenemos esperanza de estar siempre léjos de ese círculo en que se agita la accion de los partidos, nos habriamos reducido á llorar en silencio estos odios políticos, estas divisiones intestinas, esta guerra entre hermanos, esta sangre que corre por todas partes, estos desastres inauditos que han transformado en ruinas el territorio vasto de la opulenta México; á levantar nuestra voz incesantemente al Dios de las misericordias para que nos perdonase, al Dios de la paz para que reconciliase á todos los enemigos y nos volviese la deseada tranquilidad, medio indispensable para el establecimiento y conservacion del órden público, para el vigor y la fuerza del Estado, para la opulencia y prosperidad de las naciones; y por último, apro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vechando las ventajas de nuestra posicion entre los partidos contendientes, supuesto que nos hubiesen hecho la justicia de reconocernos como padres de todos, y nunca como enemigos de nadie, á conjurarles indistintamente á todos en nombre de la religion y la patria, para que se diesen el abrazo fraternal, inmolando sus odios políticos en las aras del Evangelio, y volviendo á colocarse de comun y espontáneo acuerdo en los espaciosos caminos que trazó el Supremo Legislador de los hombres con caractéres indelebles, no solo al individuo para que fuese perfecto, sino tambien á las naciones para que fuesen sábias, justas, fuertes y grandes. Mas por una lamentable desgracia no es así: la imparcialidad política del Episcopado y su interes decisivo por el bien de todos, se han puesto en duda, no porque la hayan tenido los principales motores de la persecucion á la Iglesia, sino porque sus tendencias, mui disfrazadas al principio, mas perceptibles en seguida, manifiestas despues y descaradas al fin, han sido, no precisamente el establecimiento de tal ó cual forma de gobierno, el triunfo de tal ó cual idea exclusivamente política, sino la destruccion completa del catolicismo en México, la rotura de nuestros vínculos sociales, la proscripcion de todo principio religioso, la sustitucion de la moral evangélica, única digna de tal nombre, con esa moral ficticia del interes y la conveniencia, que no se ha llamado universal sino porque deja un campo libre para sus extravíos á todas las pasiones. Hé aquí la causa por qué los tiros se han asestado siempre contra el clero, precisamente por ser el ministerio instituido por Jesucristo para salvar toda verdad contra todo error, toda virtud contra todo vicio, todo derecho contra toda injusticia, consolidar el órden afirmándole con la Lei divina, y estirpar la tiranía, garantizando para los pueblos la accion de los gobiernos con la sancion eterna de los deberes impuestos por Dios á los magistrados públicos. Mas hoi la exaltacion demagógica é impía, traspasando todo límite, ha llegado á sus últimos extremos: el clero mexicano figura en sus palabras, en sus decretos y en sus escritos como la primera causa de todos los males que pesan sobre México, como el enemigo constante de la civilizacion y del progreso, como el partidario instituido del despotismo y de la tiranía, como el aliado nato del ejército contra las instituciones políticas y libertades públicas. Hoi se ha tomado un empeño mayor que nunca en desacreditar nuestra causa á la faz del mundo, y con una maligna destreza se hacen circular, aun en la prensa extranjera, las especies mas absurdas, á fin de hacer creer que el clero mexicano está sosteniendo y agitando la guerra con la mira de entronizar un partido político en perfecta consonancia con las pretensiones que

con igual falsedad se le atribuyen. Es, pues, necesario desmentir la calumnia, levantar la voz contra esa trama de absurdos é imposturas, poner en claro la inocencia del clero á la faz de la nacion y del mundo, dar á los fieles la sana doctrina contra los errores dominantes y precaverlos contra los peligros de una falsa conciencia, ya que nada se perdona para precipitarlos en el abismo insondable de la herejía y del error. Tal es el objeto de este escrito, que por la mas justa y legítima de todas las causas dirigimos, no solamente al clero y fieles de nuestras diócesis, no solo á nuestros conciudadanos y á todos los habitantes de la República, sino á todo el mundo católico; pues por todas partes han hecho los enemigos de la Iglesia circular sus errores contra la doctrina, las apologías de sus medidas y decretos, y las mas odiosas calumnias contra los ministros de la religion. Es nuestro ánimo, al escribir esta manifestacion, vindicar el honor del Episcopado mexicano, con todo su clero, de la calumnia tan falsa como atroz con que se le supone agente político de las revoluciones y atizador constante de la guerra civil, poniendo en claro la injusticia, iniquidad y ruinosas consecuencias de la persecucion que se ha hecho á la religion y á la Iglesia en esta República, oponer á la propaganda cismática la doctrina católica, y hacer las declaraciones correspondientes, á fin de impedir las consecuencias de la seduccion con que tan audaz como astutamente se intenta pervertir el sentido católico de los fieles.

I.

Para ver á toda luz, no solamente la inculpabilidad del Episcopado y clero mexicano, sino tambien el carácter de la atroz injusticia con que se le ha perseguido, basta dirigir una rápida ojeada sobre los principales sucesos de la historia contemporánea en lo relativo á los conflictos de la Iglesia con el Estado. Cualquiera que, libre de pasion y conducido por una sana crítica, los examine, verá con toda la luz de la evidencia: primero, que la Iglesia no ha hecho nunca oposicion á ningun gobierno sino en clase de defensa canónica, y cuando ha sido provocada por leyes y medidas que atacan ó su institucion, ó su doctrina, ó sus derechos; segundo, que siempre se ha defendido exclusivamente con sus armas, que son las espirituales; y por último, que aun esto lo ha hecho con suma prudencia y caridad heróica.

Desde el momento mismo en que tocó á su plenitud la realiza-

cion feliz de la independencia de nuestra patria, empezó á formarse entre nuestros mismos compatriotas, por la mas lamentable desgracia, un partido anti-eclesiástico, aunque mui disfrazado por entónces, que infiltrando en el seno de la sociedad insensiblemente el veneno de las falsas doctrinas, preparó la terrible crísis que hoi amenaza igualmente, con una desaparicion completa del territorio mexicano, á la religion y á la nacionalidad. Cuando el éxito brillantísimo del plan de Iguala manifestó claramente á todos los hombres pensadores que la religion habia sido un elemento eficacísimo para poner de acuerdo en la independencia de México á todos los miembros divididos de esta gran familia, y que por lo mismo ella deberia ser la base de la nueva sociedad en su legislacion, en su gobierno y en toda su marcha administrativa, so pena de perderlo todo en el caso contrario, empezó á falsearse esta grande idea, á minarse en sus profundos cimientos el edificio todo: una carrera de decadencia en que han ido paulatinamente acabando todos elementos morales y físicos de la nueva nacion, fué la consecuencia de aquellos primeros errores, y al cabo de 38 años de ser independientes, nos encontramos en vísperas de perder la religion, la moral y la patria. La idea de avasallar á la Iglesia, encadenando sus libertades, asomó desde el principio, dejando traslucir á los ojos de la crítica que llegaria un tiempo en que pasase á las mas horribles exageraciones, hasta el extremo de querer estirpar la religion, acabando con la Iglesia despues de escarnecer á sus ministros. Aunque de pronto la lucha social tomó un carácter al parecer exclusivamente político, siempre llevaba en el fondo los elementos de una lucha religiosa, sucediendo, por lo mismo, que cada época de la historia de nuestras revoluciones civiles diese una página mas á la de las persecuciones de la Iglesia mexicana. La idea del patronato apareció desde el año de 1822 provocando la reunion de aquella memorable Junta de Diocesanos que, guiada por sus principios estrictamente canónicos, declaró que habia cesado el patronato para el Gobierno temporal con la independencia misma, sin que pudiese figurar como un derecho adquirido, sino en fuerza de una nueva concesion otorgada por la Santa Sede Apostólica. La pugna entre la Iglesia y el Estado, por los ataques dados en las constituciones políticas á la doctrina de la religion, nació en Jalisco de aquella constitucion que, estableciendo entre otras cosas, que el Estado fijaria y costearia los gastos del culto, exigia sin embargo á ciudadanos católicos un juramento de obediencia; mas la Iglesia entónces, no solo en aquel obispado, sino aquí y en otras diócesis, levantó la voz contra semejante ataque, logrando repeler con el mejor

éxito aquella fuerza abusiva con la suya canónica, religiosa y moral. Mas tarde, y despues de haber quitado la coaccion civil, tanto sobre el pago del diezmo cuanto sobre votos monásticos, y dado por nulas algunas provisiones de Coro hechas desde tiempo atrás por los Obispos y Cabildos eclesiásticos, se quiso dar un paso mas firme y decisivo, declarando el patronato y decretando en consecuencia de tal declaracion varias cosas á pesar de las resoluciones anteriores, sin hacer caso de la Constitucion de 1824, ni aun esperar el éxito de las negociaciones iniciadas con la Silla Apostólica. En este nuevo conflicto la Santa Iglesia mexicana, siempre á la altura de su situacion, conjuró la tormenta y encadenó la tempestad con su doctrina y su heroismo: los Obispos hablaron con el vigor y la irresistible fuerza que la gracia comunica; y miéntras ellos, cediendo á la fuerza brutal que encadenaba sus personas, marchaban al destierro, los pueblos demasiado sensibles á sus creencias para que dejasen pasar desapercibida tan horrible persecucion, explicaron su indignacion de una manera en extremo significativa para que siguiesen marchando las cosas por el mismo camino que llevaban. Aquella administracion sucumbió sin haber conseguido mas que dar un realce nuevo á la esplendente dignidad del Episcopado.

Este golpe, tan terrible como humillante para los enemigos de la Iglesia, les hizo tal vez cambiar el sistema de su ataque, á fin de hacerle decisivo cuando se hallasen de nuevo en el poder. Por una de esas fascinaciones harto comunes entre los que no se sienten animados de la fe ni comprenden el espíritu y eficacia de la doctrina, llegaron á creer que la irresistible fuerza de la Iglesia, para salir siempre victoriosa, era mas física que moral, consistia ménos en su doctrina y ministerio que en los tesoros del Tabernáculo y en las cuantiosas rentas con que expensa el culto y atiende á sus muchas y grandes instituciones piadosas: creyóse que, robándola, todo estaria concluido, siendo una misma cosa, en el cálculo de sus esperanzas, empobrecer que avasallar y aun extinguir completamente á la Iglesia. De aquí resultó aquella memorable ley de 11 de Enero de 1847, que podemos reputar como el principio acordado de la lucha en la segunda de sus épocas. Visto que el primer plan de ataque habia dado los peores resultados, decretóse la ocupacion de los bienes eclesiásticos bajo el velo hipócrita de una necesidad imperiosa traida por la invasion americana; mas la Iglesia levantó su voz como siempre: la palabra episcopal se cruzaba por todos los ángulos de la República en la mas completa armonía: la nacion recibió con ella una conmocion religiosa y moral inspirada por su fe, y todo el mundo vió entónces el triunfo de esta causa en la dero-

gacion de aquellas leyes, decretada en la misma administracion aunque no por el mismo poder que las acababa de expedir. Entónces fué cuando la Iglesia mexicana, respirando apénas de tan penosa lucha, puso cuantos recursos estaban á su arbitrio en las arcas del tesoro público, manifestando así, que si á todo resiste cuando se atacan sus principios, es la primera tambien en traer su contingente á la patria en sus grandes peligros.

Un conjunto de circunstancias hizo entónces que, sin bajar del poder el partido liberal, descansase un tanto la Iglesia. Lo reciente de la guerra extranjera, los recursos pecuniarios de la indemnizacion americana, la preponderancia del partido moderado en la administracion pública, y acaso algun recelo de renovar tan pronto el ataque contra la Iglesia, hicieron que ésta pasase algunos años, aunque no sin varios conflictos, sí libre de una crísis semejante á las de 33 y 47. Esta situacion se prolongó mas tiempo con el advenimiento del Gobierno establecido en México despues de la última revolucion de Jalisco; mas el periodo fué tan breve, que no discurrieron sino seis años poco mas sin que la Iglesia volviese á ser arrastrada con mas fuerza que nunca al teatro del combate. Triunfante apénas la revolucion de Ayutla, dejó ver sus horribles intentos, que llenaron de consternacion á todos los verdaderos católicos. El partido anti-religioso arrojó casi todos sus disfraces, y el Gobierno mismo entronizado en consecuencia de la revolucion triunfante mostró desde luego que recibia de lleno la inspiracion y el influjo de los mas exaltados partidarios. La supresion de la legacion de Roma como inútil dió á conocer que el Gobierno era cuando ménos indiferente á todo principio religioso: la lei de desafuero y el despojo al clero mexicano de sus derechos políticos en la convocatoria dejaron ver á las claras toda su aversion al sacerdocio: la proteccion á una prensa la mas impía y desenfrenada no dejó duda ninguna sobre el advenimiento para la Iglesia de una persecucion la mas terrible de todas, de una persecucion que acaso nos haria recordar prácticamente, si no la lucha del paganismo, sí los siglos de apostasía y las recientes épocas en que, comenzando por emancipar la política de la religion á nombre de la libertad, se acabó por echar fuera á Dios de su Tabernáculo, y rendir á una cómica en el templo los tributos sagrados en nombre de la Diosa Razon.

Mui pronto habriamos visto el cuadro en toda su integridad; pero aquellos primeros avances eran tan significativos y estaban irritando con tal fuerza el sentimiento público, que los mismos liberales, presintiendo acaso las consecuencias de un ataque inmaturo é imprudente, fuéron los primeros en organizar una oposicion al Gobier-

no del General Alvarez. La revolucion salió del mismo partido liberal con el pronunciamiento del Gobernador de Guanajuato, y habria seguido acaso mui adelante sin el cambio administrativo que, colocando al Sr. Conmonfort en el Gobierno con el título y carácter de Presidente sustituto, hizo creer á muchos que la lucha contra la Iglesia, si no cesaba del todo, tendria por lo ménos caractéres poco alarmantes, de aquellos que no bastan á producir una conmocion general.

Mas no tardaron mucho tiempo en sentirse los efectos del mas triste desengaño, porque la conducta de aquel funcionario para con la Iglesia manifestó evidentemente que aquello no habia sido sino solo un simple cambio de táctica. Los decretos expedidos por él en Puebla interviniendo los bienes eclesiásticos de aquella diócesis dieron bastante á conocer que la Iglesia debia estar mas alarmada por la táctica de aquella nueva administracion que por los crudos y descarados golpes que habia empezado á recibir y los nuevos que le preparaba la administracion primera de Ayutla. Inicua y odiosa, cuanto mas no cabia, fué aquella medida, bastante por sí para cubrir de luto á toda la Iglesia mexicana, para arrancar el mas sentido clamor de todos sus Pastores, para cerrar las puertas de los templos y considerar llegado el tiempo de la abjuracion absoluta del catolicismo y aun de la moral por parte del Gobierno; mas en aquellos decretos habia una cosa mas grave, si así puede decirse, el ropaje hipócrita con que se disfrazaba la inconcebible iniquidad, aquel carácter de justicia que se le quiso dar á tan odiosa medida, aquel presentarla con tanta audacia como aplomo bajo el emblema de un castigo ejecutado contra el clero como autor de la revolucion armada de que acababa de ser teatro aquella ciudad. Esto era ya mui altamente significativo, era un sistema combinado astutamente para sacrificar á la Iglesia sin alarmar á los pueblos, y todo el mundo vió desde entónces que la lucha seguiria tomando por blanco de todo ataque directo al clero mexicano. En este sentido combinó su política el Sr. Conmonfort. Rienda suelta á la prensa para difamar al clero; pomposos considerandos contra ésto, á fin de cohonestar las leyes anti-eclesiásticas; trabas sin número, restricciones tiránicas á los Pastores, á fin de dejarlos indefensos: he aquí el triple elemento de su accion contra la Iglesia. Si le arrebata su incontestable derecho de propiedad con la lei de 25 de Junio y el reglamento concordante, y lanza sobre todas sus fincas á muchos hombres que instantáneamente pasan de la mendicidad á la opulencia, es, dice, para dar movimiento á los cuantiosos caudales estancados en manos del *clero;* si ataca los derechos parroquiales con una lei á todas

luces atentatoria y tiránica, es para garantizar la limosna contra la avaricia del clero; si expide circulares y dicta medidas coartando la libertad apostólica, la voz pastoral y la jurisdiccion diocesana, es para reprimir los avances del *clero* y poner coto á su pretendido sistema de hostilidad contra el Gobierno.

Miéntras este caminaba del modo que acabamos de ver, persiguiendo por todas partes á los ministros del Santuario y atacando en todo sentido y con todas armas las inmunidades de la Iglesia, el Congreso discutia una constitucion cuyo solo proyecto habia bastado para conmover profundamente á los pueblos en toda la República. Los avances de aquella Carta eran tales, que sin embargo de la disposicion tan adversa del Ejecutivo contra la Iglesia, no pudo ménos de alarmarle á él mismo y atraer su oposicion hácia la Cámara. Notorio fué para todo el mundo lo que el Gobierno sentia respecto de la Constitucion; pero universal y profundamente inexplicable que este Gobierno mismo, tan decidido contra el nuevo código político, hubiese mandado por un decreto á todos los empleados públicos del órden civil jurarle, bajo la pena de perder sus destinos. Este decreto descargó sobre el pais un golpe tan terrible, trajo consecuencias tan desastrosas en todas partes, que envolvió en sus estragos hasta al mismo magistrado que le habia dado el sér. Prescrito con tal juramento un insulto constante á la Divinidad, pues queria consagrarse con su Nombre la promesa de avasallar su Iglesia reconociendo al Gobierno general como á la autoridad exclusiva en materia de religion y disciplina externa, de aceptar con la libertad de enseñanza la abolicion del magisterio católico, reconociendo en consecuencia como un derecho la propagacion del error y la herejía, de pasar por la tiranía de la conciencia contra los votos religiosos, de facilitar el ingreso de nuevos cultos con el derecho libre de asociacion, de admitir la destruccion de la gerarquía eclesiástica y la inmunidad personal del clero, de respetar la expropiacion radical de la Iglesia, &c., &c., el Episcopado no podia guardar silencio en tan peligrosa crísis para la conciencia, en aquel desquiciamiento constitucional de los principios católicos, y por lo mismo declaró unánimente la ilicitud del juramento, y sometió al que le prestase al requisito de la retractacion. Esto fué bastante para que se lanzasen nuevas calumnias y diatribas contra el clero, hasta el extremo de presentarle como un poder alzado contra el Soberano, como una clase luchando á sangre y fuego contra la sociedad.

En este estado de cosas el Sr. Conmonfort vió que aquella Carta, no solo anti-católica sino tambien anti-social, léjos de prometer esperanzas de órden y paz á la Nacion, debia, por el contrario, ser una fuente perenne de agitaciones, trastornos y desastres, y aunque el mal estaba ya mui avanzado, acometió la empresa de cortarle, resignando en un pronunciamiento su gefatura constitucional el 17 de Diciembre. No es de nuestro propósito entrar en las grandes cuestiones políticas que suscitó en el pais aquel ruidoso acontecimiento; pero tampoco podemos dejar de observar que los considerandos del plan de Tacubaya y los conceptos del manifiesto del Sr. Conmonfort vinieron á ser la mas brillante vindicacion que el clero pudiera desear, pues que su inocencia, su proceder exclusivamente canónico y moral, acababan de ser tácita pero solemnemente confesados por el Presidente que mas fuertes atentados habia cometido contra la Santa Iglesia mexicana.

De este golpe dado á la Carta constituyente por el Sr. Conmonfort provino el Gobierno establecido en México en consecuencia del plan de Tacubaya: porque la sangrienta lucha trabada entre este personaje y el Señor Zuloaga, con sus respectivas fuerzas en esta capital el mes de Enero del año pasado, ni reincorporaba al primero en un órden de cosas que acababa de destruir, ni le quitaba al plan del segundo su filiacion primitiva. Este conflicto, concluido con el triunfo del plan de Tacubaya y el retiro del Sr. Conmonfort, fué el principio del que ha seguido despues entre las fuerzas llamadas constitucionalistas y el Gobierno establecido en la capital. Mas, no reduciéndose á cuestiones estrictamente políticas, sino al contrario, afectando la religion, la propiedad y todos los elementos sociales, ha venido, por último, á presentarse como una persecucion furiosamente armada contra la Iglesia de Dios y sus ministros. En los diez y ocho meses que lleva de pesar sobre la desgraciada México tan funesta calamidad, no hai guarismo ciertamente para valorizar los desastres y ruinas que ha causado hasta en los puntos mas remotos de la República. Los hombres que afectan luchar por la Constitucion, se presentan donde quiera con facultades discrecionales que, no perdonando á ninguna clase, pesan mui principalmente sobre los ministros de la religion, sobre la conciencia de los fieles, sobre los templos del Señor. Los hombres que afectan luchar por el triunfo de la libertad sobre la tiranía, han derramado la consternacion por todas partes, y no hai un solo punto, ya dominado ya invadido por ellos, donde no hayan cargado de cadenas á los ministros de la religion. Amagos continuos, tropelías desaforadas, destierros caprichosos, insultos á pasto, cárceles y toda clase de penas, son el copioso fruto con que nos brindan bajo los auspicios de la libertad que defienden. Luchan por emancipar, como dicen, la política de la reli-

gion, por establecer la perfecta independencia entre la Iglesia y el Estado; y sin embargo, invaden á mano armada por donde quiera el ministerio católico, impelen hácia el altar á clérigos apóstatas para que profanen escandalosamente los augustos y tremendos misterios de la religion, los instituyen curas para el gobierno espiritual de los fieles, con facultades para usar de la fuerza contra los legítimos Pastores arrastrándolos á las cárceles ó lanzándolos al destierro; decretan penas en materia de absoluciones sacramentales, el destierro en unas partes y la muerte en otras. Muestránse indiferentes á todos los cultos, y cediendo á la razon del Estado, protectores de todos en un pueblo que no ha tenido ni tiene mas que uno: mas tal indiferencia se transforma en odio, y tal proteccion en sacrílega ironía cuando se les ve hacer caer las campanas sagradas de las torres, profanar los templos, arrebatar los ricos y cuantiosos tesoros que decoran la casa de Dios, y calificar de delitos de Estado la resistencia moral de las autoridades eclesiásticas, la indignacion del sentimiento católico y hasta las lágrimas inofensivas de un pueblo oprimido.

Este cúmulo inmenso de males (en que no hemos querido contar, por no recargar mas el cuadro, lo que han sufrido las otras clases de la sociedad, poblaciones incendiadas y saqueadas, familias pasando rápidamente de la opulencia á la mendicidad, el hambre devorando á las poblaciones, la agricultura sin brazos, el comercio sin vida, y todo en la mas absoluta decadencia,) nos habia hecho á muchos esperar que el influjo de las personas que, sosteniendo sus principios liberales jamas han querido renunciar al título de católicos (ni ver con indiferencia el carácter vandálico de esa guerra que ha esparcido por todas partes la consternacion y el dolor, ni sufrir por último esa horrible consecuencia práctica de tantos extravíos, largo tiempo prevista y hoi manifiesta como un coloso en las fronteras mismas de nuestra patria; ese Norte de la América, que viene á consumar ya la obra que inició astutamente desde sus primeras relaciones con nosotros de absorber nuestra independencia para extinguir nuestra lengua, nuestro culto, nuestras tradiciones, nuestra raza, y todo lo que somos en la sociedad,) hiciese volver sobre sus pasos á los principales agentes de esta guerra impía, y que una experiencia tan costosa fuese la precursora de la deseada union y concordia entre todos los mexicanos. Pero ¡ah! mui pronto nos convencimos de que tales esperanzas no fuéron mas que las ilusiones del dolor; pues en vez de un término que habria sido tan honroso para nuestra historia, hemos visto con sentimiento inexplicable poner el colmo á esta accion destructora de nuestra patria con

el manifiesto del Sr. Juarez, expedido en Veracruz el 7 del pasado, el decreto concordante de 12 del mismo, el reglamentario del siguiente dia, ocupando los bienes eclesiásticos, extinguiendo las comunidades de religiosos y toda clase de asociaciones piadosas, prohibiendo la profesion y recepcion de novicias en los conventos de monjas, y estableciendo la libertad de cultos de una manera tan singular como inicua, y por último, el del dia 23 del mismo mes pasado, cambiando la base moral de la familia con la institucion del llamado matrimonio civil, que reemplaza el matrimonio cristiano (que Jesucristo elevó á la dignidad de un sacramento inseparable del contrato, garantizando con la sancion eterna de la Lei divina su carácter de indisoluble, y los deberes mutuos de los esposos en clase de tales y como padres de una familia) con el concubinato instituido, que, sometiendo á la voluntad libre del legislador esta institucion primitiva contemporánea del hombre y anterior con mucho á la sociedad civil, deja sin arraigo, sin legislacion fundamental, sin moral, en suma, lo que despues de Dios y su culto hai de mas respetable en la tierra. Estas leyes sacan su primera base del manifiesto, se fundan en ciertos argumentos que aparecen en clase de considerandos suyos, y entre estos considerandos figura el clero en primer término como un antiguo reo de Estado reincidente, á quien se castiga por último con tales leyes. ¿Cuáles son los delitos del clero? En el idioma de aquellos legisladores, el de "sedicioso, causa eficiente de la guerra, enemigo jurado de los gobiernos, obstáculo instituido contra el ejercicio del derecho que los pueblos tienen para constituirse, rémora permanente contra la libertad y el progreso;" mas en el de la verdad y estricta justicia, su delito no es otro que el de no haber querido nunca sacrificar su conciencia, renegar de sus títulos, desertar de la comunion católica obedeciendo las diferentes leyes que se han dado en varias épocas, y especialmente las últimas, contra la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia; el no haberse declarado contra Dios cuando el desobedecerle se requiere para obedecer á la potestad temporal, el haber sufrido con heróica paciencia la mas horrible persecucion sin oponerle otras armas que la resistencia pasiva, la doctrina canónica y la oracion á Dios por la conversion de sus mismos enemigos. ¿Seria necesario detenernos en largas esplanaciones para dejar bien comprobada esta verdad? Los acontecimientos hablan por sí mismos, y si este desfogamiento de pasiones se esfuerza por acomodar la bien tegida tela de sus calumnias en las páginas de la historia contemporánea, ella será nuestra defensa: porque, si en los tiempos de aluvion suele enturbiarse su corriente; fenecida la borrasca y á tres pasos del tiempo, sacude

toda la inmundicia, para transmitir, perfectamente depurada en la crítica, la verdad de hecho á las mas remotas edades.

Hemos referido sin comentarios, y con mui particular intento, los principales sucesos que abraza la historia de los conflictos en que ha puesto el Estado á la Santa Iglesia mexicana; porque sin mas que referirlos simplemente, se ve dónde está la provocacion y dónde la defensa, dónde está el ataque y dónde el sufrimiento, dónde está la violacion de los principios y dónde la apelacion á ellos. En la cuestion que dió motivo á la Junta de diocesanos verificada en 1822, el mismo Estado, declarando en la Constitucion política de 1824 (art. 50) tácita pero claramente que el patronato exigia una nueva concesion de la Silla Apostólica, nada dejó que apetecer al clero para su vindicacion. Esta misma prescripcion constitucional, manifiestamente violada en 1833, así como la conducta de las autoridades eclesiásticas en consecuencia de la lei de patronato, puso de manifiesto la inocencia de la calumniada clase y la justicia de su oposicion á dicha lei. En 1847 la cuestion suscitada por la lei de 11 de Enero, discutida en la Cámara, ventilada por la prensa y sábiamente tratada por los Obispos y Cabildos, arrojaba por todas partes una luz clarísima para ver la inocencia de la clase calumniada y la incontrastable justicia de la defensa que hacia. Durante la época del Gobierno de Ayutla en toda la República el Episcopado con su clero ha defendido su causa con la decision que comunican á la conducta la conciencia del deber, la gracia de Dios y el deseo de salvarse, pero sin traspasar los términos de la órbita moral y canónica, ni convertir esta defensa, como calumniosamente se ha sostenido, en un agente de insurreccion para poner en movimiento las armas y derrocar el poder. Si en los tiempos del Sr. Conmonfort hubo una revolucion constante contra su Gobierno, si los agentes de aquella revolucion la motivaban entre otras cosas con la religion y el fuero, esto nunca servirá de prueba para justificar la acusacion que se nos hace, sino para mostrar que, sin embargo de la resignacion, carácter pacífico y empeño de los Pastores y ministros en sofocar las revoluciones armadas, los pueblos no pueden permanecer impasibles ni mostrarse indiferentes cuando se atacan la religion, la Iglesia, el sacerdocio en todos sentidos. De esto no puede ser el clero responsable, ni calificarse su voz doctrinal como una excitativa de guerra sin renunciar hasta al sentido comun. Lo que se trata es, no de saber si con ocasion de nuestra resistencia pasiva y por el cumplimiento de nuestros deberes religiosos y morales se han conmovido los pueblos contra gobiernos que tiranizan sus creencias, sino de inquirir si, una vez expedidos decretos anti-

eclesiásticos é irreligiosos y acordadas ciertas medidas contra las santas inmunidades de la Iglesia, teniamos los eclesiásticos obligacion de no resistir, de no defender los objetos sometidos á nuestro cargo, de mostrarnos indiferentes á los ultrajes de Dios y de su Lei, de pasar por todo, abandonando la causa de la Iglesia, para que no se moviesen los pueblos, é introdujese la turbacion, é impidiese que el poder público consumase la obra de descatolizarlos. Nunca probarán, por mucho que se empeñen, los enemigos de la institucion católica este cargo terrible que hacen al clero mexicano: dirán, como el Sr. Juarez en los considerandos de su lei de 12 de Julio, que hemos promovido y sostenemos la guerra actual con la mira de sustraernos de la dependencia de la autoridad civil; reagravarán sus cargos, atribuyéndonos el delito de ingratitud por haber despreciado sus empeños en mejorar nuestras rentas, á trueque de ser constantes en el desconocimiento de la autoridad; citarán como un beneficio al clero la lei absurda, inconsecuente y tiránica de obvenciones parroquiales, para que nuestra oposicion á ella sirva de nueva prueba que dé mas peso al delito; se nos representará como rémoras constantes para establecer la paz pública y en rebelion abierta contra el Soberano temporal, como dilapidadores de los caudales piadosos para sostener y ensangrentar la guerra civil, como los jurados enemigos de la República, y tan poderosos, que ningun recurso ha sido bastante para reprimir nuestros esfuerzos: dirán cuanto quieran, porque el decir de una lengua vehementemente agitada por los fuertes impulsos de las mas odiosas pasiones, es un decir sin término y medida; mas el probar tan horribles cargos, el darles siquiera un colorido que los hiciese pasaderos, empresa fuera que rendiria sin duda inútilmente los esfuerzos lógicos de nuestros adversarios, aun cuando se les diese para ello el término puesto á la consumacion de los siglos. En efecto: no presentarán un solo hecho que pruebe su acusacion, nunca lograrán un solo dato en pro del horrible cargo que nos hacen. Hemos defendido á la Iglesia, pero nunca atacado al Estado: hemos resistido pasivamente las memorables leyes de 33 y 47, y las que se dieron durante la administracion de Ayutla, inclusos ciertos artículos de la Constitucion última contra la Iglesia, su doctrina y derechos; pero jamas hemos conspirado, ni armado, ni sostenido, ni autorizado ninguna revolucion: hemos sufrido la calumnia, las tropelías y el destierro, sin aliarnos con las fuerzas levantadas para derrocar al mismo Gobierno que nos perseguia. En suma: en este punto, en esta prolongada lucha, en esta persecucion desencadenada contra la Iglesia, el clero mexicano no ha hecho mas ni ménos de lo que debe: oponer al error entronizado

en las leyes la doctrina católica, y al furor de sus enemigos la paciencia evangélica.

Para respetar nuestra conducta como un tributo á la religion, á la justicia y á la conciencia, hubiera sido bastante, no hai que dudarlo, penetrarse bien del espíritu de esta institucion, en cuyo ministerio estamos colocados, pensar y obrar consecuentes con el dogma de la Iglesia: porque, si no hemos resistido á la potestad civil sino solo en aquellos casos en que no nos permite obsequiar sus decretos y medidas la Lei evangélica; si nuestra resistencia, estrictamente pasiva, siempre ha consistido en estar dispuestos á sufrirlo todo ántes que sacrificar nuestra conciencia y nuestro deber; si hemos tenido cuidado especialísimo de manifestar estos sentimientos á la potestad civil, ofreciéndole al mismo tiempo los tributos de nuestro acatamiento y respeto en los puntos de su resorte; si jamas hemos recurrido á otros medios para la defensa de los derechos de la Iglesia, ¿no es necesario abjurar todo principio de justicia, todo sentimiento de piedad, y hasta el pundonor mismo del que discute con digna caballerosidad, para lanzar sobre nosotros acusaciones tan terribles? Hubieran debido nuestros enemigos atender á la prudente sobriedad con que han empleado la arma canónica los Prelados de la Iglesia mexicana. ¿No es cierto que todos y cada uno de los muchos ataques que ha recibido ésta, especialmente durante la época de Ayutla, y despues del movimiento de Tacubaya en los puntos dominados por las fuerzas llamadas constitucionalistas, han sido en la realidad los mas horrendos y atroces crímenes que la Iglesia castiga con sus censuras canónicas? ¿Es acaso cosa insignificante que un Gobierno, sin renunciar al título de católico, cargue de cadenas los brazos de la jurisdiccion eclesiástica, destruya las inmunidades canónicas, despoje violentamente á la Iglesia de sus derechos radicales sobre su propiedad, sitie de fuerzas la Cátedra sagrada para sofocar la voz de los ministros evangélicos, erija los tribunales, judicaturas y hasta los agentes de policía en fiscales del ministerio evangélico y jueces de la doctrina católica? ¿Es poco arrancar del seno de su grey á los Pastores, ó para forzarlos á una residencia arbitraria é indefinida dentro del mismo país, ó para hacerles sufrir la dolorosa pena de la expatriacion? ¿Es nada el arrebatar con una lei el pan que sostiene á los ministros de la Iglesia, inscribir sus quejas en el registro de los crímenes y presentarlos como delincuentes de primer órden si rehusan su acatamiento á esta violacion escandalosa de las santas inmunidades? ¿Será un hecho de poca monta la suerte lastimosa de tantos eclesiásticos respetables que vagan aquí y allá, sin recursos ni asiento, despues que la

borrascosa persecucion los ha arrancado brutalmente de sus Iglesias, hogares y familias? ¿Deberá pasar desapercibido el cuadro de tantos sacerdotes arrastrados á las cárceles, de tantos Gobernadores diocesanos cayendo de sus puestos, como las hojas de los árboles, al embate borrascoso de la mas horrible persecucion, algunos para entrar en las cárceles y ser llamados por lista como el respetable Sr. Pantiga, que sucumbió por fin bajo el peso de tantas penas, y otros para sufrir el mas inicuo y penoso destierro? ¿Pasarémos de largo por esos sacrilegios pasmosamente célebres, que llevarán hasta las mas remotas edades el recuerdo de una época de inconcebible frenesí ó inaudita barbarie? ¿Quién olvidará nunca tantos templos invadidos á nombre de la libertad y del progreso, y por mandato de personas que fungen de Gobiernos, profanados de mil maneras y sacrílegamente despojados de todos sus tesoros? ¿ese Santuario en que la piedad universal de toda la República depositaba tanto tiempo há sus limosnas, para dar un tesoro piadoso al culto de la Reina de los cielos, en su advocacion de San Juan de los Lagos? ¿esa Catedral de Morelia ferozmente allanada, impía y desvergonzadamente despojada de sus tesoros en presencia del mismo Dios, ó insultada con horribles profanaciones su Majestad adorable? Pues bien: ¿habrá uno solo, dotado siquiera de sentido comun, á quien pueda ocultarse que la potestad eclesiástica tenia para cada uno de estos crímenes, y otros muchos que callamos, el incontestable derecho de aplicar individual y localmente sus censuras canónicas? Si atentados tan graves, como nunca se habian visto en nuestra patria, no eran para fijar en tablillas á los autores, promulgadores y cooperadores de tantos decretos anti-eclesiásticos, de tantos golpes sacrílegos, y declarar entredichos Estados enteros, ¿para cuándo se reservarian estas penas canónicas? Sin embargo, notorio es á todo el mundo que la Santa Iglesia mexicana no ha querido llegar á estos últimos extremos: hemos declarado las censuras, porque de tal deber no podiamos prescindir; pero no hemos formado procesos canónicos á nadie, para sustraer individualmente de la comunion de los fieles á cada una de las personas contaminadas: hemos amonestado oportunamente á los fieles con pastorales, denunciándoles el mal y sus consecuencias, á fin de precaverlos; pero jamas fulminado el entredicho ni aun en un solo lugar: hemos declarado los efectos canónicos de la excomunion al clero y al pueblo, para que éste no llegase á entender que la circunstancia de no estar nominalmente excomulgados los violadores de las dichas leyes de la Iglesia les quitaba un adarme siquiera del inmenso peso de sus ligaduras canónicas para el tiempo y la eternidad; y supiese sí, que el excomulgado no deja

de estarlo aun cuando no se le ponga en tablillas, ni de morir impenitente si exhala el último suspiro sin reconciliarse con Dios y con su Iglesia; que la lei canónica donde se establece la distincion de excomulgados *vitandos* y *tolerados* no se dió para disminuir la pena ó atenuar el delito de los miserables ligados con tal censura, sino para aliviar la condicion de los fieles inocentes, permitiéndoles comunicar exteriormente con los excomulgados sin incurrir en la pena: pero de hecho se ha visto que, reduciéndonos á lo estrictamente indispensable respecto de aquellos desgraciados, no hemos dado un solo paso adelante. ¿Cómo, pues, cuando se ha visto á los Prelados tan sobrios, y prudentes, en vez de reconocer aquí la benignidad pastoral, y la caridad heroica de la Santa Iglesia para con sus mas crueles perseguidores, y la extrema solicitud nuestra para evitar en lo posible las grandes conmociones que de otra suerte habrian sucedido, se nos ha hecho figurar como rebeldes á los gobiernos, conspiradores contra el órden, instigadores y apoyos de los que se lanzan á las revoluciones políticas? ¿Cómo conciliar dos cosas tan diametralmente opuestas: el carácter de ciegos partidarios que se han propuesto á toda costa derrocar gobiernos, y el de Pastores caritativos que, si no apelan á los últimos extremos, si no usan de su derecho represivo en toda su plenitud, es incontestablemente para no acabar de romper la caña cascada ni apagar la paveza que aun humea?

II.

Pero dejemos aparte la odiosa, maligna, calumniosa y fútil acusacion contra el clero, porque un objeto de mayor importancia está llamando nuestra atencion; la doctrina católica. Ella no ha sufrido ménos que sus ministros en esta época de furia y desconcierto, en esta guerra sin tregua, declarada ya sin embozo contra lo que hai de mas respetable y santo en la tierra. Mucho tiempo há que dió principio entre nosotros, como ya lo hemos dicho, la tenebrosa taréa de pervertir el sentido religioso del pueblo con el fin de sacarle poco á poco del gremio de la Iglesia católica. Importacion en México de todos los rezagos de la filosofía incrédula del pasado siglo; difusion de estos libros corruptores en todas las clases, para tentarlas con el fruto de la ciencia; apologías hipócritas del pretendido derecho de discusion; el patronato presentado como un derecho inherente á la soberanía temporal; ensanche de la discusion hasta los caractéres constitutivos de la Iglesia y del Estado, á fin de preparar á los pueblos para recibir sin emocion las primeras leyes anti-canónicas: hé aquí los primeros ensayos de la guerra doctrinal. Mas tarde, cuando la oposicion del Episcopado irritaba el furor de la propaganda ultra-regalista, se presentó al clero católico como extraño á los intereses de la patria y aliado con el Papa en clase de Soberano temporal, se hacia una sustitucion artificiosa y maligna de la palabra *católico* con la palabra *cristiano*, para imitar á los protestantes, á tiempo que se combatia la independencia y soberanía de la Iglesia, y se llamaba al Papa con una énfasis burlona el *Obispo de Roma*. Últimamente, llegado el triunfo de la revolucion de Ayutla, que los enemigos de la Iglesia esperaban como sus tiempos de plenitud, no se ha vacilado en propagar las mas escandalosas herejías, en proclamar un cisma completo, en relegar al pais de las preocupaciones vulgares toda idea religiosa: el mismo ateismo, ¡cosa increible! ha visto llegar su dia. Todos los errores han encontrado localidad en la odiosa propaganda de nuestra época, por inconciliables que sean entre sí, y no parece sino que, teniendo por mira única estirpar toda verdad, destruir todo derecho y acabar con todo culto, no se paran en las contradicciones de sus mismas doctrinas, con tal que sean anti-católicas, absurdas, erróneas y anárquicas. Repítense hoi las declamaciones antiguas y añádense otras nuevas, para que vivan juntas sin embargo de ser manifiestamente contradictorias. Los mismos que en 1833 querian dar mitras y curatos, declaran en 1855 como inútil la legacion de Roma: los mismos que en 1857 sancionan constitucionalmente la libertad de enseñanza y de asociacion, someten un año despues los colegios católicos á la censura y discrecion del poder civil en materia de ramos de enseñanza, doctrinas y libros de texto, y al fin se lanzan sobre ellos, destierran á los eclesiásticos que los regentan, y transforman en cuarteles y maestranzas sus edificios, despues de haberse declarado propietarios de sus bibliotecas, gabinetes, útiles de toda clase, objetos de ornato y fondos de subsistencia. Proclámase como un principio fundamental, cuyo desarrollo y aplicacion se promete y anuncia, la independencia mas absoluta entre la Iglesia y el Estado; pero en seguida se decreta interviniéndola y tiranizándola. "La Iglesia y el Estado son independientes, dicen: en consecuencia se suprimen las comunidades de religiosos, todas las cofradías, conferencias y congregaciones piadosas; no profesarán las novicias que hai ni se admitirán otras nuevas; entrarán al dominio de la nacion todos los bienes de la Iglesia, y para conservar el culto de los conventos de religiosas, las preladas y los capellanes presentarán su presupuesto á la autoridad secular." Un paso más, y la autoridad de la

Iglesia, respecto del matrimonio, es presentada como una delegacion del Estado, para justificar la sustitucion del matrimonio cristiano con el concubinato civil....

Basta.... el tiempo anunciado por el apóstol San Pablo á los Obispos, para que estén alerta contra la detruccion absoluta de la religion, ha llegado ya desgraciadamente á esta católica y piadosísima República: tiempo funesto sobre toda ponderacion, en que una gran multitud ya no puede soportar la sana doctrina, sino ántes bien, abandonándose al impulso de sus locos deseos, busca doctores á su modo, maestros del error y del vicio, artífices de religion y moral, que trasplantan los cultos y modifican á su arbitrio la conciencia, regalando el oido con seductoras frases, á fin de apartar de la verdad al pueblo creyente y convertirle á los fabulosos inventos de una falsa historia, de una falsa filosofía, de una falsa política, de una falsa moral y de mentidos cultos.[1] Terrible situacion para nosotros, no por los empeños en que nos pone, dulces por cierto y caros para nuestro corazon, sino por las causas que excitan nuestro celo pastoral, y el temor de que nuestra palabra sea inútil para muchos. Sin embargo, ellos tendrán que responder á Dios de un aviso desapercibido, de amonestaciones desacatadas, de advertencias echadas al desprecio, como nosotros tendriamos que responder tambien al Supremo Pastor que reina en los cielos, de guardar silencio en un tiempo en que la voz episcopal debe correr por todas partes, para salvar del estrago y total ruina la fe, la piedad y la conciencia de los fieles.

A todos y cada uno de los Obispos católicos hablaba el Apostol de las gentes en estas palabras que leemos en la segunda de sus epístolas á su discípulo Timotéo: "Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos al tiempo de su venida y de su reino: predica la palabra *de Dios con toda fuerza y valentía*, insiste con ocasion y sin ella: reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina.... Vigila en todas las cosas, soporta las aflicciones, desempeña el oficio de Evangelista, cumple todos los cargos de tu ministerio." Atentos, pues, á tan autorizada exhortacion, y cumpliendo por nuestra parte con el primero y mas estrecho deber que tienen los Pastores, y es el de dar á sus ovejas el sazonado pasto de la sana doctrina, y retraerlas del pasto venenoso, que conduce indefectiblemente á la muerte, vamos á consignar aquí, para el gobierno de todos los fieles y en ejercicio de la autoridad docente que hemos recibido del mismo Jesucristo Señor nuestro, la doctrina católica sobre los puntos mas combatidos por los enemigos de la religion. Vamos á enseñar, y no á discutir; á hacer advertencias, y no discursos; á hablar como Obispos, y no como filósofos: porque la doctrina del Crucificado no está puesta á discusion; viene de Él mismo al oido de los hombres por la predicacion de sus enviados, como se explica el Apóstol; se trasmite por la autoridad á la creencia, y no por el raciocinio al convencimiento. ¡Desdichados mil veces de aquellos que, no haciendo alto en la autoridad docente de la Iglesia católica, les digan á sus Pastores, como los filósofos á los filósofos: "Tu palabra vale tanto cuanto prueba, prueba tanto cuanto entiendo, entiendo tanto cuanto digo!" Oigan, pues, los fieles la voz de sus Pastores, de aquellos que Dios les ha enviado para conservarlos firmes en la fe, la esperanza y la caridad, siempre unidos en la profesion privada, pública y social de la religion verdadera, en el seno maternal de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, en el órden establecido por Dios para mantener sus relaciones con nosotros, y en los santos caminos abiertos por su Ley á toda la humanidad para salvarse.

Hai un solo Dios, una sola religion verdadera, una sola moral plena y santa, una sola Iglesia legítima.

No hai verdadera religion, ni verdadera, plena y santa moral, ni legítima comunicacion con Dios fuera de la Iglesia.

No hai mas que una Iglesia verdadera, no hai mas que una sola Iglesia de Dios; y es, la que Jesucristo Señor nuestro, en ejercicio de su poder supremo sobre los cielos y la tierra, y sin el concurso de ningun poder humano, sin el consejo de ningun saber humano, sin necesitar absolutamente de nadie y de nada, estableció en el mundo, para que fuesen llamados todos á ella por la predicacion de los apóstoles, que al efecto nombró, y de sus sucesores, que son el Romano Pontífice y todos los Obispos: la cual por esto se llama, y es con toda verdad, *una, santa, católica, apostólica, romana.*

Fuera de la Iglesia verdadera no hai salvacion. Tal es el dogma católico. Así es que, cuantos no quieren pertenecer á ella, ó habiendo nacido en ella la abandonan, si mueren en tan infeliz estado, no se pueden salvar. En consecuencia, todos aquellos que, olvidando el supremo de todos los intereses del hombre, se esfuerzan por sacar á los fieles del seno de la Iglesia católica, son sus mas encarnizados y crueles enemigos.

La Santa Iglesia católica, apostólica, romana, es una sociedad perfecta, una sociedad constituida, una sociedad visible, y por tanto, reune, por la dispensacion de su Divino Fundador, cuantos elemen-

1 Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus: et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. II Timóth. cap. IV, vs. 3 y 4.

tos son esenciales á una sociedad en toda la extension de la palabra, todos los caractéres de legítima filiacion para sus miembros, todos los vínculos sociales que ligan á estos entre sí, todos los elementos de órden, conservacion y estabilidad, todos los medios eficaces para llegar al supremo fin de su institucion. Obra predilecta del mismo Dios, es lo mas sabio, lo mas fuerte, lo mas fecundo, lo mas augusto, lo mas universal, lo mas constante, lo mas acabado y perfecto que puede presentar la historia de las sociedades desde el principio hasta el fin del mundo. Es por lo mismo esta Iglesia soberana ó independiente: pensar lo contrario es renunciar á la fe, decir lo contrario es falsear la doctrina, obrar en sentido contrario es levantarse rebelde contra el mismo Dios.

El Estado tambien, ó sea la sociedad civil, es independiente, soberana y tiene en sí misma cuanto es necesario para llegar á su fin. Mas esta independencia y soberanía de la Iglesia y del Estado, tienen un sentido católico, que es necesario no perder nunca de vista; porque de lo contrario se seguirian los mas crasos errores en lo especulativo, y las consecuencias mas funestas en lo práctico. Ninguna de estas independencias es absoluta sino solo respectiva; porque solo en Dios está lo absoluto en todo género de perfecciones, así como solo de Dios viene y puede venir todo don perfecto. Esto quiere decir, que la Iglesia recibe de Dios los caractéres dichos, y por tanto es dependiente de Dios como institucion suya, y súbdita de Dios; pero independiente de todo lo que no es Dios, soberana entre las soberanías instituidas por Dios. Lo mismo respectivamente ha de decirse del Estado: su independencia, relativa del todo al órden político, no excluye, sino ántes bien, supone su dependencia absoluta de Dios.

Siendo, pues, dependientes de Dios así la Iglesia como el Estado, claro es, que ambas instituciones poseen la independencia y soberanía para gobernarse conforme á la Ley divina, tienen deberes mutuos que llenar, y por lo mismo, ni el ser la Iglesia independiente y soberana la exonera del cargo de prestar aquella cooperacion que conduce á la conservacion del órden público y cumplimiento de las leyes, ni el ser el Estado independiente de la Iglesia relaja las obligaciones del gobierno temporal consiguientes á los derechos de la verdad, de la religion católica y de la Iglesia. Proclamar, pues, la independencia recíproca entre la Iglesia y el Estado, para emancipar á éste de la religion, dar puerta franca indistintamente á todos los cultos hácia un pueblo exclusivamente católico y creerse libre de toda obligacion en el órden religioso, es, no proceder con los derechos de un Estado independiente y soberano, sino abolir el

principio religioso, y sustituir el ateismo en la constitucion de la sociedad civil y en su marcha administrativa, es declararse contra Dios, y decirle con descaro inaudito: "Nada tienes que ver con la sociedad, nada con su marcha política, nada con su legislacion, ni el Gobierno tiene que ver nada contigo."

En la Iglesia católica está el verdadero cristianismo, y no está ni puede estar nunca fuera de ella. Cuando algunos, pues, rehusan con arte el título de católicos y toman con cierta presuncion el de cristianos, dando á entender que pueden merecer este nombre, y por consiguiente salvarse, sin necesidad de estar por fe y obediencia en la Santa Iglesia católica, piensan como herejes, hablan como apóstatas y obran como cismáticos. No hai verdadero cristianismo, lo repetimos, fuera de la Iglesia católica, apostólica, romana; y cuando como miembros de esta sociedad reconocemos al Romano Pontífice y le rendimos el tributo de nuestro acatamiento y obediencia, es, no como príncipe temporal de un Estado, sino como Gefe de la Iglesia, Sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo. Esta es la única Iglesia de que habla el símbolo de la fe, la única que confesamos en el bautismo cuando nos pregunta el sacerdote: *¿creéis la Santa Iglesia católica?* la única que llamó suya Jesucristo cuando dijo, refiriéndose al Príncipe de los apóstoles: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Esa otra Iglesia *reformada*, que pretende establecer en México la demagogia, es sinagoga de Satanás, es la Iglesia *protestante*, reunion de los secuaces de Lutero y Calvino, invencion del jansenismo y del regalismo; es en fin todo lo que se quiera, mas no *la Iglesia reconocida por Jesucristo;* no es la edificada sobre Pedro, no es la que reconoce por su Cabeza visible al Sucesor del Príncipe de los apóstoles. De este centro, de esta cátedra pretende separar al pueblo mexicano el que le dice que el Papa (á quien todo católico reconoce como Vicario de Jesucristo y su Lugarteniente sobre la tierra) es un príncipe extranjero. Cuando los mexicanos respetamos, y obedecemos, y llamamos Padre al Soberano Pontífice, no nos sujetamos al Soberano temporal de Roma; á quien reconocemos es al Sucesor del Príncipe de los apóstoles, al representante de Cristo, á aquel á quien fuéron dadas las llaves del reino de los cielos: esto es lo que ha enseñado, y enseña, y enseñará el Episcopado y clero mexicano á los fieles. No es de un príncipe temporal, sino de la Cabeza visible de la Iglesia católica, de quien hablamos cuando decimos con San Gerónimo: "El que esté unido á la Cátedra de Pedro, *es mio.*" Este es punto esencialísimo, es un dogma capital, es la doctrina que aprendimos desde niños cuando se nos puso en las manos el Catecismo: quien niega esta verdad

no es ni puede ser católico, él mismo se separa de la Iglesia, es hereje.

Se ha pretendido algunas veces, con el intento de asestar mejor los golpes contra la institucion católica, que el clero no es una clase esencial á la religion, y aun se le ha presentado en oposicion con los intereses legítimos de la sociedad civil: lo primero, para que los pueblos entiendan que ningun inconveniente se seguiria de que faltasen los ministros del culto; y lo segundo, para cohonestar las persecuciones que se hacen á éstos cuando, en cumplimiento de su deber, ó predican la sana doctrina contra los errores y herejías que propagan sus enemigos, ó resisten pasivamente á las leyes, providencias y medidas del poder temporal contra la institucion, doctrina y derechos de la Santa Iglesa católica. Es, pues, necesario manifestar á los fieles que ambos conceptos son entera y absolutamente falsos, pues la institucion del clero es tan esencial á la religion como benéfica para los intereses legítimos y bien entendidos de la sociedad. No hai religion sin fe, ni fe sin doctrina, ni doctrina sin predicacion, ni predicacion sin enviados: tal es el raciocinio de San Pablo. ¿Quiénes son los enviados? Los sacerdotes: este es el oráculo de Jesucristo. La esperanza vive de los medios de salud y justificacion para el hombre, y estos son los santos sacramentos que constituyen, segun la frase de nuestro Catecismo, "unos remedios espirituales que nos sanan y justifican," y el ministerio está en esa clase llamada clero. Los sacramentos instauran la caridad en el Bautismo y la restituyen por la Penitencia, la inflaman y sostienen mas y mas en la Eucaristía, como robustecen el espíritu católico en la Confirmacion, comunican las gracias necesarias á la familia en el Matrimonio, derraman los consuelos en el pecho del moribundo con el oleo sagrado en la Extremauncion, y proveen á la religion de ministros en el Órden. Ahora bien, ¿dónde estarian estos bienes inmensos sin el clero, que es el ministerio católico? En ninguna parte. No hai religion sin culto, ni culto sin sacrificio, ni sacrificio sin sacerdote. Por otra parte, la religion que profesamos, ¿por qué se llama católica? Porque á todos comprende en la vocacion que hace á las naciones para que se salven, el que dijo á sus apóstoles y en ellos á todos los ministros de la palabra evangélica: *Predicad á toda criatura.* (Márc.) "Instruid á todas las naciones, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado." (Math.) ¿Qué se sigue de aquí? Que el clero es esencialísimo de todo punto á la religion lo mismo que á la Iglesia, y que no puede sostenerse lo contrario sin destruir el dogma católico.

¿Qué dirémos de la pretendida oposicion de intereses entre el

clero y la sociedad civil? que este es otro error digno bajo todos aspectos de repelerse. Si la religion y la sociedad vienen igualmente de Dios, ¿será racional suponer el caso de que una cosa tan esencial á la primera, como es el ministerio católico, pudiese hallarse nunca en oposicion con los intereses legítimos de la segunda? Por otra parte, todos los beneficios que á ésta dispensa la religion, que son incalculables y no pocas veces han sido reconocidos por sus mismos impugnadores, van distribuidos por las manos del clero: éste consagra y santifica la familia, moraliza las costumbres, facilita el cumplimiento de las leyes, vigila en su órbita por la conservacion del órden, forma al hombre moral preparando así al buen ciudadano, tiende su mano al hombre que está para morir, y párte su pan con el pobre á nombre de Jesucristo. ¿Cómo, pues, tener valor para propagar tan sériamente un absurdo á par calumnioso que bárbaro? No: el clero ha sido, es y será siempre el amigo mas sincero y útil de la sociedad, el cooperador mas eficaz de los gobiernos y el custodio mas fiel de la justicia.

Pero si hai un error de trascendencias á cual mas funesta, es el desconocimiento de la autoridad suprema de la Iglesia, no solamente para enseñar y definir el dogma, sino tambien para conservar la moral y establecer la disciplina: porque de este gravísimo error viene que muchos, sin renunciar al título de católicos, se lancen furiosos contra la Iglesia cuando usa de sus facultades legítimas. Es, pues, necesario que los fieles entiendan que la Santa Iglesia de Jesucristo tiene, con independencia de todo poder humano, esta triple facultad, y ejerce, por tanto, una verdadera jurisdiccion: es la única depositaria de la verdad católica, y á su voz debe ceder la inteligencia de todo el orbe: es la única autoridad instituida para decidir sobre lo lícito é ilícito, y en consecuencia, á su juicio está sujeta la conciencia de cuantos viven en su seno: tiene derecho pleno, concedido por el mismo Jesucristo, para establecer su órden exterior con toda la suficiencia que demanda el objeto de su institucion. En fuerza de este derecho y en cumplimiento del deber que tienen sus Prelados de salvar el dogma contra la herejía y el error, de salvar la moral contra el pecado y la falsa conciencia, y la disciplina canónica contra las tendencias de los cismáticos, que niegan la soberana autoridad y universal jurisdiccion de la Iglesia, predica, amonesta, advierte lo que es ó no lícito, juzga de las acciones por la Ley divina y eclesiástica, y aplica sus penas canónicas para castigar á los contumaces. A este fin se han dirigido los actos del Episcopado mexicano siempre que los Gobiernos han atacado tan sagrados derechos. Por esto protestan ante aquellos contra cualquiera ley, pro-

videncia á medida que ataque la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia: por esto amonestan á los fieles con edictos y los instruyen con pastorales, á fin de que no se contaminen cuando se les excita á desobedecerla: por esto expiden circulares y decretos al clero para normar su conducta é impedir la indigna colacion de los sacramentos y la ruina espiritual de los fieles. En fuerza de este derecho y segun lo establecido en las leyes generales de la Iglesia, declarámos que la lei de desafuero eclesiástico no podia ser obsequiada sin incurrir en la censura; que tampoco se podia cumplir ni aprovechar, ni cooperar á sus efectos la lei de 25 de Junio y su reglamento concordante, sin quedar excomulgados, ni recibir la absolucion de la censura y la sacramental, aun en artículo de muerte, sin satisfacer á la Iglesia por el escándalo con la retractacion, y por la injusticia con la devolucion de las fincas y reparacion de los daños; que no era lícito jurar la Constitucion por contener artículos contrarios á la independencia, soberanía, doctrina y derechos de la Iglesia: por esto finalmente, hemos declarado, que incurren en la misma pena todos los que violan sus santas inmunidades, ya reales, ya locales, ya personales.

Hace mucho tiempo que se buscan razones, y á falta de ellas se forman paralogismos y propalan sofismas alucinadores, para dar un colorido de derecho al sacrílego despojo de la Iglesia: ya se suponen sus bienes propiedad nacional que la Iglesia conserva y administra por donacion de los príncipes, ya unas armas peligrosas que deben quitarse de las manos del clero para impedir el trastorno de la sociedad; ya se clama voz en cuello que los valiosos ornatos que decoran la casa del Señor, son vanas superfluidades y una magnificencia fanática de que Dios no ha menester; y dicho esto, se lanzan contra los bienes de la Iglesia y aun sobre los templos para saquearlos, dejándolos enteramente limpios de cuanto puede producir algo. Mas todo esto no es sino la lógica de la rapacidad armada contra la institucion divina de Jesucristo. La Iglesia es propietaria de los bienes que expensan su culto y mantienen á sus ministros, tiene sobre ellos una verdadera, plena é independiente jurisdiccion, y por lo mismo, el despojarla de ellos es un robo, sea quien fuere el despojante, y el allanar el templo y apoderarse de lo que hai en él, es un robo sacrílego, el mas atroz que puede concebirse.

Como este conjunto monstruosísimo de errores, herejías y contraprincipios seguidos de los mas horribles estragos, representa en el idioma de los demagogos reformistas la lucha del *progreso* contra el *statu quo*, era preciso que nada quedase en pié, y por lo mismo, despues de haber descargado los últimos golpes contra la doctrina

católica, la religion católica, la Iglesia católica, el clero católico y la creencia católica, con el manifiesto de 7 de Julio, y los decretos de 12 y 13 del mismo, se pasó á destruir la institucion divina de la familia, sustituyendo el matrimonio cristiano con el concubinato civil. Tal es el objeto del decreto expedido por el Sr. Juárez, en su residencia de Veracruz, el dia 23 del pasado, cuyos considerandos, que representan la parte doctrinal de la lei, dicen á la letra:

Que por la independencia declarada de los negocios civiles del Estado respecto de los eclesiásticos, ha cesado la delegacion que el soberano habia hecho al clero para que, con sola su intervencion en el matrimonio, este contrato surtiera todos sus efectos civiles.

Que reasumiendo todo el ejercicio del poder el soberano, éste debe cuidar de que un contrato tan importante como el matrimonio se celebre con todas las solemnidades que juzgue convenientes á su validez y firmeza, y que el cumplimiento de éstas le conste de un modo directo y auténtico.

En estas pocas palabras hai cuatro notabilísimos errores: primero, que la dependencia ó independencia entre la Iglesia y el Estado en sus negocios respectivos pende nada ménos que de la declaracion que haga el poder civil; segundo, que la jurisdiccion de la Iglesia en materia de matrimonio es una delegacion de la potestad civil; tercero, que por la intervencion de la Iglesia habia quedado disminuida la soberanía temporal; cuarto, que la validez y firmeza del matrimonio depende de las prescripciones de la lei civil. Esto es lo que aparece como parte filosófica y fundamental del decreto de matrimonios en los considerandos transcritos literalmente, y esto basta, no hai que dudarlo, para ver y palpar hasta dónde pueden llegar los extravíos de la razon humana cuando boga sin brújula en el mar borrascoso de las pasiones. ¿Cómo podria sostenerse, sin renunciar á la idea de un Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, Fundador de la Iglesia, Instituyente y supremo Legislador de la sociedad civil, que de la declaracion del gobierno de ésta dependa la subsistencia ó desaparicion legítima de la independencia de la Iglesia y el Estado en los negocios de su respectiva competencia? No: esta independencia viene de la constitucion esencial de cada sociedad, y por tanto, de la voluntad libre y soberana del Autor de ambas, que es el mismo Dios; es un derecho consiguiente á una y otra soberanía, y ni la Iglesia puede someter ó emancipar al Estado en lo que es propio de él, ni el Estado fundar ó destruir el principio de la independencia social de la Iglesia católica. Podrá un Gobierno, abusando de la fuerza física, tiranizar en todos sentidos á la Iglesia, declarar una guerra sin cuartel á sus ministros y

acometer á la empresa de abolir la religion, como pudo Pilátos condenar á muerte á Jesucristo á peticion de los judíos y hacer ejecutar su inicua sentencia, como pudieron los emperadores gentiles inundar de sangre cristiana la huella de tres siglos: mas el hecho no arguye derecho: de otra suerte los asesinatos cometidos establecerian el derecho sobre la vida, y los robos el derecho sobre la propiedad.

En cuanto al segundo punto, de que la accion jurisdiccional de la Iglesia sobre el matrimonio haya sido el ejercicio de una delegacion que le tenia hecha el poder civil, diremos con toda ingenuidad que esta es la primera noticia que tenemos: porque nada hemos encontrado que así lo enseñe, ni en la historia de la Iglesia, ni en la tradicion, ni en código alguno, ya eclesiástico ya civil. ¿De dónde le ha podido ocurrir al Sr. Juárez que la Iglesia católica, cuya jurisdiccion en este punto es universal y ejercida en todo el mundo católico, fuese una subdelegada suya en materia de matrimonios? Esto apénas puede concebirse. La Iglesia no separa en el matrimonio el doble carácter que tiene; porque ni confiere el sacramento sin el contrato, ni acepta el contrato sin el sacramento. Además, su legislacion en la materia, sus juicios en ambos fueros, su accion gubernativa, en suma, versan sobre dos órdenes en que ningun poder ejerce la autoridad civil; conviene á saber: el sacramento y las obligaciones y consecuencias morales del contrato. El Sr. Juárez, temiendo sin duda esta réplica, en verdad incontestable, parece referir esta pretendida delegacion á los efectos civiles del matrimonio. Pero esto es igualmente falso: porque la legislacion civil del matrimonio le acepta como un hecho legal, reconociendo el doble carácter que tiene, y descansando en la manifestacion de la Iglesia; mas no ha dejado á ésta el arreglo de sus efectos civiles. Que haya dado por prueba suficiente de la existencia del matrimonio la partida parroquial, ó sea el testimonio auténtico del hecho, no prueba delegacion sino reconocimiento de una prueba como tal. De otra suerte seria preciso decir que el dicho de los testigos, la declaracion de peritos importan otras tantas delegaciones á unos y otros para la fundacion del derecho. No hai, pues, tal delegacion: que la lei se conforme con la prueba testimonial de la partida del matrimonio en el archivo de la parroquia respectiva, ó que exija otra, ni pone ni quita un ápice á la jurisdiccion de la Iglesia: ni ésta dejará de exigir la conservacion de sus libros, el asiento de las partidas de matrimonio para sus efectos canónicos porque el Gobierno no quiera servirse ya de esta clase de pruebas, ni entenderá jamas que está obrando como delegada suya en este punto porque el Gobierno civil, conservando todavía el sentido comun, aproveche tan importante recurso.

No habia por lo mismo menoscabo alguno de la soberanía temporal ántes que se diese la lei de 23 de Julio, ya porque ninguna jurisdiccion ejerce el soberano temporal en el carácter religioso y moral del sacramento, ya porque la subsistencia ó abolicion de un modo de prueba para los procedimientos judiciales nada quita ni restituye á la soberanía temporal.

Pero lo que hai de mas grave aquí por sus consecuencias funestísimas es el último concepto que sirve de base al decreto repetido, y es, esto de que la validez y firmeza del contrato del matrimonio dependan de las disposiciones de la lei. Esto es, no solo falso y absurdo, sino monstruoso, atroz, horrible: es una red astutamente tendida para que desaparezca de la familia toda su moralidad. ¿Adónde iriamos á parar, si la lei civil hubiese de ser el fundamento radical de las obligaciones morales del matrimonio consiguientes á la validez del contrato? En un congreso seria el matrimonio indisoluble, miéntras en el siguiente se declararia el divorcio como un derecho, &c., &c. ¿Dónde iriamos á parar?.... Y nótese, porque esto es mui importante, toda la alevosía de esta lei. Es un puñal oculto entre flores para undirle en el seno de la sociedad mexicana. Cuáles sean las tendencias de este plan de reformas, podrá no descubrirlas el pueblo, pero bien las trasluce y anticipadamente las deplora quien estudia estas leyes á la luz de la historia. De la lei de 23 de Julio al matrimonio eclesiástico no média una línea, pues ha quedado permitido; y al divorcio solo hai un paso, medido por el instante que tardè el pueblo mexicano en tragarla. En esta lei se declara el matrimonio indisoluble y se consignan unos cuantos de los impedimentos canónicos, porque si así no lo hubieran hecho, el pueblo lo conoceria todo. Mas como éste ve allí algo de la institucion religiosa, y por otra parte, no hace alto en la declaracion de que la validez ó nulidad del matrimonio pende de la lei civil, puede pasar esto, y cuando ya la corrupcion traida por el concubinato y sus horrorosas consecuencias sean hechos consumados, ningun trabajo costará establecer el divorcio á la voluntad libre de los cónyuges.

Mas los fieles deben tener entendido que el matrimonio, institucion primitiva y anterior con mucho al nacimiento de la sociedad civil, base y fundamento cardinal de esta misma, no puede por ningun título depender, ni en su formacion, ni en su constitucion, ni en su administracion estrictamente doméstica, del poder civil: que el matrimonio es indisoluble, no porque aquel lo declare así, sino por la naturaleza de las obligaciones que en él se contraen, y el ca-

rácter del fin á que se dirige por la voluntad misma del Supremo Legislador: y por último, que la lei de la indisolubilidad del matrimonio está, no en el Código, el Digesto, las Partidas ó las constituciones políticas, sino en las palabras de Aquel que dijo: "Lo que ha juntado Dios, no lo separe el hombre."

Increible se hace por cierto, no el que hayan descargado tan mortales golpes sobre lo que hai de mas augusto, respetable y sagrado en una sociedad bien constituida unos hombres que de mucho tiempo atrás tienen concertado el exterminio completo de eso que llaman *statu quo*, es decir: la religion, la creencia, la Santa Iglesia con su ministerio, la propiedad sagrada y el matrimonio católico; sino el que lo hayan hecho pisoteando la Constitucion política de 1857, en cuyo nombre sostienen esta guerra vandálica y atroz, y en el acto mismo de proclamar como un principio y adoptar como una regla práctica la independencia mas absoluta entre la Iglesia y el Estado, y establecer como una garantía el derecho de igual proteccion para todos los cultos. ¿No declara el art. 9º de la Constitucion citada que á *nadie se le puede coartar el derecho de asociarse, ó de reunirse pacíficamente con cualquier objeto lícito?* Sí. Ahora bien: las cofradías, conferencias y monasterios, ¿son asociaciones pacíficas? Sí. ¿Sus objetos son lícitos? Evidentemente: á no ser que el Sr. Juárez, declarándose soberano espiritual, condene como ilícito el culto divino, la oracion de los fieles, &c., &c. ¿Cómo, pues, este Señor coarta de tal suerte la libertad individual en este punto, que extingue las cofradías, conferencias y toda clase de asociaciones piadosas, prohibe á las novicias profesar y suprime las comunidades de religiosos, condenándolos á la expatriacion ó muerte, sin el recurso de indulto, si se asocian y reunen de nuevo en sus claustros pacíficos á continuar sus ejercicios piadosos y eminentemente lícitos? con el mismo derecho con que da por existentes muchos cultos en un pueblo exclusivamente católico, y sanciona por sí y ante sí la libertad de todos despues que el Congreso constituyente, léjos de introducirla, tuvo que reprobar el art. 15, cediendo al voto de toda la Nacion. Mas ya que dió de mano á todo tan descaradamente, para proclamar la independencia entre los negocios eclesiásticos y los puramente civiles, ¿pretenderá por ventura que los institutos religiosos pertenecen á los establecimientos del Estado? ¿creerá que los votos monásticos y las congregaciones piadosas son cosas civiles? ¿se figurará que el matrimonio cristiano es una cosa extraña á la religion y á la moral, ó que una y otra son del resorte del poder temporal? Pues el hecho es que los decretos de 12, 13 y 23 del pasado, son evidentemente la contradictoria práctica tanto de la Constitucion que invoca y afecta defender, como de los principios que él mismo ha proclamado, y de los ofrecimientos que ha hecho. Supongamos que para estos señores del progreso y de la libertad hubiese llegado ya el suspirado dia en que apareciesen mezcladas y confundidas con las basílicas del Dios vivo la sinagoga del judío, la mezquita del mahometano, el templo del protestante, la pagoda del idólatra: en este caso, ¿robarian al protestante, al judío, al gentil, al mahometano en uso del derecho de proteccion que ofrecen á todos los cultos? ¿darian reglamentos que modificasen sus sistemas religiosos, quitando y poniendo lo que les pareciese, y esto en consecuencia de la independencia en que se coloca al Estado de todo culto religioso? Respondan los liberales de buena fe, y estamos seguros de que su respuesta será negativa. ¿Por qué, pues, solo para la Iglesia católica se decretan estos despojos universales, estas coacciones tiránicas á objetos exclusivamente religiosos cuando se proclaman tales principios, y no se haria esto con los adoradores de Mahoma, con los secuaces de Lutero, &c., &c? Porque la pretendida independencia entre la Iglesia y el Estado y la pomposa promesa de proteccion á todos los cultos son cosas para los cultos falsos, y meras palabras antifrásticas para el culto verdadero: todo para el error, nada para la verdad; todo para la herejía, nada para el dogma; todo para la iniquidad, nada para la justicia; todo para las sectas de Satanas, nada para la Iglesia de Jesucristo. Pero esto es poco todavía: lo que debe decirse es, que para el error, la herejía, los cultos mas abominables y absurdos está la disposicion de los que fungen de autoridades, la proteccion de sus leyes, el respeto de todo el partido demagógico; mas para la doctrina católica, la religion única verdadera, la Iglesia legítima, la institucion de Jesucristo, Señor nuestro, no hai mas que indiferencia, desprecio, burla, odio, persecucion, tiranía, saquéos, violaciones de todo género, intento manifiesto de extirparla. Desengañémonos: esos hombres no tratan mas que de arrojar de nuestra patria la Iglesia católica, apostólica, romana, de borrar, si es posible, hasta el último vestigio del culto de nuestros padres, de arrancar la fe, la esperanza y caridad del espíritu de este pueblo religioso. Es preciso decirlo: en el idioma legal y diplomático de ese partido la palabra *proteccion* tiene dos sentidos; el de convite franco y oferta de recibimiento magnífico á todas las sectas, y guerra de exterminio á la religion única verdadera, á la adoracion instituida del Dios Trino y Uno conforme á su voluntad expresa, á la piedad católica, al culto de plenitud y perfeccion infinita inaugurado en la Cruz.

III.

No seguirémos adelante: no es posible abarcar en una alocucion de esta naturaleza ese cúmulo de errores, herejías, absurdos y contradicciones que abraza la guerra de la demagogia contra la doctrina católica. Mas lo dicho basta para poner en claro los principales errores y contrasentidos de aquella. El verdadero católico no será presa de la propaganda cismática é impía, si fijo en los principios cardinales de su creencia, cierra los oidos á la pomposa palabrería de los demagogos reformistas, y atiende solo á la voz autorizada de sus Pastores.

En consecuencia de todo lo dicho, y para que los fieles no se dejen fascinar por tantos errores, imposturas y calumnias, concluimos este escrito con las declaraciones siguientes:

Primera.—Declaramos que cuando el Sr. Juárez dice *que el motivo principal de la actual guerra, promovida y sostenida por el clero, es conseguir sustraerse de la dependencia de la autoridad civil*, vierte una falsedad en todas sus partes. Es falso falsísimo que el clero haya promovido y sostenido la guerra actual, ni otra alguna. Es falso falsísimo que el clero pretenda ni haya pretendido jamas el sustraerse de la dependencia de la autoridad civil en cuanto es del resorte de ésta, sino al contrario, ha predicado y profesado la doctrina de que se debe obediencia á las potestades de la tierra en todo lo que disponen y mandan dentro de la órbita de sus facultades legítimas. En consecuencia, rechazamos en todas sus partes, como una falsa y atroz calumnia, el primer considerando del Sr. Juárez en su decreto de 12 de Julio último.

Segunda.—Declaramos que al decir el Sr. Juárez, refiriéndose á la autoridad civil, *que cuando ésta ha querido, favoreciendo al mismo clero, mejorar sus rentas, el clero por solo desconocer la autoridad que en ello tenia el soberano, ha rehusado aun el propio beneficio*, asienta una cosa falsa y nos calumnia igualmente. No sabemos á qué favores alude aquí este Señor; porque el clero no ha recibido de la administracion de Ayutla sino ultrajes inauditos, coacciones tiránicas, golpes de todo género, y la propiedad de la Iglesia una destruccion vandálica, descarada, y cuyos provechos, cediendo solo en favor de aquellos que se lanzaron contra toda justicia y derecho á los remates, hicieron avergonzar aun á muchos liberales que, sin embargo de sus principios exagerados en política, conservaban todavía el pundonor y ciertos principios de moralidad. En consecuencia, rechazamos la calumniosa falsedad que enuncia el Sr. Juárez en el segundo considerando de su citado decreto.

Tercera.—Declaramos, que este Señor en su tercer considerando vierte tantas falsedades como conceptos, y nos calumnia con la misma injusticia que en todo: porque es falso falsísimo el que la lei de obvenciones parroquiales haya tenido por objeto quitar ninguna odiosidad al clero aun cuando la hubiese habido, que ciertamente no la habia; falso falsísimo que aquella lei encerrase ni un solo pensamiento en favor de esta respetable clase, sino al contrario, fué acaso el mas infame golpe que recibió entónces, despues de la intervencion de la Iglesia de Puebla, de la administracion del Sr. Comonfort: aquella lei era calumniosa en sus motivos, falsa en su objeto, atentatoria é incompetente á todas luces en su materia, tiránica en sus disposiciones reglamentarias, fuente perenne de desastres en sus consecuencias.

Cuarta.—Cuando el Sr. Juárez dice: *que.... la resolucion mostrada sobre esto por el Metropolitano, prueba que el clero puede mantenerse en México, como en otros paises, sin que la lei civil arregle sus cobros y convenios con los fieles*, olvida que aquella disposicion diocesana tuvo por objeto, no el dar una prueba práctica de lo que dice el Sr. Juárez, pues nunca ha pretendido la Iglesia que la lei civil arregle sus cobros y convenios con los fieles, sino salvar la dignidad de la Iglesia y el decoro de sus ministros de las vejaciones tiránicas á que los condenaba la lei de obvenciones, manifestando ser preferible á todas luces perecer de hambre, si esto fuese necesario, que consentir en este vilipendio ignominiosísimo del ministerio católico. Mas aquí confunde el Sr. Juárez dos ideas que no deben confundirse nunca; el pretendido derecho de intervencion del gobierno temporal en lo que es propio de la Iglesia, intervencion que ella jamas ha querido consentir y á que siempre se ha resistido, con el deber que todo gobierno católico tiene de impartir á la Santa Iglesia la proteccion debida para que sus derechos sean cumplidos y no defraudados, cosas diametralmente opuestas. Por lo cual declaramos: primero, que ningun derecho tienen los gobiernos temporales para intervenir á la Santa Iglesia en los objetos de su autoridad y jurisdiccion; segundo, que aunque la independencia respectiva del Estado es un derecho, no se sigue de aquí que el gobierno temporal, fundado en tal independencia, esté libre del deber que tiene de auxiliar y proteger á la Iglesia de Dios, como lo han hecho tantos príncipes cuya fidelidad á la Lei divina no ha quitado nada ni á su independencia ni á su grandeza; tercero, que siendo esta proteccion un deber, ni está al arbitrio de los gobiernos el dispensarla ó no, ni

es una gracia suya, sino una obligacion cumplida, cuanto disponen y ejecutan á fin de proteger los derechos de la Iglesia.

Quinta.—Declaramos que el Sr. Juárez, en el quinto de sus considerandos, nos calumnia, no solamente á nosotros sino á toda la Nacion, por ser tan falso que alguna vez hubiese el clero servido de obstáculo á la paz pública, como el que hoi reconozcan todos que está en abierta oposicion con el Soberano. No necesitamos de preguntarle al Sr. Juárez quién es este Soberano; pero sí desearíamos que se citase un solo hecho de los Prelados de la Iglesia y demas personas del Estado eclesiástico en prueba de semejante asercion. Aun en esos lugares que están dominados por las fuerzas llamadas constitucionalistas, el clero acata á las personas que fungen de autoridades, y solo resiste á las leyes, decretos y medidas que no puede cumplir sin faltar á la Lei de Dios. Si este proceder es lo que llama el Sr. Juárez abierta rebelion contra el Soberano, derecho tenemos para decir que este Soberano es el que con semejante título ha declarado una persecucion tiránica y horrible á la doctrina de Jesucristo, á la Iglesia de Jesucristo, al ministerio instituido por Jesucristo. Rechazamos, pues, con el derecho que nos da nuestra inocencia, esta nueva calumnia.

Sexta.—Declaramos contra el sexto considerando del Sr. Juárez, en su decreto citado, ser falso de toda falsedad que *el clero* haya dilapidado los bienes de la Iglesia, ó que haya contribuido de manera alguna jamas á la destruccion general, sosteniendo y ensangrentando ninguna lucha fratricida, cualquiera que sea, ni promovido jamas el desconocimiento de autoridad alguna, sea legítima ó ilegítima, ni ménos negado jamas á la República el derecho de constituirse. Todos estos asertos son otras tantas imputaciones calumniosas que repelemos del modo mas solemne. Lo que hemos hecho es manifestar lo que es ilícito, lo que la Santa Iglesia tiene condenado como herético ó erróneo, lo que se requiere para la digna colacion de los sacramentos, las responsabilidades contraidas por aquellos que han atacado su institucion, doctrina y derechos; y en esto hemos obrado, no como partidarios políticos, de lo cual estamos absolutamente ajenos, sino como Prelados establecidos por Jesucristo para regir la Iglesia de Dios.

Cuando el Sr. Juárez concluye sus considerandos diciendo: *que habiendo sido inútiles hasta ahora los esfuerzos de toda especie por terminar una guerra que va arruinando á la República, el dejar por mas tiempo en manos de sus jurados enemigos los recursos de que tan gravemente abusan, seria volverse su cómplice, y que es imprescindible deber poner en ejecucion todas las medidas que salven la situacion y la*

sociedad, vierte conceptos que no pueden pasar desapercibidos. Sin mezclarnos en la grave cuestion de los inconvenientes que haya podido tener el término de la presente guerra civil, y tomando de aquí tan solo el calumnioso concepto de que el clero es el jurado enemigo de la República, y los bienes de la Iglesia son las armas con que le está haciendo una guerra sangrienta; refiriéndonos además al concepto de que estos falsos supuestos dan derecho para despojar á la Iglesia de sus bienes, declaramos: primero, que es una falsa y atroz calumnia decir que el clero es enemigo de la República, que le esté haciendo la guerra y empleando como armas para sostener esta lucha los bienes eclesiásticos; segundo, que aun cuando el clero no fuese inocente, aun cuando algunos ó muchos de sus miembros hubiesen cometido los delitos que se les atribuyen, esto no justificaria el despojo que le hace á la Iglesia ese decreto de 13 de Julio, que importa un saqueo universal de la propiedad mas sagrada; un golpe á la religion católica, apostólica, romana, y al pueblo que la profesa, con el establecimiento de la libertad de cultos; un atentado contra la autoridad de la Iglesia, su jurisdiccion y sus instituciones mas respetables; una coaccion tiránica y horrible á la conciencia de todos ya por el conflicto en que ha colocado á los tenedores de capitales, ya por la terrible coaccion que impone á las conciencias de las comunidades religiosas de ambos sexos; y por último, un edicto de persecucion mui semejante á los que promulgaban contra los primeros fieles los emperadores paganos, pues que decreta la expatriacion ó la muerte contra los que resistan á sus prescripciones inicuas, contra los que no se declaren, á fin de obsequiarlas en todo cumplidamente, contra la Lei de Dios y la suprema autoridad de la Iglesia.

Sétima.—Apoyándonos, contra el decreto que expidió el Sr. Juárez el 23 de Julio, estableciendo el matrimonio civil, en las manifestaciones hechas por nuestro Santísimo Padre Pio IX al Rei de Cerdeña en la carta que le dirigió desde Castel-Gandolfo, el 19 de Setiembre de 1852, diciéndole que "es un dogma de fe, que el matrimonio ha sido elevado por Jesucristo Nuestro Señor á la dignidad de sacramento, y es un punto de la doctrina católica que el sacramento no es una cualidad accidental sobreañadida al contrato, sino que es de la esencia misma del matrimonio; de tal suerte, que la union conyugal entre los cristianos no es legítima sino solo en el *matrimonio sacramento*, fuera del cual no hai mas que un mero concubinato; declaramos: que ese decreto del Sr. Juárez sobre matrimonios, que suponiendo el sacramento divisible del contrato de matrimonio entre los católicos, pretende arreglar *su validez y firmeza*,

contradice la doctrina de la Iglesia, usurpa sus inalienables derechos, y en la práctica *eleva al mismo rango el concubinato y el sacramento del matrimonio.*

Octava.—En consecuencia de las precedentes declaraciones y cuanto hemos expuesto en este escrito, declaramos falsos y calumniosos, y repelemos como tales, todos los conceptos emitidos contra el clero en el manifiesto del Sr. Juárez expedido en Veracruz el 7 del pasado y los considerandos de su decreto del dia 12 y de cuantos otros han dado contra la Iglesia las autoridades de Ayutla.

Novena.—Declaramos que no es lícito obsequiar este decreto en ninguna de sus partes, ni cooperar de modo alguno á su ejecucion: que ninguna autoridad tiene el Sr. Juárez, ni gobierno alguno, para hacer entrar al dominio de la Nacion todos ni parte de los bienes de la Iglesia: que por lo mismo dicho decreto en este punto es un despojo atentatorio y tiránico de la propiedad mas sagrada, sujeto á las censuras de la Santa Iglesia, y especialmente á la excomunion mayor fulminada por el Santo Concilio Tridentino en el cap. XI de la ses. 22 *De reformatione.* En consecuencia, están incursos en esta pena canónica, no solamente los autores y ejecutores del decreto repetido y de cuantos otros han expedido, ó medidas han dictado, ó hechos han ejecutado contra la propiedad de la Iglesia y los templos las autoridades de Ayutla; sino tambien aquellos que de algun modo cooperen ó hayan cooperado á su cumplimiento.

Décima.—Para precaver en los fieles los peligros de una falsa conciencia, les hacemos saber que por ningun motivo, NI AUN EL DE SALVARLE A LA IGLESIA SUS BIENES, les es lícito cooperar al cumplimiento del decreto dicho, ni entrar en los arreglos que propone, ni aceptar las conveniencias que ofrece: que LA IGLESIA REPELE COMO COSA INDIGNA ESTA FALSA PIEDAD, y prefiere sobre la conservacion de sus intereses la inmunidad de sus principios y la pureza de su doctrina.

Undécima.—Que esa institucion, tácita pero efectiva, de la libertad de cultos, que contiene el decreto de 12 de Julio, es un atentado enormísimo contra la Lei de Dios: que el gobierno de un pueblo exclusivamente católico, léjos de tener libertad ninguna en este punto, está obligado por la divina Lei á proteger y conservar íntegra la religion católica, apostólica, romana; y por tanto, comete un horrible crímen contra Dios, cuando abre las puertas de la Nacion y promete proteccion á todos los cultos falsos.

Duodécima.—Declaramos: que la supresion de las comunidades de religiosos, cofradías, hermandades y demas congregaciones piadosas, clausura de noviciados de monjas y prohibicion de que profesen las novicias existentes, es otro atentado sacrílego contra la religion y la Iglesia: que el decreto donde tal se ha prevenido es nulo y de ningun valor: que la subsistencia canónica de todo lo suprimido es incontestable: que las obligaciones consiguientes á los votos religiosos, las exenciones de regulares, &c., subsisten íntegras, sin que el decreto del Sr. Juárez valga nada en este punto.

Décimatercia.—Declaramos: que los incursos en las censuras canónicas, afectos á la obligacion de restituir lo usurpado ó reparar el escándalo; v. g., los adjudicatarios ó rematadores en virtud de la lei de 25 de Junio, así como sus autores y cooperadores, y cuantos han mandado despojar á la Iglesia de sus rentas ó saquear los templos por el decreto de 12 de Julio ó cualquiera otro, y han ejecutado el mandato, ó cooperado en algun modo á su cumplimiento, así como tambien los juramentados, no pueden ser absueltos, ni en artículo de muerte, si no cumplen los requisitos establecidos por la Iglesia y mencionados en nuestras circulares y decretos diocesanos.

Décimacuarta.—Declaramos: que el que es indigno de la absolucion sacramental, no puede lícitamente recibir otro sacramento, y si le recibe comete sacrilegio.

Décimaquinta.—Declaramos: que la absolucion sacramental, arrancada por engaño ó por la fuerza al ministro de Jesucristo, no es válida á los ojos de Dios y de su Iglesia; que ni los juramentados que no reparen el escándalo, ni los usurpadores de bienes eclesiásticos que no restituyan, pueden ser absueltos válidamente por ningun sacerdote aun en el caso de que éste lo haga voluntariamente.

Décimasexta.—Declaramos: que todos los legisladores civiles del mundo jamas podrán despojar á la Iglesia de la mas mínima de las facultades que recibió de Jesucristo: que entre estas facultades está contenida la de conocer y arreglar el *matrimonio sacramento:* que solamente éste y ninguno otro es válido entre católicos: que el que estos contraigan contra las prescripciones de la Iglesia será ilícito si es contraido con impedimento de los que se llaman impedientes, y nulo, si lo fuere con algunos de los dirimentes, es decir: que será un *verdadero concubinato* por mas que le declaren válido las leyes civiles: finalmente, que los religiosos profesos nunca dejarán de serlo, aunque las mismas leyes civiles los expulsen de los claustros y los declaren secularizados.

Finalmente, y para evitar los artificios de los enemigos de la Iglesia, que de todo sacan partido á fin de propagar el error y la seduccion, declaramos: que, siendo cuanto hemos dicho el resúmen de cuanto hemos declarado en nuestras pastorales y representaciones, y prevenido en nuestras circulares y decretos los Obispos de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

República, sin excepcion ninguna, todos los fieles deben recibir esta manifestacion, sin vacilar, como la voz unísona de todo el Episcopado mexicano. Hai más: todos los puntos que aquí tocamos, están sustancialmente comprendidos en el anatema de reprobacion que nuestro Santísimo Padre lanzó contra el proyecto de constitucion, los decretos expoliadores y las coacciones al clero hechas por las autoridades de Ayutla, en su memorable Alocucion en el Consistorio secreto habido el 15 de Diciembre de 1856: y por lo mismo, todos los fieles deben recibir nuestras declaraciones doctrinales y canónicas como si les fuesen dirigidas inmediatamente por el Vicario de Jesucristo.

Hemos concluido. Dios nuestro Señor haga que esta manifestacion que, con la intencion mas recta y pura dirigimos, no solamente á los fieles de nuestras respectivas diócesis para declararles la doctrina de la Iglesia contra los errores dominantes, sino tambien á todo el mundo para mostrarle la inocencia del clero mexicano y nuestros sentimientos en esta horrible persecucion, surta los mas felices efectos, poniendo en claro la inocencia y carácter pacífico del clero mexicano, impidiendo los estragos de la seduccion con la declaracion que hemos hecho de la sana doctrina, salvando las conciencias de los fieles en tan peligrosa crísis, y haciéndolos obrar en todo conforme al oráculo divino de Jesucristo Señor Nuestro, cuando dijo á todos los hombres en las personas de sus discípulos: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura."

México, Agosto 30 de 1859.—*Lázaro*, Arzobispo de México.—*Clemente de Jesus*, Obispo de Michoacan.—*Francisco de Paula*, Obispo de Linares.—*Pedro*, Obispo de Guadalajara.—*Pedro*, Obispo del Potosí.—*Dr. Francisco Serrano*.

DOS CARTAS PASTORALES

AL

V. CLERO Y FIELES

DEL OBISPADO DE MICHOACAN,

TRASCRIBIENDOLES LA ALOCUCION PONTIFICIA DE

NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO IX

EN EL CONSISTORIO SECRETO DE 28 DE SETIEMBRE DE 1860, Y HACIENDOLES ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE SU CONTENIDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

República, sin excepcion ninguna, todos los fieles deben recibir esta manifestacion, sin vacilar, como la voz unísona de todo el Episcopado mexicano. Hai más: todos los puntos que aquí tocamos, están sustancialmente comprendidos en el anatema de reprobacion que nuestro Santísimo Padre lanzó contra el proyecto de constitucion, los decretos expoliadores y las coacciones al clero hechas por las autoridades de Ayutla, en su memorable Alocucion en el Consistorio secreto habido el 15 de Diciembre de 1856: y por lo mismo, todos los fieles deben recibir nuestras declaraciones doctrinales y canónicas como si les fuesen dirigidas inmediatamente por el Vicario de Jesucristo.

Hemos concluido. Dios nuestro Señor haga que esta manifestacion que, con la intencion mas recta y pura dirigimos, no solamente á los fieles de nuestras respectivas diócesis para declararles la doctrina de la Iglesia contra los errores dominantes, sino tambien á todo el mundo para mostrarle la inocencia del clero mexicano y nuestros sentimientos en esta horrible persecucion, surta los mas felices efectos, poniendo en claro la inocencia y carácter pacífico del clero mexicano, impidiendo los estragos de la seduccion con la declaracion que hemos hecho de la sana doctrina, salvando las conciencias de los fieles en tan peligrosa crísis, y haciéndolos obrar en todo conforme al oráculo divino de Jesucristo Señor Nuestro, cuando dijo á todos los hombres en las personas de sus discípulos: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura."

México, Agosto 30 de 1859.—*Lázaro*, Arzobispo de México.—*Clemente de Jesus*, Obispo de Michoacan.—*Francisco de Paula*, Obispo de Linares.—*Pedro*, Obispo de Guadalajara.—*Pedro*, Obispo del Potosí.—*Dr. Francisco Serrano*.

DOS CARTAS PASTORALES

AL

V. CLERO Y FIELES

DEL OBISPADO DE MICHOACAN,

TRASCRIBIENDOLES LA ALOCUCION PONTIFICIA DE

NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO IX

EN EL CONSISTORIO SECRETO DE 28 DE SETIEMBRE DE 1860, Y HACIENDOLES ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE SU CONTENIDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PASTORAL.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE MICHOACAN.

AL M. I. Y V. SR. PRESIDENTE Y CABILDO DE NUESTRA SANTA IGLESIA CATEDRAL, A NUESTRO VENERABLE CLERO Y A TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIOCESIS, SALUD.

VENERABLES HERMANOS Y MUY AMADOS HIJOS:

Hace diez años que Nuestro SS. Padre Pio IX atraia desde Gaeta las miradas de un mundo profundamente conmovido por los ultrajes que Su Santidad acababa de recibir en aquella memorable revolucion que, atacando bruscamente su doble soberanía, la de Pontífice y la de Rei, le obligó, por último, á arrancarse de Roma é ir á buscar asilo en un pais extranjero; en que aquella Magestad desconocida por la ingratitud y atacada por las pasiones políticas en su mayor desenfreno, fijaba con un interes noble las miradas y los pensamientos de las potencias mas fuertes de la Europa; en que, concibiendo éstas el designio de remediar tan inmenso mal, expresaron su sentir con aquella energía irresistible que somete á una voluntad resuelta los hombres y las cosas; y por último, en que aquella Francia que acababa de echar por tierra el trono de Luis Felipe, llevó sus legiones republicanas á la Italia, para conducir en triunfo al Pontífice-Rei á la Capital del Universo cristiano. Entónces la nueva de esta reparacion magnífica, extendida con la mas asombrosa rapidez, difundió por todo el orbe un sentimiento de indefinible alegría: todos los católicos enjugaron sus lágrimas al saber el regreso del Sumo Pontífice; y aun aquellos que, sin serlo, estaban léjos de las ideas y opiniones extraviadas que habian precipitado la revolucion de Roma, veian con gusto la restauracion de un poder tan legítimo, tan justo y benéfico, despues de una deshecha tempestad. Entónces, convirtiendo estos sentimientos del corazon al Dispensador único de los bienes mas preciosos que se disfrutan en la tierra,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos á porfía levantaban al cielo sus almas reconocidas en accion de gracias por un acontecimiento que, publicando por una parte la gloria del Señor, anunciaba por otra el renacimiento de las esperanzas con la vuelta de la paz y del órden. Nuestra Santa Iglesia Catedral celebró á su vez tan fausto acontecimiento con una solemne accion de gracias al Todopoderoso, llamándonos al honor de dirigir á los fieles la palabra con tal motivo desde la Cátedra evangélica. En aquel memorable dia desahogámos, como era justo, nuestros sentimientos de regocijo; pero no pudiendo gozar una dicha tan cumplida como hubiésemos anhelado, ni encubrir á nuestro auditorio el temor que acompañaba á nuestro gozo, le dijimos estas notables palabras:

"Yo bien sé que no hai una cuestion definitivamente resuelta; que los mismos resultados prácticos figuran en la categoría de las transiciones; que las exageraciones políticas no han abandonado el campo de la lid; que la influencia del catolicismo, aunque gana terreno en las convicciones, no deja de ser combatida en las doctrinas; que el poder temporal de los Papas tampoco ha dejado aún de ser el blanco de una terrible oposicion; que las miras políticas de ciertos Estados mui poderosos, se hallan hasta hoi profundamente encubiertas; ..... que el ilustre y Santo Pontífice ocupa hoi en Roma la Silla de sus Predecesores despues de un penoso destierro, pero sin respirar aún en paz: y qué sé yo, si nuestros himnos de reconocimiento habrán de ceder el campo mui pronto á las humildes y fervorosas súplicas por Nuestro Santísimo Padre atribulado segunda vez....." [1]

Desgraciadamente, hermanos é hijos carísimos, lo que figuraba entónces en la clase de un simpre temor, es hoi una funesta realidad, lo que entónces no hacia mas que quitarle á nuestro gozo la superabundancia de su plenitud, está hoi haciendo correr de nuevo nuestras lágrimas: entónces hablábamos al auditorio de un templo, desahogando los sentimientos de un júbilo religioso por el regreso de Nuestro SS. Padre á Roma; y hoi os dirigimos á todos nuestra voz pastoral para trasmitiros sus paternales quejas, poner á vuestra vista las congojosas penas que devoran su corazon, y estimular vuestra piedad para que levantéis inflamados votos al cielo por el remedio de tantos males.

1. Este *Sermon*, publicado por disposicion del M. I. y V. Cabildo de mi Santa Iglesia Catedral, fué impreso el año de 1850, tanto en Morelia en la imprenta de Arango, como en México en la de R. Rafael; y ahora se ha impreso por la tercera vez en esta coleccion. Véase el pasaje que aquí citamos en la pág. 421 de este volúmen.

No ha muchos meses que os dirigimos nuestra carta por la paz de la Europa, nuevamente agitada por la guerra principalmente en Italia, insertándoos al efecto la Encíclica de Nuestro SS. Padre á todo el Episcopado católico; y hoi, viendo y palpando la consecuencia casi inevitable de aquella gran conmocion, tenemos que hablaros de lo que han hecho y están haciendo contra el Sumo Pontífice y la Santa Sede sus jurados enemigos con el doble intento de destruir su principado político y sepultar entre sus ruinas, si posible fuera, hasta la Silla de Pedro.

Nuestro Santísimo Padre Pio IX, vivamente agitado por los nuevos ataques referidos, ha expresado sus sentimientos en una de sus Alocuciones Pontificias, la que tuvo lugar en el Consistorio secreto celebrado el 26 del último Setiembre. Este documento, que nos remitió el Illmo. y Rmo. Sr. Delegado Apostólico, apareció traducido al castellano, y con este motivo tuvo gran circulacion, en la Carta pastoral del Illmo. Sr. Arzobispo fecha 19 del pasado. A fin, pues, de llenar por nuestra parte uno de nuestros mas caros deberes, os dirigimos con el propio intento esta Carta, en la cual nos proponemos por ahora trasmitiros la Alocucion Pontificia de que acabamos de hablar, reservando para la siguiente haceros acerca de su contenido algunas reflexiones. La Alocucion Pontificia, tal como aparece traducida en la citada pastoral del Illmo. Sr. Metropolitano, es á la letra como sigue:

ALOCUCION DE NUESTRO SANTISIMO PADRE, POR LA DIVINA PROVIDENCIA, PIO IX, TENIDA EN EL CONSISTORIO SECRETO DEL DIA 26 DE SETIEMBRE DE 1859.

VENERABLES HERMANOS:

"En la Alocucion que os dirigímos el dia 20 del próximo pasado Junio, lamentámos con gran dolor de nuestro ánimo los atentados cometidos por los enemigos de esta Silla Apostólica, ya en Bolonia, ya en Ravena, y ya tambien en otras partes, contra el principado civil y legítimo nuestro y de esta Sede. Declarámos en la misma Alocucion á todos incursos en las censuras eclesiásticas y penas impuestas por los Sagrados Cánones, decretando que todos los actos de ellos sean nulos y de ningun valor.

"Nos alentaba la esperanza de que estos rebeldes hijos nuestros, excitados y movidos por nuestras voces, volvieran al órden, sabiendo ellos mui bien cuánta mansedumbre y dulzura hemos tenido desde el principio de nuestro Pontificado, y con cuánta benevolen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia y empeño, en medio de las graves dificultades de los tiempos, siempre hemos cuidado y pensado en procurar la tranquilidad y utilidad de los pueblos. Pero fué vana nuestra esperanza, porque ellos, movidos é instigados por consejos extranjeros, al mismo tiempo que tenian auxilios de todo género, nada han dejado de poner en práctica para perturbar todas las provincias de la Emilia, sujetas á nuestra autoridad civil y de esta Santa Sede, separándolas de ella.

"Y levantada la bandera de defeccion y rebelion en estas provincias, quitado el gobierno Pontificio, se establecieron dictadores en el Piamonte, que despues se llamaron comisarios extraordinarios, y últimamente gobernadores generales, que apropiándose temerariamente los derechos de nuestra suprema autoridad, separaron del cumplimiento de las obligaciones públicas á los que guardaban fidelidad á su legítimo Príncipe. Se atrevieron tambien estos hombres á invadir la potestad eclesiástica, dando leyes nuevas acerca de los hospitales, casas de expósitos, y otros legados, lugares é institutos piadosos, tratando mal á algunos eclesiásticos, desterrandolos y poniéndolos en prision. Y movidos de un conocido odio á esta Silla Apostólica, formaron una junta el dia 6 de este mes en Bolonia, llamada Junta Nacional de los pueblos de Emilia, promulgando un decreto con falsos pretextos y calumnias, en el que, asegurando falsamente el consentimiento de los pueblos, declararon contra los derechos de la Iglesia Romana, á la que no querian estar sujetos, ni al Gobierno civil Pontificio: y al dia siguiente declararon tambien, segun acostumbran, que se querian adherir al imperio y autoridad del Rei de Cerdeña.

"Entre estos lamentables acontecimientos, no han faltado algunos autores de ellos, que para corromper las costumbres de los pueblos, se han valido de libros y otros impresos, tanto en Bolonia como en otras partes, para fomentar la absoluta libertad, llenando de injurias al Vicario de Jesucristo, burlándose de los ejercicios piadosos y poniendo en ridículo las preces que se hacen á la Inmaculada Santísima Vírgen María, Madre de Dios, para implorar su patrocinio: y en los espectáculos públicos se ha ofendido la honestidad, pudor y virtud, presentando al desprecio é irrision pública á las personas consagradas á Dios.

"Y esto lo hacen algunos que se llaman católicos y dicen que respetan la suprema autoridad espiritual del Romano Pontífice; pero nadie ignora cuán falaz sea tal afirmacion: porque los que obran así, conspiran con aquellos que hacen cruel guerra al Romano Pontífice y á la Iglesia católica, intentando, si posible fuera, quitar del corazon de todos nuestra divina religion y su doctrina. Por lo que,

Venerables hermanos, que participáis de nuestros trabajos y molestias, conocéis bien cuánta es nuestra amargura, y con cuánto luto é indignacion somos afectados juntamente con vosotros y con todos los buenos. Mas en tanta amargura tenemos el consuelo de que muchos pueblos de las provincias de Emilia, lamentando semejantes atentados y separándose de ellos, se unen constantemente al dominio civil de Nos y de esta Santa Sede, guardando fidelidad á su legítimo Príncipe; y tambien nos llenamos de consuelo, porque todo el clero de esas provincias, digno de toda alabanza, tiene determinado, en tanto movimiento y perturbacion de cosas, desempeñar las obligaciones de su oficio, manifestando claramente su fidelidad y obediencia hácia Nos y á esta Silla Apostólica, despreciando los mayores peligros. Y debiendo Nos, por razon de nuestro oficio y por el solemne juramento que hemos dado, defender la causa de nuestra religion, evitar la violacion de los derechos y posesiones de la Iglesia Romana, defender constantemente nuestro Principado y el de esta Silla Apostólica, para entregarle íntegro á nuestros Sucesores como patrimonio del Bienaventurado Pedro, no podemos ménos que levantar de nuevo nuestra voz apostólica, para que todo el mundo católico, y particularmente nuestros Venerables hermanos los Prelados eclesiásticos, de quienes entre tantas angustias hemos recibido ilustres testimonios de su fe, amor y respeto para con Nos y esta Silla Apostólica, conozcan cuán vehementemente reprobamos los atentados que se han atrevido á cometer semejantes hombres en las provincias de Emilia sujetas á nuestra Pontificia autoridad. Y por lo mismo, en vuestra presencia reprobamos dichos actos de rebelion, así como tambien cualesquiera otros contra la potestad é inmunidad eclesiástica y contra la dominacion civil, potestad, jurisdiccion y principado nuestro y de esta Santa Sede, declarándolos írritos y de ningun valor. Sin que alguno ignore que aquellos que en dichas provincias han cometido semejantes actos, ó los han aconsejado ó consentido, ó de cualquier modo han tenido parte en ellos, incurrieron en las censuras eclesiásticas de que hicimos mencion en nuestra dicha Alocucion. Por último, Venerables hermanos, ocurramos al Trono de la gracia, para que, ayudados de auxilio divino, consigamos el consuelo y fortaleza en circunstancias tan difíciles: pidiendo con continuas y fervorosas súplicas al Dios rico en misericordia, haga con su virtud omnipotente, que los extraviados, de los que algunos tal vez engañados no saben lo que han hecho, reducidos á mejores consejos, vuelvan á los caminos de salud, religion y justicia."

La simple lectura de este documento basta sin duda, hermanos é hijos carísimos, para conmover profundamente el corazon de todo verdadero católico, y alarmar la piedad cristiana y aun la fe; mas no queriendo reducirnos á trascribírosle, como lo hemos hecho en la presente carta, reservamos para la siguiente, que os enviarémos mui pronto, haceros acerca de su contenido y objeto algunas breves reflexiones. Dios Nuestro Señor, de quien emana todo don perfecto, nos disponga eficazmente, á Nos para hacerlas, y á vosotros para escucharlas.

México, Enero 23 de 1860.—*Clemente de J.*, Obispo de Michoacan.

SEGUNDA PASTORAL.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE MICHOACAN.

AL M. I. Y V. SR. PRESIDENTE Y CABILDO DE NUESTRA SANTA IGLESIA CATEDRAL, A NUESTRO VENERABLE CLERO Y A TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIOCESIS, SALUD.

HERMANOS E HIJOS CARISIMOS:

Siguiendo el noble y mui autorizado ejemplo de nuestros venerables hermanos, los Illmos. Señores Arzobispos y Obispos que en el Piamonte, en Francia, en España, en Irlanda, &., &c., vivamente conmovidos por la guerra que se hace con todas armas al poder temporal del Romano Pontífice y de la Santa Sede, han levantado su voz sábia y fuerte para protestar enérgicamente contra estos atentados sacrílegos y precaver al mismo tiempo del error y la seduccion á los fieles con la sana doctrina; deseosos, como el que mas, de llevar á los piés de Nuestro Santísimo Padre, profundamente atribulado, el triste homenaje de nuestro dolor, ofreciéndole con toda nuestra Grei los tributos de nuestros votos al Supremo Dispensador de la paz por el restablecimiento de ella y del órden en los Estados pontificios; y cumpliendo con lo que os ofrecimos en nuestra precedente carta, en que os insertámos literalmente traducida la Alocucion de Su Santidad en el Consistorio secreto del último Setiembre, os dirigimos hoi, á propósito de lo que en este documento respetabilísimo se contiene, nuestra voz pastoral. En la sagrada Persona del Papa existe, como bien sabéis, una doble representacion, hai una doble autoridad, un doble poder: porque es al mismo tiempo Cabeza visible de toda la Iglesia católica, y Soberano temporal, ó lo que es lo mismo, Gefe de un Estado político. Os hemos expuesto con la debida extension en algunas de nuestras pasadas instrucciones la doctrina católica sobre el dogma de la Santa Iglesia, sobre su carácter social, su autoridad dogmática, moral y disciplinar, su legislacion pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La simple lectura de este documento basta sin duda, hermanos é hijos carísimos, para conmover profundamente el corazon de todo verdadero católico, y alarmar la piedad cristiana y aun la fe; mas no queriendo reducirnos á trascribírosle, como lo hemos hecho en la presente carta, reservamos para la siguiente, que os enviarémos mui pronto, haceros acerca de su contenido y objeto algunas breves reflexiones. Dios Nuestro Señor, de quien emana todo don perfecto, nos disponga eficazmente, á Nos para hacerlas, y á vosotros para escucharlas.

México, Enero 23 de 1860.—*Clemente de J.*, Obispo de Michoacan.

SEGUNDA PASTORAL.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO DE MICHOACAN.

AL M. I. Y V. SR. PRESIDENTE Y CABILDO DE NUESTRA SANTA IGLESIA CATEDRAL, A NUESTRO VENERABLE CLERO Y A TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIOCESIS, SALUD.

HERMANOS E HIJOS CARISIMOS:

Siguiendo el noble y mui autorizado ejemplo de nuestros venerables hermanos, los Illmos. Señores Arzobispos y Obispos que en el Piamonte, en Francia, en España, en Irlanda, &., &c., vivamente conmovidos por la guerra que se hace con todas armas al poder temporal del Romano Pontífice y de la Santa Sede, han levantado su voz sábia y fuerte para protestar enérgicamente contra estos atentados sacrílegos y precaver al mismo tiempo del error y la seduccion á los fieles con la sana doctrina; deseosos, como el que mas, de llevar á los piés de Nuestro Santísimo Padre, profundamente atribulado, el triste homenaje de nuestro dolor, ofreciéndole con toda nuestra Grei los tributos de nuestros votos al Supremo Dispensador de la paz por el restablecimiento de ella y del órden en los Estados pontificios; y cumpliendo con lo que os ofrecimos en nuestra precedente carta, en que os insertámos literalmente traducida la Alocucion de Su Santidad en el Consistorio secreto del último Setiembre, os dirigimos hoi, á propósito de lo que en este documento respetabilísimo se contiene, nuestra voz pastoral. En la sagrada Persona del Papa existe, como bien sabéis, una doble representacion, hai una doble autoridad, un doble poder: porque es al mismo tiempo Cabeza visible de toda la Iglesia católica, y Soberano temporal, ó lo que es lo mismo, Gefe de un Estado político. Os hemos expuesto con la debida extension en algunas de nuestras pasadas instrucciones la doctrina católica sobre el dogma de la Santa Iglesia, sobre su carácter social, su autoridad dogmática, moral y disciplinar, su legislacion pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pia, la economía de su gobierno y administracion, su soberanía é independencia: os hemos explicado su gerarquía y demostrado cómo nada de esto podria existir sin una Cabeza visible, que sea el centro de todo; y de aquí partimos para hablaros del Papa como Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo, Sucesor de San Pedro y Cabeza visible de la Iglesia, y en consecuencia, de su Primado de honor y jurisdiccion, su autoridad universal y suprema. Pero hasta ahora nada os habiamos dicho sobre la soberanía temporal del Papa y de la Santa Sede Apostólica, nada sobre el carácter é influencia de esta prerogativa: porque, si bien es cierto que se nos ha ofrecido y hemos aprovechado la ocasion de hablar sobre esto á los fieles, ya en el recinto de un templo, ya en nuestra obra sobre la Doctrina católica, esta es la primera vez que lo hacemos hablando con el carácter de Pastor á toda la Grei.

A primera vista parece que, siendo el poder temporal de los Papas una soberanía exclusivamente política, las cuestiones y los acontecimientos relativos á él son extraños hasta cierto punto á nuestro ministerio. Mas realmente no es así: ántes bien, hai tiempos en que conviene, y aun es necesario, que los fieles oigan sobre esto la voz de sus Pastores, para que no caigan en las redes que tan astuta como insidiosamente les tienden los impíos. Estos, siempre alerta para derrocar la institucion de Jesucristo, Señor Nuestro, no se paran en los medios, y por lo mismo, cuando dirigen contra la monarquía pontifical ataques de esta naturaleza, abrigan en su mente el pensamiento sacrílego de arruinar, al mismo tiempo que el poder político del Romano Pontífice y la Santa Sede, la autoridad divina de la Iglesia, la doctrina de Jesucristo, el poder sublime de la Religion. Era necesario sin duda levantar la voz contra un hecho tan alarmante, y por esto, apénas la fama pública divulgó en Europa los graves sucesos que han arrancado tan sentidas quejas al Romano Pontífice, cuando el Episcopado de aquella parte del mundo hizo escuchar su voz, levantándola mui enérgica en contra de esas usurpaciones sacrílegas, y hablando á los fieles sobre el carácter del hecho. Entre nosotros es ya generalmente conocida y ha sido justamente elogiada la sábia y enérgica protesta del Illmo. Sr. Obispo de Orleans, publicada en nuestros diarios, y los de Roma refieren que el Episcopado piamontés, como el de la Francia, de la España, de la Irlanda, de la Germania y de todo el resto del mundo católico, ha comenzado á publicar Letras pastorales en que se manifiesta por una parte la justicia incontrovertible del derecho pontificio atacado por la revolucion, y se sienten por otra los efectos de la alarma producida por tan escandalosos golpes en el corazon de todos los verdaderos católicos al considerar las trascendencias funestísimas que tendria la consumacion de estos proyectos aun para la misma religion en el mundo.

Penetrados por nuestra parte de estos mismos sentimientos y deseando trasmitirlos á vosotros con la manifestacion de la justicia é importancia de la institucion tan vivamente atacada por la revolucion encendida en los Estados Pontificios, vamos á deciros á este propósito lo concerniente al objeto y motivos de esta carta pastoral, ya indicados desde el principio. Mas á fin de que os forméis una idea sobre el carácter altamente alarmante de los atentados que deplora y condena en su Alocucion pontificia nuestro Santísimo Padre, y percibáis clara y distintamente cómo la guerra que se hace á su poder temporal está inspirada, no solamente de pasiones políticas, mas tambien del odio á la institucion divina de la Iglesia, nos bastará poner á vuestra vista, si bien con suma brevedad, los antecedentes del poder que han ejercido los Papas como Príncipes temporales, las relaciones que este poder tiene con el poder espiritual, lo que se interesa en la conservacion y respeto de este principado pontificio el sistema político de la Europa y aun la marcha social de todos los pueblos católicos, y por último, los motivos que de ordinario impulsan esas revoluciones que han tendido y tienden á la completa abolicion de la soberanía política de los Papas. Vasto en verdad es el asunto; mas por fortuna son tan manifiestos los hechos, tan perceptibles sus relaciones y tan obvias sus consecuencias, que una simple ojeada sobre él basta para llenarse de luz y sentir los efectos de la mas profunda conviccion.

I

Si os dijésemos, amados hijos, que la monarquía pontifical está medida por el dilatado curso de once siglos; si tomándoos por la mano para desandar esta carrera del tiempo, nos propusiésemos conduciros, al través de tantas vicisitudes como ha sufrido la sociedad, de tantas luchas dinásticas y guerras sociales, de tantos hilos cortados, reanudados y vueltos á cortar en la sucesion de los Soberanos de Europa, de tantas alternativas por donde han pasado los pueblos, para deteneros en la mitad del octavo siglo á la presencia de Carlo Magno, de aquel Genio-Rei que abarcaba en su pensamiento los elementos agitados y cuasi dislocados del mundo político, á par que los inmensos recursos de organizacion y régimen que en pro de la sociedad podian explotarse de la institucion reli-

giosa: si os mostrásemos aquella mano que, parecia empuñar el cetro del mundo, poniendo nuevas piedras en la corona, labrada por la de su Predecesor, para ceñir la frente del Sucesor de San Pedro; y en presencia de este cuadro os dijésemos: "Ved aquí el nacimiento del poder político pontificio;" estamos mui seguros de que, produciendo en vuestas almas una de esas impresiones que por excelencia se llaman grandes, un verdadero arrobamiento de admiracion y respeto, contaríamos de parte vuestra con un sublime desden, por explicarnos así, contra las imposturas, supercherías y cálculos de esa filosofía política, hija de las pasiones, cuando intenta justificar su alzamiento contra ese poder consagrado, al mismo tiempo que por la nobleza y justicia de su orígen, por el respeto de tantos siglos que han desfilado en su presencia sin destruirle. Sin embargo, limitándonos á esto solo, aunque tiene tal carácter de grandeza, no habriamos dicho lo bastante para dar su plenitud al hecho.

Pipino, Rei de Francia, donando á San Pedro, á la Iglesia y á la República romana, en la Persona del Papa Esteban III, las ciudades usurpadas por los enemigos y reconquistadas por él con su victoria, y Carlo Magno su hijo, ampliando esta donacion magníficamente, se nos presentan con una doble autoridad, la de su posesion y la de su testimonio, como un argumento incontestable de la legitimidad de orígen ó incontrovertible derecho del poder temporal del Romano Pontífice y la Santa Sede, y nos ministran lo necesario para reducirnos á esto solo, en caso de quererlo así, y excusarnos de dar mayor extension á nuestras ideas. Pero, volverémos á decirlo: llegando aqui, nos queda mucho que recorrer todavía; pues el poder político de los Papas no es un hecho improvisado en el octavo siglo, como algunos lo han pretendido, ya que no pueden desconocer ni la legitimidad de los títulos, ni la antigüedad de la posesion, sino una institucion maravillosamente preparada desde que la Iglesia, por explicarnos de esta suerte, salió de sus catacumbas á sus basílicas, y fué recibida en triunfo por los Emperadores convertidos. Desde entónces el poder pontificio, sin salir de su esfera, ni extenderse mas allá de lo que la caridad le prescribia para aliviar la condicion social de los pueblos, parecia tener una especie de principado que él mismo no sentia. Así como el Gefe del pueblo judío, al bajar del Sinaí, deslumbraba las miradas de los espectadores con la luz que llevaba en su frente, sin sentirlo, del mismo modo, el Sumo Pontificado, al atravesar por su sangriento camino de tres siglos, al recibir en sus brazos á Constantino convertido á la fe, al emitir sus oráculos sublimes, al desarrollar su poder contra las herejías, los errores y los vicios, al enjugar las lágrimas de la humanidad y al curar las heridas del mundo, dejaba entrever, por sobre la corona espiritual y punzante que le habia legado Jesucristo, el esplendor de otra diadema que le otorgaria mui pronto la humanidad en sus dolores y esperanzas, y el poder de los Soberanos en sus grandes pensamientos y en su lealtad y gratitud. "Se ha creido comunmente, dice al propósito un elocuente defensor del Pontificado, que los Papas pasaron repentinamente del estado particular al de Soberanos, y que lo debieron todo á los Carlovingios. Sin embargo, nada es mas falso que esta idea; pues ántes de las famosas donaciones, que mas que á la Santa Sede honraron á la Francia (aunque acaso no está mui persuadida de ello), los Papas eran ya Soberanos de hecho, y no les faltaba mas que el título."

Pero lo que hai aun de mas admirable, segun la oportuna observacion que hace en otra parte, es ver que los Papas han llegado á ser Soberanos sin reparar en ello, y aun, hablando en todo rigor, contra su voluntad. Una lei invisible elevaba la Silla de Roma, y puede decirse que el Gefe de la Iglesia universal nació Soberano. Desde el cadalso de los mártires subió sobre un trono que entónces apénas se percibia, pero que se consolidaba insensiblemente como todas las cosas grandes, y que desde su primera edad anunciaba ya una cierta atmósfera de grandeza que le rodeaba, sin causa alguna humana á que poder atribuirlo. El Romano Pontífice necesitaba riquezas, y estas crecian en sus manos; necesitaba de brillantez, y no sé qué esplendor extraordinario salia del trono de San Pedro....

"En Roma, siendo todavía pagana, el Romano Pontífice contenia ya á los Césares. No era mas que su súbdito, ellos lo podian todo contra él, sin que él tuviera el menor poder contra ellos; y sin embargo, no podian sufrirlo á su lado. Porque sobre su frente se leia el carácter de "un sacerdocio tan eminente, que el Emperador, que "ponia entre sus títulos el de Soberano Pontífice, manifestaba mas "inquietud de verlo en Roma, que la que sufriria de ver en los ejérci-"tos otro César que le disputase el imperio."[1] Una fuerza oculta los arrojaba de *la Ciudad Eterna*, para darla al Gefe de *la Iglesia Eterna*. Acaso en el espíritu de Constantino se unió un principio de fe y de respeto á esta inquietud de que hablamos; pero no dudaré tampoco que este sentimiento haya influido en la determinacion que tomó de trasladar la silla del imperio, mas que todos los motivos políticos que se le atribuyen. *Así se cumplia el Decreto del Altísimo.* Un mismo recinto no podia contener al Emperador y al

1 BOSSUET. Carta pastoral sobre la comunion pascual, núm. 4, ex Cyr. epist. 51, ad Ant.

Pontífice; y Constantino cedió Roma al Papa. La conciencia del género humano, que es infalible, no lo entendió de otra manera; y de ahí nació *la fábula* de la donacion, que es *mui verdadera*. La antigüedad, que gusta mucho de verlo y tocarlo todo, hizo inmediatamente de este *abandono* (al que no hubieran sabido como llamar) una *donacion en forma*, la vió escrita sobre pergaminos, y colocada en el altar de San Pedro. Los modernos gritan que es *una falsedad*, y no ven que es la misma inocencia que refiere así sus pensamientos. Así, pues, nada hai mas cierto que la donacion de Constantino."

"Desde aquel momento se conoció que los emperadores estaban en Roma como en casa ajena, semejantes á los forasteros que de tiempo en tiempo vienen con permiso á vivir allí. Aun mas: Odoacer con sus Hérulos viene á dar fin al imperio de Occidente en 475; y en breve los Hérulos desaparecieron á la vista de los Godos, y estos á su vez cedieron el lugar á los Lombardos, que se apoderaron del reino de Italia. ¿Qué fuerza, pues, era esa que durante mas de tres siglos impedia á todos estos príncipes fijar de un modo estable su trono en Roma? ¿Qué brazo los rechazaba á Milan, á Pavia, á Ravena, &c? *La donacion*, que obraba sin cesar, y que venia de mui alto para no ser ejecutada."

Pasando luego este sabio escritor á notar otros hechos posteriores al tiempo de Constantino, para seguir dando la prueba histórica de su aserto, continúa:

"Gregorio II escribia al Emperador Leon: *"El Occidente entero "tiene puestos los ojos sobre nuestra humildad*.... y nos mira como "el árbitro y moderador de la tranquilidad pública.... Si os atre- "viéseis á probarlo, lo encontrariais dispuesto á *llegar aun adonde "vos estáis, para vengar ahi las injurias de vuestros súbditos de "Oriente*."

"Zacarías, que ocupó la Silla Pontificia desde 741 á 752, envió una embajada á Ráchis, rei de los Longobardos, y ajustó con él una paz de veinte años, *en virtud de la cual quedó tranquila toda la Italia*."

"Gregorio II en 726 envió embajadores á Cárlos Martel, y trató con él como de príncipe á príncipe."

"Cuando el Papa Estéban vino á Francia, Pipino salió á recibirle con toda su familia, y le hizo los honores de Soberano, prosternándose los hijos del Rei delante del Pontífice. . . . . .

. . . . . .

"La idea de la soberanía pontifical, anterior á las donaciones carlovingianas, era tan universal é incontestable, que Pipino, ántes

de atacar á Astolfo, le envió muchos embajadores para empeñarle á restablecer la paz, y á RESTITUIR *las propiedades de la Santa Iglesia de Dios y de la República romana;* y el Papa por su parte rogaba por sus embajadores al Rei Lombardo: "que *restituyese* de "buena voluntad, y sin efusion de sangre, las propiedades de la San- "ta Iglesia de Dios y de la república de los romanos." En fin, en "la famosa carta: *Ego Ludovicus*, Ludovico Pio expresa que Pini- "no y Carlo-Magno habian *restituido* hacia largo tiempo, por un "acto de donacion, el exarcado al bienaventurado apóstol y á los "Papas."

Seria necesario, amados hijos, llenar muchas páginas, traspasando así notablemente los términos propios de una carta pastoral, para recorrer esa multitud de hechos, esas transiciones exquisitas y grandes que manifiestan la carrera, ya invisible, ya confusa, ya desapercibida, pero siempre real y efectiva de este poder pontificio, desde la época misma en que el imperio se hizo cristiano. Pero, ¿qué mas se necesita para reconocer al mismo tiempo esta augusta prerogativa del Papa y de la Santa Sede, ya en la nobleza de sus títulos, ya en la dignidad de su carácter, ya en la antigüedad de su orígen? Los otros principados políticos tienen sin duda un algo que encubrir al presentar su historia. Abusos de la fuerza, desenfrenos de la ambicion, frutos de la victoria, resultados de combinaciones violentas, términos forzosos de sangrientas luchas: he aquí lo que de ordinario acompaña la línea que va recorriendo en cada pueblo la soberanía civil; y es mui digno de notarse que esta oscuridad primitiva, esta especie de confusion, esta noche comun que parece hundir en las tinieblas el orígen de la soberanía civil, figura de vez en cuando como una brillante prescripcion en la cuestion del derecho. Mas la soberanía del Pontífice tiene una claridad tan grande, que nadie puede dejarla de ver. Su orígen, como lo acabáis de oir, brilla semejante al Sol en los vastos horizontes de la historia: los mas grandes acontecimientos, ligados á este orígen, han quedado, por decirlo así, para enseñanza de la posteridad, como unos testigos monumentales de esa monarquía de las mas pequeñas y al mismo tiempo la mas grande, si por una parte se considera su cortísima extension, que ha merecido á la jactancia de ciertos filósofos el nombre de nulidad política, y por otra, los altos motivos que determinaron su institucion en la tierra. Si únicamente pretendiésemos poner en claro sus derechos históricos, nos bastaria mostrar estos títulos, los mas claros, los mas auténticos los mas incontrovertibles que sin duda se registran en la historia de las soberanías contemporáneas. ¡Pero qué! ¿no habrá en apoyo de estos derechos

un argumento mas valioso tal vez que el de la misma historia en el fondo de la filosofía católica? Hermanos carísimos: esta filosofía, depositaria de toda la antigüedad, de todas las luces, y gobernada siempre por el pensamiento providencial, todo lo robustece y afirma, todo lo ilustra y manifiesta, forzando en cierto modo á ser tributarios de su pensamiento á todos los acontecimientos humanos. Hai algo que se siente y no se ve, algo de que no puede distraerse nunca la mente, y que sin embargo, parece sustraerse á sus miradas, algo que, participando del doble carácter del misterio y de la demostracion, sorprende á cada paso en la historia comparada de la soberanía política y la religiosa. Ciertos filósofos, en su tercа manía de reducirlo todo al pequeño círculo de las combinaciones estrictamente políticas y el órden material, se incomodan ó burlan en presencia de tales inducciones; pero impotentes contra ese pensamiento que flota como el espíritu de Dios sobre el oceano de los siglos, tienen que sucumbir ante la voz católica que proclama el reinado de la Providencia ante los sistemas presuntuosos del cálculo político. Echemos una ojeada, si no, sobre las santas oscuridades de este pensamiento, considerando el poder temporal de los Papas en sus relaciones con el poder espiritual, y como un designio de la Providencia, y acaso no tardarémos en sentir en el alma una fuerza de conviccion superior con mucho á la que pudiese hacernos la historia.

II.

Antes de Jesucristo habia dos pueblos regidos por mui diversos principios, el pueblo judío y el pueblo gentil. El primero de estos pueblos tenia su régimen político de tal suerte ligado con el religioso, que las leyes de cada órden figuraban como partes de un código comun. El imperio era teocrático, esto es: gobierno civil de Dios ejercido por un hombre designado por Su D. Magestad: el sacerdocio tenia la misma procedencia, y este fué el motivo por qué allá no hubo dificultad ninguna en la marcha social del sacerdocio y el imperio: ni podia haberla, en verdad; porque derivándose uno y otro régimen de un mismo principio, reconociendo á una misma autoridad, no cabian esas diferencias ó desacuerdos que aparecen desde que se rompe la unidad religiosa y política de un pueblo.

El gentil seguia principios mui diversos: en política recibia la forma de la influencia que preponderaba en cada sociedad, ya de la conquista, ya de la victoria, ya del despotismo, ya del voto público:

su sacerdocio atendia al culto, pero no dejó de estar sujeto á la potestad civil sino cuando quedó refundido todo en el imperio. Era consiguiente á tal sistema un desórden permanente, pues, á mas de la falsedad de principios, falsedad de objetos y extravío de medios en lo concerniente al culto y á la vida civil, habia esos desacuerdos y vicisitudes de la diversa autoridad, ó si se quiere, del vasallaje del sacerdocio al imperio en una época, y de la absorcion del sacerdocio por el imperio en otra.

Cuando Jesucristo vino al mundo le encontró así, anunció la idea de reformarlo todo, y su reforma debia ser la realizacion de aquella grandiosa figura que nos presenta la historia del pueblo judío, la cual puede ser vista, bajo todos aspectos, como el diseño magnífico del edificio que habia de levantar en la tierra el Hijo de Dios. Todo entró en su pensamiento; nada quedó fuera de sus planes augustos de restauracion. *No he venido á destruir la lei, sino á cumplirla*, dijo, y con solo esto dió á entender lo bastante sobre la religion y sobre la sociedad. El Decálogo, alta lei moral, expresion de la voluntad de Dios para con el hombre, pauta de todas las acciones, línea trazada por su dedo mismo á nuestra conducta como la única senda que conduce al cielo, tiene, como bien sabéis, tres preceptos para con Su D. Magestad, y siete para nosotros, como si dijésemos: instituye la religion y constituye la sociedad. Si, pues, el Evangelio es lei de plenitud, ó plenitud de la lei, segun el oráculo de Jesucristo, visto es, hermanos carísimos, que este Divino Legislador, no solo realizó todos los oráculos, todas las figuras, todas las profecías relativas á su venida, sino tambien dió su plenitud á la constitucion social. El Evangelio, pues, doctrina y lei de Cristo, es, no solo el código de la Iglesia, sino tambien la doctrina y la constitucion del Estado. Habéis visto que la lei judaica era figurativa y esperaba una realizacion; que la lei pagana era incompleta, absurda, monstruosa y esencialmente anárquica. Jesucristo, pues, que borrando las denominaciones de judío y de gentil segun advierte San Pablo, promulgó su código para todo el mundo, como abrió sus brazos á toda la humanidad, hizo dos cosas: realizar la gran figura del pueblo profético, y sustituir con una lei de plenitud los abominables cultos y las legislaciones anárquicas del paganismo.

Aquel gobierno teocrático de los judíos perderia su forma sin duda en las sociedades modernas, porque así lo exigiria la muchedumbre de los Estados políticos; pero conservaria su esencia, su tipo, su fuerza intrínseca, la autoridad que consagra el poder. El Gefe de Estado no seria un hombre puesto y elegido materialmente por Dios, como lo era Moysés; pero, hereditario, electivo, perpetuo, tem-

poral, ó como se fuese, seria siempre Gefe del Estado, Ministro de Dios para el bien, segun la bella expresion del Apóstol, hombre sujeto á la Lei divina y responsable de su conducta administrativa ante el Supremo Legislador de los hombres.

Con solo esto la sociedad gentil recibiria una especie de nueva creacion, no solo en el órden religioso, sino tambien en el órden político. Si el politeismo vendria por tierra delante de la unidad, y los cultos abominables y bárbaros delante del Sacrificio incruento de nuestros altares, y los horrores de la prostitucion ante la santidad evangélica, el despotismo tambien, voluntad absoluta, quedaria enfrenado por una lei superior que sometiese toda voluntad, la tiranía seria reprimida con un código aceptado por la creencia y obedecido por el temor y la esperanza, las disenciones se suavizarian cuando ménos bajo el influjo de esa lei dulce y tierna de fraternidad universal promulgada en el Evangelio, las leyes tendrian por base de obligacion la justicia civil, y esta seria probada siempre en el criterio de la justicia moral de la religion cristiana.

Vedlo aquí todo, hermanos carísimos, mui dignamente preparado: mas oid todavía á Nuestro Señor Jesucristo; oid una palabra sola, pero que reduce á la nada, por decirlo así, todos los ensayos de una política emancipada del cielo. *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*, dijo, y con solo esto constituyó la sociedad. Despues acá todo ha sido invenciones y escarmientos, partos de una razon rebelde á la autoridad, de una voluntad conjurada contra la lei, y golpes recibidos en consecuencia de ambos extravíos. Os hemos dicho que aquí está la constitucion de la sociedad: ¿queréis una prueba? Os daremos dos: una teórica y otra práctica. ¿Tenemos una doble relacion, y por tanto, un doble sistema de obligaciones? ¿estamos unidos con Dios y con el prójimo? ¿hai Iglesia y hai Estado? Sí. ¿Cuál será, pues, la legislacion mas perfecta? aquella que conduzca mas eficazmente á nuestros deberes religiosos y sociales, aquella de cuya observancia resulte dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. No creo que haya prueba teórica mas eficaz.

¿Queréis una prueba práctica? Abrid la historia: ved esas revoluciones diversas que han agitado á los pueblos; contemplad esas ruinas que han venido dejando los siglos como otros tantos monumentos del mal en la tierra; esas fuentes, por explicarnos así, donde han corrido tantas veces, formando un solo todo, las lágrimas y la sangre de la humanidad atribulada por las pasiones políticas. ¿Por qué tantas desgracias y tanta luto? ¿por qué tantas lágrimas y tanta sangre? Os lo diré otra vez. "Por una de tres cosas, y por ninguna otra:

ó porque no se dió á Dios lo que es de Dios, ó porque se rehusó al César lo que es del César, ó por todo junto."

Esta cita es inmensa, pues toca al fondo de la historia, y por lo mismo no nos es dado entrar en el relato ni aun en la simple mencion de los grandes hechos. Pero volvemos á decirlo: al través de los motivos inmediatos y aun de los accidentes diversos que todas las revueltas han venido presentando, siempre se ve que hai un motivo radical, una causa primera de todo; la sustitucion del hecho al derecho, ya en lo que se debe á Dios, ya en lo concerniente á la sociedad. Aun esas luchas de segundo órden que un pueblo oprimido traba con un tirano, ó un Gefe legítimo con un pueblo insurrecto, tienen esta filiacion. El tirano, desde que lo es, desconoce su carácter en el plan general de la Providencia, pues sustituyendo su voluntad á la Lei divina, deja de ser ministro de Dios para el bien: los pueblos, obedeciendo tal vez la engañosa voz de un caudillo ambicioso, sin saber lo que hacen, y prestando solo una cooperacion material, vienen á ser la oposicion de la voluntad al derecho: su conducta es la emancipacion material de la conciencia: sus tendencias son al rompimiento de esos lazos que una lei superior al hombre forma para instituir y conservar el cuerpo social. ¡Cosa admirable! Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Verbo Eterno, Sabiduría increada, término augusto de todos los acontecimientos que prepararon su venida, Libertador de la humanidad entera, Rei Supremo del pueblo redimido, Depositario de todo el poder que hai en los cielos y en la tierra, dijo una palabra á su Padre y otra á los pueblos: dos palabras no más, pero que valen por toda la ciencia de la moral religiosa y política. ¿Qué le dijo á su Padre? *No se haga mi voluntad sino la tuya.* ¿Qué dijo á los pueblos en la persona de sus discípulos? *Yo no pretendo hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado.* No es, pues, amados hijos, la voluntad humana sino una condicion para la apreciacion moral de nuestros actos: ponerla en lugar del derecho es desquiciar la sociedad, es instituir la anarquía, y esto es precisamente lo que han hecho, ya el despotismo, ya la insurreccion.

Mas demos otro paso. ¿Sobre qué bases constituyó Jesucristo la sociedad? Sobre los derechos de Dios y los derechos del César. *Reddite Cæsari, quæ sunt Cesaris; et quæ sunt Dei, Deo.* Todo lo demás está comprendido en la profundidad de esta palabra *Reddite*, gran sinópsis de la moral religiosa y social. Ahora os preguntamos: ¿admite sustitucion este órden? De hecho sí, porque la libertad es capaz de abusos; de derecho no, porque la lei es intransigible. ¿Y sobre qué base ha querido instituirse la sociedad, principalmente hace tres siglos? Sobre la base de la razon y voluntad humana: base

algo encubierta en el principio, pero bien manifiesta desde aquel dia en que se creyó haber dado solucion á todos los problemas prácticos del derecho constitutivo y público con la declaracion de los derechos del hombre. No necesitariamos repetirlo, pero creemos que será útil haceros una reflexion. ¿El Evangelio es la lei de la sociedad, como el código de la religion? Sí. ¿Es la lei de la expiacion y del sacrificio? Sí. ¿Una lei de esta clase fundará el poder en la voluntad y la subordinacion en el derecho? No.

Una moral de esta naturaleza traia sin duda muchos motivos de alarma y sorpresa para el mundo. A contar solo con las luces y las tendencias de éste, se habria podido profetizar que pasaria ella como un delirio, como una exhalacion; y de hecho aquella sociedad gentílica, envanecida con su historia, fascinada con su filosofía, y encantada con sus bellas artes, vió la Cruz, dejó caer sobre ella una sonrisa irónica, y volvió la espalda. Mas Jesucristo, que habia previsto este primer efecto, le opuso ántes de morir el antídoto divino de una profecía que todos los pueblos vinieron á realizar sin imaginarlo. Estaban ya corriendo los términos que él mismo se habia puesto en su carrera de dolores y de sacrificios, y aludiendo al grande hecho de la consumacion, al hecho de morir en una Cruz, dijo: *Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo he de traer hácia mí*. ¡Notabilísima palabra bajo mas de un aspecto! Ella profetizaba el triunfo de la religion del Crucificado, la conversion del mundo á la Cruz, y esto era infinito. ¿Pero nada mas? Detenéos un tanto; estudiad el fondo de una conversion completa en el individuo ó en la sociedad; esperad las consecuencias de ella, y fácilmente comprenderéis que la profecía del catolicismo atraia consigo indefectiblemente la reconstruccion divina de la sociedad: obra mas admirable tal vez que la institucion de la familia; porque si esta empeñaba solo el Poder y la Sabiduría, la otra representaba tambien el sublime atributo de la misericordia, y presuponia la reconciliacion del cielo con la tierra mediante la Cruz.

De hecho, consumado el sacrificio del Calvario, la obra de restauracion se inicia; Cristo, libre ya de la muerte, inaugura su reino en el mundo, trasmitiendo á Pedro y los otros discípulos que les habia subordinado, el poder que Él mismo tenia en los cielos y en la tierra: dióles por teatro para el ejercicio de este poder el Universo entero, por código el Evangelio, por sancion las llaves de la eternidad. Los apóstoles eran pobres pescadores; Pedro no tenia mas valimiento que la designacion que el Hijo de Dios acababa de hacer de él, ni mas fuerza que su fe: sin embargo, tal valimiento y tal fuerza superaban al mundo, sin duda, pues que al fin de la jornada,

como suele decirse, cayó el mundo á los piés de los pescadores de Galiléa irresistiblemente convertido á su palabra.

Mas el reino instituido seria militante, para que sus trabajos y sus victorias fuesen al mismo tiempo un manantial perenne de gloria para Dios, un crisol de merecimientos para el hombre, un teatro de accion para el ministerio y una permanente apología de la divinidad del cristianismo. Dicho esto, se comprende fácilmente que en los planes de Dios no entraba la idea de realizar instantáneamente la conversion del mundo; y como puso cuatro mil años entre la caida del hombre y la Redencion, permitió que un largo período de incesante y encarnizada lucha se interpusiese entre el último suspiro del Hombre-Dios y la conversion de los Césares. Esta lucha duró tres siglos, y ya conocéis uno y otro campo, el del paganismo y el del Crucificado: allá filosofía, aca fe; allá riquezas, acá miseria; allá ejércitos y armas, acá voces contestes en proclamar la Divinidad de Jesucristo á expensas de la vida; allá cortes magníficas, acá tiendas ocultas en los subterráneos; allá templos suntuosos erigidos á divinidades mentidas, acá humildes y sublimes catacumbas, Sacrificio incruento renovado todos los dias en las cuevas solitarias; allá vanidad y orgullo, acá humildad; allá irá encendiendo hogueras, afilando cuchillos, levantando cadalsos, multiplicando verdugos, acá mansedumbre y paciencia. Tal fué la guerra; y al cabo de ella ¿qué sucedió? Los Césares bajaron del sólio á humillar sus frentes delante del Pontífice, los templos de los ídolos vinieron á tierra, derribados por la fe, para ceder el campo al Tabernáculo augusto del Hijo de Dios: la Cruz, conducida en los hombros de los Emperadores descalzos, fué colocada por aquellas manos régias en las mas altas cumbres del órbe político, y el paganismo, ántes irónicamente risueño en presencia de ese madero, que pesaba los destinos del mundo, le buscó despues con el arrepentimiento y el amor como el símbolo de la religion y de la prosperidad pública: quemó el incienso al pié de su trono en los tiempos de paz, y le buscó desde entónces con los estímulos del sufrimiento y los impulsos de la esperanza, en los tiempos de tribulacion, como arca bajada del cielo, para que le salvase del naufragio.

Ved aquí, amados hijos, cumplida en todas sus partes la profecía de nuestro Señor Jesucristo: el triunfo de la religion cristiana resplandeciendo en la conversion del paganismo, y la reorganizacion de la sociedad política puesta de bulto en la conversion del imperio.

Pero este imperio, rindiendo sus tributos humildes al Supremo Legislador de la sociedad, recibió en cambio la santificacion del poder social en la tierra. Colocado bajo el influjo de aquel precepto

impuesto á todas las generaciones por el Divino Legislador del cristianismo: *Dad al Cesar lo que es del Cesar*, se cubrió, digámoslo así, con la majestad de los cielos en el momento mismo de borrar de sus títulos antiguos el de Pontífice máximo. Así quedó dividido el poder, ó mas bien, reconocida en la tierra la línea eterna puesta por la voluntad de Dios entre dos ministerios, el que atiende á la religion y el que rige la sociedad.

Pero esta línea no era, no podia ser anárquica. Semejante á la de un árbol genealógico, dejaba ver al sacerdocio y al imperio como una bella y noble fraternidad, pues que ambos eran hijos de Dios; pero demarcándose sus atributos, el órden quedaba instituido: el sacerdocio mantendria el culto interno, externo y público, seria depositario de la moral, declararia la imputacion, abriria ó cerraria el cielo á los pueblos y á los reyes: el imperio gobernaria con la autoridad de Dios, derivaria su legislacion de la Lei divina, mantendria el órden temporal gobernando las acciones externas, pero con sujecion al fin último de todo, que es el mismo Dios.

Ténéis, amados hijos, estas dos grandes instituciones, una al lado de la otra. No os preguntarémos: ¿qué línea recorrerá el ministerio católico? no intentarémos deslindar campo y campo, como suele decirse: el de sacerdocio está medido por toda la tierra; como poder espiritual y moral, no tiene límites ni de tiempo, ni de lugar, ni de accion. Es para todo el orbe: *Ite in universum mundum:* es para todos los hombres: *prædicate..... omni creaturæ:* es para todos los siglos: *usque ad consummationem sæculi:* abraza todo el Evangelio, lei de plenitud, *Evangelium:* es de predicacion y régimen sobre cuanto Jesucristo enseñó y prescribió: *docentes servare omnia quæcunque mandavi vobis.* Este imperio es tan augusto, que tiene por Gefe nato al mismo Jesucristo, que gobierna por medio del Sumo Pontífice, quien por lo mismo se llama *Vicario de Jesucristo.* La palabra docente, regente y preceptiva de este Vicario y todo el Episcopado católico es tan augusta, respetable y sagrada como la del mismo Cristo: oir á la Iglesia es oir á Cristo: *Qui vos audit, me audit;* despreciar á la Iglesia es despreciar á Cristo, *Qui vos spernit, me spernit:* todo el que no escuche esta voz, todo el que no acate esta autoridad, sea quien fuere, perderá sus títulos, su augusta filiacion católica, volverá á la triste y miserable condicion del pueblo no convertido, aparecerá en el concepto mismo de Jesucristo como gentil y publicano. *Si autem ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.*

¿Cuál será la conducta del imperio? Constantino, donde empieza la galería excelsa de los príncipes católicos, responde á esta pregunta con sus hechos. Desde que se convierte, considera su poder como un depósito sagrado, su marcha administrativa como responsable á la lei moral, sus acciones como sujetas al juicio de la Iglesia, y creyéndolo así, no imagina por esto perder nada de su grandeza, como el Profeta Rei, que preferia el último asiento en la Casa del Señor sobre el mas eminente lugar en los palacios de los pecadores. Aquel gran príncipe habia escuchado las sábias lecciones de moral desprendidas de los labios pontificios; mas no contento con el tributo de un hábito privado, quiso hacer una profesion pública y solemne ante los representantes de Dios en la mas augusta asamblea que habian visto los siglos. "Dios os ha hecho sus Pontífices," dijo con un acento sublime á los Padres de Nicéa, "otorgándoos el poder de juzgar á nuestros pueblos y á Nos. Nada mas justo, por tanto, que someternos á vuestros juicios, y no pretender erigirnos en vuestros jueces."

Con estos antecedentes, amados hijos, ya comprenderéis cuánta razon han tenido los sabios defensores del Pontificado al considerar á Constantino como el primero de los príncipes que tuvieron la idea ó iniciaron el pensamiento de dar al Sumo Pontífice, como una señal de respeto, como un tributo de veneracion, como un pensamiento de alta política cristiana, una soberanía temporal. En presencia de este cuadro, el espíritu se detiene, la reflexion hace una pausa, el pensamiento parece desprenderse de las ideas comunes y buscar un órden mas elevado. El proceder de Constantino parece, no la realizacion de una idea política, no el empeño de instituir un Estado aparte, sino el cuidado solícito de poner á este Soberano espiritual del mundo á salvo de toda dependencia: parece que, otorgándole un principado temporal, quiso rendir un obsequio de la mas profunda veneracion al Soberano espiritual.

Mas entónces todavía la idea, la conveniencia de la Soberanía temporal pontificia estaba como en bosquejo: era preciso esperar que el tiempo diese algunos grandes pasos, y que los mismos hechos clamasen, digámoslo así, por su institucion. Colocáos en los tiempos en que se multiplicaron los Estados, organizándose con cierta especie de proporcion los unos y los otros, al paso que los restos del antiguo cesarismo, de las antiguas ideas y costumbres, luchaban con la institucion católica, con la moral evangélica, lei de fraternidad, redencion del hombre bajo todos aspectos, y en que los Príncipes y Señores dejaban correr sus instintos sin renunciar ostensiblemente á la fe. ¿Cuál era la necesidad mas imperiosa de esos siglos? toda la eficacia del poder dogmático y moral de la Soberanía católica: necesidad para todos, para los pueblos y para sus Gefes; pero ne-

cesidad que no podia ser atendida sin la plena y perfecta independencia de esta Soberanía. Suponedla dependiendo en su personalidad civilmente del Estado. ¿Podria depender al mismo tiempo de todos? No; porque la Silla del Sucesor de San Pedro y su Persona no podrian estar al mismo tiempo en todas partes. En este caso, ¿de quién dependeria, y cómo salvar esta dependencia parcial en medio de las aspiraciones comunes de todos los Estados? Ved aquí cómo las mismas dificultades prácticas determinaron esta institucion desde muchos siglos atrás, y cómo, no concluyendo nunca la Soberanía espiritual, subsistiendo la residencia de su Gefe y la muchedumbre de Estados políticos y cristianos, este poder temporal de los Pontífices, léjos de temer sucumbir á eso que se llama *vejez ó antiguamiento*, debia fortificarse mas y mas á medida que pasasen los siglos, y ser por ventura la necesidad de su permanencia mas fuerte hoi dia que en los tiempos de Pipino, Carlo-Magno, Lotario, Ludovico-Pio y Carlos el Calvo, cuyos sucesivos otorgamientos representan la historia escrita de la Monarquía pontifical desde su incontestable principio hasta su mas perfecta plenitud constitutiva. No hai remedio, la lucha es mas comprensiva todavía de lo que manifiesta, y no iriamos mui léjos para demostrar que los ataques á la monarquía pontifical dan un golpe reflejo de alarmantísimo carácter aun al poder espiritual de la Iglesia.

Los adversarios de aquella institucion, huyendo el cuerpo á la historia y aun á la Providencia, no dudan comprometer una nueva lucha en el terreno de la religion misma. La Iglesia, dicen, divinamente instituida y sobrenaturalmente fortificada, no ha menester, ni para triunfar del error, para conservar su derecho sobre la moral, ni para tocar á sus fines, de otro poder que el que expresamente le otorgó Jesucristo al instituirla, y tanto ménos cuanto que, habiendo este Divino Instituyente profetizado con toda claridad la subsistencia constante de su Iglesia, ningun motivo hai de recelar por ella en consecuencia de la abolicion del poder temporal.—Veamos, empero, cómo todo esto no pasa de una falacia hipócrita, y cómo no es necesario que se trate de una institucion divina, para poner las mas fuertes y las mas justas alarmas en todo corazon católico.

III.

Jesucristo, Señor nuestro, colocando á San Pedro como el robusto y profundo cimiento de su Iglesia, anunciando clara y terminantemente que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno, y haciendo entender con esto que seria siempre militante y saldria siempre victoriosa, nos dió cuanta seguridad pudiésemos apetecer sobre la permanencia indestructible de su reino en el mundo; mas no por esto nos descubrió los medios que entraban en sus planes, para cumplir aquella promesa. Por otra parte, Dios hace servir al cumplimiento de sus designios, no solamente su accion sobre la naturaleza en los milagros, sino tambien el concurso de las causas segundas. Los individuos y los pueblos piensan hasta donde alcanzan, se mueven como quieren; es decir: realmente no existe traba ninguna en la marcha intelectual y moral de las generaciones; pero lo que hai de mas admirable aquí es que el pensamiento, el albedrío y el poder humanos contribuyen sin sentirlo, sin preverlo, y aun á veces á pesar suyo, á realizar los planes de la Providencia. ¿No será, pues, el poder temporal del Papa y la Santa Sede un medio providencial acordado por el Divino Legislador del cristianismo, para la gloria de la religion, el ejercicio del poder que instituyó en la tierra para salvar al mundo, y la dignidad excelsa del principado católico? Y si lo es, en efecto, como á primera vista se percibe, ¿puede atentarse acaso contra la Soberanía temporal de la Santa Sede sin que el mismo poder espiritual de la Iglesia y la marcha religiosa de la sociedad se resientan de los efectos de este golpe? No: y para persuadirse de ello plenamente basta recordar los trastornos que ha sufrido la Iglesia en diversos siglos por la opresion ejercida contra ella en el órden temporal por los Soberanos.

Es mui digno de notarse que la mas fecunda, ramificada, tenaz y desastrosa de todas las herejías, el arrianismo, hubiese nacido en los tiempos de Constantino, y quedado en pié, aunque mui humillada, junto á su sepulcro: porque de esta suerte un mismo objeto, colocado á la vista y bajo la accion civil de dos Emperadores, ministra los datos suficientes para el triunfo de las ideas católicas. Constantino, reconociendo, acatando y ofreciendo su cooperacion al poder soberano de la Iglesia en el Concilio de Nicea, que definió el dogma y lanzó el anatema contra Arrio y sus secuaces, es la personificacion mas ilustre de la influencia del poder temporal en pro del poder espiritual. Pero Constancio, abusando del poder que tenia como Soberano aun sobre los ministros de la religion en el órden puramente civil, para proteger el arrianismo, y esta secta multiplicada, activa, extendida por todo el mundo católico como una inmensa niebla, que ya casi parecia un eclipse total á los ojos del entendimiento humano; esta herejía, disponiendo como soberana del brazo de los magistrados, moviendo á su placer aun el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cetro de los Césares, es un término de perspectiva que, aun á la distancia de catorce siglos, se deja ver y estudiar lo bastante para asegurarnos contra toda seduccion. Aquí vemos todos los riesgos que corre la Esposa de Jesucristo cuando la personalidad á quien está confiada su custodia en la tierra no cuenta con esos recursos externos que le aseguran de algun modo su independencia de hecho, pues nada podria tocar á su soberanía de derecho. Privese al Sumo Pontífice de esta independencia política, consiguiente á su soberanía temporal, y será súbdito de una potencia: su brazo estará cargado de cadenas, aunque su pensamiento y su libertad moral estén libres; y acaso no discurriria mucho tiempo sin que esa política hipócrita, que parece excederse en sus homenajes al poder espiritual, preparase los medios de sacrificarle, dejándole optar, como en los tres primeros siglos, entre la abdicacion de la soberanía divina, y los tormentos y la muerte.

Verdad es que los tiempos han variado notablemente, que la oposicion doctrinal á la Iglesia tiene hoi un carácter mui diverso del que presentaba en aquellos siglos, que otros son sus elementos de accion, que el influjo político del poder temporal que el error busca siempre, no puede ser hoi lo que en el siglo de Constancio; pero lo es así mismo, que tal cambio, léjos de ser favorable á la independencia y plena libertad de la Iglesia, las ha puesto á una y otra dificultades mas sérias, y tanto mas alarmantes cuanto que, declinando aparentemente la cuestion dogmática, todo lo ha hecho recaer sobre la institucion social, las libertades canónicas y la jurisdiccion externa de la Iglesia en todo el mundo.

Hoi dia la oposicion á la institucion eclesiástica y el empeño por abolir su influencia en el órden político es acaso mas terrible que nunca: porque, si bien es cierto que no hallamos una cosa singular que oponer, no digamos á las antiguas herejías, pero ni aun al cisma de Inglaterra en el siglo XVI, ó á la revolucion filosófica, política y sangrienta que agitó á la Francia en fines del pasado, lo es igualmente que el mal nos causa mayores alarmas por la universalidad de su accion, la diversidad de sus elementos y la destreza de su táctica. Es una especie de aire que impregna en todas las naciones la atmósfera política, combinándose con tal suavidad con las tendencias actuales de la sociedad, que no la agita notablemente, y hasta en las mismas cortes de los Soberanos suele respirarse sin zozobra. Pero ¿de dónde párte y adónde tiende esta nueva revolucion religiosa y política? De los llamados *derechos del hombre* á su mas absoluta emancipacion de todo poder. Comprométense, por lo mismo, en esta contienda la vida religiosa, la vida moral y la vida política de los pueblos: porque la vida religiosa está en el poder dogmático que la conserva, y este poder es atacado en primer término á nombre de la independencia de la razon, la vida moral está sostenida por el poder espiritual sobre las costumbres, y este poder es atacado á nombre de la libertad de conciencia, la vida política está garantida por la legitimidad del mando y la obligacion moral de la obediencia, grandes y únicos elementos que animándose del Evangelio, conciertan la libertad con el órden y afirman en la tierra las instituciones sociales, y estos elementos desaparecen bajo la hacha destructora de la independencia con que ejerce y desarrolla su poder dogmático, moral y canónico sobre los individuos y la sociedad el Vicario de Jesucristo. Esta independencia y libertad habian menester sin duda en el órden providencial de las causas segundas de una institucion externa, fija, segura y universalmente acatada, y esta institucion es el poder temporal del Sumo Pontífice y la Santa Sede.

¿Podrá, pues, este poder ser derrocado, sin que el poder espiritual sufra las consecuencias inevitables del golpe? Claro es que no. ¿Pero acaso, me diréis, hai algo en el mundo capaz de inspirar temores serios respecto de un poder provisto por el mismo Dios de una fuerza superior á toda fuerza? No, amados hijos; pero entendámonos: lo que es el poder en sí mismo, en su esencia soberana y aun en su permanencia absoluta, estad seguros de que será siempre invulnerable, y no perderia un ápice, aun conjurados contra él millares de mundos. Pero no es esta la cuestion, no se trata de esto, no tememos por esto: la cuestion es otra; se trata de la accion del poder espiritual de la Iglesia sobre la razon, la conducta y los destinos religiosos de la sociedad, y tratándose de esto, tememos los mayores males. Reflexionad, si no, sobre las consecuencias que han venido despues de los grandes atentados. Jamas ha perecido la institucion; pero la creencia, la virtud, las costumbres, el órden, &c., &c., ¿han quedado acaso inmunes y á salvo en las luchas de doctrinas, de poder á poder, durante las revoluciones religiosas y políticas? Nunca, jamas. He aquí, pues, lo que debemos temer. ¿Veríais acaso, amados hijos, con ojos serenos y pecho sosegado al Vicario de Jesucristo sometido á la accion civil de un poder, cualquiera que fuese? Cuando á pesar de la conversion del imperio y la juventud de la creencia social, por explicarnos así, sufrió tantos males de Emperadores que se llamaban cristianos; cuando un Rei, que acababa de ofrecer al Romano Pontífice su auxilio y cooperacion en el órden temporal, tan luego como se vió contrariado en sus pasiones por el Gefe de la Iglesia, le volvió las espaldas, le rehusó todo aca-

tamiento y le arrancó de sus dominios espirituales gran parte del Norte de la Europa; cuando en los reinos católicos, cristianísimos fidelísimos, &c., se han descargado tan rudos y tenaces golpes sobre la jurisdiccion canónica de la Iglesia con el pretendido derecho de las regalías, y todo esto subsistiendo el poder temporal de los Papas, en pié y firme aquel trono político de Roma, y en corriente sus relaciones con los otros Estados; ¿vendrémos diciendo ahora, que no hai motivo de alarma ni el mas ligero accidente que temer porque el Papa deje de ser Soberano temporal, ni ménos cuando con aire de piedad católica y filial se le brinda con el casco de Roma en nombre de la independencia italiana? No, hermanos carísimos, no es tiempo de chancearse. Lo dirémos: la cosa es demasiado séria, en extremo punzante y de consecuencias inmensas, para que pase desapercibida por la mente y el corazon de los verdaderos católicos.

Figuráos que desapareciese de hecho este poder al paso que el mundo tiende, como decíamos poco há, ó es arrastrado á un órden puramente material, y decidnos: ¿tendria la Iglesia católica la misma libertad que habia tenido? ¿se mostrarian su indepenencia y soberanía con la plenitud exterior que hasta aquí se habian mostrado? ¿ejerceria tan expeditamente como hasta aquí su accion propia sobre los individuos y los pueblos? ¿recibiria su Gefe visible los tributos de incomparable respeto de todos los Soberanos católicos, privado de esa eminencia en que le coloca su carácter de Soberano temporal? ¿no seria solicitado tenazmente por miras diversas y aun contrarias como súbdito temporal, sin embargo de la supremacía que tiene en el órden espiritual como Vicario de Jesucristo? Su poder para llamar al órden las sociedades extraviadas en su marcha religiosa y amonestar dignamente aun á los mismos Soberanos en lo de su resorte, como Padre comun de los fieles, ¿no tendria que luchar con dificultades mayores que hasta aquí en la clase de súbdito civil? Y aun aquel ascendiente suyo sobre la inmensa multitud de los fieles ¿no rebajaria un algo, si su palabra dogmática, moral y canónica fuese pronunciada en medio de esas crísis consiguientes á la coaccion que mas de una vez han hecho los Reyes á los Pontífices.....? Luego nada es tan claro y manifiesto como el influjo de la soberanía temporal en la soberanía espiritual, y por una razon contraria, nada seria tan probable como los quebrantos de esta, no en su esencia, pero sí en su ejercicio, en su accion y en sus efectos, por la desaparicion de aquella.

Pero qué! ¿únicamente á la soberanía espiritual, al dominio de la religion, á la dignidad Suprema de la Iglesia de Dios deben poner

alarmas los intentos horribles de esta revolucion que comienza su obra hiriendo lo mas débil segun el mundo? No, amados hijos; este golpe directo á la institucion religiosa prepara un golpe reflejo á la institucion política, es decir: compromete la paz de la Europa y aun la marcha social del mundo católico.

IV.

Si consultáis, amados hijos, la historia; si estudiando con atencion los hechos que refiere, subis hasta las causas que han producido en el mundo político esas revoluciones científicas, morales y sociales que, comenzando por afectar la opinion y continuando por modificar las costumbres, han acabado por trasformar enteramente la faz política de los pueblos, no andaréis mucho sin descubrir en la civilizacion producida por el cristianismo el secreto de estos cambios felices, el sello de esta sociedad moderna que, á pesar de sus conmociones y extravíos, no ha podido perder su filiacion. Veréis además que el cristianismo ha influido, no solo por la simple predicacion de su doctrina, sino por la accion permanente de su ministerio; que este ministerio ha producido sus efectos desde que se estableció la paz, mediante la conversion de Constantino, en la misma proporcion con que ha poseido su independencia externa; que esta independencia nunca fué mayor que cuando el Soberano de la Iglesia lo fué tambien de un Estado político, y que esa soberanía, incapaz de inspirar recelo alguno á las otras ya instituidas, ha debido ser para ellas una necesidad social de primer órden.

"El reino temporal del Papa deciamos en otra vez[1] á este mismo propósito no es una institucion divina, porque este es privilegio exclusivo de la Iglesia; pero es una institucion providencial, necesaria en las sociedades modernas, puesto que ella es la que representa socialmente la permanencia organizada de sus principios conservadores."

"Desde que el catolicismo fué ya un hecho consumado en el Universo, el principio de la fe encarnó en la inteligencia, el de la gracia en la voluntad, el de la Providencia en el órden; porque ó se respetaban estos principios, ó la anarquía debia ser el estado normal de la sociedad, puesto que habia católicos en todo el mundo."

"Los elementos del órden, católicos, no pueden combinarse hoi,

1 El año de 1850 en nuestro Sermon de accion de gracias por el regreso de Nuestro Santísimo Padre á Roma. Véase la pág. 301 de este volúmen.

dígase lo que se quiera, sino en la universalidad subordinada constantemente á la unidad, y esto es precisamente lo que distingue las sociedades modernas de las sociedades antiguas. Nunca estas formaron un cuerpo, bien lo sabéis; porque nunca tuvieron un espíritu que á todas las animase. Escoged una centuria,.....cualquiera, la que queráis, en las épocas anteriores al cristianismo, y no formaréis un todo, sino sojo en vuestra fantasía. Del cristianismo acá, principalmente cuando él se hubo difundido por el orbe, el género humano no ha podido ser heterogéneo en su mayoría, es decir, en su parte civilizada: porque obraba por su civilizacion y segun su civilizacion. Obraba pues, segun el principio que le hubo civilizado; se movia, aun sin apercibirse, por el catolicismo, que es el que ha civilizado al mundo. Si el mundo, como el hijo pródigo, ha recogido varias veces el rico patrimonio, para irse á lejanas tierras; si en otras tantas ha disipado en los desórdenes de su vida social toda la rica herencia; si mil veces ha tenido que servir á un tirano, por no servir á un padre, y preferido sobre el alimento sano de la doctrina católica las bellotas inmundas de una filosofía bastarda; si nunca se ha juzgado mas glorioso algunas veces, que mintiendo á su nobilísima estirpe, de ello no tiene la culpa el Padre que le crió; porque los desastres del mundo moral, reflectando siempre sobre las voluntades extraviadas por una libertad abusiva, no pueden volverse al cielo sino para entrar al abismo por la justicia, ó volver á la nada por la misericordia."

"..... El mundo de hoi es otro: sus esfuerzos por el cisma no le librarán jamás de la unidad de su naturaleza. Las naciones de hoi parecen los miembros de un mismo cuerpo, y al ver esa multitud de afinidades que se desarrollan constantemente sobre la vida social, reconocemos, al través de las diferentes formas con que se presenta cada Estado político, una cierta expresion de familia: sospechamos que corre por ellas la misma sangre; y..... no es una sospecha, sino una realidad: corre por ellas la Sangre de Jesucristo."

"El catolicismo creó, pues, una condicion esencialísima de conservacion para la sociedad moderna. Esta, por la lei de su naturaleza progresiva y perfectamente desarrollada, es política y no puede ser otra cosa, así como la religion es católica, y no puede ser otra cosa: lo político y lo católico son dos ideas paralelas, y que han de marchar siempre paralelas, quiérase ó no: porque el movimiento de las ideas y la fuerza expansiva de las cosas son independientes de la voluntad humana. No está en la mano de nadie quitar á la sociedad un solo atributo de los que la constituyen. ¿En el estado actual de su desarrollo es política? No temáis que deje de serlo, porque no debéis temer que vuelva á la infancia. ¿Por la naturaleza de sus relaciones es religiosa? Dejad, pues, á los atéos y á los deistas que se diviertan con sus delirios, ó mas bien, encomendadlos á Dios; pero no temáis que deje de serlo. ¿Qué veis en la infancia del mundo? El órden doméstico en la sociedad patriarcal, lei de la naturaleza, religion natural, sociedad de familia. ¿Qué en su juventud? lei escrita de un lado, códigos imperfectos de otro, sociedad puramente civil: órden simbólico y figurativo en las altas revelaciones del culto judío; politeismo, es decir, falsas formas de la idea religiosa en el mundo gentil: en suma, héterogeneidad en el mundo religioso y político. ¿Qué, por último, en la madurez presente del género humano? y no olvidéis que os hablo del carácter del conjunto, desdeñando los pormenores: ¿qué? sociedad política y religion católica. Católico es lo universal en la idea religiosa; político es lo universal en la idea social. ¿En qué venimos, pues, á parar? en que á pesar de la lucha de las doctrinas, del debate de las opiniones, del choque de los intereses, de la multiplicidad y multiformidad de las teorías, de la pluma y de la sangre, de los propagadores entusiastas y de los falsos profetas, el mundo levanta la cabeza, sigue andando, y continúa su antigua, su irresistible marcha, mostrándose en sus colosales dimensiones *católico y político*."

Siendo esto cierto, visto es que la vocacion de la sociedad moderna es precisamente la unidad política y universal, y por lo mismo, todo aquello que conspira contra esta unidad política es un mal, así como todo aquello que se dirige á conservarla, estrecharla y fortalecerla, es un bien. Segun esto, ¿dónde está, os preguntarémos, la fuente del bien y la fuente del mal para el mundo político? En la unidad la primera, y en la anarquía la segunda. ¿Cómo asegurar la unidad? Por medio de los pactos libres, dicen los políticos de hoi: por el gobierno de la razon católica, dice la Iglesia. Esto quiere decir que, si principios mas altos no gobiernan la razon comun, y leyes superiores á la sociedad misma no sirven de norma para la marcha política de los pueblos, todo es perdido, la sociedad en vez de progresar á la perfeccion de sus altos destinos, retrocede infaliblemente.

¿Fué por ventura desconocido en las sociedades paganas el medio de los pactos libres para lograr las ventajas de la unidad y aumentar los recursos de la fuerza? No lo fué, y nada mas comun en su historia que las alianzas y tratados. Y con todo eso, ¿lograron la perfeccion social? ¿hubo entónces, propiamente hablándo, sociedad política? ¿se llegó acaso á tener un Derecho comun que rigiese á sociedades independientes? ¿no fué necesario dar ese atributo al De-

recho de la antigua Roma por medio de la fuerza y la conquista? ¿Cómo, pues, todo cambió con el Evangelio, y se instituyó, y conservó por la Iglesia? Ya lo hemos dicho: porque la razon se sometió al dominio de la fe, la voluntad entró en el reino de la gracia, y la política, reduciéndose á sus justos límites, dirigió el curso de los acontecimientos sin desconocer en la conservacion del órden público, la vigilancia y accion expansiva de la Providencia.

¿Queréis, amados hijos, ver confirmadas estas ideas con el testimonio irrecusable que dan los grandes hechos? Considerad el efecto instantáneo producido en la sociedad política por el simple hecho de la conversion del imperio y de su concordia con el Sacerdocio, y esto bastará, no hai que dudarlo, para dar el lleno á la demostracion.

"Desde que la Iglesia se unió con el Estado, cambió totalmente el aspecto de la política. Hasta entónces no había contado esta sino con recursos puramente humanos, recursos cuya extrema limitacion es un hecho que no ha podido desconocer ni aun la filosofía mas presuntuosa. El entusiásmo público ó la victoria determinaban el establecimiento de los Soberanos, la fuerza física era su principal apoyo; y como esta nunca puede llegar á triunfar para siempre de la opinion, sucedia regularmente que nada era tan precario como el mando y la obediencia en los diferentes pueblos de la antigüedad pagana. La opinion pública y la fuerza física se hallaban de continuo en un estado violento: la primera, atenta únicamente á los males que causaba la opresion, buscaba tan solo la libertad; la segunda, empleada con el objeto exclusivo de sostener el poder, no se proponia de ordinario sino continuar la opresion. ¿Qué debia resultar de aquí? Lo que en efecto sucedió: pueblos y gobiernos, siempre alternando de extremo en extremo, no acertaron jamas con el medio, y por tanto, la democracia fué casi siempre precursora de la anarquía, la aristocracia degeneraba fácilmente en concejo de tiranos, y las antiguas sociedades fuéron las víctimas, unas veces del desenfreno de las masas, otras del pesado y cruel despotismo de sus reyes.

"¿Qué era, pues, necesario para evitar estos extremos y asegurar á las naciones bienes mas duraderos y mas sólidos? Era necesario nada ménos que consagrar con una mision mas alta la accion de los gobiernos, y asegurar con una sancion mas eficaz la obediencia de los pueblos. He aquí la obra de la Iglesia. Ella dijo á éstos: "Obedeced á vuestros Soberanos, no solo por el temor de su indignacion, sino tambien por la quietud de vuestra conciencia;" y á los gobiernos: "Vosotros sois los ministros de Dios para el bien." He aquí

todas las garantías sociales: la obediencia ennoblecida, santificada, y por lo mismo duradera, el mando ejercido real y verdaderamente á nombre del cielo, y ofreciéndose á la tierra como la accion benigna, suave y religiosa de un padre comun.

"La Iglesia formaba las costumbres; el Estado dictaba las leyes: el poder temporal obraba sobre las masas; el espiritual sobre las conciencias: el primero se dirigia á la sociedad; el segundo gobernaba al individuo: el primero definia la felicidad pública; el segundo la realizaba. Cada ministro de la Iglesia era un agente de la sociedad, y un agente tanto mas eficaz, cuanto que, dueño del secreto del corazon, no estaba reducido á las acciones externas, por hallarse sujeto á su dominio cuanto se encubre allá en las regiones ocultas del pensamiento. ¿Qué debia resultar de aquí? La educacion religiosa prevenia y consumaba tambien la educacion social: la Iglesia recibia al niño en sus brazos, contenia la impetuosidad del jóven, fijaba las ideas del hombre maduro y rodeaba de respetos y veneracion á la ancianidad: su espíritu se hallaba igualmente en el seno de las familias y en el cuerpo de las naciones: moderaba la victoria y hacia respetar al vencido: templaba la ferocidad del guerrero, y alentaba tambien el espíritu abatido del soldado: dió á la guerra el heroísmo noble y caballeresco que no conocieron los siglos del paganismo; dió á la paz esa fecundidad prodigiosa que derrama por todas partes los bienes."

"No multiplicarémos los ejemplos: basta saber que la política se revistió de formas nuevas casi desde los primeros albores del cristianismo; y que desde que el mundo fué cristiano, las naciones tuvieron un Derecho político, las máximas de la caridad penetraron en el campo de la guerra, y los pueblos y los gobiernos reconocieron ya principios estables de organizacion, y pudieron aproximarse á los bienes inapreciables que están unidos al establecimiento de la sociedad."[1]

Otros han sido pues los elementos de órden y conservacion en la sociedad moderna, otras las garantías de la libertad, otros los vínculos de union para los Estados independientes y soberanos: la fe, la gracia, la autoridad. Pero estos elementos no son, bien lo sabéis, del resorte de los poderes públicos del Estado, sino de la competencia exclusiva del ministerio católico. Es lo necesario, por lo mismo, para conservar su accion en pro del mundo político, á salvo de los extravíos de la inteligencia, del furor de las pasiones, de la opre-

1 Tomado de nuestra obra intitulada: "Exámen filosófico sobre las relaciones del órden natural y el sobrenatural, ya entre sí, ya con la perfeccion intelectual, moral y social de la especie humana." *Parte primera, cap. XVIII.* (Extracto)

sion del poder y del desenfreno de las masas, tener una institucion divina, fuerte, visible y soberana en la tierra. Esta institucion existe, ya la conoceis; es la Iglesia católica, maestra de la fe, regla de las costumbres, juez de la conducta, dispensadora única de la felicidad. Cierto es que ella no ha venido de este mundo, ni están aquí tampoco los fines últimos de su institucion divina: viene de Dios, hácia Dios camina, y á Dios conduce cuanto cae bajo su pensamiento y se coloca bajo su accion. Pero está en la tierra, en la tierra obra; con los hombres se entiende, á su pensamiento se dirige, sobre su conducta decide, sus destinos fija. Y todo esto lo hace, presentando con una de sus manos el esplendor de la fe, mostrando con la otra la prescripcion de la ley, brindando con ambas los socorros de la gracia, y asociando á su pensamiento eterno el movimiento intelectual, moral y social de todo el Universo. ¡Admirable concierto, que mas de una vez ha inclinado en su presencia la razon orgullosa de los pensadores del siglo!

Pero esta institucion de verdad, de virtud y de órden, aunque no puede ser destruida por la mano del hombre, puede ser sí, ha sido en efecto, y nunca dejará de ser agitada por ella. Sus trabajos no le vienen de su orígen ni tampoco de sus aspiraciones á su fin, sino solo de su travesía por la tierra. Padece y sufre, no porque viene de Dios y á Dios conduce, sino porque aquí reside y aquí muestra sus títulos, defiende su autoridad y trabaja infatigablemente por salvar á los individuos y á los pueblos. La verdad, pues, la justicia y el órden en la marcha política de los pueblos pedian un poco mas de lo que Dios les dió al instituirlas; pedian una soberanía temporal, una independencia de hecho para favorecer á la misma sociedad. Esta soberanía temporal, esta independencia de hecho consisten, como lo veis, en que el Gefe Supremo de la Iglesia católica no sea súbdito de ningun Estado civil, en que á la supremacía universal de su principado divino uniese la igualdad política de su principado político.

¿Cómo, pues, amados hijos, sufriria un golpe de exterminio el poder temporal de Sumo Pontífice sin que un sacudimiento tal conmoviese profundamente todo el mundo político? ¿Os parece que tan fácilmente podrian rehacerse las sociedades al paso mismo que se arruinase la institucion temporal depositaria de los principios sociales, reguladora del movimiento moral de todo el orbe, sin la cual aquellos principios llegarian á ser presa de las teorías avanzadas, de los sistemas absurdos, y lo que es mas, de esa conspiracion viva y universal que no atenta contra el magisterio divino y autoridad soberana de la Iglesia católica en el órden temporal sino para destruir

totalmente las bases antiguas, sólidas y cardinales de la sociedad política? Increible se hace, por cierto, que esta revolucion, enmascarada con una faz puramente local, haya podido fascinar á los mismos Soberanos hasta el extremo de hallar, aquí una generosa acogida, allá un instrumento real de accion permanente. Mas es preciso desengañarnos, es indispensable reconocer que la revolucion, ni es reciente ni es local. Cuenta ya mucho tiempo, tiene agentes en todo el mundo, y al través de la diversidad de sus planes en cada pueblo, conserva, defiende y á todo trance salva la unidad de su pensamiento fundamental. Esta revolucion obra sobre todo, y no hai objeto alguno para el pensamiento y para la accion que haya quedado fuera de sus miras: su nomenclatura varia, pero su pensamiento no pierde la antigua filiacion. En todos tiempos ha conspirado contra la verdad instituida, pero revistiéndose de diverso carácter, pues en los primeros siglos se llamó *herejía*, en el décimo sexto se llamó *reforma;* en el décimo octavo se llamó *filosofía*, en el nuestro se llama *progreso*. En todos tiempos las virtudes sociales han sido vivamente combatidas, pero con diferencias análogas á las que vemos en la lucha del error contra la verdad; y en todos tiempos ha sucedido que, al descargarse el golpe directo sobre la institucion católica, se ha visto al mundo político sufrir las últimas convulsiones de un moribundo.

¿Qué sucedió á la sociedad general en los siglos de las herejías? "Estas, dice Chateaubriand, debilitaron al mundo romano: los "monges arrianos abrieron la Grecia á los Godos; los Donatistas, "la África á los Vándalos; y los mismos católicos, para librarse de "la opresion de los Arrianos, se vieron en el caso de entregar la "Gaula á los Francos."

¿Y el protestantismo? "Ningun pueblo católico, dice un escritor, soportaria lo que soporta el pueblo inglés de la tiranía industrial, que para saciar su codicia, ha reducido, no es mucho decir, á una esclavitud real una parte de la poblacion. En esta *tierra clásica de la libertad*, cien mil personas embarazan habitualmente las prisiones, miéntras el resto, contenido por leyes de hierro, vive ó muere al capricho de los señores, de quienes depende, así en el trabajo como en la recompensa de su trabajo, la clase que no posee nada. Cuando á la faz del lujo y la opulencia el hambre siega por millares á los pobres, el Gobierno, arrojándoles con una mano el pedazo de pan legal y mostrándoles el sable con la otra, les dice: "¿Qué mas pedis?"

En cuanto al Siglo XVIII, nos basta señalar esa catástrofe inmensa donde todo quedó inmolado á nombre de la razon, á nombre

de la libertad, á nombre del derecho. "Tan luego como estalló la revolucion en Francia, dice Bonald, todo poder civil, es decir, conservador de los hombres y de las propiedades, cesó en el Estado: se levantó sobre toda esta nacion, bajo el nombre de *gobierno revolucionario*, un poder esencialmente destructor, que sometió el desórden á reglas, constituyó la opresion y destruyó *legalmente* los hombres y las cosas."[1]

¿Y qué diremos de nuestro siglo? Recordar, no más, que en él han tomado vida el socialismo y comunismo en el órden político, así como la indiferencia en el órden religioso; que la revolucion ha formulado su pensamiento en el progreso material, así como la política se ha fijado por punto de perfeccion el desarrollo y equilibrio de los intereses materiales; y por último, que sus inventos para derrocar gobiernos sorprenden por su celeridad, tanto como por la vida transitoria de lo que instituyen: es un diorama continuo en que todo pasa divirtiendo y destruyendo al mismo tiempo.

¿Qué oponer, pues, no solo en los Estados pontificios, no solo en la Italia, sino en Europa y en el mundo á este torrente salido de madre que todo lo desquicia, todo lo asola, y nada deja en pié? La reaccion religiosa y moral del Evangelio sobre los pueblos, atraidos con el espectáculo de los goces materiales, con la lisonja de las teorías que les dan cierta especie de omnipotencia, con la destruccion de esos diques levantados por el mismo Jesucristo, y sostenidos á costa y costa por diez y ocho siglos contra el curso frenético de la razon, el desenfreno de la libertad y los abusos del poder. Si el catolicismo con todas sus instituciones, ya divinas ya providenciales, y por consiguiente, con la soberanía espiritual y el principado civil de su Gefe, no salva al mundo, estad seguros, amados hijos, que todo es perdido. Por esto hemos dicho que, al atentarse sobre el poder temporal de los Papas, no quedan mui á salvo, sino en el mas inminente riesgo, el sistema político de la Europa y aun la marcha social de todos los pueblos católicos.

V.

Os hemos ofrecido para concluir, amados hijos, deciros algo sobre los motivos que impulsan esas revoluciones que han tendido y tienden á destruir enteramente la soberanía temporal de los Papas. Mas en este punto es indispensable andar con alguna cautela, y

1 Leg. prim. Disc. prel., pág. 168, ed. de Paris de 1829.

sobre todo, no fiarse de los discursos con que los autores de ellas pretenden justificarlas. Si escuchâis lo que dicen, tendréis que admirar la nobleza de sus miras, la rectitud de sus intenciones y el carácter humanitario de sus sentimientos; pero si consideráis lo que hacen, quedaréis penetrados de horror, y temblaréis sin duda por la consumacion de sus designios.

Largo seria, por cierto, referiros detenidamente los grandes crímenes cometidos todas las veces que se ha atentado contra este poder: porque desde las épocas mas remotas hasta la presente horroriza lo que se ha ejecutado, ya por los reyes ya por los pueblos fascinados, al declararse contra este poder. No puede leerse sin espanto lo que refiere la historia sobre los padecimientos de la Iglesia en el siglo VIII con motivo de estos ataques, ni lo que sufrió en el XVI con motivo de la guerra declarada por los agentes de la *Reforma* contra uno y otro poder. Memorable es la historia de Pio VI, encadenado por el mismo que habia reconocido ántes el derecho, la justicia, la alta conveniencia política de aquella institucion: han trascurrido apénas diez años de la célebre revolucion que arrojó á Gaeta á Nuestro Santísimo Padre, para que puedan olvidarse los estragos de aquella tempestad política; y no há mucho habéis oido en la Alocucion Pontificia que ha dado motivo á esta carta, los horribles desastres de todo género que lamenta Su Santidad en la época presente, no dudando asegurar que los agentes de aquella revolucion suscitada contra su poder temporal, aunque "se llaman católicos y dicen que respetan la suprema autoridad del Romano Pontífice, conspiran con aquellos que le hacen cruel guerra como Cabeza de la Iglesia católica, intentando, si posible fuera quitar del corazon de todos nuestra divina religion y su doctrina."

En estas pocas palabras está contenido sin duda cuanto pudieramos deciros: tienen la incontestable verdad de un hecho público y notorio, la perceptible relacion con toda la guerra impía que se ha hecho y hace á la institucion de Jesucristo y los ataques reiterados que no deja de sufrir en el cuadro general de las costumbres la moral pura y santa del Evangelio. Adviértese aquí cómo, al través de las diferencias que nacen de los pretextos y de los intereses, hai en el fondo de esta oposicion un odio profundo á la religion cristiana.

Los errores y las pasiones tienen su filiacion, como la verdad y las virtudes, y la marcha del tiempo no hace otra cosa de ordinario que arraigar los hábitos antiguos, hacer mas pertinaces los errores y mas perversos los intentos revolucionarios. No se trata de una oposicion pacífica y razonada, de unos planes sóbriamente contenidos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dentro de los límites de una discreta economía; no se trata ni aun de conquistar otro régimen político, que toque en lo mas mínimo al régimen espiritual; no se trata de un pensamiento y un acto que dejen en su lugar la doctrina y la creencia, sino de un rio salido de madre, de un campo de combustibles horriblemente preparado é imprudentemente encendido.

VI.

Sin embargo, hai quien pretenda dar á ese alzamiento revolucionario contra los Estados pontificios un disfrazado carácter de justicia, proponiendo la sustraccion política de la Romanía ante el futuro Congreso de la Europa como un hecho consumado que debe respetarse tanto mas, cuanto que, léjos de perjudicar al poder temporal del Sumo Pontífice y la Santa Sede, le robustece y afirma, le enaltece y garantiza en lo que le queda de territorio, y queriendo persuadir con argumentos de un género casi nuevo, que la calsitud, respetabilidad, firmeza y accion de dicho poder, tal como le necesita la Soberanía espiritual para su independencia y la Europa cristiana para su equilibrio político, están en razon inversa de la extension del territorio poseido y del número de los súbditos gobernados. Estas ideas, emitidas con el mas delicado artificio, con la expresion de convicciones profundamente arraigadas y propias de un corazon católico y de una razon libre de influencias extrañas á los intereses bien entendidos del Estado, aparecen como la propuesta de un medio altamente conciliador, que conjurando á la par dos extremos igualmente perniciosos, el de dárselo todo al Papa y quitárselo todo, concierta la subsistencia de su principado temporal con los intereses nobles de unos pueblos que procuran á toda costa formar Estados independientes en el órden civil, sin rehusar por esto sus tributos al Papa en el órden religioso. Esta combinacion de intereses demanda una excepcion respecto de un pueblo. Para que todos los Estados se constituyan políticamente debe haber una ciudad excéntrica en el mundo, que sea Nacion y no Estado, excluida de la vida civil, para formar una doméstica municipalidad: que tenga Padre y no Soberano como los otros: cuyas garantías consistan mas en los sentimientos de este Padre que en la autoridad de las leyes é instituciones: un pueblo que no tenga representacion nacional, ni ejército, ni prensa, ni magistratura: un pueblo que, renunciando para siempre á las turbulencias de la vida social, á los recursos de una buena organizacion política, &c., &c., viva por todos los siglos entregado

á la contemplacion, á las artes, al culto de los grandes recuerdos, á la oracion: desheredado para siempre de la noble parte de actividad que el patriotismo desarrolla en el corazon del ciudadano, privado del ejercicio legítimo del pensamiento, y obligado á renunciar á la superioridad del carácter. Este pueblo no debe aspirar ni á la gloria del soldado, ni á los triunfos del orador ó del estadista: todo allí ha de ser descanso y recogimiento, sin que puedan penetrar en el seno de tan privilegiada familia ni las pasiones, ni los intereses de la política, incompatibles con las dulces y tranquilas contemplaciones del mundo espiritual.

Difícil era encontrar una ciudad que se brindase para esta nueva especie de profesion religiosa, formando, por decirlo así, un inmenso claustro en medio del mundo político, de la sociedad general: porque las mismas ventajas que pudieran compensar esta especie de abnegacion, como es el sosiego de la familia, la exencion de las contribuciones, la grandeza moral del principado católico, el prestigio mágico de los recuerdos y el desahogo de subsistir á expensas de los Estados políticos, cosas que no son en la realidad sino alhagos que pudieran brindarse á un niño, ó un respeto irónico para disfrazar la humillacion de una sociedad, léjos de inclinar á ciudad ninguna, las retraerian á todas, pues ninguna querria ser excluida de los goces consiguientes al carácter social y vocacion política de todo el género humano. Siendo esto así, el autor de esta medida pacífica tiene que optar entre la abolicion completa del poder pontificio, ó la subsistencia de él con todos sus derechos incontestables y sus posesiones legítimas, ó la creacion de una injusticia inmensa, cual seria la de inmolar á un pueblo en uso de la fuerza. Mas, no pudiendo decidirse por lo primero, porque escribe con espíritu verdaderamente católico y notablemente pacífico, ni estar por lo segundo, porque descubre antagonismo en que la mano que bendice al Universo cristiano someta como Gefe del Estado á los súbditos rebeldes bajo el imperio de las leyes, para conservar el órden público, y además porque, reconociendo el derecho de todo pueblo para tener vida política y no quedarse atrás en la marcha del progreso, ve que tales cosas no caben bajo el régimen del poder pontificio; se decide por lo último, y no solo por la necesidad del hecho, sino aun por cierta especie de derecho; pues la historia, la religion, la política, "justifican completamente á su juicio una derogacion de las condiciones normales y regulares de la vida de los pueblos," y el sacrificio de una ciudad, la mas célebre de todas, cual es la de Roma, como una víctima que ha de espirar políticamente, para que los demas Estados no reporten las consecuencias de la completa abolicion del poder

temporal pontificio. Estando llamado á restablecer la paz de Europa diplomáticamente un Congreso de Soberanos plenamente representados, á esta gran Junta corresponde zanjar las dificultades: 1º, con la ratihabicion del desmembramiento de hecho que acaban de sufrir los Estados pontificios, y la reduccion de éstos á la ciudad de Roma, para que el Papa continúe siendo Soberano temporal y se concilien los partidos extremos; 2º, con la asignacion de una renta suficiente, que han de pagar los Estados católicos como tributo de respeto y proteccion al Gefe de la Iglesia; 3º, con la organizacion internacional de una milicia italiana que asegure la tranquilidad ó inviolabilidad de la Santa Sede; 4º, con la garantía de una libertad municipal en el nuevo Estado doméstico, capaz de exonerar al Gobierno pontificio de las menudencias de la administracion y otorgar una parte de vida pública local á los que quedan desheredados de la vida política.

Tal es en sustancia la sinópsis de un folleto publicado en Paris bajo el título de "El Papa y el congreso," sobre el cual acaso nos habriamos abstenido de decir una palabra, si nuestra prensa periódica no le hubiese ya circulado notablemente en las columnas de sus diarios. Sin entrar, pues, en la prolija tarea de una menuda refutacion, cosa que no nos facilitan los estrechos límites de una carta, os dirémos algo, amados hijos, sobre lo principal de este contenido, cuanto baste para nuestro intento, que es daros la sana doctrina en cada punto, contra las especies que tienden á preocupar el buen sentido católico y social en cierto linaje de cuestiones.

Entrando, pues, en materia, debemos partir de un hecho incontestable. ¿Cuál? La necesidad y legitimidad, ó para hablar sin frases, el derecho pleno de la Soberanía temporal pontificia; derecho reconocido, como se ha visto, por el mismo autor de la nueva teoría. "Bajo el punto de vista católico, dice, es necesario que el Gefe de doscientos millones de católicos no esté subordinado á ninguna potencia, y que, libre de toda traba la mano augusta que gobierna las almas, pueda sobreponerse á todas las pasiones." En ello se interesa tambien la mas alta conveniencia social, pues "el poder es- " piritual no puede ser removido sin hacer bambolear el político, no " solo en los Estados católicos, sino tambien en todos los Estados " cristianos."

Reconocida la necesidad, la alta conveniencia política, la legitimidad y justicia del derecho temporal de los Papas, ¿cuál es, pues, el verdadero estado de la cuestion? ¿Acaso el de instituir ó fundar? ó al contrario, ¿el de restituir ó desquiciar? La idea, pues, de que hai dos partidos extremos, uno que quiere darlo todo, y otro que

quiere quitarlo todo al Romano Pontífice, debe quedar excluida: porque si esto vendria bien *a priori*, cuando se tratase, por ejemplo, de fundarle al Papa un Estado, es fuera de propósito *a posteriori*, cuando la resolucion, cualquiera que sea, debe afectar el hecho de la sublevacion de la Romanía. Aquí no caben sino dos opiniones: ¿hai derecho de recobrarla? ¿es justo auxiliar este derecho? El poder temporal, como derecho, es indivisible: pretender afectarle á salvo de la justicia en una parte de lo que con ella posee, no parece lógico. Se ha visto cuán antiguo es el poder temporal de los Papas, cuán legítima ha sido su posesion, y cómo las veces que ha vuelto á recibir lo que habia perdido, ha sido con el carácter de restitucion, y esto desde los tiempos de Ludovico-Pio. No hai razon para considerar al Papa en la escala del derecho en un grado inferior al de los casos comunes. Si en estos, pues, los hechos que se consuman están sujetos á un exámen y juicio legal, la cuestion práctica de los Estados pontificios no puede salir de este círculo. ¿El Papa poseia con derecho la Romanía? ¿se ha eximido esta por sí y ante sí del antiguo poder? ¿con el acto de su rebelion ha ganado un derecho de justicia? Esto es todo.

Siguese de aquí que los mayores ó menores inconvenientes nacidos de la extension territorial, de la poblacion, de los elementos de progreso, &c., &c., no pueden figurar aquí como datos fundamentales del juicio que deba recaer sobre el hecho, y motivos preferentes de la conducta que en el caso deba observarse. Aun cuando tuviesen lugar, pues, los inconvenientes de que se trata, no creemos que infirmarian en lo mas mínimo el derecho de la Santa Sede, supuestos los principios del derecho público europeo, reconocidos é invocados por el mismo autor del folleto.

¿Pero es cierto que haya tales inconvenientes? ¿Es cierto que haya antagonismo entre el poder espiritual y el temporal para reunirse en una sola persona? ¿Es cierto que bajo un Pontífice-Rei no puede haber vida política, garantías legales, legislacion comun, magistratura instituida, progreso social y adelantos en la carrera pública de los pueblos? No lo es, dígase lo que se quiera: y para probar este concepto nuestro sin los inconvenientes de una refutacion pormenorizada, bástanos establecer una proposicion general, partiendo de un supuesto, y es: que la incompatibilidad, el antagonismo y la impotencia nacen del Soberano, y no del pueblo. Esto supuesto, decimos: si hai antagonismo, incompatibilidad ó impotencia de parte del Sumo Pontífice y la Santa Sede, será por una de tres cosas, y por ninguna otra: ó por falta de licitud, ó por falta de voluntad, ó por falta de potencia; es decir: ó porque no se debe, ó porque no se quiere,

ó porque no se puede: buscad un término nuevo, y no le encontraréis, en verdad. Pues bien: recurriendo á los principios mas universalmente recibidos, apelando á la historia y aprovechando las consecuencias comunes de ambas fuentes, decimos que no puede sostenerse ni la ilicitud, ni la falta de voluntad, ni la impotencia.

¿Qué oposicion con la moral y la conciencia puede haber en que ambos poderes se reunan en una sola persona? Si ésta, en vez de representar el complexo del poder, ejerciese el ministerio en ambos órdenes: si, por ejemplo, el tribunal que decide las cuestiones de fe, fuera el mismo que sentencia á los malhechores por sus crímenes; si la mano que bendice al pueblo hiciese los oficios de un agente de policía; si la autoridad que sostiene con el poder de las llaves el órden religioso de la tierra, empuñase la espada del guerrero, para llevar los ejércitos al combate, seria otra cosa: pero estar revestido del poder, promulgar en abstracto leyes que han de tener su aplicacion, elegir las personas á cuyo cargo se ha de poner el ejercicio del ministerio político y civil, instituir tribunales para que sin incompatibilidad de ningun género puedan hacer efectiva la coaccion externa para el respeto de las garantías y la conservacion del órden público, formar al ciudadano, recompensar las virtudes sociales, abrir carreras francas á todas las aptitudes, impulsar los adelantos científicos, proteger las artes, la industria y el comercio, concertar en el progreso los intereses materiales y morales con la perfeccion política de los pueblos, esto no tiene incompatibilidad, ni ménos presenta el menor antagonismo frente al poder espiritual de la Iglesia. Elevemos, empero, mas allá de esta esfera nuestro discurso. ¿Dónde está la fuente de todo poder? En Dios, solo en Dios, y nunca fuera de Dios: porque: "no hai poder que de él no venga," segun la sábia expresion de San Pablo. Es decir: que el gran tipo de toda soberanía, la perfeccion infinita de todo poder, que es Dios, nos representa esencialmente unidos en solo uno todo linaje de poderes: el espiritual y el corporal, el temporal y el eterno, el de perdonar y el de castigar, el de bendecir y el de reprimir. ¿Cómo pues imaginar antagonismo alguno en que el Vicario de Jesucristo dirija la marcha política de una Nacion á la par que gobierna en otro órden mas elevado á todo el mundo católico?

Hai más: os hemos hecho ver, por una ilacion histórica y reflexiva, cómo el poder temporal de los Papas, sin ser una institucion divina, es una institucion providencial, un medio empleado por la Providencia de Dios, no solo en pro de la Iglesia, sino tambien para el provecho del Estado. Si esta institucion ha sido providencial, tal como ha existido hasta aquí, ha sido pues una obra de Dios. ¿Y

hallarémos, amados hijos, antagonismo alguno en las obras de la Providencia? Sí, pues, Ella lo ha hecho pasar así desde su orígen hasta hoi, clarísimo es que no existe ningun inconveniente legal, ninguna incompatibilidad moral, ningun tropiezo para la conciencia, en que subsista el poder temporal de los Papas unido á su poder espiritual en los mismos términos que ha existido hasta aquí.

Finalmente: ya que esta institucion se trae al tribunal de la conciencia, ¿no hallariamos como católicos un incontestable argumento de hecho para probar su licitud en los once siglos que llevan los Papas de reunir en sus manos el poder espiritual sobre el Universo católico, y el temporal sobre los Estados pontificios? ¿Hace poco peso en la balanza esa imponente galería de Pontífices que, no solo han ejercido sin escrúpulo, sino que han defendido con vigoroso celo, como un depósito sagrado, su poder como príncipes temporales? ¿Pasarán desapercibidos en el caso esos héroes de la santidad, que colocados en las primeras cumbres del orbe político, han vivido individualmente sujetos á las mas penosas austeridades, dando el ejemplo de todas las abnegaciones, atesorando todas las virtudes, y bajando por fin al sepulcro para subir luego á los altares? ¿Diremos, por ventura, que la Iglesia de Dios perdió su tino en lo que tiene de mas delicado, al decretar un juramento promisorio de defensa de estos dominios temporales para la inauguracion de cada Pontífice? No pronunciemos, pues, el *non licet* de la moral cuando se trata de esta institucion política; sino ántes bien, apoyados en todos los criterios, reconozcamos que no hai antagonismo en el órden moral entre poder y poder para ser ejercidos por una misma persona.

¿Habrá, pues, falta de voluntad ó impotencia de hecho para conducir al Estado á los fines de su institucion, darle una buena organizacion política, una legislacion sábia, un régimen expedito, una provision competente de ministerios para todos los ramos, una personalidad administrativa proba y apta, ó impulsar en todos géneros el progreso bien entendido de la sociedad? Mucho ménos, amados hijos: en este punto la historia oprime con su peso todas las oposiciones imaginables. Cuatro cosas ha hecho la Iglesia: regenerar al mundo religioso, rehacer al mundo intelectual, reformar al mundo moral, constituir y salvar al mundo político. Esto es indisputable, y prueba dos cosas; conviene á saber: que tratándose de la felicidad de los hombres en todo sentido, nadie quiere lo que ella, y nadie puede como ella. Reconózcanla en buena hora todos los Estados como Madre comun, gocen de la herencia riquísima que les ha dado para expensar sus necesidades sociales y manejarse por sí; pero no se diga que no es capaz de regir un Estado, no se pretenda que,

para conservar su antiguo rango político, necesita retroceder seis mil años en la historia de la sociedad, volviendo á la doméstica, limitando su territorio á una ciudad, borrando en ella todo carácter político, y sofocando las aspiraciones del ciudadano, y hasta el mas elevado sentimiento de la nacionalidad, porque no puede otra cosa.

¿Qué género de beneficios no debe la sociedad á la Iglesia? ¿Qué ramo del saber, de la industria fundamental y de todo lo que mas se aprecia, no debe á esta Madre comun, ya su nacimiento, ya su desarrollo, ya su restauracion? ¿Hai algo de lo que forma la vida política de un pueblo, que no tenga la Iglesia inscrito en el registro inmenso de su historia? Preguntemos á ésta por el orígen de lo mas ilustre y grande que han presentado en su curso los diez y ocho siglos de la Era cristiana. "¿Quien regularizó la filosofía? ¿Quién extendió indefinidamente el círculo de los conocimientos humanos? ¿Quién desarmó la tiranía de los reyes? ¿Quién enfrenó la osadía de las masas? ¿Quién acabó con la barbarie antigua? ¿Quién zanjó los cimientos de estas instituciones políticas que han tenido mas órden, mas regularidad y mas aplomo? ¿Quién ha convertido el poder público en un ministerio de paz y de bien? ¿Quién ha dado á la Europa su Derecho público? ¿Quién ha sometido á una constitucion inviolable la condcta de los guerreros....?[1]

"La córte de Roma, dice Chateaubrian, se ha manifestado siempre superior á su siglo. Tenia ideas de legislacion, de Derecho público, conocia las bellas artes, las ciencias, la civilizacion, cuando todo estaba sumido en las tinieblas de las instituciones góticas: no se reservaba exclusivamente la luz, sino que la derramaba sobre todos, derribando las barreras que las preocupaciones habian levantado entre las naciones.... Es, pues, una cosa generalmente reconocida que la Europa debe á la Santa Sede su civilizacion, una parte de sus mejores leyes, y casi todas sus artes y ciencias."

¿No es, pues, lo mas extraño que imaginarse puede suponer en esa corte, que ha merecido el mas relevante concepto á las mas ilustres del mundo, una total carencia de aptitud para dirigir la marcha política de un pueblo? Cuando todos los Estados políticos de Europa le deben sus principios de organizacion, sus elementos de órden, sus recursos de estabilidad, &c., &c., ¿vendrémos diciendo ahora, que para que el Papa siga siendo Soberano, deben reducirse sus Estados á una ciudad, esta ciudad á una familia, y esta familia someterse á la doble vida de la contemplacion y de las bellas artes? La historia entera se levanta indignada contra semejante suposicion.

[1] Tomado de nuestra obra intitulada "Los principios de la Iglesia católica comparados con los de las escuelas racionalistas."—Parte tercera, párrafo 1°, núm. 1.

¿Y qué dirémos de los dos grandes medios para plantear esta idea: la muerte política de la ciudad eterna, y el tributo pecuniario de los Soberanos católicos al Gefe de esta ciudad sacrificada? Lo primero no podia justificarse jamas, ni aun excusarse por lo ménos, sino haciendo ántes volver á la nada cuanto hai de fundamental y sagrado en el Derecho de gentes y en el público general que norma la marcha social de los Estados políticos. En cuanto á lo segundo, ¿quién no vé que, sometido el Romano Pontífice á la dependencia internacional del pan cuotidiano, sufriria por el mismo hecho el penoso yugo de la mas humillante sujecion?

Pero nos hemos extendido ya demasiado, hermanos é hijos carísimos, y por tanto vamos á concluir esta carta, recopilando brevemente su contenido.

Habéis visto el orígen de este poder en la historia, los antecedentes de su consignacion expresa en la concordia del sacerdocio con el imperio desde la conversion de Constantino, el reconocimiento comun que de él han hecho los Soberanos por mas de diez siglos, y cómo esta importante concordia, figurada desde los tiempos de Moycés y de Aaron, y realizada por Jesucristo, nos manifiesta en el curso de los acontecimientos, que la Providencia misma preparaba este poder de los Papas como un medio de hecho eficacísimo para conservar la soberanía, la independencia y la plena libertad religiosa, moral y canónica de su Iglesia en el mundo á salvo de los inconvenientes, dificultades y tropiezos que de otra suerte habrian encontrado sin duda en las pretensiones, desacuerdos y vicisitudes de los mismos Estados políticos. Esto era mas que suficiente para calcular lo que aun el poder espiritual de la Iglesia sufriria desde el momento mismo en que desapareciese del gran cuadro político de las naciones el poder temporal de los Pontífices; pero á mayor abundamiento, procedimos á manifestar las relaciones íntimas de ambos poderes, y lo mucho que se interesa el primero en la subsistencia del segundo. Pero, como las trascendencias de su ruina irian mas léjos todavía por la influencia del catolicismo en el mundo político, nos extendimos á exponeros lo mucho que importa la permanencia de tan legítima como antigua institucion, para conservar el equilibrio político de la Europa, y remover todos los obstáculos que de otra suerte se opondrian á la prosperidad social de todos los pueblos.

La verdad y la justicia, que en la tierra son militantes, lo mismo que la Santa Iglesia católica, han tenido siempre, porque no podia faltarles en clase de tales, una oposicion terrible que sostener en

sus grandes objetos. No era extraño, pues, que tratándose de la Soberanía pontifical, se hubiesen aglomerado en todos tiempos especiosas falacias para falsear su historia, ó por lo ménos poner en duda sus derechos. Mas ya os hicimos ver á este propósito cómo en vano se esfuerza el espíritu anti-eclesiástico en esta guerra tan activa como constante; pues no puede darse un paso en la historia, en la meditacion de la Providencia, en la filosofía de la política, en la ciencia de la sociedad, sin descubrir nuevos apoyos de hecho, de derecho, de necesidad y conveniencia en pro de aquella institucion.

A la luz de estos principios examinámos ese opúsculo que bajo del título de "El Papa y el Congreso," se ha publicado en Paris últimamente, y ha circulado traducido en los diarios de esta capital, manifestando, cómo en su mismo contenido porta su refutacion: pues por una parte reconoce la existencia y legitimidad del derecho, y la necesidad religiosa y política de la monarquía pontifical, y por otra destruye aquel, proponiendo la desmembracion completa de los Estados pontificios, reduciendo el territorio político de los Papas como soberanos temporales á solo la Ciudad de Roma, y privando á ésta de los derechos comunes á toda sociedad constituida, como una excepcion que debe hacerse, por dolorosa que sea, en pro de los otros Estados.

Ved, pues, hermanos é hijos carísimos, cuán grandes y de qué trascendencias tan funestas son los males que Nuestro Santísimo Padre lamenta en su sentida y respetable Alocucion, y cual debe ser nuestro empeño y solicitud en clamar por el remedio pronto y completo de todos ellos al Padre de las misericordias. Os exhortamos, pues, venerables hermanos y cooperadores nuestros en la administracion espiritual de nuestra diócesis, á que en vuestras parroquias hagáis con la solemnidad que sea posible preces públicas al Todo-Poderoso para conseguirlo; y á vosotros todos, hijos carísimos, á que acompañéis estas preces con un espíritu dignamente preparado, mediante la purificacion de vuestras conciencias, á fin de mover á Nuestro Señor en favor de su Iglesia tan atribulada en todas partes, y de su Augusto y Santo Gefe, restituyéndoles, con el órden y la paz de los Estados pontificios, la quietud y consuelo que solo Su Divina Magestad puede dispensar á los hombres.

México, Febrero 18 de 1860.—*Clemente de J.*, Obpo. de Michoacan.

DEFENSA DE LA IGLESIA

Y

DEL CLERO MEXICANO

CONTRA LAS ASERCIONES

CALUMNIOSAS DEL SEÑOR CORNIVALLIS ALDHAM,

CAPITAN DEL BUQUE VALOROUS, EN SU NOTA AL EXMO. SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

GENERAL DON MIGUEL MIRAMON,

PROPONIENDOLE UNA MEDIACION DE PARTE DE SU MAGESTAD BRITANICA, PARA CONCLUIR LA GUERRA CIVIL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus grandes objetos. No era extraño, pues, que tratándose de la Soberanía pontifical, se hubiesen aglomerado en todos tiempos especiosas falacias para falsear su historia, ó por lo ménos poner en duda sus derechos. Mas ya os hicimos ver á este propósito cómo en vano se esfuerza el espíritu anti-eclesiástico en esta guerra tan activa como constante; pues no puede darse un paso en la historia, en la meditacion de la Providencia, en la filosofía de la política, en la ciencia de la sociedad, sin descubrir nuevos apoyos de hecho, de derecho, de necesidad y conveniencia en pro de aquella institucion.

A la luz de estos principios examinámos ese opúsculo que bajo del título de "El Papa y el Congreso," se ha publicado en Paris últimamente, y ha circulado traducido en los diarios de esta capital, manifestando, cómo en su mismo contenido porta su refutacion: pues por una parte reconoce la existencia y legitimidad del derecho, y la necesidad religiosa y política de la monarquía pontifical, y por otra destruye aquel, proponiendo la desmembracion completa de los Estados pontificios, reduciendo el territorio político de los Papas como soberanos temporales á solo la Ciudad de Roma, y privando á ésta de los derechos comunes á toda sociedad constituida, como una excepcion que debe hacerse, por dolorosa que sea, en pro de los otros Estados.

Ved, pues, hermanos é hijos carísimos, cuán grandes y de qué trascendencias tan funestas son los males que Nuestro Santísimo Padre lamenta en su sentida y respetable Alocucion, y cual debe ser nuestro empeño y solicitud en clamar por el remedio pronto y completo de todos ellos al Padre de las misericordias. Os exhortamos, pues, venerables hermanos y cooperadores nuestros en la administracion espiritual de nuestra diócesis, á que en vuestras parroquias hagáis con la solemnidad que sea posible preces públicas al Todo-Poderoso para conseguirlo; y á vosotros todos, hijos carísimos, á que acompañéis estas preces con un espíritu dignamente preparado, mediante la purificacion de vuestras conciencias, á fin de mover á Nuestro Señor en favor de su Iglesia tan atribulada en todas partes, y de su Augusto y Santo Gefe, restituyéndoles, con el órden y la paz de los Estados pontificios, la quietud y consuelo que solo Su Divina Magestad puede dispensar á los hombres.

México, Febrero 18 de 1860.—*Clemente de J.*, Obpo. de Michoacan.

DEFENSA DE LA IGLESIA

Y

DEL CLERO MEXICANO

CONTRA LAS ASERCIONES

CALUMNIOSAS DEL SEÑOR CORNIVALLIS ALDHAM,

CAPITAN DEL BUQUE VALOROUS, EN SU NOTA AL EXMO. SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

GENERAL DON MIGUEL MIRAMON,

PROPONIENDOLE UNA MEDIACION DE PARTE DE SU MAGESTAD BRITANICA, PARA CONCLUIR LA GUERRA CIVIL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION.

En el *expediente instruido por el Ministerio de Relaciones exteriores sobre la mediacion propuesta por la Inglaterra y la Francia para terminar la guerra civil que destroza á la República*, publicado en el Diario Oficial del 27 del pasado y en otros periódicos de la Capital, hemos visto un documento que nos coloca en el doloroso pero indispensable caso de levantar nuestra voz en defensa de la doctrina, la institucion y la personalidad católica, gravemente vulneradas en casi todo su contenido. Este documento es una nota que el Sr. capitan del buque inglés Valorous dirigió el 28 de Marzo último desde el expresado buque al Exmo. Sr. General D. Miguel Miramon, Presidente sustituto de la República y Gefe de las fuerzas que obraban sobre la plaza de Veracruz, con el objeto de inclinarle á un avenimiento que pusiese término á la guerra civil, cuyos desastres han conmovido aun á los Gobiernos de Europa.[1]

1 He aquí la nota de que se trata, como aparece tanto en el expediente como en los diarios:

"Buque de S. M. B. "Valorous."—Veracruz, 28 de Marzo de 1860.—Exmo. "Sr.—Con fecha 24 del corriente dirigí una comunicacion á S.E. el Sr. Juárez, es- "perando que no dejase se alejara V. E. de esta parte del país, sin intentarse otra "vez concluir un "armisticio" de conformidad con la recomendacion del Gobierno de "S. M.B., expresada en la carta de Lord John Russell, primer Secretario de Estado "de S. M. B. y del despacho de Relaciones exteriores."

"Una reconciliacion de los partidos contendientes es el gran fin que se desea al- "canzar.—Estoi seguro de que V. E. está en favor de los principios ilustrados y de "libertad civil, porque sin ellos ningun país puede progresar."

"Creo excusado manifestar á V. E. que el gran obstáculo opuesto á un Gobierno "liberal y constitucional, es el gran poder y riqueza de la Iglesia, cuyas bases son "buenas, como fundadas por el Salvador del género humano; pero vuestro clero no "sigue las sendas que él le trazó: sus ojos están ciegos, porque sus hechos son ma- "los y se complace en ellos; no se reformará por sí solo, porque tendria que renun- "ciar á sus placeres mundanos; mantiene voluntariamente á su rebaño en las tinie- "blas y en la ignorancia, para que no vean sus pasos."

"Si V. E. continúa en el mismo camino que ha seguido, jamas unirá los corazones "de sus conciudadanos; una parte pequeña puede adherirse á su bandera, pero será "por temor, y no por amor. ¡Teneis pretensiones de ser un país cristiano! ¡Pues por "qué no florece lo mismo que otros que han atravesado un período de calamidades "mayores que el que ahora atravesáis? Porque adoptaron la libertad "civil y reli- "giosa," y sus actos están en conformidad con el cristianismo."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si esta nota, circunscribiéndose al objeto referido, no hubiese afectado el honor de los eclesiásticos y fieles católicos mexicanos, ni adelantádose á iniciar una guerra doctrinal entre protestantes y católicos, nosotros guardaríamos el debido silencio, consecuentes con nuestro propósito de no mezclarnos en cuestiones exclusivamente políticas. Si, aun afectando nuestro honor y nuestras creencias, hubiese aparecido como uno de tantos folletos que circulan en el pais, ya bajo el velo del anónimo, ya con la firma del algun simple particular, nos abstendriamos igualmente de emprender una especial defensa, satisfechos con lo mucho que se ha dicho por los Prelados y por la prensa católica de México, para impedir los efectos de la seduccion en el ánimo sencillo de los fieles. Mas, tratándose de un documento de tan elevada gerarquía, no por la persona que le suscribe, sino porque, una vez recibido y contestado, sin embargo de su singularidad, por el Exmo. Sr. Presidente de la República, figura en un expediente sobre la respetable mediacion ofrecida por los Gobiernos de Francia é Inglaterra, con el objeto de procurar el restablecimiento de la paz entre nosotros, toma un carácter mui serio y mui solemne todo su contenido, y debe fijar la atencion en cuanto expresa, siendo cierto que el Sr. Aldham, que le suscribe,

"¡Pero vosotros ignoráis la una, y de la otra solo conocéis el nombre!!!"

"Mas ha llegado ya el tiempo de que prevalezca el verdadero cristianismo, y de que " los principios liberales é ilustrados ocupen el lugar de las tinieblas y de la ignorancia."

"Aun es tiempo de repararlo todo, de regenerar á la Nacion ántes de que caiga en " el olvido, y de que una nueva generacion sustituya á la actual."

"V. E. tiene el poder, y si quiere, puede ser el Gefe de esta grande obra, deseada " ardientemente por la generalidad del pueblo."

"Sacudid las trabas que ahora os ligan, unios sincera y cordialmente con aquellos " que luchan por la libertad de conciencia y por las instituciones libres, y unidos se- " réis fuertes. Colocad á la Iglesia en su verdadera posicion, sostenedla con un pa- " trimonio liberal, y dedicad el sobrante de su riqueza al bien de la Nacion: obligad " al clero á seguir el camino que le trazó El que es su cabeza; educad al pueblo y " dejadle elegir su Gobierno: proteged el comercio y el tráfico con las naciones extran- " geras: abrid vuestros puertos y reducid las contribuciones, y pronto verá V. E. di- " fundirse el bienestar y la prosperidad por todo el pais, siendo V. E. mismo el pro- " motor y el Gefe de todo."

"Confio en que V. E. creerá que al hablarle así no tengo otro objeto que el cum- " plimiento de los deseos del Gobierno de S. M. B., que son: que se declare un " armisticio, que se establezca un Gobierno sólido, y que se restablezca la paz en " México."

"Con el mas profundo respeto tengo la honra de ser vuestro mas obediente y hu- " milde servidor.—(Firmado.)—*W. Cornicallis Aldham*, capitan y oficial mas an- " tiguo de las fuerzas de S. M. B. en el golfo de México.—A S. E. el General Mi- " ramon, &c., &c., Presidente del Gobierno central de México."

motiva este paso con su empeño en obsequiar los deseos de Su Majestad Británica.

En este documento se hacen aparecer los bienes de la Iglesia y su poder como el principal obstáculo para el restablecimiento de un Gobierno liberal y constitucional en México: se afirma que el clero, abandonando el camino recto que le trazara el Salvador, sigue otro sendero; que está ciego en fuerza de su mala conducta, y es incapaz de reformarse por su resistencia pertinaz á la renuncia de los placeres mundanos; y para que nada falte á tan horrible cuadro, se le pinta manteniendo á su rebaño en las tinieblas, para que no se aperciba de sus extravíos. Del clero se pasa al pueblo, calificando su creencia de un *falso cristianismo*, se le brinda con el verdadero bajo el influjo de la libertad religiosa y civil, hácia las cuales se le pretende atraer, presentándoselas como los medios mas eficaces para curar todos los males, producir todos los bienes y abrirle para el porvenir los mas francos y espaciosos caminos de prosperidad y ventura.

Siendo el autor de estas aserciones un sugeto enteramente desconocido para nosotros, pues la primera vez que le hemos oido nombrar ha sido cuando se esparció la noticia de su nota, cuyo extraño contenido, al circularse furtivamente, habia dado motivo para que algunos la creyesen apócrifa, nos es imposible descubrir los motivos que haya tenido para consignar en tan solemne documento, especies tan humillantes, indecorosas y absurdas. Pero sean cuales fueren, basta ver lo escrito para sentir la necesidad de una defensa. Si este individuo, falto absoluto de noticias acerca de las cuestiones que hoi dividen á los mexicanos, é incapaz de examinar por sí mismo las cosas, ha escrito ateniéndose á los primeros informes recibidos en Veracruz, es necesario y conveniente impedir, con la oportuna manifestacion de los hechos mas incontestables, los efectos que su apreciacion pudiera producir, principalmente en paises extrangeros, y aun para que él mismo rectifique sus juicios, si, como ardientemente lo deseamos, procede con buena fe al hablar de nuestra situacion religiosa y política. Si por el contario, está bien informado de todo, pero fuertemente prevenido contra la causa del catolicismo y la conducta del clero mexicano, nada mas justo que oponer á tan desmesurados como oficiosos ataques la defensa de los principios, de la conducta y del carácter religioso de la Nacion. Hai mas: aunque las aserciones del Sr. Aldham tienen la singularidad propia de su procedencia, figuran en su nota como cosas generalmente sabidas, y por otra parte, no faltan datos mas que suficientes para temer que ellas sean el eco de muchas personas caracterizadas, principalmente extrangeras, que juzgan en lo particular lo que en

este documento se afirma oficialmente: y esto es un motivo no ménos fuerte para emprender la penosa tarea de una defensa.

Siendo, pues, estrechamente necesario reclamar con la fuerza que imprimen las convicciones mas profundas, el derecho que da la justicia y el noble interes que inspira la misma conveniencia social contra tales aserciones, hemos creido de nuestro deber hacer una manifestacion pública, solemne y concienzuda de la falsedad con que se combaten los principios, de la injusticia con que se pretende despojar á México de su carácter católico en dicha nota, y de las ruinosas consecuencias que se seguirian de adoptar la conducta que prescribe, mas bien que aconseja, en su repetida nota el Sr. W. Cornivallis Aldham.

Léjos de nosotros el intento de contrariar la noble asercion con que da principio á su nota el Sr. Aldham, y ántes bien, creemos que los deseos del Gobierno británico son reconciliar aquí los partidos contendientes. Tal intento es digno á todas luces de una Nacion civilizada y amiga; pues la moral mas pura prescribe la reconciliacion de los enemigos, prometiendo al hombre, para inclinar su corazon, la noble recompensa de la paz y de la gloria. ¡Ojalá los pueblos no se hubiesen dividido jamas, sino que, siempre sometidos á los principios de la justicia y siempre fieles en guardar el derecho, no hubiesen aglomerado esos combustibles que tarde ó temprano son el pábulo de que se alimenta el fuego devorador de la guerra civil. Mas, ya que esto no ha sido dado, sino que de hecho la discordia conmueve, agita y destroza la sociedad, ¡ojalá se reconciliasen los enemigos, sacrificando sus odios en las aras de la religion, para reincorporarse juntos en los caminos de la justicia! No podemos, pues, ménos, como miembros de esta Nacion, víctima de sus dolores, que agradecer sobremanera la manifestacion de un pensamiento tan benévolo y el ofrecimiento de cooperar al restablecimiento de la paz.

Tampoco tendrémos como irónico, y sí reputamos del todo sincero, el concepto enunciado en seguida por estas palabras relativas al Exmo. Sr. Presidente. *Estoi seguro de que V. E. está en favor de los principios ilustrados y de libertad civil, porque sin ellos ningun pais puede progresar:* porque, aunque no comprendemos lo que representan las palabras *principios ilustrados* en el pensamiento del Sr. Aldham, y la libertad civil, que aquí aparece como cosa disputada en la contienda, es y ha sido un derecho reconocido y garantizado en los códigos de las naciones civilizadas, desde luego vemos que este cumplimiento es un tributo de justicia que se hace á la digna persona del Exmo. Sr. Presidente.

Mas por desgracia la invocacion de los mejores fines se desvirtúa cuando no corresponde á ellos el carácter de los medios, y esto precisamente ha sucedido en el caso á que nos referimos; pues apenas se anuncia la idea de procurar la paz, reconciliando á los partidos, cuando ya se procede á indicar que para ello es necesario sacrificar al clero con su causa, como el obstáculo mayor que puede frustrar la realizacion de tan bello pensamiento. Esto es lo que se palpa en el párrafo que á continuacion sigue, y que trascribimos literalmente para que todo el mundo véa y palpe los motivos que nos impulsan, y aprecie debidamente la solidez de nuestra defensa.

"Creo excusado, dice, manifestar á V. E. que el gran obstáculo opuesto á un Gobierno liberal y constitucional, es el gran poder y riqueza de la Iglesia, cuyas bases son buenas, como fundadas por el Salvador del género humano; pero vuestro clero no sigue las sendas que él le trazó; sus ojos están ciegos, porque sus hechos son malos y se complace en ellos; no se reformará por sí solo, porque tendria que renunciar á sus placeres mundanos; mantiene voluntariamente á su rebaño en las tinieblas y en la ignorancia para que no vean sus pasos."

Para no confundir en nuestra defensa esta multitud de cargos á cual mas grave que se hacen á la Iglesia, haremos á propósito de cada uno las observaciones convenientes.

§. I.

EL PODER Y LA RIQUEZA DEL CLERO.

¿Cuál es este poder y esta riqueza de la Iglesia, que figuran como el principal obstáculo á un Gobierno liberal y constitucional? ¿Es el poder espiritual que ella tiene para cumplir la mision que recibió del Salvador del mundo? ¿Es la propiedad suya que adquirió legítimamente, que ha poseido con derecho, defiendo con justicia, administra con fidelidad y aplica á sus debidos objetos? Bien está: pero entónces dígase que el gobierno á quien sirve de obstáculo es, no liberal y constitucional, sino tiránico y destructor, porque tiende á sacudir un poder espiritual que á ninguna institucion legítima se opone, y á destruir una propiedad sagrada cuyo derecho es indisputable. ¿Se trata, empero, de un poder político, de una propiedad usurpada? Exhíbanse, pues, las pruebas de semejante calumnia, y no se propaguen con tanta ligereza especies á todas luces falsas, y en abierta contradiccion con los mas ilustres hechos.

Pero es necesario descender á un exámen mas pormenorizado, para que todo el mundo vea y palpe toda la falsedad y absurdo de semejante concepto: es necesario manifestar que la riqueza de que se trata, ni es del clero, ni cede en gran provecho suyo, sino que es de la Iglesia, y léjos de haber podido figurar jamas como un obstáculo para un Gobierno liberal y constitucional, ha prestado á la sociedad y al Gobierno en todos tiempos los mas importantes servicios, que no pueden desconocerse sin torpeza, ni olvidarse sin ingratitud.

Es una cosa digna de los mayores elogios y verdaderamente admirable ese cuadro que el clero mexicano presenta cuando con tal energía y abnegacion y á costa de tantos padecimientos defiende la propiedad de la Iglesia: porque aquí se ven figurar en primer término dos grandes objetos: primero, el vigor y decision de la defensa; segundo, el desprendimiento mas ilustre por las relaciones de los intereses defendidos con los personales del clero.

Si en otras naciones el despojo universal de la Iglesia ha traido consigo la ruina de la subsistencia material de una parte del clero, porque cuantiosas sumas se destinaban á pensiones, beneficios y otros provechos personales, justos, convenientes y benéficos; en México por lo general sucede otra cosa, pues los ménos favorecidos por la cuantiosa renta de la Iglesia son los mismos eclesiásticos. En efecto: los capitales los aprovechan indistintamente para sus giros los mismos seculares que los reportan, y el rédito, cuya mayor parte pertenece á capellanías de sangre, le disfrutan multitud de familias, y no precisamente los eclesiásticos. En una de nuestras exposiciones hemos tenido que tocar este mismo punto, y por un cómputo aproximado, manifestámos que el interes de cada eclesiástico es á cada capital como un centavo de peso á la suma de cuatro mil, y esto cada año: cálculo mui bien fundado, que basta para mostrar todo el ridículo de esas declamaciones gastadas y malignas con que se pretende atribuir á motivos de interes el empeño con que defendemos contra todos los ataques la justa y sagrada propiedad de la Iglesia.

Pero no nos detengamos aquí, pues las mismas leyes que, ya en tiempo del Sr. Conmonfort, ya en esta última época, se han dado por las autoridades de Ayutla para despojar á la Iglesia, entónces de un derecho de propiedad y despues de la tenencia y goce de sus bienes, son una brillante prueba de los nobles motivos que han dirigido la conducta de las autoridades eclesiásticas en su defensa canónica, y ponen á toda luz el desprendimiento de la respetable clase calumniada.

La lei de 25 de Junio prescribia únicamente la enagenacion de las fincas eclesiásticas; pero dejaba en poder de la Iglesia los derechos hipotecarios por el valor de las fincas adjudicadas, y el uso libre de toda la renta. Si el clero, como se pretende hacer creer, estuviese dominado por el apego á los intereses del mundo, ¿no es cierto que habria procurado á toda costa salvar estos intereses, sin que le causase mayor pena la suerte que corriesen los principios? ¿No es cierto que el carácter de aquella administracion, la fuerza con que contaba, la fortuna con que habia logrado destruir casi todas las oposiciones, hacian mas que probable la imposibilidad física del resarcimiento, una vez consumados los hechos? ¿No es cierto que, aun prescindiendo de esta consideracion, y aun supuesta la caida de aquel Gobierno, habia sobrados motivos para temer no recobrar lo perdido, como lo acredita la historia de estos célebres despojos en otros paises del mundo? Esto supuesto, ¿cuál debió ser la conducta del clero en tal caso? La respuesta es mui obvia. Si el móvil de su proceder hubiera sido el interes y no la conciencia, las fincas y no los principios, se habria colocado bajo el influjo de circunstancias que no estaba en su mano cambiar, habria guardado silencio en la cuestion de conciencia y de principios, y encaminado su accion al objeto de salvar los intereses mismos. Aquella lei, señalando un término á los arrendatarios ó inquilinos para poderse adjudicar las fincas, disponia que si ellos dejaban correr el término sin adjudicárselas, perdiesen el derecho, y las fincas fuesen rematadas en hásta pública al mejor postor. Esta disposicion era un toque de bancarrota y saquéo, pues haciendo redundar los temores de conciencia de los que las tenian, en favor de los que no se cuidaban mucho de la moral, abria una puerta mui franca para convertirse en grandes propietarios á los que no habian contado hasta entónces ni aun con lo indispensable para subsistir. Era claro que, cayendo en manos de estas personas las fincas, todo seria perdido: cosa tan cierta, que aun el mismo Gobierno de Ayutla se desesperaba ya con estos nuevos propietarios, pues ni aun la alcabala de los remates podia conseguir. Si pues el clero hubiese estado poseido solo del interes, ¿cuál debió ser su conducta, y más cuando se trataba de un interes tan legítimo y justo, de una propiedad tan sagrada, de un toque de saquéo que iba á producir una ruina universal? Proteger á los arrendantarios é inquilinos contra los rematadores, facilitándoles la adquisicion de las fincas, porque de esta suerte la pérdida hubiera sido infinitamente menor. Ahora bien: ¿qué hizo la Iglesia mexicana? ¿qué dijeron todos sus Prelados sin discrepancia ninguna? ¿cuál fué la regla de conducta que en aquellos tiempos trazaron á los ecle-

siásticos y simples fieles? Héla aquí: "Sálvense los principios y la conciencia, aun cuando se pierdan todos los intereses." Esa lei es atentatoria bajo todos aspectos contra la propiedad mas sagrada, cual es la eclesiástica; no puede obsequiarse sin incurrir en las mas terribles censuras; y en consecuencia, por grandes ventajas materiales que resulten de las adjudicaciones hechas en favor de los actuales arrendatarios ó inquilinos, nadie puede usar este sacrílego derecho, sino que debe perderlo todo y sufrirlo todo ántes que declararse contra Dios en esta guerra que se ha declarado á su Iglesia." De hecho, al correr por todas partes tan autorizada voz, empezaron á sentirse sus efectos; las subhastaciones se multiplicaron tanto, que fuéron por mucho tiempo un escándalo asqueroso y continuo: hombres que no tenian la mitad de un peso, aparecieron á poco casi millonarios; y la Iglesia, que resintió el efecto de su concienzuda oposicion del modo mas absoluto, pues ni aun los réditos quiso percibir por no ser inconsecuente con sus principios, tuvo la resignacion que siempre ha tenido al sufrir los golpes de una mano sacrílega. ¡Tal fué la conducta del clero! Y afortunado él si, habiendo parado todo el sufrimiento en esta ruina desastrosa, no hubiera sido él mismo arrastrado por la corriente devastadora. Mas fué público y universalmente notorio que al saqueo de las propiedades sucedió la mas odiosa persecucion á las personas: Obispos desterrados, Gobernadores de Mitras arrastrados á las prisiones y pasados por lista, párrocos fiscalizados, y todo en contínuo movimiento. ¿Este es el apego á los intereses del mundo? ¿esta es la regalada vida de placer, la moral corrompida y las demas divisas que nos pone el Sr. Aldham? Adelante.

La administracion Conmonfort, comprendiendo mui pronto las dificultades consiguientes á la lei de 25 de Junio, que, colocando á los ciudadanos entre el interes y la conciencia, no podia ménos de orillar á la sociedad á una crísis peligrosa, escogitó un medio de prevenir el mal, permitiendo al clero las ventas convencionales libres, para que, figurándose á salvo de toda coaccion civil, pudiese prestarse á las enagenaciones sin el peligro de contrariar sus principios. La red estuvo bien tendida; pero es preciso confesar que sirvió únicamente de acrisolar mas y mas el sublime desinteres del clero mexicano. Verdad es que el reglamento de 31 de Julio, aunque no destruia enteramente la coaccion, producia sin embargo un desahogo *sui generis* mui parecido á la libertad. Supóngase ahora, no que el clero estuviese dispuesto á sacrificar los principios en las aras del interes, sino que su desprendimiento no le impidiese apetecer y aprovechar una coyuntura plausible para libertarle con buenas razones de defensa en la cuestion de principios: ¿no era esta la oportunidad para salvarlo todo y con ventaja? Y decimos *con ventaja*, por ser notorio que en aquel tiempo la mayor parte de los arrendatarios ó inquilinos nos hacian excelentes propuestas para inclinarnos á las ventas convencionales, á fin de salirse de la alternativa en que se hallaban, de salvar sus intereses á costa de la conciencia, ó al contrario. ¿Y qué hizo entónces el clero? ¿Qué hicieron los Prelados de la Iglesia? ¿Aceptaron acaso la coyuntura que el reglamento les presentaba? ¿Cuál fué en lo general nuestra conducta? "Piérdanse los intereses, deciamos, ántes que los principios: esa pretendida libertad del reglamento es una falacia, una red, un medio astutamente calculado para encadenarnos de una manera mas suave á la lei protestada y resistida." ¿Es esto apegarse á los intereses, empeñarse en salvarlos á toda costa? ¿Los intereses mismos, bajo el influjo de tal conducta, figuran como obstáculo para la subsistencia del Gobierno? Porque es necesario ser claros y categóricos: supóngase que el clero, hostil al Gobierno de entónces, hubiese concebido el intento de derrocarle: ¿esto con qué se hace? ¿con principios ó con dinero? En otra época de la historia, la solucion habria podido tal vez darse en el sentido de los primeros; pero hoi dia que todo se reduce á lo que se llama positivo; que las mejoras materiales son el todo, y las morales nada; que hasta la diplomacia misma se ha hecho comercial, para limitarnos á la frase mas delicada, ¿con qué se hace la guerra? con dinero: ¿con qué se inicia y sostiene una revolucion? con dinero: ¿con qué se hace caer á un Gobierno? con dinero. ¿Qué diremos, pues, de una clase, cuya conducta está refundida en este lema: "piérdanse los intereses, venga la última pobreza, mendiguemos el pan de puerta en puerta primero que sacrificar nuestros principios y nuestra conciencia?" ¿Qué juzgar de esto, volvemos á decir? ¿qué los bienes de la Iglesia son el obstáculo para el establecimiento del Gobierno liberal y constitucional? ¿qué esta riqueza de la Iglesia la coloca en la categoría de un poder formidable contra otro poder? ¿qué el clero triunfa porque puede, puede porque tiene, y tiene porque á toda costa salva y conserva la riqueza que administra? Al contrario: á la vista de un derroche ya casi consumado, de un incendio que casi lo ha devorado todo, de una miseria ostensible en cada lugar, como las torres de sus templos, ¿no seria mas cuerdo, racional y juicioso decir que la Iglesia es saqueada, su clero perseguido, su moral atacada, su existencia social enteramente destruida, sin embargo de su poder espiritual y de la cuantiosa renta que ha tenido en sus manos, precisamente porque, fiel á su mision, consecuente con sus principios, jamas ha que-

rido iniciar revoluciones, sostener guerras, servirse de sus riquezas ni aun contra los mas jurados enemigos de su institucion, de su doctrina y de sus derechos? ¿Dónde están las riquezas del Obispado de Michoacan? ¿Dónde las bellezas monumentales que decoraban la primera de sus basílicas? ¿Dónde las reliquias augustas de la munificencia religiosa y la piedad antigua? ¿Qué suerte ha corrido en esas manos vandálicas el mismo Santo de los Santos por el delito de reposar en una custodia de oro?.... ¡¡Bárbaros!! si no respetáis la fe, respetad la civilizacion, ó por lo ménos los principios que proclamáis: si no creeis vosotros que esos templos sagrados y escarnecidos estaban consagrados con la Presencia real de Jesucristo, nosotros sí lo creemos: respetadnos, pues, ya que venís proclamando la *libertad* y la *tolerancia* religiosa, y no nos propongáis por modelos de humanidad, civilizacion, adelantos y verdadero cristianismo á esos monstruos sin nombre, que lucen sobre su frente, con el anatema de la Iglesia, el oprobio de la civilizacion.

Antes que el Sr. Juárez hubiese expedido sus decretos despojando á la Iglesia de todos sus bienes, se habian dado ya otros pareciales facilitando á los tenedores de los capitales el redimirlos con un ocho ó diez por ciento de exhibicion, y aun estas mismas operaciones se les han propuesto despues de la ley de Veracruz. Ahora bien: supóngase que el clero, siempre atento á salvar los intereses, hubiese querido aprovechar estas ventajas, para lo cual habria sido bastante que guardase silencio y escogiese opiniones suaves en favor de los tenedores de los capitales, fundándose para ello en la misma coaccion que les imponia la ley: ¿no habria por ventura decidídose por este medio, y tanto mas, cuanto que lo que pretendiese salvar era una propiedad mui sagrada, mui necesaria y universalmente benéfica? Si, y el paso habria sido tan seguro, que casi nada hubiera perdido con solo no manifestar su celo? ¿Y qué sucedió? Habló el Episcopado mexicano, habló á tiempo, habló el clero, habló alto, habló con una solemnidad única en la historia de los conflictos de nuestra Iglesia con la autoridad civil. Dígalo nuestra *Manifestacion al Venerable clero y fieles de nuestras respectivas Diócesis, y á todo el mundo católico* expedida el 30 de Agosto último: esa defensa lo dice todo, y si el Sr. Aldham la hubiese conocido y examinado con imparcialidad, estamos seguros de que nos habria juzgado de otra manera. Pero volvamos al célebre cargo fundado en el carácter de obstáculo con que se presenta la propiedad de la Iglesia: veamos nuestra decantada solicitud para salvarla de este último conflicto; veamos nuestro pretendido empeño para conservarla como un importante medio de impedir el establecimiento de un Gobierno liberal y

constitucional; veamos nuestra habilidad para aprovechar la disposicion en que se mostraban muchos de sacrificar el ocho ó diez por ciento, para salvarle sus intereses á la Iglesia: medio tan eficaz, que con solo prescindir de dos años de rédito, ni un centavo se habria perdido de los capitales. Pues bien: en nuestra citada Manifestacion se encuentra una declaracion terminante á este propósito, que á la letra dice:

"*Décima.*—Para precaver en los fieles los peligros de una falsa conciencia, les hacemos saber que por ningun motivo, *ni aun el de salvarle á la Iglesia sus bienes*, les es lícito cooperar al cumplimiento del dicho decreto, ni entrar en los arreglos que propone, ni aceptar las conveniencias que ofrece: que *la Iglesia repele como cosa indigna esta falsa piedad*, y prefiere, sobre la conservacion de sus intereses, la inmunidad de sus principios y la pureza de su doctrina."

Y ha sido tan á propósito esta conducta, para que la propiedad eclesiástica no deje de presentarse como un obstáculo insuperable para el establecimiento de un Gobierno liberal y constitucional, que los mismos hombres de Ayutla, los liberales constitucionalistas, los autores de tantas leyes expoliatorias, aprovechándose de esta conducta pasiva de la Iglesia, de este rigor inflexible por sostener los principios de la moral aun á costa de los intereses, todo lo han conseguido: se han echado sobre las fincas, han hecho redimir capitales, han despojado de ellos á sus legítimos tenedores en castigo de su resistencia, para que otros rediman con calidad de denunciantes: todo lo han cogido; capitales, fincas, diezmos, riquezas de los templos, y esto con la autoridad de una constitucion que consigna la propiedad entre las garantías, y como prueba de la libertad que afectan defender. ¿Qué resulta de aquí? que los bienes de la Iglesia, los cuales para el Sr. Aldham son el mayor obstáculo para el establecimiento de un Gobierno liberal y constitucional en México, léjos de tener semejante carácter, han sido arrebatados por los hombres de este gobierno mismo, y están ya dilapidados. Podriamos, pues, decir al Sr. Aldham: "¿Dónde está el enemigo formidable que señaláis con el dedo como una fuerte oposicion á tal Gobierno? Es enemigo ya vencido, derrotado, confiscado, anonadado: ya no hai tales riquezas, ya no hai tales tesoros: todo acabó á manos de ese Gobierno mismo, todo lo ha hecho él servir al triunfo de su causa. Si hubiéseis hablado así algunos años ántes, quizá vuestros discursos hubieran tenido alguna apariencia; pero habláis mui tarde, habláis hoi, que ya concluyó todo: habláis de opulencia en una casa saqueada é incendiada, de riquezas donde no hai mas que despojos sufridos, de tesoros eclesiásticos donde no hai mas que templos cerrados,

porque se carece aun de lo mas indispensable para el culto, de riqueza del clero donde no hai mas que eclesiásticos errantes mendigando el pan: ¡idealismo terrible, que solo puede servir para estimular los últimos restos de una saña que se ha cebado mui mucho en la sangre de su víctima, y habria concluido ya, si no fuera insaciable! Habláis tarde, Sr. Capitan, volverémos á decíroslo, señalando un enemigo que ya no existe.

Pero concluido el adversario, subsiste su historia, que es, no la de una oposicion armada contra un Gobierno liberal y constitucional, sino la de una institucion benéfica, humanitaria y filantrópica como vosotros decís. A nadie ha hecho mal nunca, y esto le bastaria para defenderse, con derecho de tantos golpes; pero seria poco decir, pues debe añadirse para honra y gloria de la caridad cristiana, que vivió haciendo el bien. Estaba reservado para esta época de locura y frenesí acabar con este último recurso que á México quedaba, destruirlo todo con la daga de la libertad, bajo los auspicios de una constitucion, en el sentido del progreso y á nombre de la civilizacion. Si esos intereses sagrados fructificaban poco para el personal del clero, eran la vida de muchas instituciones benéficas, de muchos giros honestos, un grande elemento de impulso para todos los giros en este pais, ántes rico y hoi miserable, que desfallece de consuncion.

Cuando todavía no se habia descargado el último golpe sobre estos intereses, deciamos á uno de los principales personajes que figuran en el Gobierno constitucionalista, con el intento de recordar ideas olvidadas y despertar sentimientos que nunca debieran extinguirse. "Verdad es que la Iglesia no tiene por objeto principal producir bienes meramente temporales, como los del comercio, la agricultura, la industria; pero, ¿es extraña del todo á la produccion de estos mismos beneficios? ¿De quién son los capitales que con una pension módica sirven al agricultor para sus haciendas, al comerciante para sus negocios, al empresario para sus giros? De la Iglesia. ¿De quién son las cuantiosísimas cantidades que se invierten en la educacion primaria y secundaria de la juventud, en los Colegios de ambos sexos? de la Iglesia. ¿Dónde están las arcas que expensan el pan que consume el pobre? en la Iglesia. ¿Quién paga toda la lista de empleados, desde los facultativos hasta los últimos dependientes, en los hospitales abiertos á la doliente humanidad? la Iglesia. Pudiéramos, pues, aspirar los que tenemos la honra de defender una causa como ésta, pudiéramos aspirar, digo, á que se reconozca en la Iglesia, aun en el órden temporal, á la clase productora por excelencia; no porque cultive la tierra, sino porque reparte sus frutos; no porque tenga giros mercantiles, sino porque favorece los que existen; no porque cuente talleres, sino porque impulsa los que hai, consumiendo los artefactos y prestándoles auxilios; no porque merced á sus especulaciones se presente como un gran propietario que trabaja para sí, y cuando mucho para una familia, sino porque, fiel á su mision de producir el bien, se sirve de lo temporal, cuanto es preciso para las necesidades mas imperiosas de la vida, y dedica lo demas á los importantes objetos de su destino."

§. II.

EL CLERO Y SU MINISTERIO.

De los bienes de la Iglesia pasa el Sr. Aldham á la personalidad del clero, poniendo en contradiccion las bases de la primera con la conducta del segundo. De aquellas dice que "*son buenas como fundadas por el Salvador del género humano; pero vuestro clero*, añade, *no sigue las sendas que él le trazó.*" Es necesario poner en claro esta idea. El protestantismo aparece aquí vergonzante al través de una concesion que no enuncia la divinidad de orígen, sino con la reserva de la táctica y la desconfianza del medio. Confúndese aquí al hombre con el ministro, échase mano de las cualidades de la naturaleza humana, que no sirvieron de obstáculo á Jesucristo para encargar á hombres el cuidado de su Iglesia, con el fin de herir en su base misma la Institucion católica; lo cual en lo especulativo es un absurdo y en lo práctico una alevosía. El clero, á quien este Señor supone gozando placeres vedados, al abrigo de una impunidad indisputable, no es así: el clero mexicano es un objeto de compasion por sus grandes padecimientos: no hai una parte de la República, gobernada por los hombres de la constitucion y de la libertad, en que los eclesiásticos respiren en paz. El odio los señala como víctimas de derecho, la malignidad como conspiradores de hecho, la codicia rapaz como efectos de aforo, poniendo á precio sus vidas, la impiedad, como fanatizadores hipócritas, las autoridades como perturbadores del reposo público, y todos los de ese gremio, como piedras de escándalo que es indispensable destruir. Este es el camino que anda el clero, estos los senderos que señalan con sus pasos mil víctimas inocentes.

¿Y por qué tan constante y horrible padecer? ¿por qué someterse al influjo de una situacion tan crítica, bebiendo hasta las heces el caliz de la tribulacion? Seguramente por falta de luz y de virtud,

á lo ménos á juzgar con la mente del señor Capitan; pues hablando de tan respetable como atribulada clase, dice: *"sus ojos están ciegos, porque sus hechos son malos y se complace en ellos.* ¿Qué ven, pues, los ojos de nuestro clero para descubrir los caminos por donde debe andar? El Evangelio y los cánones: nubes impenetrables, que adaptadas á sus dos ojos, les roban esa inmensa luz que han despedido como soles Lutero, Calvino, Pedro Bayle, Voltaire y comparsa enciclopédica, Furrier, Prudhome y comparsa socialita y comunista, &c., &c. ¡Pobre clero! y lo peor de su situacion es que, apasionado de su oscuridad, preferiria la muerte sobre el esplendor magnífico de tan brillantes luceros.

Pero hai todavía mas, porque no solo sus ojos están ciegos, sino que *sus hechos son malos y se complace en ellos.* ¿Cuáles son sus hechos? No aprobar el perjurio constitucional, ni autorizar el robo sacrílego, ni aceptar como matrimonio el amancebamiento civil, ni otorgar á oficiosas y sacrílegas leyes el respeto que se debe á los cánones, ni reconocer en el Supremo Gefe del Estado la fuente del poder espiritual, ni abusar del ministerio absolviendo á indignos, ni recibir adscripciones eclesiásticas para el ejercicio del ministerio sagrado de Gobernadores convertidos en Obispos, y Prefectos en Provisores; en fin, el colocarse en el lado del dogma contra la herejía, de la unidad contra el cisma, de la verdad contra el error, de la justicia contra la iniquidad, de la moral contra el desenfreno, del honor contra la infamia, del derecho contra el hecho, de los principios contra los absurdos, del bien contra el mal. Por desgracia, ó por designio providencial, que no sabrémos decirlo, de ese caos inmenso de oscuridad y abismo de corrupcion, en que desfallece aletargado por el placer como sibarita la totalidad del clero mexicano, se ha desprendido uno que otro en mui imperceptible número, cuyos ojos ven y cuyos hechos no son malos: algunos desgraciados ministros, que volviendo las espaldas á Jesucristo y su Vicario, abandonando á sus Pastores y Prelados, han seguido las inspiraciones de los perseguidores de la Iglesia: aquí están los que ven claro y obran bien.... Nada dirémos de estos desgraciados, porque les basta su infamia, y el dolor de su extravío hace desfallecer la voz en nuestros labios; pero ese funesto ejemplo, que parece de propósito para que resalte la unidad con que llena su mision un clero tan ilustre, dígase lo que se quiera, como el de México, deberia ser mas competente, para hacer enmudecer la calumnia, que la dialéctica de Aristóteles y la elocuencia de Ciceron.

En vista de lo dicho todo el mundo palpa que el clero mexicano, léjos de hallarse en la situacion en que se le pinta, complaciéndose

en hechos malos, sufre la mas horrible persecucion, y esto precisamente por sostener las bases que el Salvador puso á su Iglesia misma, por seguir el sendero que le dejó trazado, por decir á las autoridades que le llaman al cisma con leyes contrarias á la autoridad de la Iglesia, lo mismo que los apóstoles á los magistrados de entónces en casos semejantes: *No nos es lícito obedecer á los hombres ántes que á Dios.* En vano se pretende poner en oposicion el Ministerio católico con las bases de la Iglesia: en vano se intenta sostener que aquel se ha apartado, en clase de tal, de las sendas que le dejó trazadas el Salvador del mundo. Las bases de la Iglesia están representadas en sus notas ó caractéres, y miéntras el clero se halle colocado dentro de la unidad, consagrado a sus funciones augustas, santificando con su ministerio al pueblo fiel, incorporado en la sociedad universal que constituye el catolicismo, eslabonado en esa cadena que comenzó Jesucristo en los apóstoles, para que estos vivieran en todos sus sucesores, reconozcan y obedezcan al Sumo Pontífice como Vicario de Jesucristo y Cabeza visible de la Iglesia, no se puede afirmar sin error, sin herir el dogma, sin desquiciar la institucion católica, sin pervertir la verdadera doctrina, que el clero no sigue las sendas que le dejó trazadas el Salvador. Esta es la cuestion, y no es otra: con esto se debe argüir, y no con los pecados que, como hombres expuestos á todas las tentaciones, pueden cometer los ministros de la Iglesia.

Dejemos á los fariséos de nuestro tiempo escandalizarse con la paja que ven en el ojo de su hermano, sin hacer alto en la viga que carga sobre el suyo: dejémosles poner á los ministros del Santuario por condicion de reconocimiento vida de angel, naturaleza excepcional, inmunidad absoluta de toda clase de pecados: dejémosles ocurrir en tropel presentando víctimas para que sean apedreadas; y miéntras ellos arrojan la primera piedra, despues de poner la mano en su corazon y buscar inútilmente un pequeño lunar que manche la conciencia, digámosles con el derecho que la verdad inspira: Abandonad las calumnias, y buscad los argumentos; dejad ese idealismo en que no creéis, para venir al fondo de lo que disputáis.

¡Desdichada Iglesia, infeliz religion, y malhadada obra de Jesucristo, si para que saliesen triunfantes en la cuestion de la legitimidad y del derecho, fuese necesario que los ministros no fueran hombres, ó que siéndolo, fuesen impecables, ó que siendo pecables, no pecaran de hecho! No: la institucion es otra cosa: sus bases son incontrastables, su vida inaccesible á las vicisitudes del mundo moral: obra de la Sabiduría infinita que la concibe, de la Omnipotencia que la realiza, y de la gracia que la sostiene, verá fluctuar todas

las instituciones humanas, levantarse y acabar todas las tempestades, pasar los siglos con sus revoluciones diversas; y cuando Dios haya pronunciado el *hasta aquí* del órden transitorio, quedará en pié dominando todos los escombros de los siglos.

La institucion católica no es el Padre N. ó el Padre Z. con sus virtudes ó con sus vicios, con su talento ó incapacidad, con su sabiduría ó ignorancia, sino la mision que se desprende de los labios de Jesucristo al instituir el Apostolado, al otorgar al Sacerdocio la delegacion del poder omnímodo que reside en su Persona, para que predicase el Evangelio á toda criatura, para que fuese maestro de la moral, ministro de los sacramentos, juez de la conciencia, depositario de las llaves que abren ó cierran el cielo. La institucion está en sus dogmas, en su lei, en su culto, en sus sacramentos, en su ministerio, en su gerarquía: es hoi lo que fué desde el principio y lo que será siempre; no es mas ni ménos que cuando el cristianismo pasaba por los siglos de oro, cuando la sangre de los mártires multiplicaba los troféos de la Cruz, cuando los anacoretas habitaban las inacesibles grutas, y cuando las vírgenes hacian florecer los desiertos. No hai época ninguna en que los sacerdotes hayan sido impecables, en que la Iglesia de Jesucristo haya dejado de llorar las faltas de algunos de sus ministros y recurrir á la santa severidad de la disciplina para corregir á los culpables; pero tampoco puede citarse una sola en que las faltas personales de los ministros hubiesen servido de argumento contra el ministerio, ni mucho ménos contra la institucion, en que se haya dudado sobre los efectos de su ejercicio, desconfiando de la absolucion que pronuncia un sacerdote, ó de la misa que celebra, ó del Evangelio que predica, por los pecados que cometa. Concluyamos: valerse de las cualidades de la naturaleza contra el carácter del ministerio y la subsistencia legal de la institucion, es, volverémos á decirlo, es en lo especulativo un absurdo y en lo práctico una alevosía.

§. III.

EL CLERO Y EL PUEBLO.

Digamos ahora una palabra sobre la grosera calumnia, de que "el clero mantiene voluntariamente á su rebaño en las tinieblas, y en la ignorancia, para que no vean sus pasos."

No es nueva esta calumnia: es tan vieja como el cristianismo y sus enemigos, tan universal como la Iglesia: es de todos los siglos y de todos los paises: mil veces repetida y otras tantas rechazada, tenaz como la contumacia del fanatismo, y torpe como la desvergüenza, gastada pero siempre en uso, anonadada por la verdad y por la historia, pero siempre rejuvenecida por la herejía y las pasiones. Hále llegado á México su turno, esto es todo; y por una maravillosa coincidencia la voz de alarma brota de un buque inglés á las playas de una nacion católica. Nueva Belen del reino anticatólico, la Inglaterra está en todas partes con sus biblias adulteradas, su propaganda infatigable, dispendiosa y estéril, y su vieja rabia antipapista. ¿Qué extraño es, que lo que no habia conseguido aquí, mediante la difusion de sus libros, lo procurase al abrigo de una revolucion y con el carácter de mediadora? Pero volvamos al clero.

Este no ha dejado nunca de ser en México, lo mismo que en todas partes, predicador de la verdad, agente de la virtud, médico de las pasiones, atalaya contra los vicios; no ha mentido á los títulos augustos con que le presentaba el Salvador cuando decia: "vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo." Si la herejía protestante y la malignidad incrédula sondea el campo de las miserias humanas para encontrar allí armas sofísticas contra la institucion católica; la historia de la civilizacion del Nuevo mundo, señalando las huellas que ha dejado impresas el apostolado católico, los muchos ó ilustres monumentos que descuellan en todas partes, y aun las ruinas venerables que tienen todavía voces para desmentir la calumnia, dirán á todos los amigos de la verdad y la justicia: "ved aquí la obra del clero católico." Él templó la ferocidad de los conquistadores, él abogó constantemente ante los reyes por los pueblos oprimidos, dió las primeras inspiraciones y luces á esos códigos excepcionales de proteccion y amparo para las tribus indígenas. Él afrontó las dificultades inmensas de convertir y civilizar á pueblos bárbaros y salvajes. Reuniólos á todos en torno de una Cruz de madera, como signo de esa unidad sublime que trajo al mundo la Redencion. Con una paciencia heroica sacaba de este madero y distribuia en aquellas masas día por día y hora por hora pequeñas chispas, digámoslo así, que al cabo de algunos lustros formaron en cada inteligencia un foco de luz, y en cada corazon un fuego de amor, que no tardaron en sorprender al mundo con el espectáculo sublime de una nueva gentilidad convertida. Hé aquí la primera página del oscurantismo clerical.

En seguida el clero trabaja infatigablemente por dar incremento y estabilidad á su grande obra, y para conseguirlo, sacando el mayor partido de su corto número, se distribuye en el nuevo pueblo para prodigarle todos los auxilios del ministerio pastoral, todas las lu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ces de la fe y todos los socorros de la gracia. Miéntras los nuevos Obispos empiezan á coordinar los elementos de todo género con que por entónces se contaba, para formar las nuevas diócesis, atendiendo por una parte al bien espiritual con la ordenacion de ministros dignos, y por otra al bien temporal con la vigilancia y el socorro que demandaba la situacion de las tribus indígenas, los misioneros andaban de contínuo por todas partes trabajando en convertir y civilizar á tantas tribus salvajes. Hombres acostumbrados al trato y á la comodidad del antiguo mundo, se sujetaban á todas las penalidades y privaciones de un pais bárbaro y recientemente conquistado, á la inclemencia de las estaciones, al desabrigo de los lugares, á la tosquedad de los alimentos y á las fatigas de una vida errante por los bosques; y merced á este infatigable trabajo, á este celo heroico, á esta constancia, que sin la gracia seria imposible, á pocos pasos del tiempo se admiró ya en este pueblo el interesante cuadro de la vida social. Instituyóse la familia gobernándose por el código divino, se dió gran incremento y estimacion á la propiedad, impulsando y moralizando el trabajo, se estableció tal armonía entre la subordinacion y el mando, entre la vida individual y social, mediante la accion religiosa y moral del clero, que por cerca de tres siglos presentaba este extensísimo pais en el movimiento de su vida social el cuadro encantador de una familia. Hé aquí la obra del ministerio católico y la prueba histórica de que el clero mexicano no ha mantenido intencionalmente á su grei en la oscuridad y en la ignorancia, como lo ha dicho el Sr. Aldham.

Durante todo este dilatado tiempo, la educacion y enseñanza estuvo á cargo del clero casi tan exclusivamente, que fuéron rarísimos los establecimientos civiles, y aun éstos estaban regentados por eclesiásticos. Infiérese de aquí rectísimamente, que toda la ilustracion que ha habido en México en el dilatado periodo de tres siglos, es el reflejo de la luz difundida por el clero en toda la sociedad; que la instruccion religiosa, los conocimientos morales, los hábitos de órden y aun las artes, son obras del clero; que todos los hombres distinguidos por su ilustracion y saber, así en el estado eclesiástico como en el secular, deben al clero su educacion y su doctrina, pues todos ellos han salido de sus colegios.

Hé aquí un hecho público, notorio, constante, antiguo, que no puede ponerse en duda sin renunciar hasta la racionalidad. El Señor Capitan está, pues, en la alternativa indeclinable de sostener que México en sus tres siglos de civilizacion, es y ha sido constantemente un pueblo de hotentotes, desde el primero hasta el último de sus habitantes, ó de recoger su odiosa calumnia, de que el clero católico de México "mantiene á su rebaño en las tinieblas y en la ignorancia para que no vean sus pasos."

§. IV.

SOBRE LA IMPOSIBILIDAD EN QUE SE SUPONE AL CLERO PARA REFORMARSE.

Mas el Señor Capitan, léjos de contentarse con esto, añade, como para dar el segundo paso al establecimiento del protestantismo en México, que el clero "*no se reformará por sí solo, porque tendria que renunciar á sus placeres mundanos.*

¿Qué entiende aquí por *clero* el autor de la nota? ¿por ventura el gran cuerpo ministerial de la Iglesia católica? ¿ó acaso el conjunto de eclesiásticos de la República mexicana? En el primer caso, la suposicion envuelve una calumnia de proporciones inmensas, pues que acusa de corrupcion á todo el ministerio católico de la tierra, comenzando por el Papa y acabando por el último clérigo, y supone que ya ni hai leyes represivas, ni autoridades que las apliquen, sino al contrario, una complicidad universal en el crímen, que ha hecho desaparecer hasta las últimas esperanzas de reforma en la sociedad mas perfecta que han visto los siglos. Infiérese de aquí que en la Iglesia católica no quedan mas que los Libros del Nuevo Testamento; que no hai institucion; que todo está viciado; que ha desaparecido enteramente la disciplina, y que no hai medio ni recurso, ni elemento de ningun género en la misma constitucion de esta sociedad para marchar á sus fines por los caminos que le trazara el Salvador del género humano. Por consiguiente, que acabó la unidad, la catolicidad, la santidad y todos los caractéres de la Iglesia de Jesucristo. Porque es necesario colocar al que tal ha dicho, en una alternativa indeclinable: ¿La Iglesia, tal como está hoi, es de hecho una, santa, católica, apostólica, romana? Sí ó no. ¿Sí? Luego no hai el vicio de que es acusada: luego no hai esa gangréna que ya casi la tiene puesta en el sepulcro: luego no hai ese extravío de sus primeros caminos, ni esa imposibilidad para el régimen y gobierno moral de sus ministros: luego es falso de toda falsedad cuanto ha dicho á este propósito el Señor Capitan. ¿No? Luego ya no hai Iglesia de Jesucristo, y este Divino Fundador mintió en sus oráculos, cuando, al establecerla, dijo que "no prevalecería contra ella las puertas del infierno;" faltó á sus promesas, ó no ha podido cumplirlas, cuando dijo al cuerpo de los Pastores: "Yo estoi con vosotros todos

ces de la fe y todos los socorros de la gracia. Miéntras los nuevos Obispos empiezan á coordinar los elementos de todo género con que por entónces se contaba, para formar las nuevas diócesis, atendiendo por una parte al bien espiritual con la ordenacion de ministros dignos, y por otra al bien temporal con la vigilancia y el socorro que demandaba la situacion de las tribus indígenas, los misioneros andaban de contínuo por todas partes trabajando en convertir y civilizar á tantas tribus salvajes. Hombres acostumbrados al trato y á la comodidad del antiguo mundo, se sujetaban á todas las penalidades y privaciones de un pais bárbaro y recientemente conquistado, á la inclemencia de las estaciones, al desabrigo de los lugares, á la tosquedad de los alimentos y á las fatigas de una vida errante por los bosques; y merced á este infatigable trabajo, á este celo heroico, á esta constancia, que sin la gracia seria imposible, á pocos pasos del tiempo se admiró ya en este pueblo el interesante cuadro de la vida social. Instituyóse la familia gobernándose por el código divino, se dió gran incremento y estimacion á la propiedad, impulsando y moralizando el trabajo, se estableció tal armonía entre la subordinacion y el mando, entre la vida individual y social, mediante la accion religiosa y moral del clero, que por cerca de tres siglos presentaba este extensísimo pais en el movimiento de su vida social el cuadro encantador de una familia. Hé aquí la obra del ministerio católico y la prueba histórica de que el clero mexicano no ha mantenido intencionalmente á su grei en la oscuridad y en la ignorancia, como lo ha dicho el Sr. Aldham.

Durante todo este dilatado tiempo, la educacion y enseñanza estuvo á cargo del clero casi tan exclusivamente, que fuéron rarísimos los establecimientos civiles, y aun éstos estaban regentados por eclesiásticos. Infiérese de aquí rectísimamente, que toda la ilustracion que ha habido en México en el dilatado periodo de tres siglos, es el reflejo de la luz difundida por el clero en toda la sociedad; que la instruccion religiosa, los conocimientos morales, los hábitos de órden y aun las artes, son obras del clero; que todos los hombres distinguidos por su ilustracion y saber, así en el estado eclesiástico como en el secular, deben al clero su educacion y su doctrina, pues todos ellos han salido de sus colegios.

Hé aquí un hecho público, notorio, constante, antiguo, que no puede ponerse en duda sin renunciar hasta la racionalidad. El Señor Capitan está, pues, en la alternativa indeclinable de sostener que México en sus tres siglos de civilizacion, es y ha sido constantemente un pueblo de hotentotes, desde el primero hasta el último de sus habitantes, ó de recoger su odiosa calumnia, de que el clero católico de México "mantiene á su rebaño en las tinieblas y en la ignorancia para que no vean sus pasos."

§. IV.

SOBRE LA IMPOSIBILIDAD EN QUE SE SUPONE AL CLERO PARA REFORMARSE.

Mas el Señor Capitan, léjos de contentarse con esto, añade, como para dar el segundo paso al establecimiento del protestantismo en México, que el clero "*no se reformará por sí solo, porque tendria que renunciar á sus placeres mundanos.*

¿Qué entiende aquí por *clero* el autor de la nota? ¿por ventura el gran cuerpo ministerial de la Iglesia católica? ¿ó acaso el conjunto de eclesiásticos de la República mexicana? En el primer caso, la suposicion envuelve una calumnia de proporciones inmensas, pues que acusa de corrupcion á todo el ministerio católico de la tierra, comenzando por el Papa y acabando por el último clérigo, y supone que ya ni hai leyes represivas, ni autoridades que las apliquen, sino al contrario, una complicidad universal en el crímen, que ha hecho desaparecer hasta las últimas esperanzas de reforma en la sociedad mas perfecta que han visto los siglos. Infiérese de aquí que en la Iglesia católica no quedan mas que los Libros del Nuevo Testamento; que no hai institucion; que todo está viciado; que ha desaparecido enteramente la disciplina, y que no hai medio ni recurso, ni elemento de ningun género en la misma constitucion de esta sociedad para marchar á sus fines por los caminos que le trazara el Salvador del género humano. Por consiguiente, que acabó la unidad, la catolicidad, la santidad y todos los caractéres de la Iglesia de Jesucristo. Porque es necesario colocar al que tal ha dicho, en una alternativa indeclinable: ¿La Iglesia, tal como está hoi, es de hecho una, santa, católica, apostólica, romana? Sí ó no. ¿Sí? Luego no hai el vicio de que es acusada: luego no hai esa gangréna que ya casi la tiene puesta en el sepulcro: luego no hai ese extravío de sus primeros caminos, ni esa imposibilidad para el régimen y gobierno moral de sus ministros: luego es falso de toda falsedad cuanto ha dicho á este propósito el Señor Capitan. ¿No? Luego ya no hai Iglesia de Jesucristo, y este Divino Fundador mintió en sus oráculos, cuando, al establecerla, dijo que "no prevalecería contra ella las puertas del infierno;" faltó á sus promesas, ó no ha podido cumplirlas, cuando dijo al cuerpo de los Pastores: "Yo estoi con vosotros todos

los dias hasta la consumacion de los siglos;" y la humanidad, llamada por él mismo á incorporarse en su reino para salvarse, ha quedado constituida en la mas absoluta imposibilidad para ocurrir á este llamado, y en el horrible y fatal caso de ser eternamente desgraciada.

Si no se trata empero del clero en general, sino únicamente del clero mexicano, como parece darlo á entender la palabra *vuestro*, de que usa el autor de la nota, no por esto quedará mas airoso; porque reportará contra su asercion toda la notoriedad de hecho y todas las luces de un criterio bien aplicado.

El clero de toda una nacion es un cuerpo moral perfectamente organizado, porque lo está conforme á las reglas establecidas por la Iglesia. Su distribucion estrictamente canónica en obispados y provincias, la cadena de subordinacion que forma la gerarquía, la vigilancia de los Pastores, la extrema laboriosidad del ministerio, la naturaleza de las funciones ejercidas por los Obispos, Cabildos eclesiásticos, Párrocos y Ministros, la subordinacion de todo al Sumo Pontífice en la vasta economía de su Gobierno universal, el recurso libre que todos los fieles tienen al Santo Padre, para quejarse de todo aquello que demande un remedio extraordinario, y aun la fiscalizacion continua que, de tres siglos á esta parte principalmente, sufre el clero católico en todo el mundo, ya de los gobiernos, ya de la prensa, ya de muchos enemigos de la Iglesia, todo esto en buena crítica basta para conocer con las luces de la evidencia la imposibilidad, no de que el clero se reforme, como dice el Señor Capitan, sino de que llegue á un extremo de corrupcion tal que, ya su reforma sea imposible.

Es mui fácil vertir una proposicion general con todo el tono de la persuasion, calumniando á una clase entera, cosa mui comun entre los partidarios fanáticos de la reforma protestante, pero mui difícil y verdaderamente imposible probar lo que se dice, y esto sucede precisamente en el caso que nos ocupa. Para decir con tal énfasis que el clero mexicano no se reformará por sí solo, es necesaria una de dos cosas, ó carecer hasta de las luces comunísimas, con que cuenta cualquiera persona de mui mediana inteligencia, ó deponer hasta la vergüenza para hablar. La asercion del Señor Capitan envuelve las siguientes, con tal necesidad lógica, que si una sola faltase, esto bastaria para echarla por tierra.

¡El clero mexicano no se puede reformar por sí solo? Luego todo él está tan ciego, que no le ha quedado ni resquicio para descubrir la luz, y tan extremadamente gangrenado y corrompido, que no se halla en todo él una parte sana: luego todos los Obispos sin excepcion están envueltos en las tinieblas de la ignorancia y del error, y mortalmente contaminados por el vicio, no habiendo ni uno solo que sepa la verdad y ame la virtud: luego todos los seminarios eclesiásticos y universidades católicas de México, donde se han enseñado constantemente las ciencias, y de donde ha salido la luz y la verdad que han enriquecido la inteligencia de este vastísimo pais hace mas de tres siglos, no son otra cosa que tinieblas y muerte: luego esta corrupcion é ignorancia, sin embargo de ser tan grandes como la nacion mexicana, y tan antiguas como su civilizacion católica, y á pesar del comercio en que han estado la Europa y la América, ó no han podido llegar al conocimiento del Papa, ó habiendo llegado, no ha querido ó no ha podido Su Santidad remediarlo.

¿El clero mexicano no puede reformarse por sí mismo? Luego no tiene Gobierno ni administracion propia, sin embargo de su Episcopado, de su Curia, de su sistema de procedimientos siempre en accion, de las pruebas que exige para la colacion del órden y distribucion de los beneficios: luego no hai en él medio ninguno para estirpar los vicios, á pesar del celo de los Pastores para que se cumplan los cánones, de la infinidad de establecimientos eclesiásticos para la educacion y enseñanza, para la reforma de las costumbres y para la reparacion de todos los males morales; de esos asilos de la oracion, de esos lugares de retiro, esparcidos por todo el vasto territorio, sostenidos y expensados á gran costa, y en que por mas de tres centurias no han dejado un año solo de resonar sus muros respetables con los sentidos ayes de corazones contritos, como otros tantos ecos de la infatigable y persuasiva voz de los ministros de la palabra santa: luego las oraciones que millares de almas justas y santas dirigen todos los dias á Dios, son plegarias inútiles, y el sacrificio que todos los dias celebran los ministros del altar en la innumerable multitud de templos, es medio gastado: luego todo lo que se respeta y admira en el venerable cuerpo calumniado, no es mas que una apariencia: luego todo el clero mexicano es un vastísimo cuerpo ligado, no por la profesion de una misma fe y la subordinacion á una misma ley, sino por la complicidad mas compacta en el mal: luego no hai ni uno solo que conozca la verdad, ni uno solo que deteste el vicio, ni uno solo que corrija, lamente, ó siquiera denuncie el mal al Vicario de Jesucristo. ¡Admirable unidad del error! ¡maravilloso concierto del vicio! ¡arte prodigioso de sostener y encubrir al mismo tiempo la mas universal y escandalosa corrupcion! ¡Estupenda perspicacia la del Señor Capitan, que por sí solo, desde un buque de guerra y frente á una playa que acaso no tiene mui conocida, descubre, penetra, valoriza y pondera para el reme-

dio, lo que no se habia podido ver ó remedinar en mas de tres siglos, en toda una Nacion y por toda la Iglesia católica!

¿El clero mexicano no se reformará por sí mismo? Está bien; pero en este caso que le reforme el Papa, que le reforme Dios por los medios eficaces, divinos y permanentes que ha dejado en su Iglesia; pero esto es precisamente lo que no quiere el Señor Capitan. La reforma, segun el tenor y espíritu de su nota, debe venir de la misma potestad civil, debe venir como la de Inglaterra y Alemania, debe venir de la poderosa influencia del poder político en su apostasía, del ministerio laborioso de sacerdotes tan ortodoxos y virtuosos como Lutero y Calvino, y su bello ideal, su gran tipo es la reforma protestante de Inglaterra, es decir, y en esta parte debemos confesar que el autor de la nota es en gran manera consiguiente, y su aserto no puede ser ni mas lógica, ni mas verdadera: si los elementos de reforma deben ser extraños al poder, legislacion, administracion y régimen del clero católico, la reforma de que se trata és, no la reforma moral y cánonica del clero mexicano, sino su salida del gremio de la Iglesia verdadera, mediante la reforma protestante. Si lo que se busca es pues la reforma protestante, el Señor Capitan ha dicho bien, "el clero mexicano no se reformará por sí propio."

§. V.

SOBRE LA PRETENDIDA FALTA DE CRISTIANISMO EN MÉXICO.

La asercion de que este pais no es cristiano porque no florece, importa mas de un absurdo, si no se quiere reducir tal expresion al carácter de la mas necia vaguedad.

El cristianismo verdadero, es decir, la religion católica, apostólica, romana, tiene por objeto directo la virtud, y por fin último la felicidad eterna; pero léjos y mucho de hacer incompatible una y otra con los bienes legítimos del tiempo, los hace refluir abundante y magníficamente como vertientes infalibles de la creencia y de la virtud. Su historia de diez y ocho siglos es la mas constante prueba de esta infalible verdad práctica inculcada por el mismo Jesucristo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas (esto es, los bienes temporales) se os darán como por añadidura." ¡Magnífica y profunda síntesis de la universal, inmensa é inagotable fecundidad del catolicismo para producir todo linaje de bienes! El Señor Capitan debe aceptar esta prueba, pues que está fundada en las palabras mismas del Salvador, cuya divina autoridad reconoce y aun invoca. Pero, si quiere otra clase de oráculos, de aquellos principalmente que no infunden sospechas al siglo, oráculos de los publicistas filósofos, recuerde que Montesquieu, abismado en la consideracion de la fecundidad prodigiosa del cristianismo, dejó escrito: "¡Cosa admirable! la religion cristiana, que al parecer no tiene mas objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien la de esta."

El catolicismo, desde el establecimiento de la Iglesia hasta principios del siglo diez y seis, le habia dado al mundo todo lo bueno que poseia, es decir: no solamente la verdad religiosa y el código moral, no solamente la perfeccion del espíritu y espaciosos senderos para la felicidad eterna, no solamente la virtud, y la santidad, y ese heroismo de fe y abnegacion que no habia conocido, sino cuanto hai de digno y elevado, de concertado y permanente, de robusto y firme, de grande y fecundo para el bien, aun en el órden temporal. El catolicismo, "el clero católico, segun la concienzuda observacion de Laurentie, constituyó la sociedad moderna. Sin el clero católico no se hubiera conocido jamas en el mundo sino la dominacion de la fuerza." Despues de haber organizado el poder, organizó la libertad: crió, afirmó y sostuvo todas las garantías sociales, sin cuidarse mucho del lujo de la nomenclatura. El espíritu público y el gran Derecho de las naciones se desprendieron de sus pañales, digámoslo así, al caer en los brazos de la Iglesia. Las ciencias deben al clero sus grandes principios, su perfecta economía, sus trascendencias, su reincorporacion genealógica en el gran principio católico, sus aplicaciones prácticas y su criterio universal: las artes le deben su reaparicion en el mundo moderno sin sus defectos antiguos, su grande espiritualismo, sus mas felices inspiraciones, su materia inagotable y sus mas bellos y fuertes estímulos. Aun aquellas cosas que mas léjos están de la sagrada tribu, tienen tambien su génesis en el libro de su historia. La legislacion debe al clero sus códigos, la política su espíritu y su criterio, la magistratura sus garantías, y hasta la guerra las grandes modificaciones que han cambiado su estado: el reloj le debe su orígen, y la navegacion su brújula.

He querido colocar la cuestion en el siglo diez y seis, esto es, ántes de que naciese el protestantismo, para someter á la mejor prueba la asercion del Señor Capitan; pues no es necesario tener mui larga vista para descubrir en ella una vergonzante pero mui pretenciosa apología del protestantismo. Cuando nos habla de cristianismo verdadero, como fuente de prosperidad, para deducir de nuestra miseria presente que no somos cristianos, aborta un sofisma demasiado vulgar para que necesite mas amplia refutacion. Pero, en fin, si su

célebre cristianismo nació en el siglo diez y seis, ¿á quién atribuirémos, pues, los grandes beneficios que habia prodigado la religion en los quince siglos anteriores?

Mas ya que tanto empeño se toma en hacernos cambiar á Pedro y sus hermanos por Lutero y sus secuaces, vamos á la Inglaterra en busca de los prodigiosos bienes que ha producido allí ese nuevo cristianismo. Tres siglos há que nació el protestantismo: ¿qué institucion ha criado? ¿qué impulsos ha dado á la beneficencia? ¿qué progresos ha hecho en el arte bien difícil de aliviar la suerte de la humanidad menesterosa? El destruyó millares de establecimientos católicos. ¿Qué ha puesto en su lugar? La reja del arado para borrar hasta sus vestigios. Esos pueblos del Norte de la Europa, que habian expensado durante quince siglos, sin dejar de ser prósperos, las necesidades de la humanidad atribulada, y que, al desertar de la unidad católica, dejaron á la limosna sin código, ¿qué espectáculo presentan hoi? dos cumbres entre un abismo: la miseria y la opulencia. La Iglesia católica habia erigido palacios á la miseria; tal era la magnificencia de sus establecimientos de caridad: curaba las heridas, y ministraba el pan con la conciencia del deber y al estímulo del amor. Y despues de tres siglos á esta parte ¿qué aspecto presentan los infelices en esos pueblos que espantan al mundo con el monopolio inmenso de sus riquezas? Los que no mueren de hambre abandonados, ó espian en las cárceles el delito de ser pobres, comen gimiendo bajo el sable del económo que les distribuye un mendrugo de pan legal. Quédense, pues, esos pueblos florecientes bajo su nuevo cristianismo, y no se nos brinde con esta felicidad encantada á los habitantes de México.

§. VI.

LA LIBERTAD Y LA PROSPERIDAD PÚBLICA.

Afirma el Sr. Aldham que la prosperidad de los pueblos depende de la libertad civil y religiosa. Esta proposicion pertenece al número de aquellas que, á primera vista parecen algo, y en buena crítica vienen á reducirse á nada: pertenece al vocabulario de la Revolucion, en que las palabras mas comunes vienen representando ciertas ideas nuevas, que alucinan á los incautos para convertirlos en instrumentos ciegos de la Revolucion misma. En prueba de esto hagamos un exámen breve de esta proposicion en sus dos partes.

La libertad, como sabe todo el mundo, es radicalmente una de

las facultades constitutivas de nuestro sér intelectual, y moral, y con ella se cuenta en todos los códigos, supuesto que ninguna de sus leyes seria justa, si el hombre no fuera libre. Mas, siendo el hombre libre, puede ser obligado moralmente por la lei, y del derecho de la lei y la libertad nacen la justicia de la imputacion y la responsabilidad de los actos. Por una relacion de simple lenguaje, la libertad recibe siempre un nombre relativo á la lei que la somete. De aquí la libertad moral, la libertad civil, la libertad política, &c., &c.

Resulta de lo dicho que la libertad emana de la naturaleza y no de la lei: ésta liga, modifica, somete á la imputacion, pero ni cria ni destruye la libertad.

La libertad es, pues, una cosa inherente al hombre, propia de su naturaleza, esencialmente consiguiente á nuestro sér moral: si ella no existiese moralmente, no bastarian á crearla todas las leyes del mundo; así como, supuesta su existencia y naturaleza, todas las leyes son incapaces de destruirla.

El hombre es capaz de una regla, y esta capacidad nace de su razon y de su libertad, es decir, de las facultades para conocerla y observarla. Sin tal capacidad toda regla seria de parte del legislador inútil, de parte del súbdito imposible, y respecto de la imputacion inicua. Luego la base de los principios en que se funda el bienestar y la prosperidad de los pueblos, ha de buscarse, no en la existencia de una facultad que no está en las manos de la lei crear ni destuir, sino en los caractéres de la regla y en las cualidades propias de la lei.

Estos caractéres y estas condiciones pueden estar fundadas en la razon y en la justicia, ó en las pasiones y el capricho. Lo primero constituye la concordia de las restricciones de la lei con los atributos de la libertad, ó para hablar á la última moda, la libertad en el órden. Al contrario, cuando la lei se funda en las pasiones ó en el capricho del legislador, nace de ella el despotismo con su promulgacion, y la tiranía con su sancion. Síguese de aquí que la presencia ó ausencia de una constitucion política no es el dato en que se funda la justicia ó injusticia de las leyes, la legitimidad ó bastardía del mando, el órden y las garantías, ó el despotismo y la tiranía, sino la conformidad ó repugnancia de la institucion, caractéres y accion del Gobierno con los principios fundamentales del órden social. Hai dos clases de constituciones: una de Dios y otra del hombre, una fundada en la naturaleza y otra en el simple discurso; la constitucion social y la constitucion política. La primera supone á la naturaleza para regirla, modificándola relativamente á las condiciones propias y goces legítimos de la vida social. Sus reglas preexis-

ten á la naturaleza misma, y por lo mismo, solo pueden venir de Dios: se incorporan de lleno en la Lei eterna, y forman parte del Derecho divino, llamado natural, ó positivo, ó como se quiera, segun la forma de su promulgacion, pero siempre Derecho divino, expresion de la razon eterna y voluntad del Autor de la naturaleza y Supremo Legislador de la sociedad. No son, pues, los novedosos sistemas de política, que han hecho perecer tantas veces á los pueblos en sus ensayos, no las transacciones de la lei con los intereses injustos y las pasiones, no la preponderancia de la libertad sobre la lei, no los pactos libres, no: nada de esto es, ni base del órden, ni principio de la sociedad, ni razon del derecho y la justicia, ni fundamento de la prosperidad pública. Decir, pues, que la libertad civil es la fuente de la prosperidad pública, es cuando ménos tomar un efecto parcial por una causa general, desconcertar la razon en la teórica ó introducir el desórden en la práctica.

La libertad civil no es una conquista hecha por la filosofía política despues del Renacimiento, como lo pretenden muchos, sino un goce mui legítimo, disfrutado de los pueblos cuando la lei civil ha estado en armonía con la lei moral, y por lo mismo jamas este derecho ha tenido mejores garantías que cuando los principios católicos han ejercido su influjo pleno en la legislacion civil. La regla católica para el legislador y el magistrado es esta: "el príncipe es ministro de Dios para el bien, y el bien es la felicidad." Luego el principio práctico de la legislacion civil respecto de la libertad es ligarla todo y solo en aquello que es necesario para que el hombre sea feliz en su clase de ciudadano. Luego la prosperidad pública, que es, no el todo, sino solo una parte de la felicidad, depende, no de la libertad civil que se goce, sino de la direccion que le dé la lei, de la conformidad de ésta con el fin, que es la felicidad. La lei civil, como la lei moral, liga y no suelta, prescribe y no proclama el uso caprichoso del albedrío. ¿Y por qué? porque éste tiende naturalmente al desórden, *nitimur in vetitum*. Si así no fuera, la lei seria inútil.

Un paso mas: es necesario que la accion de la lei sobre la libertad sea superior á ella, porque, si es ella misma, nulificará la lei en su accion individual, ó la hará violenta y anárquica en su accion colectiva. El despotismo y la democracia distan ménos entre sí de lo que parece; por lo ménos son hijos de una misma familia, y no se diferencian sino como el singular del plural. Esa teoría nueva que ha fundado el derecho en el hecho, y el poder en la voluntad, es en buena lógica la contradictoria neta del Génesis en historia, y del Decálogo en derecho y en política. Volvemos á repetirlo: asignar la libertad civil como fuente de la prosperidad pública, es desnaturalizar la ciencia, justificar la revolucion y entronizar la anarquía.

§. VII.

LA LIBERTAD RELIGIOSA.

Vengamos á la libertad religiosa, esta deidad encantada, objeto de todos los encomios, y en cuyo altar quema todos sus inciensos la Revolucion. ¿Qué entiende el Sr. Aldham por libertad religiosa? ¿el hecho de adorar ó de negar á Dios? ¿el hecho, ó el derecho de adorarle cuando se quiera y como se quiera? ¿el hecho ó el derecho de aceptar, ó repeler la revelacion, de fijar como se quiera las formas del culto? Porque no hai medio: ó el hecho, ó el derecho, ó el hecho y el derecho. Fuera del hecho y del derecho nada queda.

¿El solo hecho constituye una fuente de prosperidad pública? Luego aquel pueblo está mejor gobernado y es mas feliz cuya legislacion es atéa, cuyo gobierno es extraño á todo órden religioso, y cuyo sistema político está mas emancipado del cielo. Síguense de aquí várias consecuencias: primera, que Dios tuvo derechos sobre el hombre y la sociedad miéntras esta no existian y los perdió luego que la sacó de la nada; segunda, que en caso de tenerlos, ellos no corresponden á obligacion alguna de parte del hombre; tercera, que en caso de existir tal obligacion, su cumplimiento está en oposicion con la prosperidad pública. Dígase ahora de buena fe cuál de estas consecuencias puede aceptarse sin desquiciarlo todo: dígase si hai término medio entre el ateismo ó el derecho y obligacion de regir con la lei correspondiente la libertad en materia de religion.

Sábese mui bien, como la historia lo acredita, que apénas hai pasion mas enconada y rabiosa que el fanatismo en materia de religion. No se contentan los individuos de una secta con poder seguir sus opiniones y sus prácticas á salvo de toda coaccion, sino que pugnan y combaten á las otras, y donde quiera buscan armas y aliados para exterminarlas. Síguese de aquí que, si el Sr. Aldham proclama la libertad religiosa como una fuente de prosperidad pública, considerando aquella como un hecho, vierte, no solamente un error, no solamente un absurdo, sino tambien un principio cuya práctica es imposible: porque el goce y las garantías de la libertad individual dependen de los límites prudentes que pone la lei al uso de la libertad comun: siendo cierto que, si en materia de religion la

tienen todos sin temor ni esperanza de parte de la lei segun el uso que de ella se haga, no la tendrá ninguno, ó si se quiere, la tendrán solamente los mas fuertes cuando triunfan, para perderla cuando sucumban. Cuando todos pueden lo que quieren, los mas quieren lo que pueden, y como no todos pueden lo mismo, la lucha es inevitable, y la anarquía permanente.

Si se trata empero de la libertad de derecho, proclamarla como una fuente de prosperidad pública, es un contraprincipio en todos sentidos. Porque, ¿cuál es la fuente de este derecho? ¿la voluntad de cada uno? Pero la voluntad es lo que se quiere, y lo que se quiere, no es la medida de lo que se puede legítimamente querer. ¿Será, por ventura, la lei civil? La lei civil es la lei del hombre, y la religion es el culto del hombre á Dios. Para que la lei civil pudiese dar el derecho de la libertad religiosa, era, pues, necesario, que Dios estuviese sujeto al hombre, que al hombre legislador correspondiese dispensar al hombre súbdito de los deberes que tiene directamente para con Dios, ó decir cómo han de cumplirse, ó dejar que cada uno los cumpliese ó no, ó los cumpliese segun el dictámen de su razon, ó el querer de su voluntad. ¿Y qué dirémos de esto? que es el último extremo del absurdo. Es mas concebible un Gobierno atéo, que Dios dependiendo de un Gobierno humano.

¿Se dirá, por esto, que nosotros excluimos la posibilidad legal de permitir el ejercicio de muchos cultos en una sociedad? Tal vez; pero se hablará con el mismo acierto que en todo. Lo que queremos es, que no se abuse de las palabras, que no se cambie al capricho la enunciacion de las ideas, que no se confundan las medidas que dicta la prudencia, estrechada por la necesidad, con los derechos que otorga la lei en uso del poder. Esto quiere decir, que para nosotros no se debe confundir nunca la tolerancia con el derecho. Admitimos la tolerancia civil y política en materia de religion en aquellos casos en que la necesidad la exige; pero nunca, en ningun caso, por ningun título y bajo ningun aspecto la libertad religiosa, ó de conciencia: porque semejante libertad es opuesta á la recta razon y al derecho divino, y lo que se opone á la recta razon y al derecho divino, jamas puede ser otorgado por la lei humana ni constituir un derecho. Otra palabra. Lo que se opone á la recta razon y á la lei divina, es imposible que sea una fuente de prosperidad pública bien entendida.

Si el Señor Capitan, en lugar de explicarse de esta manera, nos hubiera hablado de tolerancia, le habriamos respuesto de otra suerte: no habriamos arguido su lenguaje de impropio y sus principios de falsos: le habriamos dicho: "si México estuviera en el caso de Inglaterra ó los Estados-Unidos, la tolerancia seria una triste necesidad; pero como México no se halla en este, sino en el contrario caso, la tolerancia seria un verdadero mal."

La tolerancia supone la existencia de un mal inevitable, que se sufre á mas no poder y por evitar otros mayores. ¿Qué mal es este? El que haya muchas religiones en un mismo pais. En este caso, el Gobierno tiene que decidirse á una de tres cosas: ó á la expatriacion de todas las religiones falsas, ó á obligar á todos los sectarios con el sable á que crean una misma cosa, ó á sufrirlos á todos, procurando que vivan en paz. Lo primero y segundo seria injusto y despótico: luego solo queda lo tercero. ¿Por qué seria injusto y despótico expatriar á todos los que profesasen religiones falsas? ¿por qué lo seria someterlos por la fuerza á una creencia comun? porque, cuando el pueblo no es homogéneo en religion, sino que de hecho es mixto, sus derechos sociales, sus garantías no pueden violarse sin infringir los principios cardinales del Derecho público. Otra cosa mui diversa seria, si el pueblo fuese todo de una sola creencia verdadera, y apareciesen algunos individuos á trastornarla. En este caso el Gobierno tendria, no solamente un derecho, sino tambien una obligacion de reprimir, como á unos verdaderos criminales y perturbadores de la conciencia pública, á los disidentes.

La aplicacion de la fuerza para uniformar las creencias es, en lo especulativo un absurdo, y en lo práctico una tiranía inútil. Jesucristo vino al mundo para redimirle, restaurarle y dar toda su plenitud á la lei. Su Evangelio fué la enseña de una triple unidad: la religiosa, la moral y la social; pero los medios cuyo empleo bastó para conseguir este resultado, fuéron la predicacion, el ejemplo, la persuasion, y no la fuerza.

He aquí por qué, cuando de hecho la poblacion de un estado es heterogénea en sus creencias, el Gobierno tiene que tolerarlas, y este acto debe considerarse, no como el reconocimiento y proteccion de un derecho, sino como la resignacion legal con el sufrimiento de un mal inevitable, para obviar otros mayores. En este caso, la legislacion debe tender: primero, á facilitar el empleo de los medios pacíficos que puedan aplicarse con buen éxito á la difusion y triunfo de la religion verdadera; segundo, á mantener á todas las sectas en una actitud pacífica.

Cuando no obstante la diversidad de creencias y la libertad de hecho en materia religiosa y moral, hai prosperidad pública, esta en primer lugar viene, no en consecuencia, sino sin embargo la libertad religiosa, y en segundo, no es completa, segura y universal, sino incompleta, limitada y precaria. Cuando las mejoras materiales no

son correspondidas del progreso moral, la sociedad, á pesar de su exuberancia de vida física, está herida de muerte.

Mucho podríamos aun decir sobre esto, pero bastan estas simples observaciones, para poner en claro todo lo absurdo de ese concepto emitido por el Señor Capitan, cuando dice que la "felicidad de los pueblos depende de la libertad civil y religiosa."

"No conocéis de la una y de la otra, nos dice, mas que el nombre," verdad incontestable á bordo y frente á Veracruz, pero absurdo incalificable de Orizava para adelante. En efecto: Veracruz es actualmente la residencia del Gobierno constitucionalista, que enarbola el estandarte de libertad y reforma; pero una y otra están reducidas en aquel campo á la condicion de un simple nombre; y esto es poco, porque aquellos nombres son esencialmente antifrásticos, supuesto que su realidad es la contradictoria práctica de su significado. Veámoslo, si no, siguiendo desde léjos el curso desastroso de esta bandera.

§. VIII.

LA REVOLUCION.

Si el espíritu de discordia, que para nuestra mengua y desgracia se ha enseñoreado tenazmente de esta sociedad, no trabajara infatigablemente por perpetuarse, convirtiendo en armas los mismos elementos del bien; si la lógica de la revolucion que ha trasformado á México en un cádaver, no abundase tánto en sofismas y medios para corromper el buen sentido de los pueblos; si los odios políticos no hubiesen llegado entre nosotros hasta el extremo de sacrificarlo todo á su rabia y encono, no necesitaríamos, por cierto, de otra cosa, para dar á conocer al mundo entero el valor intrínseco de estas promesas pomposas de prosperidad que hace la revolucion á los pueblos á nombre de la libertad civil y religiosa, del progreso, &c., &c., que decir á todos en alta voz, á la vista de ese campo de ruinas y de escombros: "ved y juzgad." Mas por desgracia no es así: la revolucion, intransigible, tenaz y enconada mas y mas cada dia, todo lo niega con audacia, todo lo desnaturaliza con descaro, todo lo combate con furor. La experiencia, empero, que bien aprovechada es mas demostrativa que toda la dialéctica, el dolor, que es mas persuasivo que toda la elocuencia, deben servir á todos los mexicanos y aun á todos los extrangeros de dentro y fuera del pais, que conserven un resto de buen sentido práctico, para convencerse de que toda esa palabrería revolucionaria, que tambien emplea el Sr. Aldham, no es mas que un artificioso lenguaje para seducir á los pueblos, y prepararlos cuando ménos, para que vean sin espanto y horror la destruccion de todo.

¿Quién puede recordar los tristes acontecimientos de nuestra historia contemporánea, especialmente desde el triunfo de la revolucion de Ayutla, sin estremecerse de terror? Pero no es necesario recordar, basta simplemente ver, para sentir las mas tristes emociones. No hai un dia que no esté señalado con un odioso recuerdo, ni un lugar de nuestro territorio donde las ruinas y los escombros no muestren las huellas de esta borrasca desoladora. México es y ha sido un pueblo eminentemente católico, y hoi ve templos invadidos, robados y en vísperas de ser destruidos, establecimientos de caridad arruinados, Prelados lanzados con crueldad de sus Iglesias y acaso mui pronto de su patria, y á las vírgenes del Señor privadas de sus bienes, para ser arrojadas mañana de sus recintos sagrados, errantes á muchos sacerdotes de ambos cleros, despues de haber espirado algunos en el destierro y sido atormentados otros en las cárceles. México era un pueblo notablemente moral; hoi el robo, el saquéo, el incendio, el asesinato y otros crímenes muchos, que la pluma se resiste á estampar, se consuman por donde quiera que aparecen esas masas de foragidos que se llaman los brazos de la revolucion. México era un pueblo de índole dulce, animado siempre de los sentimientos mas benévolos; hoi corre sin agotarse la sangre de sus hijos, derramada en el despecho de las pasiones políticas. Cada dia vomita la revolucion nuevos monstruos, cuya presencia en todas partes es acompañada del crímen, la desolacion y la muerte. México era un pueblo rico y próspero; hoi es la mansion de la miseria en todas sus fases: las mejores fortunas han sucumbido á los reiterados golpes de la revolucion. Las fuentes de la prosperidad están absolutamente cegadas, las mieses faltan en los campos, los ganados casi han desaparecido: se necesita una fortuna para comer, y el hambre y la miseria se extienden mas de lo que á primera vista parece. Nuevos propietarios aparecen repentinamente haciendo la transicion de la mendicidad á la opulencia á costa de los templos saqueados, de los establecimientos de beneficencia destruidos, del cuantioso patrimonio de la Iglesia despojada, y aun de la misma propiedad particular consumida. Y entretanto, los grandes objetos de la revolucion, las fastuosas promesas de sus agentes, el espléndido cuadro de goces con que brindaba, se muestran por todas partes como sangrientas y horribles ironías que hacen estremecer.

Bajo una constitucion que se presentó como bandera y símbolo político de la reforma *en el nombre de Dios y con la autoridad del*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pueblo, se declaró á Dios la guerra mas enconada y sacrílega, y se hizo pesar sobre el pueblo la mas odiosa tiranía. Era el reinado de la libertad en la carta, y el régimen del despotismo en la sociedad. Brindóse con seguridad para todos, y todos temblaban por su honor y por su vida: ofrecíanse garantías á la propiedad, y no quedó fortuna segura: es poco, no quedó fortuna en pié; todas fuéron paulatinamente minadas, excepto las que se criaron á los pechos de la revolucion: declaróse la libertad de cultos tan solo para perseguir y arruinar el único que existe, que es el católico: la libertad de enseñanza, y á renglon seguido desaparecieron los Seminarios: la libertad de opiniones, y el solo no pensar demagógicamente era ya un crímen de Estado. En fin, á cada teoría especulativa, una contradiccion práctica; á cada institucion, un mentís con los hechos; á cada promesa, una burla; y el cuadro de prosperidad y grandeza que se prometia para México, vino á trasformarse en el de guerra, sangre, crímenes, persecuciones, odios, desastres y ruinas, en un torrente de iniquidad precipitado sin diques sobre el vasto suelo de la patria.

Basta: las ruinas esparcidas por donde quiera, la propiedad, el honor y la vida sin garantías, la desmoralizacion por todas partes, la miseria y el luto enseñoreados del pais: hé aquí la prosperidad que ha venido de tal fuente, y la triste prueba de que puede servirse el Sr. Aldham para confirmar sus asertos. Concluirémos este punto con una observacion mui natural, verificada sobre la presencia de un hecho incontestable. Antes que la revolucion viniese á brindarnos con esas promesas, que siempre hace y jamas cumple, siempre antiguas y siempre nuevas, siempre falsas y siempre facinadoras, México era próspero, y era un pueblo eminentemente moral. Es decir, cuando no habia libertad religiosa, y cuando la libertad civil era lo que debia ser, todo estaba perfectamente arreglado, todo marchaba con suma regularidad, todo florecia y prosperaba. Mas apénas ha empezado la revolucion á recorrer el pais, todo lo ha encadenado con su libertad, todo lo ha debilitado con su influjo, todo lo ha desquiciado con sus constituciones: no dejando en este estado de su carrera, sino estas dos palabras escritas en los escombros que ha dejado amontonados por todas partes: TIRANÍA Y EXTERMINIO.

---

§. IX.

ESPERANZAS Y MEDIOS DE ALCANZAR UN DICHOSO PORVENIR.

Cuando, respirando apénas en una leve tregua de la tempestad revolucionaria, oimos á una persona que nos dice, para tranquilizarnos con la esperanza de una próxima serenidad: "Ha llegado el tiempo de que prevalezca el verdadero cristianismo, de que los principios liberales é ilustrados ocupen el lugar de las tinieblas y la ignorancia: aun es tiempo de repararlo todo: sacudid las trabas que os ligan," &c., nos echariamos á reir, aun en medio de la agitacion en que estamos, si el dolor que nos aqueja por todas partes, no fuera tan agudo y tan punzante. Tanto valdria decir al infeliz que está para espirar, por haber tomado algunas gotas de veneno: "bebed todo el frasco, y quedaréis sano."

La mejor refutacion que puede hacerse de semejantes especies, es vertirlas en el idioma franco y severo de la verdad, y á la luz que despide la mas triste experiencia. *Ha llegado el tiempo de que prevalezca el verdadero cristianismo*, es decir: ha llegado el tiempo de que México sea protestante. Ha llegado el tiempo *de que los principios liberales é ilustrados ocupen el lugar de las tinieblas y de la ignorancia*, es decir: ha llegado el tiempo de que la emancipacion absoluta de la razon humana, la sustitucion del poder con la voluntad, destruyan la fe, y la unidad religiosa, y todos los fundamentos del órden social, acaben con lo poco que nos queda, y apaguen hasta la última chispa de nuestra esperanza. Cuando el Señor Capitan, para infundirnos aliento, nos dice: *aun es tiempo de repararlo todo, de regenerar á la Nacion ántes de que caiga en el olvido, y de que una nueva generacion sustituya á la actual*, tenemos que traducir estos conceptos con los siguientes, por la fuerza lógica que nos hace nuestra experiencia.—Aun queda mucho bueno que acabar de destruir en México: porque todavía, sin embargo de la revolucion y de sus estragos, de la prensa con sus sofismas y calumnias, de los crímenes y sus escándalos, México es un pueblo exclusivamente católico, conserva los elementos de su unidad social, el Evangelio con su moral, la Iglesia con su magisterio, la familia sobre su antigua base, y es necesario que todo acabe, y que se importen á este pais, ya mui aturdido con la prensa demagógica, todos los errores, todos los sistemas religiosos y políticos, toda clase de máximas, para brindarle con la riquísima provision de un nuevo paraiso, y que el pueblo to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me de todo, ménos de lo que tenia: porque la tolerancia religiosa en el idioma revolucionario es el pasaporte franco para todas las religiones falsas, y la proscripcion sin cuartel de la religion verdadera y de la Iglesia católica. "Aun es tiempo de repararlo todo," es decir: de acabar con nuestra nacionalidad, destruyendo sus elementos constitutivos.—"Aun es tiempo de regenerar la nacion ántes de que caiga en el olvido," es decir: ántes de que, consumado el saquéo y agotados todos los tesoros que en otro tiempo nos habian grangeado tantos amigos, ya no haya quien nos visite.—"Aun es tiempo de que una nueva generacion sustituya á la actual," es decir: de que nuestros carísimos hermanos de la República vecina sean dueños del casco de la hacienda, como suele decirse, quedando nosotros como siervos adscripticios, de que la raza anglo-sajona, llevando á su término feliz la obra que inició aquí desde el principio de nuestra independencia, se enseñorée de todo el territorio, y sustituya á la raza hispano-mexicana, extinguidos los antiguos habitantes, ó listos y apuestos para entrar en la servidumbre de los nuevos señores.

¡Oh! es falso, falsísimo, que el pueblo mexicano tenga esos deseos que le atribuye con tanta seguridad el Sr. Aldham. El pueblo mexicano es católico, y detesta con indignacion ese nuevo cristianismo con que le brinda el órgano de un pueblo protestante: es un pueblo tristemente escarmentado y bien aleccionado por la experiencia, para que pueda desear esa ilustracion que ciega, esa libertad que encadena, esas garantías que tiranizan, ese contacto que corrompe, ese comercio que empobrece, esas teorías seductoras cuyos conciertos ha oido muchas veces para verlos seguir mui pronto de crímenes y desastres. No: léjos de nosotros esta horrible y odiosísima calumnia. Que no nos diga, pues, el Señor Capitan: *sacudid las trabas que os ligan;* porque no queremos romper nuestra bandera, que sobre la unidad religiosa funda la unidad social, estrecha mas los vínculos con la moral evangélica, y afirma nuestra independencia, sosteniéndola con el doble amor de la religion y de la patria. El dia que la religion desaparezca de ese triple emblema, el dia que esa bandera se recorte, creyendo tenerlo todo con la independencia y la union, el dia que el rango nacional de nuestro culto desaparezca de ese pabellon, para quedar como desleido en las invocaciones abstractas de Dios y su Providencia, invocaciones que se encuentran indistintamente en los católicos, en los judíos, en los protestantes, en los mahometanos, en los deistas y en todos los que no son ateos, dígase que está todo perdido.

Mas no harán eco entre nosotros las exhortaciones que el Sr.

Aldham, conmovido al parecer con el espectáculo de nuestra desgracia y anhelante por vernos tornar á la vida, nos prodiga con tanto celo. Hános hablado de la gravedad del mal, de su fatal orígen, que es la unidad católica de México, de la imposibilidad en que está de ser curado por la falta de libertad civil y religiosa; pero no desespera, sino ántes bien, cree que todo es remediable, que ha llegado el tiempo de regenerar á la Nacion, y aun se adelanta hasta brindar al Exmo. Sr. General Miramon con la Gefatura de esta grande obra, deseada en concepto del Señor Capitan mui ardientemente por la generalidad del pueblo mexicano; y contando ya con haber ganado el corazon de S. E. mediante un discurso tán persuasivo, pasa luego, con el fin de facilitárselo todo, á proponerle un medio sencillísimo, cual es el de uhirse con Don Benito Juárez, aceptando su programa, para llevar á cabo de comun acuerdo esa grande obra de la reforma, de que supone pendiente á México para ver llegar su completa felicidad.

"Unios sincera y cordialmente, dice, con aquellos que luchan por la libertad de conciencia y por las instituciones libres, y unidos seréis fuertes." Es decir: al cabo de tantos años de guerra civil, de tantos dolorosos sacrificios, de tanta sangre vertida, de tantos estragos como estos nuevos reformadores han hecho en el pais, de tantas vidas ilustres prodigadas en defensa de la religion y del órden, haced el acto de contricion, ponéos de hinojos ante la camarilla reformista, rendid vuestro pleito-homenaje á los que luchan por la libertad de conciencia y las instituciones libres, esto es: á los que han renegado de Dios y de la Iglesia, proscrito los eternos decretos de la justicia, desquiciado la sociedad, minado la familia, glorificado el sacrilegio, autorizado el robo, invadido con crímenes asquerosos el hogar doméstico, derramado la consternacion por todo el pais y convertido la patria en un cadáver. Jurad esa Carta que detestáis, y que ha merecido anatemas hasta de sus mismos padres, maldecida y pisoteada por el mismo Presidente que la sancionó, despreciada de sus devotos, muerta para vivir, pues todo lo que está haciendo el Sr. Juárez y su Gobierno, y esto sin facultades extraordinarias, es anticonstitucional; de manera que, para defender la Carta, tiene que reinar sobre su sepulcro. "Unios solícitos y cordiales con esta clase de gente," esto es, obedeced á vuestros enemigos, aceptando las condiciones que ellos quieran imponeros, echáos con un candor infantil en los brazos que han saqueado vuestros templos, ultrajado vuestras familias, empobrecido vuestras casas, derramado vuestra sangre y asolado vuestra patria..... Hé aquí el primer consejo que nos da el Señor Capitan, con su carácter de mediador,

en prueba de su imparcialidad, y para que se vea que no se carga á una ni á otra parte.

Y no se crea que, al explicarnos con tal vehemencia respecto de las exhortaciones del Sr. Aldham, rehusemos la union, ni mucho ménos queramos perpetuar esos odios políticos, hijos del espíritu de partido. Léjos de nosotros abrigar sentimientos extraños á los suaves y dulces principios del Evangelio, de esta lei de caridad que predica la dulzura, la paciencia y aun el amor de los enemigos, de esta lei consagrada con la última palabra del Hombre-Dios, el cual abogó por sus mismos enemigos ántes de morir. Pero volverémos á decirlo: una cosa es la indulgencia y aun el amor á las personas, y otra mui diversa la adopcion de sus errores y de sus máximas corruptoras, la complicidad con sus vicios, y el hacer causa comun con ellas contra el dogma, la virtud, el derecho, la autoridad y los sanos principios del órden.

El Señor Capitan, al aconsejar á los mexicanos la union sincera de todos con los hombres de Ayutla, pues ellos son los que luchan por la *libertad de conciencia*, los considera, no como unos hermanos extraviados que reclaman nuestra indulgencia con su arrepentimiento, sino como los defensores de la verdad y la justicia. La union de que se trata, es, pues, la adopcion de principios que reprueba el Evangelio y entrañan un elemento de muerte para este pais exclusivamente católico. No estamos, pues, en el caso de ejercitar la caridad, sino en la obligacion de permanecer firmes contra el error y los vicios. Jesucristo queria, no solamente que tuviésemos el candor y la sencillez de la paloma, sino tambien que estuviésemos en atalaya con toda la astucia de la serpiente; y si por una parte se nos presenta como el tipo de la mansedumbre, de la paciencia y del amor, por otra nos inculca, que no vino á traer la *paz* sino la *guerra*, truena contra el hipócrita y toma el látigo para lanzar del templo á sus profanadores. Ha dicho aun, que nadie puede servir á dos Señores, que negará delante de su Padre celestial á quien le niegue delante de los hombres, y aun ha prescrito que aborrezcamos al padre, á la madre, á los hermanos, &c., cuando ellos sirven de obstáculo al cumplimiento de su divina Lei. En fin, el apóstol San Juan quiere que ni aun el pan comamos con aquellos, cuya compañía puede apartarnos de la Iglesia de Dios.

Hemos de hablar adelante sobre los verdaderos medios de lograr la union de los mexicanos, de restablecer la paz y consolidarla, y por lo mismo no nos detendrémos aquí más en este punto; pero hemos querido indicar esto, para que la malevolencia no se apresure á hechar á la peor parte lo que hemos dicho, no contra las personas,

sino contra sus detestables miras, al refutar la repetida especie del Señor Capitan.

§. X.

SOBRE LOS MEDIOS PARA REFORMAR AL CLERO.

Tres grandes medios propone para la reforma del clero el Señor Capitan: primero, colocar á la Iglesia en su verdadera posicion; segundo, obligarla á seguir el camino que le trazó quien es su cabeza; tercero, sostenerla con un patrimonio liberal, dedicando el sobrante al bien de la Nacion. Vamos por partes.

"Colocad al clero en su verdadera posicion," dice: ¿Qué quiére decir esto? ¿Cuál es la posicion del clero? ¿cuál es su lugar? Porque, segun el consejo, parece claro, clarísimo, que el clero mexicano está fuera de su lugar; y como su lugar físico es México, y su lugar moral la Provincia eclesiástica mexicana, y vive aquí en esta Provincia distribuido en sus respectivas diócesis, es visto que, segun el Señor Capitan, el clero mexicano debe, ó salir del territorio de la República, ó quedando en él, cambiar de objeto, de régimen y de comunion. Lo primero, claro es que no pasó por la cabeza de este Señor: luego su idea es lo segundo, y como esta palabra se dirige, no al Soberano Pontífice, sino al Gobierno mexicano, su consejo equivale á lo siguiente: "Imitad á Henrique VIII, haceos Papa, y con solo esto habréis sentado la base de una reforma que alumbrará el nacimiento del siglo de oro para la Iglesia mexicana. Es decir: que el primer medio de reforma es trasformar la Iglesia de México en Iglesia protestante, sacarnos á todos del gremio de la verdadera Iglesia de Jesucristo, y comenzar la grande obra echándonos á todos al infierno.... ¡Gracias!

Una vez establecida la nueva Iglesia y colocado el clero en tan buen camino, lo que importa es hacerle andar, y como los cánones y el Papa quedan ya fuera de combate, porque son ineptos para guiar por el camino que trazó el Salvador á los fieles cristianos, y ha claudicado ya el derecho de enseñarles á observar las cosas que mandó Jesucristo, cometido exclusivamente á Pedro y sus hermanos y sucesores, esto es, el Papa y los Obispos; es necesario buscar una garantía mas sólida para la verdad de la doctrina, un celo mejor probado para el ejercicio del culto, y un ejemplar mas perfecto para el arreglo de las costumbres. He aquí por qué no se vacila en cometer la grande y nueva mision de aleccionar á los pueblos á los

en prueba de su imparcialidad, y para que se vea que no se carga á una ni á otra parte.

Y no se crea que, al explicarnos con tal vehemencia respecto de las exhortaciones del Sr. Aldham, rehusemos la union, ni mucho ménos queramos perpetuar esos odios políticos, hijos del espíritu de partido. Léjos de nosotros abrigar sentimientos extraños á los suaves y dulces principios del Evangelio, de esta lei de caridad que predica la dulzura, la paciencia y aun el amor de los enemigos, de esta lei consagrada con la última palabra del Hombre-Dios, el cual abogó por sus mismos enemigos ántes de morir. Pero volverémos á decirlo: una cosa es la indulgencia y aun el amor á las personas, y otra mui diversa la adopcion de sus errores y de sus máximas corruptoras, la complicidad con sus vicios, y el hacer causa comun con ellas contra el dogma, la virtud, el derecho, la autoridad y los sanos principios del órden.

El Señor Capitan, al aconsejar á los mexicanos la union sincera de todos con los hombres de Ayutla, pues ellos son los que luchan por la *libertad de conciencia*, los considera, no como unos hermanos extraviados que reclaman nuestra indulgencia con su arrepentimiento, sino como los defensores de la verdad y la justicia. La union de que se trata, es, pues, la adopcion de principios que reprueba el Evangelio y entrañan un elemento de muerte para este pais exclusivamente católico. No estamos, pues, en el caso de ejercitar la caridad, sino en la obligacion de permanecer firmes contra el error y los vicios. Jesucristo queria, no solamente que tuviésemos el candor y la sencillez de la paloma, sino tambien que estuviésemos en atalaya con toda la astucia de la serpiente; y si por una parte se nos presenta como el tipo de la mansedumbre, de la paciencia y del amor, por otra nos inculca, que no vino á traer la *paz* sino la *guerra*, truena contra el hipócrita y toma el látigo para lanzar del templo á sus profanadores. Ha dicho aun, que nadie puede servir á dos Señores, que negará delante de su Padre celestial á quien le niegue delante de los hombres, y aun ha prescrito que aborrezcamos al padre, á la madre, á los hermanos, &c., cuando ellos sirven de obstáculo al cumplimiento de su divina Lei. En fin, el apóstol San Juan quiere que ni aun el pan comamos con aquellos, cuya compañía puede apartarnos de la Iglesia de Dios.

Hemos de hablar adelante sobre los verdaderos medios de lograr la union de los mexicanos, de restablecer la paz y consolidarla, y por lo mismo no nos detendrémos aquí más en este punto; pero hemos querido indicar esto, para que la malevolencia no se apresure á hechar á la peor parte lo que hemos dicho, no contra las personas,

sino contra sus detestables miras, al refutar la repetida especie del Señor Capitan.

§. X.

SOBRE LOS MEDIOS PARA REFORMAR AL CLERO.

Tres grandes medios propone para la reforma del clero el Señor Capitan: primero, colocar á la Iglesia en su verdadera posicion; segundo, obligarla á seguir el camino que le trazó quien es su cabeza; tercero, sostenerla con un patrimonio liberal, dedicando el sobrante al bien de la Nacion. Vamos por partes.

"Colocad al clero en su verdadera posicion," dice: ¿Qué quiére decir esto? ¿Cuál es la posicion del clero? ¿cuál es su lugar? Porque, segun el consejo, parece claro, clarísimo, que el clero mexicano está fuera de su lugar; y como su lugar físico es México, y su lugar moral la Provincia eclesiástica mexicana, y vive aquí en esta Provincia distribuido en sus respectivas diócesis, es visto que, segun el Señor Capitan, el clero mexicano debe, ó salir del territorio de la República, ó quedando en él, cambiar de objeto, de régimen y de comunion. Lo primero, claro es que no pasó por la cabeza de este Señor: luego su idea es lo segundo, y como esta palabra se dirige, no al Soberano Pontífice, sino al Gobierno mexicano, su consejo equivale á lo siguiente: "Imitad á Henrique VIII, haceos Papa, y con solo esto habréis sentado la base de una reforma que alumbrará el nacimiento del siglo de oro para la Iglesia mexicana. Es decir: que el primer medio de reforma es trasformar la Iglesia de México en Iglesia protestante, sacarnos á todos del gremio de la verdadera Iglesia de Jesucristo, y comenzar la grande obra echándonos á todos al infierno.... ¡Gracias!

Una vez establecida la nueva Iglesia y colocado el clero en tan buen camino, lo que importa es hacerle andar, y como los cánones y el Papa quedan ya fuera de combate, porque son ineptos para guiar por el camino que trazó el Salvador á los fieles cristianos, y ha claudicado ya el derecho de enseñarles á observar las cosas que mandó Jesucristo, cometido exclusivamente á Pedro y sus hermanos y sucesores, esto es, el Papa y los Obispos; es necesario buscar una garantía mas sólida para la verdad de la doctrina, un celo mejor probado para el ejercicio del culto, y un ejemplar mas perfecto para el arreglo de las costumbres. He aquí por qué no se vacila en cometer la grande y nueva mision de aleccionar á los pueblos á los

que han declarado la enseñanza libre, dando carta blanca para todos los errores y absurdos que puede abortar el entendimiento, la mision de sostener el culto á los que han dado derechos iguales para todas las religiones en un pueblo exclusivamente católico, y la de reglar las costumbres á los que han acabado con el decálogo, abandonándose á toda clase de excesos. ¡Pobre clero mexicano!

Mas, como es necesario servirse para esto, no solamente de la accion de la fuerza, sino tambien de los suaves estímulos consiguientes á los goces que se ofrezcan al cuerpo que se quiere reformar, propone al Gobierno el Señor Capitan, "sostener á la Iglesia con un patrimonio liberal, y dedicar el sobrante de su riqueza al bien de la Nacion.

No sabemos cuál sea este patrimonio liberal con que ha de sostenerse la Iglesia, pero como del tenor de las palabras parece inferirse que ésta se ha de sostener con parte de su propia renta, supuesto que se habla de un resto de su riqueza que ha de aplicarse al bien de la Nacion, esta magífica liberalidad civil, con que ha de ser atendido el culto y el clero, se reduce á la reserva en su favor de una parte de lo que se le robe. Ya se verá por esto cuán grande y poderoso estímulo es el que propone el Señor Capitan á la Iglesia mexicana. Traduciendo al idioma de la verdad lo que este Señor Capitan ha dicho, equivale á este consejo: "Despues de declararse el Gobierno civil gefe de la Iglesia mexicana, para colocarla en su verdadera posicion, y obligar al clero á seguir el camino que le trazó el que es su cabeza, debe decretar un despojo universal, echándose sobre los bienes de la Iglesia, dedicar una parte del robo á los gastos del culto y sustento de sus ministros, y disponer de lo demas en favor de la Nacion.

El consejo no podia ser, en verdad, ni mas filantrópico respecto del clero, pues que se dedica á su congrua sustentacion una parte de lo que se le roba, ni mas piadoso respecto de Dios, pues que se le despoja de una riqueza que no tiene dueño en la tierra, por ser exclusivamente suya, ni mas conforme á la lei divina, pues autoriza el robo con tal que sea de la propiedad de la Iglesia y lo haga el poder civil. Mas por desgracia es inútil respecto del Exmo. Sr. General Miramon, y extemporáneo respecto del mismo Don Benito Juárez.

El Sr. Miramon, colocado al frente de la Nacion mexicana, en calidad de Presidente Sustituto de la República, y mui principalmente, porque sostiene los principios, defiende los intereses legítimos, y sobre todo la creencia católica de este pais, no tomará ciertamente un consejo que importa nada ménos que el triunfo completo aquí de esa revolucion que ha recorrido el mundo antiguo, llenándole de ruinas y de escombros.

En cuanto al Sr. Juárez, ha caminado tan aprisa, que desde Julio del año pasado promulgó sus famosos decretos, despojando universalmente á la Iglesia, exclaustrando los religiosos, estableciendo el matrimonio civil, secularizando los cementerios, &c., &c., y expidió con ellos un manifiesto en que, arrojándose todos los disfraces, aparece á toda luz la revolucion saboreando anticipadamente su triunfo definitivo, y disponiendo del campo con toda libertad. Pero aquí es necesario notar que este funcionario fué mucho mas adelante de lo que propone el Sr. Aldham; pues sus leyes expoliadoras reglamentan escrupulosamente el saqueo, pero no cuentan á la Iglesia para nada entre los objetos de su inversion. Hai un excesivo número de interesados en esta bancarrota de la propiedad mas sagrada, y un frenesí que raya en rabia contra la Iglesia, en extremo desencadenado, para que se acuerden los despojantes de tirar un mendrugo de pan á sus víctimas.

Tal vez pensarán invertir el consejo del Señor Capitan en materia de inversion, reservando á la Iglesia un tanto de lo que se escape de la rapacidad: pero es preciso convenir en que Euclides mismo perderia la cabeza al hacer el cómputo de este sobrante.

No: los hombres de Ayutla han considerado á la Iglesia viva miéntras ha tenido bienes que robarle y personas á quienes vejar y perseguir; pero muerta cuando se trata de su autoridad, de sus derechos y de su subsistencia material en el pais.

Increible parece, á la verdad, que habiendo en México tantos extrangeros, testigos presenciales de las revoluciones diversas que ha sufrido este pais, de los pretextos de cada una, de los ataques reiterados que han dado á la Iglesia, del carácter religioso del pueblo y de cuanto es necesario para formar un exacto juicio de las cuestiones politicas que nos tienen divididos, y descubrir los verdaderos medios de pacificacion, restablecimiento y prosperidad que aun nos quedan, se insista con tal pertinacia en propagar falsedades y errores hasta el extremo deplorable de preocupar tan desfavorablemente para nosotros el juicio de los Gobiernos de Europa. Por mui decidido que el Señor Aldham estuviera en favor de las máximas religiosas y políticas que inculca en su comunicacion oficial, es seguro, que no se explicaria de esta manera, si estuviese bien impuesto de los antecedentes que se requieren para desempeñar con buen éxito el interesante oficio de mediador con el objeto de restablecer la paz, instituir y afirmar el órden en un pais devorado por la guerra, y presa muchos años há de la mas horrible anarquía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

culto, á debilitar la moral y cambiar la disciplina, que en la sucesion de los siglos aquella divina religion habia llegado á ser un caos de errores, de supersticiones, de abusos y desórdenes, y que habia causado todos los males de que en el dia nos quejamos; pero que por último, en el siglo XVI, Dios suscitó á los reformadores para restablecerla á su primer estado de pureza y santidad: segun este *plan sublime*, han construido todas sus historias eclesiásticas, que no tienen mas objeto que convencer de esto á los lectores."[1]

No es de nuestro propósito entrar aquí en una formal controversia, para manifestar todo lo falso y absurdo de estas aserciones de los protestantes contra la Iglesia católica, sino únicamente probar cuán cierto es que el Señor Capitan, al anunciarnos la presencia del tiempo en que prevalezca el verdadero cristianismo, no hace mas que brindarnos con el cisma, y excitarnos al abandono de la verdadera Iglesia de Jesucristo, que es la católica, apostólica, romana. Sin embargo, no será fuera de propósito, y sí mui conveniente, reproducir aquí las siguientes declaraciones doctrinales, que tuvimos ocasion de inculcar á los fieles cuando fueron expedidas en Veracruz, con el manifiesto del Señor Juárez, las leyes llamadas de reforma:

"No hai verdadera religion, ni verdadera, plena y santa moral, ni legítima comunicacion con Dios fuera de la Iglesia.

"No hai mas que una Iglesia verdadera, no hai mas que una sola Iglesia de Dios, y es, la que Jesucristo Señor Nuestro, en ejercicio de su poder supremo sobre los cielos y la tierra, y sin el concurso de ningun poder humano, sin el consejo de ningun saber humano, sin necesitar absolutamente de nadie ni de nada, estableció en el mundo, para que fuesen llamados todos á ella por la predicacion de los apóstoles, que al efecto nombró, y de sus sucesores, que son el Romano Pontífice y todos los Obispos: la cual por esto se llama, y es con toda verdad, *una, santa, católica, apostólica, romana.*

"Fuera de la Iglesia verdadera no hai salvacion. Tal es el dogma católico. Así es que, cuantos no quieren pertenecer á ella, ó habiendo nacido en ella la abandonan, si mueren en tan infeliz estado, no se pueden salvar. En consecuencia: todos aquellos que, olvidando el supremo de todos los intereses del hombre, se esfuerzan por sacar á los fieles del seno de la Iglesia católica, son sus mas encarnizados y crueles enemigos.

"En la Iglesia católica está el verdadero cristianismo, y no está ni puede estar nunca fuera de ella. Cuando algunos, pues, rehusan

1 Bergier. Diccionario de Teología. art. *Cristianismo.*

Mas por lo mismo que así lo creemos, cumple á nuestro deber no solamente como Obispo, sino tambien como ciudadano mexicano, entrar mas de lleno en esta triste materia, y detenernos un tanto en estas diversas apreciaciones y consejos del Señor Capitan, á lo ménos para poner nuestro pobre contingente en esta lucha vieja y nueva de la verdad, la justicia y la religion contra el error, la iniquidad y el furor impío de la demagogia.

§. XI.

SOBRE EL VERDADERO CRISTIANISMO.

Si el furor propagandista de los protestantes y la bandera que desde su principio enarbolaron para sorprender la fe sencilla de los pueblos, fuesen cosas nuevas ó desconocidas, bien podriamos detenernos á exhibir los fundamentos que tenemos para creer que, cuando el Sr. Aldham anuncia la llegada del tiempo en que debe prevalecer aquí el verdadero cristianismo, este verdadero cristianismo no es otra cosa que la Reforma protestante, la religion de Lutero y Calvino, el rompimiento con el Papa, y nuestra separacion del gremio de la Iglesia católica. Pero la historia de la Reforma es demasiado conocida, para que necesitemos largas explicaciones, y por otra parte, el sentimiento católico de la nacion mexicana es un baluarte apostado contra tan horrible cisma, y una protesta viva y enérgica de nuestra creencia contra semejante absurdo.

Los protestantes vieron desde el principio que una oposicion clara y franca los habria puesto en evidencia ó inutilizado en sus miras, y por lo mismo se pusieron del lado del Evangelio contra la Iglesia, pretestando abusos que no existian. Mostráronse, no como los enemigos de una institucion divina, sino como los apóstoles del verdadero cristianismo contra el falso cristianismo de que acusan á los católicos.

Ellos "han dicho, como observa un sabio apologista, que el *cristianismo* en su orígen, tal como habia salido de mano de Jesucristo y de los apóstoles, verdaderamente era una religion divina, santa, irreprensible, la mas perfecta y la mas útil al género humano; pero que bien pronto los Pastores, por la mezcla de las opiniones filosóficas, por la ambicion de atribuirse una autoridad superior á la de los apóstoles, por la influencia de todas las pasiones humanas, habian llegado insensiblemente á alterar los dogmas, á corromper el

con arte el título de *católicos*, y toman con cierta presuncion el de *cristianos*, dando á entender que pueden merecer este nombre, y por consiguiente salvarse, sin necesidad de estar por fe y obediencia en la Santa Iglesia católica, piensan como herejes, hablan como apóstatas y obran como cismáticos. No hai verdadero cristianismo, lo repetimos, fuera de la Iglesia católica, apostólica, romana; y cuando, como miembros de esta sociedad, reconocemos al Romano Pontífice, y le rendimos el tributo de nuestro acatamiento y obediencia, es, no como príncipe temporal de un Estado, sino como Gefe de la Iglesia, Sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo. Esta es la única Iglesia de que habla el símbolo de la fe, la única que confesamos en el bautismo cuando nos pregunta el sacerdote: *¿creéis la Santa Iglesia católica?* la única que llamó suya Jesucristo cuando dijo, refiriéndose al Príncipe de los apóstoles: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Esa otra Iglesia *reformada*, que pretende establecer en México la demagogia, es sinagoga de Satanás, es la Iglesia *protestante*, reunion de los secuaces de Lutero y Calvino, invencion del jansenismo y del regalismo; es en fin, todo lo que se quiera, mas no *la Iglesia reconocida por Jesucristo*; no es la edificada sobre Pedro, no es la que reconoce por su Cabeza visible al Sucesor del Príncipe de los apóstoles. Cuando los mexicanos respetamos y obedecemos y llamamos Padre al Soberano Pontífice, á quien reconocemos es al Sucesor del Príncipe de los apóstoles, al representante de Cristo, á aquel á quien fuéron dadas las llaves del reino de los cielos: esto es lo que ha enseñado, y enseña, y enseñará el Episcopado y clero mexicano á los fieles. No es de un príncipe temporal, sino de la Cabeza visible de la Iglesia católica, de quien hablamos cuando decimos con San Gerónimo: "El que esté unido á la Cátedra de Pedro, *es mio*." Este es punto esencialísimo es un dogma capital, es la doctrina que aprendimos desde niños cuando se nos puso en las manos el Catecismo: quien niega esta verdad, no es ni puede ser católico, él mismo se separa de la Iglesia, es hereje."

Estas son y han sido las creencias unísonas del pueblo mexicano desde que este pais dejó de ser una nacion gentil y fué convertida al cristianismo: esta es la doctrina que le han enseñado constantemente sus Pastores. El símbolo de los apóstoles, los preceptos de Dios y de la Iglesia, la oracion y los sacramentos, enseñada la primera é instituidos los segundos por Jesucristo: hé aquí el conjunto de objetos de nuestra predicacion católica, la cuál no ha dejado de hacerse jamas por sus Pastores con toda pureza, con todo celo y con la mayor constancia.

Nosotros, pueblo nuevo en la historia de la civilizacion católica, nacimos á la verdadera fe, y entrámos en el gremio de la verdadera Iglesia, é hicimos la preciosa adquisicion de los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna, en el tiempo mismo en que una parte del Norte de la Europa, y mui principalmente la patria del Señor Capitan Aldham, renunciaban á la fe católica despedazando el símbolo, abandonaban á la Iglesia católica rebelándose contra su Cabeza visible, y renunciaban á las divinas promesas saliendo de aquel cuerpo único donde ella subsiste, y fuera del cuál no hai salvacion.

Los protestantes, reconociendo que el cristianismo en su orígen tal como le instituyó Jesucristo y le predicaron y propagaron los apóstoles, es una religion divina, santa, irreprensible, la mas perfecta en sí misma, y la mas útil al género humano, han introducido con solo esto en su pretendida institucion el gérmen de la muerte. ¿Por qué? Porque aceptando los principios de los católicos en materia de orígen, tienen que reconocer todas las reglas de la fe que nos dió el mismo Jesucristo, toda la infalibilidad de sus oráculos divinos, todo el símbolo de los apóstoles, y colocarse en la alternativa de aceptar los principios católicos, ó de quedar en la nada en materia de religion. Si Jesucristo instituyó una Iglesia, si dió á esta Iglesia una autoridad plena para enseñar la doctrina, establecer el culto, formar al pueblo fiel, regir las costumbres, fijar la disciplina y distribuir la gracia mediante los sacramentos; si todo esto se encuentra comprobado por las Sagradas Letras, reconocido y observado desde los primeros siglos de la Iglesia, es decir, desde el tiempo en que reconocen los protestantes un verdadero y puro cristianismo, ¿no es cierto, que en esta misma confesion, que ellos hacen, beben el gérmen de la muerte, ya relativamente á la Iglesia católica, ya respecto de los mismos incrédulos? Claro que sí. La verdad es esencialmente una, y el error es múltiplo: por consiguiente no puede haber mas que una religion y una Iglesia, no puede haber mas que una institucion de culto, un código de moral y un camino para el cielo. Esta unidad antigua y nueva, constante y perpetua, brilla como el sol en la Iglesia católica. Desde su mas remota inauguracion, desde aquel punto de partida comun para el tiempo y para la historia en que recibió el hombre con la vida una verdad, una lei, un último fin, hasta el momento en que escribimos, la Iglesia católica en su esencia, en su doctrina, en su régimen fundamental, en su predicacion, en su ministerio, &c., &c., es la misma sin mas ni ménos, la misma sin diferencia ninguna sustancial, la misma en su doctrina, la misma en su gobierno, la misma en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su espíritu, la misma en sus sacramentos, la misma en su institucion.

¿Y el protestantismo que es? ¿dónde está su unidad? ¿dónde sus títulos? ¿dónde su doctrina? ¿dónde sus garantías? ¿dónde su fuerza? Jamas ha podido responder á estas preguntas. Pidesele la unidad, y no puede presentar, para satisfacer esta demanda, sino sus diferencias y variaciones infinitas: variaciones de tiempo á tiempo, de lugar á lugar, de individuo á individuo, y aun de pensamiento á pensamiento en una misma cabeza. Pidesele su antigüedad, su genealogía y el motivo de su aparicion, y se nos presenta naciendo en el siglo XVI, naciendo de las herejías y cismas antiguos, al falso calor del Renacimiento, naciendo de dos monjes apóstatas y un monarca despechado contra el Vicario de Jesucristo, porque no quiso condescender con sus pretensiones inmorales. ¿Qué es, pues, el protestantismo en materia de religion? Una rama seca desprendida del árbol, trasplantada al fango y multiplicada y pasmosamente diversificada: es una muchedumbre de sectas. No busquéis en el protestantismo una institucion, sino una rebeldía, una insurreccion furibunda contra el reino de Jesucristo, un individualismo extraordinariamente anárquico. No busquéis en el protestantismo una doctrina: no busquéis en sus libros el carácter positivo, compacto, firme y fecundo de la verdad; porque no hai en él otra cosa que fragmentos mal compaginados de las verdades católicas, reproduccion falsificada y trunca de los Libros Santos, negacion de todo magisterio y autoridad en materia de doctrina, rienda suelta, licencia ilimitada para entender ó interpretar la Sagrada Escritura, en fin, negaciones sobre negaciones, protestas sobre protestas, errores sin número, destruccion de todo lo que estableció Jesucristo.

Un abismo inmenso média entre la institucion católica y la reforma protestante. La iglesia es una; el protestantismo cuenta mil sectas. La Iglesia es dogmática y positiva, pues trasmite con autoridad lo que Dios ha revelado; el protestantismo es una mera negacion, una libertad doctrinal, que hace morir la verdad en el alma, pues cada uno crée como entiende ó como quiere. La Iglesia católica representa un cuerpo, cuyos miembros todos están unidos por la profesion de una misma fe, la esperanza de unas mismas promesas, la observancia de una misma ley, la participacion de unos mismos sacramentos, la sumision á unos mismos pastores, con su Cabeza visible, que es el Papa; mas los protestantes no tienen mas vínculo de unidad, que el odio comun de todos al catolicismo. El católico encuentra las garantías de la verdad que profesa, en la palabra infalible de la Iglesia docente, miéntras el protestante desecha esta Iglesia, no reconoce autoridad ninguna, ni tiéne otra regla de fe que su propio discurso. El católico reconoce, venera y acata al Papa como Vicario de Jesucristo, mira real y verdaderamente presente al mismo Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, invoca á la Santísima Vírgen como Madre de Dios, reconoce y busca la intercesion de los Santos, mira en los siete sacramentos los canales de la gracia, las fuentes de la vida, los agentes de la perfeccion y los títulos á la felicidad; mas el protestante detesta al Papa, llamándole Anticristo, niega la Presencia real, no mirando en la Eucaristía sino un simple símbolo, ve con indiferencia, y á veces con desprecio y aun odio á la Madre de Dios, tacha de idolatría el culto de los Santos, y no admite los siete sacramentos de la nueva Ley.

Concluyamos. Si México ha sido un pueblo católico, ese verdadero cristianismo que está para llegar á él, segun el pronóstico del Sr. Aldham no es mas que la destruccion y muerte del catolicismo en México, para ceder el campo á los sectarios de Calvino y Lutero bajo el régimen de gobiernos imitadores del rei apóstata que inauguró el protestantismo en Inglaterra.

§. XII.

LA OPINION Y LA VOLUNTAD NACIONAL.

En el párrafo X, página 610, hemos desmentido categóricamente, como una verdadera calumnia, la especie del Sr. Aldham sobre que las ideas que propone como unos medios eficaces para el restablecimiento de la paz, consolidacion del órden y fuentes inagotables de prosperidad, sean cosas deseadas ardientemente por el pueblo; pero hemos creido conveniente volver á tocar este punto, para poner en claro los sólidos fundamentos de nuestro concepto.

Apénas hai términos de que mas se haya abusado y abuse, aquí y en todas partes, que de las palabras *opinion pública* y *voluntad nacional*. Casi no hai utopista que no se presente como el órgano de la primera, ni revolucion que no se pretenda justificar con los derechos de la segunda. Nosotros mismos, en un período de cuarenta años, hemos visto aparecer diferentes constituciones políticas apoyadas en la voluntad nacional, á pesar de haber contradiccion entre unas y otras, hemos visto nacer y morir multitud de revoluciones; pero no recordamos alguna que haya dejado de presentar su plan como la expresion de la opinion pública y de la voluntad nacional. En el mismo tiempo en que habla el Señor Aldham, hay

su espíritu, la misma en sus sacramentos, la misma en su institucion.

¿Y el protestantismo que es? ¿dónde está su unidad? ¿dónde sus títulos? ¿dónde su doctrina? ¿dónde sus garantías? ¿dónde su fuerza? Jamas ha podido responder á estas preguntas. Pidesele la unidad, y no puede presentar, para satisfacer esta demanda, sino sus diferencias y variaciones infinitas: variaciones de tiempo á tiempo, de lugar á lugar, de individuo á individuo, y aun de pensamiento á pensamiento en una misma cabeza. Pidesele su antigüedad, su genealogía y el motivo de su aparicion, y se nos presenta naciendo en el siglo XVI, naciendo de las herejías y cismas antiguos, al falso calor del Renacimiento, naciendo de dos monjes apóstatas y un monarca despechado contra el Vicario de Jesucristo, porque no quiso condescender con sus pretensiones inmorales. ¿Qué es, pues, el protestantismo en materia de religion? Una rama seca desprendida del árbol, trasplantada al fango y multiplicada y pasmosamente diversificada: es una muchedumbre de sectas. No busquéis en el protestantismo una institucion, sino una rebeldía, una insurreccion furibunda contra el reino de Jesucristo, un individualismo extraordinariamente anárquico. No busquéis en el protestantismo una doctrina: no busquéis en sus libros el carácter positivo, compacto, firme y fecundo de la verdad; porque no hai en él otra cosa que fragmentos mal compaginados de las verdades católicas, reproduccion falsificada y trunca de los Libros Santos, negacion de todo magisterio y autoridad en materia de doctrina, rienda suelta, licencia ilimitada para entender ó interpretar la Sagrada Escritura, en fin, negaciones sobre negaciones, protestas sobre protestas, errores sin número, destruccion de todo lo que estableció Jesucristo.

Un abismo inmenso média entre la institucion católica y la reforma protestante. La iglesia es una; el protestantismo cuenta mil sectas. La Iglesia es dogmática y positiva, pues trasmite con autoridad lo que Dios ha revelado; el protestantismo es una mera negacion, una libertad doctrinal, que hace morir la verdad en el alma, pues cada uno crée como entiende ó como quiere. La Iglesia católica representa un cuerpo, cuyos miembros todos están unidos por la profesion de una misma fe, la esperanza de unas mismas promesas, la observancia de una misma ley, la participacion de unos mismos sacramentos, la sumision á unos mismos pastores, con su Cabeza visible, que es el Papa; mas los protestantes no tienen mas vínculo de unidad, que el odio comun de todos al catolicismo. El católico encuentra las garantías de la verdad que profesa, en la palabra infalible de la Iglesia docente, miéntras el protestante desecha esta Iglesia, no reconoce autoridad ninguna, ni tiéne otra regla de fe que su propio discurso. El católico reconoce, venera y acata al Papa como Vicario de Jesucristo, mira real y verdaderamente presente al mismo Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, invoca á la Santísima Vírgen como Madre de Dios, reconoce y busca la intercesion de los Santos, mira en los siete sacramentos los canales de la gracia, las fuentes de la vida, los agentes de la perfeccion y los títulos á la felicidad; mas el protestante detesta al Papa, llamándole Anticristo, niega la Presencia real, no mirando en la Eucaristía sino un simple símbolo, ve con indiferencia, y á veces con desprecio y aun odio á la Madre de Dios, tacha de idolatría el culto de los Santos, y no admite los siete sacramentos de la nueva Ley.

Concluyamos. Si México ha sido un pueblo católico, ese verdadero cristianismo que está para llegar á él, segun el pronóstico del Sr. Aldham no es mas que la destruccion y muerte del catolicismo en México, para ceder el campo á los sectarios de Calvino y Lutero bajo el régimen de gobiernos imitadores del rei apóstata que inauguró el protestantismo en Inglaterra.

§. XII.

LA OPINION Y LA VOLUNTAD NACIONAL.

En el párrafo X, página 610, hemos desmentido categóricamente, como una verdadera calumnia, la especie del Sr. Aldham sobre que las ideas que propone como unos medios eficaces para el restablecimiento de la paz, consolidacion del órden y fuentes inagotables de prosperidad, sean cosas deseadas ardientemente por el pueblo; pero hemos creido conveniente volver á tocar este punto, para poner en claro los sólidos fundamentos de nuestro concepto.

Apénas hai términos de que mas se haya abusado y abuse, aquí y en todas partes, que de las palabras *opinion pública* y *voluntad nacional*. Casi no hai utopista que no se presente como el órgano de la primera, ni revolucion que no se pretenda justificar con los derechos de la segunda. Nosotros mismos, en un período de cuarenta años, hemos visto aparecer diferentes constituciones políticas apoyadas en la voluntad nacional, á pesar de haber contradiccion entre unas y otras, hemos visto nacer y morir multitud de revoluciones; pero no recordamos alguna que haya dejado de presentar su plan como la expresion de la opinion pública y de la voluntad nacional. En el mismo tiempo en que habla el Señor Aldham, hay

en la Repúblicas no solamente dos partidos en lucha, sino tambien dos Gobiernos en accion: el Presidente de la República residente en México, y el Presidente de la República residente en Veracruz. El primero es reconocido por la mayoría del pais; el segundo, aunque domina en minoría, pero de hecho ocupa una parte considerable del territorio, y en ambos campos y por ambos partidos y Gobiernos, se oyen las dos invocaciones de costumbre, *opinion pública, voluntad nacional.*

¿Qué se infiere de aquí? Que el solo decir de los partidos, aun cuando llegan al poder, no es el dato que ha de buscarse para conocer la verdadera voluntad nacional; y cuando nosotros hemos rechazado este concepto del Sr. Aldham relativamente al pueblo mexicano, hemos tenido por motivo, no el hecho de habitar en la parte gobernada por el Sr. Miramon, ni el hecho de estar el Sr. Juárez en Veracruz, sino el hecho incontestable y notorio de que esa libertad religiosa, ese nuevo cristianismo, ese régimen político y todo lo demas que el Señor Capitan propone y aconseja, está en abierta oposicion con las profesiones, las creencias y las aspiraciones del pueblo mexicano.

La opinion y la voluntad de un pueblo no son cosas que se forman de improviso, que se deducen de una simple situacion, que se comprueban con el triunfo ó la derrota de un partido, ni que se manifiestan en el simple curso de las revoluciones, no: estas cosas vienen de mas alto, se desarrollan con mas lentitud, se deben estudiar en otra parte mui diversa y á la luz de una sana crítica. ¿Queréis Señor Capitan conocer la opinion y voluntad actual de la Nacion mexicana? No lo preguntéis ni al Virey que gobernaba el 16 de Setiembre de 1810, ni al Cura que se levantó en Dolores para derrocar al Gobierno colonial; no lo preguntéis ni á Iturbide y sus compañeros al inaugurar el trono que ocupó el primero, ni á la faccion que hizo caer este trono, y siguió los pasos al monarca hasta hacerle espirar en Padilla: no lo busquéis ni en la Carta de 1824, ni en la Constitucion de 1836, ni en las *Bases Orgánicas*, ni en la Constitucion de 1857; no en los pretestos de las revoluciones, ni en los programas de los partidos. No, volverémos á decirlo: aquí habrá datos, efectos, revelaciones, pero no el fondo, no la causa, no la luz competente para encontrar signos evidentes de la voluntad nacional.

Es necesario examinar el orígen de este pueblo, las modificaciones de su raza, el principio y carácter de su civilizacion, sus hábitos de tres siglos, sus vínculos religiosos, morales y sociales, su participio ó excentricidad en la marcha de las revoluciones civiles, su situacion comparativa en los tiempos anteriores á la primera y

posteriores á la última revolucion, sus padecimientos en todas, su decadencia progresiva, la razon de su indiferencia en unos casos, y de sus entusiastas manifestaciones en otros. Es necesario no confundir al oceano con sus olas, al árbol con sus ramas, ó para hablar sin figuras, á la sociedad con las agitaciones que la trabajan, á la masa del pueblo con las inquietas minorías que se levantan para desquiciar el órden, á fin de medrar en las revueltas.

Larga y penosa seria ciertamente la tarèa de entrar en este exámen, digno de ocupar el pensamiento de los sábios, y en gran manera provechoso para un pueblo tan desconocido como vociferado, tan infeliz como calumniado; para un pueblo cuyos dolores profundos representan ciertamente, no la versatilidad de su pensamiento, no el curso caprichoso y turbulento de su voluntad, sino la preponderancia de los intereses y las pasiones políticas de las minorías sobre las fuerzas conservadoras del derecho, el abuso de las armas, y la falta de tino, moralidad ó verdadero patriotismo en aquellos que han tenido á veces la suerte de la Nacion en sus manos. Mas á pesar del grande interes que este asunto nos inspira, tenemos que tocarle apénas, por los límites á que nos sujeta el carácter de este opúsculo. Pero lo poco que vamos á decir, será bastante para que todo el mundo comprenda, que lo que el Señor Capitan supone ardientemente deseado por el pueblo, es precisamente lo que mas detesta, lo que está mas en pugna con su orígen, su carácter, sus instintos, sus hábitos, su situacion, su decadencia, &c., &c.

Un conocimiento mui mediano de nuestra historia nacional, basta para saber que este pueblo, en los tres siglos poco ménos que trascurrieron desde su conversion al cristianismo hasta el nacimiento de la guerra civil en el pueblo de Dolores, gozó de la paz mas perfecta y se conservó con tal órden, que no llegó á presentarse, durante un periodo tan dilatado, síntoma ninguno de aquellos que denuncian la existencia de un grave mal en el fondo de la sociedad. Hai mas, y esto es mui digno de notarse, una cosa singularísima, un distintivo mui característico y un grande objeto de estudio y meditacion para los que cultivan la ciencia política y social: durante estos tres siglos, no fué necesario para la conservacion de este órden y de esta paz, para la observancia de las leyes y el goce pleno de los derechos civiles, el empleo de la fuerza armada, la conservacion de grandes ejércitos, la distribucion de una policía tan vigilante y activa como ramificada; pues todo el mundo sabe que nada de esto habia en México, y que su ejército, su fuerte policía y el movimiento de la fuerza armada comenzó en consecuencia de la primera revolucion. Luego este pueblo durante tres siglos fué

unísono en sus creencias, y en sus prácticas religiosas, y en sus reglas morales, y en sus relaciones recíprocas en el órden de la familia y en el órden de la sociedad civil, y por lo mismo que vivia en una paz tan inalterable, claro es que no anhelaba por ninguna de esas cosas que hoi le hace desear ardientemente el Sr. Aldham: luego, si tales deseos existen, vendrán ciertamente, no de la educacion, no de los hábitos de tres siglos, no de los elementos de nuestra civilizacion, no de los antecedentes de nuestra historia, sino de la Revolucion que nos ha trabajado por espacio de medio siglo.

Ahora bien, ¿esta Revolucion ha podido cambiar de tal suerte la índole, la creencia, las persuasiones, los instintos, los hábitos, y las aspiraciones de este pueblo, que hoi ignore lo que ántes sabia, sepa lo que ántes ignoraba, ame lo que ántes aborrecia, y aborresca lo que ántes amaba? Qué! ¿el solo nombre de libertad religiosa, pronunciado al ruido del sable y entre el estrépito del cañon, y haciendo sus ecos en el universal desconcierto de todas las cosas, y mostrando su significado en el despojo y profanacion de los templos, en la persecucion de los ministros del altar, en la blasfemia y el sacrilegio, ha podido conquistar, hasta formar en él una pasion, el corazon de un pueblo que, al cabo de tanta revuelta, se encuentra mas despreciado que nunca, mas desatendido que nunca, mas abandonado que nunca, mas desvalido que nunca, mas pobre y miserable que nunca? Este pueblo independiente, pero presa del extrangerismo; con libertad de comercio, pero sin industria propia; con derechos en las constituciones, pero abandono en los tribunales; con prosperidad en los discursos, pero miserias en la vida; con la mitad ménos del territorio que ántes tenia, con ejércitos numerosos, y sin seguridad individual; con emancipacion política y servidumbre financiera, lleno de prerrogativas y cargado de gabelas: este pueblo, desnudo y hambriento en consecuencia de la Revolucion, víctima de nuestra ciencia de estado y de nuestra economía política, ¿este desgraciado pueblo puede amar con pasion y desear con entusiasmo esa libertad religiosa, y esperar con los brazos abiertos ver desollar templos protestantes, mésquitas musulmanas, sinagogas, &c., &c., para gustar las dulzuras de un corazon católico en las espansiones de su creencia, para comer, y vestir, y alcanzar todos los grandes beneficios del estado social?

Es un hecho generalmente conocido que la revolucion del año de 1810, á pesar de haberse presentado tan colosal y haber durado algunos años, fué sofocada por fin y casi extinguida, pues el año de 1820 se habian restablecido ya el órden y la paz en casi toda la Nacion. ¿Cómo explicar este fenómeno? ¿Dirémos acaso que México no queria ser independiente? No; sino que, siendo un pueblo religioso y moral, no quiso prestar su cooperacion á un desórden que no podia traer otra cosa que desastres. Si, pues, esta condenacion tácita pero efectiva que sufrió aquella primera revuelta, prueba que la revolucion del año de 1810, léjos de haber cambiado los sentimientos, la voluntad y los hábitos del pueblo, tuvo que sucumbir precisamente por no haber encontrado apoyo en este pueblo mismo, bien podémos inferir de aquí, fundados en las reglas de una evidencia inductiva, que México no habia cambiado, ni religiosa, ni moral, ni socialmente hasta el año de 1821.

Es otro hecho igualmente notorio para todos, y de dimensiones mui colosales para haberse quedado sin ser visto de nadie, que este mismo año, cuando habia concluido ya la primera revolucion con beneplácito universal, cuando todo estaba en paz, cuando la autoridad colonial habia recobrado toda su fuerza y contaba con un ejército numeroso, y cuando parecia mas difícil que nunca emprender con buen éxito la tarea de emancipar á este pais de su antigua Metrópoli, Don Agustin de Iturbide proclamó la independencia en Iguala sobre las bases de Religion, Union é Independencia, simbolizadas en los tres colores de nuestra bandera nacional, y que no trascurrieron siete meses sin que esta gloriosa enseña hubiese penetrado en la capital, despues de una marcha esplendidísima de triunfos pacíficos y ovaciones entusiastas.

¿Cómo explicar, pues, este grande acontecimiento, este universal eco de la Nacion al grito de Iguala, este concierto de voluntades maravillosamente subordinadas al plan del caudillo ilustre que proclamó nuestra independencia? ¿Por qué incomprensible magia se hubo realizado tan sin obstáculo y con semejante celeridad lo que no habia podido conseguirse durante tantos años de encarnizada lucha? porque el plan de Iguala tenia dos caractéres, únicos en nuestra historia: el de una conformidad absoluta con las creencias, los hábitos, las clases todas y los mas grandes intereses del pueblo mexicano, y el de una oportunidad que pareció preparada por la Providencia misma.

Restituido Fernando VII al trono de sus mayores, despues de la invasion francesa, y habiendo adoptado con la Constitucion de 1812 los principios llamados liberales, convocó á las Córtes, y éstas, en vez de coadyuvar á una restauracion política fundada en los principios, en las creencias y la índole de un pueblo como el español, tan enemigo de la licencia como de la servidumbre, se hicieron el eco de la tribuna francesa en los tiempos de la Revolucion, y acometieron la obra de descatolizar á España, minando las bases de

aquel antiguo edificio de fe y de lealtad. Dieron desde luego las leyes llamadas de *reforma*, y no tardaron en poner en alarma á todos los súbditos católicos de ambos hemisferios. Entónces toda la parte mas escogida de esta sociedad sin distincion de españoles y criollos, todas las clases sin que faltase una sola, queriendo poner un dique á este torrente revolucionario é impío, que se desbordaba desde la antigua Metrópoli, proclamaron la independencia con beneplácito universal y á impulsos del sentimiento católico, para ponerse en guardia contra un contagio que se extendia ya por toda España. Hé aquí el iman que reunió todas las voluntades; he aquí la religion abriendo caminos espaciosos y seguros á la independencia. Teniendo ésta una base tan firme como santa, era consiguiente que sancionase con una fuerza mas eficaz los nobles derechos de la fraternidad, mostrando la union de los españoles con los mexicanos con un triple carácter, el del derecho, el de la cohesion y el de la fecundidad para el bien. Vea, pues, el Señor Capitan, cómo este grande acontecimiento, en que la opinion nacional y la voluntad del pueblo se ostentaban en sublime relieve á la faz del mundo, revela unidad religiosa, y no libertad religiosa.

Largo seria seguir paso á paso nuestra historia nacional desde la consumacion de nuestra independencia; pero es mui digno de notarse que, en las diferentes épocas marcadas por el nacimiento y triunfo de nuestras revoluciones, no ha habido manifestaciones del pueblo sino en el sentido de la unidad exclusiva de sus creencias. Si desde 1822 en que se coronó Iturbide, hasta 1826 en que aparecieron los partidos bajo las banderas de *federalistas* y *centralistas*, vemos al pueblo retraido, inactivo y extraño á los sucesos de nuestra historia política; en 1826 le vimos lanzar un grito de universal reprobacion contra las ideas anticatólicas esparcidas en el cuerpo de las instrucciones que debian darse á nuestro Ministro en Roma, para la celebracion del concordato, sometidas á la aprobacion del Senado. Si de 1827 á 1833 vemos al pueblo como aislado y distraido de las nuevas denominaciones y planes de los partidos, á pesar del movimiento de la Acordada y del escándalo inaudito de la expulsion de españoles; en 1834 se agita y conmueve por todas partes, y explica de mil maneras su indignacion al tener noticia de las leyes dadas contra la Iglesia y sus derechos, de los Obispos desterrados, &c., &c.; y esta indisposicion del pueblo sirvió de apoyo á la fuerza que derrocó al Gobierno enemigo de la Iglesia con beneplácito general de todos los mexicanos. De entónces hasta el año de 1846 hubo agitaciones diversas, continuó la alternativa de triunfos y derrotas de los partidos, hubo dictaduras, centralismo, bases orgánicas, restauracion federal, pronunciamientos solapados por la monarquía; pero todo esto pasaba sin que el pueblo tomase parte alguna, sino es aquella facticia que le obliga á tomar en ciertas demostraciones el fanatismo de un partido triunfante. Mas apénas empieza el año de 1847, y el pueblo comienza á conmoverse. ¿Cuál fué la causa? La lei de 11 de Enero, que decretó el despojo de la Iglesia por valor de quince millones de pesos con pretexto de la guerra americana. Entónces, á pesar de esta invasion y del odio que á todo el pueblo inspiraba, éste, sin distraerse de sus sentimientos patrióticos en presencia de un suceso tan grave, se manifestó de tal suerte contra el despojo sacrílego, que no se restableció el órden sino con la desaparicion de la causa que le habia perturbado.

Tenemos, pues, al pueblo mexicano explícito y activo en defensa de la religion y de la Iglesia, y por tanto, mui léjos de *desear ardientemente* la libertad religiosa y demás principios de que le supone apasionado el Sr. Aldham, hasta el año de 1847. No le quedan, pues, mas que trece, para cambiar su constitucion social, sus opiniones y sus deseos en materia de religion, de costumbres, de intereses y de modo de ser político. Véamos ahora si en tan breve tiempo se han podido cambiar los caractéres constitutivos de la sociedad mexicana.

Desde fines de 1855, en que, triunfante la revolucion de Ayutla, volvió á la carga malograda en las épocas anteriores, de arruinar las creencias, combatir la Iglesia y la religion, hasta fines de 1857, en que Don Ignacio Conmonfort, Presidente constitucional, dió su memorable *golpe de Estado*, que acabó con la Constitucion y el Congreso, el pueblo mexicano, á pesar del empeño y solicitud con que los demagogos procuraban seducirle, corromperle y ganarle, estuvo en una agitacion continua, y esto no precisamente por el carácter de las cuestiones políticas, sino por los ataques nuevos, y mas furiosos que nunca, dados por el Gobierno demagogo á la religion y á la Iglesia, ya durante la Dictadura de Conmonfort, ya en el brevísimo período del régimen constitucional. Mui largo seria referir por menor la historia de las demostraciones diversas del pueblo, y por lo mismo, nos limitarémos á la simple relacion de algunos hechos, cada uno de los cuales basta por sí solo para poner en claro á toda luz cuál es y ha sido siempre aquí la verdadera opinion pública y la voluntad nacional en materia de libertad religiosa, reforma de la Iglesia, &c., &c.

Discutíase en el Congreso constituyente el Proyecto de Constitucion cuyo artículo 15 establecia en México la tolerancia religiosa; y lo mismo fué saber esto la Nacion, que conmoverse toda. Si no

habia ciudad, pueblo ni aldéa, donde no se hablara de esto como de un extremado mal, y á pesar de la vigilancia coactiva de las autoridades de Ayutla, del furor de la prensa impía para descatolizar al pueblo, de los corrillos, peroratas y demas medios de seduccion empleados al efecto, la opinion y la voluntad pública incapaz de ser contenidas, se desbordaron como un torrente, inundando de representaciones y firmas el recinto de la Cámara constituyente. Todos hablaron, todos representaron, todos pidieron, todos clamaron, todos pronunciaron á plena voz el *no* y *mil veces no* de la voluntad general: clero, pueblo, clases todas, ayuntamientos, vecindarios, hombres, mugeres, todos generalmente representaron, y puede decirse que nunca se habia manifestado de una manera mas explícita en México la opinion pública y la voluntad nacional. He aquí el primer hecho.

Grande era el furor de la Cámara por hacer triunfar en la votacion el falso principio de la libertad religiosa, mas á pesar de todo, el artículo fué desechado al empuje irresistible de una poderosa mayoria. ¿Cómo explicar esto? ¿Acaso los diputados fuéron seducidos? ¿acaso estaban ciegos? ¿acaso eran ignorantes? ¿eran siquiera indiferentes? ¿Por ventura se convirtieron á la voz de la insignificante minoria del *partido clerical?* No; sino que, viendo venir un torrente indomable, tuvieron el buen juicio de no querer luchar con él, y mal de su grado han tenido que representar en nuestra historia, con el hecho notorio de la reprobacion del artículo 15, aunque rabiosos y despechados, el papel de testigos abonadisímos é irrecusables de que la libertad religiosa y demas artículos del programa de la Revolucion, léjos de ser *ardientemente deseados*, son mortalmente aborrecidos por la voluntad nacional. He aquí el segundo hecho.

Es notorio igualmente que, aunque reprobado el artículo 15, el Congreso le dió un vergonzante sustituto bien tornasolado en el 123, que ponia exclusivamente á cargo del poder público general los puntos relativos al culto religioso y disciplina externa; y con este y otros artículos manifiestamente opuestos á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia, fué promulgada por el Congreso, sancionada y mandada jurar por el Gobierno, la célebre y desastrosa Constitucion de 1857, imponiendo á los que no la jurasen, la pena de destitucion de los empleos. Pues bien: apénas es publicada la nueva Carta, cuando una alarma general se apodera de toda la Nacion, herida mortalmente en su parte mas sensible, en su amor á la religion y respeto á la Iglesia. Hablaron los Obispos y Cabildos eclesiásticos á la autoridad pública pidiendo la derogacion de tales artículos, y á los fieles manifestando que no era lícito jurar la Constitucion; mas como estas representaciones y protestas olian á

sacristía, es decir, exhalaban un aroma de muerte para los reformistas, no se hizo caso de ellas, y todo habria sido inútil ciertamente, si el pueblo no se hubiese manifestado.

Sábese bien que los empleados de entónces pertenecian al partido liberal, eran amigos de aquel órden de cosas y tenian un interes mui grande en que se hubiera consolidado: pues bien, es público y notorio que una parte mui considerable de estos empleados, no solo en la Capital, sino tambien en los Estados y en los diversos ramos de la administracion pública, prefirieron perder sus empleos y quedarse en la miseria, ántes que jurar la Constitucion. Hé aquí el tercer hecho, notable bajo todos aspectos y de un poder demostrativo verdaderamente irresistible, porque manifiesta que en materia de religion no hai partidos en México, sino simples individualidades, y que la universalidad moral de este pais repele esa pretendida libertad religiosa.

Pero hai más: el mismo Sr. Conmonfort, que habia expedido todos los decretos atentatorios, desterrado Obispos, sancionado y jurado la Constitucion de 57, y destituido á los empleados que no habian querido prestar el juramento exigido, no pudiendo resistir al peso de la opinion pública y de la voluntad nacional, dió un *golpe de Estado*, que echó por tierra á la Carta, al Congreso y á su misma Presidencia constitucional. He aquí el cuarto hecho, todavía mas fuerte que el anterior, demostrando lo contrario de lo que atribuye al pueblo mexicano el Sr. Capitan.

Mas aquí es necesario detenernos un poco, á fin de robustecer nuestro concepto con dos nuevas pruebas de mui elevada gerarquía para que las pasáramos en silencio. ¿Qué pruebas son estas? Primera, la solemne apreciacion que hizo el mismo Sr. Conmonfort, en su "Manifiesto á la Nacion," acerca de la verdadera opinion pública y voluntad popular: segunda, el motivo notorio de haberse estacionado en su movimiento y esterilizado en su accion, entrando en lucha sangrienta con el Sr. Zuloaga, y abandonando al fin esta capital.

Oigamos, pues, lo que dijo categóricamente, acerca de la revolucion de Ayutla, del Congreso, de la Constitucion, de las leyes de Reforma, de la reaccion armada, &c.; y téngase presente que no habla un clérigo, un conservador ó un gefe reaccionario, sino un liberal, el Gefe de la revolucion de Ayutla, el autor de la mayor parte de las leyes llamadas de *Reforma*, y del decreto que previno el juramento de la Constitucion bajo la pena de perder los empleos.

"El plan de Ayutla contenia la promesa solemne de las garantías, y los mexicanos esperaban verlas consignadas en una declaracion que fuese verdadera y fiel espresion de su voluntad.

"No fué así: apénas la primera lectura del proyecto presentado por la comision comenzó á dar publicidad á las ideas que dominaban en el Congreso constituyente, cuando aparecieron los síntomas mas marcados del disgusto y desaprobacion. No obstante, temeroso el Gobierno de confundir con la expresion de la voluntad nacional lo que acaso podria ser la oposicion de un partido enemigo de las reformas, mui léjos de atender aquellas insinuantes manifestaciones, cuidó con mayor empeño de cooperar, conservando á toda costa la tranquilidad pública, objeto mui difícil en aquellas circunstancias, á la terminacion de unos trabajos que, como acaba de decirse, debian ser el complemento de la Revolucion.

"El proyecto se discutió en la Cámara, en medio de la agitacion y el *disgusto público*, que si no se manifestó bastantemente, fué por el temor de las facultades represivas de que el Gobierno se hallaba investido, y *de que no dejó de usar* oportunamente para alejar todos los obstáculos que pudieran presentarse á la libertad del Congreso. Así se concluyó la discusion, y sin disminuir en nada aquellos síntomas desfavorables á la adopcion de la lei fundamental, llegó el momento decisivo de su sancion. El Gobierno no solo juró su observancia, sino que se vió precisado á separar de sus puestos á los empleados que, *atemorizados por la opinion pública ó aconsejados por su propia conciencia*, rehusaron prestar el juramento.

"Sin embargo de todos estos obstáculos, que parecian invencibles, las autoridades emanadas del nuevo código se organizaron, porque la última esperanza del ejecutivo debia ser que, reducidos todos los funcionarios al círculo preciso de sus deberes, establecieran en sus respectivas localidades el órden, que es la consecuencia forzosa de un sistema constitucional.

"Esta última esperanza, no solo del Gobierno, sino tambien del pueblo, fué no ménos vana é ilusoria que las otras."

"Despues de una lucha obstinada, de armar ejércitos, de gastar sumas cuantiosas, y de combatir en todas direcciones, el Gobierno casi no pudo dudar ya del carácter de aquella oposicion, *cuyo vigor no habia podido vencerse, ni con la fortuna, ni con la fuerza de las armas.*

"Llegó por fin el momento en que la Constitucion solo era sostenida por la coaccion de las autoridades; y persuadido yo de que *no podria ir á delante* en el propósito de hacerla efectiva, *sin sacrificar visiblemente la voluntad de la República*, me resolví á ponerla en otras manos que la salvasen de una situacion tan crítica; pero me detuvieron graves consideraciones que se presentaron de golpe á mi espíritu. .....

"Tal vez haya sido intempestivo este paso: el grito de las tropas que han iniciado este movimiento, no es sin embargo el eco de una faccion, ni proclama el triunfo exclusivo de ningun partido: *la Nacion repudiaba la nueva Carta*, y las tropas no habian hecho otra cosa mas que *ceder á la voluntad nacional.*"

Estos conceptos, vertidos por un personaje como el Sr. Conmonfort, es decir, por el Gefe de la Revolucion de Ayutla, que nos ha traido tantos males, por el autor de las leyes de desamortizacion, registro civil, obvenciones parroquiales, por el que se decretó un secuestro de la propiedad eclesiástica del obispado de Puebla y desterró despues á su Obispo, por el que se decretó ó autorizó los destierros de otros Prelados y muchos eclesiásticos respetables, la prision del Arzobispo de México y varios canónigos, y habia mandado jurar la Constitucion misma de 1857 bajo pena de distitucion, por el hombre mas tenaz y perseverante en combatir la reaccion, como él mismo lo confiesa en su Manifiesto, estos conceptos repetimos, valen mas que toda clase de demostraciones.

Mas para que nada faltase al triunfo de la verdad que sostenemos contra el calumnioso concepto del Sr. Aldham, este mismo Sr. Conmonfort, queriendo dar el triunfo de aquel movimiento al partido moderado, queriendo la subsistencia de una parte de las leyes antieclesiásticas, queriendo buscar una fusion que no era posible, huyendo de ponerse francamente al frente de la Nacion obsequiando su voluntad, se vió repentinamente solo, pues los puros le aborrecian como traidor, los conservadores se mantuvieron en su puesto, incapaces de transigir en materia de principios, y los moderados, que acudieron en la mañana, se retiraron en la tarde; pues son los primeros que se hacen á un lado en cualquiera situacion comprometida. Reducido á este extremo el Sr. Conmonfort, apeló á un partido desesperado, aprestó algunos cuerpos de tropa con que contaba, y trabó una lucha de armas con las fuerzas del Sr. Zuloaga dentro de esta misma Capital: lucha impotente, pues sostenida solo por la fuerza física, no podia contrabalancear el poder de la opinion pública y voluntad nacional. Duró solo algunos dias, y concluyó al fin con la fuga del Sr. Conmonfort, la entrada triunfante de Zuloaga, Osollo, Miramon y demas gefes reaccionarios á la Capital, y el establecimiento del nuevo Gobierno, á quien hoi invita el Sr. Aldham, para que se una con los hombres de Ayutla, aceptando sus principios que supone ardientemente deseados por la generalidad del pueblo. Esto habla mui alto, no ha menester comentarios y oprime con la fuerza de la evidencia. Pero pasemos á otra cosa.

Fuera de estas consideraciones, en que no nos hemos detenido

mas, pues para explayarlas debidamente todas, seria necesario extendernos mas de lo que pide la naturaleza de este opúsculo, pero cada una de las cuales basta por sí sola para guiar el raciocinio hasta la mas evidente demostracion de que México se halla, no solo mui léjos, sino en una completa oposicion de lo que le supone deseando ardientemente el Sr. Aldham, hai muchos hechos insignificantes á primera vista, pero mui demostrativos para un espíritu pensador, los cuáles anuncian, que ni aun considerables minorías se encuentran aquí pensando y queriendo como dicho Señor dice que la generalidad de este pueblo piensa y quiere. No los mencionarémos todos, sino solo algunos, así para no extendernos, como porque cualquiera de ellos basta para formar una exacta idea de los sentimientos dominantes de este pueblo acerca de la religion y la Iglesia.

En primer lugar, es notorio que la Revolucion demagógica se ha sostenido aquí mucho tiempo, y por lo mismo, que ha presentado en accion de guerra considerable número de hombres armados, y aun obtenido algunos triunfos. Mas esto, que prueba mui bien todo el carácter falaz, atrevido y temerario de la Revolucion, está mui léjos de ser una prueba de que estas mismas tropas, que bajo su bandera militan, piensen como ella. ¿Qué sucede pues? Que al iniciarse cada revuelta, se comienza reuniendo un considerable número de foragidos, de aquellos que viven sustraidos á la vigilancia de la autoridad, entregados al robo y al asesinato, ó que están encerrados en las cárceles compurgando sus delitos ó esperando su sentencia; se sigue cayendo sobre poblaciones indefensas, y cogiendo por fuerza á sus habitantes pacíficos para que sirvan de soldados, y se concluye recorriendo el pais con estos ejércitos heterogéneos, conservados en una parte con el cebo del robo, y en otra con la opresion y la violencia. Entre tanto, no se perdona medio para corromper á los buenos, y cuando esto no se consigue, á lo ménos para engañarlos con las especies mas absurdas, abusando de su simplicidad. Aquí, se les hace creer que combatir al clero, es atacar algun ejército armado contra los intereses públicos, allí se les dice que van á defender la religion contra los impíos, acullá, que muchos ricos propietarios son unos usurpadores del terreno que poseen y pertenece originariamente al pueblo, haciéndoles esperar, como justo botin de la victoria, un reparto de terrenos entre todos los soldados triunfantes. Esto explica perfectamente muchas anécdotas, que tienen tanto poder para excitar la risa como para hacer correr las lágrimas. Referirémos algunas en prueba y confirmacion de lo que hemos dicho.

Cuando el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Espinosa fué aprehendido en

el camino por una partida de guerrilleros, y era conducido preso entre soldados, éstos, al través de la violencia que les hacia su gefe, dejaban traslucir la indignacion que aquel ultraje sacrílego les causaba, y aun se les oian con frecuencia varias conversaciones mui poco favorables á la causa de la Revolucion.

En Morelia sucedió una cosa semejante. Hallábanse allí de guarnicion los soldados del Sur, y siguiendo su costumbre, se ponian en pié con mucho respeto al pasar un sacerdote. Una de tantas veces, interpelados por algun *apóstol del progreso*, respondieron: "Nos ponemos en pié, porque pasa un eclesiástico;" y como se les replicase con algunas alusiones tan claras como imprudentes sobre la causa por que militaban, repusieron: "Nosotros hemos venido á defender la Iglesia, la religion y los padres, y á pelear contra el *clero*." Ya se verá por aquí cuál es el espíritu dominante del pueblo, aun cuando algunos de sus individuos militan bajo la bandera demagógica.

En el memorable año de 1855, cuando algunos cabezas de banda, para celebrar el triunfo de la desastrosa revolucion de Ayutla, recorrian varias calles y barrios de esta ciudad, seguidos de alguna parte del populacho, despues de haberle repartido algunas monedas para que gritase, hubo una cosa mui notable. Clamaba un tribuno: *¡Muera Pio IX!* y la multitud respondía: "¡Muera!" gritaba en seguida, *¡Muera el Papa!* y aquella multitud, indignada entónces, gritó unisonamente: *No, no, eso no.* ¿Cómo explicar esto? El nombre de Pio IX le era desconocido, y al oirle pronunciar, se figuró acaso que se tartaria de algun Rei, y por esto secundó el grito del tribuno; pero al oir: *muera el Papa*, oyó su palabra ortodoxa, su palabra católica, su palabra sabida, conocida y amada, sintió herida su fe, y con aquel sublime *No* le dió un ilustre testimonio. Esto habla tambien mui alto.

Sucede con alguna frecuencia en México, y esto se ha repetido en diversas épocas, que algun desaforado tribuno, devorado por su celo dogmatizador ha subido á alguna altura para arengar al pueblo, y ha concluido la predicata, ó cayendo á pedradas el orador cívico, ó quedándose solo en su tribuna, porque todos han huido escandalizados.

Mas, aun prescindiendo de esto, que es tan altamente significativo como notorio, ¿no bastaria conocer lo que es nuestra sociedad, el tiempo que lleva de civilizacion, la marcha de las creencias, las opiniones y las ideas durante los tres siglos que precedieron á la independencia, para conocer que es, no solo falso, sino verdaderamente imposible que México desée las cosas de que el Sr. Aldham le supone tan apasionado?

Esas ideas, esos principios políticos, tan gratuitamente atribuidos á nuestro pueblo, son lo que llaman los jacobinos conquistas de la Revolucion francesa; y si es mui explicable que la Francia de 93, preparada por casi tres siglos de trabajos corruptores, por la marcha mas ó ménos encubierta de la Revolucion desde el Renacimiento y la Reforma, por toda la filosofía incrédula del siglo XVIII, y aun por los pretextos que hubieran podido ministrarle los privilegios y el poder de la nobleza, los desórdenes que desconceptuaron el reinado de Luis XV y aun la debilidad extrema de Luis XVI, se enloqueciese hasta el extremo de hacer correr á torrentes la sangre de sus hijos y conmover al mundo; no lo seria, en verdad, que un pueblo nuevo, formado en la escuela católica y conservado sin contaminacion en sus creencias, en sus hábitos, costumbres, &c., por mas de tres siglos sin esa lejana corriente contaminadora de las herejías, los grandes cismas, el Renacimiento, la Reforma, la filosofía incrédula, que venia como empujando á la Europa al abismo, pudiese desear unos principios, una reforma y unas instituciones tan extrañas á su civilizacion como opuestas á sus creencias y á sus costumbres.

Más: cuatro quintos de nuestra poblacion son de indios, y éstos no saben nada de soberanía, libertad, reformas, garantías, derechos, ni quiénes han sido ni qué hayan hecho Lutero, Calvino, Bayle, Voltaire, Diderot y demas luceros del nuevo firmamento, y seria por lo mismo solo para echarse á reir el suponer, sabiendo lo que son los indios, que México desea con la mayor intensidad la libertad religiosa.

Esta infeliz mayoría de nuestra sociedad no conoce la nueva Era política de su pais sino por la pérdida de sus antiguos privilegios, de sus inmunidades de sufrir gabelas, contribuciones, contingentes de sangre, por la ruina de su propiedad, perdida al calor de sus nuevos derechos, &c., &c. Este pueblo no sabe otra cosa, y nada remoto seria que aun el noble sentimiento de la independencia nacional fuera casi extraño para él. ¿Cómo suponerle, pues, haciendo con sus deseos un eco entusiasta á las teorías de Rousseau, á las declamaciones de Mirabeau y á los horribles ensayos de Robespierre?

No seguirémos adelante; prescindirémos aun de muchas reflexiones, á cual mas obvia para cuantos conocen medianamente nuestra sociedad, y á cual mas demostrativa para refutar concluyentemente los conceptos de que nos ocupamos. No hablarémos de la espontaneidad y presteza con que las clases todas del pueblo han manifestado constantemente sus sentimientos católicos, su amor á la Iglesia, y la profunda pena que le causan las persecuciones suscitadas contra ella, de su religiosa solicitud por atender al culto, principalmente cuando la demagogia entronizada se esfuerza mas en abolirle, del desprecio y horror con que abandonaba los templos cuando veia celebrando misa á algun sacerdote intruso, del regocijo con que recibe y el acatamiento con que ve á los Prelados de la Iglesia. No harémos notar que la Revolucion, cuyos criminales provechos se han reducido á enriquecer á algunos extrangeros y mexicanos, ni aun ha presentado á la masa popular el aliciente del robo. No harémos valer el hecho de los incendios, levas, extorsiones, abandono y demas cosas que tienen abrumadas á todas las clases: esa agricultura sin brazos y sin garantías, ese comercio sin vida, esa falta de seguridad, esa existencia precaria, y tantos y tantos males como pesan sobre este desgraciado pais, brotando todos, como de la Caja de Pándora, de los principios y los hechos de esta revolucion desastrosa, porque nos hariamos interminables. Nuestro pueblo tendrá otros defectos, no siendo poco notable el de su extrema pasibilidad para sufrir los reiterados golpes de tantas oligarquías opresoras, la constante burla de estarle esclavizando á nombre de la libertad, inquietando á nombre de la seguridad, robando á nombre de la propiedad, privándole de sus recursos, de su industria, de sus medios de subsistencia, y hasta del desahogo para adorar á Dios, á nombre de las luces del siglo, de la reforma y del progreso. Pero no se le haga la injuria de suponerle, ó tan torpe y tan idiota que no conozca esta ridícula y sangrienta farsa, ó tan loco, que ame con pasion el hierro que le encadena y el tósigo fatal que le conduce á la muerte. Si el Sr. Aldham desea introducir esa libertad religiosa y esos elementos fecundos de felicidad, que busque otro pueblo, pues no hallará ciertamente disposiciones para esto en la Nacion mexicana.

§. XIII.

SOBRE LA SITUACION MORAL DEL CLERO, LA SOLICITUD CONSTANTE DE LA IGLESIA EN MEJORARLA, LOS OBSTÁCULOS QUE LE HA OPUESTO LA REVOLUCION, Y LA COOPERACION QUE PUEDEN Y DEBEN PRESTAR EN ESTA LÍNEA LOS GOBIERNOS TEMPORALES.

Abordamos á la parte mas delicada de todo, conviene á saber: la situacion moral del clero, las necesidades y los medios de su reforma, no por lo que sea en sí misma la cuestion, sino por los motivos que la provocan y por pertenecer nosotros á la clase calumniada. Sin embargo, limitándonos á exhibir argumentos, cuyo valor intrínseco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esas ideas, esos principios políticos, tan gratuitamente atribuidos á nuestro pueblo, son lo que llaman los jacobinos conquistas de la Revolucion francesa; y si es mui explicable que la Francia de 93, preparada por casi tres siglos de trabajos corruptores, por la marcha mas ó ménos encubierta de la Revolucion desde el Renacimiento y la Reforma, por toda la filosofía incrédula del siglo XVIII, y aun por los pretextos que hubieran podido ministrarle los privilegios y el poder de la nobleza, los desórdenes que desconceptuaron el reinado de Luis XV y aun la debilidad extrema de Luis XVI, se enloqueciese hasta el extremo de hacer correr á torrentes la sangre de sus hijos y conmover al mundo; no lo seria, en verdad, que un pueblo nuevo, formado en la escuela católica y conservado sin contaminacion en sus creencias, en sus hábitos, costumbres, &c., por mas de tres siglos sin esa lejana corriente contaminadora de las herejías, los grandes cismas, el Renacimiento, la Reforma, la filosofía incrédula, que venia como empujando á la Europa al abismo, pudiese desear unos principios, una reforma y unas instituciones tan extrañas á su civilizacion como opuestas á sus creencias y á sus costumbres.

Más: cuatro quintos de nuestra poblacion son de indios, y éstos no saben nada de soberanía, libertad, reformas, garantías, derechos, ni quiénes han sido ni qué hayan hecho Lutero, Calvino, Bayle, Voltaire, Diderot y demas luceros del nuevo firmamento, y seria por lo mismo solo para echarse á reir el suponer, sabiendo lo que son los indios, que México desea con la mayor intensidad la libertad religiosa.

Esta infeliz mayoría de nuestra sociedad no conoce la nueva Era política de su pais sino por la pérdida de sus antiguos privilegios, de sus inmunidades de sufrir gabelas, contribuciones, contingentes de sangre, por la ruina de su propiedad, perdida al calor de sus nuevos derechos, &c., &c. Este pueblo no sabe otra cosa, y nada remoto seria que aun el noble sentimiento de la independencia nacional fuera casi extraño para él. ¿Cómo suponerle, pues, haciendo con sus deseos un eco entusiasta á las teorías de Rousseau, á las declamaciones de Mirabeau y á los horribles ensayos de Robespierre?

No seguirémos adelante; prescindirémos aun de muchas reflexiones, á cual mas obvia para cuantos conocen medianamente nuestra sociedad, y á cual mas demostrativa para refutar concluyentemente los conceptos de que nos ocupamos. No hablarémos de la espontaneidad y presteza con que las clases todas del pueblo han manifestado constantemente sus sentimientos católicos, su amor á la Iglesia, y la profunda pena que le causan las persecuciones suscitadas contra ella, de su religiosa solicitud por atender al culto, principalmente cuando la demagogia entronizada se esfuerza mas en abolirle, del desprecio y horror con que abandonaba los templos cuando veia celebrando misa á algun sacerdote intruso, del regocijo con que recibe y el acatamiento con que ve á los Prelados de la Iglesia. No harémos notar que la Revolucion, cuyos criminales provechos se han reducido á enriquecer á algunos extrangeros y mexicanos, ni aun ha presentado á la masa popular el aliciente del robo. No harémos valer el hecho de los incendios, levas, extorsiones, abandono y demas cosas que tienen abrumadas á todas las clases: esa agricultura sin brazos y sin garantías, ese comercio sin vida, esa falta de seguridad, esa existencia precaria, y tantos y tantos males como pesan sobre este desgraciado pais, brotando todos, como de la Caja de Pándora, de los principios y los hechos de esta revolucion desastrosa, porque nos hariamos interminables. Nuestro pueblo tendrá otros defectos, no siendo poco notable el de su extrema pasibilidad para sufrir los reiterados golpes de tantas oligarquías opresoras, la constante burla de estarle esclavizando á nombre de la libertad, inquietando á nombre de la seguridad, robando á nombre de la propiedad, privándole de sus recursos, de su industria, de sus medios de subsistencia, y hasta del desahogo para adorar á Dios, á nombre de las luces del siglo, de la reforma y del progreso. Pero no se le haga la injuria de suponerle, ó tan torpe y tan idiota que no conozca esta ridícula y sangrienta farsa, ó tan loco, que ame con pasion el hierro que le encadena y el tósigo fatal que le conduce á la muerte. Si el Sr. Aldham desea introducir esa libertad religiosa y esos elementos fecundos de felicidad, que busque otro pueblo, pues no hallará ciertamente disposiciones para esto en la Nacion mexicana.

§. XIII.

SOBRE LA SITUACION MORAL DEL CLERO, LA SOLICITUD CONSTANTE DE LA IGLESIA EN MEJORARLA, LOS OBSTÁCULOS QUE LE HA OPUESTO LA REVOLUCION, Y LA COOPERACION QUE PUEDEN Y DEBEN PRESTAR EN ESTA LÍNEA LOS GOBIERNOS TEMPORALES.

Abordamos á la parte mas delicada de todo, conviene á saber: la situacion moral del clero, las necesidades y los medios de su reforma, no por lo que sea en sí misma la cuestion, sino por los motivos que la provocan y por pertenecer nosotros á la clase calumniada. Sin embargo, limitándonos á exhibir argumentos, cuyo valor intrínseco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

subsiste con independencia de nuestro estado, podrémos decir á los replicadores pertinaces y maniáticos: "Dejad á las personas, y fijáos en los hechos y sus consecuencias."

Es un axióma generalmente recibido, pues pertenece á la categoría de los primeros principios de la moral y de las leyes, que la defensa es natural. Segun esto, léjos de extrañarse, debia reconocerse como lo mas consiguiente y obvio que un individuo del clero, usando de este derecho, emprendiese, cuando el caso lo pida, la defensa de la clase á que pertenece. Hai empero tres consideraciones que sirven de motivo á la precaucion que tomamos, de independer nuestros discursos de nuestras personas. Es la primera, que el buen criterio moral, que no pocas veces encuentra las mayores luces en el conocimiento profundo de los grandes fines á que atiende con sus reglas y procedimintos económicos la institucion católica, se estrella no pocas veces contra la política impía, el espíritu de secta, la táctica de la Revolucion y aun la natural indiferencia del siglo: cosas que nos aconsejan ser en gran manera cautos, para impedir las falsas inducciones que no dejarian de hacer los enemigos del clero, confundiendo los intereses y tendencias que atribuyen á su personalidad, con la fuerza de los principios, la fuerza de los hechos y la fuerza de las deducciones. La segunda es, que, no siendo los ataques al clero intencionalmente personales, sino mas bien una insidiosa táctica, para batir con mejor éxito el ministerio que ejerce, la institucion divina á que pertenece y los grandes intereses católicos del mundo, es preciso desmascarar al enemigo, darle á conocer, y privarle de las ventajas que busca en el carácter ostensiblemente personal de sus ataques. La tercera es, que, no representando nuestra defensa una proposicion contraria á la del ataque, sino una contradictoria estrictamente lógica, debemos declinar todo lo que no es de institucion, y principalmente cualquiera cosa que diese un pretexto á nuestros enemigos para suponernos y batirnos con buen éxito en el campo de una simple contrariedad. Sábese mui bien que, si dos proposiciones contrarias no pueden ser al mismo tiempo verdaderas, pueden sí ser al mismo tiempo falsas; y por lo mismo, si los enemigos de la institucion católica no se cansan de acusar al clero en masa diciendo, que todo él está corrompido, no serémos nosotros quienes, para combatirlos, opongamos el aserto de que todo él es un cuerpo de santos.

Jesucristo, uniendo la gracia y la naturaleza, el ministro y el hombre en cada eclesiástico, dejó intacto el poder de la primera, las condiciones de la segunda, y por lo mismo los resultados de una y otra, segun que se concierten en su accion, ó que falte este concierto. No nos intimida, pues, la naturaleza con sus debilidades en presencia del combate que la institucion católica sostiene con la Revolucion: bástanos la accion de la gracia y el carácter divino del ministerio, como dos elementos de crítica, para reducir á la ignominia del silencio á todos los enemigos de una clase tan respetable.

"Todo eclesiástico debe ser un santo:" está bien; pero igualmente debe serlo todo cristiano: porque la vocacion á la santidad, que engendra el deber de caminar á la perfeccion, es comun á los eclesiásticos y á los seculares. "No todos los eclesiásticos son santos:" certísimo tambien; pero lo mismo sucede por la otra parte, donde la maldad toma tales proporciones, gana tanto terreno y persevera con tal tenacidad, que en cada nacion, en cada ciudad, en todas partes, siglo por siglo, año por año, dia por dia y hora por hora, encontramos una sólida confirmacion de esta sentencia de Jesucristo: *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* Pero este es precisamente el flanco débil del campo enemigo: porque, si en buena lógica un argumento que prueba mucho, nada prueba, basta el sentido comun para comprender que el ataque descargado contra el clero por la Revolucion, con armas tomadas en el arsenal de las miserias, debilidades, &c., de la naturaleza humana, es para que ninguno quede en pié, y para que los eclesiásticos pudiésemos decir á nuestros antagonistas: "Está bien, disparad; pero morid primero, ó á lo ménos muramos todos." Esto es lógico; pero lo peor de todo es, que, no habiendo sido los hombres mejores, sino incomparable y universalmente peores, ántes de la venida de Jesucristo, y habiéndolos aceptado este Divino Maestro, en su calidad de Redentor para salvarlos, de Instituyente para elegirlos, y de Autor de la gracia para responder á todos los ministros atribulados, con las propensiones, y miserias, y tentaciones de la naturaleza humana, en la persona del Apóstol: "No temáis: mi gracia os basta; la virtud se acrisola en la tribulacion;" lo peor es, repetimos, que, despues de la muerte de las personas, quedaria en pié la institucion y el instituyente, la gracia y sus atributos, la trasformacion de la humanidad por el cristianismo, el panteon de las grandes virtudes, la galería de los héroes formados por el Evangelio, como enemigos por combatir, ó mas bien, como un ejército de fantasmas que no pueden causar la menor inquietud á nuestros reformistas.

Entremos, pues, en esta desagradable materia, ya que á ello nos obliga el terrible cargo del Sr. Aldham, que sustancialmente no es sino el eco de un siglo enconado contra la Iglesia católica y su ministerio.

Hemos hablado ya en los párrafos III y IV de los vicios que se

imputan al clero mexicano y de su pretendida riqueza; y por tanto nos limitarémos aquí á decir algo acerca de su reforma, formulando nuestro discurso en las cuestiones siguientes:

Primera: El clamor de la Revolucion por la reforma del estado eclesiástico ¿es sincero?

Segunda: Dado caso que lo fuese, ¿esta reforma puede ser efectuada por el Gobierno secular?

Tercera: ¿La conducta de la autoridad eclesiástica da ó ha dado motivos para buscar fuera de ella los elementos propios y la eficacia de los medios para tal reforma?

Cuarta: ¿La decadencia, poca ó mucha, de esta respetable clase viene de su institucion y accion propias, ó del nacimiento y progresos de la revolucion?

Quinta: Si viene de esta, y no de aquellas, ¿á quién toca allanar los obtáculos?

Hé aquí una serie de cuestiones que, sin obligarnos á repetir lo que ya dejámos dicho en los párrafos III y IV en defensa del Estado eclesiástico, nos ministra los medios de ampliar con motivo de su reforma nuestras observaciones, con el fin de manifestar toda la malignidad y falacia de estas acusaciones, el espíritu de impiedad con que se hacen, la excesiva corrupcion que suponen de parte de sus autores, de precaver al pueblo contra sus funestos efectos, y de mostrar á toda luz que solo la Iglesia posee el celo, el espíritu, el poder y la voluntad que se requieren, para emprender y efectuar esta reforma, que nunca ha dejado de procurarla, y que, cuando los frutos no corresponden á su labor, esto debe atribuirse, no á falta de celo y eficacia por parte suya, sino á los esfuerzos de la Revolucion por corromperlo todo, por desquiciar la institucion católica, por debilitar y aun destruir la accion de la Iglesia sobre los pueblos.

Comenzando, pues, por la primera cuestion, la resolvemos negativamente: porque ese clamor contra la pretendida corrupcion y por la reforma del clero es, no un sincero deseo de que se reformen las costumbres mediante la grande influencia de un clero sabio y virtuoso, sino un grito de alarma, para infundir á los pueblos desconfianza y desprecio hácia el poder canónico de la Iglesia y la accion de su ministerio, corromper las masas, y disponerlo todo para la apostasía universal y el desquiciamiento absoluto de la sociedad.

Este enemigo, que combate hoi al mundo católico y social, "no es una conspiracion ordinaria, una revolucion como otras tantas, no; es la *Revolucion*, es decir: la desorganizacion fundamental, *el aniquilamiento* completo del catolicismo, *y aun de la idea cristiana*."

"A esta victoria, dicen,[1] solo se llega de combate en combate. Te-"ned, pues, siempre los ojos abiertos y fijos sobre lo que pase en "Roma. *Emplead todos los medios para hacer impopular á la gente de "sotana*..... Agitad con motivo ó sin motivo; pero agitad. Esta "palabra encierra todos los elementos del éxito..... "Para matar con toda seguridad al mundo viejo, hemos creido pre-"ciso *ahogar el gérmen católico y cristiano*..... Halaguemos "todas la pasiones, *las mas perversas, como las mas generosas*."[1]

De la manifestacion de los fines ó miras de la Revolucion pasan sus grandes gefes á la enunciacion de los médios.

"Está decidido en nuestros consejos, dicen, que no ha de haber "mas cristianos. Popularicemos el vicio en las masas. Estas de-"ben respirarlo por todos los cinco sentidos: que lo beban, que se "harten de él. Formad corazones viciosos, y no tendréis mas ca-"tólicos.

"La *Venta suprema* resume en estas palabras esta infernal conju-"racion. "Lo que hemos emprendido es la corrupcion *en grande es-"cala;* la corrupcion del pueblo *por medio del clero y la del clero por "medio de nosotros: La corrupcion que nos permitirá un dia llevar "la Iglesia al sepulcro*.... El mejor puñal para herir á la Iglesia "es la corrupcion. ¡Adelante, pues, hasta el fin!"[1]

Esto es bastante claro y explícito, es *un argumento ad hominem*, pues que se funda en el texto mismo de los planes de esta conjuracion general contra la fe y la moral cristiana. Léjos, pues, de que haya en el ánimo de aquellos que lanzan tan horribles clamores contra la pretendida universal *corrupcion* de una clase tan venerable, un sincero deseo de verla perfecta y santa, se quiere corromperla toda, y convertirla de este modo en agente de la corrupcion del pueblo, y ya que no sea posible conseguir lo primero, porque Dios y su gracia pueden y podrán siempre mas que la Revolucion, se le supone tal como se quiere que está, se le supone corrompido, y mediante la mentira y la calumnia se le difama, para debilitar paulatinamente, hasta destruir por completo, su accion religiosa y moral sobre las masas. No se para en los medios con tal que conduzcan á la consumacion de sus horribles planes.

"Para pervertir á los cristianos, para estirpar el espíritu católico, se sirve de la educacion, que malea; de la enseñanza, que envenena; de la historia, que falsifica; de la prensa, de la que hace el uso que todos saben; de la lei, cuyo trage adopta; de la política, á quien

1 Son palabras de la misma Revolucion, por el órgano de sus grandes clubs y de sus principales agentes.

inspira, de la Religion misma, de la cual toma algunas veces las exterioridades, para seducir las almas. Se sirve de las ciencias, y encuentra medio de que éstas se rebelen contra el Dios de las ciencias; se sirve de las artes, las cuales bajo su influencia mortal producen la perversion de las costumbres públicas y la deificacion de la sensualidad.

"A Satanás, con tal que logre su objeto, poco le importan los medios que emplea. No es tan escrupuloso como se cree, y sus amigos tampoco lo son.

"Sin embargo, puede decirse que el carácter de los ataques de la Revolucion contra la Iglesia es la audacia y la mentira. Por la audacia hace flaquear el respeto al Papa, vilipendia á nuestros Obispos y Sacerdotes, bate en brecha las instituciones católicas mas veneradas; y con la mentira, repetida sin rebozo, prepara la ruina de las sociedades, fascinando á las masas, siempre poco instruidas y poco acostumbradas á sospechar de la buena fe de los que les hablan.

"Sobre mil personas seducidas por la Revolucion novecientas noventa y nueve son víctimas de esta táctica odiosa."[1]

¿Será extraño, pues, que las odiosas calumnias contra el clero hayan tomado tal cuerpo y tan colosales proporciones, que presenten el fenómeno de una copa de agua convertida en un lago? ¿Será extraño que con tan vivo empeño se clame contra los vicios del clero, ya que no se haya podido convertirle en instrumento de la corrupcion del pueblo? ¿Merecerá crédito alguno la odiosa difamacion, cuando se saben los motivos que la determinaron? ¿Habria esta grita rabiosa, si en efecto el clero estuviese corrompido en masa, cuando esto es precisamente lo que desea y procura la Revolucion? ¿Deberá ningun hombre sensato estimar en algo este declamar de los revoltosos acerca del estado eclesiástico, siendo público y notorio, que apénas aparece alguno de aquellos clérigos cuya relajacion llega hasta el extremo de hacer causa comun con los enemigos de la Iglesia, le llenan de elogios, de honores y distinciones, proponiéndole como un modelo perfectísimo en todas líneas? Al contrario: estos clamores calumniosos deben ser desechados con tal resolucion, que para creer algo de lo que constituye á un mal sacerdote calumniado por los demagogos, es necesario tener pruebas de otro género, y aun capaces de destruir la presuncion que engendra en su favor el solo hecho de ser calumniado.

Los agentes de la Revolucion están tan léjos de creer lo que dicen y propagan, que precisamente piensan lo contrario. "Los sacer-
" dotes, dicen ellos, son gentes de buena fe: mostradlos como pér-
" fidos y desconfiados. Las masas han tenido en todo tiempo una
" gran propension á creer todos los errores y necedades. Engañad-
" las, les gusta ser engañadas.....[1]

"Una palabra *que se inventa con habilidad* y que con maña se sa-
" be esparcir entre ciertas familias honradas y escogidas, para que
" de ahí baje á los cafés, y de los cafés á las calles, un mote de es-
" ta especie puede algunas veces matar á un hombre.

"Si donde estuviéseis os encontráis con alguno de aquellos Pre-
" lados que ejerza alguna funcion pública, tratad de conocer en se-
" guida.... sobre todo sus defectos. Rodeadlo de todos los lazos
" que podáis tenderle, creadle una de aquellas reputaciones que es-
" pantan á los niños y á las viejas; pintadlo cruel y sanguinario....
" Cuando los periódicos extrangeros recojan por medio de nosotros
" estas relaciones.... haced ver estos periódicos en que se refieren
" los *nombres y los excesos tramados* de estos personajes.... Con
" un periódico en la mano, el pueblo no necesita otras pruebas. *Se*
" *encuentra en la infancia del liberalismo, y cree en los liberales.*"[2]

Hé aquí mas explícita la Revolucion en sus medios y en su táctica: hé aquí el valor de sus apologías hipócritas del siglo de oro del cristianismo, de sus declamaciones contra la pretendida corrupcion general del clero, de sus patrióticas exhortaciones á los gobiernos temporales para que acometan á la noble y santa empresa de reformarle á su modo.

Mas no pára todo aquí. La Revolucion, tan detestable y odiosa en sus planes cuando son conocidos, como artificiosa en su táctica para no alarmar á los pueblos, ó insinuante y dulce en su lenguaje, y atractiva con sus encantadoras promesas, ha hecho ya infinitos estragos, no siendo el menor de todos el haber logrado convertir en agentes suyos á muchas personas que, sin conocerlo, sin sentirlo y creyéndose bien impuestas é informadas, hacen eco á las declamaciones contra el clero, no miran con gran pena el despojo de la Iglesia, ni se alarman extraordinariamente á la vista de sus persecuciones.

"Si la Revolucion se mostrase tal cual es, advierte á este propósito el Illmo. Sr. Segur en su opúsculo citado, párrafo IX, espantaria á todas las gentes honradas: por esto se oculta bajo nombres respetables, como el lobo bajo la piel de oveja.

1 *Segur.* La Revolucion. Párrafo VI.

1 El corresponsal de Ancona á la Venta suprema.

2 Instruccion secreta de la *Venta suprema.* Extractos del opúsculo de Monseñor de Segur, intitulado: *La Revolucion.*

"Aprovechando el respeto religioso que la Iglesia imprime hace diez y ocho siglos á las ideas de libertad, de progreso, de lei, de autoridad y civilizacion, la Revolucion se adorna con todos estos nombres venerados, y seduce de este modo á una multitud de espíritus sinceros. Si se la escucha, no parece sino la felicidad de los pueblos, la destruccion de los abusos, la abolicion de la miseria: promete á todos el bienestar, la prosperidad, y no sé que edad de oro desconocida hasta hoi."

Nadie mas cauteloso que la Revolucion para impedir el ser descubierta en su verdadero espíritu por alguna imprudencia. Hé aquí una prueba: "A la juventud, dicen sus primeros directores, debe- " mos dirigirnos: debemos seducirla, debemos alistarla, sin que se " aperciba, bajo nuestras banderas. Que nadie penetre vuestros de- " signios, no os ocupéis de la vejez, ni la edad madura; id á la ju- " ventud, y, si es posible á la infancia. Nunca tengáis para ella " una palabra impía ó licenciosa: guardáos bien de esto, por el in- " terés mismo de la causa. Conservad todas las apariencias del " hombre grave y moral. Una vez hecha vuestra reputacion en los " colegios, gimnasios, universidades y seminarios; cuando hayais " obtenido la confianza de profesores y estudiantes, acercáos prin- " cipalmente á aquellos que se afilien en la milicia clerical. Ex- " citad, exaltad estas naturalezas tan llenas de ardor y de orgu- " llo patriótico. Ofrecedles al principio, pero siempre en secreto, " libros inofensivos, y así llevaréis poco á poco vuestros discípulos " *al grado de madurez que queréis obtener*. Cuando este trabajo de " todos los dias haya esparcido nuestras ideas, como la luz, por to- " das partes, entónces podréis apreciar la sabiduría de esta direc- " cion. Formáos una reputacion de buen católico y patriota puro; " esta reputacion facilitará la propagacion de nuestras doctrinas " entre el clero jóven y en el fondo de los conventos. En algunos " años, este clero jóven llegará á ocupar todos los puestos por la " fuerza de los acontecimientos."[1]

Sin haber hecho mas que un ligero extracto del interesante opúsculo de Monseñor de Segur, para tomar allí algunos de los testimonios que nos dan contra sí mismos los agentes principales de la Revolucion, en esos documentos secretos que ha logrado sorprender en diferentes tiempos la policía en algunos Estados de Europa, tenemos lo necesario para concluir, con toda la evidencia lógica de una deduccion bien formada, que todas esas declamaciones tan audaces como frecuentes contra la pretendida corrupcion general del

1 Instruccion secreta de la *Venta suprema*.

clero, no son mas que los medios puestos en práctica por la Revolucion misma, para desvirtuar completamente la accion del ministerio católico sobre la masa de los pueblos, y en el órden público su influencia moral, que tanto ha contribuido en todas partes y en todos tiempos á la firmeza del Estado, á la consolidacion del órden, á la conservacion de la paz y á la prosperidad bien entendida de las naciones.

Léjos de entrar en las miras de la Revolucion la reforma eclesiástica, desea mas que todo, que haya una verdadera corrupcion en el clero hasta el extremo de poderle servir de instrumento para el trastorno completo de la sociedad. Sabe mui bien que ésta descansa en las bases de la fe y de la moral, que se conserva por el magisterio dogmático, la autoridad canónica, la predicacion cristiana, el culto divino, los sacramentos y la vigilancia continua de ese ministerio que es todo gloria para Dios y felicidad para el hombre, verdad infalible y universal para el entendimiento, escuela de virtud para el corazon, regla para la conducta, firmeza para las leyes, eficacia para las obligaciones, garantía para los derechos, código comun para la perfeccion del individuo y bienestar político y civil de la sociedad. Colacionando las dos grandes épocas de la historia, siguiendo la filiacion de sus diferencias esenciales para sorprender su causa, y viendo la causa de todo lo que la época moderna ofrece de mas sabio y moral, de mas firme y estable, de mas autorizado y digno en la institucion católica, se empeña en minar esta institucion misma, esta religion tan fecunda para los bienes del espíritu, como para los bienes temporales; y como esta religion, esta institucion católica se sostiene por el clero en toda su gerarquía, combate al clero de todas maneras y con todas armas, bien segura de que su derrota, su extincion, su descrédito, refluye todo sobre la misma institucion de Jesucristo. Síguese de aquí rectísimamente, que la voz de reforma dada á los pueblos acerca del clero, no representa lo que significa, no supone los deseos de añadir á la fuerza de su vocacion la fuerza de su virtud, sino el empleo de una arma escogida para combatirle mejor, el empleo de la calumnia, la difamacion, la mentira, para presentarle á los ojos de los pueblos tal como ella quiere que sea; estúpido, perverso, corrompido, gangrenado hasta el extremo de no alcanzar medicina, de *no poderse reformar por sí mismo*, como dice el Señor Capitan, de necesitar pasar por el sepulcro para llegar segunda vez á la vida.

¿Qué se infiere de todo esto? Que esa multitud de especies artificiosamente propagadas, ya en el seno de las familias, ya en los lugares de pública concurrencia, ya en los periódicos de mayor circula-

cion, contra una clase tan autorizada y respetable, tan laboriosa y benéfica, tan atribulada como paciente, léjos de ser un argumento capaz de desconceptuarla, engendran una presuncion vehemente á favor suyo, y bastan por sí solas para concluir todo lo contrario de lo que afirman. Síguese en segundo lugar, que para hacer una apreciacion exacta sobre la situacion moral del estado eclesiástico en un pais, no deben mirarse las voces de la Revolucion sobre la corrupcion del clero y la necesidad de su reforma sino como la calumnia en sus dimensiones mas colosales, sirviéndose simultáneamente de la maledicencia y de la hipócresia para exterminar del todo la consideracion y el respeto de los pueblos al sacerdocio. Síguese por último, que, no siendo el clero un cuerpo de ángeles sino de hombres, y debiendo haber por lo mismo en este cuerpo enfermedades y miserias hijas de las pasiones y debilidades propias de la naturaleza, los datos para conocerle y juzgarle, se han de buscar, no en los clamores de una secta maldita, interesada en que todo este cuerpo esté corrompido, y suponiéndole tal en su despecho, al ver que no lo está, sino en otra parte, conviene á saber: en las reglas de una crítica imparcial, de una crítica sana y concienzuda, de una crítica que busca la parte enferma para curarla, y no para matar la parte sana, y que, dando lo que toca, ya á la gracia unida con la naturaleza, ya á la naturaleza cuando corresponde á la gracia, ó cuando se aparta de ella, entrando en las consideraciones religiosas, morales y sociales, y examinando las bases divinas y humanas sobre que descansa en la tierra el gran edificio del ministerio, juzga con pleno conocimiento de causa, y pronuncia un fallo apoyado en la verdad, autorizado por la justicia y en gran manera provechoso para el ministerio y para los fieles.

Partiendo de estas consideraciones, y repitiendo aquí lo que al principio dijimos, que vamos á oponer á esa odiosa calumnia, de que nuestro clero está corrompido en masa, no una proposicion contraria, sino una estricta contradictoria, haremos algunas reflexiones fundadas en principios y hechos incontestables, las cuales probarán que, si en este cuerpo hai individualidades que por desgracia fundan una censura, si de hecho el clero no puede tenerse como una reunion, ó conjunto de santos, está mui léjos de ser lo que se le supone, y no es posible que llegue al grado de una corrupcion incurable, en su clase de cuerpo moral.

Sábese mui bien, que en el apostolado hubo un Júdas traidor, suicida y réprobo; pero que esta circunstancia nada concluye, ni contra la institucion, ni contra el cuerpo moral que formaban los apóstoles. Sábese otra cosa, que en este cuerpo hubo un Pedro que

negó á su Divino Maestro, y aun apeló al juramento para sostener su dicho; pero que, herido en su corazon por una mirada de misericordia, lloró amargamente, se purificó en su penitencia, hundió su virtud á mas profundos cimientos y mereció ser la piedra escogida por el mismo Jesucristo para fundar su Iglesia. ¡Pobre de Pedro, si hubiera caido en manos de la Revolucion, y dichoso Júdas, pues cuando ménos habria sido colocado por ella frente á la falange civilizadora que habia de levantar sobre las ruinas del viejo cristianismo el suntuoso edificio de la flagrante filosofía!

Es tambien mui sabido que desde los primeros siglos de la Iglesia no ha dejado casi de haber época ninguna en que esta Santa Madre no haya tenido que deplorar en el cuerpo de los eclesiásticos errores y vicios que la han llenado de amargura, y puesto en accion todo su celo para procurar la estirpacion de unos y otros con una oportuna reforma. La historia de las herejías, la de los grandes cismas, la corrupcion de la edad média son una prueba de esta verdad. Pero es igualmente cierto que en todos tiempos ha habido en este ilustre cuerpo virtudes eminentes; que de su misma labor ha salido la luz que ha disipado las tinieblas de la ignorancia y el error, y de su espíritu los grandiosos planes de reforma, y de su celo y ejemplo los fecundos medios de realizarla; que sus contaminaciones han dependido en gran parte de su siglo, pero los elementos de su restauracion han estado siempre en él; que por mui lastimada que haya estado su moral, siempre ha sido, comparativamente con el resto de la sociedad, la clase mas morigerada y la mas abundante en virtudes; que en todos los siglos ha habido santos, varones insignes por su saber y su virtud, y que, aun en medio de su decadencia mayor, que fué la edad média, él y solo él era quien conservaba el depósito de los mejores principios, de las mejores máximas, quien salvó los restos del antiguo saber, y contenia ese foco de luz que hizo reaparecer con un esplendor mas vivo, las ciencias, las letras y las artes.

Examínense uno por uno los datos que deben servir á la crítica, para guiarla por los caminos bien difíciles que conducen el juicio al descubrimiento de la verdad, y fundan un fallo justo en materia de costumbres: la vocacion, la preparacion, el exámen é inquisicion prévia, la distribucion del clero, el influjo y accion de su gerarquía, la naturaleza y laboriosidad extrema de sus funciones, su mediocridad en materia de recursos, su carácter naturalmente pacífico y subordinado, la gracia del estado, las inspiraciones que nacen de su mismo ministerio; desciéndase de aquí á considerar las persecuciones que ha sufrido, los halagos y seducciones que ha resistido, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corto y casi insignificante número de los desgraciados que han sucumbido á las fuertes, constantes y terribles asechanzas de la Revolucion, &c., &c., y estamos seguros de que el crítico mas severo, por mui prevenido que esté contra esta clase, tendrá que recoger velas, como suele decirse, recibir el toque de un solemne desengaño, y decir con tanta franqueza como verdad: "No es el clero tal como se le supone: es calumniado con tanta injusticia como ingratitud, y á pesar de los vicios de que adolece una parte de sus miembros, el cuerpo en lo general es la clase mas moralizada, mas benéfica y laboriosa de la sociedad." Esta no es una suposicion, sino un hecho que se ha repetido centenares de veces. Muchos de los mismos que han servido á la Revolucion, han dejado algunos testimonios mui honrosos en favor del clero despues de su desengaño.

"El mundo, dice Bernardino de San Pedro, y téngase en cuenta
" que no era un capuchino, mira el dia de hoi con envidia, y di-
" gámoslo de una vez, con odio á la mayor parte de los sacerdotes.
" Debiéramos hacernos cargo que ellos son hijos de su siglo, como
" los otros hombres. Los vicios que se les atribuyen pertenecen en
" parte á su Nacion, al tiempo en que ellos viven, á la constitucion
" política del Estado y á su educacion. Los nuestros son franceses
" como nosotros; ellos son nuestros padres, nuestros parientes, sa-
" crificados frecuentemente por la ambicion de nuestra propia for-
" tuna: si estuviéramos encargados de sus deberes, los desempeña-
" riamos mas mal que ellos. No conozco deberes tan penosos ni
" tan dignos de respeto, como los de un buen eclesiástico. No ha-
" blo de los de un Obispo, que vela sobre su diócesis, que forma
" sabios seminarios, que mantiene el órden y la paz de las comu-
" nidades, que resiste á los malos y soporta á los débiles, que está
" siempre dispuesto á socorrer á los desgraciados, y que en este
" siglo del error refuta á los enemigos de la fe con sus propias
" virtudes. El está recompensado por la estimacion pública. Nada
" digo tampoco de los de un Párroco, que atraen á veces por su im-
" portancia la atencion de los Reyes. Hablo solo de un simple y oscu-
" ro vicario de parroquia, ó teniente de cura, en quien nadie fija la
" atencion. Él sacrifica los placeres y la libertad de su juventud á
" los mas penosos y molestos estudios, soporta en todos los dias de
" su vida la continencia en mil ocasiones propias para perderla, y
" rechaza sin cesar, sin testigos, sin gloria, sin elogio, la mas fuer-
" te de las pasiones y la mas dulce de las inclinaciones. Por otra
" parte, está obligado á exponer diariamente su vida en las enfer-
" medades epidémicas. Es necesario que confiese teniendo su cabe-
" za sobre la cabeza de un enfermo apestado de viruelas, de fiebre

" pútrida, (*ó podrida.*) Este valor oscuro me parece mui superior al
" valor militar. ¿Qué fortuna se promete de sus trabajos? una sub-
" sistencia frecuentemente precaria. ¿Qué indemizacion recibe él
" de los hombres? tener que consolar frecuentemente á gentes que
" ya no tienen fe, ser el refugio de los pobres y no tener que darles;
" ser perseguido á veces por sus virtudes mismas; ver sus combates
" convertidos en desprecios, sus oficios en repulsas, sus virtudes en
" vicios y su religion en ridiculez. Tales son los deberes y la re-
" compensa que el mundo da á la mayor parte de estos hombres,
" cuya vida el mismo mundo envidia."[1]

Estas consideraciones son bastante fuertes para persuadirse de que, por mucho que haya digno de censura entre algunos individuos pertenecientes al clero, su generalidad está bastante regularizada, y esto es suficiente para esperar con toda seguridad que, cesando los obstáculos con que ha tropezado aquí de muchos años á esta parte la accion reparadora de la Iglesia, la reforma completa, el nuevo esplendor de esta clase benemérita, sea un hecho incontestable. Mas tal reforma, por necesaria y urgente que parezca, no es ni puede ser nunca obra del Gobierno civil: porque ni Dios ha puesto á cargo de éste la mision dogmática, moral y canónica que dicha reforma supone, ni él cuenta con los medios propios y eficaces para efectuarla.

Es mui digno de notarse que nunca los gobiernos temporales han aspirado á reformar por sí mismos al clero, sino con el carácter de usurpadores de la autoridad eclesiástica y perseguidores mas ó ménos encubiertos de los ministros del Santuario. Mas, como de algunos siglos acá se han repetido tanto las declamaciones acerca del pretendido derecho del poder civil en este punto, conviene que digamos algo en confirmacion de nuestro aserto.

Hemos dicho en primer lugar, que la reforma del clero no puede ser obra del Gobierno temporal por falta de mision, y esto es tan claro que ni aun habria necesidad de demostrarlo, si el siglo no fuera tan ciego: porque, siendo la reforma del clero religiosa, moral y canónica por su naturaleza, el poder y la mision de hacerla se identifican absolutamente con la institucion de Jesucristo.

A Él fué otorgado, como nos lo enseña, todo poder en los cielos y en la tierra: en Él reside, por lo mismo, la fuente del poder, el derecho de enviar, y fuera de Él no hai ni puede haber razon para la au-

1 Etudes de La Nature. Tom. 3, art. du clergé. Esta cita la hacian el Illmo. Sr. Obispo y Venerable Cabildo de Michoacan el año de 1799, en una Exposicion al Rei en defensa del fuero eclesiástico.

toridad, ni título para la mision: Él es el Mediador para reconciliar al hombre con Dios, el Enviado del Padre para dar una nueva y universal promulgacion y una perfecta plenitud á la Lei divina, orígen y razon de todas las leyes, fundamento de todas las obligaciones y garantía de todos los derechos. Luego, la institucion, el régimen y la reforma de este cuerpo universal, que se llama *el clero*, solo puede hacerse por Jesucristo Señor Nuestro, ó por sus enviados, y por aquellos medios y con aquellas condiciones que Él mismo dejó establecidas. Ahora bien, estas verdades son tan obvias que, para desconocerlas ó negarlas, es preciso, no solo apostatar de la Iglesia, sino aun de ese falso cristianismo que se llama *Iglesia reformada*, supuesto que admite el Evangelio, y en el Evangelio están consignadas estas verdades.

Preguntamos ahora: ¿dejó acaso este Divino Instituyente cosa alguna por establecer y decidir en materia de títulos y mision, ya respecto de la Iglesia, ya respecto del Estado? No. Todo el mundo sabe, que dijo terminantemente: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios;* y esta palabra es la gran síntesis de toda institucion, el fundamento de todo derecho, la base de toda obligacion. Hai, pues, entre los derechos de Dios y los del César, relativamente al sistema de los deberes correspondientes á la institucion civil y á la institucion canónica, una línea de separacion tirada por el mismo Dios, é incapaz de borrarse por los hombres. Esta línea de separacion demarca que hai cosas propias de la Iglesia, y cosas propias del Estado, una mision católica para gobernar la universalidad de los fieles en el órden de la religion y de la moral, y sobre la pauta de una disciplina propia, y una mision civil para gobernar á los pueblos en el órden puramente temporal, sujetando con las leyes las acciones externas del ciudadano segun lo exige la felicidad social, que es el fin de la institucion civil.

Infiérese rectamente de lo dicho, que todo aquello que ha sido cometido á la Iglesia por el mismo Jesucristo su Fundador, no es ni puede ser del Estado, así como todo aquello que ha sido cometido al Estado, no es ni puede ser de la Iglesia. Luego nos basta señalar con precision en el Evangelio aquellos lugares que fundan la mision y autoridad plena de la Iglesia en el órden religioso, moral y canónico, para demostrar que, perteneciendo á este órden la reforma del clero, no es ni puede ser en caso alguno de la competencia del Estado; y que, siendo consiguientes á la mision los medios de cumplirla, de nada serviria que un gobierno emprendiese tal reforma, pues le seria de todo punto imposible verificarla.

Jesucristo Señor Nuestro dijo terminantemente á sus apóstoles:

Así como mi Padre me ha enviado á mí, así tambien yo os envio á vosotros.[1] Luego la mision que Jesucristo recibió de su Eterno Padre, la trasmitió íntegra, no á los gobiernos temporales, sino á sus apóstoles, á la Iglesia católica. Luego la reforma del clero, ni de derecho ni de hecho puede ser obra del poder civil. Primera razon, fundada en la declaracion auténtica de Aquel que es al mismo tiempo Fundador de la Iglesia y Supremo Legislador de la sociedad.

En segundo lugar: la reforma de un cuerpo moral no es otra cosa que la eficaz aplicacion de los medios para curar los vicios de que adolece, y por lo mismo, los remedios deben ser del mismo género que las enfermedades. Las enfermedades físicas requieren antídotos físicos: luego las enfermedades morales requieren antídotos morales. Ahora bien: los vicios de que se trata, como cualesquiera otros, pueden venir del entendimiento, presa de la ignorancia y del error, ó de la voluntad, víctima de los sentidos y de las pasiones. Luego el restablecimiento de la salud del alma exige: primero, una luz que disipe todas las tinieblas; segundo, una fuerza que subyugue las pasiones, y un antídoto contra la corrupcion moral.

El mundo estaba, cuando vino Jesucristo á la tierra, tan ciego, que moraba en las tinieblas, y tan corrompido, que yacia en las sombras de la muerte, segun la conceptuosa expresion del Profeta. Requeria, pues, luz, sendero y principio vital: la primera para ver, el segundo para tener una direccion, y el tercero para adquirir la fuerza que requeria su nueva y constante marcha á la felicidad. Por esto Jesucristo, en calidad de Salvador, se anuncia como la luz del mundo, diciendo: *que el que le sigue no anda en tinieblas;*[2] como el camino, añadiendo en seguida: *Nadie viene al Padre sino por mí;* como la verdad, para que comprendamos, que no hai medio entre él y la nada; y por último, como la vida.[3] Por esto dijo en otro lugar: *El que no permanezca en mí, será echado fuera como sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá.*[4]

Pero bien, se nos dirá: habláis de Jesucristo, cuya santidad reconocemos, y nosotros hablamos del clero, cuyos vicios deploramos. ¿Qué responderémos á esto? que Jesucristo no ha sido ménos explícito tratándose del cuerpo docente y regente de su Iglesia llamado *clero*, porque: en primer lugar, se ha identificado con él en materia de autoridad y ministerio; en segundo, ha dejado bien establecida la

1 Joann. cap. XX, v. 21.
2 Joann. cap. VIII, v. 12.
3 Ego sum via, et veritas, et vita: nemo venit ad Patrem nisi per me. Joann, cap. XIV, v. 6.
4 Joann. cap. XV, v. 6.

independencia de su mision; en tercero, ha presentado al sacerdocio revestido de los caractéres propios que requiere toda reforma moral; y por último, ha hecho la institucion de su apostolado, la fundacion de la sociedad católica, caracterizando la mision, fijando sus títulos, determinando sus objetos, estableciendo su duracion y prometiendo su asistencia. ¿Por qué lo primero? por estas terminantes palabras dichas á Pedro y sus hermanos, y en ellas á toda la Iglesia docente y regente: *El que os oye á vosotros, me oye á mí; y el que os desprecia á vosotros, me desprecia á mí:*[1] y en otra ocasion: *El que á la Iglesia no escuchare, sea tenido como gentil y publicano.*[2] Si, pues, la Iglesia católica ha predicado y predica que en ella sola reside todo el magisterio docente y todo el poder regente acerca de la perfeccion espiritual y moral, y que esto le basta para su objeto, querer atribuir al poder civil, y esto sobre el falso supuesto de que la Iglesia no puede ó no quiere, la reforma del clero, es cerrar los oidos para no oir á Jesucristo, despreciarlo á él mismo en su Iglesia, desertar de la comunion católica y regresar, despues de diez y ocho siglos, al paganismo. ¿Por qué lo segundo? porque el mismo Jesucristo, en calidad de Árbitro Supremo para establecer la mision católica, y para que ningun poder humano, ninguna teoría social pretendiese despues arrogarse en la materia derechos que desquiciarian, destruyendo sus bases, toda la institucion católica, dijo á sus apóstoles, y en ellos á todo el clero: *No me elegisteis vosotros á mí: sino que yo soi el que os he elegido á vosotros, (y destinado) para que vayáis por todo el mundo, y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero.*[3] Luego, no hai mas mision en materia religiosa y moral establecida por Jesucristo que la del Sacerdocio: luego nadie, sino la Iglesia, tiene derecho de instituir, conservar y reformar: luego nadie fuera de ella puede dar frutos capaces de asegurar la felicidad eterna: luego fuera de ella todo es transitorio y precario, y no hai fruto que permanezca. ¿Por qué lo tercero? porque el mismo Jesucristo, para quitar ambajes y dudas, ha dicho á sus apóstoles, y en ellos á todo el Sacerdocio: *Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo.*[4] Luego en el Sacerdocio, luego en el mismo cuerpo viciado, luego allí donde se necesita la reforma, está la luz que disipa las tinieblas, está la sal, ó lo que es lo mismo, el antídoto contra toda corrupcion, está cuanto es necesario para que el hombre moral pase, al fuerte impulso del ministerio, de las tinieblas á la luz, del

1 Lúcas cap. X, v. 16.
2 Math. cap. XVIII, v. 17.
3 Joann. cap. XV, v. 16.
4 Math. cap. V, vs. 13 y 14.

pecado á la gracia y de la muerte á la vida. ¿Por qué finalmente lo cuarto? porque Jesucristo, no satisfecho con cuanto habia enseñado en el curso de su vida pública sobre los grandes fines que le trajeron al mundo, reunió á sus apóstoles en la montaña de Galilea, despues de resucitado y ántes de subir al cielo, con el fin de hacer con toda solemnidad la divina Institucion de su Iglesia, y en consecuencia, comenzó por advertirles, que en Él residia todo el poder que hai en los cielos y en la tierra, y en seguida, usando de él en toda su plenitud, les dijo: *Id, pues, instruid á todas las naciones, bautizándolas en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado: y estad ciertos de que* yo mismo *estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos!*[1] ¡Hai ni puede haber cosa mas clara y terminante, mision mas autorizada ni mejor establecida, títulos mas auténticos y firmes, derechos mas incontestables para instituir, conservar y reformar al hombre, sea clérigo ó lego, en el órden espiritual y moral? ¿Cómo, pues, ha habido quien pretenda buscar en otra parte, ni la mision, ni el derecho, ni los medios para emprender y realizar una reforma, que ó viene de la Iglesia, ó es de todo punto imposible? *Segunda razon, fundada en la naturaleza de los medios que se requieren y bastan para la reforma del clero.*

Pero supongamos, y esto únicamente para mostrar hasta donde llega la incapacidad de los gobiernos temporales en este punto, que creyéndose ellos bien autorizados y teniendo la temeridad, como ya la han tenido, de meter la mano en los Sagrados Libros, echándola de teólogos y aun ascéticos, y entrando aun en lucha con los Obispos para sostener sus pretendidas facultades, acometiesen á la empresa. Pues bien: toda empresa, si no es de un loco, supone un plan, todo plan es un sistema de procedimientos metódicos los mas apropósito para conseguir el fin que se desea, y por consiguiente, no es mas que la ordenada y discreta disposicion de los medios para llegar al fin. Luego lo primero que el Gobierno debe proponerse para no trabajar en vano, es el fin de la reforma; y como toda reforma moral se dirige á la perfeccion del espíritu y consecucion de la vida eterna, los trabajos del Gobierno deberian dirigirse á la realizacion de tal objeto y consecucion de tal fin. Esto supuesto, ¿podrá nunca, no digo uno, sino todos los gobiernos juntos, dar un solo paso por este camino? ¿Son acaso ellos los encargados de abrir ó cerrar el cielo? ¿Tienen el poder de atar ó desatar, es decir: de ligar la conciencia, ó absolverla de la culpa? ¿Ha podido jamas toda la filosofía, toda

1 Math. cap. XXVIII, vs. 19 y 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la política, toda la ciencia de estado, toda la fuerza de los ejércitos, todo el poder público en su mayor auge, abrir siquiera el resquicio de una línea para ver al hombre interior? ¿Y es posible reformar al hombre interior, si no se le somete, ó someterle, si no se le conoce? ¡Qué delirio!

Obra muí laboriosa es la reforma del hombre moral, y si con la venida de Jesucristo, la abundancia infinita de sus merecimientos, la promulgacion de la Lei, la predicacion del Evangelio, el establecimiento de la Iglesia, la perenne difusion de la gracia por medio de sus sacerdotes y ministros, la vigilancia pastoral, y aun los desengaños del mundo, las tribulaciones y vicisitudes de la vida humana, no se ha podido conseguir todo cuanto pudiera esperarse con tantos medios, ¿se quiere que un Gobierno temporal, cuya mirada y accion están limitadas á las acciones externas, cuyo objeto son las obligaciones civiles, cuyo sistema restrictivo no pasa del órden material, penetre en el sagrado del corazon humano, siga la filiacion interna de todos los motivos y agentes invisibles de la conducta, y reforme un edificio que hunde sus cimientos en el abismo insondable de la conciencia? ¡Qué delirio!

A nadie, supuesto el caso, pudiéramos aplicar mejor, que á estos gobiernos que aspiran al título de reformadores del clero, aquella sentencia de San Pablo en el capítulo sétimo, versículo quinto de su primera Epístola á Timotéo: *Si uno no sabe gobernar su casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios?* ¡Ah! Por muí activa y vigilante que sea la administracion pública de un Estado, nunca podrá el Gobierno considerarse con el desahogo suficiente para entender en lo que no le toca, y es seguro que, si para darle licencia de ocuparse del clero, se le pusiese por condicion la reforma del pueblo en el órden civil, bien pudiéramos esperar á la consumacion de los siglos para que dictara sus primeras medidas. *Tercera razon, fundada en la ineptitud de los gobiernos para la reforma moral del clero.*

Hai más: echemos una ojeada sobre el sistema civil y criminal de las naciones; observemos el estado que guarda la accion represiva de las leyes y de la autoridad en materia de delitos, y concluyamos este exámen recorriendo ligeramente los últimos anales de nuestra historia nacional, y no podrémos ménos, por mucha que sea nuestra melancolía, que reirnos á carcajada, como suele decirse, al ver el empeño del poder civil en reformar al estado eclesiástico.

La base de toda reforma es el restablecimiento del órden religioso, que nace del cumplimiento de las obligaciones que tenemos para con Dios: porque este es el primero y mas grande de todos los preceptos, y porque la vida de los otros deberes y la garantía de su

cumplimiento dependen de tal suerte de Dios, que sin Él se obrará por interes ó conveniencia, pero nunca por deber. Ahora bien: ¿qué caso hacen los gobiernos de estas obligaciones? Díganlo la propaganda incrédula, esa prensa impía y licenciosa que campéa sin valladar y se mira como un poder, esa fiscalizacion continua de la predicacion católica, esos apodos inventados para designar al sacerdocio, esas contiendas formales y repetidas con la Iglesia, esos escandalosos despojos de su propiedad, esos saqueos de los templos iniciados por decretos, ejecutados á nombre de la autoridad pública, y consumados por la fuerza de las armas, esas relaciones con Roma cortadas como inútiles á nombre de la civilizacion y del progreso, esas.... Basta: ya se ve que el primer fruto de tan bella reforma seria la proscripcion de Dios con su Lei, la ruina de la Iglesia y la constante vejacion de sus ministros.

Pasando de Dios al prójimo, ¿qué se han hecho aquellas antiguas leyes auxiliares de la moral, que impartian la proteccion civil á la autoridad eclesiástica, imponiendo penas, no solo á los delitos contra la religion, sino á los crímenes contra la honestidad? A fuerza de progreso, de reforma y de ilustracion, hemos venido á encontrar la lascivia en la categoría del derecho, y el reemplazo de aquellas restricciones saludables en esas casas reglamentadas y abiertas á la prostitucion. ¡Pasmosos adelantos de los gobiernos! Algunos pasos más, y retrocederémos á la barbarie, quedando representada en la vida salvaje la última perfeccion de la sociedad. ¿Y la mentira? tiene ya su valor convencional, y hace tambien cierto peso en la balanza política. ¿Y la calumnia y la detraccion? es uno de los derechos de la oposicion. Esta arma de la lengua, que ha hecho mas víctimas que la espada, esta arma insidiosa, proscrita de mil maneras por la Iglesia católica, es bajo el influjo de la libertad un gran poder social. Esperemos, pues, y esperemos con fe y seguridad, ver nacer de tal árbol la religiosidad, la piedad, el fervor, la continencia, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, el celo, la caridad y ese heroismo de las virtudes cristianas predicadas por el Evangelio. Pero dejémos esto, porque seria no acabar nunca.

Queda, pues, demostrado en segundo lugar, que la reforma del estado eclesiástico no puede ser efectuada por el Gobierno civil: primero, por falta de mision; segundo, por falta de medios adecuados; tercero, por falta de aptitud; cuarto, por el extravío de sus ideas en materia de costumbres; quinto, por su espíritu antieclesiástico y sus tendencias continuas á sojuzgar al clero, someter á la Iglesia y excluir toda soberanía que no sea la temporal. Pasemos al tercer punto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Podrán jamas, por mucho que se esfuercen los enemigos de la Iglesia, tachar su conducta en la materia, y encontrar en el ejercicio mismo de su autoridad la causa de esas decadencias morales que tanto se exageran, y el derecho de recurrir á otros medios para la reforma del cuerpo del clero? De ninguna manera. Es necesaria toda la ceguedad, toda la preocupacion, toda la rabia enconada de un fanatismo impío, para no reconocer en la historia de la Iglesia, la vigilancia, el celo, la sabiduría, la prudencia y tino con que trabaja constantemente por la reforma de las costumbres en general, y la santificacion del clero en particular, desde su mas remoto orígen. Si á pesar de tantos esfuerzos hai corrupcion en el pueblo y vicios en el clero, esto depende, no del régimen eclesiástico, sino de la libertad, de las pasiones y del siglo. Si la subsistencia del mal en parte de este cuerpo místico hubiese de autorizar los reproches que se hacen á la Iglesia, seria preciso apuntar mas arriba con la censura, seria preciso comenzar por Jesucristo, supuesto que, despues de bajado á la tierra, y hecho hombre para pagar la deuda del pecado, desembarazar de escombros el camino de la virtud, garantizar con su sangre la esperanza del hombre delincuente, y abrir á la humanidad con su sacrificio las puertas de los cielos, no consiguió acabar con las pasiones y los vicios, extinguir el pecado con su Cruz, santificar por completo á toda la humanidad. Siendo esto así, bien puede la Santa Iglesia tranquilizarse, porque la locura de sus adversarios no tiene remedio.

¿Qué no ha hecho, qué no hace constantemente la Iglesia católica para lograr la perfeccion de la sagrada tribu? ¿En qué ha desplegado mayor celo y actividad que en la reforma del clero? ¿Qué puede compararse con sus trabajos y esfuerzos, con su solicitud y perseverancia, con su prudencia y su sabiduría, y tambien con sus admirables obras y felices resultados, en materia de institucion y de reforma eclesiástica? Fútiles discurridores, que habláis de todo sin entender de nada, dejad los cafés y venid á la Iglesia; dejad los folletos y abrid los libros; dejad los periódicos y leed los Cánones; dejad las calumnias y examinad los hechos; abandonad las preocupaciones y entrad en vuestra conciencia: ejercitad la crítica, no en ese cúmulo ridículo de fantasmas que vuestra imaginacion prevenida y fascinada forma para divertir vuestros ocios, entretener vuestra ligereza y alimentar vuestra vanidad, sino en la consideracion inmediata de este cuerpo moral que se llama Iglesia católica; que no ha nacido ayer como vosotros, sino que cuenta mas de diez y ocho siglos de plenitud; que no ha encanecido al nacer, sino que, al través de tantas vicisitudes del tiempo, ella sola se mantiene en pié;

que no sucumbe, como las dinastías, los imperios y las repúblicas, sino que, siempre combatida y nunca derrotada, siempre militante y siempre victoriosa, sobrevive á todo, domina con magestad el numeroso campo de ruinas que las pasiones han dejado esparcidas en el curso de los siglos, y salva consigo, al fin de cada cataclismo, el sacro depósito de todas las verdades, de todas las virtudes y de todas las esperanzas. Reformistas presuntuosos: ¿qué verdad habéis vosotros definido? ¿qué virtud habéis creado? ¿cuál ha sido vuestro contingente en el edificio de la santidad? Pues bien: contad si podéis, ó tachad si os atrevéis, el inmenso número de virtudes que se han formado á los pechos de esta Santa Madre: ese pueblo de mártires, multiplicándose en los cadalsos, creciendo con la muerte, domeñando las pasiones con el heroismo de la paciencia, avergonzando al paganismo y desarmando á los Césares; esas legiones invisibles y activas, manteniendo la luz de la verdad, la savia de la virtud y el fuego divino en el fondo de las lóbregas catacumbas; esos pueblos enteros que abandonan el centro de las ciudades opulentas, y vuelan á los montes y desiertos á buscar en la soledad y penitencia las garantías de la virtud; esos doctores de la Iglesia, que, atesorando el saber antiguo y creando el saber nuevo, derramaron su luz sobre sus pasados, su presente y sus futuros siglos; esas galerías incontables de los santos, de los héroes del cristianismo, tan grandes y admirables, que el último de ellos eclipsa todas las glorias del mundo. Abrid el Evangelio, y estudiad allí las bases de la reforma, no solo del clero, sino de toda la humanidad; abrid la historia del apostolado, y sorprended allí los trabajos incomparables de un ministerio que vive todavía: leed las epístolas de San Pablo, y allí encontraréis el gran tipo del ministerio católico, la pauta que no ha dejado nunca de seguir en su régimen espiritual y moral: abrid los Concilios de la Iglesia, y allí encontraréis los testimonios vivos de su sábia, discreta, vigilante y continua solicitud para la difusion de la fe, la enseñanza de la doctrina, el gobierno de la conducta, la formacion de las virtudes, la reforma de las costumbres y la estirpacion de los vicios: allí encontraréis las causas de la civilizacion del mundo, los tipos de la legislacion civil, los ejemplares perfectísimos de la administracion pública, el arte maravilloso de concertar la libertad con el órden, el mas fuerte apoyo de los gobiernos y la mas preciosa garantía de la sociedad. Deponed vuestras preocupaciones, adquirid el buen criterio, acercáos sin horror á este cuerpo: ved, indagad, estudiad: examinadlo todo, y si tenéis valor, venid á decirnos que la Iglesia es responsable de esas enfermedades morales cuyo contagio ha alcanzado hasta á algunos individuos de su clero.

¿Cuándo acabariamos, si quisiésemos entrar de lleno en una materia cuya localidad no tiene mas límites que los del mundo, cuya duracion está medida por los siglos, y cuyos grandes hechos constituyen el fondo de la historia de la Era cristiana? Otras son, pues, las causas de estas tristes vicisitudes de la Iglesia, de estas decadencias de su clero, y otros deben ser por lo mismo los antídotos, otros los remedios, otros los recursos que se necesitan.

Para formarnos un concepto mui exacto sobre las causas verdaderas de esa decadencia general de nuestra sociedad, y de la que tánto se exagera en el clero, deberiamos remontarnos á su orígen, que coincide con el de nuestras revoluciones, y seguir sus progresos, al paso de estas mismas, hasta llegar al extremo lastimoso en que hoi se encuentra la ántes religiosa, moral y opulenta nacion mexicana; pero un trabajo tan extenso nos obligaria desde luego, contra nuestro propósito, á prolongar demasiado este escrito. Ciñéndonos, pues, únicamente al clero, harémos una comparacion de la lucha deplorable que la Iglesia ha estado sosteniendo, por mas de medio siglo, con esta misma Revolucion, que hoi la acusa de negligente, sobre el mismo terreno de la buena institucion y conveniente reforma del clero.

La Iglesia Nuestra Madre, que va siempre delante de todo en materia de órden y prevision, ha cuidado siempre de formar al clero con tal solicitud, que no hubiese menester nunca de reforma. Mas esta institucion depende tánto, en sus resultados, del estado de la sociedad, que es muí difícil, por no decir imposible, salvarla del torrente que se desborda sin díques sobre el mismo suelo en que habitan la Iglesia y el Estado. Sábese mui bien cuán pernicioso ha sido siempre el influjo del ejemplo, y cuál ha sido el empeño de la Iglesia por separar de todo contagio á los alumnos que educa y forma para la milicia sagrada. ¿Cómo salvar, pues, á la juventud que ella gobierna, por mucha que sea su vigilancia, de ese contagio permanente y activo que se extiende sutilmente como el aire, que todo lo penetra, y que, léjos de hallar díques en las autoridades, en las instituciones y en las leyes, donde quiera encuentra estímulos y conductos que facilitan y avivan su circulacion? ¿Qué oponer á esas leyes sacrílegas, á esas máximas inmorales, á esa seduccion sistemada de la juventud, á tantos halagos con que se la atrae y á tan dulces alicientes que á cada paso se le presentan? Cuando la Iglesia, léjos de tropezar con obstáculos, encuentra cooperacion; cuando son conformes con la doctrina que enseña las creencias, las máximas y la conducta de los funcionarios públicos; cuando su educacion religiosa y moral cuenta, no solo con la accion y el celo de su ministerio, sino

tambien con la influencia de todos los cuerpos del Estado y de todas las clases, con las autoridades civiles, con la moral pública y con la vigilancia cautelosa de los padres y madres de familia; cuando la infancia y la juventud, léjos de hallar escándalos, encuentran saludables correctivos en los mayores, entónces el hombre pasa por una serie de pruebas, desde que adquiere los primeros rudimentos de la enseñanza hasta que concluye su carrera y toma Estado, y con tales preparativos, y los otros que mui especialmente dispone la Iglesia para la formacion de su clero, ya se comprenderá lo que debe esperarse, en materia de ciencia y de virtud, de una clase destinada por su ministerio á las mas santas y augustas funciones. Mas por una desgracia la Revolucion todo lo ha trastornado; no ha dejado en pié ninguno de los antiguos elementos de la educacion doméstica, religiosa y moral. Su influencia corruptora se ha enseñoreado al mismo tiempo del individuo y la sociedad; y teniendo asestados sus tiros á la Iglesia para destruir el catolicismo, al clero para minar á la Iglesia, y á la juventud para viciar al clero, como se ha visto, no es extraño que, al cabo de medio siglo de continuo trabajo y despues de haber corrompido la sociedad, haya logrado contaminar con su aliento á algunos individuos del clero.

Colocado éste en medio de una atmósfera tan corrompida, viviendo en el centro de una sociedad ya mui minada en sus creencias, en sus máximas y en sus elementos de órden, agitada incesantemente por la guerra, teatro de los mas inauditos crímenes, centro de los mayores escándalos, ¿cómo era posible que se pudiera conservar absolutamente inmune, ni ménos cuando en la misma proporcion con que progresan los agentes del mal en todas líneas, van disminuyéndose todos los recursos de la Iglesia, para prevenir, contrariar ó aislar siquiera la accion funestísima de la Revolucion? Ah! volvamos nuestra vista á esa multitud de establecimientos arruinados, que ántes eran la gloria de la Iglesia, el consuelo de la virtud, la esperanza de la familia y el mas firme apoyo de la sociedad; busquemos entre sus escombros las huellas de la mano sacrílega que los hubo destruido, y no preguntemos ya, si es la Iglesia, ó mas bien la Revolucion, quien ha estragado las costumbres, contaminado al clero y venido impidiendo su reforma.

Al estallar la revolucion de 1810, todo el mundo se alarmó naturalmente con el principio del mal y con la prevision del fatal influjo que ella ejerceria sobre la sociedad en todos sus elementos, en todas sus clases y en todos sus recursos. Desgraciadamente la triste prevision fué no solo justificada, sino excedida por los hechos; porque no trascurrieron dos años sin que lo hubiese arruinado casi

todo. No es de nuestro propósito desarrollar el funesto cuadro en su vastísima extension, sino limitarnos únicamente al punto de vista que nos ocupa, cuanto baste para que todo el mundo vea y palpe lo que tuvo que sufrir la Iglesia generalmente, y los obstáculos insuperables que aquellas horribles turbulencias opusieron á su accion reguladora en materia de régimen eclesiástico. Mui pronto hubo que cerrar los seminarios y las casas de correccion: las comunicaciones con las parroquias quedaron tan interrumpidas, que nada podia marchar con regularidad; los Curas y demas eclesiásticos, y consiguientemente sus Iglesias, estaban sufriendo á cada paso las consecuencias de aquella agitacion general, é incapaces aquellos de contener el torrente de inmoralidad que se precipitaba por todas partes, se consideraban mui dichosos con solo poder impartir los recursos espirituales de primera necesidad á los fieles, encontrarlos para sí mismos, y salvarse de aquel contagio.

Aunque, como hemos dicho, aquella revolucion habia casi concluido el año de 1820, no así sus efectos. En consecuencia, hasta aquel año empezaron á restablecerse en el pais, con suma dificultad, los establecimientos de educacion y correccion eclesiástica; pero los males sobrevenidos en consecuencia de aquella paralizacion de diez años eran tales, que demandaban sin duda otros veinte de órden, de paz y proteccion á la Iglesia para su desaparicion.

Mas léjos de esto, la Revolucion continuó con diferentes motivos. A excepcion de algunos intervalos brevísimos de paz, que solo nos han servido para sentir mas intensamente los horrores de la guerra, esta plaga terrible ha seguido hasta el dia, tomando cada vez proporciones mas alarmantes, hasta el grado en que la vemos hoi, amenazando de muerte, y con probabilidad plena del mejor éxito para sus miras, á nuestra sociedad en masa con todo lo mas grande, lo mas ilustre y lo mas fecundo en beneficios que posee.

No satisfecha la Revolucion con los males políticos que multiplicaba, trabajó casi desde el principio, y ha progresado constantemente mas y mas, en debilitar las creencias, relajar las costumbres y minar las antiguas bases del órden social.

El año de 1828, en que ya contaban tres años de impune circulacion en México los rezagos de la filosofia incrédula, de la política atéa y del furioso jacobinismo del siglo XVIII, se decretó la expulsion de los españoles residentes aquí, sin embargo de la garantía que les daba nuestra misma bandera nacional, y este golpe, que puso al pais desde luego en completa decadencia relativamente á la propiedad, al comercio, á la industria, á la riqueza pública y á la fuerza de nuestros vínculos sociales, fué mui particularmente funesto para la Iglesia; pues al momento mismo desconcertó á todas las comunidades religiosas, privándolas de sus prelados, de sus maestros, de sus directores, de sus ejemplos mas edificantes y de sus mas firmes apoyos. Dígase ahora si la responsabilidad que nace de la decadencia de estos institutos, recae sobre la Iglesia, que no tenia ya sino dolor y lágrimas, ó mas bien sobre la Revolucion, que en un momento de su rabia echó por tierra y arrasó del todo estos antiguos planteles de ciencia y de virtud, á los cuales debe nuestra patria su conversion al cristianismo, su espléndido culto, su moral, sus costumbres y su civilizacion.

El año de 1833 volvió la hidra á su presa: diéronse aquellas leyes atentatorias contra la independencia de la Iglesia en la colacion de beneficios, y se la despojó de la proteccion legal para la colectacion de los diezmos y para la observancia de los votos monásticos. Los Prelados y Cabildos eclesiásticos resistieron y protestaron; pero inútilmente, porque léjos de moderar los furores de la Revolucion, excitaron su saña. Condenóseles al destierro lo mismo que á muchos eclesiásticos de alta representacion, y esta medida, no limitando sus efectos á la personalidad que directamente afectaba, causó, como era de esperarse, los mayores estragos en el cuerpo del clero.

Es mui digno de notarse, que este rudo golpe hirió á los Prelados casi al comenzar su carrera, pues apénas contaban entónces unos dos años desde que habian tomado posesion de sus diócesis. Las vacantes que fuéron ocurriendo durante la Revolucion, no se proveian, y por lo mismo hubo un gran periodo de tiempo, mayor ó menor en cada Iglesia, pero siempre mui considerable, en que los rebaños estaban sin pastor. Solo el Obispado de Michoacan estuvo sin Obispo 23 años, esto es, casi un cuarto de siglo. Calcúlense por aquí los males que sufririan la enseñanza y educacion eclesiástica, la administracion parroquial y el régimen del clero, y dígase de buena fe, si ellos deben atribuirse á una Iglesia perseguida, abandonada, esquilmada en sus recursos, y llorando sin consuelo ni esperanza humana, ó mas bien á la Revolucion.

No seguirémos adelante: no hablarémos de los trastornos consiguientes á las otras muchas medidas que se han dictado contra la Iglesia; del despojo de los cuantiosos fondos destinados á las misiones, especialmente á la de Californias, del aniquilamiento de recursos consiguientes á las leyes últimas contra la propiedad de la Iglesia, de los allanamientos sacrílegos y robos de los templos, mandados ejecutar por la misma autoridad pública: no pondrémos á la vista esos conventos convertidos en cuarteles, presentando la antítesis de monges y soldados habitando bajo un mismo techo durante muchos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

años: no ponderarémos los males consiguientes á la clausura tiránica de los seminarios y ocupacion de sus fondos, y á la ereccion de colegios civiles para combatir las doctrinas católicas: no discurrirémos sobre ese contagio instituido, esa tentacion permanente, esa táctica hipócrita para corromper la juventud, sobre esa prensa impía, licenciosa y atrevida, que todo lo invade con su periodismo, y todo lo contamina con sus lecturas, ni esa multitud de invitaciones astutas con que se trabaja por arrebatar á la Iglesia lo mas florido de la juventud, armando asechanzas continuas á las vocaciones mejor probadas: pasarémos por alto ese sistema de hostilidad contra el clero, tan perfectamente combinado, tan activo, constante y universal, que de todo se sirve y con todo combate, que persigue á su víctima con la calumnia, con el desprecio, con la indiferencia, con la seduccion, y tambien con las apologías y proteccion que prodiga liberalmente á los malos: porque la materia es muy vasta, y nos haríamos interminables. Pero los hechos son demasiado públicos, antiguos y constantes para que alguno los ignore, y nos basta por lo mismo apuntarlos y referirlos á nuestro tema, para convencer á todo hombre sensato, de que la decadencia poca ó mucha del clero mexicano trae su orígen, no de su institucion y accion propias, sino del nacimiento y progresos de la Revolucion, y en consecuencia, que á los gobiernos que han sido sus órganos, y no á aquellas, incumbe el deber de allanar todos los obstáculos que se oponen á la recta formacion y conveniente reforma del clero.

Sí: á esos gobiernos, que han puesto y multiplicado los obstáculos mas insuperables para la recta formacion y eficaz gobierno del clero, toca: desembarazar el camino; desatar las ligaduras que han venido constantemente poniéndole á la autoridad eclesiástica, para coartarla en su ejercicio; restituirle sus seminarios y demas establecimientos de enseñanza y educacion con sus respectivos fondos, de que la han despojado; devolver al clero la consideracion y proteccion que son debidas á su estado y á su ministerio; enfrenar el atrevimiento de una prensa impía y licenciosa, cuyo único plan, al parecer, ha sido sistemar y fecundar el escándalo en todas líneas, con la propagacion de sus calumnias, sus insultos y sus blasfemias; y por último, reconocer y acatar el derecho de la Iglesia para presidir á la educacion religiosa y moral, y aprobar ó reprobar las lecturas, segun que conduzcan ó se opongan á la propagacion de la verdad, formacion de las virtudes y estirpacion de los vicios.

Es un hecho que el Seminario de Michoacan, que á costa de tantos esfuerzos sostenidos por muchos años, habia llegado á un grado mui alto de esplendor, que ha producido tantos eclesiásticos dig-

nísimos, tantos jurisconsultos distinguidos, y era la gloria de nuestra Iglesia y Estado, fué destruido de un golpe, y ocupado el edificio y sus fondos. Es igualmente notorio que el colegio clerical que fundamos en Morelia el año de 1859, destinádole exclusivamente para la formacion del clero, y el cual nos habia dado las mas bellas primicias, fué tambien disuelto, y ocupado el edificio con sus oficinas y fondos, y desterrados con crueldad los dignos eclesiásticos de la Congregacion de la Mision, á cuyo cargo le habiamos puesto. La misma suerte corrieron el Colegio de Santa Catarina Mártir, erigido en Páztcuaro, como un Seminario menor, y el de San Francisco de Sáles, que habia en Leon; colegios todos pertenecientes á la diócesis de Michoacan. Devuélvanse estos colegios, restitúyansenos sus fondos, y con solo esto se dará un paso decisivo á la grande obra de la formacion del clero en aquel obispado.

Los eclesiásticos trabajan incesantemente, y sus servicios son de la mayor importancia, no solo para la Iglesia, sino tambien para el Estado; pero han menester de comer y vestir, han menester de congrua sustentacion, y nada es tan bárbaro como aplicarles el palo con las persecuciones, y quitarles el pan con los continuos despojos que se les hacen sufrir. ¿Quién ignora los deplorables efectos de la lei de 11 de Abril de 1857, sobre obvenciones parroquiales, que ha dejado á los Curas y sus vicarios en la mas absoluta miseria? ¿Quién no conoce esos robos hechos á la Iglesia de su renta decimal, á pesar de no haber lei, ni que proteja su colectacion, ni que disponga de ella? ¿Qué resultará de la ocupacion civil de esos capitales destinados á sostener á los alumnos en su carrera, á los gastos del culto, y á la congrua de algunos eclesiásticos? ¿Y así se quiere que la Iglesia cargue con la responsabilidad de las trascendencias de tantas vejaciones y robos á la situacion del estado eclesiástico? Cese esa tiranía sistemada, restablézcase todo al estado que guardaba, tenga congrua el clero, haya comunicacion y régimen diocesano expedito, y entónces se verá desaparecer cuanto ahora embaraza, y no trascurrirá mucho tiempo sin que cicatricen las llagas que ha recibido la Iglesia aun en el cuerpo de su clero.

Mucho podriamos decir aún, si quisiésemos detenernos á considerar los obstáculos consiguientes á la supresion del fuero eclesiástico, la falta de auxilio de parte del Gobierno, llegando el caso de necesitarlo, la excesiva facilidad con que algunas autoridades calumnian á los párrocos, entablan quejas injustísimas contra ellos, y aun los multan ó destierran, la impunidad con que cuentan los calumniadores, aunque se descubra que lo han sido, el crédito que se da por lo comun á todas las especies que circulan contra el cle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro, y tambien la proteccion de que gozan algunos eclesiásticos de mala conducta, con solo adular á dichas autoridades, ó afiliarse en el partido á que pertenecen, &c., &c. Pero ya nos hemos extendido mucho; y por otra parte, ya hemos hablado bastante sobre estos y otros puntos en nuestras representaciones, protestas, pastorales, &c., hechas y circuladas con motivo de la lei que suprimió el fuero eclesiástico, y demas que han dado los gobiernos enemigos del estado eclesiástico, atacando la doctrina, derechos, libertades é inmunidades de la Iglesia. Además, lo que llevamos expuesto en este párrafo, basta para dejar plenamente demostrado: que la corrupcion general de que se acusa al clero, es una falsedad enorme, pues de los vicios que puede haber y haya de facto en algunos ó muchos de sus miembros, no puede inferirse la corrupcion de la clase entera: que la voz de reforma dada por la Revolucion, es un clamor hipócrita, pues léjos de ser aquella una cosa sinceramente deseada, es vista como un mal, siendo cierto que una de las miras de la Revolucion es corromper al clero: que dado caso que tal reforma sea necesaria, la debe hacer, no el Gobierno civil, pues carece de mision, medios y aptitud para ello, sino la misma Iglesia: que los vicios que haya en el clero, nacen, no de la insuficiencia ó falta de voluntad de la Iglesia, sino de la influencia funestísima de la Revolucion, y en consecuencia, que no á la primera, sino á los gobiernos creados por la segunda, ó venidos despues de ella con el carácter de restauradores, corresponde el deber de destruir los obstáculos de todo género con que ha tropezado la Iglesia, para dar el lleno á su augusta mision de formar, instituir, gobernar y reformar, cuando sea necesario, á los individuos de su clero. Pasemos, pues, á otro punto.

§. XIV.

SOBRE LA DOTACION CIVIL DEL CULTO Y CLERO.

El Sr. Aldham aconseja, como se ha visto, al Gobierno civil dotar al clero con un patrimonio liberal, y dedicar el sobrante de su riqueza al bien de la Nacion. Para poner en claro todo lo ridículo de este consejo, todo lo injusto de la base que supone, y es la ocupacion de la propiedad eclesiástica, y todo lo efímero del cálculo respecto del clero mismo y de la Nacion, basta lo que ya dejámos dicho en el párrafo X. Mas la cosa es demasiado grave en sí misma y de incalculables trascendencias en el porvenir, para que satisfechos con aquellas brevísimas indicaciones, nos dispensemos de

entrar de lleno en tan importante materia, no tanto por lo que actualmente pasa, cuanto por lo que tarde ó temprano debe suceder. Nuestra ligera y vieja manía de proponer aquí lo que se ha hecho en otras partes, sin hacer alto en las circunstancias excepcionales de nuestro país, ha generalizado entre muchos la idea de que se doten aquí con los fondos públicos el culto y clero, como ha sucedido en Francia y España. Es, pues, necesario entrar con la debida cautela en esta delicada cuestion, á lo ménos para que, si alguna vez llega el caso de que la quiera resolver un Gobierno de buen sentido, no se aventure á dar un paso que traeria consecuencias tan ruinosas como inevitables.

El Sr. Juárez y su partido han descargado ya los últimos golpes, han arruinado á la Iglesia en sus decretos, y estando estos protegidos por los muchos intereses injustos pero tenaces que acaban de aumentar sobre los que ya existian, en consecuencia del decreto de 25 de Junio sobre desamortizacion, no tardarán mucho en surtir sus efectos, consumándose de esta suerte la ruina de toda la Iglesia mexicana. El saqueo *legal*, apresurado por un fanatismo impío y una prevision maligna, se consumará al fin: el derroche de estos bienes ya muí adelantado, principalmente en los Departamentos sujetos al Gobierno-Juárez, llegará muí pronto á sus últimos términos: la cuantiosa renta de la Iglesia desaparecerá por completo, sin que se reserve nada para el culto y clero, ni aproveche un ochavo la Nacion; pero quedará en pié una dificultad insoluble, la cuestion de conciencia, que mantiene á toda esta sociedad en una continua agitacion, y que no puede concluir ni por la fuerza de las armas, ni por las disposiciones de las leyes, ni por la propaganda impía que se esfuerza por descatolizar al pueblo. Llegará, pues, un tiempo en que el Gobierno, de grado ó por fuerza, y estrechado por la presion de la conciencia pública, tenga que ocurrir al Papa en demanda de un arreglo capaz de tranquilizar los ánimos, mediante el concurso de su autoridad Pontificia. Entónces, tal vez querrá proponerse dotar al clero por cuenta del Erario público para indemnizar á la Iglesia mexicana de las pérdidas que ha sufrido en consecuencia de las leyes de desamortizacion y ocupacion de sus bienes, y de las otras medidas dictadas por las autoridades de Ayutla, para despojar los templos y echarse sobre otros fondos no comprendidos en dichas leyes. En este caso, ¿cuál es el partido mas justo? ¿cuál es el giro mas prudente que deba darse á tan delicado asunto? Déjase ya entender que para nosotros, como para cualquier católico, el negocio será concluido y toda discusion terminada cuando el Santo Padre haya decidido: pero ántes de que esto suceda, no será fue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro, y tambien la proteccion de que gozan algunos eclesiásticos de mala conducta, con solo adular á dichas autoridades, ó afiliarse en el partido á que pertenecen, &c., &c. Pero ya nos hemos extendido mucho; y por otra parte, ya hemos hablado bastante sobre estos y otros puntos en nuestras representaciones, protestas, pastorales, &c., hechas y circuladas con motivo de la lei que suprimió el fuero eclesiástico, y demas que han dado los gobiernos enemigos del estado eclesiástico, atacando la doctrina, derechos, libertades é inmunidades de la Iglesia. Además, lo que llevamos expuesto en este párrafo, basta para dejar plenamente demostrado: que la corrupcion general de que se acusa al clero, es una falsedad enorme, pues de los vicios que puede haber y haya de facto en algunos ó muchos de sus miembros, no puede inferirse la corrupcion de la clase entera: que la voz de reforma dada por la Revolucion, es un clamor hipócrita, pues léjos de ser aquella una cosa sinceramente deseada, es vista como un mal, siendo cierto que una de las miras de la Revolucion es corromper al clero: que dado caso que tal reforma sea necesaria, la debe hacer, no el Gobierno civil, pues carece de mision, medios y aptitud para ello, sino la misma Iglesia: que los vicios que haya en el clero, nacen, no de la insuficiencia ó falta de voluntad de la Iglesia, sino de la influencia funestísima de la Revolucion, y en consecuencia, que no á la primera, sino á los gobiernos creados por la segunda, ó venidos despues de ella con el carácter de restauradores, corresponde el deber de destruir los obstáculos de todo género con que ha tropezado la Iglesia, para dar el lleno á su augusta mision de formar, instituir, gobernar y reformar, cuando sea necesario, á los individuos de su clero. Pasemos, pues, á otro punto.

§. XIV.

SOBRE LA DOTACION CIVIL DEL CULTO Y CLERO.

El Sr. Aldham aconseja, como se ha visto, al Gobierno civil dotar al clero con un patrimonio liberal, y dedicar el sobrante de su riqueza al bien de la Nacion. Para poner en claro todo lo ridículo de este consejo, todo lo injusto de la base que supone, y es la ocupacion de la propiedad eclesiástica, y todo lo efímero del cálculo respecto del clero mismo y de la Nacion, basta lo que ya dejámos dicho en el párrafo X. Mas la cosa es demasiado grave en sí misma y de incalculables trascendencias en el porvenir, para que satisfechos con aquellas brevísimas indicaciones, nos dispensemos de

entrar de lleno en tan importante materia, no tanto por lo que actualmente pasa, cuanto por lo que tarde ó temprano debe suceder. Nuestra ligera y vieja manía de proponer aquí lo que se ha hecho en otras partes, sin hacer alto en las circunstancias excepcionales de nuestro país, ha generalizado entre muchos la idea de que se doten aquí con los fondos públicos el culto y clero, como ha sucedido en Francia y España. Es, pues, necesario entrar con la debida cautela en esta delicada cuestion, á lo ménos para que, si alguna vez llega el caso de que la quiera resolver un Gobierno de buen sentido, no se aventure á dar un paso que traeria consecuencias tan ruinosas como inevitables.

El Sr. Juárez y su partido han descargado ya los últimos golpes, han arruinado á la Iglesia en sus decretos, y estando estos protegidos por los muchos intereses injustos pero tenaces que acaban de aumentar sobre los que ya existian, en consecuencia del decreto de 25 de Junio sobre desamortizacion, no tardarán mucho en surtir sus efectos, consumándose de esta suerte la ruina de toda la Iglesia mexicana. El saqueo *legal*, apresurado por un fanatismo impío y una prevision maligna, se consumará al fin: el derroche de estos bienes ya muí adelantado, principalmente en los Departamentos sujetos al Gobierno-Juárez, llegará muí pronto á sus últimos términos: la cuantiosa renta de la Iglesia desaparecerá por completo, sin que se reserve nada para el culto y clero, ni aproveche un ochavo la Nacion; pero quedará en pié una dificultad insoluble, la cuestion de conciencia, que mantiene á toda esta sociedad en una continua agitacion, y que no puede concluir ni por la fuerza de las armas, ni por las disposiciones de las leyes, ni por la propaganda impía que se esfuerza por descatolizar al pueblo. Llegará, pues, un tiempo en que el Gobierno, de grado ó por fuerza, y estrechado por la presion de la conciencia pública, tenga que ocurrir al Papa en demanda de un arreglo capaz de tranquilizar los ánimos, mediante el concurso de su autoridad Pontificia. Entónces, tal vez querrá proponerse dotar al clero por cuenta del Erario público para indemnizar á la Iglesia mexicana de las pérdidas que ha sufrido en consecuencia de las leyes de desamortizacion y ocupacion de sus bienes, y de las otras medidas dictadas por las autoridades de Ayutla, para despojar los templos y echarse sobre otros fondos no comprendidos en dichas leyes. En este caso, ¿cuál es el partido mas justo? ¿cuál es el giro mas prudente que deba darse á tan delicado asunto? Déjase ya entender que para nosotros, como para cualquier católico, el negocio será concluido y toda discusion terminada cuando el Santo Padre haya decidido: pero ántes de que esto suceda, no será fue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra de propósito hacer algunas reflexiones acerca de una cuestion que tiene pendientes á todos. Esto supuesto, nos proponemos demostrar aquí: en primer lugar, que la dotacion civil del clero mengua su independencia eclesiástica, afecta su dignidad y esta llena de inconvenientes, de manera que, cuando la Iglesia la permita, no es como un bien, sino como una cosa tolerada en obvio de mayores males; en segundo lugar, que fundada en el hecho de la nacionalizacion de los bienes eclesiásticos, no justifica el despojo, sino que solo representa una indemnizacion que deja intacta la injusticia de aquel; en tercer lugar, que aun prescindiendo de la injusticia subsistente del despojo, habria siempre iniquidad en aplicar á la dotacion del culto y del clero lo que haya de ministrarse por via de indemnizacion á la Iglesia; en cuarto lugar, que aun prescindiendo de esta injusticia, supuesto que el Santo Padre, conmutando las voluntades, pasase por tal aplicacion, seria quimérica en la realidad, y traeria consigo á la Iglesia una ruina mayor que cuantas han motivado el arreglo que se proponga y solicite.

I.

En todos tiempos y en todos los paises católicos ha tenido la Iglesia mucho que sufrir en consecuencia del empeño de los gobiernos temporales por someterla. No bien hubo nacido la concordia entre la Iglesia y el Estado, cuando éste comenzó á perturbarla con sus pretensiones exageradas, las cuales han cambiado de carácter, segun el espíritu de cada siglo, pero nunca han dejado de existir. El regalismo, esta violenta invencion de lenguaje y pretendido derecho, no ha tenido otro orígen, y sí, ha hecho á la Iglesia tantos males, que apénas pueden ponderarse. Ahora bien: si aun cuando la Iglesia y el Estado subsisten sobre la base de un mutuo reconocimiento de institucion y derechos fundamentales, y cuando el culto y clero han tenido recursos propios administrados con total independencia de la autoridad civil, ha ejercido ésta sobre aquel una presion mas ó ménos fuerte, pero siempre constante; si el solo hecho de tener á la vista el Estado una sociedad religiosa propietaria de cuantiosos fondos, y sin encargo de servir las rentas de éstos á los objetos mas importantes y de provecho mas universal, han excitado sin cesar en los gobiernos una especie de comezon, que ha traido consigo ese flujo de leyes restrictivas en alto grado para la propiedad eclesiástica, esos impuestos y participios excepcionales del poder civil en la propiedad de la Iglesia, y como si esto no fuera bastante, se ha llegado hasta esos extremos repugnantes é

inicuos representados en la ocupacion de los bienes eclesiásticos; ¿cuál será, pues, la condicion de la Iglesia cuando, sobre despojada de su propiedad, se pensionen por el Gobierno civil su culto y su clero, sometiendo á toda la personalidad eclesiástica á la penosa condicion de ir cada mes á la Tesorería por la pension asignada? Si la dependencia que nace de ciertas pretensiones de la autoridad civil, carga de tantas cadenas á la Iglesia en cada nacion, ¿qué será cuando á esta se agregue la dependencia del pan cotidiano?

La Iglesia es una sociedad perfecta, una sociedad visible, y en clase de tal, posee con derecho propio cuanto su condicion, carácter y objeto demandan para el fin de su institucion. Otro tanto se dice del Estado: es una sociedad perfecta, y en clase de tal, provisto de todos los medios y recursos naturales para la consecucion de su fin.

Uno de estos medios es el derecho de proveer con autoridad propia y atender convenientemente á la subsistencia natural de las personas que ejercen el respectivo poder y ministerio. Este derecho es, pues, tan esencial á cada una de estas sociedades, que sin él faltaría igualmente su independencia. Es cosa mui sabida y constantemente inculcada, tratándose, por ejemplo, del Estado, que su riqueza constituye su fuerza, y le da un carácter independiente, y que apénas decae su tesoro y viene la necesidad de ocurrir á préstamos y recursos agenos, va menguando paulatina y progresivamente la fuerza y la independencia del Estado; pues aunque la última subsista de nombre, no es en realidad mas que un triste simulacro. El Estado entónces está sujeto: en primer lugar, á los otros con quienes tiene relaciones, y que le aturden con reclamaciones y le sitian con amenazas; en segundo lugar, á los agiotistas que le acechan, brindando á su sed con algunas gotas de agua en cambio de muchas libras de sangre. De aquí viene la inmoralidad en el desempeño de los puestos públicos, el favoritismo para nombrar los empleados, el nacimiento del contrabando *legal*, la repugnante mendicidad que acaba con el respeto de los gobiernos, las ruinosas especulaciones del agio, el sacrificio diario de familias enteras y el universal descrédito de las naciones.

Así, pues, como es esencial al Estado el derecho de proveer con propia autoridad á la formacion de un erario, cuyos fondos expensen los gastos de la administracion pública, y cuando éste falta, la independencia civil, aunque subsista de derecho, está de hecho menguada, porque de hecho el Estado depende de la voluntad de aquellos á quienes ocurre para proverse; así tambien la Iglesia, siendo

una sociedad perfecta y visible, independiente y soberana por su misma institucion, posee por derecho propio, recibido del mismo Jesucristo y no del Gobierno temporal, la accion y autoridad competentes para reglamentar, conservar y distribuir por sí misma, y con independencia de todo Gobierno humano, las oblaciones que deben dar los fieles, en cumplimiento de la Ley divina, para los gastos del culto, sustento y manutencion de sus ministros. Este derecho le es tan esencial, que no puede faltarle jamas. De hecho podrá la Iglesia estar coartada en este punto, porque es militante y nunca le han de faltar enemigos; pero de derecho jamas, porque el hecho no funda el derecho. Infiérense de aquí dos consecuencias: primera, que cuando la Iglesia posee, administra y distribuye por sí misma sus fondos dotales, es independiente de derecho y de hecho: segunda, que cuando la dotacion de su culto y clero, depende del Gobierno civil, subsiste la independencia de derecho, pero cesa la independencia de hecho. Consecuencia es esta indeclinable: porque allí donde está la voluntad que dispone, y por la cual se cumple y ejecuta lo dispuesto, está el principio de la independencia; porque, cuando de hecho el culto y clero están á cargo de la autoridad civil, en ella existe de hecho la voluntad que en este punto dispone y ejecuta; y porque esta voluntad, susceptible de modificaciones y de cambios, y colocada bajo el influjo de diversos intereses y pasiones, es para la Iglesia en su subsistencia material una cosa contingente y precaria, un hecho infirmativo de su independencia social.

La administracion de la renta pública está sujeta, como todo lo demas que entra en el círculo del movimiento político y civil, á la unidad económica del Estado, y es homogénea por naturaleza. Sus tres elementos que son la exaccion, la custodia y la distribucion de la renta, representan en cuanto á lo primero, un impuesto á los ciudadanos en clase de súbditos civiles; en cuanto á lo segundo, un dominio pleno del Estado; y en cuanto á lo tercero, un sueldo civil. ¿Qué se infiere de aquí? Que cuando el culto y el clero están dotados por el Estado, están sujetos al Estado bajo este respecto: lo están, en primer lugar, porque los contribuyentes pagan como súbditos civiles; lo están en segundo lugar, porque los gastos del culto y clero salen de un fondo en que tiene dominio pleno el Estado, y lo están en tercer lugar, porque los ministros del culto reciben su pension, como todo empleado del Estado civil. Luego por esto solo está de hecho afectada la independencia externa y social de la Iglesia católica en la asignacion, posesion y distribucion de su renta.

Al contrario, cuando estas tres cosas no salen de su esfera natural, que es la Iglesia, los contribuyentes pagan lo que les corresponde, no como súbditos del Estado, sino como miembros de la Iglesia, ésta posee y administra lo que por su derecho propio le corresponde, y los eclesiásticos reciben su congrua, no como empleados del Gobierno, sino como ministros de la Iglesia. ¡Qué diferencia tan enorme en ambos casos!

Hé aquí por qué la Iglesia católica desde su orígen ha inculcado constantemente en su doctrina, reglado por su derecho y sostenido por su autoridad tan importante principio. No podia ciertamente prescindir de él, porque siendo sus ministros hombres, estando sujetos como tales á las necesidades de la vida, siendo estas necesidades por sí mismas una tentacion en ciertos casos, y habiendo tantos peligros para el necesitado en la índole y vicisitudes de la voluntad agena en cuyo arbitrio está el satisfacerlas, era cosa recta y justa, cosa indispensable bajo todos títulos, poner á los ministros de la Iglesia, en el ejercicio de su mision, á salvo de estos peligros. ¿Cómo conseguirlo? Reglando con su autoridad espiritual la obligacion de los contribuyentes, el derecho de los ministros y la accion de la autoridad á cuyo cargo estuviese proveer á la congrua sustentacion de éstos. Cuando Jesucristo Señor Nuestro envió á sus apóstoles á predicar, les dijo terminantemente que no llevasen consigo nada, y se los dijo, para que no se embarazasen en su ministerio. ¿Y por qué tal prescripcion, supuesta la necesidad? porque llevaban consigo el derecho. ¿Dónde está el derecho? en el principio inculcado por estas palabras del Salvador: "Al entrar en cualquiera casa..... perseverad en aquella misma casa comiendo y bebiendo de lo que tengan, pues el que trabaja merece su recompensa."[1] Notese que la relacion de ministerio y subsistencia, de derecho y obligacion en la materia es inmediato y directo, es del sacerdocio á los fieles y de éstos á los ministros, sin ninguna intervencion extraña. Si Jesucristo hubiese dicho á sus apóstoles, que al llegar á una ciudad ocurriesen al Prefecto con su pasaporte, y al Tesorero civil por su pension, ya tendria un fuerte apoyo la idea de dotar civilmente al clero; pero como no fué asi, tal idea no puede tener mas apoyo legal que la aquiescencia de la Iglesia, ni esta aquiescencia mas motivo que la presion de una necesidad, ni otro carácter que la tolerancia de un mal en obvio de otros mayores.

San Pablo decia, para probar este mismo derecho, que nadie milita jamas á sus expensas, añadiendo que, no es este un raciocinio humano, sino una disposicion de la Ley divina, y concluyendo con estas palabras dirigidas, no á los reyes y autoridades civiles, sino

1 Luc. cap. X, vs. 5 y 7.

los fieles inmediatamente y en clase de tales: "Si nosotros hemos sembrado entre vosotros bienes espirituales, ¿será gran cosa que recojamos un poco de vuestros bienes temporales?"

En estas palabras del Apóstol vemos, que el derecho á la congrua es correlativo del beneficio que se recibe con el ministerio, y como este beneficio es á los fieles y no al Estado, el derecho á la congrua es, no sobre éste sino sobre aquellos; pues aunque el Estado recibe un bien de las mejoras morales que adquiere el pueblo mediante el ministerio católico, es indirectamente, y no como un fruto de su mision civil.

Mas no concluye aquí el raciocinio de San Pablo: porque, no contento con recordar y motivar el derecho, y manifestar al mismo tiempo su carácter inmediato y directo respecto de los fieles, y como si hubiese querido prevenir el ánimo de éstos contra todo linage de cavilaciones, inculca otras grandes ideas, cada una de las cuales derrama una nueva luz sobre tan importantes verdades. "Si otros participan de este derecho, á lo vuestro, dice, ¿por qué no mas bien nosotros?" Esto es bastante claro: pero á mayor abundamiento, lo aplicarémos á nuestro caso. ¿Quiénes son estos *otros* de los cuales habla el Apóstol? aquellos para cuya subsistencia se contribuye con obligacion: la familia y el Estado. Luego hai una separacion absoluta entre participio y participio y una mayor fuerza de obligacion correlativa en el participio de la Iglesia que en el del Gobierno, supuesta la preferencia que tienen por su mayor estimacion y gerarquía los bienes espirituales sobre los bienes temporales. Si seria, pues, injusto de parte de los fieles faltar á una obligacion tan sagrada, no seria por cierto lo mas favorable y digno de la Iglesia que los fieles contribuyesen al Gobierno, y éste como tal expensase el culto y los ministros.

"¿No sabéis, dice todavía el Apóstol, que los que sirven en el templo, se mantienen de lo que es del templo, y los que sirven al altar, participan de las ofrendas?" Despues de esto, bien podrémos preguntar: ¿el Erario público es del altar? ¿las contribuciones del pueblo son ofrendas religiosas? Ni uno, ni otro. Luego debe haber una propiedad de la Iglesia, un fondo de su pleno dominio, colectado, administrado y distribuido por ella: luego la procedencia de este fondo es mui diversa de la del Erario, y como uno y otro, esto es: la procedencia y propiedad, la administracion y distribucion es indispensable, no puede faltar sin que la Iglesia pierda de hecho la independencia material que demanda la soberanía y el carácter visible de su institucion.

"El Señor dejó ordenado, concluye el Apóstol, que los que predican el Evangelio vivan del Evangelio."[1] Ahora bien: ¿qué cosa es vivir del Evangelio? vivir de la renta que el Evangelio establece, conserva y distribuye, de la renta propia y solo de la Iglesia, de la renta formada de lo que ministran los fieles, por obligacion y no por gracia, á la Iglesia y no al Estado, conforme á la lei canónica y no á la lei civil. Luego, si el Estado colecta, conserva y distribuye esta renta, será ó como el ecónomo de la Iglesia y con sujecion á ella, ó en calidad de Estado político, independiente y soberano. Mas lo primero no puede decirse, porque ni de hecho, ni de derecho el Estado es el ecónomo de la Iglesia: luego debe estarse á lo segundo. ¿Qué se infiere de aquí? que si en el primer caso el Estado figuraria como súbdito de la Iglesia, en el segundo y por una razon contraria, la Iglesia figuraria como súbdita del Estado.

"¡Pero qué! se nos dirá, ¿no hai naciones católicas, en las cuales están dotados el culto y el clero por el Erario nacional, con pleno consentimiento de la Iglesia, conservando ésta en todas sus partes su independencia y soberanía de derecho?" Sin duda alguna; mas esto no desvirtúa la fuerza de nuestro raciocinio: primero, porque donde quiera que la Iglesia está pensionada, sufre localmente una dependencia de hecho; segundo, porque no hai caso alguno en que su consentimiento para tal cosa represente una voluntad espontánea, sino que siempre, como la historia lo acredita, tales concesiones han sido arrancadas por la fuerza de la necesidad, figuran como males tolerados, á que la Iglesia se resigna en obvio de otras mayores, y no sin temer los peligros consiguientes á la dependencia del pan cuotidiano, que léjos de reducirse á ese deslustre de un cuerpo que por sí solo constituye la clase primera de una sociedad independiente por su institucion, lo cual seria ya mucho, se extiende á puntos incomparablemente mas graves que á todo buen católico hacen estremecer. Dejamos á parte las sistemadas y humillantes repulsas á las justas peticiones de los Obispos, y las preferencias peligrosas consiguientes á la creacion de un favoritismo en obsequio de aquellos que son mas adictos al Gobierno: porque nos llaman de preferencia la atencion los peligros: de las presentaciones para cubrir las vacantes, de las influencias civiles en la colocacion y distribucion de los eclesiásticos, la alternativa entre la miseria y el prevaricato al dictarse ciertas leyes contra la Iglesia, la disminucion del celo contra los vicios de ciertos funcionarios, y otras muchas cosas que seria mui largo enumerar.

Estas consideraciones son bastantes fuertes para justificar la pro-

1 I Cor. cap. IX, vs. 7, 8, 11, 12, 13 y 14.

funda repugnancia que los Obispos, Cabildos, y casi todo el clero sentimos á la sola idea de que nuestra Iglesia mexicana llegue á estar un dia pensionada por el Estado; pero no nos detendrémos mas en esto, porque ni el partido á que preside el Sr. Juárez tiende á pensionar á la Iglesia, sino mas bien, á desentenderse completamente de ella, como si no existiese, lo cual por ventura seria ménos gravoso para nosotros que la espléndida proteccion del regalismo, ni, en caso de pretenderse por otro Gobierno, tendrá lugar sin el consentimiento de la Silla Apostólica, lo cual seria suficiente para someternos á la medida sin observaciones *ex post factum*, y sin resistencia ninguna.

II.

Mas no debemos pasar en silencio un punto, que á primera vista parece de muí poca importancia, por carecer de objeto práctico en el supuesto de una indemnizacion acordada en consecuencia de la ocupacion de los bienes de la Iglesia; pero que para nosotros, cuyo interes mas vital son los principios eternos é inmutables de la justicia, tiene mucha. ¿Qué punto es éste? el que abraza nuestra segunda proposicion, conviene á saber: que la dotacion civil del culto y clero, motivada por la nacionalizacion de los bienes eclesiásticos, no justifica el hecho, sino ántes bien, representando solo una restitucion, comprueba la injusticia del despojo.

Este, una vez consumado, hace dos males: uno al derecho de la propiedad, á la jurisdiccion de la Iglesia sobre sus bienes, y otro al hecho de la posesion y tenencia legítimas, despojando de ellos á su dueño. El segundo es reparable por la restitucion; mas el primero no lo es.

En buena moral, todo robo trae dos responsabilidades, conviene á saber: la del delito y la de la restitucion, y tan estrechas ambas, que ni el délito se perdona sin la restitucion, ni ésta sola basta para perdonar el delito. La restitucion satisface al dueño; mas la satisfaccion del dueño no basta, para satisfacer á la Lei que dice: *No hurtarás*, ni á Dios, que es el Autor único de esta Lei.

Tan exacto y reconocido es este principio, que aun en la legislacion humana subsisten estas dos responsabilidades, y con tal separacion, que un reo no deja de ser ejecutado, aunque restituya el robo.

La ocupacion de los bienes de la Iglesia, llámese como se quiera, no es mas que un robo en la mas alta escala; porque la nomenclatura no cambia la naturaleza y esencia de las cosas. Llámese nacionalizacion ú ocupacion, ejecútese á nombre del pueblo ó del Gobierno, motívese con lo que se quiera, apélese al sofisma del pretendido alto dominio del Soberano, ó á cualquiera otro pretexto, nunca, en ningun caso, por ningun motivo puede un Gobierno disponer de la propiedad de la Iglesia, nunca ésta deja de ser una sociedad constituida, soberana, independiente, con sus individuos, relaciones, leyes y gobierno propio. Su propiedad es tan sagrada como puede serlo cualquiera, y mas todavía que otra alguna, por la naturaleza de sus objetos y la circunstancia de ser Dios el propietario directo y especial de tales bienes.

Se han inventado muchas teorías, supuesto muchos derechos y legalizado muchas causas para legitimar tales despojos; pero los hechos nada pueden contra el derecho y los principios, y la historia de los concordatos puede ser vista, como la de las retractaciones delicadas de los gobiernos, la de los triunfos morales y canónicos de la Iglesia, y la prueba incontestable de que una indemizacion ofrecida y aceptada prueba la injusticia del despojo, y nunca es capaz de legitimarlo.

Las teorías del dominio eminente, grande antítesis de la democracia en accion, esta teoría sostenible apénas cuando los reyes se llamaban dueños de vidas y haciendas, pero insostenible en los principios del derecho constitucional, y ridícula en los sistemas representativos, y más aun en los gobiernos democráticos, esta teoría, que en buena lógica ni á un simple ciudadano puede afectar, ¿qué explicacion podria tener tratándose de la Iglesia, que es una sociedad perfecta, soberana é independiente? Podrá la Inglaterra por ejemplo, á título de dominio eminente, echarse sobre el Tesoro de Francia ó España? No. ¿Por qué? Porque Francia y España son tan soberanas é independientes como la Inglaterra.

¿Por qué motivo, pues, saldria la Iglesia de esta regla admitida en el Derecho comun de las naciones? ¿No es la Iglesia una sociedad perfecta, formada y constituida por un poder superior al de cualquier Estado político? ¿No es la Iglesia una sociedad visible, compuesta de hombres sujetos á las necesidades constantes de la vida? La debida satisfaccion de estas necesidades ¿no es un requisito indispensable para la conservacion de la sociedad? ¿Este requisito no importa juntamente la necesidad y el derecho de emplear los medios conducentes al fin? Quién tiene facultad y derechos para conseguir el fin de su institucion, ¿carecerá de una y otros acerca de los medios? No nos cansemos: para desconocer el derecho pleno é independiente de la Iglesia católica sobre su propiedad, es precisa una de dos cosas, ó ignorar absolutamente los principios inmutables

y eternos del Derecho social, ó negar que la Iglesia católica es una sociedad verdadera.

Mas, aun prescindiendo de esta gerarquía superior que ocupa la propiedad eclesiástica en la escala de los derechos, ¿podrá negársela, por lo ménos, el que tiene sobre lo suyo cualquiera propietario particular? Ciertamente que no: porque sus títulos de adquisicion se identifican con los de aquel. Si este ha trasmitido á la Iglesia legalmente lo suyo, la Iglesia posee con dominio pleno. Pero el hecho es que, á pesar de ser tan claros estos principios y tan lógicas estas consecuencias, se niega tal derecho, y para dar á esta negativa un color de legalidad, se ha inventado la teoría rapaz de la *mano muerta:* se supone que la Iglesia es un sér abstracto, un ente de razon, un no se qué; se da por de ningun valor en el mundo de la existencia, y una vez muerta y sepultada, se dispone arbitrariamente de sus bienes, y aun se declara á la Iglesia incapaz de adquirir y poseer.

En vano se levanta entónces ese inmenso sér colectivo afectado por el despojo: esos hospitales, hospicios y pobres que vivian de aquella renta, esas comunidades numerosas de ambos sexos á cuya subsistencia material atendia esta renta; esa multitud de familias pensionadas con esta renta: ese cúmulo inmenso de necesidades físicas y urgentes á cuya satisfacion atendia la Iglesia con esta renta: en vano se presentan con su hambre y desnudez tantas personas desgraciadas á los reformistas filantrópicos, diciéndoles: "¡Detenéos! No somos seres abstractos; no somos entes de razon, sino hombres y mugeres con un estomago que pide alimento, y un cuerpo que pide albergue y vestido. No nos sacrifiquéis á vuestras teorías; no nos hagáis desaparecer en vuestras leyes del mundo material en que vivimos, para declarar vacante y disponible una propiedad cuya renta nos pertenece, y sin la cual nos haréis morir." ¡Vanos clamores! ¡Inútiles raciocinios! ¡Despreciables necesidades! ¡Efímeros derechos! No, no hai cuartel: todo eso no es mas que una mano muerta, un sér abstracto que ni come, ni bebe, ni anda: estamos en el siglo de las luces y del progreso, y es indispensable ocupar esa propiedad que no tiene dueño: es necesario que todo eso concluya.

Increible parece que un sofisma tan ridículo haya podido preocupar á tantos hombres, y fundar esas medidas desastrosas, que han hecho la ruina de nuestro pais. Si el argumento valiese algo, es claro que ni el Estado mismo quedaria en pié, supuesto que en él concurren todas y cada una de las razones que fundan aquella ruinosa teoría. ¿Por qué se considera á la Iglesia como una mano muerta, como un ser abstracto, respecto de los bienes que posee y administra? Porque ninguno es individualmente dueño de ellos: en suma, porque no constituyen una propiedad particular. ¿Y no sucede precisamente lo mismo con el Estado? ¿El Erario público reconoce acaso por dueño á individuo ninguno? ¿constituye una propiedad particular? No. Luego la Iglesia y el Estado están en igual caso. ¿Por qué tener, pues, como una cosa muerta la mano de la primera, miéntras se reconoce como viva la del Gobierno civil, y tan viva, que ella es precisamente la que ha despojado á la Iglesia de su propiedad?

Pero dejemos eso, pues ó basta para poner en claro nuestro concepto de que el despojo hecho á la Iglesia constituye un robo en toda la extension de la palabra, ó no hai argumento posible para convencer al que se aferra en decir que lo vivo es muerto, y lo muerto vivo. Infiérese, pues, rectamente de cuanto llevamos dicho: primero, que los bienes eclesiásticos eran una verdadera propiedad y una legítima posesion: segundo, que el hecho de su nacionalizacion y ocupacion constituye un injustísimo despojo: tercero, que este despojo trae consigo dos responsabilidades, conviene á saber: una para con Dios por la violacion del sétimo precepto, y otra para con el propietario despojado: cuarto, que la restitucion de lo despojado satisface á la segunda, pero deja intacta la primera. Luego la promesa de dotar al clero para indemnizar á la Iglesia del despojo que se le ha hecho, no justifica éste, sino ántes bien, deja intacta la injusticia cometida al consumarle, y la responsabilidad moral consiguiente: luego no es lícito á ningun Gobierno el ocupar la propiedad eclesiástica, ni aun cuando se proponga invertir sus productos en algunos objetos útiles á la Iglesia.

III.

Mas prescindiendo ya de estas consideraciones estrictamente morales, para dar á la cuestion un carácter práctico, suponiendo solo el hecho de la aplicacion de lo que se haya de restituir á la Iglesia, y poniéndonos en el caso de iniciarse ya una negociacion con la Silla Apostólica, preguntamos: ¿la dotacion civil del clero, propuesta como indemnizacion de los bienes eclesiásticos ocupados, ¿es admisible? No. ¿Por qué? porque envuelve dos enormes injusticias: primera, la de pensionar á uno con lo que es de otro, lo cual importa la ratihabicion y consumacion del despojo ejecutado; segunda, la de destruir con la nueva asignacion los recursos de subsistencia que, con independencia de los bienes nacionalizados, posee la Igle-

sia para la conservacion del culto y el sustento y manutencion de sus ministros.

Cualquiera que esté medianamente impuesto de los objetos de inversion que tenia la renta salida de las fincas y capitales nacionalizados, verá y palpará con la mayor evidencia la exactitud, verdad y solidez de nuestro primer raciocinio. Los bienes eclesiásticos de aquí no constituian un fondo dotal para el culto y el clero, sino un conjunto de fondos administrados por la Iglesia y destinados por sus fundadores á diversos objetos del mayor interes. ¿Qué objetos eran estos? Primero, las comunidades religiosas no mendicantes de ambos sexos; segundo, las capellanías de sangre; tercero, las obras pias de sufragio; cuarto, los hospitales; quinto, los hospicios y casas de beneficencia; sexto, las escuelas y colegios de enseñanza y educacion; sétimo, las dotaciones de huérfanas para establecerse en el estado que eligiesen; octavo, las distribuciones de limosnas entre los pobres de solemnidad. Ahora bien: ¿subsisten estos establecimientos? Luego solo ellos se absorberian la dotacion, y esto para tener ménos de la mitad de lo que ántes percibian, y en tal caso falla el supuesto de la dotacion del culto y clero. ¿No subsisten? ¿quedan extinguidos? Luego entónces la gran medida se reduce á matar todos estos objetos de beneficencia y de piedad, para alimentar al clero, esto es: á pagarle á uno con lo que es de otro, á robar por un lado é invertir por otro una parte de lo que se roba, y ya se verá con qué caractéres tan espléndidos brillan en todas sus faces, mediante dicha aplicacion, la justicia conmutativa y distributiva. Esto es tan claro, que detenerse mas en ello seria perder el tiempo. Vengamos, pues, á la segunda parte de nuestra proposicion.

Se ha clamado sin cesar hasta el fastidio, que los bienes de que se trata, son del clero, y esto con una doble intencion igualmente depravada; pues, á juzgar por la marcha de la controversia en este punto, no se les llama *bienes del clero*, sino para quitar á estos fondos las garantías canónicas consiguientes al carácter social de la Iglesia, y para hacer odiosos á sus ministros, suponiéndolos dueños de tan cuantiosas rentas, y perniciosamente influentes en el órden político. Mas esta denominacion es falsa en toda la extension de la palabra: porque ni tales bienes son del clero, sino de la Iglesia, que es cosa mui distinta, ni el clero ha vivido jamas en México de las rentas que producen. Lo primero es tan claro, como no podia serlo más. Así como el Erario nacional no pertenece, ni en todo ni en parte, ni colectiva ni individualmente, á las personas encargadas de la administracion pública, sino al Estado, que es cosa mui diversa, del mismo modo los bienes de que se trata, ni colectiva ni

individualmente pertenecen á los clérigos, y sin embargo, se dice con toda verdad, que son de la Iglesia.

Pero hai aquí una diferencia mui notable, y es, que todos los individuos encargados del Gobierno y los diversos ramos de la administracion civil viven del Erario, pues este el único fondo con que se paga su sueldo á los empleados de la Nacion, miéntras el clero no subsistia de dichos bienes, sino de otros recursos que hasta el dia se conservan, á pesar del empeño de los reformistas en acabar con todo.

¿Qué recursos son estos? El diezmo de conciencia y las obvenciones parroquiales. Estos han sido, en efecto, desde la fundacion de los obispados de México, los medios únicos de subsistencia que, generalmente hablando, han tenido aquí el culto y sus ministros. Decimos, *generalmente hablando*, porque hai entre los objetos piadosos de los bienes de la Iglesia, ocupados por los decretos expedidos en Veracruz, algunas fundaciones de capellanías destinadas á eclesiásticos, y que de hecho sirven á su subsistencia; pero esto es mui raro y excepcional, y nunca se ha contado en México, para los gastos del culto y dotacion del clero, con otra cosa que el diezmo y las obvenciones ó derechos parroquiales.

Estos dos recursos han recibido golpes mui fuertes y civilmente mortales de nuestros gobiernos reformistas, pues han hecho estos cuanto ha estado á su alcance para destruirlos. Desde Diciembre de 1833, en que se dió la lei quitando la coaccion civil para el pago de diezmos, esta renta dependió exclusivamente ya de la conciencia de cada uno; pues desde aquel año hasta el dia solo pagan los que quieren, y solo quieren aquellos que no han sufrido en su conciencia la horrible contaminacion de la ciega codicia y de las ideas antieclesiásticas, que con gran empeño han propagado los partidarios de ese *progreso* decantado, que á todas partes conducirá á los hombres, ménos á la consecucion del último fin para que fuímos creados. Mas á pesar de esta guerra sorda, que despues de consumada la muerte civil del diezmo se ha seguido haciendo á su vida moral, ya con los raciocinios que con tal arte sabe explayar la codicia, ya con la contradiccion mas descarada y tenaz á la doctrina católica, el hecho es que, como por misericordia de Dios hai todavía en México muchos cristianos fieles que no han querido incensar al Becerro de oro, esto es: sucumbir á las sugestiones de una codicia impía, la Iglesia mexicana, si no conserva hoi lo que en otro tiempo tenia, cuenta sí con lo necesario para atender, aunque con escasez y dificultad, á los gastos del culto, á la subsistencia de los Obispos y Cabildos, y otros importantísimos objetos de su renta decimal.

No ha sido mas feliz el otro recurso en esta borrasca político-religiosa de la Revolucion en México; pues, aunque mas tarde, recibió al fin un golpe mortal de las mas graves trascendencias. El 11 de Abril de 1857, como ya lo hemos dicho ántes, se promulgó una lei sobre obvenciones parroquiales, sujetando á los curas á no exigirlas sino á los que debieran pagarlas segun el juicio de los Prefectos, imponiéndoles graves penas en caso de infraccion, obligándolos aun á fijar la lei en los cuadrantes de las parroquias, y colocándolos á todos en la cruel alternativa de sujetarse á la lei civil, faltando á su deber canónico, ó carecer del sustento y sufrir ademas la cárcel ó el destierro. Fácilmente se puede comprender el carácter mortal de este golpe dado á la Iglesia, pues afectando á la masa del clero, esto es: á los párrocos y sus vicarios, los cuales no tienen otra renta de que vivir, hacia en materia de congrua sustentacion el mas grave mal que hacer podia tanto al clero como á los fieles, supuesto que, aniquilado tal recurso, faltaba una condicion precisa para el servicio del ministerio parroquial.

Desde entónces comprendieron todos que semejante lei debia sucumbir tarde ó temprano á la fuerza de la necesidad; pero se vió tambien mui claro que, una vez relajado el vigor de aquella costumbre antigua que apoyaba sin esfuerzo las disposiciones de la Iglesia, difícilmente se recobraria del todo, y no habria medio alguno para evitar la baja progresiva que iria teniendo el pago de las obvenciones ó derechos parroquiales aun cuando de hecho ó de derecho cesase la coaccion impuesta por la citada lei.

Mas, á pesar de estas dificultades, que son muchas en verdad, aquellos recursos, aunque ya mui débiles y menguados, subsisten aun, y son ciertamente los únicos con que cuentan los curas, vicarios y demas ministros auxiliares de la administracion parroquial, para subsistir: porque fuera de esto no han tenido mas auxilio, pues nunca llegaron á tener participio en los réditos ó rentas de los capitales y fincas de la Iglesia ántes de que los ocupase el Gobierno á título de nacionalizacion.

Hai más: tanto las obvenciones parroquiales como los diezmos, á pesar de los ataques bruscos que han recibido de los gobiernos, cuentan todavía con un fuerte apoyo moral, conviene á saber: el ministerio mismo: porque, á medida que éste se ejercite con mas fruto, irá progresando la reforma de las costumbres, se irá fortificando y extendiendo el sentimiento del deber, y los fieles serán sin duda mas solícitos en cumplir la obligacion estrechísima que tienen de contribuir, segun sus facultades, á los gastos del culto y congrua sustentacion de los sacerdotes, que les imparten los auxilios espirituales.

Infiérese de todo lo dicho: en primer lugar, que los bienes ocupados por el Gobierno del Sr. Juárez, aunque llamados del clero, nó estaban destinados á la manutencion ni ménos á las comodidades de sus individuos: en segundo, que, con total independencia de ellos contaba la Iglesia con otra renta diversa, que servia juntamente para sostener el culto y expensar á sus ministros: en tercer lugar, que los enemigos de la Religion han hecho cuanto ha estado de su parte para destruir esta renta: en cuarto lugar, que ella, sin embargo de haber disminuido, subsiste aún, porque se conserva por la fe y la conciencia de los fieles: en quinto lugar, que miéntras tales apoyos existan aquí, es decir: miéntras México sea un pueblo católico, y el clero no tenga otra renta que destruya, por disposicion de la Iglesia misma, la obligacion de pagar el diezmo y los derechos parroquiales, no acabará tampoco, por mucho que se disminuya, el grande auxilio que uno y otros prestan hoi á la Iglesia mexicana, para expensar por sí misma y con total independencia del poder civil los gastos del culto y la subsistencia de sus ministros.

Resulta, pues, de todo lo expuesto, que la única renta establecida y sistemada con que han contado y cuentan hoi aquí para subsistir el culto y el clero, son los productos decimales, que expensan á los Obispos, á las Catedrales con sus Cabildos, á las Fábricas espirituales, y en parte ayudan, por lo ménos en Michoacan, á la congrua de los párrocos, á los hospicios y los hospitales; y las obvenciones ó derechos parroquiales, que forman la congrua de los curas, sacristanes mayores, ministros, y ayudan tambien para completar los gastos de Fábrica; y que estos recursos son tan importantes y preciosos, que no podrian faltar sin que esta falta lo arruinase todo completamente. Ahora bien: si el culto y el clero fueran dotados por el Erario nacional, ¿qué sucederia? que los fieles, considerándose ya libres, en consecuencia de tal asignacion, del deber de contribuir como ántes para tan precisos gastos, ya no contribuirian en lo sucesivo, y consiguientemente acabarian la renta decimal y los derechos parroquiales.

Demos un paso más. Si esta dotacion la hiciese un Gobierno para indemizar á la Iglesia de la pérdida de estos dos recursos, ya tendria la cosa otro carácter; mas como ella no representa, en la hipótesis propuesta, sino la indemnizacion correspondiente á una parte de los bienes ocupados, es decir, de aquellos fondos que no expensaban el culto y el clero, resulta finalmente: primero, que el Gobierno sacrificaria todos los objetos importantísimos á que tales fondos estaban destinados, haciéndolos concluir; segundo, que al dotar el culto y clero con lo que habia estado atendiendo su legítimo dueño á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los objetos de su institucion, mata y aniquila de hecho la renta efectiva con que contaban aquí el culto y el clero independientemente de los bienes secuestrados: ¿Puéde darse mayor iniquidad? Queda, pues, demostrada nuestra tercera proposicion, conviene á saber: que, *aun prescindiendo de la injusticia intrínseca del despojo que sufrió la Iglesia con la ocupacion de sus bienes, habria siempre iniquidad en aplicar á la dotacion del culto y del clero lo que hubiese de ministrarse por via de indemnizacion á la Iglesia.*

IV.

Hai sin embargo, una respuesta que podria dar á este último argumento cualquiera Gobierno interesado en llevar á efecto la dotacion civil del culto y el clero. "Está mui bien, podria decir: injustísimo seria el aplicar á la dotacion del culto y del clero una indemnizacion que pertenece á otros objetos mui sagrados, haciéndolos por el mismo hecho desaparecer. Mas no se trata de esto: el Gobierno á todo atenderá, proporcionando á la Iglesia la renta suficiente, no solo para los gastos del culto y dotacion de sus ministros, sino tambien para la conservacion de todos sus establecimientos de beneficencia." A una respuesta de esta clase, nada tendriamos que oponer, si las obras correspondiesen á las palabras, y si los gobiernos fueran tan puntuales y exactos en cumplir como son fáciles y prontos en prometer. Mas desgraciadamente la experiencia de lo que pasa, sobre todo en nuestro pais, engendra en el alma un convencimiento profundo de que sucede lo contrario, y una desconfianza invencible de todo aquello que se funda en las promesas del Gobierno. Es necesario estar mui prevenidos para este caso, el mas peligroso de todos, porque estas negociaciones de arreglo vendrán á ser una suprema crísis para la Iglesia mexicana. Puede preverse que, llegado el caso, el Gobierno que promueva un arreglo definitivo de la cuestion eclesiástica, recurriendo para ello á la Santa Sede Apostólica, no andará mezquino, sino al contario, mui franco y liberal, en sus promesas, á fin de salvar las dificultades morales consiguientes á la agitacion de las conciencias, las dificutades sociales consiguientes á los intereses creados por la desamortizacion y expropiacion eclesiástica, las dificutades políticas consiguientes al impulso que las divisiones y guerras intestinas reciben de estos intereses mismos, y por último, las dificultades económicas acumuladas instantáneamente por la pasmosa disminucion de los valores á causa de la desconfianza que nace del carácter de las adquisiciones hechas de la cuantiosa propiedad de la Iglesia. Son de tal naturaleza estas dificultades, que cualquiera Gobierno venido al cabo de la Revolucion, sean cuales fueren sus principios religiosos y políticos, no andará con el Santo Padre mui reacio en materia de compromisos materiales, á trueque de superarlas aquietando las conciencias, consolidando el órden, neutralizando la accion de los partidos, restableciendo el valor de la riqueza pública, y conquistando el principio, como ellos dicen, de someter la Iglesia al Estado, mediante la dependencia civil del culto y del clero en consecuencia de la dotacion que se estipule á cargo del Erario público. Si esta promesa del Gobierno hubiese de cumplirse, nuestras alarmas serian considerablemente menores; pues, ya que no pudiera evitarse el mal consiguiente á esta dependencia de hecho, se tendria por lo ménos la seguridad y confianza de que no faltarian los recursos. Mas por desgracia no sucede así, y es preciso, en obsequio de tan caros objetos, no hacerse ilusiones, tanto mas peligrosas y funestas cuanto mas desesperadas de todo remedio serian sus consecuencias.

Hé aquí por qué con un particular estudio hemos reservado para concluir el demostrar que, aun prescindiendo de la injusticia del despojo hecho á la Iglesia por las leyes de expropiacion y ocupacion de sus bienes, y de que la indemnizacion, cualquiera que fuese, no será capaz de justificarlo nunca, y sin embargo, de que no podrian aplicarse á la dotacion del clero los fondos que ántes pertenecian á otros objetos, ni ménos cuando esta aplicacion traeria consigo la ruina de los recursos con que ha contado la Iglesia con independencia de sus propiedades y rentas ocupadas, será siempre quimérica esta dotacion prometida, la cual no traerá consigo á la Iglesia sino una ruina mayor de cuantas habia sufrido, conviene á saber: la completa y absoluta extincion de sus recursos.

¿Cómo comprobarlo? De una manera mui sencilla. Para que la dotacion dicha tenga efecto, se requieren dos cosas, y son: que el Gobierno *quiera* y *pueda* cumplir lo que prometa. Lo primero es mui contingente y dudoso; lo segundo es matemáticamente imposible; y como basta probar lo segundo, para ahorrarse de la pena de demostrar lo primero, porque de nada serviria que el Gobierno quisiese, si no puede, nos reducirémos á esta sencilla demostracion: "Ningun Gobierno en México, con los elementos con que ha contado hasta aquí, atendidos los recursos propios del pais, podrá cumplir nunca los compromisos que contraiga con la Iglesia para la dotacion del culto y clero."

Es un hecho que la bancarrota de la Hacienda pública en México ha llegado, no solo ha ser un punto de notoriedad en el pais, sino un escándalo inmenso en el extrangero: que las contribuciones é

impuestos han venido aumentándose notablemente hasta el extremo de hacerse insoportables á la poblacion: que, sin embargo de este aumento, el *déficit* de los recursos para cubrir el presupuesto general es cada dia mayor: que hai una deuda exterior crecidísima: que las reclamaciones de las Potencias interesadas en ella son cada dia mas urgentes y amenazantes: que hai una deuda interior de muchos millones: que esta deuda interior se ha venido formando y aumentando con sueldos no pagados á los empleados civiles y militares, y á algunos obispados y misiones que han corrido por cuenta del Estado, como indemizacion de bienes suyos ocupados por el Gobierno: que la amortizacion de una parte de esta deuda representa, no el pago que se haya hecho á los interesados, sino la marcha progresiva de su ruina; pues ha consistido en la amortizacion de sus bonos vendidos á los agiotistas hasta al dos por ciento de pago, y negociados por éstos á la par en sus escandalosos negocios con el Erario:[1] que á pesar de todo esto, y de los quince millones de la indemnizacion americana, y de las muchas economías que se habian hecho durante la administracion del Señor Herrera y en principios de la del Señor Arista, se encontraba siempre un *déficit* de dos millones y medio de pesos poco ménos, en Agosto de 1851, para cubrir los gastos mas necesarios de la administracion pública y los réditos de la deuda: que despues acá la insuficiencia de los gobiernos ha sido cada dia notablemente mayor, hasta el extremo de rayar casi en lo imposible, á juicio de las personas mas inteligentes y versadas, el restablecimiento del crédito público, el equilibrio de la balanza financiera, y por consiguiente, la suficiencia de los fondos públicos para atender á las necesidades mas imprescindibles del Gobierno.

Ahora bien: si los gobiernos hasta aquí no han podido cubrir sus gastos en cerca de cuarenta años, á pesar de tantos ensayos y experiencias, y de haber figurado en ellos todos los partidos y todas las personas mas notables; si esto ha sucedido á pesar de todas las combinaciones orgánicas que hemos venido haciendo desde el principio de nuestra independencia; si sin embargo del Imperio, que acabó por inanicion, de la República ya federal ya central, y de las varias Dictaduras, siempre ha sucedido lo mismo, siempre hemos estado en *déficit*, y nunca se ha podido atender completamente á los objetos propios del Gobierno civil, ¿se podrá persuadir á nadie, que es posible y aun fácil cubrir con este fondo impotente y decadente, no solo el presupuesto del Estado, sino tambien los cuantiosos gastos del culto y del clero?

1 Dictámen de la Comision de Crédito público sobre el arreglo de la deuda interior en 15 de Septiembre de 1849, parráfo IX.

Pero no nos limitemos á estas consideraciones: veamos con imparcialidad los nuevos recursos que naturalmente podrémos esperar del porvenir; rastreemos cuanto sea posible los datos de la esperanza, y deduzcamos de este exámen consecuencias prácticas, y no falaces ilusiones.

¿Qué podemos esperar para el porvenir? ¿Qué sistema nos queda por ensayar? ¿Qué nuevos recursos nos reserva la prevision? El primero que naturalmente ocurre, es el de la ocupacion de los bienes eclesiásticos; pero no nos engañemos: este recurso es imaginario.

Y en verdad, que para creerlo así, no es necesario echarnos á conjeturar sin término en la region engañosa de las probabilidades: basta ver lo que ha sucedido hasta hoi. La sola lei de 25 de Junio, que únicamente se limitó á la venta de las fincas propias de la Iglesia en favor de los arrendatarios é inquilinos, pero sin tocar á su precio, sino ántes bien, dejándole todo á disposicion de la Iglesia, trajo á esta renta una quiebra de muchos millones de pesos, como puede verlo cualquiera que se imponga de la Memoria del Sr. D. Miguel Lerdo de Tejada. ¡Magnífico principio en ese episodio de nuestra historia financiera: facilitar el derroche de tantos millones ántes de decretar la ocupacion de un peso! Adelante. A esta hora ya el Sr. D. Benito Juárez ha vendido en Veracruz la mayor parte de la propiedad eclesiástica, y esto á precio tan vil, que no habrá percibido en efectivo ni la vigésima parte de su valor. ¡Admirable progreso! Antes de triunfar, y cuando todavía es un Gobierno *in partibus*, ya lo ha vendido y derrochado todo. ¿Cuál es, pues, la última consecuencia? ¿Con qué se encontrará el Gobierno que, tarde ó temprano, quiera entrar en arreglo con la Silla Apostólica sobre la cuestion eclesiástica en México? Con nada: todo habrá concluido: la cuantiosísima riqueza de la Iglesia habrá desaparecido por completo, sin que el Erario público haya logrado nada. El observador se sorprenderá con el espectáculo de multitud de fortunas improvisadas, de grandes propietarios que han hecho la transicion, de la noche á la mañana, de la extrema mendicidad á la mayor opulencia; pero por lo demas, no verá donde quiera, sino únicamente los rápidos progresos de la consuncion hacendaria, y los cuadros lastimosísimos de casas arruinadas, de familias reducidas á la miseria, de hospitales, colegios, hospicios y otros muchos edificios de beneficencia destruidos, de infelices clamando en vano, al horrible impulso de la hambre, por el pan que les daba la Iglesia, y les ha quitado el Estado.

Destruida, pues, la propiedad eclesiástica, y con ella los recursos con que contaba en México el pueblo en parte mui considerable, y sin que esta ruina hubiese servido para dar el menor alivio al Estado, ¿con qué se contará pues? ¿qué es lo que nos queda? ¿qué mejoras nos promete la riqueza pública para fundar la esperanza de un considerable aumento en los recursos del Erario nacional? Por lo que toca á nosotros, no vemos nada que consuele: las bases de los impuestos son fundamentalmente las mismas; pero están en extremo deterioradas. Siendo las mismas, no nos podrian dar sino lo mismo que hasta aquí, es decir: una renta inferior al presupuesto de gastos, con lo cual no adelantaríamos nada; pero estando deterioradas, es necesario que su contingente sea mucho menor, á no ser que los nuevos gobiernos, en vez de restaurar las fuerzas productoras moderando los impuestos, las agoten con cargas superiores y verdaderamente insoportables.

No es necesario emprender un largo trabajo para demostrar esta verdad; porque ella se presenta con tales dimensiones, que puede ser vista, no solo de nosotros, sino del mundo entero. La guerra civil, que no ha tenido sino cortas y parciales treguas desde la consumacion de nuestra independencia, se ha ensañado de tal suerte durante los seis últimos años, que todo lo tiene asolado, todo lo ha reducido á ruinas, y no se descubren por todas partes sino escombros, miseria, lágrimas y desesperacion.

La poblacion, que debe ser la base principal de los cálculos económicos para la formacion y aumento del Erario, léjos de haber crecido en su número, ó mejorado en su condicion, ha sufrido los menoscabos y atrasos consiguientes á la guerra, los cuales en verdad son incalculables. Considérense por una parte sus bajas numéricas en consecuencia de los muertos ó inutilizados que ha habido en tantos combates, la influencia de estas bajas en la representacion y recursos de las familias, la desmoralizacion en que caen y siguen aquellos que han sido arrebatados de sus hogares para tomar las armas; por otra los estragos diversos que las poblaciones sufren tan frecuentemente, los incendios, saquéos, violencias, persecuciones, perturbacion general que todo lo paraliza, y por último, esas exacciones cuantiosísimas, exorbitantes, tiránicas, que en pocos años han consumido tantas fortunas, y ya se verá si podrémos lisongearnos con la esperanza de que el aumento y mejora de la poblacion facilite despues lo que no ha podido proporcionar en sus mejores tiempos, ni ménos el aumentar casi en un cincuenta por ciento el presupuesto de gastos, para comprender en él la dotacion del culto y clero.

El segundo dato, para calcular la posibilidad de un aumento en los fondos públicos, es la propiedad; mas el cómputo absoluto del impuesto sobre ésta, si se fundase únicamente en la representacion numérica de su valor, seria tan falso como ruinoso; pues una propiedad muerta é infecunda no puede contribuir con lo que representa, sin morir en pocos años. La propiedad funda el cálculo por sus productos, y estos dependen sin duda alguna de su movimiento y accion. Esto supuesto, dígase de buena fe si la propiedad territorial, por valiosa que en sí misma sea, apoya una lisongera esperanza de aumentar con sus impuestos los fondos, en un tiempo en que, á causa de la Revolucion, ha perdido una parte mui considerable de sus recursos pecuniarios de impulso y de fomento. Si ántes de que tal sucediese, cuando los propietarios de fincas rústicas tenian muebles, útiles, fondos, brazos, &c., &c., no podian los ingresos del Erario bastar á cubrir los presupuestos, ¿se quiére que despues, es decir: cuando las fincas de campo han sido saqueadas, cuando han acabado casi todos los ganados, cuando los millones de la Iglesia, que repartidos entre los propietarios con un moderadísimo rédito daban un poderoso impulso á la agricultura, han sido sacados á sus tenedores con grandes sacrificios, cuando la usura ha invadido lo que los exactores del Erario habian perdonado, cuando el terror esparcido por la Revolucion ha dado un carácter precario á todo, &c., &c., ¿se quiere, decimos, que las rentas públicas produzcan, no solamente aquello que faltaba para cubrir el presupuesto civil en sus mejores tiempos, sino un cincuenta por ciento más, para expensar los gastos de la Iglesia?

Nada dirémos del comercio, exclusivamente extrangero y notablemente paralizado; nada de la industria nacional, consumida y arruinada á fuerza de concesiones, franquicias y permisos al comercio exterior; nada de ese desequilibrio escandaloso entre los gastos y los recursos individuales producido por el lujo; nada de las influencias perniciosas de la inmoralidad en el trabajo, y sus efectos financieros; nada de esas dificultades consiguientes á los nuevos compromisos contraidos para fomentar la Revolucion, los cuales van aumentando progresivamente los presupuestos generales sin añadir ni un solo ochavo á los recursos del Estado; esa lista militar prodigiosamente aumentada con los nuevos generales, gefes y oficiales improvisados por ella y que, una vez creados, han de seguir; de ese aumento de empleados consiguiente á las alternativas de los partidos en sus triunfos y derrotas, que comen cuando se les ocupa, é inquietan cuando se les abandona; de esos nuevos créditos contraidos con los extrangeros en tiempo de campaña por los revolu-

cionarios, compensando pequeñas sumas con valores exorbitantes, y pagados de preferencia en los tiempos bonancibles con perjuicio de los otros; de esos convenios privados en que los especuladores inutilizan los mismos sacrificios de los contribuyentes, enagenando á vilísimo precio el producto de las contribuciones al decretarse, &c., &c.; porque seria no acabar nunca. Solo dirémos que, si á pesar de esto, que es nada respecto de cuanto podia decirse, hai todavía quien se lisongee con la esperanza de que, sin aumento ni mejora de los elementos productores, y sin contar mas que con lo que hemos tenido hasta hoi, haya lo suficiente para cubrir, no solamente la lista civil y militar, los réditos de ambas deudas y un contingente considerable para amortizarla, sino tambien el presupuesto eclesiástico de gastos, cuyo monto es tan cuantioso, en tal caso es necesario callar; porque no puede insistir en esto ningun hombre sensato. Para creer en tales quimeras es necesario ser un ignorante ó imbécil, y para tenerlas por base de conducta, sabiendo lo que son, es preciso haber depuesto hasta los últimos sentimientos de moralidad.

Y, ¡ojalá, tratándose de la Iglesia, pudiéramos reducir nuestros argumentos á estas concluyentes inducciones! ¡Pero ah! ¡la Iglesia tiene ya, para resistirse á tal medida, no solo consideraciones graves, sino tambien experiencias dolorosas!

Ocupados por uno de nuestros gobiernos los fondos piadosos que expensaban las misiones y administracion eclesiástica de las Californias, y comprometido aquel á indemnizar dicho fondo con la dotacion correspondiente, nada ó casi nada se ha percibido en muchos años, y el primer Obispo pensionado por el Gobierno, el Illmo. Sr. García Diego, vivió en la miseria y murió á oscuras, pues no tenia ni con qué alumbrar su casa en sus últimos momentos.

El obispado de Sonora está pensionado muchos años há por el Estado; pero los Obispos, ni en los tiempos bonancibles del Erario han sido pagados. El Illmo. Sr. Garza, despues de trece años, no alcanzó mas que sus correspondientes *bonos*, es decir: miseria y papel, y el actual Obispo no ha corrido mejor suerte.

Con esos ejemplos ya pueden hacernos una gran fuerza lógica, para convencernos de incrédulos y neciamente desconfiados, los que, para el arreglo de la cuestion eclesiástica, se proponen como base la dotacion del culto y del clero. Si en tantos años no se han podido ó querido cubrir las miserables dotaciones de dos ó tres obispados y la asignacion civil para las misiones de Californias; si la Iglesia no ha percibido ni un ochavo á cuenta de sus cuantiosos préstamos, ¿se quiere que despues, como por ensalmo, cambie todo de suerte, que consumada la ruina de la Iglesia, deteriorados los

elementos de la riqueza nacional, aumentada la deuda pública, crecido el presupuesto del Estado, se pague, no solo éste y los réditos de aquel, sino tambien las cuantiosas sumas anuales que se necesita invertir para cubrir los gastos del culto y atender á la congrua sustentacion de sus ministros?

"¡Pero qué! se nos dirá, ¿siempre hemos de estar así? ¿no han de tener un término esta situacion penosísima, esta guerra desoladora, esta paralizacion general de todos los ramos productores, este desarreglo de la Hacienda pública, &c? Los pueblos todos están sujetos á estas crísis violentas: ninguno hai que no haya pasado por ellas. Mas al fin todo concluye: la paz renace, el órden se restablece, el Estado se constituye y afirma, la poblacion aumenta y mejora, los giros se expeditan, la agricultura se fomenta, la industria se protege y desarrolla, el comercio adquiere un prodigioso movimiento, y el Erario público, ántes exhausto, cambia como todo: se aumenta progresivamente, se administra mejor, y mediante sus creces y economías, puede, no solo hacer frente á sus compromisos, sino extender su accion á otros objetos de utilidad pública, amortizar su deuda, y adquirir un crédito considerable entre las naciones. ¿Y solo México estará exceptuada de esta regla general? ¿Solo aquí se ha de perpetuar el mal con el desórden y la guerra, y no se ha de restablecer la paz, consolidar un gobierno, afirmar el órden y entrar en las vias de un verdadero progreso para llegar á la prosperidad?"

No, no queremos ir tan adelante. Dejamos intacto el porvenir bajo el dominio de la prevision y la esperanza. Todo es posible, todo puede perdonarse á las aspiraciones instintivas de un pueblo desolado, y nunca olvidarémos aquello de uno de los poetas:

Que á quien grandes desgracias ha sufrido
La esperanza del bien le engaña presto.

Sí, todo es posible, lo confesamos y repetirémos mil veces. Es posible que, andando y viniendo el tiempo y mediante una pereme y copiosa inmigracion, nuestros ocho millones de habitantes asciendan á treinta: es posible que vengan del extrangero capitales fuertes para explotar la riqueza elemental de nuestra tierra privilegiada: es posible que la agricultura, la industria, las artes, el comercio, y todos los ramos que contribuyen á formar la prosperidad pública, tomen proporciones tan colosales en este país, que pongan la envidia en el viejo mundo: es posible que nuestra locura se convierta en sensatez, nuestra anarquía en unidad, nuestras divisiones en armonía, nuestro desconcierto en órden, nuestras oligarquías en go-

bierno, nuestros vicios administrativos en aptitud y probidad, nuestras vicisitudes en fijeza, nuestras constituciones de almanaque en Estado, nuestros males en bienes y nuestra muerte en vida: todo esto es posible y mucho más. Y volviendo el bellísimo cuadro por su reverso desastroso, todas las repugnantes y horrorosas escenas que allí vemos, son tambien posibles. Pero no se trata de esto: la cuestion es otra. Una posibilidad encantada, por halagadora que sea, nada puede para satisfacer á las exigencias de una impertinente y prosaica realidad. Cuando estos bellos posibles pasen á la categoría de los hechos, sea cual fuere el plazo que tengan señalado por la Providencia, entónces carecerán de objeto nuestros raciocinios en materia de recursos, y nada tendrémos que oponer al pensamiento de dotar el culto y el clero dentro de los límites de la probabilidad. Nuestra oposicion podria tener otro carácter, pero no diriamos al Gobierno: "Tu no debes prometer, ni nosotros aceptar, lo que no puedes cumplir."

Sea cual fuere el valor de estas predicciones y las reservas positivas de bien y prosperidad que esconda el porvenir, es indispensable confesar, que desde hoi hasta el dia en que comience á resuscitar este cadáver, han de pasar muchos años, aunque caminemos viento en popa; y por lo mismo, debemos arreglarnos en todo á lo que únicamente podamos esperar con seguridad. La prudencia aconseja: al Gobierno, limitar sus compromisos á lo mui preciso, para no hacer bancarrota; y á la Iglesia, no privarse de lo seguro, de lo que actualmente tiene, de lo que expensa sus gastos y satisface sus necesidades con independencia del Gobierno, en cambio de promesas que no serán cumplidas. Si la sola duda seria un retraente; el convencimiento debe formar una resolucion.

V.

¿Qué debe hacerse pues? ¿dejarlo todo como está? ¿prescindir de un arreglo? ¿no proponer ni aceptar indemnizacion? Léjos de nosotros estas ideas. Al contrario: creemos que aun puede hacerse mucho, y que se debe procurar. Deseamos que los arreglos sean de posible y aun fácil ejecucion, que dejando en pié lo que existe, restablezcan ó reparen, cuanto sea posible, todo lo arruinado. Hé aquí nuestro pensamiento. Réstanos únicamente, pues, para concluir, indicar aquello que nos parece mas prudente y aceptable, ateniéndonos á lo que sugiere la equidad, y supuesto el imposible moral que habrá, llegado el caso, para obsequiar las exigencias justísimas de un estricto derecho.

Lo primero que el Gobierno debe hacer, para obsequiar en la parte posible la justicia, ya que no sea dado restablecer las cosas al estado que ántes tenian, es restituir civilmente á la Iglesia su derecho de propiedad. Para obsequiar este derecho en la parte posible, basta derogar las leyes de desamortizacion y ocupacion de bienes eclesiásticos, pues en ellas mismas está quitado á la Iglesia su derecho de adquirir, conservar y disponer libremente de su propiedad. Una derogacion surte todos los efectos de una reparacion legal en la parte posible, y no perjudica ninguno de los intereses creados por la ejecucion de las mismas leyes, supuesto que, por virtud de ella, no se anula civilmente ninguno de los actos ejecutados en fuerza de aquellas disposiciones miéntras estuvieron vigentes.

Como éstas, no solo privan á la Iglesia de su facultad de adquirir, sino que la obligaba una á vender sus fincas rústicas y urbanas, y otras ocuparon su propiedad, si todo se redujese á devolverle civilmente su facultad de adquirir sin tocar lo demas, podria suceder mui bien que las fincas ó capitales que se hubiesen podido salvar, se considerasen afectos á dichas leyes, reduciéndose toda la reparacion á lo que se adquiriese de nuevo.

Mas, ya que por uno de esos puntillos que suelen detener á los gobiernos para dar un paso franco, por mas que le exija la justicia, no se quisiese hacer una expresa derogacion de las repetidas leyes, por lo ménos debia consignarse con toda claridad: primero, que la Iglesia puede adquirir y conservar propiedades, y disponer libremente de ellas como cualquiera particular: segundo, que tiene libres y expeditos todos los medios legales de adquisicion y dominio: tercero, que en consecuencia conservará en su propiedad todas las fincas, urbanas ó rústicas, derechos y acciones que no hubieren sido enagenados en virtud de las leyes de desamortizacion y ocupacion de los bienes eclesiásticos, así como tambien aquello que, por composiciones de conciencia, le fuese devuelto ó restituido por los particulares.

Hemos querido limitarnos á esto, para no comprender nada que pueda encontrar un obstáculo en concepto del Gobierno, á causa de los intereses creados por la ejecucion de las leyes de 25 de Junio de 1856 y de la de 13 de Julio del año pasado. Ningun interes se lastima ni afecta con que la Iglesia recobre civilmente su derecho de adquirir, con que conserve en su propiedad lo que no haya sido enagenado, y acepte las restituciones libremente ofrecidas en los arreglos de conciencia.

Lo segundo que debe hacerse por parte del Gobierno y en cumplimiento de un estrechísimo deber de justicia, es indemnizar á la

Iglesia de las pérdidas que ha sufrido en consecuencia de la ejecucion de dichas leyes, en los términos acordados en un arreglo que se tenga con la Santa Sede Apostólica. Difícil es, y en cierto modo imposible, una devolucion íntegra de los valores; pero no lo es capitalizarlos y reconocerlos á favor de la Iglesia, pagando el rédito correspondiente mensual, para que pueda atenderse con él á los objetos correspondientes. Para este cómputo deben tenerse presentes los datos que haya en las oficinas eclesiásticas, protocolos y archivos, á fin de averiguar el valor de los bienes enajenados y tomarse tambien en cuenta los créditos activos de la Iglesia contra el Erario público desde ántes de decretarse la ocupacion de sus bienes.

Mas como esta indemnizacion es una restitucion de derecho y dominio, de ninguna manera deben fijarse por el Gobierno los objetos de inversion que hayan de tener los réditos mensuales que se paguen. Carácter propio y esencial del dominio es la facultad libre de disponer y usar de aquello que nos pertenece; y en consecuencia, no es el Gobierno que restituye, sino la Iglesia, que recobra lo suyo, quien como dueño debe disponer lo que estime conveniente acerca de la aplicacion de dichos réditos. De otra manera sería, no una propietaria indemnizada, sino una simple usufructuaria, y tal vez una simple administradora bajo la dependencia de la autoridad civil.

Lo tercero que debe hacer el Gobierno, y esto es una consecuencia de lo anterior, es respetar y proteger en cuanto sea posible los derechos que á ciertas prestaciones de los fieles tiene la Iglesia para subvenir á los gastos del culto divino y congrua sustentacion del clero. Esto es necesario: primero, porque no habiendo mas recursos para esto que los diezmos y obvenciones parroquiales, pues los réditos que por indemnizacion de los bienes ocupados pague el Gobierno, ni pueden aplicarse á esto, ni serian suficientes aun cuando se aplicaran, es necesario conservar tales recursos; segundo, porque faltando éstos, tendria el Estado que suplirlos, extendiendo el presupuesto civil á la dotacion del culto y clero con los principales objetos de aplicacion que tenian los bienes ocupados, y esto le traeria un gravámen insoportable.

Mas no se crea que pretendamos con esto el restablecimiento de la coaccion civil para el pago de diezmos, no: pues mui bien puede el Gobierno, sin dar semejante paso, dispensar á la Iglesia en este punto una proteccion eficaz. Por ejemplo, ni lei ni autoridad ninguna civil obligan á nadie á pagar diezmos si no quiere; pero si él espontáneamente se compromete con la Iglesia á dar tal ó cual cantidad, esta obligacion, que nace de una convencion especial, debe tener á su favor la garantía de las leyes. De esta manera puede auxiliarse mucho á la Iglesia sin inconveniente ninguno.

En cuanto á las obvenciones ó derechos parroquiales, todo debe gobernarse por este principio de justicia: "Nadie puede ser obligado á servir sin indemnizacion de su trabajo." Si, pues, los fieles son servidos por los eclesiásticos, justo es que, pudiendo, les paguen aquella asignacion que á cada uno corresponda segun los aranceles de la parroquias.

Réstanos, para concluir, decir una palabra sobre el último punto de los cuatro que aquí hemos tratado, conviene á saber: el cumplimiento de lo que se acuerde y estipule. Reducido el Gobierno exclusivamente á pagar los réditos de lo que por comun acuerdo con la Iglesia se capitalice para indemnizacion de las pérdidas sufridas en consecuencia de la ocupacion de sus bienes, su compromiso es menor con mucho del que contraeria si quisiese dotar al culto y clero, y por lo mismo de mas fácil cumplimiento. Pero todo seria perdido, si una vez obligado á ministrar periódicamente los réditos estipulados, no cumpliese tal obligacion, pues esto valdria tanto como indemnizar de derecho y defraudar de hecho, prometer solo para facilitar un arreglo, y no cumplir nunca. En tal caso el remedio seria, como suele decirse, peor que la enfermedad; pues á la consumacion del inicuo despojo se añadirian el desprecio y la burla de prometer para no cumplir.

En fin: el arreglo de la cuestion eclesiástica, principalmente cuando se trata de un pueblo católico, interesa la conciencia de todos, y por lo mismo es de todo punto indispensable; mas para obsequiar con él, no solamente las fórmulas, sino tambien los derechos sagrados de la justicia, es preciso que sea recto, justo, prudente, posible, y que, una vez terminado, se cumpla lo prometido con absoluta y constante religiosidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§. XV.

SOBRE LOS OBSTÁCULOS QUE HAN IMPEDIDO CONSOLIDAR EL ÓRDEN PÚBLICO, RESTABLECER LA PAZ Y UTILIZAR TODOS LOS ELEMENTOS DE PROSPERIDAD CON QUE CUENTA LA REPÚBLICA.

Casi todo lo que llevamos dicho hasta aquí ha tenido por objeto demostrar, que ni la Iglesia con su poder y propiedades, ni el clero por su conducta, ni el pueblo con sus creencias y profesion religiosa, son *el gran obstáculo opuesto á un Gobierno liberal y constitucional*. Esto bastaría para nuestro propósito, que ha sido vindicar á la Iglesia y al clero de tan atroces calumnias. Mas, como al escribir este opúsculo nos hemos propuesto, no solamente defendernos, sino tambien contribuir en cuanto dependa de nosotros al sólido establecimiento de un Gobierno justo y fuerte, capaz de consolidar aquí el órden y la paz, no creemos inútil pasar de lo negativo, propio de una defensa, á lo positivo, señalando los puntos gangrenados, esto es: manifestar las causas del mal y dar á conocer los verdaderos obstáculos opuestos al órden, la moralidad y la justicia en este desgraciado pais. Tal es el objeto de este párrafo. Nosotros recorreremos estas dificultades prácticas con que siempre se ha luchado, y el sensato lector podrá juzgar, si tales vicios provienen de la Iglesia y su ministerio con las creencias religiosas y máximas morales de un pueblo exclusivamente católico, ó mas bien, de la sistemada y progresiva oposicion que han hecho, á la unidad de la doctrina, la pureza de la moral y las reglas de la conducta, bajo la influencia corruptora de la Revolucion, los que han figurado aquí como agentes suyos casi desde el principio de nuestra independencia.

I.

Hablar detenidamente de los obstáculos que se han puesto hasta aquí al órden, á la paz, á la prosperidad pública, seria empeñarse por este mismo hecho en la penosa taréa de escribir un grueso volúmen: porque la historia de medio siglo, que cuentan nuestras revoluciones políticas y el desquiciamiento progresivo de nuestro edificio social hasta su completa ruina, no es de aquellas cosas que se resumen en dos palabras; y por otra parte se ve, que el conocimiento de estos obstáculos, para evitarlos en lo sucesivo, es la piedra de toque, la condicion precisa de nuestra verdadera y plena restauracion. Sin embargo, entre los dos extremos, de decirlo todo, ó callarlo todo, adoptarémos el medio de decir una palabra sobre seis vicios dominantes, á los cuales debe México, segun creemos, todos sus infortunios: primero, el desconcierto y capricho de las opiniones; segundo, el choque de los intereses; tercero, la influencia negativa y perniciosa del egoismo; cuarto, la envidia; quinto, la inmoralidad en la provision y desempeño de los empleos; sexto, la oposicion constante y sistemada.

Por una de aquellas coincidencias, que para muchos serán casuales, y para nosotros son lógicas, la opinion ha sido un poder desde que la lei ha sido una quimera y la autoridad pública un fantasma. ¡Cosa admirable! donde se respeta más se opina ménos, y donde la obediencia es mas estrecha la discusion está mas circunscrita. La opinion, cosa mui diferente de la fe y la evidencia, gira siempre dentro de la órbita de las probabilidades en la esfera de la conveniencia pública. Si ella, respetando la verdad, los principios y la lei, limitara su accion á puntos colocados fuera de estas cosas, seria siempre tan útil como es natural. Mas por desgracia no ha sucedido así, pues todo lo ha invadido; invadiéndolo todo, lo ha hecho opinable todo; haciéndolo todo opinable, lo ha desquiciado todo; fuerza de los principios, base de las instituciones, autoridad de la lei, poder legítimo del Gobierno; y en su impotencia para establecer algo por sí misma, somete á la sociedad á la preponderancia de la fuerza. Nace la opinion, y se dividen los pareceres; á esta division sigue la formacion de los partidos; bien pronto los partidos toman el carácter de facciones, viene la Revolucion, desaparece la paz, acabo el órden, y la anarquía se enseñoréa de la sociedad. ¿Qué remedio contra este mal? Reconocer que los verdaderos principios no son puntos opinables; que la institucion social fundada en ellos no admite discusion; que la fuerza de la lei es superior á las cavilaciones del raciocinio, y que los derechos de la autoridad, una vez constituida, nunca deben ceder á los resultados de una polémica. Hai más: para precaverse del influjo pernicioso de la opinion, basta considerar por una parte las prescripciones de la Lei divina, y por otra la última consecuencia de estas divisiones en los pareceres, á la que sigue la division en las voluntades, la lucha de las pasiones y la desolacion de los imperios, como nos lo enseña el mismo Jesucristo.

Los intereses, que concertados en la justicia dan un robusto apoyo á la sociedad, son la peor gangrena cuando, traspasando estos límites, llegan á enseñorearse de un pueblo. Sin ellos, en su bastardía, las opiniones no serian tan activas, tan diversas y pernicio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sas. Si hubo un tiempo en que los intereses servian á las opiniones, porque estas eran todo, este tiempo ya pasó: hoi las opiniones siguen el movimiento de los intereses, y éstos son los que en último resultado corrompen la moral pública, debilitan y extravían la marcha administrativa, perturban la paz y hacen reinar el desórden en la sociedad: intereses de la ambicion sirviendo á la codicia, de la ambicion, que trastorna la sociedad para asaltar los puestos públicos, mirando en ellos un medio seguro para enriquecerse á costa del Erario: intereses que, multiplicando los trastornos para crear necesidades urgentes á los gobiernos, improvisan con el agio fortunas colosales: intereses que, haciendo frente á la autoridad para eximirse de los impuestos legítimos, especulan con el fraude, tientan la fidelidad con el cohecho, inician insurrecciones que suelen desaparecer al consumarse un gran contrabando, desequilibran el comercio y arruinan las fortunas: intereses que, considerando como un obstáculo insuperable los principios del órden y las garantías de la propiedad, suscitan esas cuestiones de desamortizacion, nacionalizacion y venta de los bienes eclesiásticos y aun de corporaciones civiles, estimulan con el robo y el pillaje, precipitan la revolucion, y hacen nacer fortunas inmensas sobre el sepulcro de los mas justos, legítimos y sagrados derechos: intereses descarriados hasta el último extremo, que reunen al rededor de una bandera hipócrita de libertad, reforma y progreso, á todos los criminales y forajidos sobre quienes pendia la cuchilla de la lei, á todos los vagamundos y ociosos, á la gente mas inmoral, para formar ejércitos que pesan horriblemente sobre los pueblos, que todo lo desolan, y que á fuerza de terror, llegan á enseñorearse de la sociedad, haciendo aparecer á las personalidades mas inmundas en los primeros rangos del órden político, civil y militar.

Ya se comprenderá, y no solo por las luces de la razon y por los documentos de la historia, sino tambien por los rudos, tremendos y recientes golpes que acabamos de recibir y continuamos sufriendo sin esperanza de término, cómo esta es la plaga mas terrible y el mas arraigado mal que nos está devorando: porque, ganando terreno á expensas de la necesidad, ha llegado al extremo de crear, con el título de principios, máximas absurdas y abominables, que mas de una vez han esterilizado la réstauracion social en diferentes pueblos. Ellos han establecido con toda la énfasis de la alta política, la monstruosa doctrina de los *hechos consumados*, segun la cual, de la consumacion del delito nace el derecho de la impunidad. Contra este horrible sistema, contra este cáncer pestilente, no hai mas que un correctivo, y es la justicia: justicia de aplicacion, que restablezca

el órden; justicia de régimen, que conserve el equilibrio de los intereses legítimos, destruya la inmoralidad y vigorice al Estado. Pero esta justicia necesita de un apoyo mas fuerte que la palabra de la simple autoridad, un apoyo que tenga sus bases en la conciencia pública, el apoyo de una doctrina infalible, de una lei suprema, de una sancion eficaz, es decir: el apoyo de una razon social formada en la creencia, y de unas costumbres públicas regidas por la moral evangélica.

¿Mas, por qué triste fatalidad, siendo estas verdades tan claras y al mismo tiempo tan obvias, que se manifiestan por sí á toda inteligencia, y todo el mundo las comprende, y han sido y son el objeto de las conversaciones diarias, de la censura frecuente, y de los lamentos y quejas mas universales, han podido, sin embargo, estos intereses mortíferos triunfar sin obstáculo, reinar sin oposicion y enseñorearse por completo de los destinos de nuestra desgraciada patria? ¿Por qué, siendo tan claro que ellos, una vez dominantes, todo lo sacrifican y nada respetan, han podido salir entre nosotros avante con tanta facilidad? ¿Por qué, debiéndose considerar cada uno de los ciudadanos pacíficos en sus fortunas, en sus familias, y aun en su seguridad, como víctimas en acecho, que tarde ó temprano deben sucumbir, han permanecido todos tan impasibles en presencia de una tempestad que á nada perdona? Por el egoismo de unos, la indiferencia de otros y la corrupcion de muchos. Si los hombres de valimiento, de arraigo y de influjo, los hombres de inteligencia y probidad hubiesen comprendido la necesidad de moverse, oponiendo su accion á los avances del robo disfrazado con tan brillantes nombres, si hubiesen acudido al socorro de la sociedad amenazada, si se hubiesen aprestado á la defensa de los mas grandes intereses en el nacimiento del mal, seguro es que la Revolucion habria sido ahogada en su cuna; que el monstruo habria sucumbido al asomar la cabeza, y que el Estado, mas vigoroso despues del combate, se habria conservado á salvo de nuevos trastornos, fuertemente apoyado por el espíritu público y el espíritu nacional, que representan la vida y la madurez de un pueblo.

Mas por una desgracia el egoismo, vicio dominante de nuestra sociedad, ha dado siempre á la Revolucion el mayor incremento, dejándole todo el campo libre para que pase. En los estrados, en las tertulias, en las concurrencias privadas, todo se lamenta, censura, condena y anatematiza; pero llegado el caso, todo se deja pasar.

Cuando se presenta la borrasca, todos anhelan por un Gobierno de órden y moralidad; mas cuando tal Gobierno aparece, todos le vuelven la espalda. Quiérese que el Gobierno lo haga todo sin gra-

var á nadie; que sostenga ejércitos, empleados y agentes de la administracion sin decretar impuestos; que desarrolle una accion administrativa inteligente y moral sin acudir á su auxilio, especie de pretension qué no se tendria ni aun con el mismo Dios á pesar de su Omnipotencia. El egoismo es tan exigente como mezquino: grita cuando se le pide, desdeña cuando se le llama, deserta cuando se le obliga, murmura cuando se le abandona, y no pocas veces, en los lances mas comprometidos, adopta el infernal sistema de favorecer clandestinamente la insurreccion mas inmoral, y abandonar al Gobierno legítimo cuando vacila. Basta tener una fortuna regular, para desprenderse de las obligaciones sociales, y creerse con derecho de rehusarse á todo.

En pos del egoismo viene otro vicio no ménos pernicioso para la sociedad; la *inercia* que, pasando de la conducta al pensamiento, engendra esa especie de indiferentismo político que sabe doblegarse á todo lo que no perturba el ocio querido que constituye para muchos todo el encanto de la vida.

Pero sobre todo, la corrupcion, cuando ha ganado mucho terreno en un pueblo, es el agente mas poderoso de los trastornos sociales: porque dispone siempre á los hombres á complicarse cuando el propio interes lo exige, y ya se les ve figurando entre los defensores de una buena causa, ya pasando con descaro al campo enemigo, ya en los empleos sosteniendo los intereses del Erario, ya en los negocios sacrificando al Erario á especulaciones infames.

Así estos que á todo se doblegan cuando su interes lo exige, como aquellos que por todo pasan con tal que no se interrumpa su inerte quietud, son una especie de egoistas, y por esto consideramos que el egoismo es una de las mas terribles plagas que pesan sobre México, y de los obstáculos mas insuperables para la institucion, firmeza y prosperidad del Estado.

¿Qué oponer á este vicio tan general, tan arraigado y pernicioso? ¿Acaso el interes de la patria? El egoismo es la muerte del patriotismo. ¿Acaso la importancia de los derechos políticos? Ellos son nada para el egoista. ¿Por ventura la accion influente de la legislacion civil? El egoista burla con su codicia la vigilancia del magistrado, desprecia con su falsa conciencia las prescripciones de la lei. No nos cansemos: este vicio no tiene mas correctivo que la reforma moral, la cual es imposible sin el influjo de la religion. Protéjase la accion restauradora del catolicismo, difúndase y generalícense sus principios, rectifíquese la conciencia moral, y entónces aparecerán la abnegacion evangélica, muerte del egoismo y principio de la vida, el espíritu de sacrificio, que hace portentos, que forma

el carácter y robustece á la sociedad, y el sentimiento del deber, que allana los caminos á la autoridad pública y destruye los obstáculos al cumplimiento de la lei.

Pero si el egoismo, sin embargo de su carácter negativo, causa tantos males, como nos lo acredita la experiencia, no es poco lo que influye contra la marcha y aun la estabilidad del Gobierno un vicio harto comun, y por desgracia mui arraigado entre nosotros, la envidia. Pobres estamos, preciso es reconocerlo, de recursos en materia de personalidad, principalmente cuando se trata de una verdadera y sólida restauracion; pero no tanto como nos hacen aparecer esas calificaciones apasionadas, hijas, no solo de la ligereza y precipitacion para juzgar, ni mucho ménos de fuertes convicciones, sino principalmente de la envidia, la cual, no consintiendo concepto, elevacion y honores en los otros, busca en la detraccion y la calumnia los recursos indispensables para destruir toda reputacion. Tratándose, por ejemplo, de formar la planta de los empleados, inmediatamente se procede á un vejámen horrible que todo lo mancha, todo lo oscurece, todo lo destruye. Allí la benevolencia figuraría como un objeto extraño; la verdad y la justicia son inmoladas ante la rabia, el despecho y la ambicion: allí el odio se desarrolla con una fecundidad prodigiosa; la censura se ensaña hasta contra lo mas inocente. Pásase una diligente revista de las cualidades personales, para mostrar en su apogéo todos los vicios: encomiéndase á un maligno y artificioso silencio llevar á cabo la obra que han dejado incompleta la murmuracion y la calumnia; y no trascurre mucho tiempo sin haber venido á tierra las mas bien formadas reputaciones. La envidia, no contenta con esgrimir la lengua, destilando gota á gota su venenosa hiel en las conversaciones privadas, se apodera de la prensa, para dar al descrédito toda la extension del espacio y toda la duracion del tiempo.

He aquí por qué á este vicio detestable se refieren casi todas las desgracias que han pesado siempre sobre la humanidad. Por esto el Crisóstomo asegura que la envidia es una especie de peste que reduce al hombre á la condicion del Demonio, y hace de él uno de los demonios mas crueles. En el mismo sentido se explica San Basilio; y San Agustin advierte cómo la envidia fué la que precipitó de los cielos al ángel rebelde, y arrojó al hombre del Paraiso terrenal; la que trajo al mundo la muerte con el asesinato de Abel, armó contra José á sus propios hermanos, y causó al mismo tiempo la crucifixion de Jesucristo, Señor Nuestro, y el suicidio de Júdas. Aquel Santo Padre, abrasado en un justísimo celo contra los horrores y estragos de esta pasion maldita, quiere que, armándonos con todo

el poder de la palabra mostremos la envidia en la tribuna evangélica como una bestia feroz, que despoja de la fe, destruye la concordia, reduce á la nada la justicia y engendra toda clase de males.

Si por dicha de nuestra patria viéramos desaparecer de ella una lepra tan odiosa, ¡cuántos bienes no vendrian por este solo hecho! ¡cuántos otros males no desaparecerian al instante! Pero, ¡ay! no es la política, no es la razon de estado, no es la difusion de bellas teorías, ni las estériles máximas de esta moral bastarda, que todo lo reduce al bienestar y á la conveniencia, el remedio de un mal tan arraigado en el mundo, sino esa lei que ha bajado de los cielos, y que dando un diploma de felicidad para las cosas de que todos huian, abre las puertas del reino eterno á la pobreza de espíritu, á la mansedumbre, á la sinceridad y limpieza del alma, á las lágrimas de la tribulacion, á la misericordia, al amor ardiente de la justicia, y á la virtud perseguida. Solo esa religion de amor, ese culto, ese código que ha representado en la Cruz la restauracion del mundo, puede obrar estos cambios felices en la corrompida humanidad.

Otro de los vicios que mayor número de males han causado á la sociedad en muchas naciones, y que no sabemos hasta dónde habrá podido influir en la nuestra, es la inmoralidad así en la pretension y colacion, como en el desempeño de los empleos públicos.

Hai en esto vicios de mui diverso carácter, pero que debemos indicar por el interes que nos inspira la justicia, y el deber que nos incumbe de rectificar las ideas en materia de moral.

La primera máxima, y en extremo comun en paises trabajados por las revoluciones, es considerar los empleos como un botin que por derecho de victoria corresponde á los que han derrocado un Gobierno. ¡Bello título y admirable garantía para su desempeño! Trátase luego, apénas consumado el triunfo, no precisamente de buscar para el desempeño de los empleos á personas que profesen los principios de la Revolucion triunfante, cosa mui explicable; sino de recompensar con ellos á sus principales agentes, sin hacer alto en su ineptitud ó falta de honradez. En un partido, por mui reducido que se suponga, suele haber muchos hombres que, sin haber tomado las armas, ni levantádose contra el Gobierno establecido, profesan los mismos principios políticos y tienen mas aptitud y probidad que los corifeos de la insureccion. Mas no se trata de esto: no se buscan personas propias para el desempeño de los empleos, sino empleos para las personas, considerándolas con derecho á un prorateo de los destinos públicos, como botin que les pertenece despues de la victoria. ¿Qué resulta naturalmente de aquí? Los efectos consiguientes al pésimo servicio público, una administracion contaminada desde su cuna, y un desórden permanente que mina dia por dia las bases del Estado.

Lo segundo y no raro, es la costumbre de distribuir los empleos, ya por influencias, ya por espíritu de partido, ya por quitar del medio á ciertas personas, ya finalmente por atraerlos, para que no hagan la oposicion al Gobierno. Viene una recomendacion expedida tal vez sin haber visto ni conocido jamas al sugeto, y á renglon seguido se coloca al ahijado por no desairar al padrino. Hai una persona que con recomendacion ó sin ella, pero con una perseverancia que raya en terquedad, se presenta todos los dias, á todas horas, insta, urge, estrecha, importuna, molesta, fastidia, y entónces se le da un empleo para no volverle á ver. Hai alguno que, por su influjo, sus relaciones y su oposicion bien manifiesta, es considerado como enemigo de la administracion. ¿Qué remedio? ¿amonestarle? ¿vigilarle? ¿corregirle? No: esto seria un retroceso. ¿Qué remedio pues? darle un empleo considerable, cuyo desempeño exija su separacion del pais. Finalmente, se teme que tales ó cuales sugetos de mala conducta, pero de grande influencia contra el órden público, disgustados por no tener parte en la administracion, le hagan la guerra; y para evitarlo, se les dan acaso los mejores empleos, á fin de hacerlos amigos teniéndolos contentos. Arreglándose á esta pauta el nombramiento de los empleados, ¿podrán los oficios estar bien desempeñados? ¿los intereses sociales contarán con las garantías de la administracion pública? ¿será una cosa extraña la inmoralidad en el desempeño de los empleos?

¿Cómo evitar todos estos desórdenes, y otros muchos que callamos? Con la aplicacion de la moral; mas no la moral de los intereses, sino la moral de todos los deberes, que ligan la conciencia é influyen sobre la eternidad: con la moral católica, con la moral del Evangelio, con la moral de la gracia y de las virtudes: con esa moral, cuyo poder fué bastante para regenerar á un mundo, que como el Profeta se explica, yacia en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Vengamos ahora al obstáculo de los obstáculos, al mal de los males, no ménos comun y mas poderoso que todos, *la oposicion*. Esta palabra fastuosa colocada en el primer rango de nuestro vocabulario político, esta palabra que, reducida á su simple significacion, nada tendria de alarmante, representa en la ciencia moderna una entidad colosal, un gigante de cien brazos, armado contra la autoridad de la lei, el respeto del Gobierno, la fuerza de las instituciones y la conservacion del Estado. En otro tiempo no habia mas que dos clases: la de los que mandan y la de los que obedecen, lo

demas se consideraba como un desórden; hoi, merced á los adelantos de la ciencia política y al progreso social, hai tres: la de los que mandan, la de los que quieren obedecer, y la de los que se oponen. Y no es esto lo peor, sino que la oposicion en el dia es una especie de institucion orgánizada, con su programa, sus medios de accion y sus derechos propios: cuenta no ya con la tolerancia, sino con el respeto y consideracion de los Gobiernos y con positivas garantías. De esta suerte nos hemos familiarizado ya con un fenómeno, que no por ser comun deja de ser estupendo, y es el nacimiento simultáneo del Gobierno que ha de regir á la Nacion, y de la oposicion que ha de matar al Gobierno.

¿Quién es capaz de ponderar los estragos que ha hecho la oposicion, tomada en este sentido? Basta decir que esta sola palabra representa á la Revolucion, este cáncer mortífero que corroe por todas partes á la humanidad, que se lanza sobre todo sin dejar en pié cosa alguna. En materia de instituciones, todo lo combate: en materia de armas, todas las esgrime: en materia de medios, todos los adopta: sacrifica el honor con tanta facilidad como dignifica la infamia: nada importan para ella los timbres de la verdad, los derechos de la justicia, los encantos de la paz. Y no se crea que al explicarnos de esta suerte nos entregamos al entusiasmo de las exageraciones; pues uno de los mas famosos gefes de la revolucion actual européa, nos la pinta de esta manera: "La Revolucion es una guerra activa y permanente contra todo principio y autoridad, contra todo poder..... La Revolucion es una cosa mas grande, mas fuerte y mas indómita que la fuerza física, es el pensamiento, la palabra, la opinion, la prensa."

Véase, pues, y no en un texto de la Santa Escritura, no en un lugar de los Padres, no en un escritor católico, ó á lo ménos cuerdo y sensato, sino en el mismo Mazzini, una declaracion bien explícita de que la Revolucion y la oposicion son sinónimas, y se presentan donde quiera armadas para destruir todo principio, toda autoridad, todo poder.

Esta oposicion tiene ramificaciones innumerables, pero todas conspiran al mismo fin: hacen la oposicion las opiniones con sus paralogismos y su ligereza proverbial, los intereses con sus artificios y con su influjo, la envidia con su maledicencia, sus detracciones y sus calumnias, los empleados mismos con sus quejas, sus connivencias y sus revelaciones: la hace la palabra hablada en los estrados, en las tertulias, en los cafés, en los sitios públicos, en toda clase de corrillos, la palabra escrita en la correspondencia epistolar y en la prensa. ¡Oposicion terrible, fuerza mas poderosa y destructora que

la que hace correr la sangre en los combates! Tan fútil en sus pensamientos como injusta en sus motivos é inicua en sus medios, ella se presenta siempre con todos los prestigios del ingenio, con todas las pretensiones de la razon y con todo el aparato del derecho. Y con todo esto campéa sin obstáculo, corre sin diques y asola sin término.

¿Qué correctivos oponer á tan terrible mal? Volvemos á decirlo, no hai otro que la accion decisiva de la institucion católica. La religion, la moral, el ministerio: he aquí el único medio de destruir este monstruo, ó cuando ménos, de debilitar su accion, quitarle su preponderancia, ó reducirle á ciertos límites que neutralicen su influencia.

La Lei divina, base y fundamento de la legislacion humana, esta Lei que abraza y regla el órden universal, esta Lei sábia como su Autor, que es el mismo Dios, todo lo tiene previsto, y con tal exactitud, que nada ciertamente puede haber capaz de autorizar esos pretendidos derechos de la oposicion. Segun esta Lei todos tenemos obligacion de obedecer á las potestades públicas, no solo para librarnos del castigo temporal, sino tambien para no hacernos reos de la pena eterna. Mas no por esto ha quedado la conciencia dependiente del capricho y las pasiones, sino al contrario, garantida por la Lei divina contra toda coaccion moral de parte de la lei y la autoridad humanas. Por esto el mismo principio de que nace la obligacion de obedecer, funda el derecho de resistir, cuando hai antagonismo entre la lei de los hombres y la lei de Dios. Hé aquí la resistencia pasiva, que sin autorizar la insurreccion, ha hecho tantos héroes y alcanzado los mas gloriosos triunfos.

¡Cuántos medios no tiene la moral, concertada con una sábia legislacion, para impedir los abusos sin legitimar la oposicion, ni poner en cierto modo á los gobiernos bajo la férula de los súbditos! Representaciones respetuosas, discusiones sensatas, libertad bien dirigida, resistencia justificada, &c., &c.: hé aquí lo que basta para quitar ese vano pretexto con que las falsas y anárquicas doctrinas de la Revolucion se arman para elevar sus miras á la categoría de los derechos y colocar la oposicion en el rango de un poder social.

Mas un correctivo tan saludable demanda, juntamente con el carácter divino de la regla, la existencia y el ejercicio de un poder moral, de una autoridad incontestable sobre la conciencia; y ese poder, dígase lo que se quiera, no se encontrará jamas fuera de la Iglesia de Jesucristo. No debemos ver, pues, en la Iglesia y su ministerio los obstáculos para la firmeza y conservacion del Estado, sino

el único recurso eficaz con que se cuenta hoi dia para combatir con fruto á la Revolucion.

II.

¿Qué otra cosa podria resultar en México de la accion simultánea, constante y progresiva de todos estos vicios, á cual mas pernicioso, de tantas opiniones absurdas, tantos intereses bastardos, del egoismo y la indiferencia, de la envidia con sus detracciones y calumnias, de la inmoralidad en la provision y desempeño de los empleos, y de esa constante oposicion que no ha dejado en pié á ningun Gobierno, sino el trastorno completo de las ideas, la extincion del buen sentido, la corrupcion de las costumbres, la completa degeneracion del carácter nacional, la perpetuidad del desórden, la guerra cruel y la indomable anarquía? Cuando los pueblos llegan á este grado de corrupcion ó inmoralidad, la sociedad presenta un síntoma de muerte alarmantísimo que hace morir toda esperanza. ¿Qué síntoma es este? Los hábitos de desórden en todo sentido, los hábitos de inmoralidad, los hábitos de una indiferencia que de nada se afecta: ese marasmo político y social, efecto de tales causas, resistente á todo remedio y verdadera agonía de las naciones. La pusilanimidad, la cobardía, la inercia, la insensibilidad, esa degradacion del carácter que dispone á los pueblos para ser la presa de todos los malvados, de todos cuantos quieran sojuzgarlos: hé aquí los resultados infalibles de aquellos vicios que ya hemos indicado: hé aquí los hábitos fatales que insensible pero progresivamente se han venido formando en este desgraciado país durante medio siglo de revoluciones, trastornos, crímenes y desastres: hé aquí el por qué de esa universal degradacion y miseria que ha sucedido al poder, á la fortaleza y prosperidad antigua del gran pueblo mexicano; las causas de esa facilidad prodigiosa con que la nacion vecina nos arrebató la mitad de nuestro inmenso territorio, de la instabilidad proverbial de nuestras instituciones y gobiernos, de la perpetuidad de la guerra, y de esos mil y mil escombros, monumentos del crímen armado contra sociedad, que arracan gritos de dolor y de lástima en el vasto suelo mexicano.

Tales son las causas que han conducido á nuestra patria hasta el extremo lastimoso y casi desesperado en que se encuentra. La simple enunciacion de ellas basta para conocer, no solamente la inocencia del clero y de la Iglesia con su poder moral y sus rentas, respecto de las acusaciones que se le hacen, sino tambien que, si han tomado tal cuerpo y han ganado tal extension entre nosotros,

es precisamente por el empeño con que de muchos años á esta parte se ha estado haciendo la guerra á su doctrina infalible, á sus inmunidades, tan necesarias para conservar su influencia moral, á sus derechos mas sagrados, de los cuales ha hecho siempre un uso tan provechoso para la sociedad, á la garantía civil de sus libertades canónicas, tan indispensables para utilizar su ministerio en beneficio de la moral social. No: si la Iglesia hubiera sido escuchada y protegida, no se habrian desencadenado con tal fuerza sobre nuestra desgraciada patria esos agentes del *mal*, esos medios horribles empleados con tal arte por la *Revolucion* para trastornarlo y desquiciarlo todo.

Si al bosquejar el triste cuadro de nuestros errores y vicios, al estudiar las causas de nuestros trastornos políticos y decadencia social, no hemos preferido subir al orígen y seguir la marcha de nuestros diversos partidos, en su constante y cada dia mas encarnizada lucha, esto ha sido para que no parezca que tomamos parte en ella, y porque, á lo ménos á nuestro juicio, estas divisiones, estos combates, esta progresion continua de desórdenes consiguientes á la lucha de las facciones, son el efecto y no la causa de los vicios que hemos enunciado.

¿Dónde han comenzado, si no, esas divisiones políticas que parecieron contaminarnos desde el punto de partida que abrió á la nacion su independencia? En las opiniones, los interess y las pasiones. ¿Por qué triste fatalidad se hallan tan cerca unas de otras, que parecen confundirse, las aclamaciones entusiastas que saludan al héroe de la independencia y los lamentos lúgubres que arrancan á un mismo tiempo el patíbulo y la tumba de Iturbide? Por la envidia rabiosa que no podia consentir el esplendor total de aquel astro que alumbraba los bellos dias de la patria. ¿Cómo explicar aquella república federal que salió como de la nada, supuesta la minoría de sus partidarios? Por el incremento que dió á esta minoría el sufragio de los imperialistas arrojado en el despecho y á impulso del odio contra de los enemigos personales de Iturbide. Es decir: se votó contra las convicciones mas profundas, tan solo para satisfacer un odio, tan solo para contemporizar con las exigencias de las pasiones. ¿Por qué nuestros mismos partidos políticos no han dejado nunca de presentar en sus vicisitudes esos signos inequívocos de desconcierto, debilidad, impotencia, y sobre todo, esa inconsecuencia constante entre sus principios y su conducta? Porque ni las opiniones tienen base, ni los intereses aplomo, ni las pasiones diques; porque casi todo se reduce á lucrar en las revueltas, á vengar agravios, á satifacer odios y salir avante con las miras mas de-

pravadas. ¿Por qué se han visto levantar, al lado de los partidos radicales, partidos personales que han llegado á ser poderosos? Porque casi todo se sacrifica en este pais á los intereses particulares, y nada se concede al bien comun. ¿Por qué estos partidos personales han figurado en todos lados, han sido imperialistas, republicanos, federalistas, centralistas y aun patronos y apoyos de la dictadura? Porque la desmoralizacion consiguiente á la falta de fijeza en las opiniones, ha traido la muerte de los principios, la preponderancia de los intereses ha sacrificado todos los derechos, y el hábito de las defecciones ha quitado á estos hasta las garantías del bien parecer y la retentiva del pudor. ¿Por qué, finalmente, ningun partido ha logrado conservarse largo tiempo en el poder, sino que todos caen á poco de subir, y suben de nuevo á poco de caer? Porque todos llevan en sí mismos un elemento de muerte. ¿Cuál? La misma personalidad en quien se apoyan para triunfar, y con quien cuentan para gobernar: los gefes militares y los empleados civiles. Expliquémonos. Ya hemos dicho que una de las máximas en materia de grados y empleos ha sido el considerar ambas cosas como un botin de guerra que se reparte despues de la victoria: por consiguiente, los militares y empleados en lo general, porque hai excepciones honrosísimas, sirven á sus propios intereses y no á su causa, de lo cual resulta, que sin dificultad ninguna se sacrifica ésta cuanto aquellos lo exigen. Y como los partidos no se paran en medios, el caido combate al que ocupa el poder, no solo con las insurrecciones, sino tambien con las promesas, la seduccion, el cohecho, &c., &c. Nada es por lo mismo tan comun como las defecciones y los pronunciamientos simpáticos, que acaban instantáneamente con un órden de cosas. Ya hemos visto gobiernos quedarse repentinamente solos y caer por sí mismos, casi sin combatir, porque todos sus apoyos les han faltado á la hora ménos pensada. Esto explica tambien un fenómeno tan comun aquí como vergonzoso, la movilidad extrema de muchos gefes y empleados de campo á campo, las capitulaciones concluidas con el pacto de un grado de ascenso para todos, y la suma dificultad para ocultar al enemigo las medidas y disposiciones del Gobierno. Por otra parte, y aun prescindiendo de estos vicios que arguyen tanta inmoralidad, no es posible que, ningun Gobierno tenga estabilidad y garantías de conservacion, cuando al proveer los empleos, en vez de procurarse á toda costa una lealtad probada en el carácter moral, una probidad intachable, una bien calificada aptitud, y un mérito que ponga en accion la justicia distributiva, se trate únicamente de premiar cómplices, de obsequiar recomendaciones, de aplacar enemigos, lisongeándolos y

postergando ó los buenos, en suma: de seguir la política de los intereses y las pasiones, y no las máximas de la justicia, el supremo interes de la sociedad y el amor de la patria. Hé aquí por qué, ni las cosas marchan con regularidad, ni el órden cuenta con las garantías de la vigilancia y la actividad, ni el Gobierno es capaz, por falta de suficiente y eficaz cooperacion, de sobreponerse á las dificultades prácticas de todo género, que se van paulatinamente acumulando hasta formar esas crisis horribles, en que, no contando ya sino con sus sentimientos y sus desengaños, tiene forzosamente que sucumbir. Nada dirémos de la oposicion que, armada juntamente con los intereses, las pasiones y las garantías, ha sido un péndulo constante, cuyas continuas oscilaciones parecen marcar las vicisitudes de los partidos, y servir para calcular la portentosa rapidez con que nacen y mueren los gobiernos en esta tierra de prodigios.

Fácil en extremo seria para nosotros manifestar la exacta correspondencia que la versatilidad y capricho de las opiniones, el conflicto de los intereses privados, el frio mortal del egoismo, la accion lenta y disfrazada pero activa y destructora de la envidia, la pésima táctica seguida en el nombramiento de empleados y en los ascensos militares, y la constante oposicion impulsada por todos estos vicios, han guardado siempre con el orígen, los progresos, las vicisitudes y la accion ruinosísima de los partidos políticos. Mas nos hemos extendido bastante, y lo que llevamos dicho es mas que suficiente para convencer á todo hombre sensato de que no es la Iglesia con su doctrina, sus inmunidades, sus rentas y derechos, no es el clero con su conducta, no es el pueblo con sus creencias, no es nuestra unidad religiosa, ni nuestro carácter social, sino únicamente los vicios que hemos recorrido, las divisiones que ellos han causado, y los hábitos de desórden que han hecho nacer y vigorizado, hasta orillarnos á la muerte, la causa del tristísimo estado de nuestra sociedad, y por consiguiente, que se han de buscar los remedios, no en la libertad religiosa ni en el triunfo completo de ese partido que, tomándola por bandera, todo lo ha sacrificado, sino en la concordia del Estado con la Iglesia, en la unidad religiosa, en la moral católica y en la accion tutelar de ese ministerio tan combatido, y que sin embargo ha civilizado al mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§. XVI.

SOBRE LA IMPOTENCIA DE LOS PARTIDOS CONTENDIENTES PARA ESTABLECER UN GOBIERNO SÓLIDO Y ESTABLE, LO MUCHO QUE PODRIA CONTRIBUIR Á ESTO UNA MEDIACION EUROPEA BIEN DIRIGIDA, Y LO QUE DEBIA HACERSE EN CASO DE CONSEGUIRLO, YA POR PARTE DEL GOBIERNO, YA POR PARTE DEL PUEBLO.

Hai un hecho, cualesquiera que sean sus causas, que es indispensable reconocer y examinar atentamente, para ver si el estado de postracion á que ha llegado nuestra sociedad, tiene todavía remedio, cuál sea éste, y cómo alcanzarle y aplicarle con un éxito feliz que corone las esperanzas. ¿Cuál? La instabilidad de nuestros Gobiernos, consecuencia precisa de la impotencia de los partidos, que de cuarenta años acá se han venido disputando el poder. Durante un periodo tan largo de vicisitudes entre derrotas y triunfos, cada vez parecen debilitarse mas los elementos de uno y otro, pero con tal proporcion, que aun en su actual decadencia, ninguno de ellos puede ni aun aproximarse á la conquista definitiva del poder. El fenómeno actual de los dos partidos gobernando simultáneamente en diferentes partes del territorio manifiesta con un hecho palpitante la realidad y exactitud de este concepto. El partido rojo, con los recursos de los puertos mas productivos y el terror que infunde por donde quiera que toca, se ha hecho en cierto modo inaccesible á la fuerza de su contrario: el partido conservador, fuerte por sus principios, apoyados todos en la sociedad, pero privado de los recursos con que cuenta el otro, se halla casi en la alternativa de tomar los puertos, y sobre todo el de Veracruz, ó sucumbir por inanicion, porque con los impuestos y préstamos de que ha vivido hasta ahora, es imposible que pueda tirar mas largo tiempo. Mas no por sucumbir éste y enseñorearse aquel de la Capital, concluirá todo: porque la reaccion comienza donde el Gobierno acaba. Volverá, pues, á las armas el partido vencido, tendrá su triunfo para caer de nuevo, y asi seguirá todo hasta que nuestras mismas locuras, llevadas á tales extremos, nos hagan presa de la República vecina, que es á lo que estamos incontestablemente mas orillados.

Mas ¿cómo puede ser, se nos dirá, que estando íntegramente representados en los principios políticos del partido conservador los verdaderos intereses de la sociedad, no ha podido éste nunca, ni puede hoi, obtener sobre el otro, que por este solo hecho forma una

insignificante minoría, un triunfo tan decisivo, que pueda consolidar un Gobierno y conservarle á salvo de nuevas vicisitudes? Hé aquí una cuestion de tal importancia, que sin resolverla competentemente, no puede darse un solo paso para poner en claro las verdaderas causas de esta impotencia recíproca de los partidos, que de mucho tiempo acá, y hoi con mas encarnizamiento que nunca, se disputan el poder supremo sobre la sociedad. Mas para llegar á darle una solucion satisfactoria, es necesario tal vez subir al orígen de nuestras vicisitudes políticas, y seguir al través de sus muchas modificaciones la marcha de los partidos hasta el estado que guardan hoi, para formarnos un concepto cabal, apoyados en datos históricos, sobre la posibilidad ó impotencia de consolidar aquí un Gobierno fundado en la misma sociedad, sostenido por todas sus clases, superior á los intereses bastardos que animan la accion de los partidos, capaz de dominar por completo la situacion, de reparar las ruinas que hasta aquí han dejado aquellos como huellas de su marcha desoladora, y abrir á la Nacion, mediante un régimen sabio, prudente y enérgico, nuevas y espaciosas vias de verdadero progreso hácia un porvenir de opulencia y prosperidad. La materia es vasta, y tal vez nos obligue á prolongar demasiado este escrito, pero de tal importancia, que no puede ménos de inspirar el mayor interés, por el que de suyo tienen las verdades prácticas que nos proponemos poner en claro con nuestras observaciones.

Mas no entrarémos en ella sin hacer dos advertencias á nuestros lectores. Primera: en éste y los siguientes párrafos vamos á tratar un punto que omitimos de intento en el anterior, pág. 701; mas esto no debe tenerse como un olvido, ni calificarse de inconsecuencia: porque, si allá debimos hacernos á un lado, como suele decirse, pues hablábamos de los obstáculos, ya en calidad de defensa de la Iglesia y del clero mexicano, ya como una censura estrictamente moral cuyo objeto no está encerrado en el campo de un solo partido, aquí hablamos de la cuestion político-social, de los elementos con que actualmente cuentan los partidos, nos importa examinar las causas de su actual impotencia, y por esto necesitamos desandar casi todo su camino, seguirlos en su carrera con la luz de una crítica imparcial, y apoyar en la verdad histórica la solucion de la cuestion política. Segunda: podiamos habernos limitado á una simple indicacion, para nuestro propósito, sin entrar en un exámen tan prolijo respecto de lo que pediria el punto en la economía de este escrito; mas hubiéramos perdido toda la fuerza de una base histórica, y por otra parte, la materia es del mayor interés, y mas valé infringir, si necesario es, las leyes del método, que privar á la mejor causa, la del temor y

la esperanza, de alguno de sus apoyos. En estos casos no hai precaucion excesiva ni prevision excusada.

§. XVII.

CONTINUACION.—LA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA.

Si quisiésemos encontrar el primer orígen de nuestros partidos políticos, y sobre todo, descubrir las causas de los vicios que todos ellos tienen, no andaríamos tal vez desacertados en dirigir nuestra atencion y reflexionar maduramente sobre los elementos combinados que hicieron estallar en México la revolucion de Dolores. Toda revolucion política presupone un pensamiento del mismo género, y todo pensamiento de estos encierra por necesidad tres cosas que nunca pueden faltarle, motivos, medios y fines. A veces los motivos consisten en ese noble estímulo que el alma siente cuando convicciones arraigadas y profundas la sacan de la pasibilidad de un órden simplemente especulativo al teatro de la vida práctica: á veces la accion es impulsada ménos por las convicciones que por los intereses, y esto sucede siempre que fines particulares, y no miras nobles y grandiosas, sirv en debase á la conducta pública de los hombres. Mas como los intereses, lo mismo que la justicia, tienen sus principios y su lógica, nadie se mueve á obrar sin invocar razones y derechos. Los medios siguen de ordinario el carácter de los motivos, y los fines mui raras veces dejan de afectarse de estos y de aquellos.

Examinando á la luz de esta verdad la revolucion de 1810, sorprendemos, al través de todos los movimientos generosos del patriotismo, y de ese bello colorido que la elocuencia encomiástica no ha dejado nunca de emplear para formar el interesante cuadro de aquella época y sus hombres mas notables, un error que, á primera vista, podria parecer insignificante, pero que, por lei de forzosa consecuencia, debia traer consigo un cúmulo de males. En materia de ciencia moral, social y política, puede asegurarse que todo error importa un vicio, y todo vicio trae consigo un desórden. El error, sustituyendo á la verdad de los principios, debilita la base; el vicio, caracterizando los medios, introduce los elementos de ruina en la construccion misma del edificio social, y el desórden, re-

presentado en los resultados, y haciéndose cada dia mas y mas difícil de remedio, pone de manifiesto la inutilidad de todo.

¿Cuál es este error depositado como un elemento mortífero en el fondo de aquella revolucion memorable que iniciaron con tanto denuedo, y sostuvieron con tanta constancia y á costa de tantos sacrificios, sus célebres caudillos? ¿Acaso el de hacer independiente á su patria? Léjos de nosotros esta monstruosa idea: la independencia era el fin de aquel movimiento, pero no su principio: la independencia, objeto grande, justo, digno bajo todos respectos de una nacion ilustre, debia ser el resultado de todo; mas como para realizarla fuese preciso conmover todo el conjunto de la sociedad, el pensamiento de esta conmocion, el principio para justificarla y el sistema de medios para la realizacion de su objeto no debieron ciertamente identificarse con el fin. ¿Cuál fué, repetimos, el error? motivar la independencia con la conquista en vez de justificarla con el estado de la sociedad. La simple conquista de México no podia ciertamente servir de apoyo al movimiento de Dolores sin precipitar cuestiones casi insolubles en la filosofía de la historia y en las mas elevadas regiones de la ciencia política, y traer con estas cuestiones dificultades de alto carácter, que no pudiendo ceder al simple impulso de un movimiento reaccionario, ni desaparecer bajo el influjo de la fuerza represiva del Gobierno español, debian reducirse, como de facto sucedió, á trastornarlo todo y causar males de muchos géneros á un pueblo, que, si no se presentaba en la gran categoría de los Estados políticos, gozaba sin duda inestimables bienes de la paz y del órden bajo la garantía de las leyes.

La conquista de México, consumada tres siglos átrás, pudo, recientemente sucedida, servir de principio natural y de noble motivo á los pobladores del Imperio mexicano, porque ellos componian la nacion conquistada, acababan de sufrir los efectos de un despojo de autoridad, y recibian el yugo de una potencia estrangera. Mas, ora fuese porque su impotencia no dió lugar á la reivindicacion de la nacionalidad, ora porque una parte de la poblacion, aceptando los principios y las miras de Cortés y haciendo causa con él, trasformase la guerra estrangera en revolucion intestina, formando una mayoría nacional en favor de la conquista y dando un carácter nacional tambien al Gobierno que ella estableció, ora finalmente, porque la circunstancia de haber venido con la conquista el apostolado que introdujo la Religion en las Américas, interesase á todos los mexicanos que habian abrazado el cristianismo en el establecimiento definitivo de un órden político, que protegiendo la causa de la religion y la civilizacion, consumase al fin el triunfo de una y otra

la esperanza, de alguno de sus apoyos. En estos casos no hai precaucion excesiva ni prevision excusada.

§. XVII.

CONTINUACION.—LA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA.

Si quisiésemos encontrar el primer orígen de nuestros partidos políticos, y sobre todo, descubrir las causas de los vicios que todos ellos tienen, no andaríamos tal vez desacertados en dirigir nuestra atencion y reflexionar maduramente sobre los elementos combinados que hicieron estallar en México la revolucion de Dolores. Toda revolucion política presupone un pensamiento del mismo género, y todo pensamiento de estos encierra por necesidad tres cosas que nunca pueden faltarle, motivos, medios y fines. A veces los motivos consisten en ese noble estímulo que el alma siente cuando convicciones arraigadas y profundas la sacan de la pasibilidad de un órden simplemente especulativo al teatro de la vida práctica: á veces la accion es impulsada ménos por las convicciones que por los intereses, y esto sucede siempre que fines particulares, y no miras nobles y grandiosas, sirv en debase á la conducta pública de los hombres. Mas como los intereses, lo mismo que la justicia, tienen sus principios y su lógica, nadie se mueve á obrar sin invocar razones y derechos. Los medios siguen de ordinario el carácter de los motivos, y los fines mui raras veces dejan de afectarse de estos y de aquellos.

Examinando á la luz de esta verdad la revolucion de 1810, sorprendemos, al través de todos los movimientos generosos del patriotismo, y de ese bello colorido que la elocuencia encomiástica no ha dejado nunca de emplear para formar el interesante cuadro de aquella época y sus hombres mas notables, un error que, á primera vista, podria parecer insignificante, pero que, por lei de forzosa consecuencia, debia traer consigo un cúmulo de males. En materia de ciencia moral, social y política, puede asegurarse que todo error importa un vicio, y todo vicio trae consigo un desórden. El error, sustituyendo á la verdad de los principios, debilita la base; el vicio, caracterizando los medios, introduce los elementos de ruina en la construccion misma del edificio social, y el desórden, re-

presentado en los resultados, y haciéndose cada dia mas y mas difícil de remedio, pone de manifiesto la inutilidad de todo.

¿Cuál es este error depositado como un elemento mortífero en el fondo de aquella revolucion memorable que iniciaron con tanto denuedo, y sostuvieron con tanta constancia y á costa de tantos sacrificios, sus célebres caudillos? ¿Acaso el de hacer independiente á su patria? Léjos de nosotros esta monstruosa idea: la independencia era el fin de aquel movimiento, pero no su principio: la independencia, objeto grande, justo, digno bajo todos respectos de una nacion ilustre, debia ser el resultado de todo; mas como para realizarla fuese preciso conmover todo el conjunto de la sociedad, el pensamiento de esta conmocion, el principio para justificarla y el sistema de medios para la realizacion de su objeto no debieron ciertamente identificarse con el fin. ¿Cuál fué, repetimos, el error? motivar la independencia con la conquista en vez de justificarla con el estado de la sociedad. La simple conquista de México no podia ciertamente servir de apoyo al movimiento de Dolores sin precipitar cuestiones casi insolubles en la filosofía de la historia y en las mas elevadas regiones de la ciencia política, y traer con estas cuestiones dificultades de alto carácter, que no pudiendo ceder al simple impulso de un movimiento reaccionario, ni desaparecer bajo el influjo de la fuerza represiva del Gobierno español, debian reducirse, como de facto sucedió, á trastornarlo todo y causar males de muchos géneros á un pueblo, que, si no se presentaba en la gran categoría de los Estados políticos, gozaba sin duda inestimables bienes de la paz y del órden bajo la garantía de las leyes.

La conquista de México, consumada tres siglos átrás, pudo, recientemente sucedida, servir de principio natural y de noble motivo á los pobladores del Imperio mexicano, porque ellos componian la nacion conquistada, acababan de sufrir los efectos de un despojo de autoridad, y recibian el yugo de una potencia estrangera. Mas, ora fuese porque su impotencia no dió lugar á la reivindicacion de la nacionalidad, ora porque una parte de la poblacion, aceptando los principios y las miras de Cortés y haciendo causa con él, trasformase la guerra estrangera en revolucion intestina, formando una mayoría nacional en favor de la conquista y dando un carácter nacional tambien al Gobierno que ella estableció, ora finalmente, porque la circunstancia de haber venido con la conquista el apostolado que introdujo la Religion en las Américas, interesase á todos los mexicanos que habian abrazado el cristianismo en el establecimiento definitivo de un órden político, que protegiendo la causa de la religion y la civilizacion, consumase al fin el triunfo de una y otra

sobre la idolatría y la barbarie, el hecho fué que, pasadas las primeras épocas de la violencia, México reconoció á España y aceptó su dominacion y el Gobierno colonial consiguiente á ella: que este órden de cosas duró mas de dos siglos en tan completa paz, que ni el mando necesitó el uso frecuente de la fuerza represiva, siendo muy de notarse que en tan dilatado tiempo no hubo ejército, ni la obediencia hubo menester, para sostenerse, de otro poder que el influjo de la religion con su moral y el de las costumbres nacionales.

Pero, sea de esto lo que fuere, cuando al cabo de tres siglos se pensó en la independencia, todo habia cambiado, y la conquista, como decíamos poco há, depositada como un hecho histórico en los archivos del tiempo, no podia figurar como un hecho social en el cuadro de nuestras revoluciones.

Hemos dicho que todo habia cambiado, y esto es tan cierto, como más no podia serlo. El primer objeto cambiado fué la sociedad; porque, es preciso decirlo, la Nacion era otra, y los elementos de la sociedad eran otros, siendo consiguiente á este grave considerando, que la Revolucion de 1810 no podia fundarse en la conquista de 1521 sin un manifiesto absurdo. La Nacion era otra, porque los mexicanos por nuestra raza no podemos ser vistos como los descendientes puros de los antiguos pobladores, ni tampoco de los que conquistaron á México. Desde la primera generacion la cuestion de raza debió cambiar la cuestion internacional; porque aquella, participando por igual de conquistadores y conquistados, reconocia como progenitores, digámoslo así, á México y España, y no pudiendo hacer causa comun con el padre contra la madre, ni viceversa, motivos absolutamente diversos debian figurar en un movimiento como el de Dolores. Y si esto debia suceder en la primera generacion, ¿qué deberémos decir cuando habian pasado tantas cuantas podia traer en su curso el dilatado periodo de tres centurias? Volvemos á decirlo: la Nacion que iba á promover su independencia, no era la Nacion conquistada, sino otra enteramente nueva. Restos habia, y muy numerosos, de los antiguos pobladores en la pureza de su raza; pero ellos no constituian exclusivamente al pueblo mexicano: vivian juntos con la raza nueva, y, no por principios políticos sino por el estado bien atrasado de su civilizacion, ocupaban en la escala social un grado sumamente inferior á la raza hispano-mexicana. No podian por lo mismo aquellos restos de la raza primitiva reaccionar por sí y para sí, sin romper con sus hermanos, sin violar los derechos de los hijos de México, sin iniciar una guerra estrictamente civil: hemos dicho poco, sin emprender la guerra mas bárbara que se conoce, la de *raza*, y no la de *independencia*. Hai más: fuera de la raza, la religion nacional diversificaba sustancialmente, lo mismo que el idioma, al pueblo de 1810 respecto del pueblo conquistado, y esta triple diversidad, de raza, de lengua y de culto, era mas que bastante para no asimilar dos épocas tan lejanas, ni confundir dos sociedades tan diversas. Lo repetimos todavía: la Nacion era otra, y la independencia no podia figurar sin error como una reaccion contra la conquista.

Mas nadie ignora que el alucinamiento fué tan completo, cuanto mas no cabia; que, fundado el derecho de la revolucion en la injusticia de la conquista, se fabricó en el aire, por no decir otra cosa; que agitados violentamente los principios constitutivos de la nueva sociedad, aquel movimiento político debia ser, por ley de forzosa consecuencia, tan estéril para el bien, como fecundo para el mal. Colocando la revolucion de Dolores frente á la conquista de México, sus caudillos dejaban entre ambas épocas un inmenso vacío para ellos; pero este espacio, que por el error de sus principios eran incapaces de llenar, estaba henchido por el poder colonial, de medios de ataque y defensa: la historia, las tradiciones, los monumentos, el culto, la habla, la trasfusion de las razas, el arraigo doméstico de los españoles, la legislacion, los intereses creados: todo parecia militar de parte del Gobierno; y este inmenso poder tradicional, que no habria podido ser aprovechado en una hipótesis diversa de la de la conquista, sirvió de apoyo á la resistencia vigorosa que en el trascurso de diez años opuso el Gobierno á la insurreccion, daba cierto color de legalidad á sus procedimientos, y ponia de parte de la autoridad cuanto tenia de mas arraigado y fuerte la colonia. No es esto todo: levantada la bandera, como reaccion contra la conquista, los españoles fuéron personalmente enemigos de la revolucion; los indios puros aparecieron como sus legítimos adversarios; los hispano-mexicanos no podian en rigor tomar parte en la guerra, supuesto que estaba motivada en la conquista, porque llevaban en sus venas la sangre española y mexicana. Fué consiguiente á esto el carácter feroz de aquella guerra, los horribles asesinatos, las forzosas represalias, la carnicería, el incendio y la devastacion universal.

Otra desventaja muy grande traia este sistema para la revolucion: concitar contra sí á muchos militares expertos, que hubieran podido ofrecer á tan noble causa el contingente de su espada y de su prestigio: porque, ligados muchos por deber al Gobierno que los habia creado, á las leyes que debian obedecer y al órden que tenian obligacion de guardar, se vieron en el caso de combatir la insurreccion, cualesquiera que fuesen por otra parte sus ideas acerca de la

independencia de México. Hé aquí por qué razon muchos de ellos, y entre otros el memorable ITURBIDE, pelearon en defensa del Gobierno español, y fuéron por su pericia, valor y lealtad, el terror de los entónces llamados *insurgentes*.

Sin indicarlo, hemos presentado ya el carácter de los medios al fijar las horrorosas é infatigables consecuencias del error de los principios; y probado cómo aquel no faltó á su filiacion, engendrando un vicio al figurar en el teatro de la vida práctica. El resultado de todo no podia ser diverso de tal principio y de tal medio: la desmoralizacion del pueblo, la ruina de multitud de familias, el sacrificio de incontables víctimas, y al fin de todo, la subsistencia del Gobierno colonial sobre las ruinas de la revolucion de 1810: hé aquí el triste fruto de los primeros errores.

La cuestion era otra, el punto de partida debia de ser otro, lo mismo que los medios de accion y sus resultados consiguientes. ITURBIDE lo comprendió así: acometió la empresa, y el pabellon de IGUALA, consagrado por la Religion y saludado en el Palacio nacional por españoles, indígenas é hispano-mexicanos, vino á ser una prueba sublime y monumental de que la cuestion de la independencia se debia fundar en otros principios, partiendo, no de la conquista, sino del estado de la sociedad; mediando, no con la bárbara lucha de dos pueblos hermanos, sino con la feliz combinacion de grandes intereses, y con el noble y discreto reconocimiento de títulos tradicionales, el cual estableciese el órden sin abandonar la historia, ó legalizase con la conducta de la Metrópoli un rompimiento definitivo. Tal fué el pensamiento de ITURBIDE: igual con el de Hidalgo y sus parciales en el objeto final; pero diverso, por no decir absolutamente opuesto, en el principio y en los medios. México era una colonia, y debia serlo, supuesta la historia; mas este carácter no importa la esclavitud, no deroga el derecho: la libertad de las colonias es un derecho reconocido, y el derecho de emanciparse no podia figurar en escala inferior al que tienen los hijos para tomar un estado conforme á su vocacion y bajo el doble requisito de la libertad y la ley. México se hallaba en este caso: idioma, raza, culto, civilizacion, costumbres, relaciones mutuas, propiedades, intereses, extension territorial, ejemplos, tendencias necesarias; todo la llamaba á la independencia, y todo debia conspirar é realizar ésta, si habia de ser procurada por una razon de estado.

DON AGUSTIN DE ITURBIDE, altamente favorecido por el cielo para concebir un pensamiento salvador, haciendo servir á la realizacion de la independencia todos estos elementos, sin abrir con un levantamiento nuevo otra carrera de desórdenes, consumó como se ha

visto y todo el mundo sabe, su grande obra, emancipando en su totalidad la colonia de su antigua metrópoli; pero es preciso convenir en que, absorto en su obra misma, ni detuvo su mirada en ciertos restos débiles pero muí peligrosos de lo pasado, ni tuvo bastante fuerza de prevision para comprender el porvenir, ni bastante fuerza de voluntad para salvarle. Tras de sí dejaba dos clases de adversarios, débiles como hemos dicho, para molestarle de pronto, pero que mas tarde podian incorporarse en la sociedad, inoculando en ella su espíritu y destruyendo en algun sentido la obra de Iguala. Estos dos enemigos eran los partidarios intransigibles del Gobierno colonial y ciertos hombres de la primera revuelta, que no pudiendo contrariar á ITURBIDE por la identidad del fin, tampoco dejaron de verle con la desconfianza y el ódio que inspiraban al mismo tiempo su hostilidad pasada y sus glorias presentes. Contra este doble peligro no habia mas que un medio, la abnegacion personal del caudillo triunfante, y su decision por el plan que habia proclamado. Mas el hombre, fuerte para instituir la independencia, no lo fué para conservar el ascendiente que tan inmenso poder debia darle en esta sociedad: el ruido de los cuarteles despertó el entusiasmo facticio del populacho, y el nombre AGUSTIN PRIMERO, sustituyendo al de *héroe de Iguala*, vino á dar un triple golpe, al héroe, á su gloria y á la independencia misma. Iturbide sobre el trono dió á sus antiguos rivales y á los agraviados españoles un poder que de otra suerte no habrian tenido jamas: los unos veian en el movimiento de Iguala un motivo de ambicion, semejante al denodado proceder del Coronel del Regimiento de Celaya, y los otros una posicion falsa, que podia preludiar la vuelta de la antigua dominacion. Este partido era ya fuerte; pero con una tercera entidad que se le unió, llegó á ser formidable, y al fin irresistible; la de aquellos, y eran muchos, que, de acuerdo en la independencia sobre las bases con que fué proclamada y los últimos tratados con que fué ractificada en la villa de Córdoba, no podian ser indiferentes á la coronacion de Iturbide, la cual habia venido á echar por tierra las condiciones propias del nuevo estado social, y se pusieron naturalmente contra el hombre de la situacion. El primer partido que se formó contra Iturbide, fué compuesto de tres elementos incombinables para subsistir, pero muí propios para moverse contra un enemigo comun: los republicanos, que detestaban la forma monárquica, los enemigos de la independencia y los defensores del plan de Iguala y tratados de Córdoba. Este coloso quedaba pues en pié, primero para derribar al imperio, y despues para dividirnos, hasta el extremo de hacer imposible en México una organizacion estable. Tal es, si no nos equi-

vocamos, el primer orígen de los partidos, el gérmen de muerte que, trasmitiéndose de padres á hijos, ha traido á la Nacion á tan lamentable estado.

Dos hombres que figurarón en nuestra historia como los gefes de dos opuestos bandos, han lamentado igualmente, cada uno á su turno, este triste resultado de la obra del inmortal ITURBIDE: Don Manuel Gomez Pedraza y Don Lúcas Alamán. "ITURBIDE," dice el primero en su memorable Manifiesto á la Nacion, "que en la adversidad había sido otro Régulo, no pudo resistir á los ataques de la prosperidad; y aquel hombre que en la campaña imitó á los héroes, en México cayó en las flaquezas mas vulgares." "Sensible es por cierto," dice el segundo en su Historia de México, tom. 5º pág. 638, "que con todos estos pasos falsos fuese precipitado á su ruina aquel hombre que tanto hubiera convenido conservar al frente del Gobierno, con un título que lo expusiese ménos á la censura..... de este suerte (habla del título de regente) concentrada la autoridad en su persona, hubiera podido ejercerla mas libremente, y no teniendo que enzalsar á todos los individuos de su familia con títulos extraños, se hubiera excusado el ridículo, que tanta parte tuvo en la caida del imperio."

Hemos visto nacer en el pueblo de Dólores la primera division de los partidos en México, destruirse mediante la feliz combinacion del plan de Iguala, reaparecer á causa del disgusto consiguiente al pensamiento y realizacion del imperio, obrar de consuno contra esta primera institucion política de México, hasta derrocarla totalmente, desterrar al EMPERADOR y sacrificarle en Padilla, y separarse luego para obrar sobre la República en el sentido de cada uno. Pero no es esto todo: hai otra cosa, cuyo orígen viene del mismo punto, á lo ménos desde la Revolucion de 1821, inauguracion y caida del imperio: la instabilidad de los gobiernos y frecuencia de las revoluciones. En confirmacion de esta idea, oigamos la opinion de los dos hombres notables que acabamos de citar. "La Revolucion contra ITURBIDE, dice Pedraza, no resultó á placer de los que la promovieron: ella enseñó á los mexicanos la facilidad de destruir el poder existente; ella descubrió los manejos de la sociedad secreta que ambicionaba el mando; ella despertó las pasiones adormecidas hasta entónces; ella inició rivalidades que no se conocian; ella hizo una grangería del triunfo; ella, en fin, dividió la Nacion en bandos, y sembró entre hijos de una misma familia la discordia, tan fecunda en los tiempos posteriores; y todo esto, ¿por qué? porque los que estuvieron al frente no supieron conducirla."

"Por poco que se medite, dice Don Lúcas Alamán en su Historia citada (tom. 5º pág. 755,) sobre el curso de la revolucion que hizo bajar del trono imperial á Iturbide, se encontrará en ella una notable semejanza con la que él mismo comenzó dos años ántes en Iguala. En ésta, Iturbide faltando á la confianza que el Conde del Venadito habia depositado en él, entregándole el mando del distrito del Sur y encargándole la conduccion de caudales á Acapulco, vuelvé contra el Gobierno las tropas que éste le habia dado, y se hace dueño del dinero que habia puesto bajo su custodia. En aquella, Santa-Anna se apodera de la plaza de que era Gobernador, y Echávarri el amigo de quien Iturbide tenia mas seguridad, proclama el plan de Casa-Mata al frente de las tropas destinadas á reprimir la sedicion. En este plan se protesta, que nada se intenta contra la persona del Emperador, como en el de Iguala se proclamaba el nombre de Fernando VII. Iturbide, como Emperador, emplea para contener el movimiento los mismos medios que el Virrey Apodaca habia usado contra él como Gefe de la revolucion, y en uno y otro caso estos medios son infructuosos: en uno y otro caso la revolucion se propaga rápidamente, declarándose por ella aquellas mismas diputaciones provinciales, aquellos gefes militares que acababan de hacer protestas, al parecer sinceras, de su fidelidad, y en breve la autoridad del Emperador no es reconocida mas que en el recinto de la Capital: la desercion es la misma, iguales los medios de seduccion que se emplearon contra la dominacion española y contra la autoridad imperial, y el Emperador es precipitado del trono al cabo de diez meses de ocuparlo, por efecto de los propios desaciertos y del mismo espíritu de novedad que hicieron desplomarse un dominio consolidado por la duracion de tres siglos. Nada á la verdad contribuyó tanto á la ruina imperial como la falta de recursos pecuniarios, los consejos desacertados de las personas que influian sobre Iturbide, el disgusto que sus providencias habian causado en la clase mas respetable de la sociedad, y sobre todo, su elevacion al trono y el ensalzamiento de su familia; pero el instrumento de su ruina fué la falta de fidelidad del ejército, de que él mismo le dió el ejemplo: la leccion habia sido demasiado bien enseñada, para que no fuese bien aprendida y para que no sirviese de funesto antecedente para lo venidero."

El juicio uniforme de estos dos personajes tan célebres en nuestra historia política nos releva de entrar en mas pormenores, para dejar sentado como un hecho incontestable, que las defecciones de la fuerza militar, á las que se debieron el triunfo completo de Iguala, el entronizamiento y la caida de Iturbide, arrastran hácia aquellos

tiempos nuestra consideracion, cuando se trata de explicar las causas de la facilidad con que despues acá se han sucedido las insurrecciones, y de la instabilidad proverbial de nuestros gobiernos. Es necesario, sin embargo, no detenerse aquí; pues la marcha política de los partidos y el carácter de las contiendas armadas, en la sucesion de los años que miden el periodo de nuestra nacionalidad, no son para pasar sin observarse; pero habiéndonos extendido demasiado, reservarémos estas nuevas reflexiones para el párrafo siguiente.

§. XVIII.

CONTINUACION.—ORÍGEN, PROGRESOS Y ESTADO ACTUAL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN MÉXICO.

Hemos visto reunidas contra el Emperador á las parcialidades mas opuestas en principios y en tendencias; porque considerando todas ellas el trono como un obstáculo insuperable para el desarrollo de su accion sobre la sociedad, á todas interesaba igualmente que desapareciese, para dividirse despues el campo y emprender una lucha franca, ya en el terreno de la opinion, ya con el empleo de las armas. Mas no por esto carecian de partidarios Iturbide y el imperio: raro fenómeno hubiera sido, que un hombre coronado con la mas esplendida gloria, como Libertador de un gran pueblo, que habia unido su nombre al de la independencia de su patria, y que por su alta posicion en la gerarquía social, no ménos que por sus conexiones antiguas, debia tener muchos adictos, hubiese llegado á quedar enteramente solo, aun en los momentos críticos que iniciaban el periodo de su decadencia. Sin embargo, estos partidarios, que eran muchos, tuvieron que reducirse á una simple personalidad, miéntras los adversarios de Iturbide contaban á su favor con la fuerza intrínseca de las cosas: los republicanos defendian una idea; los defensores del plan de Iguala y tratados de Córdova patrocinaban un gran proyecto, y los coloniales estaban adictos á la cadena de una inmensa tradicion. Era consiguiente á este diverso carácter político de los amigos y enemigos del Emperador que éstos tuviesen una especie de perpetuidad por el influjo permanente de las cosas, y aquellos, que no podian contar sino solo con una existencia precaria, hubiesen de refundirse, al desaparecer su héroe de la escena de la vida, en los nuevos partidos que se organizasen en el pais.

A la luz de estas reflexiones, ya podemos ver cuál fué la organizacion de los partidos políticos en México cuando, con la caida de Iturbide y el trono, hubo desaparecido la causa de la union momentánea de sus enemigos y de la accion decidida de sus parciales. Por lei de revolucion no debió haber ya en el terreno político, á lo ménos ostensiblemente, adictos á las instituciones monárquicas. Con la caida del trono habia desaparecido del teatro la monarquía, cediendo el campo á la república: circunstancia que trajo consigo para todos una doble necesidad: la de reconocer en comun el principio republicano, y la de luchar por cuestiones de forma dentro del gran círculo que trazaba este principio. Todos aceptaron, pues, la república; pero, llamando á sus diversas formas la aplicacion de sus antiguas ideas, era natural que los borbonistas y coloniales buscasen lo mas análogo á la monarquía y al antiguo régimen, y los otros se decidieran por el mas pleno desarrollo de la forma democrática. Dividiéronse, pues, entónces en *centralistas* y *federalistas*, quedando alojados en la primera categoría los adictos á la forma monárquica y á la dominacion española, y colocados en la segunda los verdaderos demócratas. Si los iturbidistas hubiesen querido mostrarse mas empeñados por la idea que comprometidos por la persona de su caudillo, natural era que engrosasen las filas de los primeros, pues la derrota política la habia sufrido el Emperador y no el Héroe, y éste, por otra parte, se habia mostrado constantemente decidido por la forma central. Mas la lógica de las pasiones es diversa: circunstancia que dió márgen á un primer extravío, pues en odio de los borbonistas y masones, que mas parte habian tenido en la caida de Iturbide, volaron á inscribirse bajo la bandera del mas exaltado republicanismo, y se unieron por tanto al partido federalista.

Era sin duda un crímen esta decision tan contraria al convencimiento, y como raras veces un crímen queda sin castigo, los iturbidistas, perdiendo á su héroe por la virtualidad misma de la bandera que tan decidida como hipócritamente habian sostenido, sufrieron el golpe mas terrible, pudiendo decirse de ellos á la letra que, "en el pecado llevaron la penitencia." Nadie ignora que la muerte de Iturbide fué decidida, y de un modo tan irregular como atroz, por el Congreso de un *Estado soberano;* pues aunque preexistia un decreto general que hubiera podido servir de apoyo á las pasiones contra las defensas mas legítimas, el hecho es, que lo que acaso no habria sucedido resolviéndose la cuestion en la Capital, se verificó en un Estado.

Despues de sacrificado el héroe, se tomó empeño, si no en envi-

tiempos nuestra consideracion, cuando se trata de explicar las causas de la facilidad con que despues acá se han sucedido las insurrecciones, y de la instabilidad proverbial de nuestros gobiernos. Es necesario, sin embargo, no detenerse aquí; pues la marcha política de los partidos y el carácter de las contiendas armadas, en la sucesion de los años que miden el periodo de nuestra nacionalidad, no son para pasar sin observarse; pero habiéndonos extendido demasiado, reservarémos estas nuevas reflexiones para el párrafo siguiente.

§. XVIII.

CONTINUACION.—ORÍGEN, PROGRESOS Y ESTADO ACTUAL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN MÉXICO.

Hemos visto reunidas contra el Emperador á las parcialidades mas opuestas en principios y en tendencias; porque considerando todas ellas el trono como un obstáculo insuperable para el desarrollo de su accion sobre la sociedad, á todas interesaba igualmente que desapareciese, para dividirse despues el campo y emprender una lucha franca, ya en el terreno de la opinion, ya con el empleo de las armas. Mas no por esto carecian de partidarios Iturbide y el imperio: raro fenómeno hubiera sido, que un hombre coronado con la mas esplendida gloria, como Libertador de un gran pueblo, que habia unido su nombre al de la independencia de su patria, y que por su alta posicion en la gerarquía social, no ménos que por sus conexiones antiguas, debia tener muchos adictos, hubiese llegado á quedar enteramente solo, aun en los momentos críticos que iniciaban el periodo de su decadencia. Sin embargo, estos partidarios, que eran muchos, tuvieron que reducirse á una simple personalidad, miéntras los adversarios de Iturbide contaban á su favor con la fuerza intrínseca de las cosas: los republicanos defendian una idea; los defensores del plan de Iguala y tratados de Córdova patrocinaban un gran proyecto, y los coloniales estaban adictos á la cadena de una inmensa tradicion. Era consiguiente á este diverso carácter político de los amigos y enemigos del Emperador que éstos tuviesen una especie de perpetuidad por el influjo permanente de las cosas, y aquellos, que no podian contar sino solo con una existencia precaria, hubiesen de refundirse, al desaparecer su héroe de la escena de la vida, en los nuevos partidos que se organizasen en el pais.

A la luz de estas reflexiones, ya podemos ver cuál fué la organizacion de los partidos políticos en México cuando, con la caida de Iturbide y el trono, hubo desaparecido la causa de la union momentánea de sus enemigos y de la accion decidida de sus parciales. Por lei de revolucion no debió haber ya en el terreno político, á lo ménos ostensiblemente, adictos á las instituciones monárquicas. Con la caida del trono habia desaparecido del teatro la monarquía, cediendo el campo á la república: circunstancia que trajo consigo para todos una doble necesidad: la de reconocer en comun el principio republicano, y la de luchar por cuestiones de forma dentro del gran círculo que trazaba este principio. Todos aceptaron, pues, la república; pero, llamando á sus diversas formas la aplicacion de sus antiguas ideas, era natural que los borbonistas y coloniales buscasen lo mas análogo á la monarquía y al antiguo régimen, y los otros se decidieran por el mas pleno desarrollo de la forma democrática. Dividiéronse, pues, entónces en *centralistas* y *federalistas*, quedando alojados en la primera categoría los adictos á la forma monárquica y á la dominacion española, y colocados en la segunda los verdaderos demócratas. Si los iturbidistas hubiesen querido mostrarse mas empeñados por la idea que comprometidos por la persona de su caudillo, natural era que engrosasen las filas de los primeros, pues la derrota política la habia sufrido el Emperador y no el Héroe, y éste, por otra parte, se habia mostrado constantemente decidido por la forma central. Mas la lógica de las pasiones es diversa: circunstancia que dió márgen á un primer extravío, pues en odio de los borbonistas y masones, que mas parte habian tenido en la caida de Iturbide, volaron á inscribirse bajo la bandera del mas exaltado republicanismo, y se unieron por tanto al partido federalista.

Era sin duda un crímen esta decision tan contraria al convencimiento, y como raras veces un crímen queda sin castigo, los iturbidistas, perdiendo á su héroe por la virtualidad misma de la bandera que tan decidida como hipócritamente habian sostenido, sufrieron el golpe mas terrible, pudiendo decirse de ellos á la letra que, "en el pecado llevaron la penitencia." Nadie ignora que la muerte de Iturbide fué decidida, y de un modo tan irregular como atroz, por el Congreso de un *Estado soberano;* pues aunque preexistia un decreto general que hubiera podido servir de apoyo á las pasiones contra las defensas mas legítimas, el hecho es, que lo que acaso no habria sucedido resolviéndose la cuestion en la Capital, se verificó en un Estado.

Despues de sacrificado el héroe, se tomó empeño, si no en envi-

lecer, por lo ménos en olvidar su nombre y opacar su gloria. Del fondo de ese mismo partido con quien los iturbidistas formaban familia, salió aquella memorable ley, orígen de la funesta rivalidad histórica que ha dividido á la posteridad entre Dolores é Iguala, dando á los primeros caudillos la gloria de un acontecimiento que no consiguieron realizar, y rehusándola por entero al hombre que, sobre los restos miserables y casi ya extinguidos de la primera revolucion, erigió el augusto y glorioso monumento donde el águila de Anáhuac, dominando este vasto suelo, empezó á presentar al mundo, como un hecho consumado, la independencia de México: ¡nuevo y merecido golpe, y castigo tal vez mas terrible que el primero, descargado sobre aquellos que rehusando á la patria el contingente de sus ideas políticas, prestaron á una parte de sus hijos extraviados la importante cooperacion de su influjo social! Excusado nos parece decir que esta falsa posicion de los iturbidistas en el teatro de los partidos contribuyó mas que todo al éxito desgraciadísimo de sus empresas constantemente frustadas, siendo mui digno de notarse que, miéntras un amargo destierro y una lastimosa muerte habia hecho pagar fuera de sus dos patrias á los generales Negrete y Echávarri la defeccion que habian cometido contra Iturbide, y despues que el redactor del plan de Casa-Mata recogió el premio de la suya en un patíbulo, donde se le hizo espirar por simples indicios, fué necesario que Guerrero, guiado por su corazon, mas bien que inspirado por su partido, hiciese uso de las facultades extraordinarias, para que Bustamante y los últimos partidarios de Iturbide no hubiesen corrido la misma suerte.

Volviendo atrás los pasos, para continuar nuestras observaciones sobre la marcha y vicisitudes de los partidos, dirémos que el federalista habia triunfado ya en la expedicion y adopcion de la *Acta constitutiva* cuando la ejecucion de Iturbide, y aquel triunfo quedó enteramente consumado en la Constitucion de 1824. Mas esta Constitucion, sin embargo de figurar como una derrota de los centralistas, no fué bastante para contentar las aspiraciones del partido democrático. Esto era, por otra parte, natural. Habian concurrido á formarla hombres salidos del antiguo régimen y dominados por las nuevas ideas: mezcla embarazosa, que debia pasar necesariamente al código constitutivo. Las doctrinas de la soberanía del pueblo y del pacto social, que entónces estaban á la moda, no podian dar á los partidos una fórmula definitiva; pues ni los demócratas puros podian triunfar de las antiguas tradiciones, ni los hombres fascinados en las Córtes de España con el reflejo de la filosofía política que habia traido consigo la revolucion de Francia, podian

desprenderse, ni lo querian tampoco, de sus creencias y de sus máximas, barreras insuperables para el desarrollo pleno del purismo democrático. Habituados además al régimen colonial, les era imposible vencer sus tendencias á un centro, sin el cual no podian comprender la unidad constitutiva y administrativa de México. Sucedió, por lo mismo, que la constitucion de 24 adelantaba mucho la obra de la destruccion de nuestra parte tradicional, al paso que dificultaba el desarrollo completo de las ideas federalistas. Invocando á Dios como el *Autor y Supremo Legislador de la sociedad*, rendia un tributo á la escuela católica en la ciencia política, y declarando en seguida que *la soberanía reside esencialmente en la Nacion*, hacia un cumplido á las ideas dominantes. Este simple principio manifiesta que, tratándose de las cuestiones fundamentales que remontan al orígen y desarrollo del poder social, y siendo indispensable la adopcion ó la exclusion del elemento religioso para comprender la forma definitiva de cada escuela política, la carta de 24 dejaba en pié todas las cuestiones en su parte fundamental, aplazaba para mas tarde un triunfo decisivo, y no pudiendo, por tanto, dejar de tener de suyo un carácter transitorio, llevaba consigo á la posteridad un elemento de muerte.

Organizado el primer Gobierno, el rito escocés decaia, ora por las frecuentes derrotas que sus miembros habian sufrido en los debates políticos y en sus malogradas reacciones, ora porque, absorbiendo la sociedad todas las ideas y toda la accion de un modo tumultuario é irregular, parecian desprenderse de su fondo los compasados y silenciosos procedimientos de los ritos masónicos. Mas un error político del General D. Guadalupe Victoria le dió nueva vida, contraponiéndole un rival con la creacion de la *logia yorquina*, bajo las inspiraciones del funestamente memorable Poinsset. Esta circunstancia dió nuevos nombres y preparó una nueva organizacion á nuestros partidos políticos. Los *escoceses*, llamados ántes centralistas por el partido que habian tomado en la república, y borbonistas por sus primeras ideas de dinastía ó de forma, retuvieron el nombre de su rito, miéntras el partido exaltado, incorporándose todo en la logia de *York*, adoptó el nombre de *yorquino*. Los nombres, pues, de los partidos representaron ritos masónicos, siendo por lo mismo necesario penetrar un poco más en el fondo de sus ideas, para comprender sus relaciones con la sociedad. Esto es tanto mas necesario, cuanto que hubo cierto trascurso de tiempo en que los partidos yorquino y escocés no habian depurado su personalidad, habiendo como habia en uno y otro bando mexicanos eminentes y hombres perdidos.

La primera depuracion de los partidos se debió á una lucha po-

lítica de candidatura, cuando se dió paso á elegir el personaje que habia de suceder á Victoria en la Presidencia de la República en el segundo periodo constitucional. Pero oigamos lo que dice sobre este punto Don Lúcas Alamán en el (tom. 5º, pág. 839) de su historia de México.

"Habiendo llegado, dice, el tiempo de la eleccion de presidente, " periodo el mas crítico y peligroso en las repúblicas, se presenta- " ron dos candidatos, Gómez Pedraza y Guerrero: por el primero se " declararon todos los iturbidistas incorporados en los yorquinos, " toda la gente mas distinguida que en estos habia, y los fragmentos " de los escoceses, que teniendo que escoger entre uno y otro pre- " tendiente, aunque ambos le fuesen igualmente odiosos, todavía " prefirieron al que daba mas garantías de órden y regularidad en " en el Gobierno: por Guerrero quedaron los antiguos insurgentes " y todo lo mas abyecto de los yorquinos. Favorecian á Pedraza " el Presidente Victoria, Esteva y Ramos Arispe, que asombrados " de su propia obra, buscaban los medios de destruirla: por Guerre- " ro estaban el Gobernador del Estado de México Zavala, Alpuche " y Poinsset. Esta segunda subdivision de los yorquinos ganó las " elecciones de diputados que se hacen popularmente y en totali- " dad, mas perdió las de senadores, que se renuevan por mitad, y " las de presidente, ambas dependientes de los congresos de los Es- " tados. Pedraza debia ser presidente, habiendo reunido once votos " de los diez y ocho Estados que sufragaron: los restantes para vi- " ce-presidente, se repartieron entre Guerrero y Bustamante."

Aunque segun el Señor Alamán no importaba esto mas que una simple subdivision del partido yorquino, en la realidad no fué así, pues estas fracciones constituyeron dos bandos enteramente opuestos, y la mejor prueba de ello es que el partido escocés quedó refundido en uno de estos bandos, como lo hace notar el mismo historiador. Pero sea de esto lo que fuere, no tardó mucho tiempo esta subdivision en representar sin disputa una division general, una doble bandera que por desgracia nos ha tenido divididos hasta el dia. Habiendo triunfado el plan de Jalapa y establecídose el Gobierno de Bustamante, una de aquellas fracciones representaba, no ya un simple voto de candidatura, sino un partido nuevamente organizado contra otro que sin modificacion alguna quedaba en pié.

El Señor Alamán, aludiendo á la reaccion dicha y al triunfo que obtuvo el partido sano en las elecciones de aquella época, se explica de esta suerte: "No fué sin embargo el partido escocés el que se " sobrepuso á su contrario, sino el que de nuevo se formó á con- " secuencia de la eleccion de Presidente y de la revolucion de la

" Acordada, compuesto, como hemos dicho, de los restos de los es- " coceses y de toda la gente respetable que habia entre los yorqui- " nos, que comenzó á llamarse *de los hombres de bien*, y al que se " adhirieron el clero, el ejército y toda la gente propietaria. El par- " tido opuesto, que continuó con el nombre de yorquino, perdido de " reputacion, y debilitado en número, era siempre fuerte por su au- " dacia, y viendo claro que caminaba á su ruina, acudió de nuevo " á las armas."

No obstante la observacion del Señor Alamán, la denominacion de *escocéses* y *yorquinos* continuó todavía mui generalizada en el pais, sin que se adoptase la de *hombres de bien*, sino mui excepcionalmente, ya como ironía por los yorquinos contra los escocéses, ya por éstos contra aquellos para afearles su conducta y desconceptuarlos en la sociedad.

Mas, al triunfar la revolucion que destruyó la administracion de 1833 y trajó consigo la abolicion del sistema federal, los nombres de *yorquinos* y *escocéses* fuéron sustituidos con los de *federalistas y centralistas*, siendo esta la segunda vez que los nombres de los partidos correspondian á las cosas sin cambiar por esto de personas: porque realmente los yorquinos continuaron en la lucha tomando por bandera la carta de 1824 y proponiéndose por fin el restablecimiento de la federacion, miéntras que los otros, tomando la contraria, quisieron sepultar para siempre jamas este sistema con su constitucion primitiva.

Mas tarde, cuando el pronunciamiento de Parédes en San Luis y la reaparicion de la idea monárquica, que se trataba de realizar y por la cual se decidió una parte del partido sano, una nueva denominacion se introdujo en él y su contrario, la de *monarquistas* con que eran designados los centralistas, y la de *liberales* con que habian sido nombrados los federalistas. Sin embargo, esta denominacion duró mui poco, pues aquella idea pasó en México como un meteoro, y acaso el haber fracasado en el mismo Congreso del partido triunfante, sirvió de motivo para que desapareciese casi de México, á lo ménos en el lenguaje sério y sincero de los partidos el nombre de *monarquistas*; pero en su lugar vino á sustituirse otro, el de *conservadores*, que es el que lleva hoi el partido que sucesivamente figuró como escocés, partido sano ó de los hombres de bien, centralistas y monarquistas.

Designanse, pues, hoi nuestros dos grandes partidos con los epítetos de *conservador* y *liberal*. Mas no nos detendrémos en examinar la exactitud y propiedad de ambas denominaciones, que acaso no están fundadas en una verdadera oposicion de ideas nacidas de los

mismos nombres; pues ni el partido conservador, entendido como debe ser, excluye la libertad civil y política, ni el partido liberal, reducido al círculo de ambas, debia ser hostil al principio conservador: porque no queremos ocuparnos en cuestiones de nombre, sino mas bien encargarnos del carácter, accion y tendencias de cada partido.

Como acabamos de decir, el partido liberal no patrocina precisamente la libertad en la lei: quiere mas bien, que ésta se sujete á aquella, ó para mejor decir, la invoca como una bandera y apoyo de ciertas doctrinas. Cuáles sean éstas, fácilmente se colige de todo lo que han hecho y querido hacer en México los hombres mas exaltados de este partido en las diversas épocas que han tenido el poder. Pretenden que sus contrarios son enemigos del progreso social, y por tanto les llaman *retrógrados* ú hombres del *statu quo*, y ellos se apellidan *progresistas*. El Doctor Mora, tan célebre por sus opiniones, y tan venerado del partido demócrata, le dió á éste; con una especie de definicion, su credo político. "Para evitar disputas " de palabras indefinidas, dice en la advertencia preliminar de sus " Obras sueltas, debo advertir desde luego, que por *marcha política* " *de progreso* entiendo aquella que tiende á efectuar de una mane- " ra *mas ó ménos rápida*, la ocupacion de los bienes del clero, la " abolicion de los privilegios de esta clase y de la milicia, la difu- " sion de la educacion pública en las clases populares, absoluta- " mente independiente del clero, la supresion de los monacales, " la absoluta libertad de las opiniones, la igualdad de los extran- " geros con los naturales en los derechos civiles, el establecimien- " to del jurado en las causas criminales." Hé aquí sin rodeos el programa del partido liberal en toda su extension, y el fundamento de sus mismas fracciones. Esta pauta se extiende mucho, como fácilmente se ve; pero el que la ha trazado ha sido excedido en su plan, pues al ejecutarle han andado los discípulos mas terreno que el maestro, como pueden decirlo esos desórdenes que tanto lamentamos en la varias épocas de su dominacion. La expulsion de españoles no era un artículo de este símbolo; pero fué un hecho escandaloso atrozmente consumado, y un sistema perseverantemente seguido por este partido, hasta que reconoció España nuestra independencia: hecho inexplicable, aun segun el programa de aquel malogrado sacerdote, pero mui comprendido, supuestas las observaciones que hicimos en el precedente párrafo, á propósito del principio invocado por la revolucion de 1810, su influjo contra el inmortal Iturbide, y sus efectos para el porvenir. El *robo* y *asesinato* no están inclusos en este programa; pero el hecho es que á nombre de la libertad

y del progreso, se consumó el escandalosísimo saquéo del Parian y edificios contiguos, con todos los asesinatos y crímenes consiguientes.

Tampoco estaba en aquel programa un hecho que mas bien parecia serle contrario, y es la intervencion del poder civil, ó mas bien su accion exclusiva en los beneficios eclesiásticos. Pero sin embargo, á nombre de la libertad y el progreso se dió en 1833 la lei del patronato, y se sancionó en 1857, como artículo constitucional, la omnímoda y absoluta y exclusiva intervencion de los poderes generales en materia de culto religioso y disciplina externa. No hái para que seguir adelante, pues lo dicho basta para comprender de dónde parte, por dónde média y hasta dónde camina en sus pretensiones este partido; y uniendo lo que dijo el maestro y han hecho los discípulos, pueden deducirse de los hechos mismos los principios y las doctrinas que profesa. Por lo demas, excusado nos parece notar que el *desideratum* del Doctor Mora, quedó ya totalmente satisfecho, á lo ménos en los decretos, providencias y medidas del partido progresista: porque la *ocupacion de los bienes eclesiásticos* fué decretada en una parte y por la primera vez el 11 de Enero de 1847; y últimamente lo ha sido por completo en Veracruz por el decreto que Don Benito Juárez dió el 12 de Julio último: *la abolicion de los privilegios de esta clase y de la milicia* es uno de los puntos comprendidos en la lei de 23 de Noviembre de 1855; la *difusion de la educacion pública en las clases, absolutamente independiente del clero*, quedó perfectamente atendida en la última constitucion, lo mismo que la *absoluta libertad de las opiniones y la igualdad de los extrangeros con los naturales en los derechos civiles*, así como *el establecimiento del jurado en las causas criminales*. Finalmente, para que nada quedase por hacer, aun *la extincion de regulares* ha sido decretada.

Hemos visto cuál es el pensamiento del partido liberal; hemos visto este pensamiento pasando á ser una realidad bajo su accion en los tiempos que ha gobernado: solo nos falta que advertir el orígen de esa subdivision de *puros* y *moderados* verificada entre los liberales. Ella es una diferencia de simple modo, pues no altera en manera alguna la sustancia: todos quieren llegar al mismo fin, pero no quieren andar en un mismo tiempo el camino. El Doctor Mora, usando de las palabras *manera más ó ménos rápida* fundó á su turno la subdivision del partido liberal, pues los puros siguen el primer impulso, los moderados el segundo: los primeros andan al vapor, los segundos en diligencia: los primeros son mas osados, los segundos mas recelosos: los primeros mas impetuosos, los segundos mas prudentes: los primeros mas decididos, los segundos

mas irresolutos y circunspectos: los primeros cuentan con mayor fuerza motriz, que está en razon inversa de su arraigo; los segundos luchan con mayor número de obstáculos, como son las creencias, la educacion, los hábitos y la propiedad. Al caer el partido conservador, todos se juntan para el arreglo de la cosa pública, y al insurreccionarse contra ellos, todos se unen para destruir al enemigo comun. Sus divisiones están, pues, siempre en el intermedio lo mismo que su carácter. Suele por tanto suceder que cuando gobierna el partido liberal, los puros obran, y los moderados discurren; los puros trabajan, y los moderados aprovechan; y como no puede ser indiferente una situacion semejante, no trascurre mucho tiempo desde que empieza á marchar el Gobierno, sin que se presenten en el terreno político los *puros* y los *moderados*, como dos partidos diversos, opuestos en principios y recíprocamente detestados. Pasemos al partido conservador.

En todos los artículos donde le hemos mencionado, nos hemos venido explicando respecto de él, como de un partido propiamente dicho, bien organizado y con su accion expedita; mas en la realidad no es así: del partido conservador no existe mas que los elementos y el nombre: pasar de aquí sería lo mismo que suplantar con una hipótesis esta palpable realidad. Si hubo un tiempo en que el partido liberal tuvo contra sí otro partido mas ó ménos fuerte, pero activo y organizado, este tiempo ya pasó. En la realidad en México no ha existido de algunos años á esta parte mas partido medianamente organizado, pero en accion permanente y movimiento continuo, que el llamado *liberal*. ¿Cómo, pues, ha estado en lucha? ¿cómo ha tenido sus turnos de triunfos y derrotas? ¿cómo ha estado unas veces en el poder y otras contra el Gobierno establecido? ¿Sería esto explicable, si no hubiese otro partido? Hé aquí una cuestion que naturalmente ocurre al tocar estos puntos, y que hemos debido proponernos conforme á los principios de franqueza é imparcialidad de que partimos. Pues bien, todo se explica sin perjuicio de esta verdad importante: *del partido conservador no hai en México mas que los elementos y el nombre*. Expliquémonos.

El partido liberal ataca las creencias, los hábitos y los intereses mas arraigados del pueblo. Este ataque levanta, por via de defensa contra su accion, al clero, al pueblo, á los propietarios, á los que tiemblan por sus hijos á la vista del porvenir, á los que son envueltos en esas leyes espoliatorias, ya porque se les coloca entre la conciencia y el interés, como lo hemos visto no ha mucho en consecuencia del decreto de 25 de Junio, ya porque se les obliga á exhibiciones gravosas, porque superan sus facultades, y peligrosas

porque los dejan expuestos á las consecuencias de una reaccion, como sucedió en 1847 con la ley de 11 de Enero, y está sucediendo ya en los departamentos gobernados por Don Benito Juárez en consecuencia de las leyes que ha expedido en Veracruz, ocupando la propiedad eclesiástica. Cuando ocurren estas conmociones en México, empieza, continúa fortificándose, y se consuma por fin, la revolucion moral y social de la opinion pública: á esta sigue luego la insurreccion armada, que al fin se sobrepone, ya por triunfos decisivos del ejército, como ántes sucedia, ya por el hecho de retirarse, abandonando el puesto el primer magistrado de la república, como de algunos años á esta parte ha estado sucediendo. Triunfante la revolucion armada, sus principales caudillos, en consonancia con algunas personas notables contrarias al partido liberal, organizan un Gobierno, que dura el tiempo necesario para que los demagogos, con su prodigiosa fuerza motriz, insurreccionen al país, cansen al Gobierno y se apoderen de la administracion. Si el partido conservador estuviese organizado; si por su combinacion, empeño, actividad y resolucion para todo, se propusiese poner en juego sus grandes elementos sociales contra ese sistema que, bajo los mas especiosos nombres y bellas apariencias, todo lo destruye, claro es que hace muchos años se hubiera consolidado y hecho verdaderamente invencible. Mas no habiendo tal organizacion, sucede por lo régular que los grandes propietarios y todas las personas mas influentes que llevan el título de conservadores, comienzan por hacerse á un lado sin prestarse absolutamente á nada: que otros sugetos de ménos categoría y de iguales ideas políticas quedan ocupados en los empleos, en consorcio con algunos liberales moderados, y cierta clase de hombres cuyo partido es el de acomodarse con el que manda. Durante la administracion conservadora, los empleados de color claro en el sentido conservador marchan con lentitud y andan siempre con cierta especie de atraso; se muestran incrédulos y confiados al nacer la reaccion, figurándose que no es cosa, ó que no ha de triunfar; y sobre todo, descansando en lo que hayan de hacer los militares, siguen á su mismo paso desempeñando sus empleos, y haciendo el papel de investigadores de noticias y simples espectadores: los moderados dicen á su turno: "Dejémos las cosas como van, que esto no es contra nosotros;" y los de la tercera clase comienzan con sus anfibologías miéntras la cosa no toma un carácter serio, contienen hasta el aliento cuando la revolucion se compromete, sin indicar probabilidades decisivas en ningun sentido, toman su barómetro político, que observan hora por hora desde que el horizonte empieza á esclarecerse, y preparan oportu-

namente ó un látigo para cargar contra los *revoltosos* si el Gobierno triunfa, ó todo lo necesario para empezar, en caso de sucumbir éste, á desvanecer colores, restablecer armonías y ofrecer servicios al nuevo gobierno. Esto explica perfectamente cómo el partido conservador no tiene organizacion alguna, no tiene accion, no tiene vida social: es simplemente pasivo y sufrido cuando está de baja, reconcentrado y tímido cuando reacciona, inerte cuando triunfa, difícil de sobreponerse á su contrario, y en extremo fácil para sucumbir.

Es necesario sin embargo, porque así lo exige la justicia, decir una palabra más, para evitar las inducciones falsas á que podria dar márgen una apreciacion incompleta del partido conservador.

Hemos dicho que, propiamente hablando, no hai en este partido mas que los elementos y el nombre. No siendo, pues, en su situacion actual, un partido organizado en que todos los medios correspondan al fin, en su pensamiento político y social, y se cuente ademas con la subordinacion de la fuerza física y los recursos materiales á este pensamiento, no puede reportar en rigor, la responsabilidad de eso que se ha llamado sus derrotas, su debilidad y su impotencia. Nos explicarémos aun más: las creencias, las costumbres y los intereses representados en lo que se llama *Partido conservador*, deben referirse, no á una porcion mas ó ménos numerosa del pueblo, sino á toda la sociedad. Los principios y las creencias católicas; la constitucion religiosa y el gobierno moral de la familia; las garantías y el respeto de la propiedad; el concierto de los deberes fundado en el doble carácter que la sociedad tiene de política y religiosa; el comun reconocimiento de una Lei superior á la voluntad individual ó colectiva del hombre, preexistente á todos los códigos humanos y base indispensable de toda legislacion; las relaciones de imputabilidad entre la sancion humana y la sancion divina de las leyes; la concordia entre la Iglesia y el Estado, fundada en la dependencia comun que una y otro tienen de Dios, y en la independencia social que recíprocamente tiene la una del otro y vice versa, en su formacion, constitucion y administracion; los derechos consiguientes á esta concordia &c., &c.: hé aquí los principios conservadores, no de un partido político, sino de todo el cuerpo social; no de un determinado Estado, sino de toda la sociedad moderna. Son *principios*, porque cada uno de ellos corresponde á una verdad evidente, á un derecho cardinal, á una base práctica y firme de pensamiento y accion, y son *conservadores*, porque de su aplicacion, respeto y observancia, depende la conservacion del órden social, asi como el menoscabo, debilidad y ruina de tal órden están en razon directa del menoscabo, debilidad ó abandono de tales principios;

Ábrase la historia, comenzando desde su orígen; estúdiense, á la luz que estos principios despiden, las vicisitudes diversas de las naciones, y se hallará constantemente confirmada esta verdad.

Saquemos ahora nuestra consecuencia práctica. Cuando el partido anticonservador ha estado en el poder, ha combatido estos principios, y como ellos están en el fondo de la sociedad, se ha excitado en ésta, como no há mucho lo hicimos advertir, un fuerte movimiento de repugnancia y disgusto que la gente pensadora explica de palabra ó por escrito, y la fuerza de las armas apoya; lo cual basta para la caida del tal partido. Esta caida es pues el triunfo, no del partido conservador contra el partido liberal, sino de la sociedad misma contra una osada minoría que accidentalmente habia ejercido el poder público.

Vice versa: se establece el Gobierno llamado conservador, y desde luego empiezan á notarse algunos síntomas alarmantes, poco despues se siente un positivo malestar, causado por una nueva revolucion del partido democrático: crece el disgusto por la facilidad con que éste se mueve, y la lentitud con que aquel obra: mui pronto la agitacion se generaliza, el Gobierno se entorpece, y cae á los golpes de una demagogia triunfante. Pues bien: no es esta la derrota del partido llamado conservador, porque sus principales órganos nunca han sido dueños de la situacion, ni han estado genuinamente representados en el Gobierno, ni este ha contado de parte de sus agentes, principalmente militares, con aquella cooperacion eficaz, hija del celo, adhesion, lealtad, pericia y valor, que hubieran sido suficientes para destruir el mal en su cuna, y dar solidez al Estado, fuerza al Gobierno y crédito á la Nacion.

Cualquiera que esté medianamente instruido en la historia de nuestras revoluciones civiles, puede ahorrarnos el trabajo de comprobar con citas particulares este concepto general. Siempre que ha subido al poder el partido conservador segun el concepto público, realmente no ha tenido sino un influjo consiguiente á la caida de su adversario, cosa mui natural, pero nunca el necesario para dominar por completo la situacion. Si exceptuamos la administracion Bustamante, que pareció identificar al Gobierno con su partido, y por consiguiente con la sociedad en fuerza de sus principios, y cuya caida dependió casi exclusivamente de las defecciones militares; este partido ha tenido en lo general muchas dificultades para dar á sus gobiernos aquella regularidad y aquel acierto que les habria dado tal vez, si hubiese habido en ellos mas buen sentido, ó si hubiesen contado á lo ménos con una leal, inteligente, activa y eficaz cooperacion de parte de la fuerza militar.

Deduzcamos la última consecuencia. La instabilidad de los gobiernos demagógicos nace de su natural antagonismo con el carácter de la sociedad. El no haberse podido instituir definitivamente un Gobierno conservador, con la solidez y estabilidad que se desean, depende principalmente de tres cosas: primera, de la falta de organizacion de un partido nacional, esto es, conservador de los verdaderos principios, activo y laborioso para impulsar todos los ramos de prosperidad pública: segunda, de la falta de concierto entre los hombres que sostienen tales principios y los gobiernos que se han llamado conservadores; y por último, de la falta de medios prácticos suficientes y eficaces, con la cual han luchado siempre aquellos por la viciosa organizacion del ejército y por la infidelidad con que ha correspondido á su confianza una parte considerable del personal administrativo.

§. XIX.

CONTINUACION.—IMPORTANCIA Y CONDICIONES DE UNA MEDIACION EXTRANGERA.

Visto, pues, por qué hallándose identificados con los verdaderos intereses de la sociedad los principios del partido conservador, no ha podido sin embargo alcanzar éste un triunfo completo sobre su antagonista, ni establecer un Gobierno sólido y estable, y puesta en claro asimismo la impotencia del partido llamado liberal, para enseñorearse definitivamente del pais, gobernándole á su modo y sin contradiccion, ya puede comprenderse bien el carácter de nuestra situacion política y social, y apreciarse debidamente las ventajas que México lograría con una mediación eficaz por parte de la Europa, para el restablecimiento del órden y la paz, institucion del Gobierno y firmeza del Estado. Siendo indispensable aproximar el Gobierno á la sociedad en fuerza de sus principios, afirmar el Estado en fuerza de las instituciones, sostener al Gobierno, mediante la regularidad de la marcha administrativa, contra los vicios de la fuerza que le apoya y del personal que le sirve; y no pudiendo gozarse esos bienes sin un agono recurso, la mediacion interpuesta por el Señor Aldham de parte de la Inglaterra, concertada con la de Francia, que tambien se nos ofrece, dan un fuerte apoyo moral á la esperanza de ver á la Nacion á salvo despues de esta crisis en que sin duda está corriendo todos los riesgos. Aplaudimos

y agradecemos, pues, tales oficios; pero tememos mucho que por falta de sus requisitos propios sean estériles. Deseamos ardientemente que la mediacion europea sea una realidad y no una simple palabra; pero una realidad que edifique y no destruya, que facilite no el triunfo definitivo de un partido, sino el establecimiento de un Gobierno nacional: querémos verla colocada entre nuestros partidos para desarmarlos, y al frente de nuestra sociedad para vigorizarla y salvarla, concertándola con el Gobierno.

Excusado nos parece advertir que la primera condicion que ella debe tener es la de su eficacia. Esta vendrá del concierto de la Europa con nuestra sociedad, á pesar de los partidos. Nada importa que cualquiera de ellos diga "No" si la sociedad dice "Sí." Este concierto fija el derecho y legaliza la accion, ó para hablar sin frases bien pudiera pasarse desde mediar hasta intervenir, siempre que se intervenga para proteger los derechos de la sociedad y autonomia de su Gobierno contra los intereses bastardos de los partidos y la brutal accion de antisociales oligarquías. Una intervencion como ésta, encaminada toda exclusivamente á proteger los verdaderos intereses del pueblo, á salvar nuestra nacionalidad, á facilitar la institucion de un Gobierno sólido y estable, á restablecer la paz, reduciendo á la impotencia á los agentes de la revolucion, seria un beneficio de primer órden, que ligaria nuestra gratitud hácia la Europa, que nos volveria á la vida social, que nos daria instituciones adecuadas y Gobierno fuerte, que salvaria para siempre nuestra nacionalidad, reincorporándo al mismo tiempo á la sociedad mexicana en las espaciosas vias de ese verdadero progreso que conduce á los pueblos á la grandeza y prosperidad.

Pero qué! ¿no es esto una quimera? ¿no es esto un discurso en que se reflejan, mas bien que las luces de un entendimiento práctico, las especulaciones de la escuela, ó los candores de la infancia? Si de esto no ha de resultar ventaja de ningun género á la Europa, y no como quiera, sino una capaz de compensar sus sacrificios, hemos discurrido en vano; mas no así en el caso contrario.

Ahora bien: ¿hai ó no antagonismo entre los Estados-Unidos y Europa? ¿hai ó no en aquellos tendencias á una absorcion que tarde ó temprano los haga señores del Nuevo continente? ¿es ó puede ser indiferente á la Europa comercial, y aun política, ese antagonismo y el resultado final de tales tendencias? ¿la posicion topográfica de México es poca cosa para el cómputo de los datos que han de servir á la solucion práctica de esta cuestion continental? ¿podria ser indiferente á la Europa que el Coloso del Norte se enseñorease de este puente que une los dos mares y la comunica con

el Asia? Y aun, bajando á region mas humilde nuestro pensamiento, ¿no tiene la Europa, especialmente la Inglaterra, grandes intereses en este pais? ¿no se afectan estos intereses, de nuestras vicisitudes políticas y decadencia social? ¿nada significan esas alternativas de alza y baja en el crédito exterior, segun que gobiernan este pais los hombres de arraigo y moralidad, ó la faccion demagógica? Nada responderémos á esas preguntas: las dejamos intactas bajo el dominio de la crítica. Pero si ellas no importan una solucion, á lo ménos autorizan una hipótesis que puede servir de base para discurrir sobre lo que debe hacerse, ya por parte del Gobierno, ya por parte del pueblo, en el caso de restablecerse la paz y el órden, con un gobierno ménos expuesto que otros á esas vicisitudes que han hecho hasta aquí su vida tan precaria. Sea por la mediacion extrangera, sea por un accidente feliz que sobrevenga á la turbulenta marcha, es posible, si no lisongearse de un triunfo definitivo, á lo ménos alcanzar una buena posicion, es decir: una posicion que, bien aprovechada, pueda asegurar el triunfo, consolidar el órden y salvar la sociedad.

§. XX.

CONTINUACION.—SOBRE LA COOPERACION RECÍPROCA DEL GOBIERNO Y DEL PUEBLO PARA UTILIZAR UNA POSICION VENTAJOSA EN CASO DE ADQUIRIRLA.

Para no ir mas allá de lo que podemos naturalmente esperar, supuesta la mediacion ofrecida, hemos querido reducirnos á una hipótesis, no solo posible, sino en gran manera probable. ¿Cuál? El advenimiento de los hombres de órden, sean cuales fueren sus ideas políticas, á una posicion ventajosa, que, para trasformarse en estado permanente, solo exija inteligencia, moralidad, cordura y energía de parte del Gobierno, y una cooperacion eficaz de parte de la sociedad.

Léjos de nosotros hacer una censura de lo presente; pero, sin culpar á las personas, preciso es convenir en que hoi dia no existe la posicion de que hablamos, y aun podriamos añadir, que nunca habia parecido mas remota la esperanza de una verdadera restauracion. Hasta aquí habiamos presenciado la constante lucha del Gobierno con la revolucion; mas hoi tenemos á la vista el espectáculo de dos gobiernos organizados en toda forma, disputándose los títulos de su legalidad en las leyes y en su respectiva marcha administrativa con la misma fuerza con que se disputan su existencia material en el campo de batalla. La sociedad, colocada entre estos dos Gobiernos, sufre alternativamente las vejaciones horribles del uno, y el abandono consiguiente á la impotencia del otro. Ha dado algunas veces signos inequívocos de espíritu y vigor, luchando generosamente contra la demagogia armada; pero al noble ardimiento ha sucedido la postracion en consecuencia de un desamparo que ha inutilizado tantos esfuerzos, haciéndolos servir únicamente para irritar mas y mas la venganza de esas turbas de foragidos, que todo lo sacrifican, asolan y destruyen á nombre de la libertad, del progreso y la reforma. Hé aquí la causa de este decaimiento en que yacen todas las clases del pueblo, y que no parece sino el síntoma precursor de la muerte. Mas, estudiando las causas de esta situacion moral, encontramos que todo nace de la desconfianza consiguiente al desengaño, y de la persuasion casi universal de que no hai remedio. De lo cual se infiere que, si la confianza renace, si tan triste persuasion desaparece, si la sociedad ve por fin iniciarse un órden de cosas nuevo y en armonía perfecta con sus creencias, costumbres y aspiraciones legítimas, cambiará tambien el sentimiento nacional, sucediendo á la indiferencia el interes, al desaliento la animacion, á la desesperacion la confianza, y á la inercia la actividad.

La felicidad pública es un producto combinado de dos fuerzas: la del Gobierno que manda, y la del pueblo que obedece. Pues bien: todos podemos estar seguros de que, si la Providencia nos depara un Gobierno dotado de tan excelentes cualidades, bastará que halle éste en los mexicanos toda la cooperacion de que habrá menester de parte del pueblo, para remediarlo y repararlo todo. Sucesivamente irán desapareciendo entónces los escombros y las ruinas que ha hecho la Revolucion: se irá consolidando el órden y afirmando la paz: la Iglesia no estará encadenada, sino expedita y garantida en la accion fecunda de su ministerio: la moral pública ganará dia por dia con el apoyo de las leyes y el influjo de los ejemplos: la justicia será administrada con rectitud y equidad, y estarán concertados en ella los intereses privados con los deberes públicos. En pos de estos bienes de la religion, de la justicia y de la moral, vendrán como por añadidura, segun la promesa infalible de Jesucristo, Señor Nuestro, los muchos y cuantiosos bienes del tiempo, los prodigiosos adelantos en todas líneas, y todos los goces legítimos que representan la prosperidad, la grandeza y felicidad de las naciones: inmigracion selecta, vias de comunicacion expeditas, agricultura floreciente, industria adelantada, comercio próspero, y todo aquello que Dios nos permite esperar cuando le somos fieles; todo aquello que tanto facilitan los

el Asia? Y aun, bajando á region mas humilde nuestro pensamiento, ¿no tiene la Europa, especialmente la Inglaterra, grandes intereses en este pais? ¿no se afectan estos intereses, de nuestras vicisitudes políticas y decadencia social? ¿nada significan esas alternativas de alza y baja en el crédito exterior, segun que gobiernan este pais los hombres de arraigo y moralidad, ó la faccion demagógica? Nada responderémos á esas preguntas: las dejamos intactas bajo el dominio de la crítica. Pero si ellas no importan una solucion, á lo ménos autorizan una hipótesis que puede servir de base para discurrir sobre lo que debe hacerse, ya por parte del Gobierno, ya por parte del pueblo, en el caso de restablecerse la paz y el órden, con un gobierno ménos expuesto que otros á esas vicisitudes que han hecho hasta aquí su vida tan precaria. Sea por la mediacion extrangera, sea por un accidente feliz que sobrevenga á la turbulenta marcha, es posible, si no lisongearse de un triunfo definitivo, á lo ménos alcanzar una buena posicion, es decir: una posicion que, bien aprovechada, pueda asegurar el triunfo, consolidar el órden y salvar la sociedad.

§. XX.

CONTINUACION.—SOBRE LA COOPERACION RECÍPROCA DEL GOBIERNO Y DEL PUEBLO PARA UTILIZAR UNA POSICION VENTAJOSA EN CASO DE ADQUIRIRLA.

Para no ir mas allá de lo que podemos naturalmente esperar, supuesta la mediacion ofrecida, hemos querido reducirnos á una hipótesis, no solo posible, sino en gran manera probable. ¿Cuál? El advenimiento de los hombres de órden, sean cuales fueren sus ideas políticas, á una posicion ventajosa, que, para trasformarse en estado permanente, solo exija inteligencia, moralidad, cordura y energía de parte del Gobierno, y una cooperacion eficaz de parte de la sociedad.

Léjos de nosotros hacer una censura de lo presente; pero, sin culpar á las personas, preciso es convenir en que hoi dia no existe la posicion de que hablamos, y aun podriamos añadir, que nunca habia parecido mas remota la esperanza de una verdadera restauracion. Hasta aquí habiamos presenciado la constante lucha del Gobierno con la revolucion; mas hoi tenemos á la vista el espectáculo de dos gobiernos organizados en toda forma, disputándose los títulos de su legalidad en las leyes y en su respectiva marcha administrativa con la misma fuerza con que se disputan su existencia material en el campo de batalla. La sociedad, colocada entre estos dos Gobiernos, sufre alternativamente las vejaciones horribles del uno, y el abandono consiguiente á la impotencia del otro. Ha dado algunas veces signos inequívocos de espíritu y vigor, luchando generosamente contra la demagogia armada; pero al noble ardimiento ha sucedido la postracion en consecuencia de un desamparo que ha inutilizado tantos esfuerzos, haciéndolos servir únicamente para irritar mas y mas la venganza de esas turbas de foragidos, que todo lo sacrifican, asolan y destruyen á nombre de la libertad, del progreso y la reforma. Hé aquí la causa de este decaimiento en que yacen todas las clases del pueblo, y que no parece sino el síntoma precursor de la muerte. Mas, estudiando las causas de esta situacion moral, encontramos que todo nace de la desconfianza consiguiente al desengaño, y de la persuasion casi universal de que no hai remedio. De lo cual se infiere que, si la confianza renace, si tan triste persuasion desaparece, si la sociedad ve por fin iniciarse un órden de cosas nuevo y en armonía perfecta con sus creencias, costumbres y aspiraciones legítimas, cambiará tambien el sentimiento nacional, sucediendo á la indiferencia el interes, al desaliento la animacion, á la desesperacion la confianza, y á la inercia la actividad.

La felicidad pública es un producto combinado de dos fuerzas: la del Gobierno que manda, y la del pueblo que obedece. Pues bien: todos podemos estar seguros de que, si la Providencia nos depara un Gobierno dotado de tan excelentes cualidades, bastará que halle éste en los mexicanos toda la cooperacion de que habrá menester de parte del pueblo, para remediarlo y repararlo todo. Sucesivamente irán desapareciendo entónces los escombros y las ruinas que ha hecho la Revolucion: se irá consolidando el órden y afirmando la paz: la Iglesia no estará encadenada, sino expedita y garantida en la accion fecunda de su ministerio: la moral pública ganará dia por dia con el apoyo de las leyes y el influjo de los ejemplos: la justicia será administrada con rectitud y equidad, y estarán concertados en ella los intereses privados con los deberes públicos. En pos de estos bienes de la religion, de la justicia y de la moral, vendrán como por añadidura, segun la promesa infalible de Jesucristo, Señor Nuestro, los muchos y cuantiosos bienes del tiempo, los prodigiosos adelantos en todas líneas, y todos los goces legítimos que representan la prosperidad, la grandeza y felicidad de las naciones: inmigracion selecta, vias de comunicacion expeditas, agricultura floreciente, industria adelantada, comercio próspero, y todo aquello que Dios nos permite esperar cuando le somos fieles; todo aquello que tanto facilitan los

elementos consiguientes á nuestra posicion en el globo, á la variedad de nuestros climas y de nuestras producciones, á la fecundidad de nuestros campos, y á los ricos y preciosos metales depositados en las entrañas de nuestra tierra.

Mas, ¿qué debe hacer el hombre, á quien la Nacion confíe sus destinos, para conseguir un pleno restablecimiento? Las cualidades del Gobierno han de buscarse en los caractéres mismos de la situacion: las heridas de nuestra patria son otros tantos indicantes de lo que se necesita de parte de aquel, para que lleguen á cicatrizar. Muchas son las llagas de que está cubierta nuestra sociedad; mas para no entrar en la prolija tarea de enumerarlas todas, reducirémos á cuatro clases generales todos los objetos que deben fijar la atencion, mover el celo y sostener la solicitud constante del Gobierno, á fin de conducir la sociedad á una verdadera y plena restauracion: la cuestion religiosa, la cuestion política, la cuestion administrativa y la cuestion internacional; porque la buena solucion de estas cuestiones bastará, si no nos engañamos, para dar la que deseamos todos á la cuestion social de la nacion mexicana.

I.

La primera causa de nuestros males, la que mas pernicioso influjo ha ejercido en el estado lastimoso de postracion á que ha llegado nuestra sociedad, es la guerra ciega y tenaz que la revolucion, especialmente en los últimos años, ha hecho á la Religion y á la Iglesia. Trabas al ministerio de la enseñanza católica; libertad y proteccion á la propaganda impía; opresion sin límites al sacerdocio; impunidad al sacrilegio; saqueo de los templos; despojo de los bienes y abolicion de los derechos é inmunidades de la Iglesia: hé aquí, no todo ciertamente, sino solo una parte de lo mucho que ha estado haciendo entre nosotros la Revolucion á fin de acabar con el culto religioso, la moral cristiana, la disciplina canónica, y lograr por este medio arruinar y destruir completamente la institucion católica en esta parte del Nuevo Mundo, como el objeto de su encono siempre antiguo, y siempre nuevo en todos los países que adoran á Jesucristo y pertenecen á su reino. Nuestra suprema necesidad en el caso es, pues, toda canónica y moral, siendo cierto que hemos contendido por los derechos, los principios y los deberes de la conciencia. Las administraciones Conmonfort y Juárez han dictado leyes opuestas en todo sentido á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia; y los verdaderos católicos, colocados entre Dios y el César, lo mismo que los apóstoles, y

persuadidos como éstos de que no es lícito desobedecer á Dios para obedecer al César, han opuesto á ellas una resistensia pasiva, por la cual han sufrido la mas odiosa persecucion, y cuantos han permanecido fieles son hoi las víctimas de su fidelidad para con Dios y la Iglesia. ¿Cuál es, pues, la necesidad que tenemos en este punto? que el Gobierno sea católico, que comprenda lo que importa ser católico. Pues bien: si tales fueren sus caractéres, podrémos todos estar tranquilos, porque comprenderá perfectamente lo que es el principio católico, y no será él quien venga á poner en tormento la conciencia de los mexicanos. Entónces podrémos tener esperanza mui sólida de que tan grave cuestion se arreglará con la Santa Sede, y este arreglo, cualquiera que sea, dará fin á todos los conflictos en que tal cuestion ha puesto á los católicos; y hé aquí cómo, sin adelantarnos á los sucesos, podrémos tranquilizarnos en este punto, con solo estar persuadidos de la catolicidad y religiosidad del Gobierno.

II.

La segunda llaga de México, y la cual puede considerarse, á lo ménos en el maligno carácter que ha tomado al fin, como una consecuencia de la cuestion religiosa, es la division en que se hallan sus hijos, la cual ha hecho correr tanta sangre y ha perpetuado la guerra tenazmente hasta el dia. Esta guerra desoladora, sostenida por los intereses mas inicuos y de la manera mas brutal, intimida mucho cuando se medita en los fundamentos de la esperanza que aun abrigamos todos, aunque ya mui débil, de ver restablecido el órden y afirmada la paz. Es pues necesario, para conjurar esta calamidad, un genio conciliador que, hallando en sí propio recursos de avenimiento que ninguno de nuestros hombres ha empleado hasta aquí, logre reunir de nuevo las persuasiones y las creencias, el pensamiento y la accion de los mexicanos en torno de una bandera de restauracion, de verdaderas garantías, de justa libertad y un progreso bien entendido. Hemos dicho un genio, porque la obra de la reconciliacion de nuestros partidos, atendidas las dificultades extremas con que tropieza, debe ser una especie de creacion, una empresa mas árdua todavía que la de realizar la independencia; porque la reforma siempre ha sido mas difícil que la institucion misma. Aun tratándose de un órden superior, de aquel órden que se afirma en los pensamientos eternos del Omnipotente, no vaciló el Profeta en asegurar, que la restauracion del mundo moral importaba una maravilla superior con mucho á su salida de la nada.

Pretender unir á los mexicanos como se forma una compañía, ó como se hace una transaccion, seria divertirse como niños en jardines encantados: pretender unir á los mexicanos, concediendo los provechos de la restauracion á los hombres encenagados en el crímen, á los que se han cebado en la sangre y enriquecido con todos los despojos que se acaban de consumar, legitimando todos los rangos adquiridos á título de inmoralidad y barbarie, fundándose en que los malos estarán quietos miéntras se les lisongee, y los buenos no se moverán por timidez ó por su moralidad, es un sistema que podrá alcanzar, si se quiere, un sufragio á título de *alta política* en un siglo sin Dios y sin lei, pero que haria correr las lágrimas de los buenos, excitaria risas irónicas y burlescas en los malos, seria condenada por la recta razon y el buen sentido, y reportaria los anatemas de la religion y de la moral. Emplearlos á unos y á otros sin discernimiento en la administracion pública, seria iniciar la contrariedad del movimiento en la máquina social, llamar la anarquía en apoyo de la restauracion, y exponer la nave del Estado á un segundo naufragio. ¿Qué hacer pues? ¿Decidirse únicamente por un partido? No: esto seria un error de las mas tristes consecuencias. Nada mas contrario á la noble y digna tarea de una verdadera reconstruccion social que la parcialidad política. Un partido, en clase de tal, cualquiera que sea, tiene rasgos comunes que le asimilan á todo, y diferencias excepcionales que le caracterizan y le distinguen del todo. Bajo el primer punto de vista sus miembros pueden asociarse útilmente al interes comun, al paso que, bajo el segundo, son de ordinario pretensiosos é intransigibles. Seria mui raro poner de acuerdo lo que es característico de un partido con lo que es propio de la sociedad. La simple razon de partido se inspira ordinariamente de los intereses, se vigoriza con las pasiones, y por lo mismo no puede resistir á la prueba de un criterio práctico. Por otra parte, y aun prescindiendo de estas consideraciones, no puede un Gobierno decidirse por un partido sin autorizar, ó excusar por lo ménos, la oposicion del otro, y en consecuencia, sin poner obstáculos á la concordia y á la paz. Prescíndase, pues, enteramente de lo pasado en cuanto á la simple razon de partido; no se haga figurar como un obstáculo para el empleo de las personas el color político de su antigua bandera; búsquense la aptitud, la probidad y las garantías de adhesion al órden establecido, y esto basta.

Seria incurrir en una temeridad, condenada igualmente por el buen sentido y la moral, suponer que todas las personas de un partido se identifican de tal suerte con su programa, que son precisamente lo que éste: que todos son malos, ó todos son buenos: que

todos son ignorantes, ó todos son instruidos &c., &c. Verdad es que la influencia política de partido afecta mas ó ménos la inteligencia y el corazon; pero tambien es indispensable reconocer que hai en todos los partidos personas honradas, inteligentes y leales, y las hai tambien con las cualidades opuestas. Si pues las primeras, llamadas por el Gobierno, se comprometen á servir, nada importará el partido á que hayan pertenecido; porque desempeñarán bien sus empleos, y no pasará mucho tiempo sin que estén perfectamente identificadas con el Gobierno y la sociedad.

Estas consideraciones, fundadas en la naturaleza de las cosas, son de todos los tiempos y aplicables á todos los casos; pero adquieren un peso mayor todavía cuando se trata del restablecimiento del órden y la paz, despues de esas crísis supremas que han agitado profundamente á las naciones. Entónces el mismo exceso del mal facilita el remedio: porque los escarmientos han hecho morir las ilusiones; los golpes crueles del desengaño han puesto en evidencia toda la falacia y todo el absurdo de las teorías. Falta el aliento para continuar sosteniendo intereses excepcionales y planes de partido. Todos quieren paz, órden, garantías; quieren vivir con seguridad y gozar sin obstáculos; quieren sentir y conocer por experiencia propia las ventajas de la vida social, y se prestan por lo mismo fácilmente á cualquiera sistema político, á trueque de conseguir y asegurar tan preciosos beneficios. El honrado padre de familia, el afanoso agricultor, el inteligente industrial, el activo comerciante, y en general todos aquellos que buscan, bajo la proteccion de las leyes, los recursos y comodidades indispensables para la vida, despues de tantas experiencias dolorosas, y cuando al empuje desastroso y constante de una revolucion inmoral, lo han sufrido todo y han llegado casi á perder hasta la última esperanza del remedio, son mas dóciles, mas fáciles para aceptar cualquiera situacion que les dé garantías, y no tienen empeño ninguno en sostener doctrinas ó intereses de partido. En estos casos no queda mas que una clase fuertemente adherida á su bandera revolucionaria, y es la de aquellos hombres habituados al crímen, interesados en el trastorno general; la de aquellos para quienes el órden es la muerte y la paz el sepulcro; la de aquellos, en fin, que viven del robo, del saqueo, y necesitan colocarse léjos de la influencia de las leyes, para dar curso libre á las mas horribles y funestas pasiones.

Véase, pues, cómo las mismas dificultades de la situacion, el cansancio de la lucha, la inseguridad personal, el menoscabo y ruina de los intereses legítimos, la repeticion de los desastres y la fuerza irresistible de los desengaños, son otros tantos medios eficacísimos,

creados por la misma situacion, para neutralizar la influencia de los partidos, y aproximar al Gobierno á los ciudadanos probos, inteligentes y leales, cualesquiera que hayan sido sus opiniones, para conseguir el restablecimiento de la paz, el imperio del órden y la incontrastable fuerza del Estado. Óbrase entónces, no una transaccion de principios, lo cual es imposible, no una tregua política, lo cual seria estéril, sino un concierto de pensamiento y accion entre el Gobierno y el pueblo, lo cual es fácil cuando se saben aprovechar las circunstancias. Preciso es convenir en que, si es difícil, é imposible casi, una fusion política, no sucede lo mismo con una fusion social. Lucha la primera con pasiones ardientes é intereses intransigibles; la segunda se obra por el poder soberano de la inteligencia y de la justicia, concertadas en la religion, en la marcha de la sociedad y por la fuerza misma de las cosas.

Un pensamiento grande y fecundo, un plan de Gobierno sábio, práctico y en relacion íntima con las necesidades del pueblo y los recursos del país, capaz de atraer á todos por el irresistible poder de la necesidad, de la justicia, de la conveniencia; un sistema de accion que excluya la inmoralidad y tranquilice al hombre; que nada conceda á la persistencia de los hábitos formados por las malas pasiones, y todo lo brinde á la reforma moral bien comprobada; que despierte el espíritu nacional, interesando al pueblo en la conservacion y marcha del Gobierno, excluyendo de esta participacion política á los perturbadores del órden público, á los enemigos del honor, del mérito, y acechadores de la propiedad agena; una justicia igual, despierta, activa y fácil, que instantáneamente, si es posible, lo repare todo; un concierto inalterable, no de los partidos, no de las pasiones, sino de los derechos con los deberes, de los intereses legítimos con la marcha del Gobierno, de las clases en que se depositan los grandes elementos de la vida social con la sociedad misma; una conducta que sea como el espejo donde se reflejen todas estas luces, donde se descubran todos estos pensamientos, donse manifiesten en su grande importancia tan felices combinaciones: hé aquí una idea incompleta, si se quiere, pero bastante para ocupar con utilidad la reflexion, á fin de atinar con los únicos senderos por donde puede llegarse al sólido restablecimiento de la union y de la concordia. Estas por la naturaleza de las cosas, una vez perturbada la paz, nunca preceden á la restauracion del órden, porque esto es imposible; pero vienen despues sobre las huellas de la carrera constante de la sociedad con el Gobierno, bajo el triple influjo de la fuerza religiosa y moral, de la fuerza legal y de la fuerza física bien dirigida. La necesidad hace milagros: penetra á donde

no llegan las convicciones, es decir: la situacion misma, el movimiento de la sociedad, las condiciones propias de bienestar civil consiguientes á un régimen bien ordenado, bastan para realizar por sí lo que no pueden alcanzar nunca ni las discusiones, ni las influencias, ni los artificios momentáneos de eso que se llama *alta política*.

III.

Lo tercero que debe fijar la atencion y excitar vivamente la solicitud del Gobierno, es el sistema de la administracion pública. Son tántos los males sobrevenidos por los muchos vicios de esta, que podriamos afirmar, sin exageracion, que la mayor parte de las desgracias que ha sufrido nuestra patria, y el estado de extrema postracion á que se ve hoi reducida, trae su principal origen de la falta absoluta de una buena administracion. Ora provenga esta falta de esa ligereza con que, abandonando nuestros conocimientos, experiencias y hábitos de tres siglos, en vez de reducirnos á modificar y perfeccionar lo que habia, nos lanzámos á la carrera de peligrosas novedades impulsados por el espíritu pueril de imitacion; ora nazca de la carencia de conocimientos prácticos y competentes; ya dimane de los vicios consiguientes á la falta de probidad, de los desaciertos en el empleo de las personas, de la complicacion del sistema administrativo; ya finalmente, sea todo un efecto inevitable de estas continuas vicisitudes y trastornos por donde hemos venido pasando; el hecho es, que la administracion pública está por establecerse: hemos dicho poco, necesita del allanamiento previo de todas las dificultades y complicaciones que han venido acumulándose hasta aquí, para comenzar á existir.

Es preciso decir una palabra más, es preciso hacer una reflexion que, si puede ser insignificante para algunos, es de una suprema importancia para nosotros. Van corridos ya cuarenta años de independencia, y en este largo período hemos ensayado todas las formas de gobierno, hemos tenido Regencia, Imperio, República federal, República central, Dictadura; y sin embargo, esta es la hora en que no podemos decir, fundados en nuestra propia experiencia, cuál de todas las formas de gobierno es la que conviene á la Nacion. ¿Por qué? porque todo ha girado exclusivamente en el círculo administrativo, y en la cuestion del bien y del mal las personas han sido todo, las formas no han sido nada. Podriamos citar ejemplos de algunos períodos de bien estar bajo la forma federal, bajo la forma central y aun bajo la dictadura, con solo reducirnos á los límites de cier-

tas provincias, donde ha habido gobernantes sensatos y prudentes, lo cual ha bastado para encontrarse bien. Puede asegurarse que en cualquiera de los sistemas políticos que nos han regido, habria logrado la Nacion todas las ventajas del estado social con solo tener buenos gobernantes, buenos empleados civiles y buena disciplina militar. Todo se refiere, pues, á la administracion pública, y esto hace, lo repetirémos aun, que, habiendo pasado cuarenta años en sufrir los abusos en esta línea, no hayamos tenido tiempo de consagrar debidamente la atencion á las cuestiones de forma.

Esto nos hace creer que, bajo cualquiera forma convenientemente acomodada á la sociedad, puede esperarse mucho de un gobierno fuerte y un buen sistema administrativo. En este punto basta la firmeza del Estado y una voluntad resuelta y constante del Gobierno, para conseguirlo todo. "Ama, decia San Agustin, y haz lo que quieras." ¡Gran pensamiento, mas por desgracia mui olvidado! Haya un verdadero patriotismo, un vivo sentimiento del deber, un verdadero amor á la justicia y al órden, un celo bien probado por el bien público, y nada será difícil á un gobierno. Haya tino para escoger, acierto para distribuir, y empeño en vigilar á las personas que han de servir los empleos, y el Gobierno, y por consiguiente la sociedad, seguirán una marcha regular y constante. Simplifíquese la máquina, para dominar plena y expeditamente su economía; póngase la legislacion al nivel de la razon comun; interésese al pueblo en el cumplimiento de su deber por el sentimiento de los beneficios del Gobierno; manténgase recta la balanza de las libertades del comercio, con los intereses de la industria, con el fomento de la agricultura y las necesidades del Gobierno, en vez de cegar con lucros pasajeros del Erario y una prosperidad efímera las verdaderas fuentes de la riqueza pública; haya un perfecto nivel entre los ingresos y egresos de las rentas, estando realmente representados, y no solo de un modo nominal, los preciosos créditos de los servidores del Estado; proscríbase á muerte, como el primer enemigo de las naciones, el agiotage, cuyas especulaciones infames nos han sumergido en el abismo de la miseria, y han destruido completamente el crédito nacional: hágase todo esto, repetimos, y todo cambiará como por encanto: habrá rentas, fuerza bien organizada, milicia fiel, Estado firme, verdadero Gobierno, garantías efectivas, libertad suficiente, impulso constante y progreso bien entendido.

Pero no es esto todo: sábia y popular puede ser la lei, fuerte el Gobierno, suficiente el Erario, y mui dócil el pueblo, sin que por esto se consigan los beneficios del estado social, y no solo, sino que

todo seria inútil y quedaria mui pronto destruido, si no se pusiese la misma solicitud en facilitar á la sociedad una perfecta administracion de justicia. Sin tribunales y jueces probos hasta la incorruptibilidad, morales hasta el celo, vigilantes y activos, inteligentes y sábios, todo será inútil, volvemos á decirlo. Procúrese á toda costa una eleccion correspondiente á la alta mision de la magistratura, dótense estos empleos de manera que no sea necesario buscar en el último heroismo de la virtud las garantías de su buen desempeño, y no se necesita de otra cosa para dar todo su complemento á un buen sistema de administracion.

Combinadas así las cosas, todo marchará con regularidad, todos los ramos serán debidamente impulsados: crecerá la estimacion del trabajo con la proteccion de la agricultura, de la industria, de las artes y del comercio: la instruccion pública, difundida por todas las clases, mediante un profesorado competente, bajo todos aspectos, y una superintendencia bien dirigida, dará muchas creces á la civilizacion, al paso que el cultivo de las ciencias y de las letras, impulsado por el Gobierno y la ilustracion de las clases, dará cuerpo y robustez á nuestra literatura naciente, y por todos estos medios llegará la Nacion á tal grado de esplendor, que alcanzará una ventajosa reputacion aun entre las naciones extrangeras.

IV.

Este juicio favorable será para nosotros la señal mas evidente de que se ha logrado una completa restauracion, y este es precisamente el cuarto y último objeto á que deben atender, al mismo tiempo, el Gobierno con sus actos y la sociedad con su importante cooperacion. Nada es tan doloroso como el descrédito y menosprecio de nuestra patria en el mundo. No repetirémos aquí las calificaciones, los apodos, las invectivas, porque ninguno ignora que México á los ojos de la Europa, es, si así podemos decirlo, mucho ménos que nada. Este desconcepto exige una restauracion que comenzará, y de una manera sorprendente, desde que esa mediacion ofrecida por la Inglaterra, y secundada segun parece por la Francia, tome un carácter serio, apoyando con su influencia poderosa la consolidacion de un Gobierno nacional, en armonía con las creencias, las costumbres y los intereses de este pueblo digno de mejor suerte. Entónces sucederán al desprecio la consideracion, y al desaliento la esperanza, y este pueblo, á quien ahora se califica de bárbaro, á lo ménos al decir del Señor Aldham, se verá incorporado en los espaciosos caminos de la civilizacion. ¿No

es, pues, mui natural creer, que bajo una influencia tan poderosa, si sabe aprovecharse, puede llegar nuestra patria, no solo á rehabilitarse completamente, sino tambien á ocupar una elevada posicion en el general concepto de la Europa? Pero, ¿esto es lo que basta para que tenga su magnífica realidad el cuadro de esperanzas que nuestra imaginacion dibuja en el horizonte del porvenir? Nada se conseguirá por cierto, sin la cuerda y activa cooperacion de parte del pueblo, sino nuevos, tardíos y estériles desengaños, mui semejantes á esas negras antorchas que dejan caer sus tristes esplendores en el fondo de los sepulcros.

§. XXI.

CONTINUACION.—SOBRE LA COOPERACION QUE DEBEN PRESTAR AL GOBIERNO TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Si el desaliento general de un pueblo trabajado y agotado durante medio siglo de revoluciones, puede explicarse naturalmente; no tendria excusa, por cierto, cuando renaciesen las esperanzas con la aparicion de medios eficaces para restablecer el órden y la paz. En los tiempos que hemos pasado, tal vez habia algun fundamento para excusar, á lo ménos en las clases poco influentes, aquella inercia, efecto de la situacion mas bien que del carácter, obra del convencimiento de la inutilidad absoluta de los esfuerzos, mas bien que de una positiva degradacion en la índole de un pueblo recomendable por tantos títulos. Con mui pocas excepciones se ha estado repitiendo el espectáculo de una sociedad aniquilada por los intereses y sojuzgada por las pasiones, mas bien que regida por los principios. La impunidad ha sido mayor á medida que el crímen era mas horrible y monstruoso en su carácter, y mas universal y perseverante en su accion. Crímenes y amnistías, capitulaciones y ascensos: hé aquí la frecuente alternativa que han tenido los partidos contendientes en tan dilatado tiempo. Moviase una poblacion para resistir al vandalismo con la esperanza de obtener un oportuno socorro, y abandonada del Gobierno, no tardaba en ser víctima de la venganza. ¿Cómo podriamos extrañar la pasibilidad extrema y el decaimiento de ánimo en las poblaciones, despues de tal abandono? ¿cómo podriamos extrañar esa desazon, ese cansancio del sufrimiento, ese fastidio universal que han laxado todos los resortes, y acabado á un mismo tiempo con el espíritu público y con el espíritu nacional? Sea en buena hora tan lastimoso estado el castigo merecido de un pueblo que se extravió casi desde el punto de partida, y que, al conquistar su independencia, perdió el juicio y recibió las cadenas de sus propias pasiones. Mas, cuando todo haya cambiado, cuando la Providencia condolida pronuncie el *hasta aquí* de nuestros sufrimientos; cuando la presencia de un Gobierno de órden y moralidad, bien apoyado y firme, satisfaga por fin al *desideratum* que nos ha estado arrancando tantos clamores, y cuando veamos al frente del Estado á un hombre de inteligencia, de corazon, de probidad intachable, de influjo poderoso y de voluntad firme y resuelta, no podriamos por cierto encontrar, aun en el campo de nuestros enemigos, ni excusas para nuestra inercia, ni compasion al consumarse nuestra última desgracia, al caer la pesada losa sobre el sepulcro ignominioso de nuestra nacionalidad y de nuestra esperanza.

Todos los mexicanos, sin excepcion alguna, debemos aprestarnos solícitos trayendo cada uno en nuestra esfera y en nuestra clase, nuestro contingente al grandioso edificio de la prosperidad y la gloria nacional. El amor de la patria es el amor del prójimo en su mas elevada escala, es aquel centro que identifica en los afectos al amor de sí mismo con el amor de los otros. El amor de la patria cuenta, pues, con todo el apoyo de esa Lei perfectísima y eterna que ha cifrado la felicidad, sin excepcion, toda y sola en el cumplimiento de los deberes. ¿Quién es el que ama, segun la doctrina de la Sabiduría increada? El que guarda los mandamientos. "¿Quién es el que me ama, podria decir la Patria, sino aquel que realiza las condiciones de felicidad y ventura, propias de una sociedad bien organizada?"

Todo Gobierno está obligado á procurar por cuantos medios estén á su alcance la felicidad pública; pero esta obligacion es correlativa de un derecho suyo á la cooperacion del pueblo. Pretender que un Gobierno llene su mision, y excusarse al mismo tiempo de cumplir cada uno sus deberes sociales, es lo mas absurdo en el pensamiento y lo mas criminal en la conducta, es una inconsecuencia brutal, es una cosa incalificable. Nada perjudica tanto al órden moral como la falsa conciencia, y acaso no hai nada mas comun que ésta, en materia de obligaciones para con la sociedad y el Gobierno. Y á tanto llega el engaño en este punto, que destruye el remordimiento, y suele conducir hasta la jactancia. El arte de defraudar los derechos del fisco se luce como habilidad, la resistencia pertinaz para servir los empleos lucrativos ó las cargas concejiles se excusa ó con la independencia de la posicion, ó con la

firmeza del carácter, y por ese estilo, al trastorno de los deberes corresponde el trastorno del lenguaje. Mas todos estos vicios tienden sustancialmente á contraponer el individualismo propio á la sociedad entera. El estado social trae consigo indispensablemente la obligacion de sacrificar á él, en la parte indispensable, los beneficios del estado simplemente individual; mas este sacrificio, léjos de ser gravoso, es nada respecto de los bienes que por consecuencia trae á cada uno de los asociados. Una reunion, un pueblo de familias, que no constituyesen sociedad, que no tuviesen gobierno, que no contasen con las garantías de una administracion comun, y con toda la seguridad y firmeza del poder público, no podrian subsistir en paz, estarian sujetas á la preponderancia de la fuerza física movida siempre por los intereses ó las pasiones, y ningun sacrificio individual, por grande que fuese, bastaria para proporcionarles la milésima parte de las ventajas del estado social.

Estas consideraciones deberian ser bastantes para persuadir á todo el mundo, no sólo de la fuerza moral que en sí tienen estos deberes, sino tambien de lo mucho que se interesa en su cumplimiento aun el bien particular de cada uno. Cuando todos están prontos á las prestaciones que exigen la institucion del Gobierno y la firmeza de Estado, el órden social se mantiene á poca costa respecto de cada ciudadano; pues cuando todos cumplen igualmente, cada uno resulta mucho ménos gravado. El desórden viene, pues, de la repeticion de las faltas en cada línea de obligaciones, y este desórden, por la repeticion de los abusos, puede llegar hasta el extremo de hacer insoportables al pueblo los gravámenes del estado social. Tratándose, por ejemplo, del Erario público, y partiendo del principio de que ningun Gobierno puede vivir sin rentas, sucede por lo regular en los pueblos donde se ha trastornado el órden, que las dificultades para la exaccion de los impuestos y las bajas consiguientes de las rentas, obligan al Gobierno á recurrir á medios extraordinarios, como préstamos forzosos, recargos de impuestos sobre artículos y á personas en que el cobro es mas fácil: desórden gravísimo, de consecuencias terribles y originado exclusivamente de la resistencia de muchos para satisfacer las contribuciones que tienen asignadas. No multiplicarémos los ejemplos, pues con solo éste basta para suponer lo que sucederá en todo, y para comprender que el órden público descansa en la observancia de las leyes, en el cumplimiento de los deberes sociales, y por el contrario, que el desórden está en razon directa de las infracciones de las primeras y del abandono de los segundos.

No nos detendrémos, sin embargo, á indicar por menor todo lo

que exigen de parte de los ciudadanos, en clase de cooperacion indispensable con el Gobierno, la conservacion del órden y la paz, la buena administracion pública y el goce positivo de aquellos beneficios que naturalmente vienen de una buena organizacion política, de una recta marcha administrativa: porque esto nos pondria en el caso de escribir mucho, lo cual no es ya prudente, atendido el carácter propio de este opúsculo, y lo mucho que ya nos hemos extendido. Pero si á causas opuestas corresponden efectos tambien opuestos, y si ya hemos dicho *(párrafo XV)* cuáles son los obstáculos que han impedido en México consolidar el órden, restablecer la paz y utilizar los elementos de prosperidad con que cuenta, clarísimo es que los deberes quedan refundidos en las virtudes que se oponen á los vicios que han hecho nacer semejantes obstáculos.

Si el primer orígen de nuestras vicisitudes políticas y de nuestros trastornos sociales ha sido el desconcierto y capricho de las opiniones, su oposicion á los principios y máximas generalmente recibidas, sus pretensiones exageradas en la categoría de los derechos, y su resistencia pertinaz á toda sujecion y al cumplimiento de todo deber; el primer tributo que debemos ofrecer á nuestra patria, segun esto, es reducir á sus linderos propios la esfera de las opiniones, no permitiendo que traspasen el sacro valladar de la Lei divina, bajo la cual todo se alcanza y contra la cual nada se puede; no invadiendo con ellas nunca el recinto augusto de los principios incontrastables del órden social, ni confundiendo jamas los fines con los medios; sino al contrario, dando á los unos su derecho propio, y dejando á los otros en su lugar conveniente. Esta confusion de los medios con los fines ha dado á la opinion pública esa pésima direccion que, comenzando por extraviar el camino, concluye casi siempre con desquiciarlo todo.

El fin que debemos proponernos, y del cual nunca nos es lícito apartarnos, es el bien consiguiente á la perfeccion social. Las formas de Gobierno deben ser consideradas como medios que conducen á este fin. Si una forma política se concierta de tal modo con los elementos morales, materiales y sociales de un pueblo, que resuelva con el mejor éxito el difícil problema de su felicidad, seria tanta locura persistir en disputar sobre formas, como la de aquel que, habiendo recobrado su perfecta salud, continuase todavía buscando la mejor medicina.

En cuanto á los intereses, no añadirémos nada, porque esto seria una redundancia inútil, á lo que ya dejamos expuesto en las páginas 691 hasta 693, sobre tan importante materia. Conciértense todos con la justicia, y entónces el bien particular y el bien público

se sostendrán mutuamente, y la participacion igual de todos los ciudadanos en los beneficios que proporciona el Gobierno, hará que cada uno considere su prosperidad propia esencialmente vinculada á la prosperidad pública. Dígase lo que se quiera, los intereses ilegítimos y bastardos viven á expensas de los intereses legítimos y naturales; porque la ilegitimidad y bastardía suponen la injusticia, y en consecuencia, nadie posee sin derecho propio, sino porque ha defraudado lo ageno, público ó privado, pero siempre ageno.

Si el incremento que ha tenido la revolucion reconoce como una de sus principales causas el egoismo y la indiferencia de aquellos que por la influencia de su posicion, los recursos de su fortuna ó la extension de sus conocimientos, han sido mui capaces de contenerla y anonadarla, es preciso que tales vicios desaparezcan, para que el restablecimiento del órden público, la firmeza del Estado y el poder del Gobierno se conserven á salvo de nuevas agitaciones y trastornos. El momento que señale el principio de una nueva Era, para esta Nacion desgraciadísima, debe ser tambien el toque de agonía para todos los egoismos, y la inauguracion del espíritu público bajo el influjo poderoso de la perseverante y activa cooperacion de todos los mexicanos con el Gobierno para la salvacion definitiva, engrandecimiento y prosperidad de la patria.

¿Quién podrá tener excusas para no presentarse al instante de ser llamado, ni cuáles alegaria, excepto la imposibilidad verdadera, que no le pusieran en ridículo? ¿Se opondrá la necesidad de atender á su casa y familia? Una y otra están vivamente interesadas en el órden social, y buena prueba de ello son las calamidades y desastres de todo género que han sufrido los mexicanos á causa de la revolucion en cuanto hai de mas sagrado y querido para el hombre. Si todos hubiesen cooperado con los Gobiernos de órden, auxiliándolos en sus necesidades, ocurriendo á su llamado, sirviendo los empleos para que han sido inútilmente invitados, rodeándolos de prestigio en vez de arruinar su crédito á fuerza de censuras, prestándoles su apoyo en vez de abandonarles, ¿habria tomado tantos bríos la revolucion? ¿habria llegado á tan horribles extremos? No. Luego la casa, la familia, la propiedad, los giros, la posicion, &c., &c., léjos de ser excusas legítimas para negarse al desempeño de los cargos públicos, constituyen un motivo más, el de la conveniencia propia, el de un interes individual bien entendido, para prestarse á todo. Cuando la sociedad está amenazada, todos sus miembros deben aprestarse á la defensa, y no nos cansemos, la *Revolucion* todo lo agita, y nada en lo absoluto deja en pié.

¿Cómo excusar, ó mas bien, cómo explicar la indiferencia de tantas personas distinguidas en estas crísis horribles de la Nacion entera? Pero el hecho es, que la Revolucion ha debido, mas que á su actividad y á sus armas, al egoismo y á la indiferencia de muchos su prodigioso incremento, sus rápidos progresos, y la preponderancia de su poder exterminador. Es, pues, indispensable, si queremos tener patria, abandonar el egoismo, sustituir la indiferencia con el mas vivo interes, y hacer que la actividad suceda á la inercia. De otro modo el Estado estará mal seguro, el Gobierno cada dia mas débil, y por consiguiente, la paz, el órden, las garantías, &c., &c., tendrán siempre una subsistencia precaria.

Hemos hablado ya del sistema seguido en el nombramiento de los empleados, así como tambien de los estragos causados por la envidia y por el espíritu de oposicion, manifestando al mismo tiempo el correctivo único que esto tiene, y es la influencia de la religion y la moral. Excusado nos parece advertir, que uno de los medios mas eficaces de cooperacion con el Gobierno, en provecho de la sociedad, es el empeño por mejorar el sistema de educacion, por destruir el espíritu de antagonismo y censura, el cual ha contribuido acaso mas que todo al desprestigio de los gobiernos, y aun al descrédito de la Nacion. Si desde el principio de nuestra independencia, en lugar de aplicarnos á la imitacion de otros pueblos y acostumbrarnos á despreciar todo lo nuestro, nos hubiésemos portado como verdaderos mexicanos, es mui difícil, por no decir imposible, que hubiésemos llegado al extremo de miseria, descrédito y abyeccion en que actualmente nos encontramos. ¿Por qué han decaido tánto nuestra industria y nuestras artes? Por la doble guerra que les han hecho á un mismo tiempo nuestros gobiernos con sus concesiones y franquicias ilimitadas al extrangero, y nosotros con la preferencia que damos á todo lo que no es nacional, á pesar de que tal preferencia, fomentando el lujo, ha consumado en pocos años nuestra ruina. ¿Por qué nuestra literatura no tiene rango ninguno aun en el país? Porque, ordinariamente hablando, basta que se escriba, ó invente, ó impulse algo, en cualquiera género, por mexicanos, para ganar un título cuando ménos á la indiferencia. ¿Por qué pasa ya como un axioma histórico el que en México no hai hombres capaces de ocupar con honor y provecho de la sociedad los primeros puestos del Estado? Porque no hai uno de los mas distinguidos que, á su turno en la carrera, no haya sufrido cuando ménos el desprestigio consiguiente á la enconada mordacidad de la envidia. Miéntras mas se distinguen, miéntras dan mas pruebas de aptitud, probidad y celo, mas ligeramente se les censura, y mas en-

carnizadamente se les persigue; de lo cual resulta que cualquier hombre mediano, con tal de ser extrangero, basta para opacar el mérito de nuestros hombres mas distinguidos, y aun á tanto llegan los vicios en este punto, que no andaríamos mui exagerados en decir que la nulidad completa ó una inmoralidad positiva han sido muchas veces mas á propósito, que la mas gran suficiencia y la mas incorruptible probidad, para hacer el primer papel en el triste drama de nuestra política. Si queremos, pues, reconquistar el puesto á que naturalmente nos llaman los ricos y fecundos elementos con que contamos, es preciso cambiar enteramente de costumbres, hacer que la indulgencia discreta utilice todos los recursos que un optimismo hipócrita ha destruido completamente con su desden y su envidiosa censura; que al egoismo y la indiferencia, que hasta aquí han interpuesto un abismo entre la sociedad y el Gobierno, sucedan el espíritu público y el espíritu nacional, que son la prueba del verdadero patriotismo, que hacen á cada ciudadano sensible al honor y al engrandecimiento de la patria, y bastan por sí mismos á disponerle para todo, cuando ella es amenazada por la desgracia. Es necesario amar todo lo nuestro: nuestro hermoso cielo, nuestros variados climas, la prodigiosa fecundidad de nuestros campos, la inagotable riqueza depositada en las entrañas de nuestro suelo, los muchos elementos con que contamos en todas líneas para llegar al mas alto grado de prosperidad, la índole dulce de nuestra raza, las dotes de inteligencia con que la naturaleza ha enriquecido á los hijos de México, sus felices disposiciones para todo: es necesario, en suma, reconocer lo mucho que debemos á nuestros hombres mas distinguidos, y culpar á la época en que han vivido, al desórden constante de esta sociedad, á la accion brutal de la revolucion, de los males que no han podido evitar. Observando esta conducta, lograrémos adelantar constantemente hasta llegar á ser felices; mas al contrario, continuando como hasta aquí, serémos los primeros en arruinar por completo á nuestra patria.

---

§. XXII.

CONTINUACION.—UNA PALABRA SOBRE EL CLERO MEXICANO RELATIVAMENTE Á LOS PUNTOS QUE HEMOS TRATADO EN LOS SEIS PÁRRAFOS ANTERIORES.

Las observaciones que hemos hecho en los seis párrafos precedentes acerca del orígen, progresos y estado actual de los partidos políticos, cuya lucha continua forma el objeto exclusivo de nuestra historia patria desde la independencia, con el objeto de manifestar cuáles son las causas de la impotencia en que nos hallamos para establecer un órden de cosas regular y permanente, un Gobierno fuerte y un Estado firme, parecen á primera vista, si no extrañas, por lo ménos innecesarias al objeto de este opúsculo, que es la defensa de la Iglesia y del clero mexicano con motivo de las aserciones del Señor Aldham, en la nota que ha dirigido al Exmo. Sr. Geral Miramon. He aquí por qué nos hemos creido en el caso de hacer algunas breves advertencias, para demostrar que las observaciones dichas son, si no absolutamente indispensables para la defensa de tan buena causa, sí mui conducentes para que resplandezca mas y mas la inocencia de la Iglesia mexicana y de su clero respecto de tan odiosas acusaciones.

En el cuerpo de este escrito hemos probado que ni la Iglesia ni su clero han sido las causas de las desgracias de México; mas en los seis párrafos anteriores hemos robustecido esta prueba con la exposicion histórica de las verdaderas causas de nuestra decadencia y de nuestra ruina. Con esto hemos dado toda su plenitud á nuestra defensa; porque, no satisfechos con probar que no somos culpables de una ni otra, nos hemos adelantado á decir: "aquí está la causa del mal." Obsérvese atentamente la progresion de éste, desde el nacimiento de los partidos, y se verá que la Iglesia y el clero de México no han figurado jamas como partidos políticos, á pesar del empeño con que los demagogos se han esforzado en presentarnos revestidos de tan odioso carácter, y á pesar igualmente de que muchas veces el opuesto partido se ha presentado como defensor de la religion y del fuero eclesiástico. Ya hemos indicado por qué los ataques á la Iglesia han concitado á la sociedad contra sus autores, y facilitado el triunfo de las armas, sin que jamas el clero haya tomado el carácter de un partido, ni ménos dirigido el movimiento de una faccion armada. El clero ha sido constantemente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

víctima de su celo por la defensa religiosa, canónica y moral de la doctrina, de los derechos y libertades de la Iglesia católica, y esto es todo. Siempre que se han combatido estos principios, ha resistido la Iglesia, sin hacer alto en el color político del gobierno que los ataca; porque ni su resistencia es desmesurada cuando quien ataca es un gobierno demagogo, ni deja de hacerla, ó la hace débil é insignificante, porque el gobierno lleve el título de conservador. Muchas pruebas pudiéramos dar en apoyo de este concepto; pero valgan por todas, las enérgicas representaciones y protestas hechas por el Episcopado mexicano, contra las leyes que dió un Gobierno que derrocó la federacion, cortando la libertad canónica de los Obispos, para la enagenacion de la plata, del oro y las alhajas pertenecientes á los templos.

Verdad es, que en diferentes épocas han figurado, ya en uno ya en otro partido, algunos individuos del clero, consecuencia inevitable de la misma Revolucion; pero lo es asimismo, que han sido muí pocos los que han podido merecer el carácter de partidarios políticos; que aun éstos pocos han estado repartidos entre uno y otro bando, como unos de tantos individuos del partido, y no en clase de clérigos; que por lo mismo, jamas ha habido en el país un partido que merezca el nombre de *clerical*, y por última consecuencia, que, no siendo lógico sino sofístico y absurdo el concluir de la clase entera lo que pueda afirmarse con verdad de algunos individuos suyos, es claro clarísimo que el clero, en clase de tal, no ha formado ni patrocinado jamas ningun partido político: que siempre ha sido en su generalidad pasivo y extraño á las cuestiones estrictamente políticas: que si la sociedad se ha conmovido en consecuencia de los ataques dados á la religion y á la Iglesia por una revolucion atéa, de ello no es causa ni el clero, ni la sociedad, sino solamente la Revolucion: que si el clero ha resistido pasivamente á las leyes antireligiosas, antieclesiásticas ó inmorales, esta resistencia representa, no una lucha de partido, sino una obligacion de conciencia, una defensa de derecho, una actitud muí natural cuando se sufre sin justicia, y no solo excusada, sino terminantemente prescrita por el mismo Jesucristo Señor Nuestro.

En segundo lugar: supuesto que el Señor Aldham se presenta como mediador entre dos partidos, que luchan encarnizadamente, con el objeto de aproximarlos á un avenimiento, procurar de esta manera la paz, y coadyuvar, con el apoyo moral de las potencias amigas, á la institucion de un Gobierno sólido y estable, capaz de reparar todas las ruinas de la Revolucion, y afirmar para siempre el reinado del órden, nosotros hemos querido no dar pretexto con

nuestro silencio á la acusacion que se nos pudiera hacer de indiferentes á unos oficios tan generosos y dignos en obsequio de nuestra misma patria. Por este motivo, no solo hemos expresado nuestro agradecimiento, sino procurado tambien justificar con buenas razones la necesidad é importancia de la mediacion; y como para hacerlo necesitabamos subir al orígen de nuestras discordias y seguir la lucha de los partidos, con el fin de fundar aquella necesidad é importancia, precisamente en la postracion absoluta de nuestra sociedad y en la impotencia de los partidos contendientes para establecer aquí un gobierno con los carácteres mencionados, la misma propuesta del Señor Aldham, de parte de la Inglaterra, consignada en la nota que ha dado lugar á este opúsculo, nos ponia en el caso de entrar en tales consideraciones, facilitándonos el hacerlas sin extralimitar nuestro asunto.

Finalmente, por mucho que nos hayan afectado los ataques dados á la Iglesia y al clero mexicano por el autor de la nota citada, no hemos debido olvidar lo que incumbe á nuestra solicitud como hijos de México, cuando se trata de salvar á la sociedad en esta suprema crísis, y á nuestro deber al mismo tiempo, en calidad de pastores, cuando se presenta la ocasion de hacer una censura moral, cuyo fruto debe ser la desaparicion de esos vicios deplorables, á los cuales principalmente debe México su degradacion y su ruina.

Debiamos, pues, las observaciones hechas en los seis párrafos precedentes: primero, á la plenitud de nuestra defensa; segundo, á nuestro interes patriótico por la mediacion; tercero, á los sentimientos que nos inspira como mexicanos la terrible crísis por donde estamos pasando; y por último, á nuestro deber pastoral, denunciando, para su correccion, la presencia y horrible fecundidad de ciertos vicios que son las causas de los males que actualmente sufrimos.

§. XXIII.

CONCLUSION.

Habiendo dado á este opúsculo una extension considerablemente mayor de la que nos habiamos propuesto, no concluirémos sin hacer un brevísimo resúmen de los principales puntos que en él he-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

víctima de su celo por la defensa religiosa, canónica y moral de la doctrina, de los derechos y libertades de la Iglesia católica, y esto es todo. Siempre que se han combatido estos principios, ha resistido la Iglesia, sin hacer alto en el color político del gobierno que los ataca; porque ni su resistencia es desmesurada cuando quien ataca es un gobierno demagogo, ni deja de hacerla, ó la hace débil é insignificante, porque el gobierno lleve el título de conservador. Muchas pruebas pudiéramos dar en apoyo de este concepto; pero valgan por todas, las enérgicas representaciones y protestas hechas por el Episcopado mexicano, contra las leyes que dió un Gobierno que derrocó la federacion, cortando la libertad canónica de los Obispos, para la enagenacion de la plata, del oro y las alhajas pertenecientes á los templos.

Verdad es, que en diferentes épocas han figurado, ya en uno ya en otro partido, algunos individuos del clero, consecuencia inevitable de la misma Revolucion; pero lo es asimismo, que han sido muí pocos los que han podido merecer el carácter de partidarios políticos; que aun éstos pocos han estado repartidos entre uno y otro bando, como unos de tantos individuos del partido, y no en clase de clérigos; que por lo mismo, jamas ha habido en el país un partido que merezca el nombre de *clerical*, y por última consecuencia, que, no siendo lógico sino sofístico y absurdo el concluir de la clase entera lo que pueda afirmarse con verdad de algunos individuos suyos, es claro clarísimo que el clero, en clase de tal, no ha formado ni patrocinado jamas ningun partido político: que siempre ha sido en su generalidad pasivo y extraño á las cuestiones estrictamente políticas: que si la sociedad se ha conmovido en consecuencia de los ataques dados á la religion y á la Iglesia por una revolucion atéa, de ello no es causa ni el clero, ni la sociedad, sino solamente la Revolucion: que si el clero ha resistido pasivamente á las leyes antireligiosas, antieclesiásticas ó inmorales, esta resistencia representa, no una lucha de partido, sino una obligacion de conciencia, una defensa de derecho, una actitud muí natural cuando se sufre sin justicia, y no solo excusada, sino terminantemente prescrita por el mismo Jesucristo Señor Nuestro.

En segundo lugar: supuesto que el Señor Aldham se presenta como mediador entre dos partidos, que luchan encarnizadamente, con el objeto de aproximarlos á un avenimiento, procurar de esta manera la paz, y coadyuvar, con el apoyo moral de las potencias amigas, á la institucion de un Gobierno sólido y estable, capaz de reparar todas las ruinas de la Revolucion, y afirmar para siempre el reinado del órden, nosotros hemos querido no dar pretexto con

nuestro silencio á la acusacion que se nos pudiera hacer de indiferentes á unos oficios tan generosos y dignos en obsequio de nuestra misma patria. Por este motivo, no solo hemos expresado nuestro agradecimiento, sino procurado tambien justificar con buenas razones la necesidad é importancia de la mediacion; y como para hacerlo necesitabamos subir al orígen de nuestras discordias y seguir la lucha de los partidos, con el fin de fundar aquella necesidad é importancia, precisamente en la postracion absoluta de nuestra sociedad y en la impotencia de los partidos contendientes para establecer aquí un gobierno con los carácteres mencionados, la misma propuesta del Señor Aldham, de parte de la Inglaterra, consignada en la nota que ha dado lugar á este opúsculo, nos ponia en el caso de entrar en tales consideraciones, facilitándonos el hacerlas sin extralimitar nuestro asunto.

Finalmente, por mucho que nos hayan afectado los ataques dados á la Iglesia y al clero mexicano por el autor de la nota citada, no hemos debido olvidar lo que incumbe á nuestra solicitud como hijos de México, cuando se trata de salvar á la sociedad en esta suprema crísis, y á nuestro deber al mismo tiempo, en calidad de pastores, cuando se presenta la ocasion de hacer una censura moral, cuyo fruto debe ser la desaparicion de esos vicios deplorables, á los cuales principalmente debe México su degradacion y su ruina.

Debiamos, pues, las observaciones hechas en los seis párrafos precedentes: primero, á la plenitud de nuestra defensa; segundo, á nuestro interes patriótico por la mediacion; tercero, á los sentimientos que nos inspira como mexicanos la terrible crísis por donde estamos pasando; y por último, á nuestro deber pastoral, denunciando, para su correccion, la presencia y horrible fecundidad de ciertos vicios que son las causas de los males que actualmente sufrimos.

§. XXIII.

CONCLUSION.

Habiendo dado á este opúsculo una extension considerablemente mayor de la que nos habiamos propuesto, no concluirémos sin hacer un brevísimo resúmen de los principales puntos que en él he-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos tocado, y decir una palabra sobre el motivo que hemos tenido para detenernos mas de lo que á primera vista pedia una simple refutacion de las especies tocadas por el Señor Aldham en su nota de 28 de Marzo último.

Despues de haber manifestado cómo los principios liberales é ilustrados, entendidos en sentido recto, no son ni pueden ser objeto de disputa, pues ninguno de los partidos contendientes los excluye, cosa que igualmente sucede con la libertad civil, por ser condicion aceptada en todos los códigos del mundo civilizado, procedimos á rebatir una por una las especies diversas contenidas en la citada nota.

Consecuentes con nuestro propósito de vindicar á la Iglesia y sus ministros de los calumniosos cargos que en ellas se les hacen, manifestámos que el poder y la riqueza del clero no podian servir jamas de obstáculo á la existencia y marcha de un gobierno liberal y constitucional; porque ni aquel es un poder político, sino canónico y moral, y por consiguiente, no puede hallarse en oposicion con gobierno alguno en clase de tal, ni las rentas eclesiásticas han sido empleadas nunca sino en los objetos propios de su inversion: que cuantas veces la Iglesia y el clero han estado en desacuerdo con el poder civil, ha provenido esto, no de que el Gobierno sea liberal ó constitucional, sino de los ataques diversos que ha dado á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia católica: que sus riquezas léjos de haber autorizado jamas el odiosísimo empeño de la demagogia triunfante por destruirlas, habian constituido el único banco de avío con que contaba este pais, impulsaban la agricultura, la industria, las artes, eran un fuerte apoyo para conservar la propiedad particular en sus mas graves crísis, se ministraban con un rédito mui módico, el cual era exigido con suma prudencia y moderacion, y aun se concedian esperas ó hacian quitas á los censatarios, cuando se hallaban oprimidos por fuertes compromisos, ó habian sufrido graves pérdidas: que los capitales, administrados con tanta pureza como economía, no redituaban precisamente en favor del clero, ni aun servian para su cóngrua sustentacion, sino que se aplicaban á muchos objetos de beneficencia y utilidad pública unos, y servian otros, con el carácter de capellanías de sangre, para la subsistencia de muchas familias; y por último, que aun la administracion de estos cuantiosos intereses, á lo ménos en el Obispado de Michoacán, único de que tenemos un conocimiento práctico, léjos de traer algunos provechos al clero, era un positivo gravámen; pues el empleado eclesiástico de mas categoría, que era el Juez de testamentos, capellanías y obras pías, no percibia mas que cincuenta pesos cada mes de aquellos fondos; y una persona secular, que

sirvió mas de veinte años en aquella oficina, á pesar de haber vivido con mucha economía, murió pobre.

Concluido este punto, examinámos con mayor detenimiento las palabras *Gobierno liberal y constitucional*, para manifestar que ellas, inventadas por la Revolucion para engañar á los pueblos, no son en la realidad sino unas denominaciones verdaderamente antifrásticas; pues nada mas opresor que los tales gobiernos liberales, y nada mas desórdenado, anárquico y precario en sus ensayos prácticos que los pretendidos sistemas constitucionales, y por lo mismo, la asercion del Señor Aldham está destruida con el peso de toda la tradicion y de la Historia.

Aceptando la concesion que este Señor hace, de que las bases de la Iglesia son buenas, como *fundadas por el Salvador del género humano*, hemos hecho ver que el clero sufre precisamente por sostener las bases de la Iglesia; y por consiguiente, cuando se presenta la nuestra como un obstáculo contra el Gobierno, la calumnia no puede ser mas torpe, y el protestantismo aparece aquí como vergonzante al través de una concesion, que no se hace sino con la reserva de la táctica y la desconfianza del miedo.

Pasando de aquí á la acusacion directa, de que el clero no sigue las sendas trazadas por el Salvador, empleámos el análisis para destruir el artificio de ese viejo sofisma que, confundiendo al hombre con el ministro, ataca la institucion con las debilidades propias de la naturaleza humana, lo cual en lo especulativo es un absurdo, y en lo práctico una alevosía.

Al hacernos cargo de esta asercion calumniosa, referente al clero mexicano: *sus ojos están ciegos porque sus hechos son malos y se complace en ellos;* dijimos lo necesario para concluir lógicamente de la calumniada clase, considerada en su fidelidad católica, en su consecuencia canónica y en sus lamentables padecimientos, y sin referirnos á los vicios de la naturaleza humana, que piden otra clase de exámen, lo siguiente: "sus principios son evidentes é incontestables; su conducta ministerial es consecuente, y de sus principios y su conducta nacen esos padecimientos heroicos, que le orillan al martirio."

De la conducta ministerial pasámos á la conducta moral del clero con el objeto de rebatir estas odiosísimas calumnias: *No se reformará por sí solo, porque tendria que renunciar á sus placeres mundanos; mantiene voluntariamente á su rebaño en las tinieblas y en la ignorancia, para que no vean sus pasos.* A propósito de la primera frase, hicimos ver cómo ella importa un supuesto calumnioso, y es el mal mismo que se denuncia, y un vicio de institucion, á la

cual supone el autor complicada con el mismo delito de que tan descaradamente acusa á nuestro clero. Fuénos preciso, para repeler la calumnia, vindicar la institucion católica y poner en claro el solapado espíritu con que se habla, y es, el de sustituir la reforma católica con la *reforma protestante*, entrar directamente en tan desagradable materia, y demostrar, como lo hicimos: primero, que si algunos ó muchos individuos del clero han dado motivo con su conducta para la censura que se hace, no por esto se puede ella sostener en su aplicacion colectiva; pues de que algunos individuos sean malos, no se sigue que lo sea toda la clase: segundo, que la Iglesia, léjos de hallarse complicada con los vicios que se atribuyen al clero, ni aun de mostrarse indiferente, ha sido siempre mui solícita en impedirlos ó corregirlos, formar y sostener las virtudes y elevar á los ministros del culto hasta la altura de su institucion: tercero, que los obstáculos para la reforma del clero, provienen por lo mismo, no de este, no de la Iglesia, sino de la Revolucion: pues ella tiene el mas grande interes en que el clero sea una clase corrompida, para descatolizar al mundo, y en su despecho de no poderlo conseguir, apela á la calumnia, vociferando una corrupcion general que no existe, y multiplicando los obstáculos para la reforma de tan respetable clase: cuarto, que por lo mismo, á los gobiernos temporales, y no á la Iglesia, toca destruir estos obstáculos: quinto, que aquellos no pueden efectuar esta reforma por falta de mision, por falta de aptitud, por falta de medios y por la total carencia de esos elementos prácticos de accion directa sobre la conducta moral y la conciencia: sexto, que la mision, el poder, la virtualidad y eficacia que tal reforma requiere, se hallan íntegra y exclusivamente en la Iglesia católica, apostólica, romana, y para surtir sus mas felices efectos, basta que el poder civil no le ponga traba ninguna, sino al contrario, que le dispense la debida proteccion, en cuanto sea de su resorte.

Mas el Señor Aldham, no satisfecho con los ataques dirigidos al estado eclesiástico, comprende á la Nacion entera en su censura, suponiendo que México no es un pais cristiano, apoya este supuesto con la prueba peregrina de que no florece, atribuye esto á la falta de libertad civil y religiosa, y concluye asegurando con una énfasis inexcusable que de una y otra no conocemos los mexicanos mas que el nombre. Entrando en el exámen de estos errores hicimos ver: que la asercion de que el pais no es cristiano porque no florece, si no ha de reducirse al carácter de la mas necia vaguedad, importa mas de un absurdo: que el cristianismo verdadero, esto es, el catolicismo, tiene por objeto la perfeccion espiritual y moral, y

por fin último la felicidad eterna: que su Divino Fundador no contó ni con las riquezas, ni con los honores, ni con el poder, ni con la sabiduría del siglo, para el establecimiento de su Iglesia, ni nos ha dejado á sus ministros, como criterio para conocer la existencia, la propagacion, los progresos, ó la decadencia del verdadero cristianismo, el aumento ó la disminucion de los bienes materiales que constituyen eso en que se hace consistir el estado floreciente de las naciones. Mas como el mismo Jesucristo, al mandarnos que no andemos tan solícitos de estos bienes materiales, y enseñarnos que todo nuestro empeño ha de consistir en buscar el reino de Dios y practicar su justicia, dijo al mismo tiempo, que si somos fieles en esto, se nos darán como por añadidura los bienes temporales, precisámos el movimiento lógico de nuestras ideas á la demostracion de que el verdadero cristianismo, esto es, la Iglesia católica, léjos de prescindir absolutamente de los beneficios que pueden llamarse del tiempo, los ha hecho correr, á la faz del mundo y al paso de los siglos, como vertientes fecundas que hace rebozar el manantial de la Providencia sobre la verdadera felicidad individual y social que consiste en otra cosa.

En cuanto á la asercion de que la prosperidad de los pueblos depende de la libertad civil y religiosa, tuvimos cuidado de apuntar los principales argumentos que prueban evidentemente su falsedad lógica ó histórica, y al mismo tiempo su inconsecuencia con el reconocimiento que ha manifestado el Señor Aldham de la divinidad y bondad de las bases de la Iglesia católica. Hicimos ver, en prueba de lo dicho, que semejante concepto está en contradiccion con la historia, el buen sentido y la experiencia, siendo mui digno de notarse que la idea neta comprendida en la énfasis con que se dice: *"la prosperidad de los pueblos depende de la libertad civil y religiosa,"* va todavía mas léjos de lo que representan las palabras: es la insurreccion formulada de la inteligencia contra el dogma y el magisterio católico, y la proclamacion de la voluntad colectiva como fuente y esencia del poder público de la sociedad; es la fiebre de los pueblos en sus revoluciones y trastornos, pues la prosperidad no viene sino cuando la sociedad ha vuelto á colocarse en sus bases naturales.

Cuando el Señor Aldham, con un tono de seguridad que no habria tomado acaso ni aun un mexicano que contase una larga vida pasada en el seno de su patria, afirma que de la libertad civil y religiosa no conocemos nosotros mas que el nombre, nos vimos en el caso de hacerle una concesion irónica, porque el partido que nos ha venido á brindar con una y otra, es y ha sido constantemente anti-

frástico en sus dictados, pues dice lo contrario de lo que piensa, y hace lo contrario de lo que dice: su libertad es esclavitud y su tolerancia es persecucion. Resulta de lo dicho, y aun lo hicimos notar, que no solo conocemos, sino que somos víctimas de la funesta realidad antifrástica de semejantes expresiones, como á su turno lo han sido muchos pueblos del antiguo mundo.

En consecuencia de todo lo que ha dicho el Señor Aldham, y aludiendo particularmente á la especie de que tenemos pretensiones de ser un pais cristiano, sin serlo en la realidad, y como para consolarnos con la esperanza mas halagüeña dice: que *ha llegado el tiempo de que prevalezca el verdadero cristianismo, que aun es tiempo de repararlo todo, de regenerar á la Nacion ántes de que caiga en el olvido*, asienta que el Exmo Sr. General Miramon *puede ser el gefe de esta grande obra, deseada ardientemente por la generalidad del pueblo*; y concluye con estas notables palabras: *sacudid las trabas que ahora os ligan, unios sincera y cordialmente con aquellos que luchan por la libertad de conciencia y por las instituciones libres, y unidos sereis fuertes.*

Para combatir esta serie de errores y poner en claro cómo todo se dirige á trasformarnos de católicos en protestantes, y despues de haber combatido en el parráfo V, la supuesta falta de cristianismo en México, manifestado en el VII, que la pretendida libertad religiosa es diametralmente opuesta á la esencia de la religion católica, y hecho notar en el parráfo IX, que todas las especies dichas son en sí mismas verdaderas irónias, por mas á lo sério que las tome el Señor Capitan, tratámos en el parráfo XI sobre el verdadero y falso cristianismo, y concluímos de todo, que, siendo y habiendo sido México, desde su conversion á la fe un pueblo eminentemente católico, ese verdadero cristianismo que está para llegar á él, segun el Señor Aldham, no es mas que la herejía cismática de Calvino y Lutero, no es mas que el protestantismo. En consecuencia, ese ardiente deseo que supone dicho Señor en todo el pueblo mexicano, es una calumnia gravísima contra toda la Nacion, y así lo demostrámos, consagrando todo el parráfo XII, al exámen de la opinion y de la voluntad nacional, probando con toda la evidencia de hecho y de razon, que el pueblo mexicano aborrece mortalmente lo que el Señor Aldham le supone deseando con pasion; que detesta las religiones extrañas, y se ha explicado con una fuerza irresistible aun á los mismos demagogos, siempre que se ha querido introducir aquí la libertad de cultos.

Para realizar felizmente todos los ensueños de prosperidad que ocupan la mente é inspiran la elocuencia del Señor Capitan, cree

que lo mas conducente seria colocar á la Iglesia en su verdadera posicion, (esto es, que el Gobierno se convierta en Papa, como lo hizo Enrique VIII,) sostenerla con un patrimonio liberal, y dedicar el sobrante de su riqueza al bien de la Nacion. Como en los momentos en que hablaba el Señor Aldham de *un patrimonio liberal*, ministrado por el Gobierno para sostener á la Iglesia y sus ministros, y de *un sobrante de la riqueza de la Iglesia* que habia de aplicarse al bien de la Nacion, estaba ya tan adelantado, que poco le faltaba para concluir, el derroche de los bienes eclesiásticos, pudimos limitarnos á combatir tan peregrina especie con poner en claro la contradiccion que hai entre la dotacion hecha con *un patrimonio liberal*, y la aplicacion del *sobrante de la riqueza de la Iglesia* al bien de la Nacion, y manifestar que ya no hai materia sobre que discurrir, ni fondos de donde sacar el *patrimonio*, ni *sobrante* que aplicar á la Nacion, porque todo está derrochado. Mas como tarde ó temprano habrá necesidad en México de poner un término canónico á la cuestion eclesiástica para tranquilizar las conciencias, y se halla tan en boga la idea de dotar civilmente al clero, dedicámos todo al párrafo XIV á tan importante materia, probando plenísimamente con argumentos incontestables: "en primer lugar, que la dotacion civil del clero mengua su independencia canónica, afecta su dignidad y está llena de inconvenientes; de manera, que cuando la Iglesia la permite, no es como un bien, sino como una cosa tolerada en obvio de mayores males; en segundo lugar, que fundada en el hecho de la nacionalizacion de los bienes eclesiásticos, no justifica el despojo, sino que solo representa una indemnizacion que deja intacta la injusticia de aquel; en tercer lugar, que aun prescindiendo de la injusticia subsistente del despojo, habria siempre iniquidad en aplicar á la dotacion del culto y clero lo que haya de ministrarse por via de indemnizacion á la Iglesia; en cuarto lugar, que, aun prescindiendo de esta injusticia, supuesto que el Santo Padre, conmutando las voluntades, pasase por tal aplicacion, seria quimérica en la realidad, y traeria consigo á la Iglesia una ruina mayor que cuantas hubiesen motivado el arreglo que se solicitara."

Finalmente, concluye sus consejos el Señor Aldham con esta exhortacion verdaderamente incalificable: *"Proteged el comercio y el tráfico con las naciones extrangeras: abrid vuestros puertos y reducid las contribuciones, y pronto verá V. E. difundirse el bienestar y la prosperidad por todo el pais."* Esto es precisamente lo que nos ha conducido á la última ruina, lo que nos ha empobrecido, lo que ha matado nuestra industria, nuestras artes, lo que ya casi nos tiene convertidos en siervos adscripticios del extrangero.

Puede sufrirse el mal, pero no consentirse la burla. Sin embargo, no siendo de nuestro propósito entrar en la cuestion económica y financiera de la libertad del comercio relativamente á nuestro pais, siendo por otra parte inútil para el intento del Señor Capitan, porque partiria de un supuesto falso, pues notorio es que la libertad del comercio extrangero ha tenido aquí ensanches tan ruinosos para la industria del pais como estériles para el erario público, prescindímos absolutamente de tocar estas cuestiones, las cuales por otra parte, para ser tratadas convenientemente, demandarian una extension que ya no nos seria posible darles en este opúsculo.

Con la manifestacion de nuestras ideas acerca del arreglo definitivo de la cuestion eclesiástica, en materia de propiedad y posesion, parece que debimos dar por concluida nuestra tarea; pero realmente nos quedaban cuatro puntos sobre que hablar, y de no poca importancia: primero, los obstáculos que han impedido consolidar el órden público en México, restablecer la paz y utilizar todos los elementos de prosperidad con que cuenta la república; segundo, las causas de esta impotencia en que se hallan los partidos contendientes para establecer un Gobierno sólido y estable; tercero, las ventajas que pueden esperarse de la mediacion ofrecida, y qué condiciones deberia tener ella para producirlas; cuarto y último, la conducta que debian observar, en el caso de una restauracion, á fin de consolidar el órden, afirmar la paz y realizar aquí la felicidad pública, ya el Gobierno que hubiese de establecerse, ya las clases todas de la sociedad.

Al primero de estos puntos dedicámos el párrafo XV, manifestando que á nuestro juicio eran seis las causas principales á que debe México el estado lastimoso en que se encuentra, las cuales han obrado constantemente sobre los gobiernos y el pueblo, cada dia con mas intensidad y fuerza, desde el principio de nuestra emancipacion, hasta formar estos hábitos cuya desaparicion parece ya traspasar los límites de la posibilidad humana; y son el desconcierto y capricho de las opiniones, el choque de los intereses, la influencia negativa pero altamente perniciosa del egoismo, la envidia, la inmoralidad en la provision y desempeño de los puestos públicos, y por último, la oposicion constante y sistemada.

Al segundo punto consagrámos los párrafos XVI, XVII y XVIII, porque la demostracion histórica de nuestra impotencia actual para establecer un Gobierno demandaba una vuelta retrospectiva hasta el primer orígen de nuestras revoluciones políticas, á fin de seguir á los partidos en su marcha y al través de sus varios cambios y modificaciones.—Revolucion de Dolores, plan de Iguala, realizacion

de nuestra Independencia, inauguracion y caida del Imperio.—Establecimiento de la República y fusilamiento de Iturbide, coloniales é independientes, monarquistas y republicanos en sus dos épocas, yorquinos y escocéses, federalistas y centralistas; y por último, liberales y conservadores: hé aquí los objetos de nuestro exámen sucesivo y paralelo con los cambios de instituciones y administraciones, y los progresos constantes de la guerra civil.

Al tercer punto nos contrajimos en el párrafo XIX, manifestando con franqueza cómo la mediacion, si tuviese los requisitos propios que demanda el noble objeto con que se anuncia, podria ser un bien, cuáles son estos requisitos, y qué clase de beneficios es capaz de producir.

El resultado de este exámen fué, que este recurso podria cuando ménos facilitarnos llegar á una posicion tal, que bien aprovechada, fuese capaz de asegurar el triunfo de los principios, consolidar el órden y salvar la sociedad. En consecuencia, dedicámos el párrafo XX á exponer las máximas de moralidad y política que debia observar el Gobierno que bajo la influencia de tal mediacion se estableciese, y la cooperacion que debian prestar á este Gobierno todas las clases de la sociedad, para darle vida y firmeza, consolidar el Estado, consumar la restauracion y entrar en los ámplios caminos de grandeza y prosperidad social.

Tales son los principales puntos que hemos creido indispensable tratar con motivo de la aparicion de ese documento, tan interesante por su objeto y noble por sus motivos, como ruinoso para nuestra reputacion, por los conceptos emitidos contra la Iglesia y el clero mexicano, y aun contra la generalidad del pueblo relativamente á sus creencias.

Comparando la extension material de dicho documento, reducido á los simples límites de una nota, con la de nuestra defensa, parece á primera vista que hemos traspasado notablemente los límites de una refutacion correspondiente. Mas en la realidad no es así, como lo comprenderá cualquiera persona medianamente versada en este género de debates. El Señor Aldham consigna en simples proposiciones absolutas y sin prueba todos los artículos de acusacion que se han estado haciendo contra la Iglesia y contra el clero católico, no solo en México, sino en las otras naciones civilizadas del viejo y nuevo mundo, y no solo en esta época, sino en los tres siglos y medio que van corridos ya, desde el Renacimiento y la Reforma protestante. La nota del Señor Aldham es la sinópsis de un voluminosísimo libro, es la sinópsis de la propaganda revolucionaria, y por lo mismo nos ha puesto á los católicos en la indecli-

nable alternativa ó de una simple contradiccion, que hubiera dejado en pié la calumnia, ó de una refutacion formal de sus asertos, la cual, por sucinta y compendiosa que fuese, no podia ménos que tener una considerable extension. Nuestro presente opúsculo debe ser considerado, pues, no como una protesta del clero contra las invectivas que se le dirigen, sino como una defensa de la Iglesia y de sus ministros contra los ataques de la Revolucion en México. La persona del Señor Aldham desaparece ante los conceptos que vierte, y nosotros no hemos visto en su comunicacion repetida otra cosa que á la Revolucion allanándose sus caminos con el protestantismo; esto es, iniciando aquí, á favor de la anarquía que nos devora, la obra que inició en el Norte de la Europa, y ha impulsado constantemente hasta hoi dia, con tal audacia y actividad, que actualmente hace estremecer en todo el mundo á los verdaderos católicos, que inspira con sus funestísimos progresos los mas grandes temores, y que debilitaria mucho la esperanza de sobreponernos á sus triunfos, si no estuviésemos provistos de la fuerza consiguiente á la divina infalibilidad que en sí tiene aquella promesa de que "no han de prevalecer nunca las puertas del infierno contra la Iglesia de Jesucristo."

Por otra parte, los ataques dirigidos á la Religion y á la Iglesia, el encono implacable con que se persigue al sacerdocio de tantas maneras, el empeño en arruinar completamente los elementos morales de la sociedad, y las tristes consecuencias que se seguirian infaliblemente de todo esto, si guardásemos silencio aquellos que por nuestro ministerio estamos encargados de defender los dogmas contra la herejía, la verdad contra el error, la moral evangélica contra esa pretendida moral de los intereses y de la conveniencia, los derechos sociales de la Iglesia católica, apostólica, romana, contra el cesarismo que ha querido absorberla, el regalismo que ha tendido siempre á subyugarla, el protestantismo que la despedaza, el racionalismo que lucha por nulificarla en su esencia, y la política atéa que la excluye con todo sistema religioso: todo esto nos pone en el indispensable caso de hablar con el detenimiento que prescriben la nobleza de la causa y la fuerza misma del deber. No es posible, cuando la lucha es tan encarnizada, ni reducirse á meras protestas y vagas indicaciones, ni perder uno solo de los fuertes y robustos medios de defensa con que cuenta una causa tan santa. Los pueblos han menester de ser debidamente instruidos, y por esto la predicacion y propagacion de las doctrinas, bajo todas sus formas, ha sido una necesidad de todos los tiempos. Mas cuando se lucha no solamente con la ignorancia, sino tambien con el error, la herejía, las

tendencias á introducir el cisma, el empeño tenaz de una revolucion conjurada contra el catolicismo, como sucede en nuestros tiempos y en nuestra patria, entónces la necesidad es mas imperiosa que nunca; porque se debe procurar á toda costa impedir los estragos de la propaganda revolucionaria en la masa de los pueblos.

Hai más: uno de los mayores peligros que corren éstos con la difusion de las malas doctrinas, es el empeño en dar á ciertas cuestiones un carácter estrictamente político, y en ocultar las relaciones que ellas tienen con la religion y la moral. Esto se hace con dos fines: primero, corromper la razon del pueblo sin alarmar su conciencia: segundo, debilitar á los Prelados, ó para retraerlos de escribir por el temor de aparecer ocupados en los asuntos políticos, ó para censurarlos á mansalva, pintándolos con ciertos colores, á fin de hacerlos pasar como partidarios. En efecto: como aquellas relaciones, aunque mui esenciales, no son perceptibles, ni ménos á la inteligencia comun, es fácil engañar á los pueblos, al hacer tales calificaciones, por el solo hecho de examinar un eclesiástico, en sus escritos, ciertas cuestiones que á primera vista se aléjan de los objetos propios de su ministerio. Mas, por lo mismo que no es así, por lo mismo que en está clase de asuntos es mayor el peligro que corren las creencias y las costumbres públicas, por lo mismo que este es el terreno que mas place á la Revolucion para esgrimir todas sus armas contra el catolicismo, encubriendo sus intentos bajo el colorido y la forma de las cuestiones políticas, es mas necesario que nunca en estos casos desenmascarar al enemigo, poner á toda luz los verdaderos objetos de su ataque, y precaver á los pueblos contra las consecuencias de una sorpresa.

De intento hemos querido manifestar esto, para que se vean los motivos justísimos que nos han impulsado á tratar en este opúsculo ciertos puntos que con gusto habriamos omitido, si en ellos no estuviese encerrado lo mas sutil y mortífero del veneno revolucionario. Por lo demas, debemos decir á fuer de caballeros, porque es la verdad y así lo exije nuestro carácter, que, al hablar de los partidos, al discutir sobre los medios de una fusion, &c., no hemos querido aludir á persona alguna, sino á las cosas, á las ideas. Es poco: al hacer nuestro estudio sobre la revolucion de México, al trazar algunas líneas para bosquejar su carácter, no nos hemos inspirado del trato y comunicacion que hemos tenido con personas de diferentes partidos; y mui al contrario, estas relaciones particulares han fundado nuestro concepto, de que no se puede juzgar á una persona por el programa de su partido; porque en todos los partidos hai sugetos mui dignos de la estimacion pública, y que se lamentan

en particular de los desaciertos y vicios que se cometen, sin retraerse de hacer esta censura de conciencia por consideracion alguna de partido.

Sirvan estas indicaciones para desvanecer cualquiera prevencion desfavorable, y convencer á todo el mundo de que, al tomar la pluma, hemos procedido con una intencion rectísima. Habrá en este opúsculo poco ó mucho que contradecir; pero nada que tildar por el intento con que se ha escrito. ¡Ojalá sirva él de ocasion para que personas instruidas, versadas y competentes traten esta materia con la exactitud, verdad, lucidez y suficiencia que ella demanda, y por lo cual están clamando los principios católicos, la sana política y los intereses sociales de nuestra patria!

México 1860.

EXPOSICION

DE LOS ILLMOS. SRES.

ARZOBISPOS DE MEXICO,

MICHOACAN Y GUADALAJARA,

Y OBISPOS DEL POTOSÍ Y OAJACA,
DIRIGIDA A LOS
EXMOS. SRES. GENERALES D. JUAN N. ALMONTE Y D. JOSE MARIANO DE SALAS,
REGENTES DEL IMPERIO,
PROTESTANDO CONTRA LA CIRCULAR DE 15 DEL CORRIENTE
Y OTRAS DISPOSICIONES ANTI-
ECLESIASTICAS, DICTADAS POR SUS EXELENCIAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en particular de los desaciertos y vicios que se cometen, sin retraerse de hacer esta censura de conciencia por consideracion alguna de partido.

Sirvan estas indicaciones para desvanecer cualquiera prevencion desfavorable, y convencer á todo el mundo de que, al tomar la pluma, hemos procedido con una intencion rectísima. Habrá en este opúsculo poco ó mucho que contradecir; pero nada que tildar por el intento con que se ha escrito. ¡Ojalá sirva él de ocasion para que personas instruidas, versadas y competentes traten esta materia con la exactitud, verdad, lucidez y suficiencia que ella demanda, y por lo cual están clamando los principios católicos, la sana política y los intereses sociales de nuestra patria!

México 1860.

EXPOSICION

DE LOS ILLMOS. SRES.

ARZOBISPOS DE MEXICO,

MICHOACAN Y GUADALAJARA,

Y OBISPOS DEL POTOSÍ Y OAJACA,
DIRIGIDA A LOS
EXMOS. SRES. GENERALES D. JUAN N. ALMONTE Y D. JOSE MARIANO DE SALAS,
REGENTES DEL IMPERIO,
PROTESTANDO CONTRA LA CIRCULAR DE 15 DEL CORRIENTE
Y OTRAS DISPOSICIONES ANTI-
ECLESIASTICAS, DICTADAS POR SUS EXELENCIAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EXMOS. SEÑORES.

Llegados apénas al seno de nuestra patria, despues de un largo y penoso destierro, á que nos condenó el Gobierno emanado de Ayutla, no porque le hubiéramos hecho ninguna clase de oposicion política de partido, cosa de que ha estado mui léjos el Episcopado mexicano, sino solo por la canónica y concienzuda defensa que hicimos de la doctrina de la fe, de los derechos de la religion, de los principios de la moral cristiana y de las inmunidades de la Santa Iglesia Católica; llegados con las nobles y grandes esperanzas que nos hicieran concebir por una parte las insinuaciones hechas en diversas veces al Santo Padre de parte del Emperador de los franceses, para que regresásemos á México los Obispos desterrados, por otra el hecho altamente significativo de haberse nombrado uno de los diocesanos para miembro del Poder ejecutivo, y despues de la Regencia, y por último, el solemne compromiso que aquel contrajo con la Iglesia y la Nacion en su Manifiesto, de no resolver ninguna de las cuestiones eclesiásticas sino de acuerdo con la Santa Sede Apostólica; llegados con el consuelo de poder consagrar en paz, y bajo las garantías de un Gobierno católico y restaurador de los sanos principios, nuestros últimos dias al restablecimiento del culto y de la moral, y á la reforma de las costumbres, mediante la accion de nuestro ministerio pastoral, nos hemos venido á sorprender terrible y penosísimamente con una situacion de todo punto igual á la que precedió á nuestro destierro en lo concerniente á la Iglesia, y peor á causa de la extraña posicion en que se nos ha colocado á los Prelados.

La oposicion tan fundada como inútil que el Illmo. Sr. Arzobispo de México, en su calidad de Regente, hizo á los comunicados ó avisos que se publicaron en el periódico oficial del 24 de Octubre, poniendo en giro legal los pagarés emanados de la expropiacion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eclesiástica y el cobro de los arrendamientos de fincas quitadas á la Iglesia, y expeditando la continuacion de las obras de fabricacion que se habian suspendido; el acuerdo celebrado por VV. EE. solos, sin contar con el otro Regente, para que por la Subsecretaría de Justicia se hiciese entender á los juzgados y tribunales que habian debido y deberian conocer en todos los asuntos á que se contraen los referidos avisos; la insistencia de VV. EE. en este acuerdo, no obstante la protesta de nulidad que les dirigió al siguiente dia el Exmo. Sr. Labastida con el carácter de Regente; la destitucion formal que de S. E. Illma. se hizo el 17 de Noviembre de su cargo de Regente por VV. EE., de acuerdo con el Exmo. Sr. General Bazaine; la estudiada omision que se ha hecho de la Iglesia en ciertas medidas sobre bienes de beneficencia pública; la resistencia para devolver á las Religiosas la parte no adjudicada de sus conventos y poseida en lotes por el Gobierno; la indiferencia con que se ve á estas Vírgenes del Señor reducidas á la última mendicidad, sin proporcionarles ni aun aquella pequeñísima parte que les habia dejado el mismo Gobierno despojador; varios hechos particulares, que por consultar á la brevedad no referimos, pero que manifiestan un decidido empeño en proteger los pretendidos derechos creados por las leyes llamadas de reforma; y por último, la circular expedida por la Subsecretaría de Justicia el 15 del corriente, á peticion del Exmo. Sr. Bazaine, removiendo todo inconveniente y declarando que "no hai obstáculo alguno legal que impida el ejercicio de cualquiera derecho y accion que se tuviera respecto de los bienes *llamados del clero*, á la llegada de la intervencion francesa á la Nacion:" todo esto manifiesta, con la mas penosa evidencia, que la Santa Iglesia católica en México sufre hoi, por parte del Gobierno que actualmente existe en la Capital, en sus mas santos derechos y en sus libertades canónicas, una coaccion enteramente igual á la que sufria cuando gobernaban las autoridades de Ayutla; pues esta coaccion consiste, no en la forma de Gobierno, no en el personal de los que le constituyen, sino en el carácter y trascendencia de sus actos; y los de VV. EE. tienden á expeditar la consumacion de la obra que aquellos ejecutaron, declarando vivos todos los derechos y acciones que nacen de las leyes sacrílegas y atentatorias, y de los hechos ejecutados contra la inmunidad real de la Iglesia por las dichas autoridades, y aun usando el mismo lenguaje con la expresion odiosa que se empleaba entónces para designar la propiedad eclesiástica.

Doloroso fuera que los males que hoi sufre la Iglesia no pasaran de aquí; mas por una desgracia, que nunca lamentarémos bastante, hai diferencias circunstanciales que hacen todavía peor que entónces la situacion de la Iglesia y exacerban extraordinariamente su dolor. Entónces el Gobierno, manifestando francamente sus principios, apareció á la vista de todo este pueblo católico con los caractéres de una oposicion armada con el poder contra la Religion y la Iglesia, y ésta, como una víctima inmolada por el Gobierno, se defendió heroicamente, sufriendo las consecuencias de una terrible persecucion y padeciendo gloriosamente por la noble causa de la justicia; hoi el Gobierno se inaugura con una declaracion altamente religiosa y moral, despues que el ejército francés destruye en la capital el del Sr. Juárez, y se presenta á la faz del pueblo mexicano como el protector de sus creencias, de su culto, de la Iglesia y del Sacerdocio: entónces se nos destierra; hoi se nos invita y recibe con muestras de consideracion, haciendo con esto concebir al pueblo una confianza grande respecto de sus mas tiernas afecciones y de sus mas caros intereses: entónces los Prelados, saliendo de nuestra patria, llevábamos la esperanza de que el primer cambio político que en ella se verificase, traeria consigo una plena restauracion religiosa y moral; hoi, venidos despues de un cambio á presenciar la inmolacion de todos nuestros principios, la consumacion de la ruina de la Iglesia, hemos recibido un golpe consiguiente á la muerte de toda esperanza humana: entónces la Iglesia no tenia mas que un enemigo, el Gobierno que la perseguia; hoi tiene dos: ese mismo Gobierno, que aun vive en el pais, que tiene recursos propios, ejército, que disputa palmo á palmo el terreno, y que cuenta con el apoyo de sus principios é intereses en el campo enemigo; y el de la Capital, cuya preferente ocupacion es llevar á efecto los planes destructores de aquel en el órden religioso y moral: entónces recibiamos el golpe de una mano enemiga; hoi nos atacan los que se apellidaban amigos de la Iglesia, protectores de sus libertades, &c., &c.: entónces el ataque y la defensa no salian del círculo estrictamente nacional; hoi tenemos que lamentar el carácter que la intervencion ha dado á estos ataques, y el que de ella vengan las exigencias que han obligado á VV. EE. á obrar así: entónces nuestros actos episcopales los verificábamos únicamente como obispos; hoi, tenemos que hacer nuestra defensa pasiva y legal, pues no podemos pasar de aquí, tambien como mexicanos: entónces, á pesar de las restricciones que oponian las leyes de imprenta, pudimos publicar nuestras protestas y nuestras pastorales al pueblo, porque no existian mas trabas que las que podian presentar los inconvenientes de un juicio; hoi, las imprentas están de tal manera sujetas, que no pueden mas que lo que quiere la intervencion, pues no solo hai la responsabilidad consiguiente de una lei mui estricta, sino tambien, para men-

gua de la misma época, por no decir otra cosa, hasta la *censura prévia:* la publicacion de una Alocucion Pontificia, de una retractacion edificante y moral, y de algun párrafo copiado del extrangero, en que se alude á la autoridad del Santo Padre respecto de las cuestiones eclesiásticas de aquí, fuéron objeto de moniciones formales á la prensa con prohibicion de insertar en lo sucesivo esta clase de piezas, al paso que las doctrinas antieclesiásticas y á veces escandalosas pasan desapercibidas. Hé aquí por qué, hablando de la situacion en que nos colocan las circunstancias, nos consideramos hoi de peor condicion que ántes.

El Episcopado de México, considerando salva su responsabilidad con las manifestaciones del Exmo. Sr. Labastida y con algunos pasos dados por otros Prelados cerca de VV. EE., habia guardado silencio hasta aquí, para que no se creyese que obraba con precipitacion y falta de prudencia. Mas hoi que las cosas han llegado á sus últimos extremos, hoi que se han hecho á un lado hasta los paliativos y reservas con que aparecian las primeras disposiciones, hoi que ha bastado la instancia de un súbdito francés para declarar que todos los derechos y acciones nacidos del despojo de la Iglesia están en todo su vigor y fuerza, hoi que por este solo hecho ha dejado de existir la reserva de estos negocios para el Gobierno que definitivamente se establezca en el pais, nuestro silencio no seria excusable, disfrazaria mucho nuestro carácter de víctimas, haciéndonos representar hasta cierto punto el papel de cómplices, cosa que debemos repeler á toda costa por los derechos de la religion, la voz de la conciencia y el amor de la patria.

¿Qué dirémos á VV. EE. en esta exposicion, despues de lo mucho que nosotros y nuestros Predecesores hemos dicho en diferentes épocas contra esas acciones y pretendidos derechos que VV. EE. acaban de poner en vigor y revestir de fuerza legal con su circular de 15 del corriente? ¿Qué podriamos demostrar aquí que no esté ya demostrado, ni exponer que sea nuevo para ningun mexicano medianamente instruido en nuestra historia política? ¿Qué argumento, por especioso que sea, pudieran aducir los defensores de esas leyes expoliatorias y sacrílegas, que no haya sido rebatido y pulverizado ya por los Obispos, los Cabildos eclesiásticos y la prensa católica? Si la lei de 11 de Enero de 1847, que ocupaba los bienes eclesiásticos solo por valor de quince millones, fué considerada por el Illmo. Sr. Portugal, aquel tan sábio como ilustre Prelado, como decretada sin mision por su manifiesta oposicion á la voluntad del pueblo, ejecutada sin justicia por ser contraria á los principios de la sana moral, y como una fuente inagotable de

desgracias funestas para la Iglesia y la sociedad, como una lei despreciativa del derecho y atentatoria contra la inmunidad de la Iglesia, no ménos que contra sus libertades canónicas y aun civiles, y además como una lei antieconómica, una lei inmoral, una lei incendiaria, ¿qué no podriamos decir nosotros relativamente á las leyes cuyas pretendidas acciones y derechos han hecho VV. EE. revivir el 15 del corriente con la circular citada? Si aquel virtuoso Prelado, con la libertad propia de un celo verdaderamente apostólico, no podia conciliar la profesion católica con la votacion y ejecucion de tales leyes, y suponia indispensable para dictarlas, ó la ignorancia mas crasa de los principios de la Religion, ó su abjuracion positiva y una especie de apostasía; ¿qué dirémos nosotros, cuando nos referimos á unas leyes que sobrepujan infinitamente, bajo todos aspectos, en arbitrariedad, tiranía, inmoralidad, violencia, desastres y ruinas, á la que motivaba entónces las quejas y protestas del antiguo Prelado de Michoacan? Nada nos queda, pues, que decir á nosotros, despues de lo mucho que ya se ha dicho, ni ménos cuando nos dirigimos á personas tan empapadas en los sucesos como penetradas, porque así lo creemos, del carácter inmensamente atentatorio, ruinoso, impopular y sacrílego de las leyes llamadas fastuosamente de *reforma.*

Mas no podemos ménos, Exmos. Sres., que manifestar la confusion en que nos han sumergido las circulares repetidas, no solo por venir de VV. EE., cuyos sentimientos religiosos jamas se han puesto en duda, no solo por su carácter y trascendencias, sino mui principalmente porque no encontramos causa plausible, no ya que las justifique, lo cual es imposible, pero á lo ménos que las excuse ante el tribunal de la conveniencia pública.

Que el Sr. Juárez con su partido dictase tales leyes y trabaje con afan por llevarlas á efecto, esto se concibe tan bien como la enérgica oposicion de los Prelados y la resistencia concienzuda de los verdaderos católicos; pero que un Gobierno que, bajo la proteccion de la Francia, (no como conquistadora, no como atentatoria contra nuestra independencia, sino respetándola, ofreciendo salvarla, prescribiendo á sus jefes que no tomen la iniciativa en sus actos) acaba de constituirse como nacional en virtud del voto de una Junta de Notables, y en oposicion al Gobierno del Sr. Juárez, trabaje por el cumplimiento de las leyes que éste dictó, siendo como son ellas *la causa esencial y única* de la division de los mexicanos y de la guerra civil, esto no puede concebirse.

¿Qué ventajas políticas podrian reportarse de aquí? Fuera de las que procuran los detentadores y especuladores inmorales que se

han apoderado de la cuantiosa riqueza de la Iglesia, y que son nada, comparados con la inmensa mayoría de la Nacion mexicana, que detesta semejantes negocios, ninguna ciertamente.

Bien sabemos que, á fin de cohonestar semejantes procedimientos, se inventarán mil especies, principalmente para sorprender á la corte de Francia, que carece de los datos indispensables para conocer prácticamente á esta sociedad; pero no tardará mucho en aparecer la verdad como es en sí misma, poniendo en claro, con escándalo del mundo, que la inmensa mayoría de Mexico es eminentemente católica, respeta la ley de Dios y la de su Iglesia, llora por los ataques recibidos del Gobierno de Ayutla, y si se manifestó favorable á la intervencion, fué porque esta, respetando ante todo la independencia, se le presentaba como protectora suya, no contra las personas, que esto fuera chancearse como niño, sino contra los decretos del Gobierno del Sr. Juárez: que supuesta la actitud que toma hoi la intervencion con semejantes disposiciones, ha convertido sus triunfos contra la parte oprimida, pues da fuerza y vigor á las acciones y derechos nacidos de tales actos: que la imparcialidad política con que ella se presenta y pretende justificar sus actos, consiste solo en la proteccion estéril al partido vencido por las armas, pero triunfante con sus principios y sin ceder ni en un ápice de su oposicion á la Francia, y en la completa ruina, no solo de un partido político mui respetable, que esto fuera mucho é injustificable, supuesto el programa de imparcialidad, sino de la Nacion en su integridad moral; pues siendo un pueblo católico, considera como enemigos á cuantos atacan sus creencias y sus intereses religiosos y morales: que supuesto que el partido anticatólico, á pesar de verse tan favorecido, no cede, sino ántes bien, se fortifica con tales concesiones, y el resto de la Nacion se considera oprimida, la intervencion tendrá fuerza física en el país; pero moral, política y nacional, ninguna: que no tiene mas apoyo que el de sus armas, y que, pudiendo ser poseedora de la gratitud de un pueblo favorecido en lo que tiene de mas valioso y sagrado, se ha quedado sola, entre un partido armado que la combate, y un pueblo inerme y desvalido que la teme.

Una posicion como esta, por mas que se pretendiese cohonestar, no puede tener excusas, principalmente cuando se considera el espíritu de las instrucciones dadas por el Emperador al Exmo. Sr. Forey. Cualesquiera que sean los elementos con que cuente la Francia, es visto que no entra en la mente del Emperador establecer aquí nada con independencia de la voluntad y de los grandes intereses del pueblo mexicano; y este es el motivo, sin duda, de

esas instrucciones tan circunspectas y tan delicadas que bajo tal respecto se han dado al E. S. Bazaine por el Ministerio de Negocios extrangeros en la comunicacion de 17 de Agosto último, que han publicado los diarios de esta capital. Aquí se declara terminantemente que no se pretende nada violento, arbitrario, ni aun siquiera ventajas políticas respecto de las otras naciones: aquí se califican de iniquidades los actos del Gobierno del Sr. Juárez, y se considera la situacion que este Gobierno creó, como un cúmulo de elementos disolventes: aquí se manifiesta que la Francia, triunfante por su intervencion en nuestra patria, rechaza todo intento de sustituir su influencia á las libres resoluciones del país: aquí se considera de gran peso la autoridad de la Asamblea de los Notables: aquí se prohibe al General en jefe sustituir directamente su iniciativa á la del Gobierno: aquí se proclama el principio de la imparcialidad, pero precisamente contra las pasiones, los vicios y los intereses bastardos de los partidos, y no en materia de principios. Hé aquí un cuadro todo de inteligencia, de razon y de esperanzas. ¿Será posible, pues, que hallemos aquí la justificacion de lo que está pasando, el apoyo de lo que se pretende, la razon de lo que se determina?

Cuando el Exmo. Sr. Forey hizo su Manifiesto á la Nacion, declarando á la faz de ella, que si bien podian tranquilizarse los que habian adquirido bienes nacionales, no se sostendrian los contratos fraudulentos, y en consonancia con esto expidió su decreto de 22 de Mayo, dió muestras de imparcialidad y justificacion. Pero todo esto desapareció al expedirse los avisos y comunicados del 24 de Octubre; porque, poniendo estos en giro, sin restriccion alguna, los pagarés, y expeditando la accion para el cobro de arrendamientos sin el requisito de la calificacion prévia, destruyeron las garantías morales que habian dado el Manifiesto y decreto citados. Sin embargo, estos mismos avisos, estableciendo en principio que la medida era transitoria, pues no importaba la resolucion de las cuestiones capitales, ni la legitimacion definitiva de ningun derecho, porque eso quedaba reservado al Soberano, dejaban en pié, aunque ya mui débil, la esperanza que habia hecho concebir el E. Sr. Forey, y sobre todo, facilitaban hasta cierto punto, por la situacion crítica del país, la resignacion de los fieles y la prudencia de los Pastores. Pero hoi dia, despues de esa circular del 15 del corriente, acabó la fuerza de los principios, el imperio del derecho, el apoyo de las esperanzas, la confianza en la situacion y el efecto de todas las promesas. Se ha dado un paso tan grave como acaso no lo hubiera dado ni aun el mismo Gabinete de las Tullerías. ¿Y cuál ha sido la

causa? ¿Qué motivo poderoso ha podido precipitar esta crísis? ¿Acaso el supremo interes de la sociedad? ¿acaso una necesidad extrema, una situacion violenta, una tempestad que no pudiera conjurarse de otro modo? No, sino una causa pequeñísima, insignificante respecto del efecto, la queja de un súbdito francés y la peticion que el General en Jefe hizo á VV. EE. en virtud de esta queja. Hé aquí la causa de todo: hé aquí lo que México puede esperar de la imparcialidad que se le promete, y de la no iniciativa de aquel Jefe para dejar libre al Gobierno en sus actos: hé aquí la triste sinópsis de la situacion en que se encuentra la Iglesia méxicana.

¿Qué motivos mas poderosos, Exmos. Sres., para que VV. EE., volviendo una mirada reflexiva sobre las disposiciones y los actos á que nos venimos refiriendo, se determinen á poner un remedio, que solo exige de VV. EE. una voluntad firme y resuelta? Nosotros se lo pedimos con las mas vivas instancias, á nombre de la Religion, de la Moral y de la Patria; por la obligacion que tenemos de defender los derechos de la primera, de salvar las prescripciones de la segunda, y de hablar bajo las inspiraciones legítimas de la tercera: se lo pedimos, para cumplir un deber mui sagrado, como Prelados de la Iglesia y Pastores de la grei de Jesucristo: se lo pedimos con la confianza que nos inspiran los sentimientos religiosos y patrióticos de VV. EE., y las miras dignas y generosas que el Gobierno francés tan claramente ha manifestado en sus instrucciones á los dos Jefes de su ejército en México. Nosotros esperamos, por lo mismo, que VV. EE. se servirán derogar esas circulares, hacer cesar la violencia que ellas nos imponen, y suspender todo procedimiento en estas materias, que por su naturaleza, por su gravedad, por su trascendencia, por la situacion, y aun el concepto mismo del Gobierno francés, deben aplazarse para que tengan una solucion capaz de poner en armonía los intereses legítimos y la conciencia, una solucion canónica y civil, una solucion á que concurran el Soberano espiritual y el Soberano temporal, una solucion de que se hallan pendientes aquí las esperanzas de la Religion y de la Patria.

Pero, si por una desgracia hubiesen de quedar en pié las circulares dichas, nosotros, como Prelados de la Iglesia mexicana, en uso de nuestras facultades canónicas y en cumplimiento de nuestros deberes, protestamos en toda forma contra esas circulares y sus efectos, dejamos á salvo los derechos de la Iglesia por la incompetencia y nulidad ya protestada de dichas circulares, reproducimos y damos por expresa nuestra Manifestacion de 30 de Agosto de

1859,[1] de que acompañamos á VV. EE. cuatro ejemplares, hecha con motivo de los decretos de 12, 13 y 23 de Julio del mismo año, expedidos por el Sr. Juárez en Veracruz, cuyas acciones y derechos, en lo relativo á la propiedad eclesiástica, reviven VV. EE. en su circular del dia 15; y en consonancia con lo que allí se manifiesta, concluimos esta exposicion, protestando nuestros respetos, con las declaraciones siguientes:

PRIMERA.—Que no es lícito obsequiar ni los comunicados de 24 de Octubre, ni las circulares de 9 de Noviembre y 15 del corriente, ni disposicion alguna de cuantas tiendan á la ejecucion de los citados decretos del Sr. Juárez, ni cooperar á su cumplimiento.

SEGUNDA.—Que ni aquel, ni gobierno alguno, sea quien fuere, tiene ninguna autoridad para apoderarse de los bienes de la Iglesia, y por lo mismo, así los decretos de aquel, como los avisos y circulares que se han expedido por órden de VV. EE., importan un despojo atentatorio y tiránico de la propiedad mas sagrada, sujeto á las censuras de la Iglesia, y especialmente á la excomunion mayor fulminada por el Santo Concilio de Trento en el cap. XI de la sesion 22 de *Reformatione*. En consecuencia, están comprendidos en esta pena canónica, no solamente los autores y ejecutores de los decretos, avisos y circulares dichas, sino tambien todos aquellos que de algun modo cooperen ó hayan cooperado á su cumplimiento.

TERCERA.—Que el cambio político verificado en México, en consecuencia de la intervencion no altera ni mengua en nada las obligaciones y responsabilidades morales y canónicas á que están afectos aquellos de quienes acabamos de hablar, y por lo mismo, están en toda su fuerza y vigor todas nuestras protestas, circulares y disposiciones diocesanas, expedidas con motivo de la constitucion y leyes llamadas de reforma, y son aplicables á los avisos y circulares de VV. EE. ya mencionadas, y á cualesquiera otras disposiciones suyas que tiendan á poner en ejecucion todas las leyes, decretos y hechos á que se refieren nuestras protestas canónicas, manifestacion dicha, circulares y providencias diocesanas.

CUARTA.—Los incursos en la censura del cánon citado en virtud ya de la lei de 25 de Junio de 1856, ya de los decretos publicados en Veracruz por el Sr. Juárez en Julio de 1859, ó despues en México, ya de los comunicados y las circulares expedidas de órden de VV. EE., ya de las disposiciones, acuerdos ú órdenes de cualquiera autoridad, ó persona publica ó privada, esto es: los autores, eje-

1 Esta Manifestacion corre inserta desde la pág. 493 hasta la 528 de este volúmen.

cutores, cooperadores del despojo de la Iglesia en sus propiedades, fincas, rentas, posesiones, acciones, derechos, templos, objetos contenidos en ellos con destino al servicio del culto, &c., &c., están estrictamente obligados á la restitucion y á la reparacion del escándalo, y no pueden ser absueltos, ni en artículo de muerte, si no cumplen con los requisitos establecidos por la Iglesia, y mencionados en nuestras circulares y decretos diocesanos.

Tales son, Exmos. Sres., las declaraciones y protestas que, poniéndonos en el triste caso de que nuestra peticion no se atienda, y queden en pié los avisos de 24 de Octubre y las circulares de 9 de Noviembre y 15 de Diciembre, hemos debido hacer y hacemos *de facto*, no por un espíritu de oposicion ó de partido, cosa de que nos hallamos muí léjos, sino solo en cumplimiento de nuestro deber. Penoso es hallarse en tan estrecho caso, aun cuando se trata de un gobierno intencional y encarnizadamente hostil: ¿qué será, pues, cuando se trata de autoridades que se han inaugurado como protectoras, y presentado como amigas? Pero, VV. EE. pueden creerlo, no podriamos callar sin hacernos reos de este silencio ante la estricta justicia de Aquel á cuyo Tribunal debemos comparecer al fin de una vida que se escapa. Cuando se presentan estas crísis terribles que claman por el ejercicio de nuestro cargo pastoral; cuando vemos que una alma perdida por nuestro silencio arrastraria las nuestras á la misma perdicion, temblamos de terror. Ni aun el evidente convencimiento de la inutilidad de nuestras exhortaciones y avisos nos excusaria delante de Dios. Hé aquí la espantosa confirmacion que nos da de esta verdad el Espíritu Santo, como leemos en el capítulo tercero, versículos 18 y 19 de Ezequiel: "Si diciendo yo al impío: morirás sin remedio, tú no se lo intimas, ni le hablas á fin de que se retraiga de su impío proceder y viva; aquel impío morirá en su pecado; pero yo te pediré á tí cuenta de su sangre *ó perdicion*. Pero si tú has apercibido al impío, y él no se ha convertido de su impiedad, ni de su impío proceder, él ciertamente morirá en su maldad, mas tú has salvado tu alma."

Concluimos, pues, Exmos. Sres., protestando á VV. EE. con este triste motivo nuestra atenta consideracion y distinguido aprecio.

Dios guarde á VV. EE. muchos años. México, 26 de Diciembre de 1863.

Pelagio A., Arzobispo de México.—*Clemente de Jesus*, Arzobispo de Michoacan.—*Pedro*, Arzobispo de Guadalajara.—*Pedro*, Obispo de San Luis Potosí.—*José María*, Obispo de Oajaca —Exmos. Sres. Regentes, Generales Don Juan N. Almonte y Don José Mariano de Sálas, Regentes del Imperio.

ÍNDICE

DE LAS

OBRAS CONTENIDAS EN ESTE VOLÚMEN.

	Páginas.
SERMON DE EXEQUIAS, SOBRE LAS GRANDEZAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, *predicado en la parroquia de Pátzcuaro el viernes santo 25 de Marzo de 1842, á las nueve de la noche*.....	1
SERMON SOBRE LA PASION DEL SEÑOR, *considerada como un misterio*.....	37
SERMON SOBRE LAS GRANDEZAS DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA, *predicado el dia de la Asuncion*.....	65
SERMON DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, *predicado en su insigne Colegiata el 12 de Marzo de 1850, en la funcion que anualmente le hace por su turno la diócesis de Michoacan*.....	105
PANEGIRICO DE SANTA TERESA DE JESUS, *predicado en la Iglesia del Cármen de Morelia el dia 15 de Octubre de 1848*.....	341
PANEGIRICO DE SAN VICENTE DE PAUL, *predicado en México el dia 19 de Julio de 1860 en la Iglesia del Espíritu Santo*.....	133
SERMON SOBRE LA PERSEVERANCIA CRISTIANA, *predicado en el último dia de unos ejercicios espirituales*.....	227
SERMON SOBRE EL SACERDOCIO, *predicado en la Iglesia de Franciscanos de Guanajuato el 22 de Agosto de 1856, en la solemne funcion de primera misa de un nuevo presbítero*.....	261
SERMON SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA, *predicado en la Iglesia de Carmelitas Descalzas de Morelia en una profesion religiosa*.....	305
SERMON SOBRE LA PAZ, *predicado en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe el 29 de Agosto de 1860*.....	341
SERMON DE ACCION DE GRACIAS, *predicado en la Santa Iglesia Catedral de Morelia en la solemne funcion que se hizo el 30 de Junio de 1850, con motivo del regreso de Nuestro Santísimo Padre Pio IX á Roma*.....	381
ORACION FUNEBRE DEL ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GOMEZ PORTUGAL, *pronunciada en la Santa Iglesia Catedral de Morelia, el 12 de Noviembre de 1850, en la funcion de honras de aquel venerable Prelado*.....	427

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cutores, cooperadores del despojo de la Iglesia en sus propiedades, fincas, rentas, posesiones, acciones, derechos, templos, objetos contenidos en ellos con destino al servicio del culto, &c., &c., están estrictamente obligados á la restitucion y á la reparacion del escándalo, y no pueden ser absueltos, ni en artículo de muerte, si no cumplen con los requisitos establecidos por la Iglesia, y mencionados en nuestras circulares y decretos diocesanos.

Tales son, Exmos. Sres., las declaraciones y protestas que, poniéndonos en el triste caso de que nuestra peticion no se atienda, y queden en pié los avisos de 24 de Octubre y las circulares de 9 de Noviembre y 15 de Diciembre, hemos debido hacer y hacemos *de facto*, no por un espíritu de oposicion ó de partido, cosa de que nos hallamos muí léjos, sino solo en cumplimiento de nuestro deber. Penoso es hallarse en tan estrecho caso, aun cuando se trata de un gobierno intencional y encarnizadamente hostil: ¿qué será, pues, cuando se trata de autoridades que se han inaugurado como protectoras, y presentado como amigas? Pero, VV. EE. pueden creerlo, no podriamos callar sin hacernos reos de este silencio ante la estricta justicia de Aquel á cuyo Tribunal debemos comparecer al fin de una vida que se escapa. Cuando se presentan estas crísis terribles que claman por el ejercicio de nuestro cargo pastoral; cuando vemos que una alma perdida por nuestro silencio arrastraria las nuestras á la misma perdicion, temblamos de terror. Ni aun el evidente convencimiento de la inutilidad de nuestras exhortaciones y avisos nos excusaria delante de Dios. Hé aquí la espantosa confirmacion que nos da de esta verdad el Espíritu Santo, como leemos en el capítulo tercero, versículos 18 y 19 de Ezequiel: "Si diciendo yo al impío: morirás sin remedio, tú no se lo intimas, ni le hablas á fin de que se retraiga de su impío proceder y viva; aquel impío morirá en su pecado; pero yo te pediré á tí cuenta de su sangre *ó perdicion*. Pero si tú has apercibido al impío, y él no se ha convertido de su impiedad, ni de su impío proceder, él ciertamente morirá en su maldad, mas tú has salvado tu alma."

Concluimos, pues, Exmos. Sres., protestando á VV. EE. con este triste motivo nuestra atenta consideracion y distinguido aprecio.

Dios guarde á VV. EE. muchos años. México, 26 de Diciembre de 1863.

Pelagio A., Arzobispo de México.—*Clemente de Jesus*, Arzobispo de Michoacan.—*Pedro*, Arzobispo de Guadalajara.—*Pedro*, Obispo de San Luis Potosí.—*José María*, Obispo de Oajaca —Exmos. Sres. Regentes, Generales Don Juan N. Almonte y Don José Mariano de Sálas, Regentes del Imperio.

ÍNDICE

DE LAS

OBRAS CONTENIDAS EN ESTE VOLÚMEN.

	Páginas.
SERMON DE EXEQUIAS, SOBRE LAS GRANDEZAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, *predicado en la parroquia de Pátzcuaro el viernes santo 25 de Marzo de 1842, á las nueve de la noche*.....	1
SERMON SOBRE LA PASION DEL SEÑOR, *considerada como un misterio*.....	37
SERMON SOBRE LAS GRANDEZAS DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA, *predicado el dia de la Asuncion*.....	65
SERMON DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, *predicado en su insigne Colegiata el 12 de Marzo de 1850, en la funcion que anualmente le hace por su turno la diócesis de Michoacan*.....	105
PANEGIRICO DE SANTA TERESA DE JESUS, *predicado en la Iglesia del Cármen de Morelia el dia 15 de Octubre de 1848*.....	341
PANEGIRICO DE SAN VICENTE DE PAUL, *predicado en México el dia 19 de Julio de 1860 en la Iglesia del Espíritu Santo*.....	133
SERMON SOBRE LA PERSEVERANCIA CRISTIANA, *predicado en el último dia de unos ejercicios espirituales*.....	227
SERMON SOBRE EL SACERDOCIO, *predicado en la Iglesia de Franciscanos de Guanajuato el 22 de Agosto de 1856, en la solemne funcion de primera misa de un nuevo presbítero*.....	261
SERMON SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA, *predicado en la Iglesia de Carmelitas Descalzas de Morelia en una profesion religiosa*.....	305
SERMON SOBRE LA PAZ, *predicado en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe el 29 de Agosto de 1860*.....	341
SERMON DE ACCION DE GRACIAS, *predicado en la Santa Iglesia Catedral de Morelia en la solemne funcion que se hizo el 30 de Junio de 1850, con motivo del regreso de Nuestro Santísimo Padre Pio IX á Roma*.....	381
ORACION FUNEBRE DEL ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GOMEZ PORTUGAL, *pronunciada en la Santa Iglesia Catedral de Morelia, el 12 de Noviembre de 1850, en la funcion de honras de aquel venerable Prelado*.....	427

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCION DE DOCUMENTOS RELATIVOS A LA DEFENSA CANÓNICA DE LA SANTA IGLESIA, LOS CUALES NO FIGURAN NI EN LA DEFENSA ECLESIASTICA DEL AUTOR, NI EN OTRA COLECCION, Y SE REUNEN POR SU IMPORTANCIA, POR VIA DE APENDICE, AL FIN DE ESTE VOLUMEN, PARA LA UTILIDAD DE LAS PERSONAS INTERESADAS EN LOS PUNTOS A QUE SE REFIEREN.

PRIMERO. *Exposicion al Senado de la República, solicitando el Pase del Breve Pontificio que instituye al Illmo y Rmo Sr. Arzobispo de Damasco Luis Clementi, Delegado Apostólico en México y Guatemala* 463

SEGUNDO. *Manifestacion y protesta con motivo del allanamiento y despojo de la Santa Iglesia Catedral de Morelia* 475

TERCERO. *Decreto general declarando las censuras canónicas contra todo atentado y participacion contra los derechos é inmunidades de la Iglesia* 487

CUARTO. *Manifestacion que hace el Episcopado á todo el mundo católico, en defensa del Clero y de la doctrina cristiana, con ocasion de los decretos expedidos en Veracruz en 7, 12, 13 y 23 de Julio de 1859* 493

QUINTO. *Dos cartas pastorales al Venerable Clero y fieles del obispado de Michoacan, trascribiendo la Alocucion Pontificia de Nuestro Santísimo Padre Pio IX en 26 de Septiembre de 1859 y haciendo algunas reflexiones sobre su contenido* 531

DEFENSA DE LA IGLESIA Y DEL CLERO MEXICANO, CONTRA LAS ABERCIONES CALUMNIOSAS DEL SEÑOR CAPITAN CORNWALLIS ALDHAM.

INTRODUCCION 577

§ I. *El poder y la riqueza del Clero* 581

§ II. *El Clero y su ministerio* 589

§ III. *El Clero y el pueblo* 592

§ IV. *Sobre la imposibilidad en que se supone al Clero para reformarse.* 595

§ V. *Sobre la pretendida falta del cristianismo en Méxiico* 596

§ VI. *La libertad y la prosperidad pública* 600

§ VII. *La libertad religiosa* 603

§ VIII. *La Revolucion* 606

§ IX. *Esperanzas y medios de alcanzar un dichoso porvenir* 609

§ X. *Sobre los medios de reformar al Clero* 613

§ XI. *Sobre el verdadero cristianismo* 616

§ XII. *La opinion y la voluntad nacional* 621

§ XIII. *Sobre la situacion moral del Clero, la solicitud constante de la Iglesia por mejorarla, los obstáculos que le ha opuesto la Revolucion, y la cooperacion que pueden y deben prestar en esta línea los gobiernos temporales* 635

§ XIV. *Sobre la dotacion civil del culto y Clero* 662

§ XV. *Sobre los obstáculos que han impedido consolidar el órden público, restablecer la paz y utilizar todos los elementos de prosperidad con que cuenta la República* 690

§ XVI. *Sobre la impotencia de los partidos contendientes para establecer un Gobierno sólido y estable, lo mucho que podria contribuir á esto una mediacion europea bien dirigida, y lo que debia hacerse, en caso de conseguirlo, ya por parte del Gobierno, ya por parte del pueblo* 704

§ XVII. *Continuacion.—La revolucion de independencia* 706

§ XVIII. *Continuacion.—Origen, progresos y estado actual de los partidos políticos en México* 714

§ XIX. *Continuacion.—Importancia y condiciones de una mediacion extrangera* 726

§ XX. *Continuacion.—Sobre la cooperacion recíproca del Gobierno y del pueblo para utilizar una posicion ventajosa en caso de adquirirla* 728

§ XXI *Continuacion.—Sobre la cooperacion que deben prestar al Gobierno todas las clases de la sociedad* 738

§ XXII. *Continuacion.—Una palabra sobre el Clero mexicano, relativamente á los puntos que hemos tratado en los seis párrafos anteriores* 745

§ XXIII. *Conclusion* 747

EXPOSICION *del Episcopado á los Exmos. Sres. Almonte y Sálas, protestando contra la circular de 15 de Diciembre de 1863* 761

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ERRATAS.

Pág.	Líns.	Se lee.	Debe leerse.
4	25	persuaciones	persuasiones
31	13	revelado	rebelado
33	12	undidos	hundidos
„	36	virgenes.	virgenes,
43	13	ereido	creido
51	4	alhagaba	halagaba
„	13	lo	la
64	18	alhaga	halaga
„	39	por esplendor	por el esplendor
66	5	deshecho	desecho
„	15	vortir	verter
72	5	vogado	bogado
74	16	voga	boga
75	38	ocsano	océano
90	27	consideradas	consideradas
94	4	socia	compañera
98	30	prevecida	prevenido
99	19	misterió	misterio
„	42	al	la
102	38	socia	compañera
115	36	vine	vino
122	12	tomporales	temporales
„	24	retraba	retrataba
128	1ª	Gefe	Jefe
130	6	magestad	majestad
134	7	habitos	hábitos
136	15	ducacion	educacion
138	17	pretenciones	pretensiones
141	24	vogan	bogan
144	16	deshecho	desecho
„	33	Apostóles	Apóstoles
146	13 y 14	alla	alta
154	28	escritura	escritora
155	9	id.	id.
156	8	inerminable	interminable
157	14	aquel	Aquel
158	3	alubraba	alumbraba
„	19	Jesucrito	Jesucristo
171	3	Magestar	Majestad
„	21	indiferentirmo	indiferentismo
177	32	elevadsimos	elevadísimos
189	4	trai	trae
192	9	periodes	períodos
193	4	heroico	heróico
195	30	esto,	esto
„	34	consiguainte	consiguiente
200	40	perpetus	perpétua
202	31	ria	reia
208	34	cederá	ceder á
209	24	estrar	á entrar
213	28	clocuente	elocuente
221	33	consumado	consumado
224	10	clocuente	elocuente
225	34	vuesrro	vuestro
228		Señor	señor
229	15	nobis	vobis
233	37	vigilancia	vigilancia.
237	33	asunta	asunta
241	12	mancera	manera
„	26	inexpugnales	inexpugnables
„	31	hechado	echado
242	32	exaraciones	exageraciones
„	33	aterrorizaos	aterrorizaros
255	5	hechado	echado
258	6	inmobilidad	inmovilidad
260	13	que que	que
262	39	pabra	palabra
264	34	cobardes	cobarde
267	37	exemplo	ejemplo
269	9	mexquino	mezquino
271	15	bendecir	bendecir,
„	29	exemplo	ejemplo
283	3	resucitó	resucitó
„	5	si	sí
291	41	poderoso	poderosa
293	1ª	período	período
294	38	transitorios	transitorios
295	42	sacrificose	sacrificarse
298	3	religioso	religioso
303	2	preceptos	preteatos
„	18	alumbradola	alumbrado la
304	13	astucia	astucia
309	42	perpetua	perpétua
314	31	tenue	ténue
315	40	mancera	mancera
319	1ª	es	el
„	32	apartartar	apartar
„	33	tardamente	tardiamente
320	11	alhagos	halagos
330	13	alborozo	alborozo
332	33	alhagan	halagan
334	26	refiere la	refiere á la
„	31	sociedad	sociedad
335	29	heroico	heróico
„	40	fanticos	fanáticos
337	1ª	religiosa;	religiosa,
339	26	de-segaños	des-engaños
341	8	cunctis	conctis
347	14	bien los fieles	bien de los fieles
„	24	La la	La
348	7	decente	docente
351	23	prescouciones	persecuciones
359	17	cetado	Estado
381	35	caractizar	caracterizar
384	28	alhagase	halagase
„	34	se lo	se lo
365	8	opuestro	opuesto
368	29	decente	docente
„	22	persuaciones	persuasiones
375	12	undida	hundida
385	40	la	al
391	12	no vertido	no he vertido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.	Líns.	Se lee.	Debe leerse.
399	15	gefes	jefes
„	23	respetuna	respetuosa
404	15	disecciones	disensiones
409	25	en en	en
412	10	excisiones	escisiones
413	38	Que esto	Que es esto
414	20	atrevó	atreverá
415	7	de eminente	del eminente
„	15	contenpar	contemplar
418	23	gefe	jefe
„	35	al Arbitro	el Arbitro
423	18	vogar	bogar
424	6	desechos	deshechos
428	40	triste	tristes
430	9	atuen	atraen
433	24	vogar	bogar
„	26	hajor	ayer
440	15	persuacion	persuasion
442	13	tegido	tejido
445	17	estrechando	estrechado
448	20	en en	en un
461	4	recipitar	precipitar
452	22	gata	grata
454	18	vertidura	vestidura
„	12	el	est
„	13	el	est
„	39	peligos	peligros
455	22	persecusion	persecucion
461	26	veres	veras
472	7	caro	claro
476	20	ejercutar	ejecutar
477	23	arrscaron	arrancaron
„	29	cometieron	se cometieron
482	9	arrebatado	arrebatado
487	5	participio	participacion
493	22	de está	que está
502	9	Muestránse	Muéstranse
503	37	esplanaciones	explanaciones
„	39	tegida	tejida
504	42	expedidos decretos	expedidos los (decretos
508	22	pavesa	pavesa
509	18	estirpar	extirpar
419	5	destruccion	destruccion
513	24	secuase	secuaces
516	14	á medida	ó medida
525	40	concubinato	concubinato,

Págs.	Líns.	Se lee.	Debe leerse.
532	28	simpre	simple
534	22	declararon	se declararon
535	31	ignore	ignore
„	36	de auxilio	del auxilio
546	13	disenciones	disensiones
549	14	sca	scá
550	21	de sacerdocio	del sacerdocio
589	39	vitimas	víctimas
590	8	socialita	socialista
600	24	principipios	principios
602	18	inacesibles	inaccesibles
606	27	vertir	verter
607	17	en él	en él,
603	18	existian	existia
605	40	sin embargo la	sin embargo de la
608	27	facinadoras	fascinadoras
609	14	vertirlas	verterlas
612	33	aborrescamos	aborrezcamos
„	42	hachar	echar
622	41	participio	participacion
„	12	Repúblicas	Repúblics
624	13	aborresca	aborrezca
„	33	descollar	descollar
628	5	incapaz	incapaces
631	14	distitucion	destitucion
633	25	tartaria	tratarla
642	7	que	qué
656	39	encuentra,	encuentra
664	4	esta	está
„	40	participios	participaciones
669	24	' otras	otros
669	41	bastantes	bastante
675	5	este el	este es el
679	41	ha	á
682	38	lisongearnos	lisonjearnos
683	9	lisongera	lisonjera
684	21	deloroses	dolorosas
„	39	Californias	Californias
686	28	debe	debe
687	21	le	lo
688	9	tomase	tomare
703	12	oscilaciones	oscilaciones
704		§ XV	§ XVI
716	17	frustadas	frustradas
746	7	titulo	título
752	24, 26 y 34	parráfo	párrafo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.
TFCC 636

BV4254 FEVT
.2
M8
40004
AUTOR
MUNGUIA, Clemente de Jesús, Arz.
TITULO de Michoacán, 1810-1865
Sermones del Arzobispo de Michoacán Doctor Don Clemente de Jesús...

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

